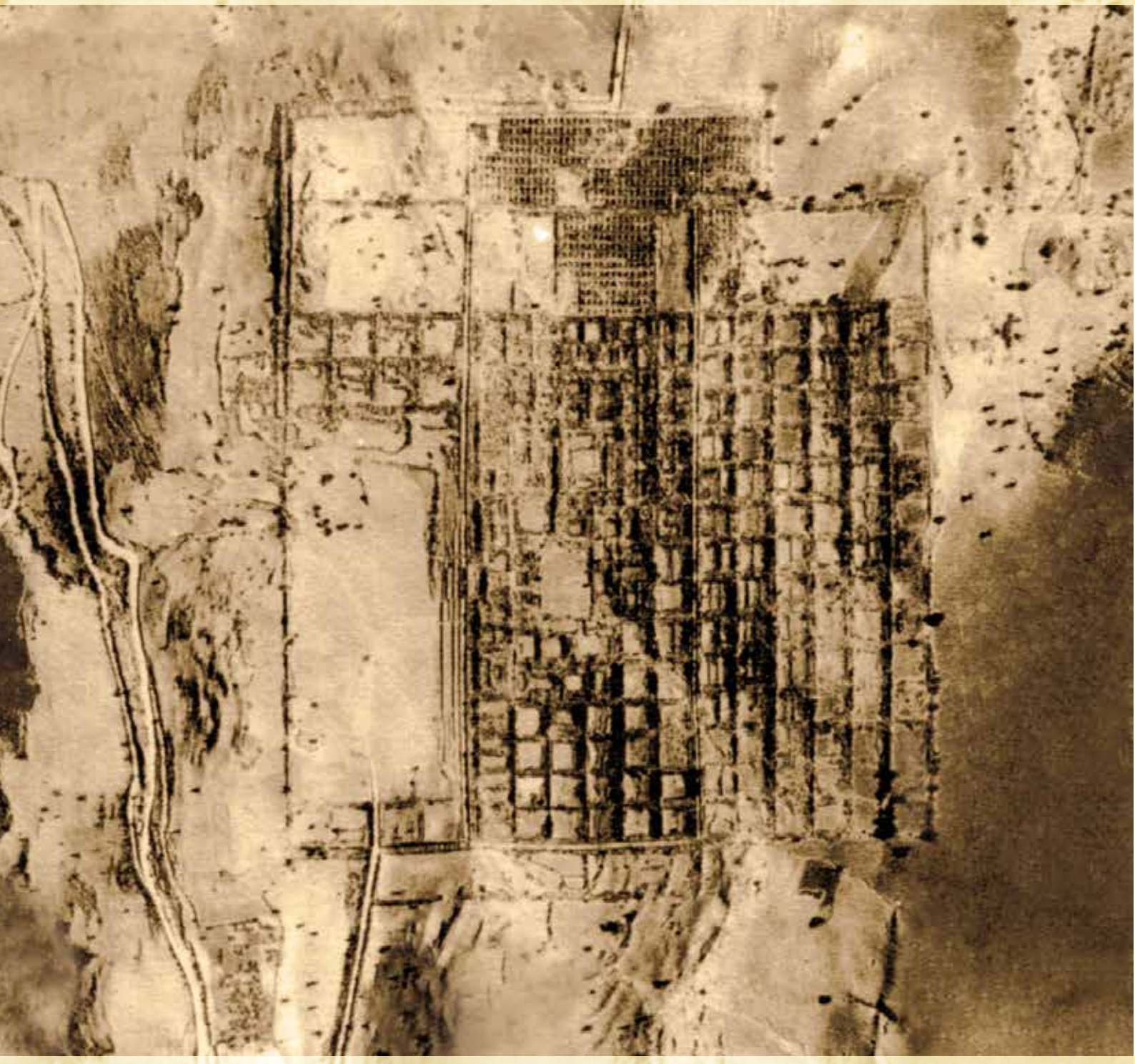
JOSÉ CANZIANI AMICO



CIUDAD Y TERRITORIO EN LOS ANDES

Contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico

SEGUNDA EDICIÓN

Fondo Editorial PUCP

CIUDAD Y TERRITORIO EN LOS ANDES
Contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP

JOSÉ CANZIANI AMICO

CIUDAD Y TERRITORIO EN LOS ANDES

Contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico

SEGUNDA EDICIÓN

Fondo Editorial PUCP

FONDO EDITORIAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

711.4098501
C23C
2017

Canziani Amico, José, 1949-
Ciudad y territorio en los Andes : contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico / José Canziani Amico.-- 2a ed., 2a reimpr.-- Lima : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).
549 p. : il., mapas, planos ; 30 cm.
Índice toponímico: p. [543]-549.
Bibliografía: p. [517]-542.

D.L. 2017-01943
ISBN 978-612-4146-02-2

1. Urbanismo - Perú - Época Prehispánica 2. Arquitectura peruana - Época Prehispánica 3. Pontificia Universidad Católica del Perú I. Título

BNP: 2017-0577

Fondo Editorial P

Ciudad y territorio en los Andes
Contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico
© José Canziani Amico, 2009, 2012

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2018
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Foto de cubierta: Vista aérea de la ciudad wari de Pikillacta, Cusco
(Servicio Aerofotográfico Nacional)

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP
Tercera reimpresión de la segunda edición: setiembre de 2018
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-12804
ISBN: 978-612-4146-02-2
Registro del Proyecto Editorial: 31501361800819

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Índice

Prólogo 17
Introducción 19
Agradecimientos 22

Capítulo 1
Arquitectura y urbanismo 25

Arquitectura y urbanismo como testimonio de la edificación social 27
De los antecedentes historiográficos 29
Los Andes centrales: geografía y medio ambiente 30
La interacción sociedad – medioambiente y las modificaciones territoriales 35
Los Andes centrales como área cultural 38
Los Andes centrales: su secuencia cronológica y cultural 38

Capítulo 2
Los orígenes 41

Los orígenes: de los cazadores recolectores al desarrollo de las formaciones aldeanas 43
El paijanense 45
Los cazadores recolectores de las punas 48
Los cazadores recolectores de los valles interandinos 53
Otras evidencias 55
La transición de las sociedades cazadoras recolectoras a las aldeanas 56

Capítulo 3
El germen de lo urbano 59

El germen de lo urbano: el proceso de neolitización, los primeros asentamientos aldeanos y el surgimiento de la arquitectura pública monumental 61
Los tempranos asentamientos aldeanos de la costa 61
Los asentamientos aldeanos y el surgimiento de la arquitectura pública 64
Otros sitios de la costa sur 79
La tradición Mito 79
El proceso de neolitización y las transformaciones en la forma de asentamiento 89

Capítulo 4
El urbanismo temprano 93

El urbanismo temprano: los templos y centros ceremoniales del Formativo y las modificaciones iniciales del territorio 95
La costa y sierra norte 100
Los valles de Lambayeque 101

Fondo Editorial PUCP

Los valles de Trujillo 105
El valle de Virú 105
El valle de Moche 108
El complejo de Caballo Muerto y Huaca de Los Reyes 109
Cerro Arena 112
El valle bajo del Santa 113
La sierra norte 116
Huacaloma 116
Layzón 117
Kuntur Wasi 118
Cerro Blanco 120
El canal de Cumbemayo 120
Pacopampa 122
Los valles de Casma y Nepeña 122
Las Aldas 124
Cerro Sechín 125
Moxeke 128
Sechín Alto 132
Cerro Blanco y Punkurí en Nepeña 135
Punkurí 137
Chankillo 138
Chavín de Huántar 140
Los valles de Lima y la costa central 147
La Florida 148
Garagay 150
Cardal 151
Paracas en los valles de la costa sur central 155
Los complejos piramidales del valle de Chincha 158
Los complejos Soto y San Pablo 160
La arquitectura de los montículos piramidales 160
Huaca Alvarado (PV.57-10) 163
La Cumbe (PV.57-03) 164
Las remodelaciones arquitectónicas en los monumentos paracas 165
Materiales y técnicas constructivas 167
Los poblados de carácter rural 168
Sistemas de irrigación y cultivo 169
Asentamientos paracas en los valles de Pisco e Ica 170
Otros asentamientos paracas en el litoral al sur de la península 173

Capítulo 5
Las primeras ciudades 177

Las primeras ciudades: de los centros ceremoniales al surgimiento de los centros urbano-teocráticos 179
Los desarrollos urbanos Gallinazo y Moche en la costa norte 182
La cultura Gallinazo y su modelo de asentamiento en el valle de Virú 184
El grupo Gallinazo 185
Los «castillos» fortificados 189
Las aldeas y otros sitios habitacionales 192
Moche 193
La ciudad moche de las Huacas del Sol y la Luna 195
La Huaca del Sol 197
La Huaca de la Luna 201
La plaza ceremonial y el frontis norte 202

Fondo Editorial PUCP

La regeneración del templo en Huaca de la Luna 205
La plataforma principal de la Huaca de la Luna 208
El patio ceremonial 209
Las salas con pilares 210
La roca sagrada y los recintos de los sacrificios 211
Los sectores urbanos y sus conjuntos arquitectónicos 213
La ocupación moche en el valle de Chicama 223
El complejo de El Brujo 224
Mocollope y Cerro Mayal 228
La expansión moche a los valles sureños 229
La ocupación moche en el valle de Virú 230
Huancaco 232
Las características del patrón de asentamiento durante el período Huancaco 235
La ocupación moche en el valle del Santa 236
Pampa de Los Incas 238
Otros posibles centros urbano-ceremoniales 239
Sitios con recintos rectangulares 240
Un posible sitio fortificado 240
La ocupación moche en el valle de Nepeña 242
El complejo de Pañamarca 243
Otros tipos de sitios en el valle de Nepeña 247
El valle de Nepeña y los límites sureños de Moche 248
La ocupación moche en los valles norteños 248
El complejo de Sipán 250
Dos Cabezas 251
Pacatnamú 253
San José de Moro 254
Las transformaciones del modelo de asentamiento durante el Moche Tardío 257
Pampa Grande 258
Galindo 267
La sociedad Lima y el urbanismo en la costa central 272
Cerro Trinidad y otros sitios lima en Chancay 273
La ocupación lima en el valle del Chillón 276
Cerro Culebra 277
La Uva y Copacabana 278
Playa Grande 279
La ocupación lima en el valle del Rímac 280
El centro urbano ceremonial de Maranga 282
El complejo de la Huaca Pucllana 287
La ocupación lima en el valle medio del Rímac: Cajamarquilla y Vista Alegre 289
Evidencias de la ocupación lima en Pachacamac y Lurín 290
El valle de Chincha y los asentamientos de la época Carmen y Estrella 292
Algunos asentamientos en Carmen en el valle de Pisco 296
La sociedad Nasca y la cuestión de sus posibles formas de urbanismo 297
Los principales asentamientos nasca 301
Cahuachi 301
Otros sitios nasca 304

Capítulo 6
La primera formación imperial andina 311

La primera formación imperial andina. Wari: la planificación urbana como política de Estado 313
Los antecedentes 313
La capital de Wari en la cuenca de Ayacucho 316

Fondo Editorial PUCP

Las excavaciones en el sector de Moraduchayuq 319
Otros sectores de la ciudad de Wari 322
La dinámica de la expansión territorial de Wari 325
La planificación urbana como política de Estado 326
La ciudad de Pikillacta en la región del Cusco 327
La ciudad de Viracochapampa en la región de Huamachuco 333
Otros asentamientos wari en los valles interandinos 336
Jincamocco 336
Azángaro 337
Honqopampa 339
Cerro Baúl 341
Las influencias wari en el urbanismo costeño 345

Capítulo 7
Estados y señoríos tardíos 347

Estados y señoríos tardíos. Ciudades costeñas y poblados rurales altoandinos: modos de vida distintos y formas de asentamiento diferenciadas 349
Contexto histórico, económico y territorial 349
El urbanismo lambayeque 352
Batán Grande 352
Túcume 355
Huaca Larga 355
El Templo de la Piedra Sagrada 360
La Huaca 1 361
Otros sectores y edificaciones de Túcume 362
Pacatnamú 362
La Huaca 1 366
La ocupación chimú del valle de Jequetepeque 367
Farfán 368
La sociedad chimú 369
La ciudad de Chan Chan 369
Los complejos político-administrativos 371
Los complejos arquitectónicos de elite 375
Los barrios populares 377
El urbanismo de Chan Chan 379
Clases sociales y estructura urbana 381
Chan Chan y su entorno territorial 381
Manchán 383
Chancay y sus asentamientos urbanos 385
Urbanismo y arquitectura ychsma 389
Cajamarquilla 390
Maranga - Chayavilca 392
El sector sureste y la Huaca Tres Palos 393
El gran recinto amurallado 394
Los accesos al gran recinto 394
Los caminos 395
Estructuras en el gran recinto 396
Estructuras con planta en «U» 399
Otros posibles centros urbanos en el valle del Rímac 400
Los palacios o residencias de elite 402
Pachacamac 404
Arquitectura y urbanismo chincha 410
El patrón de asentamiento durante el período Chincha 411

Fondo Editorial PUCP

Los centros urbanos 412
La Centinela de Tambo de Mora 412
La Cumbe 414
Tambo de Mora 415
San Pedro 416
Ranchería 417
Las Huacas 418
Asentamientos intermedios y menores 418
Los sitios habitacionales 419
Los complejos administrativos 419
Los cementerios 420
El sistema de caminos 422
Curacazgos y señoríos étnicos 424
Los chachapoya 424
Kuelap 425
Poblados rurales en la sierra central 428
Patrones de asentamiento del curacazgo de Asto 429
Los señoríos Chanka 431

Capítulo 8
El Imperio inca 433

El Imperio inca: la integración macroregional andina y el apogeo de la planificación territorial 435
Organización social y económica 436
La expansión territorial inca 438
La ciudad del Cusco 440
Otros asentamientos en los alrededores del Cusco 448
El urbanismo inca a lo largo del Qhapaq Ñan 462
El urbanismo inca 469
Huánuco Pampa 469
Pumpu 477
Vilcashuamán 481
Algunos asentamientos costeños incas 484
Inkawasi 485
Cerro Azul 491
Tambo Colorado 493
Paredones 496
El Qhapaq Ñan: el sistema vial inca 498

Conclusiones 509

Bibliografía 517

Índice toponímico 543

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP

A Carolina

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP

Donde el río se remansaba para los muchachos
se elevaba una piedra.
No le viste ninguna otra forma:
sólo era piedra, grande y anodina.
Cuando salíamos del agua turbia
trepábamos en ella como lagartijas. Sucedía entonces
algo extraño:
el barro seco en nuestra piel
acercaba todo nuestro cuerpo al paisaje:
el paisaje era el barro.

José Watanabe «La piedra alada»

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP

PRÓLOGO

Ciudad y territorio en los Andes, por su contenido fundamental para el conocimiento de nuestra propia historia de la antigüedad del Perú, es un tema actual entre los arquitectos, arqueólogos e historiadores. A ello se suma el que en esta obra se incluyan las últimas investigaciones, realizadas desde comienzos de los años ochentas, con nuevos aportes para el entendimiento de la vida de los antiguos peruanos, en un esfuerzo por indagar de qué modo nacieron, cómo se formaron y crecieron las ciudades, de qué manera evolucionaron con el tiempo y cuáles fueron sus experiencias, relaciones, problemas y respuestas al territorio en que convivieron.

Muchas son, a mi manera de ver, las contribuciones principales de José Canziani Amico a la configuración de la historia del urbanismo prehispánico: comprender la historia como un proceso del desarrollo humano que se desenvuelve en territorios, aglomerados urbanos o ciudades durante el periodo prehispánico, con una dinámica vigorosa de interrelación con su cultura, medio ambiente y territorio. Además de la concepción de la vigencia de la historia y la memoria como fuentes para aprender a conocer, a planificar y a transformar de manera creativa y sostenible nuestro territorio contemporáneo.

Los investigadores de ciencias como la arqueología e historia nos otorgan valiosos conocimientos sobre las formas de vida, la producción, la organización social y económica; el aporte de los arquitectos y urbanistas contribuye a extender el saber con los testimonios de los hechos urbanos y territoriales, a la maravillosa creación humana en su proceso civilizatorio. Cicerón, con una visión del mañana, percibió la importancia de las aglomeraciones urbanas cuando dijo: «ninguna cosa de las cuentas que se hacen en la tierra es más grata al Dios supremo gobernador del mundo todo, que las asociaciones y congregaciones de hombres legítimamente unidos a las que llamamos ciudades».

Indudablemente los hechos arquitectónicos, urbanos y territoriales nos permiten tener una visión de las organizaciones sociales, sus capacidades para encarar diferentes objetivos de mayor envergadura, sus estrategias en el ordenamiento y control de diferentes escalas espaciales.

En su desarrollo cultural, los procesos humanos de las sociedades andinas fueron acompañados, según su cosmovisión, por la presencia de una creación divina en las construcciones de sus centros ceremoniales y ciudades. Sin su anuencia y amparo no había función urbana posible. La ciudad era, por lo tanto, una creación divina hecha para los humanos, un don sagrado, una ofrenda de los dioses de todas las edilicias religiosas.

El autor nos proporciona, desde una perspectiva política, social y cultural, una visión de la ciudad desde sus orígenes en unidades cerradas y únicas en sí mismas —propias—, sin dependencia o subordinación alguna a otras circunstancias. La ciudad engloba al ser humano como individuo y como colectividad dentro de un acuerdo entre el todo y las partes, en función del bien común. A partir de esta condición se construyen las normas de entendimiento, las reglas de convivencia, las costumbres y hábitos de los ciudadanos, su historia y sus tradiciones.

La historia del urbanismo del periodo prehispánico, desde los orígenes de las primeras comunidades nómades, las primeras ciudades, las formaciones imperiales andinas, los estados y señoríos tardíos, hasta el esplendor del imperio inca, que lo define como la integración macroregional andina y el apogeo de la planificación territorial, manifiesta una evolución acumulativa de las experiencias de los habitantes que establecieron un estrecho vínculo de equilibrio entre el hombre y el medio ambiente, a través de las inteligentes intervenciones que conciliaban un preciso ajuste de las transformaciones constructivas y los edificios a la mesurada dimensión territorial.

Fondo Editorial PUCP

Al analizar la evolución de la historia es esencial comprender el concepto actual de urbanismo y la legitimidad de extenderlo a épocas diferentes de la nuestra; el concepto de territorio entendido como superación de la dualidad crítica ciudad-campo; la relación que media, en la arquitectura y en el urbanismo, entre elaboración cultural y realidad social y económica. Una relación, esta última, cuya complejidad y amplitud problemática es tal que abarca, desde valores del más alto grado de integración que se insertan en la cultura dominante, hasta los valores de la resistencia.

Siempre me ha sorprendido lo que Pablo Macera denomina «etapas» de la historia del Perú: independencia, dependencia y autonomía. Son los periodos de la República —de menos de 180 años—, la Colonia —de menos de 300 años— y la cultura andina, que abarca cerca de 12.000 años de historia, comprendida a partir del período Lítico (Lumbreras) o Pre-cerámico (Rowe), unos 10.000 años antes de Cristo, más los 1532 años después de Cristo, hasta la interrupción del Estado inca cuando pasa a ser dependencia de Europa.

Traducido a crueles porcentajes sería la independencia 1,4%, dependencia 2,4% y la autonomía 97,2 % de la vida histórica del Perú. La realidad que queda a lo largo de nuestros años de ciudadanos libres es lo poco que conocemos de la historia del Perú prehispánico, es un reclamo por la forma cómo nos fue enseñado este periodo, que muchos años fue ignorado y olvidado, sobrevaluando principalmente lo extranjero.

La importancia de *Ciudades y Territorio en los Andes. Contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico* se enmarca en el principio de lo propio, un saber de sí mismo, una memoria histórica de nosotros construida a partir de uno, que reafirma una clara conciencia de la identidad cultural, acompañada de una actitud firme y abierta que a lo largo del tiempo busca mayores niveles de estudio y profundidad.

El autor nos plantea una historia integral que aborda todas las relaciones y vínculos de las fuentes históricas escritas de la arqueología, la geografía, la antropología, etcétera. Acompañándola con otras fuentes documentales, como archivos fotográficos, fotos aéreas, planos, croquis y dibujos isométricos de reconstrucciones hipotéticas, otorga al lector mayor accesibilidad a la comunicación escrita de la historia.

Pienso que el aporte de esta publicación nos permitirá apropiarnos de una historia integral de nuestro país, y en particular de la memoria de los constructores y arquitectos del antiguo Perú, en la maravillosa habilidad de transformar el territorio y convertirlo, a través de la arquitectura, en tierras de cultivo, en grandes ciudades e importantes centros ceremoniales.

Pedro A. Belaúnde Martínez

Fondo Editorial PUCP

INTRODUCCIÓN

Luego de la publicación en 1989 de mi libro *Asentamientos Humanos y Formaciones Sociales en la Costa Norte del Antiguo Perú*, que concluía con el estudio de los asentamientos moche, tenía pendiente el propósito de escribir una segunda parte que tratara sobre los notables desarrollos urbanos que florecieron con los estados Lambayeque y Chimú, como son los casos emblemáticos de las ciudades de Chan Chan, Túcume, Pacatnamú, entre otros. Es decir, la idea era continuar en la lectura de la excepcional «columna de prueba» que constituye la costa norte del Perú, y así examinar las características, las continuidades y los cambios que presenta de forma consistente la evolución del proceso del fenómeno urbano a lo largo de todas sus épocas.

Mientras tanto, los nuevos hallazgos y datos que aportaban los proyectos arqueológicos, desarrollados a partir de fines de los ochenta e inicios de los noventa, enriquecían, renovaban y ponían en discusión algunas de las interpretaciones sobre el proceso, sostenidas en el libro recientemente publicado. Por otra parte, tanto mi participación en la docencia, como en los estudios que he desarrollado en otras regiones —además de la costa norte—, me proponían el reto de lograr una visión más global y unitaria del fenómeno de asentamiento en los Andes centrales, sin dejar de lado la valoración de la singularidad de los procesos regionales y la necesidad de compararlos o contrastarlos entre sí.

La ocasión de seguir profundizando en la problemática de la costa norte se dio al poco tiempo, al recibir la generosa invitación de Santiago Uceda y Ricardo Morales, directores del Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, para incorporarme al equipo del proyecto como investigador asociado. Esta experiencia fue y sigue siendo para mí muy importante, ya que me permitió tener una visión directa de la problemática de un monumento tan emblemático como ese, que fue el templo mayor de los moche, y al mismo tiempo relacionarla con el estudio de la dinámica urbana del sitio de Moche. Mientras tanto, desarrollaba simultáneamente exploraciones y estudios sobre manejo del territorio, patrones de asentamiento y arquitectura en el valle de Chincha y otras regiones de la costa sur. Pienso que estas visiones simultáneas y cruzadas me han permitido apreciar similitudes y equivalencias, pero también subrayar las marcadas diferencias y contrastes existentes entre procesos que, no obstante su contemporaneidad, se caracterizaron por presentar soluciones y realidades bastante distintas entre sí.

Estas visiones e inquietudes, que provenían de estas experiencias paralelas, me llevaron tanto a descartar el coronar el estudio de la «columna de prueba» con una segunda parte del libro, como también apuntalarla con una revisión del mismo, tal como me sugerían algunos amigos ante la rápida salida de la edición. Más bien fue madurando en mí la necesidad de lograr un trabajo de mayor aliento, que no perdiera de vista el enfoque regional. Un trabajo que mantenga la aproximación a lo singular, pero que al mismo tiempo pudiera correlacionar estas distintas experiencias en una visión amplia y contrastada, que permitiera ofrecer un panorama de lo que fue la evolución del urbanismo en los Andes centrales a lo largo de diferentes épocas, en distintos contextos sociales y ámbitos territoriales.

Este proyecto personal comenzó a tomar cuerpo a mediados de los años noventa, proponiéndome los temas a tratar, escribiendo apuntes y notas que ordenaba en una suerte de hoja de ruta que debía de recorrer. Pasó el tiempo y el proyecto seguía madurando, pero no tenía cuando arrancar, hasta que en el año 2000 —cuando transitábamos hacia el «nuevo milenio»— sufrí la rotura del mítico tendón de Aquiles y, al poco tiempo, una fractura más prosaica y dolorosa de

Fondo Editorial PUCP

la otra pierna. De modo que quedé reducido a una severa inmovilidad por un largo tiempo, lo que me dio la ocasión oportuna para iniciar la tantas veces proyectada redacción del texto que tenía en mente, alternando el resto del tiempo con la consulta de las múltiples fuentes bibliográficas que se me iban abriendo en el camino de la investigación. Fue de alguna manera esta sorpresiva «fractura histórica» —y la obligada convalecencia, a modo de beca— la que me permitió finalmente disponer del tiempo para empezar a echar a andar el libro. Luego, conforme la recuperación y la rehabilitación avanzaban, permitiéndome recuperar mi vida normal, la dedicación al libro necesariamente se resintió en cuanto al tiempo disponible. Para esto, ya había vuelto a andar y la marcha del libro se convirtió durante estos últimos años en un constante compañero de ruta.

El presente estudio es producto del trabajo de investigación que he desarrollado durante los últimos ocho años, si bien también es fruto de más de dos décadas de investigación y docencia sobre el tema. Como ya he mencionado, el libro propone ofrecer una visión de conjunto de las diferentes formas de asentamiento y manejo del territorio que realizaron las sociedades que habitaron los Andes centrales, desde los primeros cazadores recolectores hasta el Imperio inca, presentando de manera documentada el excepcional patrimonio urbanístico y arquitectónico del antiguo Perú en sus distintas expresiones regionales. Está compuesto por ocho capítulos. El primero corresponde a la introducción, tanto de las premisas teóricas y metodológicas, como de las características singulares del territorio de los Andes centrales, que corresponde al variado escenario donde se desarrolló el proceso civilizatorio andino. Del segundo al octavo capítulo se abordan las diferentes épocas y períodos históricos, reseñando las formaciones sociales presentes, su relación con el espacio territorial y el manejo de sus recursos, así como los casos más representativos de sus formas de asentamiento y arquitectura. Para ello, se realiza en cada capítulo un recorrido por el territorio andino, región por región y de norte a sur, de manera de ofrecer una visión comparativa tanto de la unidad como de la notable diversidad del proceso. Finalmente, se desarrollan las conclusiones, la bibliografía y el índice toponímico.

Por cierto, este texto no pretende ser exhaustivo, muchos sitios o complejos urbanos con estructuras arquitectónicas de importancia posiblemente no sean considerados en él. Esto parte tanto del criterio subjetivo al establecer los sitios que unos u otros consideren más relevantes o representativos; como también de la imposibilidad de desarrollar un tratamiento extensivo de casos, lo que excede el propósito central de este libro. Por otra parte, esta investigación propone una visión del estado del arte de esta temática hasta el momento de su conclusión, en el año 2008. Sin embargo, debemos anotar con satisfacción que la arqueología peruana se ha convertido en una de las ciencias sociales más dinámicas de su tiempo. Año a año se producen nuevas investigaciones y extraordinarios hallazgos que aportan nuevos datos y enriquecen aceleradamente nuestro conocimiento. Este es especialmente el caso de la costa norte, por ejemplo, con las investigaciones de la notable arquitectura formativa de Huaca Partida, en el valle de Nepeña; de la monumental arquitectura de Sechín Bajo en Casma, que se remonta según los fechados al 3500 a.C., lo que la convierte en una de las más antiguas del Precerámico; así como de los recientes hallazgos de arquitectura pública monumental, también del Arcaico o Precerámico, en Huaca Ventarrón y el complejo Collúd-Zarpán, en el valle de Lambayeque, ampliando a esta región el registro de la presencia de arquitectura monumental temprana, la que además revela una definida identidad propia y una notable riqueza expresiva. Investigaciones trascendentes de las que solo disponemos de informes preliminares en el momento en que este libro entra en prensa.

Una de las motivaciones centrales de este trabajo, como lo señala su título, ha sido contribuir al conocimiento de la historia del urbanismo prehispánico. Esta motivación se nutre de varias vertientes que tienen que ver con aspectos tanto teóricos y académicos, como de otros que tienen incidencia en la problemática contemporánea y en especial con la temática general del desarrollo territorial y el rol que en ello le corresponde a las formas de desarrollo urbano.

En cuanto a los aspectos teóricos, este trabajo se ha propuesto explorar y profundizar el complejo y controversial tema del origen y evolución del fenómeno urbano en el área de los Andes centrales y su rol en el proceso civilizatorio, protagonizado por las sociedades andinas. En cuanto a la problemática de nuestro desarrollo contemporáneo, somos concientes y estamos convencidos de la importancia del examen histórico del proceso de desarrollo urbano y territorial, en cuanto nos proporciona una serie de elementos que pueden servir de fuente de reflexión frente a la problemática contemporánea y que pueden aportar a la formulación de propuestas orientadas al desarrollo territorial. La lectura histórica del desarrollo territorial es de especial importancia, ya

Fondo Editorial PUCP

que puede contribuir a recuperar y renovar las formas de manejo racional y sostenible de nuestro complejo espacio territorial y sus recursos naturales; así como reevaluar el rol de las formas de asentamiento urbano con relación al manejo del medio ambiente y el desarrollo del ámbito rural.

Hoy está cada vez más claro que no es posible lograr el desarrollo de nuestro país sin superar los graves problemas que se advierten en la construcción de nuestra identidad nacional, frente a la urgente e impostergable necesidad de resolver la situación de pobreza en la que vive más de la mitad de nuestra población. Creemos que parte del reto de encontrar respuestas a esta problemática, y de la búsqueda de soluciones a la misma, comprometen necesariamente la revaloración de nuestro rico y vasto patrimonio monumental, urbanístico y paisajístico, contribuyendo a los esfuerzos dirigidos a su investigación, conservación y puesta en valor. Aspectos que tienen especial relevancia en el desarrollo de circuitos de turismo cultural, que adquieren cada vez mayor importancia en el desarrollo económico, tanto regional como nacional, pero también en la recuperación y valoración de una identidad cultural que constituye el nervio para lograr un desarrollo territorial armónico y sostenible.

A lo largo de los años de docencia que he desarrollado sobre temas de urbanismo y arquitectura prehispánica —principalmente en la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI) y en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)— he enriquecido mis conocimientos gracias a las diversas preguntas y cuestiones planteadas por mis estudiantes. Sin embargo, también he podido sentir en ellos las dificultades y la desorientación frente a una bibliografía muy amplia y difícil de alcanzar. Por esta razón, otro de los motivos para emprender este trabajo ha sido el desarrollar un texto de divulgación de nivel universitario, destinado a investigadores y estudiantes de Arquitectura y Urbanismo, pero también de Arqueología, Historia y al público en general, que permita acceder a los alcances y resultados de esta investigación y, a través de ella, a un cúmulo de informaciones que se encuentran dispersas en múltiples estudios especializados de difícil acceso.

Además del manejo de los temas de mi especialidad, del análisis de complejos arqueológicos y de los desarrollos territoriales regionales, que fueron objeto de estudio de mis investigaciones en estos últimos años —algunos de cuyos resultados se incorporan en este libro—, la necesidad de ampliar la información, con miras a proporcionar una visión global de los temas propuestos en este trabajo, me permitió revisar y estudiar múltiples fuentes bibliográficas que enriquecieron mis conocimientos iniciales. De esta manera, más de quinientos libros y artículos han sido consultados, a veces solo para recabar algunos datos puntuales, pero en su mayoría para encontrar conceptos e ideas que han sido sustantivos para construir este trabajo. En muchos casos, esto obligó al acopio de información especializada, dispersa en publicaciones de circulación restringida o depositada en viejas ediciones de los trabajos de los pioneros de la investigación arqueológica. Desde el punto de vista metodológico, la investigación se propuso sistematizar esta vasta información y establecer la articulación de datos de diferente naturaleza que, en su conjunto, me permitieron construir hipótesis interpretativas y explicativas de la arquitectura, el fenómeno urbano y el manejo del territorio. En este mismo proceso, hemos también puesto a discusión crítica las hipótesis planteadas por otros investigadores, como una manera de asumir su validación, sometiéndolas a los mismos criterios de prueba y rigor que nos hemos impuesto con las propias.

Como se podrá apreciar, hemos hecho un importante esfuerzo para incorporar al texto del libro la mayor cantidad de ilustraciones, las que suman más de quinientas. Estas incluyen fotografías realizadas durante mis viajes, visitas y trabajos de campo en diferentes lugares o sitios arqueológicos, así como fotos aéreas y de otras fuentes. Se incluyen también mapas, planos y gráficos, que al igual que las fotografías, esperamos permitan a los lectores tener una imagen más precisa y completa de lo que pueden alcanzar a describir los textos.

Este largo proceso de análisis me ha permitido tener una nueva y más amplia visión de los temas aquí tratados desde el momento que comencé la investigación y la redacción de este libro. De esta manera, reconocemos la importancia de los múltiples aportes y datos de otros investigadores que han contribuido en la realización de este trabajo. Personalmente, el proceso de aprendizaje derivado de esta investigación ha sido sumamente importante y estimulante. De cierta manera, ha constituido para mí un excepcional viaje virtual, recorriendo los espectaculares paisajes que caracterizan los diversos territorios de nuestro país, a través del tiempo y las distintas épocas que constituyen la historia de las poblaciones que nos antecedieron en su construcción.

La presente investigación fue sustentada como tesis doctoral para obtener el título de doctor en Arte del Construir y Urbanismo, en la Escuela

Fondo Editorial PUCP

Politécnica de la Universidad Católica de Lovaina (UCL), Bélgica, con la asesoría del doctor Jean Stillemans, docente principal del Departamento de Arquitectura de dicha universidad. El jurado estuvo conformado por los doctores André de Herde (UCL), David Vandenburgh (UCL), Jean Stillemans (UCL), Santiago Uceda (Universidad Nacional de Trujillo, UNT) y Luis Jaime Castillo (PUCP).

Agradecimientos

Soy por cierto tributario de arquitectos que iniciaron y fueron pioneros de la integración de la historia de la arquitectura peruana con la arqueología, como Emilio Harth Terré, cuyos trabajos no han recibido la atención merecida y cuyos esforzados levantamientos de planos se publican frecuentemente sin los créditos correspondientes. El privilegio de integrar la Comisión de Arquitectura y Urbanismo del Instituto Nacional de Cultura del 2003 al 2005, junto con personalidades como el arquitecto Carlos Williams, y luego con el arquitecto Santiago Agurto, me permitió renovar una vieja relación de amistad y respeto, así como poder compartir sus experimentadas opiniones. En especial con el arquitecto Williams tuve ocasión de retomar nuestras reflexiones y discusiones que se iniciaron hace unos veinte años, cuando aceptó generosamente asesorar mi tesis de revalidación. Recuerdo con aprecio su fina ironía y la modestia con la cual compartía generosamente sus conocimientos e inteligentes aproximaciones a temas de arquitectura y urbanismo, tanto del pasado como del presente. Hoy, cuando ya no nos acompaña, me parece imprescindible destacar su papel pionero en la integración científica e interdisciplinaria entre la arquitectura y la arqueología, de lo cual son testimonio sus múltiples trabajos y aportes, muchos de los cuales son ponderados en nuestro trabajo.

A Sergio Staino, viejo amigo florentino, le agradezco haberme iniciado en el apasionante mundo de la investigación científica, la que dio lugar a mi primera colaboración en el encendido ensayo «Los Orígenes de la Ciudad», en plena efervescencia *post* 1968. Sigo siendo deudor de la generosa aproximación a la arqueología y sus postulados teóricos que me brindó, desde mis exploraciones iniciales, el doctor Luis Guillermo Lumbreras. La vieja amistad con Elías Mujica, construida a lo largo de los comunes proyectos editoriales, del cual este libro es de alguna forma también una expresión, se ha proyectado a través de los nuevos derroteros abiertos por el Proyecto Arqueológico de la Huaca de la Luna. Mi agradecimiento debe extenderse al doctor Craig Morris, quien aseguró el apoyo del Museo de Historia Natural de Nueva York a las investigaciones que tuve la oportunidad de desarrollar en el valle de Chincha, algunos de cuyos resultados se han incorporado en este libro. Su repentina desaparición nos deja un enorme vacío, tanto por sus constantes y valiosos aportes a la arqueología andina, como por su amable e inteligente amistad. De John Hyslop guardo siempre un permanente recuerdo, en los que se entremezclan sus trabajos en Inkawasi en Cañete —donde lo conocí—, las largas y múltiples conversaciones sobre arqueología —en especial sobre el urbanismo inca—, su permanente búsqueda de innovaciones técnicas para el registro fotográfico de los sitios con globos o cometas, su generoso apoyo y difusión de mis primeros trabajos, su cálida y entusiasta personalidad y, no menos importante, nuestra común afición por las motocicletas.

Los trabajos de la doctora María Rostworowski fueron para mí no solo una imprescindible fuente de consulta, sino también su personalidad un ejemplo de pasión y persistencia en la investigación. Su trato amical y su permanente curiosidad por nuestros trabajos fueron un estímulo que agradecemos con afecto. A la doctora Rosa Fung, mi agradecimiento por sus valiosos comentarios y aportes que me ayudaron especialmente en el tratamiento del Período Arcaico; igualmente a Santiago Uceda por sus comentarios y sugerencias en el tratamiento de la temática de los cazadores recolectores, sin olvidar por cierto la amistad construida a lo largo de estos años. A Luis Jaime Castillo por las discusiones sobre lo moche, en especial sobre las fases tardías y las hipótesis alternativas de desarrollo que ofrecen los valles de Moche y Jequetepeque. Y en general mi agradecimiento a todos los mochicólogos con los cuales he tenido la oportunidad de alternar sobre la problemática de esta cultura durante los eventos organizados por la Universidad Nacional de Trujillo y el Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y de la Luna y, más recientemente, por la Dumbarton Oaks, el Museo Larco y la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Agradezco el apoyo del Instituto de Investigación de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes (INIFAUA) de la UNI, cuya colaboración me permitió organizar los materiales de este trabajo en un primer tramo de la investigación. La convocatoria de los arquitectos Frederick Cooper y Pedro Belaunde para incorporarme a la plana docente de la recientemente creada Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la PUCP, me ha

Fondo Editorial PUCP

permitido profundizar mi labor docente y formar parte de un equipo de profesores cuya calidad personal y profesional ha contribuido a enriquecer mis conocimientos y a establecer recíprocas relaciones de colaboración y amistad. En especial agradezco al amigo Pedro Belaunde —en su condición de Jefe del Departamento de Arquitectura y Urbanismo— su interés en lograr mi participación en los espacios de investigación generados por el Centro de Investigación de la Arquitectura y de la Ciudad (CIAC). Su perseverancia en el seguimiento de mis avances con el libro, así como su entusiasmo por el proyecto editorial del mismo, me han ayudado a mantener el curso y ha recuperarlo cuando este decaía, en esta suerte de «navegación en solitario» que implicaba los largos derroteros seguidos en esta investigación. Debo agradecer también sus gestiones con el Fondo Editorial de la PUCP y las realizadas para recibir el apoyo, por intermedio del CIAC, del Consejo Interuniversitario de la Comunidad Francesa de Bélgica (CIUF), siendo el coordinador del programa para arquitectura del convenio PUCP-CIUF el arquitecto Andre De Herde. Este apoyo me permitió el impulso final para concluir la diagramación y avanzar la edición del presente libro.

El profesor Jean Francois Mabardi tuvo la generosa iniciativa de promover mi candidatura al doctorado ante el Departamento de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Católica de Lovaina (UCL), gesto que agradezco, al igual que su amical soporte durante la sustentación de la tesis. Agradezco al profesor Jean Stillemans su asesoría y amistad, al igual que a los demás integrantes del jurado, quienes con una extraordinaria combinación de cordialidad y rigor académico, me plantearon comentarios y sugerencias que reconozco con aprecio.

A propósito de la búsqueda de las fuentes bibliográficas que no estaban a mi alcance, debo agradecer a muchos amigos y colegas, arqueólogos y arquitectos, cuya colaboración sería extensa mencionar. Sin embargo, quiero destacar el apoyo recibido de los amigos del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y en especial de Virginia García, a cargo de la bien organizada biblioteca del Instituto, por su eficiencia y extraordinaria rapidez en ubicar y poner a mi disposición obras que de otra forma seguramente me hubieran sido inalcanzables.

Un reconocimiento muy especial a todos los colegas investigadores que han concedido generosamente la autorización para la reproducción de las ilustraciones o material gráfico de su autoría o de los proyectos arqueológicos bajo su dirección, entendiendo la importancia de su divulgación científica. En las leyendas de las ilustraciones se ha consignado la respectiva autoría, así como la fuente bibliográfica de cada ilustración. Nos disculpamos por adelantado de cualquier eventual omisión involuntaria, así como por la posible falta de respuesta no obstante nuestros esfuerzos por contactar a los autores.

Jean Carlo Cornejo fue un eficiente colaborador en el procesamiento y redibujado de gran parte del material gráfico que ilustra este libro. Debo agradecer a Aída Nagata su compromiso con el proyecto editorial de este libro. Su trabajo pulcro y minucioso acompañó los pasos iniciales de edición, antes de integrarse al Fondo Editorial PUCP y luego de su incorporación, donde felizmente se ha reencontrado con el libro, asegurando la continuidad de un buen trabajo. Agradecimiento que hago extensivo a todos los demás integrantes del Fondo Editorial, cuyo trabajo en equipo ha superado los retos planteados por la edición del libro.

José Canziani Amico

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP



1

ARQUITECTURA Y URBANISMO
Como testimonio de la edificación social

Fondo Editorial PUCP

1
ARQUITECTURA Y URBANISMO COMO TESTIMONIO DE LA EDIFICACIÓN SOCIAL

> Lo que ay que ver desto son los cimientos de los edificios y las paredes y cercas de los adoratorios, y las piedras dichas, y el templo con sus gradas, aunque desbaratado y lleno de heruazales, y todos los más de los depósitos derribados: en fin fue lo que no es. Y por lo que es juzgamos lo que fue
>
> Cieza de León 1984: 253[1]

Fondo Editorial PUCP

En el conocimiento e interpretación de la historia universal de las civilizaciones, el estudio de la arquitectura, y en especial del urbanismo, desempeña un papel clave. Existe un consenso por parte de los estudiosos del tema en asumir la emergencia del urbanismo como un elemento diagnóstico de primer nivel de los procesos civilizatorios. Esto no es novedad, si consideramos lo emblemático que ha sido para la humanidad el fenómeno urbano para identificar este proceso, tanto que el término civilización deriva de la raíz latina *civilitas*, las comunidades urbanas que habitan en *civitas* o ciudades.

En el análisis de las formaciones precapitalistas, Marx y Engels establecieron una correspondencia entre los diferentes estadios de la evolución social y sus respectivas formas de asentamiento. En esta perspectiva, la *ciudad* constituía una variable fundamental que se asociaba a la aparición de las formaciones sociales clasistas y el Estado. Estos postulados fueron aplicados tiempo después por Childe en su proposición pionera de la arqueología como ciencia social.

Si postulamos que la arquitectura y la forma de asentamiento humano en el territorio constituyen una expresión privilegiada en las que se plasma físicamente un conjunto significativo de actividades humanas —manifestando así la forma de organización social y los modos de vida—, entonces el análisis de estos testimonios representará una herramienta de gran valor para examinar la sintomatología de este tipo de procesos sociales.

Tanto la arquitectura como los asentamientos incorporan la calidad de productos sociales. Por lo tanto, su análisis funcional, formal y constructivo permite explorar desde estas vertientes los procesos de especialización productiva, la división del trabajo y las formas de organización social. Bajo esta perspectiva, en el estudio de los procesos civilizatorios adquiere una importancia medular el análisis de la arquitectura pública y de los asentamientos urbanos, por la especial relevancia que asumen en el desarrollo de los procesos en cuestión.

La construcción de la civilización, la edificación social, económica, cultural, mítica se plasma en la arquitectura y en la propia forma de asentamiento, en el manejo y transformación del territorio. Por lo tanto, la tarea que tenemos por delante no es solo reconstruir la identidad material y física de la edificación arquitectónica, sino especialmente su condición de continente de actividades sociales, así como de la representación

---

[1] La parte final de la aguda observación del cronista Cieza de León, a propósito de las ciudades y monumentos que observa ya arruinados —en este caso refiriéndose a la ciudad inca de Vilcashuamán—, nos propone un componente fundamental del quehacer arqueológico y en especial de la historiografía de la arquitectura y el urbanismo, donde debemos deducir tanto el grado de destrucción o alteración que estos han sufrido a partir de su condición actual —es decir lo que Cieza enuncia como «fue lo que no es»— y como, a partir de lo existente, debemos construir una serie de inferencias que nos permitan aproximarnos a propuestas reconstructivas de sus características originales, es decir «por lo que es juzgamos lo que fue» en palabras de Cieza.

social que esta entrañó. Mediante este tipo de análisis la lectura de la arquitectura podrá expresar la edificación social y tendrá un papel fundamental en la reconstrucción histórica de los procesos sociales.

Por otra parte, enfrentamos el reto mayor de reconstruir y recomponer la identidad de la población de nuestro país con su invalorable patrimonio edificado, ya sea arquitectónico, urbanístico, territorial o paisajístico: en cuanto consideramos que este es un requisito indispensable para garantizar su conservación y puesta en valor. Por esto, sostenemos también que la recuperación de este invalorable patrimonio debe constituirse en una herramienta imprescindible de desarrollo y en una fuente permanente de reflexiones acerca de nuestro futuro como país.

Limitar los complejos procesos sociales concentrándonos en el examen de las evidencias materiales y *artefactuales*, puede proporcionar una visión parcial o degradada de la realidad social. Este es especialmente el caso, por ejemplo, de las formaciones que no exhiben destacadas realizaciones culturales o arquitectónicas, como los cazadores recolectores, y cuyo equipamiento, mayormente lítico, puede aparentar una visión rudimentaria y primitiva de los mismos. Mientras que si incorporamos la dimensión espacial, asociando los contextos materiales a su modo de vida, y este a sus correspondientes formas de asentamiento y el manejo territorial de sus recursos, tendremos una visión radicalmente distinta o por lo menos de mayor profundidad y valoración de los procesos sociales que se desarrollaban en ese entonces.

El planteamiento central de nuestro trabajo propone que el surgimiento y evolución del fenómeno urbano —y en especial de la ciudad— constituye una de las claves principales para el estudio del proceso civilizatorio. En ese sentido, el examen de la evolución del fenómeno urbano constituye una herramienta imprescindible para el análisis y definición de las características particulares que asume el proceso en cuestión, en una región determinada.

Esto, universalmente se debe a que el proceso de desarrollo de formaciones sociales complejas, especialmente aquellas que alcanzaron una organización estatal, tuvo como correlato el surgimiento y desarrollo de centros urbanos y posteriormente de ciudades. En los centros urbanos y ciudades se concentra el desarrollo de las más importantes actividades económicas y sociales, particularmente aquellas de carácter especializado. Por esta razón, el estudio de la forma que adoptaron los asentamientos y el examen arqueológico de sus componentes, permitirá aproximarnos a la reconstrucción histórica de las formaciones sociales que les dieron origen y entender un aspecto crucial, como el urbanismo, para el estudio del proceso civilizatorio en los Andes centrales.

Uno de los objetivos principales de esta investigación ha sido definir un panorama general del origen, evolución y desarrollo del fenómeno urbano en los Andes centrales durante la época prehispánica. Para la consecución de este propósito se ha identificado, en cada una de las épocas del desarrollo histórico-cultural en los Andes centrales, casos representativos que ilustren el desarrollo del fenómeno urbano y sus expresiones arquitectónicas más significativas.

A partir de este enfoque se analiza la incidencia de los aspectos económicos, sociales y culturales en el desarrollo del fenómeno urbano y las formas específicas que este asumió a través del tiempo. Paralelamente, se examina la unidad y la diversidad que se aprecia históricamente en el proceso de desarrollo urbano en el área central andina, con el propósito de analizar comparativamente las manifestaciones del fenómeno de región a región, y explicar en cada caso las particularidades de su evolución.

Las premisas metodológicas de este trabajo mantienen una línea de continuidad, aunque con mayor énfasis descriptivo con los postulados desarrollados en ensayos anteriores, donde hemos sostenido la importancia fundamental que tiene, para el análisis científico del fenómeno de asentamiento humano en el territorio, establecer la relación de correspondencia recíproca existente entre la *formación económico-social* y su correspondiente *forma de asentamiento* (Staino y Canziani 1984; Canziani 1989). Esta correspondencia de carácter teórico corresponde, en términos generales, a entidades o categorías abstractas. Sin embargo, así como las formaciones económico-sociales se presentan en la realidad de una manera concreta y específica, que se define y manifiesta en un determinado *modo de vida*, de la misma manera la forma de asentamiento, en cuanto categoría abstracta, se expresa de forma singular en un determinado modelo o patrón de asentamiento.

De esta propuesta resulta que, así como en términos teóricos y generales establecemos las relaciones de correspondencia entre distintas formaciones sociales y sus correspondientes formas de asentamiento, al nivel de los procedimientos analíticos, debemos establecer la relación dialéctica de correspondencia entre los modos de vida y su concreción en específicos modelos o patrones de asentamiento (véase cuadro 1).[2]

Fondo Editorial PUCP

A lo largo de este trabajo examinaremos un conjunto de aspectos arquitectónicos y urbanísticos que consideramos diagnósticos y fundamentales para interpretar las características que el proceso civilizatorio asume en los Andes centrales. Se ha sostenido, que si bien este proceso presenta singularidades y una identidad unitaria, que en términos generales permiten caracterizarlo como «andino», también es necesario advertir que manifiesta una notable diversidad, como una marcada desigualdad en sus desarrollos de región a región y en el devenir de una época a otra, lo cual significa que este proceso no fue lineal ni continuo.

Bajo estas premisas, debemos notar una advertencia cautelar: tanto el *Estado* como su correlato urbanístico, la *ciudad*, no son, como muchas veces se supone equivocadamente, organismos únicos, creados por la humanidad en los inicios de la civilización y enriquecidos en el curso de los siglos. Por el contrario, constituyen una serie de entidades diferentes, históricamente limitadas y determinadas por causas y circunstancias específicas (Staino y Canziani 1984).

Si asumimos la concepción del Estado como la forma de organización política que regula las relaciones sociales, mediante el ejercicio del poder por parte de una clase social dominante, lo que aquí nos interesa no es tanto la «evolución» del Estado en sí misma, sino el cómo y el porqué se dan las condiciones sociales que hicieron y hacen posible su existencia, y cuáles serían los elementos diagnósticos que nos pueden permitir inferir su presencia o ausencia. En este caso, utilizando los indicadores y las herramientas analíticas que nos proporciona la arquitectura y el urbanismo.

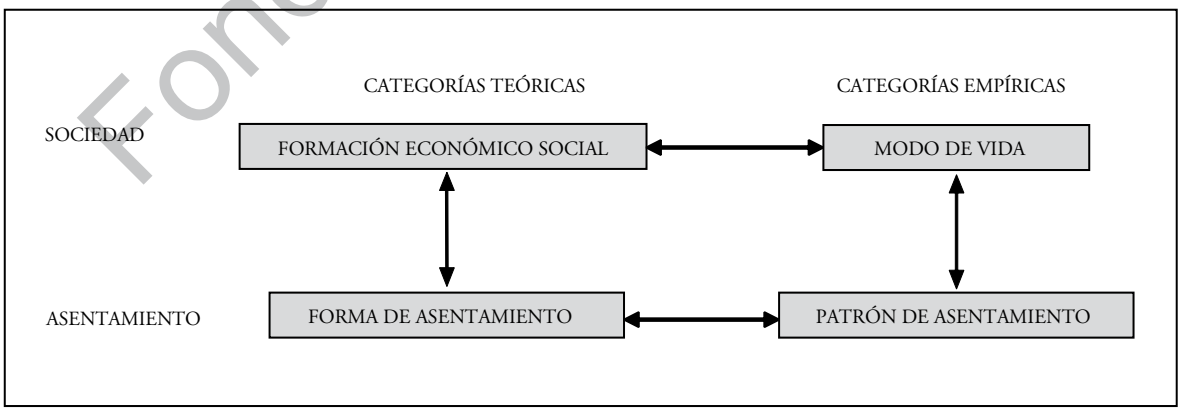
De los antecedentes historiográficos

Sin bien se dispone de una bibliografía relativamente amplia de estudios referidos al desarrollo de los procesos civilizatorios y su relación con la evolución de las formaciones urbanas, estos están concentrados en el examen de lo acontecido en el Viejo Mundo y, en especial, en el caso del Cercano Oriente —Egipto y Mesopotamia—. Esta región cuenta con una amplia bibliografía que va desde los trabajos pioneros de Childe (1936; 1942) y Frankfort (1954), a estudios más recientes como los de Adams (1972), Manzanilla (1986) y Redman (1985).

Existen limitados estudios que examinan esta problemática en otras regiones donde se desarrollaron civilizaciones originarias —India, China, Mesoamérica—, así como existen trabajos de debate teórico con referencias comparativas a distintas regiones (Service 1984). Sin embargo, constatamos que en el caso de los Andes centrales este tipo de trabajos es muy escaso.

Para el antiguo Perú tenemos estudios que provienen del campo de la arqueología principalmente. Algunos con limitaciones teóricas y ya desactualizados en cuanto a documentación empírica (Rowe 1963; Schaedel 1966; 1972), otros con importantes aportes en cuanto a la evolución de los patrones de asentamiento en ciertos valles de

Cuadro 1



[2] Para graficar estas relaciones de correspondencia podemos utilizar como ejemplo la formación económico-social de los cazadores recolectores, a la cual en términos generales corresponde como forma de asentamiento el establecimiento provisional o momentáneo, y el nomadismo o la trashumancia territorial. Mientras que, de manera concreta, esta formación social de cazadores recolectores se manifiesta en múltiples y diversos modos de vida, desde los innuit o esquimales del Ártico, a los selk' nam, yámana y alacaluf del extremo austral de América (Chapman 1998), pasando por las comunidades nativas de la Amazonía, o de los bosquimanos del Kalahari en África, los semang y sakai de las selvas de Malasia, etcétera, si nos desplazamos a otros continentes (Forde 1966). Allí se puede comprobar que cada unos de estos modos de vida, bastante distintos entre sí, manifiestan a su vez su singularidad en patrones de asentamiento con características propias que los hacen sustancialmente diferentes.

Fondo Editorial PUCP

la costa, entre los que destacan los de Willey (1953) en Virú y Wilson (1988) en el Santa. Otras importantes contribuciones teóricas relacionadas con el examen de esta problemática se encuentran en Lumbreras (1981). En este panorama, que evidencia la ausencia de una visión temática de conjunto —desde el campo de la arquitectura y el urbanismo—, disponemos de una primera aproximación general al tema de las formaciones urbanas en América en el clásico estudio sobre las ciudades precolombinas de Hardoy (1964); y de tan solo una importante síntesis sobre la arquitectura y el urbanismo en el antiguo Perú en el trabajo publicado por Williams (1981) hace más de veinte años.

El autor, en colaboración con Sergio Staino, publicó un ensayo acerca de los orígenes de la ciudad y su rol en el proceso civilizatorio. Allí se examinaba comparativamente los casos de Sumer, Egipto y el antiguo Perú (Staino y Canziani 1984). Posteriormente, publicó un estudio centrado en el examen de las formas de asentamiento en la costa norte, relacionado con la evolución de las formaciones sociales en dicha región durante los períodos tempranos de la época prehispánica (Canziani 1989). A continuación, ha publicado una serie de artículos en revistas especializadas acerca de este tema, con referencia a determinados valles y épocas (Canziani 1992a; 1993; 2000; 2003a; 2003b), al manejo del espacio territorial en el área andina y en determinadas regiones de esta (Canziani 1991; 1995; 2002), o centrados en los monumentos que integran complejos urbanos (Canziani 1987; 1992a; 1992b; 2000; 2003a; 2004).

En estas dos últimas décadas en nuestro país se han desarrollado muchos proyectos arqueológicos centrados, tanto en el análisis de complejos urbanos, como de los monumentos arquitectónicos que los integran. En muchos casos, los resultados de estas investigaciones han enriquecido y alterado sustancialmente la información preexistente, basada muchas veces en el examen superficial de los sitios. Justamente, uno de los propósitos de este trabajo ha sido revisar esta vasta bibliografía dispersa y especializada, sistematizar y articular la información documental pertinente y divulgar sus nuevos alcances.

Los Andes centrales: geografía y medio ambiente[3]

El área de los Andes centrales, en cuanto a geografía y características medioambientales, constituye una de las áreas mundiales con mayor diversidad climática y biológica.[4] Esto se debe, en primer lugar, a la presencia de la cordillera de los Andes, que asciende desde el nivel del mar —en el litoral de la costa del océano Pacífico—, hasta llegar a las montañas de nieves perpetuas, con nevados como el Huascarán, cuya cumbre alcanza los 6.768 m.s.n.m., para luego descender nuevamente hacia las planicies de las selvas tropicales de la cuenca amazónica. De modo que el solo factor altitud en un área que se encuentra en una zona tropical, genera múltiples y distintos pisos ecológicos, con las consiguientes variaciones climáticas, topográficas e hidrográficas. Por otro lado, el litoral marino de nuestras costas se ve afectado por el fenómeno de enfriamiento de sus aguas por la corriente de Humboldt y el afloramiento de aguas frías provenientes de las profundas fosas marinas. De esta manera, el mar también actúa como un condicionante que altera sustancialmente las características climáticas de nuestras regiones costeras.

En los territorios de la cordillera de los Andes centrales se desarrollan valles —algunos transversales a esta—, como los costeños, que descienden desde sus flancos occidentales hacia la costa, generando verdes oasis en esta zona desértica. Otros se desarrollan al interior, limitados por los pliegues y flancos de las estribaciones de la cordillera, formando los denominados valles interandinos, que se localizan principalmente en la zona quechua, si bien algunos sectores de su trayecto pueden también ubicarse en la zona correspondiente a la denominada yunga oriental.

La presencia de la corriente fría de Humboldt frente a las costas peruanas, y la riqueza de nutrientes que esta genera, favorece la existencia de altas concentraciones de plancton, la base de una vasta cadena trófica que se caracteriza por una impresionante diversidad de especies y una alta densidad de la biomasa marina, constituida por centenares de especies de peces, moluscos, crustáceos, así como aves y mamíferos marinos.

[3] Desde la antropología y la arqueología se ha reconocido en el área andina de América del Sur distintas áreas de integración económico-social. Entre estas, el área de los Andes centrales corresponde a los territorios que van desde el desierto de Sechura y la sierra de Piura, por el norte, hasta el nudo de Vilcanota y Arequipa por el sur (Lumbreras 1981).

[4] El Perú es un país extraordinariamente diverso ya que posee 84 zonas de vida de las 108 definidas en la Tierra (Holdridge 1947; 1967), lo cual lo hace extremadamente rico en recursos, paisajes, en distintas expresiones culturales y en promisorias posibilidades.

Fondo Editorial PUCP

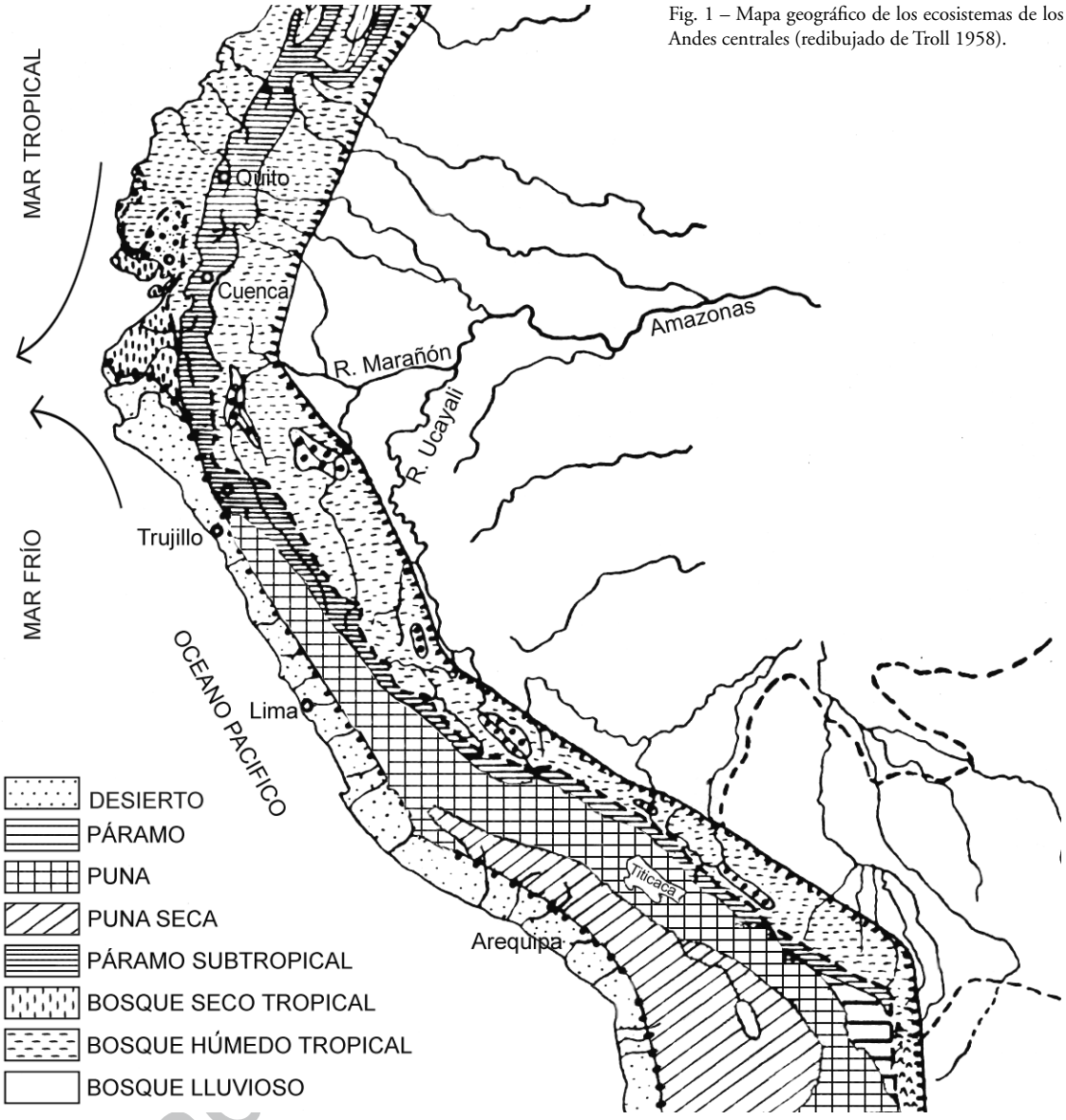


Fig. 1 – Mapa geográfico de los ecosistemas de los Andes centrales (redibujado de Troll 1958).

Esta extraordinaria riqueza de recursos marinos, que hasta el día de hoy tiene una importancia fundamental en la economía de nuestro país, desempeñó un papel de enorme relevancia en cuanto fuente privilegiada de recursos alimenticios y productivos desde los tiempos de los primeros pobladores del litoral y a lo largo de las distintas épocas durante el proceso civilizatorio andino.

La corriente fría de Humboldt también desempeña un papel clave sobre las condiciones climáticas, especialmente en el caso de las regiones costeras, generando una serie de fenómenos que determinan sus condiciones desérticas, aun cuando estos territorios se encuentran en latitudes próximas a la línea ecuatorial y, por lo tanto, en un área propia de zonas lluviosas y de bosques húmedos tropicales. En nuestro caso, las grandes masas de aire húmedo transportadas por los vientos alisios entran en contacto con las aguas frías del mar, formando bancos bajos de niebla

Fig. 2 – Paisaje de litoral marino en la caleta de Jihuay, Atiquipa (foto: J. Canziani).





Fig. 3 – Paisaje de dunas en el desierto cerca a la playa Gramadal, Huarmey (foto: J. Canziani).

que se ubican entre los 200 a 600 metros de altura, provocando el fenómeno conocido como inversión térmica. Este fenómeno se produce cuando el sol calienta el aire que está sobre la niebla, mientras que por debajo de las nubes, y en proximidad del suelo, las temperaturas son bastante más bajas. De esta manera se inhibe la precipitación de lluvias en las zonas costeras, de lo que deriva sus predominantes características desérticas.

Sin embargo, estas nubosidades típicas y persistentes en las regiones costeras durante el invierno —de junio a setiembre—, producen ligeras precipitaciones de lluvia fina conocida como garúa. Estas precipitaciones son más frecuentes en zonas próximas al litoral y algo más elevadas o con barreras de cerros, donde dan origen a un fenómeno muy especial y único de la costa peruana: las lomas. Se trata de la formación de pastos y vegetación arbustiva en zonas normalmente desérticas y que se dan gracias a estas garúas, pero también debido a la propia condensación de la humedad contenida en las nubes al entrar estas en contacto con la superficie fría de los suelos. En algunos casos, donde las condiciones son más propicias, se forman grandes extensiones de lomas que incluyen el desarrollo de bosques. En el desarrollo y reproducción de este fenómeno la vegetación desempeña un papel crucial, ya que las hojas y ramas de las plantas se convierten en elementos que multiplican el fenómeno de condensación, incrementando notablemente la precipitación del agua, además de disminuir su evaporación y favorecer su acumulación infiltrándola entre sus raíces.

Fig. 4 – Paisaje de bosques de lomas y acumulación de niebla en el cerro Cahuamarca, Atiquipa (foto: J. Canziani).



Estas lomas, con su abundante vegetación, dan vida a una gran variedad de fauna, entre la que se encuentran mamíferos como el guanaco, el venado, el zorro; aves como palomas, pericos, halcones y gavilanes; además de caracoles de tierra y muchos insectos. Este hecho hace de las lomas una zona especialmente rica en recursos, y por lo tanto un lugar particularmente frecuentado por el hombre desde los tiempos de los primeros cazadores y recolectores. Sin embargo, hoy en día su frágil ecología está a punto de desaparecer debido a la persistencia de la deforestación y el sobrepastoreo, iniciados desde la época colonial.

Según Pulgar Vidal (1996), en el territorio de los Andes centrales tienen lugar ocho regiones naturales a las que asigna los nombres que asumen en la toponimia indígena: Chala, que corresponde a las regiones del litoral costero; Yunga, al territorio de las zonas altas y cálidas de los valles occidentales, como también a ciertas zonas bajas y cálidas de los valles de las vertientes orientales entre los 500 y 2.300 m.s.n.m.; Quechua, a las quebradas y valles interandinos que se localizan entre los 2.300 y 3.500 m.s.n.m.; Suni o Jalca, a las estribaciones cordilleranas entre los 3.500 a 4.000 m.s.n.m.; Puna, a los territorios altoandinos y altiplánicos entre 3.500 y 4.500 m.s.n.m., ricos en pastos naturales; Janca, a las zonas de glaciales y nieves perpetuas entre los 4.000 y 6.768 m.s.n.m.; Rupa-rupa o Ceja de Selva, a los flancos orientales de los Andes; y, Oma-

Editorial PUCP

gua, o Selva Baja, correspondiente a los bosques húmedos y tropicales de nuestra Amazonía. Sin embargo, otros estudiosos de nuestra geografía proponen la presencia, no solamente de las ocho regiones ya señaladas —que corresponderían a un corte transversal en las regiones centrales de este territorio—, sino a muchas más subdivisiones ecológicas o ecorregiones (Brack 1986; Brack y Mendiola 2000).

Al respecto, algunos estudios geográficos destacan las marcadas diferencias territoriales y medioambientales existentes en los Andes centrales entre las regiones del norte, del centro y del sur. Las diferentes condiciones geográficas, orográficas y climáticas, que se presentan en estas distintas latitudes, fueron graficadas en sendos cortes transversales tanto por Troll (1958) para los Andes en América del Sur, como por Pulgar Vidal (1996) en cinco perfiles transversales, que atraviesan regiones del norte, centro y sur del Perú. A continuación resumimos de forma somera una breve descripción de las características que distinguen estas tres grandes regiones transversales que atraviesan los Andes centrales.

Fig. 5 – Paisaje de zona de yunga oriental, en el encañonamiento del río Marañón en la localidad de Balsas, en el límite entre los departamentos de Cajamarca y Amazonas (foto: J. Canziani).





Fig. 6 – Paisaje de valle de zona quechua en los alrededores del Cusco (foto: J. Canziani).

En el caso de la región norte, las cordilleras no alcanzan una gran elevación y se desarrollan a una relativa distancia del litoral marino. Estas condiciones originan que los valles de los ríos que descienden desde el flanco occidental de los Andes generen amplios abanicos aluviales, formando extensas planicies sedimentarias. Esto, con el progresivo desarrollo de la irrigación artificial, permitirá su conversión en las mayores extensiones agrícolas de la costa peruana, sirviendo de sustento a los poderosos procesos civilizatorios que se desarrollarán en esta región.

Estas condiciones propicias al desarrollo agrícola se verán también favorecidas por una mayor humedad, derivada de la amplitud de las cuencas de los valles, así como por la mayor incidencia del régimen de lluvias, lo que deriva en los caudales generosos en sus ríos. Por otra parte, la atenuación de la corriente de Humboldt y la proximidad de las aguas cálidas del mar tropical al norte, o su eventual descenso hacia el sur con el desencadenamiento de eventuales fenómenos de El Niño, provocan lluvias en las zonas de costa que propician el desarrollo de extensos bosques secos y el incremento del acuífero de la napa subterránea. En las zonas

Fig. 7 – Paisaje de planicies de puna en Qonococha. Al fondo los nevados de la Cordillera Blanca (foto: J. Canziani).



Editorial PUCP

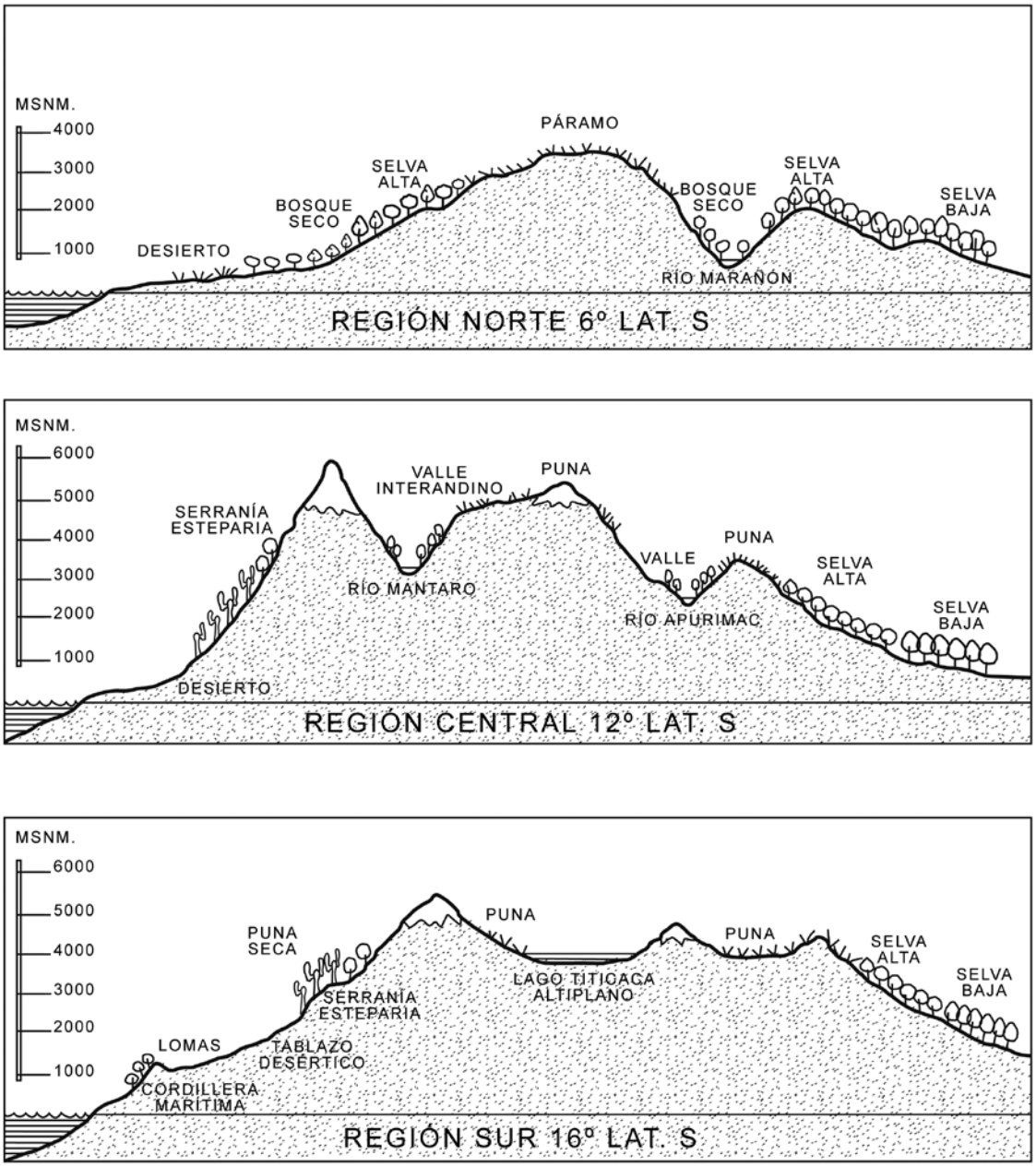


Fig. 8 – Cortes transversales esquemáticos en las regiones del norte, centro y sur del Perú (redibujado de Brack y Mendiola 2000; Pulgar Vidal 1996; Troll 1958).

de sierra de las regiones del norte, los pasos de montaña son relativamente bajos, lo que facilita las relaciones de transversalidad —tanto biológicas como humanas— entre la costa, la sierra y las regiones de la vertiente amazónica. Asimismo, la escasa altura de las montañas de las cordilleras del norte también deriva en la desaparición de la puna, que tanta importancia tiene en las regiones del centro y, sobre todo, en las del sur. En contrapartida se presentan zonas conocidas como páramos, con condiciones medioambientales bastante distintas a las de la puna, aun cuando puedan corresponder al mismo piso altitudinal.

En el caso de la región central, los Andes presentan marcadas cadenas montañosas y alcanzan su mayor altitud. La distancia más próxima de la cordillera occidental con relación al litoral de la costa, deriva en la reducción de la extensión de los conos aluviales de sus valles; mientras que la menor extensión de sus respectivas cuencas deriva por lo general en la presencia de ríos con caudales algo más moderados, generando las condiciones para el desarrollo de valles agrícolas de mediana extensión. En las correspondientes regiones de sierra se generan amplios valles interandinos, como el Callejón de Huaylas o el del Mantaro. La altitud de las cordilleras y de los respectivos

pasos de montaña dificultan relativamente la comunicación entre los valles interandinos, y entre estos y las regiones costeras. Por otra parte, en estas regiones altoandinas se desarrollan grandes planicies elevadas propias de la puna.

En la región sur de los Andes centrales se acentúan las condiciones de aridez y las sequías son frecuentes, con regímenes de lluvias irregulares y más escasas, especialmente en la vertiente occidental. Sus regiones costeñas se caracterizan por el desarrollo de extensos tablazos desérticos y la presencia de una cordillera marítima paralela al litoral, donde es común el desarrollo de vegetación de lomas. Los valles de esta región costeña son relativamente pequeños y cuentan con cuencas hidrográficas de limitada extensión, que se desarrollan en territorios de punas relativamente secas y sujetas a frecuentes sequías, y donde se originan ríos pequeños, cuyo escaso caudal se ve reducido aún más por procesos de evaporación e infiltración, siendo común que aun en época de lluvias sus aguas no lleguen a desembocar al mar, perdiéndose en el desierto. Por lo tanto, estas regiones costeras presentan severas limitaciones al desarrollo agrícola, tanto como consecuencia de la escasez de agua, como de suelos adecuados para el cultivo. Las zonas de cultivo se limitan a algunos valles oasis como los de Ica y Nazca, que, por las razones antes expuestas, tienen además la singularidad de desarrollarse al pie de la cordillera y estar relativamente alejados del litoral. De otro lado, en las zonas altoandinas de la región sur es dominante el piso ecológico correspondiente a la puna, donde el rol de la ganadería es preponderante, así como el de los cultivos de altura. Los territorios de puna hacia el occidente son secos e inclusive áridos, mientras que los que se desarrollan hacia el oriente son más húmedos, ya que se benefician de las lluvias generadas por los vientos alisios del sureste que transportan masas de aire húmedo desde la Amazonía. Los valles interandinos propios de zonas Quechua o Yunga están relativamente encajonados o con ríos que transcurren en profundos cañones, lo que dificulta o impide el aprovechamiento de sus aguas para fines agrícolas.

Fig. 9 – Campos agrícolas y canales de irrigación en el valle medio de Chincha (foto: J. Canziani).



La interacción sociedad – medio ambiente y las modificaciones territoriales

Para la cabal comprensión de las distintas formaciones sociales que se desarrollaron históricamente en las diferentes regiones de los Andes centrales, es necesario ubicarlas en su correspondiente escenario paisajístico y medioambiental. Como veremos más adelante, cada una de estas sociedades interactuó de manera específica con su medio, desarrollando formas especiales de manejo para hacer posible la producción y la explotación de sus particulares recursos, en el marco de sus propias estrategias de desarrollo económico y social. Esto llevó históricamente al establecimiento de distintos modos de vida y a la conformación de diferentes tradiciones culturales regionales.



Fig. 10 – Hoyas de cultivo en la localidad de Chilca (foto: J. Canziani).

Fig. 11 – Acueductos subterráneos en la localidad de Cantalloc, Nazca (foto: S. Purin).



Fondo Editorial PUCP



Fig. 12 – Terrazas de cultivo asociadas a sistemas de riego en las lomas de Atiquipa (foto: J. Canziani).

En el territorio del antiguo Perú, a partir de la revolución neolítica y el desarrollo inicial de la producción agrícola, se constata la iniciación de un proceso paralelo de modificación de las originales características naturales del territorio, con el propósito de acondicionarlo para servir de base a distintos procesos productivos ligados a la agricultura, principalmente (Canziani 2007).

Este proceso tiene la singularidad de caracterizarse desde sus inicios no solo por la amplia domesticación de plantas y animales, sino que paralelamente va acompañado por la domesticación del territorio en cuanto medio de producción. Tanto la extraordinaria diversidad geográfica y climática de los medios ambientales y ecosistemas que caracterizan el territorio del Perú, como la necesidad de adecuarlos a las exigencias de diversos tipos de producción, para superar o atenuar las condiciones negativas o las limitaciones que estos presentaban por naturaleza al desarrollo de estas actividades productivas, dieron como resultado el despliegue de un extraordinario y variado *corpus* de *paisajes culturales*.[5]

Entre los paisajes culturales ligados al desarrollo de zonas de producción, podemos mencionar entre los principales los que se desarrollaron en la costa desértica. Entre estos destacan los valles agrícolas generados mediante el despliegue de grandes sistemas de irrigación artificial; los valles oasis donde se aplicaron sistemas de hoyas

Fig. 13 – Tendales para el secado de pescado formando sistemas de terrazas en los promontorios de Punta Mulatos en la caleta de Ancón (foto: J. Canziani).



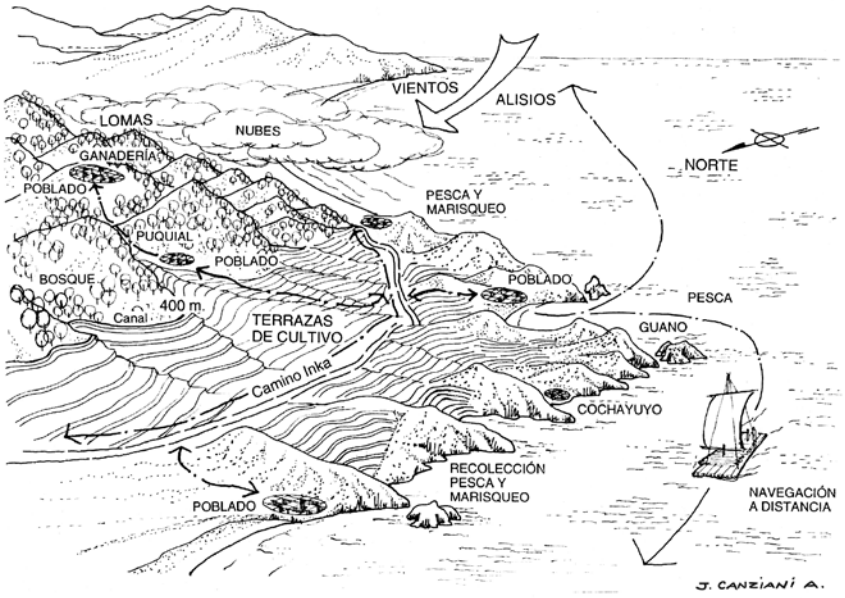


Fig. 14 – Reconstrucción hipotética del manejo del territorio de lomas en Atiquipa (Canziani 2002).

[5] El Centro del Patrimonio Mundial de la UNESCO comprende bajo el concepto de *paisajes culturales* una diversidad de obras que combinan el trabajo del hombre y la naturaleza. En un paisaje cultural se manifiesta de forma singular la interacción entre la sociedad y su ambiente natural, y su conservación contribuye a la biodiversidad y a la sostenibilidad del desarrollo territorial, destacando los valores naturales presentes en el paisaje.

Editorial PUCP



Fig. 15 –Terrazas agrícolas de formación lenta en la localidad de Picol, Cusco (foto: J. Canziani).

de cultivo, o se desarrollaron complejas formas de regadío que aprovecharon las aguas subterráneas mediante el manejo de puquios y la construcción de galerías filtrantes, especialmente en la costa sur, donde se agudizan las condiciones de aridez y son escasas las fuentes de agua superficial; al igual que el manejo de los bosques de neblina en las zonas de lomas y el desarrollo de terrazas de cultivo irrigadas con el agua capturada de la niebla por los bosques; así como las lagunas

Fig. 16 – Sistema de andenes agrícolas asociados al riego en la localidad de Laraos, Yauyos (foto: J. Canziani).





Fig. 17 – Sistema de cultivo en camellones, conocidos también como *waru waru* en el altiplano puneño (foto: E. Mujica).

y *wachaques* para el manejo de la totora, o los tendales para el secado de pescado, presentes en distintos puntos del litoral.

Por otra parte, en la sierra y valles interandinos destacan las terrazas de formación lenta que posibilitan el desarrollo de cultivos de secano en laderas de fuerte pendiente. Esto permitió generar suelos con menor gradiente y así mejorar la retención del agua de lluvia y disminuir la erosión. Sin embargo, frente al constante riesgo de sequía, y las notables ventajas de asegurar y controlar el desarrollo de los cultivos mediante la irrigación artificial, se realizaron extensos sistemas de andenes agrícolas asociados a obras de canalización para posibilitar su riego. En la puna, para lograr el desarrollo agrícola en una altitud que se encuentra en el límite de las posibilidades biológicas, y donde además los cultivos se encuentran expuestos a las frecuentes heladas y a la crítica alternancia de períodos de duras sequías o severas inundaciones, se desarrollaron sistemas de *qochas*, así como también sistemas de camellones o *waru waru*; al igual que el despliegue de *bofedales*, generados en su mayoría mediante sistemas relativamente simples de riego o inundación de extensiones ubicadas en zonas de punas secas. Así se propició el desarrollo de la vegetación y, de forma consecuente, se favoreció la pastura de camélidos, y hoy de vacunos y ovinos.

Estas diferentes modificaciones territoriales, por encima de su diversidad funcional, características paisajísticas, extensión y niveles

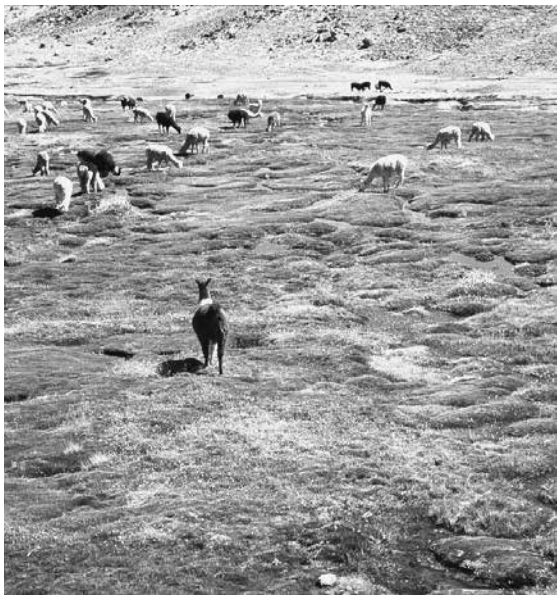


Fig. 18 – Bofedales para la pastura de camélidos en las punas secas de Aguada Blanca, Arequipa (foto: J.Canziani).

de complejidad comprometidos, tienen en común la superación de las limitaciones territoriales —climáticas, topográficas, de suelos, hidrográficas, etcétera— para permitir o favorecer el desarrollo de las actividades productivas. En la mayoría de los casos se puede percibir que estas modificaciones, además de enfrentar las condiciones negativas, comportaron el aprovechamiento o mejoramiento de las condiciones positivas o favorables presentes en el medio natural.

Por lo tanto, se puede plantear que estas modificaciones territoriales tuvieron y aún tienen como aspecto común el propósito de generar, mejorar o ampliar las condiciones productivas del medio natural, garantizando a su vez la reproducción de las condiciones de base que aseguran la sostenibilidad de estos procesos.

Si bien las modificaciones territoriales fueron realizadas con herramientas relativamente sencillas, habrían comprometido una tecnología vasta y compleja que se caracterizaba por el despliegue de formas especiales de organización social de la producción.

En cuanto trascendentes medios e instrumentos de producción social de escala territorial, los paisajes culturales representan no solo un importante patrimonio tecnológico, y, funcional al desarrollo territorial. También constituyen un referente relevante para las comunidades que los generaron o heredaron en lo que se refiere a la constitución, conservación e, inclusive, la recuperación de su identidad cultural (Canziani 2007).

Los Andes centrales como área cultural

Cuando en un conjunto de regiones localizadas en un determinado territorio geográfico se aprecia que sus desarrollos culturales, por encima de sus diferencias regionales, comparten históricamente una serie de rasgos que definen una identidad, y donde además se aprecia una evolución en la que se pueden observar tanto continuidades como procesos de cambio, se entiende que se está frente a un *área cultural*.

Corrientemente se ha entendido como área cultural a territorios donde se registran determinadas tradiciones estilísticas en el repertorio de su cultura material. Sin embargo, estudiosos de esta problemática, como Lumbreras (1981), sostienen que es preferible asumir una caracterización histórica de este término, que no esté por lo tanto referido exclusivamente a los aspectos estrictamente culturales, si no que incorpore todas aquellas esferas relacionadas con el modo de vida y la evolución histórica de las formaciones económico-sociales.

En este sentido, en un área histórico-cultural se debe percibir una unidad, que es producto de la relación particular que instauran las sociedades con su medio ambiente específico, con el desarrollo de determinadas técnicas de producción, especialmente en el campo de la agricultura. Este proceso, en el caso de los Andes centrales, presenta una definida impronta de unidad e integración en el marco de una notable diversidad.

Los Andes centrales: su secuencia cronológica y cultural

El área de los Andes centrales comprende gran parte del territorio de lo que es ahora el Perú, con un límite norte en el desierto de Sechura y la sierra de Piura y al sur con el nudo de Vilcanota y Arequipa. A las regiones que se encuentran más al sur se les denomina área centro sur y corresponden al altiplano de la región circumlacustre del Titicaca, comprendiendo los desiertos costeros del extremo sur del Perú y del norte de Chile, y las punas de Bolivia (Lumbreras 1981).

Existen distintos planteamientos para definir la evolución histórica y la correspondiente secuencia de períodos culturales de los Andes centrales. En el presente texto asumimos dos propuestas como las principales, debido a que son las mayormente aceptadas por los estudiosos de la materia, ya que además resumen e incorporan

Fondo Editorial PUCP

los aportes de distintos investigadores de la arqueología andina.

En el caso de la secuencia propuesta por Rowe (1962) —establecida fundamentalmente a partir de sus investigaciones y de la secuencia estratigráfica obtenida en excavaciones arqueológicas en el valle de Ica— se privilegia los aspectos relacionados con la vigencia de determinados rasgos culturales y los cambios estilísticos, especialmente de aquellos que se aprecian en la producción cerámica. De esta manera, se propone un período Precerámico, que comprende tanto a las sociedades de cazadores y recolectores como a la época de las comunidades aldeanas de los primeros agricultores; le sucede un Período Inicial, referido a la época en que aparece inicialmente la cerámica;[6] luego se establecen tres horizontes, definidos sobre la base de la difusión y presencia en el área de los Andes centrales de los rasgos estilísticos generados primero por el fenómeno Chavín —Horizonte Temprano—, luego por el fenómeno Wari —Horizonte Medio— y finalmente por la expansión inca con el imperio del Tahuantinsuyu —Horizonte Tardío—. Entre estos horizontes se dan dos períodos en que prevalecen los rasgos regionales, al cesar las influencias de carácter panandino. De este modo, se definen dos períodos intermedios: el Intermedio Temprano entre los Horizontes Temprano y Medio y luego el Intermedio Tardío, entre los Horizontes Medio y Tardío (véase cuadro 2).

Asimismo, tenemos la secuencia propuesta por Lumbreras (1981), quien privilegia el distinto nivel de desarrollo y características de las formaciones sociales presentes en cada época. En este caso, propone un período Lítico, que corresponde a la temprana época de los cazadores recolectores; le sucede el período Arcaico, correspondiente a la aparición de las comunidades aldeanas precerámicas de los primeros agricultores; el período Formativo, que se inicia con la aparición de la cerámica —Formativo Inferior— y que, en las fases posteriores —Formativo Medio y Superior—, corresponde a la época caracterizada por el fenómeno Chavín y el surgimiento de las «altas culturas»; el período de los Desarrollos Regionales Tempranos, caracterizado por el surgimiento de distintas formaciones regionales y la presencia de estados teocráticos; la Época Wari, para la que se propone el desarrollo de una primera formación de carácter imperial en el área andina; el período de los Estados Regionales Tardíos, caracterizado por el resurgimiento de las formaciones regionales y la presencia de distintos estados y señoríos; para concluir con la Época Inca, correspondiente

Cuadro 2
Secuencia cronológico cultural

Cronología	Lumbreras (1981)	Rowe (1962)
10000 – 5000 a.C.	Lítico	Precerámico
5000 – 1800 a.C.	Arcaico	
1800 – 500 a.C.	Formativo	Período Inicial
		Horizonte Temprano
500 a.C. – 700 d.C.	Desarrollos Regionales Tempranos	Intermedio Temprano
600 – 1000 d.C.	Época Wari	Horizonte Medio
1000 – 1450 d.C.	Estados Regionales y Señoríos Tardíos	Intermedio Tardío
1450 – 1532 d.C.	Época Inca	Horizonte Tardío

[6] Los fechados «históricos» de la arqueología peruana propusieron para los Andes centrales la introducción de la cerámica alrededor del 1800 a.C. Sin embargo, un conjunto de fechados de recientes investigaciones desarrolladas tanto en la costa como en la sierra del Perú (véase VI Simposio Internacional de Arqueología PUCP. El Período Formativo: Enfoques y Evidencias Recientes. Lima, 2008), están ubicando consistentemente este evento alrededor del 1600 a.C. Esto implica que la cerámica habría aparecido en el área más tarde de lo que se había asumido. Asimismo el Período Inicial sería más breve de lo previsto, y algunos sitios asignados a este período, basándose fundamentalmente en los fechados, corresponderían al Arcaico o Precerámico Tardío.

Fondo Editorial PUCP

al desarrollo del imperio del Tahuantinsuyu (véase cuadro 2).

Evidentemente, estas dos propuestas de secuencia cronológico-cultural están referidas a los mismos procesos y eventos históricos. Estas columnas secuenciales, por lo tanto, deben ser consideradas como herramientas útiles para la definición y comprensión de lo que distingue y separa una época de otra. Aclarando que en este sentido no existen límites ni barreras precisas que marquen definidamente el inicio o fin de un período. Por lo tanto, es preciso señalar que estas herramientas, así como tienen ventajas, también pueden tener limitaciones, por ejemplo, en la aplicación de región a región, donde se aprecia que los procesos no son necesariamente lineares ni homogéneos, ya que están sujetos a una serie de desigualdades en los distintos niveles y formas de desarrollo.

Fondo Editorial PUCP



2

LOS ORÍGENES

Fondo Editorial PUCP

2
LOS ORÍGENES: de los cazadores recolectores al desarrollo de las formaciones aldeanas

Fondo Editorial PUCP

Cuando se hace referencia a la época de los cazadores recolectores, generalmente viene a la mente una serie de imágenes ampliamente difundidas en la bibliografía, que reducen estos primeros pobladores de los Andes a la condición de grupos sumamente primitivos, totalmente dependientes de lo que la naturaleza buenamente les proveía. Según esta visión, algo simplista, estaríamos frente a grupos humanos que se desplazaban incesantemente a lo largo de un amplio territorio en persecución de la fauna salvaje. Inclusive, se ha llegado a plantear largos desplazamientos estacionales desde la cordillera hasta las lomas costeñas, siguiendo una supuesta migración estacional de los animales entre regiones bastante lejanas. De esta manera, los cazadores recolectores nos han sido presentados frecuentemente como seres totalmente supeditados a la fauna silvestre y, a partir de esta idea, asumimos inconscientemente que la condición de «salvajismo» derivaría de esta suerte de simbiosis con la animalidad.[1]

Sin embargo, las investigaciones desarrolladas en las últimas décadas en los Andes centrales acerca de los recolectores y cazadores superiores del período Lítico nos presentan una realidad bastante distinta. Estos nuevos datos permiten sostener que alrededor del 10000 a.C. se registra la presencia de grupos humanos que tienen —no obstante su limitado nivel de desarrollo— un conocimiento y un manejo complejo de la diversidad medioambiental; están provistos de un bagaje tecnológico que comprende una amplia gama de instrumentos de piedra, hueso, madera y fibras vegetales, muchas veces sofisticados en su forma y técnica de elaboración, como es el caso de las puntas de proyectil; conocen la utilización del fuego y sus múltiples aplicaciones; y por último, no son ajenos a la manifestación de determinadas tradiciones culturales.

Pero quizá uno de los aspectos más notables que se desprende del estudio de las nuevas evidencias de esta época, corresponde a la apreciación de que estos tempranos pobladores dieron lugar a distintos modos de vida, al enfrentar la diversidad medio ambiental y la variedad de recursos presentes en las diferentes regiones de los Andes centrales. Estos distintos modos de vida constituyen una clara expresión de los niveles de conocimiento desarrollados por estos primeros pobladores en el manejo y apropiación de los recursos disponibles en cada medio específico, lo que les permitió garantizar el sustento y la reproducción de sus poblaciones.[2]

Nos parece necesario subrayar aquí la importancia teórica y metodológica que presenta este fenómeno, especialmente en cuanto se refiere al tema central que nos interesa: la forma de asentamiento. Y es que, en el marco general del análisis de una determinada formación económico-social, podemos aproximarnos al examen empírico que esta asume en la concreción de distintos modos de vida, con características

[1] Este sesgo en el tratamiento del período de los cazadores recolectores también ha sido advertido críticamente por Uceda (1987: 14-17), al igual que la equivocada tendencia evolucionista de considerar a los artefactos toscos o rudimentarios como «antiguos» y a los más elaborados como más «recientes», aislando estos instrumentos del análisis de sus asociaciones contextuales, lo que ha derivado en más de un craso error de interpretación.

[2] Algunos autores utilizan al definir este proceso el término «adaptación», el que nos parece inapropiado ya que propone una suerte de dependencia pasiva de estas sociedades a las condiciones ecológicas, oscureciendo así el hecho fundamental de que son los hombres y mujeres los agentes principales en la interacción que establecen con el medio y sus recursos, y que como tales son los protagonistas centrales de los constantes cambios que genera la evolución social.

específicas y singulares. En especial, nos parece relevante señalar que se puede comprobar que a estos distintos modos de vida corresponderán, de manera consecuente, particulares formas —modelos o patrones— de asentamiento y manejo del espacio territorial. La formación social de los cazadores recolectores —relativamente simple frente a la creciente complejidad de las que posteriormente le sucederán— ofrece, por esta misma razón, una serie de aspectos cuyo estudio nos permite la comprensión de algunos de los elementos fundamentales que regulan el desarrollo y evolución del fenómeno de asentamiento humano en el territorio desde sus primeros inicios.

La presencia de distintos modos de vida entre los cazadores recolectores del área central andina emerge claramente de los datos y la relativamente amplia documentación que nos proporcionan los trabajos arqueológicos desarrollados en las últimas décadas. De esta manera, en distintos sitios de diferentes regiones, tanto de la sierra como de la costa, se ha constatado la existencia de culturas materiales bastante diferenciadas. Conforme se profundiza el estudio de los utensilios, herramientas y otros restos materiales de la actividad social de estos grupos, se establecen las condiciones que permiten que estos datos nos aproximen a la definición de distintos procesos de trabajo. Esto permite, a su vez, configurar reconstructivamente procesos productivos generales —examinados en el conjunto de sus interrelaciones—, con características específicas en los distintos ámbitos regionales y a lo largo de la evolución temporal (Bate 1982).

De esta manera, podremos empezar a valorar cómo y cuánto estas diferencias están expresando el desarrollo de distintos modos de vida, es decir la manera particular en que estos grupos humanos

PUCP

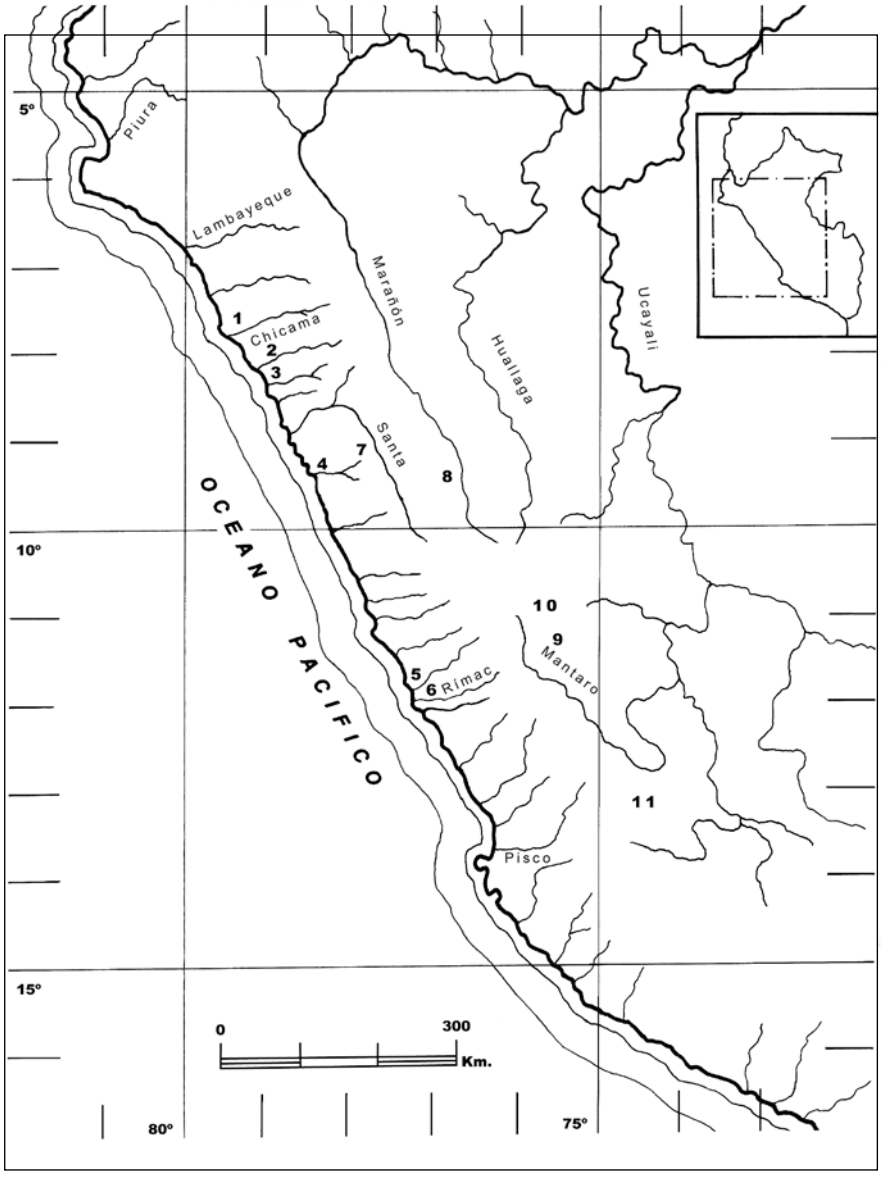


Fig. 19 – Mapa de ubicación de los principales sitios del período Lítico:
1 Pampas de Paiján
Pampa de los Fósiles
2 Quirihuac
3 Ochiputur
4 Casma
5 Ancón
6 Chivateros,
7 Guitarrero
8 Lauricocha
9 Pachamachay
10 Telarmachay
11 Pikimachay

desarrollaron sus actividades y formas de organización a lo largo del tiempo y del espacio, en relación con las singulares condiciones medio-ambientales en las que actuaron. Es evidente que un rol fundamental le corresponde al análisis de las particulares formas de asentamiento y de manejo del territorio en el estudio y comprensión de los aspectos que caracterizan el modo de vida.

El paijanense

Con fechados que se remontan inclusive al 13000 antes del presente, se registra en la costa peruana la existencia de importantes sitios que documentan la presencia y actividad de bandas de recolectores cazadores, desde Lambayeque hasta Ica, aunque con mayor énfasis en la costa norte y central. Estas poblaciones se identifican por la forma especial que asumen en la elaboración de puntas líticas de gran tamaño, que se caracterizan por ser alargadas y pedunculadas. El nombre de esta cultura deriva del lugar donde por vez primera se registró científicamente su presencia —en Paiján, al norte del valle de Chicama— y se le reconoce como paijanense o tradición Paiján.

Se supone que las condiciones climáticas de los territorios de la costa norte no debieron ser muy distintas de las actuales. Sin embargo, muchos autores sostienen la posibilidad de que el ambiente haya sido algo más húmedo que el actual y quizá similar a las condiciones que se presentan en este territorio durante eventos como el fenómeno El Niño, cuando muchas quebradas se vuelven activas con la presencia de cursos de agua; se dan mayores extensiones cubiertas con pastos y bosques naturales; y las zonas de lomas registran una mayor densidad y verdor.

También se plantea la posibilidad de que esta época haya coincidido con el inicio de una fase de deglaciación que habría elevado progresivamente el nivel del mar, sumergiendo parte de la franja costera y, por lo tanto, los vestigios de ocupación que en ella se encontraban. Si esto fuera así, debemos suponer que muchos de los sitios hoy registrados se habrían localizado por lo menos unos diez kilómetros más alejados del litoral de lo que hoy se encuentran. De acuerdo a esta hipótesis, esta localización ubicaría muchos sitios en una zona ecológica propia del pie de monte andino, lo que podría explicar en parte la presencia de un medio aparentemente más húmedo en estos hábitats (Chauchat 1988: 58-60).

Prácticamente la totalidad de los sitios de ocupación correspondientes al paijanense se encuentran ubicados a campo abierto. Este es un primer dato sumamente interesante, ya que relaciona de manera directa la forma de asentamiento con las condiciones del medio en que este se encuentra. Este caso nos revela cómo en un medio con un clima benigno y templado, los abrigos naturales —como las cuevas— no habrían tenido mayor importancia, a diferencia de lo que acontece en otros medios con condiciones climáticas bastante más severas. En algunos casos, se supone el desarrollo de paravientos en los campamentos, es decir, estructuras simples en forma de medialuna destinadas a la protección de la molesta sensación de frío que genera la acción del viento (Gálvez y Becerra 1994). La posible existencia de este tipo de estructuras, elaboradas con materiales perecederos, podría haber sido una de las causas que generara las concentraciones de artefactos con límites en forma de medialuna que se detectan en la excavación de algunos campamentos (Uceda 1987: 21). En casos excepcionales, como en el sitio de Quirihuac, se ha documentado el aprovechamiento de ciertos abrigos rocosos, en cuanto sitios que ofrecían un buen refugio y protección frente a la acción del sol abrasador propio de la costa norte.

Los investigadores que han abordado el estudio del paijanense han observado la presencia de distintos tipos de sitios espacialmente articulados entre sí. Tanto su localización, como las evidencias de las diferentes actividades que en estos se realizaban, definen las características y función de estos sitios, que se identifican como campamentos, talleres y canteras. Los sitios del primer tipo están asociados a una amplia variedad de artefactos líticos y corresponden a lugares de asentamiento temporal de las bandas; mientras tanto, los últimos dos están asociados a la extracción de piedras y a las distintas fases de producción de los artefactos líticos (Chauchat 1988: 52-53).

Fig. 20 – Pampa de los Fósiles. Vista general de una cantera (Chauchat 1988: fig. 2.4).



Fondo Editorial PUCP

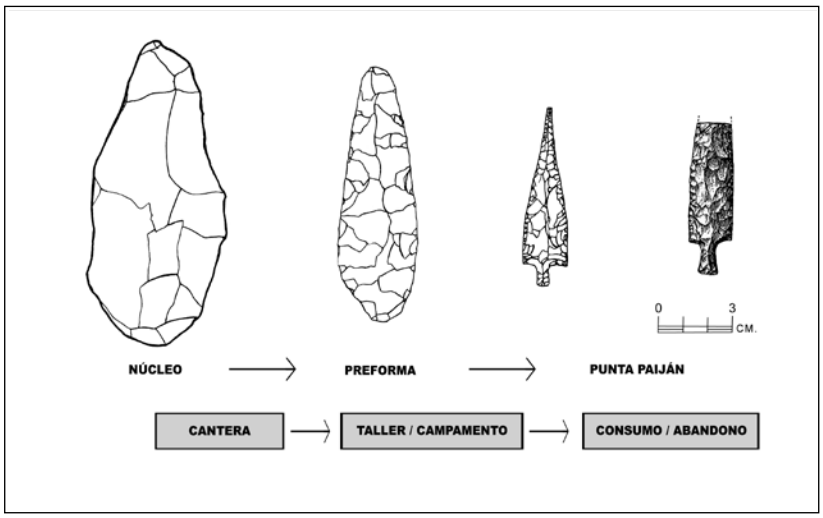


Fig. 21 – Esquema de las fases de elaboración de una punta de Paiján (según Chauchat 2006; redibujado de Bonavia 1991: fig. 13) y secuencia de la articulación espacial del correspondiente proceso productivo.

Las canteras son sitios donde los paijanenses extraían la materia prima para la elaboración de distintos artefactos líticos. Si bien la actividad principal está destinada principalmente a la obtención de los bloques o «núcleos» adecuados para la producción de estos instrumentos, se observa que esto no excluye —especialmente en el caso de las puntas de proyectil— la realización de alguna de las fases subsiguientes de su proceso de elaboración en el mismo sitio de la cantera, como es el caso de la confección de los artefactos denominados bifaciales o «preformas». Estos materiales preelaborados eran luego trasladados a los talleres asociados a los campamentos, donde se les terminaba de fabricar. En algunos casos, como se ha documentado en Casma, se utilizaron herramientas líticas en forma de cuña, especialmente elaboradas para resolver la particular dificultad que presentaba la extracción de las rocas utilizadas como materia prima (Uceda 1992). Asimismo, en distintos ámbitos territoriales se ha podido comprobar el manejo simultáneo de diferentes canteras con distintos tipos de rocas, lo que estaría indicando la selección de las materias primas preferidas o más adecuadas para la elaboración de los distintos tipos de artefactos (Becerra y Gálvez 1996).

En los talleres, ubicados con una relativa proximidad a los campamentos y asociados a estos en cuanto parte de un mismo sitio, se desarrolló el trabajo especializado destinado a la confección final —a partir de las «preformas»— de dos tipos de instrumentos básicos en el equipamiento de las gentes de Paiján: las puntas de proyectil y lo que los arqueólogos denominan unifaces, tales como cuchillos, raederas, perforadores, etcétera. El relativo aislamiento de las gentes que realizaban en el taller este trabajo lítico, con relación al grueso de la banda presente en el campamento, podría ser explicado por la necesaria concentración que esta actividad implicaba, así como una prudente decisión para evitar la presencia de lascas y otros afilados descartes de la talla donde el grueso de la gente se encontraba circulando.

En los campamentos se advierte la presencia de una gran variedad de instrumentos líticos, donde son escasas las puntas de proyectil, tan frecuentes en los talleres donde eran producidas.[3] Esto es algo totalmente lógico, si se piensa que este tipo de instrumentos se «consumen» en el desarrollo de la caza o la pesca; mientras que en los campamentos es de esperar que sean mucho más abundantes aquellos instrumentos destinados a la preparación de alimentos y a la transformación de determinados recursos, en el marco de los procesos de trabajo desarrollados por el grupo.

En los campamentos, además de la evidencia de actividades relacionadas con la elaboración de instrumentos líticos y seguramente de otros implementos orgánicos, de los cuales no han quedado rastros, destaca la presencia de una serie de fogones distribuidos en el espacio utilizado por la banda durante su asentamiento momentáneo. Es interesante notar que, a partir del examen de la forma de los fogones y los restos asociados a estos, es posible inferir la función que estos cumplían (Medina 1992). Así aquellos

[3] Es interesante notar, como bien señalan Chauchat *et al.* (1992), que las piezas que se hallan en estos talleres corresponden a aquellas que presentaron fallas o que se rompieron en el proceso de elaboración y que, por lo tanto, fueron descartadas.

Fondo Editorial PUCP

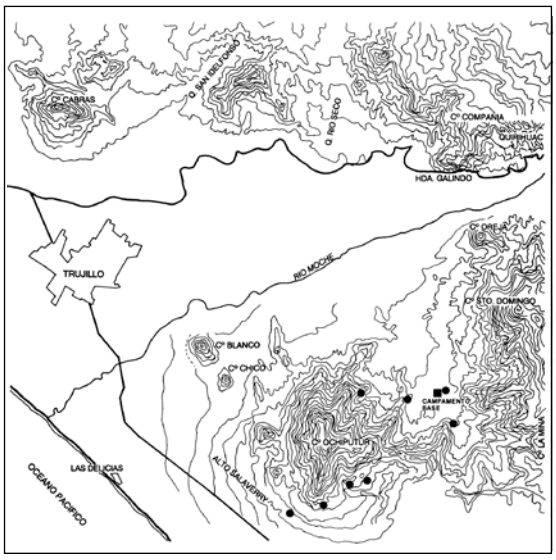


Fig. 22 – Mapa del valle de Moche y ubicación del campamento base de Cerro Ochiputur (los puntos indican posibles campamentos provisionales (Medina 1992: fig. 1).

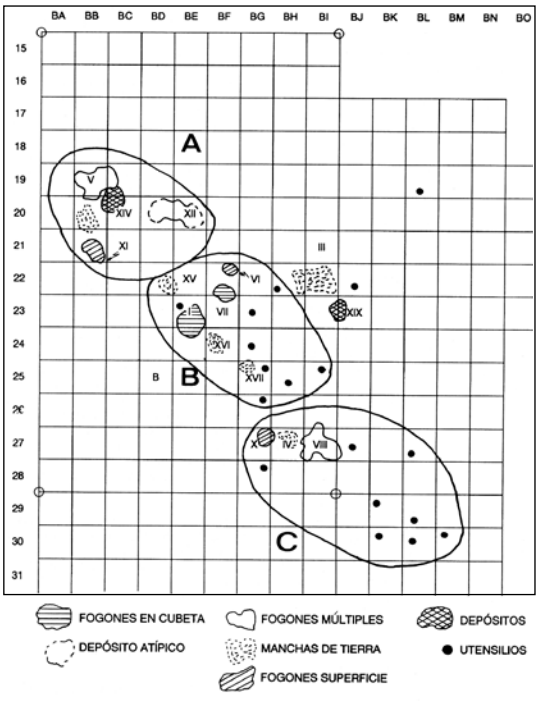
que son excavados a una cierta profundidad y que contienen, además de carbón, restos quemados de caracoles terrestres, vegetales, huesos fragmentados, espinas de pescado y otros elementos orgánicos, habrían estado destinados a la preparación de alimentos; mientras que los que son superficiales y no están a asociados a restos orgánicos, habrían cumplido una función destinada a proporcionar calor y luz a la gente del campamento durante la noche. Se reporta también en los campamentos la presencia de batanes y piedras de moler, lo que es de gran interés dado que podrían indicar el procesamiento en estos sitios de determinados recursos vegetales para su consumo, como podría ser el caso de la molienda de las semillas de algarroba para obtener harina (Uceda 1987: 21-22).

No podemos dejar de mencionar las extraordinarias y relativamente frecuentes evidencias de enterramientos humanos que han sido hallados en asociación con campamentos paijanenses. En estos casos se ha documentado el desarrollo de ciertas prácticas funerarias que habrían implicado la posible presencia de petates como envoltorio, la cremación parcial de los cuerpos, al igual que la presencia de vértebras de pescado perforadas y cuentas de hueso, que habrían sido parte de collares u otros elementos de adorno corporal. Estos datos nos introducen a aspectos superestructurales y a otras dimensiones menos tangibles y, por cierto, poco exploradas del modo de vida de estos primigenios pobladores (Chauchat 1988; Chauchat y Lacombe 1984; Dricot 1979).

El análisis de los procesos de trabajo desarrollados por las gentes de Paiján, y la articulación del conjunto de datos recuperados, permiten inferir reconstructivamente aspectos sustanciales de su modo de vida. Este es el caso de los procesos de trabajo relacionados con la elaboración de los instrumentos líticos que, como se ha visto, permiten reconstruir el desarrollo espacial de esta actividad, desde las canteras donde se extrajo la materia prima, a los talleres donde se realizó la elaboración final de los artefactos, e inclusive en el ámbito de los propios campamentos, donde se documenta su empleo o «consumo» en el desarrollo de determinados procesos productivos.

El proceso de elaboración de alimentos documenta la forma de consumo final de una serie de recursos relacionados con la subsistencia pero esto, a su vez, nos permite reconducirnos a los distintos espacios ecológicos donde estos recursos se localizaban y las formas de apropiación desarrolladas. En los campamentos paijanenses de la costa norte, la recurrente presencia de caracoles terrestres (*scutalus sp.*) nos indica su sistemática recolección en las zonas con una ecología de «lomas», de donde con seguridad también extraían leña y otros recursos naturales. Mientras que los abundantes y variados restos de peces documentan el manejo de distintos recursos marinos, si bien llama la atención la ausencia de los moluscos que serán tan populares

Fig. 23 – Plano del campamento base de Cerro Ochiputur con las áreas de actividad (Medina 1992: fig. 6).



Fondo Editorial PUCP

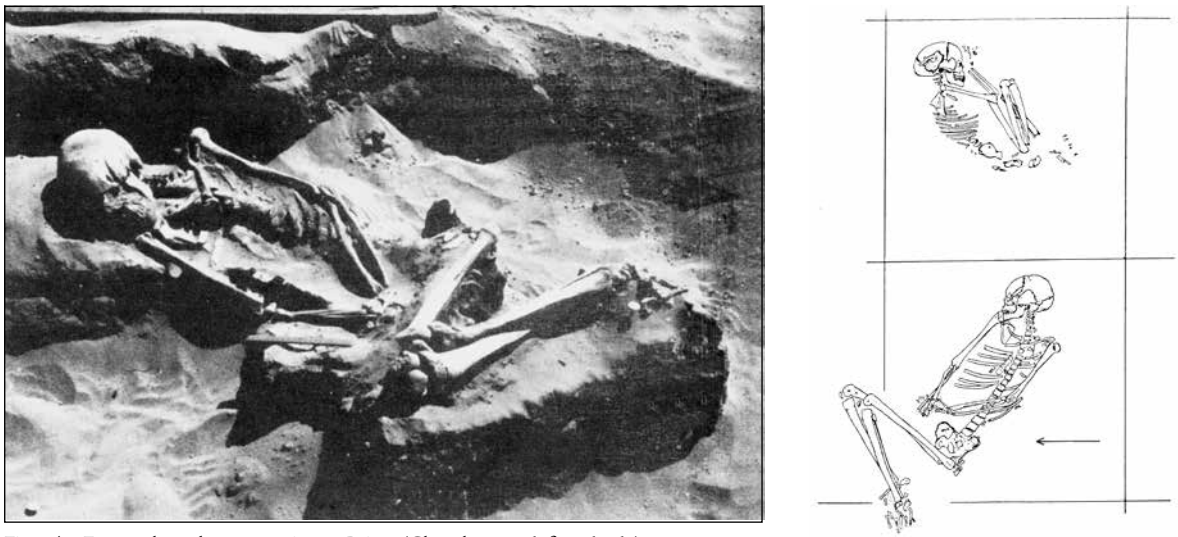


Fig. 24 – Foto y plano de enterramientos Paiján (Chauchat 2006: figs. 61-63).

posteriormente, durante el período Precerámico. Por otra parte, los restos de pequeños vertebrados, reptiles y crustáceos están indicando la explotación simultánea de una serie de recursos de los bosques y zonas arbustivas presentes en los cauces y márgenes de los valles, así como de los ríos y albuferas formadas en sus desembocaduras.

Dada la dificultad de conservación de los vestigios vegetales, no podemos descartar *a priori* la posible presencia en sitios paijanenses de algunas especies en proceso de domesticación, más aún si establecemos un análogo nivel de desarrollo respecto a otros sitios donde este proceso se ha documentado de forma excepcional, como es el caso de Guitarrero y de algunos abrigos de la sierra central, los cuales analizaremos más adelante.

El hecho de que en muchos de los campamentos se registre la presencia y consumo de una amplia y variada gama de productos, nos está expresando claramente que durante el breve período de ocupación de este tipo de sitios se explotaron de manera combinada y simultánea —mediante la recolección, la pesca y la caza— una diversidad de recursos, para cuya obtención fue necesario el desplazamiento simultáneo desde los campamentos de integrantes de la banda a lo largo de un territorio relativamente amplio. En este sentido, se supone que ciertas zonas fueron visitadas repetida y frecuentemente a lo largo del tiempo, lo que se manifestaría en la relativa densidad de los depósitos arqueológicos encontrados en estos lugares.

Evidentemente, las estrategias desarrolladas por las gentes de Paiján para el manejo de una variada gama de recursos durante una o más temporadas, implicaron necesariamente una acertada ubicación de lo que se conoce como campamento base o principal, mientras que otros sitios —bajo la forma de campamentos secundarios— se encuentran en la proximidad de las zonas con determinado tipo de recursos, y revelan el paso o la presencia momentánea de parte del grupo para su apropiación, captura o recolección.

Finalmente, una hipótesis que debemos ponderar para el paijanense —dada la documentación del aprovechamiento combinado y simultáneo de diferentes ecosistemas, con niveles de especialización que permitían la apropiación de una amplia gama de recursos distintos— es que estos pequeños grupos pudieran haber generado ciertos niveles de sedentarismo, interrumpido quizá por breves desplazamientos en un territorio bien conocido de unos treinta kilómetros de diámetro (Uceda 2003: comunicación personal).

Los cazadores recolectores de las punas

Bastante diferente a la realidad que nos presentan los datos de la costa norte y central peruana es la que se perfila para los sitios de esta época en las regiones altoandinas o de puna. Para empezar, los principales sitios de la sierra central se encuentran localizados preferentemente en pisos ecológicos que se ubican entre los 3.500 a 4.500 m.s.n.m. y están constituidos mayormente por cuevas y abrigos rocosos. Como han señalado algunos investigadores, puede llamar la atención que encontrándose cuevas o abrigos relativamente más amplios y localizados en pisos ecológicos de menor altitud, y por lo tanto con un clima bastante más benigno, como en muchos valles interandinos, estos no presenten una mayor

Fondo Editorial PUC

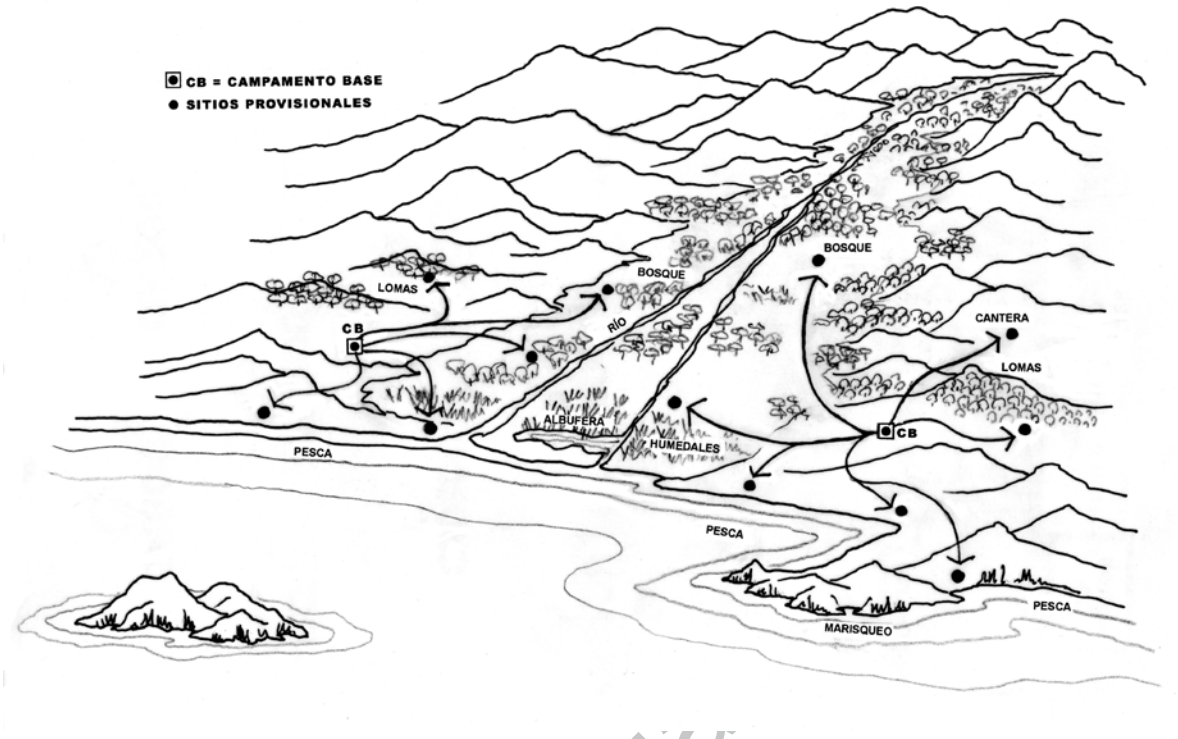


Fig. 25 – Valle costeño hipotético, con ubicación de campamento base, talleres, canteras y sitios provisionales, con énfasis en el manejo diversificado de recursos y la articulación «horizontal» del espacio territorial (Canziani).

ocupación durante el período de los cazadores recolectores. Una explicación plausible es que, a diferencia de estos, los sitios localizados en la puna se encontraban en una región donde se concentraba una gran cantidad de recursos y en especial, las grandes manadas de camélidos silvestres como la vicuña (*Lama vicugna*) y el guanaco (*Lama guanicoe*), que se sustentaban de los abundantes pastos naturales propios de esta región.

De esta manera, las evidencias reunidas con el estudio de sitios en el área de las punas de Junín, como Panalauca, Pachamachay,[4] Acomachay, Telarmachay, Uchcumachay, y de otros sitios en áreas aledañas como Lauricocha (Huánuco) o Cuchimachay (Lima), dan cuenta de la presencia de bandas de cazadores dedicados a la caza de camélidos, así como de venados y de otros mamíferos menores, lo que incluía también la recolección de frutos, tubérculos y raíces de plantas de las regiones altoandinas. El manejo de estos recursos estaba complementado con aquellos propios de entornos lacustres, con la captura de ranas, aves, peces y la recolección de plantas de estos medios. Esto no excluye el aprovechamiento de ciertos recursos propios de los valles interandinos, aunque se sostiene que para el caso de la puna central estos no tendrían una mayor presencia (Rick 1988), a menos que se



Fig. 26 – Pintura rupestre de Lauricocha, según Cardich, representando una escena de caza de vicuñas (redibujado de Lavallée *et al.* 1985).

[4] La recurrente terminación quechua machay, presente en la toponimia de muchos de los abrigos rocosos, significa precisamente «cueva», por lo que se convierte en un excelente indicador para conocer las características de estos sitios y los atributos asignados a estos tradicionalmente por parte de las poblaciones locales.

Fondo Editorial

tratase de sitios más próximos a los valles, como sería el caso de Telarmachay y de los demás sitios presentes en la cuenca del Shaka (Lavallée *et al.* 1985; Lavallée 1997: fig. 1).

La abundante disponibilidad de animales para la caza, especialmente gracias a la presencia de grandes manadas de vicuñas y su permanencia en estas zonas durante casi todo el año, habría permitido tanto el desarrollo de las bandas, como también su creciente estabilidad. Inclusive, estas condiciones favorables en cuanto a la disponibilidad de caza han servido de sustento al planteamiento de hipótesis que proponen el desarrollo de cierto grado de sedentarismo entre estos grupos.[5] En todo caso, la mayoría de los estudiosos coinciden en asumir la existencia de un modo de vida trashumante para estas poblaciones, lo que supone el desplazamiento de estas a lo largo de un territorio determinado, que estuvo regulado por los cambios climáticos de los ciclos estacionales, acompañando el movimiento de las manadas y el aprovechamiento de los diversos recursos disponibles en las distintas temporadas.

En esta singular estrategia de manejo de los recursos, un rol fundamental lo desempeñaban las cuevas y abrigos rocosos, dado que representaban un importante refugio para las bandas frente a las agresivas condiciones climáticas. Esto es especialmente importante si consideramos que estas son regiones donde los cambios de temperatura son drásticos entre el día y la noche, al igual que son frecuentes las heladas, lluvias y tempestades de nieve y granizo. Algunos de estos sitios, con un emplazamiento estratégico con relación a los recursos explotados y con determinadas condiciones favorables, se constituían en «campamentos base», es decir lugares donde se concentraba el grueso de la banda y a partir de los cuales estas organizaban las partidas de caza y recolección, desplazándose hacia «campamentos provisionales» o apostaderos de caza para la realización de esta u otras faenas ligadas a la recolección.

En la zona de puna estudiada por John Rick, en los alrededores de la cueva de Pachamachay, identificada como un campamento base, se ha podido registrar la presencia de campamentos temporales, relacionados aparentemente con el desarrollo de la caza; y, de sitios posiblemente ligados a una ocupación eventual durante la

Editorial PUCP

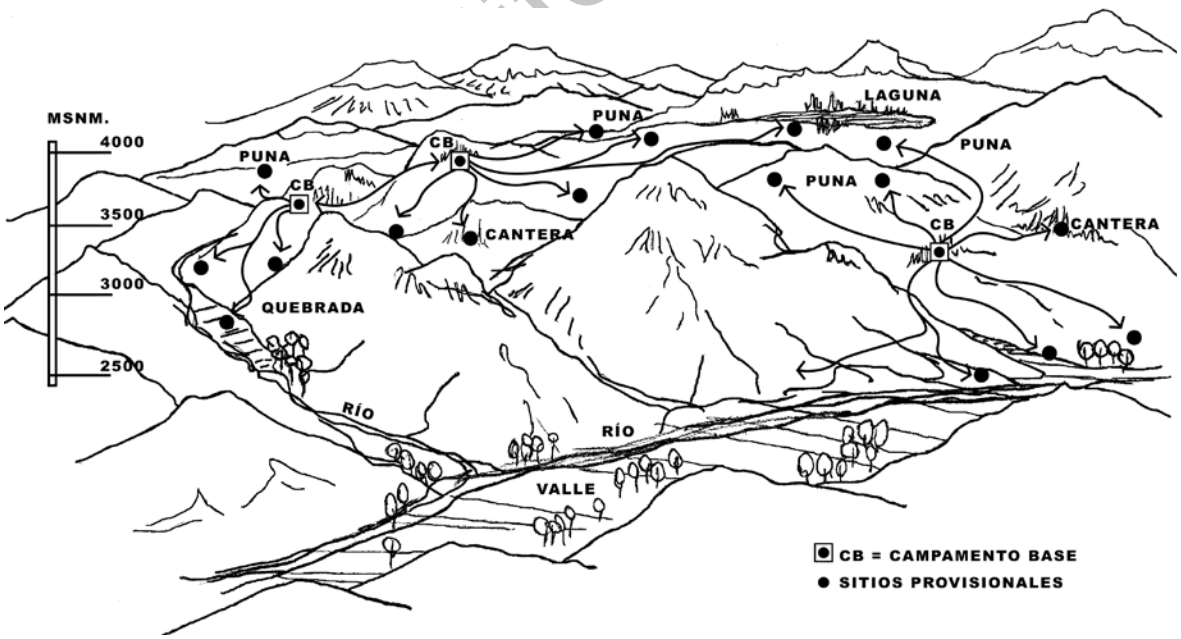


Fig. 27 – Reconstrucción hipotética de zona de puna y cabeceras de valle interandino, con ubicación de campamentos base y sitios provisionales, con énfasis en el manejo diversificado de recursos y la articulación «vertical» del espacio territorial (Canziani).

[5] Rick propone la tesis del sedentarismo o, en todo caso, la permanencia de las bandas por largas temporadas, al advertir que los recursos de caza en las punas estaban garantizados todo el año; respaldado también por las evidencias en las capas de ocupación del sitio de Pachamachay, donde además encuentra restos de estructuras a modo de rudimentarias viviendas. Esta hipótesis se sustenta también en la asunción que, para bandas numéricamente pequeñas y con un limitado nivel de desarrollo organizativo, es preferible una estrategia especializada en la apropiación de ciertos recursos, que una amplia y diversificada que implicaría una alta inversión en largos y dificultosos desplazamientos (Rick 1988: 40).

caza, como simple refugio o lugar de descanso entre lugares de desplazamiento de los cazadores. Lo interesante del caso es que la distribución de estos tres tipos de sitios responde a un patrón bastante definido, que estaría expresando un sistema o modelo de asentamiento. Esto se desprende cuando se verifica que el campamento base (tipo 1), representado por el sitio de Pachamachay, se encuentra en una posición territorial central; mientras tanto los campamentos temporales (tipo 2) se distribuyen alrededor del campamento base, a una distancia de cinco a ocho kilómetros, relacionándose directamente con las zonas que presentarían las condiciones más propicias para desarrollar la caza de vicuñas, es decir, en las proximidades de las zonas donde se registra la mayor densidad de riachuelos, que constituyen los hábitats preferidos por las manadas de estos camélidos. Por último, los del tercer tipo (tipo 3) se localizan relativamente próximos al campamento base y a los de carácter temporal, o a lo largo de los trayectos entre estos (Rick 1983: fig. 30).

Significativamente, estos tres tipos de sitios presentan densidades marcadamente diferentes en cuanto se refiere a la presencia de artefactos líticos. Como es lógico, también se observa que

Fig. 28 – Modelo de asentamiento en la puna con distribución de campamentos base y sitios provisionales (redibujado de Rick 1983: fig. 30).

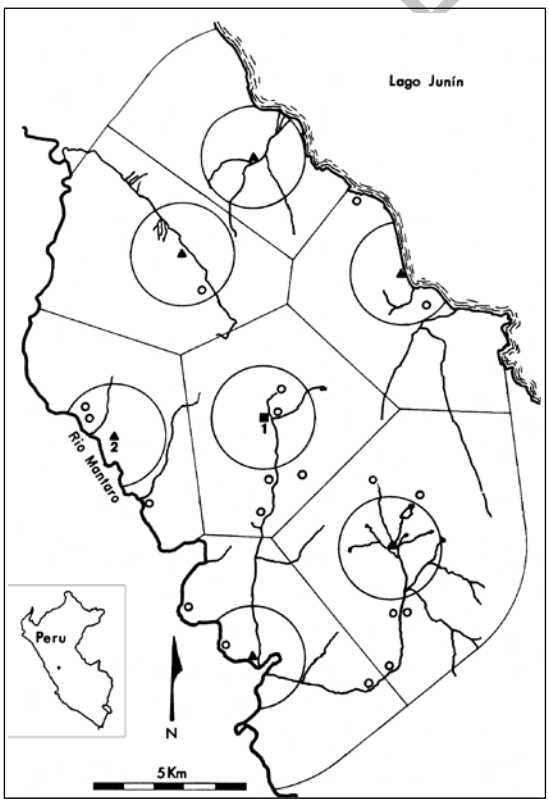




Fig. 29 – Panorámica del abrigo de Telarmachay (Lavallée *et al.* 1985: foto 3).

mientras el campamento base presenta un amplio universo de artefactos, los campamentos provisionales o esporádicos exhiben puntualmente artefactos líticos funcionalmente asociados con la caza o el descuartizamiento de las presas de gran tamaño, para facilitar así su traslado al campamento base.

A este propósito, es interesante notar que así como los campamentos base representan el lugar donde se concentra el grueso de la banda y constituyen el centro desde donde esta despliega sus actividades de apropiación de los recursos en un determinado entorno territorial, estos sitios también se convierten en el centro donde se desarrollan y concentran una serie de procesos productivos. En algunos casos, se han observado evidencias de los esfuerzos destinados a la modificación de las características naturales de estos refugios, los que aparentemente estaban dirigidos a la generación de espacios que brindaran un hábitat más confortable. Este es el caso de Pachamachay, donde se ha documentado en distintas fases la colocación de postes alineados y la construcción de muretes en la boca de la cueva, conformando pequeños espacios donde se instalaron fogones (Rick 1983; 1988).

Pero es en el sitio de Telarmachay —gracias al desarrollo de una minuciosa y extensiva excavación de cada una de las capas de ocupación de los sucesivos pisos de este abrigo— donde se nos presenta una serie de datos relevantes. Tal es el caso de la distribución espacial del desarrollo de distintos procesos productivos dentro el refugio; la presencia de paravientos y fogones en su interior; y, la extraordinaria documentación, por medio del análisis del material óseo, de un largo proceso evolutivo que habría conducido de la caza indiscriminada a la domesticación de los

Editorial PUCP

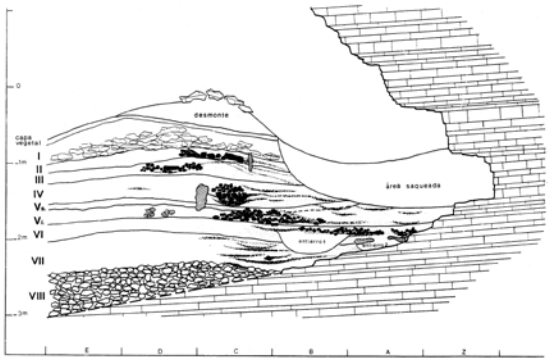


Fig. 30 – Corte de la estratigrafía arqueológica del abrigo de Telarmachay (Lavallée *et al.* 1995: fig. 7).

camélidos alrededor del 3500 a.C. (Lavallée *et al.* 1985).

En efecto, en Telarmachay el sistemático registro de los fragmentos óseos y artefactos líticos depositados en las distintas capas del piso del abrigo ha permitido inferir el desarrollo y distribución espacial de una serie de actividades y procesos productivos, como la confección de determinados artefactos líticos, el destazado de los animales cazados, el curtido de las pieles o la preparación y consumo de alimentos, entre otras. De igual manera se definieron áreas asociadas a fogones en el interior del refugio, que presentaban una superficie relativamente limpia de fragmentos y que, coincidentemente, estaban demarcadas por concentraciones de piedras que señalaban el apuntalamiento de postes, destinados aparentemente al soporte de pieles tendidas a modo de paravientos, conformando una suerte de viviendas primitivas.

El análisis sistemático del material óseo de Telarmachay, y su comportamiento en las diferentes capas de ocupación del refugio, revelaría que la mayor parte de los animales cazados correspondería a vicuñas. Pero lo más interesante sería que el examen de estos datos y su evolución a lo largo del tiempo permitiría sostener la hipótesis de que en las épocas tempranas del sitio —aproximadamente 8000 a 6000 a.C.— se habría efectuado la caza indiscriminada de los individuos de las manadas. Sin embargo, posteriormente se habrían ido afirmando patrones de caza que se concentraban de preferencia en los animales machos y maduros, protegiendo a las hembras y juveniles. De esta manera, una estrategia destinada originalmente a garantizar la conservación y reproducción de las manadas, acompañada por el creciente manejo y conocimiento de los hábitos de las manadas, habría conducido paulatinamente hacia la generación de dos nuevas especies de camélidos

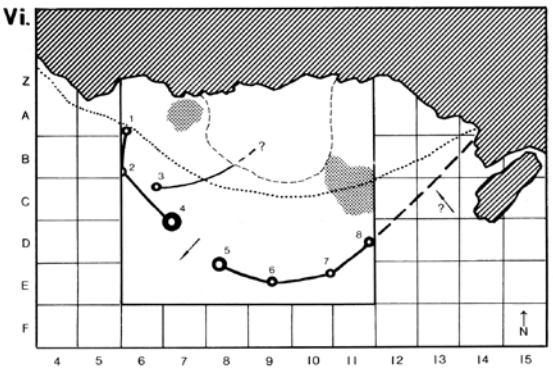


Fig. 31 – Foto del piso del nivel IVb de ocupación del abrigo de Telarmachay (Lavallée *et al.* 1985: foto 44).

domésticos, como son la alpaca (*lama paco*) y la llama (*lama glama*).

Según Danièle Lavallée (1997), el abrigo de Telarmachay, no obstante su relevancia documental, no sería necesariamente un campamento base. Este rol posiblemente lo desempeñó Cuchimachay, un importante sitio que presenta una cueva amplia de más de cien metros cuadrados, a una altitud relativamente moderada por debajo de los 4.000 m.s.n.m. —Telarmachay se ubica cerca de los 4.500 m.s.n.m.—, con una posición estratégica con relación a la apropiación de una amplia gama de recursos y como zona de confluencia de las rutas que ascienden desde los valles y quebradas de las partes bajas hacia las alturas de la puna. Estas singulares condiciones

Fig. 32 – Croquis de la delimitación espacial, por medio de un paraviento, de un refugio que incorporaba fogones, correspondiente al nivel VI del abrigo de Telarmachay (Lavallée *et al.* 1985: fig. 52).



Fondo Editorial

habrían propiciado una larga y densa ocupación, posiblemente durante gran parte del año. Si bien los depósitos arqueológicos han sido seriamente alterados por la cercana población de San Pedro de Cajas, se ha podido comprobar la presencia de abundantes desechos de fauna, talleres de elaboración de artefactos líticos, entre los que destaca el número de raspadores, evidenciando la importancia que tuvo en el sitio el curtido de pieles.

En el contexto de este espacio regional, donde Cuchimachay desempeñaba el rol central propio de un campamento base, Telarmachay habría sido tempranamente un sitio de ocupación temporal, para luego convertirse en uno de habitación con mayor densidad y frecuencia de ocupación, que no obstante su carácter secundario habría correspondido a un lugar de primera importancia para las faenas de caza y procesamiento de las presas. En este cuadro, se plantearía un modelo de asentamiento, donde además de Cuchimachay, que habría operado como campamento base, tendríamos otros como Telarmachay, en su condición de lugares de habitación y de procesos productivos asociados a la caza; mientras otros corresponderían a emplazamientos temporales de caza, a canteras y a talleres de talla. Es interesante notar que estos sitios forman alrededor de Cuchimachay una suerte de arco de no más de diez kilómetros de radio, el cual corona las quebradas altas y la puna, cuyos vestigios posibilitan reconstruir el despliegue espacial de una serie de actividades y procesos productivos (Lavallée 1997).

Los cazadores recolectores de los valles interandinos

Para el estudio de sitios de cazadores recolectores en ecologías propias de valles interandinos, se cuenta con dos casos bastante representativos: Pikimachay en la cuenca de Ayacucho y Guitarrero en el Callejón de Huaylas. Sin embargo, es preciso advertir que estos sitios son bastante distantes entre sí, tanto geográficamente como en las evidencias de su cultura material.

Al mencionar el caso de Pikimachay, estudiado por el equipo dirigido por MacNeish, no entraremos en mérito a la discusión de los posibles artefactos líticos más tempranos, cuya validez —y de paso los fechados propuestos (entre 20000 y 11000 a.C.)— ha sido seriamente cuestionada por entendidos en la materia (Rick 1988: 12-17). Interesa aquí mencionar la propuesta planteada para esta zona, donde se ha sugerido el posible desarrollo de un régimen de trashumancia que revelaría desplazamientos estacionales, en pos

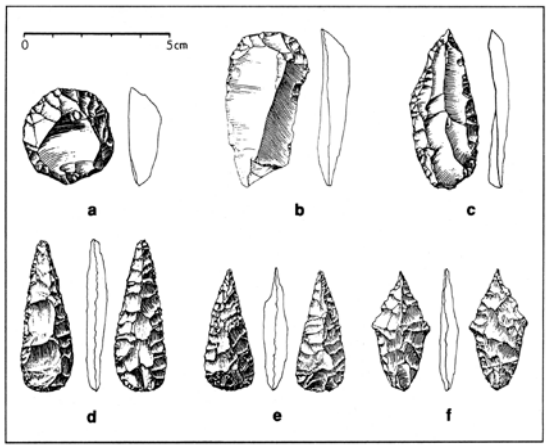


Fig. 33 – Principales tipos de herramientas líticas de Telarmachay (Lavallée *et al.* 1985) a y b: raspadores, c: perforador, d, e y f: puntas bifaciales (en Bonavia 1991: fig. 12).

de la apropiación de los distintos recursos disponibles en la cuenca ayacuchana. Este movimiento estacional —que estaría sustentado más en un examen de las características ecológicas de las diferentes zonas, que en la propia evidencia empírica— se habría dado desde los campamentos ubicados en las partes bajas, a unos 2.800 m.s.n.m., hasta aquellos localizados en las partes altas de los valles y en las punas que circundan a estos, entre los 3.300 a 4.000 metros de altitud.

En el caso de Guitarrero, estudiado por el equipo de Thomas Lynch (1980), a partir de las importantes evidencias recuperadas en este

Fig. 34 – Modelo de asentamiento en sitios de Ayacucho, según McNeish, con manejo estacional de recursos (redibujado de Rick 1988: fig. 1.18).



Fondo Editorial PUCP

abrigo —además de otros sitios que incluyen campamentos al aire libre, talleres y canteras—, se propone para los cazadores recolectores de esta zona una estrategia que contempla el manejo estacional de los recursos de distintos pisos ecológicos. Estos van desde aquellos de altura propios de la puna, hasta aquellos presentes en las planicies aluviales del valle del Santa, generándose así un desplazamiento transversal a la dirección de este. Sin embargo, se contempla también una posible trashumancia a lo largo de la cuenca del Callejón de Huaylas, que habría implicado un movimiento estacional desde las nacientes del río Santa, en zonas dominantemente de puna y con abundantes pastos naturales, para desplazarse río abajo hacia las zonas más bajas de la cuenca, caracterizadas por un clima progresivamente más seco y templado, como es el que corresponde a la localización del sitio de Guitarrero, en las laderas de la Cordillera Negra, a 2.580 m.s.n.m., y a unos 150 metros del cauce del río Santa. En el manejo de este territorio por parte de los cazadores locales, no solamente se habrían utilizado los abrigos naturales existentes, como la cueva de Guitarrero, ya que en el caso de Quishqui Puncu se da testimonio de que también existían sitios a campo abierto, donde se descartaría el empleo de paravientos o de otros recursos para mejorar la protección frente al medio ambiente, tal como se ha documentado en algunos refugios de puna.

En todo caso, los hipotéticos movimientos estacionales en esta región implicarían estrategias bastante diferentes entre sí, ya que en el primer caso el desplazamiento transversal hacia el oeste, desde sitios como Guitarrero (2.580 metros) o Quishqui Puncu (3.040 metros) hasta las punas ubicadas sobre los 4.000 metros de altitud, significarían un trayecto relativamente corto de unos diez a treinta kilómetros; mientras que en el segundo caso, el desplazamiento longitudinal siguiendo el valle del Santa hacia las punas ubicadas al sur representaría un recorrido de unos cien kilómetros, por lo que se le considera menos factible.

En cuanto a los hallazgos arqueológicos de Guitarrero, son del mayor interés aquellos relacionados con los materiales orgánicos excepcionalmente conservados gracias a las extraordinarias condiciones de sequedad. De esta manera, las excavaciones en Guitarrero han permitido recuperar excelentes evidencias tanto del manejo de los recursos botánicos, como de la existencia de artefactos de madera, cuero y fibras vegetales que normalmente no se han conservado en los demás sitios estudiados. Entre los artefactos se han recuperado herramientas líticas enfundadas con piel de venado asegurada con cuerdas, a modo de enmangado; palos utilizados como barrenos para encender fuego; fragmentos de cuerdas y de tejidos de fibras vegetales, que podrían haber sido partes de cestos o bolsas; así como restos de contenedores de mate (*Lagenaria siceraria*). Estos hallazgos documentan no solo las técnicas y materiales empleados para su elaboración, sino también la utilización de diferentes artefactos en el desarrollo de determinados procesos productivos, baste pensar en la importancia y utilidad desempeñada por las bolsas o cestos en la actividad cotidiana de la recolección, o la de los mates en cuanto recipientes.



Fig. 35 – Vista de la Cueva de Guitarrero (Lynch 1980).

Entre los restos orgánicos se identificaron varias gramíneas, aparentemente llevadas al interior de la cueva para ser utilizadas como lechos; una gran cantidad de plantas silvestres empleadas para la provisión de fibras vegetales y la producción de tejidos y cuerdas; así como evidencias del consumo de frutos como el pacae (*Inga sp.*) y la lúcuma (*Pouteria lucuma*). Sin embargo, uno de los hallazgos más destacados en este sitio ha sido el registro de determinados tipos de cultígenos que corresponden, a todas luces, a especies domesticadas. Esto significaría que en el marco de la economía propia de sociedades de cazadores recolectores —al igual que se ha verificado para la puna con la domesticación de ciertos animales— se habría procesado también el lento tránsito hacia la domesticación de una serie de especies vegetales, como es el caso del frejol (*Phaseolus vulgaris*), pallar (*Phaseolus lunatus*), oca (*Oxalis tuberosus*), olluco (*Ullucus tuberosus*), ají (*Capsicum chinense*), calabaza (*Lagenaria siceraria*), zapallo (*Cucurbita spp.*) y, algo más tarde, del maíz (*Zea mays*), que tanta importancia tendrá luego en el marco del desarrollo de las primeras sociedades agrícolas. En la documentación de este

Fondo Editorial PUCP

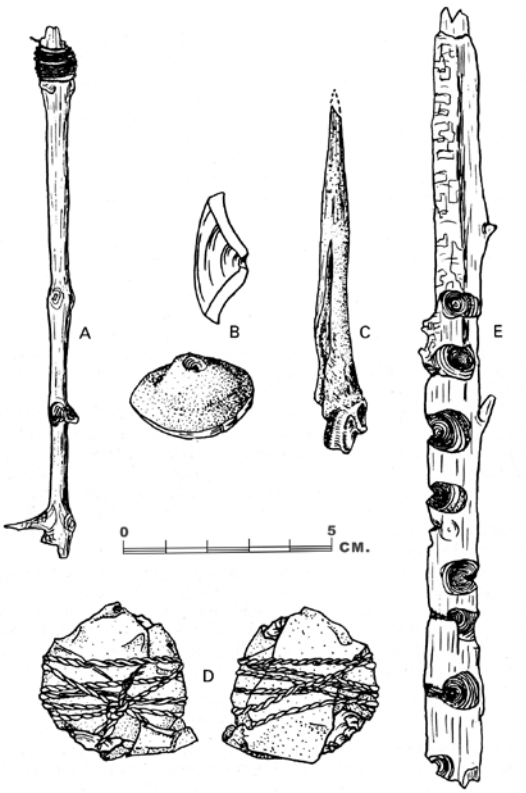


Fig. 36 – Artefactos de la Cueva de Guitarrero (Lynch 1980).

mismo proceso, en el abrigo de Pachamachay se identificó el consumo de los granos andinos de quinua (*Chenopodium quinoa*) y cañihua (*Chenopodium pallidicaule*), aunque no se pudo definir si ya se trataba de especies domésticas.

Otras evidencias

Existe también para esta época un importante repertorio de arte rupestre, asociado con los abrigos naturales localizados en las regiones altoandinas. Es interesante notar que gran parte de estas pinturas están relacionadas con la representación de los animales cazados, mayormente camélidos, y también en ciertos casos de la propia caza como actividad.

Estas evidencias pueden ser de gran utilidad al brindar información no solamente sobre el tipo de animales cazados, si no también sobre el género de armas y técnicas desplegadas en el desarrollo de la caza. En este sentido, en ciertas pinturas rupestres se puede apreciar claramente a grupos de cazadores ahuyentando a las manadas de vicuñas, quizá hacia un paso o desfiladero, donde los animales eran emboscados por otros cazadores que los enfrentan con sus armas. Evidentemente, este tipo de lectura no agota otras interpretaciones relacionadas con el posible significado de posesión territorial por parte de las bandas instaladas en una región determinada; ni las posibles finalidades de carácter ritual y propiciatorio que podrían haber tenido con relación a la abundancia de animales y el éxito de la caza.

Estos aspectos nos sugieren el papel no menos importante que desempeñaban los elementos ideológicos en la esfera superestructural de estas sociedades, si bien esta no deja mayores rastros y son sumamente escasas las evidencias materiales en las que se plasma su existencia.[6] En este sentido, es muy probable que las propias puntas de Paiján —elaboradas con una forma bastante especial y desplegando una sofisticada tecnología— hayan representado, más allá de su evidente valor funcional, un importante elemento de identidad cultural, habiéndose sugerido también que podrían haber incorporado aspectos relacionados con el prestigio social (Chauchat *et al.* 1992).[7]

Hemos también señalado la especial disposición de los enterramientos en el caso de la cultura Paiján, y su asociación con ciertos elementos que evidencian el desarrollo incipiente de determinados rituales en el ámbito funerario. Sin embargo, es de destacar que en algunos abrigos de puna se ha documentado también una especial disposición de los difuntos. Este es el caso de Telarmachay (Lavallée *et al.* 1985: 313-322), donde se han hallado sendos enterramientos asociados a una amplia gama de ofrendas.[8] Estas

[6] Para tener una idea aproximada de la riqueza de contenidos ideológicos y de la cosmovisión de estas sociedades «primitivas», bastaría aproximarnos al revelador universo mágico y a la sorprendente complejidad de los rituales que se han podido documentar para sociedades de cazadores recolectores, como es el caso del excepcional testimonio que nos proporcionan los selk´nam del extremo austral del continente americano (Chapman 1998).

[7] «[…] en el contexto paijanense —tal como lo conocemos— ninguna actividad parece haber tenido tanta importancia económica como para justificar la suma enorme de conocimientos técnicos, adiestramiento y trabajo necesario para la talla de tal cantidad de estas grandes puntas. Nótese como elemento característico que se precisa una jornada completa para hacer un máximo de tres puntas, de las cuales cada una se puede romper al primer intento de uso. Se trata pues de una "sobreinversión" clara en vista de una actividad cuyo valor reside en su prestigio o interés sociocultural más que en sus resultados económicos, aunque estos últimos no sean necesariamente despreciables» (Chauchat *et al.* 1992: 19).

Fondo Editorial PUCP

notables evidencias arqueológicas revisten una gran importancia, no solamente porque estarían señalando la construcción inicial del complejo ritual asociado con el tratamiento del tema de la muerte y del culto de los ancestros, que tanta complejidad alcanzó en el mundo andino; si no también porque en el tema que nos ocupa es relevante destacar que estos enterramientos están asociados y se realizan en los mismos lugares de asentamiento. Es decir, en el mismo suelo de los abrigos rocosos utilizados como refugio por los cazadores recolectores de la puna, así como en los campamentos de los grupos paijanenses, lo cual no deja de tener una connotación muy especial. Es pues significativo que estas evidencias de arte rupestre, como de los primeros rituales funerarios documentados, tengan lugar y se agreguen a la comprensión del complejo conjunto de actividades que se desarrollan y manifiestan en los asentamientos más tempranos.

La transición de las sociedades cazadoras recolectoras a las aldeanas

A modo de sumario de este período, se pueden destacar algunos aspectos relevantes con relación a las formas de asentamiento y de manejo del espacio territorial. En primer lugar, se puede destacar el hecho de que, en el marco general de la formación social de los cazadores recolectores, se expresan en los Andes centrales distintos modos de vida, que representan la concreción particular que asumen estas formaciones sociales en las condiciones específicas de su existencia material. Donde estos distintos modos de vida representan, en última instancia, la expresión social del desarrollo de procesos productivos diferenciados, que responden a las singulares características de sus respectivos ámbitos regionales.

En segundo lugar, y en cuanto a la forma de asentamiento se refiere, interesa señalar que si a la formación de cazadores recolectores corresponde, en términos generales, el nomadismo o la trashumancia, a los distintos modos de vida a su vez les corresponderá, en términos singulares, su expresión en la materialización de diferentes «modelos» —o patrones— de asentamiento y de manejo del territorio, tal como hemos podido comprobar al examinar brevemente los casos correspondientes a la costa norte y central, las regiones de puna de la sierra central y de algunos valles interandinos.

Finalmente, el capítulo de la progresiva transición de las sociedades cazadoras recolectoras hacia el desarrollo de las sociedades sedentarias y aldeanas, que corresponden al período que se conoce como Arcaico o Precerámico con agricultura, no es demasiado claro y presenta muchos vacíos de información. Sin embargo, las diferencias apreciadas entre las diferentes regiones, especialmente entre aquellas costeñas y las altoandinas, aparentemente manifestarían su continuidad, tanto en la manera en que en estas se procesará la neolitización y el tránsito hacia el desarrollo de nuevas formaciones sociales; como también en las distintas formas que asumirá en estas el fenómeno de asentamiento.

Las sociedades altoandinas, que transitaron de la condición de cazadores recolectores a la de ganaderos y pastores, aparentemente mantuvieron un régimen de vida trashumante, ligado al desplazamiento que imponía el movimiento del ganado y el aprovechamiento de los mejores territorios de pastura. Evidentemente, esto no debería de excluir la creciente incorporación de algunos cultivos; ni descartar cierto rol que aún habrían tenido la caza y la recolección en el abastecimiento de subsistencias. Sintomáticamente, en este caso, no se habría producido un cambio sustancial con relación a las antiguas formas de asentamiento, al no haberse registrado hasta el momento vestigios arqueológicos de asentamientos aldeanos para estas fases, documentándose principalmente la continuidad de la ocupación en muchos de los abrigos naturales que antes fueron el refugio de las bandas de cazadores. Sin embargo, cabe la posibilidad de que se hayan dado también asentamientos a campo abierto, con la construcción de viviendas dispersas, a modo de establecimientos estancieros, como los que hasta el día de hoy se asocian a poblaciones de pastores, y de los cuales la limitada investigación arqueológica desarrollada no habría aún encontrado los rastros.

En cuanto a las regiones costeras, especialmente del área norteña y central, la creciente estabilidad y mayor permanencia de los campamentos

[8] Uno de estos enterramientos, que corresponde a una mujer adulta, estuvo asociado a una serie de ofrendas consistentes en una bola de ocre rojo, un conjunto de once artefactos líticos tallados, instrumentos de hueso y otros elementos que parecen corresponder a un ajuar estrechamente relacionado con la actividad del curtido de las pieles, y que posiblemente empleó en vida este personaje. Otro caso, correspondiente al enterramiento de un neonato, estuvo asociado con la ofrenda de un collar compuesto por 99 cuentas de piedra calcárea blanca en forma de discos y de dieciocho colgantes de hueso pulido y perforado en un extremo.

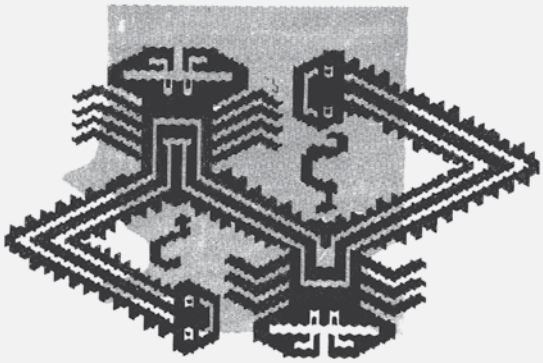
Fondo Editorial PUCP

y el consiguiente tránsito hacia la formación aldeana, se vería soportada fundamentalmente por la creciente orientación hacia la extracción de los abundantes recursos marinos del litoral, sin olvidar la creciente incorporación de una serie de cultígenos[9] que tendrán un rol particular, tanto en complementar las subsistencias, como en proveer nuevos recursos para la elaboración de utensilios y nuevos instrumentos de producción. Algunas investigaciones desarrolladas en los valles de Casma (Uceda 1992) y Huarmey (Bonavia 1996) darían cuenta de sitios con fechados entre el 6000 y 5000 a.C. que presentan la ocupación de grupos que ya no manejan las tradiciones propias del paijanense, destacando la ausencia o limitación en la presencia de puntas de proyectil y el desarrollo de una nueva industria lítica, que parece estar más orientada hacia las actividades propias de la recolección, el marisqueo y una incipiente horticultura. Testimonio de estas actividades son los basurales asociados a los sitios, donde no solo se encuentran las evidencias del consumo de este tipo de recursos marinos, como moluscos, si no también la creciente presencia de plantas cultivadas. Sin embargo, lo limitado de las investigaciones no permite por el momento conocer cuáles fueron las características de este tipo de asentamientos, más allá de su ubicación, que se relaciona estrechamente con el litoral marino, ciertas áreas de lomas, así como con las zonas bajas de los valles, sujetas a periódicas inundaciones, y que en su momento fueron apropiadas para el cultivo sin requerir de riego.

Fondo Editorial PUCP

[9] Los principales cultígenos presentes en los sitios de este período son el frejol (*Phaseolus vulgaris*), pallar (*Phaseolus lunatus*), canavalia (*Canavalia ensiformis*), ají (*Capsicum sp.*), calabaza (*Lagenaria siceraria*), zapallo (*Cucurbita sp.*), achira (*Canna sp.*), maní (*Arachis hypogaea*), frutos como el pacae (*Inga Feuillei),* la palta (*Persea* americana) y, mucho más tarde, el algodón (*Gossypium barbadense*) y el maíz (*Zea mays*).

Fondo Editorial PUCP



3

EL GERMEN DE LO URBANO

Fondo Editorial PUCP

3
EL GERMEN DE LO URBANO
el proceso de neolitización, los primeros asentamientos aldeanos y el surgimiento de la arquitectura pública monumental

Fondo Editorial PUCP

Durante el período denominado Arcaico o Precerámico con agricultura (Lumbreras 1981), que va del 5000 al 1800 a.C., se inicia en el área de los Andes centrales el proceso definido universalmente como neolitización. Se trata del desarrollo de un conjunto de transformaciones trascendentales que implicaron la creciente incorporación y domesticación de plantas y animales por parte de las sociedades de esta época; el despliegue de nuevas formas de manejo del espacio territorial y de los recursos allí presentes; el desarrollo de nuevos conocimientos e instrumentos de producción; y, el surgimiento de nuevas formas de organización social. Todo este conjunto de profundos cambios económicos y sociales, que por su estrecha interdependencia no pueden ser asumidos como aspectos aislados unos de otros, dieron paso a la afirmación de nuevos modos de vida y a la generación de nuevas formas de asentamiento, especialmente en las regiones costeñas, donde un creciente proceso de sedentarización se expresa con la proliferación de los primeros asentamientos de tipo aldeano.

Aparentemente, la naturaleza de estos cambios fue distinta de región a región, e inclusive en el ámbito local de los distintos valles y cuencas, asumiendo el proceso un carácter desigual y diferenciado, en función de los recursos manejados; el nivel de desarrollo y participación de la producción agrícola o del pastoreo; las técnicas desplegadas en los diferentes procesos productivos; y las formas de organización social del trabajo presentes (Lanning 1964: 64; Fung 1988: 67). Una primera gran diferencia es observable en este proceso en relación con las regiones costeñas y las altoandinas. En las primeras, la temprana sedentarización estaría asociada al desarrollo de asentamientos aldeanos y luego al progresivo surgimiento en estos de una arquitectura pública, que anticiparía el sorprendente e inédito desarrollo de complejos con edificaciones monumentales previos al conocimiento de la cerámica. Mientras tanto, para ciertas regiones altoandinas se nos propone un proceso, en este caso asociado a la presencia de poblaciones aún trashumantes o semi-nómades, que vería el temprano desarrollo de la arquitectura pública —en cuanto centro de identificación y articulación de las comunidades pastoriles— que antecedería a la paulatina sedentarización de estas, con el establecimiento de caseríos y luego de aldeas, muchas veces a partir de este núcleo original de índole aparentemente ceremonial (Lanning 1964: 73; Bonnier y Rozemberg 1988).

Los tempranos asentamientos aldeanos de la costa

Las primeras fases de esta época, que datan del 5000 al 2500 a.C., han sido escasamente documentadas por la investigación arqueológica. Sin embargo, los datos disponibles permiten suponer que las comunidades de las regiones costeñas de estos tiempos estaban ya orientadas a una economía que dependía fuertemente de la pesca y extracción de recursos marinos, combinada con la recolección en las lomas y el desarrollo de una incipiente horticultura.[1] En cuanto a la

[1] Se conoce también a este período como Precerámico pre-algodón (Lumbreras 1981), ya que no solamente está ausente este cultivo y es de algún modo aún limitado el rol de la horticultura en las subsistencias, sino que tampoco se perciben los profundos cambios económicos, sociales; y en la forma de asentamiento que se advierten en los sitios asociados a la presencia del algodón. Por esta razón, la presencia-ausencia del algodón ha sido asumida por la arqueología andina como un indicador diagnóstico de esta época de grandes cambios correspondiente al Precerámico Tardío.

forma de asentamiento, se estaría registrando en estas regiones el tránsito gradual de campamentos cada vez más prolongados, hacia el establecimiento de aldeas con una ocupación más estable y de mayor permanencia.

Un caso clásico de este tipo de asentamientos es el Chilca y el de La Paloma en la costa central. Se trata de asentamientos localizados relativamente próximos al litoral, donde sus pobladores se abastecían de los abundantes y variados recursos marinos que han sido documentados en los conchales y basurales asociados a estos sitios. Sin embargo, estos también se encontraban ubicados en proximidad de zonas de lomas, que aseguraban la recolección de sus diversos recursos, así como de quebradas aluviales y afloramientos de agua que permitían el cultivo de algunas plantas.

En Chilca, las estructuras de vivienda se encontraban agrupadas de una forma bastante compacta y las que han sido documentadas arqueológicamente (Donnan 1964), corresponden a chozas de planta circular de unos 2,5 a 3 metros de diámetro, cuya armazón fue hecha de troncos y ramas de árboles propios de la costa, como el sauce (*Salix chilensis*) y el huarango (*Acacia macracantha*), además de cañas. En algunos casos, en la construcción se incluyeron costillares de ballena dispuestos horizontalmente en el perímetro interior de la choza, a modo de durmientes que permitían asegurar su base y soportar la presión de la basura acumulada en su

PUCP

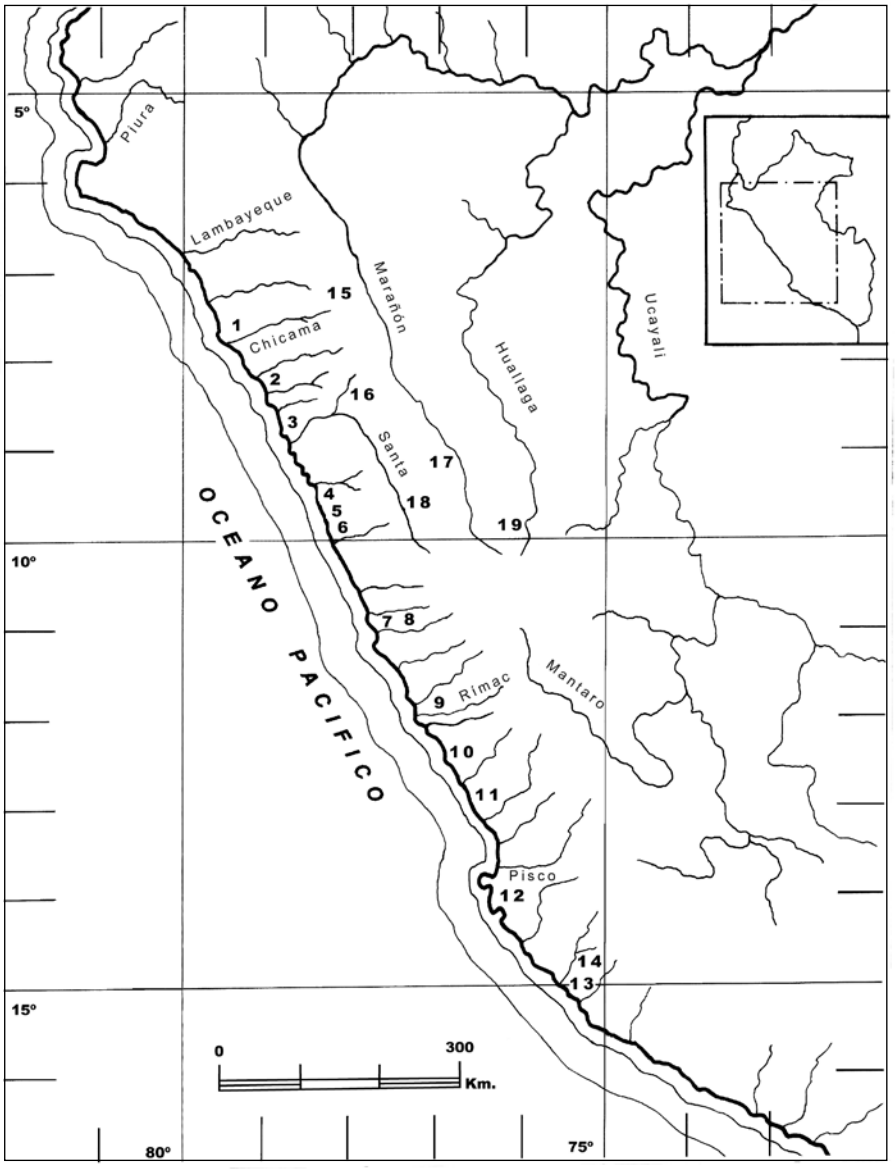


Fig. 37 – Mapa de ubicación de los principales sitios del período Precerámico:
1 Huaca Prieta
2 Alto Salaverry
3 Salinas de Chao
4 Las Aldas
5 Culebras
6 Los Gavilanes
7 Aspero
8 Caral
9 El Paraíso
10 Chilca
11 Asia
12 Otuma
13 San Nicolás
14 La Esmeralda
15 Huacaloma
16 La Galgada
17 Piruru
18 Huaricoto
19 Kotosh

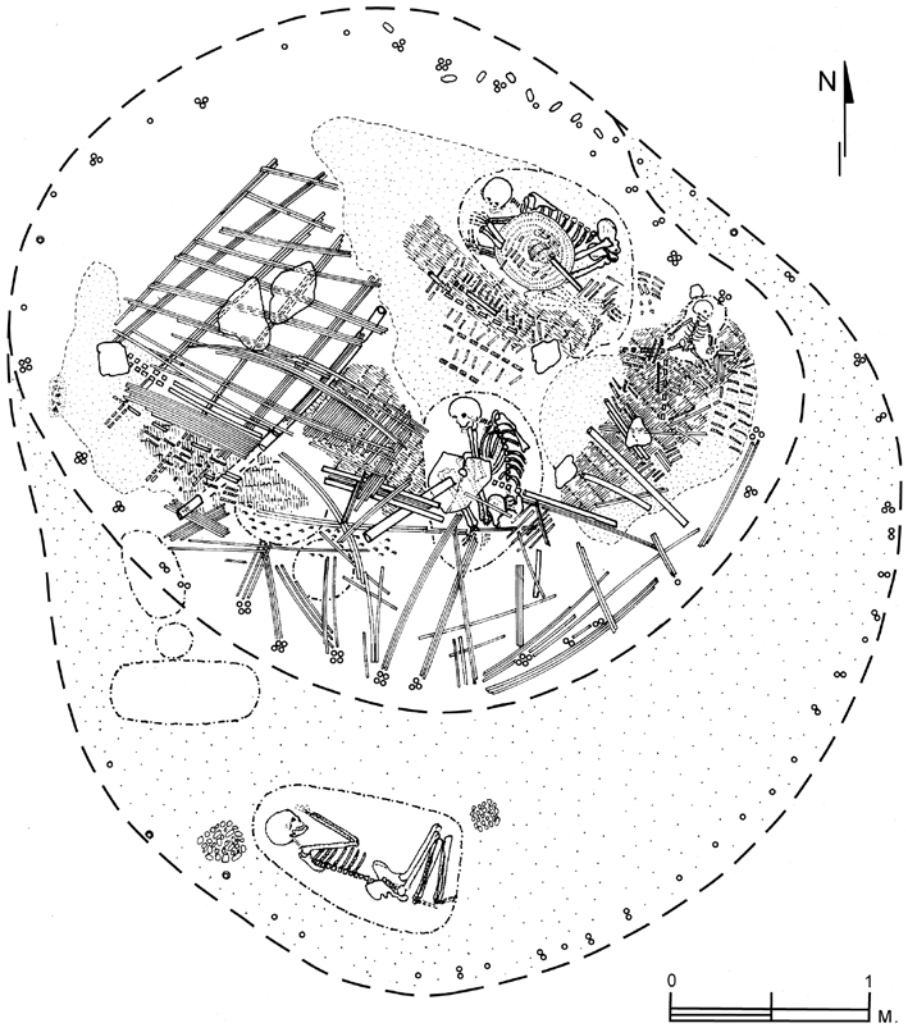


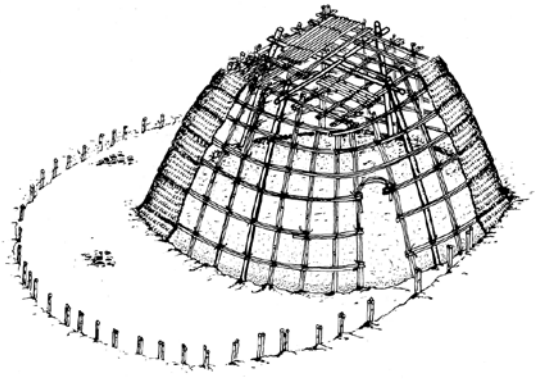
Fig. 38 – Plano de la excavación de una vivienda de Chilca (redibujado de Engel).

exterior, y que quizá también servían de poyo de asiento para sus habitantes (Engel 1988).

El único ingreso estaba conformado por haces de totora entretejida en forma de herradura, mientras que la cobertura se realizó mediante petates de totora tejida. Al parecer fueron estructuras con los pisos ligeramente excavados por debajo del nivel del terreno, lo que se incrementaba con el constante arrojo al exterior de la vivienda de las conchas y otros desperdicios. Aparentemente, los fogones y las demás actividades relacionadas con la preparación de los alimentos se habrían desarrollado al exterior de estas viviendas. En este sentido, se han registrado batanes y manos de moler asociados con las viviendas, lo que estaría revelando que en el asentamiento se desarrollaba el procesamiento de determinados recursos agrícolas con fines alimenticios o productivos. Tanto en Chilca como en La Paloma se registraron múltiples enterramientos, para lo cual se dispuso los cuerpos extendidos y envueltos en petates de totora, sepultándolos con algunas ofrendas bajo el piso de las viviendas, como en áreas de las aldeas especialmente destinadas a esta función, dando lugar a los testimonios más tempranos de cementerios (Engel 1988).

Este tipo de asentamientos, con aglomeraciones compactas de chozas de vivienda de características similares y los contextos arqueológicos asociados, estarían expresando la presencia de

Fig. 39 – Reconstrucción hipotética de una vivienda de la aldea de La Paloma (redibujado de Engel).



sociedades sustancialmente igualitarias, donde las divisiones sociales estarían determinadas exclusivamente por cuestiones de sexo y edad, y su correspondiente participación en los procesos productivos desplegados por el grueso de la comunidad. De otra parte, la cantidad de unidades de vivienda, así como la densidad de los cementerios y enterramientos hallados, pueden ilustrar el notable incremento poblacional que se estaría verificando con relación a épocas anteriores. Este incremento poblacional —notablemente favorecido por la sedentarización—, que sería el resultado de la provechosa integración representada por la extracción intensiva de recursos marinos, así como el desarrollo de una horticultura incipiente y el mantenimiento de las viejas prácticas recolectoras, se vería confirmado también por la proliferación de un gran número de sitios aldeanos que han sido documentados arqueológicamente a lo largo de la costa.

Los asentamientos aldeanos y el surgimiento de la arquitectura pública

En el desarrollo de las fases siguientes, durante el período conocido como Precerámico con algodón o Precerámico Tardío (2500-1800 a.C.),[2] no obstante tratándose de un período de una menor duración, los cambios se aceleran drásticamente comprometiendo las distintas esferas de las formaciones sociales. En el caso de la costa, el énfasis en la pesca y extracción de recursos marinos se ve progresivamente acompañado por un incremento de las especies cultivadas y una creciente importancia de estas en la alimentación y la provisión de importantes insumos para la elaboración de instrumentos y el desarrollo de una serie de procesos productivos. Estos nuevos niveles en el desarrollo económico estarán acompañados por la aparición de nuevas formas de organización social en el seno de las comunidades, los que conducirán a un incipiente proceso de diferenciación social. Todo este complejo proceso se manifiesta de manera patente en la creciente extensión y densidad de los asentamientos aldeanos y, en especial, con el surgimiento y creciente importancia que asumirá en ellos la arquitectura pública.[3]

Además de la notable presencia del maíz (*Zea mays*) entre las nuevas plantas cultivadas y su ascendente participación en el complemento de la dieta alimenticia; la domesticación y cultivo del algodón (*Gossipyum barbadense*) desempeñará un rol especialmente importante en el incremento de la producción y en el desarrollo social y cultural de las sociedades costeñas de esta época. La fibra del algodón no solo sustituirá progresivamente a otras fibras vegetales en la producción de los textiles, si no que tendrá repercusiones revolucionarias al incorporar su resistente fibra en la confección de redes y sedales para la pesca, en cuanto actividad principal en la economía de las sociedades costeñas del período. Se desarrollaron así redes cada vez más eficientes, tanto por su tamaño, durabilidad y capacidad de pesca, tejiéndose diversos tipos de mallas para adecuarse a las distintas especies presentes en el litoral marítimo.[4]

Evidentemente este tipo de redes, significaron una crucial innovación respecto a un instrumento de producción hasta ese entonces rudimentario. No solo se multiplicó la capacidad de pesca, sino también se requerieron formas especiales de trabajo mancomunado para su operación. De otro lado, una mayor disponibilidad de excedentes de la pesca necesitó a su vez de técnicas de almacenamiento y conservación —tales como el tradicional secado y salado aún en vigencia en las caletas de nuestro litoral— y también de nuevas formas de administración comunal para la distribución

Fondo Editorial PUCP

[2] Recientes investigaciones permiten suponer que estos fechados «históricos» también estarán sujetos a ajustes. Este es el caso de la documentación de arquitectura monumental asociada a fechados que se remontan a unos 3500 a.C. profundizando notablemente la antigüedad del Precerámico Tardío en cerca de un milenio. Mientras tanto, como hemos advertido en el primer capítulo, hay creciente consenso entre los investigadores que la aparición de la cerámica sería un fenómeno aparentemente más tardío y que tendría lugar alrededor del 1600 a.C.

[3] Por arquitectura pública, consideramos todas aquellas edificaciones cuya función está referida a actividades de carácter especializado. Esta función se expresa tanto en la forma arquitectónica como en la propia producción constructiva, y se define científicamente mediante el análisis arqueológico de sus contextos y asociaciones. En este sentido, la arquitectura pública se diferencia claramente de la arquitectura doméstica, que resuelve las funciones habitacionales y las actividades propias de núcleos familiares. Con el surgimiento de la arquitectura pública se constituye una nueva clase de arquitectura que abarca una amplia gama de funciones, sean estas de tipo ceremonial, político, administrativo, productivo, militar, etcétera. Lejos del equívoco que considera la arquitectura pública con relación a su capacidad de albergar una determinada cantidad de personas —público—, el carácter de esta está definido sustancialmente por la calidad de las funciones especializadas que contiene, independientemente de las dimensiones físicas que estas requieran para su realización.

[4] En Huaca Prieta, por ejemplo, se hallaron redes bastante bien conservadas que mostraban diferentes tipos de mallas, las que tenían como flotadores mates especialmente seleccionados por su forma esférica, cuyo cuello estaba obturado con una coronta de maíz, así como discos de piedra horadados al centro que servían de pesos (Bird *et al.* 1985).

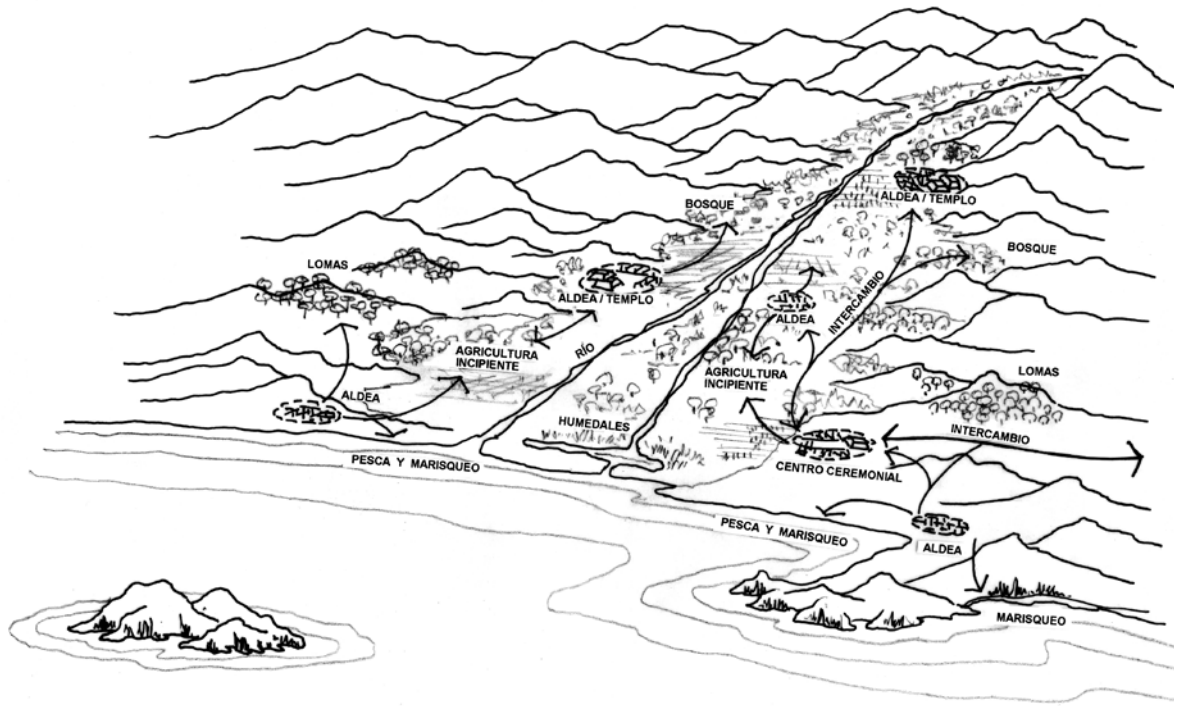


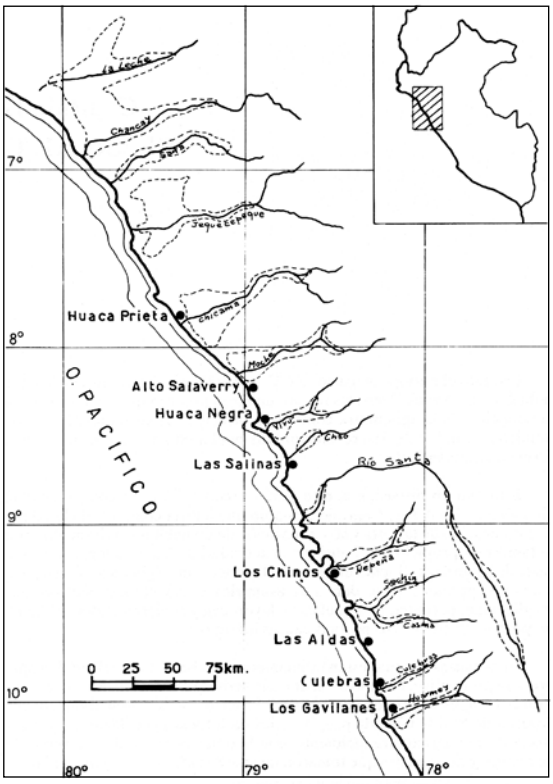
Fig. 40– Valle costeño hipotético, con ubicación de aldeas y centros ceremoniales, con énfasis en el manejo diversificado de recursos, marisqueo y pesca, agricultura incipiente y recolección, la articulación «horizontal» del espacio territorial entre sitios del litoral y del valle medio o alto (Canziani).

Fondo Editorial

y el consumo, o el intercambio de estos alimentos con otras comunidades. Como se puede apreciar, solo con relación a este proceso productivo, entre tantos otros, existe una concatenada y estrecha interdependencia entre las innovaciones en el ámbito de los recursos que se incorporan como materias primas; el despliegue de nuevas técnicas e instrumentos de producción; la ampliación en la escala de apropiación de los recursos naturales y la disponibilidad de excedentes; la mejora e incremento en el aprovisionamiento de subsistencias; sus repercusiones en el consecuente crecimiento poblacional; y, por último, en el surgimiento y afirmación de nuevas formas de trabajo y de organización social.

No es pues casual que la arquitectura pública surja en este período, ya que constituye una notable expresión de los profundos cambios que se procesan en las esferas económica y social. Este nuevo tipo de edificaciones que se desarrollarán en los asentamientos, encuentran su explicación en una creciente división del trabajo en el seno de las comunidades. Especialmente en la aparición de determinados niveles de especialización relacionados con la existencia y desarrollo de nuevos medios de producción, en el marco de la activación de un proceso de cambios revolucionarios de las

Fig. 41 – Mapa de ubicación de los principales sitios precerámicos de la costa norte (Canziani 1989).



relaciones sociales de producción (Lumbreras 1987; Canziani 1989: 52-59).

Las excavaciones desarrolladas a mediados de los años cuarenta por Junius Bird en el sitio de Huaca Prieta, en el valle de Chicama, ilustraron por primera vez la sorprendente riqueza de los vestigios correspondientes al Precerámico Tardío. Estas permitieron inferir la presencia de sociedades con un marcado sedentarismo y formas de organización cada vez más complejas, que además del cultivo o recolección de nuevas plantas y frutales como el algodón, la achira (*Canna edulis*), lúcuma, guayaba (*Psidium guaba*) y la ciruela del fraile (*Bunchosia armeniaca*), mostraban un intenso aprovechamiento de los recursos marinos y el empleo de redes de pesca elaboradas con la resistente fibra del algodón. Con la misma fibra se desarrollaron tejidos con complejos y sofisticados motivos decorativos, que representan aves de presa, serpientes, cangrejos y otros seres marinos de elaborado diseño; así como mates burilados con representaciones zoomorfas y antropomorfas, que en conjunto parecen revelar la presencia de una extraordinaria y naciente mitología y el florecimiento de una singular concepción estética (Bird 1948; 1963; Bird *et al.* 1985).[5]

Huaca Prieta constituye un montículo de aproximadamente 125 metros de largo por 50 de ancho y unos 12 metros de alto, que sería producto de la sucesiva y prolongada acumulación de desechos por parte de sus ocupantes a lo largo de los siglos. En el perímetro del montículo, las excavaciones arqueológicas revelaron la existencia de grandes muros de contención de cantos rodados construidos en etapas sucesivas. Sobre la cima se hallaron estructuras semisubterráneas, compuestas por uno o dos pequeños recintos,



Fig. 42 – Foto panorámica de Huaca Prieta (foto: J. Canziani).

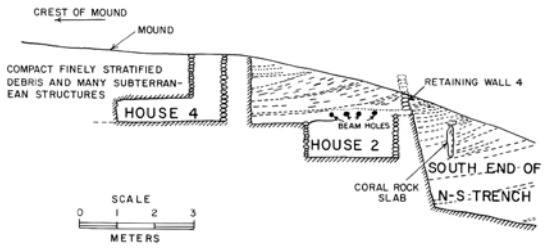


Fig. 43 – Corte de trinchera N-S excavada por Junius Bird en 1946 (Bird *et al.* 1985: fig. 29).

que fueron identificadas como viviendas y que posteriormente habrían sido reutilizadas para una función funeraria (Bird *et al.* 1985). En un trabajo anterior (Canziani 1989: 42-44), se mencionó brevemente que los grandes muros registrados en las excavaciones de Huaca Prieta posiblemente fueron construidos con la participación mancomunada de sus pobladores y que se podría suponer que estos ya correspondían a algún tipo de arquitectura pública, más aún cuando se los ligaba a los hallazgos que presentan una decoración y tratamiento extraordinarios.

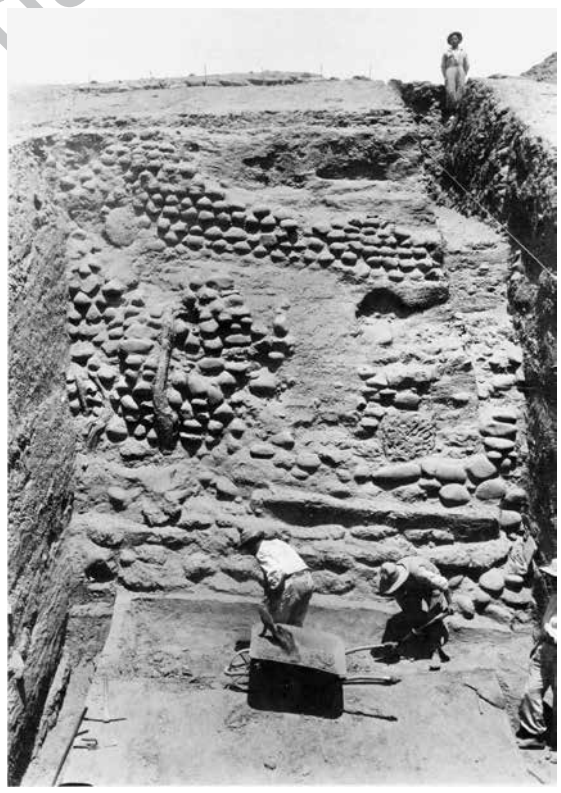


Fig. 44 – Foto de la trinchera N-S excavada por Junius Bird en 1946 (Bird *et al.* 1985: fig. 21).

[5] Las extraordinarias características estéticas de los textiles de Huaca Prieta sorprenden por su elaborada concepción, donde el diseño de los motivos se concatena y ordena manejando ejes de simetría alternos y contrapuestos. En estos se puede advertir el nacimiento de cánones artísticos y estéticos que mantendrán durante su largo desarrollo en el área central andina la vigencia de sus patrones iniciales, marcando no solamente los cánones artísticos en el ámbito textil o en la decoración cerámica, si no también su especial trascendencia en el campo de la arquitectura, donde sus patrones tendrán una vasta trayectoria en el desarrollo de las tradiciones de decoración mural de la arquitectura monumental de barro de la costa norte.

Fondo Editorial PUCP

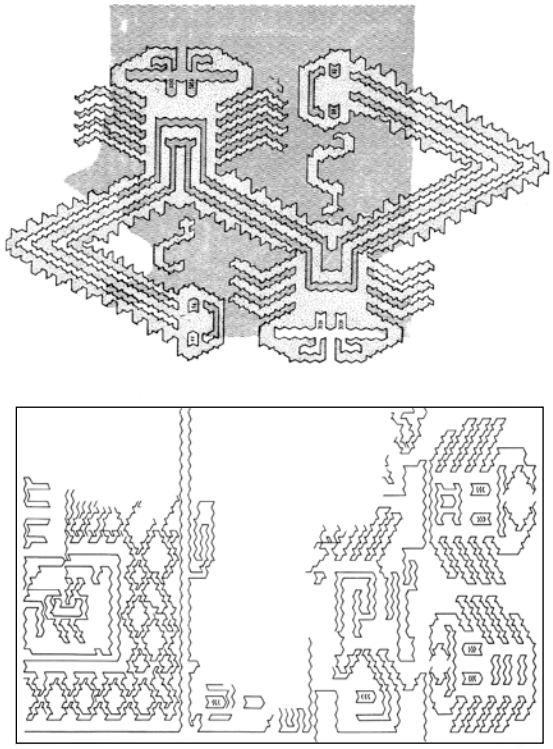


Fig. 45 – Textiles de Huaca Prieta (Bird 1948: fig. 4 y 5).

En esta dirección, un reciente trabajo de Tellembach (1997: 167-170) propone una interesante hipótesis: el montículo y los grandes muros de contención de Huaca Prieta constituían plataformas de alguna forma de arquitectura monumental, donde los textiles decorados y otras extraordinarias evidencias corresponderían a ofrendas de carácter ritual. Para sustentar esta propuesta, se basa tanto en la interpretación de las asociaciones estratigráficas, como en establecer una serie de analogías con otros hallazgos significativos en distintos conjuntos de arquitectura monumental de los períodos tempranos. En este sentido, se sostiene que las viviendas aparentemente no serían tales, si no más bien «casas funerarias» algo más tardías y, por lo tanto, intrusivas a la ocupación precerámica del montículo.

Fig. 46 – Mates labrados de Huaca Prieta (Bird *et al.* 1985: fig. 43).

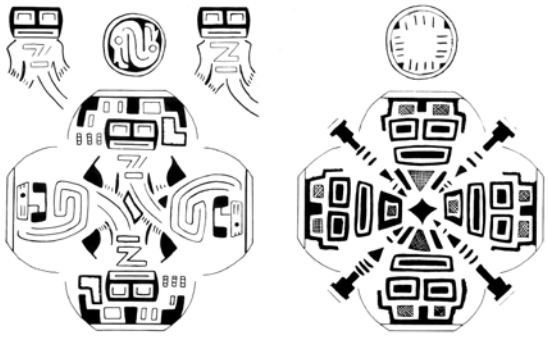




Fig. 47 – Redes de Huaca Prieta con mates como flotadores y pesos de piedra (Bird *et al.* 1985: fig. 171).

Evidentemente, más allá de la discusión de si las estructuras semisubterráneas de Huaca Prieta constituyen o no viviendas, esta edificación de posible carácter público monumental debió estar estrechamente ligada a la presencia de un asentamiento de tipo aldeano. En esta dirección, se puede apuntar la consistente acumulación de desechos del consumo de alimentos proveniente de contextos aparentemente «domésticos» y, sobre todo, la recurrente y estrecha asociación que revela la arquitectura pública con los diferentes asentamientos aldeanos del período estudiados en distintas regiones de la costa peruana.

Otro posible asentamiento de carácter aldeano se registró en el sitio de Huaca Negra o Huaca Prieta de Guañape, ubicado en una zona del litoral adecuada para la pesca y en un área de la desembocadura del valle de Virú, donde la humedad natural habría permitido desarrollar algún tipo de cultivo en hoyas sin necesidad de riego. En este caso, se registraron dentro de la misma zona tres montículos, bastante más bajos que Huaca Prieta pero igualmente amplios, con conchales y acumulación de desechos correspondientes a una ocupación precerámica. En uno de los montículos excavados por Strong y Evans en 1946 y luego por Bird, se hallaron restos de viviendas que habrían sido también de tipo semisubterráneo. Los cuartos, que en algunos casos estaban conectados entre sí, medían en promedio 3 por 4 metros y fueron construidos con delgados muros de contención hechos de barro y salitre. Esta diferencia en la técnica constructiva con relación a Huaca Prieta se explicaría por la notable ausencia de cantos rodados en los alrededores del sitio. No se registraron aquí estructuras que pudieran indicar la presencia de algún tipo de arquitectura pública (Willey 1953: 38-42).

En el sitio de Alto Salaverry, localizado en el extremo sur este del valle de Moche y a unos tres

Fondo Editorial PUCP

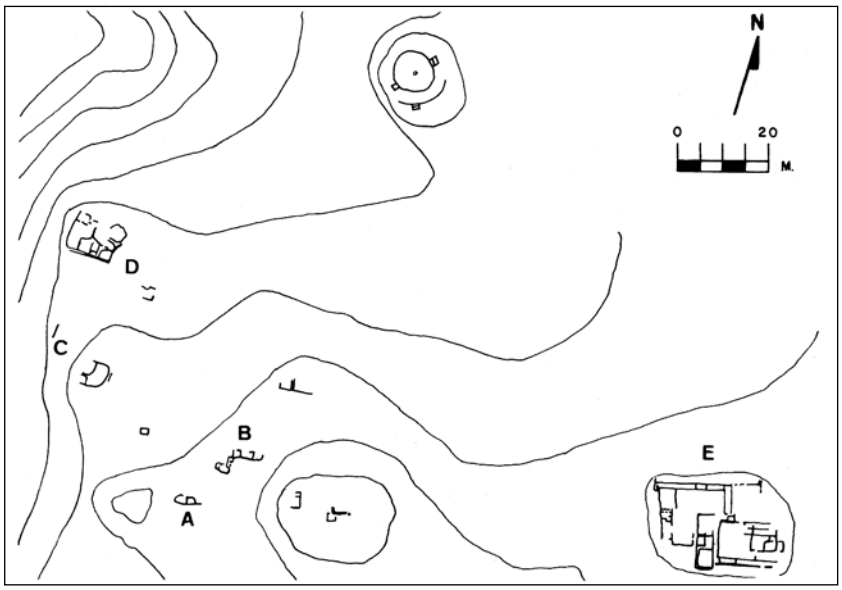


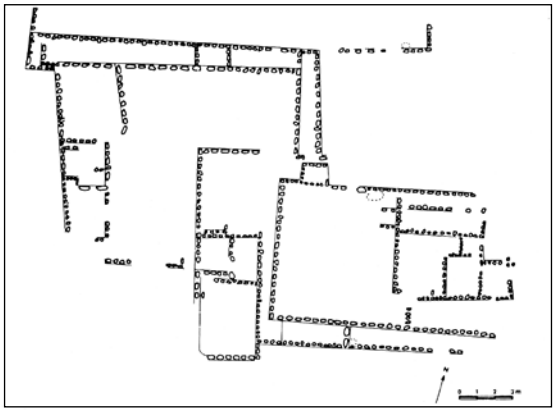
Fig. 48 – Alto Salaverry. Plano general del sitio (Pozorszki y Pozorszki 1977).

kilómetros de Punta Salaverry y del mar, se registró un asentamiento aldeano relativamente amplio, en el cual se identificó claramente, además de las edificaciones de vivienda, a dos estructuras correspondientes a arquitectura pública (Pozorski y Pozorski 1977). Las unidades de vivienda se encuentran en suelos cubiertos por basurales. Son de planta irregular y están compuestas por uno o más cuartos semienterrados dentro de los cuales se dispusieron algunos fogones. Existe una primera estructura (E) que se diferencia drásticamente de las anteriores y que se caracteriza por presentar plataformas, amplios recintos y cuartos, dispuestos en el marco de un trazo rectilíneo con un ordenamiento casi ortogonal. La forma de esta estructura y sus características constructivas sugieren alguna función de carácter público —quizá relacionada con actividades de tipo comunal—, lo que no se contradice con el hallazgo de desechos en algunos de los cuartos y plataformas de dicha edificación.[6]

Una segunda evidencia de arquitectura pública en Alto Salaverry se encuentra relativamente aislada con relación al grueso del asentamiento, y corresponde a un pozo circular de nueve metros de diámetro y 1,80 metros de profundidad. Esta estructura está conformada por un muro de contención construido con piedras irregulares, dispuestas con la cara plana hacia el paramento y presenta dos escalinatas contrapuestas. El piso, que fue revestido con piedras y enlucido con mortero fino al igual que los muros, muestra en el centro una perforación revestida de piedras. En el lado sur de la estructura se desarrolló un segundo muro de contención con trazo semicircular y concéntrico que exhibía también una pequeña escalinata.

Este pozo circular sería el primer antecedente de una forma arquitectónica que maduraría durante este tiempo, para luego alcanzar una gran relevancia al ser incorporada al diseño espacial de importantes complejos ceremoniales del período Formativo, tal como se puede apreciar en sitios de primer nivel de esta época posterior, como Las Aldas y otros complejos monumentales de Cas-

Fig. 49 – Alto Salaverry. Plano de la estructura «E» (Pozorszki y Pozorszki 1977).



[6] Algunos investigadores que limitan su comprensión de la arquitectura pública, definiéndola simplemente por negación —es decir, como toda aquella que no es doméstica— entran en serias dudas y cuestionamientos cuando en una estructura de aparentemente carácter público encuentran contextos de basura o asociación con la preparación de alimentos —mal entendidos como atributo universal de lo «doméstico»—. Esta visión esquemática y reduccionista no permite percibir que en una serie de estructuras públicas es común y corriente la preparación, consumo u ofrenda de alimentos, sin responder por esto a función doméstica alguna.

Fondo Editorial PUCP

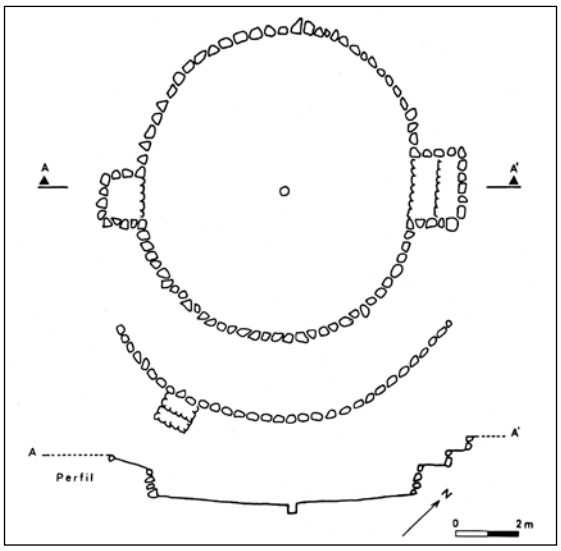


Fig. 50 – Alto Salaverry. Plano del pozo circular hundido (Pozorszki y Pozorszki 1977).

ma, Chavín de Huántar, Kunturwasi, así como también su especial raigambre en muchos sitios del valle del Santa, como veremos en el siguiente capítulo. Lo interesante del caso es que para esta especial forma arquitectónica se ha sugerido no solo una función ceremonial, sino el posible uso astronómico de la misma, lo que haría que este tipo de estructura asuma la condición de instrumento de producción, ya que su propia forma estaría diseñada para servir como herramienta en el desarrollo de esta función especializada.[7]

Pozos ceremoniales también han sido documentados en Las Salinas de Chao, un sitio localizado al sur oeste del valle bajo de Chao y al pie del flanco norte del cerro Coscomba. El asentamiento se ubica en una zona desértica asociada a una antigua playa fósil,[8] cuya presencia durante la ocupación del sitio explicaría su relación con la explotación de los recursos marinos allí presentes. Sin embargo, en el caso de Las Salinas de Chao, los pozos circulares no aparecen aislados en el asentamiento



Fig. 51 – Foto aérea oblicua de las Salinas de Chao, donde se aprecia la antigua línea de playa fósil atravesada por dunas (Servicio Aerofotográfico Nacional, en Kosok 1965: fig. 5).

Fondo Editorial PUCP

[7] Los pozos circulares más elaborados presentan un sofisticado diseño en sus escalinatas contrapuestas, observándose que el trazo de los escalones corresponden a segmentos de arco delineados desde el centro del círculo, mientras que los muros que limitan lateralmente las escalinatas lo son por radios que se proyectan desde este mismo centro. Las escalinatas contrapuestas forman un eje, el que usualmente estará alineado con el del complejo ceremonial en el cual está inscrito. Se ha sugerido la hipótesis de que esta forma habría servido para la observación y registro del movimiento de los astros celestes (Lumbreras, comunicación personal). Colocando una estela u otro elemento vertical se podría haber registrado la cambiante orientación de la sombra proyectada por el sol naciente a lo largo del año y la posición de sus correspondientes solsticios; o registrar desde el punto de observación central la posición de salida u ocaso de ciertos astros con relación al muro circular. De esta forma, el pozo circular habría sido un instrumento fundamental para generar un calendario dirigido a la predicción de los cambios climáticos, aspecto este de primera importancia para el desarrollo de las actividades productivas y, en primer lugar, de aquellas relacionadas con la agricultura.

[8] La impronta de la playa fósil, en lo que hoy es la pampa de Las Salinas de Chao, constituye un espectacular testimonio de los drásticos eventos de levantamiento tectónico acontecidos en el litoral. La prospección arqueológica de la zona ha permitido establecer que el patrón de ocupación, con asentamientos alineados sobre el antiguo acantilado generado por la erosión del mar, respondió a la extracción de recursos marinos en el paisaje de la antigua bahía, hasta que esta se desecó provocando el abandono de los sitios (Alva 1986:49-50).



Fig. 52 – Salinas de Chao. Plano general del sitio (Alva 1986: fig. 35).

sino asociados a una serie de templetes y a una densa trama de estructuras de aparente carácter habitacional (Alva 1986).

Este sitio, que posiblemente corresponda a las etapas finales del Precerámico, presenta un avance significativo en lo que se refiere al planeamiento de la arquitectura pública. Este es el caso de los templetes, construidos mediante terrazas ascendentes y adosadas a la ladera del cerro, que presentan algunas plataformas con brazos laterales definiendo atrios u otros espacios arquitectónicos con planta en forma de «U». Asimismo, presentan escalinatas empotradas, organizadas a lo largo de los ejes de simetría de estas edificaciones y la incorporación de plazas rectangulares enmarcadas por un poyo perimetral que proporcionan la sensación de que estas sean hundidas, como se aprecia en la unidad «B», o de los propios pozos circulares, tal como se observa en la unidad «A», donde el pozo se ubica frente al templete ligeramente desalineado con el eje central de este. Este pozo adicionalmente presenta dos muros de trazo circular, concéntricos a la estructura, que le confieren un aspecto sobreelevado (Alva 1986: 56-62).

Más al sur, en la región de Casma y Huarmey, tendríamos algunos importantes sitios del período Precerámico representados por Las Aldas

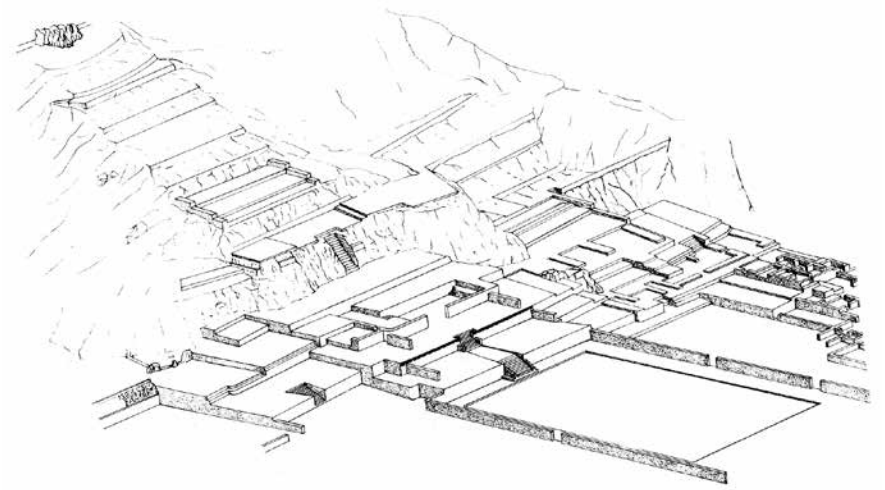


Fig. 53 – Salinas de Chao. Reconstrucción isométrica de los complejos B y C (Alva 1986: fig. 22A).

Fondo Editorial

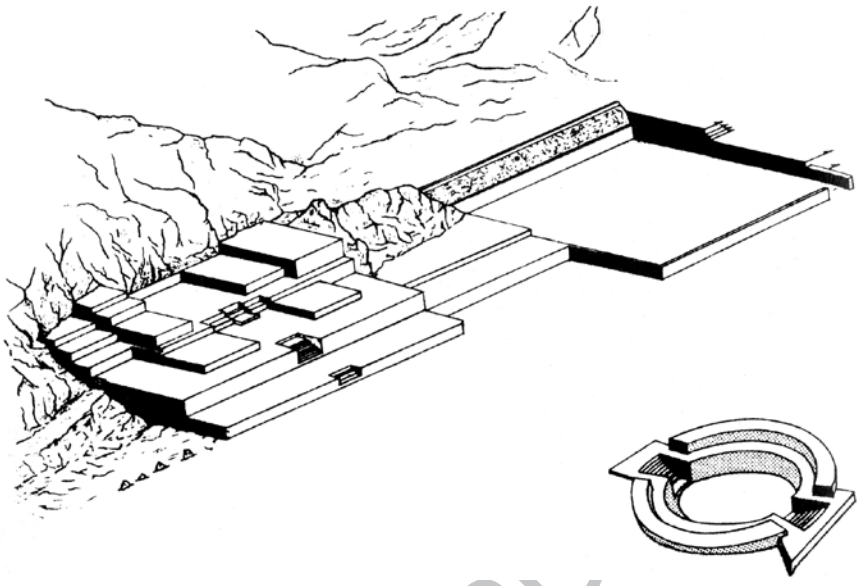


Fig. 54 – Salinas de Chao. Reconstrucción isométrica del complejo A (Alva 1986: fig. 20A).

(Casma), Culebras y Los Gavilanes (Huarmey). En el caso de Las Aldas, existen evidencias de una consistente ocupación precerámica del sitio, pero no está del todo clara su correlación con la arquitectura ceremonial, que correspondería principalmente al período Formativo (Fung 1988: 88-89). En todo caso, no es de descartar que en asociación con la ocupación precerámica ya haya existido un antecedente de la arquitectura pública desarrollada posteriormente.

En el sitio de Culebras, que está localizado al sur y en la parte baja del valle del mismo nombre, sobre las laderas y cima de un cerro que domina el litoral, se identificó un extenso asentamiento aldeano que habría integrado una importante expresión de arquitectura monumental. En este caso se registró el desarrollo de amplias plataformas con muros de contención de piedra decorados con nichos rectangulares, a las cuales se accedía por medio de una escalinata de proporciones monumentales orientada hacia el norte. Las plataformas mostraban esquinas redondeadas y sobre ellas existían cuartos o cámaras de planta cuadrangular que presentaban ductos revestidos de piedra bajo sus pisos. Algunos de estos rasgos, tales como las plataformas escalonadas y la escalinata central, son de clara filiación costeña. Mientras tanto, otros aspectos como los nichos y los ductos subterráneos e inclusive las esquinas redondeadas, pueden remitirse a la influencia y difusión de ciertos rasgos propios de la arquitectura pública altoandina, conocida como tradición Mito (Lanning 1967; Fung 1988).

Los Gavilanes constituye un sitio excepcional, pues no corresponde a un asentamiento de tipo aldeano, si no más bien a un sistema aparentemente destinado al almacenamiento y conservación de las cosechas de maíz por parte de los pobladores del valle bajo de Huarmey durante el Precerámico Tardío. Según Bonavia (1982), en el sitio se registraron por lo menos 47 hoyos directamente cavados en la arena. Estos hoyos de forma irregular y de sección troncocónica, que presentan variaciones en sus dimensiones y alcanzan una profundidad de hasta 1,75 metros, estaban revestidos con piedras irregulares colocadas en seco. Los restos botánicos recuperados permiten inferir que se transportó desde los campos las plantas enteras de maíz, mientras que en el sitio probablemente las mazorcas fueron separadas de las plantas para su almacenamiento en los hoyos, utilizándose las hojas del maíz para revestir las paredes de los depósitos y cubrir los granos almacenados antes de sellar el hoyo cubriéndolo con arena. Se supone que este sistema de depósito permitió almacenar las cosechas de maíz conservándolas protegidas de la acción de insectos, roedores y otras plagas.

El sitio está ubicado en una posición estratégica, en un lugar desértico a poco más de dos kilómetros al norte del valle y relativamente protegido de la acción del viento. Es interesante notar que alrededor de los hoyos se halló una cantidad considerable de estiércol de llama, lo que da cuenta del uso temprano de estos camélidos y el importante rol que desempeñó, ya desde estos tiempos, el manejo de caravanas de llamas en el transporte de una serie de recursos, ampliando considerablemente el radio de acción de las comunidades con relación a su espacio territorial.

Es importante destacar que en Los Gavilanes no está ausente la arquitectura pública. En este caso, se trata de un pequeño edificio localizado en

Fondo Editorial PUCP

la parte alta de una de las colinas al sureste del sitio, donde se construyó una plataforma sobre la roca madre con un recinto de unos 4,5 metros de lado, en cuyo piso se dispuso de un fogón posiblemente asociado a alguna actividad ritual. La presencia de huellas y restos de postes permite inferir que la estructura pudo estar techada. Es de destacar, por su especial significación, que en la construcción de la plataforma se empleó un particular sistema de construcción mediante bolsas de relleno tejidas con fibra de junco y cargadas de piedras conocidas como *shicras* (ibid: 60-66).[9]

En el valle de Supe existen dos importantes sitios precerámicos. Uno de ellos es el de Aspero, que ha sido objeto de estudios a lo largo de varias décadas, mientras que en Caral —conocido anteriormente como Chupacigarro—, a los exámenes de superficie desarrollados anteriormente, le han seguido una serie de excavaciones arqueológicas que documentan a nivel preliminar datos de gran trascendencia.

El complejo de Aspero se ubica también próximo al océano, en la margen norte del valle bajo de Supe y cerca de la bahía de Supe puerto. Se trata de un sitio bastante extenso en el que destaca la presencia de por lo menos siete montículos monumentales, además de otros montículos menores y evidencias de una densa ocupación habitacional. Dos de los principales montículos, la Huaca de Los Ídolos y la Huaca de Los Sacrificios, fueron objeto de excavaciones revelando su particular naturaleza constructiva (Feldman 1980; 1985).

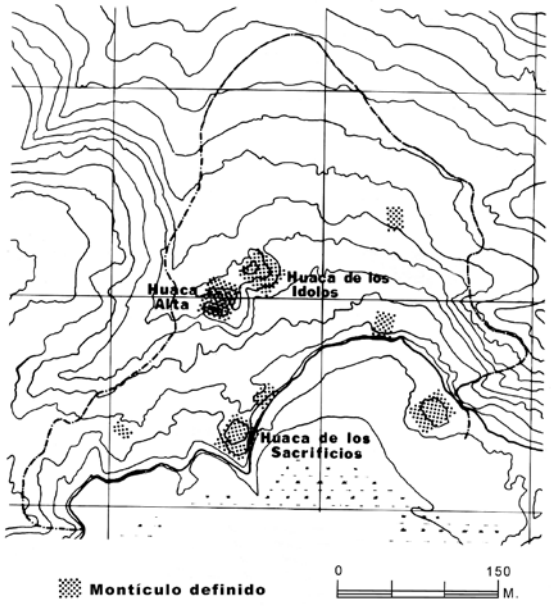


Fig. 55 - Aspero. Plano general del sitio (redibujado de Feldman 1985: fig. 1).

En efecto, en estos montículos se registró una secuencia de remodelaciones en las cuales los cuartos y recintos construidos sobre las plataformas de las fases más tempranas fueron sucesivamente rellenados, obteniéndose así plataformas más elevadas donde se construyeron nuevas edificaciones. En el caso de Huaca de Los Ídolos —un montículo con una base de 30 por 50 metros—, el examen de uno de estos niveles permitió apreciar la organización arquitectónica de los recintos construidos sobre una plataforma de volumen



Fig. 56 – Foto aérea oblicua del litoral y valle bajo de Supe. Al extremo derecho se aprecia la ubicación del sitio precerámico de Aspero (Servicio Aerofotográfico Nacional, en Burger 1995: fig. 5).

[9] En esta singular tradición constructiva se empleaban bolsas hechas con cuerdas de junco (*Scirpus americanus*) o totora que se rellenaban con piedras o cantos rodados y se depositaban unas sobre otras para conformar los rellenos constructivos de las plataformas de las edificaciones públicas. Al descartarse su reutilización como elemento de transporte, se ha sugerido la hipótesis de que constituyeran elementos de medida de la tributación de trabajo por parte de las comunidades convocadas al levantamiento de estos monumentos. Esta tradición constructiva, que se inicia en el Precerámico Tardío y que se proyecta al Formativo, tiene una extraordinaria difusión, ya que puede rastrearse desde la región de Casma hasta por lo menos el valle de Lurín, es decir a lo largo de cerca de 400 kilómetros de la costa peruana.

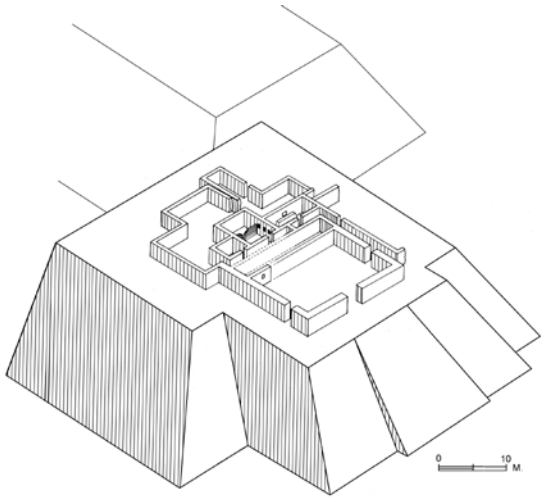


Fig. 57 – Aspero. Reconstrucción hipotética de Huaca de los Ídolos (redibujada de Feldman 1985: fig. 3).

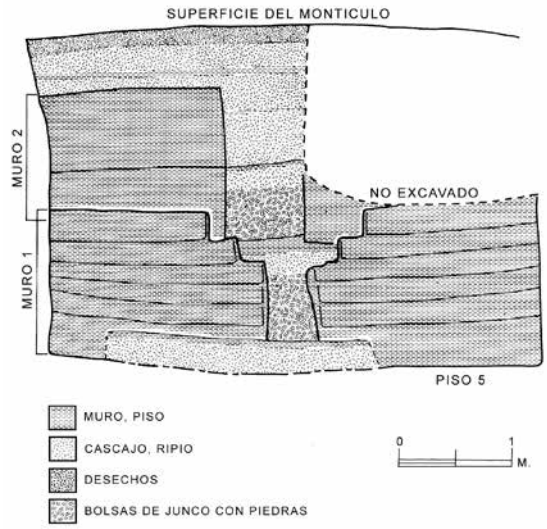


Fig. 58 – Aspero. Corte con evidencias de una secuencia de superposiciones en la cámara central del Huaca de los Ídolos (redibujado de Feldman 1985: fig. 4).

troncopiramidal. En el frente principal del montículo, orientado hacia el este, posiblemente se desarrollaba una amplia escalinata que permitía ascender al nivel superior de la plataforma, donde se encontraba un gran acceso que daba a un gran recinto rectangular (16 por 11 metros), desde el cual se accedía lateralmente y mediante una serie de pasajes a algunos recintos laterales y a lo que se supone constituía una cámara principal (5,1 por 4,4 metros) dispuesta en una posición central.

Es importante destacar que esta cámara central presentaba un único vano de acceso y que sus paramentos interiores lucían nichos, lo que unido a otros rasgos permite suponer ciertas vinculaciones con la tradición Mito. Adicionalmente, la cámara estaba dividida por un muro bajo y delgado con un angosto vano al centro, que presentaba un escalonamiento en su parte superior, mientras que el paramento del muro que daba hacia el acceso a la cámara presentaba un friso obtenido mediante bandas horizontales en relieve. Este recinto en su momento también fue rellenado y sellado bajo cinco pisos, aparentemente para construir de forma sucesiva estructuras algo similares a la anterior (Feldman 1980: fig. 20 y 21). Es de notar que en la capa inferior de los rellenos se utilizó la modalidad de las bolsas de junco rellenas con piedras, observándose la particularidad de que estas fueron dispuestas en la capa inferior del relleno —lo que denotaría que con este procedimiento se dio inicio al relleno del recinto— cubriéndolas luego con una capa de ripio y piedras pequeñas, para finalmente definir una capa de piso.

Remarcando la especial importancia ritual de esta estructura central —que se manifiesta

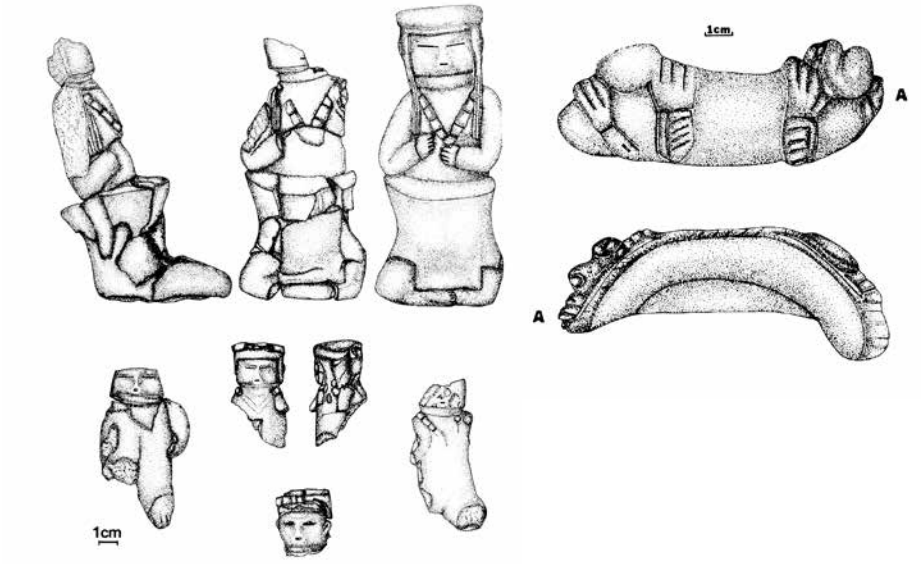


Fig. 59 – Aspero. Ofrendas de figurinas de barro no cocido y plato tallado de madera (Feldman 1985: fig. 7 y 5).

Fondo Editorial PUCP

claramente en su ubicación espacial y tratamiento arquitectónico— se hallaron dentro del mismo recinto más de una docena de figurinas rotas hechas de barro blanco no cocido. De la misma manera, asociados a rellenos y bajo los pisos se hallaron, en aparente calidad de ofrendas, conchas de abanico, textiles, ornamentos plumarios, una fuente de madera tallada parcialmente quemada y un gran número de palillos tallados, además de semillas de algodón y hojas de achira.

Bajo uno de los pisos de la Huaca de Los Sacrificios se hallaron dos enterramientos. El primero correspondía a un adulto que no poseía ofrenda alguna, más allá del envoltorio de tejido de algodón y estera. El segundo correspondía a un neonato con la cabeza adornada con más de quinientas cuentas de concha y envuelto en un fardo con dos textiles que presentaban bandas de color. Sobre el enterramiento fue depositado un mortero de piedra de cuatro patas colocado boca abajo (ibid: 81). Estos hallazgos estarían revelando ciertas diferencias de estatus entre los miembros de la comunidad. De otro lado, la presencia de determinados bienes exóticos, como el caso de las conchas de mullu (Spondylus), plumas de color y cuentas de piedra, estarían indicando no solo el intercambio a distancia, si no también la demanda de bienes de carácter suntuario destinados a los rituales o que también podrían haber simbolizado elementos de prestigio entre los personajes de estatus más elevado.

Otro importante sitio en el valle de Supe es Caral (Kosok 1965; Williams 1981; 1985). Este complejo se localiza en la margen izquierda del valle, a unos veinticinco kilómetros del litoral, emplazado sobre una terraza desértica desde la que se domina el valle medio. Las recientes investigaciones desarrolladas en el sitio dan cuenta de la existencia de unos 32 conjuntos arquitectónicos, identificándose seis edificaciones piramidales de carácter monumental (Shady 1997).

En el sitio sobresalen dos edificaciones monumentales con montículos piramidales que integran grandes patios circulares hundidos; una al norte denominada Templo Mayor y otra al sur denominada Templo del Anfiteatro. La destacada presencia de estas dos edificaciones en ambos extremos del sitio podría responder a una organización dual del asentamiento, si se considera que comparten explícitamente algunos atributos formales, como es el caso de los patios circulares que, coincidentemente, se presentan en posición contrapuesta, al igual que la dirección de sus ejes de orientación.

El Templo del Anfiteatro se ubica en el extremo sur del complejo y presenta un imponente patio circular hundido de veintinueve metros de diámetro interior, con escalinatas contrapuestas alineadas con el eje de la edificación. El patio circular presenta plataformas escalonadas y banquetas concéntricas, cuyos muros de piedra muestran evidencias de enlucidos de barro pintados de blanco y amarillo. Esta estructura circular se conecta hacia el noreste con una plataforma alargada, que aparentemente servía de acceso al templo, mientras que se integra hacia el suroeste con un montículo piramidal enmarcado dentro de un gran recinto rectangular. La construcción piramidal presenta un espacio central, a modo de atrio flanqueado por dos recintos laterales, que da acceso a otro recinto en cuyo centro se halló un fogón ceremonial cerca del cual se encontraba

Fig. 60 – Caral. Foto aérea del sitio (Servicio Aerofotográfico Nacional, en Kosok 1965: fig.13).



Fondo Editorial PUCP

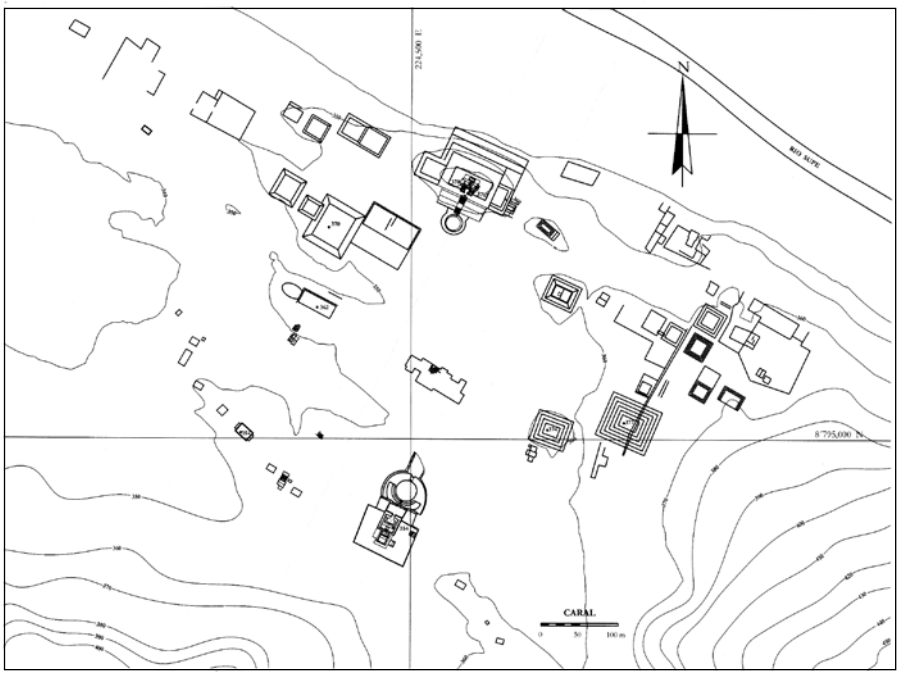


Fig. 61 – Caral. Plano general del sitio (Shady y Leyva 2003).

una *huanca*.[10] Siguiendo el eje del templo se encuentran dos escalinatas que conducen a las plataformas más elevadas del montículo, donde se aprecian restos de algunos recintos distribuidos simétricamente. En diferentes sectores de esta edificación se pudieron observar superposiciones arquitectónicas, que en algunos casos implicaron hasta cinco eventos de enterramiento y construcción (ibid: 27-33).

En la esquina noreste del recinto que enmarca el montículo se excavó una pequeña estructura que presentaba un diseño arquitectónico singular (ibid: 33). Se trataba de un recinto cuadrangular que encierra un muro circular al centro del cual se registró un fogón ceremonial con dos ductos subterráneos de ventilación, lo que evidencia relaciones con la arquitectura de la tradición Mito, que examinaremos más adelante.

En el sector al norte del complejo se encuentra el denominado Templo Mayor. Se trata también de una estructura circular con un patio hundido de menor tamaño —diecinueve metros de diámetro interior— adosado en este caso al sur de un montículo alargado y de mayor tamaño, que presenta en la parte superior un atrio con planta en «U». Al igual que en el montículo anterior, el patio circular presenta un sistema de escalinatas contrapuestas y una escalinata conecta los distintos niveles de las plataformas del montículo. Aquí también se reportó la presencia de una gran *huanca* de 1,7 metros de alto en el atrio de la edificación, lo que permite advertir el uso recurrente de estas como elemento central de los recintos más importantes de estas construcciones ceremoniales (ibid: 54-55).

Se observa, tanto al este como al oeste del extenso espacio existente entre los dos montículos con patios circulares hundidos, la presencia de por lo menos cuatro montículos de regular tamaño. Estos se diferencian de los anteriores porque asumen una planta cuadrangular y un volumen de forma marcadamente piramidal. Dado que aún no se reportan excavaciones en estos montículos, no es posible conocer si estas diferencias responden a aspectos de carácter funcional o más bien de índole temporal.

Si bien se reporta la presencia de diversos sectores residenciales (ibid: 41), la información proporcionada por la propia investigadora permite discutir la atribución de un carácter habitacional del sector A excavado. Este es el caso, cuando se señala que los recintos de este sector no habrían sido ajenos a la tradición de «enterramiento ritual», al apreciarse sucesivos rellenos y remodelaciones asociadas a la incineración o disposición de ofrendas, lo cual incluye la presencia dentro de los

[10] Luego de que el sitio fuera identificado mediante el examen de las aerofotografías de la época, en la que llamaron la atención las singulares estructuras con pozos circulares, Kosok realizó una breve visita al lugar a fines de los años cuarenta. Entre otros detalles observó la existencia de un gran monolito o *huanca*, pero señala que este elemento estaba ubicado cerca del centro del patio circular del montículo sur —Templo del Anfiteatro— del complejo (Kosok 1965: 221).

Fondo Editorial

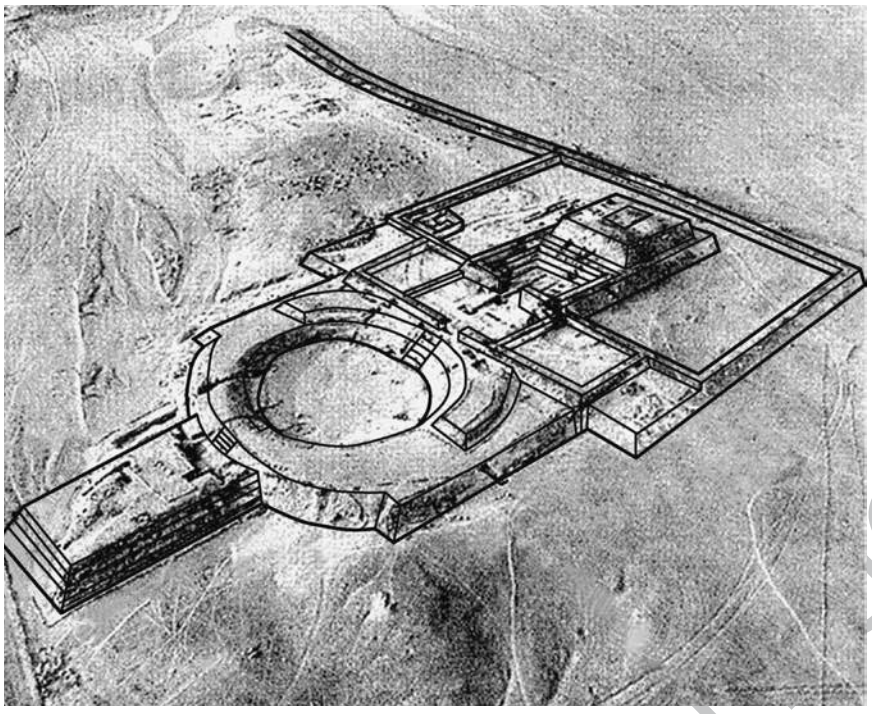


Fig. 62 – Caral. Reconstrucción del Templo del Anfiteatro, dibujada sobre fotografía aérea oblicua.

rellenos de las fases tardías de bolsas de relleno o *shicras*. Otros datos relevantes serían la presencia en el centro de los recintos de fogones rituales, además de otros rasgos, entre los cuales se menciona la presencia de recintos con esquinas curvadas; la aplicación de decoración mural y de pintura en los paramentos y pisos; así como la presencia de pequeñas plataformas de aparente carácter ritual cuyos rellenos están constituidos por *shicras*. Evidentemente, muchas de las evidencias señaladas estarían apuntando hacia una función distinta a la residencial, lo que amerita una investigación más exhaustiva, ya que la sola dimensión reducida de los recintos no es elemento suficiente para calificar a estas estructuras como «habitaciones», incluso cuando se advierte que los eventos de relleno están asociados a la disposición de alimentos en calidad de ofrendas, por lo que tampoco se podría interpretar estas evidencias como «domésticas».

Fig. 63 – Caral. Plano del Templo del Anfiteatro (Shady 1997).

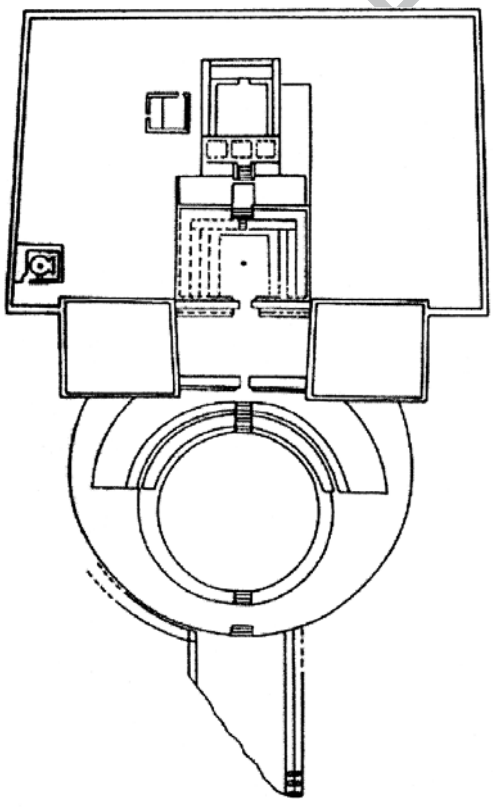


Fig. 64 – Caral. Conjunto de flautas hechas con huesos de pelícano con decoración incisa (Shady y Leyva 2003).



Editorial UCP



Fig. 65 – Caral. Bolsas de relleno o *Schicras* utilizadas en la renovación de la arquitectura (Shady y Leyva 2003).

Las investigaciones preliminares desarrolladas en Caral, al igual que en otros sitios correspondientes al Arcaico o Precerámico Tardío, plantean nuevas y extraordinarias evidencias acerca de la temprana manifestación de un incipiente urbanismo en la costa de los Andes centrales, especialmente en la región norte y nor central. Sin embargo, opinamos que es inapropiado utilizar el término «ciudad» para denominar este tipo de sitios, ya que los asentamientos urbanos que califican como tales reúnen otro tipo de características que aquí obviamente aún no están presentes, o no alcanzan las dimensiones cuantitativas y cualitativas que corresponden a esta categoría de centros urbanos.[11]

Otro importante sitio en el valle de Supe es Piedra Parada. Williams (1981: 406-407), describe su arquitectura pública como un complejo con recintos rectangulares con subdivisiones, al cual se adosa la estructura de un pozo circular sin mayor integración con la edificación principal. Es sobre la base de estas características estilísticas, que el mismo autor propone a Piedra Parada como uno de los sitios tempranos dentro de una secuencia de evolución hipotética que, como él mismo señala, no está basada en excavaciones estratigráficas, si no en apreciaciones formales. En cuanto a la forma de construcción, aquí también se reporta el empleo de las bolsas de relleno o *shicras* (Feldman 1980: 98-107, fig. 28; 1985: 84).

Más al sur, ingresando ya a la costa central, existen también aldeas asociadas con arquitectura pública. Este es el caso de Bandurria, al sur de Huacho, donde el área habitacional se encuentra a unos 250 metros del montículo ceremonial que se localiza en proximidad del litoral. Sobre el montículo se halló una *huanca* (Williams 1981: 383-384) y se halló una figurina antropomorfa de barro no cocido (Fung 1988: fig. 3.2).[12] Al norte del valle de Chancay se encuentra Río Seco, que presenta cinco o seis montículos piramidales, dos de los cuales tienen de diez a quince mentros de diámetro y unos tres metros de altura. Parece que aquí, al igual que en los sitios de Supe, se presentan plataformas con recintos interconectados con una cámara central, que también estarían sujetos a una secuencia de eventos de relleno y superposición arquitectónica. En este caso, los montículos estarían integrados a las zonas de ocupación habitacional (Lanning 1967: 70-71; Fung 1988: 77-79).

En Lima se encuentra un sitio que por su importancia y extensión es de obligada referencia para el período. Se trata de El Paraíso, un amplio complejo que se encuentra en la margen izquierda del valle bajo del Chillón, en proximidad de la desembocadura del mismo, a 4,5 kilómetros del mar. Es decir, en una posición estratégica que habría permitido a su población el desarrollo de actividades agrícolas en una amplia zona humedecida por las crecientes del río, como también la explotación de los recursos asociados con el vecino litoral marítimo.

El complejo presenta una serie de montículos, de los cuales los de mayor tamaño configuran una

[11] Señalábamos en un trabajo anterior sobre Estado y ciudad en la sociedad moche que: «[…] la ciudad corresponde a un nuevo tipo de asentamiento urbano cuyas características cualitativas y dimensiones trascienden a un nivel superior. Esta entidad urbana se caracteriza por la concentración, diversidad y grado de desarrollo de la arquitectura pública; así como por el nivel de planeamiento y zonificación de su organización urbana, que expresa un uso diferenciado y especializado en la conformación de sus distintos sectores; por su extensión y los niveles —relativos— de concentración de población, manifiesto en la aglomeración de estructuras residenciales; en el desarrollo de servicios urbanos, ligados al abastecimiento de agua, la provisión de alimentos y otros bienes, materias primas e insumos para el desarrollo de los procesos productivos, la recolección y disposición de los desechos y residuos, etcétera, lo que, a su vez, implica la presencia de especialistas dedicados a la provisión y administración de estos servicios» (Canziani 2003a: 301).

[12] Recientes investigaciones en el sitio reportan la presencia de plataformas asociadas a plazas circulares hundidas (Chu 2008).

Fondo Editorial PUCP



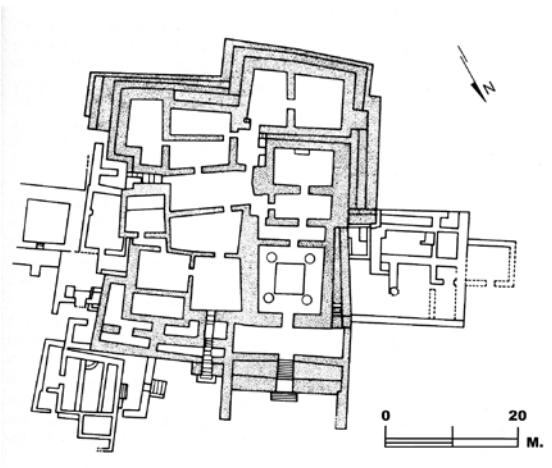
Fig. 66 – El Paraíso. Foto aérea del complejo en «U» (Servicio Aerofotográfico Nacional). El volumen del templo se aprecia en el borde inferior de la foto. Se ha destacado el contorno de los dos edificios principales y sus plazas. Nótese que los edificios se encuentran desplazados con relación a los ejes centrales de sus respectivas plazas, coincidiendo estos con los flancos laterales de los edificios.

disposición de planta en «U». Esta conformación en «U» —de la que El Paraíso sería el antecedente más temprano en la costa central— es aún algo irregular, en parte quizá por el amoldamiento del sitio al relieve de los cerros, a partir de cuyas estribaciones se proyectan hacia el noreste los dos grandes brazos laterales. De esta manera, el lado norte del complejo queda abierto hacia el valle, mientras que hacia el sur se encuentran al pie de los cerros las estructuras de los templos que debieron desempeñar un rol central dentro de esta forma de planeamiento.

Los dos grandes brazos encierran una enorme plaza rectangular que habría alcanzado una extensión de más de 500 metros en su eje noreste-suroeste y unos 170 metros de ancho. Estos montículos podrían estar entre las edificaciones más extensas del período, en especial el brazo el derecho, que mide más de 500 metros de largo por unos 150 en su parte más ancha, aunque la altura sea tan solo de unos 3 metros. Sobre la superficie de estos se encuentran evidencias de una densa trama de estructuras que pudieron corresponder a habitaciones, pero dado que no han sido excavadas no sería de descartar que pudieran cubrir otras funciones asociadas con las actividades desarrolladas en los templos (Lanning 1967: 70-71).

En el interior del complejo en «U», es decir en el lado cerrado de la plaza, se encuentra un montículo cuadrangular de unos sesenta metros de lado, ligeramente desplazado hacia el este con relación al eje de la plaza. Si bien no ha sido excavada, esta edificación revela la presencia de recintos definidos por muros. Rasgos similares se apreciaban superficialmente en el montículo que se emplaza en el extremo suroeste del complejo y al interior de una quebrada lateral al valle, antes de

Fig. 67 – El Paraíso. Plano del edificio excavado y restaurado por Engel (redibujado de Engel 1967).



que este fuera objeto de excavaciones y de una restauración por parte de Engel (1967). Observando con detenimiento las antiguas aerofotografías de 1944, se puede suponer que la ubicación de este templo, algo desplazada con relación a la del conjunto definido por los grandes brazos en «U», podría haber correspondido a la organización de un conjunto menor conformado por una plaza, cuyos trazos todavía se perciben, y cuyo eje en este caso coincidiría con el del templo. Si la organización espacial de este sector fue más temprana o en todo caso contemporánea con la del resto del conjunto, es una cuestión que el desarrollo de excavaciones en los distintos componentes del sitio debería de responder.

En cuanto al templo excavado por Engel (1967), este presenta plataformas escalonadas con muros construidos con bloques de piedras asentadas con barro, disponiendo las caras planas hacia el paramento, con rastros de haber sido enlucidos. Aquí también se hallaron evidencias de recintos rellenados con bolsas de piedra y que sirvieron como plataformas de base para erigir los recintos de las fases sucesivas, en una secuencia de cinco o seis superposiciones arquitectónicas que no han sido bien definidas, ya que la excavación se concentró en la última fase. El cuerpo central de la edificación presenta dos gruesos muros que se proyectan hacia el noroeste, encerrando una suerte de atrio en forma de «U», y en el centro una escalinata que permite ascender a un gran vano, el cual da acceso a una cámara central de forma cuadrangular de unos doce metros de lado. Este recinto presenta ciertos rasgos relacionados con la tradición Mito, ya que al centro se halla una depresión cuadrangular, pero en este caso con la particularidad de que sobre cada una de sus cuatros esquinas presenta lo que parecen ser fogones de sección cónica. Esta cámara central se encontraba interconectada por medio de corredores a una serie de recintos, a los cuales también se accedía desde distintos frentes de la edificación por medio de algunas escalinatas auxiliares, que también evidencian remodelaciones aparentemente asociadas con las distintas fases del edificio.

Otros sitios de la costa sur

En la costa sur central se han reportado algunos sitios correspondientes, en su gran mayoría, a asentamientos con estructuras habitacionales y cementerios. Este es el caso del sitio de Asia, una aldea ubicada en el valle bajo de Asia. Mientras que en la costa sur, sitios como Otuma, al sur de la península de Paracas, Casavilca y San Nicolás, próximos a las desembocaduras de los ríos Ica y Nazca, respectivamente, se caracterizan por presentar pequeños montículos de conchales. Allí, además de algunos fragmentos de textiles de algodón y redes, así como del consumo de algunos frutos y plantas, se encontró una notoria abundancia de puntas de proyectil hechas de obsidiana, que por lo que se sabe, provienen de canteras ubicadas en la serranía de Huancavelica y Ayacucho (Lanning 1967: 72-73).

Un nuevo sitio que corresponde a estos mismos rasgos, denominado La Esmeralda, ha sido recientemente identificado en los niveles inferiores y por debajo de la ocupación Nasca del sitio de Cahuachi, en el valle de Nazca. En este caso, el área excavada expuso estructuras de viviendas hechas con postes y una suerte de quincha, asociadas con restos de calabaza, pallares, cuy (*Cavia porcellus*) y conchas de abanico (*Argopecten purpuratus*), así como una notable colección de cuchillos y puntas de obsidiana. Estos hallazgos parecen sugerir un modo de vida en el que se combinaba la pesca y recolección en el litoral, con una horticultura en las zonas inundables de los valles y con la persistencia de la caza, sugerido por la consistente presencia de las puntas de proyectil (Isla 1990).

Lannig (1967), al observar las claras diferencias existentes entre estos sitios y los ubicados en la costa central y norte, planteó la sugerente hipótesis de que en la costa sur habría persistido por mucho mayor tiempo un modo de vida propio de cazadores recolectores, lo que no excluiría el limitado cultivo de algunas plantas. En esta óptica, muchos de los sitios más que asentamientos permanentes serían campamentos estacionales, de gente que se estaría movilizando desde los pisos altoandinos asociados con la caza y la provisión de la obsidiana, hasta el litoral y los valles de la costa sur, donde las lomas también podrían haber sido frecuentadas y alojado campamentos invernales. En todo caso, resulta sintomático que en ninguno de los casos documentados en esta región tengamos noticia de la existencia de arquitectura pública, por lo menos en cuanto se refiere a aquella de carácter monumental

La tradición Mito

Al igual que los hallazgos de Junius Bird en el sitio de Huaca Prieta abrieron un panorama inédito acerca de la complejidad que encerraba el período Precerámico, a mediados de los años cuarenta, el descubrimiento de sitios precerámicos en la vertiente oriental de los Andes, por

Fondo Editorial PUCP

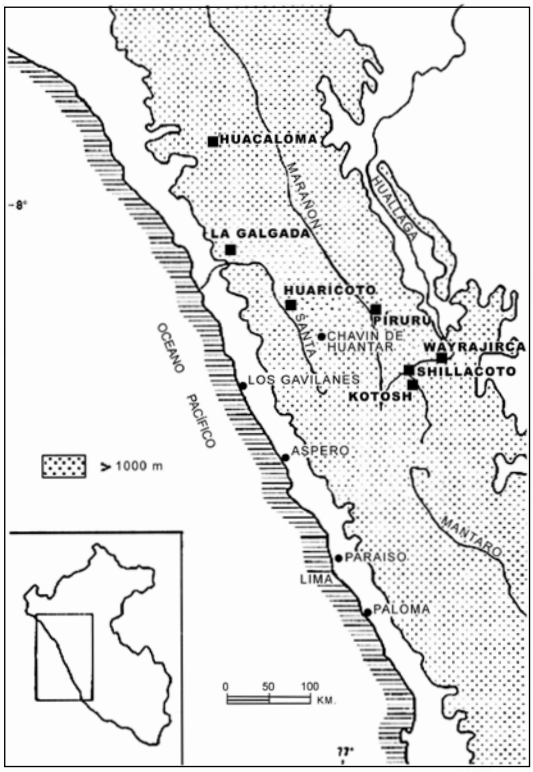


Fig. 68 – Principales sitios Precerámicos de la sierra afiliados a la tradición Mito (redibujado de Bonnier 1988).

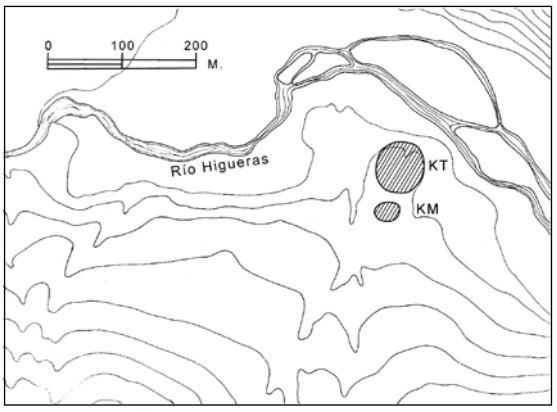


Fig. 69 – Kotosh. Plano general del sitio (redibujado de Izumi 1971).

parte de la Misión de la Universidad de Tokio, a inicios de los años sesenta, abrió un nuevo e importante capítulo en el conocimiento del período y el temprano surgimiento de la arquitectura pública en esta región.

En efecto, en las excavaciones desarrolladas en los sitios de Kotosh, Wayrajirca y Shillacoto, localizados en el Alto Huallaga, se documentó por primera vez la presencia de edificaciones que presentaban un elaborado diseño arquitectónico y una serie de rasgos relevantes que se replicaban en los edificios de las distintas fases, formando parte estos de una compleja secuencia de superposiciones. Es sobre la base de las peculiares características que presenta esta arquitectura pública de aparente carácter ceremonial, que se definió lo que se conoce como tradición Mito. Posteriormente, otras investigaciones desarrolladas en sitios como La Galgada, Huaricoto y Piruru, han extendido el ámbito regional donde pudo desarrollarse y madurar este particular tipo de arquitectura. De otro lado, las investigaciones en la costa nor central y norte permiten, como hemos ya visto, examinar la difusión de esta tradición en estas regiones y la incorporación de algunos de sus rasgos en la arquitectura monumental costeña.

De los sitios excavados en el Alto Huallaga, a unos 2.000 m.s.n.m., destaca la ocupación precerámica de Kotosh y, en particular, las edificaciones correspondientes a las fases tempranas del período denominado Mito. En el sitio destacan dos grandes montículos, alineados en un eje y localizados el mayor, al norte, y el menor al sur, planteando una versión temprana de la organización dual del espacio ritual en los complejos ceremoniales. Los montículos están conformados por un conjunto de recintos cuadrangulares edificados sobre plataformas. Las cámaras ceremonia-

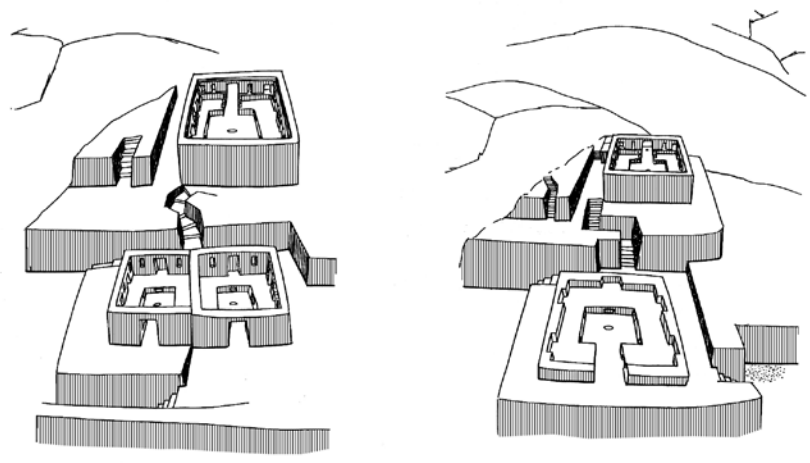


Fig. 70 – Kotosh. Reconstrucción hipotética de la secuencia de estructuras: el Templo de las Manos Cruzadas con dos cámaras subsidiarias (izquierda); y la superposición del Templo de los Nichitos con una cámara subsidiaria (derecha) (redibujado de Onuki 1994).

Fondo Editorial PUCP

les, de seis a siete metros de lado, se caracterizan por presentar los siguientes rasgos principales: un único acceso; un piso a dos niveles conformado por una banqueta perimetral que se interrumpe frente al acceso y enmarca el espacio cuadrangular con el piso más bajo; al centro de este espacio de menor nivel se presenta un fogón ventilado por uno o más ductos subterráneos conectados con el exterior; los paramentos interiores e inclusive el frente de las banquetas presentan nichos de diferente forma y tamaño; los paramentos pueden ser decorados con cenefas horizontales e inclusive elementos escultóricos de barro, como las célebres «manos cruzadas»; y, finalmente, un rebajo del lado interior de la cabecera de los muros revela que estos recintos estuvieron techados con una cobertura soportada por vigas.

Otro de los aspectos relevantes de esta tradición arquitectónica es que luego de un determinado período de funcionamiento, estas edificaciones fueron rellenadas y selladas, generando así plataformas más elevadas, sobre las que se levantaron nuevas edificaciones, muchas veces directamente sobre el emplazamiento de las anteriores. De esta manera, se produjo una secuencia de superposiciones arquitectónicas en la que los edificios más antiguos, que se encuentran en los niveles inferiores, fueron en su momento enterrados por las edificaciones que se construían posteriormente sobre estas. Este proceso de enterramiento, que fue denominado «enterramiento del templo», se realizó cubriendo con arena los paramentos de los recintos y sus elementos decorativos, para luego rellenarlos con piedras y sellar finalmente este relleno con un piso de nivelación de arcilla roja, sobre el que se edificaba el nuevo recinto a partir de la construcción inicial del fogón y de sus ductos de ventilación (Matsuzawa 1972: 176; Izumi y Terada 1972: 5).

Este es precisamente el caso de dos de las principales edificaciones expuestas por las excavaciones en Kotosh, denominadas el Templo de Los Nichitos y el Templo de las Manos Cruzadas. La más tardía de estas edificaciones es el Templo de Los Nichitos (ER-11), que mide interiormente unos 7,5 metros de lado, y presentaba en la grada del desnivel entre los dos pisos una serie de pequeños nichos, que debieron sumar veintitrés en total. En el paramento interior del muro parcialmente conservado se pudo reconstruir la presencia de grandes nichos que se desarrollaban desde la base del muro, mientras que otros nichos más pequeños se ubicaban sobre una cenefa horizontal a un metro de altura del piso. El fogón central tenía un diámetro de 40 centímetros y una profundidad de 60 centímetros con la particularidad, en este caso, de contar con dos ductos de ventilación subterráneos, uno en el eje de la puerta —como es más frecuente— y el otro en diagonal, pasando por debajo de la esquina noreste del recinto.

El Templo de Los Nichitos fue construido luego de ser rellenada y sellada la estructura de un recinto más temprano, denominado Templo de Las Manos Cruzadas (UR-22). Este recinto cuadrangular, de unos 6,5 metros de lado en el interior, presenta también un único acceso orientado hacia el sur y los rasgos típicos de la arquitectura del período Mito. En este caso, el enterramiento total de la estructura permitió su mejor conservación, encontrándose los muros completos hasta su cabecera a más de dos metros de altura sobre el piso, lo que permitió reconstruir el sistema de cobertura y conocer la extraordinaria decoración que presentaban sus paramentos. En el interior del recinto se presentan grandes nichos que llegan hasta el nivel del piso, mientras que otros más pequeños se dispusieron sobre una cenefa horizontal que sobresalía unos quince a veinte centímetros. Por debajo de dos de estos nichos pequeños, dispuestos simétricamente en el muro opuesto a la portada de acceso, se realizó el extraordinario hallazgo de dos pares de brazos entrecruzados en alto relieve que fueron modelados

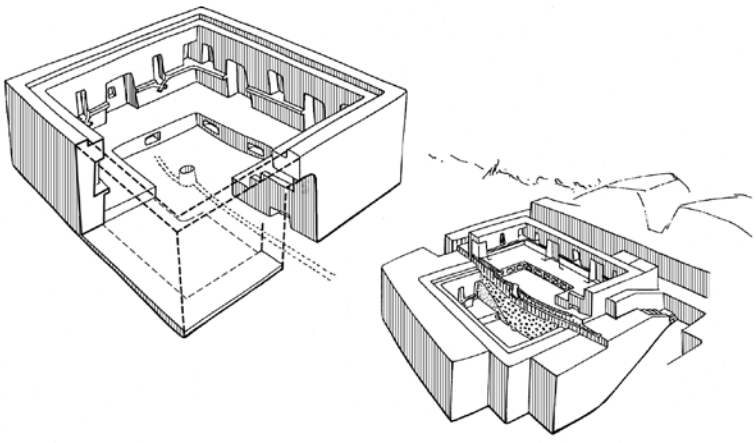


Fig. 71 – Kotosh. Reconstrucción isométrica de los rasgos arquitectónicos del Templo de las Manos Cruzadas (izquierda) y de la superposición estratigráfica sobre éste del Templo de los Nichitos (derecha) (redibujado de Onuki 1994).

Fondo Editorial PUCP

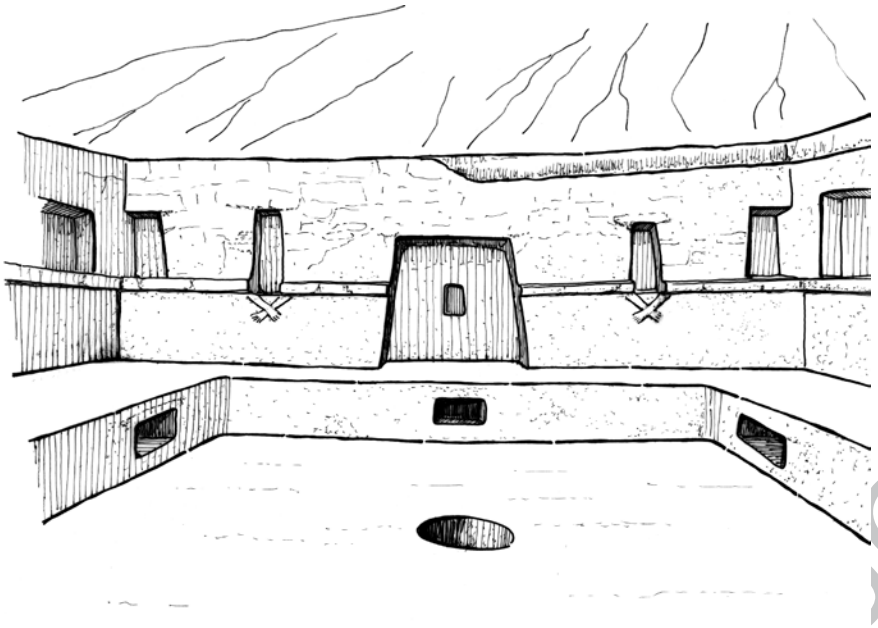


Fig. 72 – Kotosh. Dibujo sobre fotografía (Onuki) de los rasgos arquitectónicos del interior de la cámara de las Manos Cruzadas (Canziani).

en barro. Los muros del recinto, hechos de piedra asentada con barro, tenían entre ochenta y cien centímetros de espesor, con la particularidad de engrosarse hacia la cabecera de los muros, donde se generaba la grada interior para apoyo de la estructura de la cobertura. Los muros, tanto al interior como al exterior, presentaban vestigios de haber sido enlucidos finamente con arcilla de color marrón amarillento.

Cabe destacar que tanto el Templo de Las Manos Cruzadas como el de Los Nichitos, emplazados sobre una plataforma de nivel medio[13], estuvieron asociados durante sus respectivas fases de actividad con otros recintos similares, que fueron construidos sobre una plataforma de nivel inferior con relación a aquella donde se erigieron los recintos principales. Estos recintos, que podría suponerse que desempeñaron un papel complementario, tuvieron la orientación de sus portadas hacia el norte, es decir, contrapuesta a las de los templos de mayor importancia, como fueron en su momento Los Nichitos y Las Manos Cruzadas. En las distintas fases, la conexión entre estos recintos y sus respectivas plataformas en los niveles medio e inferior se realizaba mediante una serie de corredores y escalinatas. Cuando se procedía a la remodelación de los recintos se generaba un nuevo nivel en la correspondiente plataforma, lo que estaba acompañado de la construcción o adosamiento de nuevos muros de contención y de remodelaciones en los pasajes y escalinatas, por lo que las superposiciones arquitectónicas no se reducían a los recintos si no que comprometieron también a estos componentes.

Cuando el Templo de Los Nichitos estuvo en actividad, se encontraba asociado a un recinto complementario localizado al norte (ER-23), al cual se le superpuso en la misma ubicación una remodelación (ER-19) que amplió las dimensiones del recinto anterior. Mientras tanto, durante la época de actividad del Templo de Las Manos Cruzadas, este estuvo asociado con dos recintos (ER-27 o Templo Blanco y ER-28), siempre localizados al norte y con los accesos orientados en la misma dirección, los cuales también fueron objeto de remodelaciones con la superposición de nuevos recintos (ER-20 y 26 / 24). A este propósito, se ha observado que las remodelaciones y superposiciones, que afectaron a los recintos principales ubicados en la plataforma de nivel medio, no fueron necesariamente simultáneas a las intervenciones que tenían lugar en los recintos de la plataforma inferior, por lo que pudo darse el caso de que algunos de estos pudieron estar asociados durante un cierto período de tiempo, primero al Templo de Las Manos Cruzadas y luego al de Los Nichitos (Bonnier 1997; 2007).

Es importante señalar que bajo el Templo de Las Manos Cruzadas se identificó también un recinto enterrado aun más antiguo que no fue

[13] Según reportan Izumi y Terada (1972), en el montículo KT del sitio de Kotosh existía una plataforma ubicada en un nivel superior, la cual fue destruida por una excavación de época colonial, lo que lamentablemente impidió conocer que tipo de estructuras contenía y su posible relación con las excavadas arqueológicamente en las plataformas de nivel medio e inferior.

Fondo Editorial FCP

excavado (Izumi y Terada 1972: 304). Por otra parte, en algunos niveles inferiores se identificaron estructuras más pequeñas, consistentes en pisos que presentaban el típico desnivel cuadrangular con fogón central, pero en este caso no estaban presentes muros que definieran el recinto. Se supone que estas estructuras, por su elaboración más rudimentaria y ciertas analogías con las evidencias tempranas de otros sitios que comparten la tradición Mito, pudieron representar evidencias de las fases iniciales del período Mito en el sitio de Kotosh (Fung 1988: 74; Bonnier 1997: 140-143; 2007).

Las periódicas remodelaciones y el consecuente enterramiento de las estructuras de carácter público, así como las propias características arquitectónicas de las edificaciones Mito de Kotosh, y la reiteración y persistencia a lo largo del tiempo de los cánones arquitectónicos establecidos, sugerirían la presencia de una sociedad con un nivel de organización relativamente complejo, donde debieron definirse determinados niveles de especialización. En este sentido, la configuración espacial de los recintos, la presencia central de los fogones con sus elaborados sistemas de ventilación, así como el despliegue de nichos y de otros elementos decorativos al interior de estos, expresarían una función ceremonial restringida a un reducido número de miembros de la comunidad, para el aparente desarrollo de ofrendas y actividades rituales relacionadas con el fuego. Refuerzan esta interpretación los hallazgos de huesos de cuy y camélidos quemados, que fueron depositados en los nichos y pisos de los recintos, al igual que figurinas de barro representando seres humanos, frutos o tubérculos y pequeñas vasijas, asociados a los mismos contextos arquitectónicos.

La secuencia de remodelaciones, con sus correspondientes superposiciones arquitectónicas, condujeron así a la conformación de dos montículos prominentes con plataformas escalonadas, de modo que sus volúmenes debieron de constituirse en importantes hitos visuales en el paisaje circundante y, en cuanto tales, en referentes de identificación y veneración para las comunidades que participaban del culto.

La evidente complejidad de la organización social y los niveles de inversión destinados a estas construcciones —que presuponen la necesaria disponibilidad de excedentes— sugerirían una base económica con cierto nivel de desarrollo de las actividades agrícolas y ganaderas (Izumi y Terada 1972: 306). Sin embargo, no se han hallado vestigios de plantas, lo que puede ser explicado por la antigüedad del sitio y la relativa humedad que caracteriza a la zona. De otro lado, el análisis de los restos faunísticos señalaría que además del cuy (*Cavia porcellus*), posiblemente doméstico, el mayor porcentaje de estos corresponde a cérvidos y, en menor grado, a camélidos no necesariamente domésticos —posiblemente guanacos y vicuñas—, lo que en conjunto permite suponer que la caza aún desempeñaba un rol importante (Wing 1972).

La aparente ausencia de estructuras habitacionales asociadas al período Mito en el sitio de Kotosh no permite plantear claras inferencias en cuanto al régimen de subsistencias de la población. En todo caso, debe de advertirse que los contextos de los hallazgos corresponden a plataformas y recintos asociados con funciones de aparente carácter ceremonial, por lo que la evidencia podría estar fuertemente condicionada por el tipo de ofrendas y actividades rituales desarrolladas y no necesariamente corresponder

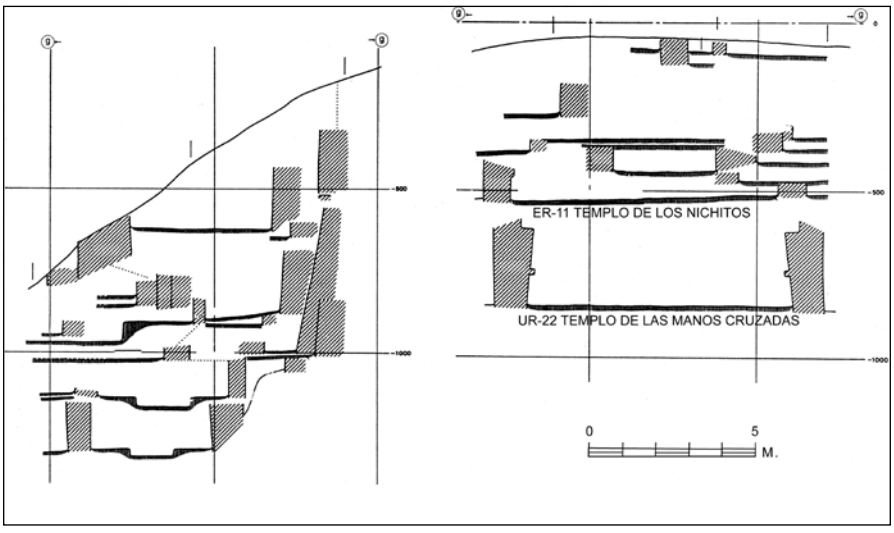


Fig. 73 – Kotosh. Corte estratigráfico en el que se aprecia la superposición de estructuras de las distintas fases (redibujado de Onuki 1994).

Fondo Editorial PUCP

con el consumo alimenticio habitual de estos recursos. De otro lado, no se puede dejar de considerar la localización geográfica del sitio y el rol especial que pudo tener en cuanto punto intermedio de un corredor natural que conecta los territorios de las punas altoandinas con aquellos de los bosques húmedos propios de la vertiente oriental de los Andes o ceja de selva.

Piruru, ubicado en el Alto Marañon y en la margen derecha del río Tantamayo (3.800 m.s.n.m), representa en sus niveles precerámicos un importante sitio para la comprensión de la posible evolución y surgimiento de la tradición arquitectónica Mito. En las excavaciones, desarrolladas en la década de los ochenta, se definieron cinco fases de ocupación precerámica, donde en la última se identificó una estructura, asimilable a la tradición Mito, de unos nueve metros de lado con fogón central y con los característicos pisos a desnivel presentes en Kotosh. Lo interesante del caso es que las cuatro primeras fases corresponderían a estructuras de un período anterior, Pre-Mito, donde la mayoría presenta un piso a un solo nivel y el fogón central, en algunos casos, bien construido y con ductos de ventilación, y en otros apenas delineado y sin ductos. Además en estas estructuras se observa una notable variedad de formas y rasgos, con recintos tanto circulares como rectangulares, limitados por muros de piedra; mientras que en otros casos estos están ausentes y los espacios alrededor de los fogones parecen haber sido a cielo abierto (Bonnier 1997; 2007). La estructura de época Mito tiene la particularidad no solo de introducir en el sitio los rasgos característicos de esta tradición, si no también nuevas técnicas constructivas. Tal parece ser el caso de la construcción del recinto, que presentaba un grueso muro de piedra de unos cincuenta centímetros de altura, el cual sirvió de sobrecimiento a una estructura de *quincha* realizada con un armazón de postes de aliso, reforzada con barro y enlucida (Bonnier 1988: 44-46).

Otro sitio relacionado con la tradición Mito es Huaricoto, ubicado en la parte central del Callejón de Huaylas y en la margen derecha del río Santa, a unos 2.750 m.s.n.m. En los niveles precerámicos del sitio se hallaron evidencias de fogones enmarcados por pisos a desnivel de forma rectangular. Los pisos fueron hechos con arcilla roja y posteriormente enlucidos con una de color amarillento. Fragmentos de arcilla con improntas de cañas hallados sobre el piso sugieren que algunos fogones pudieron haber estado enmarcados por un cerco hecho de quincha. Asociados a los pisos y fogones se hallaron huesos calcinados que pudieron ser de venado o camélido, lascas de cuarzo y conchas de moluscos de la costa, los que aparentemente fueron parte de ofrendas rituales «sacrificadas» al fuego de los fogones. Existen también aquí evidencias de superposiciones, generadas por el sello de los fogones con capas de arcilla, para luego proceder a la construcción de una nueva estructura con fogón (Burger y Salazar 1980).

Si bien en Huaricoto se encontraron evidencias de una plataforma asociada a la ocupación precerámica del sitio, es claro que en este caso, y aparentemente también en Piruru, no se encuentran los rasgos complejos y las características monumentales que presentan sitios como Kotosh y La Galgada, que habrían requerido del manejo de especialistas y formas de trabajo corporativo para la organización de los eventos constructivos. En ese sentido, las características bastante más modestas y algo rústicas de las estructuras halladas en Huaricoto, así como en Piruru, sugerirían la presencia de pequeñas comunidades rurales, e inclusive grupos familiares, realizando estas estructuras para llevar a cabo los rituales afiliados a la tradición Mito (Burger y Salazar 1985; 1986).

El complejo de La Galgada se localiza a unos 1.100 m.s.n.m., en la margen izquierda de un estrecho valle formado por el río Tablachaca, un afluente del río Santa, a unos ochenta kilómetros de su desembocadura en el mar. Dado que el río Tablachaca forma un corredor natural en dirección noreste, esta ubicación es ciertamente especial, tanto por su equidistancia y relativa accesibilidad hacia el litoral del Pacífico, como hacia las serranías de la provincia de Pallasca y la propia cuenca del Alto Marañón. La posición del sitio es en este sentido central con relación a una posible red de conexiones que debió de articular tempranamente estas regiones. El sitio presenta un configuración claramente monumental y, al igual que en Kotosh, con un ordenamiento dual con dos montículos de gran tamaño, el mayor al norte de unos 40 a 45 metros de lado, mientras que el menor, de unos 20 a 25 metros de lado, se encuentra unos 10 metros al sur del primero. Esta disposición de los montículos genera un eje de ordenamiento norte-sur, si bien ambos montículos están organizados en un eje este-oeste, con sus respectivas escalinatas y frentes principales orientados hacia el oeste.

En ambos montículos las excavaciones registraron una compleja secuencia de superposiciones arquitectónicas (Grieder *et al.* 1988). De manera similar a lo expuesto para Kotosh, en este caso los recintos con los rasgos típicos de la

Fondo Editorial PUCP

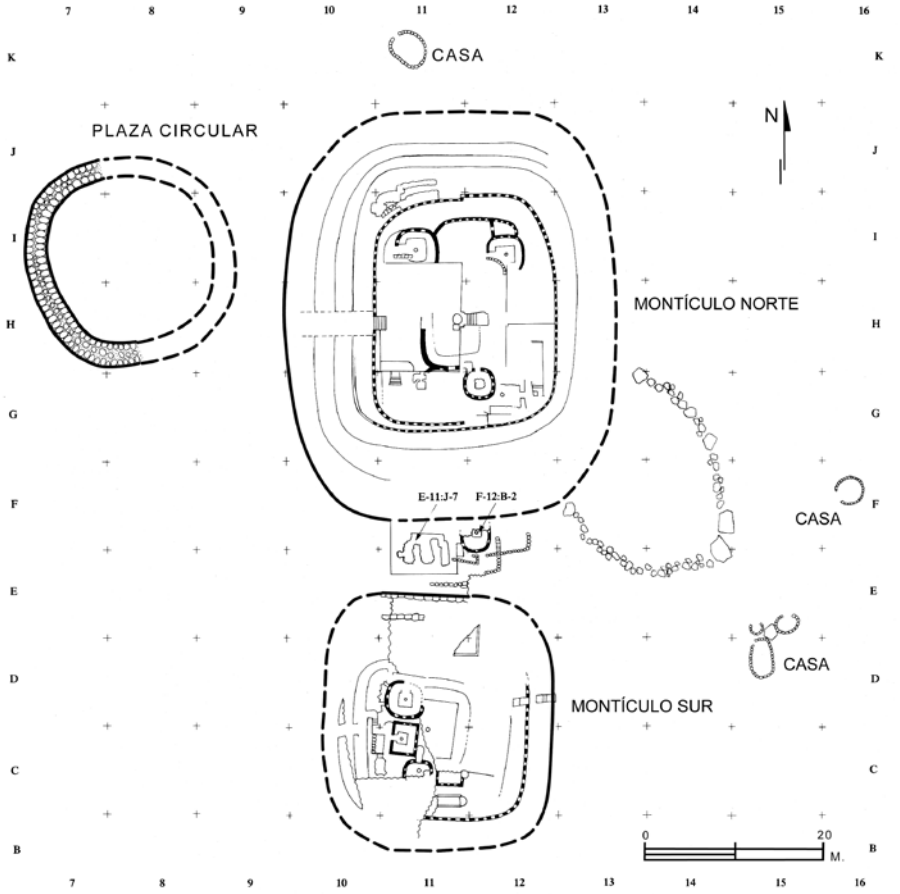


Fig. 74 – Plano general de La Galgada (redibujado de Grieder *et al.* 1988: fig. 14).

tradición Mito también fueron construidos sobre plataformas, y después de un cierto período de funcionamiento, fueron sometidos al desmontaje de sus techos y rellenados para volver a construir nuevas cámaras sobre las anteriores, elevando así sucesivamente el nivel de las plataformas. Sin embargo, en el caso de La Galgada se da la particularidad de que algunos de los recintos enterrados fueron reutilizados como cámaras sepulcrales, para lo cual se construyeron pilares y muros rústicos de piedra que soportaron techos con vigas de piedra, disponiéndose estrechas galerías de acceso desde el nivel de las plataformas y recintos que estaban en ese momento en actividad. Esto revelaría una compleja concepción simbólica del espacio sacralizado, donde no solo la vigencia de los edificios estaba sometida a un aparente ciclo calendario —cuya finalización implicaba el enterramiento, y el inicio de uno nuevo, la regeneración de la arquitectura— si no que también el espacio ritual de los seres vivos, asociado a las recintos en funcionamiento, estaba conectado con el de la muerte y el culto a los ancestros, alojados dentro de las cámaras ahora sepultas (Grieder 1997).

El montículo norte habría estado asociado en su frente oeste con una plaza circular de unos 18 metros de diámetro, encerrada por un muro circular de unos 2,5 metros de ancho. Este muro estaba hecho con cantos rodados y mortero de barro, por lo que se presume que corresponde a las fases tempranas del sitio, al igual que restos de pequeñas cámaras construidas con este mismo material. Las cámaras rituales de este período no tendrían desniveles en el piso y si lo presentaban, enmarcando con una grada el fogón, esta era de escasa altura, como se observa en el caso de la cámara F-12:B-2, que medía 2,30 por 2,85 metros y estaba provista de un ducto de ventilación subterráneo que pasaba bajo la puerta, así como de nichos sobre paramentos llanos sobre los que se aplicó enlucido y pintura blanca. Otra cámara de esta misma época (I-11:B-8) medía unos 3,80 metros de lado y presentaba nichos ligeramente trapezoidales. Todos estos recintos, al igual que la mayoría de los que se les superpondrán posteriormente presentan una planta subrectangular, con muros ligeramente curvados hacia el exterior y esquinas redondeadas, mientras que las puertas y los ductos de

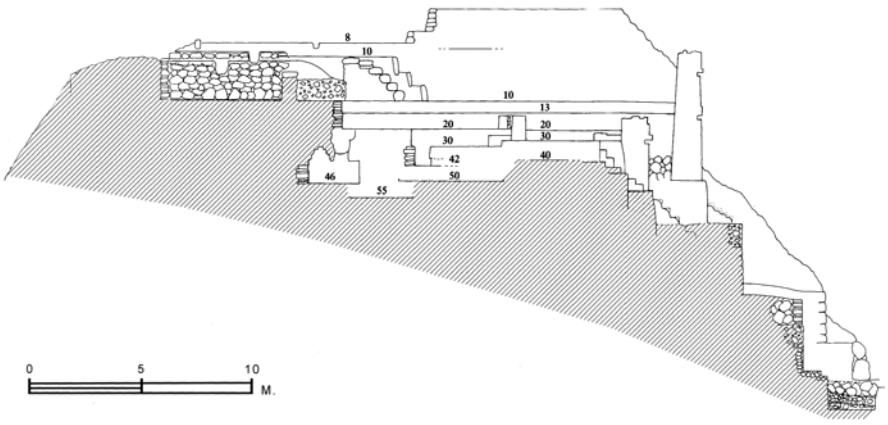


Fig. 75 – La Galgada. Corte estratigráfico este-oeste del Montículo Norte (redibujado de Grieder *et al.* 1988: fig. 30).

ventilación que pasan bajo ellas se orientan tanto al oeste como al norte (Grieder *et al.* 1988: 24-32).

Las fases posteriores al 2200 a.C. en el montículo norte están representadas por la presencia de cámaras construidas con piedras canteadas. Estas, además del clásico fogón central, presentan una banqueta perimetral que se interrumpe frente al umbral de la puerta, que también presenta una grada para descender al nivel del piso donde se ubica el fogón. Los nichos se disponen con sus bases alineadas sobre una suerte de zócalo, generado por el adelgazamiento de la parte superior del paramento interior de las cámaras, o enmarcadas en una franja horizontal recesada que da forma a una cenefa horizontal. Para esta época se aprecia una organización espacial de los recintos, a partir de la disposición de una gran cámara central (9 x 12 metros) orientada al oeste y con el piso ligeramente más bajo que un atrio a cielo abierto que se ubica frente a esta. Las cámaras laterales, de menor tamaño, se disponen sobre plataformas más elevadas en la parte posterior de la cámara central y en los lados al norte y sur de esta, perfilándose así una configuración que se aproxima a la forma en «U». Finalmente, durante los inicios del período Formativo, esta conformación con planta en «U» será cada vez más evidente, cuando en la parte superior del montículo la cámara central será sustituida por un atrio a cielo abierto, rodeado por una banqueta y plataformas más elevadas en tres de sus lados. En el centro de este atrio se ubicará un gran fogón ventilado siempre por ductos subterráneos, como último vestigio de la vigencia de una larga tradición frente a las innovaciones formales que se afirman con fuerza, quizá por el creciente prestigio de las emergentes tradiciones arquitectónicas costeñas.

Las plataformas de los montículos fueron construidas con gruesos muros de contención

Fig. 76 – La Galgada. Reconstrucción del desmontaje de una cámara para su enterramiento y conversión en una cripta funeraria (Grieder y Bueno 1985: fig. 8).

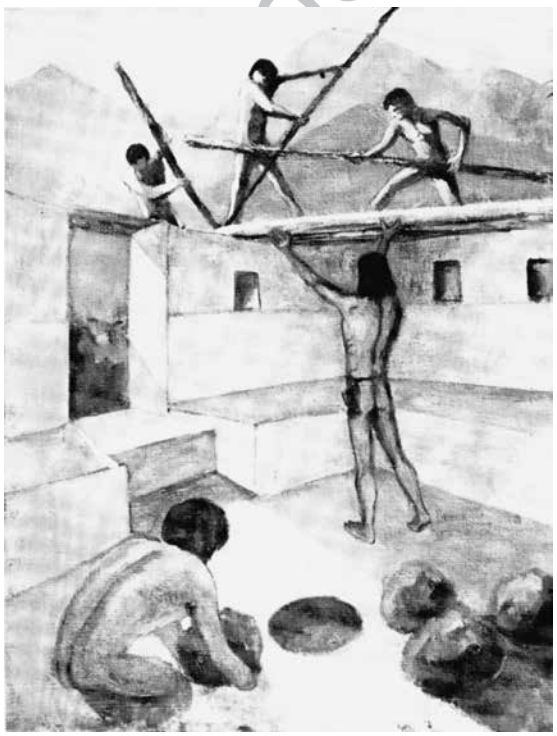
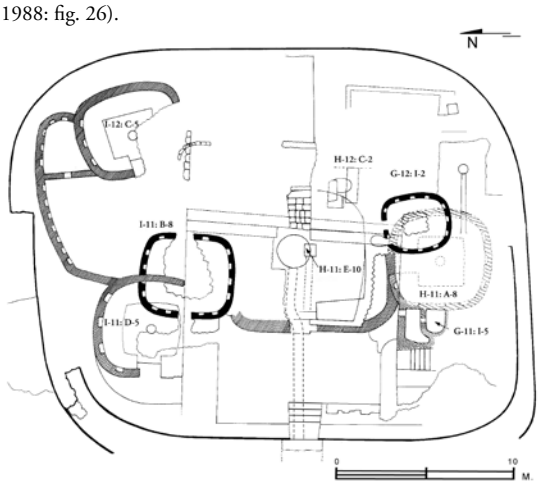


Fig. 77 – La Galgada: Superposición de arquitectura de distintas fases en el plano del Montículo Norte (redibujado de Grieder *et al.* 1988: fig. 26).



Editorial PUCP

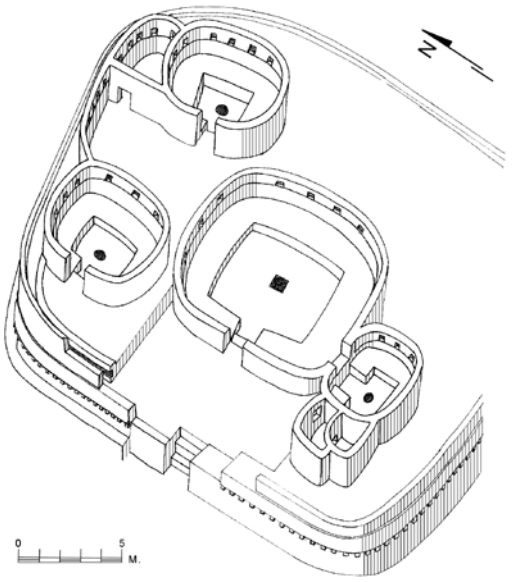


Fig. 78 – La Galgada. Reconstrucción isométrica de las estructuras sobre el Montículo Norte, correspondientes a una fase fechada en unos 2200 a.C. (Grieder y Bueno 1985: fig. 10).

que, al igual que las cámaras, tuvieron la particularidad de presentar las esquinas redondeadas. Estos muros de contención de las plataformas y las grandes escalinatas de acceso muestran también una secuencia de remodelaciones y superposiciones que se correlacionan con los eventos constructivos que tienen lugar sobre la plataforma superior (ibid: 44-50). El volumen monumental de estas edificaciones con sus plataformas escalonadas, posiblemente pintadas y decoradas con cornisas y frisos, al igual que el despliegue de las grandes escalinatas en el eje de los montículos, debieron de proyectar una impresionante visión del conjunto.

Dado que las excavaciones arqueológicas se centraron en las estructuras monumentales, no se tiene una idea general sobre qué otro tipo de estructuras se encontraban en sus alrededores. Sin embargo, algunas excavaciones puntuales expusieron la presencia de algunos recintos de aparente carácter doméstico en la proximidad de los montículos. Estas estructuras tienen planta oval y muros bajos de piedra, con pisos que presentan acumulaciones de basura y algunos posibles fogones, tanto al interior como al exterior de las viviendas. Aparentemente no se detectaron evidencias de alguna otra actividad que no fuera la estrictamente doméstica, y no se dispone de información acerca del tipo de consumo de subsistencias que se asociaba a estas (ibid: 19-22).

Sin embargo, de la excavación desarrollada en las estructuras de los montículos y de los hallazgos asociados con las tumbas, se reunió una considerable información que da cuenta de un



Fig. 79 – La Galgada. Detalle de frontis con esquina redondeada y cenefa con nichos al sureste del montículo norte (redibujado sobre fotografía de Grieder *et al.* 1988: 45).

amplio y variado manejo de recursos vegetales y de plantas cultivadas. Entre estos, el de fibras de especies silvestres, algunas posiblemente recolectadas en la misma zona, como la *puya*, *tillandsia* o el carrizo, empleados para elaborar cuerdas, hilos o cintas y utilizarlas en el tejido de bolsas, cestos y canastos que revelan una excelente manufactura; otras como la totora (*Typha sp.*), que fueron ampliamente empleadas para tejer petates, podrían haber sido traídas desde pisos ecológicos más bajos o desde la propia costa. En cuanto a las especies cultivadas, existe un amplio registro de la presencia de algodón, tanto de semillas como

Fig. 80 – La Galgada. Detalle de frontis con cornisa con ménsulas en la esquina noroeste del montículo norte (redibujado sobre fotografía de Grieder *et al.* 1988: fig. 44).



Fondo Editorial

de fibras en crudo, al igual que cuerdas, hilos y elaborados textiles confeccionados con su fibra, lo que hace presumir su cultivo y procesamiento en la zona. De otro lado, además de los mates ampliamente empleados en múltiples formas de contenedores, la abundante presencia de pallar, canavalia, frejol, ají, zapallo y frutos como la ciruela del fraile, lúcuma, guayaba y palta, entre otros, nos proporcionan una idea general de la composición de la dieta alimenticia de la población (ibid: 125-151).

En un medio ecológico árido, como es el que caracteriza a la zona, se ha señalado que todas estas plantas requieren necesariamente de irrigación para su cultivo. Si bien se puede presumir que algunos de estos recursos fueron transportados al sitio desde otros lugares, tampoco se puede descartar la factibilidad del desarrollo de tempranos sistemas de irrigación artificial en una zona que presenta condiciones relativamente favorables, más aún si se considera el bagaje tecnológico del que dan prueba los experimentados constructores que realizaron la notable arquitectura monumental de La Galgada.

Llama la atención el escaso reporte de restos de fauna en el sitio. Aparentemente, la mayoría de estas evidencias se vincula con las actividades ceremoniales que tenían lugar en los montículos y con las ofrendas funerarias de las tumbas. En este sentido, solo se registraron algunos cuernos de venado, mientras que es notoria la total ausencia de restos de camélidos.

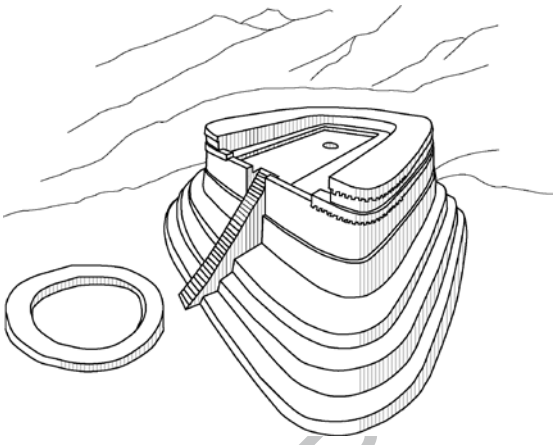


Fig. 81 – La Galgada. Isometría reconstructiva de la fase final del montículo norte a inicios del Formativo (redibujado de Grieder *et al.* 1988: fig. 38).

Sin embargo, existen reveladoras evidencias de algunos elementos exóticos como conchas de moluscos provenientes del litoral del Pacífico, incluyendo algunos fragmentos de los ecuatoriales *Strombus* y *Spondylus*,[14] así como de plumas de color que presumiblemente provendrían de la vertiente oriental de los Andes. De otro lado, como parte del ajuar funerario de los entierros hallados en las cámaras, se registraron objetos de piedra trabajados como adornos o cuentas de collares y pendientes, algunos de los cuales incorporaban piedras semipreciosas como la turquesa (ibid: 200).

Finalmente, las características de los entierros precerámicos de La Galgada, su especial disposi-

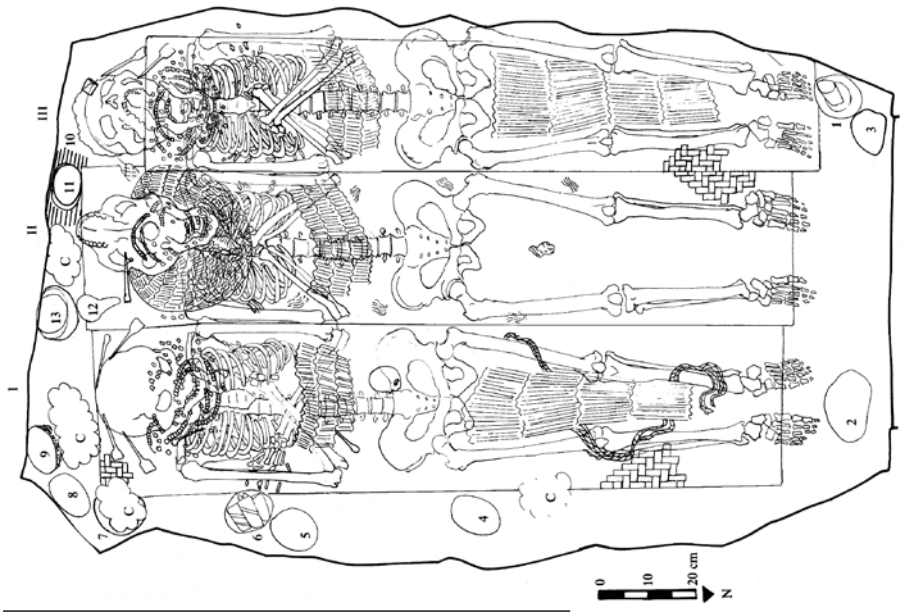


Fig. 82 – La Galgada: Tumba de personajes de alto estatus (Grieder *et al.* 1988: fig. 68).

[14] Llama la atención la temprana presencia en sitios precerámicos como La Galgada —y tan alejados de sus fuentes originales de proveniencia— de estas dos especies ecuatoriales. Y esta presencia es aún más trascendente si consideramos que, como ha destacado Jorge Marcos (2002), con el devenir del tiempo la díada *mullo* y *pututo* se constituirá en uno de los componentes esenciales del mundo ceremonial andino, cuya creciente demanda llevará al desarrollo de extensas y complejas redes de intercambio.

Fondo Editorial PUCP

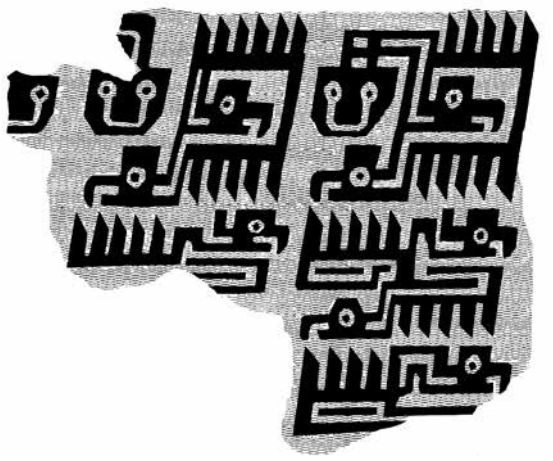


Fig. 83 – La Galgada. Diseño proveniente de un textil correspondiente a una bolsa, con representación de serpientes y aves entrelazadas (redibujado de Grieder *et al.* 1988: fig. 130).

ción dentro de las cámaras funerarias de la arquitectura monumental y la profusión y elaborada calidad de las ofrendas —algunas de las cuales manifiestan claramente su condición de bienes de prestigio, al emplearse en ellas recursos exóticos provenientes de tierras lejanas—, nos permiten inferir la presencia de determinados personajes o linajes familiares que gozaban de cierto estatus, en el marco de un proceso de diferenciación social que ya prelude el surgimiento de las sociedades complejas. Por otra parte, el enterramiento de estos personajes dentro de las edificaciones más representativas debió tener una profunda connotación social y simbólica, ya que los ancestros de quienes tenían en la comunidad estas especiales condiciones de privilegio se verían de cierta forma sacralizados al ser incorporados al aura de sus monumentos más emblemáticos.

El proceso de neolitización y las transformaciones en la forma de asentamiento

Los casos más representativos de los asentamientos precerámicos que hemos examinado, en los que destaca el surgimiento de una extraordinaria arquitectura pública, ofrecen un abundante material documental para discutir la problemática del proceso de neolitización en los Andes y sus repercusiones en la forma de asentamiento. Sobre esta importante problemática se ha planteado una serie de hipótesis interpretativas, y se mantiene abierto un amplio debate sobre las mismas, dado que el tema es relevante para la comprensión del inicio del fenómeno urbano y del proceso civilizatorio en los Andes centrales. Sería difícil aquí entrar en mérito a todas estas propuestas y discutirlas. Sin embargo, en la medida que expongamos nuestra propia interpretación, haremos obligada referencia a algunas de las más importantes de estas.

Lo que nos interesa, en primer lugar, es abordar desde sus fases iniciales lo que Lumbreras (1981: 173) define como «sintomatología del fenómeno urbano» y su estrecha relación con el proceso de intensos y profundos cambios sociales asociados a lo que se conoce como revolución neolítica (Childe 1982; Choy 1979). En este sentido, es preciso examinar los acelerados cambios que se manifiestan en la forma de asentamiento, a partir del proceso de sedentarización y especialmente en lo que se refiere al surgimiento de la arquitectura pública y sus implicancias. Estableciendo, paralelamente, las interrelaciones existentes entre los cambios en la forma de asentamiento y las transformaciones que se verifican en el seno de las formaciones sociales durante este período.

El sedentarismo, asumido muchas veces como indicador clave de la neolitización, ha demostrado ser un fenómeno no necesariamente exclusivo de poblaciones agrícolas. Existe una gran cantidad de casos que muestran de qué manera las comunidades de cazadores recolectores, bajo determinadas condiciones favorables o por la aplicación de exitosas estrategias de explotación de los recursos naturales, desarrollan asentamientos sedentarios de tipo aldeano, con una notable inversión en sus instalaciones y donde, inclusive, no es ajena la presencia de arquitectura pública (Childe 1982: 92; Forde 1966; Redman 1990). Por lo tanto, podemos establecer que no es el mero sedentarismo, por sí solo, el indicador que nos señala la existencia de un proceso de neolitización; de la misma manera que la arquitectura pública no es por sí sola expresión de la presencia de especialistas, o exclusiva del fenómeno urbano (Lumbreras 1981: 169-173). En el caso de los sitios de la costa central y nor central, es evidente que el fenómeno de sedentarización se procesa con un fuerte componente basado en la explotación de los variados y abundantes recursos marinos. Sin embargo, este no es un componente exclusivo y menos aún constituiría por sí solo la base económica principal sobre la cual se desarrollaría el proceso civilizatorio, tal como ha sostenido Moseley y otros investigadores (Moseley 1975; Feldman 1980; 1985), a partir de la más equilibrada tesis de Lanning (1967: 78-79, 94-95). A este propósito, hemos constatado cómo en estos asentamientos iniciales se establece una integración entre la explotación de los recursos marítimos y una agricultura incipiente, la que

Fondo Editorial PUCP

asume un esencial rol complementario, tanto en el abastecimiento de insumos necesarios para el desarrollo de los procesos productivos relacionados con la pesca, como en la composición de la dieta alimenticia de la población, para posteriormente asumir el rol principal en el desarrollo económico (Canziani 1989).

Este proceso, en términos generales, presenta diferencias con el que se da en las regiones altoandinas, donde la base productiva de la neolitización está asociada al desarrollo de la ganadería y el pastoreo, a los que se integra una incipiente agricultura, que no excluye por esto la caza ni la recolección. Proceso que en este caso aparentemente no habría implicado en un primer momento el sedentarismo, sino la continuidad del régimen de trashumancia. Sobre la base de este modo de vida se han presentado sugerentes hipótesis acerca del surgimiento previo de la arquitectura pública, que habría operado luego como catalizador de un paulatino proceso de sedentarización, dando paso a la aparición de las formaciones aldeanas (Bonnier y Rozemberg 1988).

En el caso costeño, en el manejo de los recursos marinos, como en el de las plantas cultivadas, se constata la creciente incorporación y desarrollo de nuevos conocimientos e instrumentos de producción. Por lo tanto, en este aspecto debe aplicarse la vieja proposición que sugiere examinar no tanto qué se hace, sino cómo se hace. En este sentido, no basta argumentar sobre la innegable importancia de los recursos marinos (Moseley 1975), cuando existe por ejemplo una radical diferencia entre arponear peces o pescarlos con rudimentarios anzuelos, y capturarlos con redes como las halladas en Huaca Prieta, ya que del manejo de estos nuevos instrumentos se desprenden inferencias acerca de las formas de trabajo comprometidas en estos procesos productivos, la creciente disponibilidad de excedentes, el desarrollo de técnicas de conservación y almacenamiento, al igual que la solución de los requerimientos sociales para la organización de la producción y la administración de los bienes generados.

La domesticación y la creciente incorporación de plantas cultivadas al desarrollo de una incipiente agricultura, la necesaria experimentación referida al manejo de estos recursos y su cultivo, así como el desarrollo inicial de técnicas de riego y manejo de los suelos, debieron también estar asociados al desarrollo de nuevos conocimientos e instrumentos de producción. A este propósito, los tempranos sistemas de depósito de productos agrícolas, como los documentados en Los Gavilanes (Bonavia 1982), o las aparentes funciones de registro astronómico de las plazas circulares hundidas (Lumbreras 1987), nos proporcionan no solo algunos elementos importantes para inferir el desarrollo de estos instrumentos, si no también evidencias de que, en algunos casos, la propia arquitectura pública asume la condición de instrumento de producción.

Del examen de los procesos productivos desarrollados para la explotación de los recursos marinos y la agricultura incipiente, así como de la generación de la base técnica que las haga viables, se infiere un proceso de creciente especialización en el ámbito de la organización social. Esta especialización es evidente también en el desarrollo de las manufacturas y en especial en el destacado arte textil que exhiben vestigios como los recuperados en Huaca Prieta y La Galgada. A su vez, el propio arte textil nos revela complejos cánones estéticos en los que se plasma el desarrollo de iconos correspondientes a seres míticos supranaturales con atributos de aves, serpientes y seres marinos. Por lo tanto, también en este aspecto podemos suponer que el manejo técnico y la elaborada concepción artística debieron estar limitados a un número reducido de personas, más aún si pensamos que estas manifestaciones artísticas tempranas constituyen la expresión de la construcción de complejas tradiciones religiosas, a cuya conducción y oficio debieron acceder solamente los iniciados en el culto.

La propia arquitectura pública no fue ajena al creciente proceso de especialización. Esto se infiere tanto de su especial concepción arquitectónica y de su complejo planeamiento, así como de las particulares características técnicas de su producción, las cuales la diferencian claramente de la arquitectura doméstica, además de requerir de la organización de formas especiales de trabajo para su construcción. De otro lado, si la arquitectura pública se caracteriza por servir de soporte al desarrollo de diversas actividades de carácter especializado y entre estas las de carácter ceremonial, la notable importancia que esta adquiere durante el Precerámico Tardío nos proporciona uno de los mejores indicadores para leer el emergente proceso de especialización social.

Es más, si consideramos que las tradiciones religiosas se manifiestan por medio de los rasgos y estilos de las tradiciones arquitectónicas que se perfilan en esta época (Fung 1988; 1999; Williams 1981; 1985), y que estas tradiciones arquitectónicas no se limitan al ámbito local, sino que interesan amplias regiones, también esta esfera de la actividad social apunta hacia la presencia de gente con ciertos niveles de especialización. La notoria relación de las comunidades con un «espacio exterior» se ve corroborada también por las

Fondo Editorial PUCP

evidencias de un creciente nivel de intercambio y de interrelaciones, manifiesto tanto en el flujo de ciertos recursos, como de otros aspectos culturales, no necesariamente tangibles, que se movilizan con ellos.

La creciente especialización, derivada del manejo de los nuevos instrumentos de producción y de las exigencias de los procesos productivos, habría significado un acelerado proceso de división social del trabajo en el seno de estas comunidades. La participación diferenciada de determinados miembros en la producción habría generado una incipiente diferenciación social dentro de las comunidades, lo que pudo expresarse en determinadas diferencias de estatus y de acceso o posesión de ciertos bienes de prestigio, tal como lo sugieren ciertos enterramientos complejos en La Galgada y Aspero, y la relativa suntuosidad de sus ofrendas. Este proceso de diferenciación social —visto además en la perspectiva del surgimiento de las sociedades complejas que dan paso a la civilización andina— sería sustancialmente distinto a la «estratificación» propuesta para las llamadas *jefaturas* o *cacicazgos*, donde las diferencias de estatus tienen origen en otros aspectos circunstanciales, como en la simple disponibilidad de excedentes. La abundancia de excedentes, en este caso, no representa el elemento causal de esta diferenciación, como tampoco explica la supuesta emergencia de una «autoridad corporativa» y el surgimiento de una arquitectura pública que tempranamente revela rasgos monumentales.

Evidentemente, este es un tema de gran complejidad que no puede ser abordado unilateralmente, a partir del privilegio de uno u otro aspecto. Hemos introducido la problemática del surgimiento de la arquitectura pública, sosteniendo que durante este proceso se verifica una concatenada y estrecha interdependencia entre las innovaciones en las técnicas e instrumentos de producción. Además, de la ampliación en la escala de apropiación de los recursos naturales y la creciente disponibilidad de excedentes; la mejora e incremento en el aprovisionamiento de subsistencias; sus repercusiones en el consecuente crecimiento poblacional; y, por último, en el surgimiento y afirmación de nuevas formas de trabajo y de organización social. A este propósito, se le plantea a las comunidades resolver la administración de los excedentes, cuando se requiere establecer el diferir y regular su consumo. Esto está referido tanto a las comunidades que combinan una economía de extracción de recursos marítimos con una incipiente agricultura, como también a las comunidades en las que la producción agrícola comienza a adquirir un peso creciente.

Es conocido que el manejo de los recursos agrícolas por parte de una comunidad requiere de medidas que permitan regular el consumo de los excedentes entre una cosecha y otra, además de reservar una parte de estos para asegurar la simiente para un nuevo ciclo de cultivo. Esto implica establecer normas socialmente aceptadas y sancionadas, mediante la generación de mecanismos ideológicos e institucionales que remueven los viejos cimientos en los cuales se fundaban las relaciones sociales preexistentes. Este es el caso de las formas de propiedad, especialmente cuando las comunidades agrícolas establecen con el territorio una relación definida y excluyente sobre los medios e instrumentos de producción (Staino y Canziani 1984). Estos aspectos incidirán en la forma de organización de las comunidades, como en el incipiente proceso de diferenciación social que se procesa en su interior (Lumbreras 1987; 1994).

Finalmente, queremos señalar un aspecto relevante que puede tener algunas connotaciones con relación a la actual problemática del desarrollo y a la imposición de determinados modelos globales. En la prehistoria europea, o del Viejo Mundo en general, se planteó como uno de los paradigmas de la neolitización el desarrollo de la manufactura de cerámica, mas aún tratándose del surgimiento de sociedades complejas. La experiencia de los Andes centrales constituye un caso inédito universal, donde se demuestra que las sociedades precerámicas no solo generaron formas complejas de organización social, si no que además desarrollaron tempranas formas de urbanismo con una extraordinaria arquitectura monumental.

De otro lado, las notables desigualdades que se aprecian en el proceso de neolitización, especialmente con la aparente perpetuación de los viejos modos de vida en muchas regiones de la costa sur y sierra sur de los Andes centrales, permiten contrastar —por negación— las hipótesis planteadas y sus implicancias. En el caso de la costa sur, por ejemplo, no obstante la extraordinaria abundancia de los recursos marítimos, esta región presenta un proceso de neolitización algo marginal, que se explicaría a partir de una aparente ausencia de agricultura, o por el desarrollo de una limitada horticultura, mientras se mantendría el énfasis en una economía mayormente recolectora.

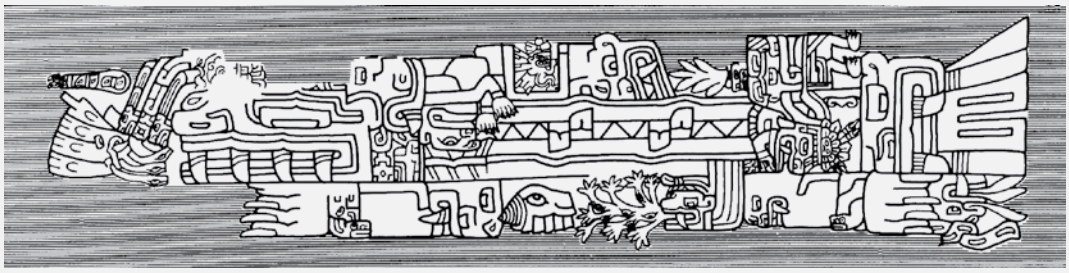
La escasa relevancia de la arquitectura pública, y en especial la inexistencia de aquella de carácter monumental en estas regiones, es a nuestro criterio muy significativa, ya que permite correlacionar

Fondo Editorial PUCP

su surgimiento —como expresión embrionaria del devenir del fenómeno urbano— con la intensidad y el nivel de desarrollo alcanzado históricamente en el proceso de neolitización.

Allí, donde se afirmó la neolitización con la aparición de sociedades complejas, se dio inicio a las transformaciones agrícolas que condujeron a modificar sustancialmente el paisaje territorial, y a desarrollar patrones de asentamiento donde el rol del fenómeno urbano será cada vez más significativo. Por esta razón, seran las regiones nor central y norte de los Andes centrales —donde el proceso de neolitización fue más intenso y acelerado— las que históricamente expresarán un desarrollo sostenido en esta dirección y las que durante el posterior período Formativo serán el escenario privilegiado de un proceso civilizatorio, donde el urbanismo tendrá desarrollos emblemáticos con los extraordinarios centros ceremoniales que caracterizarán a esta época.

Fondo Editorial PUCP



4

EL URBANISMO TEMPRANO

Fondo Editorial PUCP

4
EL URBANISMO TEMPRANO: los templos y centros ceremoniales del Formativo y las modificaciones iniciales del territorio

Fondo Editorial PUCP

Al abordar esta época, que aproximadamente va del 1800 al 500 a.C., hemos preferido utilizar el término Formativo, asumiendo la interpretación que de él hace Lumbreras, aun cuando son reconocibles ciertas indefiniciones en su manejo y el propio término ha sido objeto de discusión (Lumbreras 1969; 1981). Sin embargo, es preciso señalar que otros investigadores han optado por dividir el período en dos fases: el Período Inicial, entendido fundamentalmente como el referido al tiempo que va desde la introducción de la cerámica al inicio de la influencia Chavín y el Horizonte Temprano, que de acuerdo a la definición de Rowe (1962) y Lanning (1967), corresponde al tiempo en que se manifiesta la difusión de los rasgos estilísticos asociados al apogeo del fenómeno Chavín (Bischof 1996).

Con seguridad el aspecto más sobresaliente de este período lo constituye el surgimiento y difusión de una arquitectura de carácter monumental en la mayoría de los valles y cuencas de las regiones, tanto costeras como altoandinas, del norte y centro del Perú. Sin embargo, este fenómeno también se proyecta a los valles de la costa sur central. Estos impresionantes templos se presentan conformando extensos complejos ceremoniales de gran envergadura y alto nivel de planeamiento. Pero es evidente también que este fenómeno no se presenta aislado, ya que se encuentra estrechamente asociado a la consistente presencia de asentamientos aldeanos que registran un considerable incremento en su número y extensión, así como cambios sustanciales en su forma de organización espacial.

A su vez, como consecuencia de la afirmación de lo que se ha definido como *Revolución Neolítica*,[1] existen claras evidencias que señalan el inicio de uno de los procesos más trascendentes que implicarán la paulatina modificación del paisaje natural. Nos referimos a la transformación de las características naturales de los valles para generar en ellos *zonas de producción*,[2] las cuales llevarían a la conformación de los valles agrícolas. Los instrumentos fundamentales para el desarrollo de estas transformaciones territoriales, más evidente en el caso de los valles costeros, están relacionados con la generación y despliegue de tecnologías de irrigación artificial. Este proceso está bastante bien documentado con el desarrollo de tempranos sistemas de canalización y riego, tal como se observa o infiere en los casos de Cumbemayo en la cuenca de Cajamarca, los valles de Jequetepeque (Eling 1987), Moche (Billman 1999), Virú (Willey 1953), Santa (Wilson 1988) y Chincha (Canziani 1992a; Canziani y Del Águila 1994). Este proceso comprende la modificación de los suelos del piso de los valles o la habilitación de aquellos que se ubican en algunas de sus quebradas laterales, generando tierras agrícolas que son progresivamente incorporadas a la producción.

---

[1] Se entiende por *Revolución Neolítica* al proceso combinado en el que se transita hacia el desarrollo inicial de una economía en la que prima la capacidad social de reproducir las plantas y animales, asegurando las subsistencias sin depender de la provisión natural de recursos. En este proceso convergen de forma interdependiente la domesticación de plantas y animales, su adaptación a climas y suelos distintos de los originarios; la generación de los correspondientes instrumentos y medios de producción; además de la afirmación de nuevas relaciones sociales de producción. En términos territoriales, este proceso comporta sustanciales modificaciones en el paisaje natural (Childe 1982; Lumbreras 1987).

[2] Mayer 2002: capítulo 8, 239-277.

Este fenómeno está asociado a un nuevo panorama en la distribución y localización de los sitios de ocupación. En algunos casos, como es el de Virú, se aprecia que la gran mayoría de los asentamientos (70%) se concentra en el cuello del valle, dándonos a entender que el grueso de la población del valle depende y está comprometida con la producción agrícola, concentrándose en la zona que ofrece las mejores condiciones hídricas y topográficas para establecer un sistema de irrigación con una tecnología relativamente simple (Willey 1953). En otros casos bastante diferentes, como es el de Chincha, se aprecia una alta concentración de los asentamientos en la parte baja del valle, aunque también una concentración algo menor se da en la parte media alta del mismo, donde se han registrado testimonios de los primeros canales de irrigación en este valle (Canziani 1992a). En todo caso, de estas evidencias que registran el aumento del número de sitios en los distintos valles, se puede inferir un notable incremento poblacional, que como sostenía Childe (1982), es uno de los mejores indicadores objetivos del progreso social, en este caso asociado a la exitosa afirmación de la nueva economía agrícola.

Aparentemente este proceso sería —en términos arqueológicos— relativamente rápido y, por lo tanto, negaría que se hubiera producido un tránsito lento y gradual hacia la economía agrícola, lo que se hubiera reflejado en una progresiva dispersión de los asentamientos aldeanos, ocupando el territorio de los valles desde la orilla del litoral hasta alcanzar la parte media y alta de

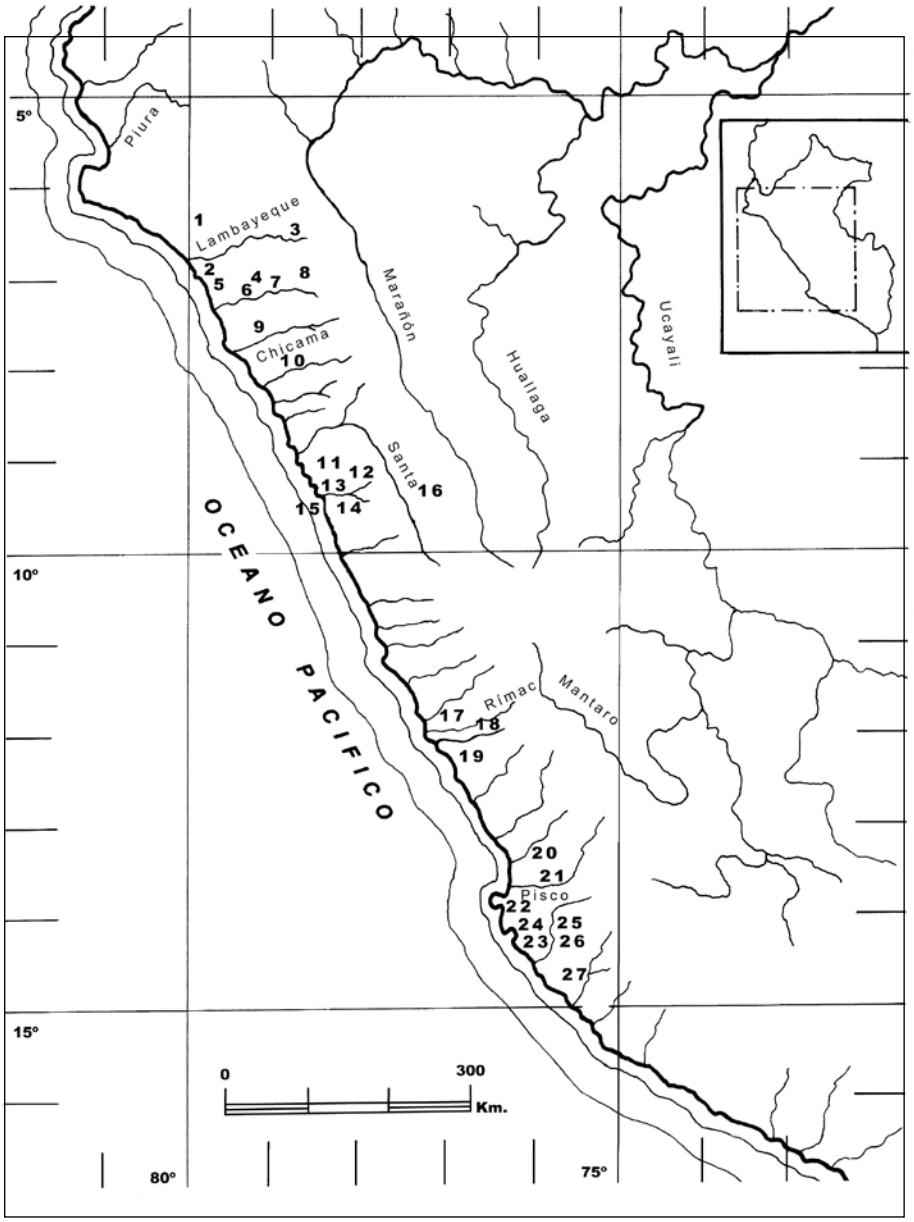


Fig. 84 – Mapa de ubicación de los principales sitios del período Formativo:
1 Huaca Lucía
2 Morro Eten
3 Pacopampa
4 Udima
5 Purulén
6 Montegrande
7 Kunturwasi
8 Huacaloma
9 Cupisnique
10 Caballo Muerto
11 Punkurí
12 Cerro Blanco
13 Sechín Alto, Cerro Sechín
14 Moxeke
15 Las Aldas
16 Chavín de Huántar
17 Garagay
18 La Florida
19 Cardal
20 Santa Rosa, Soto, Partida
21 Chongos
22 Paracas
23 Carhua
24 Chuchio
25 Cerrillos
26 Animas Altas
27 Jauranga

estos.[3] Más bien, las evidencias apuntan en casos como el de Virú, hacia un desarrollo en el cual en un determinado momento es notorio que el grueso de la población aparece asentada en aldeas agrícolas, que se concentran en las partes medias y altas de los valles. Aun en casos como el de Chincha, donde los cambios aparentemente no fueron tan radicales, se hace evidente que asistimos a la afirmación de nuevos patrones de asentamiento, donde además de los sitios aldeanos —muchas veces difíciles de localizar o poco estudiados— sobresalen las monumentales construcciones piramidales que atestiguan la generosa inversión de los excedentes productivos asegurados por la nueva economía agrícola en este tipo de obras públicas.

Paralelamente, estos cambios sustantivos en los patrones de asentamiento vienen aparejados con una serie de importantes avances tecnológicos, como aquellos relacionados con el manejo de los recursos agrícolas, la cerámica, el arte textil, la metalurgia y el desarrollo de las técnicas constructivas. La afirmación y propagación de este novedoso e importante equipamiento técnico revela, en toda su amplitud, el ejercicio de un creciente dominio sobre la naturaleza por parte de las poblaciones de las regiones involucradas, en mayor o menor grado, en este proceso.

Los avances registrados en el proceso de domesticación, con la extensión de los cultivos ya conocidos durante el Precerámico Tardío, la incorporación adicional de nuevos cultígenos y especialmente las evidencias de la difusión y adaptación de estos a distintos pisos ecológicos, dan una idea aproximada de la intensa propagación de recursos y conocimientos que se da entre distintas regiones durante esta época (Lumbreras 1981: 133-152). Dentro de este mismo proceso, los camélidos como la llama, cuyo aparente centro de domesticación se ubicaría entre la sierra central y sur, comienzan a ser introducidos en la sierra norte, donde no habría mayores antecedentes acerca de su presencia,[4] y desde donde son aparentemente trasladados y adaptados a la vida en los territorios de las regiones costeras, es decir, a un hábitat radicalmente distinto del originario.

En cuanto se refiere a las manufacturas, la introducción de la cerámica (c. 1800 a.C.) marca el inicio del período Formativo y es utilizada por consenso como un indicador fundamental en este sentido.[5] La cerámica representa una importante innovación en cuanto se refiere a los patrones alimenticios, de almacenamiento e inclusive en los funerarios (Lanning 1967: 80). Efectivamente, la cerámica modifica y mejora sustancialmente los procesos de preparación de alimentos e inclusive de bebidas como la chicha, permitiendo además su empleo como vajilla para el consumo de estos; puede ser utilizada para almacenar agua u otros líquidos, granos o alimentos procesados para su conservación. Además de sus obvias repercusiones en la salubridad y mejora alimenticia, que debieron redundar en la calidad de vida y el crecimiento poblacional, debió tener también importantes implicancias en los patrones de asentamiento. Este es el caso de la localización de sitios que, por determinadas circunstancias o por los requerimientos del manejo de ciertos recursos, debieran establecerse relativamente lejanos de fuentes de agua, ya sea dentro de los valles o inclusive a decenas de kilómetros de estos, en zonas absolutamente desérticas,[6] ya que gracias a la cerámica dispusieron de facilidades para almacenar y transportar hasta allí los recursos vitales para la subsistencia de sus ocupantes y el desarrollo de sus diversas actividades, para lo cual la creciente disponibilidad de la llama como animal de carga debió ser un factor nada despreciable.[7]

Fondo Editorial PUCP

[3] Moseley (1975: 119) sostiene, por ejemplo, que la agricultura de irrigación sería una respuesta dada por parte de una «autoridad corporativa» a sus nuevos requerimientos de poder que le habrían sido negados por la economía marítima. Williams (1981: 375-380, fig. 1.4) por su parte, aplica una tesis en la que el crecimiento vegetativo de la población generaría la progresiva subdivisión de las aldeas localizadas en el litoral, produciéndose así un fenómeno en cadena que conduciría a la paulatina ocupación del territorio de los valles, desde las zonas próximas al mar hacia el interior de los mismos.

[4] Ver al respecto los cambios verificados en Cajamarca con relación a los patrones de subsistencia entre el período Huacaloma —alta incidencia de la caza de venados— y el período Layzón —creciente importancia de las llamas— (Shimada 1985: fig. 1).

[5] Como ya señaláramos en el primer capítulo, la arqueología peruana estableció para los Andes centrales la introducción de la cerámica alrededor del 1800 a.C. Sin embargo, recientes investigaciones presentadas en el VI Simposio Internacional de Arqueología PUCP (2008), están fechando consistentemente este evento alrededor del 1600 a.C., por lo que algunos sitios tradicionalmente asignados al Período Inicial remontarían sus fases más tempranas al Precerámico.

[6] Como lo atestiguan casos como el de Las Aldas, a unos veinte kilómetros al sur del valle de Casma; posiblemente Ancón, a unos diez kilómetros al norte del valle de Chillón; El Chuchio y Carhua, a decenas de kilómetros de Paracas o del valle de Ica, entre otros.

[7] Una importante evidencia a este propósito, y para tiempos aun más tempranos, la proporciona el sitio precerámico de Los Gavilanes (véase capítulo 3), donde se documentó el empleo de hatos de llamas para el transporte de las cosechas de maíz a los depósitos localizados en los márgenes desérticos del valle de Huarmey (Bonavia 1982).

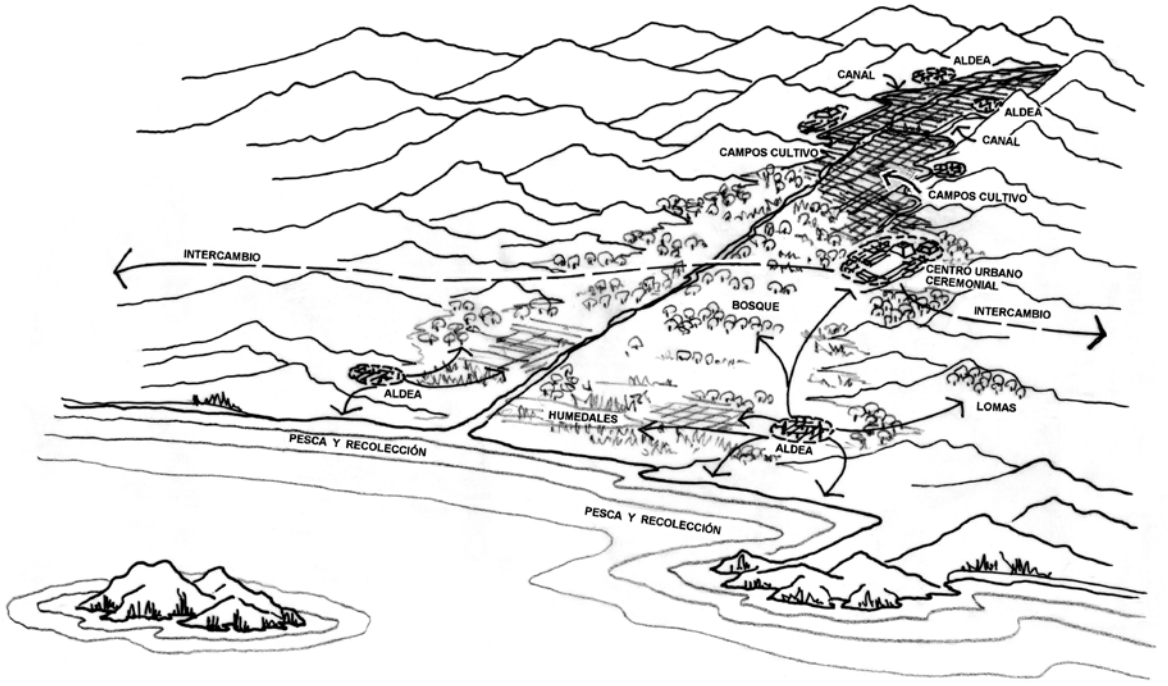


Fig. 85 – Valle hipotético con el inicio de la transformación agrícola mediante el desarrollo de sistemas de irrigación en el cuello del valle (Canziani).

Fondo Editorial

A su vez, la cerámica, más allá de los requerimientos funcionales que dan lugar al desarrollo de una amplia gama de formas, representará en los Andes centrales un medio extraordinario para la expresión artística, constituyendo con los textiles el soporte privilegiado para la representación estilizada de elementos de la naturaleza y, especialmente, de los dioses y seres mitológicos sobrenaturales que poblaban el universo ritual y religioso de estas sociedades. Esta vajilla fina, que manifiesta una gran variedad de estilos decorativos, aparentemente será de uso reservado para los grupos sociales de cierto estatus o estará relacionada con actividades rituales, encontrándose asociada recurrentemente a ofrendas o en calidad de ajuar funerario.

Algo similar acontece con los textiles, donde la innovación representada por la introducción del telar se impone, permitiendo no solamente una intensificación de la producción, sino también desplegar nuevas tecnologías y recursos estéticos. En cuanto a la metalurgia, prácticamente desconocida durante el Precerámico, también presenta importantes avances con la presencia de pequeños utensilios o adornos de cobre y la aparición de extraordinarios ornamentos de oro, mayormente trabajados con la técnica del laminado y repujado, como son los hallados en Chongoyape, Lambayeque (Lechtman *et al.* 1976) y recientemente en Kunturwasi, Cajamarca (Kato 1994), donde formaban parte de un extraordinario ajuar funerario de personajes sepultados en las tumbas halladas en este templo.

Aun cuando examinaremos este aspecto al tratar los monumentos arquitectónicos más representativos, es importante señalar aquí las innovaciones en el campo de la tecnología de la construcción, ya que tanto en el manejo de la piedra como en el del barro —los materiales mayormente empleados en las construcciones del mundo andino— se registran importantes avances. En las edificaciones de piedra se aprecia entre los materiales constructivos la presencia de piedras canteadas y labradas, lo que indica que determinadas canteras fueron seleccionadas por el tipo y calidad de sus materiales —aunque algunas de estas se encontraran relativamente lejanas de las obras de construcción—, para extraer desde allí bloques de grandes dimensiones y notable peso. También se trabajaron bloques aplicando decoración escultórica en relieve en sus caras, cuando estos se destinaban al acabado de los paramentos de los templos, bajo la forma de estelas, zócalos o cornisas; así como también en ciertos elementos arquitectónicos que componían portadas monumentales, tales como columnas, pilares y dinteles, o en otros componentes que constituían hitos o

rasgos relevantes de la arquitectura ceremonial, con el tratamiento de formas escultóricas tridimensionales, como las *huancas*, los obeliscos, las cabezas clavas, o esculturas sobrecogedoras como el célebre Lanzón de Chavín, enclavado en el núcleo central de las galerías subterráneas del Templo Viejo.

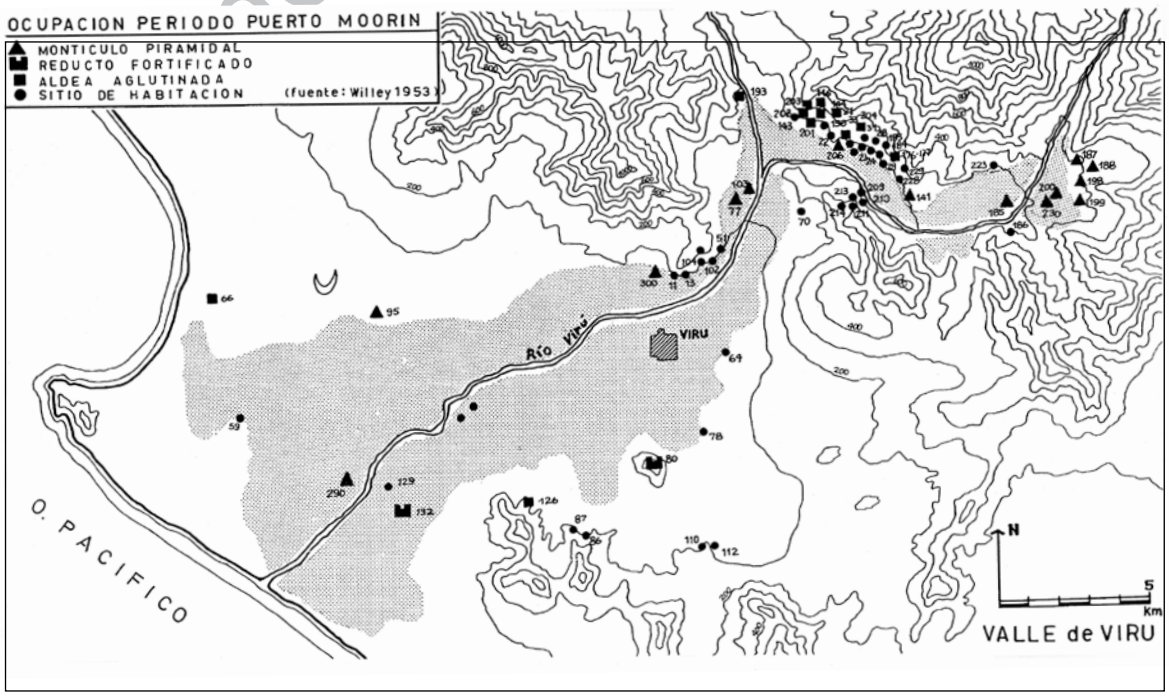
Si bien, como se verá, el manejo de la piedra no es ajeno a la arquitectura monumental costeña, evidentemente el barro tuvo desde esta época un papel privilegiado en las edificaciones de carácter público de estas regiones. Efectivamente, la incorporación del barro en cuanto material constructivo se presenta dando forma inicial a distintos tipos de adobes. A su vez, estos tipos de adobes se disponían en diversas formas de aparejo, para resolver tanto el relleno de los colosales volúmenes masivos de las plataformas de los montículos piramidales, la construcción de los muros de contención de las plataformas o los muros portantes de las edificaciones, e inclusive para conformar extraordinarias columnas y pilares. Pero el barro también fue utilizado magistralmente para modelar frisos, relieves figurativos o para dar vida a sorprendentes representaciones escultóricas con imágenes de bulto, tales como las descubiertas por el doctor Julio C. Tello (1956) en los templos de Moxeke, Cerro Blanco y Punkurí en los valles de Casma y Nepeña.

Además de las sobresalientes técnicas constructivas que se despliegan para erigir las edificaciones monumentales, las propias características funcionales y formales hablan claramente de un proceso de especialización que debió involucrar también a quienes se desempeñaban como arquitectos y planificadores de estas imponentes obras públicas, además de aquellos operarios y artistas especializados en el desempeño de una serie de oficios y artes comprometidas con los distintos rubros de la construcción, el acabado y la decoración de este tipo de edificaciones.

En resumen, el período Formativo representa una época en la que se inicia un intenso proceso de especialización productiva, que concierne fundamentalmente la solución de una serie de retos planteados simultáneamente por la afirmación de la nueva economía agrícola y los nuevos requerimientos sociales. En el consecuente proceso de división social del trabajo, se sustenta una emergente diferenciación social que tiene como protagonistas a aquellos especialistas que resuelven los aspectos críticos para la reproducción del sistema económico y social, como la conducción del desarrollo, el mantenimiento y la administración de los sistemas de irrigación; la planificación y construcción de las obras públicas; la convocatoria y organización de la fuerza de trabajo participante en la ejecución de estas; la calendarización de las actividades agrícolas y el desarrollo de las actividades rituales que aseguraban el sustento ideológico del sistema en sí y, especialmente, de las relaciones de reciprocidad asimétrica que se sustentaban en la autoridad y el ejercicio del poder por parte

Fondo Editorial PUCP

Fig. 86 – Mapa de distribución de sitios del Formativo superior en el valle de Virú (redibujado de Willey 1953 en Canziani 1989).



de este sector social que asumiría un dominio de tipo teocrático (Lumbreras 1987; 1994). Si además de estos argumentos se aprecia el proceso en la perspectiva de su futura evolución, con la indudable presencia de los estados teocráticos que dominarán la escena de la posterior época de los Desarrollos Regionales Tempranos, es factible suponer que ya durante el Formativo se produjera la aparición de formaciones sociales de un incipiente carácter estatal.

Los estudios sobre los distintos procesos civilizatorios en el mundo plantean, coincidentemente, la manifiesta concentración de los sectores sociales crecientemente comprometidos con la especialización productiva en una nueva clase de asentamientos: los centros urbanos.[8] Los distintos tipos de centros urbanos, que surgen como expresión de estos diferentes procesos, en términos generales, manifiestan sus cualidades urbanas con la concentración inusitada y magnífica de arquitectura pública, que corresponde y está íntimamente asociada con las actividades especializadas desarrolladas en este tipo de edificaciones. De otro lado, no es ajeno a este fenómeno el relativo peso de la gravitación poblacional, ni la densidad o extensión física alcanzada por los tempranos centros urbanos que ejercerán la progresiva atracción de otros sectores sociales involucrados en la producción especializada o en proporcionar los diferentes servicios que la propia entidad urbana requiere para su funcionamiento. De esto último se desprende también la creciente concentración de estructuras domésticas que conforman, inclusive, barrios o determinados sectores urbanos, si bien estos gravitan en torno al núcleo central constituido por las edificaciones públicas.

El área de los Andes centrales, en el marco de sus propias particularidades y especificidades, no fue ajena a esta ley general del desarrollo histórico. Sin embargo, al igual que en los demás casos señalados como centros originarios de procesos civilizatorios, es preciso advertir que el proceso que dio lugar a la formación de entidades de carácter estatal no debió de tener un curso de evolución lineal, de constante avance gradual y ascendente, ya que debieron de manifestarse distintos ensayos de diferente tipo y grado, ajustándose a las particulares condiciones locales y desarrollándose de acuerdo al bagaje histórico de cada región.

Por lo tanto, si examinamos la evidencia empírica recopilada para el período Formativo, asumiendo la existencia de una relación dialéctica de correspondencia recíproca entre las formaciones sociales de carácter estatal y el urbanismo, es evidente que el proceso que conducirá al surgimiento de las entidades de carácter estatal deberá presentar como correlato el desencadenamiento y desarrollo del fenómeno urbano. En este sentido, nos proponemos abordar en las secciones siguientes los testimonios y la problemática documentados en cada región o en las denominadas áreas de integración,[9] para establecer así una aproximación al surgimiento del fenómeno urbano que muestre en esta transición la diversidad de situaciones, sus características particulares y aparentes niveles de desarrollo. Para este propósito, presentaremos de manera resumida los casos más relevantes y los aspectos más destacados sobre esta problemática en las distintas regiones, procediendo en un recorrido de norte a sur.

La costa y sierra norte

En la región norte del Perú, la amplitud de los valles costeños y la mayor abundancia del recurso agua debieron favorecer notablemente la afirmación de la agricultura. De otro lado, la relativa accesibilidad desde y hacia los valles interandinos de la zona de Cajamarca, debió de facilitar una fluida relación transversal que habría incluido las regiones orientales del curso

Fondo Editorial PUCP

[8] Ver a este propósito Childe (1982), Frankfort (1951), Manzanilla (1986) y Redman (1990) para los casos de Egipto y Sumer; Piggot (1966) para el valle del Indo; Vaillant (1980), Blanton *et al.* (1997) para Mesoamérica; y, Lumbreras (1981) para los Andes centrales.

[9] Examinando las características procesales que en los Andes centrales asume el tránsito de la forma de vida neolítica a la formación urbana y el Estado, Lumbreras (1981: 169-196) propone la existencia de áreas o zonas de integración. Una probable zona de integración comprendería la costa y sierra norte, en la cual interactuarían transversalmente Cupisnique y Pacopampa/Cajamarca, recibiendo influencias tanto de la región del Guayas (Ecuador) por el curso del Marañón, como desde Chavín y Casma desde el sur. Una zona de integración central relacionaría la vertiente oriental de los Andes (Kotosh-Mito), la costa nor central (Casma y Nepeña) y central (Ancón y Lima), teniendo como eje a Chavín. Mucho más al sur, una zona meridional de integración comprometería la región circumlacustre del Titicaca. Dentro de este esquema podría plantearse la existencia de una zona de integración surcentral, en torno a Paracas y su relación con la serranía de Ayacucho y el Mantaro, que habría jugado un papel articulador entre la zona central y meridional (véase fig. 87).

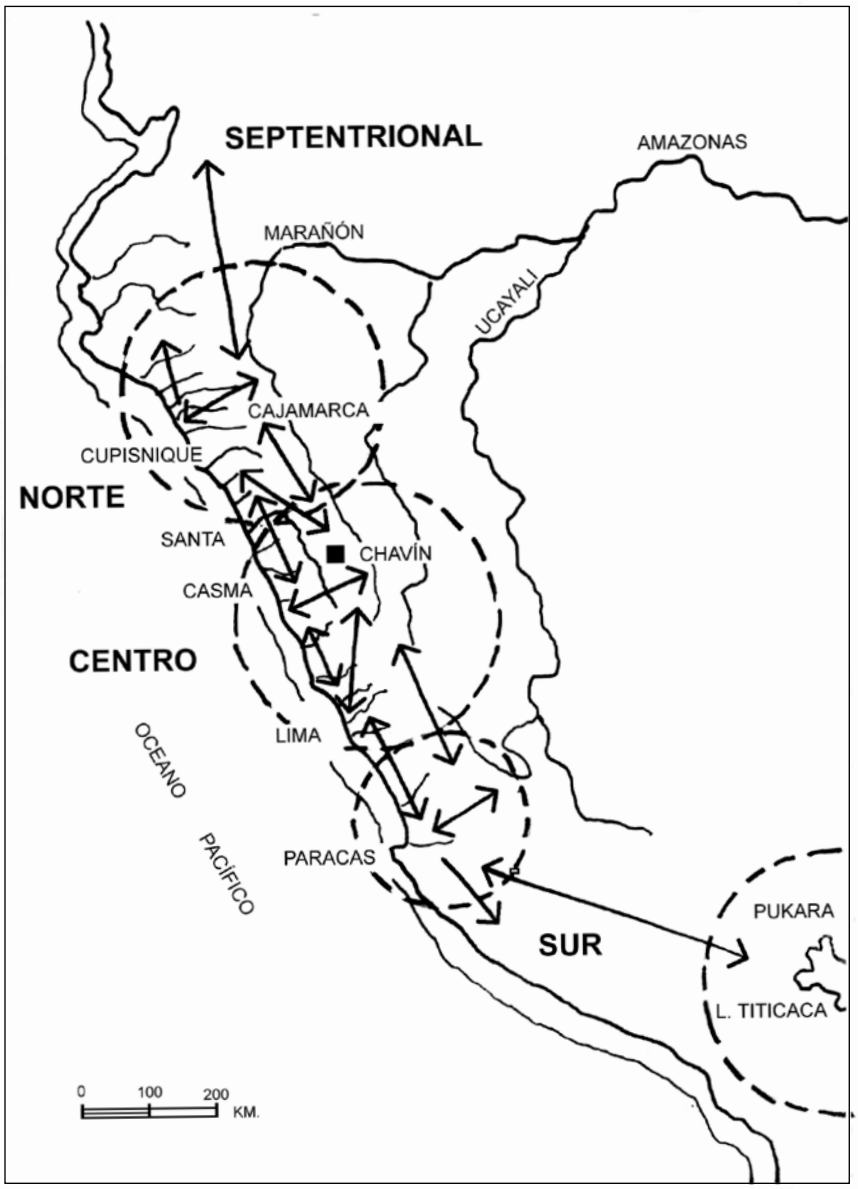


Fig. 87 – Mapa de los Andes centrales con las posibles zonas de integración del norte, centro y sur (redibujado sobre la base de Lumbreras 1981: 182).

Fond

superior del río Marañón. No es pues casual que los patrones arquitectónicos de los monumentos reseñados a continuación revelen una estrecha relación entre la costa y sierra norteñas, como también fuertes influencias de lo que acontece más al sur entre Chavín y la costa nor central.

Los valles de Lambayeque

Entre los sitios con arquitectura monumental estudiados en la región de Lambayeque, sobresalen Huaca Lucía, Purulén y Montegrande en el valle de Jequetepeque, en el límite sur de la región.

El sitio de Huaca Lucía se localiza en el valle del río La Leche, a unos cincuenta kilómetros del mar y en un medio correspondiente al bosque seco tropical, en el complejo de Batán Grande. Las excavaciones en el sector norte de uno de los tres montículos que comprende el sitio han dado a conocer un importante centro ceremonial del Formativo, con arquitectura monumental que presenta una especial técnica constructiva (Shimada *et al.* 1982: 109-210). Si bien las excavaciones estuvieron restringidas a lo que aparentemente correspondía al atrio de un templo, se ha podido estimar las dimensiones del edificio, que habría tenido una planta de 240 por 170 metros y de 5 a 8 metros de alto, con un volumen conformado por al menos dos plataformas escalonadas que presentaban las características esquinas redondeadas.

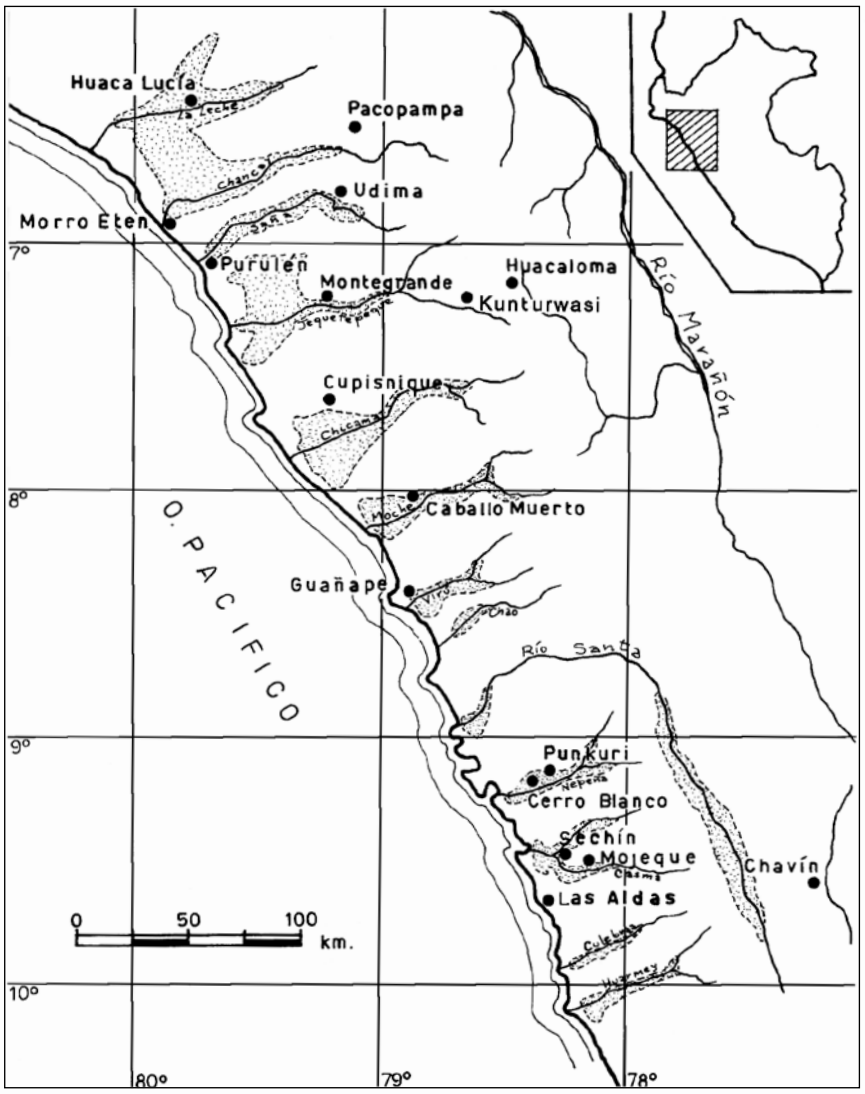


Fig. 88 – Mapa de ubicación de los principales sitios formativos de la costa y sierra norte (redibujado de Canziani 1989).

El atrio, orientado en dirección norte-noreste, exhibía una gran escalinata empotrada de 16 metros de ancho con 23 escalones, que ascendía 5 metros hasta alcanzar el nivel de la plataforma superior, donde se accedía a una estructura —el atrio propiamente dicho— con planta en «U» abierta hacia el norte y con un vano de acceso en el lado sur, flanqueado por banquetas que se ubicaban simétricamente a ambos lados de unas mochetas que demarcaban el umbral del vano. Dentro de este recinto se encontraba una impresionante columnata formada por una serie ordenada de 24 columnas. Estas columnas, que tenían 1,20 metros de diámetro, estaban sorprendentemente elaboradas con discos de los mismos adobes cónicos utilizados para construir los muros, disponiendo en este caso los adobes con el vértice hacia el centro de la columna y sus bases hacia la superficie del fuste, que mostraba un fino enlucido y rastros de pintura rojiza. Se estima que estas columnas alcanzaron una altura entre los 3,50 y 4 metros, mostrando en la sección superior una suerte de capitel cuadrangular, que presentaba una acanaladura que estuvo destinada a recibir las vigas que constituían la estructura del techo.

Se observó también una serie de evidencias que señalaban que la edificación estuvo sujeta a una serie de remodelaciones, las que implicaron el enterramiento sucesivo de sus plataformas mediante el relleno con arena fina y la aplicación de sellos con capas de arcilla (ibid: 133-137). El hecho de que este sector del montículo hubiera sido objeto de serios daños por el movimiento de maquinaria pesada, que quizá haya destruido valiosa información, impidió a los investigadores percibir si estos enterramientos estaban asociados con una secuencia de remodelaciones de las edificaciones ubicadas sobre el nivel de la plataforma superior, como es el caso de la estructura del atrio.

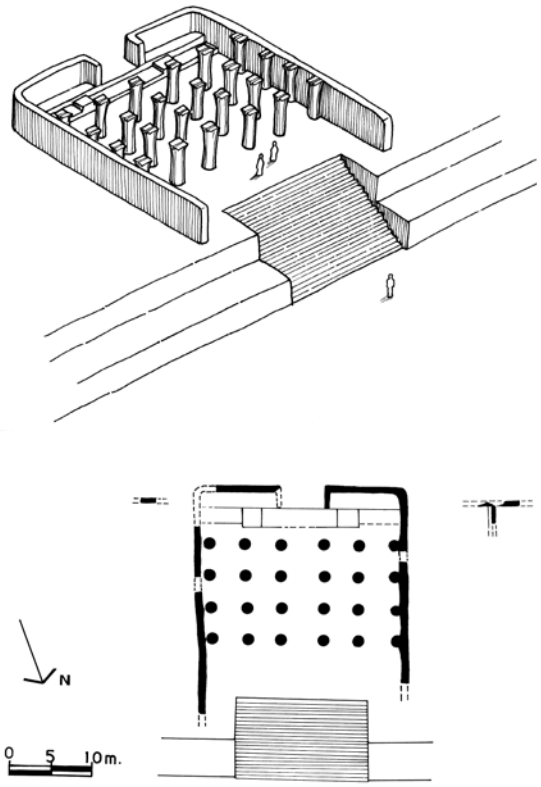


Fig. 89 a y b – Huaca Lucía. Reconstrucción hipotética (Canziani 1989) y planta del atrio (redibujado de Shimada *et al.* 1982).

El complejo de Purulén se localiza en el bajo Zaña, a escasos kilómetros del litoral y está compuesto por quince montículos que presentan una orientación y configuración similar entre sí. Sus volúmenes se desarrollan sobre la base de una o dos plataformas de planta rectangular, con escalinatas empotradas alineadas con el eje principal de los montículos, frente a los cuales, por lo general, se desarrolla un patio o plaza hundida. El montículo, excavado por Alva (1985; 1988), presentaba sobre una doble plataforma escalonada una plataforma superior con esquinas redondeadas, frente a la cual se ubicaba un patio hundido. Este esquema replica sobre la plataforma principal la configuración típica del planeamiento de los montículos que —como también se aprecia en este caso— se enfrentan con plazas hundidas, dentro de un planeamiento de marcado desarrollo axial. La plataforma superior presentaba en el mismo eje una segunda escalinata y una cámara subterránea con hornacinas en sus paramentos.

Se reporta también para el sitio la presencia de una gran cantidad de estructuras de vivienda, construidas con materiales perecederos en los alrededores de los montículos y que contaban con depósitos subterráneos revestidos de barro. Este dato es relevante para el examen de la dinámica poblacional y el modo de vida de los sectores sociales que se concentran en torno a la arquitectura monumental.

Más al sur, en el valle medio del río Jequetepeque y en la zona entre Montegrande y Tembladera, a más de 50 kilómetros del litoral y a unos 400 m.s.n.m., se han dado a conocer una serie de sitios con estructuras de tipo público correspondientes al período Formativo y que se localizan en terrazas aluviales y en quebradas laterales al valle (Ravines 1982; Tellenbach 1986). Se trata de edificaciones constituidas por plataformas bajas que generalmente presentan frente a ellas una suerte de vestíbulo o plaza hundida, que en algunos casos es flanqueada por plataformas laterales, configurando la reiteración de un planeamiento en forma de «U». Las plataformas tienen una planta rectangular y presentan escalinatas empotradas dispuestas en el eje de las mismas. Sobre las plataformas existen evidencias de muros formando recintos abiertos por un lado, en forma de «U». Huellas de postes en las plataformas y en los vestíbulos indicarían que en ciertas zonas de los edificios existían estructuras que estaban techadas.

Aparentemente, estos sitios estuvieron asociados al desarrollo de un manejo agrícola con sistemas de riego, y existen indicios que concentraban cierta cantidad de población que se alojaba en estructuras hechas con postes, quincha y otros materiales perecederos, apreciándose tan solo los restos de sus cimientos y los fogones ubicados al centro de las viviendas (Ravines 1985: 145).

Montegrande, uno de los principales sitios formativos del valle de Jequetepeque, afectado por el impacto de la construcción de la represa de Gallito Ciego a inicios de los años ochenta, fue objeto de excavaciones intensivas conducidas por

Fig. 90 – Huaca Lucía. Columnas elaboradas con adobes cónicos (Shimada *et al.* 1982). En primer plano, al centro, la sección de un disco muestra la singular disposición radial de los adobes cónicos; a la derecha segmentos de dos capiteles caídos.



Fondo Editorial PUCP

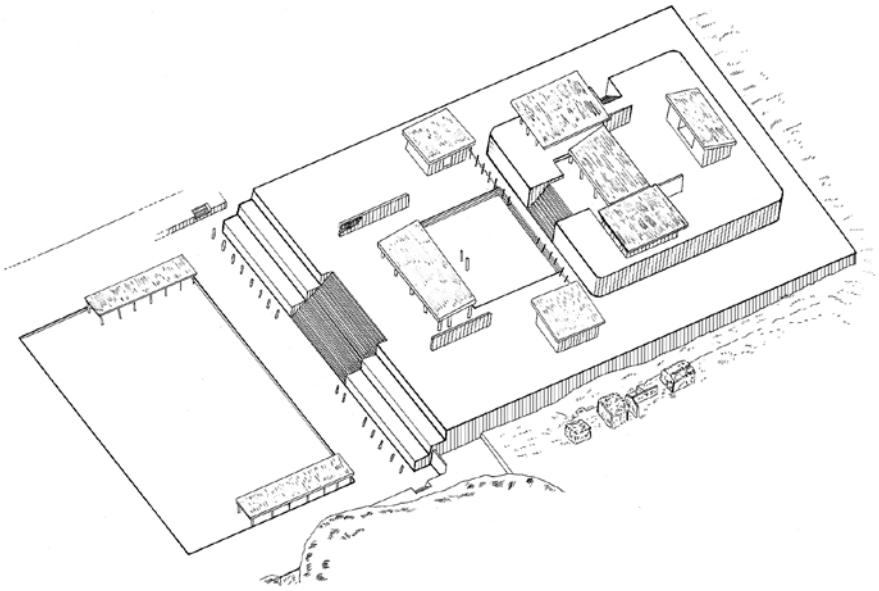


Fig. 91 – Purulén. Reconstrucción isométrica de uno de los templos principales (redibujado de Alva 1988).

Tellenbach (1986). El sitio, localizado a unos 52 kilómetros del mar, en las laderas de una quebrada lateral de la margen derecha del valle medio, se asentó a un kilómetro de los campos de cultivo, en un terreno eriazo de pendiente pronunciada.

Las excavaciones arqueológicas desarrolladas en área expusieron la presencia de tres plataformas principales de planta rectangular, cuyo eje mayor se desarrolla en sentido transversal a la pendiente y con sus frontis principales orientados hacia el sur, es decir, mirando hacia el valle. Las plataformas, que presentan las esquinas redondeadas, se enfrentan a pequeñas plazas hundidas o a explanadas desarrolladas sobre terrazamientos. Cabe resaltar que en el caso del frente norte de la Huaca Grande, se documentó la presencia de hornacinas, distribuidas simétricamente a ambos lados de la escalinata central.

Compartiendo los cánones arquitectónicos de la arquitectura monumental del período en la región, estas plataformas presentan en el eje central de sus fachadas sendas escalinatas empotradas, que tienen la particularidad de presentar una planta trapezoidal que se ensancha conforme ingresan en el cuerpo de las plataformas. Sobre las plataformas, y dispuestos con simetría, se construyeron recintos con las esquinas redondeadas que estuvieron aparentemente techados.

Las plataformas y las edificaciones sobre estas no fueron elaboradas con adobes cónicos sino con piedras y mortero de barro, siendo los rellenos de las plataformas de cascajo, piedras y tierra. Esta diferencia podría tener una explicación tanto en una opción cultural local, como en la relativa distancia de los suelos donde se podría disponer de barro para elaborar adobes.

En todo caso, es de resaltar la notable participación de materiales orgánicos en la construcción de otras estructuras menores que se emplazan con relativo orden en los alrededores de las plataformas y a los lados de las plazas y explanadas. Nos referimos a un serie de recintos de planta cuadrangular o rectangular, aparentemente techados, que se caracterizan debido a que la mayoría des sus muros están constituidos por hileras de postes de madera alineados. Si bien de los postes solo se ha conservado sus improntas en los pisos y en los cimientos de los muros, se puede suponer que fueron hechos de troncos de algarrobo, una especie relativamente abundante en esta zona ecológica. Otros componentes constructivos de estas estructuras menores fueron resueltos con tramas de quincha de carrizo y enlucidos de barro.

Tellenbach (1986) denomina de forma genérica a estas estructuras menores como «casas», un término con evidentes implicancias habitacionales o domésticas, y que podría sugerir una connotación aldeana para el grueso del asentamiento que se dispone alrededor de las plataformas. Sin embargo, entre los rasgos recurrentemente documentados por las excavaciones dentro de estas estructuras menores, tiene relevancia la presencia de fogones de gran tamaño, mayormente de forma cuadrangular que se disponen al centro de estos ambientes. Estas características especiales, como el que los fogones estén construidos con revestimiento de piedras y cuidadosamente acabados con enlucidos de barro, pone en cuestión que estos estuvieran asociados a actividades domésticas. A nuestro parecer, estos rasgos, como la distribución relativamente ordenada de estas

Fondo Editorial PUCP

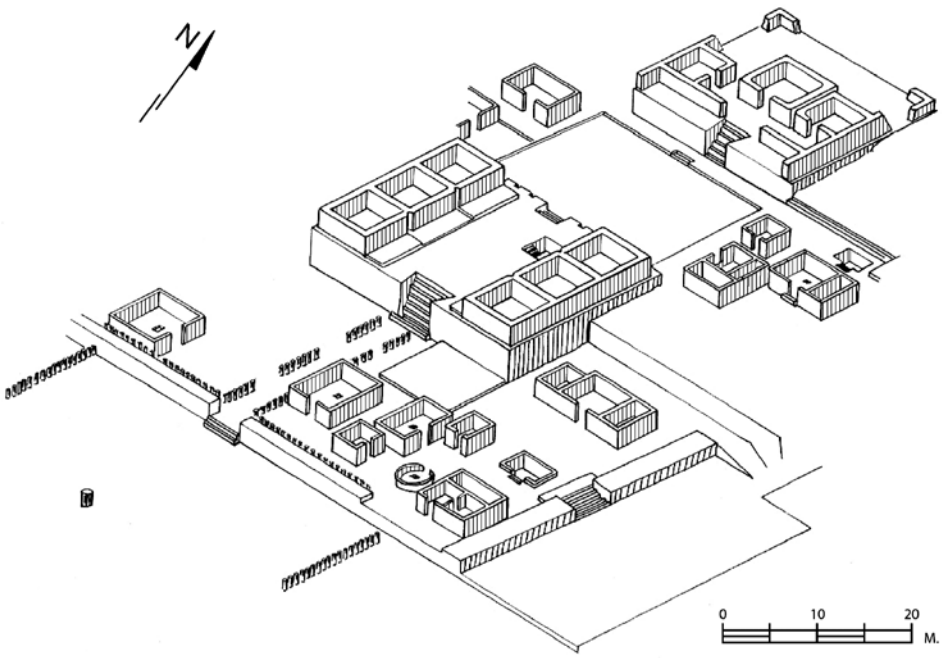


Fig. 92 – Montegrande. Reconstrucción isométrica de un sector del sitio (redibujado de Tellenbach 1986).

estructuras menores alrededor de las plataformas, podrían sugerir el desarrollo en ellas de actividades complementarias a aquellas de aparente carácter ceremonial que tenían lugar en las edificaciones principales.

Los valles de Trujillo

El valle de Virú

Para introducirnos a la problemática que presentan los valles de la región durante esta época, la obra pionera de Gordon R. Willey (1953), dedicada al estudio de los patrones de asentamiento prehispánicos en el valle de Virú, constituye una obligada referencia. No obstante el tiempo transcurrido y las limitaciones propias de las prospecciones de superficie (Willey 1999), este notable trabajo nos presenta un análisis fundamental acerca de la evolución de los patrones de asentamiento en este valle, con interesantes referencias comparativas respecto a la región y al área de los Andes centrales.

En el caso del período que nos ocupa, el Formativo en el valle de Virú está definido por las distintas fases del período Guañape. La introducción inicial de la cerámica corresponde a la fase Guañape Temprano, para la cual se conoce apenas un sitio próximo al litoral, detectado mediante excavaciones,[10] y que representa una reocupación del montículo precerámico conocido como Huaca Negra o Huaca Prieta de Guañape (véase capítulo 3). En cuanto a las fases Guañape Medio y Tardío, según Willey (1953: 43) corresponderían fundamentalmente a la vigencia de los estilos cerámicos asociados a Cupisnique y a Chavín, es decir, al Formativo Medio. Del total de dieciocho sitios registrados en el valle asociados con el período Guañape, catorce se encuentran en el valle bajo y cuatro en el sector medio y en el cuello del valle.

De los sitios ubicados en el valle bajo, dos se encuentran próximos al litoral (V-71 y 100) y pudieron —al igual que los anteriores sitios del precerámico localizados en este tipo de zona— aprovechar tanto la explotación de los recursos marinos como desarrollar una agricultura sin riego en las hoyas húmedas que se presentan entre las dunas ubicadas en la franja del litoral. Una concentración de sitios (V-171, 272, 302, 306, 309, 311) fue detectada también gracias al desarrollo de excavaciones cerca del cauce del río y otra importante agrupación (V-83, 84, 85, 127,

[10] Es preciso advertir que la existencia de muchos sitios tempranos, especialmente aquellos que se encuentran en la parte baja y en el piso de los valles, difícilmente puede ser detectada en la superficie, ya que se encuentran ocultos bajo depósitos aluviales posteriores o haber sido afectados por las labores agrícolas desarrolladas en estos suelos, sobre todo a partir de la introducción de la mecanización, tal como se señala en diversos estudios dedicados al análisis de los patrones de asentamiento (Willey 1953; Wilson 1988; Canziani 1993).

Fondo Editorial

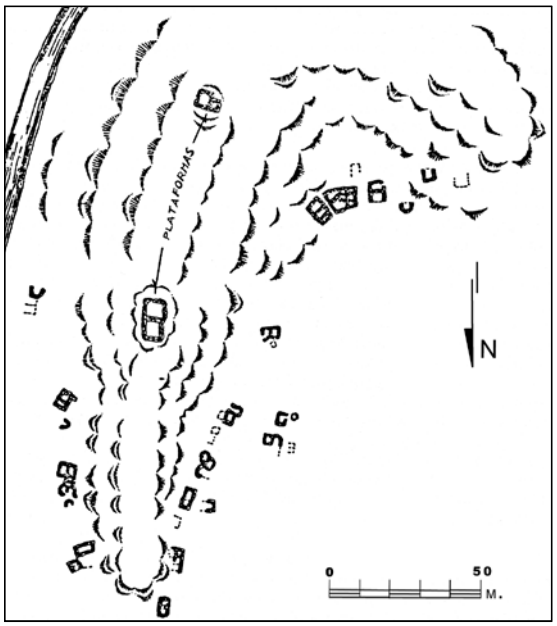


Fig. 93 – Aldea dispersa V-83 del período Guañape (Willey 1953: 49).

128) se encuentra al sur del valle, en las laderas que se encuentran al pie del cerro Compositán. Se puede inferir, dada la relativa lejanía del mar de estas agrupaciones, que las comunidades que poblaron estos sitios tenían en la agricultura su principal fuente de sustento, mediante el desarrollo de cultivos en las zonas de inundación del cauce del río, gracias al despliegue de pequeños canales de regadío, así como también mediante hoyas de cultivo en zonas humedecidas por el afloramiento de la napa freática (Canziani 1989: 83). Al menos dos sitios ubicados al interior del cuello del valle (V-14 y 180) pueden ser representativos de asentamientos del período que, por su propia localización, serían solo explicables con el desarrollo de actividades agrícolas mediante la implementación inicial de algún sistema de riego en esta zona del valle, que tanta trascendencia adquiría en los períodos inmediatamente subsecuentes, al concentrarse en ella la mayor parte de la producción agrícola y los asentamientos directamente asociados con esta actividad.

Las aldeas con restos superficiales presentan un patrón disperso, con un promedio de veinticinco a treinta viviendas que tienen de uno a seis cuartos cada una. Los muros de piedra, de cuarenta a cincuenta centímetros de alto, corresponderían a restos de los cimientos sobre los cuales se habrían dispuesto adobes o estructuras de materiales perecederos cuyos rastros han desaparecido por completo. Las casas están algo separadas entre sí y se disponen sin un orden aparente. En algunas de estas aldeas, como es el caso de

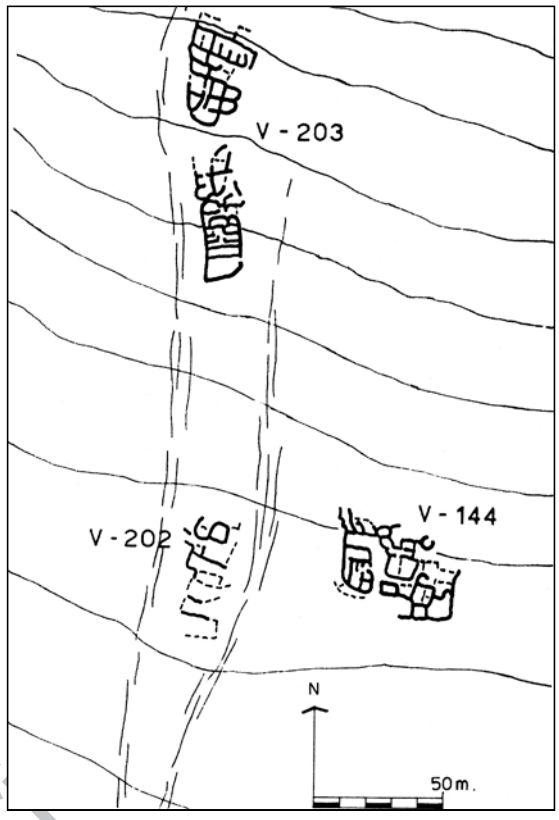


Fig. 94 – Aldeas aglutinadas (V-144, 202 y 203) del período Puerto Moorin Temprano (Willey 1953: 76).

V-83, se aprecian estructuras de posible función pública constituidas por plataformas con muros de contención de piedra, que pudieron servir de base para edificios de carácter ceremonial o comunal. Estas plataformas se localizan en una posición prominente, en la cima de la colina en la que está asentada la aldea y en una posición central con relación a las viviendas que se ubican a su alrededor y en las partes más bajas (Willey 1953: 48-55).

Si bien en las excavaciones desarrolladas en los montículos bajos del sitio V-71 se hallaron evidencias de una aparente ocupación doméstica, esta se encontraría asociada a la presencia de la principal estructura pública documentada en el valle para este período. Se trata de la edificación conocida como Templo de Las Llamas, un recinto de planta rectangular de unos 16 por 19 metros construido con muros de piedra de 65 a 80 centímetros de espesor y que alcanzaban unos 50 centímetros de alto. Se supone que estas estructuras corresponden a los cimientos de una edificación construida principalmente con adobes cónicos, ya que se encontró evidencias de estos en el ingreso del recinto. Los muros de piedra presentan un acabado bastante rústico en sus paramentos, por lo que se puede pensar que estos, al igual que la parte superior de los muros, estuvieron terminados con

Fondo Editorial

un enlucido de barro. El edificio está orientado de este a oeste y presenta un ingreso hacia el este, conformado por un estrecho pasaje en el que se desarrolla una escalinata con gradas de piedra y barro. Al interior del recinto se encontraban los restos de una plataforma de piedra adosada al centro del muro norte, mientras que las trincheras excavadas por Strong y Evans (1952) a lo largo de los ejes del edificio pusieron al descubierto dos enterramientos de llamas al pie del muro oeste, aparentemente sacrificadas como parte de algún ritual ofrendatorio.

Durante el Formativo Superior, que en el valle de Virú corresponde al período Puerto Moorin, también conocido en la región como Salinar, se aprecia una serie de cambios relevantes en la evolución del patrón de asentamiento. En primer lugar destaca la concentración de cerca del 70% de los sitios en la parte media alta, correspondiente al cuello del valle. Esta marcada concentración en este sector del valle reflejaría según Willey (1953: 391-392) la afirmación de una economía agrícola desarrollada mediante irrigación artificial, donde se privilegia la zona que ofrece las mejores condiciones para la derivación de canales sin necesidad de obras de gran envergadura.

Por otra parte, el extraordinario incremento en el número de sitios correspondientes a este período —con cerca de 57 sitios de ocupación habitacional, además de otros 19 correspondientes a montículos ceremoniales, fortificaciones y cementerios— estaría reflejando el más notable crecimiento poblacional registrado en la historia prehispánica del valle. Muchas de las aldeas, especialmente las que se localizan en el sector medio alto, muestran un novedoso patrón con viviendas concentradas, que si bien continúan presentando una disposición irregular, tienen una mayor densidad de ocupación al registrarse un mayor número de viviendas en un área menor que las aldeas de tipo disperso.

La aparición de este nuevo patrón de aldeas concentradas se podría explicar en el contexto del establecimiento de un nuevo modo de producción, donde además del incremento de la población, la irrigación artificial y otras técnicas propias de una agricultura intensiva permiten que un territorio relativamente limitado soporte con su producción a una numerosa población (ibid.). Estas condiciones habrían permitido y a la vez obligado a un uso cada vez más racional del suelo, de modo de albergar la mayor cantidad de población sin afectar por esto las tierras que presentaban aptitudes agrícolas. A estos factores debieron agregarse también otros directamente derivados del desarrollo general de los procesos

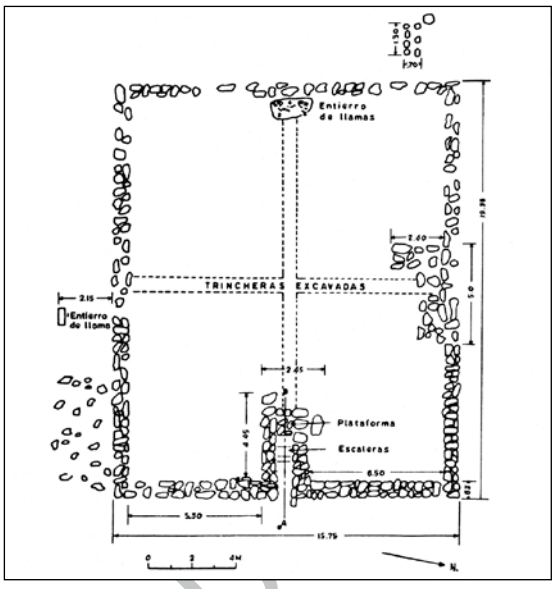


Fig. 95 – Templo de las Llamas V-71 (Strong y Evans 1952).

productivos y en particular con las formas de participación de las comunidades en las labores agrícolas, la producción dentro de las aldeas de ciertas manufacturas y el desarrollo de los procesos de transformación que están íntimamente asociadas con la actividad agrícola. Finalmente, la tendencia hacia la concentración en los patrones aldeanos pudo también ser estimulada, o inclusive producto de la creciente intervención de las emergentes entidades urbanas en el manejo de los recursos territoriales. En este sentido, así como estas conducían el desarrollo y administración de las obras públicas comprometidas con los sistemas de irrigación, quizá intervenían también en la localización y disposición de las aldeas, como parte de las estrategias desarrolladas para el control de la población y facilitar la convocatoria de su imprescindible fuerza de trabajo (Canziani 1989: 97-98).

Otro de los aspectos trascendentes en la modificación del patrón de asentamiento en el período en cuestión y relacionado con la emergencia del fenómeno urbano en el valle de Virú, está constituido por la creciente presencia de estructuras de carácter público. Una gran parte de estas estructuras públicas están representadas por el registro de catorce montículos piramidales que por lo general presentan plantas rectangulares y plataformas escalonadas. La localización de estos montículos piramidales se verifica en la cabecera del valle, coincidiendo con la mayor concentración de asentamientos y de población en este sector; mientras que en otros casos, algunos de estos se ubican en una posición central y equidistante con relación a diversas agrupaciones de sitios.

Fondo Editorial PUCP

Sobre la base de una serie de parámetros, que tienen que ver tanto con la localización como con las dimensiones y características constructivas de estos montículos, se puede suponer la existencia de diferencias de carácter funcional y de orden jerárquico entre estos (Willey 1953: fig. 82; Canziani 1989: 87-90).

Otro aspecto sumamente novedoso dentro de los tipos de arquitectura pública en el valle de Virú durante este período está representado por la presencia de reductos fortificados. Dos de los más importantes de estos están localizados en la parte baja del valle, uno en la cumbre del cerro Bitín (V-80) y el otro sobre el cerro del Piño (V-132). Ambos están conformados por recintos amurallados que se desarrollan amoldándose a la topografía de la cumbre de estos cerros. La ubicación de estos sitios es estratégica, al habérselos establecido sobre dos puntos difícilmente accesibles que dominan la parte baja del valle, presidiendo una zona donde se ubican algunos sitios aldeanos en las cercanías del río y en las faldas de los cerros que limitan el valle hacia el sur.

Sobre la razón de la presencia de estas estructuras se ha planteado algunas hipótesis explicativas, señalando las necesidades defensivas de este sector del valle que presenta amplios espacios abiertos y que, por lo tanto, es más desprotegido, además de contar con asentamientos bastante dispersos entre sí (Willey 1953: 392); como también en cuanto expresión de los posibles conflictos generados por la afirmación del poder ejercido por parte de una emergente clase dominante (Canziani 1989: 92, 99-100).

El valle de Moche

La evolución del patrón de asentamiento en el valle de Moche durante el período Formativo es en algo similar a lo registrado en el de Virú, especialmente en la tendencia a presentar una alta concentración de los sitios tempranos en el sector medio, correspondiente al cuello del valle. Efectivamente, se reporta que de los 214 sitios correspondientes a los distintos períodos anteriores a la época de Moche, el 83% ha sido registrado en el sector medio del valle de Moche (Billman 1999).

Es también durante el período Cupisnique o Guañape[11] que en el valle se producen importantes cambios con la introducción de la irrigación artificial, el desarrollo de obras públicas y la construcción a gran escala de arquitectura monumental. Si bien se supone que ya durante el Guañape Temprano se habría introducido la irrigación artificial en el valle medio, sería du-

Editorial PUCP

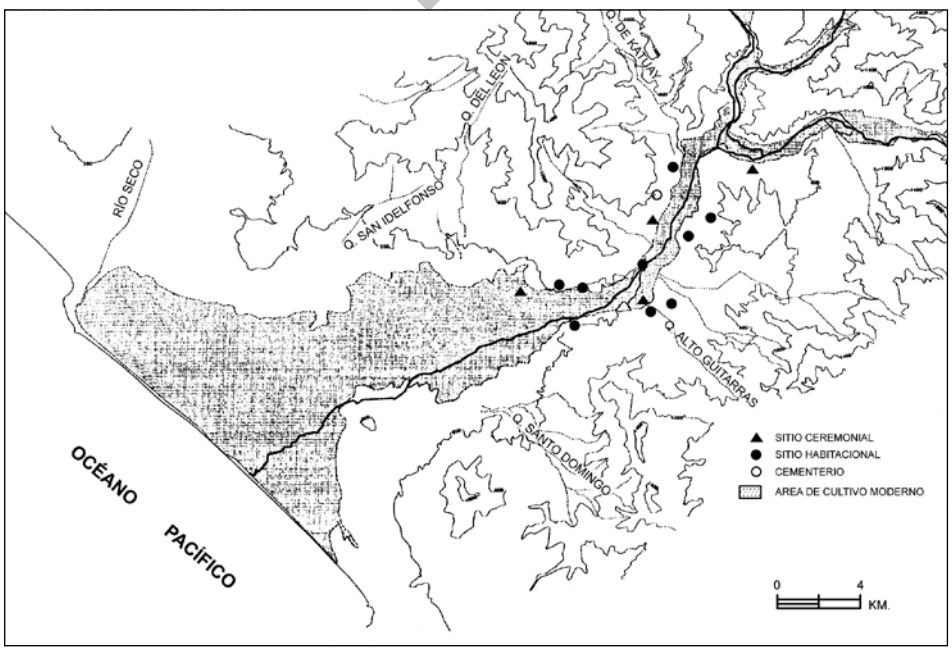


Fig. 96 – Sitios formativos del valle de Moche durante el período Guañape Medio (redibujado de Billman 1999).

[11] Algunos estudiosos del tema plantean la correspondencia del Guañape Medio y Tardío, definido en Virú, con el Cupisnique definido por Larco en el valle de Chicama (Mujica 1984: 13).

rante las fases Guañape Medio y Tardío que la irrigación se expandiría proyectándose hacia el valle bajo (Moseley y Deeds 1982). Sin embargo, la localización, que presenta tres conjuntos monumentales de este período en la parte alta de este sector —como Caballo Muerto, Caña Huaca y Huaca Huatape—, indicaría que las zonas cultivadas podrían haber estado limitadas a las tierras irrigables próximas al río. Para Guañape Temprano el principal monumento estaría representado por la Huaca Menocucho. Guañape Medio lo estaría por el complejo de Caballo Muerto y los sitios de Puente Serrano y Huaca Los Chinos constituirían centros secundarios (Billman 1999: 142-143). En cuanto a las subsistencias, se sugiere un intercambio de productos marinos, provenientes de sitios del litoral como Gramalote, y agrícolas que podrían haber sido producidos principalmente en los campos del cuello del valle. Adicionalmente, en los sitios del cuello del valle, como Caballo Muerto, existe evidencia del consumo de venados y de llamas (Pozorski 1982)

Durante el Guañape Tardío declinaría la construcción de la arquitectura monumental, mientras que en el período posterior, Salinar, aparentemente se abandona esta tradición y se verifican ulteriores modificaciones en el patrón de asentamiento. En efecto, durante dicho período la población se concentró en ocho agrupaciones de sitios habitacionales, con una clara tendencia a la localización de estos en lugares con características defensivas. Por primera vez aparecen también en el valle de Moche sitios de tipo fortificado. Para esta época pudo darse una ampliación de la irrigación hacia la margen sur del valle bajo, al igual que se sugiere una cierta autonomía entre las comunidades de las diferentes agrupaciones poblacionales (ibid: 146).

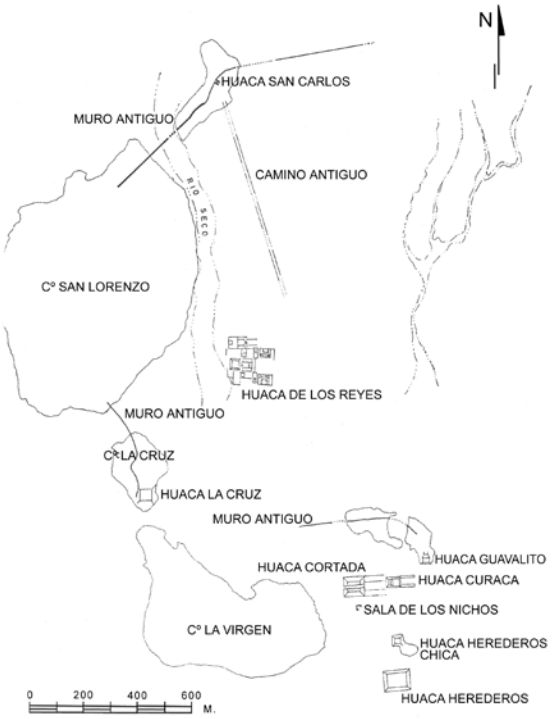
Al finalizar esta época, durante el período Salinar, correspondiente al Formativo Superior, sobresale en el valle de Moche el sitio de Cerro Arena, que si bien presenta evidencias de una arquitectura monumental relativamente modesta, habría concentrado una notable población. Como veremos más adelante, la presencia de múltiples estructuras con variaciones marcadas en sus características formales y constructivas manifestarían tanto diferencias funcionales como de orden social entre sus ocupantes, lo que indicaría que este sitio bien pudo desempeñar un rol predominante en el territorio del valle.

El complejo de Caballo Muerto y Huaca de Los Reyes

En los valles de Trujillo la edificación más representativa del período Formativo y de la arquitectura Cupisnique corresponde con seguridad a la denominada Huaca de Los Reyes. Este sitio forma parte del Complejo Caballo Muerto, ubicado en la parte media del valle de Moche, a unos veinte kilómetros del litoral, que está integrado por ocho montículos que en algunos casos asumen una planta en forma de «U». Estos montículos se distribuyen en una extensión de más de dos kilómetros de norte a sur y un kilómetro de este a oeste. Mientras la mayoría de los montículos se concentra al sur del complejo, la Huaca de Los Reyes, que ocupa el área más extensa, se encuentra algo aislada en una posición central (Pozorski 1976: fig. 1).

El monumento tiene en su eje principal este a oeste unos 240 metros y 175 metros de norte a sur. Posee un elaborado planeamiento que organiza espacialmente todo el conjunto sobre la base de una secuencia armónica de plazas y patios a distintos niveles, en todos los cuales la planta en forma de «U» constituye el recurrente motivo de fondo. En efecto, la planta en «U» está presente tanto en el planeamiento general del conjunto, como en las distintas secciones y edificios que se disponen simétricamente respecto al eje principal,

Fig. 97 –Caballo Muerto. Plano general del complejo (redibujado de Pozorski 1976).



Fondo Editorial PUCP



Fig. 98 – Huaca de Los Reyes. Plano general (redibujado de Watanabe 1979).

orientado de este a oeste o con relación a ejes transversales de norte a sur. Es igualmente interesante notar que los frentes de las plataformas que ascienden hacia la plaza superior presentan esquinas redondeadas.[12]

A lo largo del eje principal se organiza una secuencia de tres plazas cuadrangulares, las que reducen progresivamente sus dimensiones espaciales y restringen su acceso conforme se asciende a los niveles más elevados, mediante una sucesión de plataformas que culminan en la cúspide del edificio donde debió de encontrarse el lugar central del culto. Mientras que la primera plaza (I) es abierta y está simplemente demarcada por el alineamiento de cantos rodados, las siguientes (II y III) se caracterizan por ser hundidas, en cuanto están delimitadas por poyos, y se desarrollan al interior del conjunto, enmarcadas por las edificaciones presentes en sus lados. El acceso a los atrios frontales, como al de los edificios laterales, se realizaba a través de columnatas de gruesos pilares cuadrangulares y pilastras ordenadas en hileras —que conformaban atrios hipóstilos—, lo que indica que estos espacios debieron de estar techados. Los pilares lucían en los frentes que daban a las plazas decoraciones en alto relieve, al igual que los nichos o paneles presentes en los muros de los recintos que formaban los brazos laterales de los atrios con planta en «U». El motivo representado reiteradamente es el de personajes erguidos, de los cuales lamentablemente tan solo se conservan restos de los pies y piernas, y en algunos casos, de la banda que les ceñía la cintura con colgantes en forma de serpientes. Casi todos estos personajes están dispuestos con los pies apoyados sobre pedestales o flanqueados por relieves con diseños que representan cabezas con colmillos entrecruzados y atributos de serpientes. Es de destacar que estos frisos presentan un tratamiento artístico que los emparenta estrechamente con lo que se conoce como estilo Chavín.

En el caso del frontis de la segunda plataforma, cuyo frente este da a la plaza II y presenta una escalinata central, se registraron grandes nichos dispuestos simétricamente a ambos lados que contenían grandes figuras escultóricas de bulto, representando cabezas felínicas hechas de piedra y barro, finamente enlucidas y que posiblemente fueron pintadas. En dos de los pequeños templos laterales (C y C'), los muros frontales de los recintos que formaban los brazos laterales de sus atrios presentaban restos de representaciones escultóricas de felinos erguidos en posición lateral, de los cuales se conservaban parte de las patas con garras y las colas enroscadas con terminación en forma de serpientes (Pozorski 1976; Watanabe 1979).

Se ha señalado que este edificio habría sido construido en distintas fases,[13] y al respecto existe una

[12] Este constituye uno de los rasgos característicos compartidos por los monumentos arquitectónicos del Formativo de la sierra y costa norte y de la costa nor-central, es decir, desde Cajamarca y Lambayeque hasta Casma.

[13] En un caso se han señalado cinco fases (Watanabe 1979) y en otro se plantean ocho fases (Conklin 1985). Sin embargo, en el primero no se brinda mayores detalles sobre las características de las mismas, mientras que en el segundo se las establece de acuerdo a la observación de algunas yuxtaposiciones, así como sobre la base de una supuesta secuencia de orden formal, que si bien puede tener validez, no habría sido corroborada por excavaciones arqueológicas.

Fondo Editorial UCP

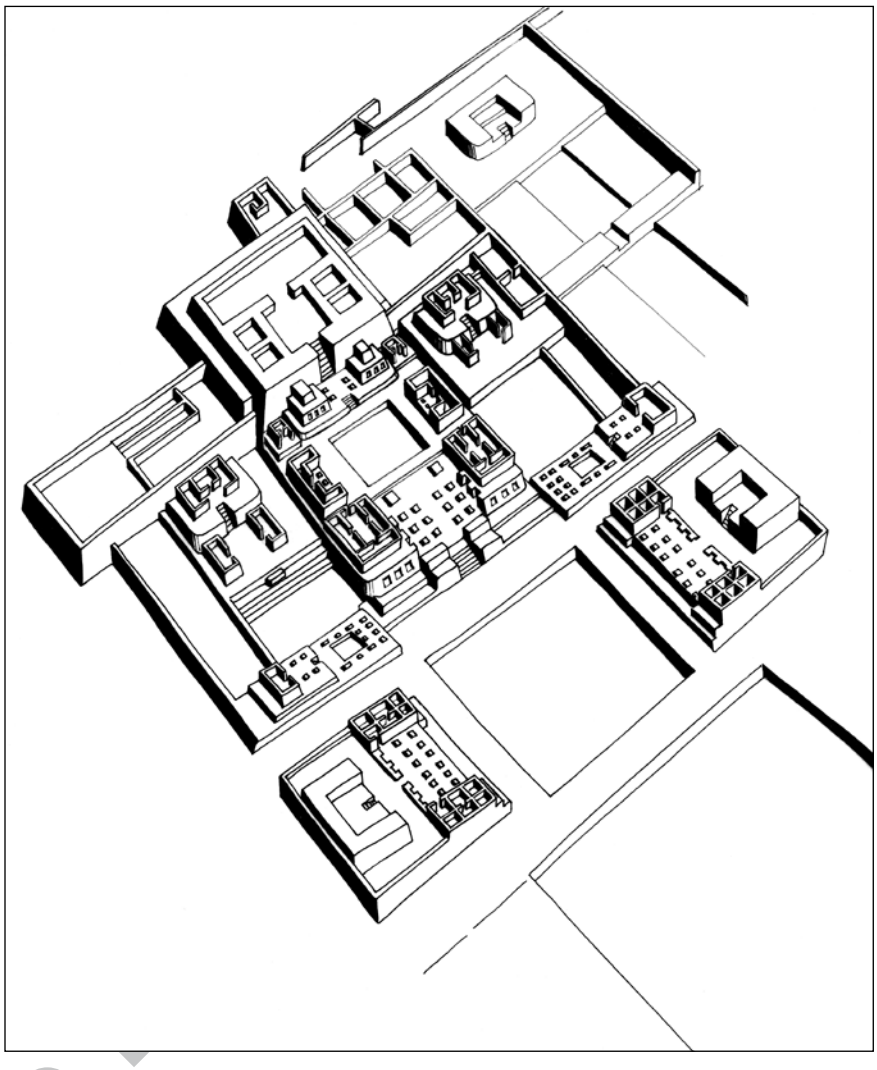


Fig. 99 – Huaca de Los Reyes. Reconstrucción hipotética (Canziani 1989: 75).



Fig. 100 – Huaca de Los Reyes. Foto de detalle de relieves de dos fases distintas superpuestos en la base de un pilar (Foto T. Pozorski 1976 en Morris y Von Hagen 1998: fig. 37).

serie de importantes evidencias que dan testimonio de superposiciones arquitectónicas. Este es el caso de la escalinata que asciende de la plaza II al atrio que da ingreso a la plaza III sobre la segunda plataforma, bajo la cual se encontró el desarrollo casi completo de una escalinata de una fase precedente. En la cima de la plataforma superior (F) se observó que las estructuras de la última época fueron construidas luego de rellenar recintos de una época anterior, asociados a los cuales se halló evidencias de postes cubiertos por haces de cañas enlucidas con mortero de barro, de lo que se deduce que formaban parte de columnas para el soporte de algún tipo de cobertura. Inclusive muchos de los frisos de barro muestran también evidencias de superposición en sus respectivos basamentos con representaciones escultóricas y los pies de los personajes asociados a sus correspondientes pisos, en los que se aprecian evidentes cambios estilísticos (Pozorski 1976).

En el examen de este magnifico monumento, como el de Caballo Muerto en conjunto,



Fig. 101 – Huaca de Los Reyes. Foto de una cabeza escultórica de felino alojada en un gran nicho del frontis del templo (Foto T. Pozorski 1976 en Morris y Von Hagen 1998: fig. 36).

se extraña una mayor información acerca de los contextos asociados al asentamiento. Aparentemente, la dificultad radica en que toda esta área habría sido cubierta por depósitos aluviales que alcanzan hasta cuatro metros de espesor, lo que complica la percepción de la presencia de otras estructuras menores asociadas a los montículos. En todo caso, se ha señalado la existencia de evidencias de ocupación doméstica temprana en las laderas de los cerros aledaños al complejo (ibid: 249).

Cerro Arena

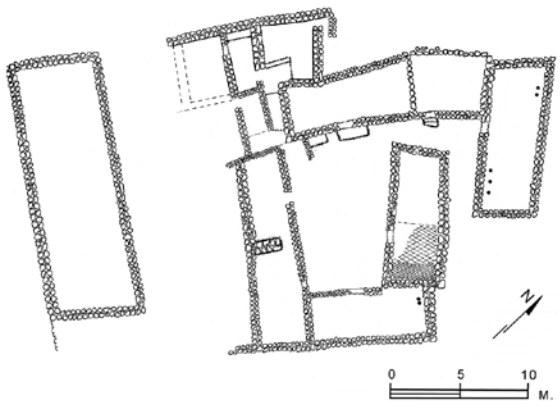
Se trata de uno de los sitios más sobresalientes y extensos correspondientes al período Salinar, que cronológicamente se desarrolló entre fines del Cupisnique y el inicio de Gallinazo y Moche. El sitio se ubica en la margen sur del valle bajo de Moche, a unos 7,5 kilómetros del mar, y se localiza en las laderas y sobre promontorios rocosos que se proyectan desde los cerros próximos hacia el valle. Esta localización parece que estuvo asociada al manejo del riego y de los campos de cultivo que se desarrollaban en este sector de la margen sur, en las inmediaciones del sitio. Al mismo tiempo, constituye una posición estratégica que ofrece un acceso directo a pasos naturales de las rutas que se dirigen hacia el valle de Virú y el sur. Sin embargo, las peculiares características del lugar elegido para el asentamiento llaman a considerar la posible búsqueda de una zona relativamente protegida con fines defensivos.

Cerro Arena corresponde a una sola ocupación y comprende una extensión de unas doscientas hectáreas, donde se localizan unas dos mil estructuras. Sin embargo, es de notar que en la distribución espacial de estas se observa un patrón altamente disperso, de la que resulta una baja densidad en la ocupación del suelo. A su vez, se aprecia que en ciertos sectores, y especialmente en la zona central del sitio, se presentan algunos niveles de agregación, al registrarse en ellos una mayor aglutinación de las estructuras (Mujica 1975; 1984; Brennan 1978; 1982).

La gran mayoría de las estructuras de Cerro Arena corresponden a una función habitacional y sus muros de piedra comparten una similar técnica constructiva de mampostería. Sin embargo, llama la atención de los investigadores la notable variedad de formas, tamaños, grado de complejidad y diferencias de acabado que estas exhiben (Mujica 1984). Efectivamente, si bien todas las estructuras se conformaron con muros de piedra, existen diferencias marcadas que van desde las construidas de forma rústica hasta aquellas que presentan muros con bloques de piedra de mayor tamaño con aparejos cuidadosamente concertados, así como paramentos enlucidos y pisos de barro muy bien ejecutados.

De la misma manera, si en un extremo tenemos estructuras pequeñas, con escasos ambientes y plantas de forma oval o irregular, en el otro tenemos aquellas que tienen un área notablemente mayor, muchos ambientes con una distribución compleja y cuyas plantas ortogonales manifiestan ciertos niveles de planificación en su diseño. Asimismo, estas últimas estructuras presentan varias banquetas finamente enlucidas, facilidades de almacenamiento y habrían dispuesto de techos bien elaborados. Mientras que las estructuras pequeñas, rústicas y de planta oval contaron con limitadas facilidades y habrían tenido simples techos cónicos cubiertos con paja (Mujica 1975; Brennan 1978).

Fig. 102 - Cerro Arena. Estructura B-1 de aparente función pública (redibujado de Mujica 1975).

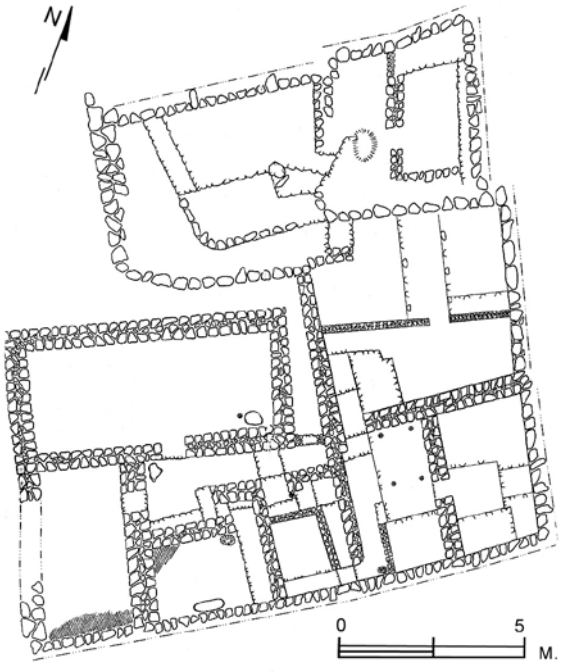


Fondo Editorial PUCP

Estas evidencias, que expresan claramente diferentes maneras de resolver las correspondientes edificaciones residenciales, estarían señalando marcadas diferencias sociales. De esta manera, se presume que la mayoría de las estructuras —que presentan modestas dimensiones y acabados rústicos— habrían albergado al grueso de la población. Mientras que algunas otras —con mayor área y cantidad de ambientes, planeamiento elaborado y mejores acabados— habrían servido de residencia a algunos sectores de la población con diferentes niveles de estatus, que posiblemente formaban parte de una elite. Sintomáticamente este último tipo de estructuras se localiza en zonas centrales del asentamiento, y en lugares prominentes o algo más elevados con relación al resto, transmitiendo una posición de dominio.

Es de destacar que entre estas dos clases de estructuras habría una tercera compuesta por estructuras que tendrían un regular tamaño y también buenos acabados; pero en las cuales no se registra evidencias de actividad doméstica, por lo que se presume que podrían haber respondido a alguna función pública, de posible carácter comunal (Brennan 1978). Asimismo, sobre la cima de uno de los promontorios que se localiza en una posición central y elevada del sitio se construyó una serie de plataformas escalonadas, generando una edificación de corte piramidal que habría cumplido una aparente función ceremonial (Mujica 1975).

Fig. 103 - Cerro Arena. Estructura C-4 de posible función doméstica (redibujado de Mujica 1975).



Finalmente, es de destacar que en el conjunto de la cerámica asociada a la ocupación del sitio se documenta un importante componente, estrechamente relacionado con la vecina serranía de Cajamarca (Mujica 1984). Si a este dato relevante se le agrega que la mayoría de las estructuras de Cerro Arena presenta evidencias de quema y desplome de sus techos, cubriendo así vasijas y otros enseres domésticos —que en su momento no fueron retirados de sus ambientes (Mujica 1975)—, podemos percibir algunos indicios acerca del contexto inestable que habría caracterizado a esta época. La aparente inexistencia en el valle de entidades políticas centralizadas, así como la posible presencia de desplazamientos poblacionales de carácter foráneo, darían lugar a un cuadro en el que no debiera de extrañarse situaciones conflictivas, como las que podrían explicar la súbita destrucción y el abandono definitivo de Cerro Arena.

El valle bajo del Santa

A diferencia de la localización de los sitios durante el período Precerámico, donde de los 36 sitios registrados, 24 se ubican asociados al litoral y solo 12 al interior del valle, durante el período Formativo de los 54 sitios identificados todos menos uno se encuentran en el sector medio y alto del valle bajo del Santa (Wilson 1988). Deducir, a partir de estos datos, el abandono de las actividades extractivas de los recursos marítimos o su desarrollo por parte de las mismas comunidades asentadas al interior del valle parece poco verosímil, y por lo tanto se podría suponer que este tipo de sitios no ha sido detectado o ha desaparecido por la deposición de material aluvial y las labores agrícolas desarrolladas durante siglos en la parte baja del valle y en proximidad de la que debió ser la línea de playa en ese entonces. En todo caso, el aspecto más contundente que trasciende de los datos recopilados es que durante esta época el grueso de la población estaba asentada al interior del valle del Santa y tenía su sustento en el desarrollo de la agricultura con irrigación artificial.

Otro dato importante es que se diversifican notablemente los tipos de sitios, ya que de los 54 registrados, 24 corresponden a sitios habitacionales, 21 a fortificaciones, 8 a complejos cívico-ceremoniales y uno a cementerio (ibid: 100). La mayoría de los sitios habitacionales son aglutinados y presentan conjuntos de cuartos de trazo algo ortogonal, si bien no es de excluir

Fondo Editorial PUCP

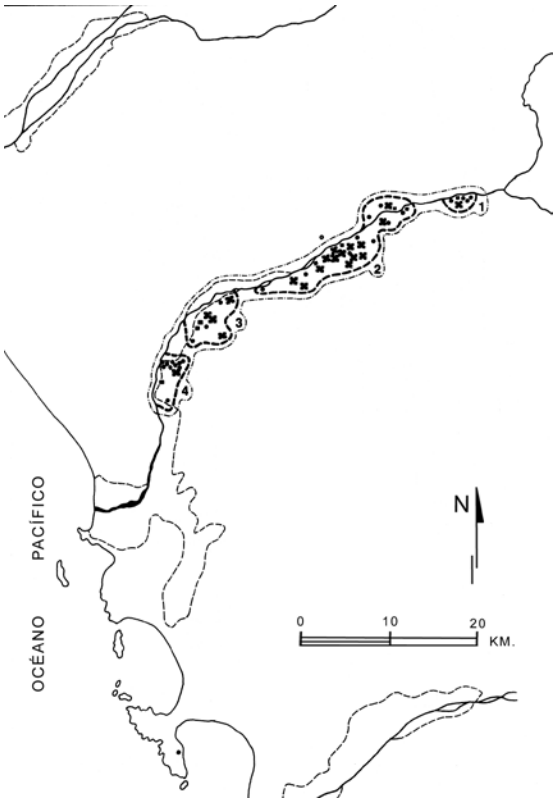


Fig. 104 – Sitios formativos en el valle bajo del Santa (redibujado de Wilson 1988: fig. 166).

que algunas de estas estructuras estén asociadas a alguna función pública. Con seguridad el aspecto más saltante del patrón de asentamiento en el valle es la presencia y gran número de fortificaciones. Por lo general, estas construcciones fueron establecidas en puntos elevados y cuyas condiciones topográficas los hacen fácilmente defendibles. Sin embargo, estas se encuentran distribuidas en estrecha relación con los asentamientos habitacionales, apreciándose una especial concentración en una zona central con relación a los sectores ocupados en el valle, donde inclusive se presentan en mayor número que los asentamientos habitacionales.

Las fortificaciones presentan una arquitectura impresionante y a primera vista revelan sus marcados rasgos defensivos. Se caracterizan por estar ubicadas en la cumbre de cerros o aprovechando los puntos escarpados de estos; desarrollan murallas de piedras y rocas de uno a dos metros de grosor y de dos a cuatro metros de alto; presentan parapetos y baluartes en las esquinas o flancos de los recintos fortificados; tienen generalmente los accesos indirectos o laberínticos; contienen en su interior estructuras que pudieron cumplir también funciones ceremoniales o residenciales; en los exteriores se aprecian fosos secos asociados a murallas que impiden o dificultan la aproximación de los atacantes y facilitan la acción defensiva de los ocupantes de la fortificación. La densidad y localización de los sitios fortificados en los sectores del valle, y su estrecha asociación con los sitios de habitación, permite postular la hipótesis de que estos estuvieron dirigidos, más que a resolver conflictos entre las comunidades del valle, a enfrentar incursiones de poblaciones externas al mismo (ibid: 104-110, 323-324). Se puede suponer, en este caso en particular, que el manifiesto énfasis orientado a la erección de estas imponentes edificaciones militares —en cuanto obra pública representativa— asumiría también un singular rol de identificación simbólica y ex-

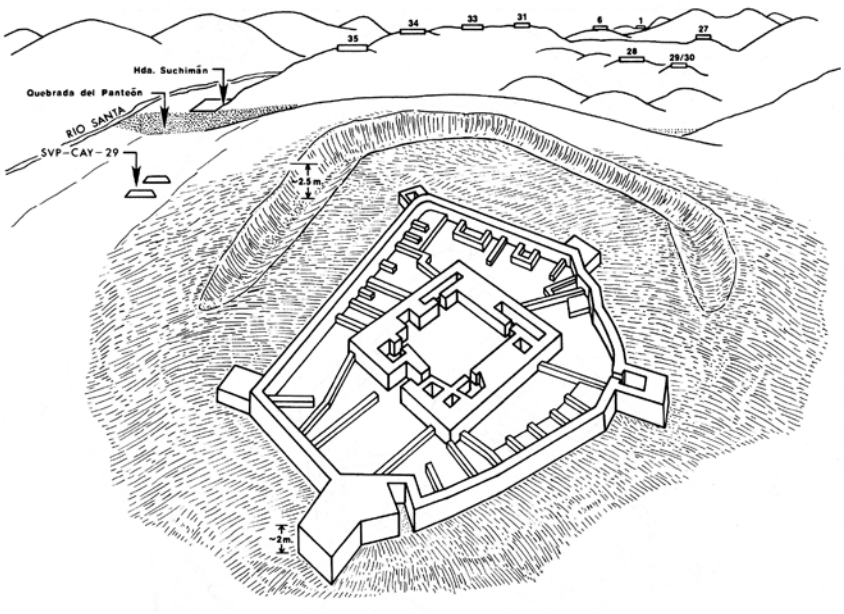


Fig. 105 – Estructura fortificada 45, vista en perspectiva desde el noreste (Wilson 1988: fig. 41).

Fondo Editorial PUCP

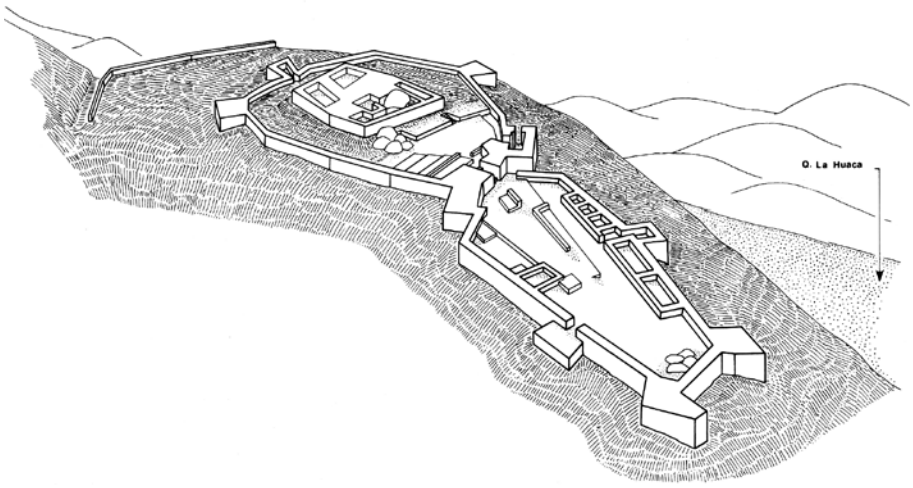


Fig. 106 – Estructura fortificada 52, vista en perspectiva desde el sureste (Wilson 1988: fig. 44).

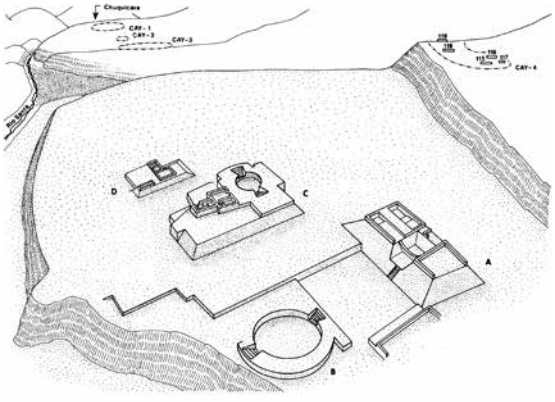
presión de poder en el ámbito de sus respectivas comunidades.

Evidentemente, la realidad del valle bajo del Santa, con relación a la temprana presencia de la guerra y los enfrentamientos bélicos, despierta más de una interrogante por resolver, en especial por la destacada magnitud que asume la presencia de una arquitectura militar en la cual se manifiesta una impresionante inversión social. Una de las explicaciones a este especial énfasis en las fortificaciones, que no encuentra parangón en los demás valles de la región, bien pudo residir en la permanente y generosa dotación de agua que ofrece el valle del Santa, lo que habría permitido el desarrollo de una agricultura intensiva, a diferencia de los valles vecinos, que presentan mayores restricciones al respecto. Estas condiciones, especialmente favorables para el desarrollo de la agricultura de riego, bien pudieron incitar incursiones desde los valles vecinos, o inclusive desde la serranía de la zona destinada al saqueo de sus cosechas o a la apropiación de las tierras, obligando a sus pobladores a desarrollar estos impresionantes sistemas defensivos.

De otro lado, los sitios con arquitectura cívico-ceremonial están construidos tanto con adobes cónicos como con piedra, y están representados por sitios que presentan desde simples plataformas hasta complejos que integran, además, patios circulares hundidos, recintos de distinto tipo y plazas. En todo caso, es de notar que en el valle del Santa estos elementos arquitectónicos muchas veces son integrados o combinados dentro de un ordenamiento *sui generis*, si se les compara con los rígidos cánones arquitectónicos que revelan otros complejos ceremoniales de la época en la región. Este es el caso del principal complejo ceremonial del valle (SVP-CAY-5), en el cual se aprecia por una parte una plataforma (A) con recintos dispuestos en «U» alrededor de un atrio con escalinata, que se asocia en un mismo eje con una plaza y un patio circular hundido con escalinatas contrapuestas (B); mientras que sobre una plataforma de menor altura (C) se desarrollan algunos recintos y un patio circular hundido de menores dimensiones y con el eje contrapuesto al anterior (Wilson 1988: fig. 51).

En cuanto a la posterior ocupación del período Salinar en el valle bajo del Santa, durante este período, no se aprecian mayores modificaciones con relación al patrón de asentamiento precedente. Muchos de los antiguos sitios fortificados mantienen su ocupación al igual que en el caso de los centros cívico-ceremoniales. Uno de los principales centros ceremoniales del período, el complejo de Huaca Yolanda (ibid: fig. 162), presenta una conformación sobre la base de plataformas, terrazas con recintos y un patio circular hundido, que manifiesta una aparente continuidad con re-

Fig. 107 – Complejo ceremonial SVP-CAY-5, visto en perspectiva desde el sureste (Wilson 1988: fig. 51).



Fondo Editorial PUCP

lación a las tradiciones de la arquitectura monumental más tempranas del valle.

La sierra norte

En la cuenca de Cajamarca, además del célebre acueducto de Cumbemayo, se encuentran sitios con arquitectura monumental del período Formativo, de los cuales, la mayor parte han sido investigados durante las dos últimas décadas por la Misión de la Universidad de Tokio. Este es el caso de los sitios de Layzón y Huacaloma, en la misma cuenca, y de Kuntur Wasi y Cerro Blanco, que se encuentran en el flanco occidental de los Andes, en las cabeceras de la cuenca del valle del Jequetepeque. La mayoría de los sitios corresponden a la ocupación de los períodos formativos Huacaloma Temprano (c. 1500-1000 a.C.), emparentado con el Guañape Temprano de la costa norte y Huacaloma Tardío (1000-500 a.C.), correspondiente al Cupisnique de la costa norte y Chavín; así como al período transicional denominado Layzón (500-250 a.C.) (Matsumoto 1994).

Huacaloma

El conjunto arqueológico de encuentra ubicado en el mismo fondo del valle de Cajamarca, a unos 2.700 m.s.n.m. La primera ocupación del sitio correspondería al período Huacaloma Temprano y está asociada a construcciones en las que resulta notable la presencia de rasgos emparentados con la tradición Mito, tales como pequeños recintos con o sin fogón, uno de los cuales exhibía pequeños nichos en sus muros; además de observarse evidencias de continuas superposiciones. Si bien durante esta primera ocupación se habrían levantado algunas plataformas bajas, es durante el Huacaloma Tardío que se procede a la construcción de la arquitectura monumental de una pirámide con plataformas. Las edificaciones precedentes fueron cubiertas con estratos de tierra amarilla, registrándose en la historia de esta nueva edificación hasta tres superposiciones arquitectónicas, que finalmente formaron una pirámide con plataformas escalonadas que alcanza 109 metros en dirección noreste-suroeste, 119 metros de noroeste a sureste y de 5 a 7,5 metros de alto. La presencia de otros montículos que se disponen a ambos lados del montículo central, conocido como Huacaloma, permite suponer que todo el complejo podría haber tenido una disposición con planta en forma de «U» (Terada 1982; 1985a; 1985b; Matsumoto 1994).

En el frente principal del edificio, orientado hacia el noroeste, se desarrollaban cuatro terrazas. Al centro de la más baja se ubicaba una gran escalinata que tenía diez metros de ancho. En el frente del lado noreste se ubicó un ingreso lateral de 1,2 y 2 metros de alto, que daba acceso a una galería con escalinata que permitía ascender internamente hacia las plataformas superiores de la edificación. Debido a que durante la fase Layzón la arquitectura monumental habría sufrido una violenta destrucción, que dio término a la función ceremonial del sitio para dar paso a una ocupación habitacional, no ha sido posible rescatar alguna información acerca de las posibles estructuras que se encontraban sobre las plataformas del templo. Sin embargo, sobre la base de los numerosos fragmentos de pintura mural y de relieves pintados con diseños de felinos y ser-

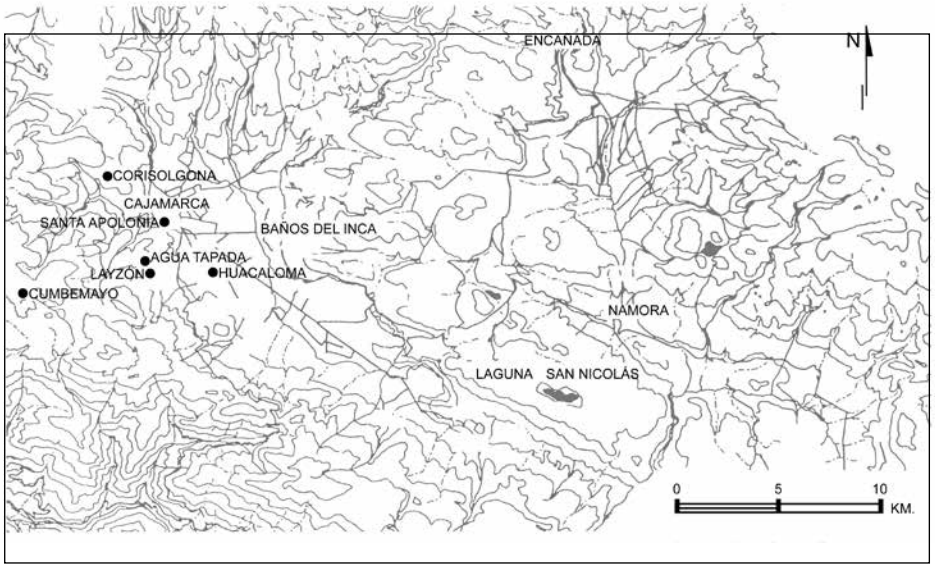


Fig. 108 – Sitios formativos de Cajamarca (redibujado de Matsumoto 1994: fig. 2).

Fondo Editorial PUCP

pientes, se puede inferir que estas edificaciones estuvieron embellecidas con este tipo de decoración mural (Matsumoto 1994: 181).

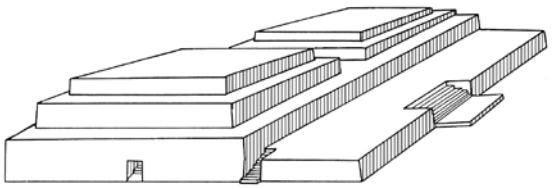


Fig. 109 – Huacaloma. Reconstrucción del edificio de la fase Huacaloma Tardío (redibujado de Matsumoto 1994: fig. 11).

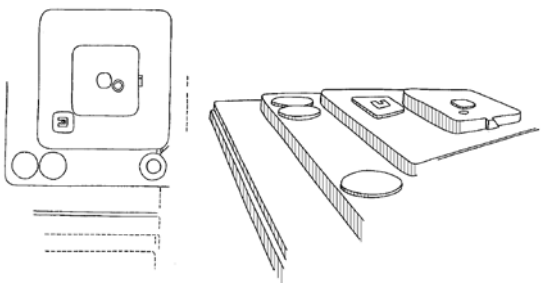
Layzón

El sitio de Layzón destaca entre otros sitios similares como Kolguitín, Corisolgona, Santa Apolonia, Agua Tapada y Cerro Ronquillo, que se localizan sobre la cumbre de los cerros que rodean y dominan la cuenca de Cajamarca (Williams y Pineda 1983; Seki 1994). El sitio está ubicado unos nueve kilómetros al sur de la ciudad de Cajamarca y se localiza sobre la cima de un cerro, a unos 3.200 m.s.n.m, es decir unos 250 metros de altitud con relación al fondo de la cuenca

La primera ocupación del sitio correspondería al Huacaloma Tardío, donde se desarrollan seis plataformas escalonadas que descienden hacia la ladera oeste del cerro, la menos pronunciada. Mientras que la plataforma superior ubicada al este fue afectada a raíz de la posterior remodelación del templo durante la ocupación del período Layzón, se ha podido apreciar que las plataformas inferiores fueron labradas en la roca natural del cerro compuesta por afloramientos de tufo, tanto horizontalmente definiendo el piso de estas, como también verticalmente, para dar forma al talud de los desniveles que las delimitan. Las plataformas tienen unos setenta metros de largo y entre diez a veinte metros de ancho. Las tres plataformas inferiores presentan escalinatas también labradas en la roca y se alinean a lo largo del eje central del monumento orientado de oeste a este. Es de destacar que la base del paramento de roca labrada que se encuentra al lado de la primera escalinata presenta diseños grabados. En las plataformas superiores se ha podido observar que sobre la base de la roca natural labrada se levantaron muros de contención hechos con bloques canteados de tufo (75 por 35 por 45 centímetros) dispuestos en un aparejo concertado. No se ha podido establecer si existieron o qué tipo de estructuras pudieron haberse desarrollado sobre las plataformas, ya que estas fueron seriamente afectadas durante la ocupación Layzón (Seki 1994: 145-148).

A diferencia de Huacaloma y otros sitios del período Huacaloma Tardío, donde la posterior ocupación del período Layzón implicó no solo severas alteraciones de la arquitectura monumental preexistente sino también el abandono de la función ceremonial que en estos se desarrollaba, en el caso de Layzón se mantuvo por un tiempo la función ceremonial. Durante este período, además de la destrucción parcial de las plataformas inferiores, la construcción se centró sobre las dos plataformas superiores del sitio, donde se erigieron nuevos muros de contención, utilizando piedras canteadas de arenisca asentadas con mortero de barro. Aparentemente, el viejo eje oeste-este habría sido substituido por uno orientado de sur a norte, aunque esta suposición está fundada básicamente en el hallazgo de una escalinata central adosada en el frente sur de la plataforma superior (ibid: 154). La plataforma principal o superior tuvo una planta cuadrangular de cuarenta metros de lado con las esquinas redondeadas. Sobre esta plataforma se desarrollaba una estructura circular con muros concéntricos de unos diez metros de diámetro y al lado de esta un fogón circular. En la esquina noroeste de la siguiente plataforma, en el nivel inferior, se definió una pequeña plataforma rectangular también con esquinas redondeadas que contiene en la parte central un fogón limitado por una estructura con forma de «U». Adicionalmente, la siguiente plataforma presenta en la esquina noroeste dos estructuras o plataformas circulares contiguas de 15,6 metros de diámetro, mientras que otra plataforma similar de planta circular se ubicaba en la esquina suroeste. En varios puntos de estas plataformas se detectaron sistemas de desagüe destinados aparentemente al drenaje de las plataformas en caso de lluvia (véase Terada y Onuki 1985: fig. 12).

Fig. 110 – Layzón. Planta y reconstrucción hipotética (redibujado de Terada y Onuki 1985).



Fondo Editorial PUCP

Kuntur Wasi

Se ubica en el cerro La Copa, en la cuenca alta del Jequetepeque, a 2.300 m.s.n.m. Si bien las fases más tempranas del sitio corresponderían al Huacaloma Tardío —fase Ídolo—, aparentemente es en la fase Kuntur Wasi en la que se construye y da forma a la arquitectura monumental del templo. Se señala que la cerámica de esta fase no tiene mayor correlato con la cuenca de Cajamarca, sino más bien con el Cupisnique de Jequetepeque y ciertas similitudes con Janabarriu de Chavín. Finalmente, en la fase correspondiente al período Layzón se registraría la destrucción y abandono del sitio (Kato 1994).

El conjunto arquitectónico de Kuntur Wasi tiene una orientación noreste-suroeste y presenta una plataforma superior o principal asentada sobre una plataforma inferior. Esta plataforma inferior, de 140 metros de frente y 41 metros de ancho, presenta un gran muro de contención con al centro, y en el mismo eje del templo, una escalinata de 11 metros de ancho y 6 metros de alto, que se supone debió de tener unos 20 peldaños. Siguiendo el eje principal, sobre esta primera plataforma se encontraron vestigios de un patio hundido cuadrangular, cuyos muros estaban construidos con grandes lajas de granito blanco. La plataforma principal tendría unos 145 metros de ancho y 170 metros de largo y está contenida por 3 muros que forman un escalonado de 3,4; 2,9 y 2,1 metros de alto, respectivamente. Para ascender a la cima de la plataforma principal se desarrolló una segunda escalinata que tiene el mismo eje, y también 11 metros de ancho con un largo de 12 metros y 8,4 metros de alto. En este caso se ha estimado la existencia de unos 32 peldaños, mientras que a ambos lados de la escalinata y al pie de los muros laterales que la contienen, se observó la existencia de dos canaletas de 35 centímetros destinadas al desagüe de la plataforma (ibid: 203-205).

Sobre la plataforma principal se encontraron evidencias de una serie de estructuras. En primer lugar, la escalinata principal conducía a un sector flanqueado por dos plataformas bajas, al que le seguía un patio hundido cuadrangular de 23,5 por 23 metros de lado y un metro de profundidad, que presenta escalinatas en sus cuatro lados. Es interesante notar que un monolito, grabado en su lado frontal con la imagen de la divinidad del jaguar, fue hallado *in situ* formando la última grada de una de estas escalinatas (ibid: fig. 15), habiéndose detectado en trabajos anteriores, desarrollados en este mismo sector, otros dos monolitos grabados con un diseño semejante, que pudieron haber cumplido una función similar como parte de las otras escalinatas (Carrión Cachot 1948; Kato 1994: 222-223).[14] Este patio hundido habría presentado lateralmente dos plataformas enfrentadas

Editorial PUCP

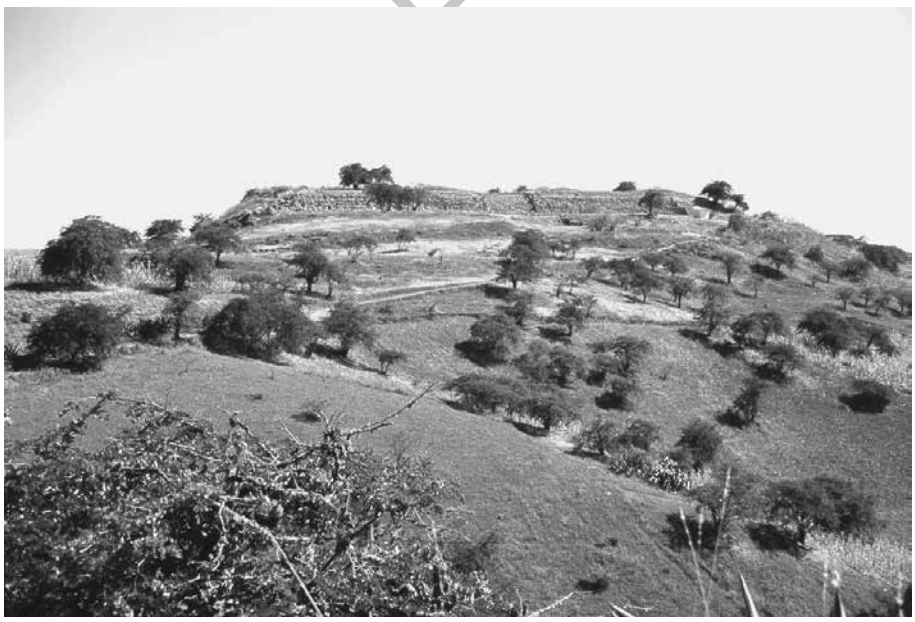


Fig. 111 – Kunturwasi. Vista panorámica del sitio y de las terrazas escalonadas sobre las cuales se levanta el templo (foto: J. Canziani).

[14] En realidad más que gradas, tal como han sido definidas en la literatura, estos bloques líticos constituyen elementos que se interponen al centro del remate superior de las escalinatas y, dada su notoria mayor altura, como también por la sacralidad de las imágenes grabadas en sus frentes, suponemos que habrían obligado a transitar solamente por los dos flancos libres de estos bloques dispuestos en posición central.

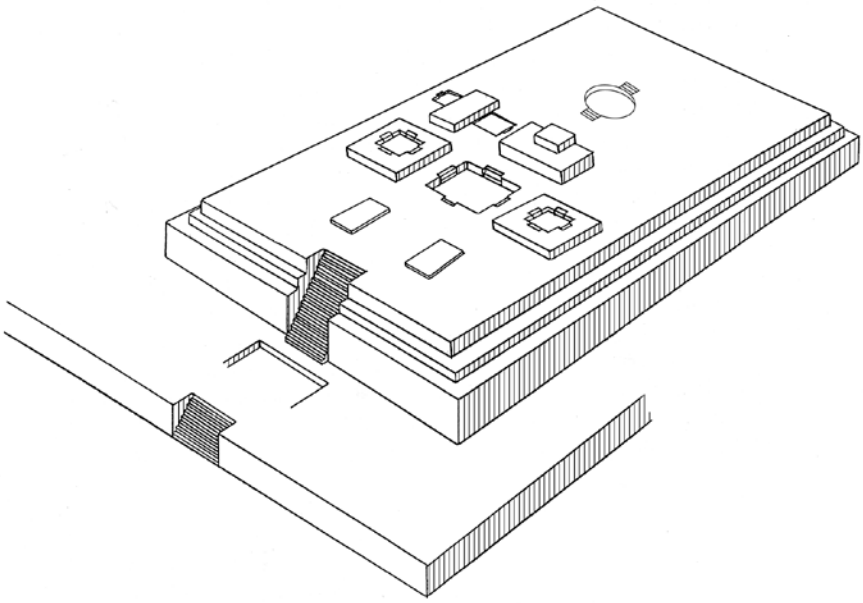


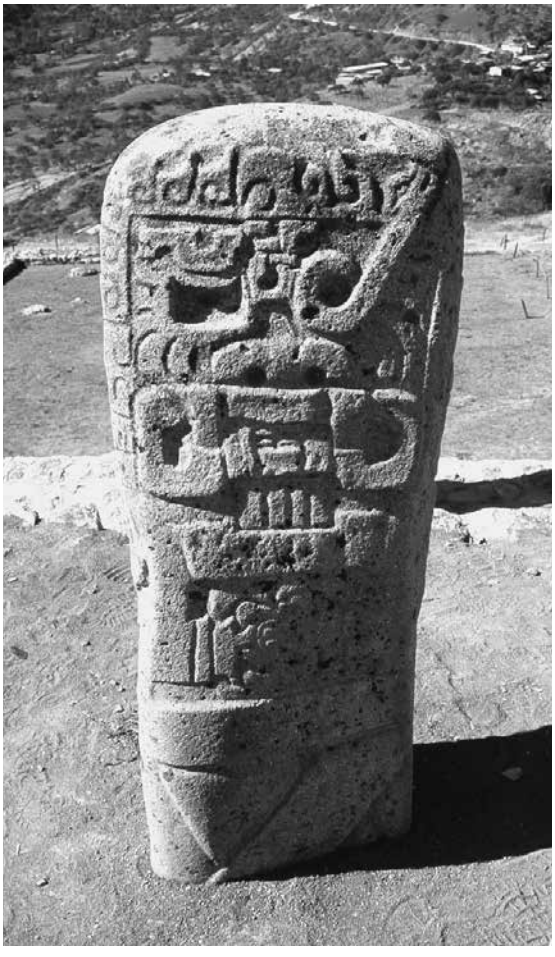
Fig. 112 – Kunturwasi. Reconstrucción isométrica del edificio de la fase Kunturwasi (redibujado de Kato 1994).

en un eje transversal al del templo, sobre las que se observaron evidencias de patios hundidos menores y vestigios de un atrio con pilares en lo que debió ser el frontis de una de estas plataformas. Continuando por el eje del templo, enfrentado al patio hundido y al centro de la plataforma principal, se encontraba una plataforma central de 24,5 metros de largo y 15,5 de ancho. Al lado sureste de esta se encontraba otra plataforma baja con patios hundidos a ambos lados. En el probable caso de que las estructuras registradas sobre la plataforma principal hubieran estado dispuestas con un ordenamiento simétrico, se supone que estas tendrían sus equivalentes en el flanco opuesto del eje, de lo que resulta la reconstrucción de un planeamiento general con planta en forma de «U» (ibid: fig. 1).

Por último, es interesante resaltar que a la espalda de la plataforma central, y alineado con el eje general del templo, se registró un patio circular hundido de 15,6 metros de diámetro y 2,1 metros de profundidad, que presentaba escalinatas contrapuestas en este mismo eje. El hallazgo de fragmentos de enlucido con restos de pintura policroma, sugiere que el paramento de este patio circular presentaba este tipo de acabado (ibid: 205-212).

Un hallazgo extraordinario durante las investigaciones desarrolladas en Kuntur Wasi corresponde a una serie de tumbas asociadas con ofrendas excepcionales de adornos de oro, cerámica, conchas de caracolas de *Strombus* grabadas, piedras talladas, cuentas de *mullu* (*Spondylus*) y de piedras semipreciosas, así como otros objetos de prestigio. Siete de estos enterramientos fueron depositados al emprender la construcción de la plataforma central de la fase Kuntur Wasi, para lo cual se cubrió con una enorme cantidad de rellenos las estructuras de la fase Ídolo, que correspondían

Fig. 113 – Kunturwasi. Elemento escultórico en piedra dispuesto en el eje del templo con representación de ser supranatural (foto: J. Canziani).



Fondo Editorial P



Fig. 114 – Kunturwasi. Pectoral o nariguera de oro hallada como parte del ajuar funerario de personajes de elite enterrados en el templo (foto: cortesía Y. Onuki).

al antiguo patio hundido y plataforma central, que sirvieron de especial repositorio para las tumbas (ibid: 213-220). El rico ajuar funerario que acompaña a cuatro de estos entierros —tres hombres y una mujer de edades relativamente avanzadas— permite suponer que se trataría de personajes de alto estatus, ya sea por su propia condición social o por sus especiales prerrogativas relacionadas con las actividades rituales desarrolladas en el templo.[15] De otro lado, la única tumba que tiene una forma distinta se registra aislada y al centro de un recinto de una plataforma secundaria, y corresponde a un personaje fornido que presenta una perforación en el cráneo y estaba asociado a un ajuar funerario relativamente sencillo en el cual estaban excluidos los objetos de oro y cerámica. El conjunto de estos elementos lleva a suponer que esta tumba corresponde a un personaje sacrificado en el marco de un ritual fundacional, que tuvo lugar al iniciar la construcción del nuevo edificio (ibid: 220).

Cerro Blanco

A un kilómetro y medio al noreste de Kuntur Wasi se encuentra el sitio de Cerro Blanco, emplazado a 2.275 m.s.n.m., también sobre la cima de un cerro que ha sido terraplenado en dirección norte-sur. Las excavaciones registraron la existencia de los restos de una edificación compuesta por cuatro plataformas, posiblemente con escalinatas en el frente norte. La ocupación registraría tres fases correspondientes a las definidas en la cuenca de Cajamarca, es decir Huacaloma Temprano, Huacaloma Tardío y Layzón. Se hallaron también evidencias de tumbas asociadas a ofrendas similares a las observadas en Kuntur Wasi, como vasijas de cerámica y una gran cantidad de cuentas de lapislázuli, turquesa y de conchas de *Spondylus*, que al parecer hacían parte de collares y pectorales. Entre estos elementos destaca una plaqueta cuadrangular de concha de *Spondylus* con un rostro tallado con rasgos chavinoides (Onuki y Kato 1988). De este conjunto de evidencias se puede inferir que, también aquí, estos artefactos constituían parte de un excepcional ajuar funerario de personajes de alto estatus.

El canal de Cumbemayo

Al oeste de la ciudad de Cajamarca se encuentra una de las más notables evidencias de sistemas tempranos de irrigación: el célebre canal de Cumbemayo. Este tiene su origen en las faldas de los cerros conocidos como Cumbe, a una altitud de 3.555 m.s.n.m., captando las aguas que discurren de estos y que naturalmente fluirían hacia la cuenca del Jequetepeque. Es decir, hacia la vertiente del Pacífico, de no ser porque esta extraordinaria obra hidráulica las deriva hacia la cuenca de Cajamarca y por ende, hacia la vertiente oriental del Amazonas. El canal tiene un recorrido de 9.100 metros y concluye en unos reservorios al pie del Cerro Santa Apolonia a 2.800 m.s.n.m. (Petersen 1969).

El canal presenta tres tramos diferenciados a lo largo de su desarrollo. El primer tramo parte de la toma y es el más impresionante. Tiene unos 850 metros de longitud y se caracteriza por estar finamente labrado en la roca volcánica que aflora en el sitio. Las dimensiones de la sección del canal van de 35 a 50 centímetros de ancho y de 30 a 65 centímetros de profundidad, y se desarrolla en gran parte al centro de un andén, con el propósito aparente de hallar la pendiente adecuada o superar zonas accidentadas. Existen zonas con un trazo zigzagueante que parecen responder a la necesidad de aminorar la velocidad del caudal, así como pequeños túneles que perforan grandes rocas que se interponían en el trayecto del canal. Un segundo tramo, de más de 2.600 metros, va desde el término del canal labrado en la roca y ha sido excavado en la ladera de los cerros, hasta alcanzar el abra de la divisoria continental (3.150 m.s.n.m.). Mientras que el tercer tramo, con una longitud de 5.650 metros, desciende desde el abra hasta llegar a un sistema de reservorios.

Además de su importante función, al incrementar el abastecimiento de agua de la cuenca

[15] El estatus jerárquico de los ocupantes de las tumbas de Kuntur Wasi sería corroborado también por la especial ubicación de estos enterramientos en la arquitectura ceremonial, ubicados en el atrio de la plataforma central correspondiente a la fase Ídolo.

Fondo Editorial PUCP



Fig. 115 – Canal de Cumbemayo. Vista de un tramo del canal tallado en la roca que presenta un diseño geométrico zigzagueante (Tello 2004: F4/43, p. 243).

de Cajamarca, el canal de Cumbemayo está asociado a una serie de estructuras de aparente carácter ceremonial, e inclusive las propias paredes del canal presentan relieves labrados, cuyos diseños corresponderían al período Formativo. Se ha sugerido que una serie de sitios de esta época estarían concatenados a lo largo de un eje ritual asociado al trayecto del canal. De esta manera, desde las obras de derivación del Cumbemayo se articularían los conjuntos ceremoniales de Layzón, Hualanga Orco, Agua Tapada y Santa Apolonia, todos ellos con vestigios correspondientes al Formativo (Williams y Pineda 1983).

Los datos disponibles acerca del manejo de los recursos y las formas de organización social, presentes durante esta época en la cuenca de Cajamarca, son aún bastante fragmentarios y preliminares. Sin embargo, la presencia de importantes obras hidráulicas como la del canal de Cumbemayo permiten inferir una creciente importancia de la economía agrícola en la región. De otro lado, como indicador del desarrollo desigual que el proceso presenta en los Andes centrales, en esta región se registra hasta bien entrado el Formativo una importante contribución de la caza de venado en el aprovisionamiento de las subsistencias; mientras que la introducción de la ganadería de camélidos y su consumo alimenticio habría sido un fenómeno relativamente tardío en comparación a lo que acontece más al sur (Seki 1994: 158).[16] De otro lado, el impresionante ajuar funerario asociado a las tumbas halladas en Kuntur Wasi y Cerro Blanco manifestarían un proceso acelerado de diferenciación social que expresaría la presencia de sociedades complejas, promotoras de la magnitud y calidad alcanzadas por la arquitectura monumental en la región.

Sin embargo, no queda muy claro el evento de Layzón, cuando gran parte de los centros ceremoniales son abandonados o sujetos a procesos de destrucción por parte de sus ocupantes. Se puede suponer la disgregación de las elites asociadas con el funcionamiento de los centros ceremoniales y la crisis del sistema religioso que los sustentaba y que permitía la integración de la población, como consecuencia de profundos cambios en el modo de vida, relacionados con la afirmación de una economía agropecuaria (Seki 1994; Matsumoto 1994). Sin embargo, la ausencia de mayores datos y especialmente de aquellos relacionados con la problemática de la evolución de los patrones de asentamiento —donde se vincule los sitios de aparente función pública con las características y contextos que presentan los sitios habitacionales contemporáneos— impide una mayor profundidad en el análisis sin arriesgar planteamientos especulativos.

[16] De acuerdo a los datos de Huacaloma, en los períodos tempranos se tendría un alto consumo de cérvidos y escaso de camélidos. Esta distancia se aminoraría en el Huacaloma Tardío, para luego revertirse dramáticamente en el período Layzón, donde decaería sustancialmente el consumo de cérvidos y sería mayoritario el de camélidos (Shimada 1985). Esta tendencia es totalmente plausible si se supone que los camélidos domésticos fueron introducidos a la región desde la sierra central. Sin embargo, es preciso advertir que estas tendencias en la composición de las subsistencias podrían haber sido acentuadas por el cambio de función del sitio de Huacaloma de ceremonial a habitacional, si se diera el caso, por ejemplo, de que el consumo de cérvidos estuviera asociado a fines rituales durante las fases tempranas.

Fondo Editorial PUCP

Pacopampa

Se trata de un sitio bastante representativo del Formativo de la sierra nor peruana, a unos 200 kilómetros al norte de Cajamarca, ubicado en la provincia de Chota. El sitio está emplazado sobre la cima de un cerro a 2.140 m.s.n.m., y corresponde a una estructura de tipo piramidal conformada por tres plataformas escalonadas, con el frente principal orientado hacia el este. Se señala (Silva Santisteban 1985; Rosas y Shady 1970) que ocupa un área de cerca de 600 por 200 metros y tendría una serie de rasgos arquitectónicos que lo vinculan con Chavín de Huántar, como la presencia de plazas rectangulares hundidas, escalinatas, canales de drenaje, columnas y cornisas líticas que presentan evidencias de talla. Igualmente, la presencia de monolitos tallados fue reportada en 1939 por Rafael Larco Hoyle, quien dio las primeras referencias sobre el sitio.

Las limitadas excavaciones desarrolladas por Rosa Fung (1976) se concentraron en la plaza cuadrangular hundida y un recinto ubicados sobre la tercera plataforma superior del templo. La plaza cuadrangular sobre la tercera plataforma tendría poco más de treinta metros de lado y dos escalinatas contrapuestas de cuatro metros de ancho en sus lados al este y oeste. Se señala que el paramento de los muros de la plaza estaba construido con grandes piedras dispuestas verticalmente, a modo de ortostatos, y separadas entre sí de uno a dos metros por un espacio en el que se dispusieron piedras en posición horizontal. El muro este de la plataforma superior, que tendría una extensión de 120 metros y una altura de tres metros en las partes mejor conservadas, está constituido por grandes bloques de dos a tres metros de largo dispuestos horizontalmente, separados por hiladas horizontales de piedras menores que miden de 50 a 80 centímetros de largo. Las piedras de los muros están acuñadas por piedras pequeñas o pachillas. De otro lado, las excavaciones en el área de estructuras sobre la tercera plataforma revelaron la presencia de dos canaletas de drenaje revestidas con lajas de piedra. Es interesante notar que estas dos canaletas corresponden a dos fases distintas y estarían señalando una evidencia preliminar de la existencia de superposiciones arquitectónicas. En cuanto a las columnas y cornisas o dinteles que se encuentran dispersos sobre la superficie de la tercera plataforma, podrían haberse relacionado con estructuras asociadas a la plaza cuadrangular hundida, de un modo semejante al que presenta la portada del Templo Nuevo de Chavín de Huantar (ibid: 139-140).

En lo que respecta a la secuencia del sitio, Fung (1976) plantea seis fases, la más temprana de las cuales (AB) se relacionaría con la cerámica Torrecitas-Chavín, un estilo que se supone anterior al Chavín clásico.

Los valles de Casma y Nepeña

Es innegable que en la costa norcentral los valles de la región de Casma presentan una realidad única y destacada durante el período histórico que nos ocupa. La gran cantidad de complejos ceremoniales, su alto grado de concentración en el territorio y las inusitadas dimensiones colosales alcanzadas por muchos de estos, ha llamado la atención de los estudiosos de la arquitectura monumental temprana y de los procesos iniciales que manifiestan el surgimiento de las primeras formaciones de carácter estatal.

Se puede inferir de esta realidad que la implementación de la economía agrícola fue en la región extraordinariamente exitosa, tanto como para generar la disponibilidad de ingentes cantidades de excedentes productivos, que no solo permitieran invertir notables recursos en la erección de estos colosales complejos, sino también sustentar el surgimiento y desarrollo de una compleja estructura social, manifiesta de manera patente en las extraordinarias características de su consistente urbanismo temprano. Es posible suponer que en este fenómeno regional intervinieran favorablemente una conjunción de factores de índole geográfico, histórico, económico y social. Entre estos, el que los valles relativamente pequeños de la región, como Casma y Sechín presentaran las condiciones más idóneas para la implementación de un sistema de irrigación artificial, cuyo desarrollo fuera factible a partir del bagaje tecnológico disponible, sin el requerimiento de grandes obras públicas de canalización y que, al mismo tiempo, no obligara a un sistema de administración de riego demasiado complejo, tal como el que exigirían valles de mayores proporciones. Estas favorables condiciones económicas debieron de reforzarse notablemente con la integración de una provechosa explotación de los recursos marinos, cuya variedad y abundancia en la zona es ampliamente reconocida.

Por otra parte, durante esta época la región debió constituir el centro de articulación de una serie de interrelaciones entre las regiones al norte, este y sur, con la difusión e intercambio no solo de valiosos recursos sino de tecnologías, conocimientos e ideas, que unidas a la existencia de un favorable substrato histórico en la región, hicie-

Fondo Editorial PUCP

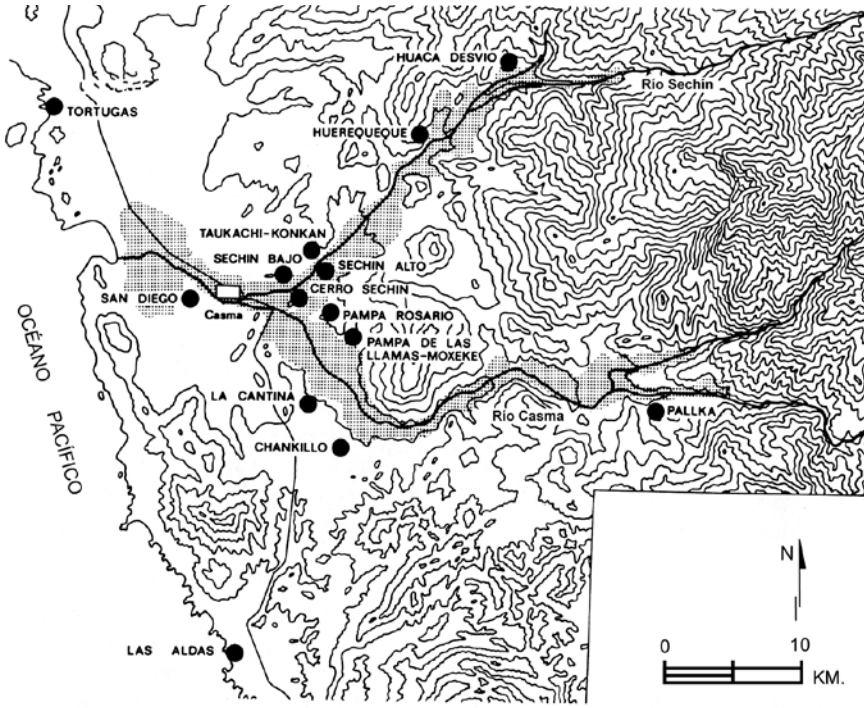


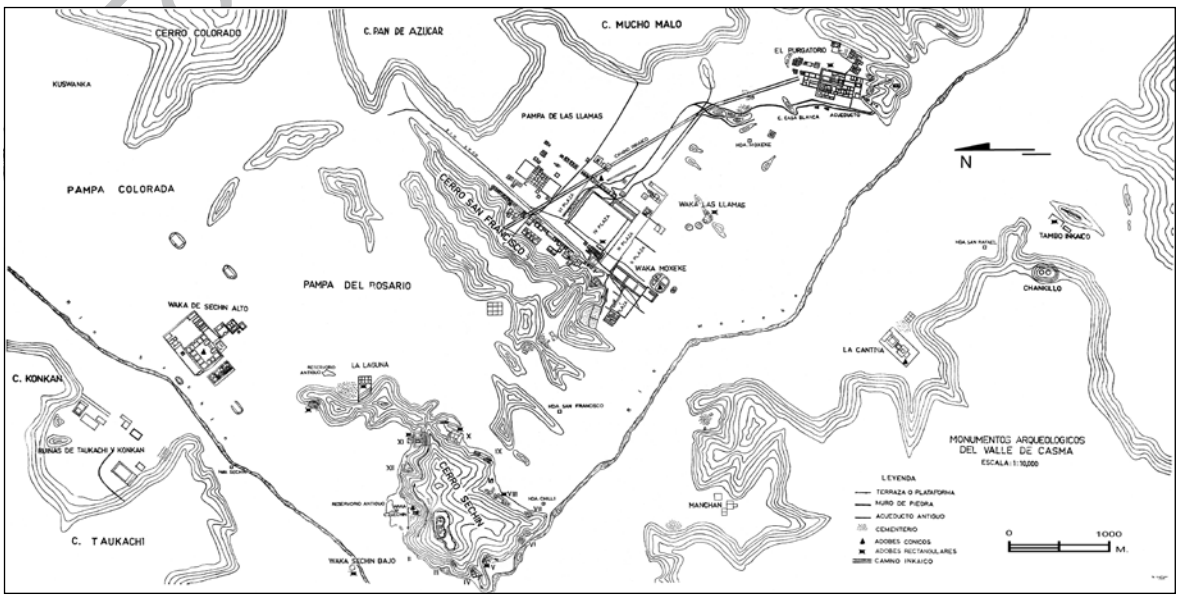
Fig. 116 – Sitios formativos de Casma (redibujado de Pozorski y Pozorski 1987: fig. 2).

ron que aflorara en Casma el más notable proceso de desarrollo de esos tiempos. Esta situación especial de los valles de Casma, en cuanto centro de articulación de diferentes tradiciones regionales, se puede percibir claramente también en la variedad formal de su arquitectura monumental, que nos muestra una extraordinaria síntesis de distintas tradiciones arquitectónicas, al igual que en el desarrollo de los patrones y materiales constructivos de sus edificaciones.

La gran mayoría de los complejos se encuentran localizados en la parte media de los valles de Casma y Sechín, entre quince a veinte kilómetros del litoral. Esta ubicación confirma también la importancia de la agricultura en la economía de estas sociedades, dado que los sitios principales están instalados en la zona más amplia y que concentra las mejores tierras productivas de estos valles. Una excepción especial es la del sitio de Las Aldas, cuyo complejo ceremonial se encuentra localizado en el litoral. Este tipo de sitios, ligados al litoral, independientemente de la función ceremonial o habitacional que tuvieran —como aparentemente es el caso de los ubicados en Punta El Huaro y en la bahía de Tortugas—, ilustran la existencia de una serie de asentamientos asociados al manejo

Fondo Editorial

Fig. 117 – Monumentos arqueológicos de los valles de Sechín y Casma en un mapa esquemático elaborado por D. Collier (Tello 1956: fig. 2).



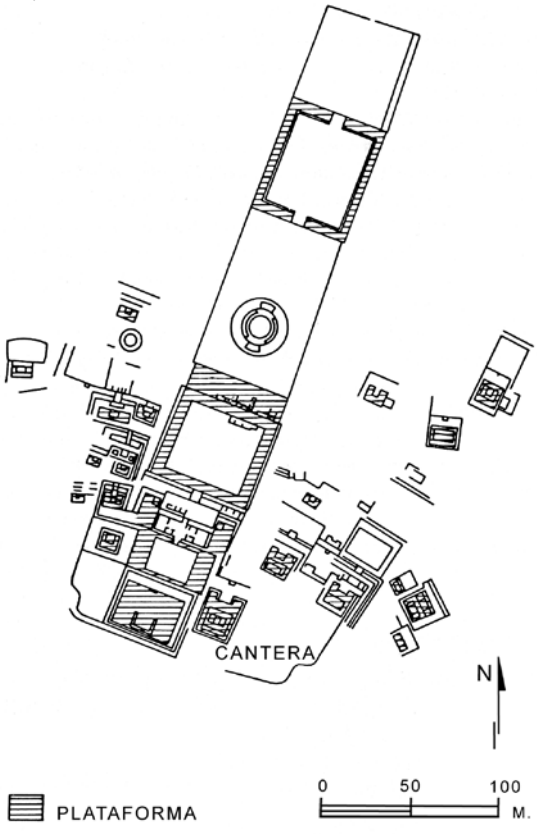
de los recursos marinos y de las vecinas lomas. Estos, dependieron para su subsistencia de las fuentes de agua de los valles y del intercambio o abastecimiento de los productos agrícolas que en ellos se producían, así como posiblemente también de otros como cerámica y textiles. En contrapartida, testimonio de estas relaciones se encuentran también en los sitios asentados en los valles, donde es abundante y recurrente la evidencia del consumo de productos marinos (Fung 1972; Pozorski y Pozorski 1987).

Las Aldas

Este importante sitio del Formativo se ubica en estrecha proximidad al litoral marino, unos veinte kilómetros al suroeste del valle de Casma, en una zona desértica y aparentemente alejada de fuentes de aprovisionamiento de agua. El sitio presenta una extensa área con densos basurales y vestigios de ocupación que corresponden tanto al período Precerámico como al Formativo. Sin embargo, la edificación central del templo presenta las características finales correspondientes a esta última ocupación. Las relativamente buenas condiciones de conservación del templo, y el hecho de que no haya sido mayormente alterado por ocupaciones posteriores, permite una buena aproximación a los rasgos principales que caracterizan la arquitectura monumental casmeña de este período.

El templo presenta un definido ordenamiento axial que alinea cuatro plazas consecutivas y culmina en el montículo piramidal —que se encuentra al sur oeste del complejo— a lo largo de más de 400 metros. Tanto al este como al oeste del templo se encuentran otros montículos menores que, con sus plataformas en forma de «U», parecen replicar en menor escala los rasgos dominantes de su arquitectura. El montículo del templo ha sido construido aprovechando la existencia de un promontorio natural que ha sido incorporando a su volumen, generando plataformas escalonadas mediante el desarrollo de muros de contención y rellenos constructivos. Las plataformas escalonadas presentan a su vez plataformas laterales, definiendo así una secuencia ascendente de atrios con planta en forma de «U» y escalinatas centrales, que permiten el ascenso hasta la cima. De esta manera, la cúspide del templo culmina asomándose dramáticamente sobre un brusco acantilado que se eleva sobre el mar y domina el paisaje del litoral. Al pie de la pirámide y en dirección noreste se desarrolla la secuencia de las cuatro plazas limitadas por el alineamiento de dos ejes paralelos separados unos setenta metros entre sí. Un primer gran patio tiene planta cuadrangular y está rodeado por sus cuatro lados por un grueso bordo sobreelevado, lo que produce la sensación de que este espacio es «hundido». La siguiente plaza es de planta rectangular y aparentemente ha sido simplemente nivelada y delimitada por un simple muro o alineamiento de piedras. Es notable la presencia en esta plaza, en posición alineada con el eje central y desplazada hacia el sur de esta, de un pozo circular hundido de unos dieciocho metros de diámetro que presenta dos escalinatas contrapuestas con la clásica forma definida en otros sitios del Precerámico Final.[17] Le sigue el desarrollo de una tercera plaza, tam-

Fig. 118 – Plano de Las Aldas (redibujado de Pozorski y Pozorski 1987: fig. 6).



[17] Como se ha visto en el capítulo anterior, estos pozos ceremoniales hundidos presentan de manera recurrente dos escalinatas contrapuestas —alineadas con el eje principal de los complejos— cuyos lados son convergentes hacia el centro del círculo, mientras que las gradas de trazo curvilíneo corresponden a secciones de arco, trazadas desde el mismo centro del círculo. Adicionalmente, como es el caso de Las Aldas, pueden también desarrollarse muros concéntricos al círculo, que lo enmarcan y resaltan aun más la sensación de espacio «hundido».

Fondo Editorial PUCP



Fig. 119 – Las Aldas. Vista panorámica del litoral marino desde la plataforma superior del templo, cuyo talud se aprecia en la esquina inferior izquierda de la fotografía (foto: J. Canziani).

bién en este caso con un muro perimétrico, pero con la presencia de dos accesos alineados con el eje del complejo. Finalmente se delinea una cuarta y última plaza de planta cuadrangular, al igual que la anterior. Se ha advertido también que, continuando con los dos ejes paralelos que delimitan la secuencia de plazas, se proyecta por más de un kilómetro hacia el noreste el trazo de un camino que se orienta hacia el valle de Casma. Se puede suponer que este constituía una suerte de camino ceremonial para quienes, llegando desde el valle, se aproximaban al templo (Fung 1972: 32).

Se han establecido para este complejo distintas fases de ocupación y claras evidencias de superposiciones arquitectónicas. Este es el caso de las excavaciones desarrolladas en la primera plataforma inferior y en una de las plataformas laterales del montículo, que permitieron establecer que fueron construidas con la técnica de las bolsas de junco rellenas de piedras y cascajo, conocidas como *shicras*. Estos datos, unidos a las asociaciones estratigráficas, permitirían suponer que estas estructuras corresponderían al final del Precerámico o a la primera fase con cerámica. La estratigrafía también revelaría que el pozo ceremonial e, inclusive, las plazas corresponderían a una intervención tardía, luego de que el templo tuviera un largo tiempo de funcionamiento (ibid.).

Cerro Sechín

Este es un sitio bastante conocido arqueológicamente, a partir de su descubrimiento por Julio C. Tello en 1937 (Tello 1956) y de las diferentes hipótesis e interpretaciones que se han planteado acerca de su función y el arte de su pintura mural y grabados escultóricos en piedra.

La plataforma correspondiente al edificio principal se ubica en el flanco norte y al pie de las laderas del Cerro Laguna, que se eleva 265 m.s.n.m., constituyéndose en un hito dominante en esta zona del valle de Sechín. La plataforma presenta una planta cuadrangular de unos 53 metros de lado con las esquinas redondeadas y se estima que debió de tener poco más de cuatro metros de alto. Posiblemente del lado sur de la plataforma se debieron desarrollar otras estructuras que le otorgaban una altura algo mayor (Samaniego, Vergara y Bischof 1985). La planta de la plataforma principal, delimitada por un muro

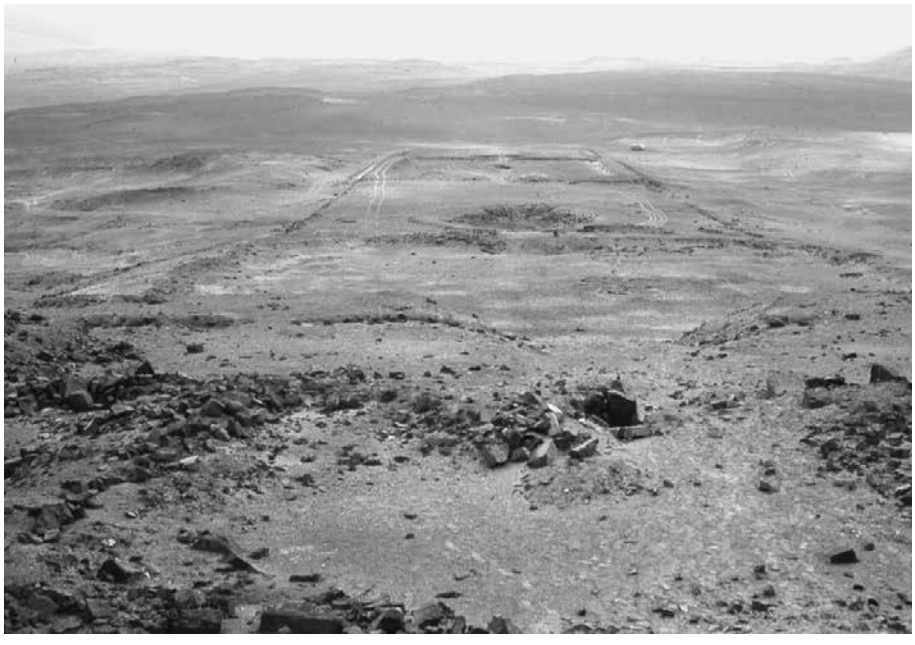


Fig. 120 –Las Aldas. Vista hacia el norte del templo en la que se aprecia la secuencia de plazas (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

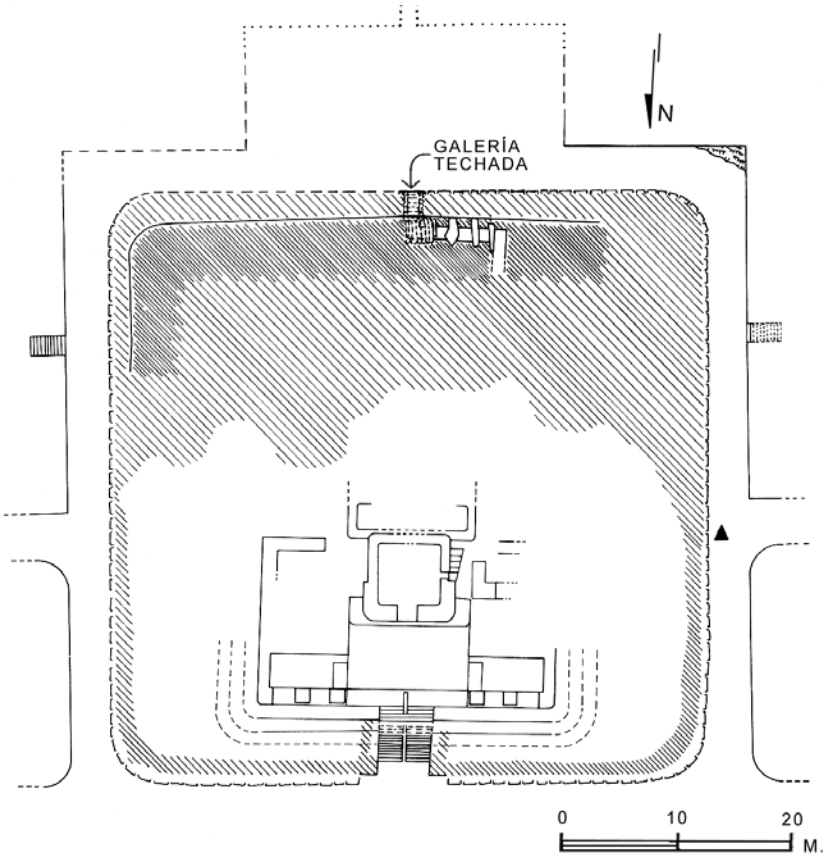


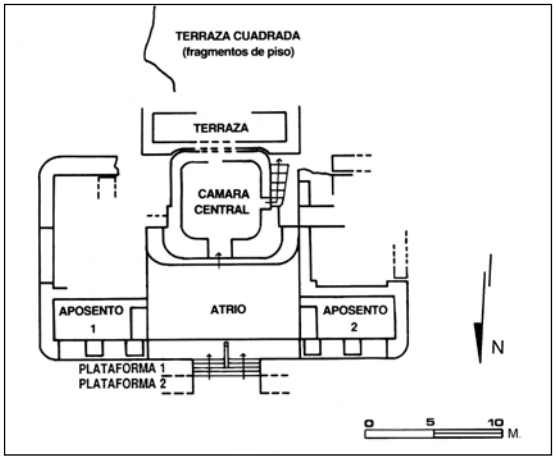
Fig. 121 – Plano de Cerro Sechín (redibujado de Samaniego *et al.* 1985: fig. 2).

de contención revestido por bloques de piedras grabadas, corresponde a una de las fases finales de la edificación, ya que existe una serie de evidencias de superposiciones con relación a edificios anteriores.

La edificación más antigua correspondería a un conjunto de estructuras dispuestas con una planta en forma de «U» y construidas con adobes cónicos sobre una pequeña plataforma escalonada, que en ese entonces alcanzaba unos 34 metros de lado. El elemento central de esta composición lo constituye una cámara de planta cuadrangular y esquinas redondeadas, a la cual lateralmente se adosaron recintos cuyos frentes presentaban pilastras. Estas estructuras, que se disponen a manera de brazos laterales, definen un atrio al que se accedía mediante una escalinata ubicada en el eje central del frontis de la plataforma. Llama la atención que esta escalinata presente un desarrollo bipartito, al estar dividida por una profunda ranura que marca físicamente el eje central de todo el conjunto. Aparentemente, en la parte sur de la plataforma existían estructuras dispuestas en un nivel más elevado, ya que la cámara central, además del acceso central, presenta un vano en su lado oeste que conduce a una escalinata, que permitía ascender hacia una terraza y a otras estructuras lamentablemente destruidas.

Estos edificios de adobe presentan un fino enlucido en barro e importantes evidencias de acabado con pintura y decoraciones con pintura mural. Este es el caso del recinto central y de los laterales que exhiben un acabado rosado al exterior y azul plomizo al interior. A ambos lados del acceso a la cámara central se encuentra evidencia de pintura mural, representando dos felinos dispuestos simétricamente mirando hacia

Fig. 122 – Plano del edificio temprano de Cerro Sechín (redibujado de Maldonado 1992: fig. 4).



Fondo Editorial UCP



Fig. 123 – Vista del edificio temprano de Cerro Sechín donde se aprecia la esquina curvada de la cámara central con evidencias de pintura mural y a la derecha, un bloque constructivo de adobes cónicos correspondiente a un sello de época posterior (foto: J. Canziani).

la entrada y que fueron pintados directamente sobre el enlucido de arcilla amarillenta en negro sólido, con las garras en tono naranja rojizo y blanco en las uñas, mientras que el resto del muro fue pintado de rosado. Otras importantes evidencias del acabado del templo se encontraron en uno de los pilares, cuyo frente tiene un motivo inciso en bajo relieve y pintado sobre el enlucido, con la representación de un personaje que es arrojado de cabeza en un aparente rito de sacrificio; al igual que la representación de peces en el frente de las plataformas correspondientes a la tercera fase de la edificación (ibid: 173-178).

Importantes y reveladoras evidencias de posteriores remodelaciones con diversas superposiciones arquitectónicas se observan con la presencia de rellenos constructivos de adobes cónicos y, especialmente, con el hallazgo de cuatro escalinatas superpuestas —todas con la junta demarcando el eje central— cada una de las cuales debió corresponder a las distintas fases de renovación y funcionamiento en la historia de la edificación ceremonial, al estar aparentemente asociadas con el ascenso a los distintos niveles que alcanzaron sucesivamente los respectivos pisos superiores en la plataforma principal. Además del crecimiento vertical de la plataforma principal esta se extendió horizontalmente en todos sus frentes, aumentando sustancialmente el área de la misma. Si bien la configuración en «U» de las estructuras dispuestas sobre la plataforma parece que se mantuvo durante las distintas fases, el frontis principal tuvo un tratamiento diferenciado con relación al primer edificio, que presentaba originalmente pilares y ambientes parcialmente abiertos en la fachada, ya que durante las posteriores fases la tendencia habría sido la de resaltar el carácter macizo de la plataforma, para culminar finalmente con el revestimiento lítico de la misma (Maldonado 1992; Fuchs 1997).

Efectivamente, en una de las últimas fases del templo se procedió a una ulterior ampliación de la plataforma, la que fue revestida con un muro lítico compuesto por piedras grabadas. Los motivos representados confluyen hacia la portada central en el frontis norte, donde se ubicaron recurrentemente las escalinatas centrales del templo, y remata a ambos flancos de esta con dos altos monolitos verticales grabados con el diseño de una suerte de estandarte, en otros monolitos verticales se representan guerreros de perfil, todos desfilando en dirección a la portada central, intercalados entre estos otros bloques con grabados

Fig. 124 – Escalinatas superpuestas en el frontis de Cerro Sechín. Cada una corresponde a los sucesivos niveles alcanzados por la plataforma del templo en la secuencia de remodelaciones de diferentes épocas (foto: J. Canziani).



Fondo Editorial PUCP

representando cuerpos humanos seccionados, así como cabezas, extremidades mutiladas, que parecen representar en conjunto el desfile victorioso de guerreros asociado al sacrificio de los vencidos. Resulta revelador que este desfile de guerreros se inicie a partir de las jambas de una portada que se encuentra al centro del frente sur de la plataforma y que daba acceso a una galería subterránea, como si se plasmara un desfile real que quizá se iniciaba con la salida de los guerreros desde esta galería para dirigirse en direcciones opuestas y alcanzar finalmente la portada central de acceso al templo (Fuchs 1997).

Justamente, para permitir la circulación en los frentes de los lados sur, este y oeste, se desarrolló un pasaje perimétrico que separaba, a su vez, la plataforma principal de plataformas laterales con esquinas rectangulares y escalinatas centrales y de dos plataformas cuadrangulares de esquinas redondeadas que se dispusieron a ambos lados en su extremo norte, conformando en el conjunto general una planta en «U» (Samaniego, Vergara y Bischof 1985: fig. 2). Si bien no se conocen mayores datos sobre la existencia de otras estructuras en el sector norte que pudieran haber correspondido al desarrollo de plazas u otras estructuras típicas de los complejos casmeños, no se debería descartar que estas también se hubieran dado, especialmente si se considera las observaciones hechas por el doctor Tello (1956: 104) —quien notó al norte del sitio una extensa explanada, a modo de plaza, donde existía la presencia de una depresión de unos 80 metros de lado y de tres metros de profundidad—, como si se tratara de una especie de reservorio.

Fig. 125a – Monolito del frontis de Cerro Sechín ubicado en el flanco de la portada de acceso y que parece representar un estandarte que encabezaba el desfile de los guerreros (Tello 1956: fig. 53).
Fig. 125 b – Monolito del frontis de Cerro Sechín representando un guerrero (Tello 1956: fig. 57).



Moxeke

Este importante sitio se localiza en una amplia quebrada lateral de la margen derecha del valle de Casma, a unos dieciocho kilómetros del mar. En los dos extremos del asentamiento destacan dos grandes montículos monumentales: la Huaca de Moxeke al suroeste y la Huaca A al noreste. Estos dos monumentos están alineados y comparten un mismo eje orientado 41º noreste, que alcanza más de 1.500 metros de longitud y que, a su vez, constituye el centro del marcado ordenamiento axial que presenta el complejo en todo su conjunto.[18] Entre los dos montículos principales se genera un vasto espacio, que está demarcado lateralmente por dos ejes paralelos al eje central, a lo largo de los cuales se alinean una serie de montículos y edificaciones menores que se disponen frente a frente a unos 600 metros de distancia entre sí. En este extenso espacio central, aparentemente libre de edificios, se aprecian vestigios de grandes plazas cuadrangulares (Tello 1956: 49-53, fig. 2; Pozorski y Pozorski 1989: fig. 1).

La pirámide de Moxeke se ubica al suroeste, con un destacado volumen de unos 160 por 170 metros de lado y unos 30 metros de alto. Presenta una planta rectangular con esquinas redondeadas y una secuencia de plataformas escalonadas. En el frontis principal del lado noreste, las plataformas generan sucesivos entrantes o atrios, definidos por brazos laterales, en cuyo eje central se observó la existencia de una serie de escalinatas. Quizá el hallazgo más espectacular reportado por el equipo dirigido por el doctor Julio C. Tello, estuvo conformado por esculturas antropomorfas de gran tamaño alojadas en gigantescos nichos, en el nivel de la tercera

[18] Estos ejes son consistentes en su orientación, siendo dominante en los complejos del valle de Sechín (Sechín Alto, Taukachi, Sechín Bajo) de 32º NE; mientras que en los del Casma (Moxeke, La Cantina) es de 41º NE.

Editorial PUCP

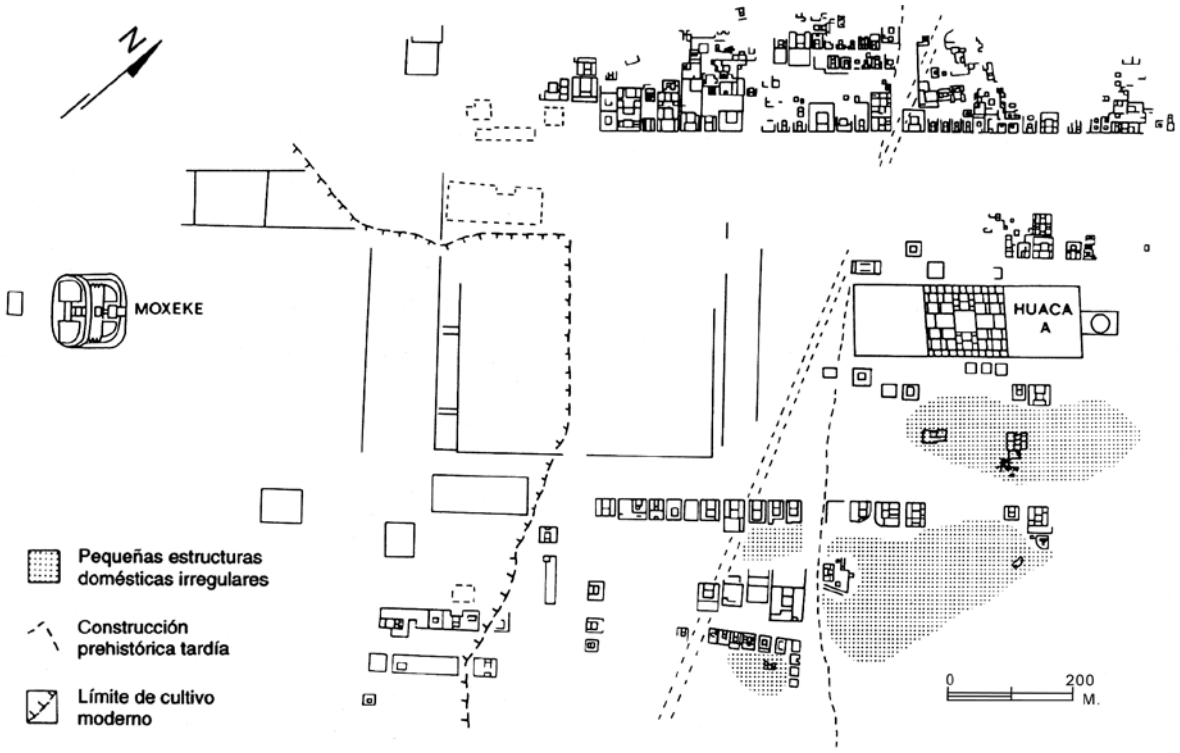


Fig. 126 – Plano general de Moxeke (Pozorski y Pozorski 1994: fig. 2).

plataforma de la esquina norte del montículo. Estas estaban intercaladas con paneles decorados con relieves. Tanto los relieves como las esculturas fueron finamente enlucidas con barro y pintadas con rojo, azul, blanco y negro (Tello 1956: 60-64).

En cuanto a los materiales constructivos, existen evidencias tanto del empleo de la piedra como de los adobes cónicos. De acuerdo a lo reportado por las excavaciones del doctor Tello, se puede suponer que las fases más tempranas de la edificación fueron construidas con adobes cónicos y que a una de estas se asociaría el acabado de la tercera plataforma con los grandes ídolos y la decoración policroma. En este caso —como en la escalinata central y el vestíbulo— Tello observó claramente que los ídolos fueron cubiertos intencionalmente con el agregado de nuevas estructuras, las que aparentemente estaban asociadas al empleo de piedras y al revestimiento del edificio

Fondo Editorial



Fig. 127 – Vista panorámica hacia el norte del complejo desde la pirámide de Moxeke. Sobre la línea de los cultivos relativamente recientes, que han desdibujado las plazas, se aprecia el volumen de la Huaca A (foto: J. Canziani).

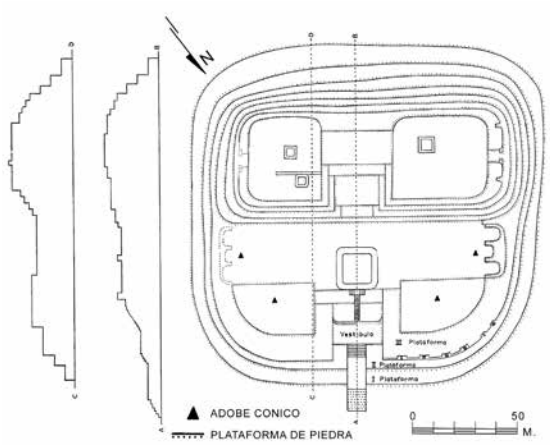


Fig. 128 – Plano de la pirámide de Moxeke (Tello 1956: fig. 25).

con bloques megalíticos (ibid: 56-64, fig. 25). La pirámide de Moxeke, por lo tanto, no sería ajena a la difundida tradición de las superposiciones arquitectónicas, que implicaban el sucesivo relleno y sello de las estructuras que culminaban su vigencia, para sobre estas erigir las nuevas estructuras que conformarían una versión renovada de la edificación monumental.

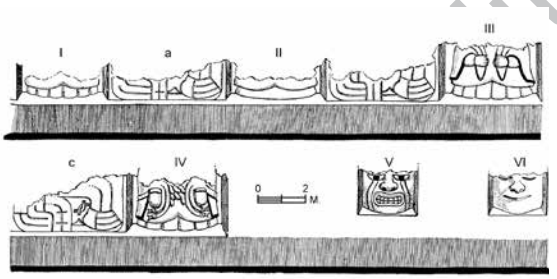


Fig. 129 – Distribución de los ídolos escultóricos en la esquina noroeste del frontis de la pirámide de Moxeke (Tello 1956: fig. 27).

La Huaca A se localiza en el otro extremo del sitio, hacia el interior de la quebrada y a unos 1.300 metros de la pirámide de Moxeke. Su plataforma, de planta cuasi cuadrangular, tiene 135 por 120 metros de lado y unos 12 metros de alto y, en sus lados de los extremos al suroeste y noreste, se le adosan sendas plazas cuadrangulares hundidas. Adicionalmente, la plaza hundida ubicada al noreste presenta el adosamiento de una plataforma baja en la cual se hallaron evidencias de que en ella se encontraba inscrito un pozo circular hundido.

El planeamiento de la arquitectura que se encuentra sobre la plataforma es bastante complejo y denso, desarrollándose a partir de un esquema



Fig. 130 – El doctor Julio C. Tello al pie de uno de los grandes ídolos (IV) expuesto por sus excavaciones en el frontis de la pirámide de Moxeke (Archivo Tello).

planificado de simetría bipartita y contrapuesta, con relación a los ejes longitudinal y transversal de la plataforma. A lo largo del eje longitudinal de la plataforma A —que coincide con el eje principal del sitio— se ubican los frontis principales, que están orientados de forma contrapuesta mirando hacia las plazas hundidas. El acceso a estos atrios, desde las respectivas plazas hundidas, se resolvía mediante largas escalinatas centrales. A partir de estos atrios contrapuestos se ingresaba a amplias cámaras o recintos que presentan esquinas redondeadas y nichos, las que, a su vez, se encuentran

Fig. 131 – El ídolo III del frontis de la pirámide de Moxeke (Archivo Tello).



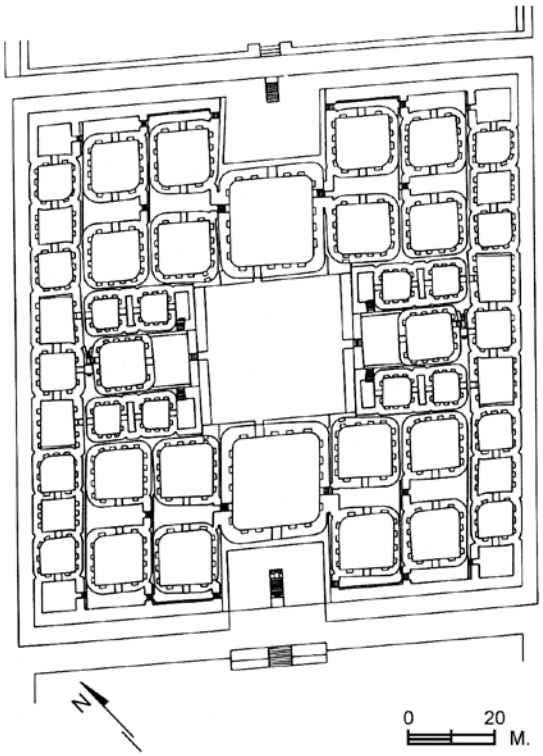


Fig. 132 – Plano de la Huaca A de Moxeke (Pozorski y Pozorski 1994: fig. 3).

flanqueadas por otras cámaras de rasgos similares pero de menor tamaño, en cuya agregación se percibe recurrentemente un ordenamiento que define plantas en forma de «U». Este patrón es remarcado por la progresiva elevación ascendente de los niveles de los recintos que conforman los respectivos brazos laterales de estas composiciones en forma de «U». Al centro se encuentra un gran patio rodeado de banquetas, a partir del cual y ordenándose simétricamente a lo largo de un eje transversal, se organizan dos atrios contrapuestos —al noroeste y sureste— con sus respectivas series de cámaras que repiten básicamente la misma forma de disposición en «U» (Pozorski y Pozorski 1987: 30-45; Pozorski y Pozorski 1989: fig. 5). De las 46 cámaras con nichos y cenefas, 38 presentan esquinas redondeadas (ibid. 1989: fig. 8), expresando un fuerte parentesco con las que caracterizan a la tradición Mito, con la salvedad de que aparentemente no presentan las clásicas banquetas interiores ni el fogón central. Cabe preguntarse si estas cámaras, especialmente las de grandes dimensiones, estuvieron techadas como corresponde a las que están afiliadas a esta tradición. Una reconstrucción puede ayudarnos a establecer hipotéticamente cuales recintos pudieron estar techados y cuales constituyeron espacios libres o áreas de circulación.

Las excavaciones desarrolladas en la Huaca A registraron en los atrios de los frontis noreste y suroeste la existencia de banquetas y de frisos decorativos en relieve que se conservaban tan solo en la base de los paramentos exteriores de los recintos centrales (Pozorski y Pozorski 1994: fig. 4). En cuanto al sistema constructivo, aparentemente la plataforma fue hecha con piedra y mortero de barro. Sin embargo, la presencia de adobes cónicos lleva a suponer que estos también fueron utilizados en la construcción de los muros de los recintos. En los acabados de las estructuras se aplicó finalmente un fino enlucido de barro y pintura blanca a los muros y pisos (Pozorski y Pozorski 1989: 20).

Los montículos y edificaciones menores, alineados a ambos flancos del eje central del sitio, aparentemente también tuvieron una función



Fig. 133 – Vista desde el suroeste de la Huaca A. En primer plano se observa la plaza hundida (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

de carácter público y presentan construcciones sobre plataformas bajas, con el característico ordenamiento de un recinto o cámara central con esquinas redondeadas, a veces con dos brazos laterales formando un atrio con planta en «U», siempre dentro de un esquema de simetría bilateral (ibid 1989: fig. 6 y 7). Estas edificaciones parecen estar asociadas a otras de aparente carácter residencial y de cierto nivel de estatus, ya que presentan orientación y características constructivas similares a la arquitectura pública menor. Mientras que otros sectores revelarían una ocupación doméstica de bajo estatus y se caracterizan porque se concentran aisladamente de la arquitectura pública. Aquí, las estructuras son más pequeñas e irregulares, y constructivamente presentan cimientos de piedra que posiblemente servían de base a estructuras de quincha u otros materiales perecederos (Pozorski y Pozorski 1987: 36-38).

En Moxeke se puede advertir un magnífico ordenamiento urbanístico cuya compleja configuración elabora de manera magistral el modelo de planeamiento axial propio de los complejos casmeños de la época, presentando además la singular variante de emplazar a los dos edificios principales a los extremos del eje principal que organiza espacialmente el asentamiento.[19] A su vez, estos dos edificios exhiben una impresionante arquitectura monumental, cuya configuración es radicalmente distinta. En este contrapunto dual tenemos, por una parte, una construcción piramidal cuya configuración formal, acabados y rasgos decorativos podrían estar señalando una función predominantemente política ceremonial; mientras que la especial configuración de la Huaca A presenta rasgos formales muy especiales, con un denso despliegue de cámaras dispuestas en un intrincado ordenamiento simétrico. A partir de la constatación de esta diversidad arquitectónica se puede deducir que los respectivos edificios debieron responder a funciones bastante distintas entre sí. Esta diferenciación se pudo manifestar tanto en el ámbito de las actividades ceremoniales desarrolladas en la pirámide de Moxeke y en la Huaca A, o quizá —como se ha sugerido recientemente— pudiera la primera haber concentrado las actividades ceremoniales, mientras la segunda pudiera haber respondido a determinadas funciones de carácter político administrativo, planteándose la posibilidad de que las estructuras de la Huaca A sirvieran para fines de almacenamiento (Pozorski y Pozorski 2000).[20] En todo caso, el planeamiento complejo con ejes de simetría contrapuestos y desarrollo modular que exhibe la Huaca A constituiría uno de los casos más tempranos y extraordinarios de planificación integral en el diseño arquitectónico.

De otro lado, las edificaciones públicas de carácter menor, localizadas a lo largo del eje del sitio, podrían estar indicando el desarrollo de actividades segregadas a personajes de menor rango, en cuanto espacios de tratativa o acopio de bienes, y por lo tanto quizá supeditados funcionalmente a las actividades desarrolladas en los edificios públicos de mayor jerarquía (ibid.). De las diferencias morfológicas y funcionales apreciadas en las edificaciones públicas de Moxeke se puede deducir una organización social compleja y jerarquizada, con la presencia de diferentes estamentos cumpliendo diferentes actividades especializadas. La relevante presencia de una serie de elementos novedosos, como los aquí reseñados, podrían estar señalando la temprana presencia de una formación de carácter estatal, una de cuyas sedes privilegiadas debió ser evidentemente Moxeke.

Sechín Alto

Se trata del complejo de mayor envergadura presente en los valles de Casma, cuyo eje principal supera los 1.500 metros y está presidido por

[19] En casos tan sobresalientes como Moxeke se puede advertir que el manejo del lenguaje arquitectónico y urbanístico es bidireccional. Es decir, no solo la edificación piramidal estuvo diseñada para la exaltación de los rituales que sobre esta se desarrollaban y lograr así un sobrecogedor impacto entre quienes eran convocados a asistir a estos desde las plazas y otros espacios públicos; también podemos colocarnos virtualmente en la posición de quienes desde lo alto de la pirámide oficiaban los rituales y contemplaban el orden establecido, plasmado en la espectacular perspectiva urbana de las enormes plazas alineadas y flanqueadas por los montículos y edificios públicos, y que culminaba a una considerable distancia en la imponente mole de la Huaca A. Esta impresionante visión, por cierto, debió contribuir a legitimar, ante sí mismas, el enorme poder ejercido por las clases dominantes, en cuanto debieron asumirse portadoras de una cosmología capaz de imponer un orden social, materializado en el ordenamiento urbano que se afirma en el paisaje y la naturaleza indómita del valle.

[20] El ordenamiento dual de Moxeke-Pampa de las Llamas, donde se podría estar manifestando la configuración de una especial diferenciación y complementariedad entre las actividades ceremoniales y seculares desplegadas por parte de la elite urbana, representaría así un temprano antecedente de la organización que se hipotetiza para asentamientos urbanos más tardíos, como es el caso de las Huacas del Sol y la Luna para Moche.

Fondo Editorial PUCP

una monumental pirámide, cuya envergadura la hace la mayor construida en el Perú y en América del Sur. Efectivamente, su planta cubre un área de 250 por 300 metros, con unos 35 metros de alto, de lo que resulta un volumen colosal de aproximadamente 1'350.000 m^3. Está pirámide, si bien está bastante erosionada, muestra claras evidencias de plataformas escalonadas y la sucesión de una serie de atrios dispuestos en forma de «U» en el frontis principal orientado hacia el noreste, a los cuales se debió de acceder mediante amplias escalinatas. Las plataformas que se encuentran en su base muestran paramentos megalíticos construidos con gigantescos bloques de piedra canteada, mientras que las partes altas y el núcleo central están constituidos por estructuras de adobes cónicos que, se presume, podrían corresponder a las fases tempranas de la edificación (Tello 1956: 79-83; Fung y Williams 1977; Pozorski y Pozorski 1987).

En la parte posterior de la pirámide, y separada de esta por un corredor, se encuentra una plataforma alargada de planta rectangular (250 por 50 metros), sobre la cual se erigieron tres



Fig. 134 – Sechín Alto. Foto aérea (Servicio Aerofotográfico Nacional).

Fondo Editorial PUCP

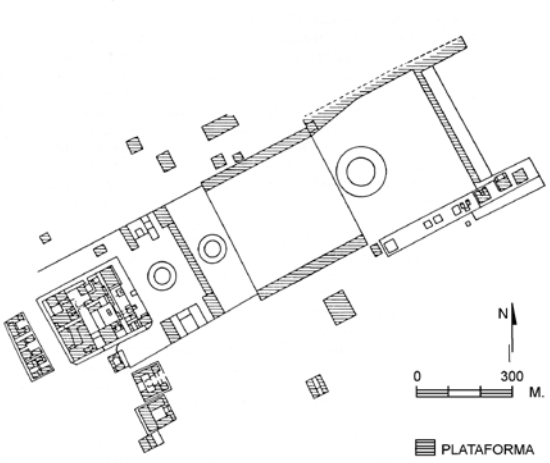


Fig. 135 – Sechín Alto. Plano general (redibujado de Pozorski y Pozorski 1987: fig. 46).

estructuras que revelan también una disposición con planta en «U». Frente a la pirámide principal se desarrollan a lo largo del eje central del sitio un conjunto de plazas que comprenden un área de unos 1.100 metros de largo y 400 de ancho, que se encuentran flanqueadas por montículos menores o delimitadas por plataformas laterales y pequeñas estructuras piramidales que replican o componen configuraciones en forma de «U». Dentro de las plazas y alineados a lo largo del mismo eje central del complejo se encuentran las evidencias de por lo menos tres grandes pozos circulares hundidos que van de 50 a 80 metros de diámetro (Fung y Williams 1977: 114-116).

Existen otros complejos no menos importantes que sería extenso detallar y que ilustran tanto la persistencia de los patrones arquitectónicos y urbanísticos de la región de Casma, como la variabilidad e inusitada riqueza formal que cada uno de estos conjuntos despliega en su planteamiento específico. Este es el caso de Taukachi-Konkán, que se ubica en proximidad de Sechín Alto en una quebrada lateral de la margen derecha del

Fig. 136 – Sechín Alto. Detalle de los rellenos constructivos elaborados con adobes cónicos (foto: J. Canziani).





Fig. 137 – Sechín Alto. Paramentos líticos elaborados con grandes bloques de piedra canteada en el frontis de la pirámide (foto: J. Canziani).

río Sechín. Tanto su orientación como el ordenamiento general del conjunto parecen replicar muchas de las características de Sechín Alto. La pirámide principal tiene una estructura escalonada con plataformas laterales más elevadas, lo que genera una disposición con atrios en «U» en los distintos niveles. También presenta, como Sechín Alto, una plataforma posterior separada de la principal por un estrecho corredor. Frente a este grupo de estructuras —Taukachi—, que aparentemente correspondieron al núcleo de las edificaciones principales del complejo, se encuentran evidencias de plazas y pozos ceremoniales hundidos alineados a lo largo del eje principal del sitio. A semejanza del planteamiento dual de Moxeke, al otro extremo del sitio se encuentra otro núcleo importante de edificaciones —Konkán—. Sin embargo, se advierten también algunas variantes, como es el caso de esta última agrupación que parece ordenarse siguiendo tanto un eje lateral, paralelo al principal, como otro transversal orientado al sureste, a lo largo del cual se ordena una pirámide secundaria con plataformas dispuestas en «U» y dos pozos ceremoniales que se encuentran frente a esta (ibid: 116-118).

Recientes trabajos en el sector de Taukachi, al oeste del complejo, revelan que el montículo mayor estuvo divido en tres secciones: la primera, al este, habría presentado una plazoleta o gran patio; la segunda presenta un atrio con columnatas que daban acceso a cámaras con nichos y columnas dispuestas con un planteamiento en «U», similar al de la Huaca A en Moxeke, mientras que el frontis de estas cámaras hacia la plazoleta también estaba flanqueado por una columnata; y, finalmente, la tercera sección al oeste con ambientes dispuestos también en «U» alrededor de un espacio central y que presentarían evidencias de acabados menos cuidados y de

Fondo Editorial PUCP

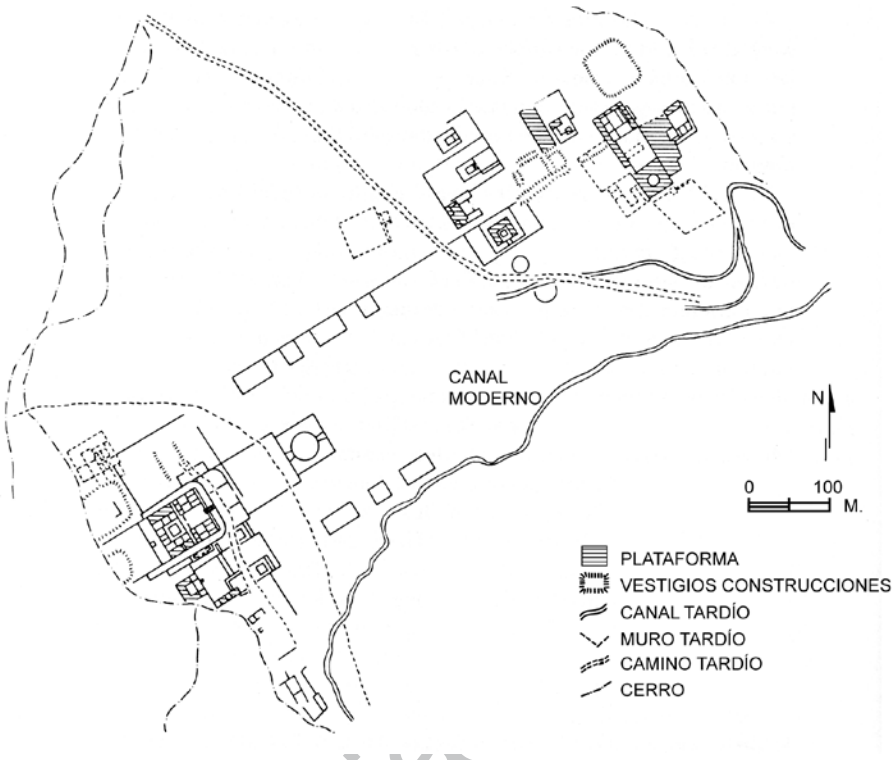


Fig. 138 – Taukachi-Konkán. Plano general (redibujado de Pozorski y Pozorski 1987: fig. 47).

la preparación de alimentos (Pozorski y Pozorski 2000: fig. 6).[21]

Sechín Bajo presenta una pirámide con el característico escalonamiento de plataformas dispuestas con planta en «U» y con la recurrente orientación 32º noreste, frente a la cual se presenta una extensa plaza y dos pozos ceremoniales.[22] La Cantina presenta una plataforma principal ubicada en el extremo suroeste del complejo, a la cual se le adosa una plataforma baja en la parte posterior; mientras que a lo largo del eje principal orientado 41º hacia el noreste —al igual que Moxeke— se suceden tres plazas cuadrangulares que incrementan sus dimensiones conforme se distancian de la plataforma principal. El complejo tiene la particularidad de encontrase al centro de un gran recinto amurallado que lo circunscribe. Algo diferente presenta el complejo de Pallka, en la margen izquierda de la parte media del valle de Casma, con una orientación este-oeste, y una pirámide de planta rectangular con plataformas escalonadas y ascendentes de este a oeste en la cual se observan restos de recintos y de patios hundidos; mientras que adosada a la esquina suroeste se halla una plataforma baja en la cual se halla inscrito un pozo ceremonial.

Cerro Blanco y Punkurí en Nepeña

En el valle de Nepeña, unos treinta kilómetros al norte del valle de Casma, se encuentran dos notables sitios formativos: Cerro Blanco y Punkurí, que se localizan en el llano aluvial del valle medio, la zona agrícola más extensa e importante del valle. Estos dos sitios, si bien no alcanzan lejanamente las colosales dimensiones de los complejos del valle de Casma, reúnen excepcionales evidencias que permiten enriquecer

[21] Sobre la base de estas evidencias, que expresan una evidente diferenciación funcional, se ha propuesto que este sector del complejo operaba como un «palacio residencial», con una zona dedicada a actividades públicas, posiblemente para el almacenamiento y la recepción de visitantes; mientras la sección al oeste habría estado destinada a funciones residenciales y a actividades domésticas (Pozorski y Pozorski 2000). La hipótesis es muy sugerente, sin embargo, debemos asumirla con cautela, ya que la simple preparación de alimentos no es necesaria evidencia «domestica» o residencial, y bien podría tratarse de ambientes dedicados a actividades de servicio de las desarrolladas en los ambientes principales, de lo que podría resultar un ámbito íntegramente público para la edificación.

[22] Recientes investigaciones en Sechín Bajo han revelado la presencia de una arquitectura pública de notable sofisticación en su planeamiento y rasgos arquitectónicos, que evidencia una secuencia de edificios realizados en distintos momentos constructivos. Es de destacar, que estos corresponden mayormente al Precerámico y que tienen como antecedente más temprano una plaza circular fechada en 3500 años a.C. (Fuchs *et al.* 2008).

Fondo Editorial

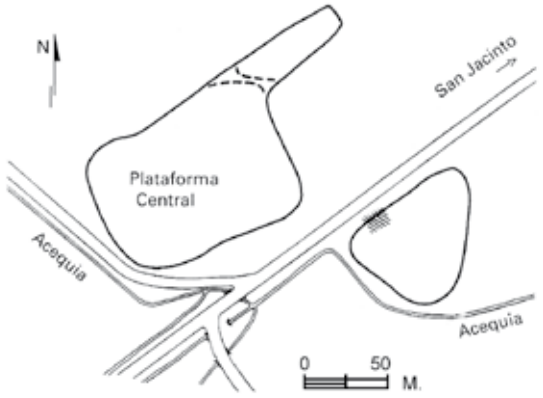
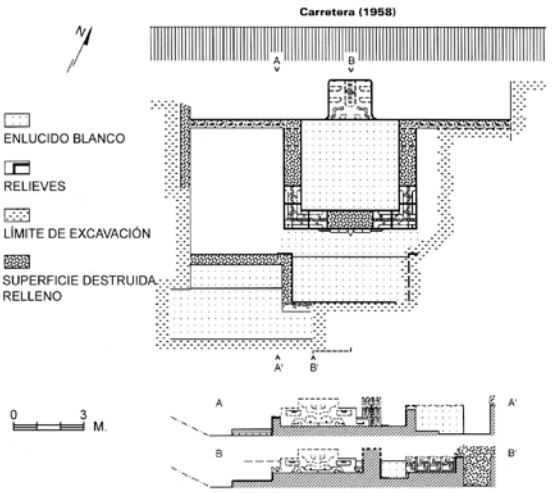


Fig. 139 – Cerro Blanco. Plano general del complejo y ubicación del atrio lateral excavado por Tello (redibujado de Bishof 1997: fig. 14).

la apreciación de las sorprendentes características de estos complejos ceremoniales y su arquitectura monumental. Cerro Blanco ocupa un sitial importante en la arqueología peruana, ya que fue excavado a inicios de los años treinta por Julio C. Tello y fue posteriormente objeto de estudios y de la atención de otros destacados investigadores. El complejo presenta una planta con forma en «U» orientada hacia el noreste, con unos 200 metros de largo y 190 metros de ancho, con el cuerpo central ubicado al suroeste. Aparentemente, el planteamiento podría haber sido asimétrico, ya que es notable que el brazo del lado sureste tiene mayores dimensiones. Este montículo hoy en día se encuentra separado del resto del complejo por el paso de una carretera. Fue en este en el que se descubrieron casualmente evidencias de estructuras con relieves, lo que posteriormente dio lugar a los trabajos desarrollados por el equipo del doctor Tello.

Fig. 140 – Cerro Blanco. Plano, cortes y elevaciones del atrio lateral (redibujado de Bishof 1997: fig. 15).



El área excavada, relativamente pequeña en relación a la extensión del sitio, corresponde a un pequeño atrio lateral que se abre en dirección a la plaza central del complejo. Lo extraordinario del área expuesta por las excavaciones es que puso a la luz un sofisticado arte mural acabado con pintura policroma, que no solo representaba seres míticos y motivos con el clásico estilo de Chavín, sino que este tratamiento se enmarca en la clara intención de «zoomorfizar» el atrio mediante la elaborada decoración con relieves de sus elementos arquitectónicos. Con esta finalidad, en el frontis del atrio se dispuso en una posición central una pequeña plataforma baja decorada mediante relieves con los atributos que corresponderían a la mandíbula superior de este ser mítico con rasgos propios de un caimán o lagarto. Los muros centrales y laterales del atrio, de baja altura y con un tratamiento escalonado, sirvieron para la representación por ambas caras del rostro del ser con atributos felínicos, mientras que la cabecera de los muros, al igual que los paramentos de los muros posteriores, incorporaron motivos referidos a garras, fauces o plumaje. De esta manera, la arquitectura del atrio y sus relieves buscaba expresar las fauces y la compleja corporeidad de la divinidad (Bischof 1997).

Para la construcción de los muros se empleó piedra canteada y guijarros unidos con mortero de barro. Luego los muros recibieron un enlucido de barro marrón. Las incisiones que delinean los relieves fueron ejecutadas sobre una capa adicional de enlucido, utilizando una técnica de excisión de notable plasticidad, muy similar a la que caracteriza a la cerámica de estilo Chavín. Una vez realizadas las incisiones, que revelan una gran destreza y pleno dominio de los temas representados por parte de sus artífices, los relieves fueron pintados de forma policroma con rosado, rojo oscuro, naranja, blanco y negro (ibid).

Fig. 141 – Cerro Blanco. Relieves modelados en barro con la imagen del ser supranatural representado en los muros interiores y exteriores del atrio lateral (Bishof 1997: fig. 7. Foto del archivo Tello del Museo Nacional de Antropología y Arqueología).



Fondo Editorial PUCP

Punkurí

Este sitio se ubica también en el piso del valle medio de Nepeña, a poco más de cinco kilómetros al noreste de Cerro Blanco, al que aparentemente antecedió cronológicamente. Se trata de un montículo de planta cuadrangular en el cual las excavaciones del doctor Tello definieron la presencia de tres plataformas que formaban parte de un atrio de unos veinticinco metros de largo (Larco 2001: fig. 19-20). El atrio, limitado lateralmente por muros inclinados a modo de «rampas», presentaba en su eje central escalinatas de acceso. La escalinata entre la segunda y tercera plataforma se caracterizaba por tener una planta trapezoidal y por hallarse en ella una gran cabeza de felino modelada en barro y pintada. La disposición de la cabeza hecha en bulto, al igual que los dos bloques inferiores donde se han representado las extremidades anteriores con las garras levantadas, en una posición central con relación a la escalinata, restringe el paso sin impedirlo, evidenciando la intención amenazante del ídolo felínico, cual si fuera un fiero custodio del ingreso a los sectores más sacros del templo, que debieron encontrase sobre las plataformas más elevadas (Tello 1967).

Recientes estudios del sitio han permitido establecer por lo menos tres grandes secuencias de remodelaciones asociadas a superposiciones arquitectónicas (Vega Centeno 1999). En el marco de esta lectura se puede suponer que el hallazgo de un entierro frente al ídolo felínico[23] habría formado

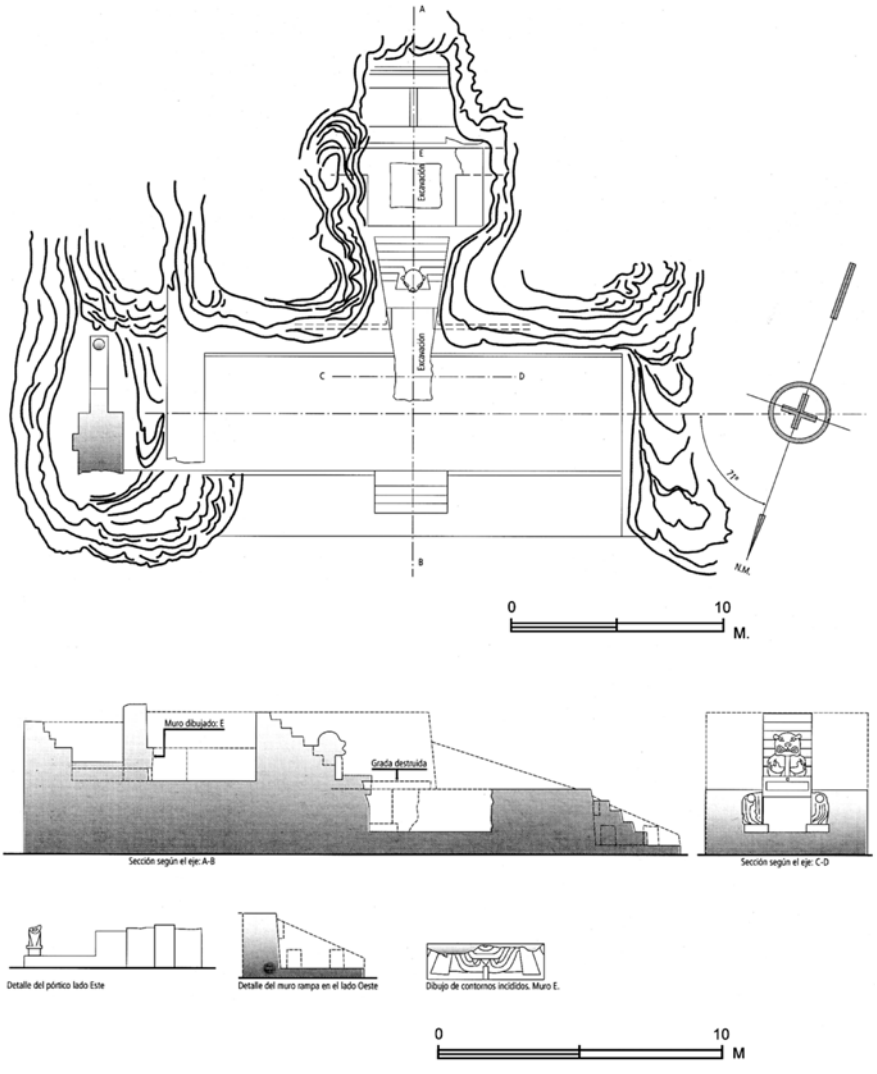


Fig. 142 – Punkurí. Plano, cortes y elevaciones del atrio del templo (redibujado de Larco 2001: fig. 20).

[23] El enterramiento excavado por Tello en 1933 correspondía a un individuo de sexo femenino, cuyos huesos se encontraban cubiertos con pigmento rojo, y que estaba adornado con una gran cantidad de cuentas de turquesa, además de estar asociado a un mortero decorado con el estilo clásico de Chavín, un *Strombus*, dos *Spondylus*, caracoles terrestres y huesos de cuy y ave (Tello 1967: 68; Vega Centeno 1999: 6).



Fig. 143 – Punkurí. Felino escultórico modelado en barro en la escalinata central del templo (Larco 2001: fig. 22).

parte de un ritual con ofrendas en el momento de levantar la segunda plataforma, la cual selló las estructuras que hacían parte de la primera plataforma. Algunos de los paramentos de los muros estuvieron decorados con relieves incisos y modelados, los que fueron pintados con diversos colores. Igualmente, cabe destacar que en el frente este del atrio se hallaron evidencias de un pórtico lateral, cuyo vano estaba flanqueado por dos columnas levantadas sobre muretes bajos que delimitaban el acceso. De otro lado, la construcción de las estructuras se habría realizado sobre la base de adobes cónicos en las fases tempranas, a los que se le habrían superpuesto estructuras construidas con adobes plano convexos.

Chankillo

Este monumento no está claramente fechado. Sin embargo, algunos estudiosos presentan argumentos para ubicarlo a fines del Formativo, o inclusive a inicios del período subsiguiente (Fung y Pimentel 1973). El sitio presenta características extraordinarias y una inserción espectacular en el paisaje desértico, caracterizado por la presencia de promontorios rocosos cuyas elevaciones dominan la margen izquierda del valle de Casma, unos veinte kilómetros al sureste de su desembocadura en el mar.

Los amurallamientos de esta excepcional edificación se desarrollan alrededor de una de estas elevaciones. Las tres murallas exteriores presentan en planta un trazo concéntrico de forma oval. La primera muralla externa, que encierra todo el complejo, tiene en el eje longitudinal norte-sur unos 320 metros y alcanzaría unos 280 metros en la parte más ancha del ovalo, que corresponde al sector sur del mismo.[24] Adicionalmente, en la zona central se desarrollan dos amurallamientos circulares, cada uno compuesto por dos murallas también concéntricas, mientras que hacia el sur se ubica un recinto de planta rectangular subdividido por muros de trazo ortogonal.

La primera y segunda muralla son las de mayor grosor y superan los seis metros de ancho. Este notable grosor habría sido logrado de una forma singular, al construir tres muros paralelos separados entre sí, para luego proceder a rellenar los dos espacios de separación entre los muros con piedras sueltas y cascajo. Los muros son de piedra y mortero de barro, habiéndose dispuesto los bloques con la cara plana hacia el paramento, con la ayuda de pequeñas cuñas de piedra o pachillas. En algunas partes de las murallas, donde los paramentos se conservaron protegidos de la erosión, se evidencia que fueron acabadas aplicándoles un enlucido de barro y pintura amarilla (ibid: 74).

Otro aspecto extraordinario de Chankillo lo constituye su especial sistema de acceso para trasponer las murallas. En el caso de la primera y de la segunda muralla —las de mayor espesor—, los accesos forman galerías que atraviesan el ancho de las murallas y presentan techos elaborados con vigas labradas de algarrobo. Pero estos accesos no son directos, ya que fueron hábilmente restringidos mediante diferentes soluciones. En el caso de los cinco accesos de la primera muralla se antepuso un muro de cierre, mientras que la proyección a ambos lados de dos machones generaban un obligado recorrido laberíntico. En el caso de los cuatro accesos de la segunda muralla, el recorrido

[24] Esta dimensiones aproximadas las hemos establecido tentativamente, a partir de las mediciones registradas para las portadas y el grosor de las murallas por Fung y Pimentel (1973: fig. 2), y proyectándolas a la escala de la planta de la edificación en las fotos aéreas disponibles.

Fondo Editorial PUCP

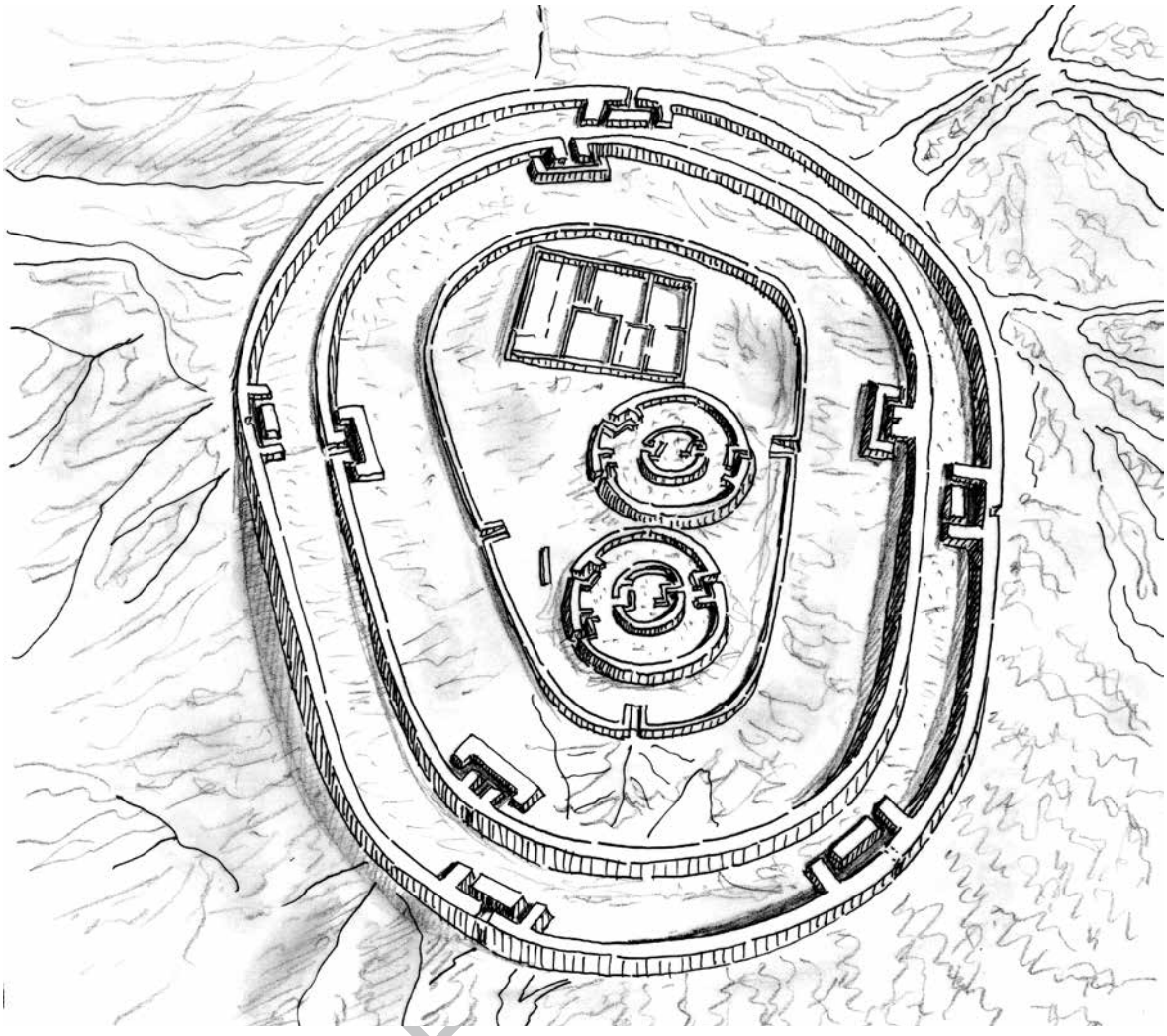


Fig. 144 – Chankillo. Dibujo reconstructivo sobre foto aérea oblicua (Bridges 1990) del complejo amurallado visto desde el norte (Canziani).

de la galería se prolongó mediante el agregado de dos machones, a los cuales se les antepuso un muro en forma de «C».[25] La tercera muralla era de menor grosor y altura, y se superaba mediante tres corredores que contenían escalinatas, mientras que el acceso a las murallas circulares del sector central se resolvía mediante escalinatas y pasajes con un trazo en forma de «Z».

Un detalle interesante documentado en algunas de las portadas de acceso es la presencia de cajuelas o pequeños nichos en las que se aloja un vástago de piedra vertical (ibid: fotos 2-5). Estas cajuelas se disponen a ambos lados de las jambas de las portadas y se supone que pudieron haber servido para asegurar algún sistema de cierre de las mismas. Sin embargo, el hecho de que estas se encuentren dispuestas en el paramento exterior de las murallas plantearía la interrogante sobre el hecho de que el cierre, en este caso, debía de realizarse necesariamente desde el exterior de las murallas.

Los evidentes atributos defensivos de Chankillo y su posición estratégica dan cuenta del término «fortaleza» con el cual se conoce popularmente al sitio. Sin embargo, la extraordinaria calidad de su planeamiento y construcción, la notable cantidad de recursos invertida en su construcción, así como la proximidad de otras edificaciones que se encuentran al este del sitio —como los enigmáticos trece torreones de difícil asignación funcional— no descartarían la posibilidad de que el complejo tuviera una función de índole ceremonial, quizá combinada con la de carácter defensivo.

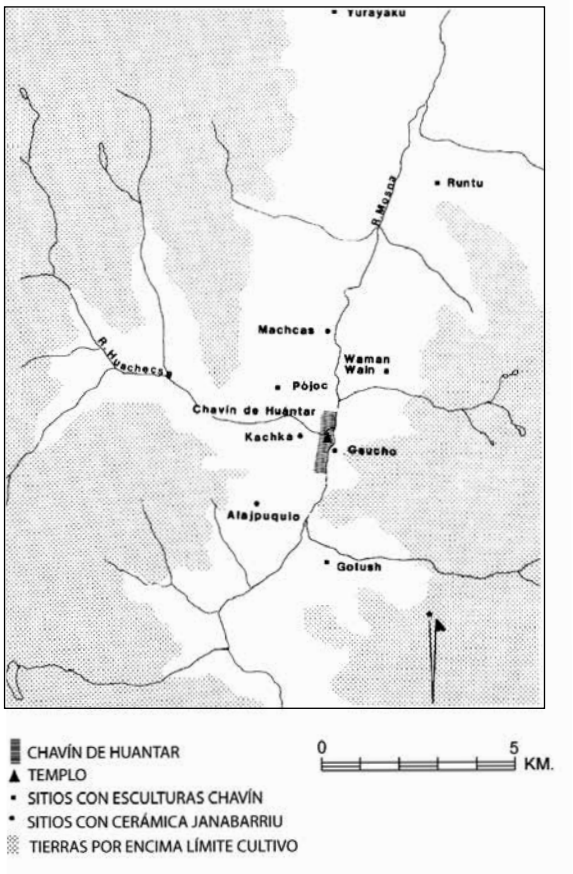
[25] Hay que destacar que además de los recorridos laberínticos se explotó los sucesivos e intensos contrastes lumínicos entre los soleados paramentos exteriores, las oscuras galerías techadas de los accesos, que terminaban enfrentadas nuevamente a la luminosidad de los muros de cierre, aumentando la sensación de desconcierto y temor de quienes se atrevieran a transponerlos. Este efecto debió ser acentuado al encontrarse los accesos en posiciones desfasadas, y al variar sus formas de recorrido laberíntico de muralla a muralla.

Chavín de Huántar

Chavín de Huántar, enclavado en el corazón de los Andes centrales, representa un sitio emblemático de la arqueología andina y un referente obligado para los estudiosos del período Formativo, en cuanto es el centro de un fenómeno que si bien no puede restringirse al complejo monumental, innegablemente tuvo en este su principal centro propulsor. Por lo tanto, el estudio de un sitio de tanta relevancia constituye una clave central para el esclarecimiento de su problemática y no menos enigmática realidad. En este sentido, Chavín de Huántar es el centro de un extenso debate que ha eslabonado por décadas la temática, por cierto polémica, de los orígenes de la civilización en los Andes y el rol preponderante desempeñado por Chavín en este proceso (Lumbreras 1989; 2007). Dada la extensa bibliografía disponible sobre este importante complejo monumental, nos limitaremos aquí a tratar algunos de sus aspectos más relevantes.

Chavín de Huántar tiene una localización muy especial, ubicado a 3.180 m.s.n.m. en el Callejón de Conchucos, un estrecho valle separado de la costa por dos importantes cadenas montañosas, la Cordillera Blanca y la Cordillera Negra, e igualmente de la Amazonía por la cadena central y oriental. Sin embargo, Chavín constituye un punto estratégico que representa un «nudo de caminos» que conducen y articulan con relativa facilidad —en los términos correspondientes a esa época— las regiones orientales de Huánuco, el Alto Huallaga y la cuenca del Marañón y, a través de esta vía, la Amazonía, los valles altoandinos de la región nor central y norte que conducen a la cuenca de Cajamarca y, desde allí, a la costa norte y a los valles de La Libertad y Lambayeque. Cruzando hacia el oeste las dos cordilleras se puede acceder a las cuencas de los valles de Casma o, más al sur, a las de los ríos Fortaleza, Pativilca y Huaura, que dan acceso hacia los valles de Lima. Evidentemente esto hace de Chavín un ámbito muy especial que puede dar a entender su localización puntual en un estrecho valle, como es el de Conchucos, cuya modesta capacidad productiva evidentemente no puede explicar el esplendor monumental de este extraordinario complejo arqueológico.

Fig. 145 – Chavín de Huántar y sitios asociados en sus inmediaciones en el Callejón de Conchucos (redibujado de Burger 1995: 190).



Chavín de Huántar, en este punto neurálgico de los Andes centrales, se convirtió en el principal oráculo de su tiempo. Como consecuencia de ello, no solo fue el centro de irradiación de trascendentes influencias durante el Formativo, también fue el centro donde confluyeron ideas, técnicas y estilos desde diferentes y lejanas regiones, como posiblemente las gentes que de ellas provenían, portando en largos peregrinajes los dones y ofrendas a sus dioses y, por su intermediación, a los sacerdotes y oficiantes que operaban en sus templos. Como bien dice Lumbreras (1989: 22-23), en Chavín se amalgaman las conquistas de los antiguos agricultores de la vertiente oriental, el dominio técnico y conocimiento astronómico de las sociedades costeñas, con la recia vitalidad de los pastores *llakuash* de las punas altoandinas. De otro lado, es verosímil que muchos de estos contactos e intercambios —documentados en una gran variedad de productos exóticos de carácter suntuario y de sofisticada elaboración— se generaran en una amplia esfera de interacción, que pudo muy bien tener como protagonistas a una serie de lejanos centros ceremoniales, tanto de la costa como de la propia sierra, tal como ha sido sugerido a propósito de los materiales hallados en la galería de Las Ofrendas.

Chavín de Huántar tendría un rol especialmente significativo en el Área de Integración Central (Lumbreras 1981) con estrechas relacio-

Editorial PUCP

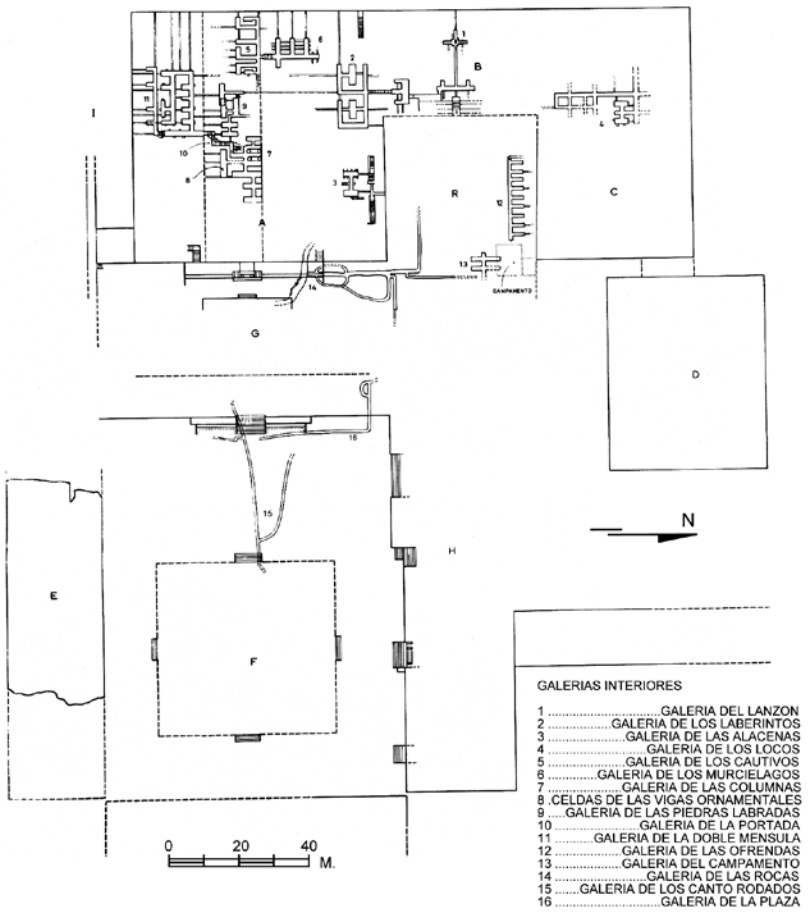


Fig. 146 – Chavín de Huántar. Plano general con los principales sistemas de galerías (redibujado de Lumbreras 1971: fig. 2).

nes con los valles costeños de Casma, Supe y la comarca de Lima, sin olvidar los de la vertiente oriental de los Andes; al igual que contactos de mayor distancia —y no por esto de menor peso— con la costa norte y los valles de la cuenca de Cajamarca, al igual que con Paracas en la costa sur. Estas relaciones y contactos están bien documentados, como hemos visto, con la presencia e intercambio de recursos exóticos y, especialmente, de productos elaborados como la cerámica. Pero también estas relaciones e influencias se perciben en la organización espacial y en la propia arquitectura, donde muchos de los rasgos, recursos técnicos y formales presentes en Chavín de Huántar, encuentran estrechas afinidades con la arquitectura monumental presente en estas otras regiones.[26] Sin embargo, la arquitectura de Chavín, al igual que su arte escultórico, revela innegablemente un carácter único e inigualable, no solo por su sobresaliente y refinada ejecución, sino por sus singulares atributos que manifiesta un proceso creativo propio y original, por cuanto no presenta claros antecedentes ni términos de comparación directa fuera de su contexto específico (Lumbreras 1989: 91-114).

Aparentemente, las edificaciones más antiguas del complejo de Chavín de Huántar corresponden al sector que se denomina Templo Viejo, un conjunto de estructuras que presentan una planta en «U» abierta hacia el este, en cuyo atrio se inscribe una plaza circular hundida de veintiún metros de diámetro con escalinatas contrapuestas y alineadas siguiendo el eje principal del edificio. Las plataformas masivas que conforman el cuerpo central y los brazos laterales están recorridas internamente por galerías subterráneas. La más importante se aloja dentro del cuerpo central y está alineada con el eje principal del templo. En su interior se encuentra enclavada la celebre escultura monumental llamada Lanzón de Cha-

[26] Entre estos podríamos citar el desarrollo de plataformas piramidales, el ordenamiento axial y el manejo de la planta en «U», el despliegue espacial de terrazas, plazas circulares y cuadrangulares hundidas, conectadas mediante escalinatas que demarcan los ejes de la organización espacial, la conformación de atrios con portadas integradas por columnatas y dinteles, la decoración de los paramentos con motivos escultóricos y relieves, etcétera.

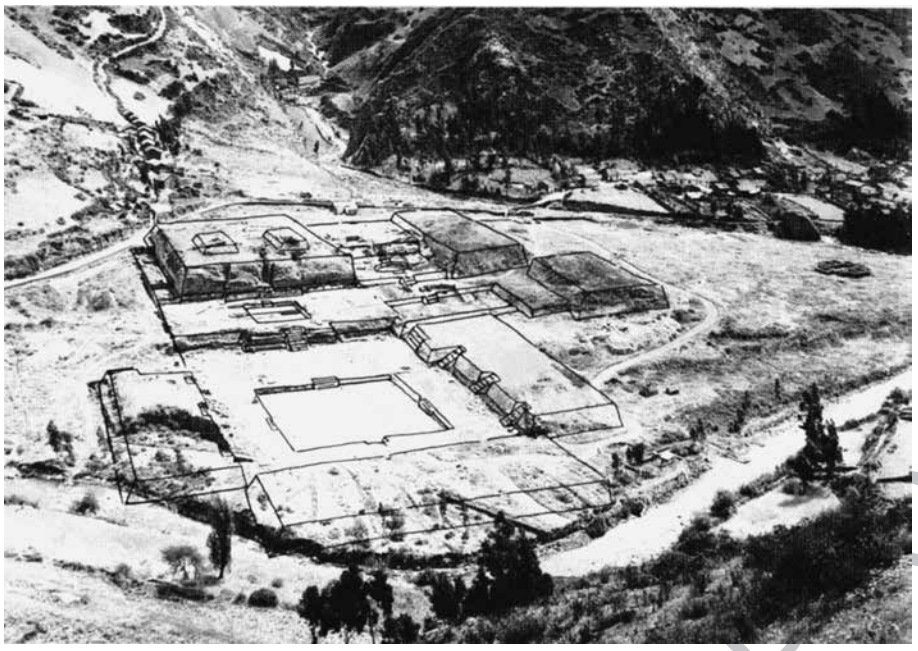


Fig. 147 – Chavín de Huántar. Dibujo reconstructivo sobre fotografía (Reinhard) del centro ceremonial visto desde el este.

vín, con la representación de un ser supranatural de rasgos fieros que correspondería a una época temprana, de acuerdo a la secuencia de la litoescultura propuesta por John Rowe (1967a). Las excavaciones conducidas por Lumbreras (1989) en el atrio del Templo Viejo documentaron las características excepcionales de la arquitectura de la plaza circular, cuyos paramentos fueron revestidos con lápidas talladas con representaciones de felinos y de personajes antropomorfos, algunos desfilando tocando *pututos* o sosteniendo en sus manos el cactus del San Pedro, de conocido efecto alucinógeno. Además se excavaron y definieron las características de la galería de Las Ofrendas, al norte, y parcialmente de Las Caracolas,[27] al sur, ubicadas dentro de la terraza que se construyó para enmarcar la plaza circular. Estos trabajos permitieron a Lumbreras establecer que la plaza circular y la plataforma que la enmarca, así como las galerías asociadas, constituirían una remodelación más tardía del atrio del Templo Viejo.

Este señalamiento, como otros en dirección similar, abre una serie de perspectivas sobre el desarrollo y secuencia de las superposiciones arquitectónicas desde las fases más tempranas del

Fig. 148 – Chavín de Huántar. Plano del atrio del Templo Viejo con la plaza circular (Lumbreras 1989: fig. 12).

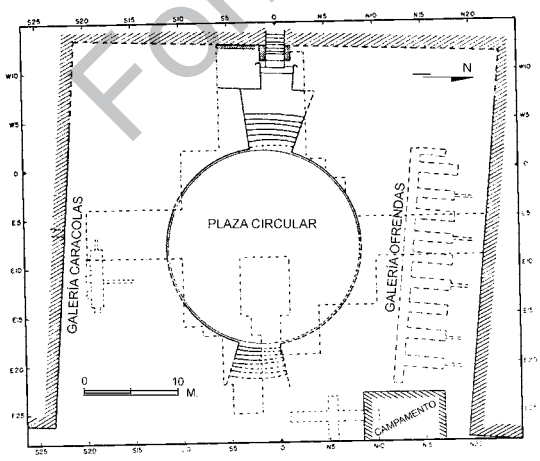


Fig. 149 – Chavín de Huántar. Detalle de la escalinata oeste de la plaza circular en el Atrio del Templo Viejo (foto: J. Canziani).



[27] Recientes excavaciones conducidas por J. Rick han documentado en esta galería un conjunto de caracolas de *Strombus*, modificadas para servir de instrumentos de viento conocidos como *pututos* y que, en algunos casos, exhiben decoración grabada en sus superficies. Este conjunto de artefactos, depositados en esta galería, aparentemente representaron el elemento central de una ofrenda ritual que debió de tener una connotación muy especial (Rick 2001: comunicación personal).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 150 – Chavín de Huántar. Vista del frontis del Templo Nuevo en el cual se aprecia los adosamientos al brazo sur del Templo Viejo de las sucesivas ampliaciones constructivas (foto: J. Canziani).

sitio.[28] En el caso de Chavín de Huántar destaca la particularidad de que estas superposiciones se realizan tanto en sentido vertical, pero principalmente en el sentido horizontal, con el adosamiento de nuevas secciones a las plataformas originales en los distintos eventos de remodelación.

Si bien se postulan hipótesis sobre la evolución y desarrollo urbanístico del complejo monumental, la mayoría de investigadores coincide en apreciar que el llamado Templo Nuevo surge a partir de un nuevo planeamiento, que habría tomado forma mediante el agregado de por lo menos dos grandes ampliaciones que progresivamente se adosaron a la plataforma original del brazo sur del Templo Viejo, transformándola así en el cuerpo central de un renovado planteamiento en el que se reitera la disposición de la planta en «U» y el ordenamiento axial (Rowe 1967a). Este nuevo atrio es mucho más amplio que el anterior y está definido por una primera terraza, delimitada en sus lados norte y sur por las plataformas F y E, y en la que se inscribe una plaza cuadrangular hundida de unos cincuenta metros de lado con escalinatas al eje de sus cuatro lados. Hacia el oeste se desarrolla una segunda terraza más elevada y al pie de la plataforma del Templo Nuevo, a la que se accede por medio de una gran escalinata alineada con el nuevo eje principal y que está materialmente dividida por este en dos mitades, las cuales se elaboraron en dos distintos tonos de piedra.

Sobre la segunda terraza se desarrolla lo que parece haber sido una pequeña plaza hundida que se encuentra frente a la Portada de las Falcónidas. Esta daba acceso —mediante un sistema de escalinatas y pasajes incorporados a una suerte de gran zócalo de la plataforma— a las galerías interiores del Templo Nuevo. La Portada de Las Falcónidas, además de sus escalinatas, presenta dos columnas cilíndricas monolíticas y un gran dintel que fueron labrados finamente con motivos de aves rapaces antropomorfas. Al igual que en el caso de la gran escalinata, en la ejecución de la Portada de Las Falcónidas también se dividió el lado sur, elaborado con piedras blancas de arenisca, del lado norte realizado con piedras calcáreas oscuras, lo que evidencia el marcado significado simbólico de la organización dual del espacio del templo. La plataforma del Templo Nuevo alcanzó en su base 70,9 metros en el frente este y 72,6 metros en el del lado sur, con una altura que se estima en unos 12 a 15 metros (Rowe 1967a; Lumbreras 1989; Rick *et al.* 1998).

Rick *et al.* (1998: 194) señalan en este caso, cómo en el del Templo Viejo el desarrollo de un rígido planteamiento simétrico, que se distorsionaría tan solo ante la eventualidad de reutilizar estructuras preexistentes. Sin embargo, Lumbreras (1989: 26-28) sugiere la evolución del complejo

[28] La existencia de superposiciones arquitectónicas fue inicialmente advertida por el doctor Julio C Tello (1960). Luego, fueron sistematizadas en una interesante propuesta por John H. Rowe (1962; 1967a), quien las relacionó con la secuencia planteada para la evolución estilística de las piedras labradas. Recientemente, esta secuencia ha sido revisada y puesta en discusión por el equipo de investigadores dirigido por John Rick (Rick *et al.* 1998).

Fondo Editorial PUCP

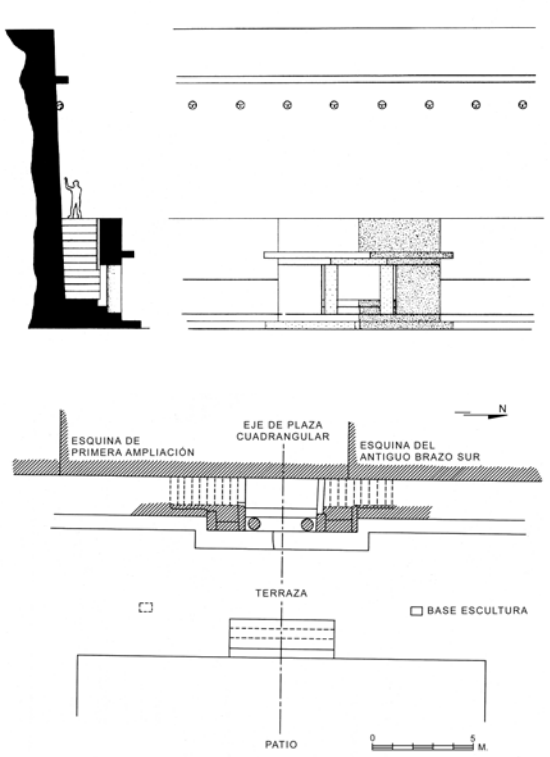


Fig. 151 – Chavín de Huántar. Plano de planta, elevación y corte de la Portada de las Falcónidas en el eje central del Templo Nuevo (redibujado de Rowe 1967a: figs. 3 y 4).

a partir de un posible esquema original que no excluye la asimetría, en el cual al Templo Viejo se le habría agregado una plataforma en el lado noreste (D) y, a una cierta distancia un brazo al sureste (E). Este último brazo se incorporaría luego al desarrollo del planteamiento en «U» del Templo Nuevo, desempeñando el rol de brazo sur del nuevo atrio y de la plaza cuadrangular inscrita en él. Queda poco clara la posición de la terraza al este del atrio del Templo Viejo, a menos que fuera parte de la remodelación posterior del mismo que plantea Lumbreras y que habría luego servido, mediante su proyección al este, como brazo norte del nuevo atrio del Templo Nuevo.[29]

Los recientes trabajos del equipo conducido por Rick, dirigidos al levantamiento de planos mucho más precisos y detallados de los edificios de Chavín, al igual que al examen de la secuencia de adosamientos observables en las juntas de los paramentos exteriores, como en el interior de las galerías, les ha permitido plantear una revisión de la secuencia asumida tradicionalmente. Es especialmente interesante la hipótesis propuesta en el sentido de que la sección (NEA), correspondiente a la esquina noreste del brazo sur del Templo Viejo, podría representar la edificación más antigua del complejo. Bajo esta hipótesis se señala que la edificación original podría haber tenido la configuración de una plataforma de planta casi cuadrangular, de 39,4 metros en el lado norte y 34,7 metros en el este, con una portada principal en su frente norte, correspondiente a la denominada Galería de la Escalinata (ibid.). Bajo este concepto se sugiere que las estructuras más antiguas podrían no haber conformado necesariamente una planta en «U» e inclusive haber tenido una orientación dirigida hacia el norte, de modo tal que la planta en «U» y la orientación dominante hacia el este del Templo Viejo podrían haber sido resultantes de una evolución posterior. Estas interesantes hipótesis, que convalidan en gran parte las propuestas anteriormente establecidas, tienen la virtud de ofrecer un análisis más fino de la secuencia evolutiva del complejo en sus fases tempranas, lo que ofrece una promisoria veta de investigación.

La técnica constructiva de las plataformas de Chavín de Huántar reviste una serie de aspectos singulares en su concepción, como también en dar solución a los problemas estructurales planteados por las propias características constructivas de las plataformas y frente a las condiciones ambientales locales de relativa humedad, lo que hace de este monumento un caso bastante distinto con relación a obras semejantes desarrolladas en la costa. Las plataformas de Chavín fueron construidas mediante muros de contención de grandes dimensiones, cuyos paramentos presentan un marcado talud con el propósito de resistir los empujes laterales de los voluminosos rellenos constructivos que contienen. Por otra parte, dentro de los rellenos de las plataformas se planificó la generación de una intrincada red de galerías, mediante la construcción de muros de contención paralelos que formaron pasajes, cubiertos con grandes vigas o losas de piedra y que luego, con la posterior disposición de los rellenos constructivos, quedaron incorporadas dentro de las plataformas asumiendo la condición de «subterráneas».

Estas galerías, además de las diversas funciones que cumplieron y que examinaremos más

[29] Esta configuración en «U» del Templo Nuevo, donde la plataforma (E) al sureste es exenta, es decir, que se dispone libre de adosamientos con relación al cuerpo central o a las terrazas asociadas a este, es bastante semejante a la organización de muchos complejos costeños de la época, tales como Cerro Blanco en Nepeña, Huacoy, Garagay y Cardal en la comarca de Lima.

Fondo Editorial PUCP

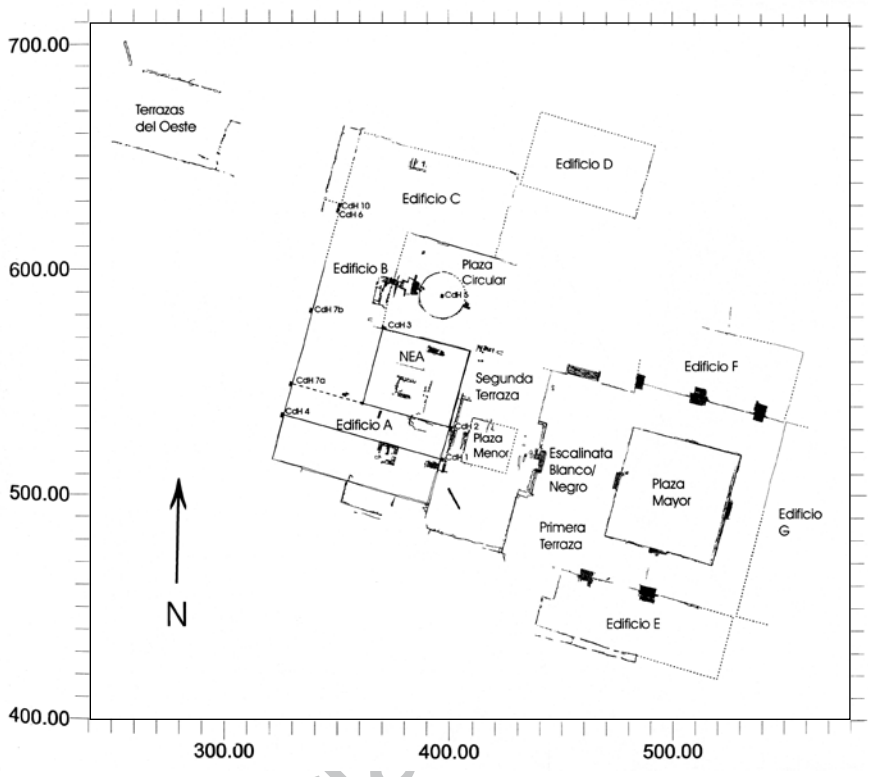


Fig. 152 – Chavín de Huántar. Plano general con indicación de la posible secuencia de evolución a partir de un edificio (NEA) aún más temprano que el Templo Viejo de planta en «U» (Rick *et al.* 1998: fig. 5).

adelante, permitieron aligerar la masa estructural de los rellenos y por lo tanto la presión lateral ejercida por estos sobre los muros de contención. Paralelamente, estas galerías estuvieron complementadas con una compleja red de ductos de ventilación que las conectaban entre sí y con el exterior, permitiendo airear estos espacios interiores y reducir significativamente la incidencia de la humedad en el cuerpo de las plataformas. Además de este sistema de ventilación, en el interior de las plataformas se diseñó un complejo sistema de ductos de drenaje cuya función era eliminar el agua que pudiera infiltrarse en las galerías y en los propios rellenos constructivos. Esta estrategia combinada de ventilación y drenaje estuvo diseñada, aparentemente, para controlar el nivel de humedad en el volumen de las plataformas, ya que de saturarse estas de agua se hubieran generado empujes laterales de tal magnitud que los muros de contención no hubieran estado en condiciones de resistir, con el consiguiente riesgo de colapso del edificio.

En cuanto a los rellenos constructivos, los autores que han examinado el monumento señalan genéricamente que estos están constituidos por piedras y barro o tierra. Sin embargo, una observación detenida permite advertir que estos no han sido dispuestos desordenadamente, lo que sería propio de la acción de «vaciar» un relleno y que da como resultante la mezcla aleatoria de los materiales. Por el contrario, en el caso de los rellenos constructivos de las plataformas se observa claramente que los materiales han sido dispuestos concertadamente en este tipo de estructuras. Se aprecia así que piedras seleccionadas por su tamaño mediano han sido empleadas como elemento constructivo, disponiéndolas en hiladas sucesivas, a la vez que se les incorporaba los morteros de barro. Esto permite sostener que en los rellenos constructivos de Chavín se empleó una técnica similar a la empleada en las pirámides costeñas, si bien en estas se trataba de adobes.

Las galerías de los templos de Chavín de Huántar aparentemente cumplieron funciones diversificadas en el contexto de las actividades rituales que en ellos tenían lugar. En algunos casos, como en la galería del Lanzón, las galerías sirvieron para alojar la principal imagen del culto. En otros, como repositorio de ofrendas rituales de diverso tipo y naturaleza, tal como se desprende de los hallazgos en las galerías de Las Ofrendas y de Las Caracolas, además de otras funciones rituales a las que solamente debieron de acceder un limitado número de iniciados. Ciertas galerías y sus cámaras laterales pudieron también servir como depósitos de distinto tipo de bienes o como lugares de enterramiento.

Los paramentos exteriores de las plataformas fueron realizados con bloques de piedra labradas, con las caras planas y pulidas y los ángulos

Fondo Editorial

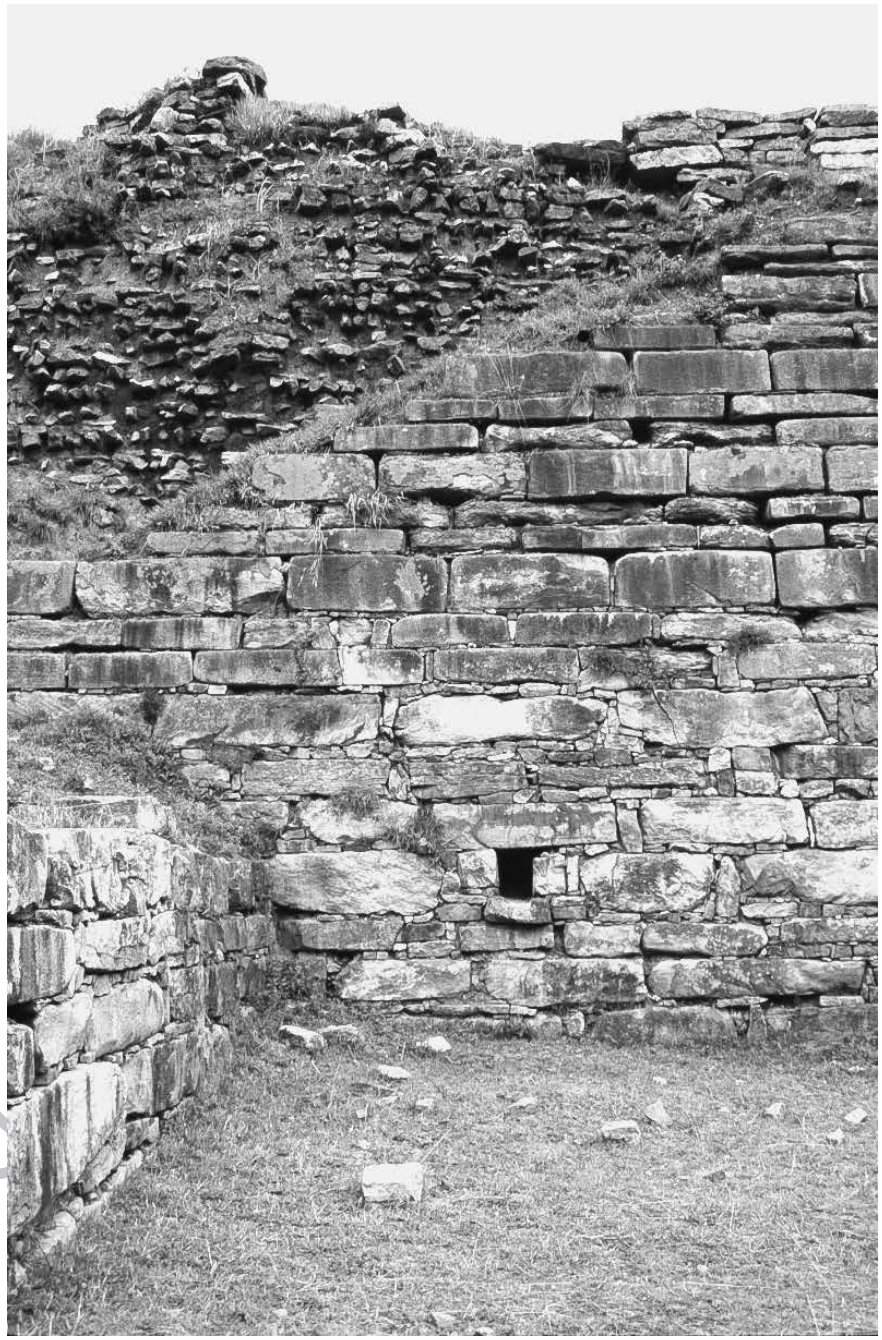


Fig. 153 – Chavín de Huántar. Vista (arriba, izquierda) del sistema de relleno constructivo de tipo estructural de las plataformas; en primer plano, muro de contención de sillares labrados con el clásico aparejo Chavín de ritmo alterno. Nótese en la parte inferior del paramento la salida de un ducto de ventilación o drenaje (foto: J. Canziani).

Fond

cortados a escuadra. Estos se dispusieron en un aparejo de hiladas horizontales que presentan una alternancia regular en su grosor, con una hilada delgada seguida de otra de mayor altura o, frecuentemente, alternando dos hiladas delgadas con una alta. Esta alternancia modular en el aparejo genera una textura y ritmo que contribuye a enaltecer las calidades propias de los paramentos finamente labrados (Lumbreras 1989: 25). Especialmente en la sección inferior del Templo Nuevo es notable el contraste que presenta el acabado rústico de sus paramentos, de lo que se infiere que estos no estaban destinados a tener una presentación «cara vista» sino, más bien, debieron ser posteriormente enchapados con lápidas o cubiertos por estructuras arquitectónicas que le fueron adosadas, como el gran zócalo asociado a la portada de Las Falcónidas (Rowe 1967a: figs. 3 y 4). La sección superior de las plataformas incorporó en sus paramentos representaciones escultóricas llamadas «cabezas clavas», las que estaban dispuestas horizontalmente siguiendo un módulo de distribución regular, predispuesto en el ordenamiento del aparejo. Sobre estas, y como parte del remate superior de las plataformas, se desarrollaba una cornisa formada por grandes

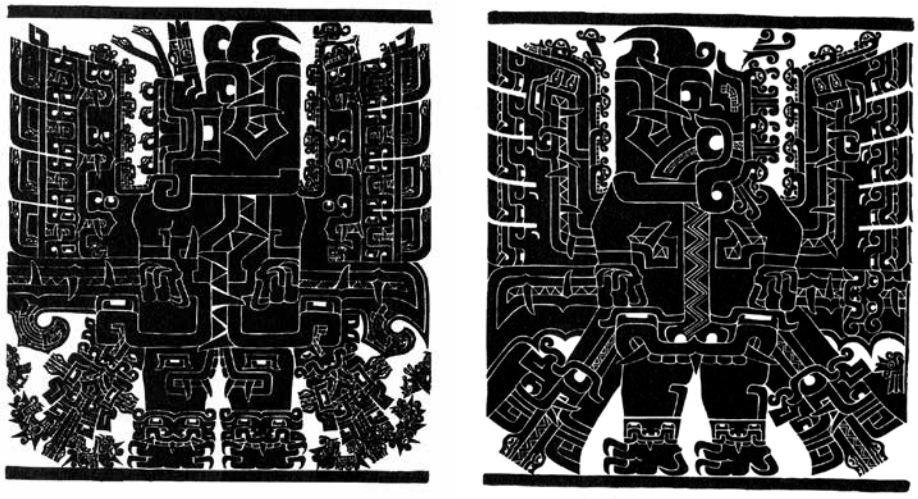


Fig. 154 – Chavín de Huántar. Representación desplegada de las imágenes de las aves supranaturales labradas en la superficie de las columnas líticas enfrentadas en la Portada de las Falcónidas (Rowe 1967: figs. 8 y 9).

bloques de piedra labrada dispuestas en voladizo, que presentaban tanto el canto como la superficie inferior finamente decoradas con relieves tallados.

En cuanto a la posible extensión del sitio, así como la existencia de sectores residenciales o con arquitectura pública de menores dimensiones, se reconoce que hubo un sector al norte del río Wacheqsa, el que aparentemente estaba comunicado con el sector ceremonial en la margen sur mediante un puente de piedra constituido por grandes losas monolíticas. Efectivamente, al realizarse las excavaciones para la realización de obras de cimentación de viviendas modernas, han salido a la luz múltiples evidencias de edificaciones, restos de murallas, así como fragmentos de cerámica, basurales e, inclusive, galerías subterráneas, lo que testimonia que gran parte del área hoy cubierta por el moderno poblado de Chavín de Huántar, en los sectores conocidos como Hana-barrio y Ura-barrio, distantes un kilómetro entre sí, estuvieron ocupados por una importante población contemporánea a los templos de Chavín (Lumbreras 1989: 18-19; Burger 1995: 159-164).

Finalmente, existe una serie de evidencias poco exploradas que relacionan al complejo de Chavín de Huántar con su espacio territorial local e incluso regional. Este es el caso de los trabajos efectuados por el doctor Julio C. Tello y su equipo, donde se documentó de manera preliminar la existencia de muchos sitios locales relacionados estrechamente con la cultura Chavín, y otros a mayor distancia eslabonados a lo largo de la cuenca del río Mosna en los que se registra la presencia de elementos arquitectónicos o escultóricos afiliados claramente al arte lítico de Chavín (Tello 1960; Burger 1995).

Estos datos permiten suponer que existieron en el ámbito local y regional algunos asentamientos de relativa importancia. Se presume que estos comprendieron edificios públicos o arquitectura monumental y que, por esta razón, debieron de tener un rol específico y significativo en las estrategias de manejo territorial, desde aquellos aspectos vinculados con la proyección y convocatoria ritual que un centro ceremonial de esa especial naturaleza desplegaba, hasta aquellos comprometidos con aspectos productivos, el acceso a los recursos naturales presentes y las vitales relaciones con la población asentada en las zonas relativamente próximas al complejo de Chavín de Huántar. población que debió ser convocada para prestar su imprescindible fuerza de trabajo, tanto en las construcciones monumentales como en su operación y mantenimiento.

De otro lado, si el oráculo de Chavín de Huántar desplegó una marcada atracción y la convocatoria de peregrinos desde las regiones aledañas, algunos de estos sitios como otros aún por reconocer en las rutas naturales de acceso al sitio, bien pudieron ser parte de una red de asentamientos destinados al soporte de su movilización, así como al predecible desarrollo de las actividades rituales de pasaje previas al ingreso al espacio sagrado del templo (Lumbreras 2000: comunicación personal).

Los valles de Lima y la costa central

En la comarca de Lima destaca un área nuclear conformada por los valles del Chillón, Rímac y Lurín, cuyos conos aluviales se entrecruzan generando una amplia extensión de tierras aptas para el desarrollo de la agricultura de irrigación.

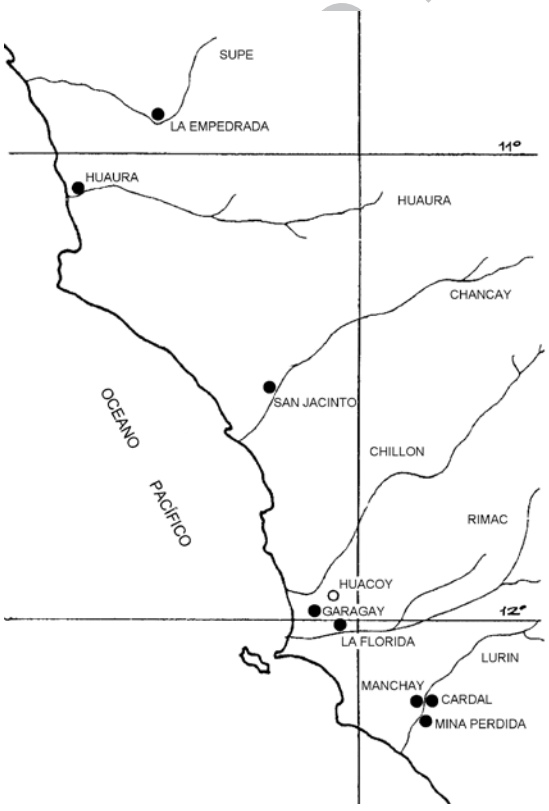
Fondo Editorial PUC

Este conjunto de valles —antes de su progresiva destrucción en las últimas décadas a raíz del compulsivo crecimiento urbano de Lima— constituía una de las más importantes unidades de producción agrícola de la costa peruana. A este conjunto de valles puede agregarse el de Chancay, a unos treinta kilómetros al norte. Otro conjunto, en la zona norcentral, está conformado por los valles de Fortaleza, Pativilca, Supe y Huaura. Al sur de esta región existen pequeños valles poco explorados para el período en cuestión, como Chilca, Mala y Asia, mientras que, aún más al sur, el de Cañete puede adscribirse a importantes valles de la región surcentral, como los de Chincha, Pisco e Ica.

Es notable apreciar que estas unidades geográficas, generadas por la integración o proximidad de los valles y separadas a su vez entre sí por vastos llanos desérticos, se pueden percibir también en los rasgos formales que comparten, de zona a zona, los complejos monumentales del período Formativo. Así, mientras que en los valles de Chancay, Chillón, Rímac y Lurín, es definitivamente dominante el patrón de los grandes templos en «U» y sus singulares atributos (Williams 1985); en los valles de Fortaleza, Pativilca, Supe y Huaura, de la zona norcentral, la arquitectura monumental además de presentar una menor escala, manifestaría una abierta diversidad de patrones (Vega Centeno *et al.* 1998). Esto, por cierto, no excluye que ciertos complejos de esta última zona también compartan rasgos muy similares a los que caracterizan a los templos en «U» de los valles de Lima, o que incorporen patios circulares hundidos como un componente destacado, lo que señalaría que esta zona norcentral, así como asimila las influencias que le llegan del sur, no excluye las influencias que provendrían de Casma y la costa norte (ibid.).

Entre los principales complejos en «U» de los valles de Lima, cuyo temprano antecedente podría considerarse el complejo precerámico de Paraíso, destacan La Florida, Garagay y San Antonio en el Rímac; Huacoy, Chocas y Pampa de Cueva en el Chillón; Mina Perdida, Parka, Cardal y Manchay Bajo en el de Lurín; y el de San Jacinto en el valle de Chancay. Expondremos a continuación las características más destacadas de algunos de estos complejos, a partir de los trabajos de investigación realizados en ellos.

Fig. 155 – Mapa de la costa central con la ubicación de los principales complejos con planta en «U» (redibujado de Williams 1980: fig. 1).



La Florida

Se localiza en la parte media del valle del Rímac y se ubica en su margen derecha, a 2,5 kilómetros del río y a unos 12 kilómetros de su desembocadura en el mar. Constituiría el complejo con planta en «U» más grande del valle del Rímac. La orientación del complejo es de 37º noreste —algo similar a Garagay con 32º noreste—, y tiene la particularidad de mirar hacia los cerros que limitan este sector del valle, rodeando el emplazamiento del sitio. Si bien no disponemos de las medidas de los montículos que conforman el complejo, algunas de estas pueden ser reconstruidas a partir de las fotografías aéreas del Servicio Aerofotográfico de 1944, donde se aprecia que el montículo central tiene de largo unos 300 metros y de ancho unos 150 metros. De otro lado, se señala que tiene una altura de unos 17 metros en la parte central más elevada; mientras que los brazos laterales alcanzarían unos 500 metros de largo y de 3 a 4 metros de altura. De esta manera, se puede estimar que la gran plaza encerrada dentro de la planta en «U» tenía la considerable amplitud de 300 por 500 metros, equivalente a unas 15 hectáreas (Patterson 1985).

El montículo principal exhibe algunos de los atributos típicos de los templos en «U» de la comarca de Lima. Presenta en la parte central una plataforma cuadrangular más elevada con forma de pirámide trunca, flanqueada a ambos lados por plataformas ligeramente más bajas, a modo de alas. La plataforma central presenta en el frente

Editorial PUCP

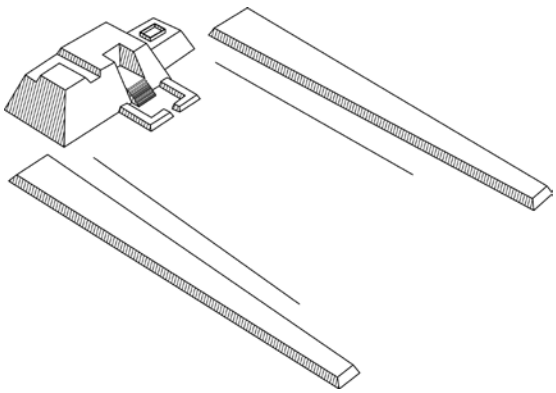


Fig. 156 – Foto aérea de inicios de los años cuarenta del complejo de La Florida (Servicio Aerofotográfico Nacional).

superior una marcada depresión, que responde a la existencia de un atrio cuadrangular, al cual se accedía mediante una amplia escalinata que se originaba en el vestíbulo ubicado en la base de la pirámide. Este vestíbulo tiene también planta cuadrangular y se genera con el desarrollo de gruesos muros, que se proyectan desde la base de la pirámide hacia la plaza, mientras que el muro de cierre presentaría un gran vano o portada central de acceso desde la misma. Todos estos elementos arquitectónicos, es decir, el atrio sobre la pirámide, la escalinata, el vestíbulo y la portada de acceso a este, se ordenan siguiendo el eje principal del complejo. Mientras que desde los extremos de las alas del montículo principal se proyectan en ángulo recto los largos brazos que limitan los lados de la plaza.

Patterson (1985: fig.4) ilustra la estratigrafía de un corte ubicado en la base de las estructuras correspondientes a la plataforma central y el ala noroeste. En este corte se aprecia claramente una secuencia de superposiciones verticales y de adosamientos horizontales, que responderían tanto al propio proceso constructivo como a la secuencia de remodelaciones que habrían tenido lugar en el complejo ceremonial. Es así como se observa en la base del corte el desarrollo de un relleno constructivo, hecho con cantos rodados y cascajo, que fue sellado con una capa de arcilla de cuarenta centímetros de espesor. Este relleno

Fig. 157 – Reconstrucción isométrica de Huaca La Florida (redibujado de Patterson 1985: fig. 3).



Fondo

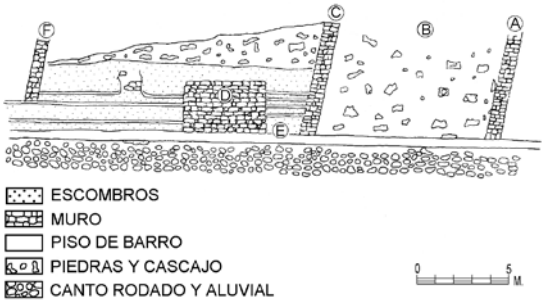


Fig. 158 – Huaca La Florida. Corte estratigráfico en la base del ala norte y la plataforma central (redibujado de Patterson 1985: fig. 4).

habría operado como una plataforma de nivelación y cimentación para la posterior construcción de muros de contención que presentan un acentuado talud. A su vez, estos muros —hechos de piedra con mortero de barro— habrían servido para la disposición de los rellenos de piedras y ripio que constituyeron los volúmenes de las plataformas. Se observa también que posteriormente se agregaron otros muros de similares características, que sirvieron para contener los sucesivos rellenos que se fueron adosando en el curso de la ampliación de los volúmenes preexistentes. Es importante notar que en el examen de la superposición de pisos —en un área de actividad que en algún momento funcionó adosada a la base del montículo— se hallaron evidencias de ocupación asociadas a la presencia de estructuras elaboradas con quincha.

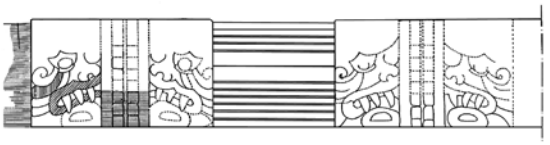
Garagay

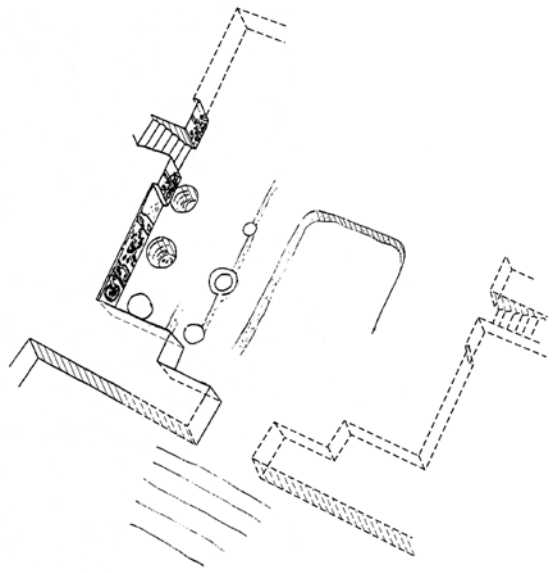
También se ubica en la margen derecha del valle del Rímac, a unos 2,5 kilómetros del río y a 6 kilómetros del mar. El eje de orientación del complejo es de 32º noreste. El montículo principal en este caso alcanza 385 metros de largo, 155 metros de ancho y 23 metros de alto en la parte central. El ordenamiento de la planta en «U» del complejo fue aparentemente asimétrico, con los brazos bastante más cortos y con volúmenes bastante diferentes, ya que el brazo noroeste tendría 260 metros de largo, 115 metros de ancho máximo y 9 metros de altura; mientras que el del lado sureste, que se encuentra separado del montículo principal, tiene 140 metros de largo, 40 de ancho máximo y 6 de altura. De esta forma, la plaza principal tendría a lo largo del eje del complejo solamente unos 250 metros, mientras que a lo ancho alcanzaría unos 450 metros. Otra particularidad de Garagay es la presencia de un patio circular hundido que se ubica en la plaza, a unos 90 metros de distancia y frente al montículo del brazo sureste.

A semejanza de La Florida, el montículo principal presenta un cuerpo central en forma de pirámide trunca cuadrangular más elevada, con dos alas laterales más bajas y angostas. También aquí se proyectan desde la base del montículo principal los apéndices que delimitaron un área a modo de vestíbulo en la zona central del frontis de la pirámide. Igualmente, una ancha escalinata conectaba el acceso desde el vestíbulo hacia un atrio cuadrangular dispuesto sobre el cuerpo central, cuya excavación reveló importantes características de su forma y acabado con la notable presencia de frisos y relieves policromos (Ravines e Isbell 1975).

Las excavaciones desarrolladas en el sitio permitieron documentar importantes características de la arquitectura del complejo. Es el caso del atrio sobre el cuerpo central, que tenía una planta cuadrangular de veinticuatro metros de lado, con el acceso abierto hacia el norte y orientado hacia la plaza. Dentro del atrio y al centro de este se desarrollaba un patio hundido cuadrangular rodeado de terrazas escalonadas que lo enmarcan, mientras que el muro que delimitaba el atrio presentaba dos escalinatas contrapuestas, alineadas en un eje transversal, que debieron permitir acceder lateralmente desde el atrio a la cima de la pirámide. Las terrazas escalonadas revelaron ho-

Fig. 159 – Garagay. Isometría del atrio y diseño parcial de los relieves que decoraban los flancos de una de las escalinatas (redibujado de Ravines e Isbell 1975).





Fondo Editorial PUCP

yos con ofrendas y evidencias de la instalación de postes, los que debieron sostener los techos que servían de protección para los frisos y relieves policromos que adornaban los paramentos del atrio, formando paneles con motivos correspondientes a seres supranaturales con rasgos zoomorfos y antropomorfos modelados en barro (ibid).

Es importante notar que las excavaciones en el atrio revelaron la existencia de por lo menos tres fases de superposición arquitectónica, asociadas con sendas remodelaciones de este espacio ritual y que comprometieron el desmontaje parcial de los muros del atrio, el relleno sucesivo del área con la consiguiente superposición de nuevos pisos, muros decorados con relieves policromos e, inclusive, de las escalinatas laterales.

En cuanto a las características constructivas, los muros fueron realizados con piedra y mortero de barro y los rellenos constructivos con piedras sueltas, cascajo y barro dispuestos en capas alternas. Para las fases tardías se añade la presencia de pequeños adobes semiesféricos. En el caso de las plataformas se aprecia en algunos sectores un tratamiento escalonado de los volúmenes, logrado mediante la construcción de muros de contención de piedra de escasa altura (ibid: 258-259, fig. 12).

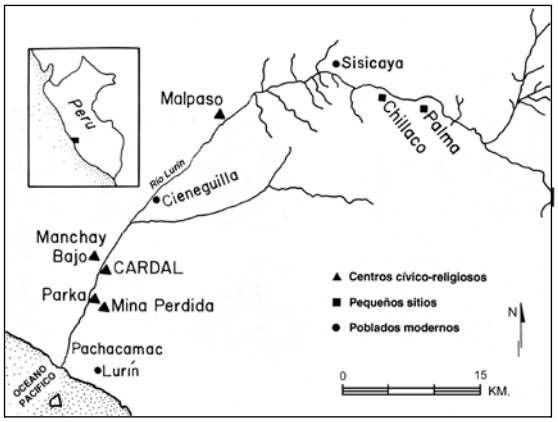


Fig. 160 – Mapa del valle de Lurín con la ubicación de los principales complejos del período Formativo (redibujado de Burger y Salazar 1992: fig. 1).

Cardal

Se trata de uno de los principales y mejor conservados complejos en «U» del valle de Lurín. El sitio se ubica sobre la margen izquierda del valle bajo a unos trece kilómetros del mar y a menos de un kilómetro del río. Se localiza en una ladera al pie de las estribaciones de los cerros que limitan el valle en este sector. Si bien hoy en día los montículos del sitio se encuentran rodeados por campos de cultivo, en la época de su ocupación esta habría sido una zona eriaza, ubicada bastante por encima de las tierras que habrían estado bajo riego en ese entonces. Los trabajos arqueológicos desarrollados en el sitio han puesto al descubierto algunos de sus rasgos más destacados, contribuyendo así al mejor conocimiento de las peculiares características de los complejos en «U» de la región de Lima (Burger y Salazar 1992; Burger 1993).

En el caso de Cardal, el complejo se orienta 17º noreste y el cuerpo central mide 130 metros de largo, 45 metros de ancho y alcanza una altura máxima de 12 metros. A diferencia de La Florida y Garagay, el cuerpo central de Cardal no presenta en su volumetría los rasgos marcados de estos, con una pirámide elevada al centro, ya que en este caso la parte más elevada está notoriamente desplazada hacia la esquina sureste y, por lo tanto, no corresponde al eje del atrio y del complejo. Este cuerpo central se encuentra unido en su esquina sureste con el brazo oriental, que tiene la notable particularidad de ser el más voluminoso del conjunto, con unos 240 metros de largo, unos 70 metros de ancho y una altura de 15 metros. Mientras tanto, el brazo occidental está separado de la plataforma central por una abertura de 75 metros, siendo algo menor en sus dimensiones, con unos 100 metros de largo, 50 de ancho y 8 de altura. La construcción de estas plataformas fue realizada con piedras irregulares, mortero de barro y cascajo.

La planta en «U» del complejo encierra una amplia plaza, pero se ha comprobado que este espacio estuvo compuesto de varios arreglos y estructuras especiales. Una plaza central de planta rectangular y algo elevada con relación al nivel del terreno se dispuso al sur, inmediatamente frente al cuerpo central y los brazos oriental y occidental. Para nivelar este espacio se conformó una terraza, mediante la construcción de muros bajos de contención y la disposición de rellenos compuestos por piedras de campo, para luego ser sellados con un piso, al que luego se le superpuso otro en una aparente remodelación posterior.[30] Al norte de la plaza, en el extremo de la planta en «U» del complejo, se dispusieron simétricamente,

[30] Las evidencias de estructuras presentes en la plaza, como las propias características estratigráficas de sus suelos y la ausencia de restos de canales, descartarían la hipótesis de Williams (1980), quien proponía que estos espacios estuvieran dedicados al cultivo, constituyendo una suerte de «chacras sagradas».

Editorial PUCP

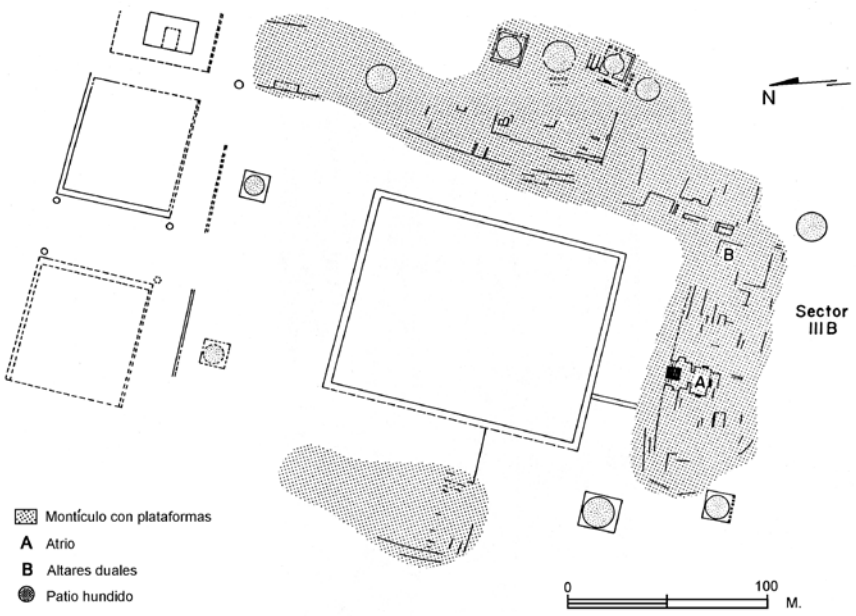


Fig. 161 – Cardal. Plano general del templo en «U» (redibujado de Burger y Salazar 1992: fig. 2).

y a ambos lados de un posible camino ceremonial, dos patios circulares hundidos inscritos en plataformas cuadrangulares y, algo más al norte, dos recintos cuadrangulares. Estas intervenciones corresponderían a las fases tardías del complejo, al igual que otros pozos circulares que se dispusieron al pie de la plataforma central y sobre la plataforma oriental (Burger y Salazar 1992, fig. 2).

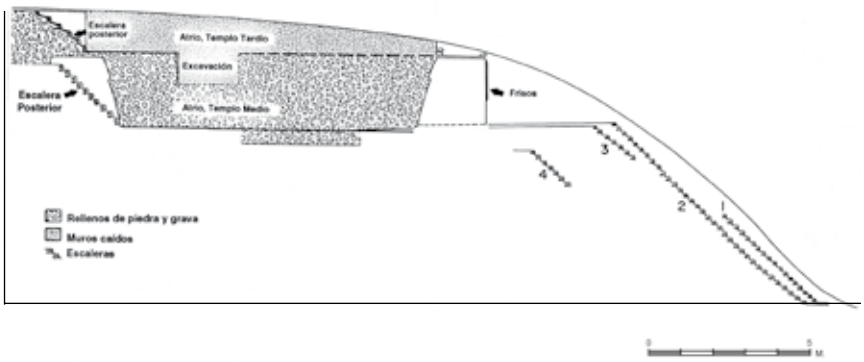
Nos parece relevante apreciar que, así como en el complejo de Cardal se pueden percibir ejes transversales (ibid.: 131), uno de los cuales estaría asociado a la evidente depresión correspondiente a un gran atrio en el brazo oriental, esta pirámide —que supera en altura y volumen al propio cuerpo central— se orienta mirando hacia el río y se «opone» al complejo de Manchay Bajo, ubicado en la margen opuesta. Coincidentemente, también este último complejo presenta, en sentido contrapuesto, el brazo occidental con un volumen notablemente mayor, orientado hacia el río y el centro del valle y, por lo tanto, mirando hacia Cardal.

Si bien se han señalado similitudes y diferencias de Cardal con relación a los complejos en «U» de los valles del Rímac y Chillón (ibid.), debemos advertir que en este caso notoriamente no existen rastros de estructuras correspondientes al vestíbulo cuadrangular, que tanta relevancia formal presenta en Garagay o La Florida, anteponiéndose a la escalinata central que conduce al atrio, y como elemento de transición entre la plaza y el atrio sobre la pirámide. Aparentemente, en este caso se accedía al atrio de la plataforma central directamente desde el nivel de la plaza, mediante una amplia y empinada escalinata de 6,5 metros de ancho. El muro del frontis del atrio estaba antecedido por un rellano y, a ambos lados del vano de acceso central, presentaba simétricamente frisos en relieve con evidencias de pintura roja y blanca, formando bandas horizontales representando fauces con dientes entrecruzados y colmillos protuberantes, que remataban en labios abiertos hacia el acceso central. Este sería otro caso notable en que la arquitectura formativa de los espacios sagrados recibió un tratamiento zoomorfizado —al exhibir los atributos de un ser supranatural— tal como se observó anteriormente en el templo de Cerro Blanco de Nepeña.

A diferencia de Garagay, el interior del atrio de Cardal no presenta evidencias de decoración mural, ni pisos escalonados y su tratamiento es bastante austero, destacando además de las tres escalinatas que debieron conducir hacia la cima y otros espacios rituales, la presencia de una cornisa sobresaliente y redondeada, que recorría el remate superior de los muros que delimitaban el atrio (ibid.: fig.5). Una marcada semejanza con los demás complejos en «U» reside en la existencia de una serie de superposiciones arquitectónicas. En este caso se constató procesos sucesivos de relleno, asociados con la renovación de la arquitectura que comprometieron el recinto del atrio, el rellano de su frontis y la escalinata central de acceso. De esta manera se ha documentado la existencia de cuatro escalinatas superpuestas, la superior asociada al atrio tardío, dos intermedias con el atrio medio y una escalinata en un nivel inferior aparentemente

Fondo Editorial PUCP

Fig. 162 – Cardal. Corte estratigráfico en el eje del atrio, con el registro de las superposiciones arquitectónicas (redibujado de Burger y Salazar 1992: fig. 3).



relacionada con un atrio de una fase temprana, sin que esto excluya la posibilidad de la presencia de un mayor número de remodelaciones arquitectónicas de fases más tempranas (ibid.: 127, fig. 3).[31] Este proceso de sucesivas remodelaciones arquitectónicas también caracterizó al complejo de Mina Perdida, tal como se puede observar en el corte del montículo central, en la zona correspondiente al atrio y que permite constatar una secuencia de rellenos constructivos y de escalinatas superpuestas.

En Cardal tiene especial importancia el hallazgo en las inmediaciones del lado sur del montículo central, es decir, en la parte posterior del complejo, de construcciones rústicas asociadas a la deposición de basura que contenía restos de mariscos, pescados, mamíferos marinos, venados y aves, así como de ollas llanas y fragmentos de figurinas, lo que hace presumir que se trataría de estructuras domésticas. Estas presentan muros bajos de piedra, que pudieron ser complementados con construcciones elaboradas con materiales perecederos, a modo de quincha. Algunas de estas estructuras pudieron funcionar como viviendas, otras para facilitar el almacenamiento, o como espacios libres, a modo de patios, para desarrollar la preparación de los alimentos y otras actividades productivas asociadas a las unidades domésticas. La ampliación en área de este tipo de excavaciones, así como el examen de otros posibles sectores anexos al complejo, podrían profundizar aun más el conocimiento de las características y modo de vida de los pobladores que estuvieron estrechamente vinculados con las actividades desplegabas en estos complejos (Burger 1993: 95-6; 1995: 72).

Fig. 163 – Cardal. Vista de las excavaciones con la exposición de las escalinatas superpuestas que conducían hacia el atrio (Burger 1995: fig. 51).



Fondo Editorial PUCP

[31] Resulta pertinente notar que ciertos estudiosos se han centrado en la concepción del «enterramiento ritual», sin asumir este como una consecuencia lógica de la regeneración del templo, en cuanto actividad sustancial y determinante en estos singulares eventos de remodelación (Uceda y Canziani 1998). Esta diferente concepción —que puede parecer intrascendente a primera vista— se percibe en toda su magnitud cuando se llama la atención de que la construcción final de Cardal (el Templo Tardío) «[…] no fue enterrada ritualmente» y este argumento se trae a colación para reforzar la idea de «[…] una gran desarticulación en la organización social que se produjo a fines del Período Inicial» (Burger y Salazar 1992: 130, 134). En todo caso, cabe señalar que al finalizar su larga historia, lo que se abandona no es la tradición de «enterrarlo ritualmente» sino al templo como tal, en la expresión última de sus recurrentes renovaciones.

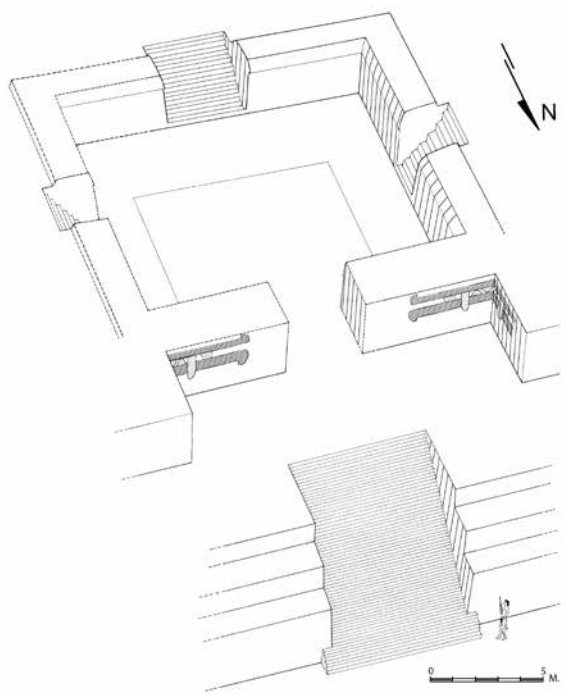


Fig. 164 – Reconstrucción hipotética del atrio correspondiente al Templo Medio (redibujado de Burger y Salazar 1992: fig. 5).

En el caso del valle de Lurín llama la atención la concentración de los complejos en «U» en un sector del valle bajo y su aparente contemporaneidad. Así, entre Cardal y Mina Perdida media una distancia de cinco kilómetros, mientras que Manchay Bajo se encuentra frente y a la vista de Cardal, en la margen opuesta del valle, a poco más de un kilómetro de distancia (Burger 1993: 99). No entraremos aquí en mérito a las hipótesis que plantean la correspondencia de estos complejos con la presencia de distintas organizaciones comunales y la dificultad de adscribirlos a la presencia de una organización estatal.[32] A este propósito, distintos autores (Burger 1995; Ravines e Isbell 1975; Silva 1992) han planteado la dificultad de detectar en los valles la presencia de sitios formativos correspondientes a asentamientos aldeanos. Sin embargo, esta realidad puede estar obliterada a causa tanto del posible empleo de materiales perecederos en este tipo de asentamientos, como por la ocurrencia de posteriores depósitos aluviales, el laboreo agrícola y la reciente expansión urbana. Una reveladora muestra, en este sentido, la proporciona el acucioso y metódico trabajo de rescate desarrollado en las excavaciones de las ladrilleras de Huachipa, una llanura aluvial en la margen derecha del Rímac y a unos veinticinco kilómetros del litoral. Lo que permitió a Palacios (1988) registrar en la zona la consistente presencia de asentamientos aldeanos e inclusive plantear su evidente relación con la edificación del cercano complejo en «U» de San Antonio, a partir de la recurrente asociación de los materiales cerámicos registrados en ellos.

Por otra parte, en los tres valles de la comarca de Lima existe el registro de algunos sitios tanto monumentales como no monumentales, ubicados en la parte media de estos y relativamente alejados del litoral, que revelan importantes evidencias de la incorporación de recursos marinos en el consumo de las subsistencias. Tal es el caso de Huanchipuquio, Cocayalta, Pucará y Checta en el Chillón, entre sesenta a ochenta kilómetros del mar (Silva 1992; 1998); y de Malpaso, Chillaco y Palma en el de Lurín, a más de cincuenta kilómetros del mar (Burguer 1993; 1995). De otro lado, sitios formativos ubicados en el litoral, como Ancón y Curayacu, exhiben un amplio consumo de productos agrícolas provenientes de los valles. Estos datos permiten reconstruir un patrón de intercambio y articulación entre los asentamientos relacionados con la explotación de los recursos marinos, aquellos del valle bajo y los demás ubicados en el valle medio o *chaupi yunga*, ligados al desarrollo de la producción agrícola en distintas zonas ecológicas. Un marco sugerente para ahondar la investigación en torno a esta problemática lo presenta Rostworowski (2004) documentando la existencia, en tiempos prehispánicos tardíos, de una aparente articulación y complementariedad «horizontal» existente entre comunidades de agricultores y pescadores en el territorio de los valles de la costa central peruana. Estos mecanismos de articulación y complementariedad, que supusieron determinados niveles de especialización productiva, pudieron

[32] Al respecto se señala una serie de aspectos inexistentes: «[…] una capital con su propio territorio; […] la multitud de asentamientos pequeños y medianos que son la base de la economía estatal, tales como sitios administrativos de nivel inferior; […] la ausencia de artefactos que hubieran servido de indicadores de jerarquías». (Burger 1993: 100). Evidentemente, algunos de estos rasgos podrían expresar la plena y definida presencia de una organización estatal, sin embargo, en este caso deberíamos esforzarnos por entender que la problemática que se nos presenta está referida más bien al incipiente proceso de formación de la organización estatal y, al hacerlo, estamos obligados a ampliar nuestro espectro de evidencias a las manifestaciones de acelerados y profundos cambios que se advierten durante el período en los Andes centrales, especialmente en sus regiones norte y central, y a partir de los cuales se puede inferir la presencia de entidades políticas.

Fondo Editorial PUCP

tener sus tempranos antecedentes durante esta época.

Nos parece plausible suponer que en este sistema de articulación, los complejos en «U» —ubicados preponderantemente en la parte baja de los valles— hubieran tenido un papel clave, estableciéndose en zonas estratégicas de estos territorios, tanto por su posición intermedia entre el litoral y la parte media de los valles, como por su localización central respecto a las áreas agrícolas habilitadas en ese entonces, con el desarrollo inicial de sistemas de irrigación artificial. Asimismo, las actividades ceremoniales desplegadas en los complejos en «U» debieron jugar un importante rol integrador y de cohesión social, imprescindible para la operación de estos mecanismos de articulación. Igualmente debieron constituirse en un elemento dinamizador de la convocatoria y movilización social, tan necesaria para la realización de las obras públicas comprometidas con la producción agrícola o de las que correspondían a la propia erección de los centros ceremoniales.

Evidentemente, la riqueza y magnitud de los complejos en «U», como la propia problemática de los patrones de asentamiento, no se condice con las limitadas investigaciones desarrolladas hasta la fecha sobre el Formativo en la costa central. Este problema es aún más notorio en el caso de los valles al norte de Lima, si bien en algunos de ellos se constata la presencia de una extraordinaria arquitectura monumental. Este es el caso de San Jacinto y de otros importantes complejos en «U», que se localizan en el valle de Chancay, a más de diez kilómetros del litoral. El complejo de San Jacinto es el mayor de todos y presenta una enorme plaza principal cuadrangular que alcanza 550 metros de lado y cuya superficie fue aparentemente nivelada (Williams 1980; 1981). El cuerpo del montículo central alcanza unos 350 metros de largo por 150 metros de ancho; mientras que los brazos laterales alcanzan 350 metros en el del lado norte y 450 metros en el del sur. Trabajos preliminares desarrollados en el sitio han observado la presencia de un vestíbulo abierto hacia la plaza, similar al que exhiben La Florida, Garagay y Huacoy, como también algunas zonas con una posible ocupación doméstica en la parte posterior del complejo tras el montículo central y en proximidad del extremo oeste del brazo sur (Carrión 1998).

Paracas en los valles de la costa sur central

Hace por lo menos unos 2.500 años la cultura Paracas floreció en la costa sur central del Perú, llegando a constituirse en una de las culturas prehispánicas de mayor trascendencia en la historia andina. Sin embargo, de esta cultura, especialmente conocida por su impresionante y sofisticado arte textil, es muy poco lo que se conoce acerca de su formación social y modo de vida, que desarrollaron tempranamente en los valles oasis de esta región, en la que se extreman las condiciones de aridez de la costa peruana.

El Proyecto Arqueológico Chincha, con el desarrollo de investigaciones acerca de los patrones de asentamiento y las transformaciones territoriales que se sucedieron históricamente en este valle, se propuso establecer los pasos necesarios para encontrar respuestas a estas y otras interrogantes y, de esta manera, ofrecer una aproximación que proporcione una visión integral sobre esta importante cultura formativa[33] que, más allá de la belleza de los artefactos de su cultura material, nos introduzca tanto al conocimiento de su complejidad social como de los aspectos relativos a la vida cotidiana de sus habitantes.

En esta dirección, los estudios preliminares desarrollados en Chincha permiten señalar con claridad que en este valle se concentró, no solamente la mayor cantidad de asentamientos correspondientes a esta cultura, sino también de su más destacada expresión, con la presencia de impresionantes complejos con arquitectura monumental. Además, estos estudios muestran una serie de aspectos novedosos acerca de esta cultura, como el desarrollo de poblados de aparente carácter rural, así como la evidencia de trascendentes modificaciones territoriales ligadas al desarrollo de la irrigación artificial y la afirmación de la economía agrícola (Canziani 1992a).

Si articulamos estos datos con el marcado crecimiento poblacional que se habría producido

[33] Muchos estudiosos, siguiendo la secuencia establecida por Rowe, adscriben cronológicamente el período Cavernas al Horizonte Temprano y el Necrópolis a las primeras fases del Intermedio Temprano, si bien los fechados al respecto siguen siendo discutibles (Paul 1991). Pero si se corrobora que el fenómeno Paracas presenta este desfase temporal, con relación a los procesos que se desarrollaron en la costa norte y central, pensamos que es preferible para su mejor comprensión considerar que este en su integridad corresponde al período Formativo, por las características que asume el proceso y la formación social presente (Lumbreras 1969; 1981).

Fondo Editorial PUCP

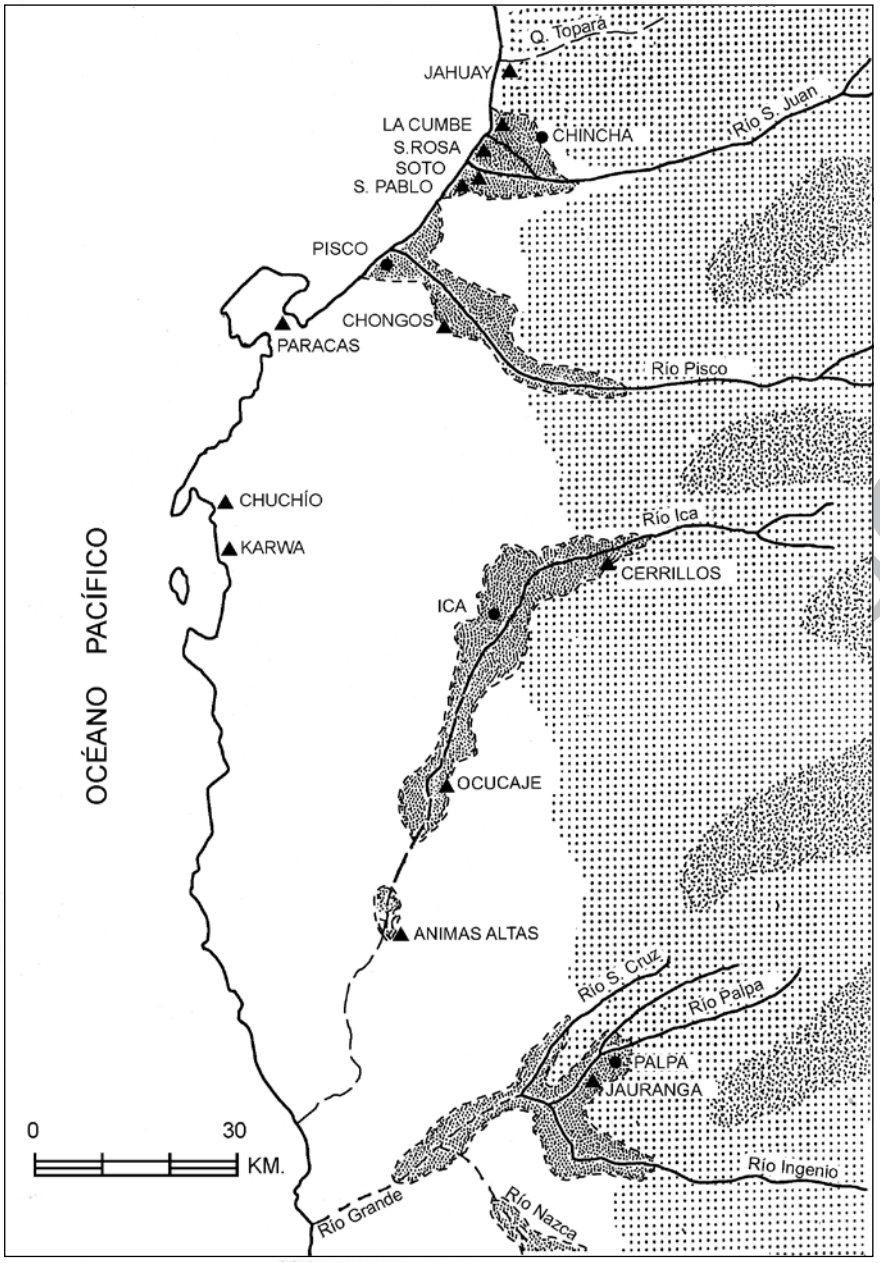


Fig. 165 – Mapa de la costa sur con la ubicación de los principales sitios paracas (redibujado de Wallace 1962).

en el valle durante esta época, a partir de la proliferación de sitios con ocupación Paracas, podemos inferir la presencia de una sociedad que habría logrado dominar un medio sumamente complejo y desarrollar una economía ampliamente excedentaria, a través del manejo combinado de los recursos agrícolas y marinos. La sociedad Paracas habría generado así las condiciones de base que explicarían el paralelo desarrollo de una creciente especialización productiva y el surgimiento de una impresionante arquitectura monumental.[34]

El descubrimiento del sitio de Paracas en la península del mismo nombre y las intensas excavaciones desarrolladas entre los años 1925 y 1930 en sus necrópolis, permitieron a Julio C. Tello

[34] Esta especialización productiva no solo se expresa con el florecimiento de las ricas tradiciones del arte textil y la cerámica, si no que también trasciende de la evidencia del tráfico de recursos exóticos como la obsidiana, pieles de vicuña, conchas de *Spondylus,* plumas de aves amazónicas (Tello y Mejía 1979); el aparente manejo de conocimientos de hidráulica para el desarrollo de la irrigación artificial, la planificación y construcción de los complejos monumentales, por citar algunos aspectos que se pueden inferir a partir del examen de sus restos materiales.

definir la existencia de dos fases sucesivas: la más antigua que denominó Paracas Cavernas y la más reciente como Paracas Necrópolis (Tello 1959; Tello y Mejía 1979). En el caso de Cavernas, las tumbas eran excavadas en pozos profundos en forma de bota; la cerámica se caracteriza por su decoración incisa, la aplicación de pintura policroma *post* cocción, es decir después de horneada la pieza, como también por el empleo de la decoración «negativa»; mientras que los textiles son relativamente sobrios en su decoración. En el caso de Necrópolis,[35] las tumbas correspondían a grandes cámaras o recintos funerarios donde se depositaron los fardos; la cerámica se hace más fina y monocroma, desarrollándose piezas escultóricas; mientras los célebres mantos del período Necrópolis revelan un extraordinario arte textil, con finos lienzos de algodón y lana bordados magistralmente con intensos colores, representando personajes míticos o seres supranaturales. En ambos casos, las diferencias en cuanto a la calidad de los fardos y las ofrendas asociadas a ellos hacen pensar que los enterramientos correspondieron a distintos rangos sociales.

Las investigaciones del doctor Tello y su equipo reportaron en el sitio la presencia de una serie de estructuras arquitectónicas de características bastante sencillas y aparentemente de función

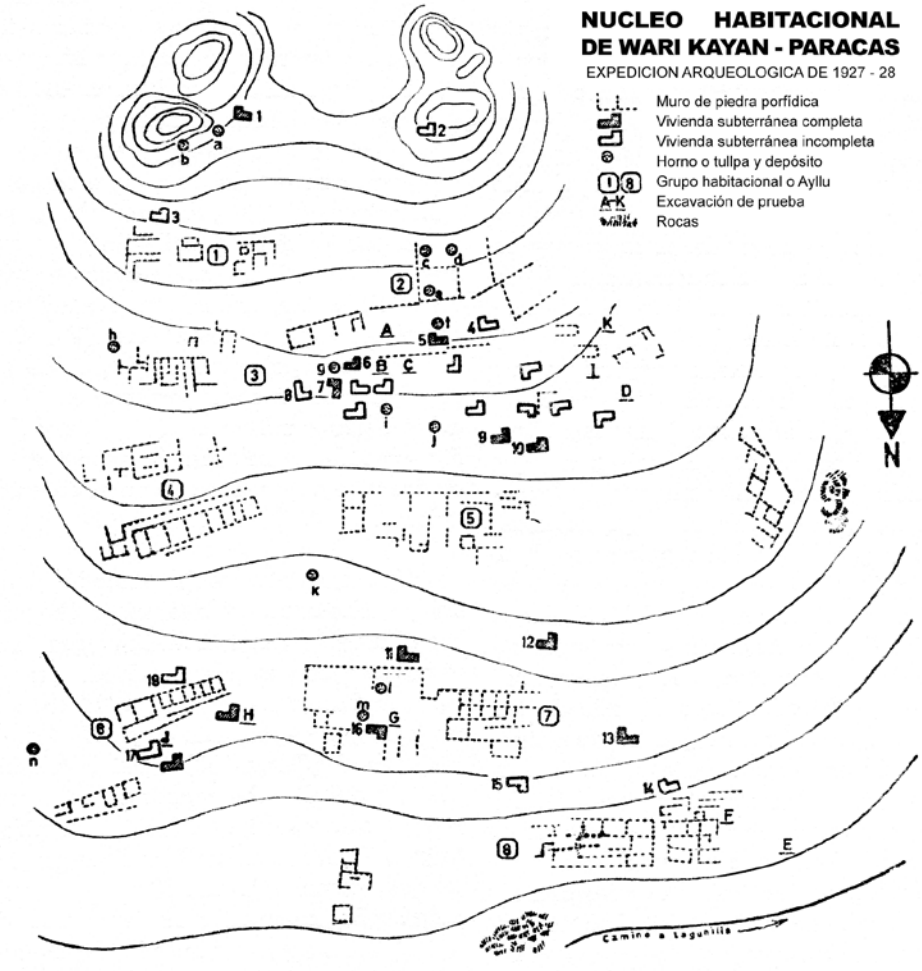


Fig. 166 – Núcleos habitacionales y necrópolis Paracas en la falda norte de Cerro Colorado en la península de Paracas (Tello y Mejía 1979: fig. 81).

[35] Posteriormente, investigadores estadounidenses identificaron una cultura que denominaron Topará (Lanning 1967). Si bien esto significó un aporte apreciable —con el planteamiento de una secuencia fina de distintas fases en sus estilos cerámicos— al corresponder esta cultura en gran parte con lo que Tello definió como Necrópolis, también ha contribuido a dificultar nuestra comprensión de lo Paracas, especialmente cuando se considera a Topará un fenómeno distinto e inclusive una formación social diferente que, supuestamente, habría introducido desde el norte de la región la arquitectura monumental en el valle de Chincha (Silverman 1991; Wallace 1985; 1986).

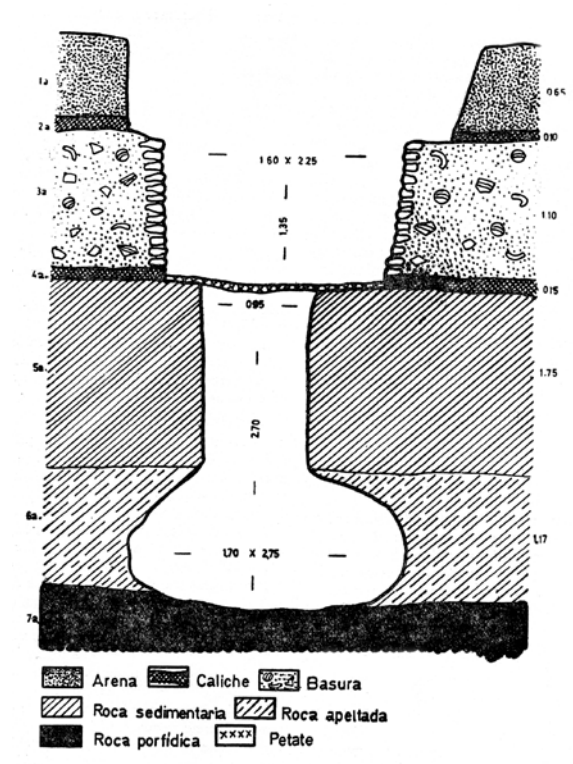


Fig. 167 – Tumbas paracas del período Cavernas (arriba) y del período Necrópolis (abajo) (Tello y Mejía 1979).

doméstica[36] —algunas de ellas reutilizadas por la gente Necrópolis como recintos funerarios— y que, en todo caso, no correspondían a una arquitectura pública de tipo monumental (Tello y Mejia Xespe 1979). Estos datos, como también la virtual ausencia de posibilidades de producción agrícola en el área de la península, el sofisticado ajuar y estatus de los personajes enterrados en el santuario, contrastados con la presencia de notables complejos monumentales en el valle de Chincha, permite plantear la hipótesis de que estos personajes de elite provendrían de este valle y del de Pisco, donde se encontraban sus principales centros poblados y habían desarrollado una sólida base económica ampliamente excedentaria, a partir del desarrollo de la agricultura de riego (Lumbreras 1987: comunicación personal).

Los complejos piramidales del valle de Chincha

En la parte baja del valle de Chincha se registró una serie de grandes edificaciones y complejos compuestos por montículos piramidales. Estos asentamientos se encuentran localizados formando núcleos a lo largo del valle bajo y en proximidad del litoral, ocupando tanto el sector al norte del río Chico; el sector central entre este río y el Matagente; así como el sector que se encuentra al sur de este último río. Posiblemente este patrón de ubicación, que presenta una marcada concentración por sectores en el valle bajo, haya respondido al manejo de los recursos agrícolas y marinos propios de esta zona, así como a la existencia de alguna forma de organización política del espacio territorial que desconocemos.

Lo que es del todo evidente al examinar estos sitios arqueológicos es que los complejos responden a un ordenamiento recurrente que los organiza a lo largo de precisos ejes que corren de este a oeste. Esta orientación dominante es incorporada al trazo de cada una de las edificaciones piramidales que integran los complejos, caracterizando los distintos componentes arquitectónicos que estas presentan. Este hecho contradice la apreciación de algunos investigadores, que diferencian lo Paracas Cavernas de lo Paracas Necrópolis —Topará—, considerándolas como dos sociedades y culturas distintas. Estos complejos y sus edificaciones monumentales expresan en su arquitectura una notable continuidad, tanto

[36] No es casual que los sitios de Wari Kayan y Arena Blanca o Cabezas Largas fueran denominados por Tello como núcleos habitacionales (Tello y Mejía 1959).

.orial PUCP

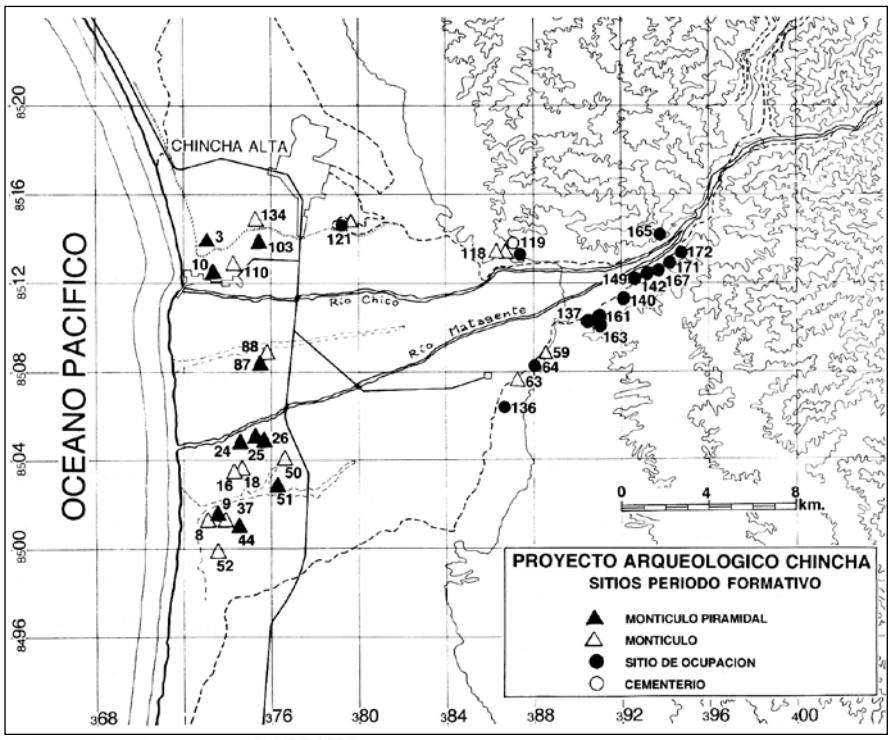


Fig. 168 – Mapa de ubicación de los sitios del período Formativo en el valle de Chincha (Proyecto Arqueológico Chincha. Dibujo de Canziani 1992: fig. 2).

en la concepción y ordenamiento general, como también en las características de los materiales y técnicas constructivas desplegadas en ellos.

Las características de esta arquitectura monumental se aprecian claramente en algunos complejos mejor conservados, como las Huacas Soto (PV.57- 24, 25 y 26) o el complejo San Pablo con Huaca Partida (PV.57- 09), a partir de lo cual se presume también que estos serían más tardíos, es decir Necrópolis o Topará.[37] Sin embargo, un examen detallado de edificaciones presumiblemente más tempranas —Cavernas—, como Huaca Santa

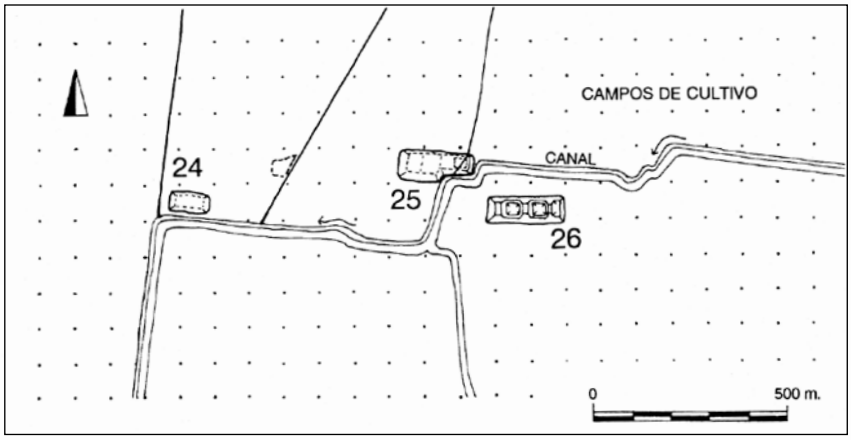


Fig. 169 – Plano general del complejo Soto (Canziani 1992: fig. 3).

[37] Además de la mejor conservación, que podría ser un factor circunstancial, estos complejos presentan generalmente adobes en forma de «grano de maíz» o de «cuña» moldeados a mano con formas y aparejos relativamente regulares (Canziani 1992a); mientras que las edificaciones piramidales que podrían ser más tempranas (Cavernas) —además de que aparentemente no conformaron complejos— combinan el empleo de los adobes con el de cantos rodados y de «terrones» de barro. De otro lado, la cerámica de superficie puede en algunos casos ser consistente con determinado período de ocupación —Cavernas en Huaca Santa Rosa y La Cumbe—; pero en otros es sumamente escasa para, por sí sola, constituir un diagnóstico confiable —Huaca Alvarado, Huaca Limay, Huaca Partida—. Además algunos sitios, presumiblemente Necrópolis o Topará —como Soto— no excluyen entre los escasos tiestos de superficie la presencia de cerámica Cavernas. Evidentemente, la problemática relacionada con la evolución de esta tradición arquitectónica, y la ubicación cronológica de sus principales expresiones, no podrá ser del todo resuelta mientras no se realicen excavaciones estratigráficas en los sitios mencionados.

Fond Editorial

Rosa (PV.57-87), Huaca Alvarado (PV.57-10), La Cumbe (PV.57-02) y Huaca Limay (PV.57-103), revela que estas comparten los rasgos sustanciales de esta tradición arquitectónica, si bien es de notar que estos montículos piramidales se encuentran aparentemente aislados de otras edificaciones monumentales y, por lo tanto, no se percibe que ellos hayan conformado complejos.

Los complejos Soto y San Pablo

En el sector sur del valle bajo y al sur del río Matagente existen dos grandes complejos que muestran con mayor claridad este singular ordenamiento urbanístico, se trata del complejo Soto y el complejo San Pablo. Esto se debe en gran parte a su relativo buen estado de conservación, lo que de paso permite apreciar algunas de las características que definen su arquitectura monumental.

El complejo Soto registra tres grandes montículos alineados en un eje de orientación este-oeste que alcanza una distancia de cerca de un kilómetro. Es interesante notar que los montículos PV.57-24 y 26, ubicados a ambos extremos del complejo, aparentemente compartieron el mismo eje longitudinal, a pesar de la gran distancia que los separa, mientras que el montículo PV.57-26 se encuentra desplazado algo más de cien metros al norte de este eje. Todos los montículos de este complejo comparten una planta rectangular cuyo eje mayor coincide con el del ordenamiento general.

En el caso del complejo San Pablo se mantienen a grandes rasgos las características más saltantes de esta forma de planeamiento, si bien el ordenamiento aquí es algo más amplio y extenso, alcanzando el eje longitudinal en dirección este-oeste más de 1.300 metros. Los montículos de este complejo también presentan la característica planta rectangular y la orientación dominante. La mayoría de montículos no se encuentran en un buen estado de conservación, a excepción de la Huaca Partida (PV.57-9), que ofrece todavía una impresionante visión de lo que fue la arquitectura de este tipo de monumentos.

Dado que aún no se han realizado excavaciones arqueológicas en estos sitios, no estamos por el momento en condiciones de establecer —tal como suponemos— si es que en los alrededores de la arquitectura monumental se concentraron otro tipo de estructuras, tanto públicas como domésticas. Este tipo de examen será de suma importancia en el futuro, ya que nos permitirá conocer el modo de vida y el grado de especialización productiva de sus habitantes y, de esta manera, aproximarnos a los niveles de complejidad social y de desarrollo urbano alcanzados por la sociedad paracas.

La arquitectura de los montículos piramidales

Dentro del complejo Soto, la Huaca PV.57-26 es la que más claramente presenta los rasgos que identifican a esta singular tradición arquitectónica del período Formativo. La planta rectangular de la edificación tiene unos 200 metros de largo por unos 70 metros de ancho, alcanzando en la cúspide al oeste una altura de cerca de 15 metros. El montículo, al igual que los demás, está conformado por volúmenes masivos de corte troncopiramidal, realizados íntegramente con pequeños

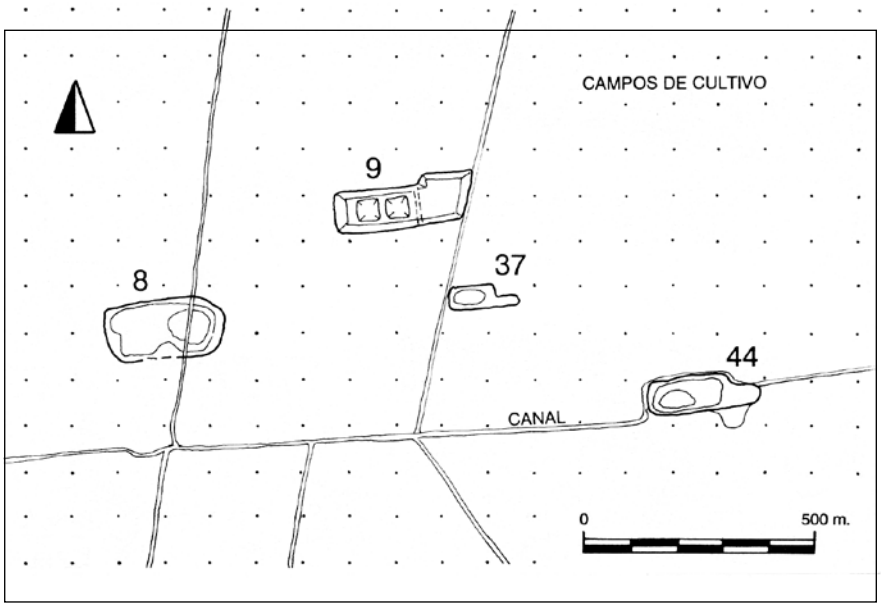


Fig. 170 – Plano general del complejo San Pablo, en el que destaca Huaca Partida (9). (Canziani 1992: fig. 10).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 171 – Foto aérea oblicua de la Huaca Soto (26) vista desde el norte (foto: J. Canziani).

adobes hechos a mano, mediante el despliegue de una particular técnica constructiva que detallaremos más adelante.

La volumetría exhibe una secuencia de plataformas ascendentes de este a oeste, donde la edificación alcanza su punto más alto. Esta organización axial se torna compleja al contener las plataformas una serie de patios hundidos de planta cuadrangular. Los lados que limitan al norte y sur estos patios aparentemente presentan el mismo nivel, mientras que al este y oeste están definidos por plataformas transversales de mayor altura, si bien recurrentemente la ubicada al lado oeste de cada patio es la más alta.

Las características de la arquitectura de esta edificación, y la secuencia ascendente antes señalada, al igual que la función aparentemente ceremonial a la que debió estar destinada, nos llevan a plantear el posible desarrollo de un tránsito ritual desde el extremo ubicado al este, en que debió de encontrarse el atrio muy próximo al nivel del terreno, para llegar al sector oeste correspondiente al lugar más elevado y sacro del templo. Este recorrido axial atraviesa la serie de patios hundidos, que replantean en pequeña escala esta misma dirección y secuencia ascendente. Esta hipótesis interpretativa se vería reforzada por las características del todo similares que exhibe la Huaca Partida en el complejo San Pablo —270 metros de largo, 75 a 85 metros de ancho y unos 20 metros en la parte más alta (Canziani 1992a: 94)—, así como otras edificaciones de la misma época Paracas en el valle, que comparten recurrentemente los atributos arquitectónicos de esta tradición.

Esta temprana tradición arquitectónica de la cultura Paracas aparentemente no tendría

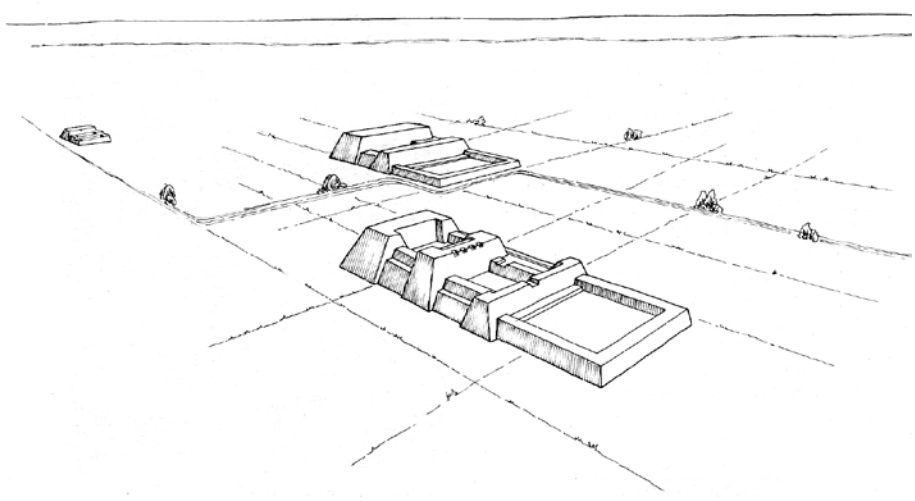


Fig. 172 – Perspectiva reconstructiva del complejo Soto, con las Huacas 26 y 25 vistas desde el sureste (Canziani 1992: fig. 7).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 173 – Foto aérea oblicua de la Huaca Partida (9) vista desde el norte (foto: J. Canziani).

antecedentes fuera de la región ya que, como hemos visto, durante esta misma época en la costa central estaba en plena vigencia la tradición de los templos en forma de «U» (Williams 1985).[38] Más bien, podría tomar cuerpo la posibilidad de que esta tradición sureña, impulsada por los paracas, tuviera alguna influencia en el proceso de cambios que se impone en el ordenamiento de los centros urbano teocráticos de la costa central durante las primeras fases del período Intermedio Temprano, donde se afirmaron patrones urbanísticos y arquitectónicos bastante similares a los que caracterizaron a Paracas (Canziani 1987; 1992a).

Conociendo mejor los rasgos más destacados de esta tradición arquitectónica de la costa sur, hemos examinado con mayor detenimiento otros montículos menos conservados que se encuentran en el valle y que corresponden a la misma época Paracas, posiblemente a su fase temprana, conocida como Cavernas. Quizá la información más notable es la que nos proporciona la Huaca Santa Rosa (PV.57-87), que se ubica en una posición central con relación al valle bajo y donde se registraron en superficie abundantes materiales culturales del período Paracas Cavernas. Luego de un detenido examen hemos podido comprobar que esta gigantesca huaca —si bien está afectada por un avanzado proceso de destrucción— también manifiesta el partido arquitectónico tradicional de la época, lo que representa un dato bastante significativo dado que este monumento constituye uno de los montículos piramidales aparentemente más tempranos del valle y, a la vez, el que presenta las dimensiones más grandiosas.

La Huaca Santa Rosa muestra la típica planta rectangular orientada este-oeste, que alcanza alrededor de 430 metros de largo y de 140 a 170 metros de ancho, con una altura en la parte más alta de unos 25 metros. En algunos cortes se pue-

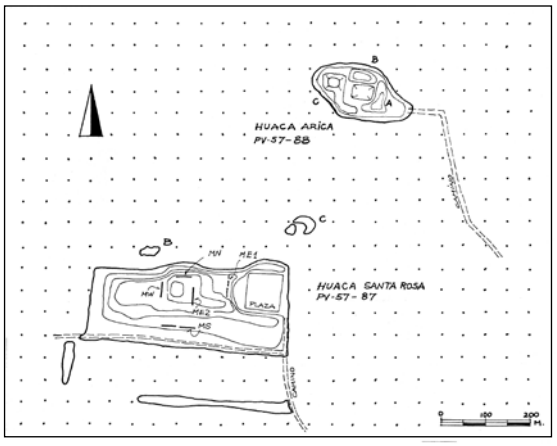


Fig. 174 – Croquis del plano general de Huaca Santa Rosa (87) (Canziani).

[38] Estos datos desvirtúan el planteamiento de Wallace (1985; 1986) en el sentido que esta tradición arquitectónica correspondería a Topará y sería introducida desde valles al norte de Chincha, como Cañete. Los antecedentes tempranos de esta tradición, aunque no necesariamente los iniciales, se encuentran en los sitios aparentemente afiliados a Paracas Cavernas, y en su posterior evolución mantendría los rasgos característicos observados en los complejos aparentemente más tardíos —Necrópolis o Topará—. De otro lado, no se conocen casos publicados de arquitectura monumental formativa en el valle de Cañete y sus posibles similitudes con la reportada en el valle de Chincha.

Fondo Editorial PUCP



Fig. 175– Vista desde el sur del sector central de Huaca Santa Rosa (87) hoy cubierta por construcciones modernas (foto: J. Canziani).

de observar su sistema constructivo de adobes pequeños, terrones de barro e inclusive cantos rodados en los rellenos. Se aprecian también evidencias claras del escalonamiento ascendente hacia el oeste de sus plataformas originales, algunas de las cuales conservan aún los paramentos enlucidos de los grandes muros de contención. Por su ubicación central y las colosales dimensiones de su volumen, esta huaca debió de constituirse con certeza en una suerte de «templo mayor» durante la vigencia de la cultura Paracas en el valle.

Considerando que se trata del montículo artificial de mayor envergadura construido en el valle durante la época prehispánica, y tomando en cuenta que corresponde a una de las fases más tempranas de Paracas identificadas en este, presumimos que esta grandiosa edificación debe contener en su núcleo interior las primeras evidencias del surgimiento de esta tradición arquitectónica, si consideramos, además, que en ella también es recurrente la práctica de sucesivas remodelaciones y superposiciones constructivas. Estas condiciones especiales señalarían al sitio como el lugar ideal para concentrar futuras investigaciones acerca de la problemática Paracas. Lamentablemente, y por absurdo que parezca, esta huaca está hoy ocupada por construcciones que corresponden al moderno poblado de Santa Rosa. Las condiciones que exhibe hoy este grandioso monumento Paracas y la ignorancia inadvertida de quienes se asientan sobre él —como si se tratara de un cerro más— ilustra suficientemente el penoso tratamiento que padecen muchos de los más importantes monumentos de nuestro país.

Huaca Alvarado (PV.57-10)

La primera referencia científica a la cultura Paracas se debe a Max Uhle, quien en 1900 realizó trabajos arqueológicos en el valle de Chincha. Uhle, dedicado a investigar los monumentos tardíos del valle y a la excavación de las tumbas asociadas a estos, encontró que las huacas Alvarado y Santa Rosa presentaban la particularidad de mostrar una cerámica de un estilo muy distinto al de las



Fig. 176 – La misma vista desde el sur del sector central de Huaca Santa Rosa (87) en una antigua fotografía tomada por Max Uhle en 1900 (Kroeber 1942: foto 17a).

Fondo Editorial PUCP

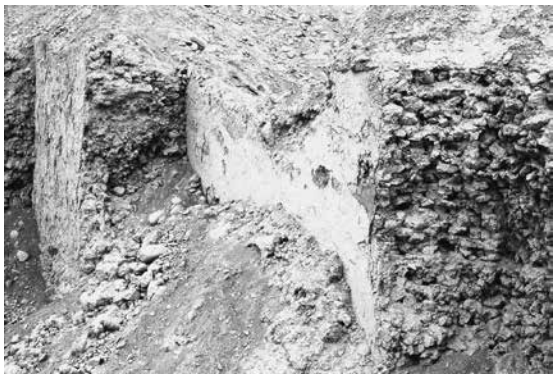


Fig. 177 – Huaca Alvarado (10). Evidencias en el flanco norte de adosamientos de muros elaborados con terrones de barro que muestran múltiples aplicaciones de enlucido (foto: J. Canziani).

épocas tardías, al igual que una arquitectura muy diferente, hecha ya no de tapia sino utilizando pequeños adobes. Uhle (1924) concluyó que estos restos debían de corresponder a una civilización muy antigua.

En su descripción de la Huaca Alvarado, Uhle (1924: 81) señalaba que el montículo alcanzaba «unos 18 metros de altura en su angosto extremo oeste», lo que hace pensar que presentaba rasgos concordantes con los patrones arquitectónicos de la época Paracas en el valle de Chincha. Si bien actualmente este sector oeste se encuentra seriamente afectado por construcciones modernas, en las fotos aéreas de 1942 se observa que correspondía a una plataforma elevada de orientación este-oeste, con el eje desplazado hacia el borde sur del complejo y que debió alcanzar unos 220 metros de largo por unos 70 metros de ancho. Esta plataforma alargada y elevada al oeste estuvo conectada con otra cuadrangular y baja al este, que aún se conserva y que tiene unos 115 metros de este a oeste por unos 100 metros de norte a sur y de 6 a 8 metros de altura. A su vez, las fotos aéreas revelan que esta plataforma cuadrangular presentaba dos montículos en forma de apéndices alargados, que se proyectaban hacia el este, a modo de brazos de una «U», a menos que pudiera tratarse de los restos correspondientes al recinto de un atrio que, como hemos visto, se ubica recurrentemente al este de las edificaciones de esta tradición.

El montículo está construido con adobes en forma de cuña y terrones. En algunos sectores se aprecian superposiciones arquitectónicas, como en el caso de algunos cortes en su esquina noroeste, donde se observa una secuencia de rellenos construidos con hiladas sucesivas de terrones de barro y adobes en forma de cuña. Estos rellenos constructivos corresponden a plataformas superpuestas y están asociadas a una serie de paramentos que se adosan sucesivamente. Estos paramentos exhiben la repetida aplicación de varias capas de un fino enlucido de barro (Canziani 1992a: 98-99).

La Cumbe (PV.57-03)

Se trata de un gran montículo de planta rectangular en forma de plataforma casi cuadrangular que mide 180 metros de este a oeste y 150 metros de norte a sur, conformado por varias terrazas escalonadas, ascendentes hacia el oeste. El monumento está ubicado sobre el acantilado que limita el norte del valle bajo. El hecho de que el sitio estuviera asociado a cementerios tardíos, y que sobre algunas de sus terrazas presente recintos de tapial y adobes, propios de la época Chincha-Inca, llevó a Uhle a suponer que esta edificación correspondiera al santuario de *Chinchay Camac,* considerado en las crónicas como uno de los hijos del ídolo de Pachacamac. Estos datos han conducido a asociar en la literatura arqueológica a La Cumbe como un sitio exclusivamente afiliado al período Chincha-Inca en el valle de Chincha.

Sin embargo, el propio Uhle notó que los rellenos con los que estaba construida la plataforma estaban hechos con cantos rodados. Estos datos, unidos a la presencia de cerámica temprana en superficie y, especialmente, a ciertos rasgos arquitectónicos relacionados con la orientación este–oeste; el desarrollo de terrazas escalonadas y ascendentes hacia el oeste; y la existencia de depresiones correspondientes a patios hundidos sobre la plataforma —el principal con unos 45 metros de lado y una profundidad de 3 metros con relación a la terraza en que se ubica—, nos llevaron a plantear la posibilidad de que se tratara

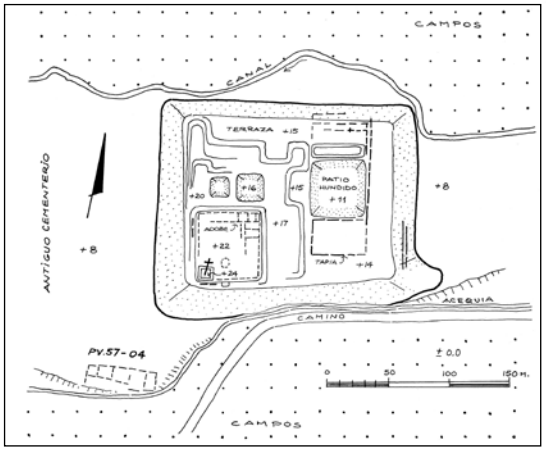


Fig. 178 – Croquis de La Cumbe (3) (Canziani).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 179 – Vista aérea oblicua con en primer plano las plataformas escalonada de La Cumbe (3) en las que destaca, al centro, el principal patio hundido. Al fondo se aprecia el complejo tardío de La Centinela de Tambo de Mora (1) (foto: J. Canziani).

de una edificación del período Formativo, reocupada tardíamente. Recientemente hemos hallado —en algunos cortes que se ubican estratigráficamente en el basamento de los rellenos constructivos de La Cumbe— una considerable deposición de cerámica del clásico estilo Paracas Cavernas, lo que estaría confirmando esta hipótesis. Asimismo, se han encontrado típicos aparejos de esta tradición en los rellenos constructivos de lo que debió ser la base de la edificación. Estos datos permiten suponer que el grueso de la edificación corresponde a esta época temprana, con remodelaciones menores y bastante posteriores durante los períodos Chincha y Chincha-Inca.

Este importante hallazgo podría estar indicando no solamente que este santuario y sus dioses tendrían profundas y tempranas raíces en la historia del valle, sino también que La Cumbe habría sido —con su impresionante volumen y estratégico emplazamiento— el más destacado centro ceremonial paracas en el sector norte del valle bajo, solamente superado en jerarquía dentro del valle por la Huaca Santa Rosa.

De otro lado, es interesante notar que los cánones arquitectónicos impuestos por estas notables edificaciones piramidales fueron asumidos e incorporados a una arquitectura de aparente función pública, pero de una escala menor y a veces rústica en sus acabados, tal como la que se ha registrado en los márgenes al sur del valle medio. Estos montículos relativamente pequeños y de escasa altura, como los de Cerro del Gentil (PV.57-59), Chococota (PV.57-63) y Pampa del Gentil (PV.57-64), presentan la tradicional planta rectangular, la orientación este-oeste y la presencia de patios hundidos, si bien no necesariamente asumen un marcado desarrollo ascendente hacia el oeste. Estos montículos se encuentran consistentemente asociados a materiales culturales Paracas Cavernas, lo que se refleja también en las características constructivas que exhiben. Este tipo de arquitectura pública se encuentra a veces aislada o formando pequeños complejos y, en algunos casos, asociada a poblados de aparente carácter rural. Es preciso señalar que en estos mismos sectores y en casi toda la extensión del valle es notoria la ausencia de una arquitectura pública de carácter monumental como la observada en el valle bajo (Canziani 1992a).

Las remodelaciones arquitectónicas en los monumentos paracas

Un aspecto sumamente interesante y que relaciona la arquitectura paracas con las difundidas tradiciones andinas de la arquitectura ceremonial temprana, está referido a la observación de la existencia en muchos de estos edificios de una serie de remodelaciones y consecuentes superposiciones arquitectónicas.

Este es el caso de un corte profundo en Huaca Partida, donde se puede apreciar claramente una secuencia de muros, banquetas y pisos, posteriormente cubiertos por rellenos constructivos destinados a la reedificación de estos mismos elementos en el marco de distintos eventos de remodelación del edificio. Pero quizá los datos más interesantes provienen de la Huaca PV.57-25 del complejo Soto donde, en un corte diagonal producido por

Fondo Editorial PUCP

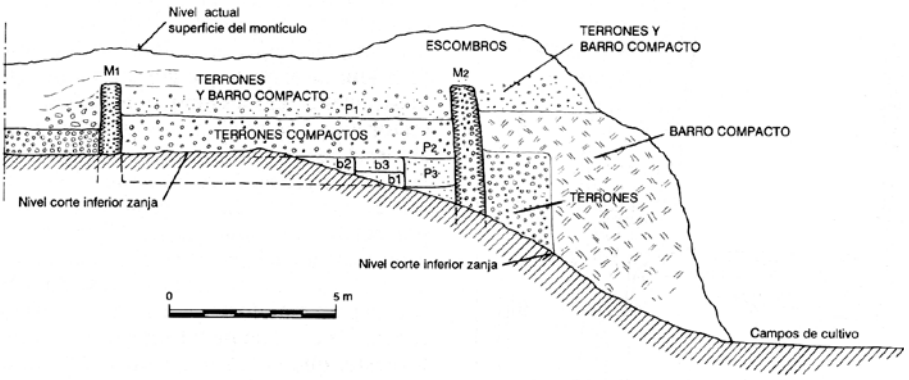


Fig. 180 – Huaca Partida (9). Evidencias de superposiciones arquitectónicas en el corte ubicado en el sector este del montículo (Canziani 1992: fig. 13).

el trazo de un canal moderno, ha sido posible registrar una secuencia de por lo menos cinco o seis remodelaciones sucesivas que modificaron las características originales de lo que aparentemente constituía el atrio de esta edificación. En este caso, a los muros perimétricos del patio del atrio —que estuvieron enlucidos y pintados de blanco— se les adosó interiormente nuevos muros, banquetas y, posteriormente, rellenos de plataformas. Estas intervenciones fueron restringiendo el espacio original del patio y al mismo tiempo modificando las formas de acceso y circulación asociadas a este. Tal es el caso de un vano que daba acceso a un ambiente con banqueta y que, cuando este espacio fue rellenado para dar forma a una plataforma, se alojó en el una escalinata destinada a superar la diferencia de nivel generada.

Es importante notar que en los casos señalados, aparentemente se busca mantener el partido arquitectónico original. Esto se puede apreciar al observar que las sucesivas remodelaciones conservan en grandes rasgos la disposición de los elementos arquitectónicos y la distribución espacial de los distintos ambientes. Este hecho permite

Fig. 181 – Plano de planta de la plataforma este de la Huaca 25 con evidencias de superposiciones arquitectónicas, correspondientes a la secuencia de remodelaciones de un atrio o primer patio hundido (Canziani 1992: fig. 8).

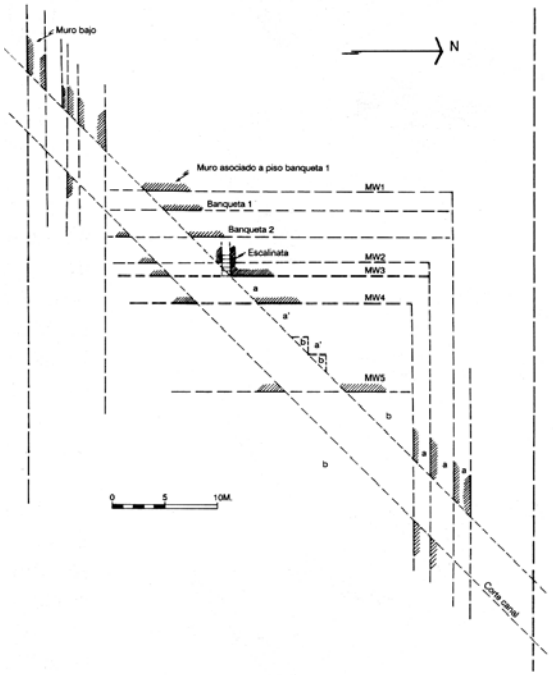
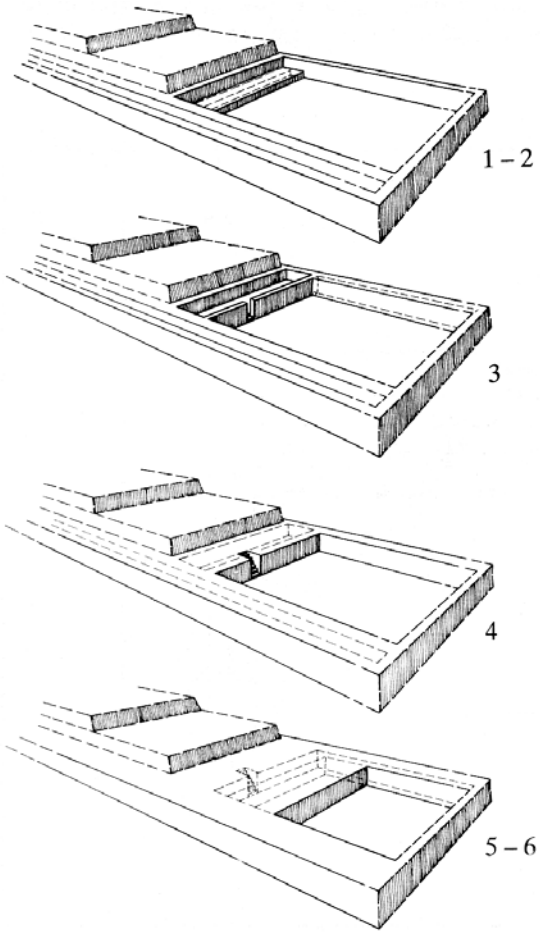


Fig. 182 [Fig. 154] – Reconstrucción hipotética de la secuencia de superposiciones arquitectónicas en el patio hundido de la plataforma este de la Huaca 25 (Canziani 1992: fig. 9).



Fondo Editorial PUCP

suponer una constante en los aspectos funcionales y en la concepción arquitectónica primigenia. En todo caso, este es un aspecto sujeto a un mayor estudio, que será posible profundizar solamente al abordar la excavación arqueológica de estos monumentos.

Materiales y técnicas constructivas

El material constructivo dominante en las edificaciones del período Paracas es el adobe de pequeñas dimensiones hecho a mano. Tiene una característica forma de cuña, al tener una base irregular de forma elíptica y un típico adelgazamiento hacia el vértice. La disposición de estos adobes en el aparejo de los rellenos es bastante singular, ya que son colocados en posición vertical sobre una capa de mortero de barro sin aplicar este en los intersticios entre los adobes. Luego se dispone una nueva capa de mortero y una nueva hilada horizontal de adobes y así sucesivamente, hasta alcanzar la altura deseada en el relleno de las plataformas, que son selladas en la superficie con un piso de barro.

Estos mismos adobes se emplearon para la erección de muros mediante la técnica de «doble cara», disponiendo los adobes en posición horizontal, con las bases hacia ambos paramentos y rellenando el interior con una mezcla de barro y de terrones del mismo material. Una técnica similar se observa en la terminación de las plataformas, con la disposición horizontal de los adobes y con las bases definiendo la superficie de los paramentos que, luego del enlucido, en algunas ocasiones presentan también evidencias de pintura blanca de acabado final.

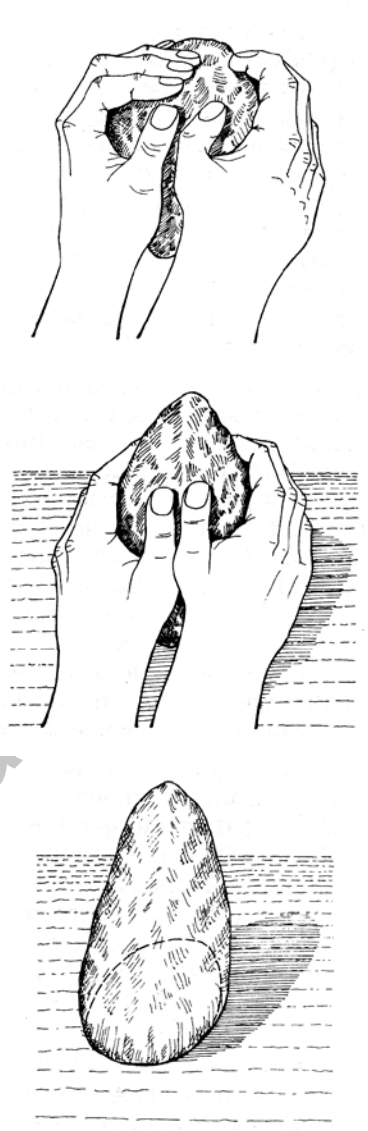


Fig. 184 – Reconstrucción de la forma de elaboración de los adobes empleados en la arquitectura monumental paracas (Canziani 1992: fig.16).



Fig. 183 –Típico aparejo constructivo propio de la tradición Paracas en el lado norte de la Huaca 25 del Complejo Soto (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial

Los poblados de carácter rural

En la parte media alta del valle de Chincha se ha registrado la existencia de una serie de asentamientos de aparente carácter rural. Estos se localizan en una posición estratégica, sobre las terrazas naturales que limitan las márgenes del valle y desde donde se dominan los campos de cultivo del piso del valle y transcurren los más elevados canales de riego.

Estos extensos poblados revelan una notable concentración de pequeñas estructuras de posibles viviendas con cimientos de piedra y que pudieron ser construidas con paredes de quincha. Este el caso del sitio Pampa del Gentil (PV.57-64) y de PV.57-140. En estos poblados, si bien se aprecia una tendencia a establecer patrones de trazo ortogonal, no se pueden encontrar las características propias de un asentamiento planificado, sino que parecen ser producto de una progresiva agregación de estructuras en las que se advierte también la existencia de superposiciones arquitectónicas, producto de una aparente ocupación continua durante varios períodos.[39]

La forma y dimensiones de estas estructuras, además de las características antes señaladas, nos llevan a suponer su aparente carácter doméstico. Estos elementos, unidos a la ausencia o presencia puntual de una arquitectura pública de posible función especializada, nos conducen a plantear el aparente carácter rural de estos asentamientos, que dominan desde puntos estratégicos los campos de cultivo del piso del valle.[40]

Dado que este tipo de poblados no está presente en el valle bajo, es posible suponer que los sitios habitacionales, relacionados con los productores agrícolas de estos sectores, deben de rastrearse más bien en una gran cantidad de sitios que se caracterizan por constituir pequeños montículos bajos, cuyos materiales constructivos y asociaciones cerámicas los afilian al período Paracas. Esta constatación permitiría plantear una hipótesis de trabajo acerca de la posible existencia de dos formas de ocupación del espacio entre el valle bajo y el medio. En el primero, se concentraría la arquitectura pública monumental representada por los grandes montículos piramidales y sus extensos complejos; mientras que el asentamiento de la población rural podría presentar un patrón de distribución disperso, conformado por pequeñas unidades familiares a modo de estancias o caseríos. En contrapartida, en el valle medio la población rural privilegiaría un patrón de concentración, favorecido por la disponibilidad natural de mesetas y tabladas en los márgenes del valle que limitan los campos bajo cultivo. En este



Fig. 185 – Foto aérea oblicua del sitio Pampa del Gentil (64). Vista desde el norte (foto: J. Canziani).

[39] En estos sitios se ha documentado la presencia de algunos montículos pequeños, aparentemente afiliados a Paracas Cavernas, mientras que la cerámica de superficie señalaría una continuidad de ocupación durante las fases finales del Formativo —Necrópolis o Topará—, hasta las fases iniciales de los Desarrollos Regionales —fase Carmen—.

[40] Anteriormente, hemos discutido críticamente el planteamiento de que este tipo de asentamientos pudiera corresponder a un «desarrollo temprano del urbanismo» propio de la costa sur (Rowe 1963; Wallace 1971; 1986) dado que, a nuestro entender, sería más bien en los complejos piramidales del valle bajo donde se encontraría la expresión inicial del surgimiento del urbanismo en el valle (Canziani 1992a: 113-116).

Editorial PUCP



Fig. 186 – Foto aérea oblicua del sitio 140 visto desde el oeste (foto: J. Canziani).

último caso, es sugerente suponer que la relativa lejanía de los complejos de aparente función ceremonial en el valle bajo habría sido resuelta integrando a los poblados rurales del valle medio pequeñas estructuras que absolvieran localmente esta función, a modo de «capillas».

Sistemas de irrigación y cultivo

Finalmente, un novedoso e impactante hallazgo logrado durante la exploración del valle ha sido el registro de una serie de evidencias correspondientes a canales que formaban parte de antiguos sistemas de irrigación, asociados directamente con campos de cultivo abandonados. Estas evidencias están relacionadas consistentemente con materiales culturales del período Paracas Necrópolis, lo que nos permite sostener que por lo menos desde este período —hace unos 2.500 años— había ya empezado el largo proceso que condujo a la conformación inicial del valle agrícola en el sector medio del valle de Chincha, con la consecuente modificación del paisaje territorial y la generación de una importante zona de producción.

Las características extraordinarias de estas notables obras públicas y de los sistemas de campos de cultivo constituyen un invalorable testimonio del avanzado desarrollo agrícola alcanzado por las gentes de la cultura Paracas y, en especial, del despliegue de estrategias adecuadas para el manejo de un recurso escaso como el agua, en un valle relativamente árido como es el de Chincha (ONERN 1970). De otro lado, la presencia de este tipo de infraestructura permite suponer la existencia de formas complejas de organización social, que hicieron posible su ejecución, mantenimiento y administración por parte de las sociedades que ocuparon el valle tempranamente (Canziani y del Águila 1994).

Las evidencias documentadas con relación a la época Paracas en el valle de Chincha son de una riqueza tal que, aun en el nivel preliminar de nuestros estudios, ya proponen una nueva visión de esta sociedad conocida por su espléndido arte textil. Los sistemas agrícolas desarrollados tempranamente testimonian la progresiva modificación de las condiciones naturales de un valle desértico de la costa peruana, para iniciar la conformación de un importante valle agrícola y la exitosa afirmación de una economía basada en su explotación. De otro lado, la extensión de los asentamientos rurales, la complejidad del incipiente urbanismo y, en especial, de la arquitectura monumental asociada a este, constituyen en conjunto un insospechado testimonio que nos permitirá aproximarnos científicamente al conocimiento de esta sociedad, desde los niveles



Fig. 187 – Foto aérea oblicua del sitio 142, ubicado en una quebrada lateral al cauce del río, en la que se aprecia los canales superiores y los sistemas de campos de cultivo (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

generales de la organización económica y social, hasta aquellos particulares relacionados con las formas de vida cotidiana.

En especial, las características y atributos de la arquitectura monumental paracas nos remiten al desarrollo de actividades especializadas de distinta índole, tanto de carácter ceremonial como productivo. La enorme cantidad de trabajo invertida en la construcción de sus notables volúmenes, así como la persistencia de determinadas concepciones arquitectónicas a lo largo del tiempo, nos conducen a tener una idea aproximada de los niveles de especialización, poder y organización alcanzados por la sociedad paracas y, en especial, por su emergente clase dirigente de base urbana.

Asentamientos paracas en los valles de Pisco e Ica

Muchos sitios paracas han sido reportados en estos tres valles al sur de Chincha. Sin embargo, es bastante limitada la información disponible acerca de las características que presentan los asentamientos y la arquitectura presente en ellos, lo que dificulta la posibilidad de establecer comparativamente similitudes y diferencias de valle a valle, con miras a lograr una visión integral, a nivel regional, del fenómeno Paracas.

En el valle medio de Pisco, a unos quince kilómetros del mar, el sitio de Chongos presentaría interesantes evidencias de una superposición en sus ocupaciones del período Cavernas y Necrópolis. En el sitio, ubicado en la margen izquierda, y sobre unas laderas áridas por encima de los campos de cultivo, se observan pequeños montículos y recintos construidos tanto con pequeños adobes como con cantos rodados. Algunos recintos parecen definir espacios vacíos a modo de canchas, otros presentan subdivisiones interiores y parecen estar asociados a funciones domésticas, por la presencia de grandes basurales. Los muros de estas construcciones son bajos, lo que lleva a suponer que correspondían a las bases de estructuras de quincha. Si bien se sostiene que la arquitectura de las dos fases de ocupación temprana tendría un estrecho parecido, tanto en las técnicas constructivas como en la organización del espacio, sería factible discernir diferencias de detalle en aquellas zonas que han sido excavadas (Peters 1988).[41]

El valle de Ica ha tenido un rol muy importante en la definición de la tradición Paracas a raíz de los abundantes sitios y cementerios tempranos, que por décadas han sido objeto de la acción depredadora de los huaqueros, y especialmente en mérito de los estudios arqueológicos que se plantearon el ordenamiento de

Editorial PUCP

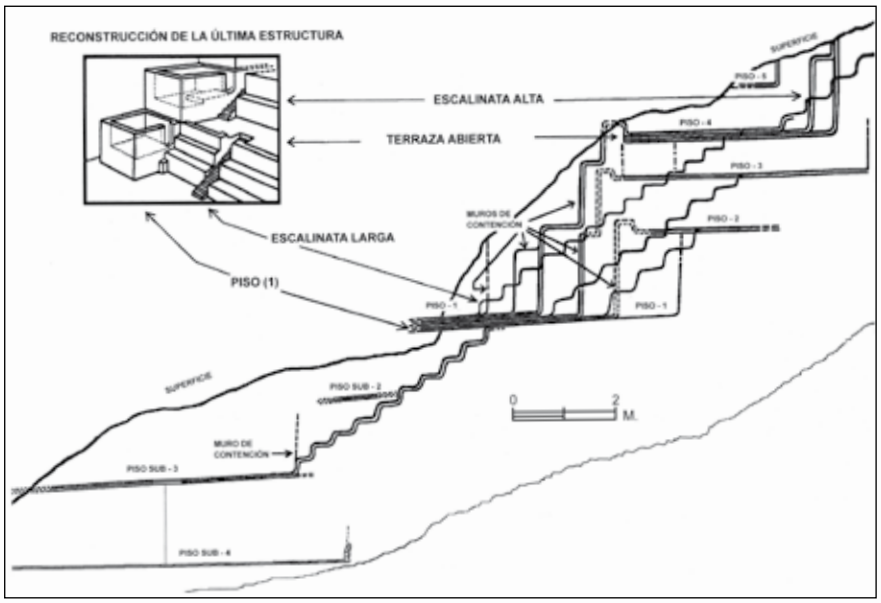


Fig. 188 – Cerrillos. Reconstrucción del edificio con plataformas escalonadas conectadas mediante escalinatas y el corte en el que se aprecia el registro de las superposiciones arquitectónicas correspondientes a distintas fases (redibujado de plano cortesía de Dwight Wallace).

[41] La evidencia en cuestión lleva a plantear claramente la existencia de una superposición cultural, si bien Peters (1988) no descarta una posible coexistencia «horizontal» entre las gentes de Paracas (Cavernas) y Topará (Necrópolis) entendidas —siguiendo los discutibles planteamientos de Lanning y Wallace— como dos tradiciones distintas, donde supuestamente la segunda sería intrusiva desde el norte de la región.

una secuencia estratigráfica y estilística de su cerámica (Menzel, Rowe y Dawson 1964). Sin embargo, es notable constatar que entre los asentamientos paracas de este valle no se encuentran conjuntos con la complejidad de los registrados en Chincha, ni montículos piramidales comparables en envergadura con los observados en este valle.[42]

Entre los sitios del valle medio de Ica destaca Cerrillos, que se localiza en las laderas de la margen izquierda del extremo norte del valle, donde se inicia el despliegue de las mejores tierras de este oasis agrícola. El sitio ha venido siendo reexaminado por Wallace a partir de sus primeros trabajos desarrollados en él hace más de cuarenta años, cuando sus excavaciones contribuyeron a aportar materiales asociados con las fases más tempranas de Paracas, en las que se percibe una notable influencia de Chavín, provenientes desde el norte (Wallace 1962).

El sitio presenta una compleja estratigrafía, donde se evidencia una secuencia de superposiciones, generada por sucesivos eventos de remodelación arquitectónica que abarcarían un período de ocupación desde el 800 al 200 a.C. La edificación monumental se caracteriza por presentar terrazas escalonadas, cuyo desarrollo incorpora la pendiente de la ladera donde se asentó el edificio. Las terrazas se realizaron mediante muros de contención de piedras de campo y rellenos de cascajo, cuyos paramentos y pisos fueron acabados con arcilla. En una de las fases se registraron muros hechos con adobes en forma de terrón, igualmente enlucidos cuidadosamente con arcilla. Parapetos bajos delimitaban las terrazas, que se interconectaban entre sí mediante escalinatas, dispuestas tanto en posición posiblemente central como lateral en sus diferentes niveles. Sobre el flanco norte de las terrazas escalonadas se levantaron cámaras de planta cuadrangular, cuyas puertas presentaban umbrales elevados (Wallace 2003: comunicación personal).

De los trabajos de prospección desarrollados en el valle bajo de Ica resulta que los sitios tempranos Paracas —Ocucaje fases 3 y 4— se concentrarían al norte del sector de Callango y Chiquerillo. Son sitios relativamente pequeños que ocupan menos de una hectárea de extensión y corresponderían a sitios habitacionales. Estos sitios tendrían continuidad en su ocupación durante la fase 8, en la que Ánimas Bajas constituiría el sitio más importante, con una extensión de unas sesenta hectáreas y donde se reporta la presencia de siete montículos de planta rectangular y algunas elevaciones de tierra donde se observan los cimientos de estructuras hechas con pequeños adobes y abundantes deshechos de ocupación. Los montículos —que de acuerdo al plano publicado presentan una orientación este-oeste— fueron construidos con pequeños adobes moldeados a manos en forma de «grano de maíz» y «redondos». Sobre la cima de estas plataformas se definieron por medio de muros una serie de recintos y corredores, mientras que también se observó el desarrollo de rampas para conectar ambientes a distinto nivel (Massey 1991: 320-321, fig. 8.2.). En contraste a lo que se verifica en Callango, la ocupación en el sector de Ocucaje durante esta fase sería comparativamente menor y con asentamientos mucho más simples.

La fase 9 de Ocucaje representaría un momento de crecimiento regional en el valle bajo y medio de Ica, mientras que surgen nuevas formas de arquitectura monumental y se registran cambios en las técnicas y materiales constructivos. Surgirían complejos más extensos y se podría apreciar ciertas diferencias jerárquicas entre estos. Sobre la base de estos patrones de asentamiento se propone la confirmación de una posible unificación política en el valle que Menzel, Rowe y Dawson (1964) propusieron a partir de la homogeneidad de las manifestaciones estilísticas de la cerámica durante esta fase, y cuyo centro debería de ubicarse en Ocucaje. Sin embargo, en este caso se señala que las evidencias apuntarían más bien a pensar que este centro se encontrara en el sector de Callango y que podría haber sido el sitio conocido como Ánimas Altas (Massey 1991: 323).

[42] Pareciera que la concentración de estudios arqueológicos sobre Paracas en el valle de Ica —donde destaca su *corpus* cerámico— ha conducido a muchos investigadores a traducir la innegable importancia de este componente de la cultura material, con sus posibles implicancias en los términos de las formaciones sociales, llevándolos a sobredimensionar los niveles de organización social existentes, planteando la presencia de entidades políticas unificadoras en Ica que habrían ejercido su autoridad central a partir de sitios como Ánimas Altas, considerados como «capitales» regionales (Massey 1991). Sin embargo, esto parece haber conducido a subvaluar la relevancia del valle de Chincha, el único donde se aprecia el desarrollo de asentamientos paracas conformados por grandes complejos, que revelan el despliegue de una formidable arquitectura pública monumental. Si consideramos que la formación estatal va aparejada desde sus inicios con el desarrollo del urbanismo, suponemos que la principal expresión de esta forma de organización social debería de haber tenido lugar en este último valle (Canziani 1992a; 1993).

Fondo Editorial PUCP

Ánimas Altas sería el sitio más grande y complejo del valle de Ica durante este período, con una extensión aproximada de cien hectáreas En el sitio destaca la presencia de trece montículos rectangulares que comparten una orientación norte-sur, con la parte más elevada hacia el norte. Sobre el lado norte de los montículos se encuentran muros que definen recintos y estrechos corredores, mientras que del lado sur enfrentan a pequeños patios. Algunos montículos están asociados y en proximidad de estructuras de depósito, formadas por hileras de cubículos cuadrangulares.

El sector norte del sitio está dominado por una plaza rectangular rodeada por estructuras con recintos y otras con dos o tres hileras de depósitos semisubterráneos, que alcanzan de cincuenta a sesenta metros de largo. En el extremo este del sitio se encuentra un pequeño montículo en cuyos muros interiores, que formaban una planta en «U», se halló la notable evidencia de que estaban decorados con figuras incisas que presentan doce versiones distintas de la representación de personajes con atributos felínicos o de lo que se identifica también como el *ser oculado*, cuyo estilo correspondería al Paracas Cavernas (Massey 1983; 1991: figs. 8.3., 8.4).

Otro caso de arquitectura monumental en el valle bajo de Ica se registraría en el sitio D-12, que presenta una estructura rectangular construida con adobe. En este caso, el extremo sur sería el más elevado, donde se observa la presencia de recintos; mientras que hacia el norte se desarrollarían dos terrazas escalonadas descendentes. Se sostiene que su arquitectura asemejaría en la forma a la de los montículos piramidales de Chincha (Cook 1999), si bien la descripción alcanzada es sumamente escueta y no proporciona mayores detalles de los aquí reseñados, lo que nos impide hacer un examen comparativo como el propuesto.

En cuanto a la distribución espacial de los asentamientos, en su relación con el manejo de los recursos, se puede apreciar que estos se concentran en aquellas zonas del valle de Ica que presentan depósitos aluviales fértiles asociados con la disponibilidad de agua, ya sea mediante el riego o el manejo de la napa freática superficial por medio del cultivo en *hoyas*. El jalonamiento de sitios paracas en la parte más baja del valle, hasta su desembocadura en el mar, revelaría tanto el aprovechamiento de pequeños oasis para el cultivo como la existencia de una ruta natural hacia el mar como fuente de abastecimiento de recursos marítimos, cuyas evidencias son abundantes en los sitios al interior del valle. De otro lado, la orientación del río y del valle de Ica, que transcurre de norte a sur, habría facilitado la comunicación con la región de Nazca al sur y con el valle de Pisco hacia el norte,[43] mientras que el acceso hacia la costa desértica al sur de la Bahía de la Independencia podría haber utilizado rutas alternas a través de las Lomas de Amara (Cook 1999). Sin embargo, la comunicación entre los sitios del valle medio de Ica y los de la Bahía de la Independencia, como Chuchio y Karwa, habría representado una fatigante travesía de más de cincuenta kilómetros por uno de los desiertos más áridos del mundo, a través del extenso Tablazo de Ica, cuyos inhóspitos parajes transcurren en gran parte por encima de los 500 m.s.n.m.

Fondo Editorial PUCP

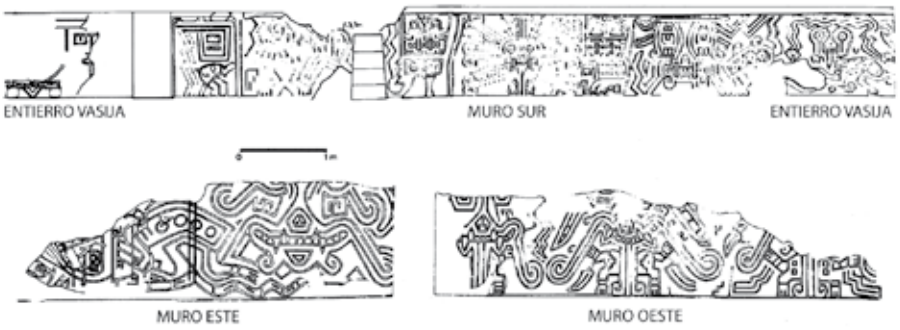


Fig. 189 – Animas Altas. Relieves murales representando seres supranaturales y entre ellos al denominado «ser oculado» (redibujado de Massey 1991: fig. 8.3).

[43] Las hoyas de Villacurí y de Lanchas, recónditos oasis en los áridos llanos entre los valles de Ica y Pisco (Soldi 1982: 49-66), podrían haber servido como puntos de escala en estas tempranas travesías por el desierto. Se puede suponer, inclusive, que en algunas de estas hoyas se hubiese iniciado su manejo con fines agrícolas, mediante el aprovechamiento de la napa freática relativamente superficial presente en estas pampas.

Otros asentamientos paracas en el litoral al sur de la península

Además de los destacados sitios de Cerro Colorado, Wari Kayan, Arena Blanca o Cabezas Largas, asociados a las célebres necrópolis de la península (Tello y Mejía 1979), existen otros sitios paracas jalonando prácticamente todo el litoral de la bahía de Paracas, como Puerto Nuevo, La Puntilla y Disco Verde. Se trata de sitios constituidos por montículos con conchales y restos de ocupación aparentemente doméstica. Algunos de estos —como Disco Verde y Puerto Nuevo— habrían reportado cerámica de fases anteriores a Cavernas. De otro lado, la localización y contextos de estos asentamientos establecen una estrecha relación con la apropiación de recursos marinos, para lo cual en algunos casos su ubicación podría haber considerado la existencia de ciertas facilidades, como la proximidad de afloramientos de agua salobre en las hoyadas que hasta el día de hoy se aprecian.

De otro lado, las exploraciones del equipo conducido por el doctor Tello reportaron la presencia de extensos sitios ubicados al sur de la península de Paracas. Entre estos destacan Chuchio y Karwa (o Carhua) que se encuentran frente a la Bahía de la Independencia, en una zona absolutamente desértica, localizados respectivamente a más de 30 y 40 kilómetros al sur de Paracas y entre 50 y 45 kilómetros al oeste del valle medio de Ica. En la superficie de estos sitios se observaron montículos con acumulación de grandes basurales con conchas marinas, que presentan restos visibles de habitaciones subterráneas o semisubterráneas, asociados a cerámica incisa y policroma del estilo Cavernas y con la presencia de enterramientos de fardos funerarios similares a los de la península (Tello y Mejía Xesspe 1979: 92).

La ubicación estratégica de estos sitios con relación a la explotación de una gran variedad de recursos marinos,[44] supondría que fueron una fuente muy importante de aprovisionamiento para los sitios al norte de la península, así como para los del valle de Ica. Para esto debió articularse un sistema de intercambio, no solamente para el transporte de los productos del mar, sino también para su propia y vital dotación de agua, alimentos agrícolas y otros productos manufacturados, para

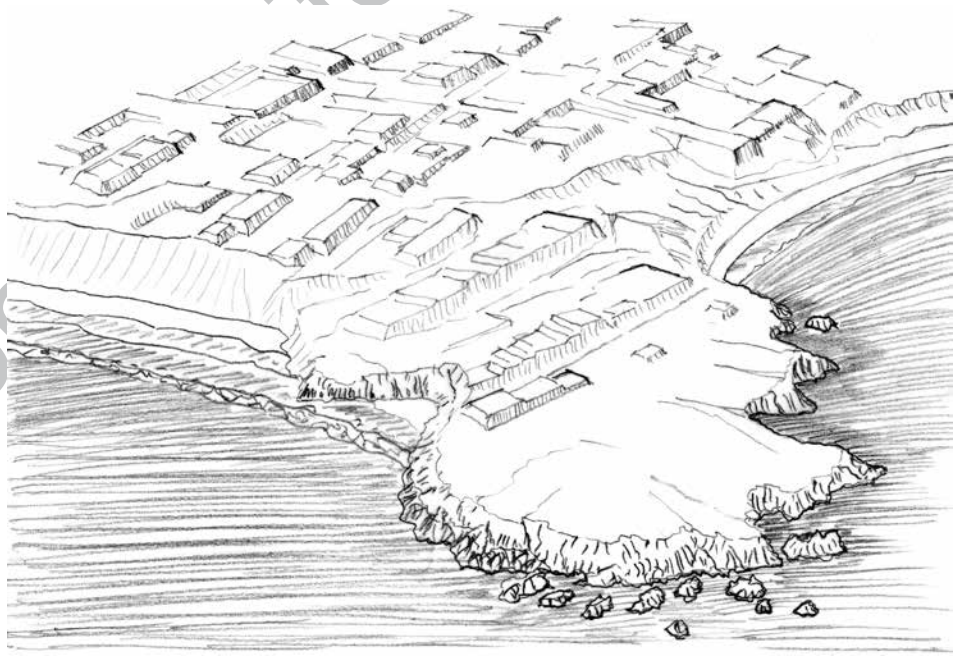


Fig. 190 – Carhua. Dibujo reconstructivo sobre foto aérea oblicua (Bridges 1990) del sitio visto desde el oeste, destacando las posibles plataformas y plazas (Canziani).

[44] En el sitio de Chuchio se puede apreciar montículos formados casi exclusivamente por enormes acumulaciones de conchas de macha (*Mesodesma donacium*), prácticamente libres de ceniza o cualquier otro material de deshecho, lo que señalaría el consumo compulsivo de estos moluscos, propio del proceso destinado a su secado y salado para su conservación. Este dato apunta a señalar la actividad intensamente especializada de estos pescadores y sus estrechos nexos con el grueso de la población asentada en los valles, lo que habría posibilitado tanto la vital provisión de sus subsistencias, como la articulación de la distribución de los productos marinos para su consumo dentro de los mismos valles o inclusive, en el marco de un intercambio de mayor escala, hacia las regiones altoandinas de Ayacucho y Huancavelica, desde donde proviene —es preciso recordarlo— la lana de camélidos para la industria textil y la obsidiana frecuentemente empleada por los paracas, inclusive en los sitios del litoral.

Fondo Editorial PUCP

lo cual el manejo de hatos de llamas pudo haber tenido un papel imprescindible.[45]

Si bien estos sitios del litoral hasta la fecha han sido poco estudiados, no parecen limitarse exclusivamente a la función habitacional de los pescadores, que debieron ser sus más numerosos moradores. Desde su descubrimiento se reportaron importantes vestigios, como la presencia de vajilla fina del estilo Cavernas y enterramientos similares a los de las necrópolis de Paracas (ibid.). Posteriormente, el sitio de Karwa ha sido señalado como fuente de proveniencia de impresionantes textiles pintados con motivos chavinoides, lamentablemente extraídos por excavaciones clandestinas. Por lo tanto, no sería de extrañar que sitios de esta naturaleza reporten en el futuro la existencia de algún tipo de arquitectura pública, tal como se puede suponer a partir de la percepción del especial ordenamiento que presentan algunos de los montículos que conforman estos asentamientos y la propia calidad extraordinaria de ciertos hallazgos.

En este sentido, en el sitio de Chuchio pudimos apreciar la presencia de pequeñas cámaras subterráneas excavadas sobre una plataforma natural, posiblemente destinadas a una función funeraria. Estas fueron acabadas interiormente con muros de contención hechos de bloques de caliche y techadas con vigas de piedra y troncos. Sin embargo, nos pareció más extraordinario apreciar al sur del sitio y sobre un elevado acantilado, cortado verticalmente unos 100 metros sobre el mar, un gran muro de contención hecho de cantos rodados de 30 a 40 centímetros de diámetro. Este muro de contención, que forma una larga plataforma orientada este-oeste de unos 40 metros de largo, aprovechando en parte el relieve natural del terreno, presenta en el tramo próximo al abismo su mejor estado de conservación. En este sector, donde el muro alcanza unos cuatro metros de alto, se puede apreciar que fue construido mediante la disposición de los cantos rodados en hiladas horizontales, posiblemente asentándolos con una mezcla de algas y tierra salitrosa, una técnica que es de uso común en las construcciones de este tipo de sitios.

Esta inusitada inversión constructiva, en un terreno de alto riesgo, se ve magnificada al observarse que los cantos rodados empleados en su construcción son ajenos al terreno del sitio y provienen del fondo de playa, por lo tanto su acarreo hasta la obra representó varios cientos de metros de recorrido, en gran parte de brusco ascenso, lo que implicó —estimando el considerable peso de los cantos— contar con el esfuerzo de una o más personas para el transporte de cada uno de estos. La ubicación dramática de esta plataforma, cuyo extremo oeste remata directamente sobre el abismo, unida al espectacular dominio que ofrece del paisaje marino, llevarían a pensar en una función



Fig. 191 – Chuchio. Vista de una plataforma al borde de un acantilado que domina el mar. Esta presenta un gran muro de contención construido con cantos rodados dispuestos en hiladas horizontales (foto: J. Canziani).

[45] Los camélidos sudamericanos no fueron ajenos a los paracas, como se puede comprobar del manejo de sus fibras, cueros y otros elementos incorporados en las ofrendas funerarias de las necrópolis, al igual que de su representación relativamente frecuente en la decoración de sus textiles (Tello 1959: fig. 68; Tello y Mejía 1979: Peters 1991: 280).

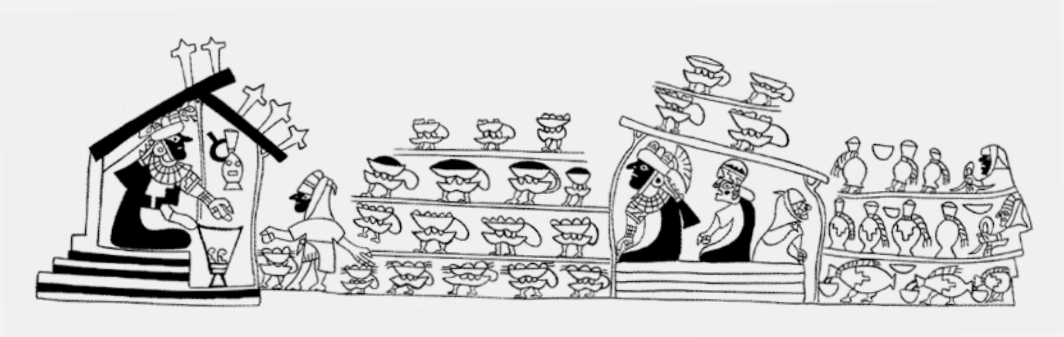
Editorial PUCP

pública, quizá relacionada con el establecimiento de un adoratorio destinado al ejercicio de algún culto al mar, un universo prolífico en recursos pero también la inquietante morada de muchos de los seres supranaturales que animaron la cosmovisión de los paracas.

Finalmente, la presencia Paracas en Nazca y más al sur, parece atenuarse, especialmente en lo que se refiere a la presencia de arquitectura monumental. Los materiales afiliados a esta tradición se han reportado limitadamente en los valles de la región y es bastante somera la información acerca de los posibles asentamientos asociados (Silverman 1991). Sin embargo, las recientes investigaciones emprendidas por Reindel e Isla (Reindel *et al.* 1999), con excavaciones arqueológicas en el sitio de Jauranga (Palpa), vienen demostrando la presencia de asentamientos con población paracas, cuya cultura material constituye una notable evidencia de insospechado vigor al sur de la región de Ica. Esta novedosa información les permitiría postular también que los geoglifos más tempranos, trazados en las faldas de las laderas que limitan el valle de Palpa, corresponderían a las tempranas poblaciones paracas asentadas en el valle.

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP



5

LAS PRIMERAS CIUDADES

Fondo Editorial PUCP

5
LAS PRIMERAS CIUDADES: de los centros ceremoniales al surgimiento de los centros urbano-teocráticos

Fondo Editorial PUCP

En los Andes centrales durante el período de los Desarrollos Regionales Tempranos (500 a.C. a 700 d.C.), como su denominación lo señala, se verifica el surgimiento de desarrollos culturales con características marcadamente regionales, en las que se expresa una creciente autonomía y la generación de tradiciones culturales con identidades bien definidas y diferenciadas entre sí. A partir de los avances logrados durante el Formativo, y especialmente con la creciente afirmación de la agricultura, se produjo una relación de estrecha interdependencia de las distintas sociedades con los peculiares ecosistemas de las diversas regiones en que estaban asentadas. En este sentido, se constata que el ámbito territorial de estos desarrollos culturales correspondió a uno o más valles en el caso de las sociedades costeñas, o a hoyas hidrográficas de los valles interandinos en el caso de la serranía.

Se trata de un período ampliamente reconocido por sus notables y extraordinarias manifestaciones artísticas, especialmente de aquellas que provienen de la cerámica, la textilería y la orfebrería, lo que motivó que algunos estudiosos denominaran a esta época como «clásica» o como «período de los maestros artesanos» (Lumbreras 1969: 149-151).

Especialmente en la costa norte y central se desarrollaron ambiciosos proyectos de irrigación que permitieron ampliar notablemente el desarrollo de la agricultura, con el manejo de los cultivos de regadío en la mayor parte del territorio de los valles. Estos logros dieron paso a una nueva realidad económica, caracterizada por la creciente disponibilidad de excedentes productivos. Esta capacidad de producción y la mayor dotación de recursos estuvo asociada a una mayor especialización y división social del trabajo, sirviendo de soporte a procesos de desarrollo urbano desconocidos hasta ese entonces.

Surgieron así centros urbanos y ciudades dominadas por colosales montículos piramidales, desde donde las elites dominantes encabezadas por sacerdotes ejercían el poder, apoyadas por destacamentos de guerreros que se supone también formaban parte integrante de la nobleza gobernante. Pero, existe mucha evidencia de que en este tipo de asentamientos residían también los más destacados maestros artesanos, que estaban dedicados a la producción especializada de finas manufacturas. Por esta razón, entre las ruinas de estos centros urbano teocráticos[1] no solo se encuentran las estructuras correspondientes a los monumentales templos, los fastuosos palacios, depósitos y viviendas, sino que también los arqueólogos encuentran una apreciable presencia de talleres donde se ha comprobado la actividad especializada de sus habitantes, dedicados a la elaboración de cerámica, tejidos, implementos de metal y joyas de orfebrería, adornos y collares de cuentas de piedras semipreciosas o de conchas exóticas, así como de otros tantos productos de uso suntuario o ritual.

Como veremos más adelante, en la producción de la estructura física de los centros urbanos y de los complejos monumentales se asiste a una serie de mejoras técnicas que van desde la propia elaboración de los materiales constructivos —como los adobes que finalmente serán producidos con

[1] Se les denomina centros urbano teocráticos debido a que en ellos se expresa claramente el ejercicio del poder por parte de los sacerdotes, lo que se manifiesta de modo patente en el volumen dominante de las principales edificaciones ceremoniales con relación a las demás estructuras urbanas.

molde— hasta la afirmación de nuevas formas de organización del trabajo en la construcción. Estos avances, en su conjunto, evidencian un alto grado de especialización en el campo de la construcción, que aparentemente ya no solo toca a los diseñadores y conductores de estas grandiosas obras públicas, sino que también habría comprometido a quienes lideraban los equipos de obreros a cargo de la ejecución de estas.[2]

Otro tipo de modificaciones se percibe con la afirmación de nuevos patrones de ordenamiento de los centros urbanos y en los atributos formales que se imponen en la arquitectura monumental del período. Paralelamente, se registra la declinación o extinción de algunas formas arquitectónicas que tuvieron una larga e importante tradición. Este es el caso de la organización espacial rígidamente simétrica, dominante en el ordenamiento axial de muchos de los antiguos complejos del Formativo; como también de ciertos componentes arquitectónicos que antaño tuvieran una figuración central, como sucede con el abandono de los pozos ceremoniales o patios circulares hundidos, así como de las cámaras o recintos con hogar central, cuyos lejanos orígenes se remontaban al Arcaico

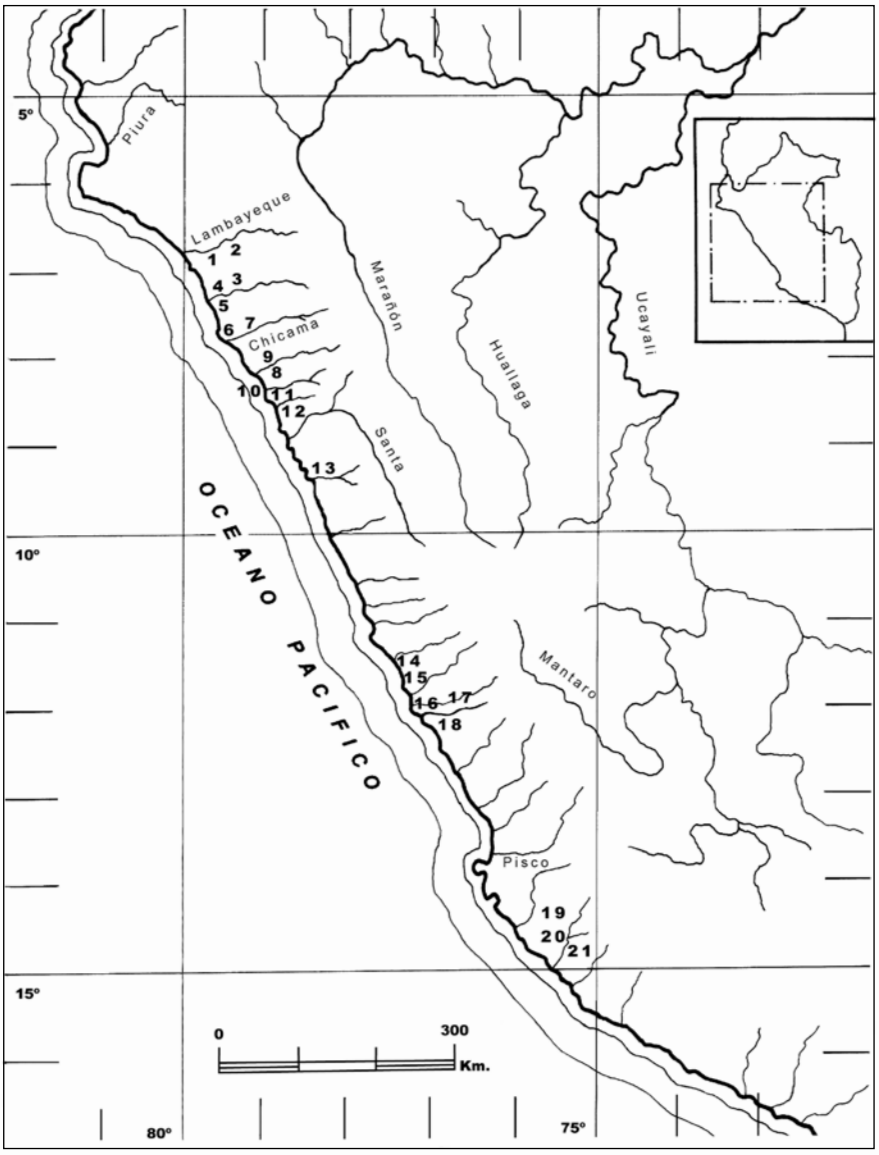


Fig. 192 – Mapa con los territorios de las diferentes culturas regionales y la ubicación de los principales sitios del período:
1 Sipán
2 Pampa Grande
3 San José de Moro
4 Pacatnamú
5 Dos Cabezas
6 El Brujo
7 Mocollope
8 Moche
9 Galindo
10 Grupo Gallinazo
11 Huancaco
12 Pampa de Los Incas
13 Pañamarca
14 Cerro Trinidad
15 Cerro Culebra
16 Maranga
17 Pucllana
18 Pachacamac
19 La Muña
20 Ventilla
21 Cahuachi

[2] La evolución de la forma de los adobes, que culmina con la generación de adobes paralelepípedos rectangulares elaborados con molde, permite inferir la mejora de una serie de aspectos de la tecnología constructiva, entre los que destacan: la masificación y aceleración de la producción de los materiales constructivos; la estandarización de las dimensiones de los adobes, que permite, a su vez, el cálculo y la estimación de los materiales y de la mano de obra requeridos para un determinado volumen o segmento de la obra a ejecutar; así como una mayor solidez estructural, lograda mediante el desarrollo de aparejos trabados.

Tardío. Evidentemente, estos cambios drásticos no son exclusivamente de índole formal, ya que representan, más bien, la expresión de las nuevas funciones que absolverán los centros urbanos teocráticos y su arquitectura pública. Estas transformaciones, a su vez, nos advierten de los cambios que debieron de producirse en la esfera superestructural, como parte de la nueva cosmovisión que debió acompañar el surgimiento de estas nuevas formaciones sociales.

Es evidente que este proceso de cambios también implicó fuertes transformaciones en las formas de organización social. Tanto la extraordinaria riqueza que se observa en el ajuar funerario de algunos enterramientos, frente a la extrema sencillez de otros; y las propias representaciones escultóricas o pictográficas en la cerámica, especialmente en el caso de Moche, dan cuenta de fuertes diferencias sociales. La presencia de clases sociales claramente diferenciadas, así como la documentación de notables desarrollos urbanos, constituyen claros indicadores para inferir que muchas de estas sociedades se desarrollaron definitivamente en el marco de una organización política de carácter estatal (Lumbreras 1987b; Canziani 2003a; 2004).

En todo caso, este proceso evolutivo no es, como muchas veces se ha supuesto, homogéneo y lineal. Las evidencias conocidas dan luces acerca de la existencia de una notable desigualdad y discontinuidad. En la costa central y, especialmente en la costa norte, el proceso se desarrolla de forma generosa y manifiesta un espectacular apogeo de las formaciones sociales teocráticas y de los correspondientes centros urbanos, algunos de los cuales trascienden al nivel de ciudades. De otro lado, el proceso en la costa sur central y sur es aparentemente bastante más austero y contenido. Inclusive se percibe que en la costa peruana este fenómeno no trasciende al sur del área de Nazca, donde así como durante el Formativo se desconoce la presencia de centros ceremoniales, para esta época tampoco se registrarían asentamientos de nuevo tipo —urbanos—, lo que lleva a suponer que las sociedades de estas regiones mantuvieron un modo de vida fuertemente relacionado con la pesca, la recolección y con un manejo agrícola bastante limitado, lo que habría estado aparejado con la persistencia de formas de organización de carácter tribal y de asentamientos de tipo aldeano. Las desigualdades antes señaladas entre las distintas regiones de la costa se explicarían con el mayor o menor grado de desarrollo de la producción agraria como base de la economía social, lo que se acentúa marcadamente entre el «norte fértil» y el «sur árido» (Lumbreras 1999).

Por otra parte, que los procesos no son lineales y que pueden estar sujetos a marcadas discontinuidades, lo podemos constatar claramente en ciertos valles como los de Casma o el de Chincha, donde los extraordinarios desarrollos registrados durante el Formativo no presentan continuidad, manifestándose un desarrollo urbano menor y un evidente decaimiento de la inversión en la construcción de arquitectura pública monumental. De otro lado, algo similar se verificaría en las regiones altoandinas —a excepción del altiplano circumlacustre con Tiahuanaco—, ya que el desarrollo formativo registrado en la sierra de Cajamarca y con Chavín no presentaría continuidad o un desarrollo urbano ulterior. Esta es evidentemente una problemática que merecería una mayor exploración, dada la importancia de las interrogantes que se nos plantean. Una hipótesis viable sería la que propone que en estas regiones altoandinas se habría impuesto una autolimitación en la dotación de excedentes productivos, a partir de las condiciones técnicas de la producción agropecuaria, que se resuelve principalmente en el ámbito de la organización comunal del trabajo y de un modo sustancialmente autosuficiente. Estas condiciones limitarían la especialización en el campo de la producción y, por ende, inhibirían los elementos causales de la diferenciación social, resolviéndose las relaciones de producción en el marco de la organización comunal, donde priman la reciprocidad y los lazos de parentesco (Golte 1980; Mayer 2004). Por consiguiente, en estos contextos no existirían requerimientos que sustenten la presencia de un aparato estatal y, como reflejo consecuente, se explicaría la manifiesta ausencia del desarrollo de asentamientos de carácter urbano.[3]

La viabilidad de la hipótesis antes expuesta se vería reforzada en su contrastación por el postulado que sostiene que el proceso de desarrollo urbano y su sostenibilidad requieren de la existencia de un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; que este sea capaz de asegurar la disponibilidad de ingentes cantidades de

[3] Como se verá más adelante, esta situación solamente de revierte durante aquellos periodos donde la presencia de estados expansivos de carácter imperial —como Wari y Inca— implantan el desarrollo urbano en extensas regiones e, inclusive, aplican la planificación urbana como una estrategia fundamental para el control territorial y poblacional.

Fondo Editorial PUCP

excedentes; que permitan una creciente división social del trabajo y desligar de la producción directa de alimentos a una porción importante de la población, para que esta se dedique principalmente al desarrollo de actividades especializadas, sean estas de producción de servicios, manufacturas, instrumentos de producción, o comercio (Lumbreras 1981:170-173). De acuerdo a esta proposición, la explicación de la manifiesta desigualdad y discontinuidad que se evidencia en el proceso entre las diferentes regiones de los Andes centrales, tendría causas que deberían de rastrearse en los aspectos antes señalados y específicamente en la ausencia de estas condiciones, o en el mayor o menor nivel de desarrollo alcanzado por estas en los respectivos contextos históricos y regionales.

A este propósito, es relevante tomar en cuenta que a partir de la década de los cincuentas una serie de estudiosos estadounidenses (Schaedel 1951; 1972; Rowe 1963; Lanning 1967) propusieron una visión del proceso que implícitamente planteaba una suerte de dicotomía en la cual, de un lado, en la costa sur se habría dado supuestamente el desarrollo de un urbanismo temprano; mientras que del otro y en contrapartida, la costa norte se habría caracterizado por la supuesta presencia de centros ceremoniales «vacíos». Es decir, donde más allá de los montículos piramidales no habría existido una mayor concentración poblacional y donde la dinámica del urbanismo se impondría tan solo a partir del Horizonte Medio. Como veremos más adelante, está cada vez más claro lo erróneo de estas proposiciones, si bien algunos estudiosos —con diferentes enfoques y matices— han persistido en ello o construido argumentos teóricos a partir de bases que hoy en día resultan bastante discutibles.[4]

Evidentemente, este debate trae a colación la problemática que se propone el examen de la interrelación existente entre clases sociales, Estado y fenómeno urbano, que fue inicialmente propuesta por Gordon Childe (1982; 1985) y que en el caso de los Andes centrales ha concertado la atención de diversos estudiosos que se han ocupado del tema (Choy 1979; Lumbreras 1968; 1981; 1987a; 1987b; 1994; Staino y Canziani 1984; Canziani 1989; 2003a; 2003b; 2004). En este capítulo haremos algunos apuntes sobre esta problemática y cómo se manifiesta en las diferentes regiones, fundamentalmente a partir de las características que presentan los asentamientos del período, especialmente los centros urbanos teocráticos.

Los desarrollos urbanos Gallinazo y Moche en la costa norte

Una vez concluido el periodo Formativo en la costa norte, se manifiesta el surgimiento de la cultura Gallinazo, conocida también como Virú por su importante desarrollo en este valle, previo a la ocupación moche. Por lo que conocemos de Gallinazo, especialmente a partir de las investigaciones desarrolladas en el valle de Virú (Bennett 1950; Willey 1953), esta fue una sociedad con una economía basada principalmente en la agricultura, que estuvo asociada a una notable expansión de los sistemas de irrigación, lo que le permitió aumentar notablemente las tierras de cultivo, extendiéndolas prácticamente a todos los suelos disponibles en dicho valle.

En cuanto a las características de su forma de organización política, parece que los gallinazo durante sus fases tardías habrían logrado generar una estructura de carácter estatal. En el valle de Virú, precisamente donde la cultura Gallinazo habría alcanzado su apogeo, se observa un complejo patrón de asentamiento que presenta una variedad de tipos de sitios, entre los que destaca el desarrollo de un notable centro urbano, como el llamado Grupo Gallinazo. Es interesante notar que el urbanismo de Gallinazo podría representar un antecedente al desarrollo que alcanzará la cultura Moche en este aspecto. Sin embargo, es preciso tomar en cuenta que el desarrollo de Gallinazo Tardío, habría sido en buena medida contemporáneo con las fases de Moche Temprano y Medio, por lo que ambas experiencias urbanas debieron de coexistir en este lapso de tiempo.

Moche, por su parte, representa el desarrollo más destacado de las formaciones teocráticas del período. Esta cultura no solo nos ha legado el esplendor de sus extraordinarias y sofisticadas manufacturas, sino también la evidencia de que fue artífice de la construcción de una magnífica arquitectura monumental, que se desarrolló en el marco de impresionantes centros urbanos. Sabemos también que los moche dieron cuerpo

[4] Véase para este propósito las tesis esgrimidas con diferentes matices por Service 1984; Wallace 1986; Bonavía 1991; 1998; Shimada 1994; y, Bawden 1999.

Fondo Editorial PUCP

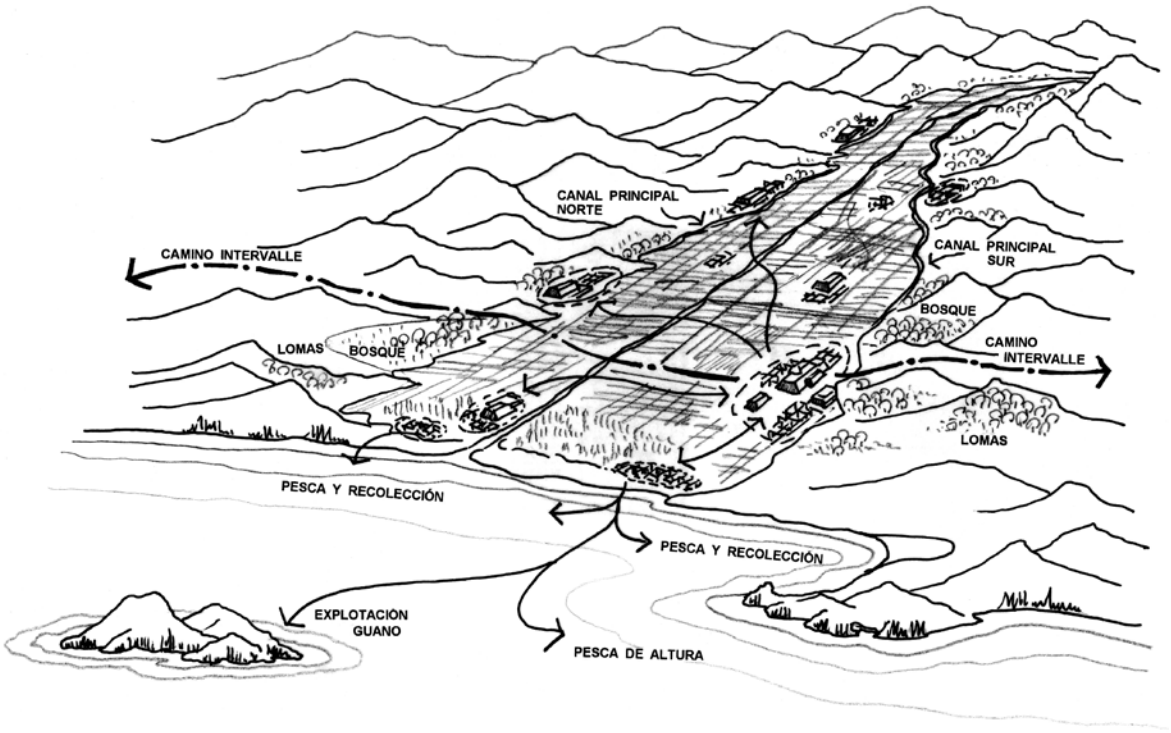


Fig. 193 – Valle hipotético de la costa norte o central, en el que se ilustra el patrón de asentamiento con la ampliación del manejo agrícola a las zonas medias y bajas del valle, mediante el desarrollo de grandes canales de irrigación en ambas márgenes (Canziani).

a una compleja y jerarquizada formación social, que por varias centurias ocupó el vasto territorio de la costa norte, desarrollando el manejo de sus valles agrícolas y dando vida a formas de organización política que posibilitaron la generación de entidades que lograron consolidar un manifiesto dominio intervalles.

Aún queda mucho por investigar con relación a esta temática. Sin embargo, parece tener creciente aceptación las hipótesis que sugieren una cierta diferenciación regional, por lo menos política, entre los moche norteños y los sureños. Entre los primeros se encontrarían los que poblaron los valles de Lambayeque, con límite sur en el valle de Jequetepeque y con proyecciones hacia el norte en Piura. Mientras que entre los del sur tendríamos a los que ocuparon los valles «nucleares» de Moche y Chicama, y que con la expansión moche, dominaron los valles de esta región hasta Nepeña, con posibles proyecciones aún más al sur, hasta el valle de Huarmey. En el primer caso, se supone la presencia de entidades políticas con cierta autonomía a nivel de valles o de sectores de estos; mientras que en la región sureña es muy posible se diera la conformación de una entidad estatal centralizada y de carácter expansivo, que se anexó nuevos territorios y poblaciones mediante la dominación o conquista militar de los valles al sur de Moche (Moseley 1992; Castillo y Donnan 1994).

La existencia de esta diferenciación regional entre los moche del sur y los del norte habría tenido la particularidad de inscribirse en el marco de una extraordinaria unidad cultural, claramente perceptible en distintas manifestaciones de su cultura material, especialmente en la representación iconográfica. También debió involucrar otros aspectos culturales como una lengua común y una tradición religiosa compartida. Lo notable de esta identidad cultural es que no solo se extendió a lo largo de cientos de kilómetros de la costa norte, integrando las poblaciones de sus respectivos valles oasis, sino que también tuvo una extraordinaria vitalidad, manteniéndose vigente durante una larga época que comprende varios siglos de duración.

Más adelante examinaremos el comportamiento de esta perspectiva de diferenciación regional, tanto en el ámbito de la arquitectura monumental como en el de los patrones de asentamiento documentados. Igualmente, examinaremos este aspecto con relación a la forma en que se manifiestan los procesos de abandono o transformación de los asentamientos urbanos moche, lo que se verifica durante la crisis que afectó su fase tardía, y que aparentemente se vio agudizada por las presiones externas que se manifestarían

Fondo Editorial

durante el Horizonte Medio a raíz del desencadenamiento del fenómeno Wari.

La cultura Gallinazo y su modelo de asentamiento en el valle de Virú

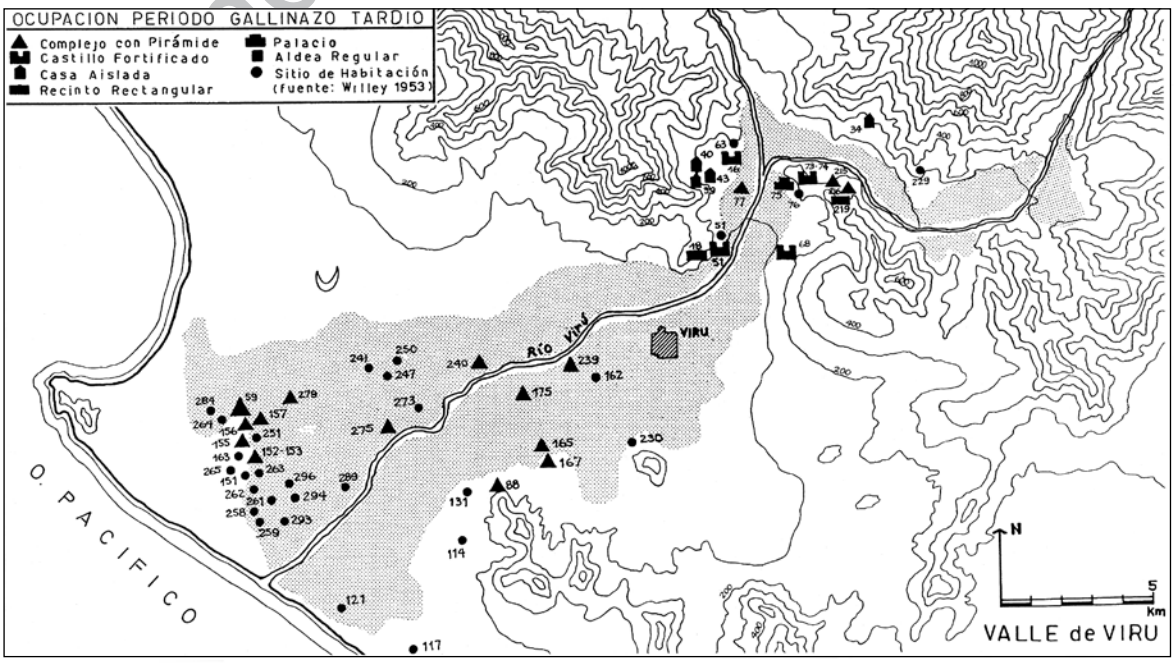
Esta cultura, conocida también como Virú, se desarrolló en la costa norte luego de Salinar y antecede el posterior desarrollo de la cultura Moche. Sin embargo, es importante aclarar que el estilo cerámico asociado a Gallinazo aparentemente sobrevivió como parte de la vajilla utilitaria durante mucho más tiempo, y por lo tanto no es extraño que se le encuentre coexistiendo en sitios con ocupación Moche, tanto en los valles de Trujillo como en los de Lambayeque.

No obstante, parece que fue en el valle de Virú, inmediatamente al sur de Trujillo, donde la cultura Gallinazo alcanzó su mayor desarrollo. Efectivamente, en la parte baja de este valle se encuentra un extenso complejo de plataformas y montículos piramidales de adobe conocido como Grupo Gallinazo, que aparentemente constituía una suerte de «capital» de esta sociedad en el valle, y donde Bennett desarrolló excavaciones en los años treinta y luego en los cuarenta (Bennett 1950). Adicionalmente se reporta información de otros tipos de sitios presentes en el valle, como complejos ceremoniales con edificaciones piramidales, estructuras fortificadas conocidas como «castillos», otras del tipo «palacio», además de grandes casas aisladas, aldeas y asentamientos habitacionales, además de cementerios (Willey 1953).

Este conjunto de tipos de sitios, su ubicación y articulación espacial, permitieron a Willey (ibid: 378-382, fig. 84) plantear una serie de sugerentes hipótesis acerca de las singulares características del patrón de asentamiento de Gallinazo Tardío en el valle de Virú. A diferencia de lo que aconteció durante el precedente período Puerto Moorin o Formativo Superior, donde se dio una marcada concentración en la parte media alta del valle, la ocupación Gallinazo, manifiesta más bien una baja ocupación de este sector y un importante desplazamiento hacia el valle bajo y medio. En el valle bajo el Grupo Gallinazo, además de tener un rol protagónico como posible sede de una autoridad central, debió de incorporar bajo su órbita otros asentamientos de la margen norte del valle bajo. En la margen sur del valle bajo, así como en el valle medio, otros centros de menor rango pudieron cumplir una función similar con relación a la población asentada en estos sectores. Mientras tanto, en el sector del cuello del valle, esta función pudo ser cubierta por cuatro «castillos» fortificados y un complejo ceremonial localizado en una posición central, los que además garantizaban el control estratégico de una zona clave para el manejo del sistema de irrigación del valle (Canziani 1989).

Fondo Editorial PUCP

Fig. 194 – Ocupación gallinazo en el valle de Virú (redibujado de Willey 1953 en Canziani 1989).



El Grupo Gallinazo

Se encuentra en la parte norte del valle bajo de Virú, en una zona que debió ser marginal al área bajo cultivo en ese entonces, por su baja calidad de suelos debido a su relativa proximidad a la franja del litoral marino. Presenta una notable extensión, que alcanza por lo menos dos kilómetros a lo largo de su eje principal orientado de norte a sur, si consideramos el área de mayor concentración, pero que si comprende otros montículos más dispersos, llegaría a alcanzar una extensión de hasta cuatro kilómetros.[5] El Grupo Gallinazo está conformado por unos treinta montículos, aparentemente amorfos y de contornos indefinidos debido a la intensa erosión. Sin embargo, las

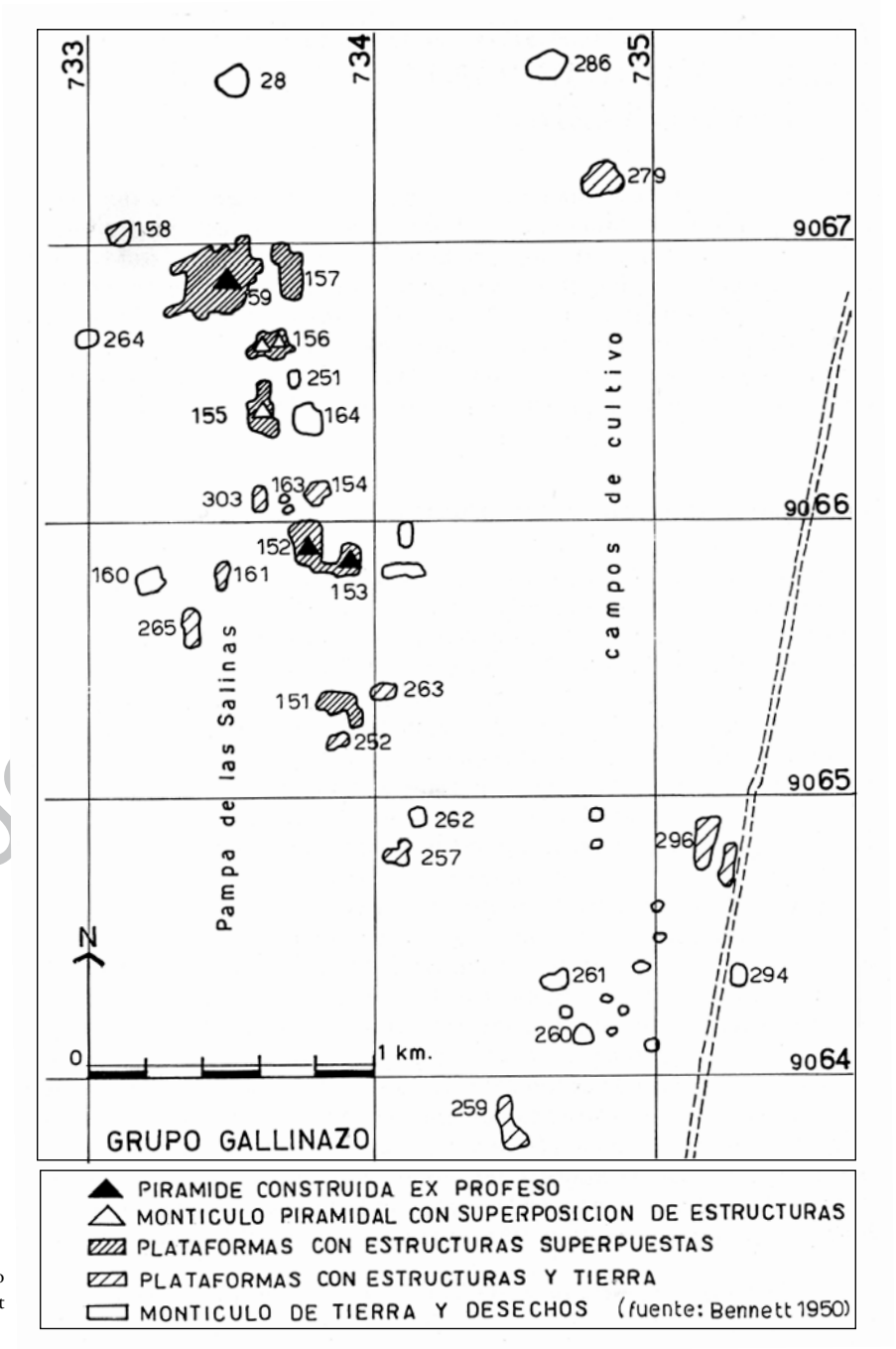


Fig. 195 – Plano general del Grupo Gallinazo (redibujado de Bennett 1950 en Canziani 1989).

[5] El área de mayor concentración de montículos, y que reúne a aquellos que presentan edificios piramidales y evidencias de arquitectura monumental, ocupa una extensión de unas 200 hectáreas. Sin embargo, no está del todo claro si la ocupación poblacional estuvo limitada exclusivamente al área de los montículos —de lo que resultaría una baja densidad de ocupación— o si es que también comprometió las áreas anexas a estos hoy cubierta por campos de cultivo.

excavaciones realizadas en ellos revelaron que estaban constituidos por plataformas con estructuras arquitectónicas y que, en algunos casos, sirvieron también de base para la erección de volúmenes piramidales. En otros casos se trataba de simples montículos producto de la acumulación de tierra y de deshechos de ocupación, lo que revelaría su aparente función habitacional, asociada a construcciones realizadas con materiales perecederos.

Como sostuvo Bennett (1950), al igual que Willey (1953), el Grupo Gallinazo no presenta evidencias aparentes de una planificación global. Sin embargo, un análisis somero permite apreciar que existió una evidente búsqueda de organización espacial, la que a partir de la reiterada orientación de las estructuras arquitectónicas se extiende a la disposición de los montículos y las plataformas, como también al nivel del ordenamiento general del complejo en dirección norte-sur. Igualmente se perciben ciertos niveles de planificación sectorial, verificables en el planeamiento de las estructuras expuestas por las excavaciones, donde la apariencia amorfa y desordenada que presenta el sitio en superficie parece ser más bien producto de la intensa erosión que ha sufrido. Finalmente, se puede inferir la existencia de una zonificación y jerarquización de las estructuras, con la presencia de plataformas que incorporan grandes volúmenes piramidales y otras que por sus acabados, decoración mural y características, parecen corresponder a edificios públicos de función especializada; mientras que otros montículos con plataformas compuestas por cuartos y otros recintos con evidencias domésticas, podrían ser asignados a una función residencial asociada a sectores de la población con un cierto estatus social. Por último, generalmente en la periferia del sitio, otros montículos que presentan evidencias de ocupación y escasos restos arquitectónicos, podrían haber correspondido a zonas habitacionales resueltas con materiales perecederos y ocupadas por sectores sociales dependientes de la elite urbana o por trabajadores del campo asimilados al núcleo urbano del asentamiento (Canziani 1989: 118-120).

En cuanto a las estructuras arquitectónicas identificadas en los montículos, se aprecia que la organización espacial del complejo orientada de norte a sur es reiterada en estas, tanto en la propia orientación de las plataformas, como en el trazo de los muros de los recintos y corredores. Las estructuras excavadas revelaron patrones fuertemente concentrados, donde se advierte el dominio de un persistente patrón ortogonal, generado por los muros trazados siguiendo los ejes cardinales. Tal como se observa, por ejemplo, en el sector excavado del montículo V-155A, donde las estructuras mantienen un patrón constante en su orientación en las superposiciones arquitectónicas, que corresponden a las diferentes fases de ocupación del sitio, desde el Gallinazo Temprano al Tardío (Bennett 1950: fig. 11).

Estas superposiciones arquitectónicas, asociadas a las distintas fases de Gallinazo, también permitieron observar la evolución y los cambios que se aprecian en las técnicas y los materiales constructivos. Así, en la fase I se desarrolla una especie de «tapia», elaborándose los muros con barro compactado. En la fase II aparecen adobes



Fig. 196 – Vista de la pirámide principal de la Huaca Gallinazo (V-59) desde el montículo V-157 ubicado al este (foto: J. Canziani 1989).

Fondo Editorial PUCP

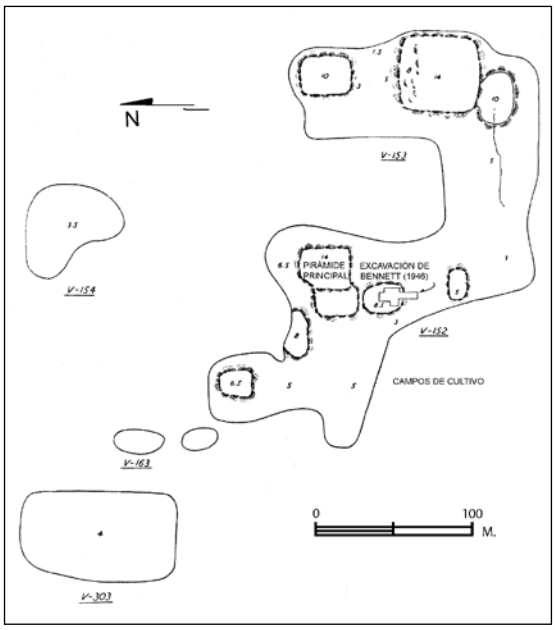


Fig. 197 – Plano del sitio V-152 – 153 del Grupo Gallinazo (redibujado de Willey 1953: fig. 141).

moldeados a mano de distintas formas —esféricos, hemiesféricos, etcétera—. Posteriormente, en la fase III o Gallinazo Tardío, aparecen los adobes paralelepípedos rectangulares, elaborados con moldes de caña, que dejan sus características improntas en las caras de los adobes. A estos les siguen los de moldes llanos, hechos aparentemente con gaveras de madera. Es característico también de las construcciones masivas de Gallinazo que los rellenos de adobe de los volúmenes de las pirámides presenten la inserción horizontal de vigas rústicas de algarrobo, que debieron operar como una suerte de amarres de refuerzo estructural en los rellenos constructivos. Esta técnica peculiar se observó también en la principal construcción piramidal del sitio, denominada Huaca Gallinazo (V-59), que se emplaza sobre el montículo más extenso (400 por 200 metros), mientras que la pirámide en sí presenta una base de 70 por 65 metros, elevándose unos 20 metros por encima del nivel del terreno.

Son de destacar en la arquitectura Gallinazo muchos ejemplos de decoración mural en bajo relieve, con motivos entrelazados que parecen representar serpientes o peces, pero también en sus principales edificios usualmente se encuentran cenefas y frisos obtenidos mediante una particular disposición de los adobes dejando espacios vacíos, logrando así bandas decorativas horizontales que repiten formas geométricas. Estos muros estaban finamente enlucidos y pintados de amarillo, aunque se incluye de forma alterna también el negro, verde, rojo y blanco (ibid.: 38). Estos motivos decorativos están presentes mayormente en los muros de contención de plataformas y, tanto por su posición como orientación, es posible que constituyeran el especial acabado de los frontis de los principales edificios públicos que estuvieron asociados a las

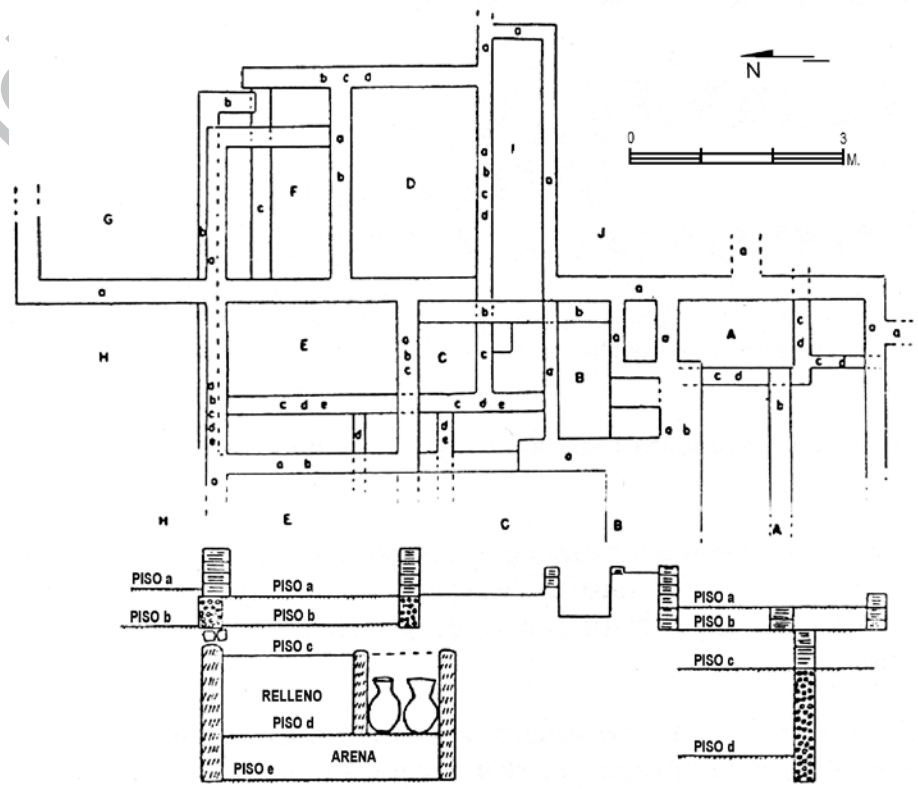


Fig. 198 – Plano y corte de las estructuras excavadas en el sitio V-155 A del Grupo Gallinazo (redibujado de Bennett 1950).

Fondo Editorial PUCP

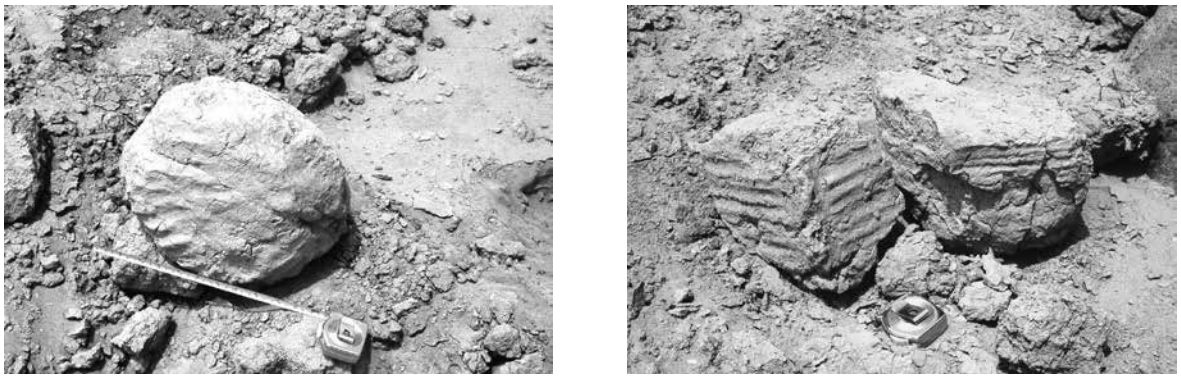


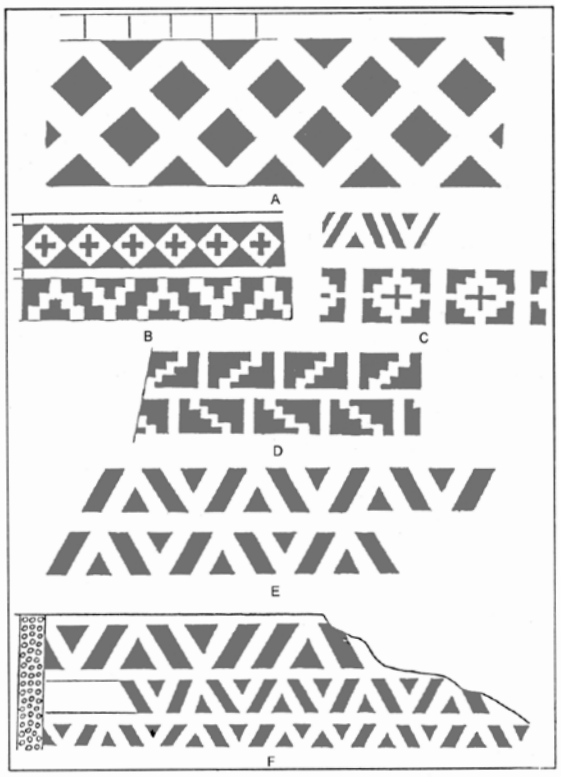
Fig. 199a – Adobe del tipo «bola» modelado a mano correspondiente al Gallinazo Medio; 199b – Adobe fracturado elaborado con molde de caña, del Gallinazo Tardío (Canziani).

estructuras piramidales del Grupo Gallinazo (Canziani 1989: 116-117).

Si bien el Grupo Gallinazo no ha merecido nuevas investigaciones que continuaran las iniciadas por Bennett entre las décadas de los treinta y cuarenta, los datos recuperados en ese entonces permiten inferir que nos encontramos frente a un importante centro urbano, lo cual fue destacado tanto por el propio Bennett (1950) como por Willey (1953) en su célebre trabajo sobre los patrones de asentamiento prehispánicos en el valle de Virú. Si bien estos investigadores hicieron mayor énfasis sobre los aspectos cuantitativos, relacionados con la extensión del sitio y la estimación de los miles de cuartos contenidos en sus estructuras, con proyecciones sobre su posible población,[6] también destacaron la importancia de la arquitectura monumental de función pública aglutinada en torno a las edificaciones piramidales; además de advertir la presencia de estructuras semisubterráneas y cubículos posiblemente destinados a servir de depósitos; así como de la existencia de una clara diferenciación entre las estructuras residenciales, especialmente en la fase tardía de Gallinazo, lo que podría servir de indicador de que los pobladores de este centro urbano pertenecieran a clases sociales distintas (Bennett 1950: 117).

Las evidencias recuperadas señalarían que el notable desarrollo urbano registrado en el Grupo Gallinazo habría estado aparejado con el logro de uno de los más altos niveles en la explotación de los recursos agrícolas del valle de Virú. Esto habría sido posible gracias a la construcción del principal sistema de canales en ambas márgenes de este, lo que permitió la irrigación de la mayor

Fig. 200 – Frisos de decoración mural en relieve, expuestos en los sitios V-59 (a) y V-152 (b-f) del Grupo Gallinazo (redibujado de Bennett 1950).



Fondo Editorial PUCP

[6] Diversos autores han citado la estimación de Bennett (1950: 68) acerca de la existencia de unos 30 mil cuartos en el Grupo Gallinazo durante la fase tardía de su ocupación, sin advertir que esta es el resultado de una discutible proyección, en la cual se ha procedido a dividir el área total de los ocho principales sitios del complejo (126.700 m²) entre el área promedio de los cuartos excavados (2,5 por 1,65 metros = 4,12 m²). No subestimamos la posible población concentrada en el Grupo Gallinazo, pero es bueno señalar que en esta estimación es particularmente discutible la asunción de que todas las estructuras corresponderían a «cuartos», dejando tácitamente implícito que tuvieran una función habitacional, cuando buena parte de estas estructuras también correspondieron a corredores, patios o terrazas. Además, el evidente carácter público de muchos de estos recintos excluiría o limitaría su hipotético uso residencial.

parte de los suelos del piso del valle y el desarrollo en ellos de una agricultura intensiva. Esto habría redundado en el crecimiento poblacional y en el notable incremento de los sitios habitacionales (Willey 1953: 393). La propia concentración poblacional residente en el Grupo Gallinazo, mayormente desligada de las labores del campo, sería impensable sin la existencia de una economía ampliamente excedentaria que permitiera el sustento de este complejo urbano.

Hemos ya visto como durante el Formativo se iniciaron este tipo de modificaciones territoriales, concentrándose en ese entonces el sistema de irrigación en el cuello del valle de Virú, mientras que en la parte media y baja se debieron desarrollar tan solo pequeñas obras de canalización a partir de puntos aparentes en el cauce del río, o con el simple manejo de zonas húmedas mediante la agricultura de hoyas. Sin embargo, durante el período Gallinazo habría tenido lugar la culminación de una obra pública sumamente ambiciosa, la que interesó prácticamente toda la superficie del valle, requiriendo para ello del despliegue de una enorme energía en fuerza de trabajo y de un notable compromiso técnico. Según Willey (1953: 362-365), se habrían construido durante esta época dos canales principales que bordeaban ambas márgenes del valle, a partir de sendas bocatomas ubicadas en el cuello del mismo. Al establecerse el trazo de estos canales se debió prever que inclusive comprendieran la irrigación de las tierras del valle bajo, manteniendo la pendiente adecuada de los canales y, al mismo tiempo, la mira en lograr la cota más alta para el límite superior de los terrenos bajo cultivo. Este notable logro de época Gallinazo no sería superado en la historia sucesiva del valle y solamente en tiempos recientes este límite ha sido ampliado, con la entrada en operación del Proyecto Chavimochic,[7] cuya realización ha significado la intervención de maquinaria pesada y todo el potencial de la tecnología moderna disponible en un megaproyecto de esa envergadura.

La clara preeminencia del grupo Gallinazo, con relación a otros posibles complejos ceremoniales y centros urbanos secundarios presentes en el valle durante este período, estaría expresando la posible existencia de un sistema político centralizado y, al mismo tiempo, nos sugiere su condición de «capital» de una estructura estatal. En un trabajo anterior, advertíamos que el Grupo Gallinazo presentaba determinados niveles de ordenamiento y planificación urbana; así como la existencia de una zonificación y jerarquización de las distintas estructuras presentes, desde aquellas de evidente carácter público hasta aquellas de función habitacional. De estos datos se puede inferir la presencia en el sitio de una población urbana dedicada a actividades especializadas, además de que la composición de esta habría correspondido a distintas clases sociales (Canziani 1989: 118-121). Esta hipótesis, que plantea la existencia de una entidad estatal y de su correlato urbanístico en el Grupo Gallinazo, se vería reforzada si ampliamos el análisis a las implicancias de las importantes obras públicas desarrolladas en el territorio del valle —principalmente el sistema de irrigación desplegado—, y más si examinamos esta problemática en el contexto del patrón de asentamiento establecido en el valle, que comprende otro tipo de sitios, como los «castillos», «palacios», casas aisladas, aldeas, sitios habitacionales y cementerios. Asentamientos que, en su conjunto, revelan un marcado ordenamiento jerárquico y una definida organización del espacio territorial y de la población residente en él.

Los «castillos» fortificados

En el cuello que cierra la parte media del valle, los gallinazo construyeron unas edificaciones monumentales de características especiales, las que se encuentran dispuestas estratégicamente y en posiciones naturalmente defendidas. Se trata de grandes construcciones que dominan el paisaje, al estar emplazadas sobre promontorios rocosos o sobre los cerros que bordean las márgenes de las tierras de cultivo del valle. Este tipo de edificaciones, conocidas popularmente como «castillos» —por su destacado volumen y presencia prominente— contaban además con murallas y otras obras defensivas. Estos rasgos específicos, la posición dominante de sus emplazamientos y su ubicación estratégica, permiten inferir que

[7] El proyecto Chavimochic ha permitido derivar aguas del generoso río Santa, el de mayor caudal de la costa peruana, y con ellas irrigar grandes extensiones eriazas e incrementar sustancialmente la disponibilidad de agua de regadío en los valles que interconecta, como son los de Chao, Virú, Moche y Chicama. Creemos que, a diferencia de otras obras modernas —como las represas y embalses que han demostrado una discutible utilidad y una seria limitación en la proyección de su tiempo de operatividad— en este caso se ha sabido retomar la esencia de una antigua tecnología de irrigación artificial, que ha dado amplias muestras de su probado éxito en cuanto a eficiencia y sostenibilidad.

Fondo Editorial PUCP

posiblemente tenían como función central controlar y defender el sector neurálgico del valle donde se localizaban las bocatomas de los canales principales, es decir, de un sector que desempeñaba un papel clave para el manejo del sistema de irrigación y, por ende, de vital importancia para la administración de la producción agrícola del valle.

Willey (ibid.) reporta la presencia de cuatro de estas edificaciones: los «castillos» de Tomaval (V-51) y San Juan (V-16), en la margen derecha o norte del valle; además de los de Napo (V-68) y de Sarraque (V-73-74), en la margen sur. De estos los más representativos son los de Tomaval y Sarraque, si bien cada uno presenta singulares diferencias en su emplazamiento y características arquitectónicas, que a continuación reseñamos.

En la construcción de estos monumentos se ha empleado una técnica similar a la que está presente en los montículos piramidales gallinazo, es decir, mediante volúmenes masivos de adobe, cuyas plataformas incorporan vigas de algarrobo a manera de amarres estructurales. Sin embargo, una característica particular de estas edificaciones es la de presentar en la construcción de sus plataformas de base grandes muros de revestimiento de piedra asentada con mortero de barro. Sobre el fundamento de estas plataformas de adobe con muros de piedra se construyeron las plataformas que culminaban en los recintos y demás estructuras de adobe edificados en la parte superior. No es tampoco ajena a estas edificaciones la tradicional práctica de las superposiciones arquitectónicas, apreciándose en muchos cortes de sus estructuras el adosamiento de sucesivas secciones constructivas, sobre anteriores muros de contención o plataformas enlucidas y pintadas de amarillo ocre, lo que revela que en algún momento de su historia estas superficies fueron tratadas como parte de sus fachadas, para luego quedar cubiertas por las posteriores remodelaciones.

En todos los casos, también se advierte que se ha aprovechado al máximo la topografía de la cima de los cerros o promontorios rocosos que fueron seleccionados para su emplazamiento. Estos relieves naturales fueron hábilmente incorporados al volumen de las edificaciones, reduciendo significativamente la inversión constructiva y, al mismo tiempo, logrando potenciar la impresión de magnífica solidez y grandeza que proyectan sus siluetas en el paisaje circundante.

Tanto en el «castillo» de Tomaval como en el de Sarraque, es de destacar el notable esfuerzo desplegado en estas edificaciones. No solo por la enorme cantidad de adobes y de otros materiales empleados en su construcción, si no también por la inversión adicional de trabajo que significó el desplazamiento de estos materiales hasta las cimas en que tenían lugar las obras. Asimismo, por la intrepidez demostrada por sus constructores en enfrentar el desafío planteado al erigir estas colosales edificaciones en esas accidentadas y vertiginosas elevaciones naturales. Posiblemente el más espectacular en este sentido es el «castillo» de Sarraque, ya que está construido sobre la cumbre del espolón del cerro del mismo nombre, que se eleva más de cien metros por encima del piso del valle. Ingeniosamente se construyeron sus volúmenes arquitectónicos siguiendo la alargada cresta de la cumbre, de modo que el edificio multiplicaba el impacto visual ofrecido por sus dos frentes, expuestos solo

Fondo Editorial PUCP

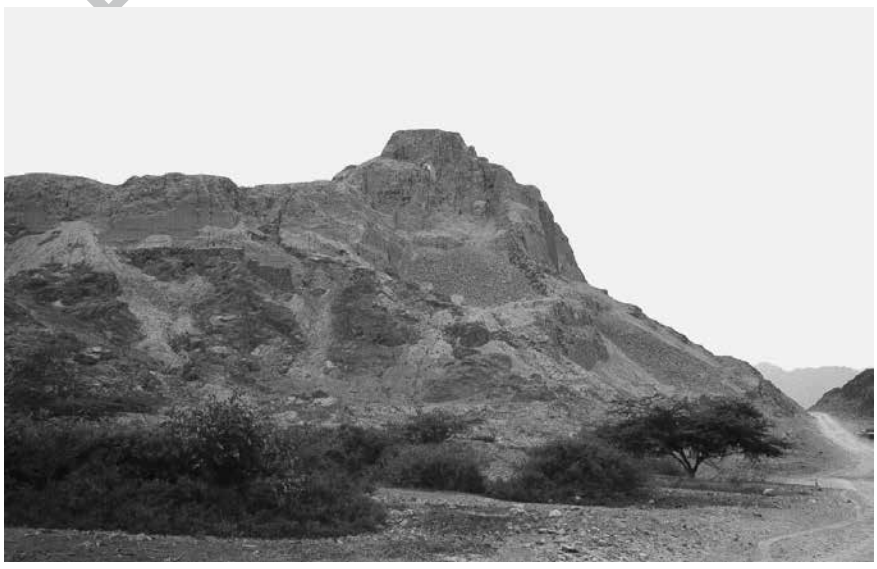


Fig. 201 – Castillo de Tomaval. Vista desde el oeste (foto: J. Canziani).



Fig. 202 – Castillo de Sarraque. Vista desde el valle del flanco oeste de las edificaciones del «Castillo» emplazadas sobre la cresta del cerro. En primer plano, se aprecia un muro de fortificación de adobe que bloquea un acceso natural al sitio (foto: J. Canziani).

a la vista transversal desde el valle medio al suroeste, como desde la quebrada de Huacapongo y el valle medio alto al noreste. Es de destacar que estas edificaciones muestran aún vestigios de pintura de color amarillo ocre, como acabado final de sus muros enlucidos, lo que debió magnificar aun más el destacado acento visual de sus volúmenes, mediante el manejo del contraste cromático de este color encendido frente a los grises y sepias de los cerros del paisaje de fondo.

Es de notar que estos edificios, si bien tenían preeminencia y un lugar destacado en el paisaje, no estaban del todo aislados, ya que en sus alrededores, y a una cierta distancia de su entorno inmediato, se han hallado evidencias de canales de riego y de estructuras aparentemente habitacionales, posiblemente construidas con materiales perecederos y dispuestas sobre terrazas en las laderas de los cerros que rodean los sitios. En otro caso, se encuentra en la inmediata proximidad del «castillo» de San Juan (V-16) una aldea de tipo irregular (V-63). Estas áreas habitacionales estuvieron protegidas por murallas perimetrales, además de las que estaban directamente asociadas a las fortificaciones de los «castillos». En el caso de Sarraque, además de estas áreas habitacionales, tiene especial relevancia la presencia del llamado Palacio de Sarraque (V-75), un importante edificio conformado por plataformas escalonadas de adobe masivo, sobre las que existen restos de una serie de recintos y que se localiza en la base de la ladera del cerro, conectándose con el «castillo» por medio de una cresta que desciende desde la cumbre donde este se encuentra. De esta manera, el sitio de Sarraque presenta en su conjunto una manifiesta diferenciación funcional: posibles áreas habitacionales o de producción en las laderas; una estructura de posible función administrativa o residencial de elite, como en el caso del «palacio», asociado además al canal principal sur que corre al pie del sitio; y una estructura fortificada, como el «castillo», dominando desde lo alto todo el asentamiento, cumpliendo una función militar que podría haber estado también asociada a otras de carácter ceremonial (Willey 1953: 111; Canziani 1989: 126).

A su vez, Willey (1953: 136-139) describe el sitio V-77, ubicado a campo abierto, como un gran complejo conformado por plataformas con montículos y recintos de aparente función ceremonial y administrativa, que estaba dominado por una pirámide y que, por encontrarse al



Fig. 203 – Castillo de Sarraque. Vista de la margen sur del valle desde lo alto del sitio. Nótese las plataformas construidas en el escarpado como basamento de las edificaciones del «castillo» (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

centro del área delimitada por estos cuatro «castillos», bien pudo jugar el papel de sitio central, vinculando tanto a los complejos dominados por los «castillos» como al «palacio» y otros sitios habitacionales que se ubicaron en este sector del valle (ibid.: 381-382).

Es importante señalar que en el caso de un sitio tradicionalmente considerado como la posible «capital» provincial moche en el valle de Virú (Willey 1953) —nos referimos al complejo de Huancaco (V-88-89)—, los resultados de las recientes investigaciones arqueológicas conducidas por Bourget (2003) están cuestionando esta caracterización. Esto se debe a que las nuevas evidencias señalarían que el núcleo central de este complejo, y especialmente el sector sur denominado V-89, aparentemente siguió operando como un «palacio» gallinazo, aun cuando la presencia moche en el valle es innegable. Sobre esta interesante problemática trataremos más adelante, cuando abordemos la ocupación moche en el valle de Virú.

Las aldeas y otros sitios habitacionales

Entres los sitios habitacionales gallinazo, las aldeas conocen un incremento de tamaño con relación a las de los períodos precedentes. Además en estas se afirma como dominante un patrón aglutinado, generado por la tendencia a la concentración de sus estructuras, las que también se caracterizan por un ordenamiento más regular. Esta regularidad puede estar referida a la existencia de ciertos niveles de planificación que se pueden deducir a partir de la distribución ordenada de los cuartos con relación a un patio o a un recinto de mayores dimensiones, así como por cierto predominio de la ortogonalidad en su trazo. Este patrón aldeano se puede apreciar claramente en las márgenes del valle, en quebradas laterales como en terrenos que se encontraban por encima de los campos de cultivo; mientras que en el valle bajo este tipo de asentamientos se localizaban en el piso del valle, principalmente formando montículos en los cuales es difícil apreciar claramente el ordenamiento de las posibles estructuras habitacionales.

Los sitios habitacionales registrados en el valle medio presentan cimientos de piedra y sus muros pudieron realizarse tanto con adobes como con quincha. A partir de los cimientos que definen las unidades domésticas, Willey (1953: 106-131) señala que estos sitios presentan de treinta a cien cuartos, lo que revelaría también un incremento de la población que las aldeas albergaban en ese entonces.

Como parte de los asentamientos rurales se identificaron también en la parte media alta del valle algunas grandes casas aisladas (ibid.: 112-113). Estas están compuestas por uno o dos cuartos principales a los que se les adosan otros cuartos más pequeños o depósitos. Sobre la base de sus similitudes con los modelos de casas de elite representadas profusamente en la cerámica gallinazo, se presume que este tipo de construcciones estuvieron destinadas a albergar a personajes principales o a funcionarios, dedicados ya sea a la supervisión de las labores agrícolas como a la administración del sistema de irrigación.

Otros escasos ejemplos podrían corresponder a pequeños complejos e instalaciones posiblemente relacionadas con el desarrollo de actividades administrativas en el ámbito rural. Este es el caso del sitio V-39, que fue registrado por Willey (ibid: 116, fig. 22) como la única aldea «regular», pero que a nuestro juicio —por su ordenamiento compacto y los rasgos de sus recintos, que en gran parte parecen corresponder a depósitos— más bien presenta características propias de un pequeño complejo rural (Canziani 1989: 128). Otros casos similares, que podrían estar reflejando la presencia de la administración estatal en el medio rural, como son V-18 y V-219, corresponden a complejos de planta rectangular cercados por muros perimétricos y que presentan en su interior terrazas, subdivisiones y diversos recintos (ibid.: 114-116).

En la arqueología del valle de Virú se ha sostenido que el desarrollo de la cultura Gallinazo se interrumpiría bruscamente con la presencia Moche en el valle. De acuerdo a esta lectura, el aparente reemplazo de la cerámica local por otra con los atributos propios de la cultura Moche, estaría señalando tanto el final de Gallinazo como el inicio de la dominación Moche, que en el valle se conoce como el período Huancaco (Willey 1953: 397). Entre las modificaciones más saltantes que se producirían al inicio de esta etapa, destacaría el abandono del antiguo gran centro urbano teocrático del Grupo Gallinazo, donde no se registran evidencias de una posterior reocupación, ni remodelaciones que pudieran estar asociadas con este nuevo período. De esta manera, el abandono del Grupo Gallinazo podría estar reflejando el colapso de la organización del Estado Gallinazo, así como la desarticulación o sometimiento de la clase dominante local bajo la administración provincial que los moche habrían ejercido en este valle, al igual que en otros valles ubicados aún más al sur. Pero estos son temas cuya discusión

Fondo Editorial PUCP

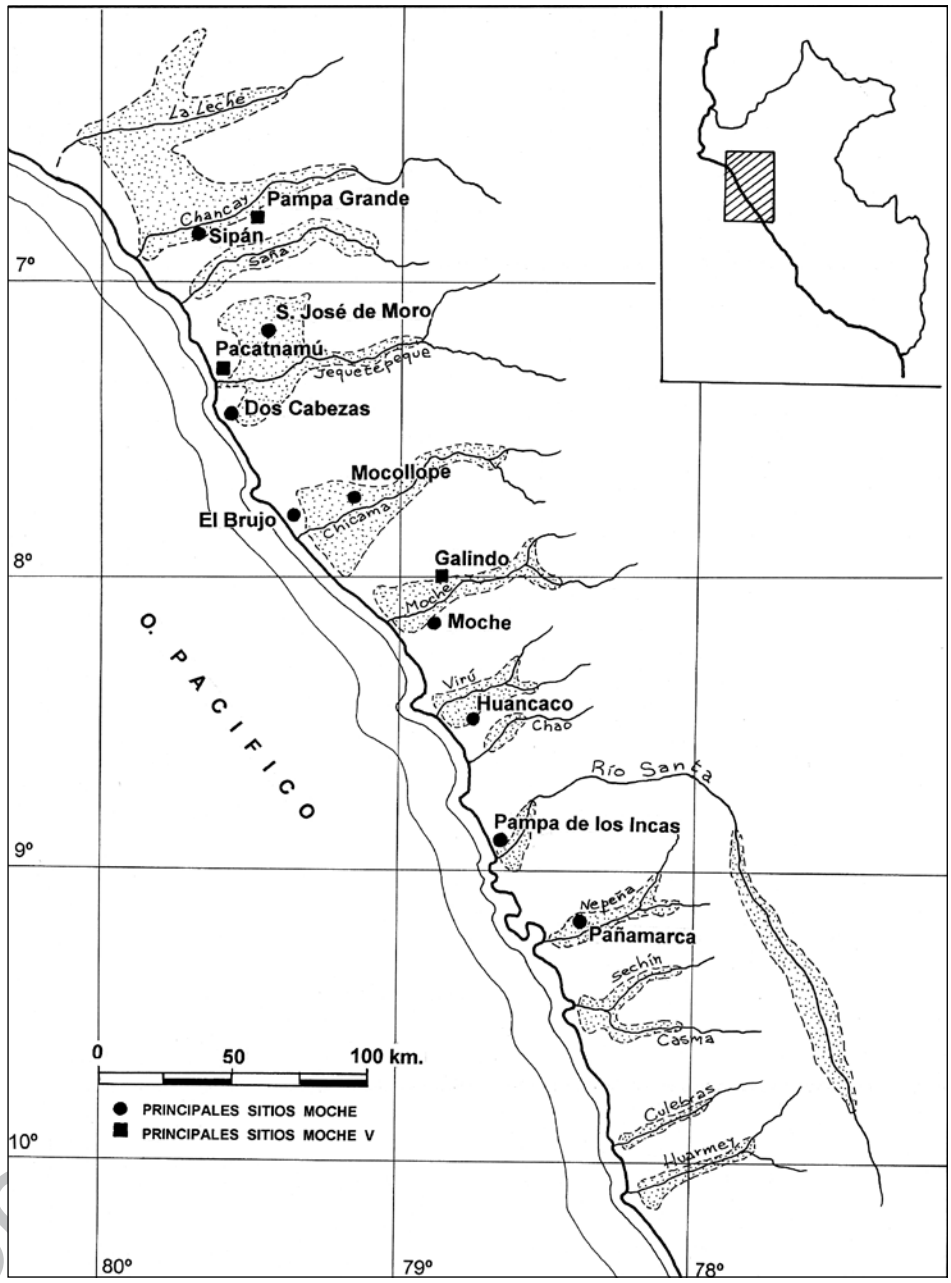


Fig. 204 – Mapa de la costa norte con la localización de los principales sitios Moche (redibujado de Canziani 1989).

abordaremos al examinar la expansión sureña de Moche y las modificaciones en los patrones de asentamiento que se verifican en estos valles.

Moche

Los antecedentes relativos al surgimiento de la sociedad Moche en el valle del mismo nombre se remontan a la época Gallinazo. Sin embargo, en este caso como en el Chicama, lamentablemente no se cuenta aún con un análisis detallado de la evolución de los patrones de asentamiento como el que documentara Willey (1953) para el valle de Virú. En todo caso, algunos trabajos que abordan esta problemática nos proporcionan ciertos datos preliminares que pueden ser útiles al respecto (Billman 1999; 2002).

De acuerdo a esta información, en el valle de Moche, luego de la finalización del Formativo Superior correspondiente a Salinar, se inicia el período de ocupación Gallinazo, para el cual se registraría el abandono de ciertas zonas del valle, presentándose la concentración de los sitios entre el valle medio bajo, el cuello del mismo y la confluencia de los ríos Moche y Sinsicap. Podría suponerse que durante Gallinazo se dio la presencia de una entidad política unificadora con sede en el sitio de Cerro Oreja, si bien otra entidad menor

pudo tener sede en el sitio de Pampa de Santa Cruz en el litoral de Huanchaco.

Se supone que durante esta época no se daría una expansión sustancial del área agrícola del valle, si bien se apreciaría una cierta recuperación de la inversión destinada a la construcción de arquitectura monumental, concentrada en el sitio de Cerro Oreja. Sin embargo, la naturaleza de esta arquitectura sería relativamente similar a la del período anterior, ya que parece haber estado estrechamente ligada al manejo de la elite, sin un mayor despliegue formal orientado a la comunicación y convocatoria de la población.

Una explicación a esta configuración, en cuanto se refiere a la distribución de los sitios y a la ocupación del espacio en el valle, podría encontrar respuesta en la presencia de conflictos, generados por la posible incursión en el valle de comunidades provenientes de los valles vecinos o desde la serranía. Los argumentos de sustento de esta explicación se basarían en el aparente abandono de amplias áreas del valle, la concentración y ubicación de los sitios en áreas naturalmente protegidas y el renovado énfasis en la construcción de fortificaciones y de defensas en muchos de los sitios (Billman 1999: 150-153). Para este mismo período se señala una fuerte interacción de muchos sitios con comunidades de la serranía, a partir de una consistente presencia de cerámica de esta proveniencia en la mayoría de asentamientos localizados en el valle medio alto, lo que podría también ser explicado por la presencia directa —vía la colonización o mediante la ocupación forzada— de poblaciones de la serranía en estos sectores del valle de Moche. Esta situación se prolongaría hasta el Gallinazo Tardío y el contemporáneo surgimiento del Moche Temprano (Billman *et al.* 1999).

Posteriormente, a partir de las fases tempranas de Moche, el desarrollo de una entidad política unificada con renovado poder le habría permitido consolidar su dominio sobre el valle medio, para luego hacerlo extensivo a todo el territorio de este. En este proceso, la nueva sede del poder se habría constituido en el sitio de las Huacas del Sol y la Luna, donde se encuentran evidencias de la preexistencia de un asentamiento gallinazo de características poco definidas, ya que fue desdibujado por la posterior ocupación moche del sitio.

A partir de este momento histórico, la población del valle bajo el liderazgo del naciente Estado moche desplegará el desarrollo de una serie de importantes obras públicas, fundamentalmente aquellas comprometidas con la construcción y manejo de los canales principales, permitiéndole extender el desarrollo de la agricultura de riego en la mayor parte de su superficie. Esta transformación crucial le permitirá al Estado disponer de una generosa fuente de excedentes productivos y desarrollar otras obras públicas fundamentales para la administración y el sustento del poder, como la grandiosa arquitectura monumental presente en sus principales centros urbanos.

Moche se constituye así en uno de los estados con el más alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de su tiempo en los Andes centrales, con una economía que combina exitosamente la producción agraria y la intensificación de la producción de manufacturas, lo que se traduce en una acentuada división social del trabajo y marcados niveles de especialización productiva. Esta sólida base económica, a la que habría que añadir la pesca y otras actividades productivas complementarias, da lugar al desarrollo de una estructura social compleja y altamente jerarquizada.

Pero este formidable poder económico del Estado moche es indesligable de la estructuración de un sistema ideológico altamente persuasivo, cuyo poder se manifiesta y transmite a través de la arquitectura monumental y del arte de sus sofisticadas manufacturas, y se exalta reiteradamente en sus rituales y ceremonias. Un poder ideológico que debió ser capaz de convocar a la población a la realización de grandiosas obras públicas, como a participar de hazañas guerreras. Este poder manifiesta su estremecedora fuerza en la encarnación de sus divinidades míticas por parte de los miembros de la elite —que de este modo fueron sacralizados en la vida y en la muerte—, al igual que en la disposición de vidas humanas para su sacrificio en el clímax de ciertos rituales, o para servir de acompañantes en las tumbas de elite a la muerte de sus señores.

No es tampoco ajeno a las esferas del poder del Estado moche el arte de la guerra y el ejercicio bélico de la fuerza, ya que está ampliamente documentada la presencia de guerreros y su posible adscripción a la nobleza que conducía los destinos del Estado teocrático. La presencia de un aparato militar en el seno del Estado, no solo habría servido de soporte para consolidar su poder en el valle sino que, en su momento, también habría adquirido un rol de especial importancia durante su posterior expansión hacia los territorios de los valles que se encuentran en la región al sur de Moche.[8]

Fondo Editorial PUCP

Esta nueva realidad, generada por la afirmación de la formación social moche, se reflejaría en el plano territorial con un patrón de asentamiento que presenta una amplia distribución de los sitios en toda la extensión del valle. De otro lado, se percibe una marcada organización jerarquizada de los asentamientos, entre los que sobresale ampliamente el centro principal correspondiente a la ciudad moche de las Huacas del Sol y la Luna.

La ciudad moche de las Huacas del Sol y la Luna

Cerro Blanco representa un destacado hito natural entre el valle bajo y medio de Moche. Su volumen piramidal de granito se eleva resplandeciente unos 500 metros por encima del nivel de valle, mientras la superficie de sus faldas es surcada dramáticamente por negros afloramientos tectónicos de magma volcánico. Estas singulares características naturales y paisajísticas, así como su incuestionable localización estratégica —dominando la margen sur del valle de Moche—, debieron de atraer siempre la atención de sus moradores ancestrales y ser un lugar llamado a convertirse en sede privilegiada de sucesivas ocupaciones. Efectivamente, en la parte media de su empinada ladera orientada al oeste, se hallaron evidencias de una especial y temprana ocupación salinar, correspondiente al Formativo Superior (Bourget 1997b), mientras que en la planicie que luego ocupó el complejo de las Huacas del Sol y la Luna, se encontraron diversas evidencias correspondientes a una ocupación gallinazo, que fueron cubiertas por las construcciones de la larga ocupación moche del sitio (Moseley 1992).

Es evidente que esta singular aura del Cerro Blanco no fue ajena a los moche, y es sugerente suponer que en la selección de la localización del sitio principal de esta cultura, este hito natural debió asumir el rol de cerro tutelar o *Apu*, en un marco propio de las tradiciones correspondientes a la cosmovisión andina.[9] Esto lo identifica en sí mismo como un centro de actividad ceremonial y objeto de rituales propiciatorios asociados con

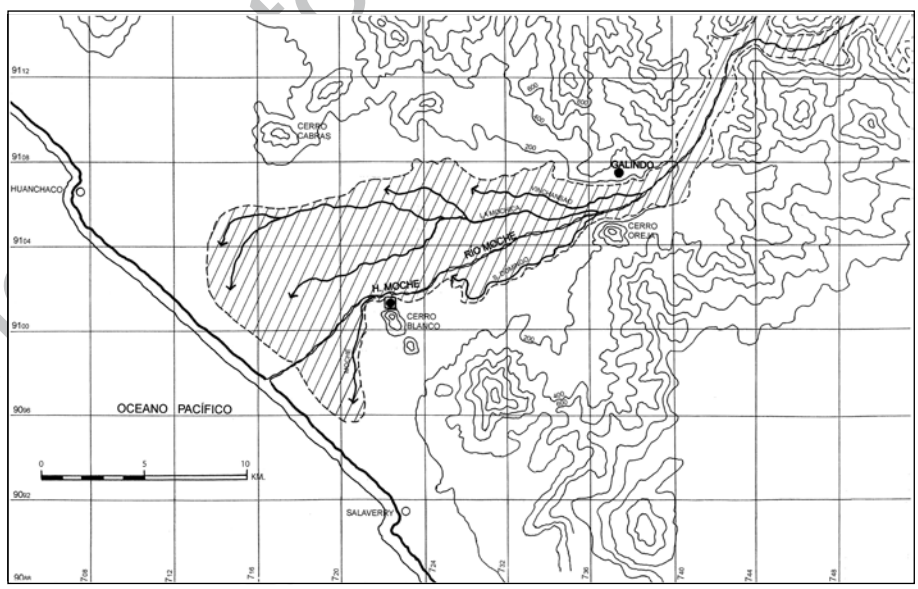


Fig. 205 – Mapa del valle de Moche con el sistema de irrigación y la ubicación de la ciudad moche de las Huacas del Sol y la Luna (Canziani).

[8] Tal como se expresa ampliamente en las representaciones iconográficas y se constata en una serie de hallazgos arqueológicos, todo indicaría que los moche habrían innovado y desarrollado nuevas armas y otros instrumentos de combate, revolucionando las técnicas propias del arte de la guerra en el contexto histórico de la época. Este fenómeno se manifiesta con la presencia de un conjunto de efectivas armas de ataque, como: porras, cuchillos, lanzas o jabalinas, estólicas y dardos; así como de eficaces elementos de defensa como: escudos, cascos, protectores coxales y petos.

[9] Muchos de los principales sitios moche están estrechamente relacionados con grandes cerros y emplazados bajo la silueta protectora de los mismos, tal es el caso de Pampa Grande en Lambayeque, Mocollope en Chicama, el propio sitio de Moche, Huancaco en el valle de Virú e inclusive el sitio de Pañamarca en Nepeña, que se asienta sobre un afloramiento rocoso existente en el piso del valle, presentando un manejo especial de este entorno. De otro lado, la cultura Moche documenta un amplio repertorio iconográfico relacionado con representaciones que parecen corresponder a rituales con sacrificios por despeñamiento desde la cima de determinados cerros.

Fondo Editorial PUCP

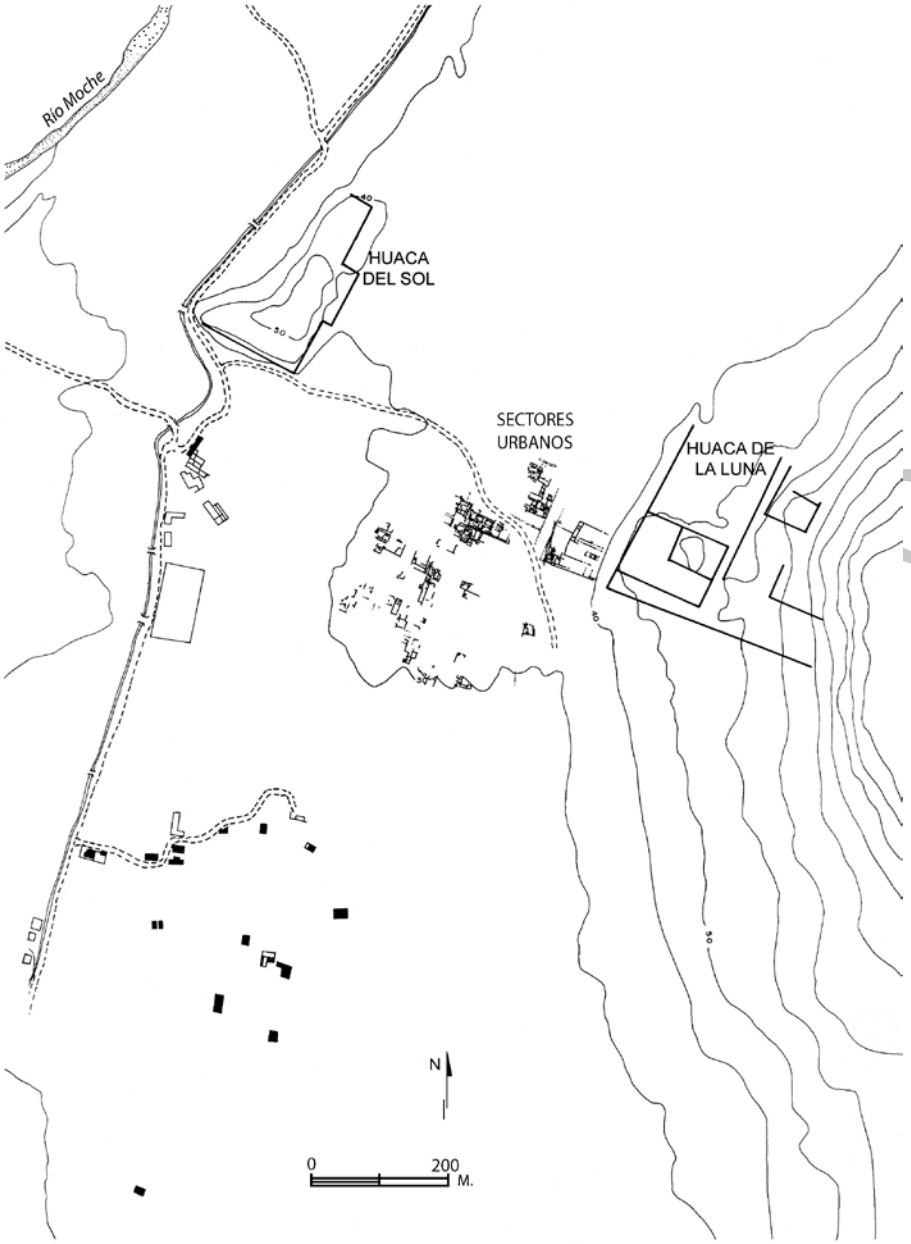


Fig. 206 – Plano general de la ciudad de Moche (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

sacrificios, incluyendo los humanos. A este propósito, es de destacar que en el complejo de la Huaca de la Luna la construcción de la Plataforma II incorporó de una forma muy especial en su patio central un afloramiento de roca natural, que semeja una pequeña replica de Cerro Blanco. La sacralización de este elemento natural, especialmente adscrito a la arquitectura ceremonial del complejo, es refrendado por los múltiples hallazgos correspondientes a diversos eventos de sacrificios humanos llevados a cabo en sus inmediatos alrededores (Bourget 1997a; 1998; Bourget y Millaire 2000; Verano 1998).

El complejo arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna —cuyos notables volúmenes dominan hasta el día de hoy el paisaje del valle— se emplaza al pie del Cerro Blanco, a unos seis kilómetros del litoral, en la margen izquierda del valle y en una ubicación de transición entre el valle bajo y el valle medio, lo que también refleja la proyección estratégica del sitio con relación a los sectores del valle que concentran la mayor extensión de tierras agrícolas.

Para los viandantes que en la época de Moche se aproximaran a este notable centro urbano, capital de una de las más poderosas organizaciones estatales regionales, el impacto visual de las construcciones piramidales debió ser aún mucho mayor que el actual, ya que estas edificaciones estuvieron pintadas con colores llamativos como el rojo y el amarillo ocre. Sin embargo, quizá la mayor impresión debió darse al ingresar a esta ciudad de poco más de cien hectáreas[10] que se asentaba sobre una extensa explanada, y tener la

visión de la aglomeración de los edificios públicos, los palacios y viviendas de la elite, los talleres destinados a la producción de distintas manufacturas, las instalaciones de almacenamiento, además de los barrios donde se ubicaban las viviendas de los artesanos, los siervos y el conjunto de pobladores urbanos supeditados a las diferentes actividades que tenían lugar en la ciudad o que se congregaban en esta bajo el mandato de los principales dignatarios de la elite urbana. Por encima de esta densa trama de estructuras, ordenada por el trazo de calles y angostos pasajes, y a ambos extremos de la ciudad se erguían, con sus siluetas omnipresentes, las dos enormes edificaciones construidas íntegramente con adobes, al oeste la mole colosal de la Huaca del Sol en proximidad del río Moche, y al este la Huaca de la Luna al pie del Cerro Blanco, expresando una forma de ordenamiento dual del espacio urbano, en el que se asocia a las dos principales edificaciones de la ciudad a estos dos trascendentes hitos paisajísticos.

La Huaca del Sol

La edificación piramidal de la Huaca del Sol habría tenido originalmente unos 345 metros de largo en su eje norte-sur y unos 160 metros de ancho, con una altura que habría superado los 35 metros en la cúspide de la pirámide al sur del conjunto. El monumento, lamentablemente, se encuentra reducido probablemente a un tercio de su volumen original, ya que durante la época colonial —a inicios del siglo XVII— se desvío el cauce del río Moche con el propósito de saquear la huaca. Si bien esta acción destruyó todo el sector noroeste, felizmente se conservaron los frentes de los flancos sur y este del monumento, lo que permite reconstruir hipotéticamente su forma original. Se puede suponer así que esta grandiosa edificación estuvo conformada por una larga plataforma rectangular, en cuya sección central se desarrollaba la intersección de una plataforma transversal, que daría lugar —asumiendo que el planteamiento fuera simétrico— a una planta en forma de cruz de brazos cortos. En cuanto a su volumetría, presenta su menor altura en la sección norteña y —si se siguieron los cánones usuales de la tradición arquitectónica moche— posiblemente al extremo de esta plataforma baja, adosada a la misma se debió disponer de una rampa de acceso, cuyo trazo quizá estuvo inscrito en el marco de una plaza proyectada hacia el norte, tal como recurrentemente se aprecia en algunos de los principales monumentos moche. La sección media, conformada por la plataforma transversal, y aparentemente también la estrecha sección del extremo sur del monumento, tuvo una altura algo mayor e intermedia; mientras que al sur de la sección transversal se erigió una imponente mole

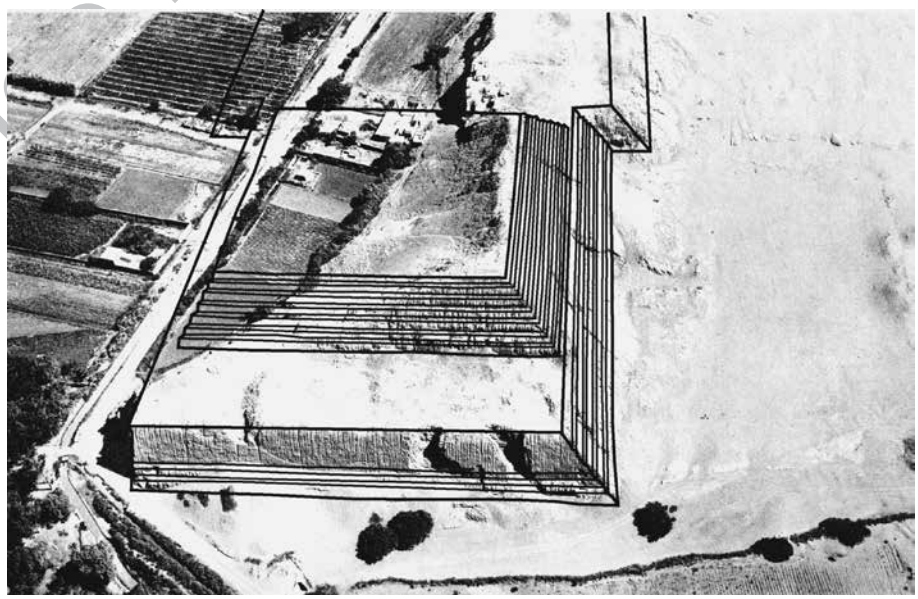


Fig. 207 – Dibujo reconstructivo sobre vista aérea oblicua (Bridges 1990) del sector sur de la Huaca del Sol (Canziani).

[10] Esta estimación comprende, tanto la extensión actual del sitio con evidentes vestigios arqueológicos de la época, como también el área destruida de la Huaca del Sol y aquellas aledañas que presumiblemente debieron encontrarse frente al flanco oeste de este monumento, y que desaparecieron con el desvío intencional del río durante la época colonial.

Fondo Editorial PUCP

piramidal, en cuya plataforma superior debieron ubicarse los espacios arquitectónicos principales del edificio y de los cuales lamentablemente se ha perdido todo rastro.[11]

Los flancos sur y este de las plataformas, que constituían el volumen de la edificación piramidal, muestran claras evidencias de un tratamiento escalonado en su acabado final. Es decir, el escalonamiento no es resultante de un proceso constructivo, sino más bien el acabado intencional de las plataformas, para lo cual el tratamiento escalonado fue elaborado *a posteriori*, a modo de revestimiento del talud de estos volúmenes, tal como se aprecia claramente en aquellas zonas del edificio que han sufrido su desprendimiento por efecto de la erosión. Aparentemente, el volumen de las plataformas escalonadas de la Huaca del Sol se encontraba pintado de forma alterna con rojo y amarillo ocre. Sin embargo, es importante destacar que Uhle en sus investigaciones pioneras reportó en este monumento algunos fragmentos de relieves policromos, los que permiten suponer que ciertos espacios arquitectónicos ubicados sobre las plataformas de la pirámide hubieran tenido este especial tratamiento, manifestando el alto nivel de las funciones que estos desempeñaron (Morales 2000: 235, 245).

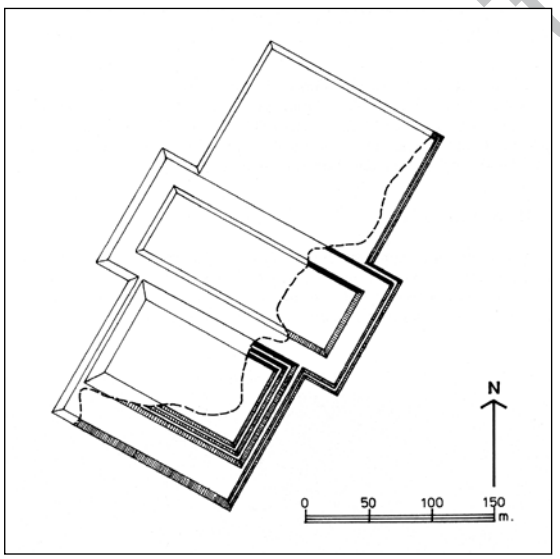


Fig. 208 – Plano de la Huaca del Sol, con reconstrucción hipotética del sector destruido por el saqueo colonial a inicios del siglo XVII (redibujado de Moseley 1973 en Canziani 1989).

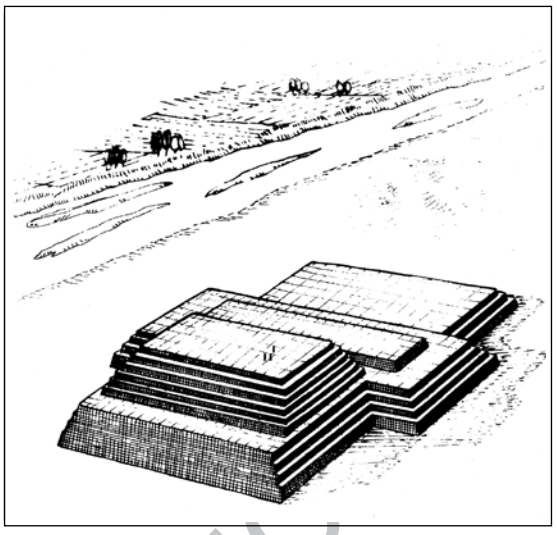


Fig. 209 – Reconstrucción hipotética de la volumetría de la Huaca del Sol (Canziani 1989).

El gran corte generado por la erosión del río en el flanco oeste del monumento, al dejar expuesto el núcleo interior de la pirámide, permite examinar sus características constructivas. También deja observar la presencia de una serie de superposiciones arquitectónicas que revelan la existencia de una secuencia de distintas fases en la historia de su edificación. En el corte, inicialmente estudiado por Chauchat en la sección norteña de la Huaca del Sol y en una reciente ampliación del mismo, se ha podido observar que esta área en épocas tempranas estaba ocupada por estructuras habitacionales posiblemente de quincha, lo cual demuestra que la Huaca del Sol tenía entonces una extensión bastante menor en su eje mayor.[12] Posteriormente, en esta misma área se sobreponen estructuras con gruesos muros de adobe enlucidos y en algunos casos dotados de banquetas, por lo que se sugiere que podrían haber correspondido a viviendas de elite, aunque pensamos que no es de descartar que pudieran constituir edificios públicos menores ubicados en un área de importancia por su proximidad a la sección que entonces correspondía a la zona de acceso a la Huaca del Sol. Finalmente, a todas estas estructu-

[11] Esta observación es cierta, considerando la destrucción de la plataforma superior de la edificación piramidal de la última fase, y de la cual tan solo se conserva parte del flanco del lado este. Sin embargo, haciendo una analogía con los métodos de investigación empleados en las superposiciones arquitectónicas de Huaca de la Luna, no es de descartar que en el futuro se puedan dar a conocer estructuras de edificaciones de las fases previas en correspondencia con este sector, al igual que en otros sectores del monumento, lo que permitiría aproximarnos a las características formales y funcionales que habrían tenido estos espacios arquitectónicos de la Huaca del Sol en las fase tempranas.

[12] El fechado temprano de estas estructuras estaría confirmado por su asociación con el hallazgo de una tumba de cámara, correspondiente a un personaje de elite con un importante ajuar funerario de la fase Moche II (Herrera y Chauchat 2003).



Fig. 210 – Huaca del Sol. Vista del acabado escalonado en la esquina sureste de la pirámide (foto: J. Canziani).

ras se superponen rellenos masivos con bloques de adobes tramados de gran altura, por lo queda establecido que esta sección norteña fue incorporada tardíamente a la edificación de la Huaca del Sol, representando una notable expansión del área de la planta y volumen de la edificación. Este evento constructivo posiblemente fue parte de otras importantes intervenciones tardías, como las que se registran en la sección sur de la huaca, y que en conjunto definieron la forma que hoy en día parcialmente conocemos (Herrera y Chauchat 2003).

Fig. 211 – Bloques constructivos de adobes tramados en el corte al suroeste de la Huaca del Sol (foto: J. Canziani).



En cuanto a las características constructivas de la Huaca del Sol, se aprecia que el volumen de la pirámide ha sido construido íntegramente con adobes paralelepípedos elaborados con moldes llanos, posiblemente gaveras de madera labrada. Se estima que en la construcción de este gigantesco montículo se emplearon unos 140 millones de adobes. Pero, para tener una mejor idea de la enorme inversión de trabajo comprometida en esta edificación, también es importante notar que los adobes que conforman los rellenos constructivos están dispuestos en un aparejo trabado, en cuya ejecución se aplicó abundante mortero de barro. A su vez, los rellenos constructivos están estructurados formando bloques verticales, adosados unos a otros.

El examen de estos distintos bloques o secciones constructivas de los rellenos llevó a los investigadores a observar la existencia de distintas marcas en los adobes, identificándose cerca de cien marcas que fueron aplicadas en una de las caras de estos. Lo notable del caso es que se advirtió que estas distintas marcas correspondían exclusivamente a los diferentes bloques examinados, observándose, además, que todos los adobes que constituían cada una de estas secciones presentaban una similar composición de los suelos empleados en su elaboración. La existencia de secciones constructivas que tenían la misma marca en sus adobes —y el mismo tipo de suelo en su fabricación— ha

Editorial PUCP



Fig. 212 – Adobes marcados en un bloque constructivo de la Huaca del Sol (foto: J. Canziani).

llevado a plantear sugerentes hipótesis acerca de la posible organización laboral presente entre los constructores moche. Estas supondrían la presencia de diferentes grupos de trabajadores —posiblemente afiliados a distintas comunidades del valle o aun de otros valles tributarios— que elaboraron adobes en varias canteras próximas a la obra en edificación, para luego emplearlos en la construcción de diferentes secciones (Hasting y Moseley 1975; Moseley 1978; 1992).

Este tipo de análisis demuestra que el estudio arqueológico de la arquitectura puede, más allá de las observaciones estrictamente constructivas, aportar valiosos enfoques para aproximarnos a la organización social de la producción; a la probable existencia de formas de tributación en fuerza de trabajo para la erección de estas emblemáticas obras públicas e, inclusive, imaginarnos el estado anímico de estos grupos de trabajadores, al asumir que participaban de la privilegiada labor de edificar uno de sus más trascendentes monumentos ceremoniales.

Con referencia a las fases arquitectónicas presentes en la Huaca del Sol, en el gran corte del flanco oeste del montículo se puede observar claramente una secuencia de superposiciones constructivas correspondientes a las distintas fases de funcionamiento del edificio. En este sentido, se aprecian restos de pisos de plataformas y muros que corresponden a restos de ambientes arquitectónicos, muchas veces asociados a gruesos depósitos de deshechos de ocupación, los que fueron recurrentemente cubiertos con rellenos constructivos. Es preciso señalar aquí dos características importantes observadas en las superposiciones de la Huaca del Sol. En primer lugar, como se ha mencionado y a diferencia de lo registrado en la Huaca de la Luna, se observa la presencia intercalada de gruesas capas de restos de basura y deshechos alimenticios, lo que ha planteado la suposición de que en este monumento, como parte de sus funciones, posiblemente tenían lugar actividades con una amplia participación pública y que habrían incluido festines o banquetes, en el marco de ceremonias propiciadas por las clases dirigentes para afianzar su poder y reforzar la vigencia de los vínculos de dependencia y reciprocidad con las autoridades provinciales o locales.[13]

En segundo lugar, se puede observar que en los estratos inferiores de la Huaca del Sol la secuencia de superposiciones es bastante densa y constante, mientras que en la parte superior —que corresponde prácticamente a la mitad de la altura de la pirámide— se aprecia un voluminoso relleno que

Fig. 213 – Adobes de la Huaca del Sol fuera de contexto, mostrando la aplicación de marcas (foto: J. Canziani).



[13] Actividades de esta naturaleza se han documentado para la costa norte en complejos tardíos, como es el caso de las llamadas «ciudadelas» de Chan Chan, donde las plazas y los patios principales —que tenían ambientes anexos de cocina— eran aparentemente espacios donde se realizaban rituales de distinta índole, inclusive funerarios, y donde se consumía chicha y algunos alimentos.

Fondo Editorial PUCP

corresponde a un solo gran evento constructivo. Estos datos revelarían que la edificación durante sus épocas tempranas habría tenido una altura relativamente discreta y posiblemente menor que la Huaca de la Luna; mientras que —aparentemente durante la fase Moche IV— se habría dado curso, compulsivamente, a la extraordinaria elevación del monumento, duplicando o triplicando su altura original mediante la erección de enormes rellenos constructivos, hasta alcanzar la notable elevación y volumen que hasta el día de hoy parcialmente conserva.

La Huaca de la Luna

Este complejo monumental se asienta en la ladera oeste que se encuentra al pie del Cerro Blanco. El conjunto tiene una extensión de más de 6 hectáreas, con 300 metros de norte a sur y 220 metros de este a oeste. Está dominado por la voluminosa plataforma principal, que se ubica al suroeste del sitio (Uceda *et al.* 1994). Esta plataforma —también llamada Plataforma I— tiene una planta cuadrangular de unos 100 metros de lado y más de 25 metros de altura, con relación a la planicie, y posiblemente alcanzó una altura de hasta unos 32 metros considerando la elevación de las estructuras del último edificio (A), del cual actualmente tan solo se conservan algunas bases de sus muros (Uceda *et al.* 1994; Uceda y Canziani 1998).

Tanto la plataforma principal de la Huaca de la Luna, las diferentes estructuras del conjunto, al igual que en la Huaca del Sol, están construidas en su mayoría con adobes paralelepípedos hechos con moldes llanos. Sin embargo, es preciso destacar dos notables diferencias que señalan que en el caso de la Huaca de la Luna, los edificios de las épocas tempranas —como es el caso del Edificio D— tendrían en sus rellenos una proporción similar entre adobes con marca de caña y adobes con molde llano (Montoya 1998: 23). De otro lado, los adobes que presentan marcas constituyen un porcentaje menor, sino irrelevante con relación a la totalidad, lo que llevaría a suponer que el marcado de los adobes pudiera ser una tradición moche que se manifiesta tardíamente en esta región[14] y que, por lo tanto, no habría incidido en la Huaca de la Luna, aparentemente algo más temprana que la Huaca del Sol. De esto se puede concluir que la tradición de marcar los adobes sería algo tardía en el complejo arqueológico de Moche, tal como se comprueba en la plataforma principal de la Huaca de la Luna, donde en el último edificio (A) se nota un incremento de la proporción de adobes marcados, si bien estos representan tan solo un 15% de los que conformaron sus rellenos constructivos (Uceda *et al.* 1997: 12).



Fig. 214 – Vista aérea oblicua desde el oeste de la Huaca de la Luna al pie del Cerro Blanco (Servicio Aerofotográfico Nacional 1948).

[14] Lo contrario acontecería con relación al moche norteño, ya que en la plataforma funeraria de Sipán (Lambayeque), aparentemente asociada al Moche Medio, se aprecia una consistente práctica de la tradición del marcado de los adobes, donde sistemáticamente casi todos los adobes son signados en las distintas secciones con sendas marcas, disponiéndose los adobes en el aparejo de relleno con la cara marcada hacia arriba (Susana Meneses 1987: comunicación personal; Alva y Donnan 1993: 43-44).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 215- Huaca de la Luna: Vista desde el oeste del complejo al pie de las laderas del Cerro Blanco (foto: J. Canziani 1989).

Fondo Editorial PUCP

La plaza ceremonial y el frontis norte

Al norte de la plataforma principal se ubica una larga y extensa plaza ceremonial, que mide unos 175 metros a lo largo de su eje norte-sur y unos 90 metros de ancho. Está cercada por gruesos muros de adobe y presenta un acceso en su lado norte, que permite el ingreso a la plaza mediante un corredor laberíntico (Uceda y Tufinio 2003: figs. 20.1, 20.2, 20.3). La sección norte de esta plaza registra un ancho menor por la presencia de recintos y plataformas que se desarrollaron en su esquina noreste. Estos recintos presentan rampas adosadas mediante las cuales se resolvía el ascenso hacia las plataformas que se desarrollaban en el lado este de la plaza, permitiendo la circulación y el acceso hacia las plazas 2 y 3, y sus respectivas subdivisiones, como también a la rampa que permitía el ascenso hacia la plataforma principal (ibid.: 20.3, 20.5, 20.8).

Las recientes excavaciones arqueológicas en la esquina sureste de la plaza han expuesto la presencia de una larga rampa flanqueada por parapetos. El desarrollo norte-sur de esta rampa principal resolvía el ascenso desde la plaza hacia los niveles superiores de la pirámide. Es de desatacar que esta rampa no arrancaba desde el piso de la plaza, sino desde el nivel de la segunda terraza escalonada, en el flanco este de la plaza. Para culminar el ascenso a la plataforma principal, luego del primer tramo de la rampa y a partir del adosamiento de esta con la plataforma, se diseñó su continuación mediante el desarrollo transversal de un segundo tramo, construido sobre el mismo flanco norte de la plataforma, integrándolo de modo especial al tratamiento escalonado que este frente presentaba.[15]

Una vez culminado el ascenso mediante el desarrollo de las rampas, el ingreso a la plataforma principal se resolvía mediante un vano de acceso asociado a corredores, pequeñas rampas y escalinatas, que permitían internarse hacia los espacios arquitectónicos interiores de la misma, como el patio ceremonial con relieves al sureste o hacia la plataforma superior al noreste (Tufinio 2000).

Es evidente que el flanco norte de la plataforma principal corresponde al frontis principal de la edificación, tanto por su espectacular acabado con relieves y representaciones realizadas con pintura policroma (Morales 2003); como por ser la fachada del edificio asociada a la plaza

[15] En este caso, el escalonado horizontal del frontis da paso a un volumen de sección triangular, cuya hipotenusa corresponde a la superficie ascendente de la rampa adosada a la plataforma. Por lo tanto, en vez de los paneles rectangulares que decoran los escalones horizontales, en este sector el tratamiento del paramento ha sido resuelto magistralmente dentro de un largo panel triangular, inscribiendo en él la representación ondulante de una serpiente —¿boa?—, cuyo cuerpo sinuoso ajusta la dimensión de sus ondulaciones a la progresiva ampliación de la superficie triangular, iniciándose por la cola en proximidad del vértice, para culminar con la representación de la cabeza del ser en proximidad del acceso principal de la plataforma (Morales 2003: fig. 14.16).

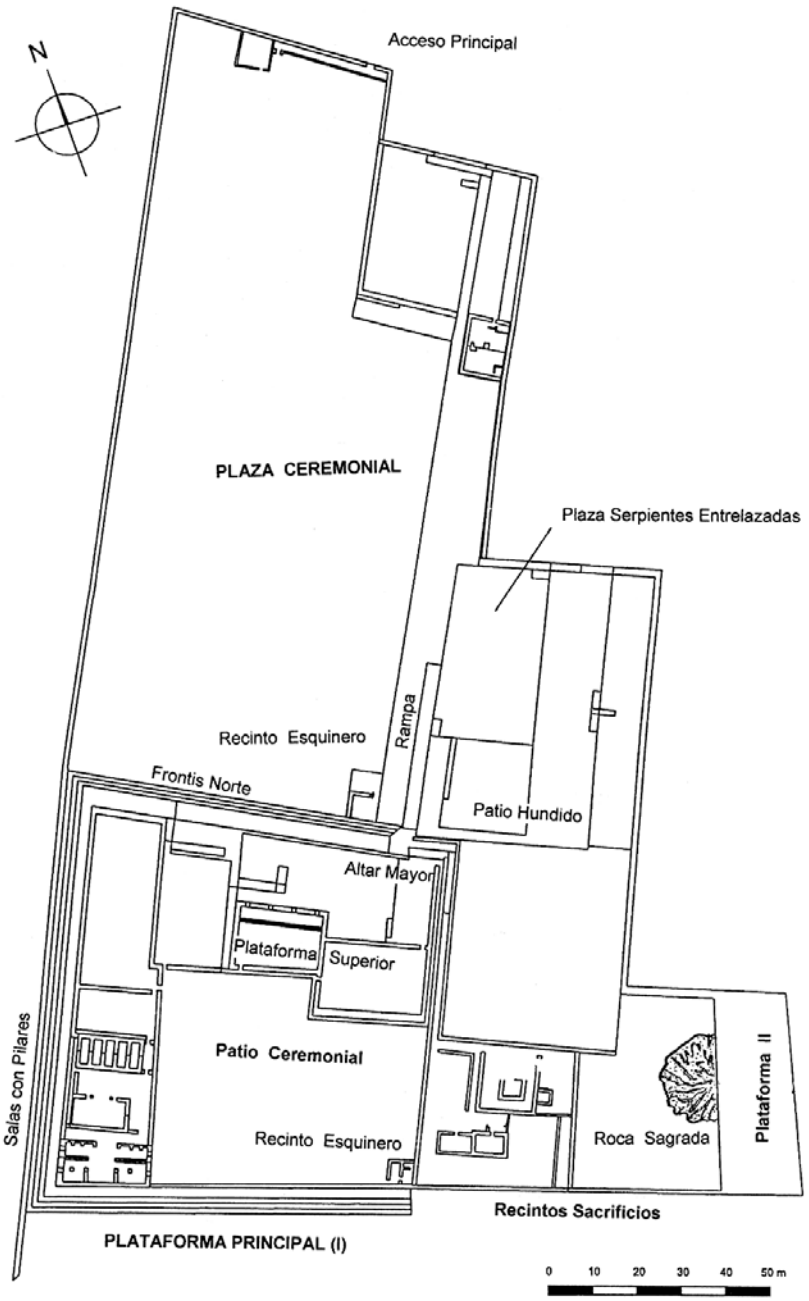


Fig. 216 – Plano general de Huaca de la Luna (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

Fondo

ceremonial, que debió constituir el espacio de congregación y de acceso principal al complejo. De esta manera, el eje mayor de la plaza y su conexión espacial con la plataforma principal establecen claramente una direccionalidad —no solo arquitectónica sino también cosmológica— cuya orientación se desarrollaba de norte a sur.[16]

El especial acabado del frontis norte de la Huaca de la Luna, con sus escalones profusamente decorados con relieves, revela la notable relevancia ritual de las actividades que se desarrollaban en la plaza ceremonial; mientras que la organización de los motivos representados en los relieves de los distintos escalones, expresa el desarrollo de

[16] Se observa que la orientación y dirección norte-sur de las conexiones espaciales: ingreso / plaza / frontis principal, es recurrente y dominante no solo en la Huaca de la Luna —donde se aprecia también en espacios interiores de la misma, como en el caso del patio ceremonial—, sino también en muchos de los principales monumentos moche. Esta orientación «sacra», con evidentes connotaciones rituales, es inclusive asumida en la mayoría de los enterramientos, desde los más modestos hasta las magníficas cámaras funerarias de elite, donde generalmente la cabeza del difunto está dispuesta hacia el sur y donde se concentran las principales ofrendas del ajuar funerario, o se dispone en las cámaras de elementos arquitectónicos como nichos u hornacinas.

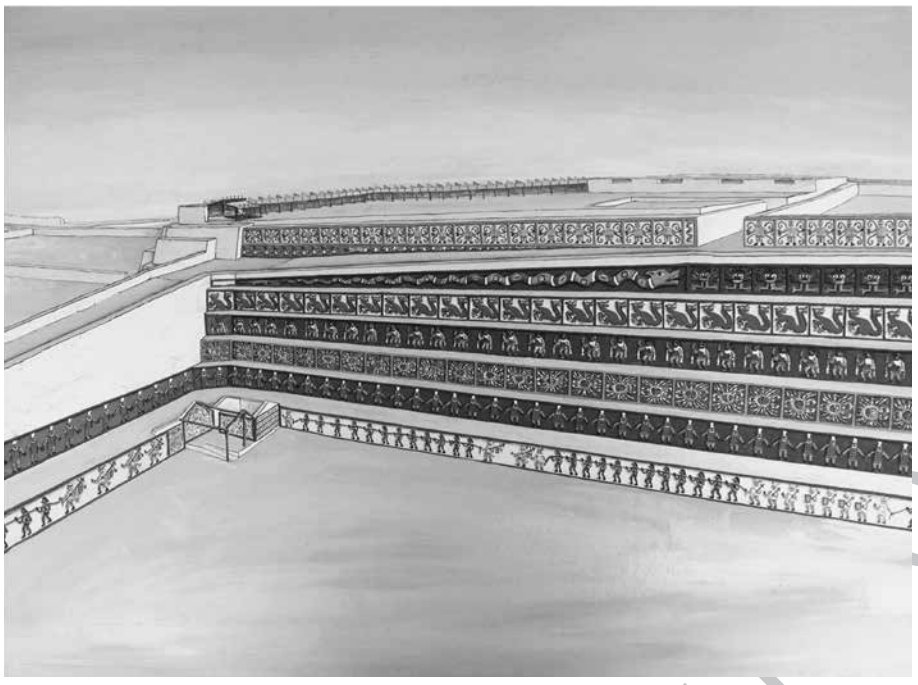


Fig. 217 – Reconstrucción del frontis norte de Huaca de la Luna (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

un complejo discurso iconográfico. El primer escalón representa el desfile de guerreros triunfantes conduciendo a los prisioneros; el segundo a los oferentes o danzantes; el tercero, paneles con la imagen de la araña decapitadora; el cuarto al dios con atributos de pescador; el quinto con el ser lunar; el sexto comprende la rampa adosada a la pirámide, decorada con el movimiento ondulante de una gigantesca serpiente, mientras su continuación presenta paneles con el rostro del dios *Ai Apaec* con extremidades de aves rapaces; finalmente, el séptimo escalón representa al *dios de las montañas* con apéndices que rematan en cabezas de cóndores.

Los relieves del primer escalón con la escena de los prisioneros se interrumpen en la esquina sureste de la plaza ceremonial, donde se ubica un recinto esquinero cuyos muros presentan relieves policromos, con extraordinarias escenas realizadas con gran maestría artística. La edificación

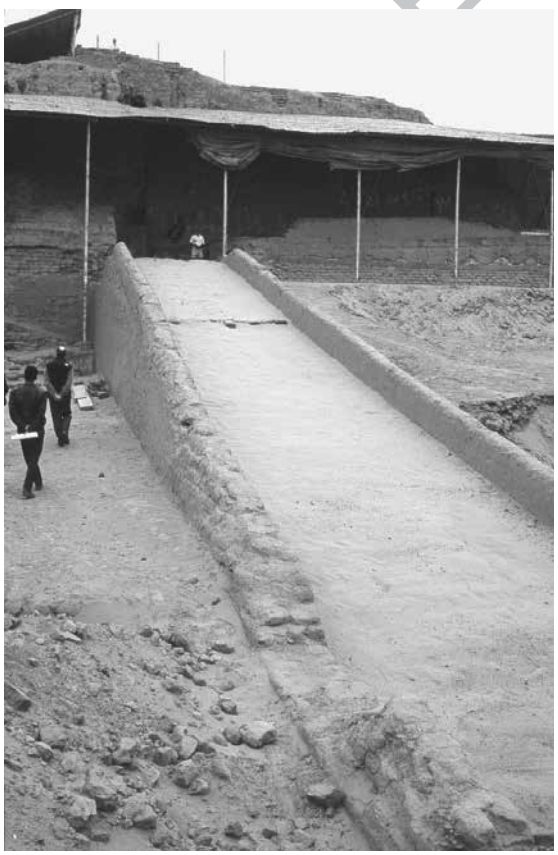


Fig. 218 – Detalle del recinto esquinero en la esquina sureste de la plaza ceremonial de Huaca de la Luna, que exhibe relieves policromos con motivos de alta significación simbólica (foto: J. Canziani).

está construida sobre una pequeña plataforma a la cual se ascendía por medio de una pequeña rampa y que presenta dos ambientes techados a dos aguas. El primer ambiente era abierto hacia la plaza, donde el techo estaba soportado mediante postes, y habría funcionado a modo de vestíbulo o antesala del segundo ambiente cerrado, al que se ingresaba por la puerta ubicada en la esquina. El recinto esquinero revela su rol destacado, ya que sus muros exteriores lucen extraordinarios relieves policromos con motivos de notable elaboración y belleza. Estos representan en el muro lateral hacia el oeste escenas de combate entre guerreros, y en los dos murales que forman el ambiente abierto hacia la plaza, un conjunto de motivos y escenas cuya composición y tratamiento revelan su notable significación simbólica.

Como hemos ya mencionado, la plaza ceremonial de la Huaca de la Luna se conecta por medio de rampas con otras amplias terrazas y plazas menores hacia el este y sureste (plazas 2, 3 y 4), conforme el conjunto asciende manejando la pendiente natural de la ladera, para rematar en dos plataformas algo menores, una al noreste (Plataforma III) aparentemente exenta y otra al sureste (Plataforma II) totalmente integrada al complejo. Es evidente que en estos espacios y plataformas, se establece un eje de orientación secundario en dirección oeste-este —por lo tanto transversal al eje principal—, que debió privilegiar la visión de fondo hacia el Cerro Blanco, en su condición de cerro tutelar. La importancia de este eje lateral, orientado hacia el este, se manifiesta también en el tratamiento con decoraciones murales y la presencia de galerías techadas en los paramentos del lado este de la Plaza 2, lo que le otorga un carácter bastante significativo (Uceda *et al.* 1997: 20-21; Uceda y Tufinio 2003).

Fig. 219 – Detalle de la gran rampa con parapetos que permitía el ascenso desde la plaza ceremonial a la plataforma principal (foto: J. Canziani).



Cerrando del lado sur el complejo de la Huaca de la Luna se encuentra un ancho y alto muro que corre 180 metros paralelo a las plataformas I y II, para proseguir hasta los contrafuertes rocosos del Cerro Blanco, con un trayecto total de más de 300 metros de largo. Si bien este muro forma con el flanco sur de la plataforma principal (I) y la Plataforma II una suerte de corredor perimétrico, aún no está del todo claro si operó como un elemento secundario de acceso y circulación del complejo, a partir de la esquina suroeste de la plataforma principal, o si simplemente constituyó un elemento que demarcaba física y simbólicamente la separación del complejo ceremonial respecto a los sectores del centro urbano próximos a este. En todo caso, es importante notar que la proyección del lado sur de la Plataforma I como del muro perimétrico sur tiene continuidad en el trazo de una gran calzada o avenida (Avenida 2) orientada este-oeste, que corre al sur del Conjunto Arquitectónico n° 8 y que se prolonga luego en pasajes menores. Este dato permite suponer que la directriz generada por el flanco sur de la Huaca de la Luna constituyó uno de los principales ejes de organización de la trama urbana de la ciudad moche.

La regeneración del templo en Huaca de la Luna

Los trabajos de investigación arqueológica y de puesta en valor desarrollados desde 1991 por el Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna, han revelado gran parte de los extraordinarios atributos arquitectónicos de las estructuras que conformaban la plataforma principal (I) de la Huaca de la Luna (Uceda *et al.* 1994). En esta colosal edificación se ha documentado científicamente una extraordinaria secuencia de superposiciones arquitectónicas, correspondientes a las distintas épocas en que se renovó sucesivamente su vigencia funcional. Este notable conjunto de datos, inédi-

Editorial PUCP

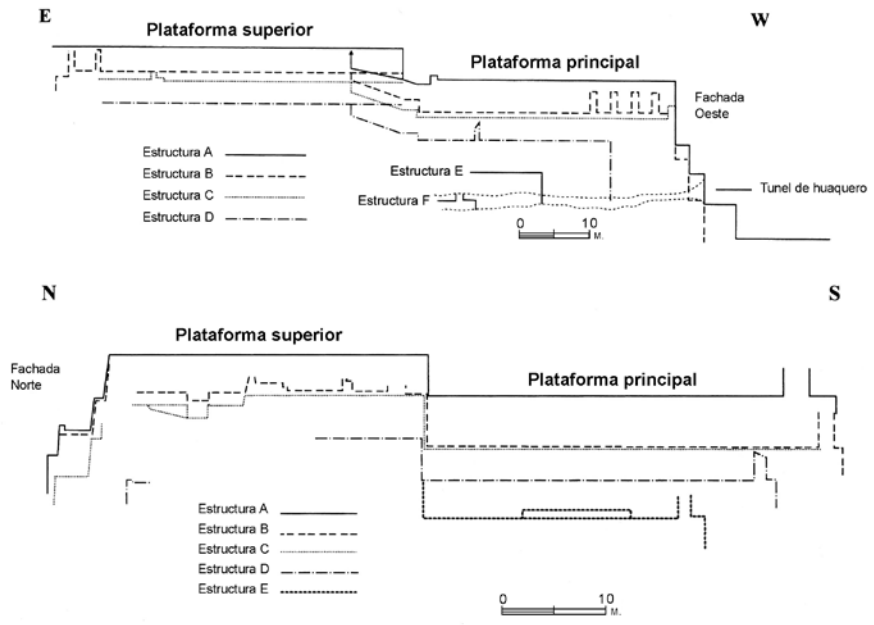


Fig. 220 – Corte norte - sur y este - oeste de la plataforma principal de Huaca de la Luna, con el registro de los edificios superpuestos correspondientes a diferentes épocas (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

tos hasta hace unos años, ha proyectado una renovada visión acerca de las características de la arquitectura monumental moche y una aproximación extraordinaria acerca de los aspectos morfológicos, constructivos y funcionales de la misma. Sobre esta base, podemos introducirnos al conocimiento del rol especial que desempeñó la principal edificación del mundo moche en la esfera del poder político y religioso emanado de su vigorosa organización estatal.

Este es el caso notable de la plataforma principal, donde se ha documentado por lo menos seis grandes eventos de remodelación, lo que ha permitido revelar el desarrollo de una compleja secuencia arquitectónica en la que se superponen no solamente una serie de edificios, cada uno de ellos con una identidad y vigencia propias, sino que en estos se reconoce una continuidad establecida por la reiterada replica —con ciertos cambios y variantes— de la concepción idealizada del edificio, que va desde el nivel general de su organización espacial; la forma y distribución de los ambientes; los sistemas de acceso y circulación; hasta los detalles del tratamiento de los acabados, propios de los relieves representados en los paramentos de sus principales ambientes o recintos (Uceda y Canziani 1998: 140).

De la forma recurrente de organización espacial que presentan estos edificios superpuestos se puede deducir la continuidad de sus atributos funcionales, manifiesta en la continuidad y reiteración de las formas arquitectónicas. Perpetuándose así, a lo largo de un considerable período de tiempo, un modelo conceptual y un ordenamiento del espacio arquitectónico plenamente interiorizado a lo largo de muchas generaciones (ibid.: 157).

A partir de los registros de las excavaciones arqueológicas realizadas en distintos sectores del monumento, y de la limpieza de los cortes generados por los grandes forados del huaqueo iniciado desde época colonial, se puede deducir que el conjunto de los distintos ambientes y espacios arquitectónicos que conformaron cada una de estas sucesivas edificaciones estuvieron vigentes y en pleno funcionamiento durante un determinado período de tiempo. Concluido este lapso temporal, del cual aún no se ha podido establecer con precisión su duración, los moche procedieron —luego de desmontar los techos de los ambientes que tuvieron coberturas— a trazar, con un instrumento que produjo una incisión cortante en los pisos, la cuadrícula donde debían de ubicarse los múltiples bloques constructivos que servirían para rellenar todos los espacios afectados por el evento de remodelación.

Una vez alcanzado con estos rellenos constructivos el nuevo nivel de la plataforma, que en algunos casos creció más de 3,50 metros de altura, además de proyectarse con ampliaciones horizontales hacia los flancos, se ha observado que se procedía a realizar un grueso piso de nivelación y luego un piso de barro fino. Resulta fascinante el hallazgo de improntas de soguillas sobre estos pisos, ya que fueron empleadas por sus constructores para trazar las líneas que demarcarían la posición de los muros que estaban por erigir (Montoya 1998: 23). De estas evidencias se

Fondo Editorial PUCP

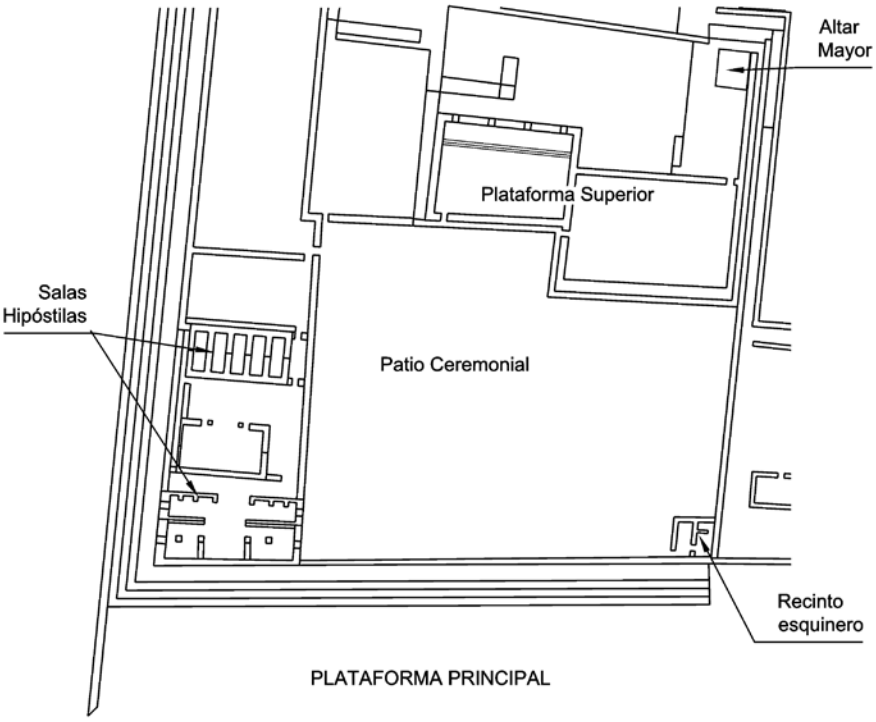


Fig. 221 – Plano de la plataforma principal de Huaca de la Luna, con sus diferentes sectores durante la época B/C (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

puede deducir que el delineado del trazo de los muros se realizó tensando una cuerda entre dos extremos previamente establecidos —de modo similar al que utilizan aún hoy nuestros constructores contemporáneos—, si bien es de notar la singularidad de realizar este proceso cuando el barro del piso se encontraba aún fresco. Esta modalidad, que obviamente genera cierta dificultad, quizá expresa la posible búsqueda de ligar físicamente la continuidad del proceso de relleno del edificio en vía de ser enterrado y, especialmente, entre los pisos de sello de estos rellenos —que pudieron marcar metafóricamente la «muerte» del antiguo espacio ritual— con los fundamentos de los muros del edificio que se regenera, para construir el espacio renovado que inaugura un nuevo ciclo vital.

Estas remodelaciones y las evidencias asociadas dan sustento a pensar que en estos eventos lo sustancial y determinante es la regeneración de la arquitectura del edificio, lo que trae como consecuencia necesaria el enterramiento de su antecedente. De esta manera, se propone como hipótesis explicativa de la regeneración del templo la periódica renovación del ciclo ritual, dada la especial calidad del edificio, en cuanto sede privilegiada de las principales actividades ceremoniales de la sociedad moche. La envergadura de estos procesos, que incorporan ingentes cantidades de materiales de construcción, el despliegue de una numerosa fuerza de trabajo, que además convocan la participación de distintos especialistas y que, por último, comprometen el propio funcionamiento del edificio o de sectores de este mientras se realizan las obras de remodelación, nos conducen a proponer la hipótesis de que estos eventos no respondían a causas circunstanciales o al desencadenamiento de fenómenos naturales —por ejemplo un evento de El Niño—, sino que debieron responder a ciclos de carácter calendárico-ritual donde el desarrollo y la ejecución de esta magnífica obra pública estaban previamente planificados[17] (Uceda y Canziani 1993: 340-342; 1998: 157-158; Canziani 2003a; 2004).

[17] Para tener una idea de la envergadura de estas remodelaciones, bastaría señalar que en algunas de ellas hemos estimado que se requirió fabricar y luego disponer en los aparejos de los rellenos constructivos, entre tres a cuatro millones de adobes, sin considerar la erección de muros y otras estructuras correspondientes a los distintos espacios arquitectónicos. Este solo dato puede ilustrar la extraordinaria dimensión de la fuerza de trabajo necesaria para su ejecución y, por cierto, de la imprescindible disponibilidad de abundantes excedentes productivos para la ejecución de este tipo de obras públicas. Evidentemente, es difícil imaginar que estas condiciones se dieran en una situación de crisis, como la que habría generado alguna severa catástrofe natural, donde más bien el capital social disponible debió ser destinado a reparar los daños sufridos por la infraestructura agraria y a paliar las consecuencias de la crisis.

Fondo Editorial

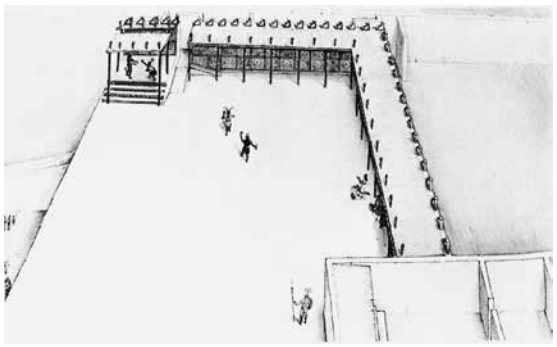


Fig. 222 – Reconstrucción hipotética de la Plataforma Superior de Huaca de la Luna, correspondiente a la época del Edificio B (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

La plataforma principal de la Huaca de la Luna

En las épocas intermedias de la plataforma principal, correspondientes a los edificios B/C y D, en una secuencia que va de arriba hacia abajo,[18] se habría desarrollado sobre la superficie de su cima un planeamiento aparentemente cuatripartito con distintos sectores o cuadrantes. En el cuadrante noreste se ubicaría recurrentemente una plataforma superior, más elevada, conectada con el acceso principal de la rampa y los demás sectores por medio de un sistema de circulación con corredores y rampas. Sobre esta plataforma superior y del lado este se ubicaban recintos que —en sus distintas y superpuestas versiones— presentan decoración con pintura mural (Morales 2003: fig. 14.13); mientras que en la esquina noreste se ha revelado la presencia de un estrado o altar escalonado y techado, que estaba expuesto visualmente hacia la plaza ceremonial, por lo que se puede presumir que estaba destinado a determinados eventos rituales, especialmente dirigidos a quienes los presenciaban desde esta ubicación, como los representados en el arte moche en la célebre *escena del sacrificio o de la presentación* (Uceda 2001).

A este cuadrante noreste, en el que se ubica la plataforma superior, se le contrapone otro al noroeste, donde excavaciones recientes están definiendo la presencia de recintos aparentemente techados que contaban con el soporte adicional de pilares. Estas estructuras parecen ser análogas a las halladas en el mismo sector de la Huaca de Cao, en el complejo de El Brujo, que conforman

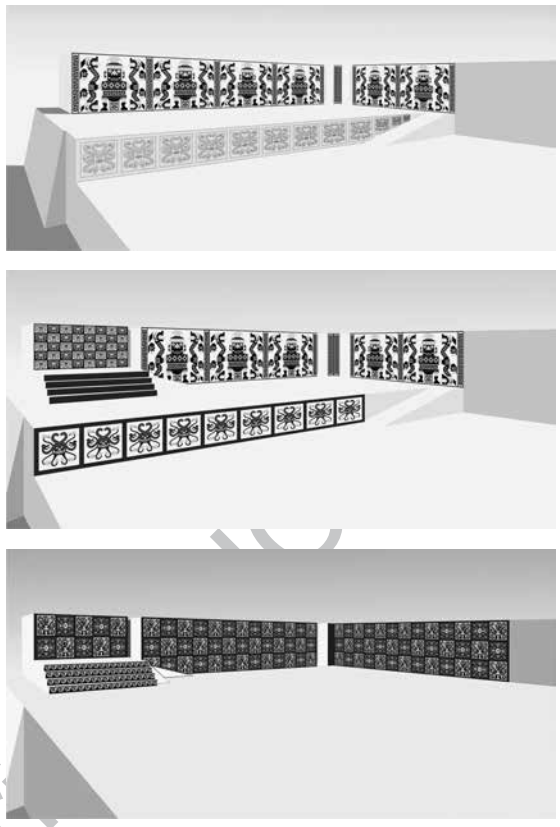


Fig. 223 – Reconstrucción hipotética de la secuencia de remodelaciones de la plataforma auperior de Huaca de la Luna y las pinturas murales asociadas (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

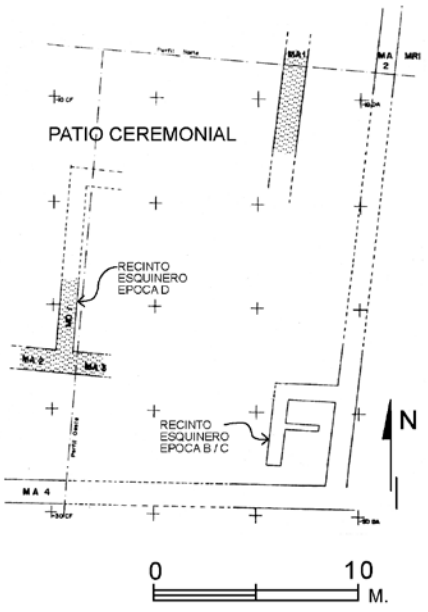


Fig. 224 – Plano del recinto esquinero del patio ceremonial correspondiente a la época del Edificio B/C, superpuesto al recinto esquinero de la época D (redibujado de Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

[18] Es importante advertir que esta secuencia corresponde al ordenamiento propio de la estratigrafía arqueológica, que parte del examen de los niveles superiores o superficiales para ir abordando la sucesión de niveles inferiores. De esta manera, el orden de esta secuencia —que va de lo más reciente a lo más antiguo— es necesariamente inversa a la que se dio en términos históricos. Por lo tanto, en este caso, el último edificio corresponde a «A», mientras que las evidencias más antiguas hasta el momento corresponden al edificio «E».

Fondo Editorial

recintos con relieves y pilares decorados propios de salas techadas.

El patio ceremonial

Una significación especial debió de tener en este ordenamiento el cuadrante del sector sureste, ya que en la secuencia de edificios registrada en este sector se desarrolló recurrentemente un gran patio ceremonial[19] decorado con relieves policromos, que tienen como motivo central la repetida representación del rostro de *Ai apaec* o *dios degollador*, enmarcado en paneles romboidales. Frente a estos paramentos con relieves se hallaron hoyos de postes, alineados a unos tres metros de los muros y espaciados cada dos metros, revelando la existencia de una galería techada en el perímetro del patio. Sintomáticamente, el desarrollo de los relieves del patio ceremonial fue también recurrentemente interrumpido por la presencia de un recinto esquinero, ubicado en el ángulo sureste del patio. Este tipo de estructuras esquineras estuvieron subdivididas interiormente y presentan evidencias de nichos y techos a dos aguas, y es notable apreciar que el acabado de sus paramentos exteriores —en las versiones conocidas correspondientes a los edificios B/C y D— presenta relieves con una sofisticada composición de paneles rectangulares con motivos de exquisita modulación y simetría, cuya alternancia cromática genera bandas diagonales. Esta ubicación privilegiada, así como las características especiales de su arquitectura y acabados, expresarían el rol de especial importancia que debieron tener estos recintos esquineros en las actividades ceremoniales desarrolladas en el gran patio.



Fig. 226 – Detalle de los relieves del recinto esquinero del patio ceremonial del Edificio B/C de Huaca de la Luna (foto: J. Canziani).

Fig. 225 – Detalle del relieve con el dios *Ai apaec*, del patio ceremonial de la época del Edificio D de Huaca de la Luna (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).



Sin embargo, en una versión más temprana del patio —Edificio E— se halló evidencias de un «altar», constituido por una pequeña plataforma de 3,75 metros de lado y 72 centímetros de alto, decorada horizontalmente con bandas alternas de pintura —amarillo, blanco, rojo al oeste y rojo y blanco al este—. En el lado este la plataforma presentaba el adosamiento de una pequeña rampa lateral de 63 centímetros de ancho. Este altar fue posteriormente remodelado y crece a 90 centímetros de alto con 4,20 metros de lado, se refacciona la pintura y se superpone a la anterior una nueva rampa lateral de 90 centímetros de ancho. Los muros que cerraban en ese entonces el patio estuvieron enlucidos y pintados de blanco hacia el interior y rojo hacia el exterior, es decir, una diferencia significativa con relación

[19] El patio ceremonial correspondiente al edificio de la época B/C tuvo unos 60 metros de este a oeste y unos 47 metros de norte a sur, con un área de más de 2.800 m².

© Editorial

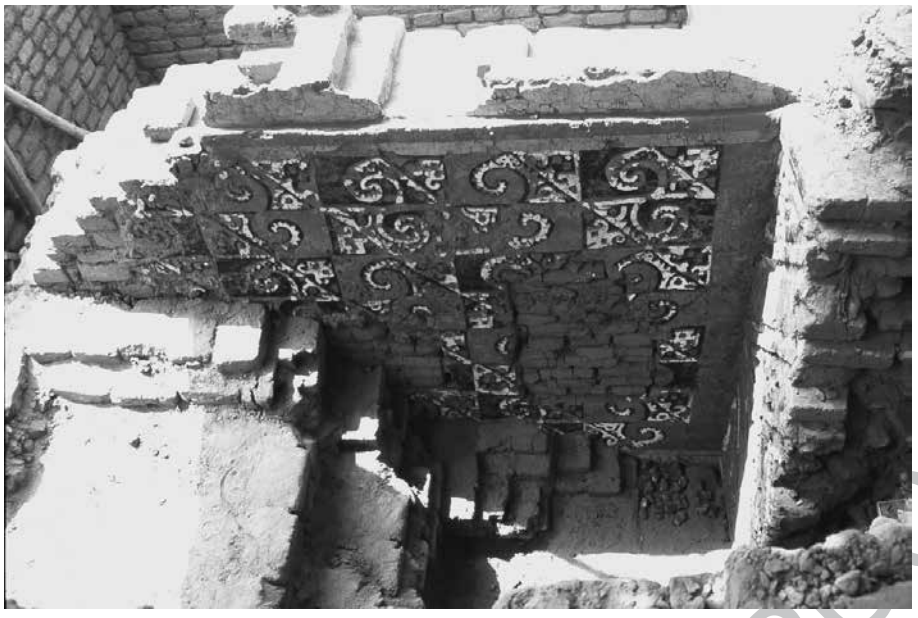


Fig. 227 – Detalle de los relieves del recinto esquinero del patio ceremonial del Edificio D de Huaca de la Luna (foto: J. Canziani).

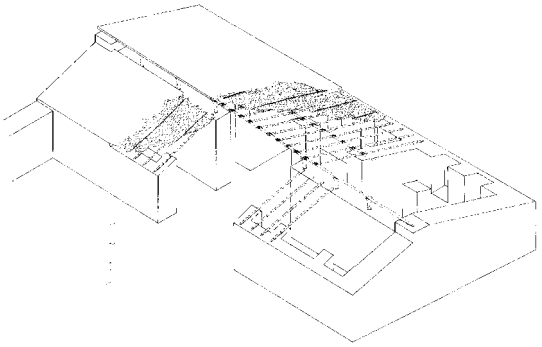
a los edificios posteriores, por lo que se deduciría que los paramentos interiores de esta versión temprana del patio no incorporaban aún el sofisticado acabado con relieves policromos. Dado lo limitado de las excavaciones conducidas en el patio del Edificio E, no es posible conocer si en este estuvo presente alguna estructura esquinera, como tampoco se puede descartar que los patios de los edificios A, B/C y D pudieran haber contenido algún tipo de pequeña plataforma o altar como la registrada en el espacio del patio del Edificio E, si bien no se ha hallado alguna evidencia al respecto.

Las salas con pilares

El cuadrante suroeste es por demás interesante, ya que aquí se ha documentado la existencia de recintos rectangulares techados a dos aguas, cuyas estructuras de cobertura fueron soportadas mediante pilares y pilastras. Estos recintos acabados con pintura blanca, además de los vanos de acceso, presentan el desarrollo de ventanas altas y de grandes hornacinas que se disponen de manera modular en los paramentos interiores. Las características morfológicas de estos ambientes, sus accesos relativamente restringidos y lo intrincado de su circulación, sugieren que debieron de estar destinados a resolver una función posiblemente reservada a los oficiantes del culto, ya que estas salas manifiestan un marcado nivel de aislamiento del resto de actividades desarrolladas en los demás espacios de la edificación.

Del examen de las excavaciones arqueológicas y de los cortes existentes en la plataforma principal, queda claro que las fachadas de esta edificación, en sus diferentes momentos de su larga historia, tuvieron un tratamiento escalonado. En algunos casos, estos escalonamientos sirvieron para resolver el sistema de circulación por el perímetro de los distintos edificios. Esto es evidente a partir del registro de la existencia de parapetos en algunos de estos escalonamientos —dando a entender que operaron como pasarelas o rondas— o también debido a que se conectan con niveles de pisos y accesos de determinados ambientes o recintos. En cuanto a los acabados, si el frontis principal hacia el norte tuvo un tratamiento especial con relieves y motivos elaborados con pintura policroma, los otros frentes tuvieron un acabado más sencillo, aunque siempre enlucidos y pintados de color. Existiendo evidencias en el frente oeste de la plataforma principal de la aplicación

Fig. 228 – Reconstrucción isométrica de las salas con pilares en el sector al sur oeste de la plataforma principal de la Huaca de la Luna (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).



Fondo Editorial PUCP

de rojo y blanco, posiblemente de forma alterna (Uceda 2003: comunicación personal).

La roca sagrada y los recintos de los sacrificios

Las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el sector de la Plataforma II ofrecen una revelación ciertamente sobrecogedora: frente a esta estructura se sacrificaron o, en todo caso, se dispusieron los cuerpos de quienes fueron víctimas de eventos asociados a rituales de sacrificios humanos.[20] Como ya manifestamos anteriormente, la Plataforma II presenta un rasgo muy significativo, en el sentido de que su construcción se diseñó de tal forma que incorporara parcialmente en su volumen un afloramiento de roca natural de diorita, que asemeja en pequeña escala la imagen del Cerro Blanco. De esta manera, el frontis de la plataforma presenta la roca emergiendo de su volumen, a la vez que este la envuelve. Aparentemente, todos los espacios abiertos relacionados con el frontis de la Plataforma II, y que la conectaban con la plataforma principal, estuvieron asociados con eventos de sacrificios humanos, especialmente el recinto 3A, frente a la Plataforma II, donde se dispusieron los cuerpos de los sacrificados concentrándolos al pie de la roca sagrada. Más al oeste, los recintos 3B y 3C tienen al centro edificios techados de planta rectangular, que parece también tuvieron una especial participación en este tipo de rituales, dado el hallazgo de restos óseos humanos y de vasijas de barro crudo representando prisioneros, las que significativamente también fueron «sacrificadas» al presentar evidencias de haber sido destrozadas con piedras o con golpes de porra (Bourget 1997; Montoya 1997; Orbegoso 1998; Bourget y Millaire 2000).

Los datos disponibles indicarían que la Plataforma II fue construida en un único momento constructivo, que se presume corresponde a la vigencia del Edificio B/C de la plataforma principal, dado que las últimas intervenciones en esta serían contemporáneas con el Edificio A (Bourget y Millaire 2000). Sobre el piso de la Plataforma II no



Fig. 229 – Huaca de la Luna. Plano del sector de la Roca Sagrada, con la Plataforma II y los Recintos de los Sacrificios (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

[20] Los análisis de antropología forense revelan que se trató de hombres jóvenes de buena contextura, en los que se observó evidencias de fracturas soldadas o regeneradas, dando a entender que en su vida fueron protagonistas de actos violentos interpersonales —en cuanto soldados o guerreros— y que antes de su muerte fueron sometidos a ciertos actos de tortura (Verano 1998). La asociación de los cuerpos con la deposición de limo aluvial daría cuerpo a la interpretación de que estos rituales estuvieron asociados a eventos críticos como El Niño, donde los sacrificios humanos habrían servido de preciada ofrenda para conjurar sus efectos muchas veces catastróficos en términos económicos y sociales (Bourget 1997; 1998). De otro lado, la escena conocida como la «presentación» o «ceremonia del sacrificio», ampliamente representada en la pictografía de la cerámica moche, como también en la pintura mural de algunos de sus principales monumentos (véase Pañamarca), ilustra el desarrollo de rituales que incluyeron el sacrificio de prisioneros, cuya sangre era aparentemente presentada en copas para su libación u ofrenda por parte de personajes divinizados (Donnan y Castillo 1994).

Fondo Editorial PUCP

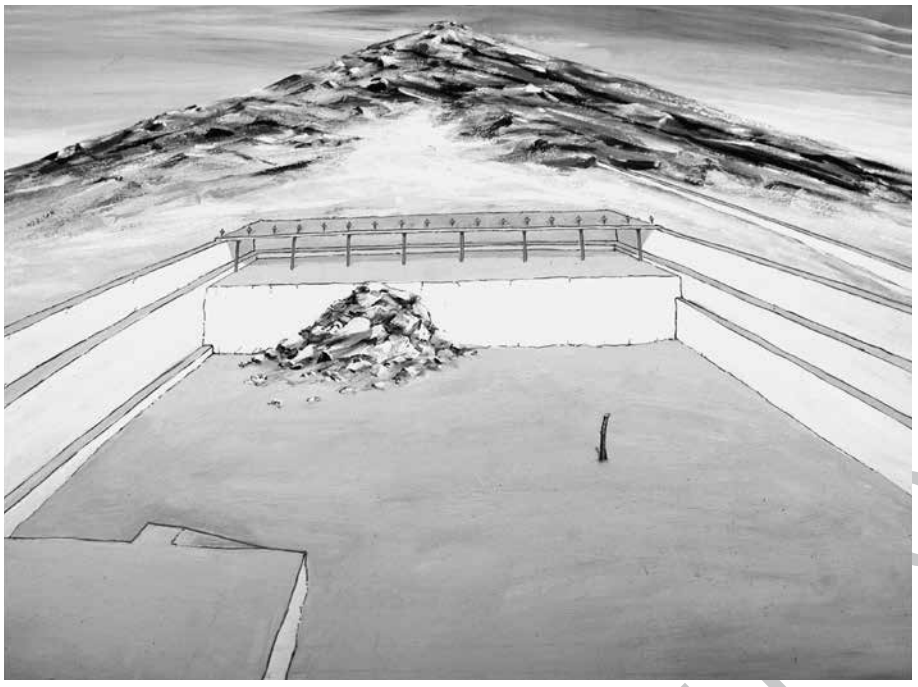


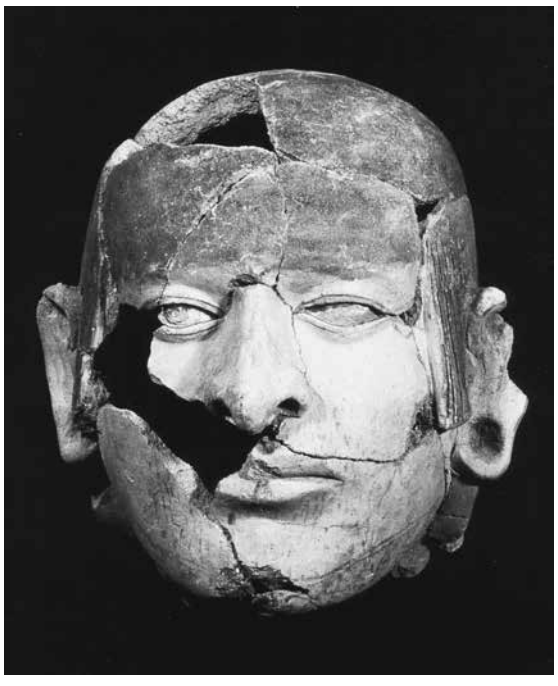
Fig. 230 – Reconstrucción hipotética del sector de la Roca Sagrada, con la Plataforma II y los Recintos de los Sacrificios (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

se hallaron restos de muros sino hoyos de postes, lo que permite suponer que por lo menos una parte de su superficie fue cubierta con techos. Interviniendo en el relleno constructivo se dispusieron algunas tumbas que se concentraron también del lado norte de la plataforma (Bourget 1998: 60-61).

Finalmente, los trabajos de Bourget (1997; 1998) revelaron claramente que la mayoría de los cuerpos hallados en el recinto frente a la roca sagrada fueron depositados sobre limo aluvial aún fresco —que se habría generado como consecuencia de un posible fenómeno de El Niño—, mientras que otro grupo menor lo fue sobre depósitos eólicos de arena que no habían cubierto aún los cuerpos de los primeros. Es sumamente revelador que todos los cuerpos de los distintos eventos de sacrificios fueran depositados en una zona inmediatamente al pie de la roca sagrada de la Plataforma II, y que se hallaran en estos contextos estatuillas de barro crudo representando prisioneros, rotas *ex profeso* a modo de sacrificio figurado.

En el extremo noreste del complejo de la Huaca de la Luna se encuentra la Plataforma III, la que también tiene un eje de orientación oeste-este y se asocia en su frente oeste con un atrio o plaza —Plaza 4—. En esta edificación tan solo se han realizado trabajos preliminares, los que han revelado que esta sería una de las últimas estructuras en ser construidas antes del abandono del complejo. Esta hipótesis está en parte basada en que la construcción de esta plataforma fue hecha en un 90% con adobes que presentan marcas que, como se ha visto, corresponden a una práctica tardía en las construcciones del sitio (Uceda y Mujica 1997: 12). Finalmente, cabe señalar que en algunos paramentos de la plataforma se documentó hace unas décadas la presencia de pinturas murales, que representaban escenas que han sido

Fig. 231 – Detalle del rostro de una vasija escultórica de arcilla cruda representando un prisionero proveniente de los Recintos de los Sacrificios del sector de la roca sagrada. En este sector fueron halladas frecuentes evidencias de vasijas rotas, a manera de sacrificio simbólico (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).



Fondo Editorial PUCP



Fig. 232 – Reconstrucción hipotética de la Huaca de la Luna vista desde el noroeste (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

dadas a conocer como el tema de la *rebelión de los artefactos*, donde una serie de objetos animados por rasgos antropomorfos persiguen, dan batalla y capturan a seres humanos (Bonavia 1974).

En cuanto a su función, la Huaca de la Luna proclama su manifiesto carácter ceremonial. Eventos tan dramáticos como el sacrificio de prisioneros debieron ser de enorme trascendencia ritual (Bourget 2001; Verano 2001). Por lo mismo, estos debieron estar circunscritos a momentos definidos del calendario ceremonial o a conjurar eventos críticos como el desencadenamiento del fenómeno de El Niño. Por otra parte, no podemos perder de vista que, dada la complejidad espacial de la arquitectura de la huaca, en esta se debieron resolver también asuntos mundanos y los que imponía la propia rutina de la administración burocrática cotidiana, tales como: el manejo y regulación del sistema de irrigación, el registro calendárico, el intercambio y distribución de bienes, la administración de la tributación y toda una serie de labores altamente especializadas que estuvieron consubstanciadas con la cosmovisión propia del orden social y político del Estado teocrático (Canziani 2004).

Los sectores urbanos y sus conjuntos arquitectónicos

Luego de los estudios iniciales de Uhle ([1913]1998), donde señaló la existencia de muchas otras estructuras menores formando un «pueblo» o «ciudad» entre las dos colosales huacas, y de los trabajos de investigación desarrollados en los años setenta, que expusieron la presencia de complejos residenciales e indicios de la existencia de talleres (Topic 1982), en la última década se han desarrollado excavaciones arqueológicas extensivas, que se han concentrado en distintas áreas ubicadas en el sector sur de la planicie entre las dos grandes huacas (Uceda y Armas 1997; Chapdelaine *et al.* 1997; Chapdelaine 1998; Tello 1998; Tello *et al.* 2003).

A la luz de estas recientes excavaciones, se está revelando un nuevo panorama sobre las zonas urbanas donde se concentró el grueso de las estructuras y población de la ciudad, definiéndose una serie de conjuntos habitacionales, así como otros conjuntos caracterizados por su arquitectura pública. En cuanto a los conjuntos habitacionales, algunos datos indicarían que estos además de las actividades domésticas también incorporaron el desarrollo de actividades productivas o administrativas; mientras que los conjuntos que corresponden a arquitectura pública estuvieron relacionados con actividades rituales o político-administrativas, así como con el desarrollo de actividades productivas de tipo especializado, como en el caso de los talleres. Por su parte, este último tipo de arquitectura pública en muchos casos no excluye, si no más bien incorpora, ciertos espacios destinados al desarrollo de funciones domésticas o, simplemente, a la preparación y consumo de alimentos.

Estas excavaciones, además de contribuir a establecer los patrones arquitectónicos y sus variantes tipológicas, están empezando a definir una

Fondo Editorial PUCP

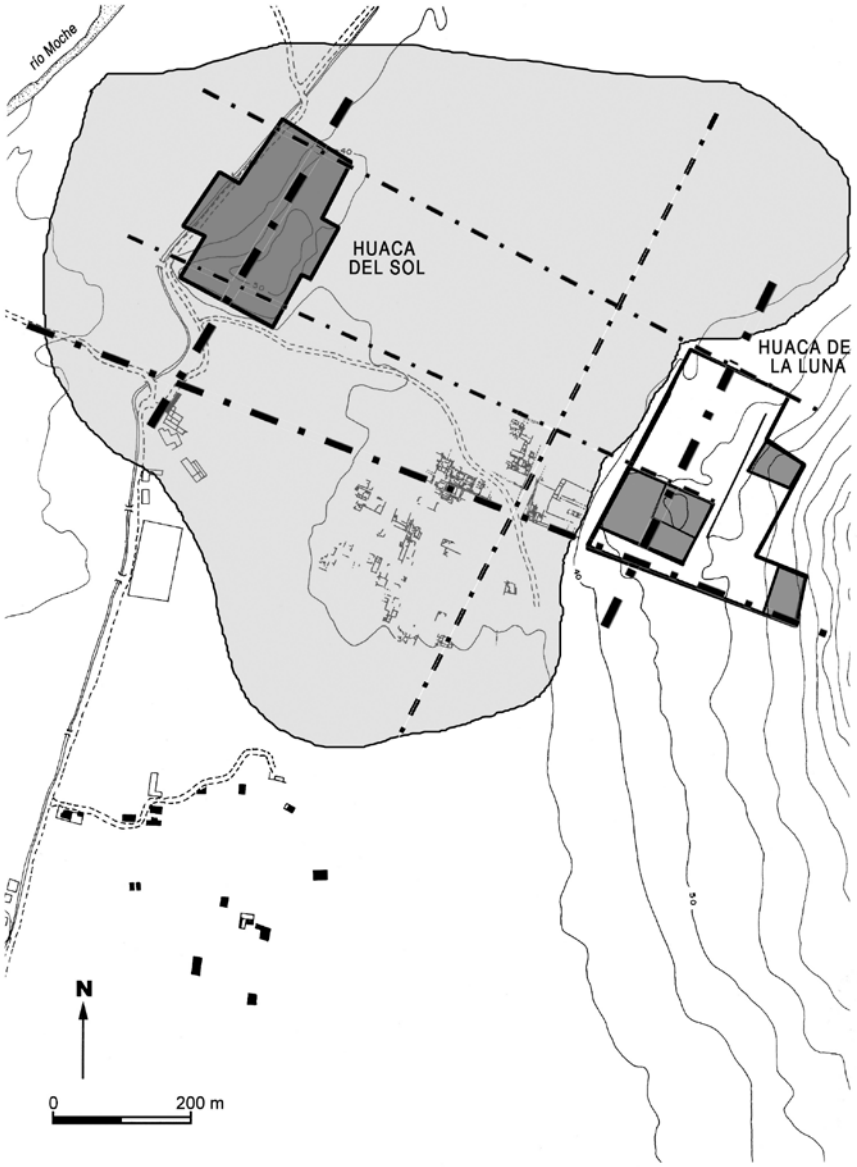


Fig. 233 – Plano general de la posible extensión de la ciudad de Moche, con los sectores urbanos expuestos al sur oeste de la Huaca de la Luna, que permiten la definición preliminar de una trama urbana delineada por el trazo de avenidas, calles y pasajes (Redibujado sobre el plano del Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

trama urbana que exhibe ciertos niveles de planificación, como la presencia de espacios públicos; un sistema de circulación por medio de avenidas y pasajes que, a su vez, definen ejes de articulación urbana y la posible delimitación entre sectores; así como la existencia de determinados servicios, como en el caso de canales para el abastecimiento de agua. Es decir, conforme avanzan las investigaciones, nos estamos aproximando de manera progresiva a la definición de los atributos que permiten establecer la trascendencia de un centro urbano como el de Moche en cuanto *ciudad* (Canziani 2003a; 2004)

Si bien el porcentaje del área excavada es aún bastante reducido con relación a la extensión total que abarcó la ciudad, los datos disponibles permiten percibir también otros atributos propios de este tipo de asentamientos. Este es el caso de la existencia de zonas o sectores urbanos con ciertos niveles de especialización, refiriéndose a la función de las estructuras que se concentran en ellos, lo que en términos modernos se conoce como «zonificación». De esta manera, podríamos tener ciertos sectores congregando estructuras habitacionales de bajo estatus, otros con residencias o palacios de la elite que se estarían agrupando en proximidad de la Huaca del Sol. En otras zonas se manifestaría la tendencia a concentrar actividades manufactureras —alfarería, metalurgia, orfebrería, textilería, elaboración de chicha, etcétera—, inclusive, de determinado tipo de manufactura, como en el caso de la producción de cerámica fina en talleres ubicados en cercanía de la Huaca de la Luna (Uceda *et al.* 1997); o de sectores con complejos públicos de primer nivel, como es el que se

encuentra asociado a la Plataforma Funeraria Uhle, que se ubica sintomáticamente al pie oeste de la Huaca de la Luna y que estuvo separada de los demás sectores de la ciudad por una gran calzada o Avenida 1 (Pimentel y Álvarez 2000; Chauchat y Gutiérrez 2003).

La presencia de amplias calles o avenidas, que privilegian la orientación con los ejes cardinales —como en el caso de las avenidas 1 y 2—, parecen estar estableciendo no solo ciertas directrices para la circulación de los habitantes de la ciudad, sino también la delimitación entre distintos sectores, además de reflejar la existencia de un programa de ordenamiento urbano.[21] En algunos de estos sectores urbanos se ha establecido la presencia de pequeñas plazuelas, cuya escala reducida sugeriría que cumplieron diversas funciones asociadas directamente con la población que habitaba en los conjuntos próximos. Por su parte, las avenidas presentan la intersección de pequeñas calles o pasajes, que servían para dirigirse y acceder a los distintos conjuntos

Fig. 234 – Plano de los sectores urbanos de la ciudad de Moche ubicados al sur oeste de la Huaca de la Luna, en el que se aprecian los conjuntos excavados delimitados por avenidas, calles y pasajes (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).



[21] Mientras la Avenida 1, de once metros de ancho y que corre de norte a sur unos cien metros al oeste de la Huaca de la Luna, parece separar los conjuntos y arquitectura pública ubicada al pie de la huaca, como en el caso del extraordinario complejo conocido como Plataforma Funeraria Uhle (Pimentel y Álvarez 2000; Chauchat y Gutiérrez 2003); los tramos explorados de la Avenida 2, que corre de este a oeste, parecen delimitar el lado sur de estos conjuntos y, al mismo tiempo, proyectar en la trama urbana el eje delineado por el flanco sur de la plataforma principal de la Huaca de la Luna (Tello 1998; Armas *et al.* 2000). Evidencias notables de que la planificación de esta trama urbana sería temprana, y que se habrían conservado sus ejes de ordenamiento y circulación hasta las épocas tardías de la ciudad, se han documentado en algunas excavaciones (Tello *et al.* 2003), donde resulta que el pasaje (Callejón N-30) limítrofe entre los conjuntos 30 y 35 y que se desarrolla de este a oeste, mantuvo sin mayores variaciones su trazo desde fases tempranas.

arquitectónicos. El acceso a estos conjuntos, en algunos casos, se realizaba directamente desde los pasajes. En otros, mediante cortos corredores o pasadizos que introducían al interior de los conjuntos. Los ingresos a los conjuntos presentan vanos con umbrales elevados, sin embargo, esta es una característica que también se observa frecuentemente en las puertas entre sus ambientes interiores (Tello 1998; Armas *et al.* 2000; Montoya *et al.* 2000)

En cuanto a los conjuntos de función habitacional, su carácter doméstico está evidenciado por una serie de rasgos característicos, entre ellos, la presencia de ambientes destinados a la cocina, donde es típico hallar fogones hechos con dos hileras paralelas de abobes de canto, que servían para contener la brasa del fogón y apoyar las ollas durante la cocción de los alimentos. En estos mismos ambientes, o en otros anexos a ellos, se realizaban tareas complementarias a la preparación de alimentos, como la molienda, documentada con la presencia de batanes y manos de moler. Asociados a este tipo de actividades domésticas se encuentran también algunos pequeños espacios, a modo de botaderos, que habrían sido destinados para la acumulación de los desperdicios generados dentro de la vivienda.

Los conjuntos habitacionales dispusieron también de facilidades destinadas al almacenamiento. Tal es el caso de la existencia de pequeños cubículos que pudieron servir para depósito de granos u otro tipo de productos alimenticios, así como para determinados insumos destinados a la producción. Contaron también con nichos y hornacinas útiles para guardar desde enseres hasta objetos de culto. Además, se registra la recurrente presencia de tinajas semienterradas en los pisos, que parece sirvieron para disponer de agua. En otros casos, ciertos ambientes que presentan la singular disposición de una serie de tinajas o vasijas ordenadas en hilera y empotradas sobre poyos, sugieren el requerimiento de acumular abundantes cantidades de líquidos para alguna actividad en especial, como en de los talleres de alfarería, o de la producción o almacenamiento de bebidas como la chicha. También se reporta que estas tinajas pudieran haber servido para el almacenamiento de granos u otros productos alimenticios (Tello 1998; Armas *et al.* 2000).

Muchos de los ambientes de estas viviendas debieron desarrollarse al aire libre, pudiendo estar provistos de algunos cobertizos o pequeñas áreas techadas para brindar sombra. Este es el caso de ciertos espacios abiertos o patios, que muchas veces disponen de poyos y que debieron operar como lugares de desahogo de las viviendas, al mismo tiempo que servían para el desarrollo de actividades propias de la vida doméstica. Finalmente, algunos ambientes techados se reservaron para el descanso y servir como dormitorio, contando con amplias banquetas para el reposo de sus moradores. Dentro de las viviendas no se excluye que ciertos ambientes o, inclusive, algunos elementos arquitectónicos puntuales, pudieran haber estado destinados a prácticas de culto dentro del hogar, como una suerte de altar votivo o ara familiar (Tello 1998: 121).

Fondo Editorial PUCP

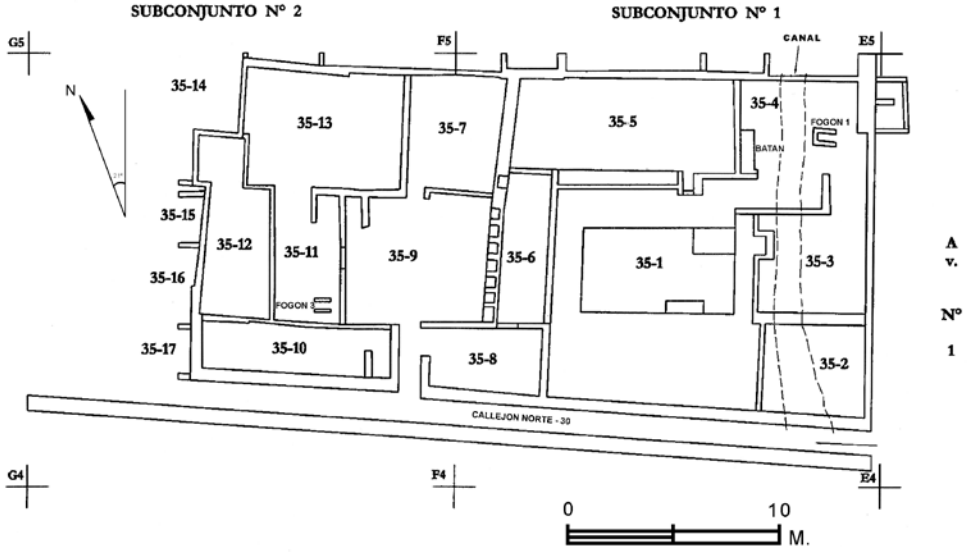


Fig. 235 – Plano del Conjunto Arquitectónico 35, delimitado al este por la Avenida 1 y al sur por el Callejón Norte 30 (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

Es interesante notar que ciertas diferencias en las características arquitectónicas y constructivas de los conjuntos habitacionales también estarían reflejando diferencias en cuanto a la condición social de sus habitantes. Esto es evidente cuando se examinan comparativamente las dimensiones espaciales de los conjuntos habitacionales, los materiales y técnicas constructivas empleadas en ellos, la presencia y cantidad de estructuras de almacenamiento, así como los acabados de pisos, paredes e inclusive de los techos, donde se utilizó elementos formales que habrían destacado el prestigio o especial estatus de sus moradores.[22] Otros aspectos importantes, como la continuidad en el uso de las estructuras habitacionales, vinculan la arquitectura de mayor calidad con una mayor permanencia de la ocupación, aun cuando se advierte la presencia de superposiciones y remodelaciones; mientras que la arquitectura más modesta se relacionaría con una mayor precariedad de la permanencia, marcada por períodos de desocupación o inclusive por su abandono definitivo (Van Gijseghem 2001).

Algunas excavaciones han explorado recientemente en profundidad la evolución y el comportamiento de algunas unidades en los conjuntos arquitectónicos 30 y 35, resultando algunos datos preliminares que sugerirían un creciente proceso de complejización social, donde los habitantes de la ciudad o, por lo menos de ciertos sectores de esta, tendrían acceso a una mayor variedad de bienes, así como a una gama cada vez más amplia de recursos (Tello *et al.* 2003). Estos datos novedosos permiten establecer una especial correlación entre la dinámica que condujo al fortalecimiento de las estructuras de poder del Estado moche —manifiesto en el extraordinario despliegue de su arquitectura pública monumental— y, del otro, la dinámica de unidades familiares residentes en la ciudad, que accederían a una mejor calidad de vida y a una creciente sofisticación en sus patrones de consumo, lo que se manifestaría también en una mayor intensidad en el uso del suelo urbano y en una creciente especialización funcional de los espacios arquitectónicos.[23]

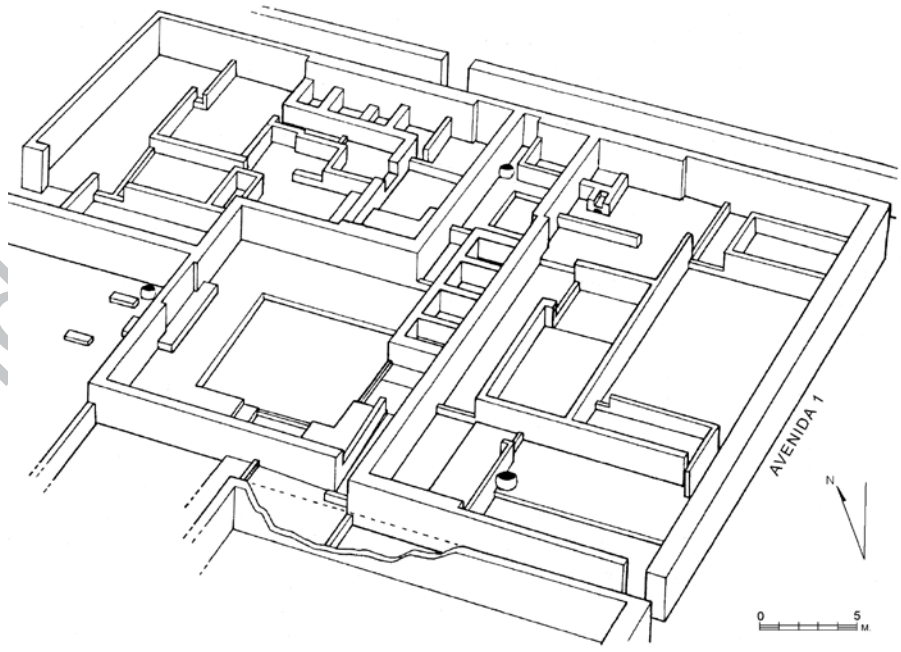


Fig. 236 – Reconstrucción isométrica del Conjunto Arquitectónico 30, delimitado al este por la Avenida 1 y al norte por el Callejón Norte 30 (Proyecto Arqueológico de las Huacas del Sol y la Luna).

[22] En la pictografía moche, como también en su cerámica escultórica, las representaciones de arquitectura ceremonial y las de las viviendas de elite presentan una profusa decoración mural, con techos de formas complejas que incluyen ornamentaciones y su coronación con adornos en forma de porras. Coincidentemente, estas porras decorativas de gran tamaño hechas en cerámica han sido halladas en las excavaciones de algunos conjuntos que se presume pudieron ser habitados por personajes de la elite moche (Tello 1998: 128, fig. 127), como también en sus templos (Franco *et al.* 1999).

[23] Este proceso se desprendería del análisis de los siguientes datos: el progresivo incremento de la cantidad de cerámica, como de la variedad de formas que esta expresa; la creciente presencia de artefactos de metal, como de material lítico y de otros abalorios asociados al prestigio social; el creciente acceso a una mayor diversidad de recursos de subsistencia; mientras que en las unidades arquitectónicas se observarían eventos de remodelación más frecuentes; una mayor subdivisión espacial de los ambientes; así como una mayor y más definida gama de funciones que estos habrían absuelto (Tello *et al.* 2003). Sin embargo, debemos advertir

Fondo Editorial PUCP

Entre las posibles unidades habitacionales del más alto estatus se ha registrado la estructura AA2, que al igual que AA1 y AA3 presentan fogones, piedras de moler y restos de alimentos. En particular, en el caso de AA2, la organización espacial de esta unidad, sus buenos acabados y calidad de los artefactos asociados, así como la presencia de nichos y de depósitos, sugerirían su correspondencia con una vivienda de elite (Topic 1982; Pozorski y Pozorski 2003). Sin embargo, ya hemos señalado que para el caso de AA2, el planteamiento arquitectónico y la notable cantidad de estructuras de almacenamiento que presenta, especialmente en su sector sur, y la forma definida por el ordenamiento espacial de estos depósitos, parece responder más a una función de tipo público, posiblemente de carácter político administrativo, lo que no excluye el uso doméstico que pudieron tener algunos de los ambientes. Este es el caso propio de las estructuras públicas del tipo «palacio», que comprenden determinados espacios de uso residencial como apéndices supeditados a la función eminentemente pública de estos edificios (Canziani 1989: 110-112).

En cuanto a la presencia de talleres dedicados al desarrollo de la producción especializada de manufacturas, es de señalar que muchos de estos pueden haber estado integrados dentro de viviendas, como «viviendas-taller» o, por el contrario, utilizando dentro de los talleres ciertos espacios para la preparación y consumo de alimentos por parte de quienes allí laboraban, lo que no necesariamente comporta el desarrollo de actividades «domésticas» familiares. Adicionalmente, hay que advertir que existe por parte de la arqueología un mayor grado de dificultad en identificar cierto tipo de actividades, como aquellas que pueden no dejar mayores rastros —por ejemplo, la manufactura textil— más aún cuando se trata de ambientes que pudieron estar sujetos a una limpieza periódica. Sin embargo, en otros casos, la actividad manufacturera no solamente genera contextos tangibles, asociados a un conjunto de artefactos muy definidos, sino que, inclusive, incorpora o adapta la presencia de estos artefactos o de otros elementos a los espacios arquitectónicos dedicados a la producción.

Este es el caso de las excavaciones arqueológicas que han documentado talleres dedicados a la producción alfarera (Uceda y Armas 1997). Por ejemplo, en el conjunto denominado «taller alfarero» se ha registrado la superposición de hasta ocho pisos, lo que daría a entender que se trataría de una unidad de producción, aparentemente de carácter familiar, que se dedicó por varias generaciones a la producción de cerámica fina. En este taller se desarrolló una serie de patios con evidencias de producción alfarera, tales como manos y batanes para la molienda de la arcilla y los temperantes,

Editorial PUCP



Fig. 237 – Estructuras de depósito dispuestas a lo largo de los muros de un conjunto arquitectónico (foto: J. Canziani).

que dado lo limitado de la «muestra», estos indicios pueden estar sesgados por la evolución singular de la condición social de los habitantes de estas sendas unidades —lo cual no necesariamente puede corresponder a un comportamiento generalizable—, como también pueden ser distorsionados por determinados cambios de uso de los ambientes excavados, donde, por ejemplo, la instalación de una cocina o de un repositorio de desperdicios podrían leerse como un «mayor acceso a una diversidad de recursos de subsistencia» durante estas fases. Por lo tanto, estas sugerentes hipótesis de trabajo deberían ser validadas con una muestra más amplia, desarrollando excavaciones similares en otras unidades.

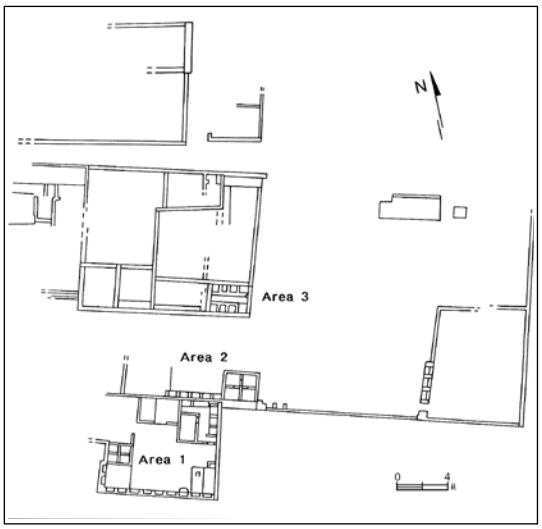


Fig. 238 – Plano del Conjunto AA2 (redibujado de Lange Topic 1982: 271).

discos de alfarero —que hacían las veces de torno—, matrices y moldes, cerámica cruda, además de los hornos de quema y de piezas de cerámica deformadas y descartadas por fallas de producción. Lo extraordinario de todas estas evidencias documentadas dentro de esta unidad es que ilustran el desarrollo espacial de toda la secuencia propia de los procesos comprometidos en la producción alfarera en los tiempos de Moche.

También es de interés anotar que en la excavación del taller de alfarero se registró la presencia de grandes tinajas empotradas en los pisos, tanto aisladas como en grupos formando hileras. La ubicación de estas tinajas, en relación con las zonas de trabajo, sugiere que estas sirvieron para abastecerse de agua durante la preparación de la arcilla y en otras fases de la producción cerámica. Algunos ambientes presentan evidencias de la preparación y consumo de alimentos, lo que podría indicar tanto el desarrollo de esta actividad para la alimentación de quienes laboraban en el taller, como también la presencia de un grupo familiar que habitaba en ellos.[24]

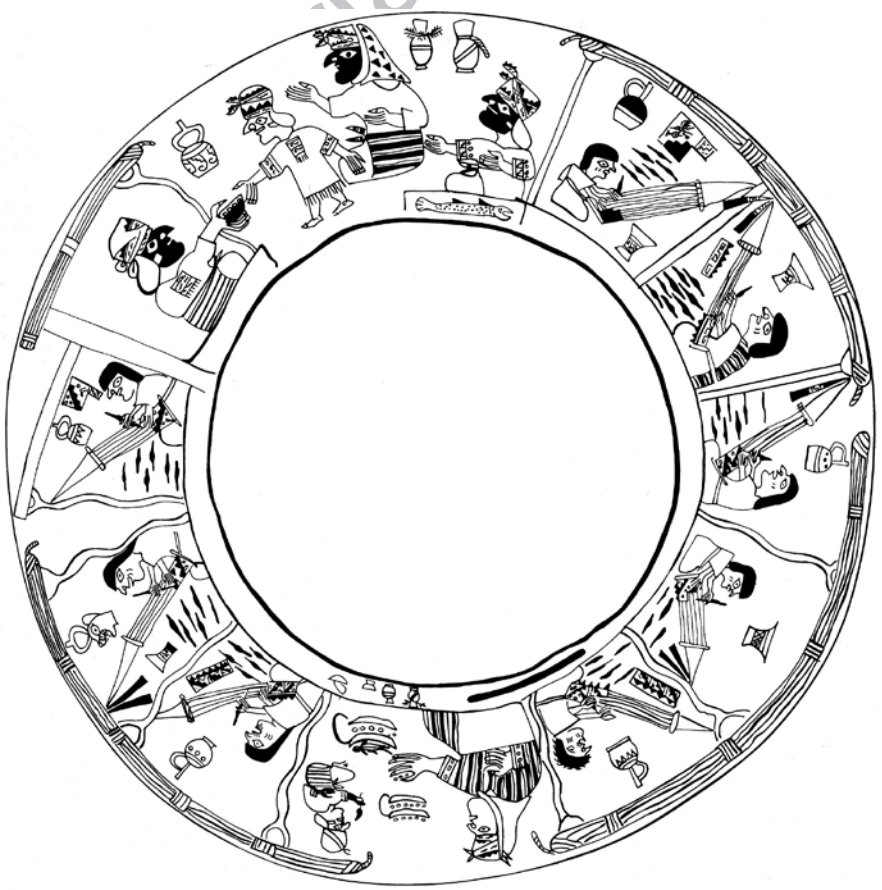


Fig. 239 – Representación en una pictografía moche de línea fina de un taller dedicado a la producción textil (Donnan y McClelland 1999: fig. 4.94).

[24] Si bien es relativamente común el hallazgo de enterramientos bajo los pisos de los conjuntos, en el caso del taller alfarero es significativa la presencia de dos tumbas con un ajuar funerario sofisticado y de alta calidad. Estas evidencias plantean a los investigadores la posibilidad de que algunos especialistas en la producción de manufacturas gozaran de cierto estatus, si no es que estaban adscritos como parte de la elite gobernante (Uceda y Armas 1997; Uceda *et al.* 2003).

Fondo Editorial PUCP

Si bien la gama de productos del taller de ceramistas es relativamente amplia, esta se concentra en artículos de carácter ritual y de elite, cuya producción fue masiva y seriada, tal como se puede inferir de la consistente presencia de moldes y matrices. Este dato, unido a la relativa proximidad del taller a la Huaca de la Luna, sugeriría a los investigadores que tanto este taller, como otros que pudieron encontrase en sus alrededores conformando quizá un barrio, pudieron estar supeditados al control de la elite sacerdotal y a la imposición de ciertos cánones y parámetros estéticos, ya que gran parte de la producción habría sido parte de ofrendas funerarias (Uceda y Armas 1997).



Fig. 240 – Representación escultórica de un taller de orfebres en el que se puede apreciar frente al horno de fundición a un maestro artesano en plena faena y a tres asistentes provistos de toberas oxigenando la combustión (Alva y Donnan 1993: fig. 12).

De otro lado, desde el punto del aprovisionamiento de materias primas para la elaboración de la cerámica, la arcilla parece de procedencia local y de canteras próximas al sitio. Sin embargo, otros elementos específicos pudieron venir de lugares distantes, como es el caso del caolín utilizado para los engobes blancos, que procedería de la serranía de Cajamarca (Chapdelaine *et al.* 1995).[25] En cuanto a la distribución y consumo de los bienes producidos en los talleres, además de su disposición como parte de las ofrendas funerarias de los enterramientos, otros pudieron ser distribuidos y consumidos en el ámbito de los asentamientos



Fig. 241 – Ceramio moche con representación escultórica de dos personajes elaborando chicha (cortesía Archivo Museo Tumbas Reales de Sipán).

urbanos, como en el caso de las figurinas que se encuentran recurrentemente entre los hallazgos de los conjuntos excavados. No es de descartar tampoco que buena parte de estos bienes estuviera destinado a la demanda de la población localizada en los asentamientos rurales. La profundización de este tipo de investigaciones es de suma importancia, ya que contribuirá a esclarecer la forma de articulación y circulación de bienes e insumos comprometidos con la producción urbana, tanto dentro de la propia ciudad, como con relación al entorno territorial, y los asentamientos urbanos de menor jerarquía y las aldeas del ámbito rural.

Otros datos de gran interés sobre las actividades productivas desarrolladas en los talleres de la ciudad provienen de las excavaciones conducidas en el Conjunto 7, donde se halló en uno de sus ambientes un posible horno de fundición en forma de «chimenea»,[26] asociado a un crisol con restos de cobre. Este hallazgo indicaría que un sector de este conjunto funcionó como un

[25] El análisis efectuado mediante activación neutrónica en cerámica proveniente del sitio de Moche (Chapdelaine, Kennedy y Uceda 1995), define la posibilidad de que las piezas correspondientes a la cerámica ritual estuvieran elaboradas con arcillas locales próximas al sitio, mientras que las de tipo utilitario arrojarían diversidad en los tipos de arcilla. Este dato confirmaría que la cerámica ritual producida en talleres especializados refleja un control sobre determinadas fuentes de materia prima y/o su empleo recurrente. para la elaboración de este tipo de cerámica; mientras que la variabilidad en las arcillas de la cerámica utilitaria, estaría señalando que estos productos posiblemente se elaboraron en distintos talleres del valle y aparentemente sin que para esto se requiriera la especialización propia de los talleres presentes en el centro urbano (Canziani 2003a).

[26] Este horno presenta características y formas muy similares al que ilustra una pieza cerámica escultórica moche, la que representa a cuatro metalurgistas dedicados a la elaboración de piezas de metal en torno a un horno.

Fondo Editorial

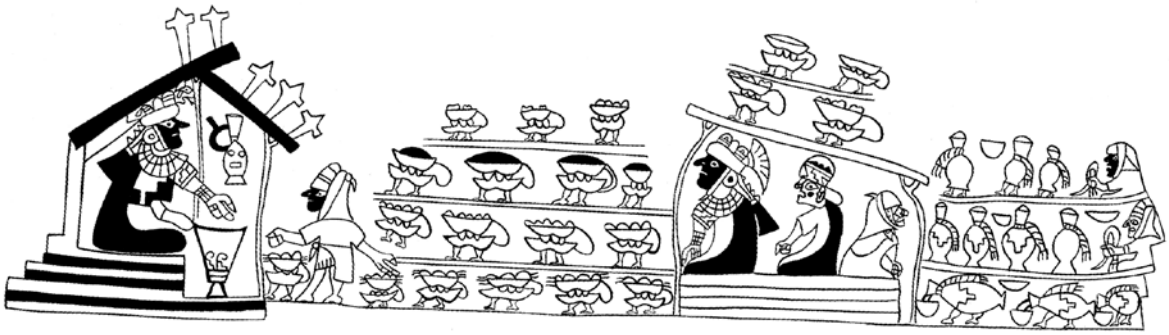


Fig. 242 – Representación de una escena de intercambio o redistribución (Donnan y McClelland 1999: fig. 4.69).

taller de metalurgistas u orfebres (Chapdelaine *et al.* 1997: 82).

Se registra un amplio manejo de distintos ecosistemas en cuanto a las evidencias relacionadas con las subsistencias. Así, destaca el consumo de productos agrícolas, la ganadería de camélidos y el manejo de algunos recursos que provienen de los bosques y las lomas. En el consumo alimenticio también tuvieron una abundante participación los recursos marinos y, entre ellos, de una gran cantidad de peces de mar abierto como merluza (*Merluccius gayi peruanus*) y sardina (*Sardinops sagax sagax*), lo que revelaría la importancia que alcanzó en la sociedad moche la pesca en alta mar (Vásquez y Rosales 1998; Vásquez *et al.* 2003). En la mayoría de los casos, estos datos estarían señalando que los pobladores de la ciudad eran abastecidos de una amplia gama de recursos y productos por parte de campesinos cuyas estancias o aldeas debieron asentarse en proximidad de los campos de cultivo del valle; así como por comunidades de pescadores especializados en la extracción de recursos marinos, cuyos asentamientos debería de rastrearse a lo largo del litoral.[27]



Fig. 243 – Pictografía moche de línea fina, con la representación de personajes míticos en una escena de intercambio, portando caracolas de *pututos* (*Strombus*) y conos (*Conus*) provenientes de los mares del extremo norte del Perú y del Ecuador, transportados utilizando llamas como animales de carga (redibujado de Kutsher 1983: fig. 305).

Fondo Editorial PUCP

[27] Otra importante innovación de la sociedad moche se verifica en el campo de la navegación con el desarrollo de nuevos medios, como las embarcaciones —hasta hoy populares— conocidas como «caballitos» y las balsas de totora. Gracias a estas embarcaciones se mejoró sustancialmente las condiciones de pesca, tanto de litoral como en mar abierto, así como el transporte de bienes y de gente mediante la navegación de altura. Los hallazgos de artefactos moche en las islas norteñas de Guañape, Macabí y Lobos —algunas como Lobos de Afuera a más de ochenta kilómetros de la costa— testimonian los extraordinarios derroteros de estos navegantes que tenían como destino estos puntos remotos, tanto para la deposición de ofrendas y la realización de sacrificios a estas «huacas» del mar (Rostworowski 1981), como también para el aprovisionamiento del guano de las islas, como excelente fertilizante para la agricultura. Sin embargo, es totalmente discutible la aseveración, reiterada por muchos autores, de que los moche navegaron hasta las islas Chincha para proveerse de guano, lo que hubiera implicado una ardua navegación contra corriente y los vientos dominantes por más de 750 kilómetros para obtener lo que tenían abundantemente en sus propias costas. Este malentendido parece originarse en la confusión de la fuente de proveniencia de artefactos moche hallados en la época de la extracción del guano de islas en el siglo XIX, y que fueran finalmente entregados por los capitanes de los navíos a coleccionistas y museos europeos, reportándose equivocadamente que algunos de estos eran originarios de Chincha (véase Huchinson (1873: 4) en Kubler (1948: figs 38 y 39), donde se reporta esculturas de madera moche como provenientes de Chincha, las mismas piezas que Wiener [1880] (1993: 619) ilustra como hallazgos de la isla Lobos de la costa norte).

Cómo es que se articulaban estas relaciones de aprovisionamiento y cuáles fueron los mecanismos de intercambio, son algunas de las muchas interrogantes que aún quedan por dilucidar, y cuyas respuestas necesariamente requieren del examen de los datos provenientes de los asentamientos del ámbito rural y del litoral marítimo. Resulta así evidente que sin la investigación de este tipo de asentamientos, que se constituyen como la contraparte de las economías urbanas, los datos reflejarán tan solo una fracción de la realidad histórica y dificultarán nuestra visión integral acerca del nivel de complejidad alcanzado por la sociedad moche. De otro lado, existe una notable evidencia de la presencia de muchos recursos exóticos provenientes de la Amazonía o de las costas de los mares ecuatoriales, que debieron circular a través de redes de intercambio a larga distancia. Obviamente, aquí también queda pendiente la interrogante acerca de la existencia de mercaderes o tratantes al servicio de la organización estatal moche, que se habrían movilizado mediante caravanas a lo largo de los valles y desiertos costeños y hacia las regiones altoandinas; o por medio de embarcaciones a lo largo del litoral y sus islas.

Finalmente, cabe señalar el notable avance logrado en poco más de una década con relación a la definición de las características de un centro urbano de primer nivel, como la ciudad de Moche. La relevancia de estas investigaciones deriva en una creciente comprensión de la naturaleza de esta urbe y, a través de esta lectura, del nivel de desarrollo económico alcanzado, así como de la condición y modo de vida de sus clases sociales. Además, hay que considerar que esta nueva perspectiva en los estudios urbanos sobre Moche presenta la ventaja adicional de permitir examinar la dinámica del proceso evolutivo del asentamiento, gracias al largo período de vigencia histórica documentado en este centro urbano.

Esta extraordinaria disponibilidad de datos ofrece la oportunidad única de examinar, desde un centro privilegiado, la naturaleza de la organización estatal teocrática a la que dio cuerpo la sociedad moche, más aún cuando esta constituye la forma más compleja de este tipo de Estado en el ámbito de los Andes centrales (Canziani 2003a). Los estudios que se conducen sobre este tema permitirán, además, conocer la evolución y cambios registrados en la sociedad moche, a partir de sus inicios tempranos, su extraordinario apogeo y su posterior declinación, durante la época que inaugura el surgimiento de nuevas formaciones sociales en el Horizonte Medio.

Somos de la opinión que estos estudios expondrán los elementos causales de la declinación y posterior abandono de la ciudad Moche, a partir del examen de los factores económicos y sociales, así como de la dinámica de las contradicciones en el seno de esta formación social teocrática. Si en su momento tomamos distancia de las múltiples propuestas «catastrofistas» que estuvieron y se mantienen en boga entre muchos investigadores como explicación acerca del colapso moche,[28] hoy en día las recientes investigaciones han dejado en claro que eventos aluviales propios del fenómeno de El Niño, así como fenómenos de arenamiento eólico, fueron frecuentes en el sitio de Moche (Uceda y Canziani 1993; Canziani 2003a; 2004). Está por demás comprobado que los basamentos de muchos de los muros y pisos de las estructuras de los distintos sectores urbanos se asientan directamente sobre capas de arena; al igual que muchas de las remodelaciones y superposiciones revelan interfaces con depósitos de acarreo eólico, cuando el abandono temporal de ciertas estructuras generó su arenamiento (Chapdelaine *et al.* 1997; Tello *et al.* 2003). Un fenómeno similar se presenta con la observación estratigráfica de diferentes eventos asociados con la deposición de capas de material aluvial en las superposiciones de los conjuntos urbanos como en la propia arquitectura monumental.[29]

Fondo Editorial PUCP

[28] Véase Nials *et al.* (1979), Moseley (1992), Shimada (1994), Bawden (1999), quienes sugirieron tanto fenómenos El Niño aluviónicos, como prolongadas sequías y arenamientos, además de movimientos tectónicos, como posibles causas del colapso del Estado moche y del abandono de su ciudad capital e, inclusive, un inverosímil traslado de su corte a la ciudad de Pampa Grande en Lambayeque, a cientos de kilómetros de distancia (Topic 1982). De otro lado, esta supuesta crisis estaría fechándose alrededor del 600 d.C., mientras que los fechados tardíos del sitio se remontan al 700 d.C. o inclusive son aún más recientes (Chapdelaine *et al.* 1997: 90-92).

[29] También en las excavaciones de rellenos constructivos en el nivel superior de la plataforma principal pudimos observar personalmente la presencia de algunas capas de arena acumuladas entre las hiladas de los adobes. La observación de este hecho singular permite suponer que al abandonar momentáneamente los constructores el trabajo, se hubiera desatado una fuerte ventisca —o viceversa—, con la consecuente acumulación de arena, sobre la que posteriormente se siguió disponiendo adobes al retomarse los trabajos de relleno, resultando así la inclusión de algunas capas de arena entre los adobes de los respectivos bloques de relleno constructivo.

Como ya lo señaláramos en su oportunidad (Canziani 1989; 1991; 2004), los factores causales de la crisis de la sociedad moche deben encontrar su explicación en el examen de las contradicciones que se generaron al interior de esta formación teocrática, las que finalmente habrían conducido a su manifiesta inviabilidad. En todo caso, cambios climáticos, como los generados por severos fenómenos de El Niño y, por lo general otros desastres naturales, pudieron acelerar o precipitar situaciones de crisis, agudizando determinadas contradicciones sociales. Sin embargo, si estas condiciones no estaban dadas, causas «externas» como las antes señaladas, pudieron evidentemente afectar la economía de estas sociedades, pero sería de suponer que una vez recuperadas de este trance, retomaran sin mayores transformaciones el modo de vida que les resolvía la existencia y la reproducción del sistema.

Finalmente, debemos recordar que los moche, dada su secular vigencia, evidentemente no debieron ser ajenos al desarrollo de repetidos y periódicos eventos de cambio climático o al desencadenamiento de catástrofes naturales generadas por estos. Por lo tanto, es de suponer que supieron manejar y enfrentar estos fenómenos, desarrollando mecanismos que paliaran sus efectos negativos y sacaran el mejor partido de sus efectos benéficos. Para esto debieron de contar con la vasta experiencia histórica acumulada por su centenaria sociedad, la que a su vez debió nutrirse de los conocimientos milenarios heredados de las poblaciones norteñas que les antecedieron.[30]

La ocupación moche en el valle de Chicama

El valle de Chicama aparentemente conformó, junto con el de Moche, lo que se ha reconocido como el «área nuclear» del Estado moche. Sin embargo, a diferencia de este último, que exhibe un marcado centralismo en la ciudad de Moche, el valle de Chicama presenta un patrón de asentamiento en el que se registran distintos e importantes centros urbanos. Este es el caso de El Brujo, Mocollope-Cerro Mayal y Licapa (Chauchat *et al.* 1998; Gálvez y Briceño 2001), y entre los cuales por el momento es difícil establecer relaciones de jerarquía. Este distinto patrón pudo haber obedecido a un ejercicio del poder político menos centralizado respecto al existente en el valle de Moche. Estas diferencias pueden haber derivado tanto de la mayor amplitud del valle de Chicama,[31] como de la presencia de distintas

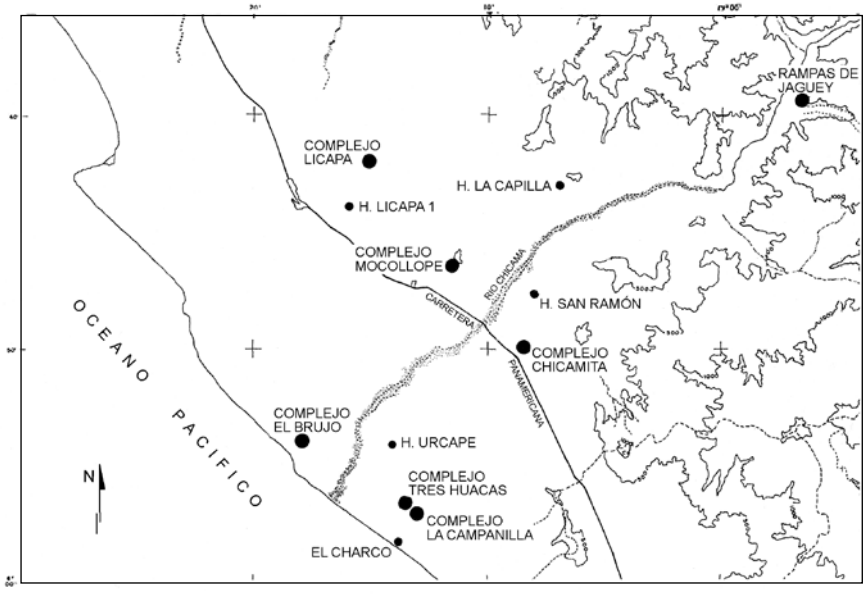


Fig. 244 – Mapa del valle de Chicama con la ubicación de los principales sitios moche (redibujado de Franco *et al.* 2001: fig. 3).

[30] A este propósito, resulta muy ilustrativa la lectura de las *Probanzas de indios y españoles referentes a las catastróficas lluvias de 1578* (Huertas 1987), donde se aprecia cómo las comunidades indígenas norteñas enfrentan la crisis, echando mano a una serie de sabios recursos e, inclusive, desplegando energías en la reparación de la infraestructura agraria dañada. Sintomáticamente, aquí la auténtica crisis deriva de la inmisericorde exacción de tributos por parte de la imperturbable administración colonial.

[31] El valle de Chicama tiene una extensión cultivable de 44 mil hectáreas, mientras el valle de Moche cuenta con 19 mil hectáreas (Collin Delavaud 1984: 85)

Fondo Editorial PUCP

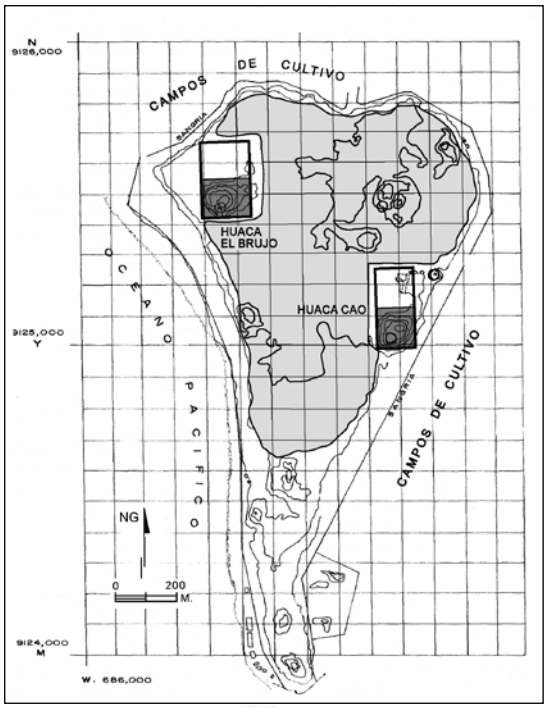
parcialidades asociadas a sus respectivas zonas de riego, con ciertos niveles de autonomía política resuelta mediante relaciones de complementariedad entre estas (Netherly 1984; Russell y Jakson 2001).

El complejo de El Brujo

En el valle de Chicama, a unos cuarenta kilómetros al norte del valle de Moche, el complejo arqueológico de El Brujo constituye un sitio moche de primer nivel. Este complejo se ubica en la parte baja de la margen derecha del valle, en inmediata proximidad del litoral marino, y a unos pocos kilómetros al norte de la desembocadura del río Chicama, localizándose sobre un tablazo eriazo que se eleva ligeramente por encima del nivel del valle, que en este sector está caracterizado por la presencia de humedales. Esta zona del valle tiene el privilegio de contar con una larga historia de ocupaciones, que tiene sus más tempranos antecedentes en la célebre Huaca Prieta, correspondiente al Precerámico Tardío, y que se encuentra a unos cientos de metros al sur del sitio moche.

El complejo de El Brujo está dominado por dos grandes montículos piramidales: la Huaca El Brujo o Cortada al noroeste y la Huaca Cao al sureste. Entre estos dos montículos, separados entre sí unos 500 metros, se extiende un llano cubierto actualmente por miles de tumbas saqueadas, que corresponden principalmente a períodos posteriores a la ocupación moche del sitio. Esta severa alteración *post* ocupacional dificulta la observación de la presencia de otras estructuras menores que, además de la arquitectura monumental, debieron conformar la integridad del asentamiento. La configuración de este complejo, dominado por estas dos grandes estructuras piramidales, plantea aquí también el tema de la dualidad en la organización espacial del asentamiento y ciertas similitudes con el sitio de Moche. Sin embargo, una diferencia notable con las Huacas del Sol y la Luna y otros asentamientos moche es que en este caso el sitio no está asociado con la presencia de un cerro tutelar, sino más bien con el mar y la especial ecología que presentan los valles costeños con sus característicos humedales en proximidad de la franja del litoral.

Fig. 245 – Plano general del complejo de El Brujo. Al sureste se observa la Huaca de Cao y al noroeste la Huaca de El Brujo (redibujado de Franco *et al.* 2003: fig. 2).



Las excavaciones arqueológicas conducidas en el sitio se han concentrado en el examen de la pirámide de Huaca de Cao (Franco *et al.* 1994; 2001; 2003). Los resultados alcanzados permiten apreciar una estrecha analogía con el modelo expuesto en Huaca de la Luna. Esto permite establecer una serie de correlaciones y, mediante estudios comparativos, acceder al conocimiento de los elementos esenciales de la concepción o modelo asumidos por los moche en el diseño arquitectónico de los monumentos principales destinados al desarrollo de las actividades rituales de la más alta jerarquía.

Las excavaciones iniciales se centraron en la exposición del frontis norte de la pirámide, descubriendo la existencia de un tratamiento escalonado de la plataforma principal, cuyos paramentos sirvieron de soporte para el despliegue de relieves policromos con distintos motivos representativos. Al mismo tiempo, adosada al primer escalón del frontis, se registró la existencia de un recinto esquinero techado, ubicado sobre una plataforma baja en la esquina sureste de la plaza que se desarrolla al norte de la pirámide. Esta plaza estaba delimitada por el mismo frontis norte y por una plataforma baja ubicada al este (Anexo Este). Es interesante notar, que al igual que lo reportado para la Huaca de la Luna, se ha constatado también aquí que en ciertas fases los paramentos escalonados de los otros frentes fueron pintados alternadamente en rojo y blanco, tal como se ha observado en la esquina noroeste de la plataforma principal correspondiente al edificio de la fase D (Franco *et al.* 2003: 140, fig. 19.15).

© Editorial PUCP

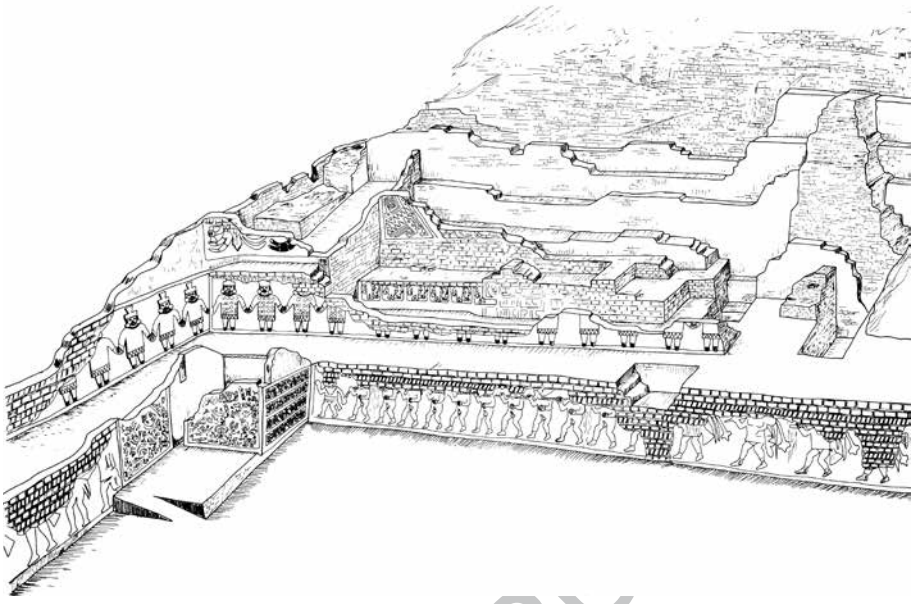


Fig. 246 – Reconstrucción del frontis norte de la Huaca de Cao con el Recinto Esquinero y los escalones con relieves policromos (Franco *et al.* 1994: fig. 4.12).

El primer escalón del frontis norte, correspondiente al edificio A,[32] así como su continuación en el frente de la plataforma este, ilustra con relieves de gran naturalismo la escena del «desfile de prisioneros» capturados por guerreros victoriosos. El paramento del segundo escalón presenta un friso con las figuras hieráticas de personajes que se toman de las manos y que lucen faldellines, orejeras y tocados en forma de corona. Finalmente, los restos conservados del tercer escalón presentan un ser supranatural con los atributos del dios degollador, en su versión de araña, asiendo con la mano derecha un cuchillo o *tumi* ceremonial. Es interesante notar que este escalón y el motivo representado en el friso no presentan continuidad en el frente de la plataforma este, más bien, en el límite este del frontis forma un ángulo ochavado, lo que permitiría suponer —si establecemos la analogía con el frontis norte de Huaca de la Luna y el ochavo que presenta en el encuentro con la rampa principal— que posiblemente en este punto de la Huaca de Cao también se habría ubicado el adosamiento de una rampa hoy desaparecida y que debió desarrollarse hacia el norte sobre la plataforma este.

Los relieves asociados a los paramentos exteriores del recinto esquinero, y de su vestíbulo sobre la plataforma baja, presentan características muy singulares, y es relevante observar que interrumpen la continuidad de los relieves del primer escalón, el cual representa la escena de desfile de prisioneros. El paramento oeste del recinto esquinero exhibe paneles definidos por franjas horizontales, en los que se representó escenas de combate entre parejas de guerreros; mientras que en los paramentos al norte del recinto y este del vestíbulo se desarrollaron relieves policromos con motivos de gran complejidad y, al mismo tiempo, de extraordinario naturalismo.

Un análisis reconstructivo de las estructuras presentes sobre la cima de la plataforma principal correspondiente al edificio de la época A permiten señalar la presencia de una plataforma superior en el sector noreste de la misma.[33] El ascenso a esta plataforma superior se realizaba mediante una rampa orientada oeste-este; mientras que la conexión con las rampas que ascendían de la plaza a la plataforma principal se resolvía mediante un corredor orientado de norte a sur. La plataforma superior presentaba también un tratamiento

[32] Los investigadores de este monumento plantean una secuencia de superposiciones que comprende siete edificios, que van desde el más reciente «A» —que correspondería a la última etapa de ocupación moche— hasta los rastros de una de las versiones más tempranas del edificio en «G» (Franco, Gálvez y Vásquez 2001).

[33] Hay que advertir que los investigadores de Huaca de Cao (Franco *et al.* 2001; 2003) utilizan en sentido inverso al nuestro los términos «plataforma principal» y «plataforma superior». En este trabajo, siguiendo la propia lógica conceptual, denominamos en términos generales «plataforma principal» a la estructura correspondiente a la plataforma mayor del monumento, mientras que entendemos como «plataforma superior» a aquella que se desarrolla en un nivel más elevado sobre la cima de la «plataforma principal». De modo que, tanto en la descripción de la arquitectura de Huaca de la Luna como de la Huaca de Cao, mantenemos los conceptos antes señalados a fin de evitar confusiones.

Fondo Editorial PC

escalonado y su paramento del lado sur presenta evidencias de relieves policromos con la imagen del degollador desplegada en campos romboidales y triangulares.[34] Si bien este aspecto no está suficientemente detallado, posiblemente por el grado de destrucción de las estructuras de este nivel, es factible suponer que estos relieves formaran parte de la decoración correspondiente al cierre del lado norte del patio ceremonial, ya que motivos muy similares decoraron el espacio análogo de Huaca de la Luna, donde tuvo una persistente presencia durante la vigencia de los Edificios A, B/C y D. De igual manera, si aplicamos la analogía con lo expuesto en Huaca de la Luna (Uceda *et al.* 1994) y con lo documentado para la propia reconstrucción del Edificio D de Huaca de Cao, podemos suponer que en la esquina sureste del patio ceremonial de esta época también se desarrollaba la característica edificación del recinto esquinero.

En cuanto a las estructuras presentes sobre la plataforma principal correspondientes al edificio de la época D, estas están mejor conservadas y han permitido una reconstrucción más completa del modelo de ordenamiento arquitectónico (Franco *et al.* 2001; 2003: fig. 19.12). En este caso, el sistema de rampas de acceso que se desarrollan en el frontis norte de la pirámide y comunicaban con un corredor que va de norte a sur, permitiendo así el ascenso mediante rampas a los niveles altos de la plataforma superior, ubicada en el sector noreste de la plataforma principal. A su vez, el recorrido de este mismo corredor hacia el sur permitía el acceso hacia el patio ceremonial, ubicado en el sector sureste de la plataforma principal, profusamente decorado con relieves policromos, y en cuyo ángulo sureste se encontraba el clásico recinto esquinero, también decorado con relieves (Franco *et al.* 2003: fig. 19.16). De otro lado, es también relevante apreciar en el sector suroeste de la plataforma principal, la presencia de ambientes con hornacinas y pilares —de lo que se deduce que posiblemente estuvieron techados a dos aguas—, de forma muy similar a las salas registradas en este mismo sector en la secuencia de edificios documentados en Huaca de la Luna. Finalmente, se reporta que las recientes investigaciones en el cuadrante noroeste de la plataforma principal de la Huaca de Cao han expuesto también aquí estructuras asociadas a pilares de gran altura y donde tanto los paramentos de estos edificios como las caras de los pilares han sido decorados con relieves y pintura mural.

En resumen, si bien con algunas ligeras variantes, el modelo arquitectónico reiterado en las superposiciones de Huaca de Cao presenta evidentes analogías arquitectónicas con lo documen-

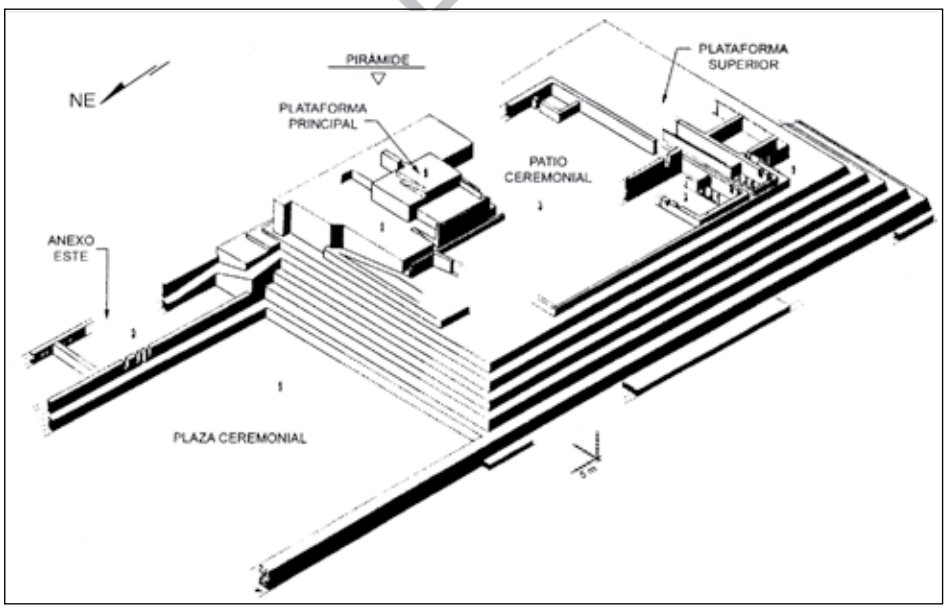


Fig. 247 – Huaca de Cao. Reconstrucción isométrica correspondiente a la época del Edificio D (Franco *et al.* 2003: fig. 19.12).

[34] Este motivo es muy similar a los relieves documentados en el patio principal de la Huaca de la Luna, especialmente al fragmento conservado correspondiente al edificio A —el más tardío de todos—, donde el diseño de las serpientes que decoran las franjas de los rombos es también de corte naturalista. Este hecho permitiría establecer, desde el punto de vista estilístico, una posible contemporaneidad en la vigencia de los respectivos edificios durante sus fases tardías.

Editorial PUCP

tado en Huaca de la Luna, desde el nivel general del ordenamiento y la distribución espacial de los distintos componentes del monumento, hasta las propias características esenciales de los elementos arquitectónicos que definen estos espacios; lo que es extensivo, inclusive, al nivel del detalle de algunos de los motivos iconográficos representados en los relieves de los más importantes espacios rituales. A esto debemos agregar el análogo proceso de superposiciones arquitectónicas asociado a la tradición de *regeneración del templo*.

Evidentemente, estas consistentes analogías no son casuales y debieron originarse en una serie de correlaciones especiales entre estos dos sitios, las que se manifiestan claramente en la estrecha similitud de la arquitectura de ambos monumentos. La problemática planteada al respecto es por demás trascendente, ya que nos propone distintas hipótesis explicativas. Algunas hipótesis pueden privilegiar la presencia de un Estado moche centralizado. En este caso, podríamos esperar que el modelo arquitectónico forjado en Huaca de la Luna —principal complejo ceremonial de la sociedad moche y componente gravitante de la ciudad que habría constituido una suerte de «capital»— fuera replicado en Huaca de Cao en el marco del complejo de El Brujo, en cuanto centro de mayor jerarquía ritual de un valle —como el de Chicama, muy próximo al de Moche no solamente en términos de distancia física sino en el ámbito de las esferas socioculturales—, conformando las poblaciones presentes en ambos valles lo que se reconoce como el «área nuclear» de la sociedad moche.

Otras hipótesis alternativas podrían plantear la presencia —en determinado contexto histórico— de sendas formaciones estatales en cada uno de estos valles. Cuyas estrechas correlaciones podrían verse plasmadas en el modelo arquitectónico común, asumido en el desarrollo de sus respectivos centros ceremoniales principales. El tema, por cierto, es tan apasionante como complejo ya que, como hemos señalado anteriormente, toca el problema clave referente al tipo de organización estatal presente en el área nuclear moche, y su posible manifestación en testimonios arqueológicos de primera importancia, como los centros urbanos de mayor jerarquía y la arquitectura monumental presente en ellos. La dilucidación de estas interrogantes queda supeditada al desarrollo de mayores investigaciones, para lo cual es importante estructurar el análisis de estos aspectos, con la finalidad de poner a prueba y afinar las hipótesis de trabajo que se construyan acerca de esta problemática (Canziani 2003a; 2004).

Finalmente, es relevante para el análisis de los aspectos funcionales de esta arquitectura monumental apreciar que el primer escalón de las pirámides de la Huaca de la Luna, así como el de la Huaca de Cao, representa una escena de desfile de prisioneros. Esta escena en la iconografía moche está ligada a otras que la conectan con representaciones de combate y captura de prisioneros, y de sacrificios que culminan en la denominada *escena del sacrificio* o *de la presentación* (Alva y Donnan 1993; Hocquenghem 1987; Castillo 1989). De esta manera, es factible



Fig. 248 – Detalle de los relieves policromos del patio ceremonial sobre la plataforma principal de Huaca de Cao (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial BUCP

también suponer que estas expresiones estuvieran representando rituales que acontecían en la vida real, y que debieron de desarrollarse en el marco de la plaza ceremonial al norte, para luego alcanzar su clímax en los espacios rituales más restringidos, dentro de las estructuras ubicadas en la cima de la pirámide. Esta es otra esfera, la ideológica y superestructural, donde se establecen estrechas analogías entre Huaca de la Luna y Huaca de Cao, confirmando que el paralelismo en la común afiliación a un mismo modelo arquitectónico corresponde a un ordenamiento cosmológico compartido, el que debió de ser sancionado por medio de los cánones establecidos por el culto vigente y el ejercicio de la autoridad máxima por parte de quienes eran sus supremos oficiantes.

Mocollope y Cerro Mayal

El complejo de Mocollope se ubica en una posición central con relación a la extensión agrícola del valle de Chicama, en un punto intermedio entre el valle medio y el bajo. Representa un sitio de gran extensión que se localiza al pie de la falda sur del cerro Mocollope y, como ya hemos mencionado, corresponde a una de las típicas localizaciones de sitios moche al amparo de cerros tutelares. El sitio ha sido duramente afectado por la erosión, los huaqueros y por movimientos de tierra, lo que dificulta enormemente tener una idea de su configuración original. En la fotografía aérea publicada por Kosok (1965: fig. 28) se aprecia al norte del sitio, y en una posición central, lo que aparentemente fue una gran estructura piramidal de plataformas escalonadas. Esta estructura, que por sus características monumentales debió constituir la edificación principal del sitio, parece que fue construida incorporando en su volumen un promontorio de la falda del cerro. Esta edificación piramidal pudo complementarse con una plaza o explanada al sur, mientras que más al sur y al este se aprecian otros montículos o plataformas coronados por grandes recintos de planta rectangular.

A una distancia de 1,5 kilómetros y al noroeste del complejo de Mocollope se encuentra el sitio de Cerro Mayal, que corresponde a un extenso centro de producción alfarera. Localizado sobre un promontorio rocoso que se eleva por encima de los campos de cultivo, Cerro Mayal estuvo aparentemente asociado al complejo de Mocollope, no solo por la escasa distancia que los separa, sino también por el tipo de producción intensiva destinada a la elaboración de cerámica fina, principalmente (Russel *et al.* 1994).

El área del taller abarca una extensión oblonga de 185 por 50 metros y presenta una alta concentración de evidencias de hornos y quema, así como deshechos de cerámica, moldes, fragmentos de tornos y pulidores. En el sitio los investigadores han podido reconocer una distribución espacial de las actividades productivas, con áreas destinadas a la quema; otras de apoyo a la producción, donde posiblemente se preparaba la arcilla, se modelaban las piezas, se les decoraba y pulía;

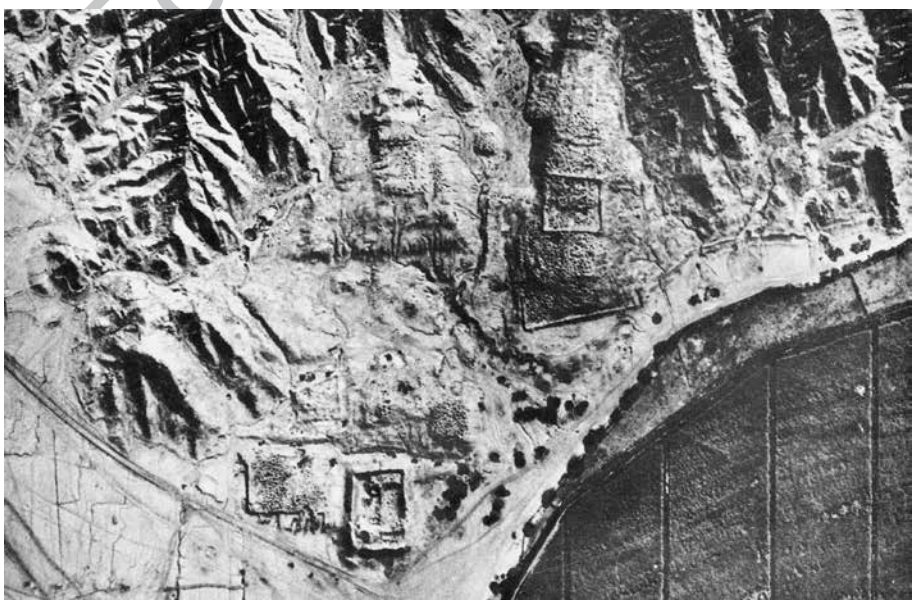


Fig. 249 – Mocollope. Foto aérea en la que se aprecian construcciones piramidales, plataformas y posibles plazas (Servicio Aerofotográfico Nacional. Kosok 1965: 108, fig. 28).

Fondo Editorial PUCP

algunas áreas menores presumiblemente estuvieron destinadas a habitación, pero a la fecha de la investigación aún no habían sido exploradas. En las áreas de apoyo a la producción existen evidencias de preparación y consumo de alimentos, pero es interesante advertir que los investigadores señalan que esta actividad no se habría dado en contextos de tipo doméstico, sino más bien para atender la alimentación de los trabajadores del taller (ibid.: 199-200).

La filiación estilística de la cerámica, correspondiente a la fase Moche IV, indicaría que fue durante esta época que el taller sostuvo su producción. De otro lado, la enorme cantidad de deshechos de producción, así como el tipo de artefactos registrados en las áreas de actividad del taller, indicarían que la producción de cerámica fue muy intensa y de carácter especializado, posiblemente por parte de artesanos que trabajaban a dedicación exclusiva. Estos datos plantean algunas importantes cuestiones acerca del tipo de relación establecida con relación a la elite urbana residente en el complejo de Mocollope. Una posible interpretación sería que la producción de este taller de ceramistas estuvo destinada a satisfacer los encargos —la demanda— de la elite la que, a su vez, regulaba e intermediaba su consumo por parte de los pobladores del valle, en el marco de las actividades rituales que tenían como centro al complejo de Mocollope. Evidentemente, esta como otras interpretaciones requieren de mayores estudios y, en especial, de su comprobación mediante el examen de la distribución que tuvo la cerámica producida en el taller en los asentamientos moche del valle.

La expansión moche a los valles sureños

Como ya sostuvimos en la introducción de este capítulo, muchos autores que han trabajado la problemática de las formaciones sociales presentes en la costa norte durante este período coinciden en señalar que en cuanto a la región sureña de los moche, en un determinado momento histórico —aparentemente coincidente con el dominio estilístico que caracterizó la fase IV— se desarrolló, a partir de los valles nucleares de Moche y Chicama, una expansión hacia el sur, dominando los valles de esta región hasta Nepeña, con posibles proyecciones hacia el valle de Huarmey. Esta hipótesis supone la conformación de una entidad estatal centralizada y de carácter expansivo, que se anexó nuevos territorios y poblaciones mediante la conquista militar de los valles al sur de Moche (Willey 1953; Lumbreras 1969; Moseley 1992; Castillo y Donnan 1994; Canziani 1989; 2003a).

De acuerdo a esta información, Moche constituiría el primer caso de un Estado del área central andina en desarrollar un proceso de expansión que debió comprometer novedosas formas de control territorial y poblacional en las regiones anexadas a su dominio. En esta dirección se ha sostenido que el Estado moche habría desarrollado determinadas estrategias que comprendían modificaciones sustanciales en los patrones de asentamiento de los valles ocupados y, especialmente, la implantación de enclaves urbanos que habrían desempeñado el rol de «capitales provinciales». Este es un tema de sumo interés para comprender la naturaleza del Estado moche, así como del tipo de dominación instaurado en los territorios conquistados, que abordaremos examinando, en cada caso, las características principales que asume la presencia moche en los valles de Virú, Chao, Santa, Nepeña, Casma y Huarmey, de acuerdo a las evidencias conocidas y los estudios disponibles.

Otro aspecto relevante tiene que ver con el análisis de los factores causales que habrían impulsado este fenómeno expansivo. Entre estos podemos considerar el requerimiento por parte de la organización del Estado de nuevos y mayores recursos, que le permitieran satisfacer la creciente demanda del mantenimiento de las poblaciones urbanas y el abastecimiento de insumos para su producción manufacturera; así como la disponibilidad de mayores excedentes que permitieran el desarrollo y mantenimiento de obras públicas, entre las cuales debemos de considerar la inversión destinada al desarrollo de la fastuosa arquitectura monumental. Igualmente, debe de considerarse los excedentes productivos destinados al intercambio y a la adquisición de bienes exóticos, al igual que a la elaboración de joyas y otras regalías propias de la pompa de la clase dominante, de cuya manifiesta acumulación de riqueza dan testimonio las espectaculares ofrendas funerarias depositadas en las cámaras mortuorias de la elite moche.

De esta manera, tendríamos una serie de causales que se adscribirían a una dinámica económica, donde fundamentalmente la creciente demanda de recursos agrarios moverían al Estado hacia la conquista o control de otros valles oasis con potencial agrícola; mientras que la demanda de materias primas por parte de la actividad manu-

Fondo Editorial PUCP

facturera especializada en fuerte expansión, como la metalurgia y orfebrería, la textilería, la alfarería y otras, llevarían a la búsqueda y apropiación de las fuentes de los recursos necesarios para el desarrollo de estos procesos productivos, tales como minas, canteras, bosques, pesquerías, etcétera. A su vez, la disponibilidad de este «capital» económico permitiría solventar caravanas o viajes de mercaderes para la adquisición de bienes exóticos provenientes de regiones relativamente lejanas, así como también el disponer de bienes preciados y con un alto valor para fines de intercambio.

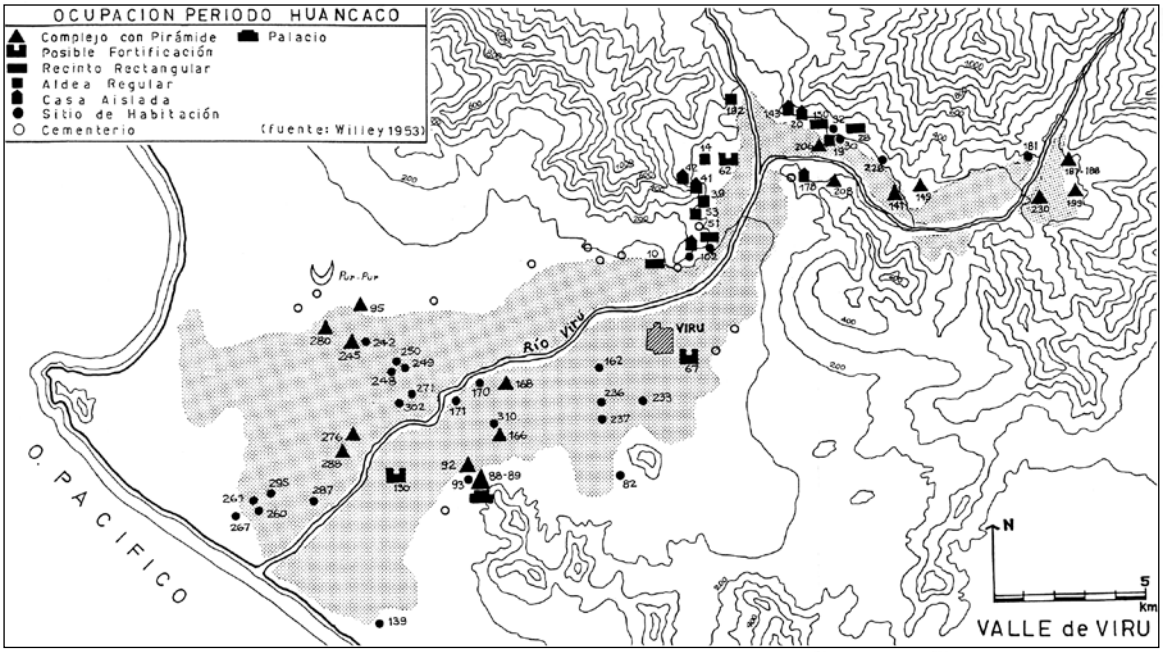
Hemos señalado en un trabajo anterior (Canziani 1989: 130-133), que unido a estos aspectos hay que valorar también un aspecto clave en el mundo andino: el control y la apropiación de la fuerza de trabajo de las poblaciones locales, cuya participación es esencial para posibilitar la ampliación de la capacidad productiva presente en cada valle y elevar su potencial en la generación de excedentes. Sin embargo, no debemos de olvidar que estos aspectos económicos van aparejados con lo que podríamos llamar la dinámica del poder, es decir, la búsqueda por parte de la entidad estatal centralizada de ejercer una creciente dominación poblacional y territorial en la que debieron de entremezclarse aspectos relacionados con el prestigio de la clase dominante; los requerimientos de una ideología religiosa avasalladora como debió ser ciertamente la moche; y, el ejercicio de la fuerza mediante el despliegue de la guerra y el arte militar.[35]

La ocupación moche en el valle de Virú

Con relación a la expansión moche hacia los valles del sur, el valle de Virú constituía hasta hace poco un caso paradigmático, debido a que representaba el más importante valle inmediatamente al sur de Trujillo, donde los moche habrían establecido su dominio. Allí, modificaron el patrón de asentamiento local y establecieron un centro en el complejo de Huancaco (V-88-89), que habría asumido la condición de «capital provincial». Sin embargo, las recientes excavaciones de Bourget (2003), especialmente en el sector correspondiente al «palacio» (V-88), y donde resulta que los materiales moche no serían los dominantes,

Editorial PUCP

Fig. 250 – Ocupación del período Huancaco en el valle de Virú (redibujado de Willey 1953 en Canziani 1989).



[35] Sintomáticamente, en la iconografía moche son ampliamente representadas las escenas de batallas entre guerreros y la captura de prisioneros, así como del sacrificio de los mismos, lo que expresa hasta qué punto están estrechamente ligados aspectos de índole militar o bélico con otros de carácter ritual. Significativamente, los centros urbano-teocráticos periféricos al territorio moche, como Pañamarca en el sureño valle de Nepeña, muestran paramentos del templo decorados con escenas de esta naturaleza (Bonavia 1959; 1974).

han puesto en discusión algunas de las hipótesis construidas anteriormente.[36]

Evidentemente, estos nuevos datos plantean una serie de cuestiones que obligan a la revisión de las hipótesis anteriores y, al mismo tiempo, ponen sobre la mesa una interesante problemática. Esta se refiere a la interpretación acerca de la naturaleza que habría tenido la ocupación moche en el valle de Virú. Para ingresar a esta discusión es necesario resumir los antecedentes de la cuestión.

En cuanto a la secuencia histórica del valle de Virú, se sostenía que el desarrollo de la cultura Gallinazo se habría interrumpido con la ocupación moche del mismo, dando lugar al período conocido como Huancaco. Esta lectura se derivaba del aparente reemplazo de los estilos cerámicos locales por aquellos propios de los moche, señalándose como posible causa de este fenómeno la ocupación violenta del valle y la instauración de un sistema político que conllevaría para el valle de Virú una condición provincial, impuesta en el marco de la dominación multivalles del Estado moche. Esta interpretación habría sido corroborada por la presencia de un sitio impresionante como Huancaco, que fue afiliado a Moche y que habría reunido las características para ser asumido como la posible «capital» provincial durante el período de la ocupación.[37] A esta situación se sumaba también la constatación del abandono del antiguo gran centro urbano teocrático Grupo Gallinazo (Willey 1953: 382, 397). De esta manera, en el contexto del conjunto de datos disponibles en ese entonces, estas hipótesis acerca de las repercusiones generadas por el impacto de la ocupación moche, y la nueva configuración política instaurada en el valle de Virú, eran las más coherentes y confiables, y como tales fueron asumidas por muchos investigadores, entre los cuales por cierto nos incluimos (Canziani 1989: 133-134).

Es cierto que ya habían algunas advertencias cautelares, como las señaladas por Bennett (1950: 117-118), acerca de la dificultad de separar nítidamente lo moche de lo gallinazo, al observar influencias de Moche y de Recuay en la esfera local durante el período Gallinazo; así como al advertir pervivencias gallinazo en los estilos cerámicos presentes en el valle durante el período Huancaco y aun después. A este propósito, es prudente recordar que no necesariamente calzan mecánicamente estilos cerámicos con «culturas», especialmente cuando se pretende que estos rasgos culturales necesariamente representen a determinadas formaciones sociales y, más aún, el evento de determinados procesos sociales (Lumbreras 1984; 2002).

En cuanto al tema de la modificación del patrón de asentamiento durante la ocupación moche del valle de Virú y, especialmente, con relación al abandono del Grupo Gallinazo, es importante señalar que Bennett (1950: 118) también había planteado la posibilidad que el abandono de este centro urbano se hubiera dado antes de la culminación del período Gallinazo Tardío y que, para ese entonces, el eje del poder político se hubiera trasladado hacia el cuello del valle. Este argumento también fue sopesado por el propio Willey (1953: 382), quien consideró, entre otras alternativas, que el desplazamiento durante el Gallinazo Tardío hacia estas zonas estratégicamente más protegidas y nucleadas en torno a los «castillos» fortificados, pudiera ser consecuencia de la creciente presión e incursiones desde el norte por parte del Estado moche, que culminaría finalmente con la ocupación del Virú. En nuestro propio caso (Canziani 1989: 193), advertíamos ciertas diferencias entre la ocupación Moche en el valle de Virú y los valles que se encuentran más al sur, señalando que debió de ser muy diferente el impacto causado por los moche en un valle donde existía una sociedad con un desarrollo bastante similar, como pudo ser Gallinazo, con relación al territorio de otros valles con formaciones que aparentemente tenían un distinto nivel de desarrollo y organización.

Nos parece sugerente replantear la interpretación de lo sucedido en Virú en el marco de

[36] En Huancaco los materiales cerámicos moche aparentemente no se presentan como dominantes sino unidos a otros que responden a estilos locales —lo cual puede resultar totalmente lógico si pensamos en determinados márgenes de autonomía regional—. Sin embargo, otros rasgos arquitectónicos son muy similares a los moche, como las estructuras con techos decorados con porras de cerámica; mientras que los diseños de algunas pinturas murales podrían ser perfectamente adscritas a esta cultura (Bourget 2003: lám. 8.1.a).

[37] Este puede ser un caso representativo de que la metodología de los estudios sobre patrones de asentamiento, y en especial de los indicadores utilizados para afiliar la pertenencia cultural de un sitio, están sujetos tanto a los criterios asumidos por los investigadores, así como a determinados márgenes de error, al tratarse de un examen limitado mayormente al nivel superficial. Por lo tanto, las interpretaciones acerca de los procesos —construidas a partir de estos datos y del planteamiento de una serie de hipótesis de trabajo— demuestran que son exactamente eso: hipótesis y, en cuanto tales, sujetas a su corroboración, afinamiento, corrección o descarte, en el proceso de profundización de la investigación científica.

Fondo Editorial PUCP

este último argumento. Si estamos convencidos de que se mantiene incuestionable el punto de partida, es decir, que la ocupación de los valles al sur de Moche efectivamente se produjo; y si consideramos el conjunto de evidencias presentes en el valle de Virú para argumentar acerca de la ocupación moche en el mismo; es evidente que debemos esforzarnos en estructurar nuevas hipótesis de trabajo que orienten los estudios que se desarrollen en el valle para dilucidar la problemática sobre el período denominado Huancaco.

A este propósito, a la luz de las recientes investigaciones en el sitio de Huancaco (Bourget 2003), sería interesante sopesar la posibilidad de que en el caso de Virú el Estado moche concediera un cierto margen de autonomía política —o cuanto menos «cultural»— a las elites locales, tratándose de una formación con un nivel de desarrollo y estructura similar. Muy distinta debió ser la situación en los valles más al sur, donde Moche aparentemente se habría encontrado con la ausencia de entidades políticas unificadas y frente a un conjunto disperso de comunidades aldeanas. Esta diferenciación en las estrategias de control aplicadas, que responderían a las distintas condiciones locales, acercaría mucho más de lo que se supondría a Moche de las estrategias de integración panandinas desplegadas posteriormente por los wari y los incas.[38]

Huancaco

En nuestro trabajo anterior hicimos una extensa descripción del complejo de Huancaco (Canziani 1989: 134-140), en esta oportunidad nos interesa reseñar las características más relevantes del sitio y, especialmente, sopesar los resultados de las recientes excavaciones arqueológicas desarrolladas durante estos últimos años (Bourget 2003).

El complejo de Huancaco tiene una extensión de unas 35 hectáreas y está ubicado en una zona central de la margen sur del valle bajo, al pie del gran cerro Compositán. A escasos metros de la base de las edificaciones monumentales se encuentran los vestigios del canal principal de la margen sur que irrigaba todo este sector del valle. Las estructuras con arquitectura monumental del complejo presentan una volumetría de tipo piramidal, generada por el desarrollo de grandes plataformas escalonadas, que ascienden incorporando el declive de la ladera del cerro. De esta manera, sus constructores lograron una impresión de impactante grandiosidad para quienes se aproximaban al complejo desde el norte o lo contemplaban desde el valle, aún a considerable distancia.

El sector monumental tiene en su eje mayor 270 metros de noreste a suroeste y unos 200 metros de ancho en su eje menor. El conjunto se encuentra protegido por grandes murallas que



Fig. 251 – Vista panorámica del complejo de Huancaco desde las laderas al sur oeste del sitio. En primer plano las edificaciones correspondientes al Palacio (V-88) y al fondo a la derecha el volumen de la edificación piramidal V-89 (foto: J. Canziani 1989).

[38] Durante su expansión, los estados Wari e Inca habrían aplicado una política en la cual la dominación estaba hábilmente sustentada tanto en el abierto ejercicio de la fuerza, como en el despliegue de la persuasión y la tratativa, con miras a establecer alianzas estratégicas y relaciones de reciprocidad. Para ello fue usual la concesión de determinadas prerrogativas y privilegios, así como de ciertos márgenes de autonomía en el ejercicio del poder por parte de las entidades locales o regionales.

Editorial PUCP

ascienden por las laderas del cerro, y en él destacan dos sectores principales: al sur el sector denominado «palacio» (V-88); y al norte el sector dominado por una edificación piramidal escalonada (V-89). El sector del palacio presenta ciertas similitudes morfológicas con el «palacio» de Sarraque y, en menor grado, con la propia Huaca de la Luna.

Las recientes excavaciones de Bourget (2003) en el sector del palacio V-88 han permitido definir la forma y características arquitectónicas de los distintos ambientes que lo constituían, así como recuperar contextos y materiales culturales que le permiten proponer hipótesis sobre su posible función. Los ambientes ubicados sobre las plataformas más bajas, en el extremo noroeste de V-88 (ibid: figs. 8.3, 8.4), como A1, A2 y A3, presentan evidencias de molienda, abundantes fogones y otros numerosos restos asociados a la preparación de alimentos. Estos ambientes de cocina estaban a su vez conectados, mediante corredores y rampas, con otros más elevados como A4, que se encuentra en un segundo nivel y que al parecer fueron utilizados para el servicio de las viandas o su presentación. Es notable que este ambiente alargado estuviera dominado en uno de sus extremos por una estructura formada por una plataforma elevada a la que se ascendía por medio de escalinatas, la cual presentaba evidencias de haber estado provista de un techo decorado con porras de cerámica. En estos espacios se puede reconstruir imaginariamente el desarrollo de escenas similares a las representadas en la cerámica moche, donde personajes principales de la elite presiden desde una estructura prominente y dotada de un techo decorado con porras, el despliegue de una generosa variedad de viandas y bebidas, que les son ofrecidas y servidas por personajes de menor rango (Larco 2001: fig. 212).

En un nivel superior se encuentra A6, el ambiente más amplio de V-88 con un área de 35 metros de largo y 17 metros de ancho, donde se hallaron tinajas alineadas y dispuestas regularmente a lo largo de los muros sur y norte del recinto. Estas evidencias y otros contextos asociados permiten suponer que este amplio espacio fue dedicado al consumo de alimentos y libaciones.

Finalmente, en el nivel más alto de V-88 se encuentran otros importantes recintos que muestran notables evidencias de haber sido decorados con pintura mural, como son A10, A13, A26 y A42 (Bourget 2003: lám. 8.1a). Estos ambientes pudieron ser reservados como residencia para los habitantes del edificio. Sin embargo, algunos de estos no habrían excluido ciertas actividades productivas o administrativas, como en el caso de A10, donde se hallaron incrustadas en el piso quince vasijas, aparentemente empleadas para el almacenamiento de frejoles, así como sendas acumulaciones de fibras de lana de camélidos y de algodón en ambos extremos de este ambiente.

Según concluye Bourget (2003: 266-267), tanto las características arquitectónicas de V-88, como el conjunto de evidencias que permiten establecer la naturaleza de las actividades que se desarrollaron en sus distintos ambientes, confirmarían que la denominación de «palacio» señalada en su momento por Willey (1953: 359) era bastante acertada.

Al extremo norte del sitio se encuentra el sector V-89, dominado por el volumen de una pirámide escalonada conformada por 4 a 5 plataformas sucesivas. Esta edificación piramidal, con una base de 54 por 42 metros y 17 metros de alto, está conectada con el sector sur del palacio mediante algunas plataformas con recintos separados e intercomunicados entre sí por largos corredores. En uno de estos recintos se encontraron adosados en su lado sur una hilera de cubículos aparentemente de depósito de 2 por 3 metros cada uno. Las excavaciones realizadas en el recinto definieron un piso, restos de una escalinata y evidencias de un poste que parece correspondía al soporte de los techos del ambiente (Willey 1953: 208-209).

En cuanto a la pirámide escalonada, esta es desde el punto de vista morfológico la edificación que expresa una mayor semejanza en su tratamiento con otros monumentos moche, si bien de mucho mayor envergadura, como la Huaca del Sol y la Huaca de la Luna. Advirtiendo que esta semejanza no la observamos en su configuración general, sino más bien en el similar acabado escalonado que presentan sus frentes. Este tipo de tratamiento, por lo que conocemos, no tendría antecedentes en la arquitectura gallinazo, donde la mayoría de las plataformas lucen frentes llanos en su talud.

En la pirámide escalonada Willey (1953: 207) exploró un forado dejado por los huaqueros en el lado sureste, observando la presencia de por lo menos cuatro superposiciones arquitectónicas en la misma, con paramentos sucesivos que fueron pintados de rojo o de blanco. Lamentablemente este sector del complejo ha tenido escasa intervención durante las recientes excavaciones, lo que impide dilucidar si es que este sector respondería a la influencia moche que parece reflejar su arquitectura.

Fondo Editorial PUCP



Fig. 252 – Plano del sector monumental del complejo de Huancaco (Bourget 2003: fig: 8.3).

Es importante destacar que prácticamente en toda el área del sitio —rodeada por amurallamientos— se encuentran múltiples zonas con evidencias de ocupación habitacional e inclusive de la presencia de talleres, especialmente en los alrededores de la arquitectura monumental y en la propia ladera del cerro.[39] Estos rasgos, y los abundantes restos de estructuras, permiten suponer la presencia de una relativa concentración poblacional y el desarrollo en el sitio de algunas actividades productivas de carácter especializado. En todo caso, es evidente que esta concentración poblacional debió ser comparativamente bastante menor que la que anteriormente pudo concentrarse en el Grupo Gallinazo.

En conclusión, de estos datos y de las nuevas evidencias proporcionadas por las recientes investigaciones arqueológicas se podría plantear que el complejo de Huancaco, y especialmente el «palacio», estuvo conducido y fue sede de una elite local, posiblemente sometida al poder moche, pero es evidente que manteniendo ciertos márgenes de autonomía, sino política, por lo menos desde el punto de vista cultural, por ejemplo, conservando lazos estilísticos con las raíces tradicionales de la cerámica gallinazo, aún con ciertas evoluciones singulares que manifestarían un cierto sesgo epigonal (Bourget 2002: comunicación personal; Bourget 2003).

Las características del patrón de asentamiento durante el período Huancaco

A continuación hacemos una descripción somera de las características que presenta, según Willey,

[39] Bourget (2003: 250) registra un área (V-316) unos 150 metros al oeste de V-88, que podría corresponder a un taller de fundición de metales, donde reporta una serie de fogones de quema y pequeñas estructuras, posiblemente destinadas al depósito.



Fig. 253 – Huancaco. Pintura mural en el ambiente A-10 del sector correspondiente al Palacio V-88 (Bourget 2003: lám. 8.1.b).

el patrón de asentamiento durante el período Huancaco, tomando en cuenta, obviamente, los datos que han sido puestos en cuestión por las recientes investigaciones arqueológicas en el valle. En cuanto a la distribución de los sitios en el valle, se notaría que esta es mucho más intensa y homogénea de la que se daba durante Gallinazo, donde se advertía una fuerte concentración en la parte baja del valle y otra, relativamente menor, en el cuello del mismo.

Los tipos de sitios presentes en el período Huancaco serían básicamente los mismos que durante Gallinazo, si bien algunos presentan ciertas evoluciones o la tendencia a hacerse más populares, como es el caso de los complejos con cercados rectangulares o el de los cementerios. En cuanto a los centros ceremoniales, se registra a lo largo del valle una serie de complejos con montículos piramidales asociados a viviendas, en otros casos estos se presentan aislados o cercados por muros perimetrales. Gran parte de estos montículos exhiben antecedentes gallinazo, de lo que se infiere que fueron reocupados y sujetos a algunas remodelaciones durante la ocupación moche. En el caso de la parte alta del valle, ante la relativa escasez de montículos gallinazo, se habrían también remodelado edificaciones de épocas más tempranas. Entre este tipo de sitios dominados por montículos piramidales destacan algunos que parecen corresponder a complejos de función administrativa y ceremonial, como V-149 en la quebrada de Huacapongo y V-280, un extenso complejo al norte del valle bajo relacionado con una serie de sitios localizados en esta zona, especialmente importantes cementerios como los que se encuentran en los alrededores del médano de Purpur. En cuanto a los «castillos fortificados», estos se mantienen aunque no con toda la importancia que alcanzaron durante el Gallinazo Tardío en la parte alta del valle. Este es el caso del Castillo de San Juan (V-62) y del de Tomaval (V-51), así como del Castillo de Santa Clara (V-67) al sur del valle medio.

Es importante advertir que estos sitios no compiten, ni por asomo, con la extensión y complejidad del Grupo Gallinazo y, en todo caso, corresponden a una jerarquía bastante menor frente a un sitio como Huancaco (V-88-89). Por lo que, si se descarta la hipótesis de que Huancaco correspondería a la posible «capital provincial» moche durante la ocupación del valle de Virú, es evidente que nos encontraríamos frente a un dilema, al no existir algún otro sitio que pudiera haber asumido esta función, dado que ninguno de los conocidos reuniría las condiciones necesarias para absolverla.

En cuanto a las aldeas, se mantienen prácticamente inalterados los patrones propios de la época anterior, si bien se advierte un incremento y extensión de las del tipo definido como «regular» (V-39, 53, 14, 19) por su ordenamiento y la observación de ciertos niveles de planificación. Estos rasgos nos llevaron a advertir la posibilidad de que algunos de estos asentamientos, inclusive algunos definidos como aldeas «irregulares» por Willey, pudieran haber correspondido a determinadas instalaciones administrativas, más aún cuando se observa su asociación con sistemas de distribución de riego, canales y amurallamientos (ver V-53, Willey 1953: fig. 39), localizándose en zonas estratégicas para la administración de la producción agrícola del valle (Canziani 1989: 140-144).

Existen otros sitios, relativamente novedosos, definidos como «complejos con cercados rectangulares», en los cuales se aprecian subdivisiones y otras estructuras en su interior. Este sería el caso de V-10, 51, 20 y 28, ubicados en la parte media y media alta del valle. Este tipo de sitios, por sus características y localización, parecen estar asociados a resolver funciones de carácter público, relacionadas con el manejo y organización de la producción agrícola. También se mantienen y están presentes las grandes casas semi-aisladas (V-41, 42, 143, 150, 178), aumentando ligeramente sus dimensiones con relación a las de la época anterior.

Finalmente, es de destacar que durante el período Huancaco aparecerían por primera vez los espacios abiertos y aislados, específicamente destinados a servir como cementerios, generalmente estaban ubicados en áreas eriazas al margen de las tierras de cultivo. Uno de los cementerios

Fondo Editorial PUCP

más importantes del valle fue el de Purpur (V-98), localizado en el límite norte de la parte baja del valle. Sin embargo, es de notar que también algunos sitios habitacionales conservaron la tradición de servir como lugar de enterramiento. Este es el caso de la célebre Huaca de la Cruz (V-162), donde Strong y Evans (1952) hallaron el enterramiento de un personaje de alto estatus correspondiente a un anciano, cuya parafernalia indicaría que pudo tratarse de un guerrero-sacerdote, que no solo estaba dotado de un rico ajuar funerario, sino también asociado a la presencia de otros cuatro acompañantes, aparentemente sacrificados en el momento de su enterramiento.[40]

De todos estos datos reseñados queda claro que la problemática de la ocupación moche en el valle de Virú, conocido como período Huancaco, está abierta a la investigación y al debate. En resumen, desde nuestro punto de vista nos plantearíamos dos hipótesis alternativas. La primera podría postular la presencia de una elite local subordinada al poder central de los moche, pero con la concesión de ciertos márgenes de autonomía en el ámbito local. En cuyo caso Huancaco podía haber operado como una «capital provincial» con características singulares, al no estar necesariamente asimilada a los cánones y paradigmas supuestamente sancionados por el Estado moche. La segunda hipótesis alternativa plantearía que la inexistencia de una «capital provincial» podría explicarse dada la relativa proximidad existente entre los dos valles —aproximadamente treinta kilómetros— y especialmente con relación a la capital del Estado en Moche, lo que podría haber hecho superfluo la instalación de un centro equivalente a nivel provincial. En este caso Huancaco, que ya tenía antecedentes como un importante centro urbano gallinazo, podría haber continuado en operación como sede de uno de los grupos de la elite local disgregados por el advenimiento de la expansión moche. Ambas hipótesis tendrían como supuesto necesario la presencia local de una formación social equivalente a la de los ocupantes, lo que habría permitido la incorporación de Virú a la esfera moche sin cambios muy dramáticos, más allá de la desactivación de un complejo urbano como el de Grupo Gallinazo que, al perder su hegemonía en el ejercicio del poder en el valle, habría quedado sin base de sustento y sin razón de ser.

En todo caso, enterramientos como el hallado en Huaca de La Cruz (Strong y Evans 1952: 150-156) dejan en claro la presencia en el valle de Virú de una elite con un marcado ejercicio de poder y estrechamente afiliada a la esfera del mundo moche. ¿Fueron estos funcionarios destacados en el valle por el Estado central moche, o fueron personajes de la elite local adscritos a la estructura de poder del Estado multivalles? Difícil encontrar la respuesta en el estado actual de nuestros conocimientos. Sin embargo, podemos subrayar un detalle, en el sentido de que en el *modus vivendi* de estos personajes empoderados, no se percibe como imprescindible el enterramiento y muy posiblemente tampoco la residencia en complejos asociados a arquitectura monumental, sino que posiblemente también se integraron y tuvieron como lugar de residencia asentamientos que podríamos definir de segundo o tercer orden, como parece ser el caso de Huaca de la Cruz o algún otro sitio huancaco relativamente próximo.

La ocupación moche en el valle del Santa

La ocupación moche en el valle del Santa, al igual que en otros valles de la costa norte, estaría antecedida por un período afiliado culturalmente a Gallinazo y concluiría con el evento de Wari, correspondiente al Horizonte Medio (Donnan 1973; Wilson 1988).

A este propósito, Wilson (1988: 151-198) aprecia una marcada tendencia de las poblaciones gallinazo a concentrarse en la parte media alta del valle, principalmente, si bien allí las tierras de aptitud agrícola son bastante limitadas, mientras que estas presentan su mayor extensión en el valle bajo. Por lo tanto, esta preferencia en localizar los asentamientos en la parte media alta del valle durante el período Gallinazo, parecería condicionada por determinados niveles de conflicto con poblaciones externas al valle, ya que la geografía de esta zona la hace más protegida frente a eventuales incursiones, lo que sería co-

[40] Antes del hallazgo de las tumbas reales de Sipán por Walter Alva en 1987 (Alva y Donnan 1993), la tumba de Huaca de la Cruz constituía uno de los pocos casos conocidos de tumbas de elite moche donde se documentó arqueológicamente la existencia de un rico ajuar funerario asociado al sarcófago del viejo señor, la extraordinaria presencia de un niño colocado a su costado, dos mujeres jóvenes dispuestas a los pies y a la cabeza del difunto y el cuerpo de un joven de fuerte contextura, que se depositó encima de todos ellos y que debió cumplir el rol de guardián de la tumba. De lo que se puede deducir que estas cuatro personas fueron sacrificadas a la muerte de este personaje principal, o durante su enterramiento, con la finalidad de que lo sirvieran en «el otro mundo» (Lumbreras 1969:156-158).

Fondo Editorial PUCP

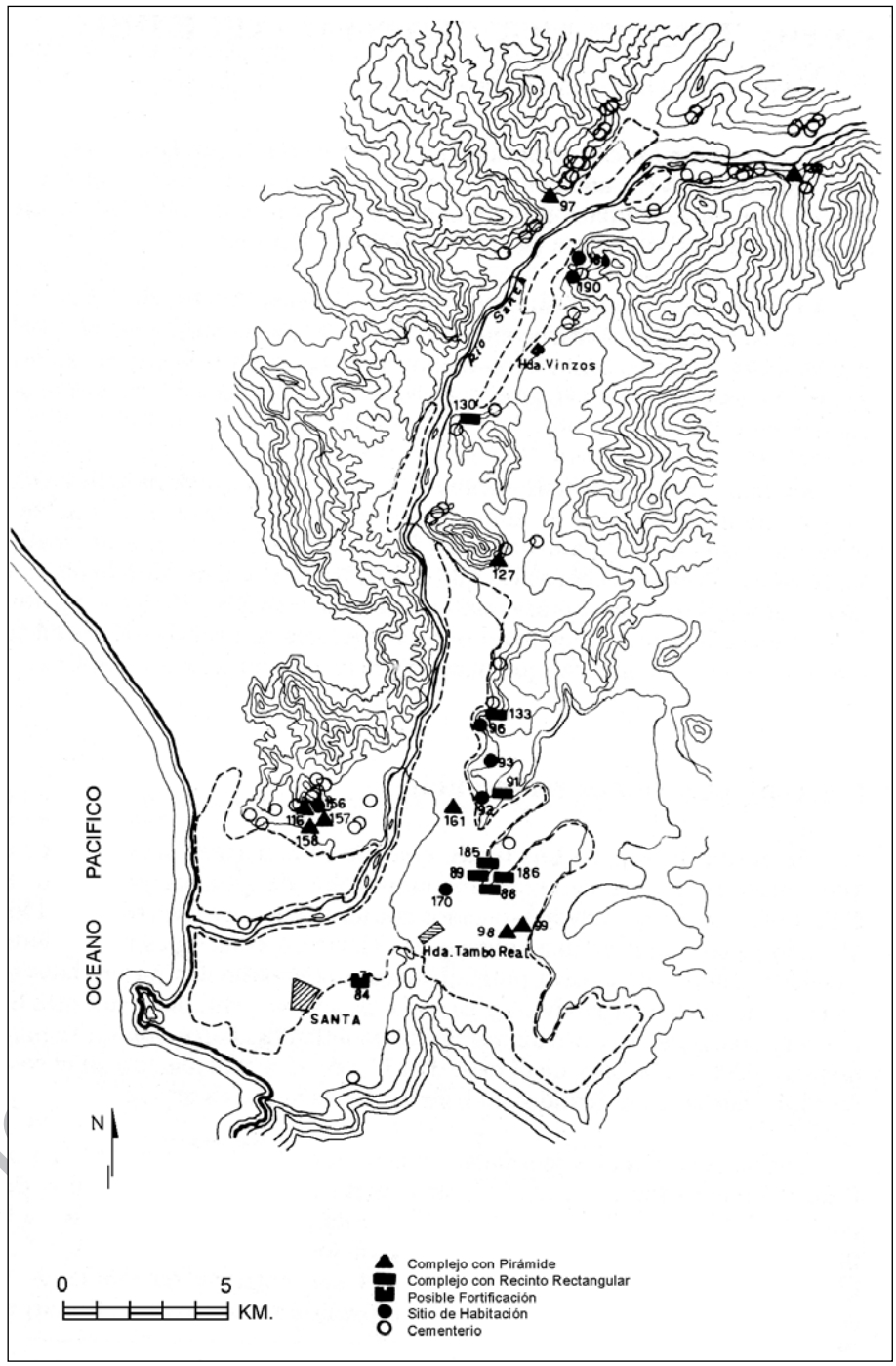


Fig. 254 – Mapa del valle bajo del Santa con la ubicación de los sitios moche (redibujado de Donnan 1973).

rroborado por la importante presencia de sitios de carácter defensivo.

Este patrón de asentamiento se modificaría sustancialmente con la ocupación moche, donde el grueso de los sitios se concentran en la parte baja del valle del Santa —la zona que presenta el mayor potencial para la producción agrícola— y donde sintomáticamente ya no tendrían mayor relevancia los sitios con rasgos defensivos. También llama la atención de los investigadores que en el registro de sitios la mayoría corresponda a cementerios, mientras que es algo menor la cantidad total de asentamientos.

Entre los diferentes tipos de sitios correspondientes a la ocupación moche, además de los sitios habitacionales y los cementerios, existen otros que responden a funciones de carácter público. Entre estos destacan los centros que tienen como elemento dominante montículos piramidales; recintos rectangulares con plataformas o montículos piramidales en su interior; recintos rectangulares con subdivisiones; y edificaciones que parecen corresponder a fortificaciones.

Pampa de Los Incas

Entre los sitios del primer tipo, Pampa de Los Incas se ubica en la margen norte del valle y a poco menos de cuatro kilómetros del litoral. A todas luces representa el sitio principal, y todos los atributos que reúne evidencian que cumplió la destacada función de centro provincial durante la ocupación moche en el valle del Santa. En este imponente centro urbano ceremonial destacan dos grandes huacas o montículos piramidales de grandes dimensiones, además de otros montículos menores, grandes murallas de adobe, antiguos caminos y varios sectores con evidencias habitacionales, talleres de producción de manufacturas y cementerios.

El núcleo principal del sitio parece haber correspondido a la huaca mayor,[41] debido a que se encuentra en una posición central y presenta las mayores dimensiones con 132 por 110 metros de base y unos 16 metros de altura, lo que la convierte en la mayor edificación del período en el valle. Además, el hecho de que un camino que proviene del noreste termine su recorrido en la base de la pirámide y que este se proyecte en una serie de rampas que permiten el ascenso hacia las plataformas superiores, llevan a suponer que constituía el eje del ordenamiento urbano del asentamiento (Wilson 1988: 207-212, fig. 108). Sobre la cima de este montículo, construido con adobes, se hallaron algunos de estos que presentaban marcas.

Unos 125 metros al este de la huaca mayor se encuentra otra huaca, con un área menor de 90 por75 metros, pero con una altura que alcanza cerca de 19 metros. Este montículo piramidal parece que también estaba asociado a un camino orientado hacia el noreste, y que parte desde su flanco sureste.

La presunción de que Pampa de Los Incas corresponda al principal centro administrativo y ceremonial moche en el valle se vería también reforzada por la presencia de una alta concentración poblacional, la que estuvo principalmente asentada sobre terrazas en las faldas del lado sur y este de un cerro rocoso que se encuentra al suroeste del sitio. Estas terrazas presentan evidencias de estructuras habitacionales construidas tanto en piedra como en adobe (Donnan 1973: 36-37); igualmente relevante es el dato de que en estas laderas se hallaron rastros de la presencia de talleres dedicados a la fabricación especializada de cerámica (Wilson 1988: 211).

Editorial PUCP

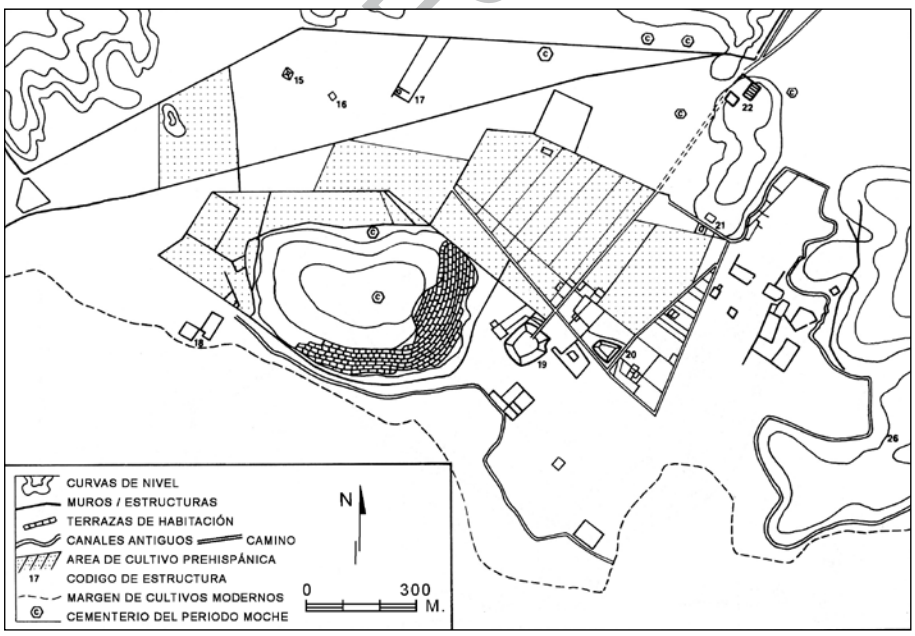


Fig. 255 – Plano general del complejo de Pampa de Los Incas (redibujado de Wilson 1988: fig. 108).

[41] Esta es registrada como PV28-158 por Donnan (1973) y como estructura 19 del sitio SVP-GUAD 111 por Wilson (1988). Lamentablemente, llama la atención la práctica de denominar con diferentes nombres o códigos los mismos sitios por parte de distintos arqueólogos, lo que dificulta cotejar la información disponible por parte de quienes estamos interesados en su estudio. En este trabajo, y en el mapa respectivo, mantenemos la numeración señalada precedentemente por Donnan, incluyendo los nuevos sitios registrados por Wilson con su correspondiente señalamiento.

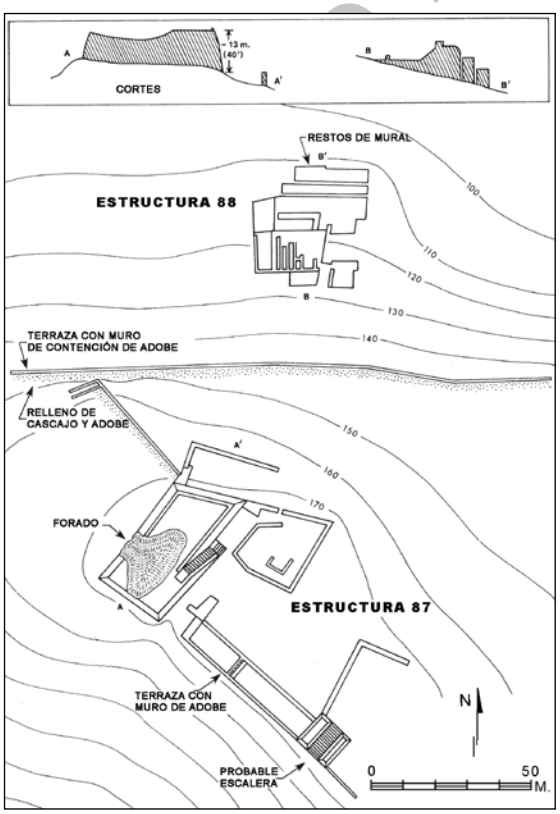
Otros posibles centros urbano-ceremoniales

En la extensa área que interesó la ocupación moche del Santa, que comprendió el valle bajo y se internó más de cuarenta kilómetros en el valle medio alto, existen indicios de que se habrían desarrollado otros centros de carácter secundario, con la finalidad de cumplir funciones ceremoniales y administrativas en sectores claves del territorio ocupado en el valle.

Este es el caso de los sitios 98, 161 y 127, que se localizan en la margen izquierda del valle bajo y que se encuentran distanciados de cinco a ocho kilómetros entre sí. Esta distribución espacial podría expresar un determinado patrón de localización de los centros secundarios, destinado a resolver el desarrollo de las funciones y servicios propios de este tipo de asentamientos, articulando a las agrupaciones poblacionales comprendidas en sus respectivos radios de acción en este sector sur del valle.

Posiblemente el más emblemático de este tipo de centros secundarios es el sitio 161 (Donnan 1973: 39-41) denominado El Castillo, que está ubicado en una posición estratégica en cuanto correspondería a un lugar central para el manejo del valle bajo en la margen sur. Según Wilson (1988: 206-207, fig. 100 y 106), en el sitio destacan dos grandes construcciones con plataformas escalonadas de adobe, edificadas sobre la cima y la ladera norte de un gran cerro que emerge unos setenta metros por encima de los campos de cultivo. Esta posición sobreelevada de las huacas debió resaltar el carácter prominente de las mismas en el paisaje aledaño, lo que se vería refrendado por la presencia de restos de pintura mural policroma en el paramento de una de las plataformas del edificio, ubicada en la parte baja de la ladera del cerro y orientada hacia el norte. Resulta emblemático que el motivo representado en esta pintura mural corresponda a un conjunto de porras y escudos, típicos de la panoplia guerrera de los moche (ibid.: fig. 107), de lo que a su vez se puede deducir que este paramento formaría parte del frontis principal del edificio.

Fig. 256 – Plano del sitio El Castillo (redibujado de Wilson 1988: fig. 106).



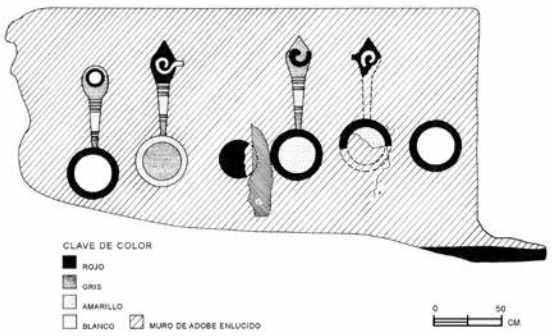


Fig. 257 –El Castillo. Detalle de pintura mural con porras y escudos propia de la parafernalia de los guerreros moche (redibujado de Wilson 1988: fig. 107).

Además de estas edificaciones de evidente función pública, en las laderas del propio cerro, como también unos cientos de metros al este y en los suelos desérticos que se ubican a partir del límite de las tierras de cultivo del valle, existen zonas con evidencias correspondientes a concentraciones habitacionales, incluyendo un complejo con recinto rectangular (PV.28-91) y algunos cementerios, lo cual puede indicar que las edificaciones principales de función ceremonial y administrativa concentraban en su entorno una importante población y quizá el desarrollo de otras actividades productivas complementarias a su operación en este sector del valle.

Otro centro importante correspondería al sitio 98 al sureste del valle bajo, que presenta también evidencias habitacionales y algunos montículos menores dominados por una imponente edificación denominada Huaca Ursias, que tiene un área de 110 por 90 metros y una altura de unos 11 metros (Wilson 1988: 212, fig.112). Esta huaca presenta plataformas escalonadas con una plaza hundida del lado norte y una serie de rampas que permitían el ascenso hacia las plata-

Editorial PUCP

formas más elevada que se encontraban del lado sur. Otros complejos dominados por montículos piramidales se encuentran distribuidos también en la parte media alta del valle y pudieron cumplir funciones de carácter administrativo y ceremonial propias de la organización del Estado con relación a las poblaciones asentadas en estos sectores del valle.

Wilson (ibid.: 207) registra otro importante centro local al sur del valle, al oeste de la quebrada de Lacramarca, en el sitio GUAD-192 que alcanza la notable extensión de cerca de treinta hectáreas. Allí convergen dos antiguos caminos que aparentemente lo conectaban con otros sitios moche ubicados más al norte, en la margen izquierda del valle bajo del Santa, como también con los asentamientos moche instalados en los valles al sur del Santa, como los localizados en el valle de Nepeña que, como veremos más adelante, presentan importantes evidencias de ocupación moche.

Interesantes avances sobre la ocupación moche en el valle bajo del Santa se vienen desarrollando con las investigaciones conducidas por Chapdelaine (2004), las que estamos seguros nos darán mayores luces tanto sobre la naturaleza como sobre la dinámica de la evolución de esta ocupación. Al respecto, nos parece de sumo interés la hipótesis planteada acerca de una importante ampliación de la frontera agrícola de la margen sur del valle, con el establecimiento en esta zona de nuevos asentamientos moche. De comprobarse este tipo de eventos podríamos no solo ponderar mejor la naturaleza de las complejas interrelaciones con el poder de los señores locales, sino también disponer de alcances acerca de las causas que explicarían la expansión moche, entre las cuales se ha esgrimido la necesidad de contar con nuevas fuentes de provisión de excedentes productivos. Por otra parte, la aplicación de recursos técnicos y la movilización de fuerza de trabajo para la ejecución de grandes obras de irrigación, se habría constituido en una de las principales formas desplegadas por el Estado moche para hacerse de tierras que le permitieran disponer de rentas, vía la institución de tributación de trabajo en éstas por parte de la población local (Canziani 1989:130-133; 2004).

Sitios con recintos rectangulares

Especialmente en la margen sur del valle bajo, donde parece que se concentró la explotación agrícola durante la ocupación moche, se registra la presencia de una serie de sitios cuyo rasgo más destacado consiste en la presencia de estructuras que se caracterizan por estar enmarcadas dentro de recintos rectangulares, los que presentan subdivisiones interiores o contienen plataformas y montículos piramidales. Es posible que este patrón de ordenamiento espacial, que implica ciertos niveles de planificación, corresponda al desarrollo de determinadas intervenciones por parte de la entidad estatal en lugares estratégicos del valle. Esta hipótesis encuentra también sustento en el hecho de que estas edificaciones han sido construidas con adobe, un material empleado por los moche en sus edificios públicos y donde, además, se aprecia el empleo de adobes hechos con molde con una marcada tendencia a estandarizar sus dimensiones con un promedio de 32 por 22 por 14 centímetros (Donnan 1973; Canziani 1989: 149-151)

Entre los recintos rectangulares que presentan subdivisiones formando recintos menores o patios, Donnan (ibid.) registra los sitios 88, 91, mientras que entre los que contienen plataformas o montículos piramidales al interior de los recintos rectangulares se registran los sitios 89, 130, 133, 186. Por su parte, Wilson, también (1988: 219-220) hace mención al registro de por lo menos tres estructuras con recintos rectangulares, las que define gruesamente como «corrales», a partir de su posible asociación con antiguos caminos que articulaban el valle en sentido transversal —conectándolos con las rutas intervalles— como también longitudinal, comunicando los sitios que se encontraban hacia el interior del valle, con una posible proyección hacia las partes altas y la serranía. Las características de algunos de estos complejos con recintos rectangulares y su asociación con redes de caminos podría también haber correspondido a establecimientos del tipo *tampu* (Canziani 1989: 196), tal como se sugiere más adelante a propósito de estructuras similares instaladas por los moche en el valle de Nepeña.

Un posible sitio fortificado

Finalmente, en una posición estratégica en la margen sur del valle bajo se encuentra el sitio denominado Huaca China (84), que parece corresponder a una estructura fortificada. Este sitio está localizado sobre el promontorio de un cerro que aflora en el piso del valle, y se caracteriza por presentar en el sector más alto dos murallas concéntricas que encierran la cima del cerro, donde se encuentran restos de una plataforma con algunos muros o recintos. Las murallas

Fondo Editorial PUCP



Fig. 258 – Huaca China (84). Vista aérea oblicua en la que se aprecia las murallas concéntricas que fortifican la cima del cerro (foto de la expedición Shippee – Johnson, American Museum of Natural History).

tienen una base de aproximadamente un metro, y debieron de alcanzar más de tres metros. de altura. Todas estas estructuras fueron construidas empleando adobes hechos con molde, cuyas dimensiones presentan las medidas propias de los estándares moche.

El amurallamiento exterior presenta un diámetro aproximado de unos 75 metros, mientras que la muralla interior corre paralela a esta a unos cinco metros de distancia. No está del todo clara la forma de acceso y los vanos que permitieran la circulación hacia el interior del conjunto. Sin embargo, las características que presenta un recinto adosado al norte de la muralla exterior, con muros formando un corredor laberíntico, podría suponerse que formaba parte de los mecanismos para restringir y controlar el acceso principal al edificio (Donnan 1973: 16-18, fig. 1; Wilson 1988: 212-213, fig. 113).

Resumiendo las características centrales del patrón de asentamiento establecido durante la ocupación moche del valle del Santa, podríamos señalar que esta privilegia la explotación agrícola del valle bajo, lo que se manifiesta claramente con la notoria concentración de la mayoría de sitios y la localización de los asentamientos principales en este sector del valle.

Otro elemento saltante que se observa es el establecimiento de dos centros gravitantes en ambas márgenes del valle. El primero, en la margen norte entorno al complejo de Pampa de los Incas, que correspondería a la «capital» provincial moche en el valle; y el segundo, en la margen sur y al este de la hacienda Tambo Real, con un conjunto de sitios que pudo tener como centro al sitio de El Castillo (161). Esta organización dual del sistema de asentamiento respondería a los requerimientos planteados por el manejo agrícola en ambas márgenes del valle bajo, como también a la necesidad de localizar los sitios principales en directa conexión con los caminos que respectivamente permitían la comunicación con los valles al sur y al norte del Santa. De otro lado, el hecho de que el Santa sea un río de fuerte caudal y de evidentes dificultades para su vado, pudo también contribuir a generar esta organización bipartita del territorio del valle bajo.

El complejo de Pampa de los Incas correspondería al principal centro político, religioso y administrativo moche en el valle, que presenta la arquitectura monumental de mayor dimensión y representatividad, concentrando posiblemente la mayor población urbana dedicada a actividades de carácter especializado y, entre estas, de la producción de cierto tipo de manufacturas.

Especialmente, en la margen sur se aprecia la presencia de sitios con montículos piramidales, cuya distribución regular permitiría suponer que resolvían principalmente funciones de índole ceremonial con relación a la población asentada a lo largo de este sector del valle. Mientras tanto, la presencia de sitios caracterizados por presentar re-

Fondo Editorial

cintos rectangulares podría haber estado destinada a cubrir funciones de carácter administrativo, principalmente. Algunas de ellas también pudieron estar asociadas con la operación del sistema de caminos y la movilización de las caravanas de transporte, similar a las que tuvieron los tambos tardíos (Hyslop 1984; Canziani 1989: 196). Esto no excluye que algunos de estos complejos con recintos rectangulares incorporaran alguna actividad ceremonial, dado que algunos incluyen también pequeños montículos piramidales.

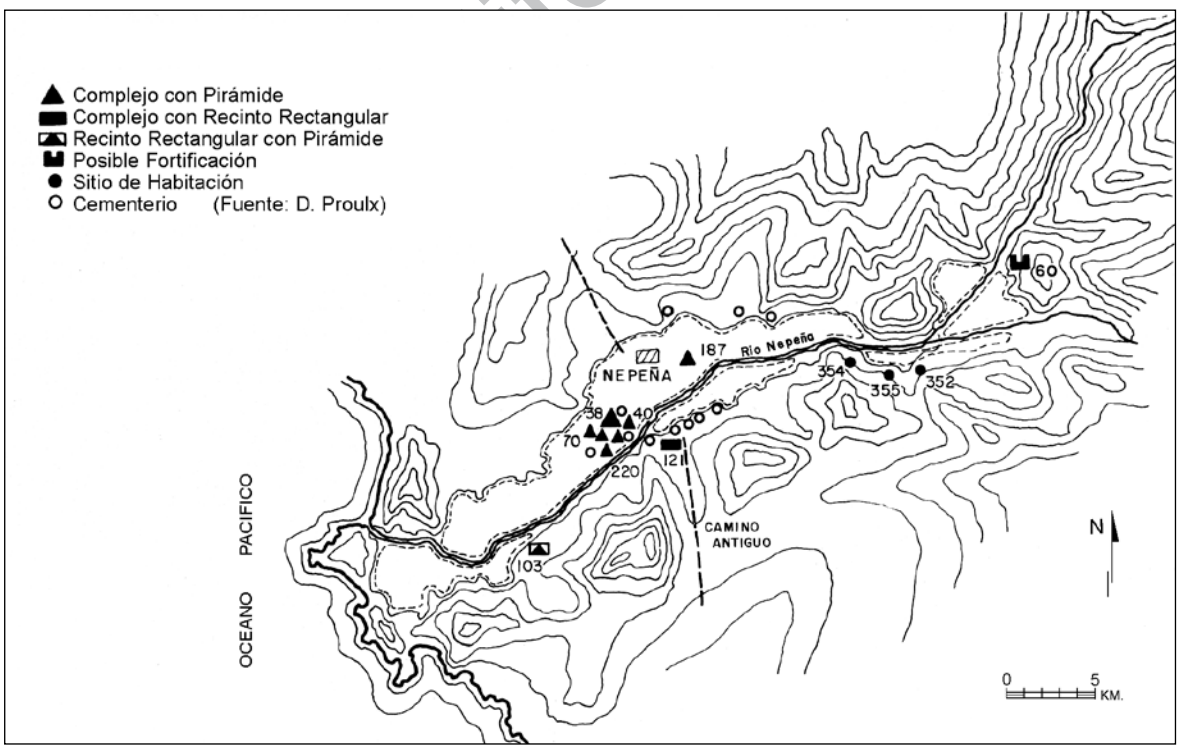
En este esquema reconstructivo, la presencia de una posible fortificación en Huaca China (84) podría haber respondido a una función defensiva de la parte baja de la margen sur del valle, como también, en su momento, pudo haber correspondido a un punto de avanzada de alguna de las campañas de la conflictiva expansión moche hacia el sur. Una vez impuesta la dominación moche, esta edificación podría haber sido destinada para otros usos. En todo caso, resulta sintomática la ausencia de otras estructuras fortificadas en el valle, lo que demostraría que una vez resueltos los conflictivos que ciertamente generó el inicio de la ocupación moche del Santa, e impuesta la pacificación forzada de estos territorios, este tipo de estructuras habrían sido totalmente prescindibles.[42]

La ocupación moche en el valle de Nepeña

Luego del importante desarrollo que se registra en este valle durante el período Formativo, manifiesto en el registro de arquitectura monumental de sitios extraordinarios como Punkurí y Cerro Blanco (véase capítulo 4), se desarrollan otros sitios aparentemente más tardíos como Kushipampa, Motocachy, Quisque y Paradones, que se localizan principalmente en la parte alta del valle (Proulx 1985). Sin embargo, llama la atención que durante las fases tempranas del periodo de los Desarrollos Regionales se verifique una aparente ausencia de centros ceremoniales y de poder con arquitectura monumental de cierta relevancia. Este fenómeno podría estar señalando un singular contexto histórico en el cual —luego del notable exordio expresado con el desarrollo extraordinario de la arquitectura monumental y de los centros

Editorial PUCP

Fig. 259 – Mapa del valle de Nepeña con la ubicación de los sitios moche (redibujado de Proulx 1985).



[42] Esta situación sería posible gracias a que la imposición de la ocupación moche en la región garantizaba el control de los posibles conflictos entre las poblaciones de valles aledaños. Esta paz bajo la esfera del poder moche contrasta radicalmente con el registro del período Formativo, que como hemos visto anteriormente, vio el inusitado énfasis de la arquitectura fortificada en el valle del Santa como expresión, tanto de los posibles conflictos presentes dentro del valle, como de los generados a partir de las incursiones provenientes de territorios fronterizos.

ceremoniales formativos— no se habría configurado el consecuente surgimiento de una entidad política centralizada. Lo que representaría un caso típico de desarrollo discontinuo en el cual —contradiciendo lo que normalmente se asume por supuesto— no se presenta una evolución lineal ni tampoco un crecimiento continuo en el nivel de desarrollo de las formaciones sociales. Esta problemática merecería una investigación específica, más si se considera que un fenómeno similar también interesa al vecino valle de Casma, donde los desarrollos alcanzados durante el Formativo fueron aún más impresionantes.

En cuanto al valle de Nepeña, la concentración de la ocupación formativa en la parte alta del valle —al igual que en el valle de Virú— podría explicarse en función al despliegue inicial del manejo de la irrigación artificial en aquellas zonas, cuya conformación favorecía la aplicación de tecnologías hidráulicas aún incipientes y cuyo funcionamiento posiblemente no requirió de formas demasiado complejas de administración y de organización de la fuerza de trabajo comprometida en la construcción y operación de estas obras públicas. En todo caso, este desarrollo inicial impulsado por la afirmación de la economía agrícola en el valle no habría trascendido hacia la constitución de una organización estatal de rango mayor, pero tampoco habría logrado continuidad en el sostenimiento de formaciones estatales quizá aún incipientes.

De acuerdo a estos antecedentes, se podría suponer que la ocupación moche en el valle de Nepeña se instalaría sobre una suerte de vacío de poder, ante la aparente ausencia de una organización política y la inexistencia de una entidad urbana local al momento de producirse la ocupación. Esta situación lleva a suponer que la anexión o dominación moche de este valle se dio en condiciones bastante diferentes a las existentes en el caso de Virú.

En todo caso, los datos revelan que cuando se produjo la ocupación moche del valle de Nepeña se modificó sustancialmente el patrón de localización de los asentamientos. La mayoría de los sitios se concentraron en la parte media del valle, teniendo como núcleo el complejo de Pañamarca, que representó el principal centro del poder moche en el valle. De otro lado, se ha destacado un dato relevante: el registro de la presencia contemporánea de gente afiliada a la cultura Recuay, en las cabeceras de la parte alta del valle (Proulx 1985: 275-288).

Los sitios representativos de la ocupación moche en el valle no son numerosos, ya que en total serían tan solo 37 (ibid.: 276). Son escasos los sitios que se localizan en la zona superior del valle medio o en la parte alta del mismo. Inclusive, entre los que se encuentran en este sector, algunos presentan como único indicador pocos tiestos moche, que bien podrían corresponder a piezas de intercambio. Al igual que en el caso del Santa, se advierten en Nepeña ciertas dificultades en identificar claramente los posibles sitios de habitación de este período, que se revelan relativamente escasos frente a la mayoría de los sitios representados por complejos con montículos piramidales y los cementerios.

El complejo de Pañamarca

Pañamarca se localiza en el piso del valle de Nepeña, en su margen derecha y en una zona de transición entre la parte baja y media del valle. El sitio se ubica a unos cientos de metros del cauce del río, que transcurre al sur del mismo, y a unos quince kilómetros del litoral. En la elección de este emplazamiento —además de su localización estratégica para el manejo agrícola y las comunicaciones— parece haber primado también la presencia de unos singulares afloramientos rocosos, que fueron especialmente incorporados al diseño arquitectónico por sus sugerentes formas, lo cual —como ya se ha visto— confirma la reiterada predilección de los moche por estas formaciones naturales para el establecimiento de sus sedes principales.

Este complejo representa el núcleo central de la ocupación moche en el valle de Nepeña, ya que en sus alrededores se encuentran concentrados los restos de otros montículos de menor tamaño correspondientes a esta misma época. El monumento principal de este sitio, que tiene una extensión de unos 250 x 200 metros, está constituido por una gran pirámide con una base cuadrangular de unos 50 metros de lado, que se yergue sobre un promontorio rocoso, lo que eleva su cúspide unos 40 metros por encima del nivel del valle. La edificación piramidal está aparentemente constituida por plataformas escalonadas, construidas masivamente con adobes paralelepípedos rectangulares hechos con molde llano, si bien se observan también adobes elaborados con molde de caña.[43]

Esta pirámide principal presenta en su frente noroeste los restos de un rampa con un singular desarrollo zigzagueante, que asciende conectando los escalones que presenta este flanco de la pirámide. Del lado noreste, la pirámide se encuentra asociada a una plaza, desde la cual se habría desarrollado una posible rampa que iniciaba el ascen-

Fondo Editorial PUCP



Fig. 260 – Panorámica desde el norte del complejo de Pañamarca, en la que destaca la pirámide escalonada (foto: J. Canziani).

so hacia la pirámide. Esto significaría que en el ordenamiento espacial de la edificación principal de Pañamarca se reiterarían algunos de los rasgos típicos, propios de la configuración de los principales complejos ceremoniales moche, como han sido documentados en Huaca de la Luna y Huaca de Cao.

La cúspide de la pirámide y gran parte de su frente sureste presentan una gran cámara abierta, lo que llevó a Kosok (1965: 206) a suponer que se trataba de una estructura en forma de «U». Sin embargo, no está del todo claro si esta conformación podría haber sido generada por algún forado realizado antiguamente por buscadores de tesoros.[44]

Lamentablemente, no se han realizado investigaciones arqueológicas sistemáticas que examinen las características del complejo, conociéndose tan solo la descripción y el plano publicado por Schaedel y los estudios que concentraron su atención en las extraordinarias pinturas murales (Schaedel 1951b; Bonavia 1959; 1974). Algunas de estas notables pinturas policromas se registraron en uno de los recintos ubicados sobre las plataformas que se desarrollan en la base de la pirámide en el eje central del lado noroeste de esta. Estas pinturas representaban escenas de combate y seres supranaturales; mientras que en el paramento interior del muro que cierra la plaza del lado noroeste se registró la representación de una larga escena con personajes con atributos de guerreros y sacerdotes. Finalmente, un fragmento de una impresionante pintura mural correspondiente a la denominada *escena del sacrificio* fue estudiada y documentada por Bonavia (1959; 1974).

La presencia de estas pinturas murales tiene una especial relevancia, ya que ilustran la especial importancia asignada por los moche a este edificio y a las actividades de primer orden que en él debieron desarrollarse. Esto es especialmente significativo en el caso de la escena que ilustra escenas de sacrificio de prisioneros y el ofrecimiento ritual de su sangre a las divinidades centrales del panteón moche,[45] ya que reitera los eventos rituales registrados o plasmados en los relieves policromos de los edificios ceremoniales de Huaca de Cao y Huaca de la Luna.

Es relevante notar que el complejo de Pañamarca presenta en el sector norte una gran plataforma escalonada, que pudo desempeñar el rol de una pirámide secundaria. De modo que también en este sitio se propondría una eventual dualidad, donde la pirámide al sur del complejo podría ha-

[43] Según Proulx (1985: 239) las dimensiones de los adobes tendrían un promedio de 43 por 27 por 17 centímetros, y a diferencia de otras edificaciones moche, en ellos no se registrarían marcas.

[44] Esta posibilidad es señalada por Schaedel (1951b), quien presume que el relleno central de la cúspide podría haber sido de material suelto, al observar que los muros laterales de su interior presentaban un acabado enlucido.

[45] Los estudiosos de la iconografía moche han observado que los principales personajes míticos o divinidades representadas ampliamente en su cerámica y arte mural, en lo que se conoce como *ceremonia del sacrificio* o *escena de la presentación*, están estrechamente relacionadas con los personajes enterrados en las tumbas de elite, cuyos ornamentos y elementos asociados podían reconocerse como correspondientes a los personajes que aparecen en las representaciones. Así, el Señor de Sipán fue identificado

Fondo Editorial PUCP

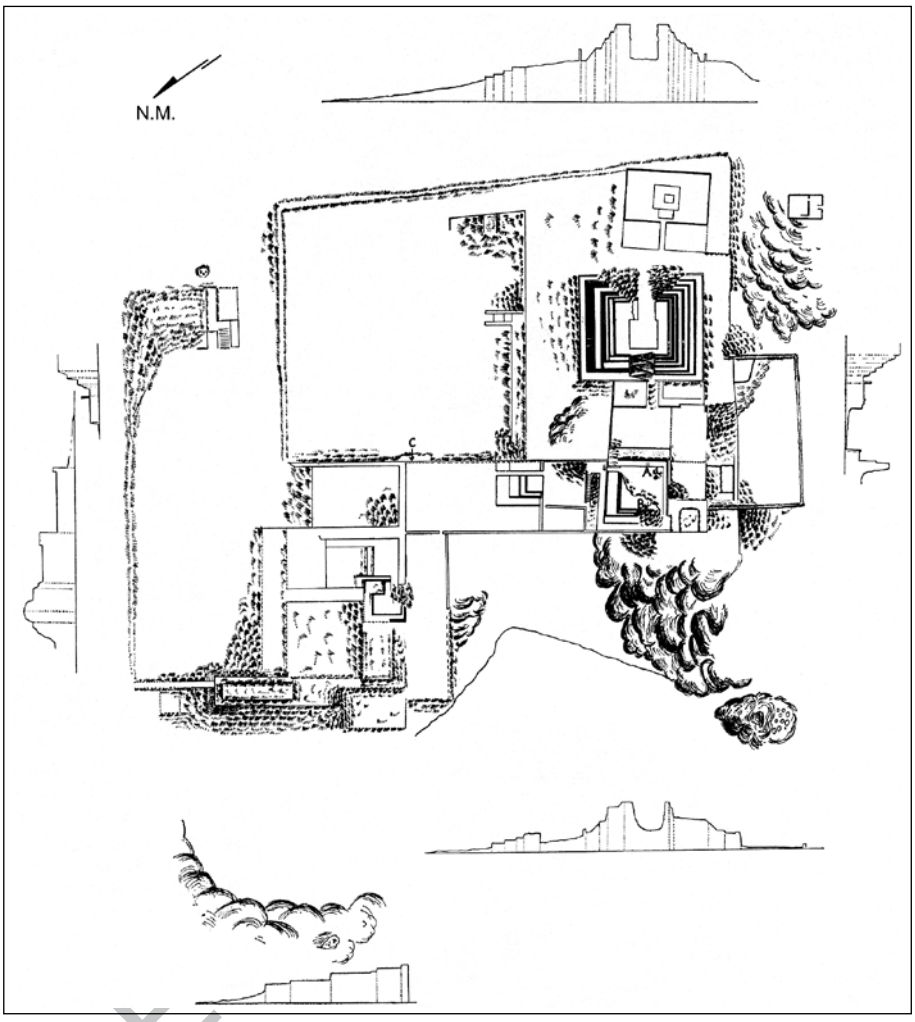


Fig. 261 – Plano del complejo de Pañamarca (Schaedel 1951).

ber concentrado las funciones de carácter ceremonial, mientras que las plataformas y recintos al norte podrían haber privilegiado las actividades de índole política y administrativa. Además, entre los volúmenes de estas dos edificaciones mayores se registra el desarrollo de otras plataformas menores y de amplios recintos cercados por altas murallas también construidas con adobes.[46]

Si bien en diversos sectores del sitio se observa una serie de evidencias que señalarían la superposición de estructuras arquitectónicas —cuyos sellos aparentemente permitieron la conservación de los murales policromos antes de su lamentable destrucción— estas no han sido aún estudiadas, lo que podría permitir la posible identificación de las distintas fases que pudo tener la edificación en su historia. Si bien algunas de estas superposiciones fueron observadas en su momento por Schaedel (ibid.), este supuso que las remodelaciones serían posteriores a la época

como una de las divinidades centrales que aparece recibiendo una copa con la sangre de los prisioneros sacrificados; mientras que la sacerdotisa de San José de Moro aparece entregando la copa ceremonial. La *ceremonia del sacrificio*, consistía en un complejo ritual de sacrificios humanos de guerreros derrotados en combate y la posterior ofrenda de su sangre a una divinidad suprema. Hoy sabemos que este ritual comprendió todo el territorio moche y se desarrolló a lo largo de los siglos de su larga vigencia. Sin embargo, es de gran significación notar que los personajes de la elite encarnaran a estos personajes míticos o divinos en la vida terrenal, lo cual da una dimensión del extraordinario nivel de poder que concentraban en sus manos y que era refrendado por el áurea que los divinizaba ante su pueblo. Es de destacar también que este ejercicio del poder y de los rituales que lo magnificaban se concentraba en los espacios arquitectónicos de los monumentos aquí reseñados.

[46] A esto propósito, Schaedel (1951: 106) observa que la alta muralla que cierra el complejo en su lado noroeste, además de alcanzar como otras una altura de unos siete metros, presenta la peculiaridad de desarrollar un almenado escalonado en la coronación del muro, lo cual sería otro rasgo propio de los edificios de especial importancia, ampliamente representado en la iconografía moche.



Fig. 262 – Pintura mural hallada en el flanco oeste de la pirámide de Pañamarca, en la que se apreciaba un fragmento de la conocida escena del sacrificio (pintura de Félix Caycho en Alva y Donnan 1993: fig. 249).

moche y consecuencia de una supuesta ocupación tiahuanacoide. Esta hipótesis nos parece poco plausible, más aún si se establecen las analogías del caso con las características remodelaciones periódicas que se han documentado en las principales edificaciones moche.

Además de las estructuras principales con arquitectura monumental, que evidentemente habrían conformado el núcleo central del complejo, no está claro si es que en el entorno inmediato de este se erigieron otro tipo de estructuras menores. Esta es otra de las interrogantes que las futuras excavaciones arqueológicas deberían despejar, definiendo así el tipo de ocupación que se habría dado en el sitio y las actividades que se habrían desarrollado en sus distintos sectores, en cuanto centro provincial moche en el valle. Es más, este tipo de investigaciones es de especial interés, ya que a partir del examen superficial del sitio y de los escasos restos de ocupación habitacional, Schaedel (1951: 110) planteó que este tipo de sitios no tendrían un auténtico carácter urbano, extendiendo erróneamente esta apreciación a otros centros moche de primer nivel como el de las Huacas del Sol y la Luna.[47]

En cuanto al emplazamiento territorial de Pañamarca, su ubicación es desde luego estratégica, ya que se encuentra en una posición central entre el valle bajo y el medio, es decir, del área que concentraba la mayor extensión de tierras con vocación agrícola. A este propósito, si consideramos que durante el Formativo la concentración poblacional se ubicaba en la parte alta, se puede deducir que el Estado moche debió de introducir mejoras sustanciales en los sectores del valle bajo y medio, con miras a posibilitar la producción agrícola de estas tierras o por lo menos impulsando su extensión e intensificación en esta zona.

Posiblemente, la ubicación de Pañamarca respondió también a la necesidad de localizar el más importante centro urbano del valle en un punto que, si bien se encontraba relativamente alejado del litoral, ofrecía la ventaja de ser accesible desde los valles vecinos, especialmente desde el norte. Hasta el día de hoy existen caminos de herradura que corren por el desierto a unos diez a quince kilómetros del mar, para ingresar al valle por estas entradas naturales que se localizan en proximidad de Pañamarca.[48]

Fondo Editorial PUCP

[47] Schaedel (1951: 110) sostenía comparando Pañamarca con el sitio moche de las Huacas del Sol y la Luna, que este último «[…] es más grande y tal vez más extenso en su organización, pero tiene los mismos componentes arquitectónicos. La inferencia es inevitable, en el sentido de que no fueron principalmente sitios habitacionales. La escasez de restos habitacionales indica que, en el mejor de los casos, tan sólo pocos sacerdotes o personas de importancia vivieron en el centro, junto con sus asistentes y algunos artesanos». «[…] Centros ceremoniales como estos contrastan fuertemente con los sitios tardíos que presentan un auténtico carácter urbano, y donde el énfasis está puesto en los barrios de vivienda a expensas de los elegantes templos piramidales». Para una revisión crítica de estos argumentos —que luego de esta versión inicial daría paso a la que se ha denominado «tesis de los centros ceremoniales vacíos»— y de los postulados teóricos que de ellos se desprenden, véase Canziani 2003a.

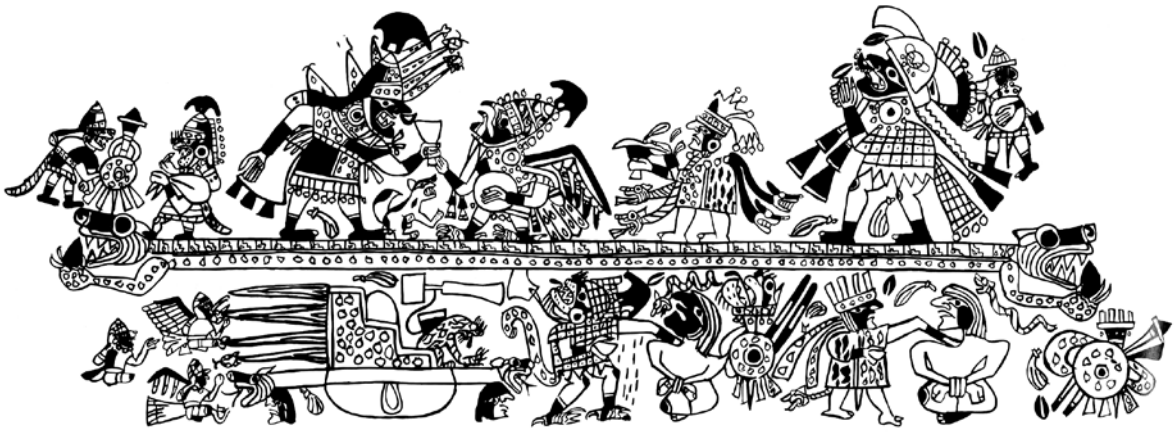


Fig. 263 – Representación de la escena del sacrificio en una pictografía de línea fina (dibujo de Donna McClelland en Alva y Donnan 1993: fig. 143).

Otros tipos de sitios en el valle de Nepeña

Coincidentemente con lo visto para el valle bajo del Santa, tampoco existen en el valle de Nepeña claras evidencias respecto a la presencia de sitios que se pudieran tipificar como fortificaciones. El único caso con estas características es el sitio PV 31-60, que se localiza en la zona de acceso a la parte alta del valle (Proulx 1985: 95-99). Esta fortificación presenta un doble amurallamiento de planta rectangular algo irregular que encierra una plataforma baja. En todo caso, es de notar que también se registraron en este sitio evidencias de ocupación recuay que, como se ha señalado, presenta una marcada presencia en esta parte alta del valle.

Se presentan también sitios con recintos rectangulares. El más importante parece corresponder a los complejos de recinto rectangular con montículo piramidal. Se trata del sitio denominado Huambacho Viejo (PV 31-103), ubicado en la margen sur del valle bajo. Se trata de un gran recinto de unos 150 por 260 metros con divisiones transversales por sectores y subdivisiones menores al interior de estos. El sector central presenta al sureste una plataforma piramidal de pequeñas proporciones, enfrentada a un patio hundido que se ubica al noroeste (ibid.: 107-136). Otro complejo conformado por estructuras cercadas por cuatro recintos rectangulares es el sitio PV 31-121 (ibid.: 141-146), que se localiza unos kilómetros al sureste de Pañamarca, del otro lado del río, en la margen sur del valle medio.

Se reporta que en el valle de Nepeña los sitios de vivienda correspondientes al período de ocupación moche —o en todo caso aquellos con materiales afiliados a esta cultura— son notoriamente escasos, identificándose tan solo cuatro, tres en la margen sur de la parte media y uno en la parte media (ibid.: 278). Considerando las dimensiones del valle y su relativamente amplia disponibilidad de tierras agrícolas, así como la importante presencia de un centro de poder moche de primer nivel en el valle como Pañamarca, sería impensable suponer que estos hallan sido los únicos sitios habitacionales del período. Es posible que la dificultad en identificarlos se pueda haber generado por problemas de conservación de los restos de muchos de ellos; pero quizá también por sesgos metodológicos en su registro, por ejemplo, al excluir sitios contemporáneos que no necesariamente pueden manifestar vestigios moche sino más bien artefactos de factura local.

El valle de Nepeña y los límites sureños de Moche

Para comprender de modo cabal la presencia moche en el valle de Nepeña, así como el patrón de asentamiento establecido y, especialmente, el

[48] La posibilidad de la existencia de estos caminos tempranos se refuerza por la manifiesta tendencia de los caminos tardíos de la costa norte a tener un trazo relativamente alejado del litoral (Hyslop 1984: 259-263).

Fondo Editorial PUCP

rol de un centro urbano ceremonial de primera importancia como Pañamarca, debemos hacerlo en el contexto de la política de anexión y dominación territorial desarrollada por el Estado moche en esta región de la costa norte. Este es el caso de Pañamarca, que si bien expresa de manera patente un carácter eminentemente ceremonial, no nos debe hacer perder de vista posibles funciones de índole político-administrativa que pudieron desarrollarse en su entorno inmediato o dentro del propio complejo, como podría indicarlo el despliegue de una serie de espacios asociados a la pirámide, como los grandes cuartos, patios, plazas y otros recintos amurallados que componen el núcleo central del complejo. Esta suposición se sustenta en el hecho de que Pañamarca representó el principal sitio moche en sus dominios sureños y, por lo tanto, en su condición de enclave provincial, debió de concentrar y resolver una serie de funciones propias de la administración no solo del valle de Nepeña sino de sus relaciones con los territorios aun más al sur, especialmente con los próximos valles de Casma y Huarmey, que no contaron con un centro de esta naturaleza.

Existen por demás indicios crecientes de que la presencia moche en los valles de Casma, donde anteriormente se adujo que no habría evidencias en tal sentido (Collier 1960: 415; Thompson 1962a: 198, citados por Proulx 1973: 40), no habría sido tan intrascendente, si bien no se presenta ningún centro local o arquitectura que pudiera ser afiliada a moche (Wilson 1995). Esta apreciación toma mayor cuerpo si se considera que se ha documentado en el valle de Huarmey una presencia moche mucho más importante de lo que se había supuesto, si bien pareciera que esta no estuvo asociada al desarrollo de complejos con arquitectura monumental. Este es el caso del registro de por lo menos una decena de sitios, ubicados en la parte media y media alta del valle, y que corresponden tanto a estructuras con evidencias de ocupación moche como a cementerios y enterramientos consistentemente asociados con cerámica de este estilo (Bonavia 1982: 415-447).

Esta proyección de Moche hacia los valles del sur, tomando como punto de partida el valle de Nepeña y Pañamarca, podría también ser sugerida por la presencia de sitios moche con recintos rectangulares como PV 31-121 y 103, cuyas características parecen corresponder al desarrollo de funciones de tipo administrativo, más aún cuando estos se encuentran localizados en la margen izquierda, en lugares de acceso natural al valle desde el sur y donde existen vestigios de antiguos caminos. Si estos intercambios y desplazamientos se dieron además con la conducción de caravanas de llamas, es factible analizar si este tipo de sitios pudo resolver tempranamente funciones algo similares a las que desempeñarían mucho más tarde los *tampu* de la red vial inca (Hyslop 1984).

La ocupación moche en los valles norteños

Hasta hace unas décadas se postulaba, al igual que para los valles sureños de la región, una expansión del Estado moche desde los valles nucleares de Moche y Chicama hacia los valles norteños de Lambayeque e inclusive, más al norte, hacia el valle de Piura. En el caso de los valles de Jequetepeque y Lambayeque, esta suposición estaba basada en datos dispersos y no sistematizados, que daban cuenta de la presencia en estos valles de algunos sitios con ocupación moche tardía (Shimada 1985), así como en las evidentes influencias moche en la cerámica de la cultura Vicús, dando lugar al estilo conocido como Moche-Vicús (Lumbreras 1987c).

El hallazgo en 1987 de las tumbas reales de Sipán en el sitio de Huaca Rajada por parte del equipo conducido por Walter Alva (Alva y Donnan 1993; Alva 2001), no solamente dio un impresionante giro acerca de la complejidad de la organización social moche y los extraordinarios niveles de poder concentrados en sus personajes principales, sino que también dio cuenta de una importante ocupación temprana en los valles de Lambayeque, a juzgar por los rasgos estilísticos de los múltiples artefactos que constituían los fastuosos ajuares funerarios de las tumbas.

De modo que la investigación arqueológica de las tumbas de los señores de Sipán dio un primer y relevante indicio de la temprana y consistente presencia de Moche en Lambayeque, demostrando que esta se sustentaba en la existencia de una sólida estructura de poder social y económico local, cuya conducción debió corresponder a los señores principales enterrados en la plataforma funeraria de Sipán. De esta manera, las hipótesis que planteaban la posibilidad de desarrollos locales fuertemente emparentados con los moche de los valles de Trujillo, al sur, asumieron mayor fuerza, planteando la posible presencia de entidades políticas moche en los valles de la región norteña, con determinados márgenes de autonomía e integradas entre sí por una serie de aspectos étnicos y culturales (Donnan y Castillo 1994). Las investigaciones en esta dirección se vieron reforzadas

Fondo Editorial PUCP

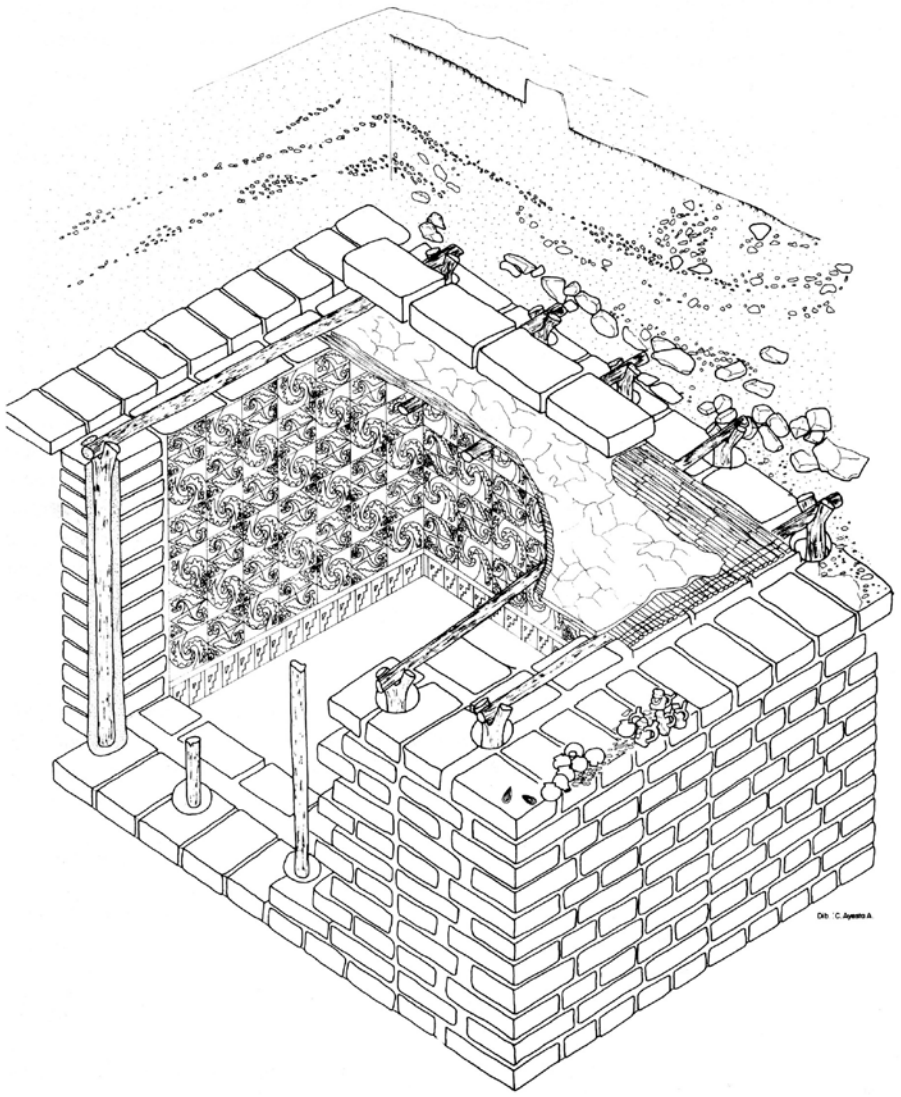


Fig. 264 – La Mina. Reconstrucción de la tumba moche de elite hallada en el valle bajo del Jequetepeque (dibujo de C. Ayesta en Narváez 1994: fig. 2.5).

con el hallazgo en Jequetepeque de una temprana tumba moche de elite en el sitio de La Mina, finamente decorada en su interior con pintura mural policroma y asociada a un conjunto excepcional de ceramios moche (Narváez 1994: fig. 2.5). Posteriormente, se ha hallado en el complejo de Dos Cabezas una importante ocupación, también del Moche Temprano, en este caso asociada a un asentamiento con arquitectura monumental y tumbas de elite (Donnan 2001; 2003).

Además de Sipán en Lambayeque, de La Mina y Dos Cabezas en Jequetepeque, en este último valle también se reportan algunos hallazgos puntuales del Moche Temprano, asociados con enterramientos y cementerios, en Pacatnamú y Tolón, uno de los pocos sitios moche reportados en el valle medio (Donnan y Castillo 1994: 162-169).

Si bien en la región norte la información acerca de la naturaleza de la ocupación moche es aún fragmentaria, y más escasa todavía, tratándose de la evolución de los patrones de asentamiento en sus distintas fases, a continuación resumimos la información disponible que documenta el tipo de asentamientos correspondientes al Moche Temprano, entre los que destacan Sipán y Dos Cabezas, en los valles de Lambayeque y Jequetepeque, respectivamente, para posteriormente hacerlo con los que corresponden al Moche Medio y Tardío. Este último período nos introduce a la problemática de las grandes transformaciones que se verificaron en el modelo de asentamiento moche durante su fase V, y especialmente en dos centros urbanos de primera importancia: Pampa Grande en el valle de Lambayeque y Galindo en el valle de Moche. Se hace también antes una breve referencia al sitio de San José de Moro, en el valle de Jequetepeque, por presentar algunos aspectos trascendentes acerca de la estructura social y los cambios que se producen en el ámbito cultural moche durante

este período de transición. Si bien la ubicación cronológica de estos últimos sitios corresponde al Horizonte Medio, es decir la época Wari, preferimos tratar sobre estos en este mismo capítulo, con la finalidad de brindar más coherencia y continuidad al texto, al examinar la evolución de los patrones de asentamiento en la región, como culminación del desarrollo de la sociedad moche.

El complejo de Sipán

El complejo monumental de Sipán o Huaca Rajada se localiza a unos cuarenta kilómetros del litoral, en la margen izquierda del valle medio de Lambayeque y está conformado por dos colosales construcciones de forma troncopiramidal. La mayor de ellas está al oeste del sitio y una intermedia en una posición central. Al este del sitio se localiza una plataforma de menores dimensiones. Las dos edificaciones piramidales, no obstante su intensa erosión, conservan vestigios del adosamiento de plataformas bajas y sistemas de rampas que permitían el ascenso a sus respectivas cimas, aunque aún no han sido objeto de mayores estudios.

Es más bien la plataforma de menor tamaño —donde en 1987 se produjo el descubrimiento de las tumbas reales por el equipo de arqueólogos dirigidos por Walter Alva— la que ha concentrado la mayor atención de los estudiosos, dada la enorme trascendencia de los hallazgos para el conocimiento del mundo moche. Las excavaciones arqueológicas conducidas en esta última edificación indicarían que constituyó una plataforma funeraria de características muy especiales, dado que fue destinada al enterramiento de los personajes de la más alta jerarquía de la sociedad moche local. Los estudios de Susana Meneses revelaron la existencia de por lo menos seis superposiciones arquitectónicas en la historia de la evolución del edificio construido masivamente con adobes, con secciones constructivas que presentan de modo consistente marcas de fabricante. Debido a que las tumbas fueron construidas interviniendo en el nivel que presentaba la plataforma en el momento del enterramiento, se ha podido establecer una estrecha correlación entre cada una de las fases de la secuencia arquitectónica y la respectiva antigüedad de los diversos enterramientos (Alva y Donnan 1993: fig. 38 y 39).

Al parecer, en su fase temprana, la plataforma se inicia como una estructura baja de planta rectangular, con dos largos escalonamientos que se desarrollaban hacia su lado norte, mientras que al sur se encontraba la parte más elevada de la misma. Esta parece que fue una constante en todas sus fases, donde siempre el sector sur de la plataforma mantuvo la mayor altura y la mayor elaboración arquitectónica; mientras que el lado norte fue siempre más bajo, y pudiera haber correspondido a los atrios conectados con rampas de acceso (ibid.: 43-44, fig. 40).

Las cámaras funerarias fueron realizadas retirando los adobes que conformaban los rellenos constructivos de la plataforma, en el lugar elegido para dar forma a una estructura de planta rectangular con nichos en los paramentos laterales y que, luego de la disposición del sarcófago del señor principal y de quienes le servirían de acompañantes en el mundo de los difuntos, así como de las

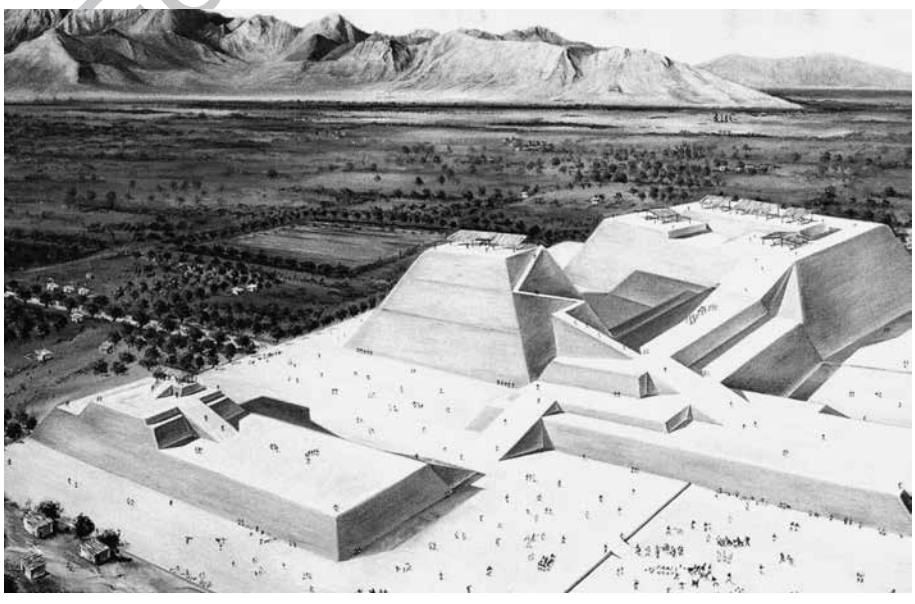


Fig. 265 – Sipán. Reconstrucción hipotética de las edificaciones del complejo, con en primer plano la plataforma funeraria (dibujo de A. Gutiérrez en Alva y Donnan 1993: fig. 39).

Fondo Editorial PUCP

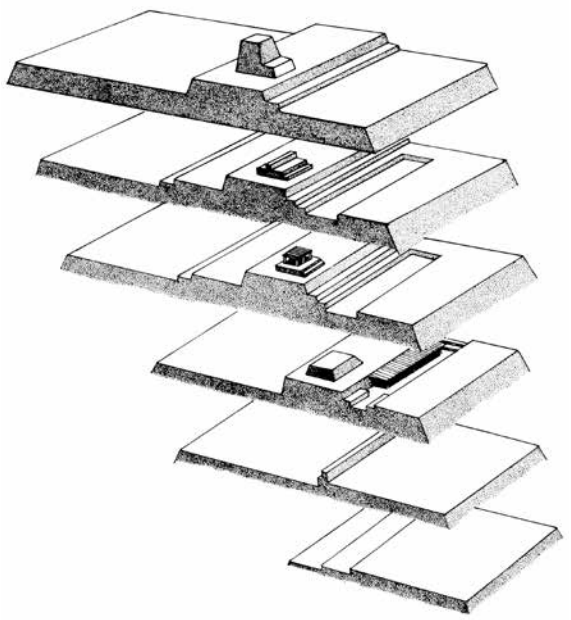


Fig. 266 – Sipán. Superposiciones arquitectónicas correspondientes a las distintas fases de la plataforma funeraria (dibujo de A. Gutiérrez en Alva y Donnan 1993: fig. 40).

múltiples y valiosas ofrendas, sería cubierta por un techo constituido por gruesas vigas de algarrobo, destinado a soportar los rellenos del posterior sello de la tumba de cámara, que quedaba así encapsulada al interior de la plataforma.

Si bien al este del complejo se encuentran evidencias de cementerios, de posibles conjuntos habitacionales y de canales que pudieron servir para el manejo del riego de la margen sur del valle, es poco lo que se ha investigado al respecto. Es evidente que está aún pendiente un análisis de la ocupación moche, tanto en el entorno inmediato del complejo piramidal, como con relación a otros asentamientos contemporáneos en el ámbito del valle, al igual que el examen de las propias características de las estructuras piramidales mayores a las cuales está asociada la plataforma funeraria. Estos estudios permitirán no solo comprender en qué marco monumental se inscribía la presencia de la plataforma funeraria de Sipán, sino también la naturaleza del complejo urbano teocrático que, a todas luces, sirvió de privilegiado centro de poder a la nobleza moche enterrada en la plataforma funeraria. Igualmente, el estudio de los sitios moche contemporáneos al poderío de Sipán permitiría definir los patrones de asentamiento establecidos en el valle y aproximarnos así al conocimiento de cómo pudo ser en ese entonces el manejo del territorio, especialmente desde el punto de vista de la producción agrícola. Esta perspectiva de análisis, en su conjunto, podría ilustrarnos acerca de las bases sociales y económicas en los que se sustentaba la innegable concentración de riqueza y poder que personificaron estos señores principales.

Dos Cabezas

Este sería uno de los pocos sitios Moche Temprano en el valle de Jequetepeque que permite una aproximación al tipo de arquitectura monumental desarrollada durante esta fase, así como también a las excepcionales evidencias funerarias reportadas de reciente en el sitio (Donnan 2001; 2003; 2007). Igualmente, son de interés las características de otras estructuras menores presentes en proximidad de la arquitectura monumental y que pueden brindar importante información acerca de la población y naturaleza de las actividades desarrolladas en el asentamiento.

Dos Cabezas se ubica en la margen sur del valle bajo y en estrecha proximidad del litoral marino. El sitio se localiza sobre una planicie desértica ligeramente elevada, en un entorno de humedales desde el cual se divisa la playa y el mar. El asentamiento, que alcanzaría una extensión de unas cien hectáreas, y que está conformado por pirámides y estructuras habitacionales, tiene como componente más destacado una gran edificación piramidal. Esta pirámide ha sido afectada por un profundo corte en la parte central —provocado durante la época colonial para el saqueo de sus tesoros—, por lo que actualmente da la falsa impresión de tratarse de dos montículos, cuyas siluetas parecen haber dado origen al nombre del sitio. En la base de la esquina sur oeste del montículo se han desarrollado excavaciones arqueológicas que documentan la presencia de algunos notables enterramientos de elite, con un singular y rico ajuar funerario (Donnan 2001; 2003; 2007).

La pirámide de Dos Cabezas tiene una planta de unos 115 metros de este a oeste y unos 95 metros de norte a sur y alcanza unos 25 metros de altura. La pirámide, a su vez, se emplaza en la esquina sur oeste de una gran plataforma baja de unos 5 metros de altura, con unos 240 metros a lo largo de su eje de norte-sur y unos 180 metros de ancho. La explanada de la plataforma al norte de la pirámide habría absuelto la función de una amplia plaza, cumpliendo con los cánones arquitectónicos tradicionales para los edificios moche de primera importancia, que asocian el desarrollo de plazas al norte de las principales edificaciones ceremoniales.

Esta plaza presenta a lo largo de todo su flanco oeste un largo muro que, además de delimitar este lado de la plaza, parece haber definido

Fondo Editorial PUCP



Fig. 267 – Dos Cabezas. Plano de la pirámide principal y de la plaza ceremonial (Donnan 2003: fig. 2.3).

también una plataforma alargada y ligeramente más elevada. Este muro y la plataforma alargada se adosan sobre la esquina noroeste del frontis de la pirámide, por lo que la plaza se restringe espacialmente en este sector, mientras que se proyecta hacia el sur a lo largo del flanco este de la pirámide (Donnan 2003: fig. 2.3.).

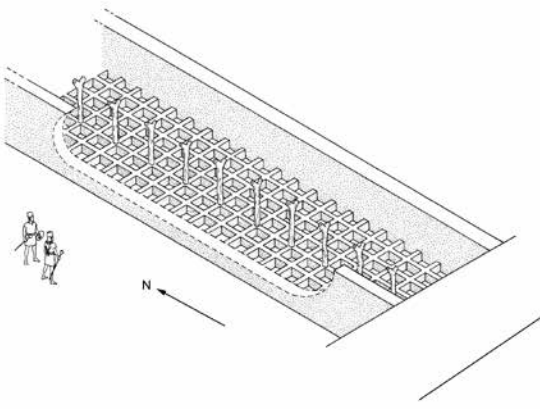
Las excavaciones arqueológicas conducidas en la esquina noroeste de la plaza revelaron que el muro oeste presentaba en su paramento orientado hacia la plaza un acabado en relieve, con bandas diagonales pintadas de blanco formando rombos de fondo negro. Posteriormente, en una siguiente fase, se superpuso un relleno de adobes que cubrió el paramento y se le substituyó por uno nuevo, cuyo acabado ya no era en relieve sino llano. Es de notar que se le decoró con pintura mural en blanco y negro, y que también reprodujo el antiguo patrón romboidal (Donnan y Cock 1997 ms: figs. 7 y 8).

En cuanto a la pirámide, resulta del todo evidente el tratamiento escalonado de los flancos de su volumen, el que además se reitera a lo largo de una secuencia de superposiciones, tal como se aprecia en diversos cortes de la edificación. Por otra parte, el frontis norte de la pirámide, asociado a la amplia plaza ceremonial, no presenta rampas perpendiculares sino más bien escalinatas adosadas con un singular desarrollo contrapuesto y zigzagueante, muy similar al que con frecuencia exhiben ciertas representaciones moche en cerámica referidas a arquitectura monumental de carácter ceremonial (Donnan 2004: comunicación personal).

La profundización de las excavaciones en la esquina suroeste de la pirámide, donde se hallaron las tumbas de elite (Donnan 2001; 2003; 2007), permitieron conocer una interesante secuencia de superposiciones arquitectónicos, así como notables cambios de función de las estructuras de este sector, antes y durante el proceso de expansión constructiva de la pirámide. Luego de un primer uso funerario de este sector, en un segundo momento, se construyó sobre la plataforma al suroeste de la huaca dos muros paralelos, orientados de norte a sur, que formaron un recinto alargado cuyo piso estaba cubierto por 6 hileras de cubículos cuadrangulares de 90 centímetros de lado y de 46 centímetros de profundidad, separados entre sí por muretes de 20 centímetros de grosor. Todos estos cubículos o depósitos estaban bien enlucidos y pintados de blanco, inclusive en sus pisos. Se halló también la evidencia de postes, lo que permite suponer que este recinto estaba techado. Los postes se disponían cada dos metros y alineados entre la cuarta y quinta hilera de los cubículos, es decir, a unos cuatro metros del muro este y a solo dos metros del muro oeste. Aparentemente, estas estructuras podrían haber servido para funciones de almacenaje o depósito, si bien no se ha hallado evidencia al respecto (Donnan 2007: fig. 4.5).

Luego de algunas remodelaciones menores, este sector fue finalmente comprometido por la ampliación de la pirámide, para lo cual se desmontaron los postes y los muretes que conformaban los cubículos y se procedió a sellar estos ambientes con rellenos constructivos de adobes. La plataforma resultante fue utilizada nuevamente como lugar de enterramiento, ex-

Fig. 268 – Dos Cabezas. Diseño reconstructivo del recinto con compartimientos cuadrangulares en la esquina suroeste de la pirámide (Donnan 2007: fig. 4.5).



Fondo Editorial PUCP

cavándose en la plataforma las cámaras funerarias y los repositorios de ofrendas de las tumbas de elite ya mencionadas. Finalmente, sobre los enterramientos se continuó con los rellenos de adobes, elevando aún más la altura de la plataforma al suroeste de la pirámide, quedando las tumbas encapsuladas dentro de esta.

El complejo ceremonial de Dos Cabezas habría concentrado una cierta población urbana. Las exploraciones arqueológicas del sitio han registrado una importante ocupación Moche Temprano, que se concentra en los sectores al sur del asentamiento, aun cuando existen indicios de que esta se habría extendido también hacia los sectores al norte. Todas estas estructuras, al igual que la arquitectura monumental de las huacas, fueron construidas utilizando los característicos adobes producidos con gaveras de caña. Algunas estructuras corresponden a funciones públicas, como la Huaca E, aunque la mayoría corresponde a unidades domésticas y talleres, donde se hallaron una serie de implementos muy bien conservados, gracias al enterramiento por acarreo eólico luego de su abandono. De estas evidencias se puede deducir cierto nivel de especialización de sus habitantes, como en el caso del sector D, donde el hallazgo de redes, pesas, anzuelos de cobre y malleros para tejer redes revelan la posible existencia de un barrio de pescadores (Donnan y Cock 1995 ms.).

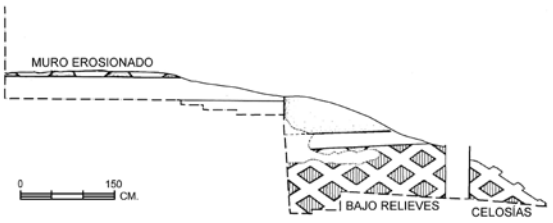


Fig. 269 – Dos Cabezas. Detalle de la decoración romboidal en relieve del muro oeste de la plaza ceremonial de la pirámide (Donnan y Cock (ms.) 1997: figs. 7 y 8).

Pacatnamú

Este imponente sitio se ubica en el valle de Jequetepeque, al norte de la desembocadura del río del mismo nombre. El asentamiento se localiza sobre una terraza natural que termina en una suerte de península, limitada por los acantilados generados por la erosión del río por el lado este y del mar por el lado oeste. Este especial emplazamiento, con un dominio visual sobre el paisaje circundante, y con los acantilados que dificultan acceder al sitio desde el flanco del litoral o desde el valle, fue aprovechado hábilmente para limitar el acceso al sitio, mientras que del lado norte —por donde se conecta con la planicie— se construyeron líneas de gruesas murallas con portadas para controlar el ingreso mientras la ciudad se expandía.

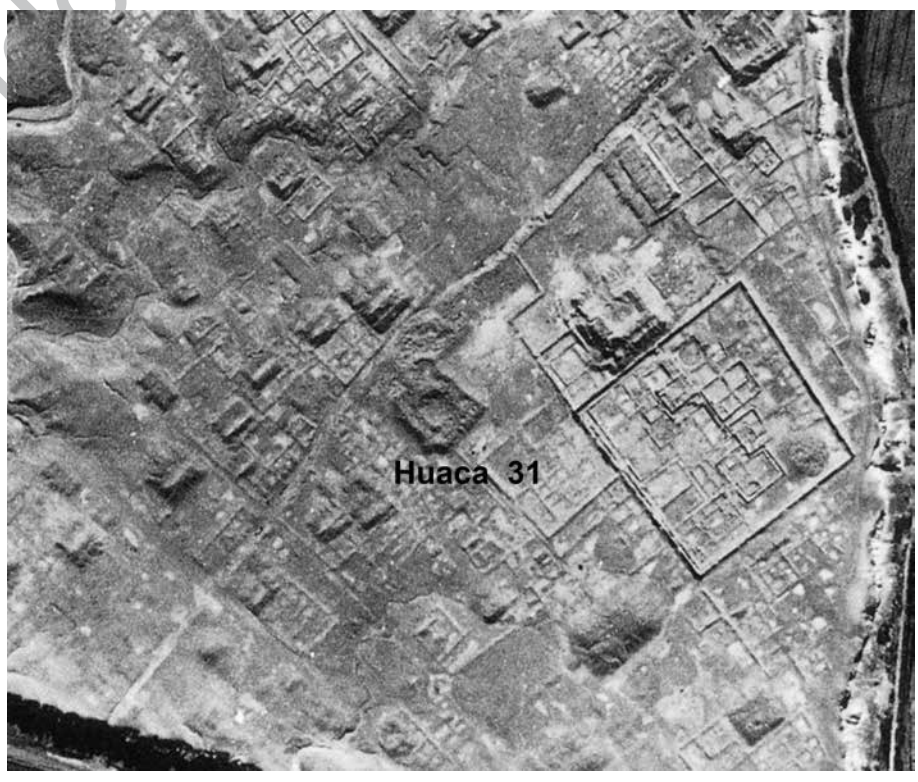


Fig. 270 – Pacatnamú. Foto aérea del sector central de la ciudad en la que destaca el volumen de la Huaca 31, donde se registraron evidencias de ocupación moche. Nótese los vestigios de la rampa central en su lado norte, que se proyecta hacia la primera muralla interior del asentamiento (Servicio Aerofotográfico Nacional).

Fondo Editorial PUCP

Si bien el grueso de la ocupación más importante corresponde a la época Lambayeque y Chimú, las investigaciones realizadas en el sitio señalan evidencias de una ocupación más temprana correspondiente a la época Moche. De acuerdo a los trabajos del equipo conducido por Donnan (Donnan y Cock 1986; 1997), existen consistentes evidencias que indicarían que la construcción de las primeras pirámides y de otras estructuras se habría iniciado por lo menos a partir de finales de la fase IV e inicios de la fase V de Moche. Se encontraron también en el sitio numerosos cementerios de la fase Moche Medio, lo que indicarían la presencia de una importante población moche, si no residente en el sitio, por lo menos afiliada a las actividades del aparente centro ceremonial como para ser enterrada en este. De otro lado, la presencia de muchas tumbas de elite correspondiente a esta fase, excavadas durante la década del treinta por Ubbelohde-Doering, permitirían inferir la presencia de una clase social de alto estatus conduciendo alguna forma de entidad política en el valle, con sede principal en Pacatnamú (Castillo y Donnan 1994: 169).

Lamentablemente no tenemos una idea clara de lo que pudo ser la configuración urbana y arquitectónica de Pacatnamú durante la ocupación moche, la que puede subyacer oculta bajo las sucesivas ocupaciones posteriores, y que en su momento fue desdibujada por estas intervenciones más tardías. Una de las escasas evidencias de arquitectura monumental del periodo Moche está representada por la Huaca 31. Se trata de uno de los complejos con pirámide de mayor tamaño y con una posición destacada en el sector central del sitio (Hecker y Hecker 1985: Plano NR.III), donde las excavaciones pusieron al descubierto una serie de sectores en los cuales las construcciones chimú se habían realizado reutilizando otras anteriores de época moche. También en la rampa, ubicada al norte de la pirámide, se registraron evidencias que demostrarían su remodelación tardía a partir de la estructura originaria construida por los moche (Donnan y Cock 1986: 70-74). Estas superposiciones son claramente definidas, ya que las construcciones moche se caracterizan por el empleo de adobes paralelepípedos rectangulares, hechos con molde llano, mientras que los adobes más tardíos presentan la singularidad de haber sido hechos de formas diversas y sin la utilización de molde (ibid.: 99).

Existen otros elementos en el ordenamiento espacial del sitio que podrían presumir antecedentes tempranos originados en la ocupación moche. Como se verá más adelante en detalle, los complejos típicos de Pacatnamú presentan recurrentemente un patrón definido por la ubicación y orientación de sus componentes básicos —pirámide con rampa, patio frontal, plataformas laterales con rampa, altares y recintos amurallados—. Pues bien, si advertimos que la rampa de época Moche de la Huaca 31 está orientada al norte y que debió conectar la plataforma con una plaza en esa misma dirección, se puede suponer que algunos de los rasgos típicos de los complejos podrían haberse establecido tempranamente durante la ocupación moche. De otro lado, estos rasgos se enmarcan en los patrones de ordenamiento espacial característicos de la arquitectura monumental moche que, como se ha visto, por lo general ubican las edificaciones piramidales al sur, conectándolas con plazas o patios ubicados al norte. De modo que los frontis principales de las edificaciones piramidales se desarrollan orientados al norte, al igual que las rampas que descienden de estas a las plazas. Este mismo modelo de ordenamiento podía haber sido implantado tempranamente por los moche en Pacatnamú, y perpetuado con variantes en las ocupaciones posteriores del sitio.

San José de Moro

San José de Moro representa uno de los sitios más destacados del Moche Tardío en el valle de Jequetepeque. Las excavaciones conducidas por Castillo y Donnan han planteado la presencia de un complejo de aparente función ceremonial, donde se revela una intensa actividad funeraria. En el sitio se observa una serie de montículos arqueológicos de escasa altura, algunos de los cuales corresponderían a funciones ceremoniales, mientras que otros podrían haber estado asociados a fines habitacionales por parte de la población congregada en el lugar. Lamentablemente la erosión, el huaqueo y las construcciones modernas impiden en la actualidad tener una idea clara acerca de la forma que asumieron estos montículos y la configuración original del sitio. En todo caso, el examen de los perfiles estratigráficos permite suponer que algunos de estos montículos, aparentemente ceremoniales y elaborados con muros de contención de adobe, estuvieron asociados a pisos correspondientes a patios o plataformas bajas en los cuales se excavaron las tumbas y se procedió a su enterramiento (Castillo y Donnan 1994a). En algunas zonas del sitio se han registrado áreas de planta rectangular delimitadas por muros de adobe que presentan apisonados, en los cuales se observan hoyos de postes y tinajas semienterradas, aparentemente destinadas a contener chicha. Se sugiere que estas

Fondo Editorial PUCP



Fig. 271 – San José de Moro. La tumba M-U30, que correspondería a un niño o niña de la elite Moche. Nótese la disposición de los cuerpos de dos mujeres jóvenes a los pies del sarcófago y la especial ubicación de 'maquetas' arquitectónicas en las hornacinas de la cámara funeraria (Donnan y Castillo 1994: lám. XIII).

áreas podrían haber sido utilizadas para la producción, almacenamiento y reparto de chicha, asociadas a las ceremonias que se desarrollaban como parte de los rituales funerarios en el sitio (Rucabado y Castillo 2003).

Entre los enterramientos de la fase que nos ocupa, destacan aquellos correspondientes a personajes de elite que fueron sepultados en cámaras con un rico ajuar funerario. El mayor interés de estos hallazgos reside en la extraordinaria revelación de que algunas de estas tumbas correspondían a mujeres de alto rango, cuyo ajuar y parafernalia revela que fueron sacerdotisas, al exhibir los mismos atributos y rasgos que corresponden a los personajes femeninos representados recurrentemente en la denominada *escena del sacrificio* (Donnan y Castillo 1994).[49]

Estos datos tienen un valor extraordinario al revelar que los personajes míticos, recurrentemente representados con rasgos supranaturales y divinizados en la iconografía del arte moche, eran personificados en determinados rituales y ceremonias por seres de carne y hueso, miembros de la elite social moche. La encarnación divina por parte de personajes de la nobleza moche, como las sacerdotisas sepultadas en San José de Moro, revela en toda su magnitud el enorme peso que tuvo la dimensión ideológica y ritual en el mundo moche y, en particular, el avasallador sustento que esta ofrecía al poder y autoridad ejercidos por los integrantes de la elite gobernante, a lo largo de los siglos y de las múltiples regiones que integraron su vasto territorio.

Las tumbas de elite moche en San José de Moro se caracterizan por presentar una planta rectangular, por estar recurrentemente orientadas de norte a sur, y por presentar en la cara interior de los muros este, oeste y sur la ordenada disposición de hornacinas.[50] Se ha podido reconstruir que una vez dispuestos los cuerpos del personaje principal y de los otros acompañantes posiblemente sacrificados, así como las múltiples ofrendas, se cubría el foso de la tumba con un relleno que era soportado por el techo de la cámara, que estaba construido con postes y vigas de algarrobo. Entre las diversas ofrendas presentes en las cámaras funerarias de elite como parte del ajuar funerario nos interesa en particular destacar dos aspectos notables: la presencia de «maquetas» arquitectónicas y el hallazgo de cerámica y otros elementos exóticos al mundo moche.

Las maquetas arquitectónicas fueron dispuestas dentro de las hornacinas y sobre el piso de las tumbas. Fueron realizadas con barro crudo y claramente constituyen representaciones ideales de complejos arquitectónicos de un cierto estatus. Si bien todas las maquetas son distintas, tienen en común el representar como modelo complejos de planta rectangular cercados por una muralla perimétrica con un acceso central. En el interior presentan un patio o plaza rodeada por banquetas y al frente del acceso una plataforma más elevada, sobre la que se emplazan estrados o podios. Algunas zonas de estos espacios, especialmente la

Fondo Editorial PUCP

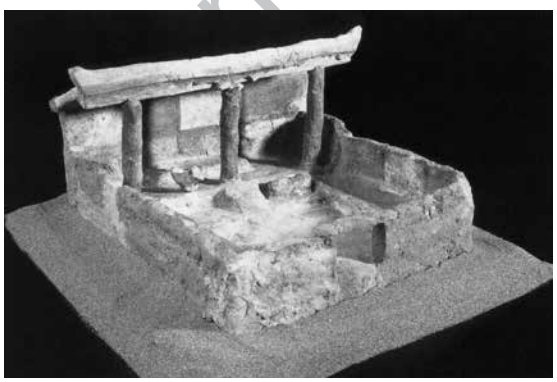
[49] El personaje femenino, o sacerdotisa, correspondería al personaje C de la escena del sacrificio; mientras que los personajes A y B corresponderían —de acuerdo con los atributos, adornos e indumentaria de su ajuar funerario— a los señores principales sepultados en las cámaras de las tumbas reales de Sipán (Alva y Donnan 1993).

[50] Tanto la disposición del cuerpo del personaje principal, con la cabeza hacia el sur, como la distribución de las hornacinas y su notaria ausencia en el muro norte, revelan que en esta región también las edificaciones funerarias reflejaban la organización del espacio de acuerdo a la orientación sacra dirigida hacia el sur.

plataforma elevada, se representan cubiertos por techos soportados por columnas o postes. A partir de los patios, y en la parte posterior de estos, se desarrollan vanos y corredores que dan acceso a la representación de cuartos o recintos menores (Castillo *et al.* 1997). Nos parece sintomático que estas representaciones arquitectónicas —bastante próximas a la configuración de espacios reales, como son algunos de los complejos presentes en Galindo o Pampa Grande— sean depositadas en las tumbas de elite, como si se quisiera dotar simbólicamente a los difuntos de sus espacios naturales de actividad, donde ejercían su poder y autoridad.[51]

En cuanto a la inclusión de ofrendas «exóticas» en las tumbas de elite, nos parece relevante destacar la presencia de ceramios afiliados a las tradiciones estilísticas e iconográficas de Cajamarca (sierra norte), Nievería y Pachacamac (costa central), así como de Wari. Además se encontraron cuchillos de obsidiana provenientes de la sierra sur central, lo que estaría indicando interacciones e intercambio a grandes distancias, e igualmente una notable inversión por parte de la elite en adquirir este tipo de bienes suntuarios y de alto prestigio, que habrían estado restringidos a su uso exclusivo (Castillo y Donnan 1994: 135-136). Pero también nos parece importante destacar que la inclusión de este tipo de objetos exóticos —como bienes personales y luego como parte del ajuar funerario— estaría evidenciando una crisis en los fundamentos ideológicos y religiosos, hasta ese entonces rígidos y excluyentes de lo foráneo. Esto reviste un grado aun más sintomático si se considera que algunos de los personajes enterrados eran no solo miembros destacados de la elite, sino además oficiantes de los principales eventos rituales moche. Bajo este punto de vista, habría que considerar la posibilidad de que mediante esta singular apertura a elementos revestidos con una innegable carga ideológica extraña —pero con un creciente prestigio en regiones que alcanzaban un predominio seguramente amenazador del orden reinante— estos objetos de prestigio expresaran de modo subliminal la necesidad de apuntalar el edificio social moche, seriamente afectado por una crisis que comprometía sus propios cimientos.

Fig. 272 – San José de Moro. Maqueta arquitectónica de arcilla no cocida (Castillo 2001: fig. 8).



Por otra parte, el análisis de los patrones de asentamiento durante el período Moche Tardío en los valles de Jequetepeque y Zaña, estaría señalando una inusitada presencia de asentamientos protegidos por fortificaciones o, en todo caso, muy próximos a reductos fortificados en la cima de una serie de cerros. Entre estos destacan Cerro Chepén y Cerro Cañoncillo en el valle de Jequetepeque, y Cerro Corvacho en el de Zaña (Dillehay 2001: figs. 1 y 2). De otro lado, los posibles sitios de carácter urbano no presentarían una ocupación continua y en ellos no se registraría una mayor inversión en la construcción de arquitectura pública prominente, tal como la que se aprecia en otros valles con ocupación Moche Tardío. Esta novedosa información permitiría suponer que en ciertos valles de la costa norte, durante el Moche Tardío, no sería factible asumir la presencia de entidades políticas centralizadas, con base en asentamientos urbanos del tipo ciudad y en una posición de dominio sobre un ordenamiento jerárquico de asentamientos de menor nivel. Más bien podría ser factible suponer una organización social fragmentada, derivada de la inexistencia de una autoridad estatal que permitiera regular las contradicciones y conflictos por el acceso y apropiación de recursos de vital importancia, como las tierras de cultivo y las aguas de regadío (Dillehay 2001; Castillo 2004).

[51] Podría parecer contradictorio que en la tumba M-U30, correspondiente a un niño o niña de cinco a siete años, se dispusieran nada menos que siete maquetas, sin embargo, parece ser que la condición social y la pertenencia de clase fueron refrendados por los moche sin importar el factor edad, lo que se reflejaría en los rituales fúnebres reservados a la elite, ya que en el caso del niño o niña en cuestión, aparte de una menor dimensión de la cámara, igualmente se dispuso de seis acompañantes, dos mujeres jóvenes colocadas a sus pies y cuatro niños enterrados con el relleno de la tumba, todos ellos aparentemente sacrificados (Castillo y Donnan 1994: 138-144).

ndo Editorial PUCP

La profundización de este tipo de estudios es de sumo interés, ya que nos aproxima a la naturaleza de los posibles conflictos que se procesaron en un período de crisis y de cambios profundos, como la etapa final de la sociedad moche. En este contexto, pudieron exacerbarse las contradicciones entre «ciudad y campo» —vale decir, entre las elites de base urbana y las comunidades campesinas de base aldeana— como también los conflictos de intereses entre facciones de la propia elite moche por conservar o legitimar su poder, en un momento histórico que sabemos derivaría finalmente en la debacle y colapso de su vieja estructura de poder (Dillehay 2001: 274-278).

Las transformaciones del modelo de asentamiento durante el Moche Tardío

La crisis que afectó a la sociedad moche durante su fase tardía, que como hemos visto, es claramente manifiesta en las esferas de la superestructura. También se percibe en el ámbito territorial y en las notables modificaciones que se verifican en el modelo de asentamiento, especialmente con el abandono de los antiguos centros urbano teocráticos y con el paralelo surgimiento de nuevos modelos de ordenamiento urbano, que se aprecian en importantes centros como Pampa Grande en Lambayeque y Galindo en el valle de Moche (Canziani 1989: 169-171).

Durante esta época es patente el ocaso de la ciudad de Moche dominada por las Huacas del Sol y la Luna. Los edificios monumentales son abandonados progresivamente, al igual que las estructuras públicas y habitacionales que conformaban los barrios urbanos. Las ocupaciones posteriores del sitio están referidas a evidencias de enterramientos tardíos, para los que posiblemente se elige este lugar por el áurea sagrada que debió perdurar entre las comunidades del valle.

Otro dato sintomático está dado por el contemporáneo abandono de la ocupación de los valles al sur de Moche, como Virú, Santa y Nepeña, en los cuales se había verificado una consistente presencia moche asociada a las fase III y IV, y donde se habían desarrollado importantes modificaciones territoriales, con la imposición de un modelo de asentamiento presidido por la instalación de importantes centros provinciales. Los escasos vestigios que se encuentran en estos valles correspondientes al Moche V, mayormente asociados a ofrendas funerarias, parecen más bien piezas de intercambio movilizadas en la intensa articulación interregional generada por el fenómeno Wari.

Tanto en el caso de Galindo en el valle de Moche, como en el de Pampa Grande en el de Lambayeque, se puede apreciar una clara tendencia a establecer los principales asentamientos Moche Tardío en el cuello de sus respectivos valles. Esta localización podría estar significando tanto la búsqueda de emplazamientos más protegidos, y por lo tanto mejores condiciones de defensa, como también de una ubicación estratégica para un control más estrecho de las bocatomas y los sistemas de irrigación de los valles, sin excluir las posibles ventajas de esta localización al tener un acceso más directo para el tráfico de intercambio —que se intensifica con creces durante el Horizonte Medio— con las poblaciones altoandinas de estas regiones.

En cuanto al nuevo modelo de ordenamiento urbano, los sitios de esta época manifiestan una acentuada zonificación de las distintas áreas que integran el espacio urbano. Se aprecia así una marcada diferenciación funcional entre los sectores urbanos, donde se concentran las estructuras ceremoniales y político administrativas, de aquellos destinados a albergar las estructuras productivas y habitacionales. Una característica saltante de los asentamientos urbanos del período es la existencia de grandes recintos rectangulares en los que se inscriben los espacios y estructuras de carácter ceremonial y político administrativas; asimismo, la presencia de una notable población organizada por sectores o barrios, en los cuales además de las unidades habitacionales se encuentran talleres que resuelven el desarrollo de una serie de actividades especializadas. Algunos centros urbanos de primer nivel que corresponden al nivel de ciudad —como Pampa Grande y Galindo—- manifiestan de manera tangible la existencia de algunos servicios urbanos, como el trazado de calles y pasajes para la circulación urbana, y la presencia de almacenes y depósitos. Otros servicios pueden ser inferidos a partir de las evidencias, como en el caso del abastecimiento de agua y de las subsistencias, al igual que la provisión de insumos para las manufacturas urbanas que se desarrollaban en estas ciudades, así como la redistribución de determinados bienes entre la población residente en la urbe e, inclusive, la posible recolección y disposición de la basura.[52]

Otro importante aspecto cualitativo, que se manifiesta en la morfología de algunos de los centros urbanos del Moche Tardío es el redimensionamiento de los montículos piramidales cuyas majestuosas moles dominaban el espacio urbano. Este rasgo es notorio en el examen comparativo

Fondo Editorial PUCP

entre la ciudad de las Huacas del Sol y de la Luna y Galindo. Sin embargo, en un trabajo anterior advertíamos que este no era el caso de Pampa Grande, donde las dimensiones de la pirámide principal siguieron siendo significativamente colosales. Pero aún en este caso la configuración de la pirámide es distinta, ya que se encuentra inscrita dentro de un gran recinto que comprende un conjunto de estructuras de carácter público (Canziani 1989: 170).

La persistencia en Pampa Grande del peculiar énfasis en la construcción piramidal de dimensiones monumentales podría explicarse en la necesidad de magnificar el poder político de las clases urbanas, con una edificación emblemática que lo representara de forma espectacular hacia la población, tanto del valle como del propio centro urbano. De otro lado, considerando que las construcciones piramidales constituyeron la sede tradicional de las principales actividades ceremoniales, no sería de descartar que la perpetuación de este tipo de proyectos urbanos estuviera, al mismo tiempo, vinculada con la readecuación por parte de las elites urbanas del aparato religioso y ceremonial, que hasta ese entonces había sustentado exitosamente el ejercicio del poder del Estado. A este propósito, la perpetuación de las construcciones piramidales en la región de Lambayeque durante los períodos tardíos podría sugerir que en este proceso de transición este tipo de edificaciones continuaron sirviendo como elementos emblemáticos del poder, sin que por esto hayan necesariamente correspondido a funciones de tipo ceremonial, sino más bien en cuanto soporte de complejos político-administrativos o residencias palaciegas de la elite urbana.[53]

Pampa Grande

Este importante sitio se ubica en la margen izquierda y en el vértice del extenso cono aluvial del valle de Lambayeque, a unos 58 kilómetros del litoral. Esta ubicación parece haber tomado en cuenta la posición estratégica que este sector presenta para el manejo del sistema hidráulico, ya que en él se encuentran ubicadas las bocatomas de los principales canales de irrigación, que hasta el día de hoy abastecen los canales de Taymi y Collique, dos de los canales principales que integran el extenso sistema intervalles que irriga Lambayeque.

El área de la ciudad, con una extensión cercana a las 250 hectáreas,[54] ocupa una amplia y árida planicie aluvial lateral al valle, que se extiende hasta las faldas del cerro Pampa Grande. En el ordenamiento del sitio destacan grandes recintos amurallados, tanto rectangulares como trapezoidales, que comprenden en su interior diversos tipos de estructuras. Entre estos sobresalen los dos recintos principales (A y B) construidos con murallas de adobe y que conforman los ejes y núcleo central del asentamiento, alojando en su interior a las principales edificaciones de carácter ceremonial y político-administrativo, como la gran Huaca Fortaleza y la Huaca 2, además de estructuras anexas a estas.

El recinto principal (A) presenta una planta ligeramente trapezoidal con 600 metros de sureste a noroeste y 400 metros de noreste a suroeste. La Huaca Fortaleza se emplaza en el sector sur, mientras que su extensa rampa, que se proyecta como eje del recinto principal unos 300 metros hacia el noroeste, divide este sector en dos. Los dos grandes sectores resultantes presentan a su vez subdivisiones en recintos menores que incluyen complejos con estructuras de almacenamiento y plataformas con columnatas. Por su parte, el recinto B, que mide 430 por 180 metros, se encuentra inmediatamente al norte del recinto principal, e igualmente presenta subdivisiones con recintos menores que incluyen la plataforma de la Huaca 2 y una serie de complejos con edificaciones de aparente función pública.

Fondo Editorial PUCP

[52] En el caso de Pampa Grande se advierte la disposición de basura y otros deshechos incorporados en el relleno durante la construcción de plataformas y edificios públicos (Shimada 1994: 181). Al respecto, parece lógico suponer que la administración de la ciudad haya dispuesto durante la ejecución de estas obras de concentraciones de deshechos, como resultado de una labor de «baja policía» en el centro urbano. Este señalamiento nos parece importante, debido a que estaría ligado a la presencia de botaderos en determinadas áreas o recintos destinados a la acumulación de desperdicios, cuyo registro arqueológico podría corroborar el ejercicio de este servicio urbano.

[53] Ver a este propósito en el capítulo 6, el complejo de Batán Grande y, especialmente, Túcume, donde se excavó un complejo político administrativo sobre Huaca Larga y una estructura aparentemente residencial sobre la cima de la Huaca 1, una de las pirámides principales del sitio (Narváez 1996).

[54] Shimada (1994: 140) señala para Pampa Grande una extensión de 4,5 a 6 km² (es decir entre 450 y 600 hectáreas). Sin embargo, nuestras mediciones y la estimación del área sobre la base de la escala gráfica de sus propios planos (ibid.: figs. 7.1 y 7.3) revelan que esta extensión, en uno u otro caso, resulta bastante sobredimensionada.

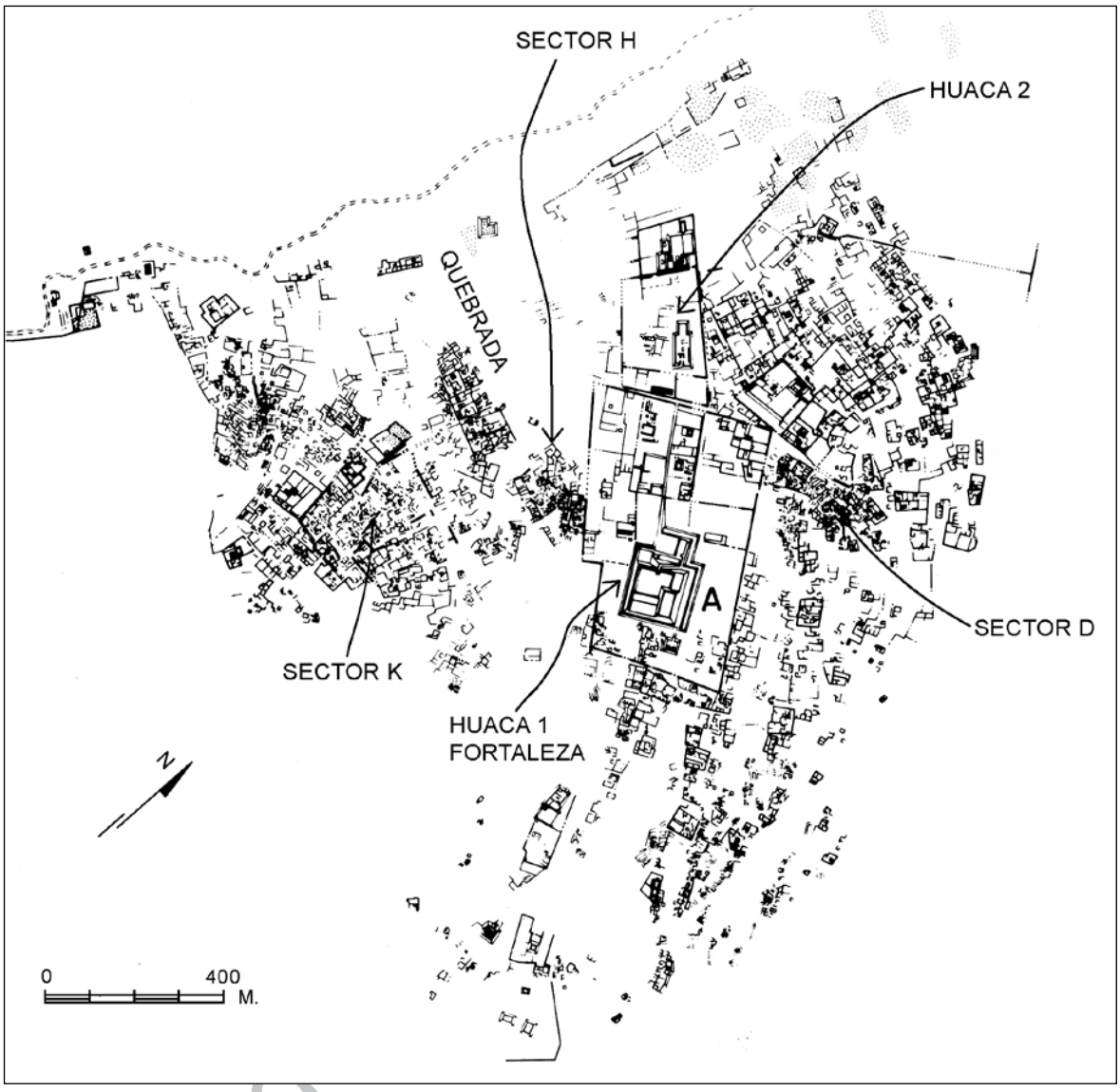


Fig. 273 – Pampa Grande. Plano general de la ciudad (redibujado de Shimada 1994: fig. 7.1).

Alrededor de estos dos recintos mayores se aglutinan otros de menores dimensiones, siempre con cercados de planta rectangular o trapezoidal. Estos recintos menores corresponden a complejos de diferente tipo y función, y presentan una marcada variación en su ordenamiento y orientación, lo que aparentemente respondió al crecimiento progresivo de la ciudad y a la necesidad de amoldarse a la topografía de los terrenos disponibles, así como a la presencia de escorrentías aluviales que en su descenso atraviesan la pampa en varías direcciones. Mientras tanto, los denominados «barrios populares», con su característica aglomeración de unidades habitacionales y productivas, se concentran en la periferia oeste y norte de la ciudad, pero también se encuentran entre los complejos menores e, inclusive, inmediatamente próximos a los recintos principales, como los sectores D y H (Shimada 1994: 140-145).

Huaca Fortaleza, la pirámide principal, constituye el más destacado hito visual del asentamiento. Se localiza, como acontece en otros sitios moche, teniendo como telón de fondo la mole imponente y tutelar del cerro Pampa Grande. La pirámide tiene una planta de unos 250 por 180 metros, mientras que su cima supera los 30 metros de altura. El cuerpo principal, donde alcanza la mayor altura, se desarrolla al sur del monumento. Hacia el norte presenta dos terrazas de nivel descendente, conectadas entre sí mediante rampas que permiten el ascenso hasta la cima de la pirámide. Desde el nivel de la primera terraza, al norte, se desarrolla la extensa rampa que desciende al nivel del recinto principal, dividiéndolo en dos mitades.

Si bien el volumen de la pirámide rememora las características de las huacas de Moche, hay que advertir que su configuración es algo diferen-

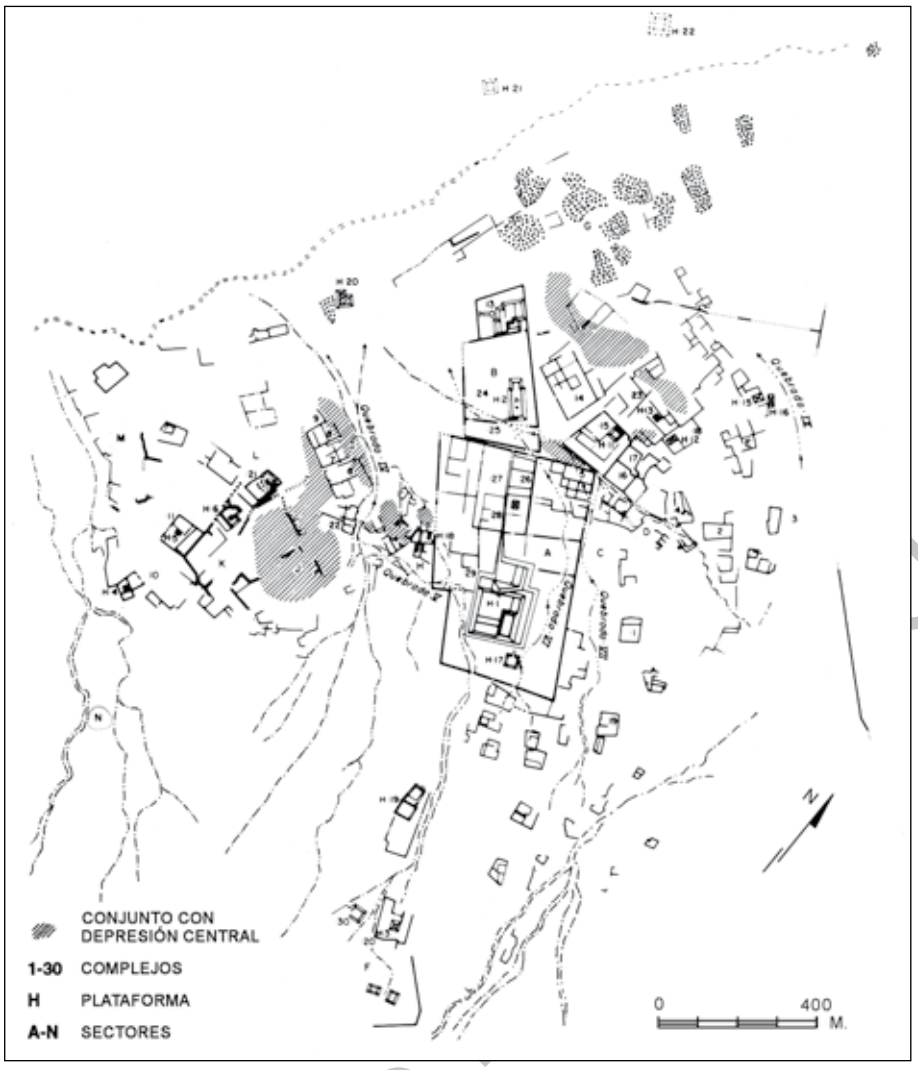


Fig. 274 – Pampa Grande. Plano del sector central con la Huaca Fortaleza y los complejos asociados (redibujado de Shimada 1994: fig. 7.3).

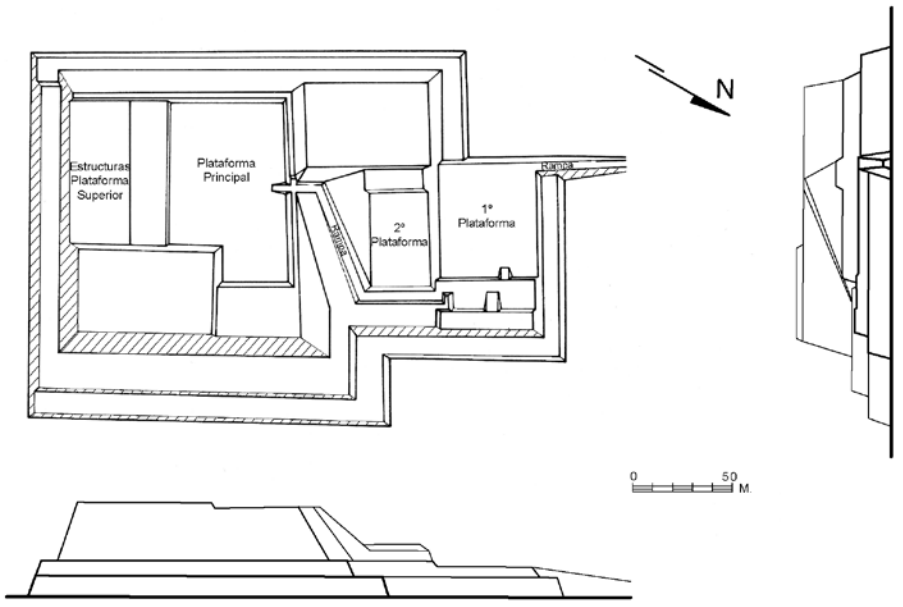
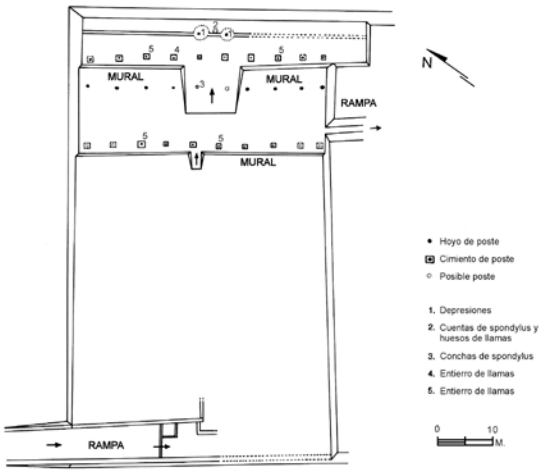


Fig. 275 – Pampa Grande. Plano y elevaciones de la Huaca Fortaleza (redibujado de Shimada 1994: fig. 7.7).

te.[55] En primer lugar, no se encuentra enfrentada a una gran plaza, como la Huaca de la Luna o de la Huaca de Cao, sino integrada a un enorme recinto con una nutrida presencia de complejos político-administrativos, que se ubican al pie de la propia pirámide y a ambos lados de la extensa rampa. Ante la notoria ausencia de este amplio espacio público, se podría inferir una mayor restricción en el acceso y participación de la población a los eventos ceremoniales y políticos, asociados a las actividades desarrolladas en la pirámide. A diferencia de lo que debió acontecer en las pirámides del Moche Temprano y Medio de la región sureña, que expresan con sus grandes plazas anexas una vasta convocatoria.

En todo caso, otros espacios sobre las plataformas inferiores del volumen escalonado de la pirámide, y sobre su propia cima, podrían haber cubierto parcialmente y de manera mucho más restringida y reservada estas funciones. En este sentido, las excavaciones de Haas (1985) en la primera plataforma expusieron la presencia de un espacio, a manera de patio, al que se accedía desde el suroeste mediante la rampa principal, y que presentaba en el otro extremo, al noreste, una columnata que se desarrollaba sobre dos plataformas bajas escalonadas, con rampas centrales (Shimada 1994: fig. 7.15). Podría deducirse que se trataba de espacios de especial representatividad por la presencia de pintura mural, la que decoraba los paramentos de las plataformas sobre las que debió levantarse una estructura techada. Esta estructura sirvió, a su vez, de obligada antesala que se debía trasponer para proseguir desde allí, mediante el arranque de un nuevo tramo de rampa, el ascenso hacia la segunda terraza y luego hacia la cima de la pirámide.

Fig. 276 – Pampa Grande. Plano de las estructuras sobre la primera plataforma de la Huaca Fortaleza (redibujado de Hass en Shimada 1994: fig. 7.15).



En este último nivel, las excavaciones en la plataforma más elevada de la pirámide revelaron el desarrollo de un amplio espacio, a modo de plaza elevada, y al sur de esta la presencia de una edificación alargada, compuesta por una serie de aposentos dispuestos en hilera, que Haas supone cumplieron la función de un complejo de carácter palaciego, dada su localización emblemática y la presencia en su frontis de pintura mural, formando un friso representando felinos, así como por el hallazgo de una serie de ofrendas depositadas en lugares significativos de la edificación (Shimada 1994: fig. 7.16).

En cuanto a las características constructivas de la pirámide, se puede sostener, en términos generales, que están afiliadas a las tecnologías constructivas empleadas tradicionalmente por los moche para la edificación monumental de plataformas y volúmenes piramidales. La construcción fue realizada utilizando adobes paralelepípedos rectangulares, algunos de los cuales exhiben marcas. La mayor parte de los volúmenes de la pirámide fueron construidos masivamente con adobes, mediante la disposición de estos en bloques constructivos compactos (Canziani 1989: 173-174). Mientras tanto, el empleo de la técnica constructiva de cámaras de relleno (Haas 1985; Shimada 1994),[56] estaría restringido a las últimas fases constructivas de la pirámide. Es decir, se limitaría a los niveles superiores de las plataformas superpuestos a los volúmenes construidos masivamente con adobes.

[55] Algunos autores han observado que la Huaca Fortaleza presenta un talud llano y no el escalonamiento que tradicionalmente se encuentra en las pirámides de la región sureña de Moche. Por ello, muchos investigadores han asumido como consecuencia que esto podría estar reflejando un único episodio constructivo (Shimada 1994: 162). Argumento que no es válido, ya que el escalonamiento no necesariamente expresa superposiciones arquitectónicas. Por su parte, Reindel (1997) advierte que los edificios piramidales al norte de Chicama se caracterizan por sus fachadas llanas, mientras los del sur por tenerlas escalonadas. Sin embargo, no concordamos con él cuando en su clasificación regional sostiene que los edificios sureños no presentan rampas perpendiculares a las fachadas —que como hemos visto han demostrado tener una relevante presencia— o cuando indica que el escalonamiento respondió necesariamente a razones estructurales o a la superposición de plataformas (ibid.: 98). Tal como señalamos previamente, en el caso de las Huacas del Sol y la Luna el escalonamiento de sus fachadas fue frecuentemente un tratamiento de acabado y no respondió necesariamente a razones estructurales ni a al desarrollo de superposiciones constructivas.

Editorial PUCP

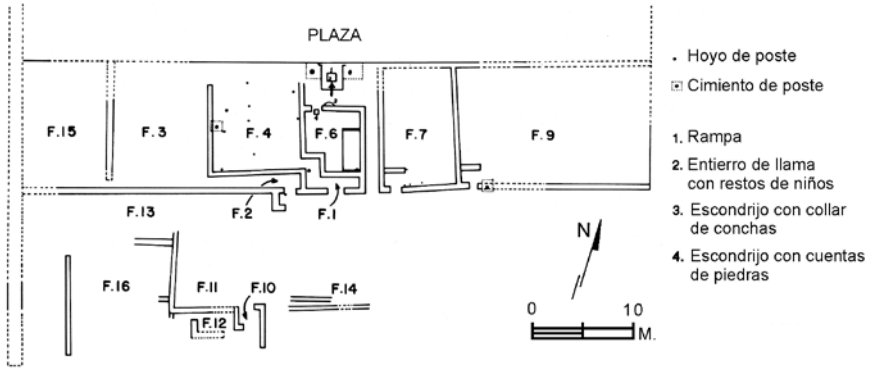


Fig. 277 – Pampa Grande. Plano de las edificaciones palaciegas sobre la cima de la Huaca Fortaleza (redibujado de Hass en Shimada 1994: fig. 7.16).

En cuanto a los aspectos innovadores que exhibe Pampa Grande, es de gran relevancia la presencia de complejos asociados al manejo de estructuras de almacenamiento y depósito (Anders 1977; 1981). Este nuevo tipo de complejos en el seno de la entidad urbana, estarían anticipando la creciente importancia que adquirirán los sistemas de redistribución en las formaciones estatales más tardías. Tanto la localización preeminente de algunos de estos complejos arquitectónicos, donde se privilegia su asociación directa con los recintos y pirámides principales, como su elaborado modelo de organización espacial y esmerada construcción, permiten inferir que estos sistemas redistributivos fueron institucionalizados y formaron parte de la política implementada por la organización estatal, en cuanto debieron constituir uno de los puntales principales para la afirmación y ejercicio del poder de la elite urbana. En este sentido, la especial localización de algunos de estos complejos de almacenamiento (U-26, 27, 28) —próxima al acceso principal del recinto mayor y en directa relación con la rampa que asciende hacia la pirámide— manifiesta que desempeñaban un rol especial en la articulación de las actividades que se desarrollaban en el recinto, y entre estas con las que tenían lugar en los niveles elevados de la pirámide.

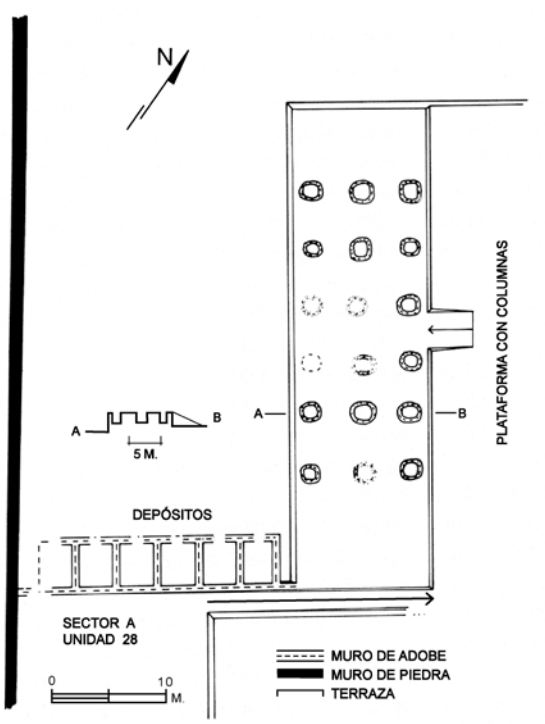
Un primer tipo de estos complejos de almacenamiento (U-26, 27 y 28) se caracteriza por

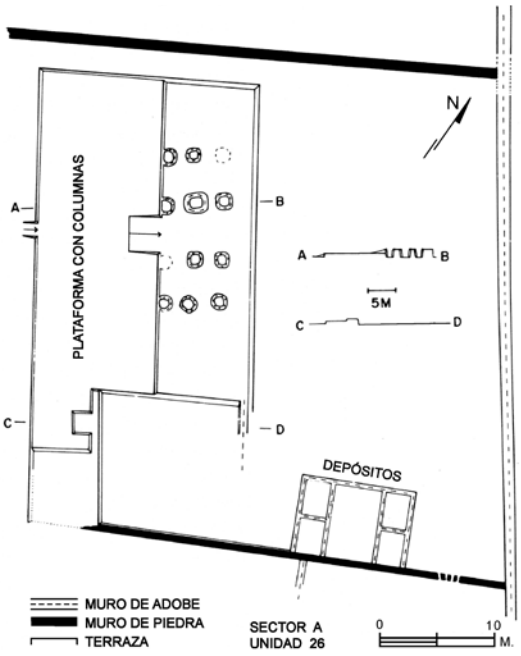


Fig. 278 – Pampa Grande. Vista de la esquina oeste de la Huaca Fortaleza, en la que se aprecia su edificación masiva con adobes (foto: J. Canziani 1989).

[56] Esta técnica constructiva consiste en conformar, mediante muros perimétricos de adobe, una serie de cámaras destinadas a contener rellenos con piedras, arena o materiales de deshecho. El adosamiento horizontal de estas cámaras y su alineamiento ortogonal generaba una retícula o emparrillado. Una vez rellenadas las cámaras, estas eran selladas con un piso, dando lugar a un nuevo nivel de las plataformas en construcción.

Editorial PUCP





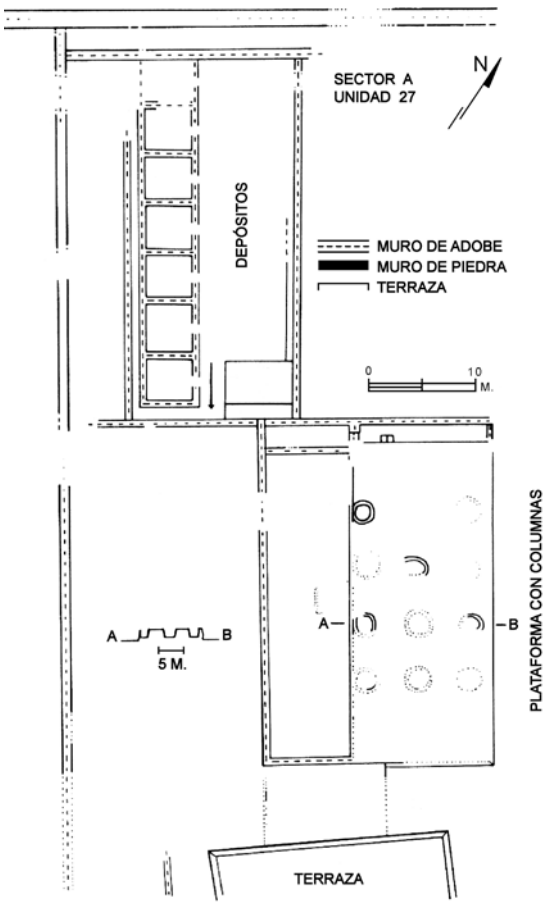


Fig. 279 – Pampa Grande. Plano de los complejos de depósito U-26, 27 y 28 (redibujado de Anders 1981: 399-400).

desarrollarse dentro de una unidad cercada por muros y estar compuestos por un gran patio; en uno de cuyos lados se ubica una plataforma con rampa y columnatas, evidenciando que fueron edificios techados. Al otro extremo del patio se localiza una estructura con una hilera ordenada de cinco a siete cubículos de depósito, con una capacidad total de almacenamiento de 115, 235 y 132 m^3, respectivamente (Anders 1981: 399-400). Esta especial configuración sugiere la presencia de funcionarios de cierto rango ubicados en una posición prominente sobre las plataformas techadas, supervisando o administrando el movimiento de los bienes almacenados en los depósitos por parte del personal dependiente.

Significativamente, estos tres complejos de almacenamiento se localizan a ambos lados del tramo final de la gran rampa que desciende de la pirámide principal y en proximidad del acceso central del gran recinto, lo que revela su obvia relación con las actividades destacadas que en esta se desarrollaban. Si a esto agregamos las dimensiones relativamente contenidas y el número reducido de cubículos que las componen, se puede suponer justificadamente que estas estructuras debieron de estar destinadas al almacenamiento de bienes de prestigio o de carácter suntuario, posiblemente relacionados con actividades rituales o destinados a su consumo ceremonial, aún cuando se puede contemplar también un manejo redistributivo de estos bienes, en el marco de las relaciones de reciprocidad asimétrica establecidos

por la elite dominante para afianzar la estructura de poder impuesta a la población del valle y de la propia ciudad.

Un segundo tipo de complejos de almacenamiento (U-25, 29, 30) se caracteriza siempre por estar enmarcado dentro de un recinto, pero en este caso los cubículos de depósito están dispuestos simétricamente en doble hilera y está ausente la presencia de la plataforma con columnata y rampa. Estos presentan una mayor cantidad de cubículos (24, 20 y 30, respectivamente) y destacan por su notable capacidad total de almacenamiento: 1.344, 570 y 487 m^3 (Anders 1981: 395-396). De estos complejos, dos se encuentran dentro de los recintos mayores, U-25 al sur del recinto de la Huaca 2; U-29 dentro del recinto principal y al pie de la esquina oeste de la base de la pirámide de la Huaca Fortaleza; y U-30 a unos 700 metros al sur de la pirámide principal sobre una plataforma escalonada. Este último edificio, no obstante su aparente lejanía con relación al núcleo central del asentamiento, sintomáticamente se emplaza a lo largo del eje principal de la ciudad y fue construido también con adobe, revelando así su

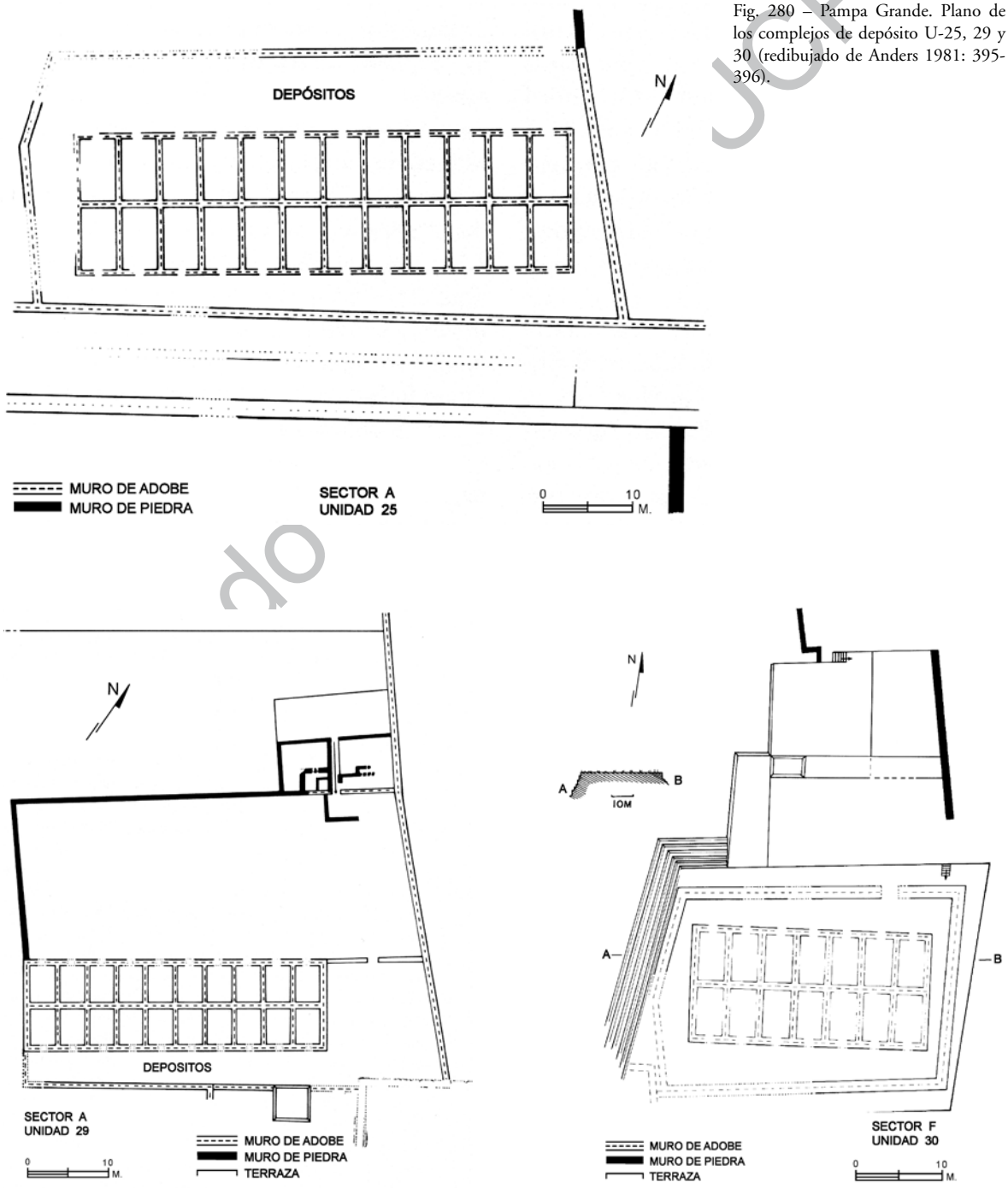


Fig. 280 – Pampa Grande. Plano de los complejos de depósito U-25, 29 y 30 (redibujado de Anders 1981: 395-396).

carácter de obra pública dentro del centro urbano, y su relación aparente con los sistemas de acumulación y redistribución implementados por la elite urbana.

Un tercer y último tipo de estructuras de almacenamiento (U-32, 51) (Anders 1975: 52) se caracteriza más bien por localizarse en zonas estratégicas de los barrios con unidades de carácter residencial y de producción manufacturera. Estos depósitos presentan un número limitado de cubículos (5 y 3, respectivamente) y una capacidad variable de almacenamiento (153 y 27 m^3). Estos depósitos fueron los únicos en los que los arqueólogos hallaron algún indicio de su posible contenido, con la presencia de maíz y frejoles (Anders 1975; 1981). Estas evidencias, así como el tipo de contexto urbano asociado a estas estructuras, permite inferir una posible función destinada al almacenamiento de productos alimenticios para el abastecimiento de los pobladores de estos barrios, aun cuando no se puede excluir que algunos de estos estuvieran destinados también a almacenar materias primas o productos relacionados con la actividad de los talleres. Sin embargo, el que fueran construidos con adobe y que en algunos casos, como U-51, se inscribieran dentro de una unidad que presenta plataformas escalonadas con rampas y estrados, permitiría suponer que su manejo correspondía a personajes en una posición prominente de control y administración dentro de estos barrios, quizá en cuanto funcionarios del aparato centralizado de la entidad estatal (Shimada 1994: fig. 7.18).

Es importante destacar que en Pampa Grande todos los complejos y estructuras principales fueron construidos con adobe. Este es el caso de los recintos principales A y B, las plataformas piramidales, los complejos político-administrativos, los depósitos y las posibles estructuras residenciales de la elite gobernante; a diferencia de las estructuras de los barrios ocupados por los sectores populares o, inclusive, de ciertas unidades residenciales de segundo o tercer orden,[57] cuyos muros generalmente están construidos con mampostería de piedra y quincha. Esta marcada diferenciación estaría evidenciando una selección discriminatoria, tanto de los materiales como

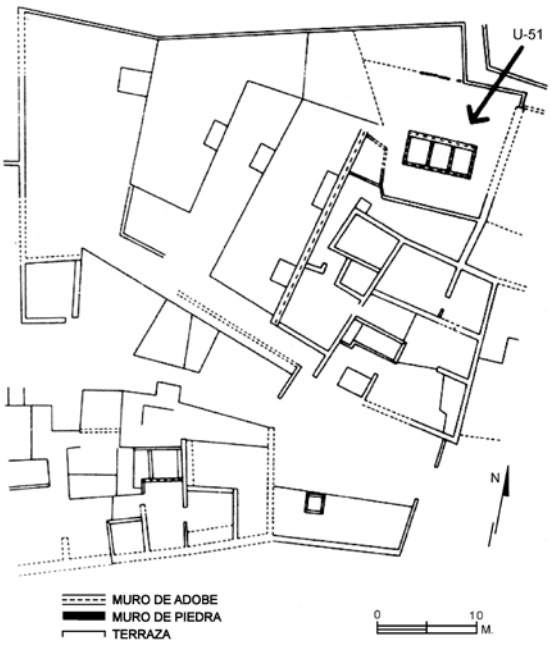


Fig. 281 – Pampa Grande. Estructura de depósito U-51 adscrita a un barrio con unidades residenciales (redibujado de Anders 1981).

de las técnicas constructivas a emplearse en las construcciones que formaron parte de las obras públicas realizadas por la entidad estatal.

Dada su gran extensión y la densidad de estructuras urbanas, Pampa Grande debió albergar una notable población. Esta habría estado compuesta por especialistas dedicados a la textilería, cerámica, metalurgia, la confección de abalorios de conchas e inclusive de la elaboración a gran escala de chicha. De esto dan testimonio las consistentes evidencias de talleres dedicados a la elaboración de estos productos (ibid.: 191-216). Algunas de estas estructuras de producción especializada configuran típicas viviendas taller, como en el caso de la unidad 38 en el sector H (ibid.: 169-171, fig. 7.30), a la que se llega desde una plaza circulando por un largo pasaje que termina en su único y estrecho acceso. Una vez traspuesto el acceso, se ingresa a un área irregular que debió operar como patio, asociada a la cual se encuentra un espacio que contiene banquetas, como si se tratara de un espacio destinado a las relaciones públicas y quizá a la supervisión del acarreo y transporte de los productos con el ingreso de

[57] Este es el caso del Complejo 3 (Shimada 1994: 177, fig. 7.37), que corresponde aparentemente a una unidad residencial de cierto estatus, construida con mampostería de piedra y que dispone, en una posición central, de un patio enfrentado a una plataforma con rampa. La asociación y especial configuración de estos rasgos arquitectónicos permiten inferir actividades con ciertos personajes situados en una posición prominente, acentuado así su autoridad o posición de poder. Este mismo tipo de configuración se puede apreciar en algunos de los complejos principales de Galindo, e inclusive en la representación de estos en las maquetas halladas en las tumbas de elite de San José de Moro (Castillo y Donnan 1994; Castillo *et al.* 1997).

Fondo Editorial

llamas al patio. Un corredor central, que parte desde esta área de ingreso, divide todo el conjunto en dos, permitiendo la circulación a lo largo de los cuartos y recintos que se ordenan a ambos lados del corredor. Las excavaciones arqueológicas realizadas en estos espacios permiten reconstruir el tipo de función y las actividades que en ellos se realizaron, como la preparación y fermentación de chicha, el almacenamiento,[58] la elaboración y consumo de alimentos, así como la disposición de cuartos destinados a la vida familiar (Shimada y Shimada 1981).

Se puede percibir que estos barrios o sectores estuvieron articulados entre sí mediante calles, pasajes e inclusive senderos que aprovecharon el curso de las escorrentías que atraviesan la ciudad. Estas vías parten o confluyen en algunas áreas amplias y abiertas, a modo de plazas, que debieron configurar espacios públicos para la interrelación de los habitantes de las distintas unidades y complejos, como de los distintos barrios y sectores de la ciudad.

Finalmente, se puede apreciar claramente que el ordenamiento urbano general muestra la inexistencia de una planificación rígida y global del asentamiento, aun cuando se manifiesta la existencia de una planificación sectorial, con mayor énfasis en los principales recintos que conformaron el núcleo ceremonial y político administrativo de la ciudad, alrededor del cual se aglutinan los demás sectores un tanto desordenados, como posible fruto de la adaptación a la topografía del lugar y del sucesivo crecimiento de la ciudad, por agregación, de los diferentes conjuntos y sectores habitacionales y productivos.

Galindo

Durante las fases finales del sitio de Moche, que conducirán a su progresivo abandono, habría surgido Galindo. Un asentamiento emblemático del urbanismo del período Moche Tardío en la región sureña de los dominios moche. El sitio se ubica en la margen derecha del valle de Moche, a poco más de veinte kilómetros del litoral. Por encima del canal principal que limita las tierras de cultivo, sobre las laderas eriazas que se desa-

Editorial PUCP



Fig. 282 – Pampa Grande. Plano del Sector H (M. e I. Shimada 1981: fig. 9).

[58] Al igual que lo documentado para la ciudad de Moche, muchas de las unidades tanto habitacionales como productivas contaron con facilidades para el almacenamiento y depósito, para lo cual dispusieron de pequeños recintos o cubículos, y de grandes tinajas dispuestas sobre banquetas o semienterradas en los pisos.

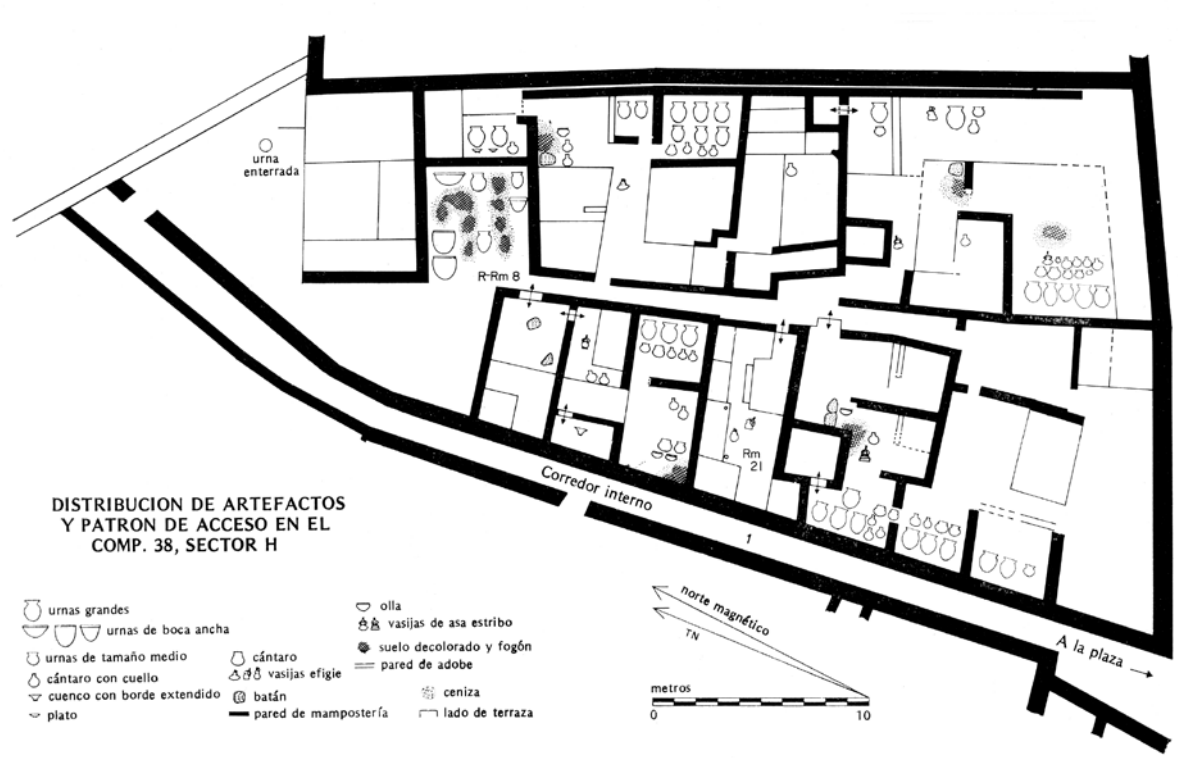


Fig. 283 – Pampa Grande. Plano del Conjunto 38 del Sector H (M. e I. Shimada 1981: fig. 10).

rrollan al oeste del cerro Galindo, que forman un amplio llano cortado por un cauce aluvial que desciende de la quebrada de Caballo Muerto.

Se trata de un asentamiento bastante extenso que ocupa un área de unas 250 hectáreas.[59] Allí destacan largos amurallamientos, grandes recintos rectangulares y montículos de plataformas, que se localizan en el llano, al igual que otras estructuras correspondientes a viviendas y talleres (Bawden 1982: 290). En el llano, los sectores B y A1, al sur y norte del cauce de la quebrada, concentran importantes complejos de carácter público. Estos sectores se encuentran separados de las laderas del lado oeste del cerro Galindo —que sintomáticamente registran una ocupación habitacional correspondiente a sectores sociales de carácter popular— por una gruesa y extensa muralla de unos 800 metros de largo.

En el sitio es notoria la ausencia de plataformas o montículos piramidales que sobresalgan en el paisaje urbano. Más bien la arquitectura pública dominante está constituida por complejos conformados por recintos amurallados rectangulares. Algunos de estos incluyen plataformas, como en la Plataforma A en el Sector B, que se encuentra enmarcada dentro del mayor de este tipo de complejos,[60] que se caracteriza por presentar un recinto amurallado rectangular de 250 por 130 metros con un solo acceso en el lado noreste. La plataforma que se emplaza al suroeste del recinto tiene 50 metros de lado y 8 metros de alto. Este último dato nos permite medir la notable diferencia existente entre el modesto tamaño de la mayor de las plataformas de este centro urbano, en comparación con las colosales dimensiones que alcanzaban los montículos piramidales

[59] En este caso también se señala áreas por cierto sobredimensionadas. Bawden (1982: 289; 1999: 286) le asigna una extensión de cerca de 6 km² (600 hectáreas) cuando la estimación del área sobre la base de su propio plano (Bawden 1982: fig. 12.1) resulta evidentemente bastante menor.

[60] Bawden, haciendo uso de una lícita analogía, plantea que este tipo de complejos pudo representar un modelo antecedente de los complejos político-administrativos conocidos como «ciudadelas» en la ciudad de Chan Chan de época Chimú. Sin embargo, parece discutible que a estos complejos se les asigne —como forzado retorno de la analogía en cuestión— la función de «residencias de elite» (Bawden 1982: 296) —lo que, como veremos en el capítulo respectivo, está en cuestión para el propio caso de Chan Chan— y un supuesto carácter funerario a la plataforma, sin la exposición de mayores argumentos empíricos de sustento. (Bawden 1999: 288-289).

Fondo Editorial

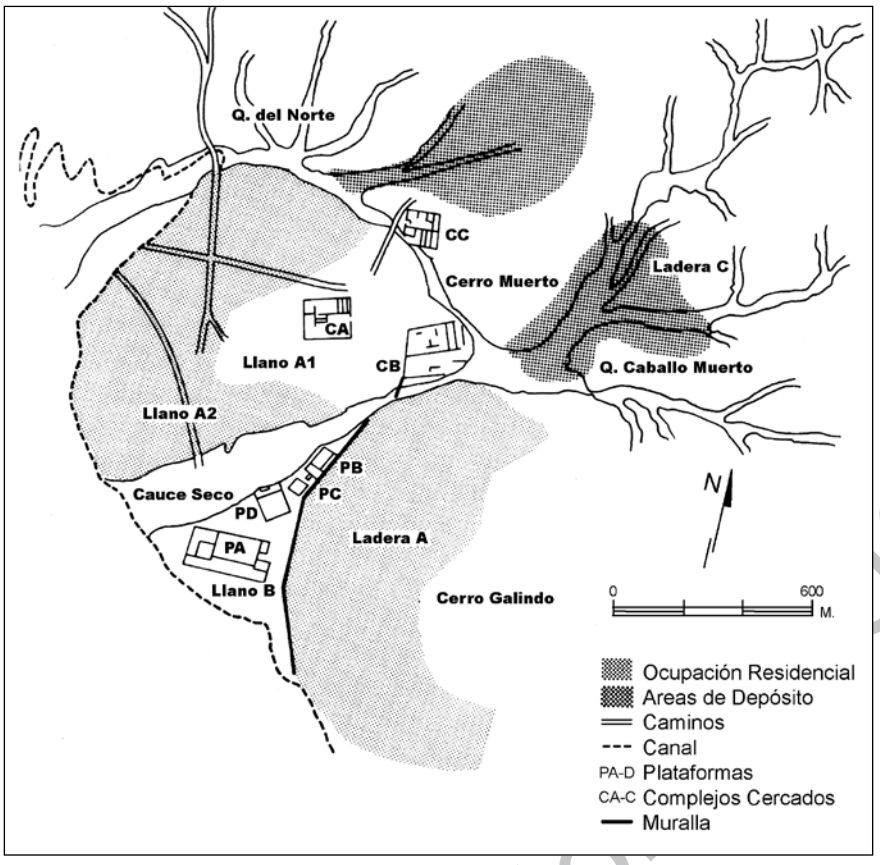


Fig. 284 – Galindo. Plano general (redibujado de Bawden 1982: 291).

de las fases anteriores, como las Huacas del Sol y la Luna en el sitio de Moche.

El recinto que comprende la Plataforma A está dividido interiormente en distintos subsectores por muros paralelos y por el propio emplazamiento de la plataforma. El mayor de estos espacios conforma una plaza en la esquina noreste, con banquetas perimetrales y a la que se ingresa desde el exterior mediante el único acceso del recinto. La circulación hacia la plataforma se resolvía mediante el desarrollo de rampas y banquetas laterales (Bawden 1982: 295, fig. 12.2). La configuración general de este recinto sugiere una posible función palaciega de carácter político- administrativo y quizá también ceremonial, con la plaza como espacio para el despliegue de paradas, banquetes o festividades. Actividades que debieron ser presididas por quienes se ubicaban sobre el espacio elevado de la plataforma.

Fondo Editorial PUCP

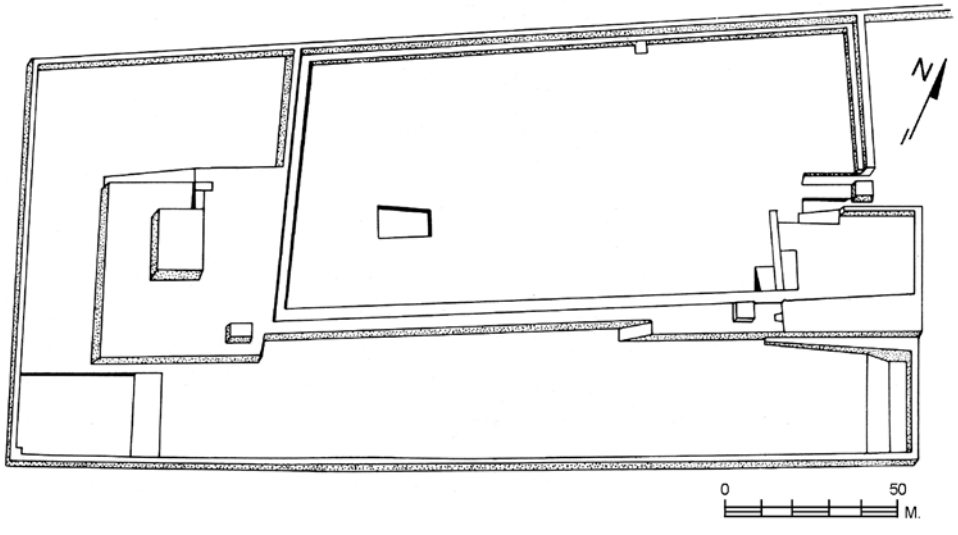


Fig. 285 – Galindo. Reconstrucción isométrica del complejo correspondiente a la Plataforma A (redibujado de Bawden 1982: 294).

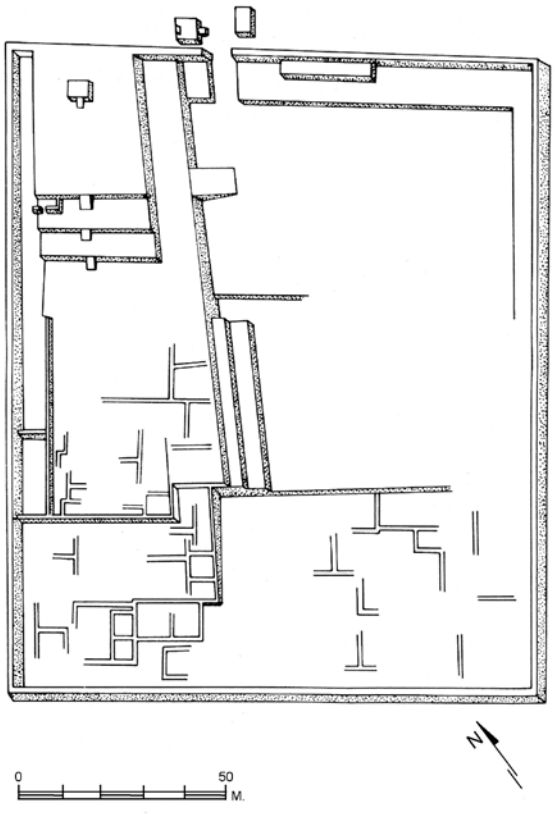


Fig. 286 – Galindo. Vista panorámica desde el noreste del complejo correspondiente a la Plataforma A (foto: J. Canziani 1989).

En la parte más elevada del llano, que se extiende al norte del cauce (sector A1), destacan tres grandes recintos (A, B y C) que se localizan en zonas libres de otras construcciones, a excepción de algunas unidades residenciales bastante elaboradas que se encuentran en sus inmediaciones. Estos complejos se caracterizan por presentar grandes recintos rectangulares, con muros perimétricos de adobe en el caso de A y B y que presentan divisiones en su interior mediante muros del mismo material (Bawden 1982: 297-302). El más representativo de estos es el Complejo A (ibid: fig. 12.3), con un recinto de 170 por 135 metros, cuyo único ingreso se ubica también en el lado noreste, dando acceso a una plaza con banquetas y rampa lateral. Al sur se encuentran otros sectores con restos de pequeños recintos con evidencias de la preparación de alimentos, lo que podría estar señalando una posible función residencial de estos. Mientras tanto, en el cuadrante norte del complejo se presenta una secuencia de plataformas escalonadas conectadas mediante una serie de rampas alineadas, en cuya cima se ubica un estrado o trono con una rampa adosada. De acuerdo a estos rasgos, este sector parece haber sido destinado a servir de marco a determinadas actividades presididas por personajes de alto rango posicionados sobre los estrados, tal como se ilustra ampliamente en las representaciones de la iconografía moche.

La recurrente relación de proximidad espacial entre los complejos con recinto rectangular y algunas estructuras residenciales de elite, amplias y muy bien elaboradas, que comprenden cuartos con banquetas, numerosos espacios de almacenamiento, grandes cocinas y ambientes formales dotados con banquetas y estrados, permite establecer hipotéticamente que estas estructuras residenciales habrían albergado a personajes de alto estatus, con un rol protagónico en las actividades

Fig. 287 – Galindo. Reconstrucción isométrica del Conjunto A (redibujado de Bawden 1982: 298).



Fondo Editorial PUCP

que tenían lugar dentro de los complejos vecinos (Bawden 1982: 299-300).

Estas estructuras residenciales representarían en Galindo las unidades de más alta jerarquía, coronando una marcada diferenciación en lo que se refiere a dimensiones, niveles de complejidad en la organización espacial y tipo de acabados, y tienen como contraparte, en el otro extremo, a las unidades habitacionales más modestas localizadas en las laderas del Cerro Galindo. No obstante la diversidad de categorías de viviendas presentes, aun en las más sencillas, se puede percibir la distribución de las actividades domésticas, especialmente la identificación de aquellos espacios que resolvían la preparación de alimentos y que proporcionaban facilidades de almacenamiento. Es de destacar entre las estructuras ubicadas en el llano la presencia de un gran número de unidades de vivienda que están asociadas a espacios cercados, utilizados como corrales para llamas y que se configuran como apéndices de las mismas. Algunos de estos corrales estuvieron también asociados a talleres. Este es el caso significativo de un taller de ceramistas, donde se puede suponer que su producción pudo ser distribuida, como también abastecida de insumos, mediante el transporte de las llamas, cuyo corral adicionalmente brindó la posibilidad de contar con una abundante provisión de estiércol, utilizado como combustible para la quema de la cerámica.

En Galindo también se encuentran estructuras aparentemente destinadas a fines de almacenamiento público, pero a diferencia de Pampa Grande, en este caso no se dio en estructuras formalizadas e integradas a los complejos, sino en sectores específicos del asentamiento que habrían sido especialmente seleccionados para este



Fig. 288 – Galindo. Vista de los cimientos de muros y banquetas correspondientes a una edificación de vivienda (foto: J. Canziani 1989).

fin. Se trata, según Bawden (1982: 304-307), de dos quebradas ubicadas entre los cerros al norte del sitio y en cuyas laderas se observan múltiples estructuras de piedra, formando recintos de pequeñas dimensiones dispuestos en terrazas. Dentro de estos se registró una abundante presencia de tiestos correspondientes a grandes tinajas de almacenamiento, que al parecer estuvieron dispuestas en hileras y encajadas sobre banquetas existentes dentro de estos recintos. Si bien el acceso hacia estas zonas de almacenamiento estaba limitado por la propia topografía de las quebradas, parece que los complejos C y B, localizados en las inmediaciones del ingreso natural a estas, habrían podido servir de elemento de control para el acceso y manejo de los bienes allí depositados.

Galindo constituye así un centro urbano de notable complejidad y extensión, destacando en el sitio los recintos de aparente función político-administrativa, cuya presencia revelaría la creciente importancia que asumen sectores civiles de la población en los centros urbanos de la

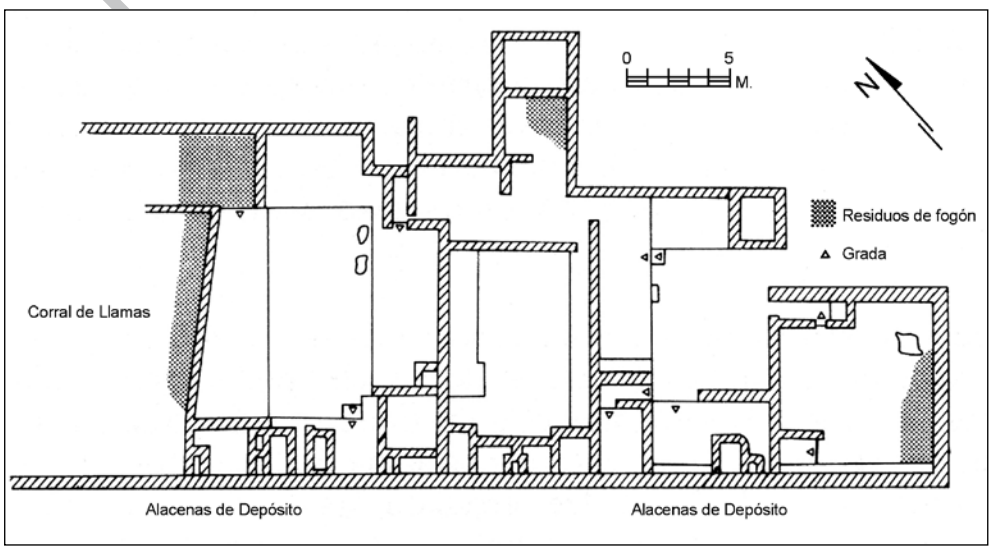


Fig. 289 – Galindo. Plano de una unidad residencial en la que se aprecia la presencia de depósitos y a la que se asocia un corral de llamas (redibujado de Bawden 1982: 315).

Fondo Editorial PUCP

época. Mientras tanto, las dimensiones reducidas de las plataformas expresarían la declinación de las actividades ceremoniales o, por lo menos, del enorme peso que anteriormente tuvo la religión en todas las esferas de la actividad social. Se trata de un centro urbano en cuyos talleres se resolvía la producción especializada de una amplia gama de bienes, como textiles, cerámica y artículos de metal, buena parte de los cuales estuvo destinada al consumo por parte de la mayoría de la propia población urbana, tal como se puede deducir en el caso de la cerámica, con el consistente hallazgo de vajilla fina en las estructuras de vivienda (Bawden 1982: 310).

Evidentemente, la población urbana se encontraba estratificada en clases sociales distintas, de lo que da testimonio tanto la segregación física que separó a los habitantes del área llana de quienes estaban asentados en las laderas del cerro; al igual que las diferencias marcadas en cuanto a la calidad de las viviendas; como también el acceso diferenciado al consumo de bienes y subsistencias e, inclusive, en las mayores dificultades para contar con servicios básicos, como debió ser el esforzado acarreo de agua para los que habitaban las zonas escarpadas de las laderas. Mientras tanto, todo indicaría que las zonas urbanas destinadas al almacenamiento —y por lo tanto a los bienes depositados en ellas, en cuanto base de poder económico— habrían estado bajo el manejo y la administración de las elites urbanas que desarrollaban su actividad en los complejos con recintos amurallados y que residían en las unidades residenciales de mayor jerarquía.

Los frecuentes corrales de llamas, su asociación con los talleres y la concentración poblacional de este asentamiento, sugieren la existencia y articulación de sistemas de intercambio que interesaban cuanto menos el ámbito regional. Mediante estas redes de intercambio debieron de asegurarse la provisión de los insumos y productos necesarios para el desarrollo de la producción urbana y el sustento de su numerosa población; como también debieron de establecerse los nexos necesarios con la población rural, para garantizar el abastecimiento sostenido de la ciudad, posiblemente a cambio de la provisión de productos y servicios de base urbana. Por su parte, la existencia de corrales y hatos de llamas permitirían suponer la presencia de grupos de «mercaderes» o tratantes que podría haber extendido este intercambio y tráfico de bienes a un ámbito muchos más amplio, posiblemente con poblaciones de la sierra norte, para lo cual la localización geográfica de Galindo ofrece innegables ventajas logísticas. Estas hipótesis pueden resultar bastante sugerentes, pero es evidente que la arqueología debe proveer aún de mayores datos para su definición, especialmente con un mayor estudio referido a la contraparte rural de estos centros urbanos.

Finalmente, el tipo de configuración y ordenamiento urbano de Galindo, donde no se aprecian ejes directrices que pudieran expresar ciertos niveles de planificación del asentamiento, ni la presencia de un núcleo urbano claramente definido y articulado, así como la relativa ausencia de una arquitectura representativa de carácter emblemático y sobresaliente en el paisaje urbano, manifiestan en conjunto una organización urbana que posiblemente no respondía a una autoridad urbana central. Más bien este tipo de rasgos —en el contexto histórico de la época— podrían estar manifestando ciertos niveles de desagregación de la elite urbana, propios de una sociedad en fase de transición hacia la generación de nuevas formas de organización política, que conducirán a la gestación de nuevos sistemas de poder y a la reestructuración del aparato estatal. Estos aspectos serán tratados en el capítulo 7, con el análisis de los correspondientes modelos urbanos presentes en la costa norte durante la época de los Estados y Señoríos Tardíos.

La sociedad Lima y el urbanismo en la costa central

Como vimos en el capítulo anterior, los valles de Lima conforman naturalmente una unidad geográfica, dado que los conos aluviales de la parte baja de los valles del Chillón, Rímac y Lurín, prácticamente se unen generando una amplia extensión de tierras aptas para el desarrollo de la agricultura de irrigación. Sin embargo, es preciso

Fondo Editorial PUCP

considerar que a esta área debe de incorporarse el valle de Chancay, donde se registraron importantes evidencias de ocupación de la época. Los antecedentes históricos de esta región, que conoció un importante desarrollo durante el Formativo y que dio lugar a un incipiente urbanismo con el surgimiento de importantes complejos monumentales con planta en «U», habría dado sustento a un desarrollo ulterior durante el Intermedio Temprano, teniendo como protagonista a una formación social que conocemos como Lima o Maranga.

El impulso que alcanza el urbanismo en esta época —y los patrones de asentamiento— permiten algunas inferencias que señalarían una importante expansión de los sistemas de irrigación, que interesan los sectores medios y bajos de los valles, proporcionando una amplia extensión de tierras agrícolas como base del desarrollo económico. Unido a la elevación de la capacidad de producción agraria, se habría dado una ma-

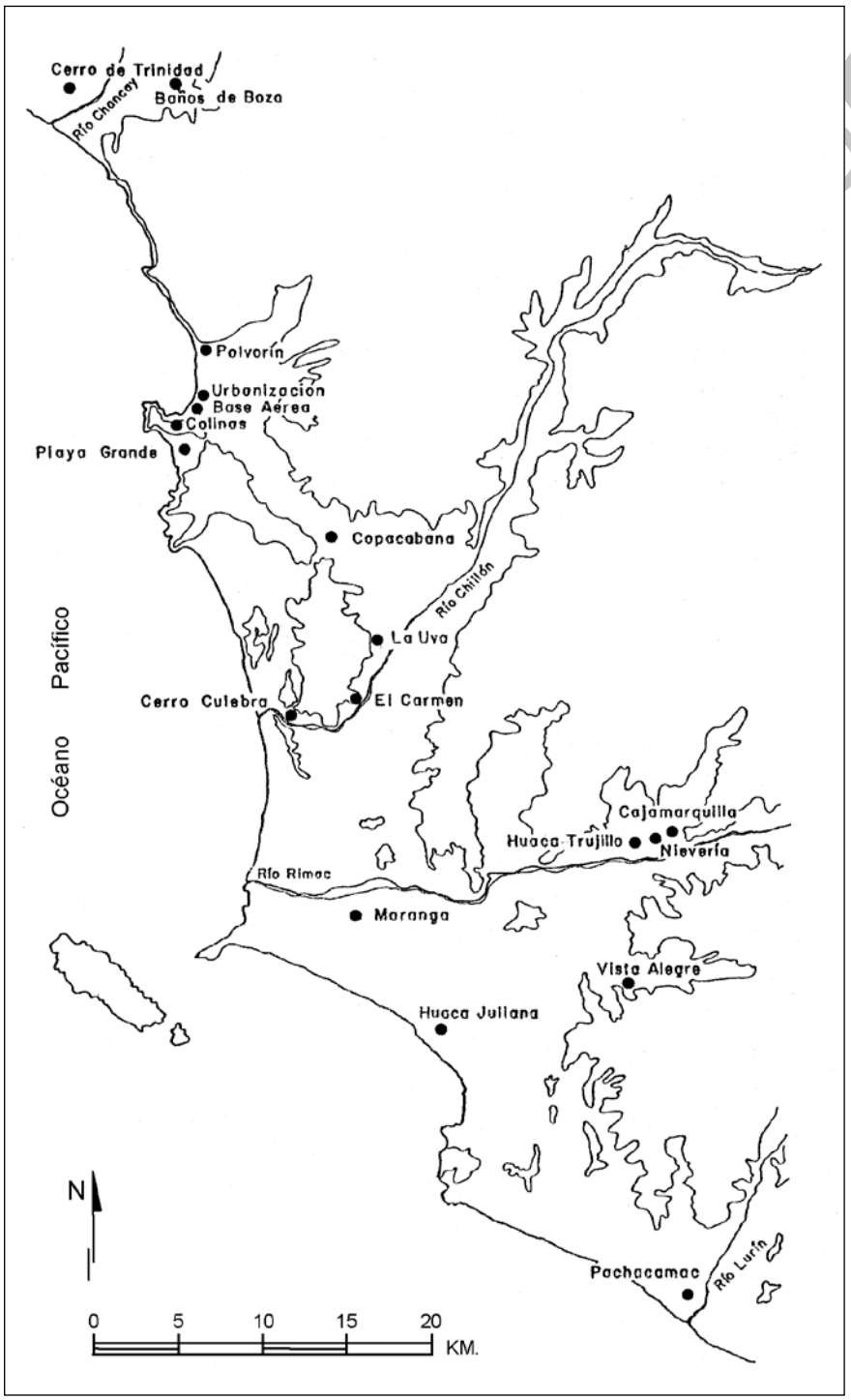


Fig. 290 – Mapa de la costa central con los principales sitios del período de los Desarrollos Regionales Tempranos (redibujado de Patterson 1966b).

yor apropiación de los ricos recursos marítimos presentes en el litoral de la costa central. Adicionalmente, la producción manufacturera habría compartido con otras regiones de los Andes centrales una sustantiva elevación de nivel.

Si bien los estudios desarrollados en la costa central por lo general no se condicen —en cuanto a número y nivel de profundidad— con la importancia de los sitios arqueológicos correspondientes a este período, intentaremos reseñar la información disponible para presentar un cuadro que ilustre someramente el proceso que en ella se desarrollaba y nos permita establecer las conexiones comparativas del caso con las regiones al norte y al sur de la comarca de Lima.

Desde las primeras informaciones arqueológicas acerca de este período[61] aflora una realidad compleja en la que se advierte ciertas diferenciaciones entre valle y valle o entre grupos de valles. Si bien estas diferenciaciones han sido advertidas casi exclusivamente con relación a los rasgos estilísticos de la cerámica y sus respectivas fases, podremos constatar más adelante que estas variaciones son también extensivas al ordenamiento de los asentamientos de aparente carácter urbano y a las propias características de la arquitectura monumental que se desarrolla en ellos. Estas diferenciaciones urbanísticas y arquitectónicas no solo son evidentes entre valle y valle, sino inclusive entre sitios de un mismo valle. Sin embargo, dado lo limitado de la información disponible, no estamos en grado de conocer si estas variaciones son fruto de diferencias funcionales o si también son producto de aspectos temporales. La interpretación de esta interesante problemática, con información relativamente dispersa y ante la ausencia de estudios que presenten con cierta profundidad un marco general de la situación, es sumamente difícil y hace extrañar la cantidad y consistencia de los estudios disponibles para la costa norte. Esto es especialmente cierto cuando se trata de abordar la problemática relativa a las características que habría asumido el posible desarrollo de una entidad estatal Lima en la costa central.[62]

Entre los sitios más importantes del período destacan Cerro Trinidad en el valle bajo de Chancay, testimoniando que el desarrollo de la sociedad Lima también interesó algunos de los valles inmediatamente al norte de Lima; Cerro Culebra en el valle bajo del Chillón; Maranga y Pucllana en el valle bajo del Rímac y Cajamarquilla y Vista Alegre (o Catalina Huanca) en la parte media del mismo; así como Pachacamac en el valle bajo del Lurín.

Cerro Trinidad y otros sitios lima en Chancay

Este sitio fue investigado por Uhle (1924; [1910] 1970) cuando la construcción de la vía férrea hacia el puerto de Chancay, ubicado unos 500 metros al oeste, puso al descubierto en 1904 un conjunto de restos arqueológicos en las faldas del cerro Trinidad. Entre estos restos Uhle identificó una zona, el sitio E, con materiales tempranos correspondientes al período, asociados a los estilos cerámicos conocidos como Blanco sobre Rojo e *Interlooking* o Playa Grande, caracterizado este último por presentar motivos decorativos con un tratamiento geométrico semejante al del arte textil, basados en diseños entrelazados de peces o serpientes. Entre las estructuras excavadas por Uhle, un hallazgo relevante fue el gran muro hecho con terrones y pequeños adobes modelados a mano, cuyo paramento presentaba una pintura mural de 23 metros de largo y 1,6 metros de alto, con el clásico motivo de los peces entrelazados, similar a los diseños propios de la decoración cerámica, y en cuya ejecución se había utilizado pintura blanca, roja, negra y amarilla (Uhle 1924: 302).

Posteriormente, el sitio fue excavado por Willey (1943), quien confirmó en todos los pozos de excavación la filiación cultural temprana del sitio E y comprobando la ocupación relativamente densa del área. Las estructuras registradas en algunos pozos evidenciaban la presencia de superposiciones de pisos y de muros hechos de piedra rústica y otros construidos en doble hilera con pequeños adobes «odontiformes» o «hemiesféricos» propios del período Lima, así como uno realizado con una suerte de tapia de barro amasado de 85 centímetros de espesor (ibid.: 134, fig. 2). En un caso, dos pozos de excavación intervinieron un montículo de planta

[61] Véase Middendorf [1874] 1973; Uhle [1903] 2003; [1910] 1970, a las que le siguieron otras posteriores Jijón y Caamaño 1949; Stumer 1954; Patterson y Lanning 1964; 1969; Patterson 1966b.

[62] Al respecto, algunos estudiosos del tema han establecido de forma genérica analogías con el proceso documentado para la costa norte, especialmente con el desarrollo expansivo de Moche, proponiendo hipótesis sobre el desarrollo inicial en el valle bajo del Rímac de un Estado Lima, proyectando su supuesta expansión a los valles vecinos del norte y sur, y luego desde la parte baja de estos hacia sus sectores medios y altos (Earle 1972; Patterson *et al.* 1982).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 291 - Cerro Trinidad. Fotografía aérea del Servicio Aerofotográfico Nacional en la que aún se aprecia, además del gran recinto cuadrangular, una serie de complejos cercados, plataformas y montículos organizados a lo largo de un eje norte sur (Kosok 1965: 232, fig. 16).

rectangular de 25 por 18 metros revelando que correspondía a una plataforma piramidal realizada mediante un relleno constructivo también de adobes pequeños. En algunos casos se registran capas con acumulaciones de piedras colocadas en la base de las estructuras, lo que permite suponer que fueron empleadas como cimentaciones de los muros, como base de los pisos de barro y, como veremos más adelante, de los sucesivos rellenos constructivos de adobe en la construcción de ciertas plataformas.

Sobre la base de estos datos y de la posterior interpretación de Willey (1953: 406), donde sostiene que Cerro Trinidad constituiría un asentamiento aglutinado con estructuras concentradas en la falda oeste del cerro, ocupando un área de unos 200 por 300 metros —unas seis hectáreas—, se puede suponer que Cerro Trinidad no solo concentró un importante número de población, sino que también contó con una arquitectura pública de cierta relevancia, manifiesta en la presencia de plataformas y montículos piramidales (Lanning 1967: 119, foto 3). Estructuras que en algunos casos evidenciaron tener paramentos especialmente acabados con pintura mural, como la hallada por Uhle. El conjunto de estos

Fig. 292 – Cerro Trinidad. Estructuras de adobe con evidencias de pintura mural, representando el clásico motivo Lima de las serpientes entrelazadas (Bonavia 1990: fig. 329).



Fondo Editorial

datos podrían señalarnos a Cerro Trinidad como uno de los principales centros urbano ceremoniales de la época Lima en el valle de Chancay. Lamentablemente, no es posible ir más allá de estos datos y no contamos con otros elementos que nos aproximen a la posible conformación del sitio y sus características, ya que las excavaciones conducidas en él resienten haber sido realizadas en una época en la que el interés arqueológico se enfocaba en la búsqueda de secuencias culturales, sobre la base del examen estratigráfico de la cerámica y la variación de sus atributos estilísticos y, por lo tanto, era relativamente escasa la atención que se prestaba al examen del asentamiento y su arquitectura.[63]

Sin embargo, Kosok (1965: fig. 16) publica una foto de los años cuarenta del Servicio Aerofotográfico Nacional de Cerro Trinidad, cuando la antigua Panamericana Norte pasaba al oeste del sitio. En esta fotografía aérea se aprecia el gran recinto cuadrangular, que aún hoy se conserva, construido en las faldas al sur del cerro; mientras que hacia el sur, en un sector ahora intensamente urbanizado, se distingue una serie de plataformas y montículos organizados a lo largo de un eje norte sur. Si bien desdibujados por la erosión, se observa claramente entre estos la presencia de por lo menos tres complejos cercados por murallas, los que incorporaban en su interior importantes edificaciones con plataformas, además de otros muros que subdividían los complejos en sectores y recintos menores.

Como se verá más adelante, la conformación que presentan estos complejos se advierte bastante similar a la que luce el complejo principal de Cerro Culebra en el valle bajo del Chillón. La extensión de este sector del asentamiento de Cerro Trinidad, así como la traza general y la densidad de sus edificaciones, expresaría la notoria calidad urbana de este centro de época Lima. Se puede también apreciar que para el emplazamiento del asentamiento se aprovechó el límite de un tablazo desértico, orillado por los campos del valle bajo que se despliegan en un nivel ligeramente inferior, lo que otorgaba al asentamiento control visual sobre la zona agrícola y el litoral marino al oeste.

En Chancay otro sitio de importancia de la época Lima, e inclusive algo más temprano, parece haber sido Baños de Boza, en el extremo sur del valle bajo a unos siete kilómetros del mar. El sitio se localiza al pie de la falda norte del cerro Pasamayo, en los márgenes del piso del valle, donde el afloramiento de aguas subterráneas genera totorales y pozas de agua que en los años cuarenta estuvieron en boga como baños de aguas minerales, dando lugar al nombre del sitio. En el área próxima a los humedales se presentaban montículos bajos de apariencia arenosa, donde se registraron evidencias de ocupación correspondientes al período (Willey 1943).

Excavaciones realizadas en el mayor de estos montículos revelaron muros hechos con adobes pequeños similares a los registrados en Cerro Trinidad, es decir, con los adobes dispuestos con mortero de barro en hiladas simples o dobles, y colocados con la parte plana de la base hacia abajo. La excavación conducida en la cima de este montículo, además de la existencia de estructuras con muros de adobes que evidenciaban un trazo ortogonal, revelaron que la edificación correspondía a una plataforma constituida por rellenos constructivos también de adobes pequeños. En la base de estos rellenos masivos de adobe se habían dispuesto capas de piedras que habrían operado como basamento de este tipo de construcción.

Es relevante destacar que de la descripción de la excavación realizada por Willey en esta plataforma se desprende claramente la existencia de una serie de superposiciones arquitectónicas, donde se suceden en dos niveles distintos capas de piedras empleadas como niveles de cimentación de cada evento de relleno; seguidos en cada caso por los rellenos constructivos de adobe de la plataforma; a los que les siguen pisos y estructuras con muros de adobe, que aparentemente fueron también rellenados en una secuencia que habría conducido a la sucesiva elevación del nivel de la plataforma (ibid.: 185-186).

Gracias a estos datos es posible suponer que Baños de Boza representaría un sitio de menor jerarquía con relación a Cerro Trinidad, ubicado unos nueve kilómetros al noroeste. Sin embargo la existencia de estructuras que parecen haber correspondido a edificios públicos y su ubicación algo más temprana en la secuencia cronológica que comparten ambos sitios, podrían proporcionar elementos de especial interés para conocer la dinámica propia de los procesos que se verificaron en el valle de Chancay durante la época.

[63] Como ejemplo de lo que era común y corriente en los métodos de excavación de esta época, las excavaciones del joven Gordon Willey (1943), orientadas a la búsqueda de la secuencia cultural del sitio, sintomáticamente se realizaron mediante siete pozos de prueba de 3 por 3 metros excavados por niveles arbitrarios de 50 o 25 centímetros de profundidad, obviándose el examen en área de las estructuras arquitectónicas detectadas y su correlación con los contextos asociados.

Fondo Editorial PUCP

La ocupación lima en el valle del Chillón

Entre los múltiples sitios correspondientes a la ocupación lima del valle del Chillón, como del litoral al norte de este, destacan algunos que podrían haber estado adscritos a una aparente condición urbana. Este tipo de asentamientos se localiza preferentemente en el valle bajo y en la margen derecha del Chillón, como Cerro Culebra, La Uva y Copacabana. La ubicación de estos importantes sitios en los márgenes de las tierras de cultivo y a lo largo del curso de los principales canales de irrigación, permitiría suponer que estuvieron asociados al desarrollo de la producción agrícola en este sector del valle y a la administración del correspondiente sistema de riego. Otros sitios menores que se encuentran asociados a las tierras del valle bajo como Media Luna (Quilter 1986), o inclusive un sitio principal como Cerro Culebra, pudieron también estar ligados a la explotación complementaria de los recursos del litoral marino relativamente próximo a su emplazamiento. De otro lado, resulta evidente que sitios de rango intermedio como Playa Grande, en el actual balneario de Santa Rosa, y los sitios de Ancón, localizados en zonas desérticas y bastante alejados de las áreas agrícolas, se relacionan con un sector del litoral cuya diversidad de zonas ecológicas favorecía la pesca y el marisqueo, disponiendo de una abundante y variada presencia de recursos marinos.[64]

Se ha sugerido que los asentamientos de cada una de estas zonas de importancia económica, localizadas en el valle bajo y el litoral, habría tenido como referente por lo menos un centro urbano. Playa Grande habría cumplido esta función para la población asentada en los sectores del litoral al norte del valle del Chillón; Cerro Culebra lo habría sido para los que se encontraban en su desembocadura y próximos al litoral; mientras que Copacabana y La Uva lo serían para el sector

Material PUCP

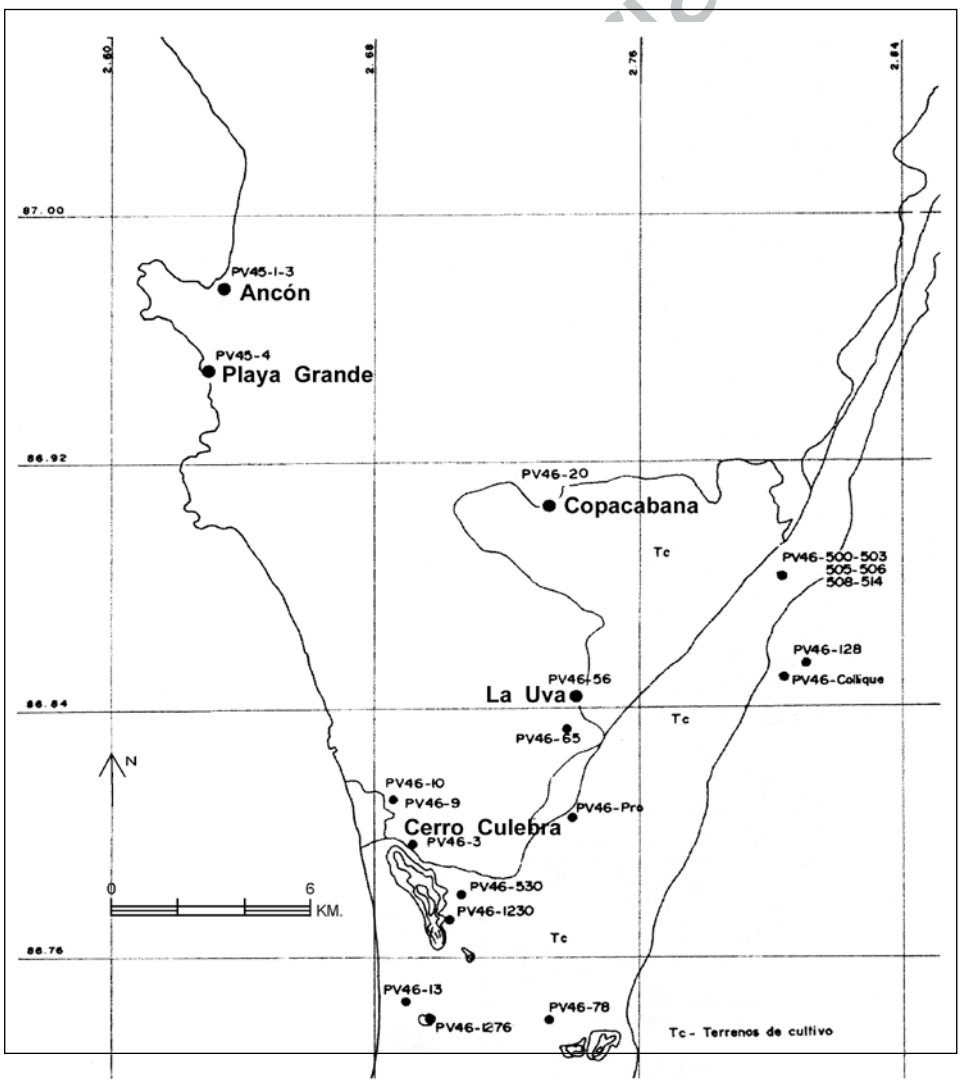


Fig. 293 – Mapa de la zona del litoral de Ancón y valle bajo del Chillón, con los sitios arqueológicos del período Lima (redibujado de Paredes 2000: fig. 1).

agrícola de la margen derecha del valle bajo (Paredes 2000).

En estos asentamientos de aparente carácter urbano se registra la presencia de arquitectura monumental, así como también de algunas estructuras menores de posible carácter público, lo que expresaría diferencias funcionales entre estas edificaciones y la existencia de ciertos niveles de especialización entre sus habitantes. Sin embargo, la abundante presencia de estructuras habitacionales y de áreas de actividad domestica darían indicios para suponer que en estos asentamientos se dio una importante concentración poblacional. De otro lado, estos centros urbanos principales vincularían en su respectiva área de influencia a otros asentamientos menores, entre ellos establecimientos aldeanos o caseríos de agricultores y pescadores. Es relevante destacar que este patrón de asentamiento no se reproduce en el valle medio ni en la parte alta del mismo, donde estarían ausentes los centros urbanos o en todo caso los sitios con arquitectura monumental. Este fenómeno estaría señalando que durante la época Lima las elites del valle bajo del Chillón habrían tenido el predominio político en el territorio del valle, cuyo poder se habría sustentado en la gravitante importancia económica de las zonas agrícolas del valle bajo y del litoral (ibid.).

Sin embargo, como se apreciará de la descripción de los sitios principales, la diversidad manifiesta en las distintas formas de organización urbana de los asentamientos de este tipo y la ausencia de un sitio que sobresalga frente a los demás por su preeminente jerarquía, plantearía interrogantes acerca de la centralización del poder político en el valle. Al respecto es de notar que, si bien estos sitios comparten una serie de rasgos tanto en los materiales culturales asociados, como en las técnicas constructivas, también es apreciable la notable variación existente en el ordenamiento urbano y los ejes de orientación de las principales estructuras que los conforman, así como en los patrones arquitectónicos documentados en cada uno de los sitios.[65]

Cerro Culebra

Se trata del sitio más destacado, tanto por su extensión como por la sobresaliente importancia del edificio principal que constituyó el núcleo del asentamiento. El sitio ocupa un área de unas cuarenta hectáreas y está localizado sobre una planicie ligeramente elevada sobre la margen derecha del río Chillón, en un tramo en que este se encañona a un kilómetro de su desembocadura en el mar. El edificio principal está rodeado por otros menores al sureste y noreste cuya construcción se realizó con adobe, tapia y piedra canteada. En los alrededores del sitio también se registra una gran cantidad de restos de estructuras de aparente función doméstica, construidas con quincha y otros materiales perecederos (Paredes 1992; 2000).

El edificio principal está conformado por una pirámide de planta trapezoidal que alcanza en el eje mayor —orientado unos 45º al noroeste— 65 metros de sureste a noroeste, mientras que en sus extremos tiene 40 y 30 metros, respectivamente. Adosada al norte y oeste de esta estructura piramidal se desarrolla una plataforma sobre la que se encuentran vestigios de recintos. Esta edificación, a su vez, fue rodeada por muros de tapia que reproducen a una mayor escala la planta trapezoidal, ampliándola a 250 metros en el eje principal de sureste a noroeste y a 160 y 125 metros en sus extremos. Aparentemente, el ingreso principal a este complejo se ubicaba en el lado suroeste del cercado trapezoidal, desde donde se accedía a un corredor orientado hacia el noreste que, luego de un quiebre en su trayecto, culminaba en una escalinata que permitía el ascenso hacia los niveles superiores de la pirámide (Paredes 1992: 54, fig. 3).

El edificio principal presenta evidencias de tres o cuatro fases constructivas (Silva *et al.* 1988). La más temprana se caracterizaría por el empleo de adobes cúbicos, mientras que las subsiguientes, que sellaron este primer edificio, lo son por el empleo de la tapia. Precisamente, en uno de los muros de tapia, correspondiente a la segunda fase de remodelación, se halló una pintura mural con un motivo decorativo entrelazado afiliado al estilo conocido como Playa Grande. La pintura mural, descubierta por Stumer (1954) durante sus trabajos en el sitio,

[64] Con relación a la importancia del aprovechamiento de los recursos marinos en esta zona durante la época Lima, se habría documentado en Ventanilla y Ancón el desarrollo de terrazas próximas al litoral utilizadas como tendales para el secado del pescado (Lanning y Patterson 1970: 400; Lanning 1967: 120).

[65] Con referencia a la orientación del eje principal de los sitos lima del Chillón, podría señalarse que en estos se presentan las variaciones siguientes: Cerro Culebra (45º NE); Playa Grande (40º NE); Copacabana (35º NW); La Uva (70º NW).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 294 – Cerro Culebra. Fotografía aérea del complejo arqueológico en el valle bajo del río Chillón, que en ese tramo corre encañonado antes de su desembocadura al mar (Servicio Aerofotográfico Nacional 1945; Agurto 1984).

Fondo Editorial

tenía una extensión de unos 28 metros de largo y presentaba 6 paneles organizados por temas iconográficos (Bonavia 1974).

La Uva y Copacabana

Estos dos sitios se localizan en la margen derecha del valle bajo y estarían asociados al manejo de la amplia extensión de tierras agrícolas que dispone este sector del valle. La Uva se ubica en una pequeña quebrada, ocupando un área de unas quince hectáreas. Estaba conformada por doce estructuras o montículos piramidales de los cuales dos parecen haber sido los principales. Los montículos presentan un patrón aglutinado y en ellos es dominante una orientación de 70º al noroeste. La construcción de estas estructuras se realizó con tapia y piedras canteadas (Paredes 2000: 141-143, fig. 5).

En el caso de Copacabana, el sector central donde se concentran las estructuras correspondientes al período, ocuparía unas doce hectáreas y en él destacan ocho edificaciones construidas sobre promontorios naturales. Estos promontorios se presentan como estribaciones del cerro Campana que domina este sector, por lo que la orientación del complejo y sus edificaciones, 35º al noroeste, pareciera resultar de la adaptación del asentamiento a las peculiares características topográficas de la localidad (ibid.: fig. 6). En este caso, las edificaciones habrían sido construidas con pequeños adobes de forma cúbica en las fases tempranas y luego con tapia. Existe también al este del sitio otro amplio sector de unas treinta hectáreas con evidencias de edificaciones, montículos menores y restos de estructuras habitacionales, todas consistentemente asociadas a materiales culturales de la época Lima.

Si asumimos en conjunto la notable extensión de estos dos sectores, Copacabana se nos presenta sin lugar a dudas como uno de los asentamientos lima más importantes del valle de Chillón. Este hecho fue advertido tempranamente por Uhle (1970: 388), quien menciona a Copacabana entre los sitios principales de la región que presentaban grandes montículos hechos con pequeños adobes.

Playa Grande

Finalmente, entre los sitios intermedios asociados al manejo de los recursos del litoral destaca Playa Grande. Localizado en el moderno balneario de Santa Rosa, el sitio tiene una extensión de unas treinta hectáreas si es que solo se considera el área nuclear del asentamiento. Allí se concentran los montículos mayores, pero si el área se hace extensiva a los alrededores que presentan restos de

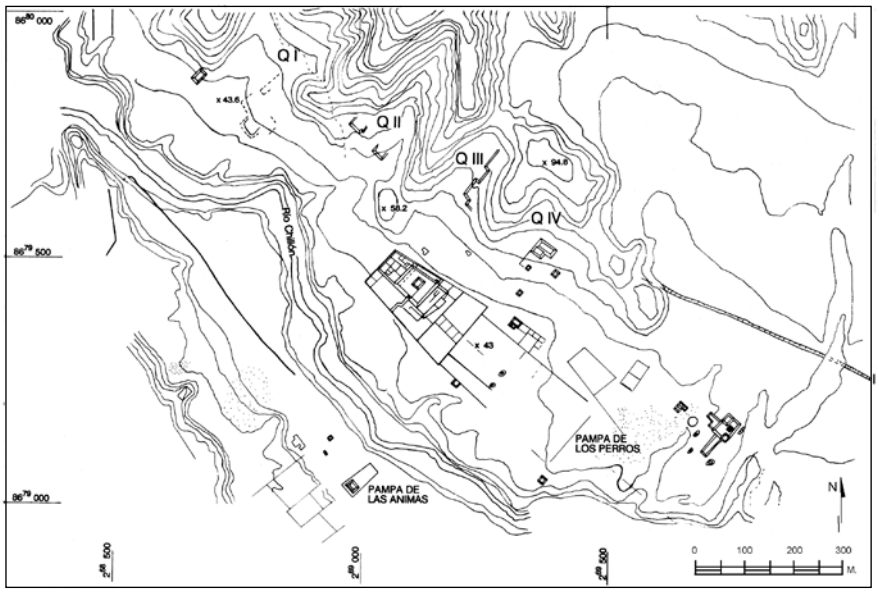


Fig. 295 – Cerro Culebra. Reconstrucción planimétrica (redibujado de Paredes 1992: fig. 3).

conchales y evidencias de ocupación doméstica, podría haber alcanzado hasta 110 hectáreas. De los siete montículos de planta rectangular que se registran en el centro del asentamiento, cuatro sobresalen por ser los de mayores dimensiones. Estos montículos comparten un eje de orientación 40º al noreste y se ordenan en el sitio de este a oeste, reportándose que fueron construidos tanto con pequeños adobes[66] como con piedra canteada (Tabio 1965; Paredes 2000).

Sobre la base de esta información, que da cuenta de la importante extensión del sitio y de la probable presencia de algún tipo de arquitectura pública, puede suponerse que Playa Grande haya constituido un complejo urbano de carácter intermedio, que habría servido de núcleo de referencia para los demás asentamientos ubicados en este sector del litoral al norte del valle del Chillón —entre ellos los sitios documentados en Ancón (Tabio 1965)—, al mismo tiempo que debió estar interrelacionado con los sitios del valle bajo del Chillón,[67] y quizá supeditado a uno de mayor jerarquía como Cerro Culebra. Sin embargo, es evidente también que los pobladores de Playa Grande y los sitios de Ancón estuvieron en contacto frecuente con quienes moraban en el valle de Chancay, contando con la ventaja de ser los lugares más próximos a los valles del norte de la región. Al examinar esta perspectiva, y las condiciones de la ruta, debemos hacerlo en el contexto histórico de la época, considerando que en la antigüedad el cerro de Pasamayo, conocido también como Cerro de La Arena, contaba con amplias zonas de lomas (Rostworowski 1981), las cuales no solo debieron de facilitar el tránsito en este tramo mayormente desértico, sino que ellas mismas debieron ser meta frecuente para la apropiación de ciertos recursos propios de su ecología por parte de los pobladores que habitaban al sur o al norte de las mismas.

Fondo Editorial PUCP

[66] El hecho de incluir el empleo de adobes en la construcción de estas edificaciones, en un lugar alejado de fuentes de agua, es sumamente significativo, ya que implicaría que estos materiales constructivos debieron ser confeccionados en los lugares más próximos del valle del Chillón y desde allí transportados hasta Playa Grande. Este dato es relevante, ya que daría elementos para valorar que este importante despliegue de energía no fue generado por una necesidad estrictamente constructiva —la que pudo ser cubierta, al igual que en otras construcciones del sitio, con la piedra rústica abundante en las inmediaciones— sino más bien por la especial significación y prestigio que el empleo del adobe debió de tener en la construcción de la arquitectura de carácter publico para las gentes de la sociedad lima.

[67] Esta interrelación debe de haberse sustentado principalmente en el intercambio de productos marinos por parte de los pescadores de los asentamientos del litoral, con productos agrícolas de los pobladores del valle. En el caso de Playa Grande las excavaciones de Tabio (1965) registraron, además de restos de productos marinos, abundante evidencia del consumo de maíz, algodón, mates o calabazas, así como también de frutas como la lúcuma y el pacae, los que junto con otros productos agrícolas e insumos vegetales debieron de provenir del vecino valle de Chillón. A estos productos agrícolas de intercambio se habrían sumado productos manufacturados como cerámica, textiles y otros artefactos presentes en Playa Grande.

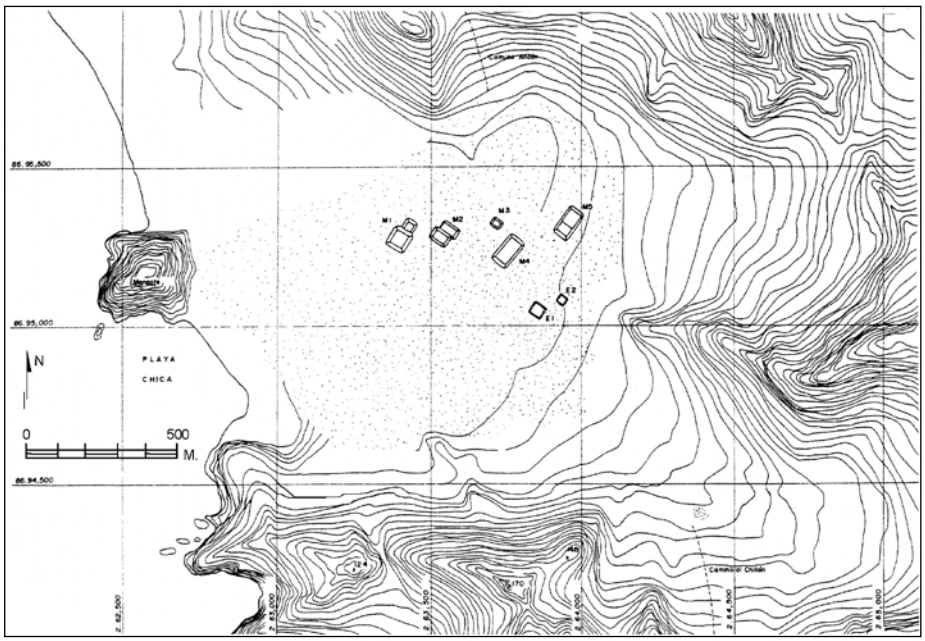


Fig. 296 – Plano del conjunto arqueológico de Playa Grande (redibujado de Paredes 2000: fig. 3).

La ocupación lima en el valle del Rímac

El valle del Rímac es el mayor de los tres valles —Chillón, Rímac y Lurín— que integran el complejo agrícola de la comarca de Lima. Podríamos tener una aproximación a la extensión agrícola que habría alcanzado el valle del Rímac en la época Lima sobre la base de la localización de sus principales asentamientos urbanos,[68] que son: Maranga, Pucllana, Vista Alegre (Catalina Huanca) y Cajamarquilla.[69] La localización de estos sitios demostraría que además de una notable extensión agrícola en el valle bajo, también se habría ocupado y manejado durante este período buena parte del valle medio bajo, lo que permite estimar en unas diecisiete mil hectáreas el área agrícola del valle del Rímac durante esta época, previa a su expansión ulterior hacia el sur del valle con el desarrollo del canal de Surco.

Al respecto, se ha sostenido que en esta época se habría producido una sustancial ampliación de las tierras bajo cultivo y que la localización de Maranga y Pucllana estaría asociada a dos canales principales que culminarían su trayecto en la cercanía de estos complejos (Patterson y Lanning 1970: 399-400), lo que permitiría suponer que su emplazamiento en el valle pudo también estar relacionado con el manejo y administración de las correspondientes zonas de riego. De otro lado, ya antes Uhle ([1910] 1970: 388-389) había planteado la acertada deducción de que las monumentales edificaciones piramidales lima no podrían haber sido ejecutadas sino por una población ya densa, gracias a una activa agricultura.

Efectivamente, si observamos los antiguos planos de Lima, e inclusive los correspondientes a la expansión de la ciudad en el valle del Rímac durante las primeras décadas del siglo XX (Gunter 1983), se puede constatar que el canal principal de Huatica permitía irrigar una importante porción de la margen izquierda —sur— del valle bajo, constituyendo posiblemente en aquella época el canal con el curso más alto en este sector, antes de que se emprendiera la construcción del gran canal de Surco, aparentemente más tardío.

[68] Evidentemente sería mucho más fiable contar con la ubicación no solo de los centros urbanos aparentes, sino también con la de otros sitios de ocupación de la época. Sin embargo, lamentablemente la información está limitada a estos a raíz de la escasa investigación de los patrones de asentamiento en el valle y de la acelerada destrucción de sitios arqueológicos, especialmente de los no monumentales, con la incontenible expansión urbana de la ciudad de Lima en las últimas décadas.

[69] Además de estos sitios principales, existen evidencias de la presencia de estructuras construidas con pequeños adobes —el típico material constructivo de la época Lima— en otros sitios del valle del Rímac con arquitectura monumental, como en algunos de los montículos de Makat-tampu (Mirones), hoy lamentablemente desaparecido; en el hallazgo puntual de algunas estructuras construidas con este material en Mateo Salado, o su reveladora presencia en escombros de tumbas en Mangomarca (Zárate), posiblemente provenientes de alguna estructura del propio sitio o de un lugar cercano (Tello 1999).

Fondo Editorial PUCP

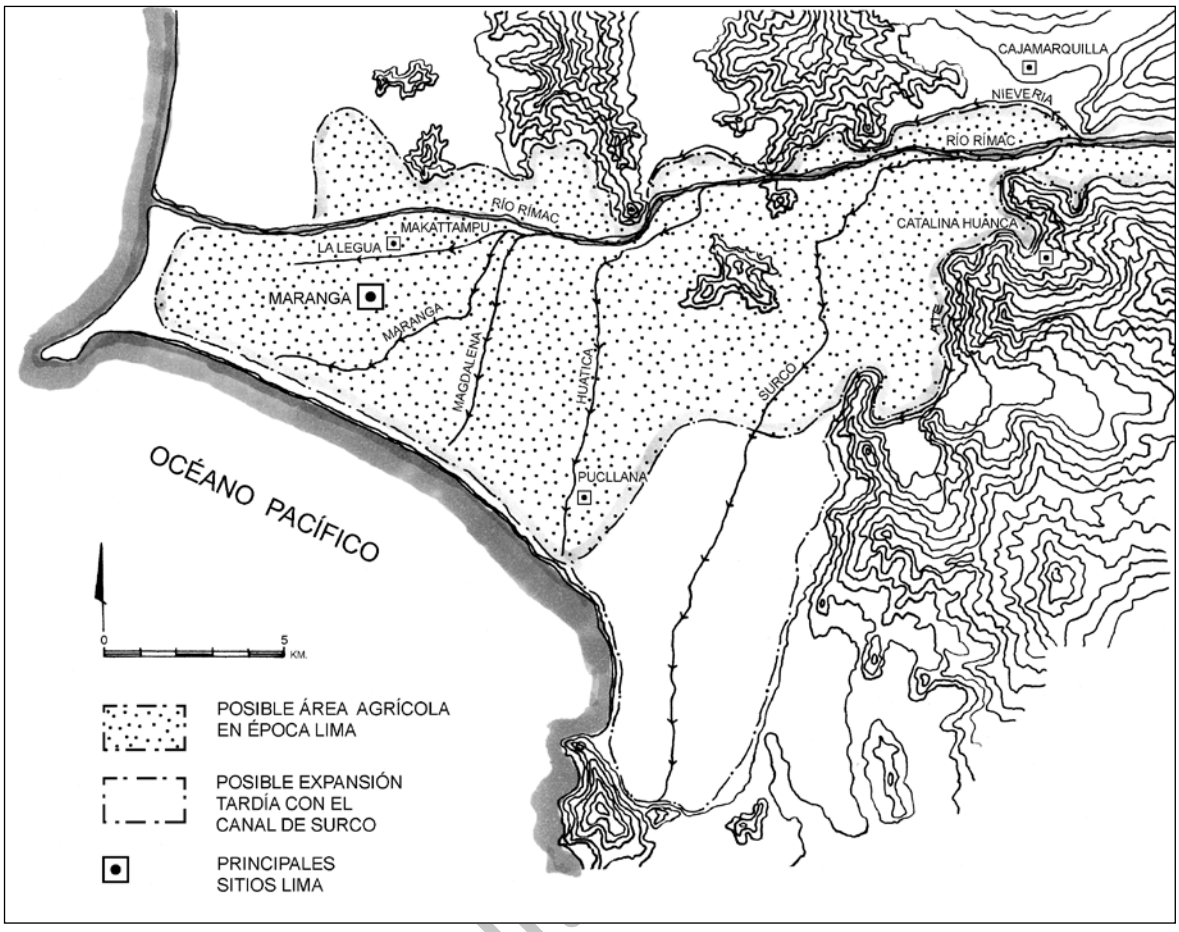


Fig. 297 – El valle del Rímac con los principales sitios de la época Lima y su asociación con el sistema de canales de irrigación (Canziani).

El canal de Huatica tuvo su bocatoma en el río Rímac, a la altura de lo que es hoy el distrito de El Agustino, para luego atravesar el centro histórico de la ciudad y los actuales distritos de La Victoria, Lince, San Isidro y Miraflores. El curso del canal de Huatica debió tener su trayecto final al oeste de la Huaca Pucllana y se puede suponer que desaguaba sus excedentes al mar en lo que hoy es la Bajada Balta de Miraflores, con un trayecto total de más de diez kilómetros desde su bocatoma. Es interesante notar que el curso del canal de Huatica bordeaba también el flanco oeste de las huacas de Limatambo, totalmente destruidas entre los años treinta y cuarenta,[70] que estaban ubicadas en Lince, donde hoy se encuentra la Unidad Escolar Melitón Carbajal. Estas, si bien presentaban estructuras tardías (Tello 1999: 77-79), por su especial emplazamiento bien pudieron haber comprendido edificaciones más tempranas, asociadas en ese sector del valle al manejo del canal de Huatica durante la época Lima.

De otro lado, los canales de Maranga y una serie de canales subsidiarios de distribución del riego de este sector de la margen izquierda del valle bajo,[71] se presentan asociados espacialmente a los sitios del complejo de Maranga y Makattampu. Mientras tanto, se puede suponer que la parte baja de la margen derecha del Rímac no debió representar en ese entonces un entorno muy favorable a la agricultura, posiblemente por la gran cantidad de puquiales que evidencian una napa freática relativamente superficial, así como

[70] Es indescriptible la cantidad de huacas con arquitectura monumental que fueron destruidas, algunas totalmente, durante las décadas de los treinta y cuarenta a raíz de la expansión urbana y su utilización bárbara como canteras de arcilla para fabricar ladrillos. Una idea de este crimen cultural lo brinda la documentación e informes del Archivo del doctor Julio C. Tello, quien se opuso tenazmente a esta acelerada e infame destrucción. Entre los sitios totalmente destruidos por estas causas figuran: Makat-tampu (Mirones); Limatambo (Lince); Huaca Santa Beatriz o de La Universidad (Jesús María); Huantille (Magdalena) y otras en proximidad de la avenida Brasil; Huaca Chacra Puente (La Legua), etcétera. Mientras que entre las que fueron parcial y severamente afectadas por la actividad de las ladrilleras y la demolición de estructuras se puede citar a las Huacas de Maranga, Mateo Salado y Pucllana (Tello 1999).

suelos sujetos a periódicas inundaciones o desbordes del río. Esta condición es compartida con la colindante margen izquierda o sur del Chillón, y podría ayudar a explicar la aparente inexistencia de sitios urbanos o con arquitectura monumental en esta zona entre ambos valles, la que además pudo funcionar como una suerte de «frontera», en el supuesto que durante el período Lima en los valles del Chillón y el Rímac operaran entidades políticas independientes entre sí.

El centro urbano ceremonial de Maranga

En una posición central con relación al valle bajo se encuentra el complejo de Maranga, que se ubica en la margen izquierda del valle del Rímac, unos 2,5 kilómetros al sur del río y a una distancia de unos 3,5 kilómetros del mar. Su localización en el piso aluvial del valle, en suelos con vocación agrícola, pone en cuestión el paradigma que sostiene que todos los sitios prehispánicos siempre se localizaron al margen de las tierras agrícolas.[72]

Dentro del extenso complejo de Maranga, que fue testigo de una larga historia de ocupaciones y cuyas estructuras y vestigios corresponden tanto a períodos tempranos como a formaciones tardías (Canziani 1987), sobresale un conjunto de grandes edificaciones piramidales y montículos menores que se caracterizan por exhibir como material constructivo adobes paralelepípedos o cúbicos de pequeñas dimensiones y moldeados a mano, conocidos popularmente como «adobitos». Middendorf ([1894] 1973: 56-69) visitó este sitio a fines del siglo XIX, y en su descripción observa la notable diferenciación existente entre el conjunto de montículos de adobe y, por otra parte, los cercados amurallados, las estructuras y montículos de plataformas elaborados con la técnica más tardía del tapial o adobón y que corresponden a la posterior ocupación que conocemos como Maranga-Chayavilca.

El conjunto de pirámides y montículos hechos con pequeños adobes corresponden al centro urbano ceremonial de Maranga, el complejo urbano más importante de la cultura Lima en el valle del Rímac, y de los demás valles de la costa central. Esta constatación se fundamenta tanto en la monumentalidad de sus principales edificaciones, como en la extensión del sitio y el ordenamiento urbano que expresa todo el conjunto.

Es notable observar que el eje principal del complejo, orientado 25º al noreste resulta perfectamente perpendicular a la línea del litoral, demarcada por los acantilados que se encuentran a unos tres kilómetros al suroeste del sitio. A lo largo de este eje, que se desarrolla de norte a sur por lo menos 1,5 kilómetros y que se encuentra ligeramente desplazado hacia el oeste del asentamiento, se alinean las pirámides principales que comparten esta misma orientación en la conformación de su estructura arquitectónica.[73] La singular disposición de las pirámides y de otros montículos menores definen una serie de explanadas o posibles grandes plazas, así como otros espacios longitudinales que podrían haber conformado vías de circulación o calzadas ceremoniales (Canziani 1987: 10).[74] En cuanto a la extensión de este centro urbano, considerando las estructuras que se registran en superficie a lo largo de los 1,5 a 2 kilómetros que podría alcanzar el eje principal,[75] y abarcando una franja de por lo menos un kilómetro de ancho, resultaría un área notable de 150 a 200 hectáreas. Lamentablemente durante las últimas décadas este excepcional complejo urbano ha sido objeto de una bárbara y acelerada destrucción.[76]

Fondo Editorial PUCP

[71] Entre estas se enumeran las acequias de Conde de las Torres, La Legua o Mirones, Rosario, Santo Domingo o Chacra Alta (véase Gunter 1983: Plano n° 22 de 1907).

[72] Esta localización al margen de las tierras con vocación agrícola es ciertamente una constatación frecuente en la mayoría de sitios. Sin embargo, esto no excluye que algunos asentamientos, inclusive de notables magnitudes como Maranga y otros como el Grupo Gallinazo y Chan Chan, se hayan instalado en suelos con vocación agrícola, aun cuando se pudiera argumentar que en ese contexto histórico haya podido tratarse de tierras marginales o de menor productividad. Lo que debe destacarse es que —aun en estos casos limitados que parecen contradecir la regla— el desarrollo urbano no se desarrolla a expensas del rural, ya que se puede comprobar que este generalmente va acompañado de la expansión agrícola como de la introducción de técnicas que habrían permitido la intensificación de la producción agraria.

[73] Este tipo de ordenamiento recuerda el que exhiben los tempranos complejos piramidales Paracas en Chincha (véase capítulo 4) y también muestra ciertas similitudes con lo observado en el Grupo Gallinazo en Virú. Esto podría estar expresando que las influencias que recibe la costa central desde el sur y norte no se circunscriben a lo documentado para ciertas esferas de la cultura material, sino que también podrían haber sido extensivas a la difusión de determinados modelos urbanos y arquitectónicos.

[74] Estas apreciaciones reconstructivas fueron posibles a partir del examen de las antiguas aerofotografías del sitio (SAN 1944) y del mapeo de los montículos correspondientes al período Lima, identificados a partir de los rasgos constructivos y los materiales culturales registrados en ellos. Esta investigación se realizó en el marco del Taller de Arqueología Urbana desarrollado en 1983 por el Instituto Andino de Estudios Arqueológicos (INDEA) y dirigido por Luis G. Lumbreras.



Fig. 298 – Maranga. Fotografía aérea del sector central donde destaca la Huaca San Marcos y se observa, arriba, la destrucción iniciada en la Huaca Concha con las obras del estadio. La línea diagonal que atraviesa el sitio es la avenida Venezuela (Servicio Aerofotográfico Nacional 1944; Kosok 1965: 35, fig. 26).

Algunos de los montículos piramidales son de gran tamaño y comparables a las edificaciones piramidales de la costa norte. Este es el caso de la pirámide principal (13) denominada Huaca Aramburú o San Marcos, cuyo eje mayor orientado de noreste a suroeste alcanza más de 300 metros de largo, con un ancho que varía de 180 hasta 250 metros en la sección más ancha en su extremo suroeste. Esta pirámide es una de las mejor conservadas, y su conformación revela el desarrollo de plataformas escalonadas que ascienden desde el extremo del lado norte hacia el

[75] El eje principal del centro urbano ceremonial de Maranga podría haber alcanzado unos dos kilómetros de extensión si se comprende en su extremo sur a la Huaca La Palma (48). Si bien esta edificación muestra en superficie una arquitectura tardía de tapial, tanto su emplazamiento y su orientación coincidente con el eje principal del complejo Maranga (Canziani 1987: fig. 1), así como el hallazgo de cerámica temprana en cortes de excavaciones realizadas en los alrededores, podría estar indicando la presencia de una edificación de época Lima con posteriores remodelaciones tardías. Confirmando estos supuestos, en las recientes publicaciones del archivo Tello, se señala la existencia de un pequeño montículo de adobitos «[…] a pocos pasos hacia el norte de la Huaca de La Palma» (Tello 1999: 89).

[76] Como ya lo advertía Middendorf (1973: 56) hace más de un siglo, los limeños no tenían la menor idea de que apenas a una legua del centro de la capital se encontraban los vestigios de una antigua ciudad. Esta creemos podría haber sido comparable

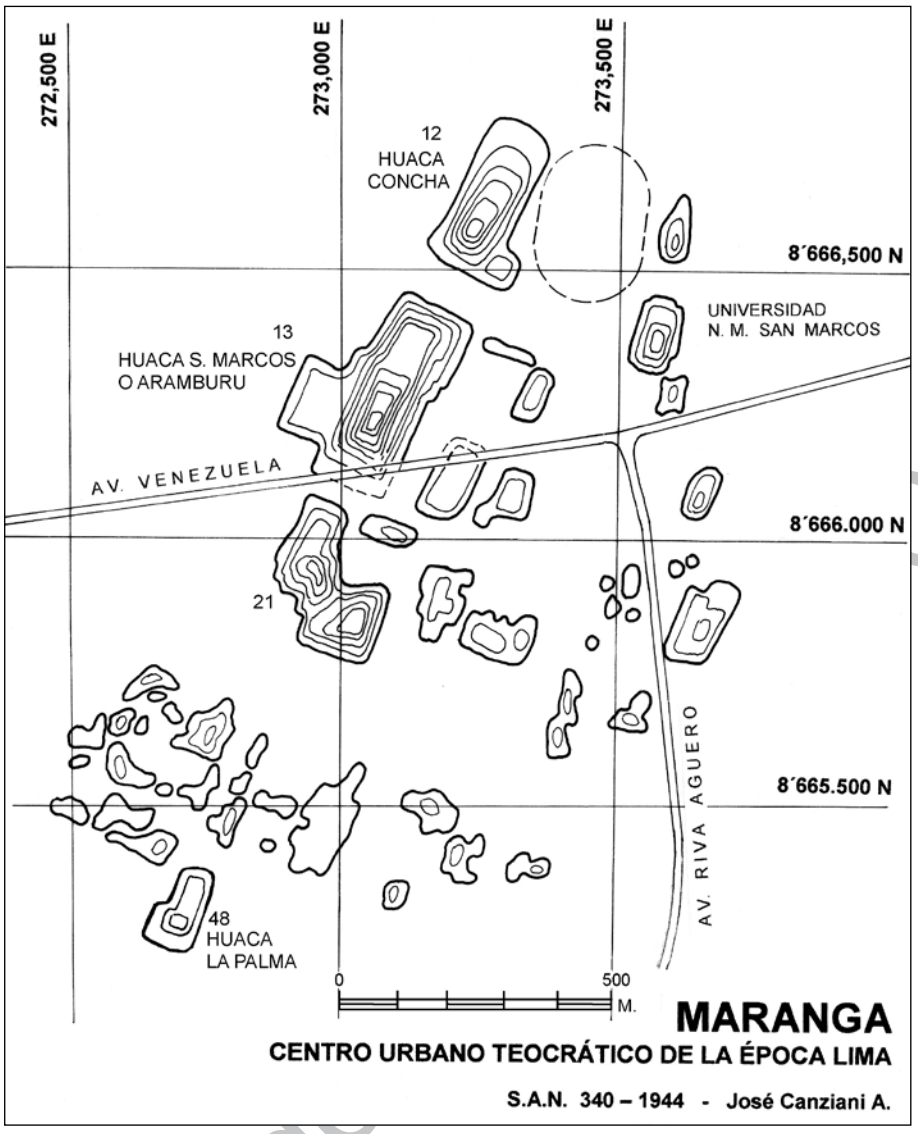


Fig. 299 – Maranga. Plano general de las edificaciones monumentales correspondientes al centro urbano teocrático de la época Lima (redibujado de Canziani 1987).

sur, donde alcanza la mayor altura de unos 30 metros. Al extremo suroeste también se presenta el mayor ensanchamiento del montículo, lo que se genera por el desarrollo de plataformas más bajas, a modo de apéndices, que se proyectaban hacia el oeste y sur. La acuciosa observación de Middendorf (1973: 63) lo lleva a señalar que no se trataba tan solo del desarrollo de plataformas escalonadas y ascendentes, ya que la cima de estas también sirvió de base para la construcción

a otras urbes de enorme relevancia, como Chan Chan, Túcume o Pacatnamú, y como tal Maranga podría haber sido objeto de investigaciones arqueológicas sostenidas y de políticas de puesta en valor. Sin embargo, la ignorancia y el consumado desprecio de estos monumentos por parte de las más altas autoridades han resultado en su grosera mutilación y lamentable desaparición. Podría señalarse aquí tan solo unos cuantos datos de la crónica de esta aberrante y penosa destrucción. La construcción en los años veinte de la avenida Venezuela, en ese entonces bautizada irónicamente «Progreso», mutila severamente el sector suroeste de la Huaca Aramburú (13) y atraviesa cortando en dos la ciudad prehispánica. En los años cuarenta el gobierno de Prado construye un estadio, cuyas obras se emprenden utilizando la Huaca Concha (12) como cantera de material de relleno para las graderías, el que además se adosa y superpone al mismo montículo. En los años cincuenta se instala en el sitio el campus de la ciudad universitaria de San Marcos, donde la construcción de los pabellones educativos arrasa con todos los montículos menores del sector norte del sitio. En los sesenta el Parque de Las Leyendas ocupa con sus instalaciones gran parte del sector sur del complejo arqueológico. En la segunda mitad de los ochenta, el gobierno del doctor García otorga títulos de propiedad a los ilegales ocupantes de áreas arqueológicas —intangibles— de propiedad del Estado, desatando la urbanización en gran parte del complejo. Finalmente, el Ministerio de la Presidencia del ingeniero Fujimori realiza en los años noventa obras de ampliación del estadio de San Marcos, acometiendo —cincuenta años después— nuevamente contra los escasos vestigios arqueológicos de la Huaca Concha, impidiendo trabajos de rescate arqueológico ante la impostergable inauguración de una obra de evidente carácter propagandístico.



Fig. 300 – Maranga. Vista de un corte al sur de la Huaca San Marcos, que exhibe las características constructivas de las plataformas macizas, conformadas por aparejos de pequeños adobes modelados a mano (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial

de una serie de estructuras arquitectónicas que las coronaban y cuyos muros de adobe evidencian enlucidos de barro y acabados con pintura amarilla (Tello 1999: 85). Recientemente la Universidad Mayor de San Marcos ha emprendido trabajos de investigación arqueológica que están revelando la naturaleza y complejidad de estas estructuras arquitectónicas y su probable función.

En cuanto a los materiales y técnicas constructivas, se aprecia el empleo de estructuras de relleno masivo de pequeños adobes paralelepípedos moldeados a mano, conformando bloques constructivos que sirvieron para la erección de las plataformas del volumen piramidal. Parece que también esta técnica constructiva se combinó con la de las cámaras rellenas con basura, tierra, ripio e inclusive cantos rodados (ibid.: 38).

Al extremo norte del complejo se encontraba el segundo montículo en importancia, conocido como Huaca Concha (12), destruida casi en su totalidad con la construcción del estadio de la Universidad de San Marcos. A partir de las antiguas aerofotografías del sitio (SAN 1944) se puede apreciar que esta edificación se desarrolló también con el eje mayor coincidiendo con el eje principal del sitio, e igualmente presentaba su mayor ancho en el extremo suroeste, pero en este caso por la presencia de una plataforma baja que se proyectaba hacia el sureste. Middendorf (1973: 63) registra que este montículo habría sido el más alto del conjunto, midiendo 210 metros de largo y 105 metros de ancho en el extremo norte, no pudiendo medir el extremo que presentaba el ancho mayor. También alcanza un dato sumamente significativo, al señalar que este montículo se diferencia de los anteriormente observados, debido a que no exhibía rastro alguno de los pequeños adobes utilizados usualmente como material constructivo, de lo que deduce que en este caso singular se habría empleado tan solo tierra y piedras (ibid.). Sin embargo, posteriormente en algunos trechos del montículo se observó estructuras hechas con adobes semicúbicos hechos a mano, al igual que celdas constructivas rellenadas con cantos rodados, especialmente en la cúspide, lo que explicaría su abundancia en la superficie de la huaca (Tello 1999: 84).

Mientras tanto, al sur de la Huaca Aramburú se encuentra la Huaca 21, a la que Tello (ibid.) hace varías referencias mencionándola como la reniforme, por la singular forma arriñonada de su planta. Anteriormente, el montículo fue también descrito por Middendorf (1973: 61-63 y plano pag. 57), quien observa a que la parte más alta del montículo se encontraba al sur este alcan-

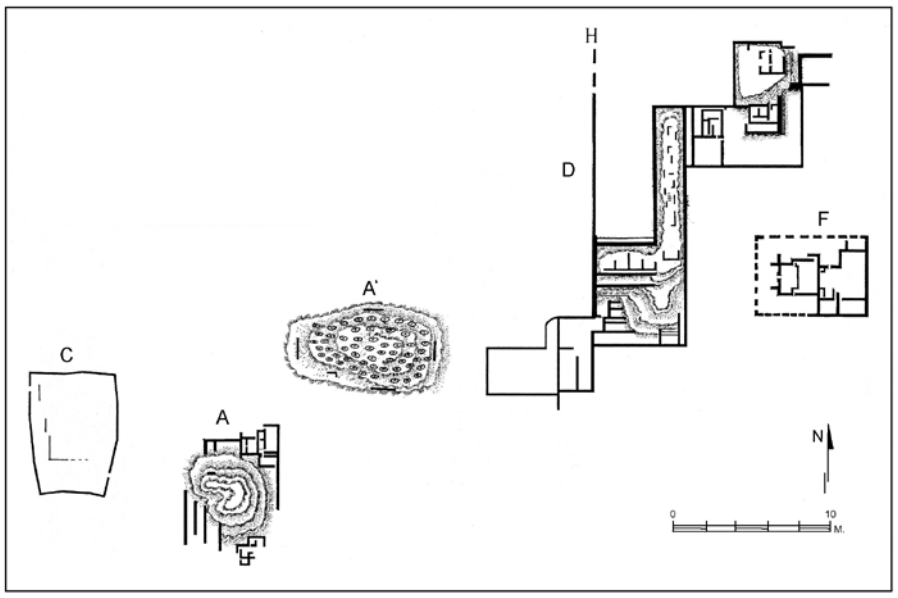


Fig. 301 – Makat Tampu. Plano del sitio (redibujado de Tello 1999).

zando unos 25 metros de altura. Hace referencia también a un corte vertical en el sector, en el que se aprecia la estructura construida con pequeños adobes cúbicos (Canziani 1987: fig. 3).

En varios sectores del centro urbano se ha documentado evidencias que permiten suponer que las edificaciones piramidales y los demás montículos menores que sobresalen en la superficie del sitio no estaban aislados. Estaban más bien rodeados por la concentración de otras estructuras de posible carácter residencial y público. Así lo demuestran los hallazgos de recintos o cuartos de aparente función doméstica en sectores al sureste del complejo; al igual que el hallazgo casual —en las excavaciones para la construcción de lo que iba a ser la sede del Museo Nacional— de un gran muro hecho de pequeños adobes y enlucido por ambas caras, que media en corte más de un metro de espesor y unos dos metros de alto. Su base se encontraba 2,5 metros por debajo del nivel actual del terreno y que se ubica a unos 600 metros al este del eje principal del sitio, entre los montículos 20 y 31. Estos datos demuestran claramente que lo que se aprecia en la superficie del sitio son tan solo las «puntas del iceberg» y que la ausencia de excavaciones arqueológicas sistemáticas en sitios estratégicos de tan vasta área han impedido hasta la fecha conocer la trama urbana subyacente y la naturaleza de la población y actividades que en ella tuvieron lugar. Como ya lo señaláramos, en los resultados del que fue uno de nuestros primeros trabajos de campo, el centro urbano ceremonial de Maranga debió ocupar en los Andes centrales un lugar de primer orden durante el período de los Desarrollos Regionales, si bien las investigaciones sobre el sitio no correspondan a esta realidad (Canziani 1987: 11).

Finalmente, es importante señalar que si bien el complejo de Makat-tampu, ubicado unos 500 metros al sur del río Rímac y a unos dos kilómetros al norte del complejo de Maranga, posiblemente no formó parte integrante del centro urbano principal, aunque pudo estar alineado con su eje, debió de estar asociado a este en el manejo del sistema de riego y en la administración de la producción agrícola de este sector del valle bajo. Posiblemente, Makat-tampu se conectaba con el complejo de Maranga mediante un sistema de caminos que debió articular a los sitios principales del valle, además de comunicarlos con los que se encontraban en los valles inmediatamente próximos. En todo caso, dada la escala menor de las edificaciones de época Lima registradas en Makat-tampu, podemos presumir que este asentamiento jugó un rol secundario y jerárquicamente dependiente del centro principal de Maranga.

En Makat-tampu el doctor Tello reportó la presencia de dos montículos (A y A') y de un recinto (C), ubicados al suroeste del sitio, que presentaban evidencias de arquitectura lima. En el caso de los montículos, estos presentaban muros de adobón presumiblemente tardíos en superficie, los que se superponían a núcleos constituidos por muros y rellenos constructivos de adobitos tanto rectangulares como cúbicos. En el caso del recinto, en su interior se observó vestigios de algunos muros construidos con adobes pequeños rectangulares. Estos importantes datos evidencian la presencia de

Fondo Editorial UNMSM

estructuras originarias de época Lima en este sector del sitio (Tello 1999: 118-119).

El complejo de la Huaca Pucllana

Este importante complejo de la época Lima se ubica en el sector sur del valle bajo del Rímac, en lo que hoy día corresponde al distrito de Miraflores, y está emplazado en un terreno llano propio del piso aluvial del valle con clara vocación agrícola. Dada su importancia, fue destacado como uno de los sitios principales de la ocupación temprana del valle desde las primeras exploraciones y estudios arqueológicos desarrollados por Middendorf (1973) y Uhle (1970: 388). Este último reporta a la «Huaca Juliana», junto con la Huaca Aramburú (Maranga), como los dos principales sitios con edificaciones piramidales tempranas en el Rímac. Posteriormente, este monumento también fue afectado severamente por el proceso de urbanización de la zona desde inicios de los años cuarenta, si bien se ha logrado conservar el montículo principal y algo de las áreas adyacentes, desarrollándose en las recientes décadas investigaciones arqueológicas y programas dirigidos a la puesta en valor del complejo.

A diferencia de Maranga, donde el complejo urbano se organiza sobre la base del ordenamiento axial de los montículos principales, aparentemente en Pucllana la organización del sitio estuvo vinculada entorno a un gran montículo piramidal, alrededor del cual se desarrollaron grandes plazas y recintos de función ritual y administrativa, además de plataformas y montículos bajos, de los cuales ya no se perciben rastros debido a la urbanización de estas áreas. Esto ha impedido conocer la posible existencia de estructuras re-



Fig. 302 – Huaca Pucllana. Fotografía aérea del complejo arqueológico ya afectado por la expansión urbana. Nótese al sur y suroeste (abajo de la fotografía) una serie de plataformas y montículos que constituían parte del complejo hoy desparecidos. (Servicio Aerofotográfico Nacional 1944; Agurto 1984).

Fondo Editorial PUCP

sidenciales y, como consecuencia, los datos que pudieran proporcionarnos algunos alcances acerca de la composición y niveles de concentración de la población que habitaba en este tipo de complejos de segundo nivel jerárquico.

A este propósito, Julio C. Tello (1999: 67) describe la presencia no solamente de la Huaca Pucllana, sino también de otra menor que se ubicaba unos cincuenta metros al sur y que presentaba planta cuadrangular y unos diez metros de altura, con la superficie cubierta de cantos rodados. Este montículo o plataforma se podía observar aún en la aerofotografías de 1944, ya afectada por el proceso de urbanización, al igual que otro pequeño montículo al suroeste parcialmente destruido en ese entonces y que el doctor Tello intentó proteger de su inminente destrucción total (ibid.: 70-72). Igualmente, del lado oeste de la pirámide podía todavía observarse en dichas aerofotografías un gran muro que corría paralelo al eje de la huaca principal, a unos 80 a 100 metros de su base, y que posiblemente correspondía al cercado de una gran plaza observada por Middendorf durante su visita al sitio, cuando señalaba que «[…] Esta colina artificial es muy larga, pero relativamente poco ancha. En el lado orientado hacia el mar, hay un campo rectangular cercado por un muro de 480 pasos de largo y 70 de ancho, ostensiblemente un patio extraordinariamente largo, en uno de cuyos lados se halla una fortaleza construida del modo ya indicado. La base de la colina es tan larga como el campo cercado de muros» (Middendorf 1973: 71-72). En el archivo del doctor Tello (1999: 72) también se menciona la presencia de por lo menos un muro que «[…] es de adobitos rectangulares, como los de Aramburú, y se halla revestido con barro».

El montículo principal de la Huaca Pucllana presenta una orientación de unos 20º noreste, lo que permite establecer ciertas analogías con la orientación del complejo urbano de Maranga, que resulta bastante similar. En cuanto a las dimensiones de planta del montículo, este alcanza unos 275 metros a lo largo del eje mayor con un ancho variable que va incrementando hacia el sur, desde unos 75 metros en el extremo norte, a 100 metros en el sector central, hasta unos 120 metros en el extremo sur. También la Huaca Pucllana comparte con las pirámides de Maranga, especialmente con la Huaca Aramburú o San Marcos, una planta de corte subrectangular a la que se adicionan plataformas o volúmenes, a modo de apéndices, en la esquina suroeste del montículo. Otro rasgo de similitud es que el volumen del montículo presenta el desarrollo de plataformas escalonadas que ascienden progresivamente desde el extremo norte hacia el sur,

Editorial PUCP

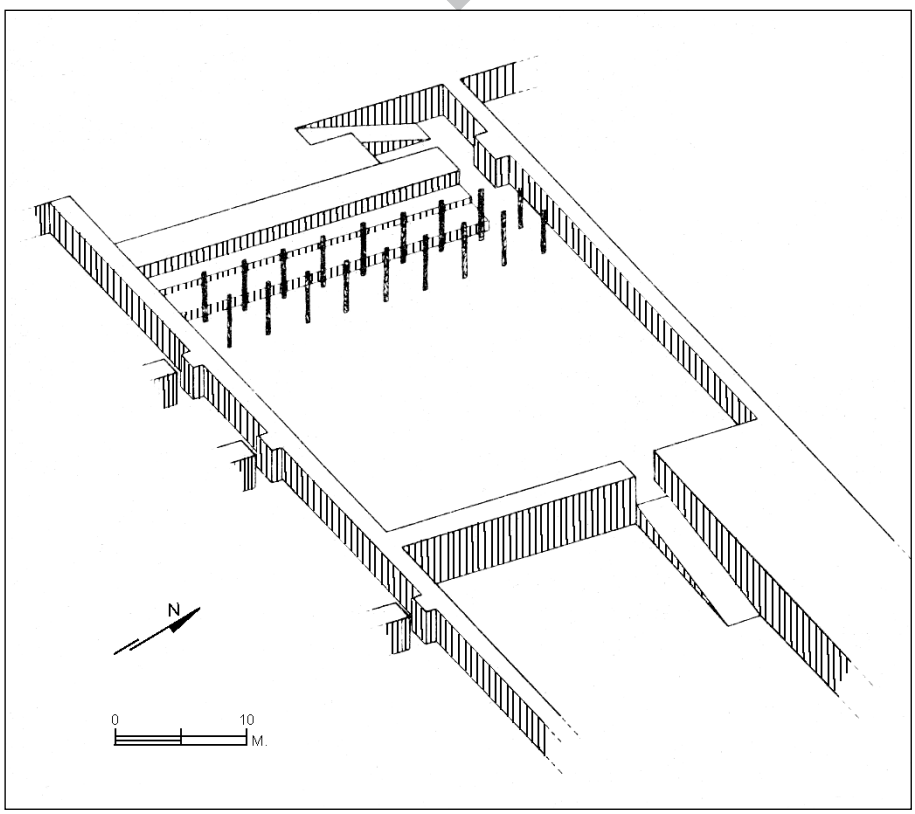


Fig. 303 – Huaca Pucllana. Reconstrucción isométrica de un patio con estructuras escalonadas y evidencia de postes de una aparente galería techada (redibujado de Vásquez 1984: fig. 3).

donde también la Huaca Pucllana alcanza su mayor elevación con una altura de unos veinte metros. Igualmente, en la Huaca Pucllana se registran evidencias de recintos y otras estructuras arquitectónicas que se edificaron sobre la cima de las plataformas.

En la construcción de la pirámide se ha emplearon los típicos pequeños adobes, si bien parece que la construcción de los volúmenes de sus plataformas no fue realizada masivamente con adobe, ya que hay evidencia de grandes muros de contención o rellenos constructivos de adobe que contenían rellenos de tierra y material suelto, lo que ya fuera observado por Middendorf (1973: 72) en ciertos cortes que presentaba el montículo. La Huaca Pucllana también presenta evidencias de superposiciones arquitectónicas, tanto en el cuerpo del propio montículo como en el caso de las estructuras anexas que se desarrollaron en su entorno.

Las excavaciones desarrolladas en las áreas al noreste de la base de la pirámide han revelado un complejo sistema de plataformas, patios y recintos (Flores 1981; 2005; Vásquez 1984). Algunas de estas estructuras parecen corresponder a espacios de acceso al edificio mayor, donde las plataformas escalonadas y sus desniveles fueron conectados mediante rampas que resolvían el ascenso inicial hacia los niveles altos de la pirámide. Algunos de los espacios expuestos por las excavaciones arqueológicas corresponden a dos grandes patios consecutivos, delimitados por gruesos murallones de adobe que corren paralelos en dirección este-oeste y que organizan con sus ejes el planeamiento de este sector. El primer patio, ubicado al este, presenta un muro transversal que lo separa del segundo patio e incluye una plataforma baja a la cual se adosa una rampa que conduce al acceso que da paso al segundo patio. El segundo patio, ubicado al oeste y más próximo a la base de la pirámide, presenta en el extremo oeste dos banquetas escalonadas adosadas a un gran muro de 1,6 metros de espesor, en cuya esquina noroeste se interrumpen las banquetas y se define un vano que daba acceso a una rampa de ascenso hacia una plataforma de nivel superior. Es de gran relevancia el hallazgo de evidencias de una doble hilera de postes de madera, que se dispusieron regularmente frente a las banquetas a 2,9 metros entre sí y a 2,6 metros de distancia entre las dos hileras. La presencia de estos elementos de soporte vertical permite inferir la existencia de una zona techada en el extremo oeste del patio, proporcionando una cobertura especial del frontis del patio caracterizado por el despliegue de las banquetas escalonadas (Vásquez 1984: figs. 3 y 6).[77]

Las analogías en cuanto a la recurrencia de ciertos patrones urbanísticos y arquitectónicos, así como la relativa proximidad —ocho kilómetros— entre los dos sitios principales de Lima en la margen izquierda del valle bajo del Rímac, plantean una evidente interrelación entre el complejo de Maranga y Pucllana. Por otra parte, las evidentes diferencias de magnitud entre los dos sitios pudieran haber expresado una determinada diferenciación jerárquica y una posible dependencia de Pucllana con relación a Maranga. Cuestiones que son de gran interés para comprender las características del urbanismo de esta época y la aparente existencia de una entidad política —por lo menos en este sector del valle— que esperamos las investigaciones arqueológicas que se desarrollan en estos complejos arqueológicos ayuden a dilucidar.

La ocupación lima en el valle medio del Rímac: Cajamarquilla y Vista Alegre

La ocupación lima interesó también de manera importante al sector del valle medio del Rímac, ya que debió estar asociada al manejo de estas amplias zonas que presentan tierras con una excelente vocación agrícola. Para el manejo de este sector del valle fue imprescindible también que los lima desarrollaran, mantuvieran y administraran un sistema de irrigación que asegurara la productividad en ambas márgenes de este sector. Coincidentemente los sistemas de canales que dan lugar en la margen derecha al llamado «valle» de Huachipa, como en la margen sur al de Ate, podrían haber tenido origen en estos tiempos, ya que los cursos de estos canales parecen haber estado relacionados con la presencia estratégica de

[77] Podría anotarse como un aspecto de interés, en cuanto a los antecedentes formales, que la composición de estos elementos arquitectónicos: patio/atrio, con banquetas adosadas a un muro o plataforma y asociadas con el acceso a los niveles altos de la edificación; así como el dominio de un eje visual y de recorrido orientado de este a oeste, es bastante similar al que exhibieron tempranamente los patios o atrios de montículos piramidales correspondientes a la tradición Paracas (Canziani 1992a).

Fondo Editorial PUCP

dos importantes asentamientos lima en las respectivas márgenes del valle medio: Cajamarquilla y Vista Alegre (o Catalina Huanca).

En el caso de Cajamarquilla, las investigaciones arqueológicas en esta ciudad, dominada por las construcciones del Intermedio Tardío, han reportado la abundante presencia de materiales culturales del período Lima, al igual que distintas evidencias de estructuras de esta época con los típicos adobitos bajo las estructuras tardías (Tello 1999). Antes de esto ya Uhle (1970) había reportado la existencia de un extenso cementerio asociado al centro urbano y que correspondía mayormente al Lima Tardío o Nievería. Cerca de un kilómetro al oeste de Cajamarquilla se encuentra también una pirámide lima de menor tamaño conocida como Huaca Trujillo, la que se encuentra aislada, si bien con evidencias de estructuras menores en su entorno, lo que permite suponer que podría haber correspondido a un centro ceremonial de menor nivel que los examinados anteriormente (Stumer 1954: 133). El hecho de que Cajamarquilla haya tenido una ocupación con aparente continuidad hasta épocas bastante más tardías, con la consecuente superposición de estructuras e intervenciones urbanísticas posteriores, dificulta la definición de las características que pudo tener este asentamiento durante la época Lima.

En el caso de Vista Alegre o Catalina Huanca se ha reportado que tenía como núcleo central una pirámide masiva con una rampa central principal, y que estaba rodeada por cinco montículos menores (ibid.: 132-133), además de la presencia de grandes complejos amurallados con recintos menores en su interior, que podrían recordarnos a los de Cerro Culebra. Lamentablemente no sabemos si estas edificaciones fueron contemporáneas a la pirámide o si fueron remodelaciones más tardías de la misma. En cuanto a las técnicas y materiales constructivos se señala que si bien en la mayoría de los casos las edificaciones privilegiaron la construcción masiva con los pequeños adobes modelados a mano, también está presente esporádicamente la tapia. Sin embargo, en Vista Alegre la situación se invertiría: el edificio estaría construido principalmente con tapia y la presencia de los adobes sería limitada (ibid.: 133).

Evidencias de la ocupación lima en Pachacamac y Lurín

En el célebre complejo arqueológico de Pachacamac existen importantes vestigios de una temprana ocupación correspondiente a la época Lima, que presenta como un elemento relevante la presencia de montículos piramidales con plataformas escalonadas construidas con los pequeños adobes de esta época. Tres de estas edificaciones se concentrarían sobre los promontorios que dominan el sector sur del complejo, compartiendo, al menos dos, una orientación noreste suroeste: el denominado Templo Viejo de Pachacamac y el que luego se convertiría en el Templo Pintado con los agregados y remodelaciones tardías. Un tercer montículo, de planta y orientación hoy desconocida pero posiblemente similar a los anteriores, se encontraría bajo las estructuras del Templo del Sol de construcción inca. Adicionalmente, existe otro montículo en el sector noroeste, que presenta la misma orientación, aun cuando se encuentra bastante deformado por la erosión y al cual Tello denominó Templo de Urpay Huachac. Asimismo, existen restos de edificaciones menores con muros de adobitos que se localizan en la proximidad del Museo de sitio de Pachacamac. Esto último daría idea de la posible existencia de otras estructuras de menor envergadura, tanto públicas como domésticas, aglutinadas en torno a las edificaciones monumentales conformando un centro urbano teocrático que luego fue desdibujado por las sucesivas ocupaciones tardías.

El primero en registrar estos indicios tempranos en Pachacamac fue Uhle ([1903] 2003), quien a finales del siglo XIX encontró que en los niveles inferiores de la secuencia estratigráfica que culminaba con la ocupación inca se hallaban materiales culturales tempranos que los antecedían, incluyendo estructuras con los típicos pequeños adobes lima. Uhle reporta estos hallazgos principalmente en la base norte del viejo Templo de Pachacamac y en los alrededores y bases del Templo del Sol. En el corte de Uhle (2003: fig.3), publicado también por Strong y Corbett (1943: fig. 2), se aprecia claramente, bajo las estructuras de las plataformas escalonadas del viejo templo de Pachacamac, el hallazgo de pisos y muros de contención asociados a la época Lima, los que pudieron formar parte de plataformas escalonadas de este antiguo templo.

Posteriormente, los trabajos de Strong y Corbett (ibid.) corroboraron esta información al desarrollar excavaciones que intervienen la base del Templo del Sol en el flanco este, confirmando la presencia de estructuras construidas con pequeños adobes y asociaciones culturales que corresponden a la época en cuestión y a las que se les superpuso tardíamente la edificación inca.

Fondo Editorial PUCP

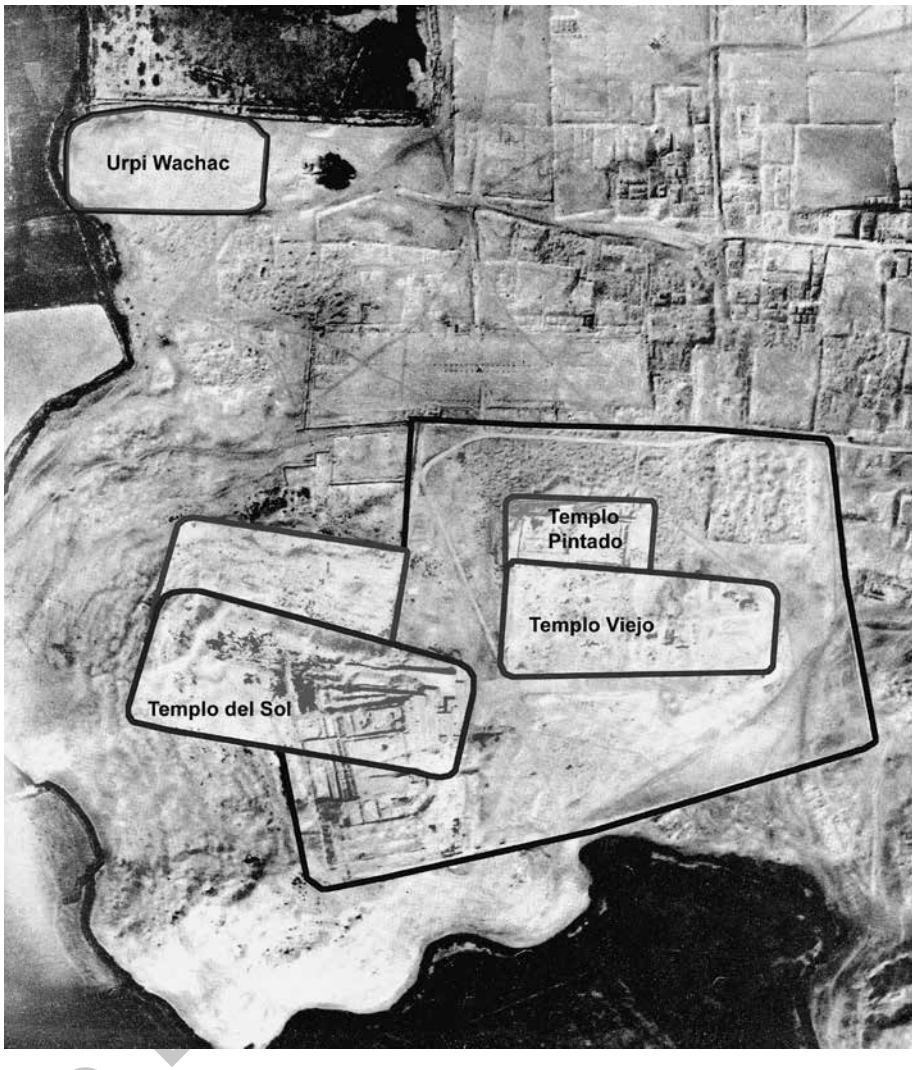


Fig. 304 – Pachacamac. Foto aérea (SAN) en la que se ha resaltado los posibles edificios monumentales de época Lima. Al sureste el Viejo Templo de Pachacamac, con las plataformas hacia el noroeste, cuyas remodelaciones tardías corresponden al Templo Pintado. Al sur oeste, los indicios de otra edificación piramidal de la época Lima a la que se le superpuso el Templo del Sol durante la ocupación Inca. Al noroeste el montículo conocido como Urpi Wachac.

De igual manera, observan en un gran corte que desciende del lado noreste de la terraza más alta del templo, la presencia de estructuras de adobes moldeados a mano asociados con material cerámico de época Lima, justo debajo del piso existente en la terraza superior del templo inca (ibid.: 39). Conjugando estos datos, provenientes tanto del examen de la base como de los niveles superiores del Templo del Sol, y que revelan la recurrente presencia de estructuras arquitectónicas de época Lima, se puede inferir que el edificio inca fue construido incorporando bajo sus plataformas las de un antiguo templo piramidal que debió tener un notable volumen.

Además de este montículo de forma y volumen desconocido cubierto por el Templo del Sol, tendríamos al este el montículo llamado Templo Viejo o Templo de Pachacamac, que presenta una planta rectangular orientada noreste-suroeste y que tiene un ensanchamiento en su extremo noroeste. A estos dos montículos se agrega uno más al norte conocido como el Templo Pintado, por sus plataformas escalonadas con evidencias de pintura mural, que corresponderían a remodelaciones de las fases finales del período —Nievería— y al Horizonte Medio. A esta misma época también podría corresponder el gran recinto cuadrangular que rodeó estas pirámides y estructuras, destacando el espacio de mayor significación ceremonial.

Es relevante notar cómo en esta época temprana el emplazamiento de las principales edificaciones ceremoniales de Pachacamac privilegia el promontorio elevado que se encuentra al sur del sitio. Este es un lugar con un paisaje muy especial, desde el cual se contempla el árido desierto bordeando el verdor del valle bajo, como también hacia el este y sur el río que corre a su desembocadura en el mar, mientras que hacia el sur y oeste se dominan los humedales que anteceden a las playas y el horizonte marino, del cual emerge la enigmática silueta de la isla de Pachacamac y su séquito de islotes.[78]

En resumen, si además de este importante núcleo de montículos emplazados en el sector sur del sitio, consideramos el montículo de Urpay Huachac y algunas otras evidencias de edificaciones menores en el sector norte, podemos suponer que el centro urbano teocrático de época Lima debió de alcanzar una extensión de unas cuarenta hectáreas, manifestando ciertos rasgos similares en su ordenamiento y configuración respecto a Maranga (Canziani 1987). Si bien Pachacamac durante esta época debió ser un centro algo menor con relación a Maranga en el valle del Rímac, es evidente que constituyó el sitio principal lima en el valle de Lurín.

No está clara la relación del centro ceremonial lima de Pachacamac con otros sitios lima asentados en el valle de Lurín, ni tampoco lo está el patrón de asentamiento en el valle durante este período. En los trabajos de Earle (1972), así como en los de Patterson (Patterson *et al.* 1982), se propone un modelo de desarrollo expansivo de la entidad política lima desde el valle bajo, para desde allí incursionar en el valle medio y medio alto. De acuerdo a estas propuestas, esta expansión implicaría el desarrollo de obras de irrigación que posibilitaron la intensificación de la producción agrícola en estos sectores del valle. De otro lado, el que muchos sitios lima en el valle de Lurín se emplacen en las cimas de los cerros y que evidencien rasgos de fortificación, daría a entender que esta expansión no estuvo exenta de conflictos con las poblaciones locales del valle o con las que presionaban sobre sus importantes recursos desde las zonas altas del mismo. En todo caso, la posible esfera de control político del centro ceremonial lima de Pachacamac habría estado restringida a los sectores bajo y medio del valle de Lurín, ya que Earle (ibid: 476) señala la inexistencia de algún sitio con rasgos monumentales en todas las secciones examinadas en la parte alta del valle, lo que estaría indicando que las poblaciones de estos sectores habrán mantenido un alto margen de autosuficiencia.

El valle de Chincha y los asentamientos de la época Carmen y Estrella

Durante el período se manifiestan en el valle de Chincha dos fases: una temprana denominada Carmen, que sucede al Paracas Necrópolis o Topará, y otra más tardía conocida como Estrella. Estas fases están identificadas principalmente por los correspondientes estilos cerámicos, así como por los patrones constructivos asociados a su arquitectura (Wallace 1971).

Si examinamos el patrón de asentamiento en términos generales, como parte de una sola época, en la distribución de los sitios se aprecia una cierta continuidad con relación a la precedente época Paracas, si bien se advierte una tendencia al incremento del número de sitios localizados en la margen sur del valle, especialmente en el sector medio. Al mismo tiempo, se observa una distribución más homogénea de los asentamientos, con muchos de ellos localizados en el piso del valle, ocupándose zonas que no registrarían antecedentes en las fases precedentes. Este es el caso de sitios importantes como Huaca Santa Inés (PV.57-5) y de la agrupación de montículos del complejo Estrella (PV.57-53, 54, 55 y 160). Por el contrario, en la zona norte del valle bajo se observa una ocupación escasa, si bien con una tendencia creciente con relación a las fases anteriores en la zona de transición del valle bajo al medio de la misma margen, con la presencia de sitios como PV.57-134, Cruz de La Molina (PV.57-132), Huallanca (PV.57-133) y Condorillo (PV.57-121), y en el valle medio con sitios como La Esclusa (PV.57-100, 102) (Canziani 1993: fig. 4).

En cuanto al tipo de sitios, estos son bastante similares a los de la época Paracas, es decir, montículos piramidales o montículos de plataformas bajas, sitios habitacionales y obras de infraestructura agraria, a los que se agrega un nuevo tipo de sitios: los cementerios (ibid.: 102).

En cuanto a los montículos, en términos generales, llama la atención la drástica reducción de la inversión en la construcción de arquitectura monumental durante el período. En la mayoría de los casos se verifica la reocupación de montículos piramidales construidos durante la época Paracas, donde aparentemente las intervenciones son también puntuales o, inclusive, irrelevantes. Esto se verifica especialmente en el sector sur del valle bajo, como en el caso del com-

[78] No es casual que en esta localización se hayan concentrado algunas de las principales intervenciones arquitectónicas posteriores, especialmente la inca. Asimismo, no es casual que las tradiciones míticas que perduraron hasta la actualidad se hayan nutrido con la magia de un escenario tan atractivo (Rostworowski 1992; Taylor 1987).

Fondo Editorial PUCP

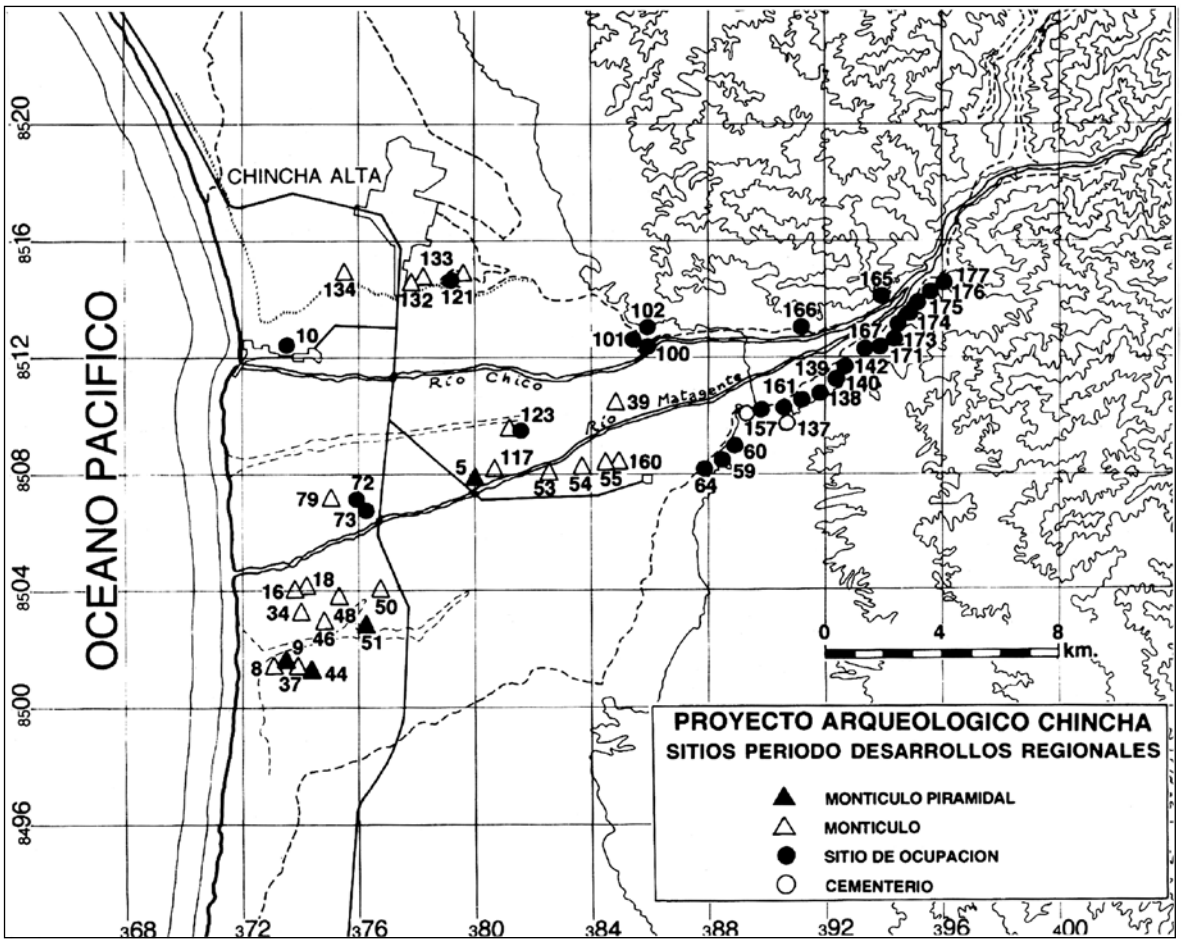


Fig. 305 – Sitios del período de los Desarrollos Regionales Tempranos en el valle de Chincha (Canziani 1993: fig. 4).

plejo San Pablo (PV.57-8, 9, 37 y 44) y de las huacas Campana (PV.57-51), Mensías (PV.57-50) y de otros sitios que se localizan en proximidad del viejo cauce del río. Mientras tanto, los sectores central y norte del valle bajo no presentan una mayor continuidad de ocupación, donde presumiblemente se abandonan importantes complejos de épocas anteriores como la Huaca Santa Rosa (PV.57-87), Alvarado (PV.57-10) y La Cumbe (PV.57-3).

Solo en contados casos se aprecia la construcción *ex novo* de montículos. Sintomáticamente, estos corresponden en su mayoría, a los sitios que aparentemente ocupan por primera vez la parte media del piso del valle, lo que se manifestaría durante la fase tardía Estrella, con la construcción de las huacas Santa Inés (PV.57-5), Monserrate (PV.57-117), Ronceros (PV.57-39) y de los montículos del complejo Estrella (PV.57-53, 54, 55 y 160). Sin embargo, es de notar que de estos solamente la Huaca Santa Inés habría alcanzado un volumen de cierta envergadura, lo que daría a entender que tuvo una posición jerárquica privilegiada con relación a los otros asentamientos, que solo presentan montículos pequeños o vestigios de plataformas bajas, como el Complejo Estrella. Lamentablemente la Huaca Santa Inés ha sido seriamente afectada por el trazo de la carretera que se dirige a El Carmen y el puente sobre el río Matagente, lo que ha provocado el corte de lo que debió ser la parte principal y más alta del montículo y la mutilación o desaparición de las plataformas más bajas. Estas penosas condiciones impiden actualmente conocer la orientación y conformación original de esta edificación, que constituiría el principal monumento construido durante esta época.

Aparentemente, los edificios monumentales del período mantienen ciertos cánones arquitectónicos propios de las épocas tempranas, como en el caso de la planta rectangular y de la orientación en dirección este-oeste. No está claro si se mantuvo la volumetría escalonada que exhiben los montículos Paracas, dado que no se conservan edificaciones que hayan mantenido su fisonomía original a causa de las posteriores reocupaciones



Fig. 306 – Huaca Santa Inés. Corte de las estructuras construidas con adobes hemicilíndricos, en las que se aprecia superposiciones arquitectónicas (foto: J. Canziani 1993: foto 4).

y, principalmente, debido a las destrucciones modernas.

Sin embargo, para este período se han registrado por lo menos dos casos que rompen inusualmente con esta constante en la orientación. Se trata de montículos conformados por plataformas bajas de planta rectangular orientados de norte a sur. Dos de estos se registraron en el sitio PV.57-134, del que lamentablemente se constató su destrucción en 1990 y uno al oeste del sitio de Condorillo (PV.57-121), también afectado por un intenso proceso de destrucción al haber sido invadido por pobladores. En ambos casos se documentó la singular existencia de pilares cuadrangulares, así como de muros y otras estructuras construidas con distintos tipos de adobes, desde los hemiesféricos a los hemicilíndricos.

A propósito de los materiales constructivos, tenemos durante el período una notable variedad de tipos de adobes con formas distintas. Los adobes continúan siendo elaborados a mano y sin molde, y presentan durante la fase Carmen formas de tipo hemisférico —que son los más populares—, mientras que otros con forma de disco cilíndrico son menos comunes. Durante la fase Estrella se afirma un adobe singular de forma hemicilíndrica, con una ligera combadura o adelgazamiento en la sección central del lomo curvo. En este último caso, se aprecia su empleo tanto para la elaboración de muros simples como de doble cara, disponiéndose los adobes en un aparejo alterno con las bases planas rectangulares hacia abajo. También es de notar que para la ejecución de los rellenos constructivos de las plataformas se realizaron muros de contención formando cámaras de relleno. Es decir, que a diferencia de los rellenos masivos con adobes propios de la época Paracas, en este caso las plataformas que conformaron los montículos se construyeron mediante pequeñas cámaras con muros de adobes hemicilíndricos que fueron rellenadas con tierra suelta, cascajo y piedras, tal como se observa en Huaca Santa Inés y en plataformas del complejo Estrella.

Además de los sitios que tuvieron como eje edificios de aparente carácter público, también se verifica un notable incremento y desarrollo de asentamientos habitacionales de características aparentemente aldeanas. Este tipo de sitios son relativamente extensos y se localizan preferentemente en los márgenes del valle, sobre terrazas naturales áridas y elevadas con relación al fondo del valle, lo que les otorga una posición de dominio visual sobre los campos agrícolas de los alrededores y los canales de riego que los bordean. Este es el caso de Pampa del Gentil (PV.57-64) y del sitio PV.57-140, que se localizan en la margen sur del sector medio del valle, y en los que se registra una continuidad de ocupación que se remontaría hasta la época Paracas Cavernas.

El sitio de Pampa del Gentil (PV.57-64) presenta una notable concentración de estructuras formadas por recintos de distintos tamaños, en un área de por lo menos 3,5 hectáreas, cuyo

Fondo Editorial PUCP

trazo, si bien tiende a la ortogonalidad, no evidencia planificación si no más bien la progresiva agregación, adosamiento y superposición de estructuras. En el borde de la terraza que domina el valle se ubican pequeños montículos orientados este-oeste, cuya morfología y materiales constructivos indicarían su filiación temprana a Paracas. La configuración de sitios como Pampa del Gentil y del sitio PV.57-140 en el valle de Chincha, cuya ocupación correspondería a la fase Carmen, es bastante similar a la de otros sitios contemporáneos de la región, como Dos Palmas en el vecino valle de Pisco (Rowe 1963; Wallace 1971: 83-84).

En este tipo de asentamientos son dominantes las estructuras habitacionales y solo comprenden un número limitado de pequeños montículos —como se registra en el borde norte de Pampa del Gentil (PV.57-64)—,[79] mientras que en otros como Condorillo (PV.57-121) se presentan agrupaciones de pequeños montículos asociados a algunas áreas que parecen corresponder a una ocupación habitacional. Queda por investigar las características y el rol de esta arquitectura pública menor en este tipo de asentamientos, sea que se trate de edificios de función comunal o ceremonial en asentamientos donde la función habitacional parece primar, en mayor o menor grado.

Concluyendo esta breve reseña sobre la ocupación del valle de Chincha durante este período, nos parece importante advertir la lectura de una posible ampliación del área agrícola del territorio del valle, especialmente en el sector medio —donde se ubican los principales asentamientos Estrella—, al igual que en el sector sur del valle bajo. A este propósito se observa que los sitios Estrella jalonan el curso medio del río Matagente y el curso del viejo cauce en el valle bajo, lo que podría estar indicando el desarrollo de sistemas de irrigación a partir de estos cursos de agua. Asimismo, es también factible que se iniciara la irrigación de la margen norte del valle, ya que —delineando lo que pudo ser el trazo de un canal principal y límite de los campos de cultivo en ese entonces— se encuentran los sitios 134, Cruz de La Molina (132), Huallanca (133) y Condorillo (121); y se localizan sitios como La Esclusa (100, 102), que se ubican estratégicamente en puntos donde hasta la fecha se encuentran las bocatomas de los canales que irrigan la margen norte del valle (Canziani 1993: 106).

De otro lado, la evidente limitación de la inversión en el desarrollo de arquitectura pública monumental y la aparente ausencia de sitios con una clara identidad urbana, podrían estar señalando un cierto estancamiento en los niveles de acumulación de excedentes productivos o la alteración de los mecanismos de apropiación de estos excedentes, que anteriormente habrían posibilitado el desarrollo de una elite y de entidades políticas de tipo teocrático durante la época Paracas. Parece resultar de estas restricciones una serie de limitaciones en la consolidación de una elite sacerdotal y del cuerpo de especialistas que opera con ella,[80] así también en la conformación y consolidación de la organización estatal, a diferencia de lo que hemos visto acontece en otras regiones de la costa peruana al norte de Chincha (Canziani 1993: 106).

Estos aspectos requieren de mayores investigaciones que permitan ahondar el estudio que indicaría la contemporánea vigencia durante el período en cuestión de formas de desarrollo «desiguales», donde la necesidad prioritaria de concentrar la inversión social en el desarrollo de la infraestructura agraria, podría haber resultado en formas de desarrollo que no pasaban necesariamente por el establecimiento de organizaciones políticas estatales, asociadas al desarrollo de complejos urbano teocráticos, donde se manifiesta de manera patente una colosal inversión en la arquitectura pública monumental, propia de Gallinazo, Moche o Lima.

Algunos asentamientos

[79] Los montículos presentes en Pampa del Gentil (PV.57-64) se localizan en el borde norte del asentamiento, desde donde se domina el valle agrícola y son también visibles desde los campos de cultivo del sector. Esta es una típica localización de los montículos del período Paracas Cavernas en esta zona del valle de Chincha, como Cerro del Gentil (PV.57-59) y Chococota (PV.57-63). Precisamente, los materiales constructivos expuestos en algunos cortes y la propia forma de los montículos de Pampa del Gentil estarían confirmando su correspondencia a este período temprano. Queda por establecer si estos montículos fueron reutilizados durante las fases de ocupación Carmen, si se les asignó otra función o si para entonces ya se encontraban en abandono.

[80] Nos parece sintomático que las manufacturas, especialmente la cerámica de las fases Carmen y Estrella, muestren una factura que no necesariamente exigió una elevada especialización; como tampoco revelan la existencia de un arte oficial o emblemático que sirviera de soporte de expresión ideológica a una eventual entidad política.

Fondo Editorial PUCP

en Carmen en el valle de Pisco

En el cuello del valle de Pisco y en su margen derecha se ubica el sitio Carmen de Dos Palmas. Este sitio tiene gran relevancia debido a que fue citado por el doctor Rowe (1963: 302-303) como un claro ejemplo del urbanismo temprano que surgía en la costa sur.[81] Posiblemente esta apreciación fue acentuada por el gran impacto visual de una fotografía aérea tomada por Johnson a inicios de los años treinta (ibid.), en la que se aprecia una alta concentración de estructuras en el flanco de una terraza árida. El asentamiento habría tenido una extensión de unas quince hectáreas y las estructuras que lo conformaban tendían a presentar plantas ortogonales, así como algunos muros perimétricos entre conjuntos o en los límites de ciertos sectores del asentamiento. Igualmente, entre la trama de las estructuras aglutinadas, se observa claramente la presencia de algunos espacios abiertos a manera de pequeñas plazas.

Sin embargo, en el conjunto no se percibe una traza planificada sino más bien algo irregular. Tampoco se observan indicios de edificios prominentes que pudieran haber cumplido funciones públicas, y análogos a los documentados ampliamente en sitios urbanos contemporáneos. Wallace (1971: 83-84) informa que estas estructuras estaban construidas con paredes de piedras y que correspondían a cuartos contiguos de diferentes tamaños y formas. Lamentablemente, informa también de la acelerada destrucción del sitio, que ya se encontraba cortado por un camino y en gran parte afectado por la expansión agrícola, lo que imposibilitó su investigación.

Sobre la base de las características que exhibía Dos Palmas, y dada su fuerte similitud con las que presentan sitios contemporáneos, como Pampa del Gentil y PV.57-140 en el valle de Chincha, podemos suponer que las estructuras de este asentamiento correspondían a los cimientos de conjuntos de viviendas que fueron construidas con quincha, principalmente. Pensamos también que Dos Palmas pudo ser el resultado de un proceso de agregación y superposición de estructuras, similar al que presentan los sitios

Fig. 307 – Dos Palmas. Vista aérea oblicua tomada en 1931 por Johnson del extenso asentamiento, ya desaparecido, en la que se aprecia su extensión y notable aglutinación de estructuras (Rowe 1963).



[81] Rowe (1963: 302) sostenía en ese entonces que «Durante el período Intermedio Temprano muchos sitios que representan grandes ciudades se conocen para el sur y el centro del Perú, pero ninguno ha sido reportado en el norte» (nuestra traducción). Y es luego de esta discutible introducción, que presenta como primer caso de un «gran asentamiento urbano» del período en la costa sur a Dos Palmas. Véase una revisión crítica al respecto en: Canziani 1992a: 113-116.

Editorial PUCP

chinchanos antes mencionados, con un carácter presumiblemente rural y de aparente función habitacional.

Además de compartir la ubicación en el cuello de los valles, estratégica con relación al manejo del sistema de irrigación y de las tierras agrícolas, la fuerte similitud entre los sitios del valle de Chincha y Dos Palmas, en el de Pisco, debió ser también resultado de una estrecha interrelación de sus respectivas poblaciones. Efectivamente, tanto Dos Palmas como (PV.58-2) otro sitio Carmen, de características al parecer similares (ibid.: 82-83), se encontraban en la margen de la Pampa Cabeza de Toro, una gran quebrada lateral del valle de Pisco que se proyecta hacia el norte y conecta con el valle de Chincha, mientras que los sitios Pampa del Gentil y PV.57-140 se encuentran próximos a la Pampa del Carmen y a la Quebrada de Arrieros, que se extienden al sur este del valle de Chincha. La convergencia de estas dos grandes quebradas forma una vía natural, utilizada en época prehispánica y hasta la fecha para comunicar los cuellos de ambos valles, mediando entre ellos una distancia de tan solo quince kilómetros.

Por su parte Silverman (1997) registra con sus excavaciones en Alto del Molino, un sitio Carmen en la margen izquierda del valle bajo de Pisco. El sitio presenta varios montículos bajos cuya estratigrafía reveló una ocupación temprana correspondiente a Paracas Necrópolis —fase Chongos— de carácter doméstico, a la que se superpuso la ocupación Carmen. Esta última fase se caracterizaría por ciertos rasgos arquitectónicos que podrían indicar una función pública, si bien las edificaciones no alcanzarían características monumentales.

Efectivamente, en el montículo de la Huaca 2 se registraron tanto una escalinata central con corredores, orientados de norte a sur, como otra escalinata lateral que asciende de oeste a este. La escalinata central estuvo finamente enlucida y conservaba trazas de pintura amarilla y roja, al igual que el corredor que la antecede, que estuvo pintado de rojo. Entre los escombros de esta área se encontraron también fragmentos de pintura mural con diseños geométricos policromos, que recuerdan los que luce la cerámica. Los muros fueron construidos con cantos rodados unidos con mortero de barro y se registró también la técnica de las cámaras de relleno para la edificación de las plataformas. Adicionalmente, en uno de los recintos excavados se expuso una hilera de tres pequeños cubículos cuadrangulares de un metro de lado (ibid.: 450, fig. 11), cuya configuración permitiría suponer una posible función destinada al depósito.

La sociedad Nasca y la cuestión de sus posibles formas de urbanismo

Durante el presente período se desarrolló en la costa sur del Perú la sociedad que conocemos como Nasca. Su desarrollo tuvo como área nuclear los valles de Nazca, sin embargo comprometió al valle de Ica y posiblemente también al de Pisco, al norte de la región, mientras que hacia el sur su presencia se registra de modo consistente hasta Acarí, aunque su influencia pudo alcanzar localidades como Yauca, Chala y otras aun más al sur (Silverman y Proulx 2002: fig. 4.3).

Como se ha señalado ya en el primer capítulo, esta región sureña de la costa se caracteriza por su acentuada aridez, dado que las cuencas altas de sus valles son comparativamente más reducidas que los de la costa central y norte, y son también más escasas las precipitaciones pluviales que se producen estacionalmente en ellas. De modo que los ríos de la región presentan un limitado caudal, por lo que usualmente se agotan en los tablazos del desierto y no llegan a desembocar sus aguas al mar.

Es de notar que los valles de esta región no desarrollan en sus zonas bajas los característicos deltas aluviales propios de los valles que hemos visto en las regiones del norte y centro de la costa peruana. Por el contrario, los ríos de esta región sur generan oasis con vocación agrícola en zonas relativamente alejadas del litoral y en proximidad de las estribaciones de la cordillera occidental de los Andes. Así, por ejemplo, el valle de Ica, luego de su curso descendente hacia el oeste desde la parte alta del valle, modifica su curso en dirección sur al ingresar al tablazo desértico, donde se desarrolla una importante área agrícola. Mientras que, luego de Ocucaje y Callango, se encañona y no ofrece mayores áreas con posibilidades agrícolas hasta su desembocadura en el litoral.

En el caso del río Grande de Nazca, se produce la singular confluencia de varios ríos tributarios, encajados en una serie de quebradas, que al unirse forman pequeños valles agrícolas que se desarrollan a unos 60 a 40 kilómetros del mar y a una altitud entre 600 a 300 m.s.n.m., como Palpa, Ingenio y Nazca, antes de confluir en el río Grande, con una extensión relativamente limitada de tierras de cultivo que tan solo alcanza unas 13 mil hectáreas (ONERN 1971). En el subsiguiente tramo de su curso hacia el oeste,

Fondo Editorial PUCP

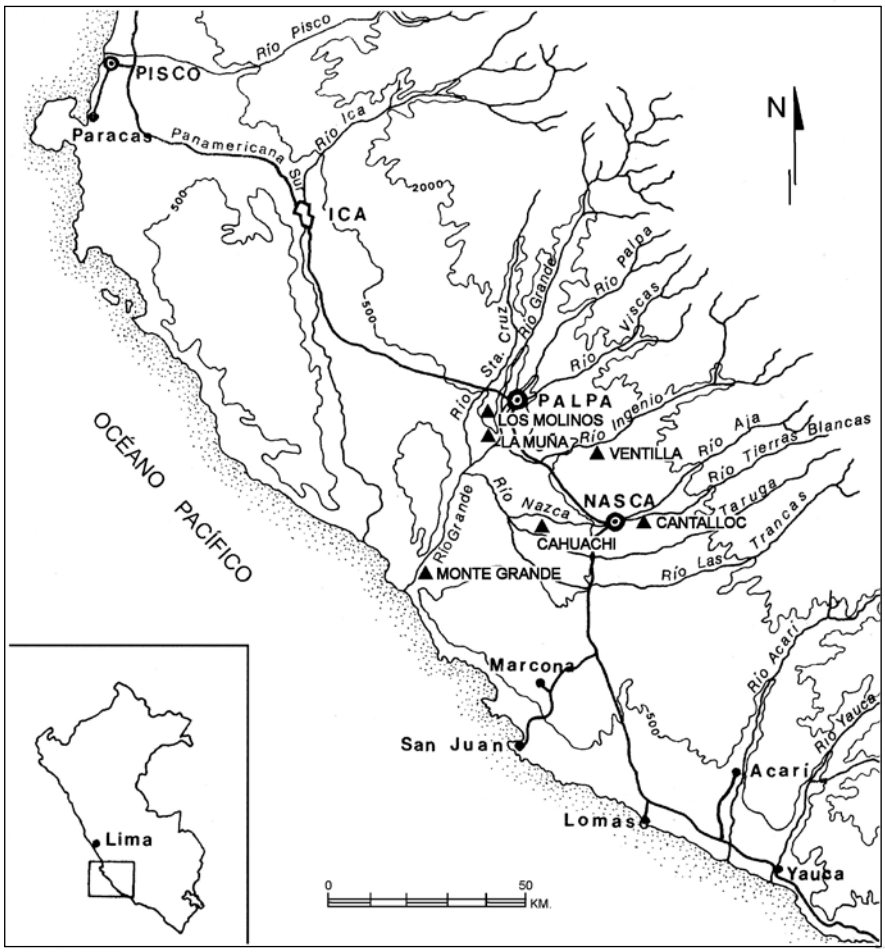


Fig. 308 – Mapa de los valles de Ica y Nazca con los principales sitios del período (redibujado de Reindel *et al.* 1999: fig. 1).

luego del oasis de Coyungo a unos 30 kilómetros del mar, el río Grande tiende a encañonarse en el tablazo y ya no ofrece mayores tierras de cultivo en esta última parte de su recorrido.

Si bien los valles de Nazca y Palpa están separados del de Ica por extensas pampas áridas propias del tablazo desértico, es de notar que la desviación del curso del río Ica hacia el sur lo aproxima progresivamente al río Grande de Nazca, especialmente en la parte baja de ambos valles, donde resulta que sus respectivas desembocaduras al mar se encuentren a poco menos de veinte kilómetros de distancia entre sí. Esta singular característica geográfica debió dar lugar a un intercambio relativamente fluido entre ambos valles, favoreciendo la constitución de esta «área nuclear» nasca, que se aprecia con fuerza en la cultura material que comparten las poblaciones de Nazca e Ica durante el período.

En cuanto a la economía de los nasca, sabemos que en un medio de extremada aridez sus posibilidades de desarrollo agrícola debieron de enfrentar condiciones adversas, como la ya mencionada limitación de tierras con vocación agrícola, unida a la severa escasez del recurso agua y la consecuente restricción para desarrollar amplios sistemas de irrigación (Kososk 1965; Silverman 1993a; Silverman y Proulx 2002). Sin embargo, es de resaltar aquí que en el esfuerzo por revertir estas condiciones, se construyeron ingeniosos sistemas de puquiales y de galerías filtrantes, que tenían por objeto captar el agua subterránea y aprovecharla para el cultivo (Schreiber y Lancho 1988; 2006). De esta forma, y aplicando esta técnica singular en zonas donde el agua no se presenta en superficie, se logró el riego que diera sustento a algunos oasis agrícolas.

Al parecer la ganadería de camélidos no fue ajena para los nasca, dado que su presencia es registrada con frecuencia en enterramientos rituales en sus centros ceremoniales, donde se ha documentado el aparente sacrificio de decenas de ejemplares. Igualmente, se registra un importante consumo para fines de alimentación de la población, siendo común el hallazgo de restos óseos de camélidos en contextos domésticos y basurales. También el estiércol de las llamas fue utilizado ampliamente como una fuente complementaria de combustible. El manejo de

los hatos de llamas habría permitido una mayor movilidad de la población y el transporte de una serie de productos entre distintas localidades, al igual que lo documentado para otras sociedades andinas. Para el sostenimiento de esta ganadería pudieron aprovechar los pastos presentes en las cabeceras y partes altas de los valles, como también los rastrojos de los campos agrícolas luego de su cosecha (Isla 2003: comunicación personal).

Resulta del todo evidente que la base económica agrícola y la dotación de recursos generada por esta debió ser bastante más limitada de la que disponían las sociedades de la costa central y norte, y por lo tanto también la posibilidad de contar con la generosa acumulación de excedentes productivos que estas habrían tenido.[82] Estas diferentes condiciones de desarrollo económico podrían ayudar a explicar el contexto en que se verifica un desarrollo urbano bastante más contenido y una diferenciación social aparentemente menos acentuada. Justamente, el examen de estos aspectos plantea la problemática mayor acerca de la posibilidad de la presencia de organización estatal en la sociedad nasca y, en todo caso, sobre el tipo de organización política que pudieron haber desarrollado. Temática en la que se postulan distintas posiciones que se encuentran en un interesante debate, como veremos más adelante.

Antes de entrar en mérito a las características del urbanismo y la arquitectura nasca, nos parece oportuno reseñar algunos aspectos relacionados con el modo de vida de su población y, en especial, con relación a la producción de sus manufacturas, sus niveles de especialización y desarrollo de sistemas de intercambio. Somos de la opinión que el estudio de estos aspectos, referidos a los procesos productivos y al modo de vida de los nasca, pueden brindar algunas claves para definir mejor las características de esta formación social y, a su vez, proporcionar elementos fundamentales para el análisis de sus patrones de asentamiento y arquitectura.

En el desarrollo de sus manufacturas los nasca destacan por su sobresaliente arte textil, pero es en la cerámica donde posiblemente alcanzaron el más alto nivel de expresión cultural. De otro lado, no se registraría un desarrollo mayor en la metalurgia y orfebrería; mientras que los sistemas de intercambio con otras regiones parecen haber sido bastante reducidos o limitados a cierto tipo de recursos y bienes exóticos.

En la textilería nasca se empleó tanto el algodón como la lana de camélidos, con un amplio manejo de tintes que permitían a sus artesanos desarrollar motivos decorativos policromos, realizados principalmente mediante la técnica del tapiz o el brocado. Muchos de los diseños decorativos de los textiles fueron similares a los que se desplegaban en la cerámica (Lumbreras 1969: 206). Se puede suponer que la calidad de este tipo de manufacturas estaría demandando determinados niveles de especialización, tanto en los aspectos técnicos de su producción como en el manejo de los códigos y patrones iconográficos de los diseños decorativos (Silverman y Proulx 2002: 61-64 y 152-155). Una expresión de este tipo de especialización productiva estaría documentada con el hallazgo de evidencias asociadas al funcionamiento de un taller textil en la Unidad 7 excavada por Strong (1957: 28) en el complejo de Cahuachi y que correspondería a la fase temprana Nasca 2. En resumen, se puede considerar que ciertos rubros de la actividad textil proporcionan buenos indicadores de los niveles de especialización productiva presentes en la sociedad nasca.[83]

En cuanto a la cerámica nasca —cuya manufactura es la que mayores indicadores de especialización productiva presenta— se puede apreciar desde sus fases tempranas la transición con relación a las tradiciones Paracas, cuando la cerámica se decora aún con incisiones finas, pero la pintura ya no es aplicada *post* cocción, sino mediante pigmentos aplicados previamente a la cocción de las vasijas. Este solo dato revela una importante innovación tecnológica, que implicó un amplio conocimiento sobre los colores y tonos que producirá la aplicación de ciertos pigmentos y engobes al ser sometidas las piezas a determinadas temperaturas en el proceso

[82] Hay que considerar también que la relativa lejanía del mar de estos oasis agrícolas debió incidir en una menor presencia de los recursos marinos en el sostenimiento de las poblaciones asentadas en estos, o por lo menos un mayor consumo de energías para lograr su aprovisionamiento y transporte desde lugares del litoral distantes decenas de kilómetros.

[83] Según los estudios de Sawyer se pueden identificar ejemplares de textiles nasca cuya fina manufactura permite inferir tanto la presencia de talleres organizados, como diferencias de estatus en la sociedad nasca; al mismo tiempo que la uniformidad en el tratamiento de los motivos iconográficos en el diseño de las imágenes, indicaría que este tipo de producción habría estado bajo el control de una jerarquía religiosa (citado por Silverman 2002: 154).

Fondo Editorial PUCP

de quema, lo que representa también un avance notable en el control de las temperaturas y en el dominio de las condiciones ideales de cocción por parte de los alfareros nasca. La forma más común de las vasijas finas es la globular con dos picos unidos por un asa puente. El modelado de las vasijas es frecuente y los colores comúnmente utilizados fueron una variada gama de tonos del rojo, rojo púrpura, blanco, negro, naranja, amarillo, marrón y gris (Silverman y Proulx 2002: 149-152). Al igual que en el arte textil, en la manufactura de la cerámica decorada con motivos iconográficos complejos puede argumentarse el requerimiento de especialistas, como también de ciertos niveles de control sobre los patrones de diseño ejecutados, por parte de la elite que conducía el sistema de culto.

Llama también la atención de los estudiosos la presencia de una extraordinaria diversidad de instrumentos musicales como antaras, quenas, ocarinas, trompetas, tambores y sonajas, la mayoría de ellos realizados en cerámica. Entre las ofrendas enterradas en contextos propios de la arquitectura ceremonial es bastante frecuente el hallazgo de instrumentos musicales, especialmente de antaras, lo que sugiere su empleo para el acompañamiento musical de las festividades y eventos rituales que se desarrollaban en los complejos ceremoniales.[84]

A partir de la sofisticada y exquisita cerámica nasca se puede deducir un elevado nivel de especialización productiva. Sin embargo, aun cuando en los sitios nasca es relativamente común el hallazgo de artefactos e insumos asociados a su producción —como los platos de alfarero, espátulas, pigmentos y pinceles (Isla 1992; Silverman y Proulx 2002: 59-61)—, aún no se han encontrado asociados en contextos de áreas de actividad aparente. Es decir, no se han documentado arqueológicamente talleres de producción alfarera en asentamientos nasca, lo que ha llevado a algunos investigadores a sugerir que quizá este tipo de producción alfarera no requería necesariamente de una especialización productiva (Silverman 1993a: 302 y 335; Silverman y Proulx 2002: 59-61 y 149).[85] Sin embargo, nos parece prematuro especular con esta presunción mientras no se documenten casos de áreas de actividad asociadas a algunos de los procesos productivos propios de la elaboración cerámica, especialmente de la emblemática vajilla fina nasca.

La metalurgia del oro no estuvo del todo ausente, si bien no conoció el desarrollo espectacular de las culturas norteñas, mientras que existen dudas si es que desarrollaron la del cobre, dada su escasa representación. En cuanto al intercambio, este se concentró en algunos recursos e insumos, tales como plumas de aves de la Amazonía y obsidiana proveniente de las alturas de Ayacucho. Bienes exóticos —con un creciente movimiento desde épocas tempranas en otras regiones—, como el mullu (*Spondylus*), registrarían una presencia bastante restringida.

Los principales asentamientos nasca

Entre los asentamientos nasca más representativos destaca Cahuachi, un extenso sitio en el valle de Nazca, donde también se encuentran otros sitios importantes como Cantalloc, El Quemado, Jumana y Monte Grande en la parte baja del mismo y Taruga al sur, en la quebrada del mismo

Fondo Editorial PUCP

[84] Véase la reproducción de una pieza escultórica nasca descrita por Julio C. Tello, que representa un cortejo de un grupo de personajes tocando y portando antaras, acompañados de perros y guacamayos (Silverman 1993a: fig. 2.3).

[85] El problema de la supuesta ausencia de talleres nasca especializados en la producción de cerámica, difícilmente encontrará una explicación consistente en analogías etnográficas con comunidades que muestran una «especialización a tiempo parcial», ya que esta responde a contextos históricos bastante diferentes. De otro lado, estas posibles explicaciones podrían conducir a evadir prematuramente una problemática que, por el contrario, exige un estudio más intensivo, sobre todo cuando algunos sitios nasca de presumibles rasgos urbanos —como Ventilla en el valle de Ingenio— aún no han sido intervenidos arqueológicamente. Este tipo de estudios reviste una especial importancia, ya que tiene un evidente compromiso para caracterizar la calidad urbana atribuible a algunos asentamientos nasca. De otro lado, es necesario acotar que por el momento tampoco se han documentado talleres dedicados a la producción de cerámica utilitaria, lo que estaría indicando que este tipo de contextos pueden ser menos formalizados de lo que se supone, como también que los sitios nasca no han sido objeto aún de excavaciones más intensivas, como las que se han dado en algunos de sitios moche y que han permitido documentar ampliamente este tipo de contextos (Russell *et al.* 1994; Uceda y Armas 1997).

nombre. Además, en el valle de Ingenio se encuentra el sitio de Ventilla; mientras que en el de Palpa están localizados La Muña, Los Molinos y Puente Gentil (Isla 2003: comunicación personal; Reindel *et al.* 1999; Reindel e Isla 2001; Silverman 1993a: fig.1.3; 1993b; Silverman y Proulx 2002: fig. 5.1).

Cahuachi

Se ubica en la margen izquierda del valle de Nazca, a unos cuarenta kilómetros en línea recta del litoral y a unos veinte kilómetros al este de la ciudad de Nazca. El sitio se desarrolla a lo largo de la margen sur del valle, que en ese tramo presenta una franja agrícola de tan solo unos cientos de metros de ancho entre ambas márgenes. El desarrollo en dirección este-oeste del asentamiento tiene en su zona central —donde se presenta la mayor densidad de estructuras— unos tres kilómetros de extensión, aunque si se incorporan otras estructuras más dispersas, podría alcanzar hasta unos 5,5 kilómetros, llegando a colindar hacia el oeste con el sitio más tardío de Estaquería, de lo que resultaría una extensión con un área total de unas 150 hectáreas (Silverman 1993a: figs. 2.3 a 2.6), bastante más amplia y con mayor número de estructuras que las que fueron reportadas originalmente en el conocido plano publicado por Strong (1957: fig. 4).

En la conformación del asentamiento destacan plataformas y montículos piramidales. Estos han sido construidos aprovechando en gran medida la topografía y configuración natural de los cerros, ya sea incorporándolos al volumen de los montículos o modelándolos mediante terrazas niveladas que sugieren el desarrollo de plataformas o de pirámides escalonadas. Sintomáticamente estas modificaciones privilegian el flanco norte de las colinas, lo que revela claramente la intención de presentar hacia ese frente, que se aprecia desde el pequeño valle, la impresión escenográfica correspondiente a una arquitectura monumental. Muchos de los montículos y plataformas de perfil piramidal se encuentran enfrentados a explanadas que fueron niveladas a modo de plazas, a veces delimitadas por otras plataformas o cercadas por muros bajos (Strong 1957; Silverman 1993a).

Este tipo de estructuras —montículos y plataformas— se encuentran separadas entre sí no solo por explanadas y plazas, sino también por amplias extensiones de terreno que se encuen-

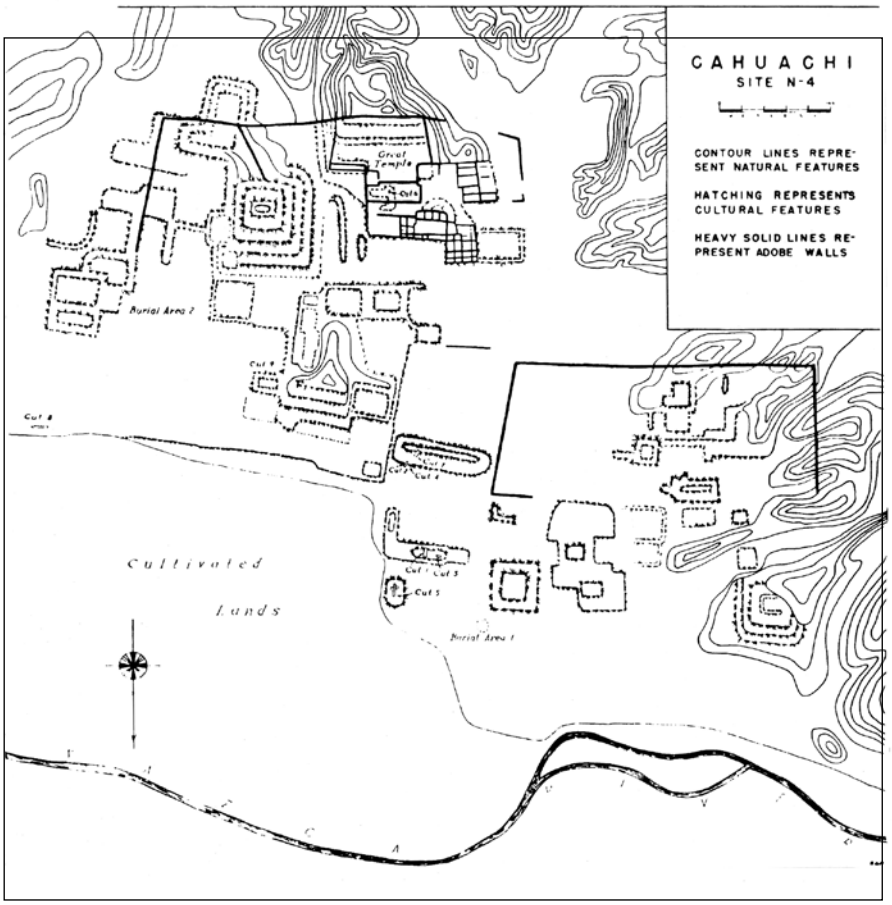


Fig. 309 – Cahuachi. Plano general según Strong (1957: fig. 4), nótese que el norte está en posición invertida.

Fondo Editorial PUCP

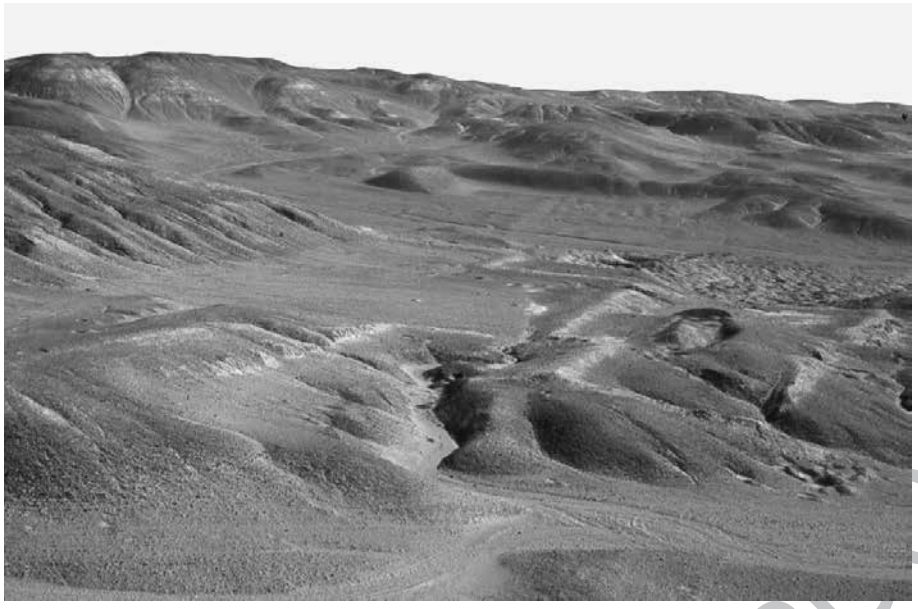


Fig. 310 – Cahuachi. Foto del Templo Mayor desde el noreste (foto: J. Canziani).

tran totalmente libres de estructuras y que fueron utilizadas masivamente para enterramientos. En total, estas áreas libres de estructuras representarían unas 125 hectáreas, de modo que las ocupadas por montículos y otras estructuras se verían reducidas tan solo a unas 25 hectáreas, poco más del 15% del área total. Estos datos y la aparente ausencia de concentraciones habitacionales y de otras estructuras arquitectónicas menores, conducen a Silverman a discutir la reiterada aseveración de muchos autores en cuanto a la supuesta condición urbana —y más aún de Cahuachi, en cuanto ciudad «capital» de un supuesto Estado expansivo nasca (Rowe 1963)— considerando que más bien debería de caracterizarse a Cahuachi como «centro ceremonial», para lo cual encontraría sustento en las recurrentes evidencias de ofrendas y otras actividades rituales, incluyendo las de carácter mortuorio (Silverman 1993a; Silverman y Proulx 2002).

Sin embargo, otros estudiosos de esta misma temática plantean algunas advertencias cautelares al respecto. La primera estaría referida a la reducida extensión de las excavaciones realizadas en Cahuachi, lo que puede representar una seria limitación para disponer de una visión más completa de las características del asentamiento y de sus estructuras arquitectónicas. Una segunda se refiere a la dificultad advertida por distintos investigadores, de hallar evidencias de contextos propios de áreas de actividad en espacios arquitectónicos claramente definidos, lo que lleva a pensar en una modalidad de limpieza frecuente de estos espacios. Esto, a su vez, calzaría con el alto contenido de basura —doméstica o no— que se detecta de manera recurrente en los rellenos constructivos y cuyos volúmenes excederían ampliamente los deshechos que podrían haber generado actividades esporádicas, propias del modelo de peregrinaje sugerido por Silverman (Silverman 1993a; Silverman y Proulx 2002). Desde esta vertiente, se sostiene que la presencia de arquitectura con espacios limpios no podría ser asignada *a priori* a una función exclusivamente ceremonial, pudiendo haber respondido tanto a funciones de tipo público en el ámbito productivo —talleres— y de servicios, como a funciones de tipo residencial y carácter doméstico (Isla 2003: comunicación personal).

En cuanto a las características de las técnicas y materiales constructivos, ya hemos señalado la recurrente modificación de los montículos naturales mediante nivelaciones y rellenos que generan terrazamientos con muros de contención. Los adobes empleados en estas estructuras y en los muros de las edificaciones tienen formas cónicas o semicónicas de base circular y superficie estriada, siendo estos los más comunes, aunque los hay también en forma de cuña alta, los rectangulares convexos e irregulares, a modo de terrones (Strong 1957: 31). En algunos muros los adobes utilizados son todos del mismo tipo, si bien en otros se incorpora más de un tipo (Silverman 1993a: 88-99). Es de notar que no se verifica el empleo de moldes para la elaboración de los adobes y llama la atención —por representar una suerte de arcaísmo— la adopción en las construcciones nasca de adobes cónicos, utilizados otrora en la costa norte.

Fondo Editorial PUCP

Los muros rara vez tienen evidencias de pintura y parece que en ellos el empleo formal de materiales constructivos fue bastante limitado. En este sentido se ha observado que muchas veces los adobes incorporados en la construcción de los muros tan solo representan un tercio de su volumen, mientras que la mayor parte estaba constituida por trozos de mortero de barro y terrones. Los muros rara vez sobrepasan el metro de altura, lo que permite suponer que la parte superior de los mismos se desarrollaba con el empleo de quincha. La quincha a su vez se utilizó para el desarrollo de paredes estructuradas con postes y horcones de algarrobo. Dichos postes se utilizaron también para soportar techos o cobertizos (ibid.).

Este es el caso de algunas estructuras excavadas por Strong (1957: 28, figs. 5b y c) que exhibían paredes de quincha muy bien acabadas. Se aprecia en las ilustraciones que el entramado de las cañas de la quincha estaba dispuesto al centro de las paredes, y que este elemento estructural fue luego recubierto con gruesas capas de barro por ambas caras, alcanzando finalmente unos quince centímetros de espesor. La estructura central de quincha estaba reforzada cada tanto con

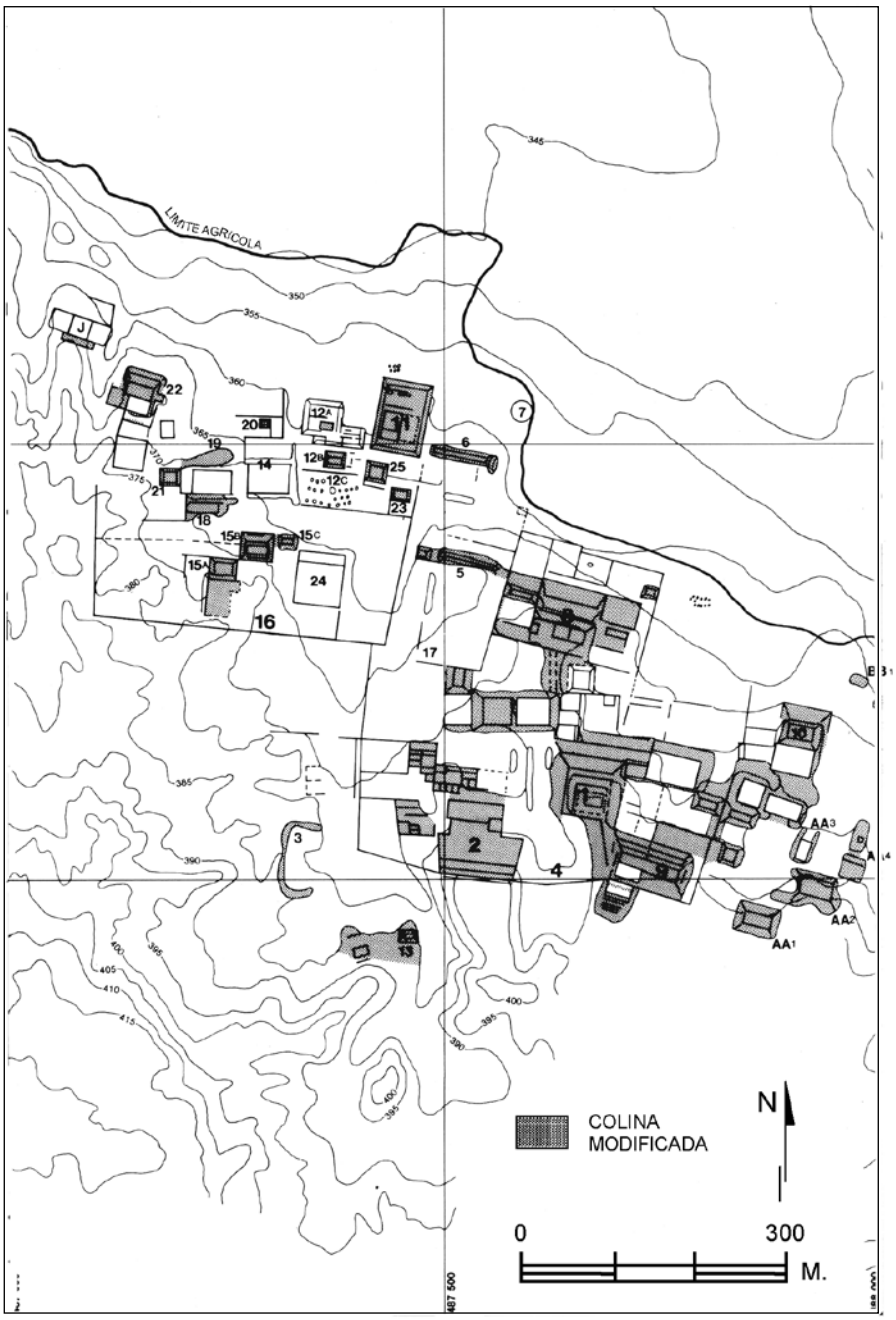


Fig. 311 – Cahuachi. Plano del sector central (redibujado de Silverman 1993: fig. 2.4). El montículo 2 corresponde al denominado Templo Mayor .

delgados postes de algarrobo y se puede presumir que estos se proyectaban en la parte superior de las paredes para servir de soporte a las áreas de los ambientes que estuvieron techadas. La calidad de esta arquitectura y la consistente presencia de finos textiles en sus ambientes, sirvieron de sustento para que Strong postulara que se trataría de un taller textil correspondiente a la ocupación Nasca Temprano de Cahuachi (ibid.).

Los rellenos de las plataformas fueron realizados utilizando diferentes materiales sueltos, tales como arena, tierra, vegetales, basura y cascotes de adobe, dispuestos tanto por capas gruesas como entremezclados. En algunos casos se ha observado la presencia de postes de huarango, que fueron incorporados en los rellenos y colocados verticalmente, como si hubieran servido para resolver la estabilidad y controlar las fuerzas laterales generadas por el volumen de estos rellenos. También se ha documentado el empleo de rollizos de huarango como terminación de las gradas de escalinatas construidas con adobe y barro (Silverman 1993a: 122-124).

En términos generales, se puede advertir de los datos reseñados que las edificaciones de Cahuachi manifiestan un modesto nivel de especialización, así como una limitada inversión en la construcción. Esta realidad, confirmaría la percepción de que una base económica agrícola con manifiestas dificultades para lograr generosos excedentes productivos, evidentemente pesó también sobre la necesidad de contener la inversión y el consumo de recursos orientados a la erección de arquitectura monumental.

Otros sitios nasca

Otros sitios nasca de interés son: Ventilla en la margen izquierda del valle medio de Ingenio y La Muña y Los Molinos en Palpa. De estos, Ventilla es el más impresionante, ya que en las antiguas fotos aéreas de 1944 y 1947 aparece como un gran sitio con cientos de estructuras aglutinadas, terrazas con evidencias de ocupación habitacional, complejos cercados por muros y varios montículos artificiales, alcanzando una extensión de por lo menos 200 hectáreas. Desde este punto de vista, representaría el mayor sitio nasca superando inclusive a Cahuachi (Silverman 1993a: 324-327). Lamentablemente Ventilla ha sido seriamente afectado por intervenciones posteriores dirigidas a expandir el área agrícola del valle. Por lo demás no conocemos de trabajos con excavaciones arqueológicas en tan importante sitio, las que serían de gran relevancia para el conocimiento de las características del desarrollo urbano y los patrones de asentamiento nasca. Más aún, si se propone que Ventilla pudo constituir el centro urbano que Cahuachi no habría llegado a ser (Silverman 1993a: 326; 1993b: 120).

De los trabajos sobre patrones de asentamiento conducidos por Silverman (1993b; 2002) en

Fig. 312 – Ventilla. Vista aérea del sitio emplazado sobre las laderas áridas de la margen sur del valle de Ingenio, donde se aprecia una notable densidad de estructuras (Servicio Aerofotográfico Nacional 1947; Silverman 2002: fig. 4.1).



Fondo Editorial PUCP

el valle de Ingenio y en el valle medio del Grande, se desprende en términos generales que en todos los sitios clasificados como «cívico ceremoniales» la inversión en arquitectura monumental fue relativamente escasa o en otros estuvo literalmente ausente. Se trata en su mayoría de terrazas o de recintos cercados, para los cuales se presume una función comunal, productiva o ritual. Los montículos, cuando se presentan, son bajos o elaborados modificando el relieve natural de los cerros, de una forma y factura similar a la ilustrada en Cahuachi.

Esta escasa monumentalidad de la arquitectura pública nasca, por cierto, no invalida la posible existencia de determinados niveles de complejidad social. En este sentido, llama la atención una apreciable diferenciación formal de las estructuras presentes en los asentamientos, inclusive tratándose de sitios pequeños, lo cual podría estar manifestando el desarrollo de diferentes funciones por parte de estas distintas estructuras (Silverman 2002: 149). Sin embargo, se deja extrañar una mayor profundidad de las investigaciones, dado que las escasas excavaciones desarrolladas en asentamientos nasca dificultan la interpretación de los procesos que se dieron en el curso de su evolución social (ibid.: 143).[86]

Un novedoso e importante aporte en esta dirección viene de las investigaciones arqueológicas conducidas por Reindel e Isla (2001) en el valle de Palpa, ya que sus excavaciones en Los Molinos y La Muña revelaron la existencia de asentamientos que en su momento pudieron representar sendos centros regionales. En estos no solo se registraron importantes concentraciones habitacionales, sino también la presencia de una notable arquitectura pública y de grandes tumbas de alto estatus. Se postula así que durante sus correspondientes períodos de vigencia, estos sitios prominentes —en cuanto aparentes centros regionales— formarían parte de una estructura jerarquizada de los asentamientos en Palpa, que comprendería sitios menores como caseríos y poblados. Como se puede apreciar, se trata de datos e interpretaciones relevantes, que al expresar niveles de organización y de complejidad social, aportan elementos sustantivos a la discusión acerca de la organización social de los nasca.

Los Molinos está ubicado cerca de la confluencia del valle del río Grande con los ríos Palpa y Viscas, lo que da lugar a una de las áreas de cultivo más amplias de la región. Esta condición favorable, unida a la disponibilidad de agua durante todo el año, habría incidido en la elección de esta zona del valle para el emplazamiento de un asentamiento destinado a trascender las funciones habitacionales propias de otros sitios menores.[87]

Destaca en la zona central de Los Molinos la presencia de grandes recintos que se desarrollan sobre plataformas escalonadas, las que fueron niveladas con el apoyo de muros de contención que alcanzan hasta dos metros de altura. Los recintos son bastante amplios y están delimitados por gruesos muros de adobe. El planeamiento es definidamente ortogonal y la circulación se resuelve mediante pasadizos y accesos con planta en forma de «L», donde los desniveles se superan mediante escalinatas y rampas (Reindel e Isla 2001: figs. 3 y 5). Los adobes empleados en estas edificaciones, que corresponderían al Nasca Temprano (fase 3), tienen la base ovalada y un cuerpo convexo y son conocidos como «paniformes». En el interior de los recintos se efectuaron en algunos casos subdivisiones mediante la construcción de paredes de quincha. También se documentaron en los pisos hileras de postes, lo que permite reconstruir que varios de estos ambientes estuvieron techados.

En el sector norte del sitio se reveló la presencia de dos plataformas en cuyos pisos se encontraron también postes de madera, pero en este caso revestidos con cañas y barro. Las dimensiones de

[86] Otra dificultad que advertimos es que la secuencia de las fases cerámicas propuestas por la escuela de Berkeley para la cultura Nasca, sea asumida como equivalente de supuestos estadios evolutivos de la sociedad nasca (Silverman 2002), no obstante los reparos planteados acerca de su propia validación estratigráfica (Silverman 1993a: 37; 2002: 43 y 175). Quizá como consecuencia de esta metodología, en la evolución de los patrones de asentamiento nasca se tiene la lectura que muchos sitios de la fase 3 «colapsan» durante la fase 4, para luego ser «reocupados» durante la fase 5 (ibid 2002: 167), cuando podría tratarse de una ausencia estilística que bien pudo no afectar la continuidad de la población en algunos de estos asentamientos (Silverman 1993a: 324-327).

[87] Esta ubicación estratégica —compartida sucesivamente por el sitio de Los Molinos y luego por la Muña— les permite no solo acceder a la mayor concentración de tierras con riego (Reindel *et al.* 1990), sino también enfrentar en las mejores condiciones los riesgos generados por eventuales sequías, al tener la incomparable ventaja de tener acceso simultáneo a los caudales de agua de estos tres cauces. Podemos anotar además que la elección de esta ubicación estratégica para los asentamientos de primer nivel, en este caso debió verse reforzada por las connotaciones animistas y rituales que entrañan los tinkuy —o tingo—, es decir, el aura especial que rodea en la tradición andina a los lugares de encuentro entre ríos, y que habría tenido una especial importancia en una región árida como la de Nazca, caracterizada por la generación de oasis de vida y producción en la confluencia de los distintos cauces tributarios de su sistema hídrico (Silverman 2002).

Fondo Editorial PUCP

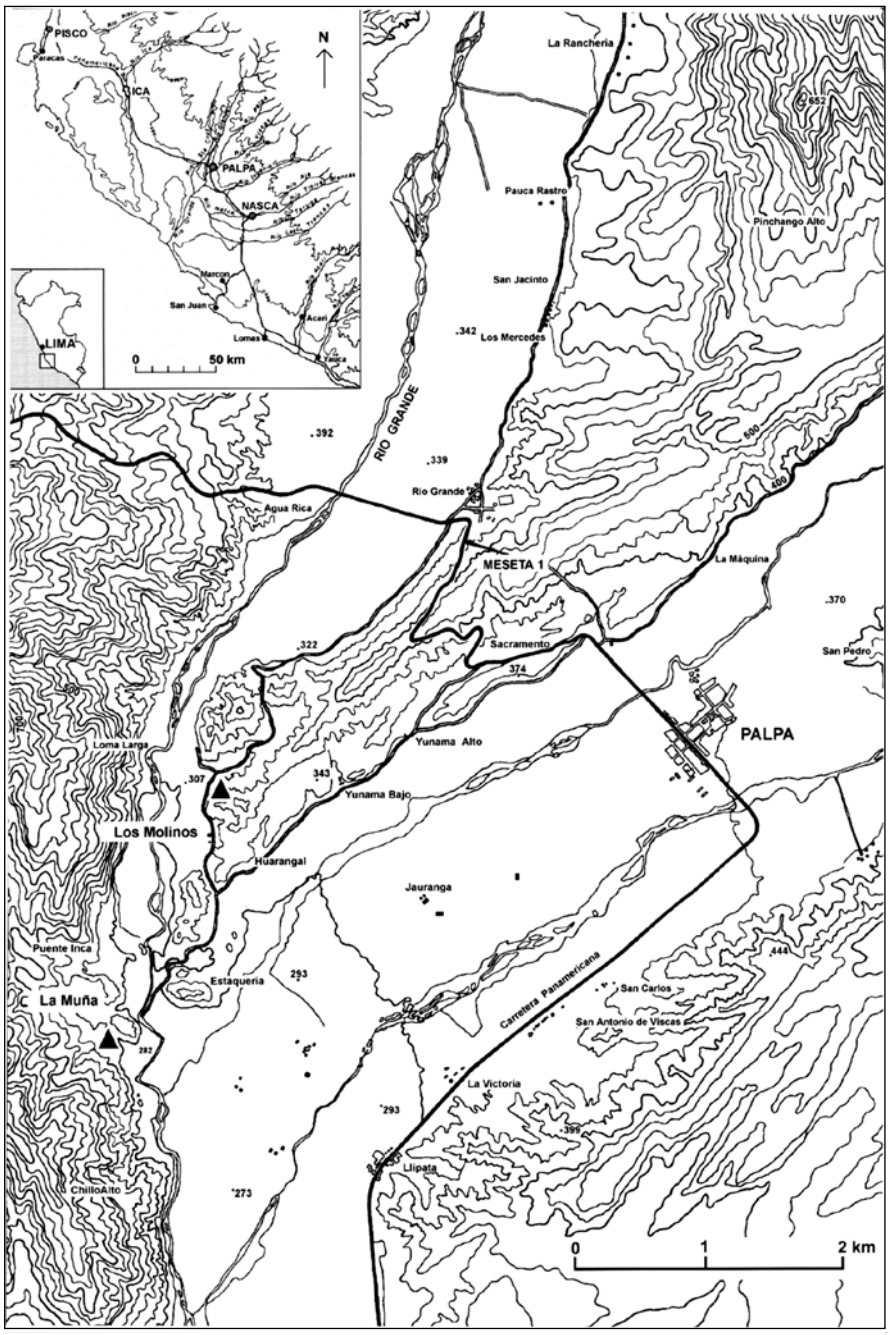


Fig. 313 – Mapa del valle bajo de Palpa con la ubicación de los sitios Los Molinos y La Muña (Reindel e Isla 2001: fig. 1).

los postes y este tratamiento especial daría lugar a suponer que habrían servido para soportar techos de mayor envergadura que los anteriores. Al igual que los grandes recintos, estas plataformas estuvieron conectadas mediante un pasadizo y tuvieron ingresos similares con los característicos accesos en «L» con escalinatas (Reindel e Isla 2001: fig. 10).

Se propone para los grandes recintos de Los Molinos una posible función de tipo público o en todo caso residencial de elite. Así lo sugeriría la amplitud y calidad arquitectónica de estas estructuras que fueron construidas de forma planificada, como también la limpieza de los ambientes, a excepción de un espacio que habría funcionado como cocina, posiblemente para brindar servicio a las actividades que se desarrollaban en los recintos colaterales. Por otro lado, las plataformas del sector norte podrían haber servido para el desarrollo de actividades ceremoniales, dada su conexión con los geoglifos que se encuentran en proximidad del sitio.

Los Molinos también presenta importantes evidencias de viviendas sencillas construidas con postes de madera y paredes de quincha, donde se reportan abundantes contextos de basura y evi-



Fig. 314 – Los Molinos. Vista aérea oblicua del asentamiento (Reindel e Isla 2001: fig. 37).

dencias de actividad doméstica. Estas estructuras de vivienda corresponderían tanto a la época de funcionamiento pleno de la arquitectura pública, como también al paulatino abandono de esta en fases posteriores (ibid.). Es de notar que este proceso de abandono de la arquitectura pública de Los Molinos sería coincidente con el abandono de Cahuachi, luego de su apogeo durante la fase Nasca 3 (Silverman 1993a; Reindel *et al.* 1990; Reindel e Isla 2001).

La Muña es también un sitio asociado a geoglifos y bastante próximo a Los Molinos, pero que corresponde al Nasca Medio, una fase de recomposición de la sociedad nasca luego del abandono de Cahuachi, donde se configuraría un nuevo ordenamiento político y social (Reindel *et al.* 1990). La Muña se ubica en la confluencia de los ríos Grande y Palpa. La presencia de arquitectura pública, de grandes tumbas de elite y la concentración de viviendas, permite a los investigadores del sitio plantear la hipótesis

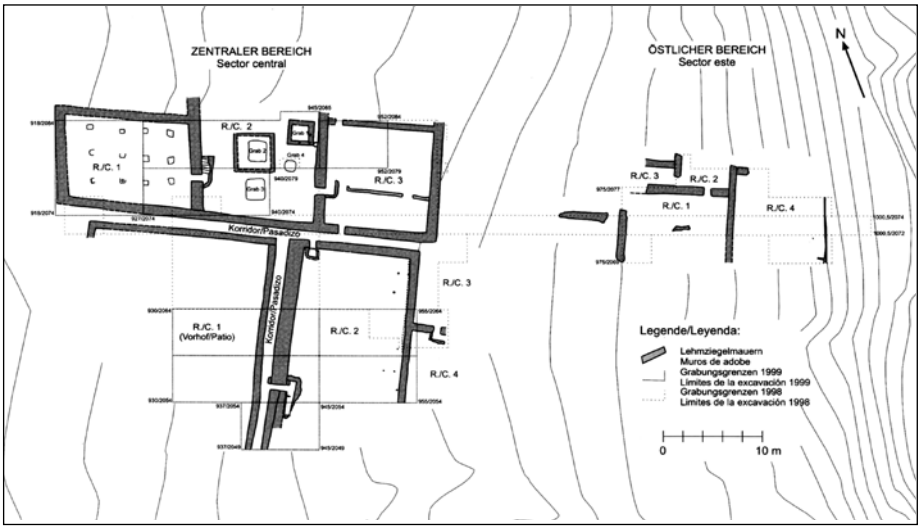


Fig. 315 – Los Molinos. Plano de edificaciones del sector central (Reindel e Isla 2001: fig. 5).

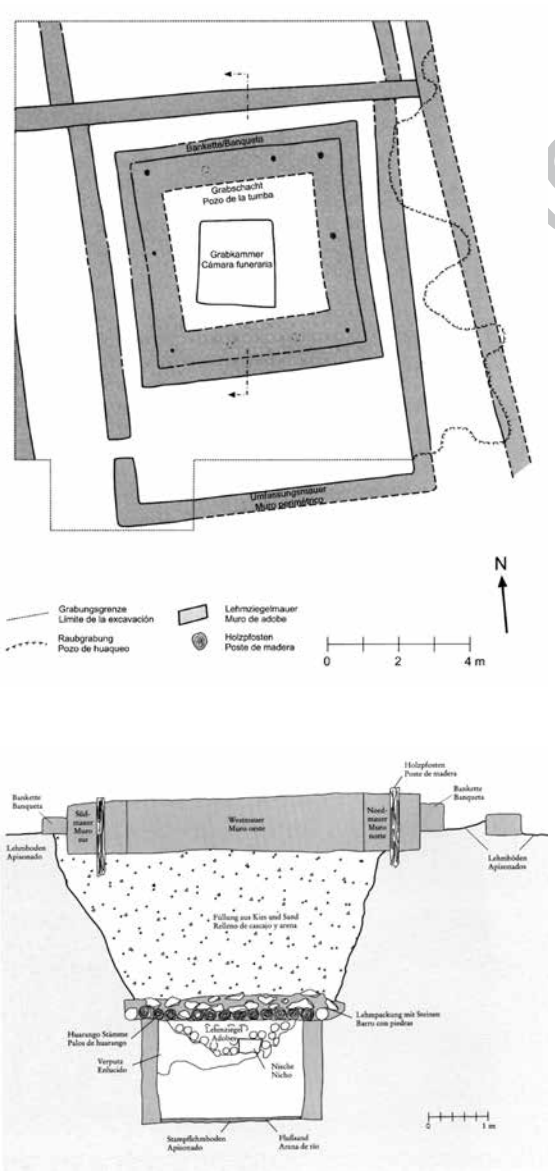
Fondo Editorial

de que debió constituir el centro administrativo regional correspondiente a esta época (Reindel e Isla 2001: 302; fig. 23).

En el sitio se registraron muros de adobes cónicos y paredes de quincha asentadas en plataformas bajas y escalonadas, asociadas a abundantes evidencias de actividad doméstica, por lo que se presume que amplios sectores del sito correspondieron a zonas de vivienda. Sin embargo, destaca en la parte central del asentamiento la concentración de tumbas que, por sus dimensiones extraordinarias y niveles de elaboración, debieron de haber correspondido al enterramiento de personajes de elevado estatus.

La arquitectura funeraria de La Muña revela patrones complejos de organización. Las tumbas estaban constituidas —en la superficie— por una antecámara, formada por un recinto de planta cuadrangular, en cuyo centro se inscribía una plataforma baja con banquetas perimétricas. Esta plataforma central en la antecámara servía a su vez de sello del pozo y de la cámara funeraria subyacente. Las cámaras funerarias presentan muros enlucidos y nichos en algunos casos, están techadas con vigas de huarango y cubiertas con una gruesa capa de piedras y barro. Estos techos sirvieron de soporte al gran volumen de arena y cascajo con el que fueron rellenados posteriormente los pozos, antes de sellarlos finalmente con las plataformas. La presencia de postes de madera en los muros de contención de estas plataformas permite suponer la presencia de techos sobre estas (Reindel e Isla 2001: 303-306; fig. 25, 29). Las características formales de esta arquitectura funeraria, y especialmente la dotación de plataformas techadas en las antecámaras, sugieren la periódica realización de ceremonias posiblemente vinculadas con el culto a los ancestros.

Fig. 316 – La Muña. Plano de planta y corte del complejo funerario correspondiente a la tumba 3 (Reindel e Isla 2001: figs. 28 y 29).



Las excepcionales características de esta arquitectura funeraria y del ajuar funerario de las tumbas estudiadas en La Muña, en el ámbito de un complejo que asume los rasgos propios de una necrópolis destinada al enterramiento de personajes que habrían tenido el más alto nivel social dentro de la población, aportan argumentos de peso que contradicen las hipótesis que plantean la supuesta inexistencia de marcadas diferencias en la sociedad nasca (ibid.: 312).

Como conclusión de estas investigaciones y de sus estudios acerca de los patrones de asentamiento, los investigadores proponen una estructura jerarquizada de los sitios nasca en Palpa, la que habría tenido sucesivamente como centros principales a Los Molinos (Nasca Temprano) y a La Muña (Nasca Medio). Desde estos sitios se habría administrado el manejo del sistema de irrigación que hacía posible el cultivo de una de las zonas agrícolas más promisorias del valle, además de concentrar actividades productivas y ceremoniales del más alto nivel asociadas al culto de los ancestros y a los geoglifos de las pampas (Reindel *et al.* 1999).

Se sugiere también que esta estructura jerarquizada de los asentamientos nasca podría replicarse en otros valles de la cuenca, con posibles centros regionales como referentes en cada uno de estos. Se menciona en el marco de esta sugerente propuesta a Puente Gentil en el valle de Santa Cruz, Ventilla en el de Ingenio, Jumana en el valle bajo y Cantayoq en el valle medio del Nazca. Proponiendo que esta posible estructura de organización jerarquizada, a su vez, podría haber tenido como referente supraregional el pro-

Editorial PUCP

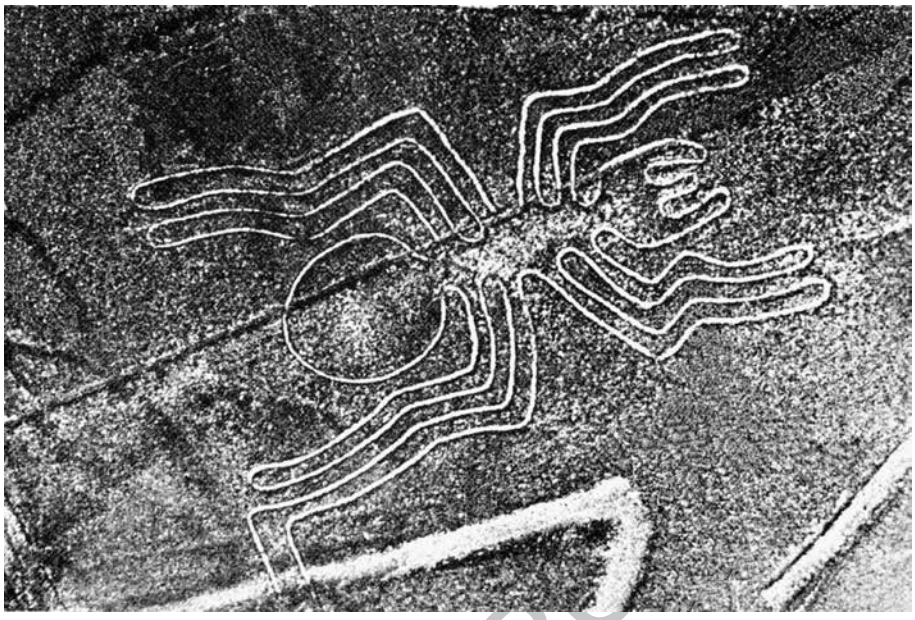


Fig. 317 – Geoglifo de las pampas de Nazca representando la figura de una araña (Servicio Aerofotográfico Nacional).

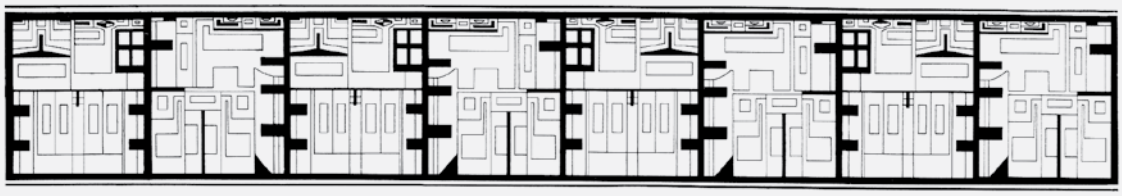
minente sitio de Cahuachi (Reindel e Isla 2001: 314).

Finalmente, es relevante la apreciación acerca de la evolución en la realización de los célebres geoglifos en las pampas y laderas de los valles de la región, estableciéndose una estrecha relación con los asentamientos de la población nasca. Los estudios recientes conducidos en Palpa (Reindel *et al.* 1999; Reindel e Isla 2001) proponen una evolución temporal a partir de los geoglifos más tempranos de época Paracas, dedicados a la representación de motivos figurativos que privilegian las faldas de las laderas, de modo que podrían haber sido apreciados directamente por la población desde los valles. Posteriormente, durante el Nasca Temprano, los geoglifos con motivos figurativos afiliados a la iconografía de esta cultura se desplazan hacia las elevaciones de las pampas, lo que los desvincula de su apreciación visual desde los valles oasis. Finalmente, en las fases más tardías las representaciones privilegiarán motivos geométricos generados por líneas o los llamados «campos barridos».

De esta manera se constituyó un extraordinario palimpsesto cuya percepción visual no era directa, por lo que debió responder a la construcción de un enigmático paisaje ritual, en cuanto vasto espacio para el despliegue de actividades ceremoniales de la mayor relevancia por parte de la sociedad nasca. Podríamos así suponer que en el mundo nasca las restricciones observadas en la edificación de arquitectura ceremonial de envergadura monumental se vieron compensadas con creces con la generación de un inconmensurable espacio ritual, mediante la imposición del signo de los geoglifos al espectacular paisaje de las pampas desérticas.

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP



6

LA PRIMERA FORMACIÓN IMPERIAL ANDINA

Fondo Editorial PUCP

6
LA PRIMERA FORMACIÓN IMPERIAL ANDINA
Wari: la planificación urbana como política de Estado

Fondo Editorial PUCP

En los Andes centrales, durante el período denominado Época Wari (Lumbreras 1981a) o también como Horizonte Medio (Rowe 1962) —que cronológicamente se ubica entre el 600 y el 1000 d.C.—, se asiste a la progresiva declinación de las formaciones regionales, así como también a una serie de cambios que afectan la esfera de la cultura material e imponen modificaciones sustanciales en los patrones de asentamiento.

Este fenómeno, por una parte, está manifestando la crisis de las viejas formaciones teocráticas y, del otro, el surgimiento de nuevas formaciones sociales y, entre ellas, la de un Estado que conocemos como Wari, que expresan nuevas formas de organización económica y social. Se inaugura así una nueva época caracterizada por la presencia de sociedades con una impronta de corte más civil o seglar y de mayor relevancia política. El enorme peso que antes tuvieron la religión y la arquitectura pública ceremonial fue dando paso a formaciones, que estuvieron sustentadas por un eficiente aparato político administrativo, que les permitió ampliar la base productiva mediante obras públicas e instaurar una economía de mayor énfasis redistributivo, sin olvidar por esto la organización del ejercicio de la guerra como un importante componente del poder.

Estas nuevas formaciones económico-sociales se verían expresadas —en términos del modelo de asentamiento— en ciudades o asentamientos urbanos, donde lo central y sobresaliente ya no será el templo, en la forma de colosales montículos piramidales, sino más bien los complejos palaciegos de carácter político-administrativo. Esta nueva época y sus modelos de urbanismo, que inicia con el fenómeno Wari, se proyectará luego durante el desarrollo de los estados tardíos, especialmente en aquellos asentados en la costa norte y central del Perú.

Sin embargo, con referencia a esta época y a las que le suceden, es importante hacer algunas precisiones, ya que muchas veces se ha sugerido que a partir de este momento se impondría el urbanismo en los Andes centrales. Este es un equívoco frecuente, que puede dar a entender que antes de esta época no existieron formas de vida urbana o ciudades, lo cual, como ya hemos visto ampliamente, es totalmente inexacto. De la misma manera, para ser más precisos, este nuevo tipo de urbanismo evidentemente no excluyó tampoco la presencia de aldeas y otros poblados como necesaria contraparte en el ámbito rural. Este un tema de relevancia, sobre todo si se pretende examinar el modelo de asentamiento impuesto por una formación imperial en sus dominios provinciales, donde históricamente y en distintas partes del mundo, es recurrente documentar el urbanismo implantado por el poder imperial, coexistiendo con poblados de carácter rural, que en su mayoría presentan formas de organización «espontánea», como también repertorios culturales fuertemente teñidos por su filiación étnica y las matrices que definen los componentes locales.

Los antecedentes

Wari tienen sus raíces en Ayacucho, una región hasta ese entonces algo marginal dentro del proceso de civilización de los Andes centrales, donde la cultura regional Huarpa procesaría en sus fases tardías algunas innovaciones trascendentes. Se ha señalado la importancia que habría tenido en el proceso de surgimiento del fenómeno wari, los tradicionales contactos de la región ayacuchana

con la costa de Ica y Nazca, así como con la sierra sur y el altiplano del Titicaca, desde donde recibiría respectivamente notables influencias de Nasca y Tiahuanaco (Menzel 1964; 1967).

Según Lumbreras (1981b: 24), las influencias de Nasca se darían en las fases tempranas del Horizonte Medio, con estilos como Okros y Chakipampa, y serían evidentes inclusive en tipos cerámicos tardíos de Huarpa, donde ya se aprecia la incorporación de la policromía. Las influencias de Tiahuanaco serían algo posteriores y se manifestarían con el despliegue de algunos de sus íconos más destacados tanto en la cerámica decorada como en el arte textil. Bajo estas influencias y contactos, la sociedad huarpa habría procesado una creciente especialización manufacturera en el campo de la cerámica y los textiles, complementando con estas industrias sus capacidades productivas, en vista de las limitaciones que presentaba la agricultura en una región donde son predominantes las condiciones de aridez y escasos los suelos con vocación agrícola.

Efectivamente, no obstante las limitaciones para lograr una agricultura excedentaria, la zona presenta condiciones favorables para la producción de manufacturas, en especial cerámica y textiles. En el primer caso, son abundantes las canteras con arcillas de excelente calidad, así como la presencia de pigmentos y recursos combustibles; en el segundo caso, el valle de Ayacucho está rodeado de zonas de puna y praderas elevadas que son propicias para la crianza de camélidos —llamas y alpacas— y el manejo de manadas silvestres de vicuñas. Igualmente se encuentran en la zona excelentes recursos tintóreos orgánicos como la cochinilla (*Dactylopius confusus*), que proporciona

PUCP

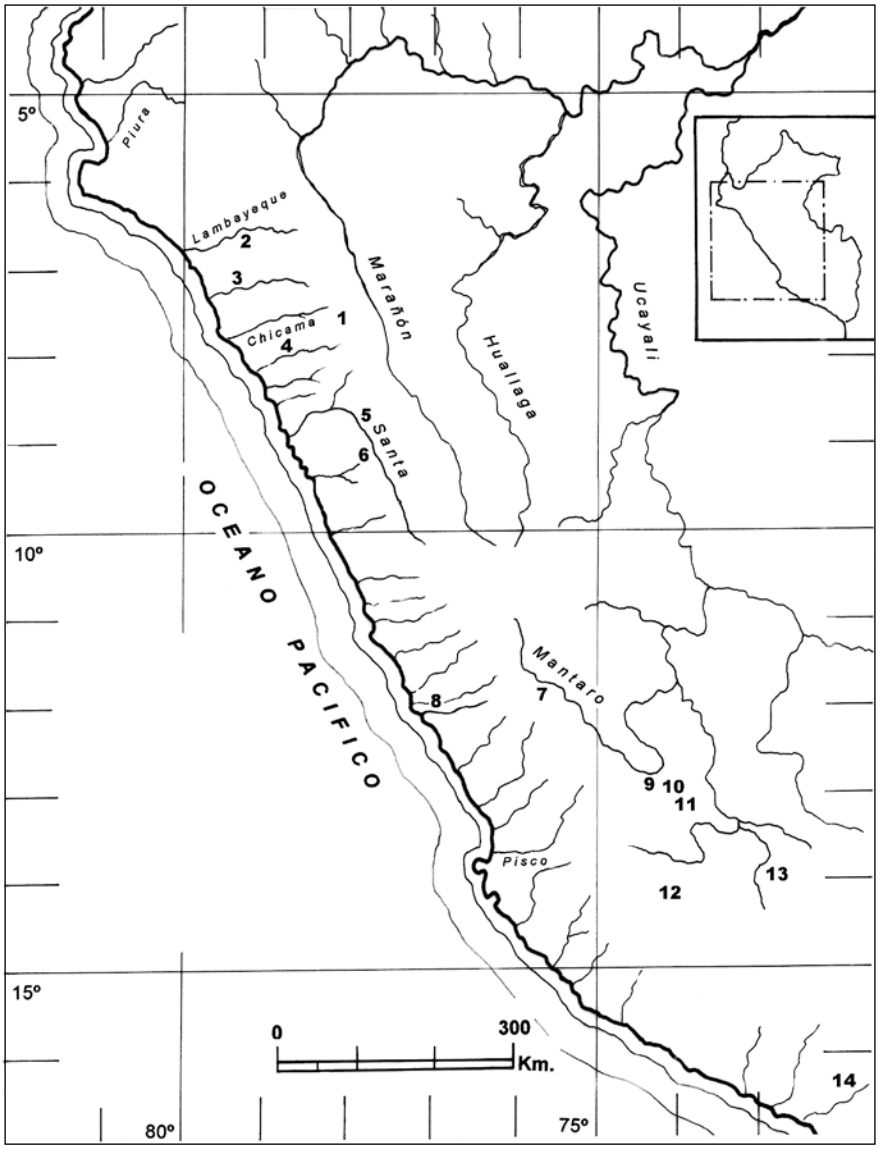


Fig. 318 – Mapa con los principales sitios del período:
1 Viracochapampa
2 Pampa Grande
3 San José de Moro
4 Galindo
5 Honqo Pampa
6 Villkawain
7 Wariwillka
8 Pachacamac
9 Azángaro
10 Wari
11 Conchopata
12 Jincamoqo
13 Pikillacta
14 Cerro Baúl

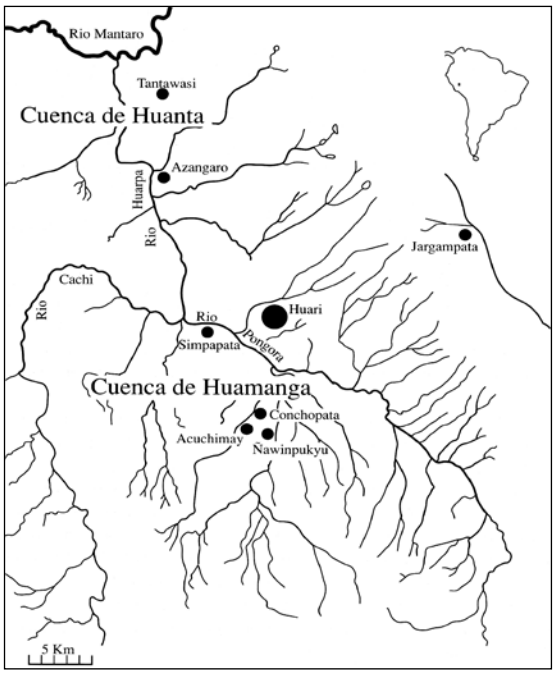


Fig. 319 – Mapa de la región de Ayacucho con la localización de Wari, Conchopata, Azángaro y otros sitios arqueológicos de la época (Isbell 2001: fig. 3).

tonos rojos, y botánicos como la tara (*Caesalpina tara*), que brinda negros y marrones; el molle (*Schinus molle*) los amarillos; el añil (*Indigofera suffructiosa*), los azules; el aliso (*Alnus jurullensis*), los naranjas y amarillos; entre otras plantas que sería largo enumerar (ibid.: 50-55).

En el marco de este proceso de creciente especialización manufacturera se presentarían ciertos indicios que permiten suponer que la sociedad huarpa, en sus fases tardías, estaba transitando hacia ciertas formas de urbanismo, cuyos avances podrían haberse plasmado inicialmente con la constitución de dos conspicuos centros urbanos: Conchopata y el propio sitio de Wari, que testimonian una importante evolución posterior (ibid.: 42, 60).

Es interesante notar que en Conchopata se ha reportado una alta densidad de ocupación, presentándose la organización de las estructuras arquitectónicas con patrones rectangulares, con una red de vías de circulación y sistemas de canalización del agua. En los sectores excavados los conjuntos arquitectónicos presentan patios, alrededor de los cuales se desarrollaban los recintos que servían como lugar de residencia y producción a los artesanos, mayormente especializados en la elaboración de cerámica policroma. En todo caso, de estos dos posibles núcleos urbanos primigenios, solo Wari alcanzaría un desarrollo mayor, mientras que Conchopata habría asumido un rol secundario y quizá dependiente del centro principal (ibid.: 31, 61-62).

Se ha sugerido que Conchopata podría haber constituido el antecesor del modelo de organización urbana que evolucionaría a formas rígidamente planificadas en otras ciudades Wari, como Pikillacta y Viracochapampa (Pozzi Escot 1991: 91). Sin embargo, también se afirma que su ocupación es contemporánea a la ciudad de Wari, por lo que parece más apropiado explicarnos las diferencias no tanto a partir de una lógica evolucionista, sino más bien

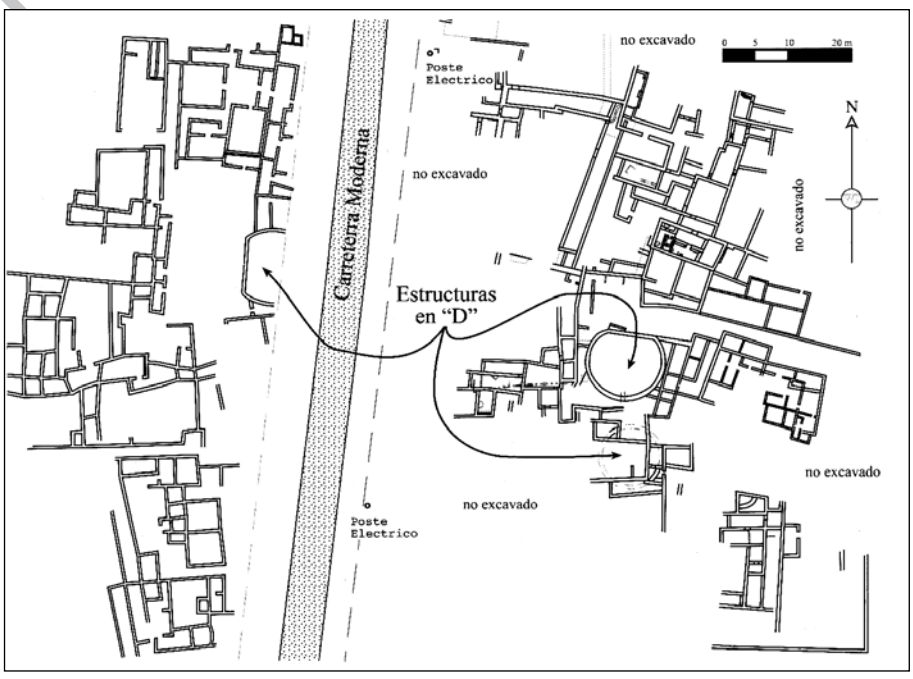


Fig. 320 – Plano de un sector de Conchopata con indicación de las estructuras con planta en forma de «D» (Isbell 2001: fig. 10).

Fondo Editorial PUCP

desde el punto de vista funcional. A nuestro entender, la afirmación de las unidades modulares con patio central se daría en Wari en el marco de los lineamientos de las políticas de planificación estatal, que tiene por objeto generar una trama urbana que resuelva las actividades administrativas, productivas, ceremoniales y residenciales, de acuerdo con el modelo conceptual de organización del espacio urbano liderado por la elite política. Mientras tanto, en Conchopata habrían continuado vigentes los patrones «espontáneos», donde las edificaciones se construían en una constante agregación, de lo que resultaría su trazado algo irregular.

Desde el punto de vista funcional, Conchopata revela un fuerte énfasis en los aspectos residenciales y productivos de sus habitantes, especialistas alfareros dedicados a la producción masiva de cerámica fina, principalmente. Por lo tanto, nos parece factible explicarnos las diferencias a partir de estos aspectos, que otorgarían a Conchopata un mayor peso comunal y productivo, donde su larga tradición como centro manufacturero de eximios ceramistas, le podría también haber conferido cierto margen de autonomía con relación a las autoridades políticas que sentaron sus reales en la ciudad de Wari.

La extensión de este importante asentamiento, ubicado sobre una terraza elevada en proximidad de la ciudad de Ayacucho, se estima en algo más de veinte hectáreas. En Conchopata, además de las notables evidencias de talleres de alfareros, se han registrado importantes hallazgos de ofrendas de cerámica destruida ritualmente; así como la presencia de por lo menos dos estructuras con planta en forma de «D» asociadas a una aparente función ceremonial. Sin embargo, la construcción del aeropuerto de la ciudad y una expansión urbana irresponsable han conducido en las últimas décadas a la progresiva destrucción de la mayor parte del sitio, haciendo peligrar las escasas áreas arqueológicas conservadas (Isbell 2001; Pozzi Escot 1991).

La capital de Wari en la cuenca de Ayacucho

El sitio arqueológico de Wari se encuentra enclavado en la región de Ayacucho, a unos 2.700 m.s.n.m., localizándose en una planicie elevada que separa las cuencas de Huanta al norte y la de Huamanga al sur. Lumbreras (1981b) hace referencia a una región oriental relativamente húmeda y otra occidental más árida. Esta posición especial debió ser elegida por su ubicación estratégica con relación a los recursos agrícolas de los valles inmediatos y a la población que estos albergaban. Rodeando estas cuencas se despliegan extensas zonas de puna donde los cultivos y la ganadería de altura debieron de ampliar la gama de recursos alimenticios y productivos disponibles. La presencia de terrazas agrícolas abandonadas en los alrededores del sitio, podrían corresponder a los esfuerzos realizados para ampliar el acceso de los habitantes de la ciudad a mayores recursos alimenticios.

Se presume que el área general del sitio de Wari tendría una extensión de alrededor de 1.500 hectáreas, si bien el área nuclear ocupada por la ciudad correspondería a unas 250 hectáreas.[1] Allí se advierte dos sectores principales, uno ubicado al norte del sitio y el otro al sur. Las diferencias en el estado de conservación y en ciertos rasgos arquitectónicos presentes en uno y otro sector permiten suponer que la ciudad hubiera podido estar dividida en dos mitades (Isbell *et al.* 1991: 20-24).

Podría parecer una paradoja que la ciudad capital de una organización imperial, que impulsa e impone un urbanismo altamente planificado en muchas de sus lejanas provincias, no presente evidencias de un ordenamiento urbano integral. Sin embargo, este fenómeno es totalmente coherente con la dinámica de su larga evolución histórica, ya que Wari —al igual que otros centros de formaciones imperiales— debió surgir aceleradamente a partir de un núcleo urbano temprano, cuyo crecimiento y expansión fue planificada tan solo en algunos de sus complejos o determinados sectores urbanos que, en todo caso, tuvieron que implantarse ajustándose al tejido urbano preexistente.

La ciudad de Wari por esta razón no presenta en su conjunto evidencias de un ordenamiento urbano planificado. Su plano más bien revela ser producto de un largo proceso de crecimiento generado por el ascenso poblacional y el de sus actividades productivas (Lumbreras 1981b: 57). Este proceso fue además bastante complejo, ya que no solo se trata de crecimiento, en términos de expansión urbana, si no que también existen evidencias de grandes obras de remodelación que

[1] Lumbreras (1981b: 63 y 75) estima una extensión de la ciudad entre 120 a 150 hectáreas que parece más ajustada a la realidad y de acuerdo a las mediciones de los planos publicados (Williams 2001: fig. 3).

Fondo Editorial PUCP

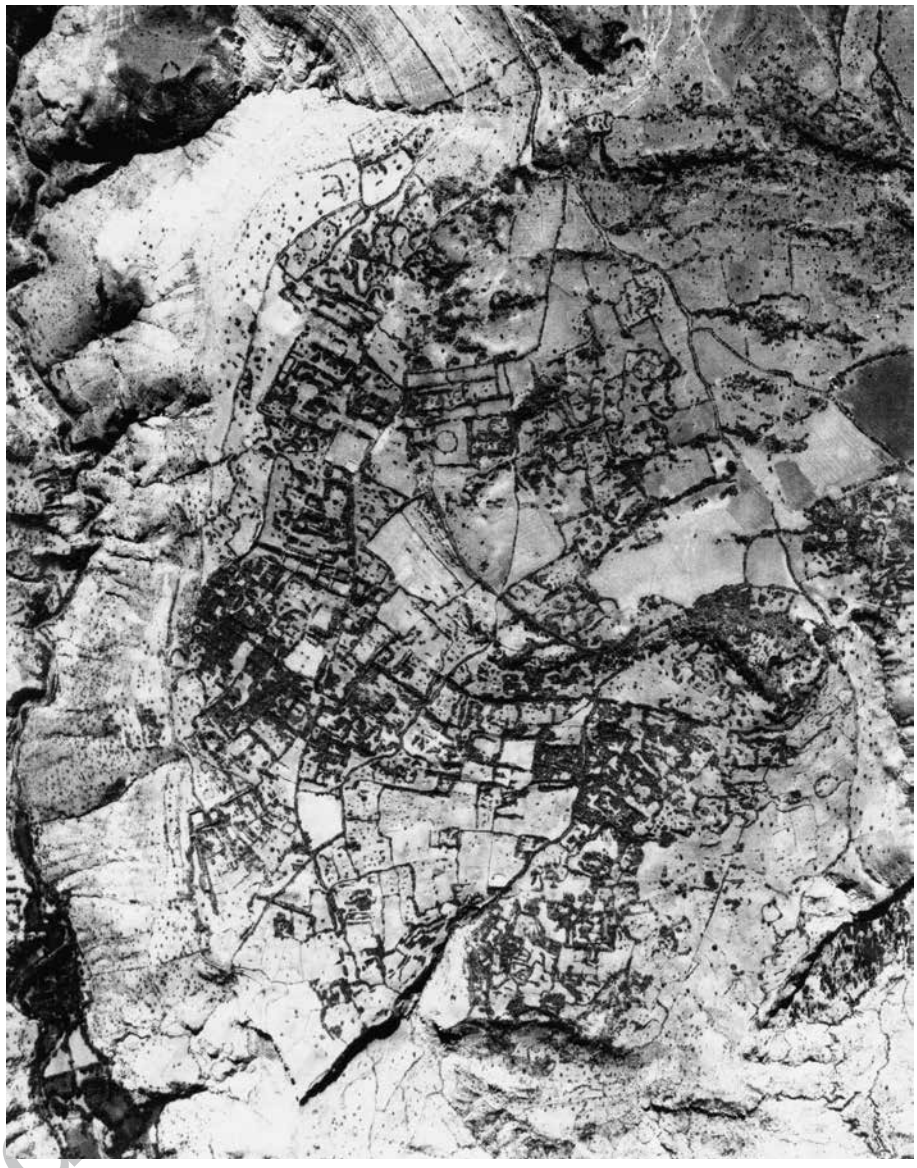


Fig. 321 – Fotografía aérea de la ciudad de Wari (Servicio Aerofotográfico Nacional).

afectaron determinados sectores urbanos, en los que se reemplazó o se superpusieron nuevas estructuras y complejos arquitectónicos sobre los preexistentes (Isbell *et al.* 1991: 19).

Se podría afirmar que la revolución urbana llega algo tarde a la región de Ayacucho. Es decir, sin que se presenten en ella los complejos antecedentes que se encuentran ya desde el Formativo, si no antes, especialmente en las regiones costeñas del norte y centro de los Andes. Sin embargo, mientras el urbanismo de los majestuosos centros urbanos teocráticos de estas regiones se precipitaba en una irremediable crisis —acompañando la debacle de las formaciones sociales que les dieron origen—, en la región de Ayacucho surgía un nuevo tipo de urbanismo, cuya base social y económica no habría tenido un sustento inmediato en la capacidades productivas de la agricultura local, que aparentemente no habría alcanzado condiciones para ser ampliamente excedentaria.

En todo caso, dado que el sustento del desarrollo urbano requiere necesariamente de la generosa disponibilidad de recursos agrícolas, debemos pensar que este requerimiento pudo ser resuelto ampliando la apropiación de estos en la escala territorial, para lograr así el acopio de los excedentes necesarios para sostener la economía urbana. Esta escala ampliada de la base territorial de apropiación pudo ser lograda mediante distintas vías. Entre estas, la notable especialización manufacturera instalada en los asentamientos wari, permitiría pensar en el posible intercambio de productos urbanos, como cerámica o textiles finos u otros artículos de prestigio, a cambio de productos agropecuarios; el establecimiento de



Fig. 322 – Plano general de la ciudad de Wari (Williams 2001: fig. 3).

una dinámica de intercambio que pudo ser impuesta con mecanismos ideológicos y el uso de la fuerza, funcionales a los propósitos de anexión territorial; el impulso a la articulación e intercambio de recursos diversos entre distintas regiones; y la capacidad organizativa del Estado para establecer sistemas de tributación y movilización de la fuerza de trabajo, emprendiendo el desarrollo de obras públicas —canales, sistemas de andenería— de escala supracomunal, que redundaran en la ampliación e intensificación de la producción. En este contexto, la ciudad de Wari se habría constituido no solo en un centro de poder, sino también en el centro articulador de una novedosa propuesta de integración macroregional, inédita hasta ese entonces en los Andes centrales.[2]

[2] Este podría ser otro aspecto que ligaría la evolución de Wari con la influencia Tiahuanaco desde los Andes centro-sur. Se ha hecho énfasis en determinados elementos culturales e iconográficos compartidos —como el célebre dios de los báculos— posiblemente derivados del prestigio de la cosmogonía religiosa altiplánica; al igual que en ciertos aspectos relacionados con la lítica arquitectónica, funeraria y escultórica. Sin embargo, no es de descartar el intercambio de otros aspectos menos tangibles, pero no por esto menos importantes, como las sofisticadas estrategias de integración y colonización desplegadas por Tiahuanaco en el sur andino, articulando los valles occidentales y el litoral de la costa, con el altiplano circumlacustre y las yungas orientales de Bolivia. Si está probada la coexistencia Wari con poblaciones afiliadas a Tiahuanaco en el valle de Moquegua, no hay razones para descartar esta hipótesis, sobre todo si este contacto se daba en una de las regiones donde esta estrategia era implementada de manera privilegiada por los tiahuanaco.

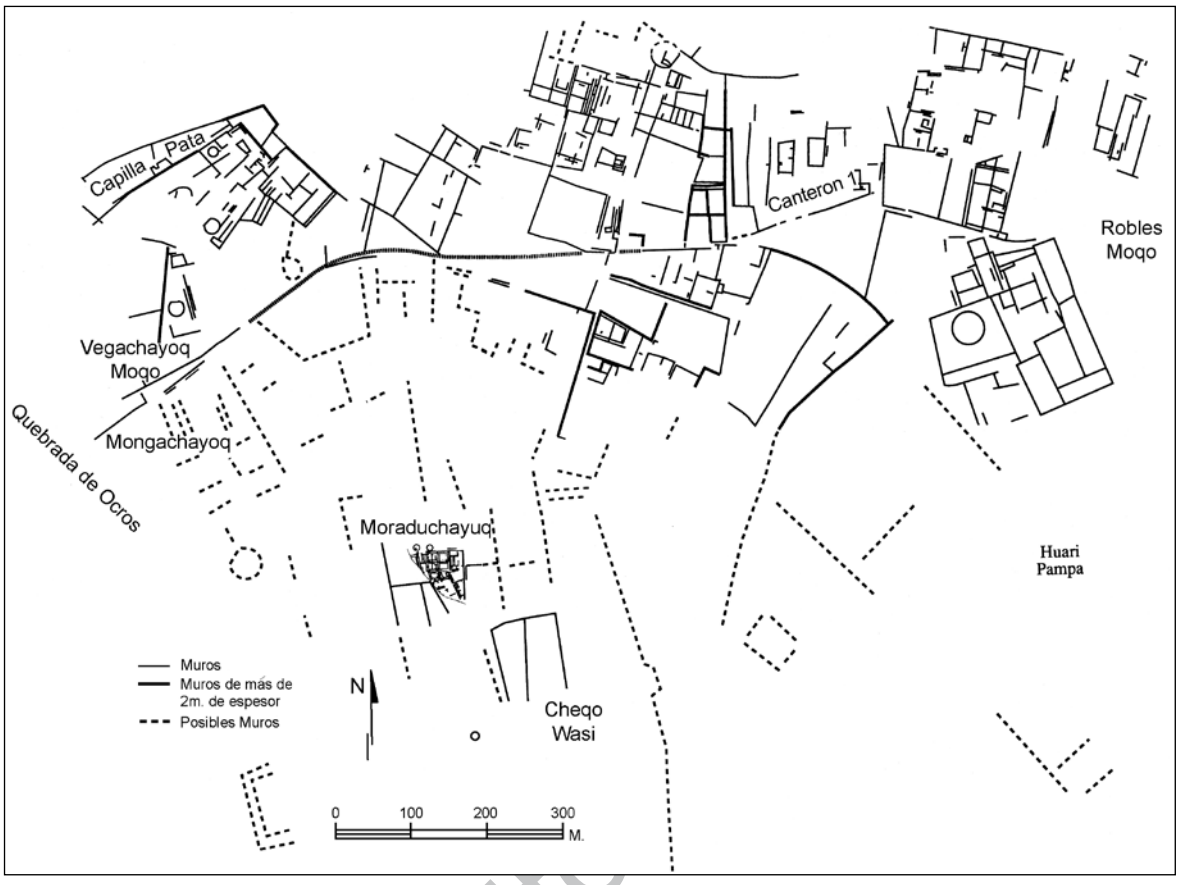


Fig. 323 – Plano de los principales sectores al norte de la ciudad de Wari (redibujado de Isbell *et al.* 1991: plano 1).

Las excavaciones arqueológicas desarrolladas en Wari han permitido establecer que en las capas más profundas de la ciudad se encuentran evidencias de una temprana ocupación del período de los Desarrollos Regionales, afiliados a la sociedad huarpa, que dominaba la región de Ayacucho durante esa época. Sin embargo, dado lo limitado de estas excavaciones, no ha sido posible establecer el tipo de asentamiento presente durante esta época, que bien podría haber correspondido a un poblado extenso, como también a un asentamiento en el que ya se afirmaban determinados rasgos urbanos. En todo caso, la relativa abundancia de estas evidencias tempranas permiten inferir la presencia de una población bastante importante, la que podría haber constituido una sólida base para el desarrollo inicial de la ciudad en ese emplazamiento (ibid: 25).

La transición hacia la conformación de la ciudad se habría dado durante el Huarpa Tardío y la fase temprana del Horizonte Medio I, asociada al estilo cerámico Chakipampa, tal como lo documentan las excavaciones realizadas en el sector de Wari conocido como Moraduchayuq, donde se presenta una compleja estratigrafía y algunos aspectos fundamentales para el entendimiento de la ciudad, desde sus tempranos orígenes y su posterior evolución, a través del notable testimonio de una secuencia de remodelaciones (ibid.).

Las excavaciones en el sector de Moraduchayuq

En Moraduchayuq, un sector al suroeste de la ciudad de Wari, las excavaciones expusieron un posible templo, caracterizado por presentar un patio o recinto semisubterráneo de planta perfectamente cuadrangular y cuyos lados, de veinticuatro metros de largo, estaban orientados con los ejes cardinales. El piso de este recinto estuvo cuidadosamente enlucido, mientras que sus muros alcanzaban una altura de 3,80 metros y presentaban un fino aparejo de piedra labrada. En oposición a los paramentos lisos del interior del recinto, la cara posterior de los muros es marcadamente irregular, como resultado de las diferencias de espesor de los bloques de piedra que conforman su aparejo. Esta evidencia permite establecer que estos muros cumplieron la función estructural de contener los rellenos que rodean el recinto y que, por lo tanto, este fue construido ex profeso como

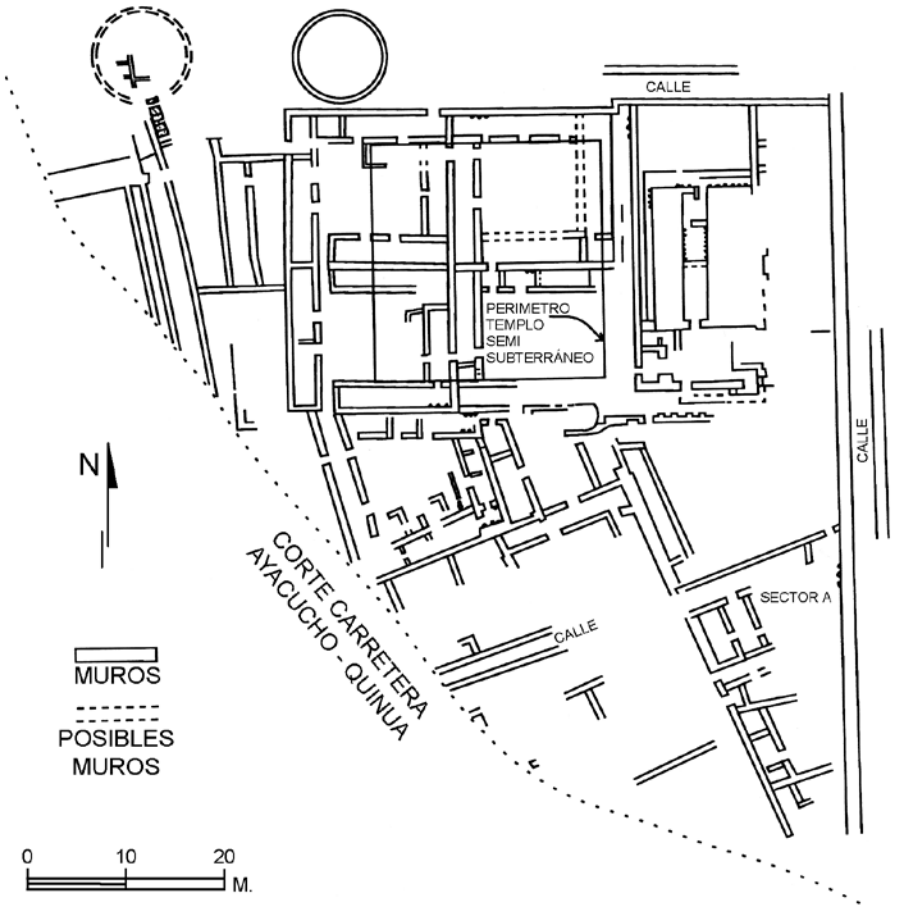


Fig. 324 – Plano del sector de Moraduchayuq (redibujado de Isbell *et al.* 1991: fig. 6).

un espacio hundido o semisubterráneo (Isbell *et al.* 1991: fig. 10).

Este posible recinto ceremonial fue integrado dentro de un complejo cercado, dado que al este del mismo se ubicaron vestigios de dos murallas paralelas que definían un pasaje entre ellas. Estos datos permiten a los investigadores suponer que ya desde esta época se estaban desarrollando en la ciudad una serie de complejos cercados, los que comenzaban a definir una trama urbana con el establecimiento de determinados ejes de circulación que, por lo menos en este sector, tendían a orientarse con los puntos cardinales (ibid.: 28-32).

El recinto de Moraduchayuq fue objeto de algunas remodelaciones con eventos de relleno que estuvieron asociados a la elaboración de nuevos pisos cada vez más elevados. Algunos de estos pisos presentaban evidencias de enlucido con arcilla blanca y uno de ellos de la aplicación adicional de pintura roja o rosada. En una de las últimas remodelaciones del recinto, el piso fue recubierto con lajas de piedra. Finalmente, durante la época I B, este posible espacio ceremonial fue rellenado y sellado para posibilitar la construcción de nuevas edificaciones, cuyos patrones arquitectónicos fueron definitivamente distintos.

Con el desarrollo de este nuevo tipo de estructuras arquitectónicas se percibe la imposición en la ciudad de Wari, al igual que en sus principales enclaves urbanos, de patrones ortogonales, que tienden a ordenarse generando unidades modulares. Estas unidades, que en términos generales definen la tipología del urbanismo de Wari y que denominamos como *kanchas* wari, se caracterizan por presentar como rasgo recurrente un patio central rodeado por estructuras en galería. A su vez, los muros perimétricos que delimitan estas unidades definían pasajes de circulación, conformando la trama urbana de los distintos sectores de la ciudad.

Los altos muros de estas estructuras presentan cimientos profundos y fueron elaborados con piedras rústicas y mortero de barro. La técnica constructiva empleada se denomina de «doble cara», es decir, que las piedras fueron dispuestas con sus caras planas hacia ambos paramentos, mientras que el interior de los muros era rellenado progresivamente con piedras y barro. Tanto en las estructuras de las unidades, como en los pasajes que las articulaban, se verificó que los paramentos de los muros, e inclusive los propios pisos, fueron terminados aplicándoles un enlucido de arcilla blanca.

Fondo Edi

La extraordinaria altura de los muros de las *kanchas* wari no habría derivado solo de la necesidad de aislamiento de estas unidades arquitectónicas, sino que respondería a la exigencia del diseño de estructuras que se desarrollaran en más de un nivel, lo que expresa en sus patrones arquitectónicos y urbanísticos la búsqueda de un alto coeficiente de edificación (Williams 2001: 90-94).[3]

Volviendo a Moraduchayuq, es también relevante señalar que las excavaciones arqueológicas registraron en los complejos arquitectónicos la presencia de varios canales subterráneos revestidos y cubiertos superiormente con lajas de piedra. Mediante estos se aseguraba tanto la provisión de agua como también el drenaje de la misma. El registro de la evidencia del abastecimiento de agua en determinados complejos es muy significativo, ya que podemos inferir que este no era un elemento aislado o limitado para algunos de estos complejos, sino más bien parte de una compleja y extensa red de alcantarillado, diseñada para resolver este imprescindible servicio urbano en los distintos sectores de la ciudad.[4]

Las excavaciones en las unidades expusieron también una serie de interesantes elementos arquitectónicos, como vanos de puertas que permitían el acceso y la conexión entre los recintos que los conformaban, así como la comunicación de estos con pasajes y patios. Igualmente se documentaron nichos en las paredes de algunos recintos y, menos frecuentemente, estrechas ventanas. En ciertos recintos se hallaron ménsulas corridas o cornisamientos proyectados con relación a la cara de los muros, logrados mediante piedras empotradas y alineadas entre 2 a 2,30 metros del piso. Este recurso técnico se utilizó para resolver el apoyo de las vigas y de la armadura de madera que descansaba sobre estas y que servía de soporte para asentar finalmente pisos de barro, lo que evidencia el desarrollo de edificios con dos o más pisos de altura en las *kanchas* (Isbell *et al.* 1991: 38-40).[5]

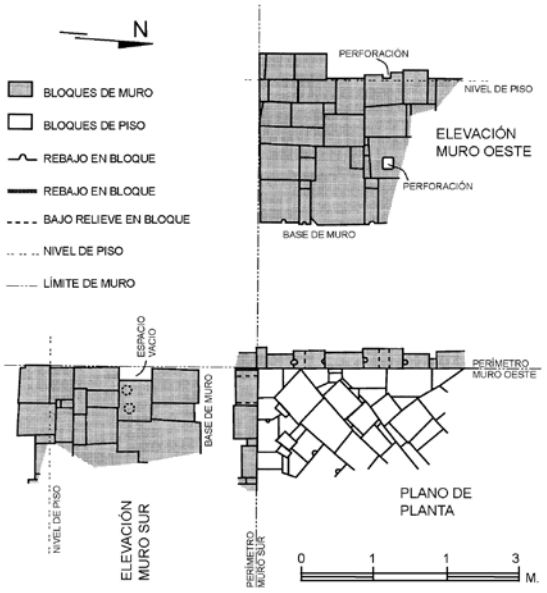


Fig. 325 – Plano de detalle de un sector del piso y paramentos de la esquina sur oeste del patio hundido de Moraduchayuq (redibujado de Isbell *et al.* 1991: fig. 10).

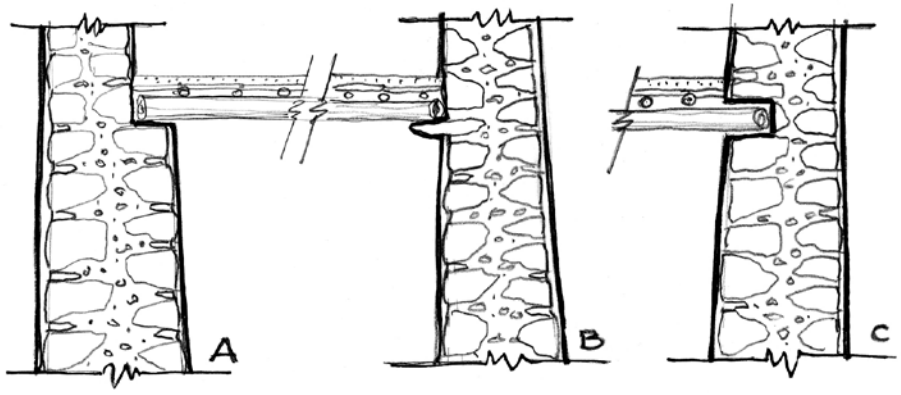


Fig. 326 – Croquis ilustrativo de las tres posibles formas de estructurar los entrepisos en las edificaciones wari de más de un nivel. A.- Mediante un receso en los gruesos muros que delimitan los recintos de las *kanchas*. B.- Mediante ménsulas corridas generadas por piedras empotradas en los muros. C.- Mediante nichos para el empotramiento de las vigas (Canziani).

[3] En urbanismo se define como «coeficiente de edificación» a la relación existente entre el total del área edificada —o techada— y los metros cuadrados del terreno ocupado por la edificación. Este coeficiente se estima habría sido superior a 2 para ciudades wari como Pikillacta (Williams 2001: 90-94).

[4] Este es otro de los rasgos característicos del urbanismo wari, ya que en la mayoría de sus asentamientos se ha reportado la presencia de acueductos subterráneos. La naturaleza del trazo y construcción de estos canales indica que se trató de un sistema incorporado a la planificación y desarrollado previamente a la construcción de las edificaciones.

[5] Los constructores wari recurrieron por lo menos a tres formas distintas para resolver estructuralmente los entrepisos y el apoyo de las vigas de soporte: 1) mediante los cornisamientos o ménsulas ya descritos; 2) con un receso o grada, generado por el adelgazamiento del tramo superior de los muros; 3) mediante pequeños nichos dispuestos horizontalmente para empotrar en ellos los extremos de

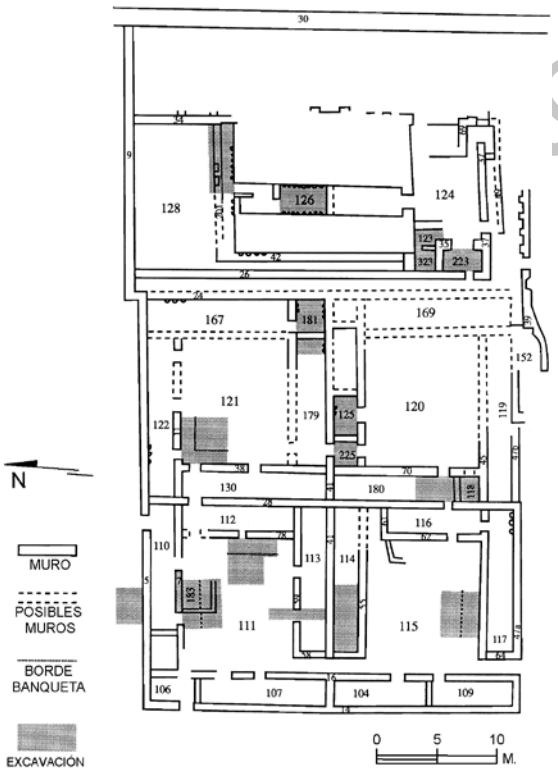
Fondo Editorial PUCP

Por su parte, los patios de las *kanchas* presentaron en su perímetro evidencias de banquetas corridas, a manera de una vereda que bordeaba sus cuatro lados. Estas tenían de 14 a 23 centímetros de alto sobre el nivel del patio y de 1,20 a 1,40 metros de ancho. Aparentemente estuvieron cubiertas por la proyección de los aleros de los techos, proporcionando un espacio protegido del sol, la lluvia y de la eventual inundación del patio. De manera que estas banquetas pudieron constituirse en un lugar abierto y de expansión de los recintos laterales, bien iluminados y muy adecuados para el desarrollo de las labores y actividades diarias (ibid.: 40).[6]

Bajo los pisos enlucidos de algunos recintos se registró la presencia de cistas o cavidades subterráneas, cuyo interior estaba cuidadosamente enlucido con arcilla blanca, y selladas superiormente con lajas. Esta suerte de escondrijos habrían contenido vasijas finas, abalorios de crisocola o de mullu, objetos de metales preciosos, así como algunos huesos humanos, lo que podría corresponder tanto a contextos de ofrendas y entierros secundarios, como también a su posible uso como compartimientos ocultos, donde sus habitantes atesoraban sus más preciadas pertenencias (ibid.: 41-42, figs. 18 y 19).

Finalmente, la presencia de fogones[7] y mesas de piedra ilustran aspectos propios de la vida doméstica en ciertas áreas de las *kanchas*. En el caso específico de Moraduchayuq, parece que la preparación de alimentos fue una actividad relativamente puntual y restringida a ciertos ambientes. Esto permite suponer que si bien las unidades de este complejo tuvieron una función predominantemente residencial, no se excluye que otros espacios de las mismas pudieron resolver funciones de tipo administrativo o productivo. Esta posibilidad se ve reforzada por la variada gama de recursos consumidos, y también por el predominio de tiestos correspondientes a vajilla para el servicio de bebidas y alimentos, así como para la conservación y consumo de bebidas como la chicha. Estos rasgos testimonian que sus habitantes gozaban de ciertas prerrogativas y atribuciones de estatus, que debieron corresponder a clases urbanas de un nivel social intermedio relacionadas con el desempeño de actividades especializadas (Brewster-Wray 1989; Isbell *et al.* 1991: 41-45).

Fig. 327 – Planta de cuatro unidades patio o *kanchas* de Moraduchayuq, donde se aprecia los sectores excavados y la exposición de rasgos arquitectónicos de interés como puertas, ventanas, nichos, ménsulas, fogones, y banquetas bordeando el perímetro de los patios (redibujado de Isbell *et al.* 1991: fig. 21).



Otros sectores de la ciudad de Wari

Cheqo Wasi, uno de los sectores al suroeste de la ciudad de Wari, está caracterizado por la notable presencia de complejos y recintos que contienen una serie de estructuras líticas semisubterráneas. Aparentemente estas habrían servido de cámaras funerarias —mausoleos— destinadas a personajes pertenecientes a la más alta jerarquía social.

las vigas. Es importante notar que si bien en sus edificios de más de un piso se utiliza uno u otro sistema, en algunos casos también se observa el empleo combinado de dos sistemas distintos en los muros de un mismo recinto.

[6] Esta es una costumbre muy difundida y que se conserva hasta hoy en las poblaciones de las zonas altoandinas, donde muchas actividades asociadas a las labores y vida doméstica se desarrollan en el entorno de los patios o, en todo caso, en espacios exteriores de las viviendas, generalmente oscuras debido a las limitadas fenestraciones impuestas por la frigidez del clima.

[7] Es interesante señalar que uno de estos fogones, dispuesto en el extremo de un recinto en galería (R-179), en un lugar aparentemente mal iluminado, presentaba sobre él un pequeño nicho cuyo dintel estaba impregnado de hollín, dando a entender que había servido para alojar un candil e iluminar esa parte del ambiente mientras se cocinaba (Isbell *et al.* 1991: 41 y fig. 21).

Editorial PUCP

La mayor parte de estas cámaras presentan dos y hasta tres niveles y están elaboradas con grandes bloques monolíticos finamente labrados. Muchas presentan grandes losas horizontales haciendo las veces de pisos, en cuyos lados se apoyaron los bloques que operaban como paredes perimétricas, mientras otros bloques sirvieron como tabiques divisorios de los distintos compartimientos en que estaban divididas la cámaras. Asimismo, otros grandes bloques horizontales sirvieron de entrepisos en las que tuvieron más de un nivel, o como techo cubriendo la parte superior de las cámaras.

Un detalle notable es la presencia recurrente, en uno de los lados interiores de las cámaras, de sendas ranuras de sección semicilíndrica y que recorren verticalmente las cámaras en sus diferentes niveles, desde el piso hasta el techo, donde en el mismo eje de la ranura, las losas presentan coincidentemente una perforación cilíndrica. Las características tan peculiares de estos rasgos podrían estar sugiriendo rituales asociados a ofrendas destinadas a los difuntos depositados en estos mausoleos, ya que su diseño excede supuestos requerimientos de ventilación que, además, no se ajustan a la función funeraria de las cámaras.

Las excavaciones desarrolladas en el sector de Vegachayoq Moqo expusieron un recinto de aparente función ceremonial con una peculiar planta en forma de «D», es decir, con un trazo semicircular que presenta un frente rectilíneo (Gonzáles Carré y Bragayrac 1986; Bragayrac 1991). Hoy se conoce la presencia de una serie de edificios con este tipo de planta en un muchos de los sitios principales con ocupación wari, como Mongachayoc y Cheqo Wasi en el propio sitio de Wari (Benavides 1991); Conchopata (Pozzi-Escot 1991); Honqo Pampa (Isbell 1989) y en el lejano enclave de Cerro Baúl (Williams e Isla 2002). Las características singulares del diseño de planta de este tipo de edificaciones las convierte en un elemento diagnóstico de la presencia wari, al igual que otros rasgos propios de los patrones arquitectónicos impuestos por la organización imperial.

En el caso de Vegachayoc Moqo se trataría de la mayor estructura de este tipo conocida hasta ahora, con unos veinte metros de diámetro. El frente rectilíneo de la estructura semicircular con planta en «D» se orienta al norte, donde presenta un único vano de acceso de 1,55 metros en el eje central. Los muros, que alcanzan 1,65 metros de espesor, contenían nichos en los paramentos interiores, con excepción del interior del muro norte donde se ubica el acceso. Estos nichos tienen la particularidad de presentar una planta trapezoidal, siendo más anchos en el fondo y ligeramente restringidos en el frente. Una característica similar presentan también los nichos que se ubican en los recintos en galería que se encuentran a los lados de la estructura principal con planta en «D». Estas edificaciones laterales, plataformas y grandes murallas definieron un espacio de planta trapezoidal que sirvió de marco para el edificio principal de aparente función ceremonial (Bragayrac 1991: fig. 3 y 4).

Todos los muros de estos edificios, revelando su importancia y su posible función ceremonial,



Fig. 328 – Vista de una cámara lítica en el sector de Cheqo Wasi (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

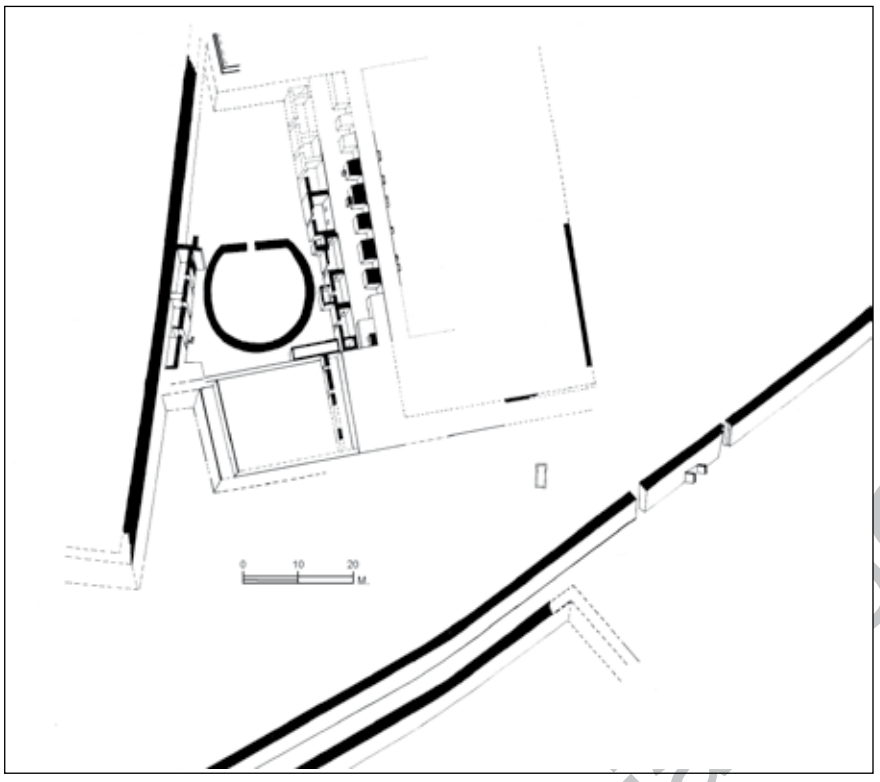


Fig. 329 – Vegachayoc Moqo. Isometría del complejo (redibujado de Bragayrac 1991: fig. 3).

estuvieron enlucidos con barro y luego con una fina capa de arcilla blanca. Existe evidencia de que adicionalmente se aplicó pintura de color en tonos crema, rojo ocre y negro cenizo (ibid.: 79).

En cuanto al sustento y caracterización económica de la ciudad de Wari, a la ya señalada importancia de las manufacturas de cerámica y textilería, y a la necesaria presencia de un sistema de distribución e intercambio —manufacturas por alimentos— que garantizara el sustento alimenticio de sus habitantes, Lumbreras (1981b: 68, 74) señala la posible existencia de un importante componente rural de la población concentrada en la ciudad, estableciendo analogías con las referencias acerca de las formas de organización de la fuerza de trabajo en el Estado inca. Este señalamiento podría conectarse con otro (ibid.: 73), que advierte que las características climáticas y ecológicas de la cuenca ayacuchana, en la que se encuentra la ciudad de Wari, presenta tradicionalmente entre tres a cinco meses del año libres de laboreo agrícola, con el período mayor en las zonas bajas, que en contrapartida ofrecen abundantes recursos para la elaboración de los



Fig. 330 – Vegachayoc Moqo. Edificaciones en el perímetro del templo que muestran evidencias de nichos y de sistemas constructivos de dos pisos, sostenidos alternativamente por ménsulas (derecha) o salientes en los muros (izquierda) para el soporte de las vigas que estructuraban los entrepisos (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

productos manufacturados. Se plantea así, implícitamente, una forma de manejo de los ciclos de ocupación laboral que buscaría la maximización del empleo de la fuerza de trabajo, como la que señala Golte (1980) en su trabajo sobre la racionalidad de la organización andina. Esta hipótesis es sumamente sugerente, más si se propone con relación al análisis de la composición de la población urbana o semiurbana concentrada en la ciudad, en el marco general de la articulación de las relaciones ciudad-campo.

La dinámica de la expansión territorial de Wari

Aún no es posible definir claramente las causas que derivaron en el proceso de expansión del Estado Wari, así como los momentos en que este fenómeno interesó progresivamente diferentes regiones de los Andes centrales. Sin embargo, algunas evidencias apuntan a sugerir que la expansión y consolidación de la dominación wari podría haber tenido avances sucesivos a lo largo del espinazo andino y, desde estas regiones alto andinas, su consecuente proyección hacia los valles occidentales de la costa. De esta manera, se puede suponer que la expansión wari habría podido tener un comportamiento análogo al que siglos después protagonizarán los incas en su expansión a lo largo de los Andes. A este propósito, es muy sugerente el planteamiento de Menzel (1977) cuando señala que los patrones de las evidencias que corresponden a la época del Horizonte Medio, son muy similares a los de la época Inca, en el sentido de inferir que estos también reflejarían la existencia de una entidad imperial (ver cuadro de analogías).

La primera época de expansión se daría hacia la segunda mitad del siglo VI d.C., y correspondería al período Horizonte Medio 1A y 1B (Menzel 1964) e involucraría, además de la región de Ayacucho, la costa sur de Nazca e Ica y la central hasta el valle del Santa; mientras que a lo largo de los Andes llegaría hasta el Callejón de Huaylas (Lumbreras 1981b: 42, 79-81).

Una segunda época de expansión se daría alrededor de los siglos VII al X d.C. durante el Horizonte Medio 2A y 2B, donde se alcanzaría en la sierra norte las cuencas de Huamachuco y Cajamarca, con proyecciones hacia la costa norte de los valles de Trujillo y Lambayeque; mientras se proyecta al sur de las regiones del Cusco, Sicuani y Arequipa, e inclusive con una sorprendente presencia en el valle alto de Moquegua, que tiene por centro al emblemático sitio de Cerro Baúl.

Cuadro de Analogías Wari e Inca

En cuanto al establecimiento de analogías entre ciertos patrones wari e inca, limitándonos tan solo a aquellos aspectos más importantes que se relacionan con los temas territoriales, urbanos y arquitectónicos, se puede señalar los siguientes:

1) En el ámbito territorial: una expansión progresiva, que seguiría una estrategia combinada de sucesivas avanzadas con fases de consolidación, siguiendo directrices longitudinales a lo largo de la cordillera de los Andes.
2) Ubicación estratégica de los centros urbanos en los territorios provinciales altoandinos: control territorial con acceso a las «despensas agrícolas», control poblacional, y su articulación mediante vías de comunicación.
3) Realización de obras de infraestructura agraria que sirvieran de soporte económico para la instalación de los enclaves urbanos.
4) Un sistema vial que enlazó la red de ciudades y establecimientos y que articuló los territorios regionales con vías de comunicación e intercambio, fundamentales para el movimiento de recursos y productos, la movilización de tropas y fuerza laboral, constituyéndose en un instrumento fundamental para el manejo administrativo de la organización imperial.
5) Patrones urbanísticos planificados que responden a formas de desarrollo urbano preconcebidas, con la aplicación de determinados modelos, desde el nivel de las ciudades hasta el de centros secundarios o instalaciones menores.
6) Organización de tramas urbanas que se generan y conforman por unidades modulares cercadas (*kanchas*), que definen una red de calles y pasajes que resuelven la circulación urbana y la articulación de sus distintos sectores.
7) Patrones arquitectónicos, donde las estructuras se organizan espacialmente de acuerdo a patrones establecidos (*kanchas*), que permiten resolver múltiples y variadas funciones, para lo cual se desarrollan distintos sistemas formales adecuados a su desenvolvimiento.
8) Formas arquitectónicas singulares, diseñadas y estandarizadas para resolver funciones específicas.
9) Patrones constructivos recurrentes con una definida tipología de elementos arquitectónicos y acabados.
10) Servicios urbanos, entre ellos los sistemas de canalización para el abastecimiento y drenaje del agua, así como posibles servicios de recojo y disposición de la basura.
11) Sistemas asociados al registro contable como a la conmemoración de eventos (para la época Wari se registran antecedentes de los *quipu* tan difundidos durante la época Inca).
12) Otras evidencias de orden cultural (cerámica, textiles, figurinas, etcétera.) asociadas recurrentemente a la presencia u ocupación imperial.

Fondo Editorial

Sin embargo, investigaciones más recientes están señalando que la mayor expansión de Wari podría haberse dado más tempranamente, durante la época 1B. Esta hipótesis está sustentada con la consistente presencia de cerámica asociada estilísticamente a esta época en importantes sitios como Viracochapampa (Topic 1991), Pikillacta (McEwan 1991), y Cerro Baúl (Williams e Isla 2002) que, como es conocido, se localizan en algunas de las regiones territorialmente más alejadas con relación a la ciudad capital de Wari. Corroboraría esta hipótesis el hecho sintomático que durante esta misma época 1B en la ciudad de Wari se inició la construcción de las unidades modulares, dando paso a un nuevo ordenamiento de la trama urbana de la ciudad. Este habría respondido a los requerimientos del poder político responsable de la conducción del Estado y de sus estrategias expansivas (Isbell *et al.* 1991).

Finalmente, se daría alrededor del siglo XI una época caracterizada por la descomposición y declinación del Estado wari, que se presentaría asociada al paralelo surgimiento de tradiciones culturales regionales definidas como «epigonales» y que testimonian el tránsito hacia la constitución y surgimiento de las formaciones tardías en los Andes centrales (Lumbreras 1981b: 79).

Tal como se ha señalado, lo que parece traducirse de estos datos es una posible analogía con la estrategia desarrollada por los incas durante su expansión a lo largo y ancho de los Andes centrales. Es decir, que el eje de las avanzadas de esta expansión habría privilegiado una directriz a lo largo de los valles interandinos hacia el norte, anexando el valle del Mantaro, luego el del Callejón de Huaylas, para proyectarse finalmente hacia la sierra norte y los valles de la cuenca de Cajamarca, que señalarían su límite norte. Hacia el sur esta expansión interesaría los valles de Apurímac y los del Cusco, proyectándose hacia Sicuani y el Altiplano.

La planificación urbana como política de Estado

De manera similar a la posterior expansión inca, los wari habrían fundado ciudades y enclaves urbanos a lo largo del eje longitudinal conformado por los valles interandinos. Estas instalaciones debieron formar parte fundamental de una estrategia aún más amplia, dirigida a la consolidación de sus sucesivas avanzadas en el dominio territorial. Sintomáticamente, algunas de las principales ciudades fundadas en estos valles exhiben patrones planificados, como se verá en los casos de Pikillacta y Viracochapampa.

En este aspecto también se puede establecer ciertas analogías con el urbanismo inca, que fundará ciudades planificadas como Pumpu o Huánuco Pampa, tanto por la necesidad de establecer enclaves de acuerdo a sus propios modelos urbanos, como también por la evidente ausencia en estas regiones de asentamientos urbanos previos y vigentes que les hubieran podido servir de soporte. Una analogía similar podría plantearse con relación a un posible control o presión sobre los valles costeños desde la serranía, cuya influencia podría leerse en las modificaciones o acondicionamientos que los asentamientos urbanos costeños manifiestan, tanto durante esta época como durante la ocupación inca. Este fenómeno se explicaría con la preexistencia en la costa de ciudades y centros urbanos en plena actividad, así como con la consistente presencia tanto de elites urbanas como de sus correspondientes organizaciones políticas locales. Entidades que eran mucho más funcionales, una vez adscritas o supeditadas al poder del Estado expansivo. De lo que resultaría innecesario fundar nuevas ciudades o asentamientos donde ya los había de gran valía.

En este contexto, la imposición de la planificación urbana por parte del Estado wari responde a la necesidad de establecer en sus provincias un modelo de asentamiento que sea funcional al establecimiento de su presencia en los territorios ocupados y en la organización de su administración. Dentro de este concepto, la ausencia de asentamientos urbanos vigentes en las regiones altoandinas comprometidas de forma directa por su expansión, fortalece el requerimiento de la implantación de enclaves urbanos en estas regiones por parte de Wari. Este fenómeno, como la realización de su edificación en un determinado lapso de tiempo, explicaría la forma nítida en que se puede percibir en estas regiones la imposición de determinados modelos de planificación urbana, especialmente al comparar las plantas de ciudades como Pikillacta y Viracochapampa, más aún cuando se toma nota de que estas se encuentran separadas por más de mil kilómetros de distancia en línea recta.

En el urbanismo planificado de Wari, especialmente en el caso de sus principales ciudades, se puede leer la búsqueda de un modelo relativamente sencillo en su concepción y en su propio proceso de fundación. Un modelo urbano definido por parámetros básicos y fáciles de implantar; que permita resolver de forma orgánica la estruc-

Fondo Editorial PUCP

tura de los edificios neurálgicos, para que opere en ellos el sistema de poder; y donde el desarrollo de un tejido urbano organizado sobre la base de las *kanchas*, permita su adecuación a los distintos requerimientos funcionales, sean estos administrativos —tributación, acumulación, redistribución, etcétera—, ceremoniales, productivos, así como habitacionales de la población concentrada en la entidad urbana, o de la que residiera momentáneamente en ella, en el caso de tropas, de tratantes o en cuanto población movilizada en el marco de sistemas de desplazamiento poblacional similar al de los *mitmaq* inca.

El urbanismo impuesto por Wari se habría convertido en uno de los ejes fundamentales del desarrollo de la estructura de poder económico, político y de las estrategias de control territorial y poblacional. La estructura urbana generada responde a la división social del trabajo, propia de la intensificación de la especialización productiva y de la prestación de diversos servicios, pero donde también es manifiesto que se utilizó el propio urbanismo como una herramienta imprescindible para el ejercicio e imposición del poder político por parte del Estado.

Evidentemente no se trata solo de ciudades de las dimensiones e importancia estratégica como Pikillacta y Viracochapampa, otros asentamientos menores —como Jincamocco, Azángaro o Jargampata— expresan la presencia de asentamientos de menor orden jerárquico, como también de apreciables diferencias funcionales, como el enigmático enclave de Cerro Baúl, establecido en las lejanas fronteras de la región de Moquegua. Finalmente, es de destacar las múltiples evidencias acerca de la articulación territorial de estas ciudades y enclaves wari mediante un sistema de caminos que debió servir de antecedente al Qhapaqñan de los incas (Lumbreras 1969: 250-251; Hyslop 1984;1992). Como se podrá apreciar en la descripción de los principales asentamientos wari, no solo existen antiguos caminos asociados a estos establecimientos, sino que en los casos más destacados, como Pikillacta y Viracochapampa, el trazo de los propios caminos ingresa a la trama urbana, la atraviesa y se convierte en un elemento ordenador de su organización espacial.

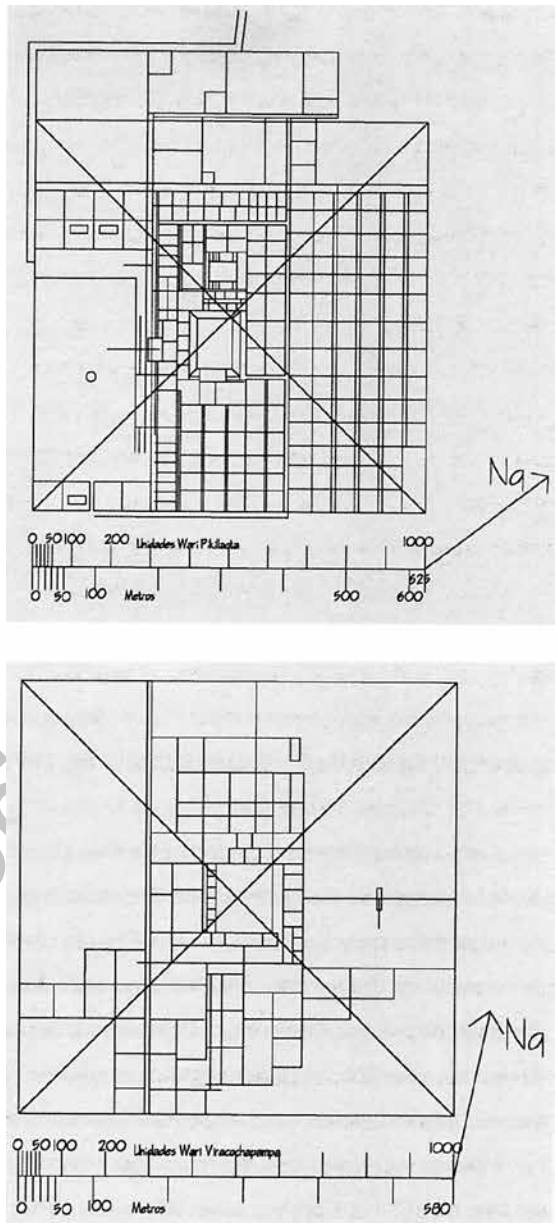


Fig. 331 – Planos comparativos de Pikillacta y Viracochapampa, elaborados por Carlos Williams (2001: figs. 12 y 13) para proponer que estas dos ciudades, además de un mismo modelo urbano, compartieron un sistema similar de trazado y de unidades de medida.

La ciudad de Pikillacta en la región del Cusco

El emplazamiento de Pikillacta revela claramente la localización estratégica de la ciudad. Esta se ubica en la confluencia de las cuencas del Huatanay con la del Lucre, las que a su vez confluyen hacia la del Vilcanota a través de un paso natural de unos cuatro kilómetros de largo. De manera que desde esta posición privilegiada se tuvo acceso directo a tierras fértiles y a los recursos variados del entorno, en el cual se debe incluir la laguna de Huacarpay.

Por otra parte, su ubicación se encuentra en una encrucijada de caminos que tienen continuidad hasta hoy. Hacia el noroeste, remontando el Huatanay, se encuentran los territorios de los valles del Cusco; hacia el suroeste la cuenca del Lucre; al noreste la conexión natural hacia el Vilcanota y el valle del Urubamba; mientras que hacia el

Fondo Editorial

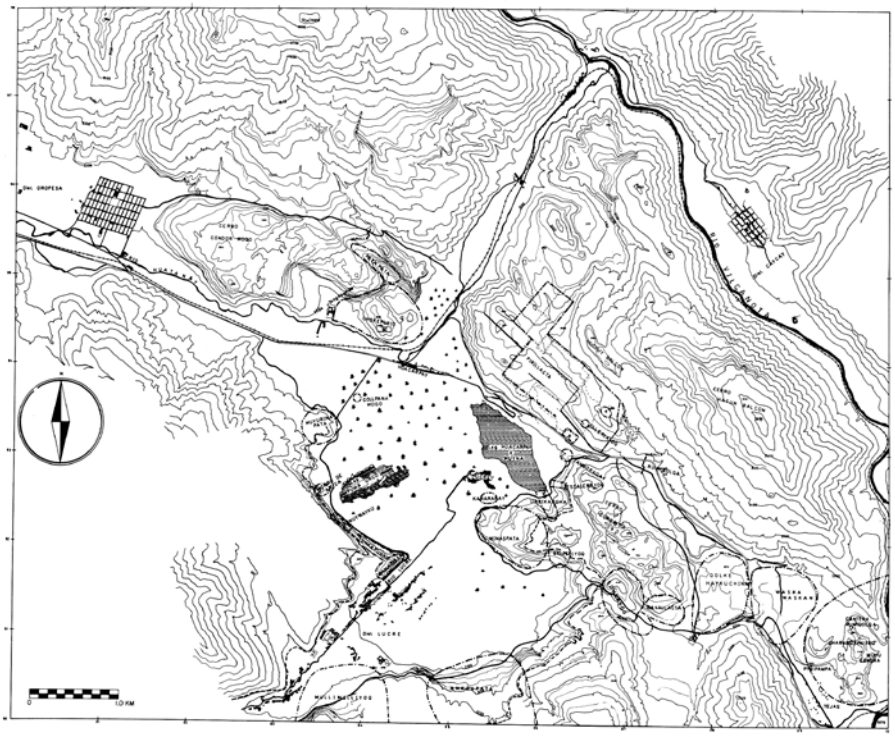


Fig. 332 – Mapa con la localización de la ciudad de Pikillacta (McEwan 1991: fig. 1).

sureste transitan los caminos hacia Sicuani, el altiplano puneño y el Titicaca. Estos datos son sumamente significativos, ya que estarían señalando que los funcionarios wari, que tuvieron a su cargo la fundación de la ciudad, debieron de tener un conocimiento muy detallado, no solo de los recursos de la región, sino también de las rutas principales de acceso y conexión hacia las regiones vecinas.[8]

Es importante también notar que el emplazamiento de Pikillacta no es un hecho aislado, ya que estaría asociado a la instalación de otros sitios menores de filiación wari, como también con relación a otros poblados locales en los cuales se registra su presencia. Algunos de estos sitios en los alrededores de Pikillacta están ubicados en lugares que permiten el control de las rutas de acceso a la zona y están asociados a obras defensivas y de control de la circulación, con murallas de fortificación como las de Rumiqolqa, posteriormente reutilizadas en época Inca (McEwan 1991: 99).

La ciudad, que se localiza en las faldas al oeste del cerro Huchuy Balcón, a unos 3.250 m.s.n.m., tiene una extensión general de unas 200 hectáreas que comprende, además de su núcleo central, grandes áreas cercadas donde no se perciben en superficie mayores restos arquitectónicos. Su núcleo central, donde se concentran y son claramente perceptibles sus principales edificaciones, presenta una planta de 745 metros de noroeste a sureste por 630 metros de suroeste a noreste, con una extensión de cerca de 47 hectáreas. Si consideramos los sectores al noroeste del sitio como posibles agregados adicionales al plano original del núcleo central, tendríamos como base una planta prácticamente cuadrada de unos 630 metros de lado, de acuerdo al modelo de ciudad wari compartido con Viracochapampa en Huamachuco.

La planta cuadrangular de la ciudad fue nítidamente dividida en tres sectores que, simplificando su orientación, denominaremos Sector Este, Sector Central y Sector Oeste.[9] El Sector Este, el más elevado topográficamente, presenta una trama generada por su subdivisión en 6 líneas con 14 hileras, de modo tal que se definen 84 módulos o bloques espaciales cuadrangulares de

[8] Esta es una constatación que estamos obligados a ubicar en el contexto histórico de la época, donde la admirable localización de esta urbe debió resolverse sin el auxilio de la información a que estamos acostumbrados hoy con la moderna cartografía y la fotografía satelital.

[9] McEwan (1991: fig. 7) denomina estos mismos sectores como 1, 2 y 3, mientras que el sector 4 corresponde al que aquí designamos como Sector Norte.

Fondo Editorial UCP

35 a 40 metros de lado. Estas unidades modulares presentan distintos arreglos arquitectónicos interiores propios de las *kanchas* wari, con el clásico patio central y las estructuras en galería en el perímetro, como se verá más adelante. Se advierte también que los alineamientos de las *kanchas* ubicadas a ambos extremos del Sector Este presentan una disposición alterna en cuanto a los tipos de módulos arquitectónicos que se edificaron en ellas (ibid.: 100-101). Dado que este sector no presenta buenas condiciones de conservación, no ha sido posible definir si es que la cuadrícula generada por la trama urbana presentaba pasajes o calles como sistema de circulación entre las *kanchas*, tal como se aprecia en algunas zonas del Sector Central.[10]

El Sector Central presenta en su trazo un área igual a la del Sector Este, del cual está separado por una calle que corre de norte a sur. Este sector concentra la arquitectura más importante de la ciudad y su planeamiento revela también una mayor complejidad. Si bien comparte, en términos generales, la traza en cuadrícula y la modulación por hileras y líneas de forma semejante al Sector Este, en este caso se advierte algunas variantes importantes. Una de las más saltantes es la presencia de módulos de mayores dimensiones, uno de los cuales en posición central presenta una plaza central de más de 70 por 50 metros enmar-

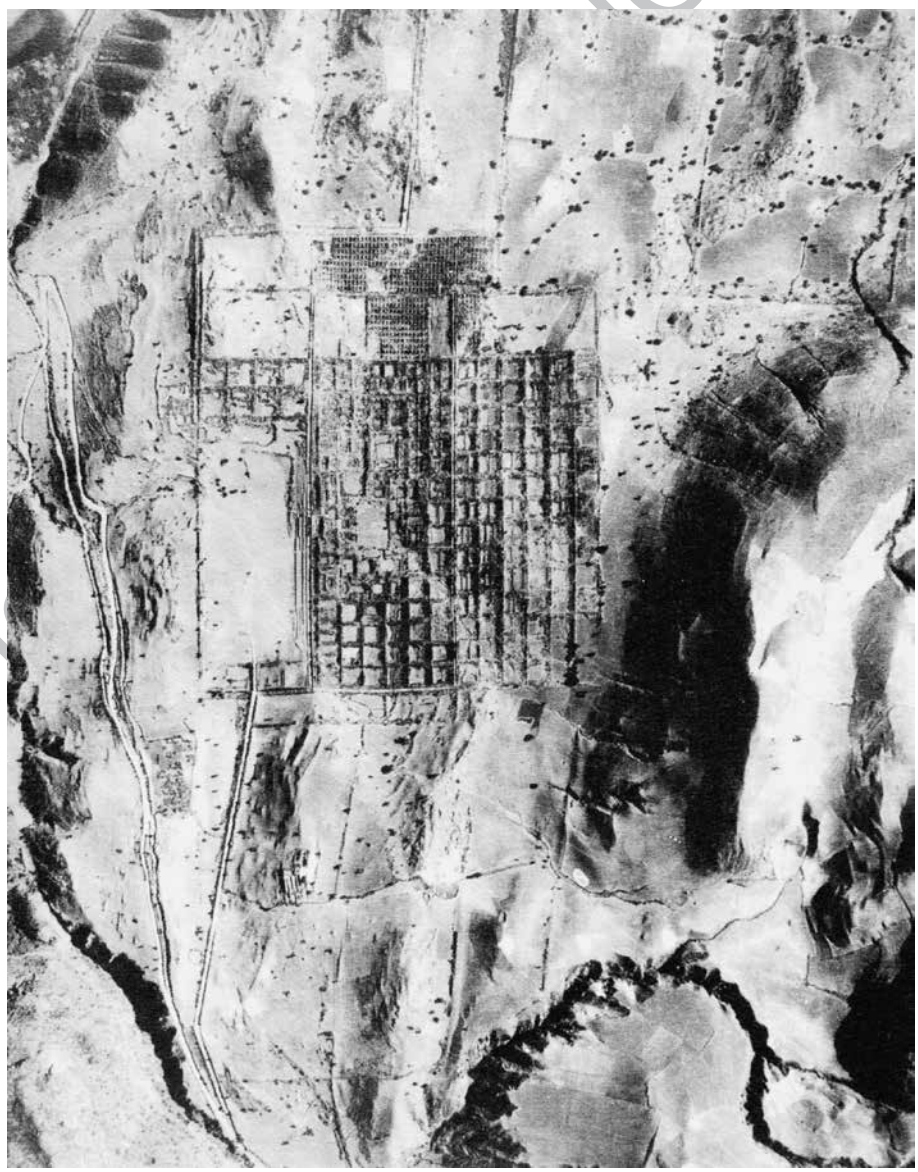


Fig. 333 – Pikillacta: foto aérea de la ciudad (Servicio Aerofotográfico Nacional).

[10] Al respecto, el arquitecto Carlos Williams (2001) plantea algunas interesantes hipótesis que podrían servir de pista para resolver el necesario sistema de circulación, más aún cuando se trata de una urbe donde se manifiesta un exigente nivel de planificación.

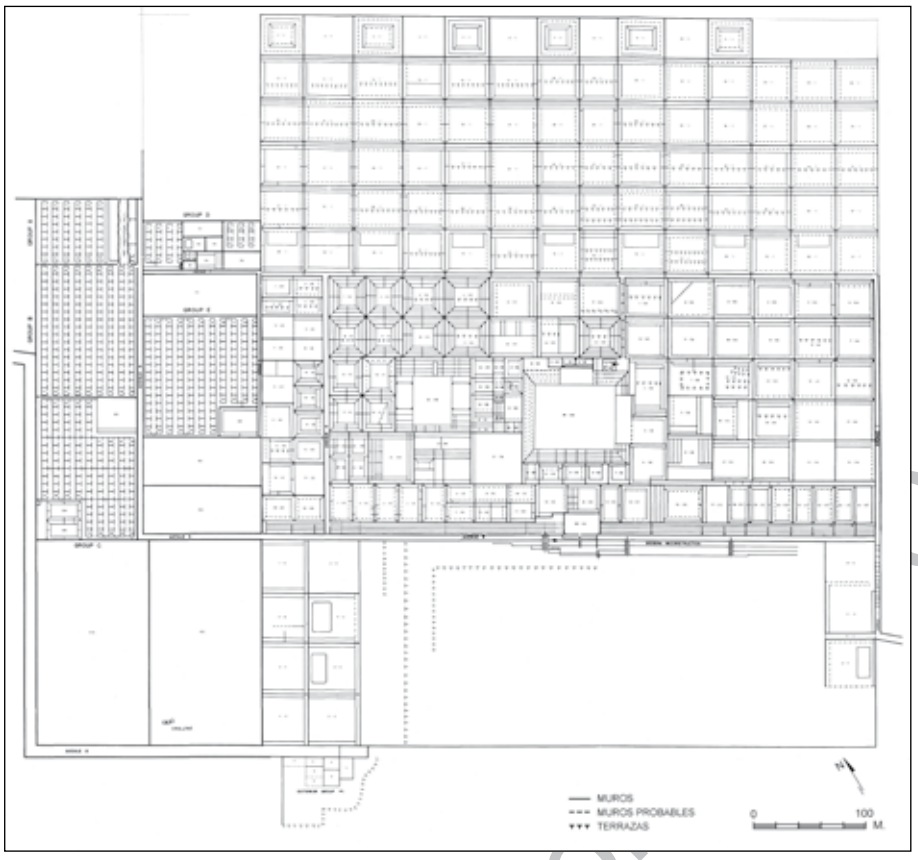


Fig. 334 – Pikillacta: plano general de la ciudad (redibujado de McEwan 1991: plano 2).

cada por un gran complejo cuyos lados presentan estructuras en galería con múltiples crujías y algunos amplios edificios abiertos hacia la plaza. Al norte de esta plaza existen por lo menos otros dos complejos que encierran grandes patios. Mientras que a lo largo de su límite oeste se presenta un alineamiento de módulos rectangulares que parecen resultantes de la subdivisión por la mitad de los módulos estándar.

A diferencia del Sector Este, el Sector Central presenta un mejor grado de conservación y en él se ha podido identificar la presencia de avenidas o calles. Dos de ellas corren paralelas de norte a sur y separan este sector de los otros dos. Asimismo, se ha registrado la presencia de por lo menos cuatro calles transversales. Sin embargo, se puede constatar que estas calles no permiten el acceso directo a la mayor parte de las *kanchas*. Por lo tanto, la problemática del cómo se resolvía la circulación en la ciudad no está aún del todo resuelta.

El Sector Oeste presenta un área menor que los dos sectores anteriores y está separado del Sector Central por una larga avenida que se conectaba con los caminos que ingresaban a la ciudad desde el norte y el sur. Se diferencia claramente de los dos sectores anteriores por cuanto presenta una gran explanada abierta, que estaba limitada en sus extremos norte y sur por grandes recintos con una modulación espacial cuadrangular. Por sus características espaciales y grandes dimensiones, que alcanzan 410 metros de norte a sur y 180 metros de este a oeste, esta explanada debe de haber correspondido funcionalmente a una gran plaza. La posibilidad de que esta explanada constituyera uno de los principales espacios públicos de la ciudad se refuerza si se considera también sus facilidades de acceso, así como su inmediata conexión con el Sector Central, donde tenían sede las principales edificaciones de la ciudad.

Finalmente, se desarrolla un Sector Norte donde, además de la presencia de grandes recintos abiertos, destaca la concentración de estructuras organizadas rígidamente en hileras separadas por largos corredores. Las dimensiones relativamente menores de estas edificaciones y su ordenamiento llevaron anteriormente a sostener que se trataría de *qollqas*, es decir un área de almacenamiento de la ciudad (Harth Terré 1959; Sanders 1973). Sin embargo, las excavaciones conducidas en algunas de estas estructuras del sector por McEwan (1991) y otros investigadores, registraron contextos con fogones, ollas con hollín y cerámica utilitaria, además de basura con restos de alimentación, lo que daría pie a sostener que

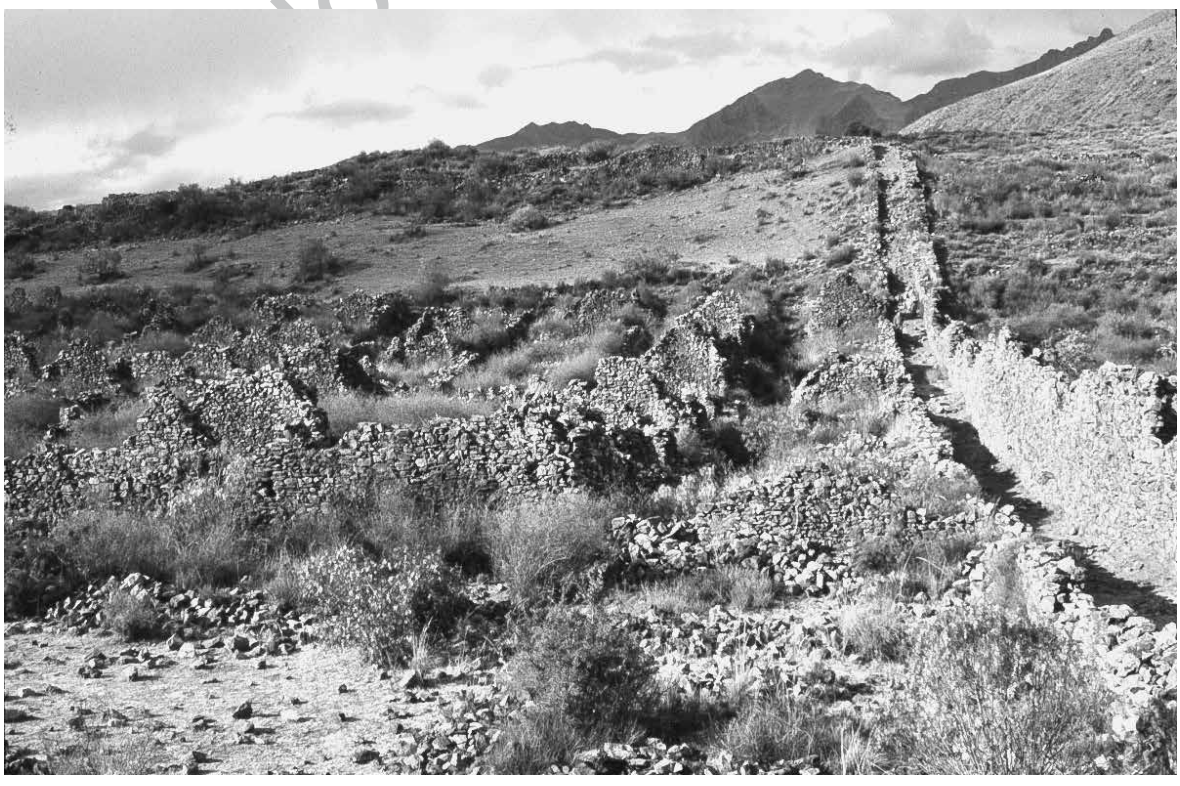
Fondo Editorial PCP

en estas se desarrollaron actividades domésticas o, por lo menos, asociadas a la preparación y consumo de alimentos, descartándose así su función como depósitos.

De estas evidencias, tomaría fuerza la hipótesis de que este sector hubiera estado destinado a albergar gente, posiblemente de modo temporal. Si se examina la rígida organización de estos cuartos, se notará que están ordenados por hileras paralelas, de forma semejante a las celdas de una colmena, con las puertas enfrentadas a largos pasajes, y donde cada uno de estos conjuntos se encuentran segmentados al interior de complejos cercados que limitan drásticamente la circulación y expresan el rígido control de los pocos accesos. Las características de estos conjuntos arquitectónicos llevan a suponer que la gente que los ocupó estuvo sujeta a un severo control y segregación en este sector de la ciudad. Esto podría sugerir que pudieron haber sido destinados a acuartelar tropas, como también a albergar momentáneamente a poblaciones desplazadas de sus territorios, o convocadas por el poder estatal para la realización de tareas productivas u obras públicas de importancia. Al respecto, puede ser útil establecer posibles analogías con el sistema de los mitimaes establecido durante el Tahuantinsuyu (Murra 1975; 1980; 2002; Rostworowski 1988), más si existe consenso en relación a que muchos de los sistemas desarrollados por los incas tuvieron antecedentes previos en los wari.

Las investigaciones conducidas en Pikillacta hasta el momento no han podido establecer con claridad cuál pudo ser el sistema de depósitos que debió existir para sostenimiento no solo de la población congregada en ella, sino también para la implementación de los sistemas de redistribución económica que sustentan el poder político de este tipo de estados, así como para los propios procesos productivos que se desarrollaban en la urbe. Una interesante propuesta al respecto ha sido formulada por Williams (2001: 90-94), sugiriendo que las *kanchas* que contaban con tres o cuatro crujías perimetrales y con un similar nivel de pisos podrían haber absuelto esta función de almacenamiento. Esta hipótesis se sustenta en la constatación de que la mayoría de los ambientes, al encontrarse en las crujías más alejadas de los patios y en los niveles más altos, no contaban con la iluminación y ventilación necesaria para resolver funciones habitacionales, mientras que estas condiciones habrían sido adecuadas para su uso como depósitos. Abona a favor de esta hipótesis el hecho de que este tipo de *kanchas* se concentren alrededor de las plazas que se encuentran en el Sector Central, es decir en el sector neurálgico de la ciudad, y que estas *kanchas* integren grandes salas

Fig. 335 – Pikillacta: Vista hacia el noreste de la Calle 5 y las murallas que delimitan el Sector Central (derecha) del Sector Norte (izquierda) de la ciudad (foto: J. Canziani).



Fondo Editorial PUCP

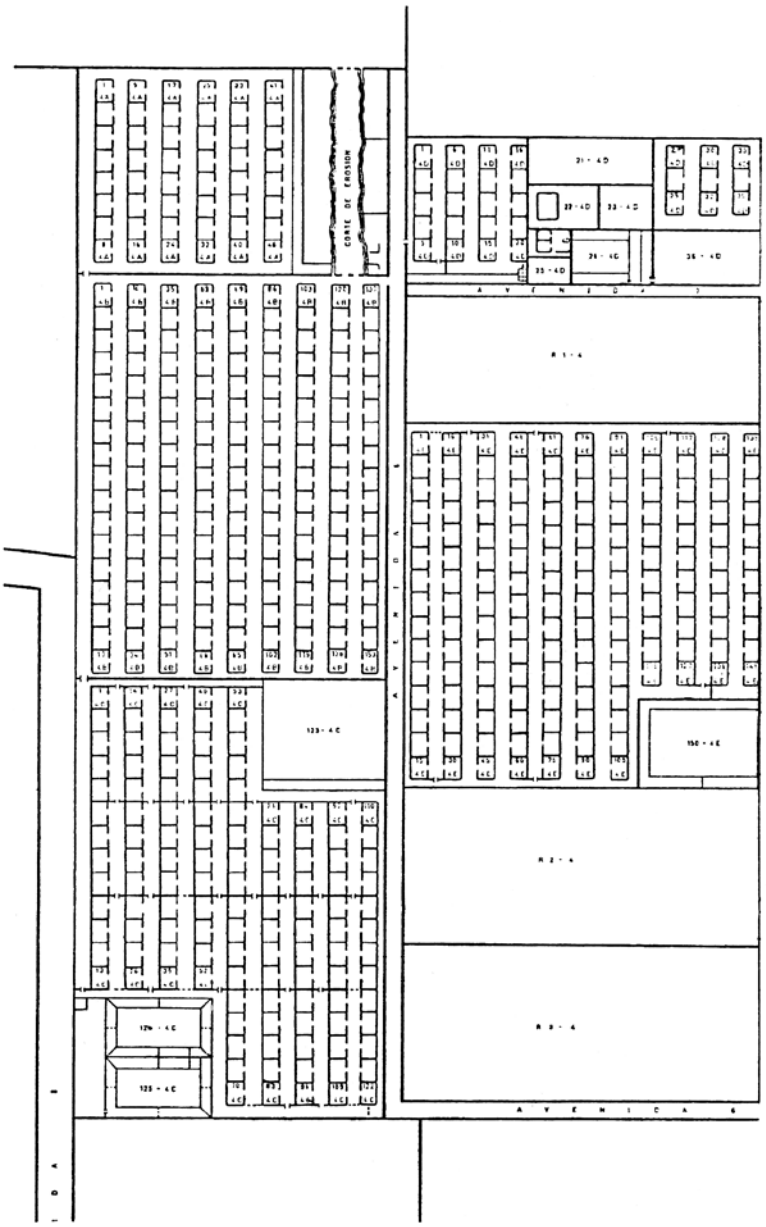


Fig. 336 – Pikillacta: plano del Sector Norte de la ciudad (McEwan 1991: fig. 24).

con nichos de aparente función administrativa y ceremonial.

En cuanto a las tipologías arquitectónicas presentes en la estructura modular de las *kanchas* de la ciudad de Pikillacta, McEwan (1991: fig. 5) registra el despliegue de una serie de variantes, que parten desde el elemental cercado cuadrangular (tipo D), a la subsecuente definición de diferentes configuraciones que se obtienen con la disposición de las crujías en todo el perímetro (tipo C); en dos o más crujías paralelas (tipo A); o en solo tres de sus lados (tipo B) a las que se integra en un extremo una sala con esquinas redondeadas (E). Estas diferentes configuraciones modulares demuestran, como se ha ya señalado, la capacidad de la estructura de la trama urbana de las ciudades wari de irse adecuando a las diferentes funciones que debían de absolverse, más allá de las que podrían haber sido preestablecidas en el momento de la fundación de la ciudad.

Finalmente, en cuanto a los servicios urbanos, además de los sistemas de alcantarillado reportados recurrentemente en la mayoría de los asentamientos wari, en el caso de Pikillacta destaca el hallazgo de una enorme acumulación de basura, en la esquina de uno de los grandes canchones que bordean el lado sur del núcleo de la ciudad (McEwan 1991: 110-111). Este dato contrasta con la evidencia de otros ambientes de la ciudad que se encuentran limpios y sin asociación con desperdicios, permitiendo suponer que debió existir un sistema para mantener la limpieza de la ciudad y sus recintos, para luego disponer los residuos en espacios especialmente destinados

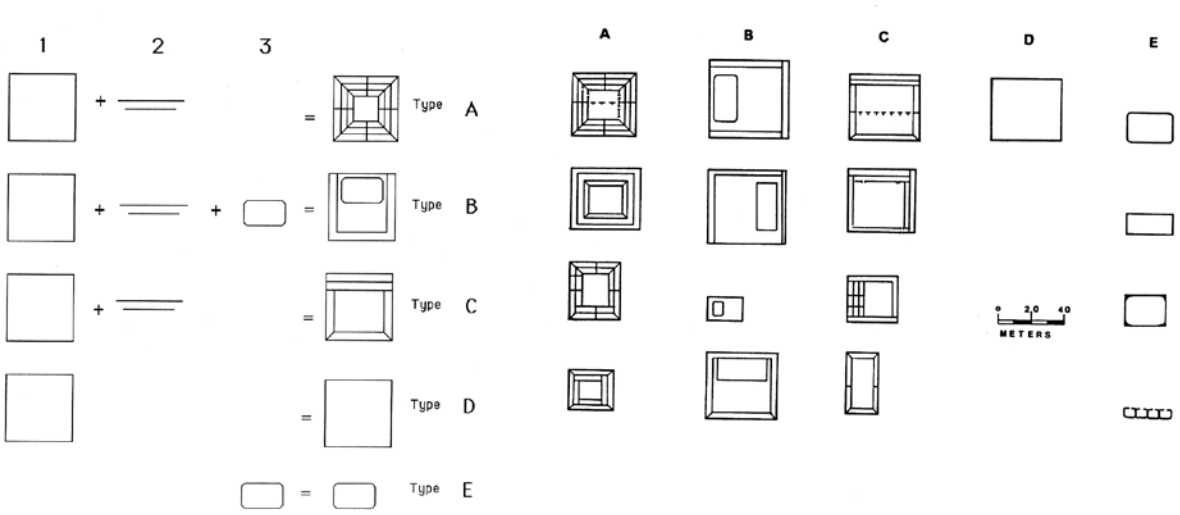


Fig. 337 – Pikillacta: esquema de los distintos módulos arquitectónicos que podían desarrollarse al interior de las *kancha* y sus posibles variantes (McEwan 1991: figs. 4 y 5).

para tal fin. De comprobarse la presencia de este tipo de servicios, tendríamos valiosos elementos adicionales para el conocimiento del modo de vida urbano que se desarrollaba en las ciudades andinas de la época.

La ciudad de Viracochapampa en la región de Huamachuco

En los territorios de la sierra norte comprometidos por la expansión wari, se encuentra otra importante ciudad emplazada estratégicamente por este Estado en la región de Huamachuco. Viracochapampa concita un alto grado de interés, ya que su planta manifiesta claramente que fue concebida de acuerdo a un diseño planificado, en el que se aplicaron esencialmente los mismos criterios establecidos en el modelo de ordenamiento urbano presente en Pikillacta.

La ciudad estuvo ubicada en la serranía de Huamachuco, por encima de los 3.000 m.s.n.m., y se encuentra relativamente próxima al sitio de Marca Huamachuco, un importante asentamiento regional que registra ocupación desde finales del período Intermedio Temprano y que muestra evidencias de haber coexistido con la presencia wari en la región (Topic 1991: fig. 1).

Viracochapampa se asienta sobre un llano y en conexión con un camino que transitaba de sur a norte por esta región cordillerana. La planta de la ciudad es definidamente cuadrangular, aún cuando una medición más precisa indicaría que presenta una cierta deformación trapezoidal,[11] que parece resultado de la adaptación a ciertos accidentes topográficos. De esta manera, el lado norte mediría 566 metros, el sur 581 metros y el lado este 564 metros, mientras que el oeste 574 metros (ibid.: 144), resultando un área de cerca de 33 hectáreas. Este dato nos permite notar que la planta de Viracochapampa presentaba una extensión 30% menor que el área nuclear de Pikillacta.

Si bien se presume que la ciudad no fue del todo terminada y que por lo tanto algunas zonas presentan escasos vestigios arquitectónicos, se puede apreciar claramente que, a semejanza de Pikillacta, la planta cuadrangular de la ciudad fue subdividida en tres sectores. Al igual que en esta, el Sector Oeste presenta un ancho algo menor que los otros dos sectores, que comparten una igual extensión, y está separado de estos por una avenida que atravesaba la ciudad de norte a sur, a partir de las correspondientes portadas que le conectaban con el sistema de caminos. Sobre la base de analogías con Pikillacta, se puede presumir que este Sector Oeste, además de la presencia de algunos recintos y edificaciones, estuviera destinado a alojar una gran plaza o explanada.

[11] Es preciso notar que Topic (1991: 144) advierte que estas mediciones se estimaron a partir de las aerofotografías del sitio y podrían presentar algunas distorsiones. Aun si esto fuera así, es conveniente señalar que una desviación del alineamiento del 1,3 al 2,6% en los lados orientados de norte a sur y del 0,8 al 1,7% en los lados orientados de este a oeste, no sería de extrañar considerando que este trazo fue realizado sin instrumentos muy sofisticados.

Fondo Editorial PUC

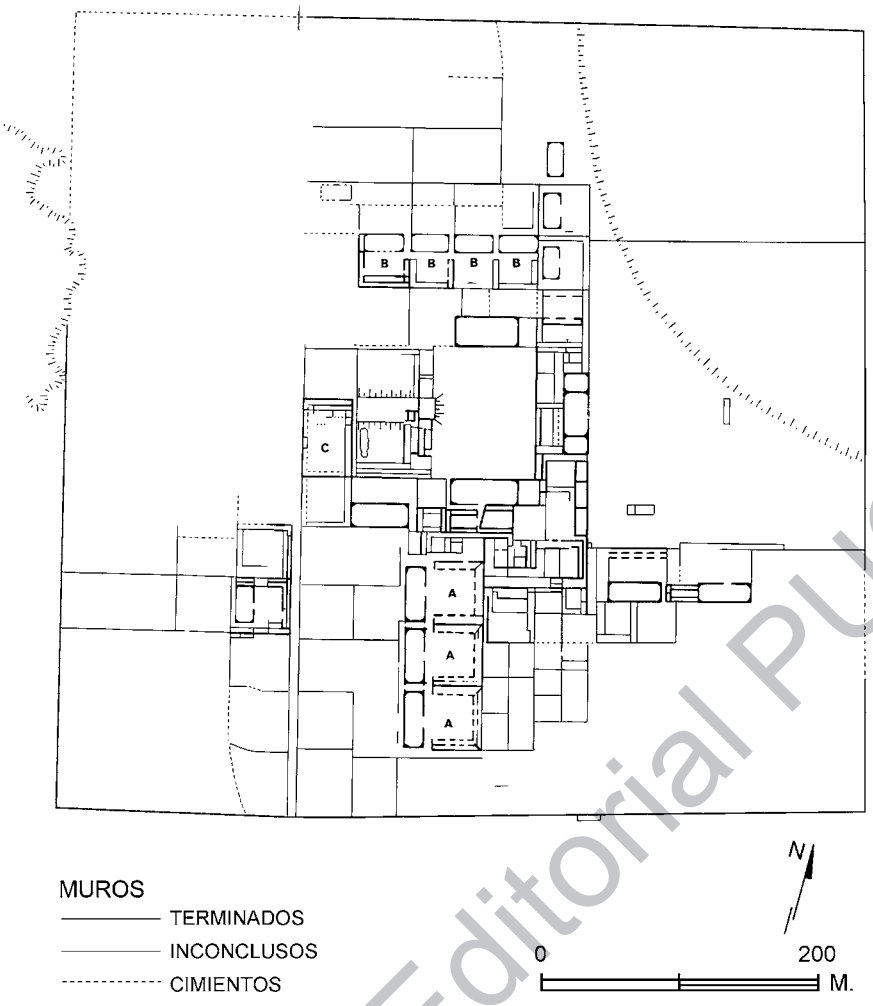


Fig. 338 – Viracochapampa: plano general de la ciudad (redibujado de Topic 1991: fig. 2).

Fondo Editorial PUCP

El Sector Central también concentra la más alta densidad de construcciones, lo que expresa que estaba proyectado para reunir las más importantes edificaciones de la ciudad. La plaza central de este sector tiene también una posición central con relación a la planta de la ciudad. En los lados norte y sur de la plaza se construyeron dos grandes edificios de planta rectangular, con esquinas redondeadas y nichos en su interior. Este ordenamiento asemeja al de la plaza secundaria (33-2B) del sector central de Pikillacta (MacEwan 1991: plano 2). Sin embargo, las demás construcciones que delimitan la plaza presentan algunas importantes variantes. Entre estas destaca un edificio con nichos al centro del lado este, y que presenta dos ambientes adosados a ambos extremos. Mientras que al centro del lado oeste de la plaza, se desarrolló un montículo rectangular, de unos dos a tres metros de alto, y cuyo eje de orientación este oeste coincide con el eje principal de la ciudad en esta dirección (Topic 1991: 146-147, fig. 2).

El Sector Central, donde se aprecia que se concentró el mayor esfuerzo de los constructores y que conserva la mayor parte de sus edificaciones, permite observar el desarrollo de la trama urbana en cuadrícula, generada por la definición de unidades modulares o *kanchas* de planta cuadrangular o rectangular. La mayoría de estas presenta la configuración de los módulos definidos como tipo B por McEwan (1991: fig. 4), donde destaca un edificio rectangular dispuesto a un lado del recinto, contrapuesto a edificaciones en galería que se desarrollan en el perímetro de los otros tres lados. De esta configuración resulta al centro del recinto un espacio abierto a modo de patio. En Viracochapampa los edificios rectangulares que se ubican en este tipo de *kanchas* se caracterizan por presentar una planta con esquinas redondeadas y nichos en su interior. Es de notar que las *kanchas* del tipo B que se encuentran al sur de la plaza central, presentan un mayor tamaño en todos sus componentes, mientras que las esquinas de sus edificios en galería presentan los singulares muros en diagonal, tan característicos de la edilicia wari.

El Sector Este presenta escasas evidencias de edificación, más allá de advertirse que tuvo

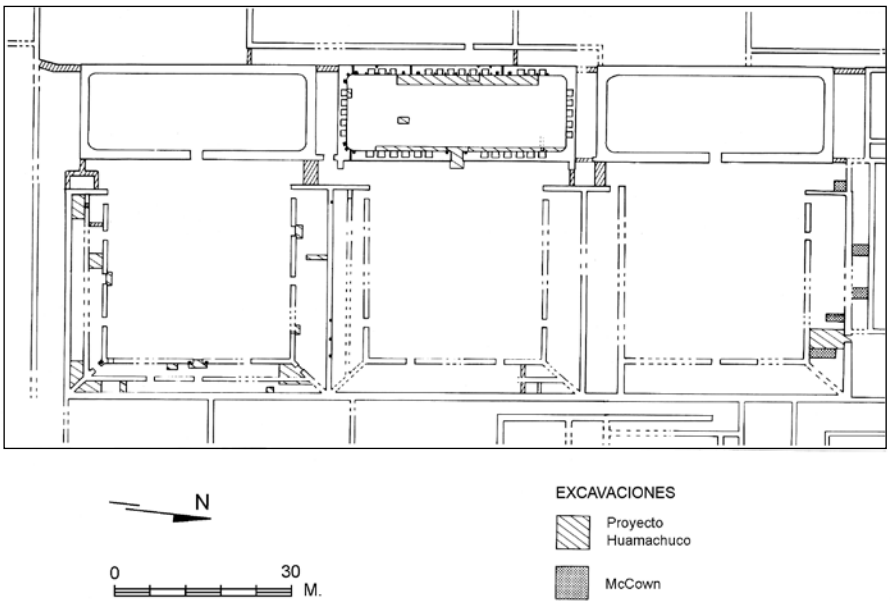


Fig. 339 – Viracochapampa: plano del conjunto con las unidades A, que presentan un ordenamiento arquitectónico similar a las *kanchas* del tipo «B» de McEwan (1991: fig. 4 y 5), en las que destacan las grandes salas con nichos (redibujado de Topic 1991: fig. 3).

prácticamente las mismas dimensiones y extensión del Sector Central. En todo caso, se aprecia que se dispuso su subdivisión en tres subsectores, y que en el que está ubicado al sur se erigieron algunas *kanchas* en las que se edificaron dos de los clásicos edificios de planta rectangular, esquinas redondeadas y nichos en su interior.

Se encuentran en Viracochapampa una serie de rasgos arquitectónicos que son compartidos con otros sitios principales wari. Entre estos podemos mencionar las técnicas constructivas de los muros a doble cara, con profundos cimientos y evidencias de haber sido parte de edificaciones de dos o más niveles de altura, mediante el empleo de ménsulas corridas, recesos formando gradas en los muros, o mediante nichos, que tuvieron en uno u otro caso la función de soportar o alojar las vigas de los entrepisos. Además de otros elementos arquitectónicos característicos, como los nichos de planta trapezoidal con el frente restringido hacia el paramento, así como la presencia de pequeños nichos a los lados de las jambas de las puertas, posiblemente destinados a facilitar algún sistema de cerramiento. También están presentes en la ciudad de Viracochapampa algunas evidencias de la implementación de los servicios urbanos propios de los principales asentamientos wari, como los canales subterráneos destinados a la provisión o al drenaje del agua (ibid.: 144-151).

Los estudios de Topic en el sitio revelarían que la edificación de la ciudad habría quedado inconclusa y que esta no habría tenido una mayor ocupación durante la presencia wari en la región de Huamachuco. Sin embargo, la gente wari también habría utilizado otros sitios de la zona como lugar de residencia y de actividad, entre los que se cuentan Cerro Amaru, con un conjunto de depósitos; el gran acueducto de La Cuchilla, aparentemente construido para proveer de agua a la ciudad de Viracochapampa; y un posible mausoleo en Marca Huamachuco (ibid.: 151-152).

Las razones por las cuales la ciudad de Viracochapampa habría quedado inconclusa por el momento constituyen un enigma. Sin embargo, pensamos que lo fundamental aquí es sopesar el conjunto de evidencias, en cuanto constituyen un testimonio ineludible de la voluntad impuesta por los designios del Estado expansivo, con miras a establecer una ciudad enclave como posible cabecera de región. De esta voluntad fundacional son testimonio no solo las edificaciones que se yerguen sobre la superficie del sitio, sino también la colosal energía impuesta en la realización de las profundas cimentaciones de muchos edificios cuyos muros no llegaron a construirse y que, aun así, se excavaron entre uno a tres metros de profundidad en su agreste suelo, implicando un movimiento de tierra de decenas de miles de metros cúbicos (ibid.: 160-161). De otro lado, no es este el primer testimonio —ni el último— de proyectos iniciados con el empuje arrollador de una férrea decisión estatal, y que aun así no logran culminarse o estuvieron destinados al fracaso, sea por que se modificaron las correlaciones de fuerzas o se debilitó la capacidad de imponer políticas de dominio en provincias por demás bastante alejadas de los centros del poder de ese entonces.

Fondo Editorial

Otros asentamientos wari en los valles interandinos

Con el propósito de ilustrar la variedad de planteamientos formales y la aparente diversidad funcional que muestran algunos importantes asentamientos wari, ubicados tanto en valles interandinos de notable importancia económica como el del Mantaro y el Callejón de Huaylas, así como en otros puntos posiblemente estratégicos para el control territorial ejercido por el Estado wari, haremos una breve reseña de algunos de estos asentamientos, en la medida que lo permita la información disponible, ya que en otros casos de no menor importancia —como Wariwillca y Vilcawain— lamentablemente esta resulta bastante limitada. En primer lugar, trataremos de los sitios de Jincamocco en Lucanas y de Azángaro en Huanta, dos sitios importantes aun cuando no son de gran extensión, que se localizan en la región de Ayacucho y relativamente próximos con relación a la capital wari. En segundo lugar, examinaremos el caso de Honqopampa en cuanto importante asentamiento wari enclavado en el Callejón de Huaylas; y finalmente el apasionante caso de Cerro Baúl en el extremo sur de la expansión wari.

Jincamocco

El sitio de Jincamocco, ubicado en la provincia de Lucanas en el departamento de Ayacucho, proporciona una interesante información para conocer la naturaleza de asentamientos de segundo o tercer orden jerárquico, en el marco del sistema de asentamientos impuesto por los wari en determinadas regiones y localidades.[12]

El valle de Carhuarazo, en el que se centra la ocupación wari, se localiza en una zona que comunica el sur de Ayacucho con los valles costeños de Nazca. La ocupación de la zona por los wari habría estado acompañada por la reubicación de los asentamientos aldeanos, privilegiando zonas algo más bajas, donde es posible el cultivo tanto de tubérculos como de granos, revelando la mayor importancia asignada a la producción de maíz. Coincidentemente, durante esta época se registra en el valle el despliegue de obras públicas orientadas a la construcción de

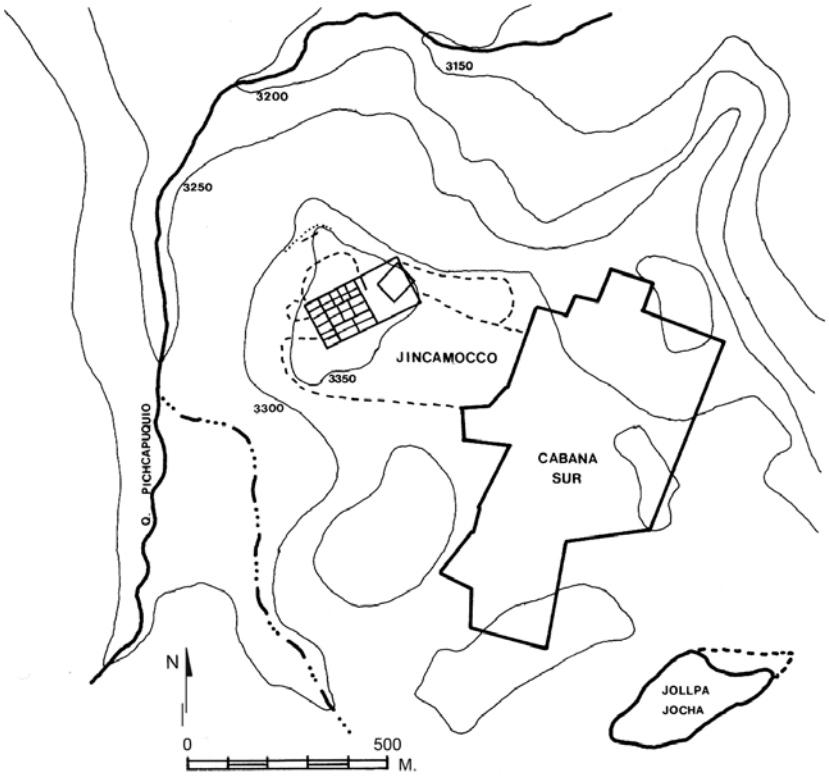


Fig. 340 – Jincamocco: plano de ubicación (redibujado de Schreiber 1991: fig. 2).

[12] Schreiber (1991:212) señala que mientras determinadas localidades recibieron una especial atención por parte de los wari, posiblemente por los recursos productivos y poblacionales presentes, o por su ubicación estratégica en rutas que conectaban distintas regiones, otras no presentan evidencias de una presencia significativa, siendo próximas o similares en ubicación y recursos.

Editorial PUCP

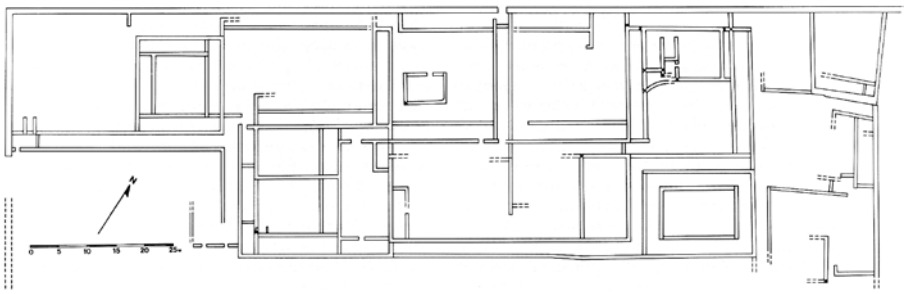


Fig. 341 – Jincamocco: plano del subsector al noroeste del sitio (Schreiber 1991: fig. 5).

terrazas agrícolas para favorecer el incremento de este cultivo (Schreiber 1991: 210-211).

Además de Jincamocco, otros tres complejos cercados afiliados a Wari se establecen en el valle. Dos de ellos adyacentes a zonas favorables para el cultivo del maíz, que pudieron servir para el almacenamiento y ciertas actividades administrativas asociadas a la actividad agrícola; y el tercero en un sitio de altura asociado a un posible camino principal de la época, que podría haber operado como un tambo (ibid.: 212).

El asentamiento de Jincamocco, cuya ocupación se remontaría a la época 1B y que aparentemente se abandonaría a fines de la 2B con el colapso de Wari, se localiza a 3.350 m.s.n.m., sobre la cima plana de un promontorio elevado flanqueado por una quebrada. En el sitio destaca un gran complejo cercado de planta rectangular de 260 por 130 metros, dividido en dos sectores: la mitad suroeste que presenta subdivisiones en unos 24 recintos y la mitad noreste que aparentemente no presentaría construcciones.

Sin embargo, además del complejo cercado, existen evidencias de restos de otras edificaciones dispersas en una área mayor que alcanzaría unas 17,5 hectáreas, aun cuando esta pudo ser más extensa, dado que el poblado moderno de Cabana se encuentra asentado al sureste de esta misma área (ibid.: 199, fig. 2).

Las investigaciones arqueológicas desarrolladas por Schreiber en el sector suroeste del complejo revelaron su forma de planeamiento mediante su división en cuatro subsectores, en los que se organizaron hileras de recintos de similares dimensiones (ibid.: fig. 4). La mayoría de estos recintos presentan internamente la arquitectura propia de las *kanchas* wari, también conocidas como «unidades patio», con cuartos, corredores y ambientes en galería alrededor de un patio central. Los patios evidencian haber contado con banquetas perimétricas de unos 0,80 a 2,2 metros de ancho y elevadas de 30 a 40 centímetros sobre el nivel del piso de los patios. Los contextos recuperados en los patios permiten inferir el desarrollo tanto de actividades domésticas como de otras relacionadas con la elaboración de productos manufacturados (ibid: 202-203).

Es interesante notar aquí que las características constructivas de Jincamocco corresponden también a los patrones tradicionales de la arquitectura propia de los asentamientos wari. Por ejemplo, los muros tienen cimientos en casi todos los casos, alcanzando en los muros exteriores del cercado 1,5 metros de profundidad, mientras que los interiores tienen unos 80 centímetros y solamente los que sirven de tabiques o forman pequeñas divisiones carecen de cimientos. También la secuencia constructiva es similar, en primer lugar se construyeron los muros exteriores del cercado, luego los muros de los recintos interiores y, finalmente, algunos pequeños muros de cierre o división de corredores o ambientes en galería. Se recuperaron también evidencias del enlucido de muros y acabado de pisos aplicando arcilla blanca, otro rasgo común en la arquitectura wari. De manera análoga las excavaciones revelaron la presencia de canales subterráneos que corrían por debajo de los pisos atravesando los recintos y sus patios, demostrando que también este tipo de asentamientos wari contó con servicios de abastecimiento y drenaje de agua (ibid.).

Azángaro

Este sitio, de evidente orden menor con relación a los principales asentamientos urbanos wari, se ubica en la región de Huanta (Ayacucho), a unos quince kilómetros al noroeste de la ciudad de Wari. El complejo se localiza en un llano elevado con relación al río Cachi, a unos 2.390 m.s.n.m., en una zona bien dotada de agua, lo que posibilita su cultivo, contrastando con la relativa aridez del entorno. Precisamente, la disponibilidad de agua permanente para riego y la vocación de la zona para el cultivo del maíz podría explicar la instalación de este complejo Wari que parece corresponder a un centro administrativo asociado al manejo agrícola desarrollado en la localidad (Anders 1991).

Fondo Editorial PUCP

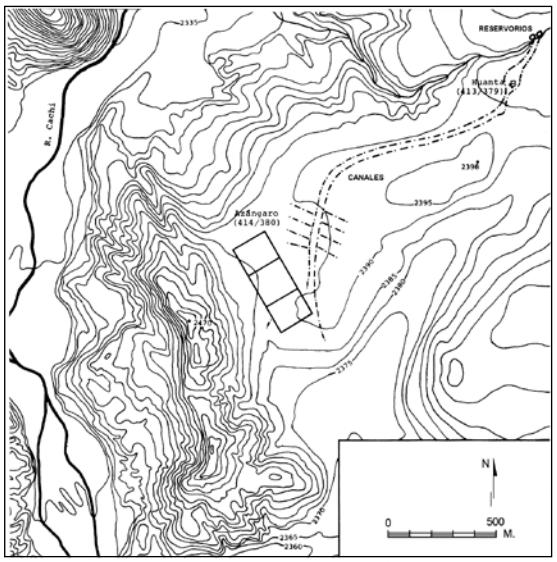


Fig. 342 – Azángaro: plano de ubicación (redibujado de Anders 1991: fig. 2).

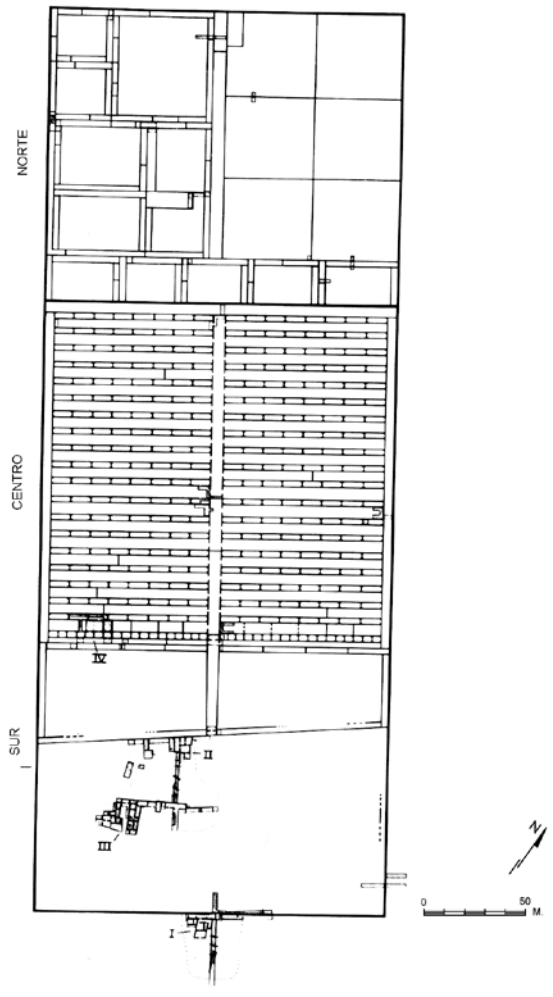
A unos 1.600 metros al noreste del complejo se encuentra un manantial que fue dotado de dos reservorios, desde los cuales se tendieron dos canales paralelos provistos de canales de distribución que habrían permitido irrigar los campos de cultivo instalados en el llano. Pero es de notar que uno de los canales se convierte en subterráneo a unos cincuenta metros del muro exterior del complejo, para atravesar el sector sur del mismo abasteciéndolo de agua (ibid.: fig. 2).

El complejo, cuya ocupación se iniciaría en la época 1B y que correspondería a la época 2, presenta una planta rectangular orientada de noroeste a sureste, que mide 447 por 175 metros y está dividido transversalmente en tres sectores. El sector sur, que sirvió de acceso al complejo, se encuentra relativamente libre de estructuras, aunque las excavaciones de Anders (1991) detectaron estructuras irregulares que parecen corresponder tanto al momento inicial de construcción, como a la finalización de la ocupación del sitio. Sin embargo, también estas presentan algunas divisiones en subsectores con los clásicos ordenamientos en galería. El sector central presenta una nutrida y rígida organización celular del espacio, con un corredor central que lo divide en dos. Finalmente, el sector norte está dividido en tres subsectores y presenta algunas subdivisiones que parecen haber estado conformadas por las clásicas *kanchas* wari, con recintos en galería y patio central (ibid.: fig. 3).

El sector central a nuestro criterio es el de mayor interés, ya que no solo tiene la mayor extensión y concentró la mayor inversión constructiva del complejo, sino que también por su posición central y rígida planificación, encierra la clave para la interpretación de la función del complejo. Este se ordena a partir del corredor central que lo divide en dos, y desde el cual se desarrollan transversalmente hacia ambos lados 20 hileras, 19 de ellas conformadas por cubículos alargados que miden unos 9,20 por 2,50 metros y una de ellas por cubículos pequeños que miden unos 3,6 por 2,4 metros. Estas hileras están separadas entre sí por medio de corredores que habrían permitido el acceso a los cubículos y que, a su vez, se conectaban con dos corredores paralelos al central, que bordeaban los extremos de los lados este y oeste del sector central (ibid.: fig. 3b).

Este sector central parece haber correspondido a funciones de almacenamiento, aun cuando Anders propuso que estuviera destinado a una discutible y poco probable función residencial (ibid.: 191-192). A nuestro entender algunas importantes evidencias documentadas en el sector

Fig. 343 – Azángaro: plano del complejo (redibujado de Anders 1991: fig. 3).



Fondo Editorial PUCP

central apuntarían a la posible función de depósito de sus estructuras. Este es el caso del hallazgo de ménsulas corridas de piedras empotradas en sus paramentos interiores, las que se dispusieron a un metro del suelo, lo que indicaría que habrían servido para el soporte de pisos algo elevados del suelo, dejando el espacio inferior libre para la circulación del aire. A estos detalles, propios de las estructuras destinadas al depósito, se suma la presencia de pequeñas entradas de 60 centímetros de ancho y tan solo 80 centímetros de alto (ibid.: 174, fig.19), que bien podrían haber servido de aberturas para la ventilación por debajo de los pisos de los eventuales depósitos. Otro dato significativo es que en este sector central se halló una red de canales organizados en una trama ordenada, donde se dispuso los canales en el eje central de los corredores, lo que permite deducir que habrían servido para el drenaje de la descarga pluvial de las estructuras techadas, ya que de lo contrario esta podría haber inundado los corredores generando una indeseable humedad en el área de posible almacenamiento.

La gran cantidad de estos cubículos ordenados en 19 hileras, que reúnen un total de 340 unidades alargadas (9,2 por 2,4 metros), además de 36 cubículos más pequeños (3,6 por 2,4 metros) en la última hilera al sur, llegan a sumar más de 8.000 m^2 de área edificada. Si consideramos factible que estas estructuras tuvieran por lo menos unos dos metros de altura, tendríamos como resultado un posible volumen total de almacenamiento superior a los 16.000 m^3. Es decir, una capacidad de depósito extraordinaria que podría explicarse en la apremiante necesidad del Estado wari de proveerse de excedentes agrícolas para sostener los requerimientos alimenticios de la población concentrada en su relativamente próxima capital.

Finalmente, algunos detalles constructivos documentados en Azángaro son de relevancia, como la evidencia de pisos revestidos con lajas de piedra. Algunos de ellos se encuentran en los cubículos aparentemente destinados al almacenamiento, lo que podría responder a la necesidad de asegurar que tuvieran un mejor aislamiento de la humedad del suelo. Asimismo, el desarrollo de una extraordinaria red de canales subterráneos permitiría suponer que algunos habrían operado como un sistema de drenaje al estar provistos de sumideros perforados en los pisos (ibid.: figs. 9, 11 y 21). Por último, es notable la presencia de elementos de cierre del lado interior de las portadas de acceso principal al corredor central, constituidos por pequeños nichos dispuestos a ambos lados de las jambas con al interior un vástago de piedra, lo que habría permitido trabar con cuerdas algún tipo de cerramiento horizontal (ibid.: figs. 13, 17 y 18).



Fig. 344 – Azángaro: excavación en el cubículo 8 de la primera hilera del sector central del complejo, donde se observa el piso revestido con lajas, las ménsulas corridas a poco más de un metro de altura con relación al piso, y una abertura de ventilación en el centro del lado derecho (Anders 1991: fig. 19).

Honqopampa

En el Callejón de Huaylas (Ancash) destacan dos sitios con ocupación wari: Wilkawaín y Honqopampa, ambos localizados sobre las fértiles laderas occidentales de la Cordillera Blanca. Acerca del primero, existe escasa información arqueológica sobre las características y organización del sitio, donde sobresale la arquitectura monumental de aparente función funeraria o chullpas. Se trata de edificios de planta rectangular construidos con piedra, cuyos volúmenes macizos contienen cámaras y galerías subterráneas, que se desarrollan en más de un nivel, en los que se utilizó la técnica de la falsa bóveda mediante el empleo de grandes vigas de piedra (Lumbreras 1974: 171, fig. 180). Algo más de información se dispone para Hon-

Fondo Editorial

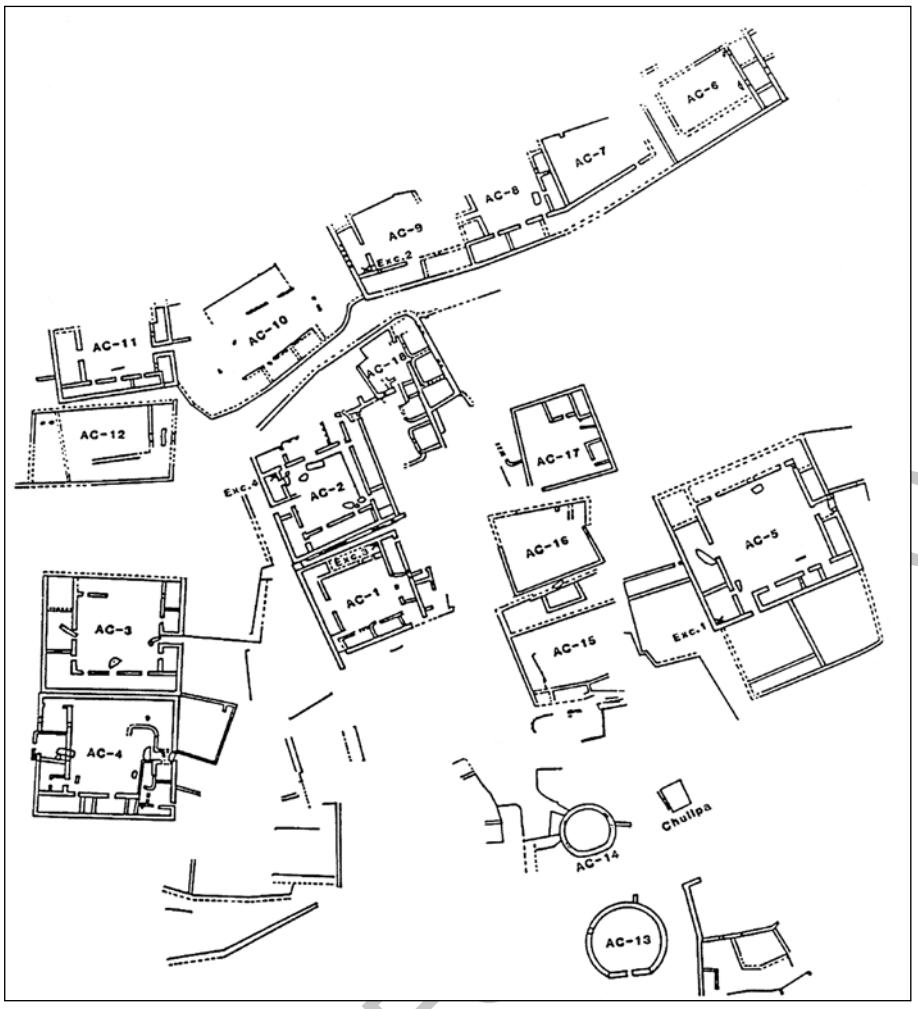


Fig. 345 – Honqopampa: Plano del sector Purushmonte, donde se aprecian conjuntos de *kanchas* y al sur dos estructuras con planta en forma de «D» (Isbell 1989: fig. 5).

qopampa, donde el ordenamiento del sitio y los diferentes tipos de estructuras arquitectónicas allí documentadas son especialmente relevantes para conocer el impacto de la ocupación wari en esta región (Isbell 1989).

El sitio de Honqopampa se ubica sobre los 3.500 m.s.n.m., en una ladera próxima a una serie de quebradas que descienden de la Cordillera Blanca, como Quebrada Honda, que constituye un paso natural hacia el Callejón de Conchucos. Este factor, que facilita la articulación espacial con otros importantes territorios regionales, podría haber incidido en la elección de este lugar para la localización asentamiento. Otro factor que debe de haber intervenido en la elección del lugar son las laderas que descienden de la Cordillera Blanca, las cuales están dotadas generosamente de agua, dado que abundan los torrentes que descienden de los nevados, glaciares y lagunas de altura, lo que hace de esta margen del Callejón de Huaylas una zona reconocida por su notable fertilidad agrícola.

El reconocimiento y las excavaciones de Isbell (1989) se concentraron en el sector norte del sitio, conocido como Purushmonte. Allí se identificaron tres tipos distintos de arquitectura: las chullpas, los edificios con planta en forma de «D» y los conjuntos conformados por unidades con patio central o *kanchas*. Las chullpas se encuentran dispersas o formando pequeños conjuntos en las laderas o en pequeños promontorios más elevados. Están construidas con piedra y se encuentran seriamente afectadas por la destrucción y el saqueo de sus restos, dada su función funeraria. Estas estructuras presentan plantas rectangulares, con un promedio de dos a cinco metros de lado, aunque existe una de dimensiones sobresalientes que mide doce por dieciséis metros. Muchas de ellas presentan evidencias de haber tenido más de un nivel, con pequeños accesos dotados de dinteles megalíticos que permitían el ingreso a galerías y cámaras techadas con grandes vigas de piedra (ibid.: 103-104).

Los edificios con planta en forma de «D» se ubican en la parte baja al sur del asentamiento, donde son dominantes los conjuntos de ordenamiento ortogonal propios de las unidades con patio central (ibid.: fig. 4). Se han registrado dos edificaciones con planta en «D», ambas con el

frente recto orientado hacia el sur. La mayor de ellas (AC-13) muestra claramente el acceso central, mientras que la menor (AC-14) conserva los característicos nichos al interior del muro curvo. Existen evidencias de restos de otras estructuras adosadas a las edificaciones con planta en «D», por lo que se puede presumir que estas se encontraban enmarcadas dentro de conjuntos con una relativa complejidad arquitectónica. Un dato interesante es que el paramento interior de uno de los muros de una estructura asociada a los edificios en «D» presentaba una línea horizontal de piedras sobresalidas, indicando el posible desarrollo de un piso en un segundo nivel.

Los conjuntos arquitectónicos con patio central, las denominadas *kanchas* wari, se localizan en la parte más elevada del asentamiento y constituyen el tipo mayoritario de estructuras en el sitio. Estos conjuntos se ordenan en alineamientos que parecen seguir los ejes cardinales pero que, al mismo tiempo, se acomodan al relieve de la pendiente siguiendo las curvas de nivel (ibid.: figs. 4 y 5). Los rasgos arquitectónicos de este tipo de conjuntos son básicamente los mismos que fueron reseñados para los conjuntos de la capital en Ayacucho, como de otros sitios wari documentados en los Andes centrales. Estos conjuntos presentan recintos dispuestos en galería rodeando un patio central, con sus respectivos accesos orientados hacia este espacio abierto. Los patios presentan en su perímetro una banqueta elevada unos veinte a treinta centímetros sobre el nivel del piso de los patios. En algunos de los recintos de galería se hallaron las típicas ménsulas corridas para el soporte de pisos en un segundo nivel. Además de manos de moler ubicadas en los patios, las excavaciones reportaron en estas unidades consistentes acumulaciones de basura, lo que daría pie a suponer que este tipo de estructuras absolvieron en el sitio funciones residenciales (ibid.: 105-108; figs. 7-11).

Las estructuras de los diferentes tipos arquitectónicos reseñados aquí presentan similares características constructivas y están asociados a materiales culturales wari y otras manifestaciones regionales propias de esta época, lo que permite suponer que Honqopampa representa una clara expresión de la ocupación wari en la región. Por otra parte, la forma de sus estructuras arquitectónicas, especialmente los edificios con planta en «D» y los conjuntos con patio central, no tienen antecedentes locales y nos remiten a sus símiles de la capital wari o de otros asentamientos provinciales. De modo que el conjunto de estas evidencias —a los que se pueden añadir los rasgos característicos de la edilicia wari que exhiben las diferentes estructuras arquitectónicas— confirmarían la consistente filiación de este sitio que parece haberse implantado en la región durante la primera época de expansión del Estado wari (época 1) y que habría mantenido su vigencia durante la época 2.

Las investigaciones preliminares desarrolladas en Honqopampa evidencian que no se trata de una capital provincial, pero sí de un importante asentamiento de jerarquía menor, donde las *kanchas* habrían estado destinadas a fines residenciales, mientras los otros tipos de edificios resolvían aspectos rituales y funerarios. Por consiguiente, se trata de un asentamiento de sumo interés para el conocimiento, tanto del ordenamiento jerárquico de los establecimientos provinciales wari, como de las funciones específicas que este cumplía en un ámbito regional de importancia estratégica como es el Callejón de Huaylas.

Cerro Baúl

Se trata de un sitio extraordinario que permite aproximarnos desde diferentes facetas a la extensión y características de la expansión wari y su evolución en los Andes centrales. En primer lugar, se trata de un sitio principal de un conjunto de otros sitios que los wari instalaron en el valle alto de Moquegua, constituyendo el punto más meridional donde se ha documentado su presencia directa. Efectivamente, Cerro Baúl se encuentra a unos 600 kilómetros en línea de aire al sureste de la ciudad capital de Wari en Ayacucho, y a unos 400 kilómetros al sur de Pikillacta en el Cusco. Lo considerable de estas distancias[13] plantea interrogantes sobre la forma en que se resolvieron los problemas logísticos para poder articular centros urbanos tan lejanos, aun cuando se puede suponer la presencia de centros intermedios a lo largo de estos recorridos.

Por otra parte, la necesaria conexión de Cerro Baúl con la ciudad de Wari y otros sitios dependientes de esta, nos plantea la problemática de la «territorialidad» en un contexto histórico donde

[13] Si traducimos estas extraordinarias distancias en línea recta a recorridos pedestres por la accidentada geografía andina las distancias reales se incrementan de manera notable. En este caso, la distancia de recorrido desde Wari correspondería por lo menos a unos mil kilómetros, lo que tomaría más treinta días de travesía de realizarse con marchas forzadas de unos treinta kilómetros diarios.

Fondo Editorial PUCP

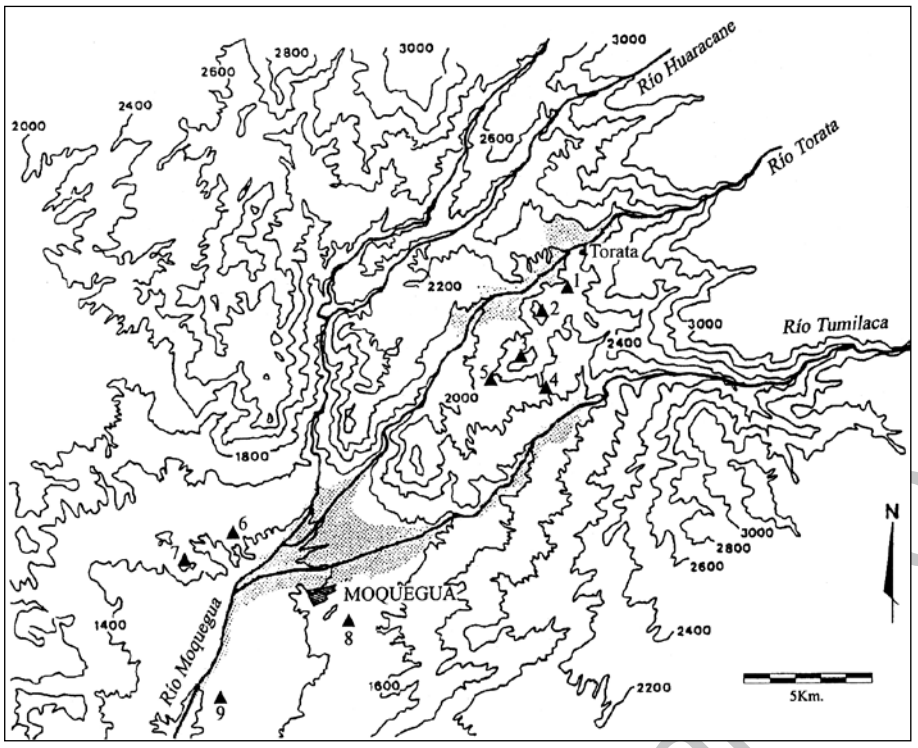


Fig. 346 – Mapa del valle alto de Moquegua con la localización de Cerro Baúl (3) y otros sitios wari como Cerro Mejía (2), Cerro Petroglifo (1), Cerro Baulcito (4) y Pampa del Arrastrado (5); así como de importantes sitios tiahuanaco como Chen Chen (8) y Omo (9) (Williams e Isla 2002: fig. 3).

aparentemente no se trata de establecer límites y fronteras precisas, sino más bien una compleja red de relaciones —impuestas o negociadas— con las comunidades establecidas en los territorios alejados que el Estado recorre con sus caravanas, o donde es preciso establecer asentamientos y enclaves, especialmente cuando estos territorios no solo se encuentran ocupados por población local sino también por colonias de otro estado expansivo, como es el caso de Tiahuanaco en el mismo valle de Moquegua. Lo que nos aproximaría a condiciones similares a las propuestas con los conceptos de «territorialidad salpicada» o de los «archipiélagos territoriales» planteados a partir de los documentos de la etnohistoria andina tanto por Murra (2002) como por Rostworowski (1981; 1988; 2004).

Otro tema de especial interés es conocer qué tipo de planeamiento y qué componentes arquitectónicos comparte con la capital y otros centros wari un sitio como Cerro Baúl, que evidentemente no correspondía al nivel y modelo de las principales ciudades provinciales como Pikillacta. A continuación examinaremos estos

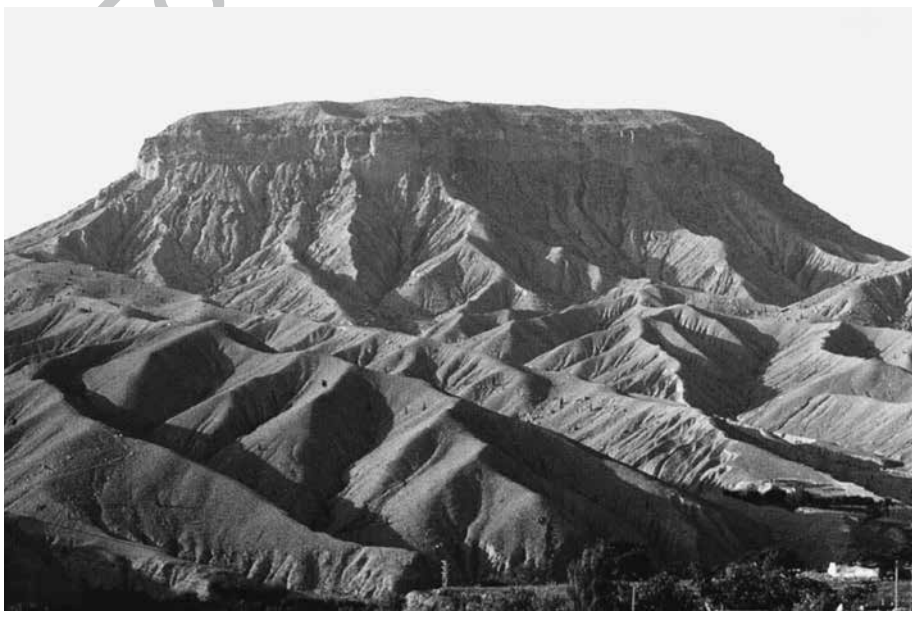


Fig. 347 – Vista de Cerro Baúl. Su silueta destaca en el valle alto de Moquegua. El sitio arqueológico se ubica sobre la meseta de la cima (foto: Adriana Von Hagen, Morris y Von Hagen 1993: fig. 109).

aspectos a partir de la especial localización de los sitios wari en la región moqueguana, que en el caso de Cerro Baúl asume características también espectaculares.

En la parte alta del valle de Moquegua, en el punto donde confluyen los ríos Torata y Tumilaca, destaca en el paisaje una formación geológica impresionante conformada por un gran macizo rocoso, cuyos flancos están recortados por un pronunciado acantilado. La silueta de la impresionante mole de Cerro Baúl se eleva unos 600 metros por encima del nivel del valle y está coronada por una meseta que fue elegida por los wari para emplazar su principal sitio en la región. Al hacer esta elección es evidente que se tuvo muy en cuenta las extraordinarias características defensivas del lugar, que lo hacen prácticamente inexpugnable. Esta posición estratégica desde el punto de vista defensivo indicaría que la presencia wari en la región no fue precisamente pacífica o que por lo menos no estuvo libre de tensiones, tanto frente a la población local como con relación a la posible rivalidad con Tiahuanaco. Las ventajas que otorga este emplazamiento estratégico sobre la cima de la meseta, evidentemente comprometieron un costo relativamente alto para resolver la provisión de todos sus abastecimientos, como de la necesaria dotación de agua para sus habitantes, lo que debió exigir su permanente acarreo desde el valle por porteadores o con el auxilio de hatos de llamas.

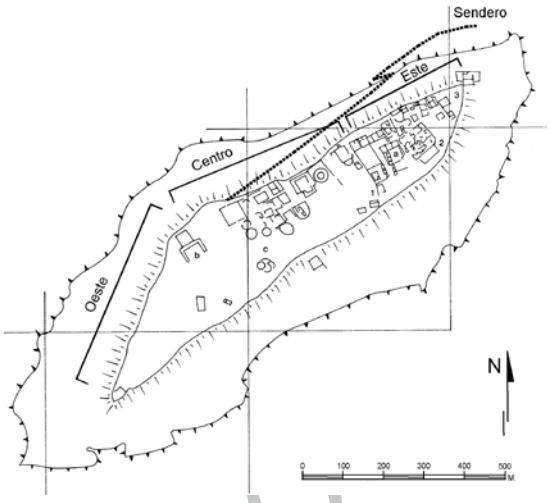


Fig. 348 – Cerro Baúl. Croquis general del asentamiento (redibujado de Moseley *et al.* 1991: fig. 12).

Se ha registrado que el sitio de Cerro Baúl no estuvo aislado, constituyendo el sitio principal y central de un conjunto de otros asentamientos menores de ocupación wari, como Cerro Mejía, Cerro Petroglifo, Cerro Baulcito y Pampa del Arrastrado, todos concentrados en la parte alta del valle, mientras significativamente los tiahuanaco tenían sus sitios emplazados en el valle medio (Moseley *et al.* 1991; Williams e Isla 2002: fig. 3). Otros hallazgos reportan el desarrollo de importantes obras de infraestructura agrícola en esta zona por parte de los wari. Este es el caso de canales de riego asociados a terrazas agrícolas,

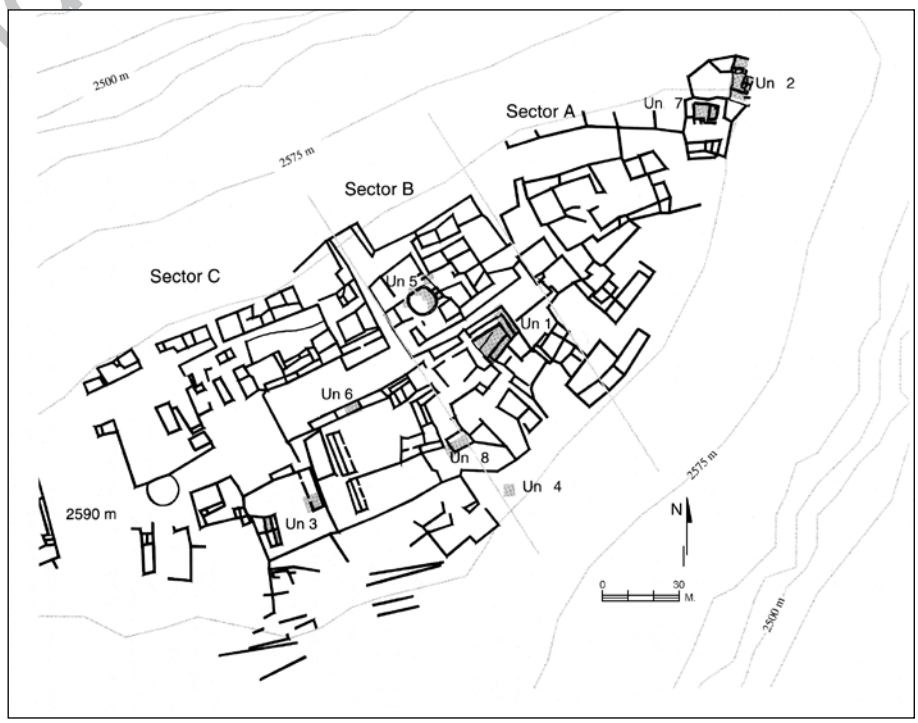


Fig. 349 – Cerro Baúl. Plano de los sectores concentrados en las zonas este y central del asentamiento (redibujado de Williams e Isla 2002: fig. 4).

Fondo Editorial PUCP

que habrían permitido el desarrollo de cultivos en las laderas de Cerro Baúl y Cerro Mejía. Se puede deducir de esta intervención territorial que los wari habrían buscado la forma de asegurar la provisión de alimentos para los pobladores de sus asentamientos en la zona, garantizando así la sostenibilidad económica de su presencia en una región tan alejada de su capital (Williams *et al.* 2002: 78-80, fig. 10).

El asentamiento de Cerro Baúl se desarrolla sobre la meseta que tiene unos 1.000 metros de este a oeste, por unos 500 metros de ancho (Moseley *et al.* 1991), concentrándose las estructuras en la zona central y en especial al este, ocupando una extensión de aproximadamente 10 hectáreas. En el ordenamiento de la zona este del asentamiento se perciben por lo menos tres sectores, al parecer demarcados entre sí por medio de pasajes o pequeñas plazas, y cuyas edificaciones exhiben diferencias formales y contextuales que estarían expresando su asignación a funciones diferenciadas de orden habitacional, productivo, administrativo y ceremonial (Williams e Isla 2002: fig. 4).

Las excavaciones conducidas en el sitio por Feldman y luego por Williams e Isla (ibid.) han puesto en evidencia la presencia de conjuntos organizados bajo el modelo de las *kanchas* o «unidades patio», con un espacio libre al centro y edificaciones en galería en sus lados. Estas construcciones estuvieron dotadas ya sea de una o de dos crujías, como en el caso de la Unidad 1 (ibid: fig. 5). En otras unidades se encontraron evidencias de construcciones de más de un nivel, como en la Unidad 3 donde en un gran patio de unos 26 metros de lado se encuentra un edificio compuesto por cuatro ambientes de la misma medida (1,8 por 5 metros) y similares características, que se disponen por pares a ambos lados de un muro medianero, con sus accesos independientes. En ellos se registró la presencia de estructuras diseñadas para el soporte de un piso elevado 70 centímetros sobre el suelo, como para permitir la ventilación inferior de posibles depósitos dispuestos sobre el piso superior (ibid.: 96-99, fig. 7). Algo similar parece ser el caso de la Unidad 6, con tres ambientes alargados (3,5 por 10 metros) dispuestos en galería en el lado sur de un gran patio, donde las excavaciones registraron no solo la presencia de dobles muros longitudinales, formando el típico escalón interior para el apoyo de los maderos de la estructura del entrepiso, sino también el valioso testimonio de las vigas caídas sobre el piso, al igual que las viguetas separadas de 20 a 25 centímetros entre las que se hallaron dispuestas lajas de piedra cubiertas de barro para formar el piso del segundo nivel (ibid.: 104-105, figs. 13 y 14).

En el sector central se excavó una estructura (Unidad 5) con planta en «D» de unos diez metros de diámetro, muy similar en dimensiones a las halladas en otros sitios wari, como Conchopata y Honqopampa. La Unidad 5, al igual que estas, presenta un muro recto en su fachada donde se ubica en posición central un único acceso. La base de este muro presenta la proyección de una especie de vereda revestida en piedra. Este rasgo, que buscó destacar el tratamiento del frontis de la edificación, como los finos acabados de su interior con pintura mural y el hallazgo de ofrendas, expresan su destacada función ceremonial en el sitio (ibid.: 100-104, fig. 9). Al respecto, existe por lo menos otra estructura, aún no excavada, que parece corresponder a la tipología de las edificaciones en «D», que se ubica en posición central y al extremo oeste del sector este del asentamiento (ibid.: fig. 4).

Fig. 350 – Cerro Baúl. Plano del Complejo de la Unidad 3 (Williams e Isla 2002: fig. 7).

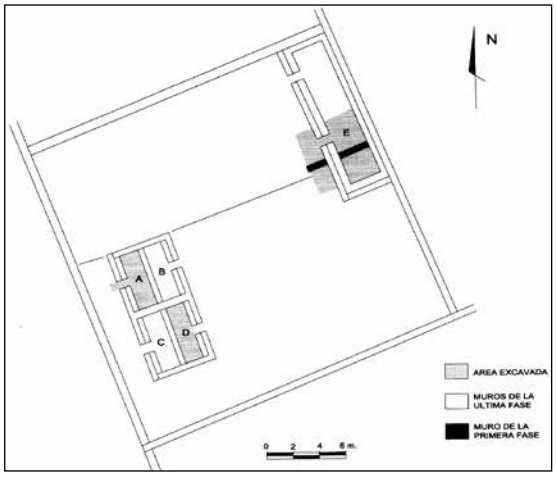
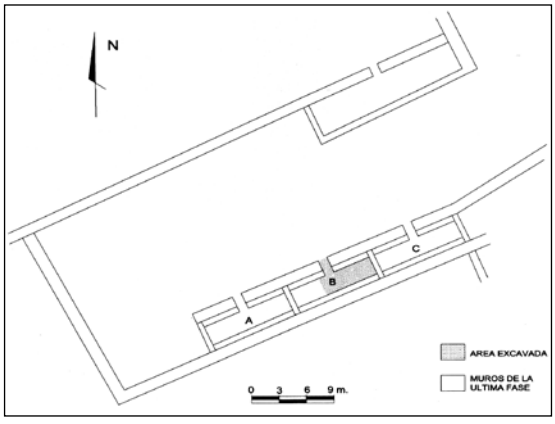


Fig. 351 – Cerro Baúl. Plano del Complejo de la Unidad 6 (Williams e Isla 2002: fig. 13).



Fondo Editorial PUCP

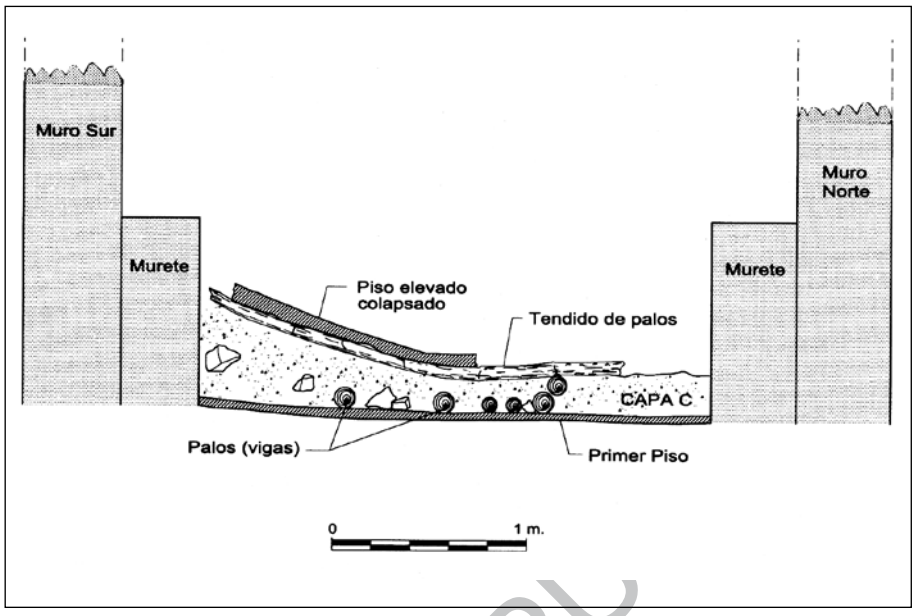
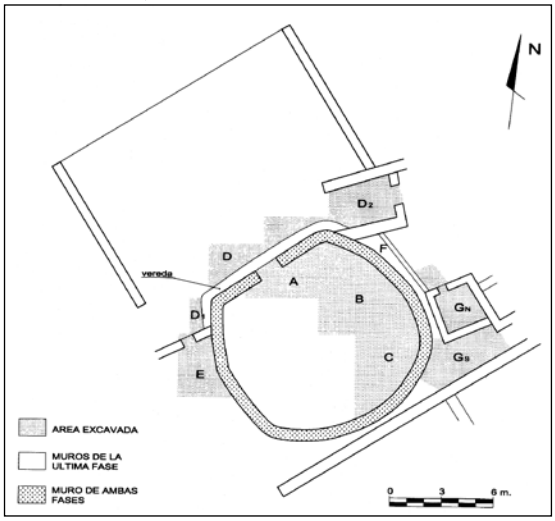


Fig. 352 – Cerro Baúl. Corte de la estructura B de la Unidad 6, donde se observa los muros con los apoyos laterales para la estructura del entrepiso, así como la evidencia de las vigas caídas sobre el piso (Williams e Isla 2002: fig. 14).

Finalmente, las excavaciones arqueológicas desarrolladas en Cerro Baúl también aportan datos interesantes acerca de la cronología del sitio, dando alcances preliminares sobre su posible fecha de fundación, la duración de la ocupación wari y la evolución de esta a lo largo del tiempo. De acuerdo a estas evidencias, el inicio de la ocupación wari en Cerro Baúl sería más temprana de lo que hasta ahora se había supuesto, remontándose a los 600 a 675 d.C., mientras que su duración también se prolongaría hasta el 850 d.C. Es decir, estaría abarcando un período de ocupación desde finales de la época 1 hasta la época 2 del Horizonte Medio. Es interesante destacar que en el transcurso de esta ocupación relativamente larga se habrían producido eventos —aparentemente simultáneos— de remodelaciones en una serie de conjuntos, comprometiendo el reordenamiento de sus edificaciones (ibid.). Esto plantea la hipótesis de que este proceso fuera producto de la reconfiguración general de las funciones asignadas al sitio por parte del Estado wari, adecuándolas a un nuevo contexto regional. A menos que se tratara de un fenómeno aún más amplio y complejo, que expresara algún tipo de reforma en el sistema administrativo del Estado que, de ser así, podría percibirse tanto en las remodelaciones que interesarían a la propia capital, como a Cerro Baúl y otros centros provinciales.

Fig. 353 – Cerro Baúl. Plano de las estructuras del Complejo de la Unidad 5, donde destaca el edificio ceremonial con planta en forma de «D» (Williams e Isla 2002: fig. 9).



Las influencias wari en el urbanismo costeño

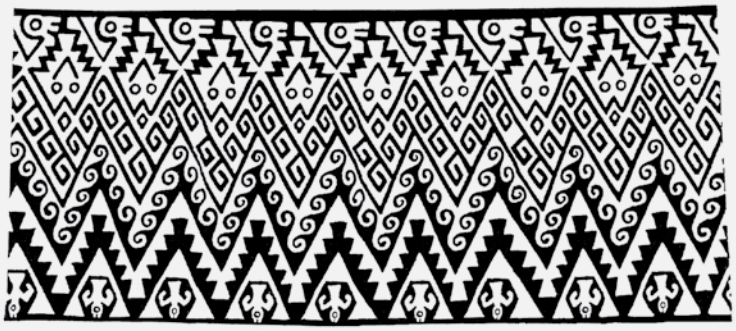
A propósito de la posible dinámica de la expansión wari, en el sentido de una posible influencia o presencia en las regiones costeras a partir de sus enclaves altoandinos, un campo que requiere mayor exploración a futuro, es el que está referido a las posibles influencias o intervenciones wari con relación al urbanismo costeño. Este es el caso de sitios de primer nivel, como Pachacamac o Cajamarquilla en la costa central, donde además de una serie de contextos arqueológicos que ilustran vínculos y relaciones evidentes, se ha sugerido que el trazo de ciertos complejos o sectores urbanos de estos asentamientos, donde se aprecia un planeamiento ortogonal o trapezoidal, podrían haber sido el resultado de una posible influencia wari. Obviamente estos planteamientos han sido siempre sugerentes, pero requieren de programas de investigación arqueológica que los comprueben. Este tipo

Fondo Editorial PUCP

de investigaciones podría definir mejor no solo el tipo de relaciones, influencias o préstamos en las formas de desarrollo urbano, sino también entre las correspondientes tipologías arquitectónicas que pudieron darse entre las distintas formaciones regionales de la costa y la serranía durante el período.

Por otra parte, en las últimas décadas se ha multiplicado la documentación acerca de la presencia wari en los valles de la costa peruana. En algunos casos con el registro de bienes de prestigio wari incorporados al ajuar funerario de personajes de elite de sociedades norteñas, como las de San José de Moro en Jequetepeque (Castillo 2001); en otros casos asociada al desarrollo de rituales que incluyeron el «sacrificio» de bellas piezas de cerámica wari, tal como se ha documentado con los extraordinarios hallazgos de Maymi en Pisco (Anders 1990). Si bien en los casos citados esta evidente presencia no está asociada a asentamientos o edificaciones que se puedan adjudicar a Wari, en otros valles si se ha establecido la presencia de algunos asentamientos de aparente filiación wari en las cabeceras de los valles costeños. Este es el caso de nuevos sitios que se agregan a otros ya conocidos, como Pacheco y Cerro del Loro en Nazca (Strong 1957), tales como Socos en el valle del Chillón (Isla y Guerrero 1987), o La Cantera en el valle de Chincha, donde se desarrollan trabajos preliminares. Se trata de asentamientos relativamente menores, pero no por esto menos importantes, ya que proporcionan valiosa información acerca de la presencia wari en zonas estratégicas, desde las cuales se pudo ejercer cierto tipo de control sobre los valles costeños; así como sobre el tipo de interrelaciones que se desarrollaron con las sociedades costeñas y sus elites urbanas.

Fondo Editorial PUCP



7

ESTADOS Y SEÑORÍOS TARDÍOS

Fondo Editorial PUCP

7
ESTADOS Y SEÑORÍOS TARDÍOS: ciudades costeñas y poblados rurales altoandinos: modos de vida distintos y formas de asentamiento diferenciadas

Fondo Editorial PUCP

En los Andes centrales, esta época se ubica cronológicamente entre los años 1000 y 1400 d.C., y es conocida como el período de los Estados Regionales Tardíos (Lumbreras 1981) o como Intermedio Tardío (Rowe 1962). Los inicios de esta época se caracterizarían por la declinación del fenómeno wari, lo que va acompañado por el progresivo resurgimiento de las formaciones regionales. En este contexto histórico se produciría una reformulación de los modos de vida y de las formas de organización social, proceso que se manifiesta en las diferentes expresiones que presentan los patrones de asentamiento y arquitectura en los distintos ámbitos regionales. Sin embargo, dentro de la diversidad de casos documentados al respecto, se puede advertir una notable y marcada diferenciación entre las regiones costeñas y aquellas altoandinas.

Efectivamente, en el caso de la costa norte y central, y posiblemente también en parte de la costa sur, se asistiría a la recuperación del vigor de las autonomías regionales, con el surgimiento de aparentes formaciones estatales de diferente magnitud y nivel de complejidad política. Este proceso va aparejado con la revitalización de un desarrollo urbano renovado, cuyos testimonios sobresalientes corresponden a un notable conjunto de ciudades e importantes centros urbanos. Mientras tanto, en el caso de las regiones altoandinas, en este nuevo contexto histórico se acentuarían las condiciones propias de desarrollos de tipo autárquico, con un fuerte énfasis en economías rurales de carácter agropecuario, que se manifiestan en la dominante proliferación de aldeas y poblados rurales. Lo que va en desmedro de la posibilidad de generar desarrollos de tipo urbano, o de mantener la continuidad de los centros preexistentes que, huérfanos del precedente soporte estatal wari, declinan o se convierten rápidamente en ruinas.

Entre los principales estados que surgen en la costa destacan Chimú y Lambayeque, en la costa norte. En la costa central y nor central se presentan formaciones políticas como Chancay, Ychsma o Pachacamac, en la comarca de Lima; Huarco en el valle de Cañete; y Chincha en los valles de la región sur central. En el extremo de la costa sur, tendríamos formaciones culturales como Chiribaya, poco definidas en cuanto a su forma de organización social y patrones de asentamiento.

De otro lado, en las regiones altoandinas tendríamos señoríos en la sierra norte como Cuismancu (Cajamarca) y Huamachuco; en la vertiente oriental de la región a los Chachapoya (Amazonas y San Martín); los Chupachu y Huamalíes en la región de Huánuco; Huaylas en el Callejón de Huaylas; Xauxas y Huancas en el valle del Mantaro; los Chankas en la región ocupada por los departamentos de Huancavelica, Ayacucho y Apurímac; Churajón (Arequipa) y Killke o Cusco en la sierra sur; y en los Andes centro-sur los señoríos altiplánicos, como los Lupaca, los Colla y los Pacaje, que surgirían luego de la declinación de Tiahuanaco.

Contexto histórico, económico y territorial

Durante esta época, la economía de las sociedades costeñas habría ampliado su base en la producción agrícola. Al respecto, es notable constatar una expansión sustantiva de la frontera agrícola lograda por medio de la ejecución de obras públicas, entre las cuales destaca el desarrollo de

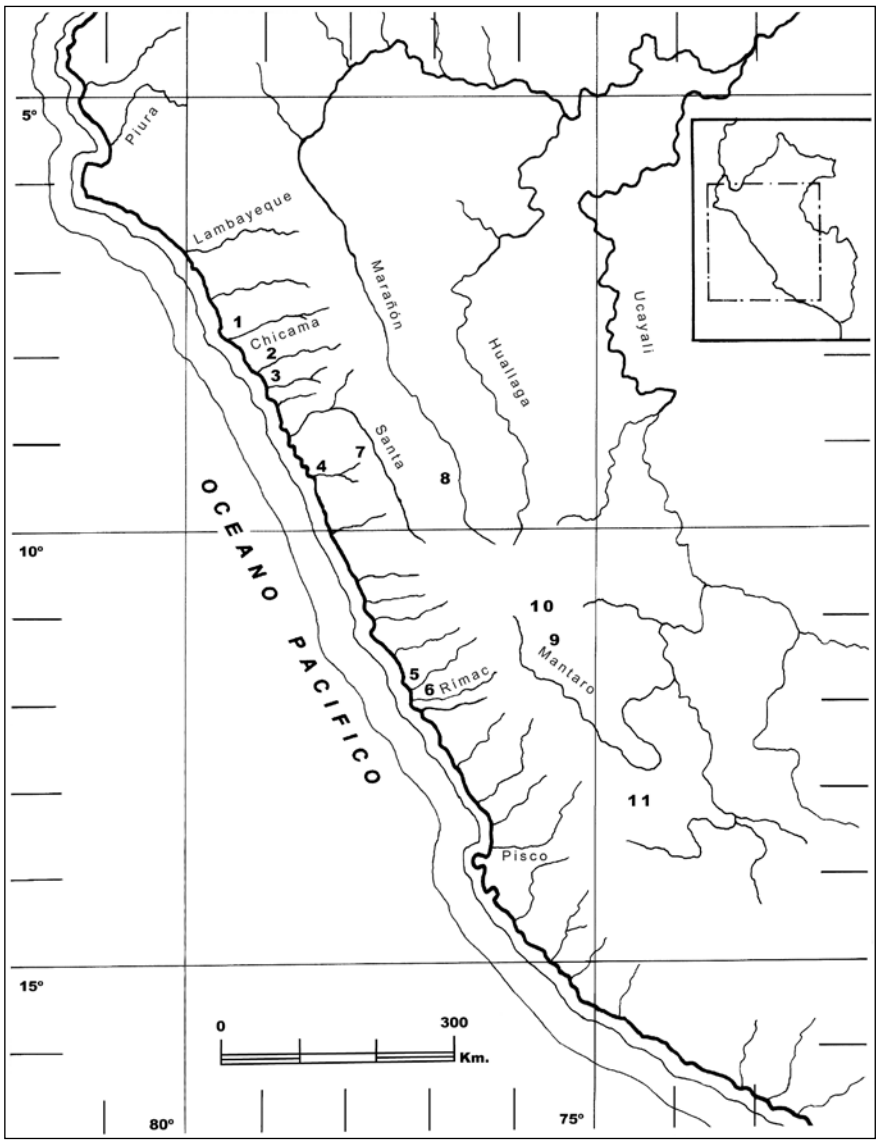


Fig. 354 – Mapa con la ubicación de los principales sitios del período:
1 Batán Grande
2 Túcume
3 Pacatnamú
4 Farfán
5 Chanchán
6 Manchán
7 Kuelap
8 Chancay
9 Maranga Chayavilca
10 Cajamarquilla
11 Pachacamac
12 La Centinela de Tambo de Mora
13 Tunanmarca

grandes canales de irrigación que superan el límite natural de los valles e incorporan al cultivo tierras eriazas que se encontraban por encima del nivel de estos. En el caso de los valles de Lambayeque, con el desarrollo de canales como el Taymi y el Racarumi, se interconectaron los valles de la región, conformando un enorme complejo hidráulico que constituye, hasta el día de hoy, la mayor área agrícola de la costa peruana.

Un caso aun más espectacular, por las dificultades que entraña la naturaleza de la obra, corresponde al canal de La Cumbre, que con un extraordinario recorrido de más de ochenta kilómetros, tomaba aguas del río Chicama para, superando la divisoria entre ambas cuencas, trasvasarlas al sistema de canales del valle de Moche (Ortloff 1981). Esta notable obra de ingeniería demuestra el conocimiento desarrollado por los chimú en topografía e ingeniería hidráulica, al igual que la amplia capacidad de convocatoria que tenía su clase gobernante sobre la población para disponer de la mano de obra necesaria para su colosal ejecución y mantenimiento.

Otros casos de ulterior desarrollo hidráulico, comprometidos con la ampliación de la frontera agrícola, se verificarían también más al sur en la costa central. Este es el caso del valle del Rímac con la construcción del canal de Surco, cuya bocatoma se ubica en Ate e irrigaba las tierras al sureste del valle, que formaban las amplias zonas de riego de Monterrico y Surco, hasta llegar al límite sur del valle en Villa. Otro caso similar es el del valle de Chincha, donde un nuevo canal —más elevado en la margen norte— habría permitido durante esta época incorporar las pampas que se encuentran por encima del valle y que se conocen como Chincha Alta.

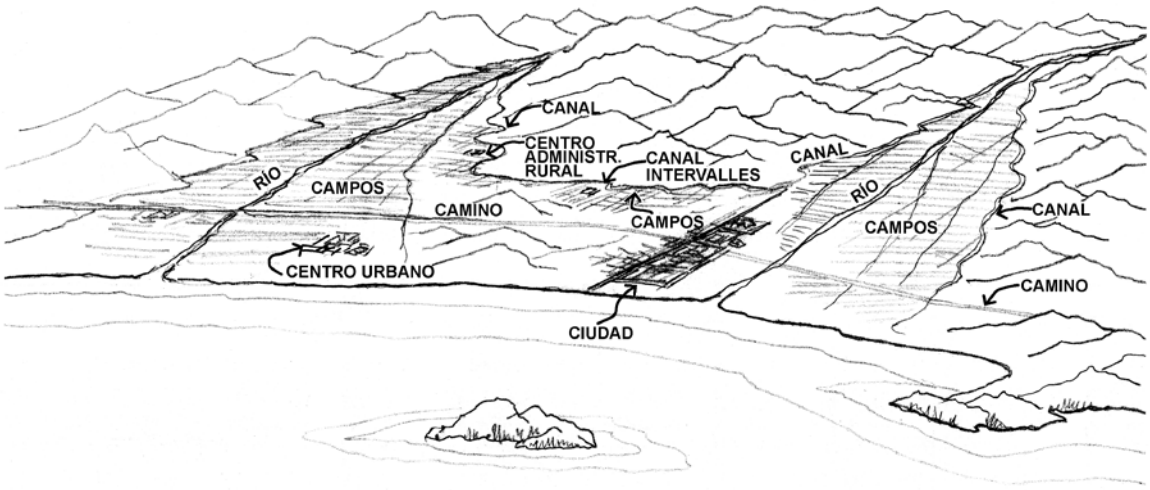


Fig. 355 – Valle hipotético con canal intervalle (Canziani).

En el campo de las actividades manufactureras se conocen nuevos niveles de desarrollo. Este es el caso de la actividad textil con de la aparición de nuevas técnicas como el tapiz, la gasa y el brocado. En la producción de cerámica se aprecia que esta era mayormente hecha en molde, lo que permite inferir su elaboración en serie y con menos refinamientos en los acabados. En cuanto a la célebre metalurgia y orfebrería de las sociedades norteñas, se puede resumir el tema mencionando que desarrollaron técnicas como la del dorado del cobre, el enchapado, el soldado, el estampado, la filigrana y el vaciado a la cera perdida. La orfebrería de Chimú, y especialmente la de Lambayeque, fue ampliamente conocida fuera de su contexto original como producto del intenso saqueo de sus tumbas y monumentos arqueológicos. Hoy en día sabemos que gran parte de estas piezas espectaculares como máscaras, *tumis*, pectorales, narigueras, orejeras, etcétera, provienen de tumbas de personajes de alto rango, que contenían una increíble cantidad de objetos que conformaban el ajuar funerario. Las piezas son trabajadas tanto en cobre, oro y plata; presentándose también las técnicas del cobre dorado y aleaciones como la *tumbaga*, que combinan cobre con oro, y una aleación especial del cobre con arsénico, de la cual se obtuvo un bronce arsenical.

Al respecto, los integrantes del Proyecto Arqueológico Sicán han documentado la intensa actividad minera y metalúrgica desplegaba en la región por la sociedad Lambayeque. En especial, se ha registrado la existencia de grandes batanes y manos de moler que servían para la preparación de los minerales. Estos eran luego fundidos en talleres que disponían de hileras de pequeños hornos, en los que se utilizaba carbón como combustible, mientras los trabajadores empleaban toberas para soplar a pulmón y oxigenar la combustión. Para el proceso de fundición se emplearon también crisoles y moldes que servían para que el metal, ya en forma de lingotes, fuera transportado a los centros urbanos en calidad de materia prima para el sucesivo trabajo de los orfebres (Shimada 1987).

Especialmente en la costa norte se desarrolló también la talla en maderas duras como el algarrobo, representando personajes de cuerpo entero en diferentes actitudes, cuyos rasgos estaban destacados con la incrustación de conchas en la órbita de los ojos y resaltando el atuendo y ciertos ornamentos corporales. Algunas tallas en pequeña escala formaban parte de escenas complejas referentes a desfiles ceremoniales o a rituales funerarios.[1] Es importante también destacar que algunas esculturas de madera de gran formato, representando personajes antropomorfos en actitud hierática, fueron hallados en asociación con

[1] En un hallazgo en la Huaca de La Luna, correspondiente a una tardía tumba chimú, fueron recuperadas dos maquetas representando recintos ceremoniales con escenas complejas relacionadas con rituales funerarios, además de otras escenas que muestran procesiones con distintos personajes, a veces acompañados de monos o conduciendo llamas con su carga a cuestas (Uceda 1999b).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 356 – Balsa navegando a vela en la costa norte en una imagen fotográfica de Brüning de fines del siglo XIX (Schaedel 1989: 82).

los elementos arquitectónicos que conformaban las portadas de los complejos político-administrativos de Chan Chan.

El intercambio fue una importante actividad, posiblemente organizada bajo el control de los estados, como los norteños Chimú y Lambayeque o el sureño de Chincha. Este se desarrollaba a grandes distancias a través de la navegación por mar, empleando para esto balsas de gran tamaño fabricadas con gruesos troncos de palo balsa (*Ochroma pyramidale*), provenientes de los norteños y remotos bosques ecuatoriales y dotadas de velas de algodón. De otro lado, las llamas —en ese entonces animales habituales en el paisaje de la costa norte— eran empleadas para formar caravanas que servían para desplazar bienes y productos de valle en valle, atravesando para esto extensos territorios desérticos, o internándose por los valles para alcanzar las alturas de la serranía. De hecho, en la ciudad de Chan Chan se han hallado en los barrios populares evidencias de conjuntos asociados a corrales para llamas, que podrían haber correspondido a residencias de los mercaderes a cargo de este tipo de intercambio (Topic 1990). Al respecto, muchos de los procesos productivos documentados arqueológicamente permiten inferir no solo la distribución espacial de estos en el territorio de los valles, sino también su necesaria articulación mediante los sistemas de transporte. Este es el caso de la antes citada producción metalúrgica (Shimada 1987), donde los sitios donde se emplazaban los hornos de fundición debían ser abastecidos de los insumos minerales desde las minas, al igual que del combustible desde los bosques. Los lingotes del mineral refinado y fundido fueron a su vez conducidos a los talleres de los orfebres emplazados en las ciudades y centros urbanos para, finalmente, ser distribuidos como productos metálicos en un determinado ámbito local o regional.

El urbanismo lambayeque

El Estado lambayeque se desarrolló en los valles de la región del mismo nombre, y tuvo como centros a dos importantes asentamientos urbanos: Batán Grande y Túcume, que han sido objeto de estudios por parte de sendos proyectos de investigación arqueológica. Estas investigaciones han proporcionado en los últimos años importante información científica sobre una cultura que hasta hace unas décadas era conocida solo por sus espectaculares piezas de oro, provenientes del saqueo de sus tumbas. Nos referimos en particular a los famosos *tumis* o cuchillos ceremoniales, las máscaras y otros objetos de ajuar funerario. No obstante la extraordinaria belleza de las piezas, estas eran tan solo objetos aislados de su contexto histórico y social, de modo que poco ayudaban a la comprensión de la formación social y del modo de vida de sus creadores lambayecanos.

Además de Batán Grande y Túcume, emplazados en el valle del río La Leche, otros sitios principales contemporáneos son La Viña en la zona de Jayanca y Apurlec, ambos en la cuenca del río Motupe; Chotuna y Chornancap en la parte baja del valle de Lambayeque; y Colluz, internándose hacia el valle medio. En la zona donde el valle comienza a angostarse se encuentran Pátapo al norte y Saltur al sur, donde además de las típicas edificaciones de adobe, se aprecia el empleo también de la piedra en las laderas más elevadas de estos sitios (Heyerdahl *et al.* 1996: fig. 2; Sandweiss 1996: 64; Shimada 1985; 1990).

Batán Grande

Este extenso sitio se ubica en el valle del río La Leche, en el extremo norte del complejo de valles de Lambayeque, a unos cuarenta kilómetros del mar. La presencia de una decena de pirámi-

Fondo Editorial PUCP

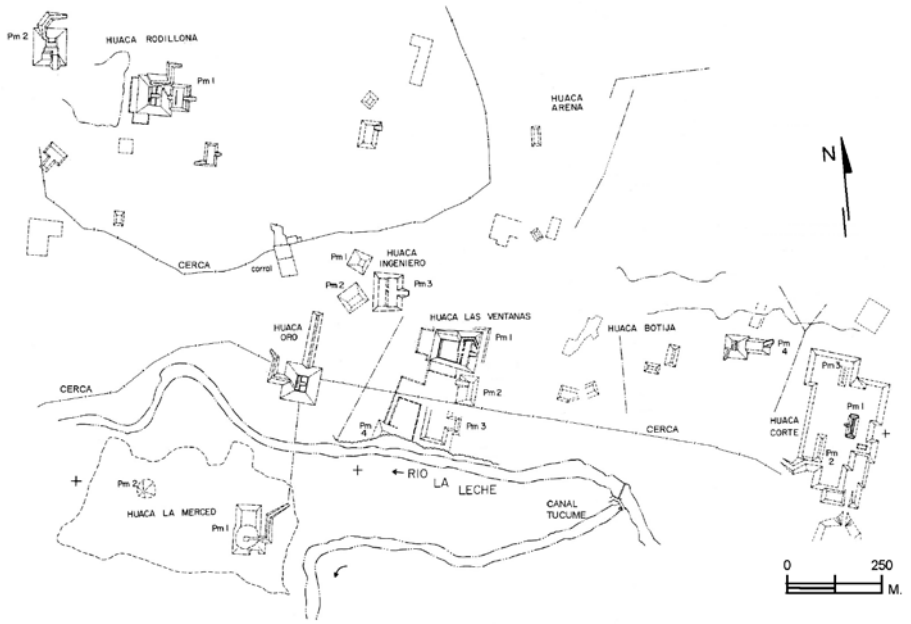


Fig. 357 – Batán Grande: Plano general del complejo (redibujado de Shimada 1990: fig. 5).

des monumentales y otros montículos menores se despliega en un área llana, cubierta por una densa vegetación de bosque seco tropical. Esta área de unas 350 hectáreas sobre la margen derecha del río La Leche, se extiende unos 2.500 metros de este a oeste y unos 1.400 metros de norte a sur. Las construcciones piramidales de adobe adoptan un patrón relativamente disperso, sobresaliendo sus colosales moles por sobre las copas de los algarrobales del extenso bosque de Poma (Shimada 1990: fig. 5).

Las principales pirámides —Huacas Corte, La Merced, Las Ventanas, Oro y Rodillona— se caracterizan por presentar plataformas superpuestas conectadas por rampas, a las que se accedía desde el nivel del terreno por medio de grandes rampas que generalmente desarrollan un característico trazo zigzagueante (Shimada 1985: fig. 17). Estas características formales y otros rasgos constructivos, que señalaremos más adelante, plantean semejanzas y evidentes continuidades con monumentos arquitectónicos más tempranos —como la Huaca Fortaleza en la ciudad de Pampa Grande correspondiente al Moche Tardío—, que podrían haber servido de referente para estas nuevas edificaciones.

La mayoría de estos edificios ha sido construida con adobes planos y convexos que usualmente exhiben marcas de fabricante. Los rellenos de las plataformas fueron construidos mediante la técnica de las cámaras de relleno, cuyos muros de adobe contenían material suelto compuesto por arena, tierra y deshechos, que luego eran sellados por las capas superiores de adobe y barro que conformaban los pisos de las plataformas. Precisamente en los pisos de las plataformas se ha

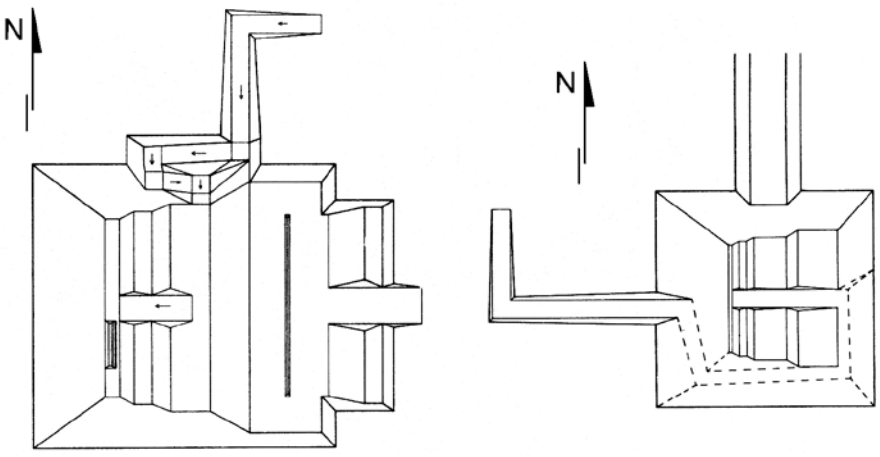


Fig. 358 – Batán Grande: Planos de la Huaca Rodillona (izquierda) y de la Huaca Oro (derecha) (redibujado de Shimada 1985: fig. 17).

Fondo Editorial

hallado evidencia del desarrollo de grandes espacios cubiertos por columnatas.[2]

Este es el caso de la Huaca Corte, cuya plataforma superior muy alargada (7 por 40 metros) contenía 48 columnas cuadradas y pintadas, dispuestas en 12 filas de 4 columnas cada una, lo que permite suponer que esta área estaba techada. Esta plataforma presentaba una rampa central del lado oeste, mientras del lado este se desarrollaba un largo muro con pintura mural que debió servir de cierre de fondo a este espacio de posible función ceremonial abierto por tres de sus lados. En contrapartida a estas plataformas de posible función pública, otras como Huaca Las Ventanas presentaban espacios mucho más amplios y ambientes cerrados, que podrían haber alojado actividades político-administrativas o residenciales de elite (ibid.: 102-103).

Fastuosas tumbas de elite han sido halladas muy cerca de las huacas, especialmente alrededor de sus bases e inclusive en las esquinas formadas por el encuentro de las rampas con el cuerpo de las pirámides. Las características de estas tumbas de cámara y el notable ajuar funerario contenido en ellas, especialmente la calidad y cantidad de objetos suntuarios de metal, da cuenta de la riqueza y el poder concentrados en las clases dominantes, cuyo prestigio se manifiesta además con la especial disposición de la arquitectura funeraria en estrecha relación con las construcciones piramidales.

Precisamente, la presencia de estos personajes de elite y la notable acumulación de parafernalia de objetos elaborados con metales preciosos, textiles y cerámica fina, además de otros bienes exóticos como *Spondylus* y *Conus* provenientes de mares ecuatoriales y piedras semipreciosas, posiblemente obtenidas por intercambio a grandes distancias, da cuenta de la existencia de una sociedad con marcadas diferencias de clase en su estructura social, así como con una notable especialización en sus distintos procesos productivos. Por lo general, el correlato a este tipo de formación social corresponde a entidades urbanas bien establecidas, donde se resuelve espacialmente estas actividades especializadas en la esfera de la producción y los servicios, además de los componentes residenciales correspondientes a la elite y a la población subordinada congregada en la urbe.

Sin embargo, en los trabajos desarrollados en Batán Grande llama la atención la escasa mención acerca de la presencia de otras estruc-

Editorial PUCP

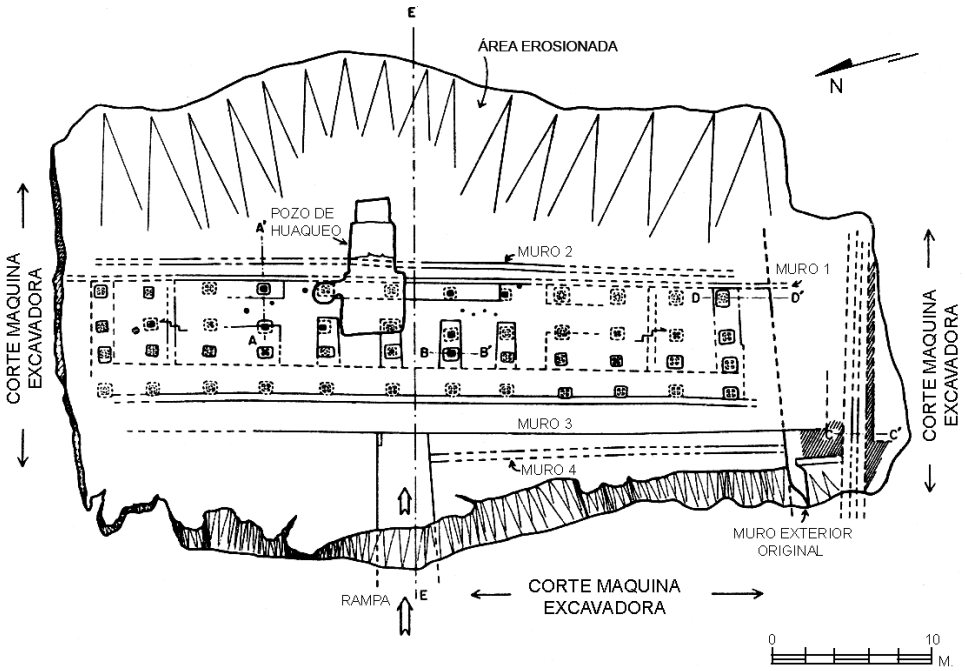


Fig. 359 – Batán Grande: Plano de la cima la Huaca Corte (redibujado de Shimada 1985: fig. 16).

[2] Las columnas presentan una particular forma de cimentación. Sus basamentos fueron encajados en celdas cuadrangulares rellenas de arena, en cuyo fondo se dispuso piedras planas sobre la cuales apoyaban las bases de las columnas de madera. La sección del tronco de la columna por encima del nivel del piso estaba enmarcada en un dado cuadrangular —a modo de basa— a partir del cual el fuste de las columnas era revestido y enlucido con barro y pintado (Shimada 1985: fig. 17).

turas menores que pudieran haber resuelto estas actividades productivas de base urbana y aquellas de índole residencial (ibid.: 102). Pareciera que el evidente énfasis de los investigadores en la caracterización ceremonial del complejo hubiera impedido explorar su aparente naturaleza urbana.[3] Evidentemente, las difíciles condiciones de conservación, en una zona sujeta a eventos de lluvias intensas, continuos eventos aluviales como la presencia de una densa cobertura forestal —a lo que hay que agregar el intenso huaqueo por décadas durante el siglo pasado— no ayudan en esto. Pero no por esto la caracterización del complejo como un «recinto religioso-funerario» (ibid.: 100) podría asumirse como satisfactoria, más aún cuando se advierte que este período sucede a la crisis de los viejos estados teocráticos e inaugura el desarrollo de formaciones sociales de mayor peso seglar.

Esto no se contradice con la advertencia señalada por distintos estudiosos en el sentido que las construcciones piramidales tienen un mayor aliento y continuidad en la región, y que el urbanismo de la sociedad lambayeque habría sido algo contenido hasta antes de la conquista chimú, como bien lo ilustra el documentado caso de Túcume, que conoce su apogeo urbano precisamente a partir de la época en la que se advierte la llegada del sureño Estado chimú (Sandweiss y Narváez 1996).

Túcume

Este extenso e impresionante complejo urbano se ubica en el sector norte de los valles de la región de Lambayeque, teniendo como centro la zona agrícola tributaria del río La Leche y del canal de Taymy, que desde el río Chancay tiene su trazo orientado hacia el norte, donde se ubica precisamente Túcume, a unos treinta kilómetros al este del mar (Heyerdahl *et al.* 1996: fig. 2).

La ocupación de Túcume se iniciaría posiblemente a fines del Horizonte Medio e inicios del Intermedio Tardío, es decir de 1050 a 1100 d.C. —lo que coincidiría con el progresivo abandono de Batán Grande (Shimada 1990)—, convirtiéndose en el principal centro de poder regional. Luego, a partir de 1350 d.C. la ciudad y la elite residente en ella se encontrarían bajo la dependencia del Estado chimú, cuando la expansión de este hacia el norte abarcó los valles de Lambayeque. Finalmente, con la conquista inca de las regiones norteñas de Cajamarca y Lambayeque, alrededor de 1470, Túcume se convirtió en el principal centro de poder provincial inca en la región de Lambayeque, hasta el evento de la conquista de 1532 (Sandweiss 1996).

La ciudad, que alcanza una extensión de aproximadamente 220 hectáreas, se desarrolla teniendo como centro al cerro La Raya, cuya imponente silueta destaca en el paisaje de las planicies del valle, al elevarse unos 140 metros sobre el nivel del terreno circundante. Alrededor de este notable hito paisajístico se desarrolla una serie de complejos y edificaciones, entre las que sobresalen 26 pirámides principales hechas de adobe, a cuyas plataformas superiores se ascendía por medio de largas rampas. Sobre las plataformas de las pirámides se ha hallado evidencias de estructuras residenciales de tipo palaciego, así como complejos de carácter político administrativo (Heyerdahl *et al.* 1996: fig. 34).

Huaca Larga

Dentro del sector monumental, que se encuentra concentrado al norte y noroeste de Túcume, destaca la mayor edificación que corresponde a la llamada Huaca Larga. Este complejo se ubica al norte del cerro de La Raya y presenta una planta rectangular, orientada de norte a sur, que mide cerca de 600 metros de largo y unos 140 metros de ancho, elevándose unos 20 metros sobre el nivel del terreno y posiblemente unos 30 metros en las plataformas 1 y 2 que la coronan. La cima de esta extensa edificación presenta una serie de subdivisiones. En el extremo norte se encontrarían algunos recintos que regulaban el acceso al complejo elevado, que se realizaba ascendiendo por medio de una extensa rampa orientada ha-

[3] En los citados trabajos de Shimada (1985: 92, 100, 105; 1990: 339, 346, 369) se reitera que Batán Grande estaría conformado por el agrupamiento de «estructuras religiosas monumentales» y habría constituido la «capital política y religiosa» del Estado Sicán Medio. Pareciera que esta caracterización de la arquitectura monumental y, por ende, de la entidad urbana en su conjunto y de la propia naturaleza del Estado, derivan de la presunción que las formas arquitectónicas piramidales se asociarían exclusivamente con funciones religiosas. Las posteriores excavaciones desarrolladas en la arquitectura monumental de la vecina Túcume, documentan una realidad distinta y bastante más compleja, donde edificaciones piramidales como Huaca Larga o la Huaca 1 evidencian actividades político-administrativas y residenciales de elite, además de aquellas de posible orden ceremonial. En contrapartida, otras edificaciones no piramidales, como el Templo de la Piedra Sagrada, revelan una notable e insospechada importancia ritual.

Fondo Editorial PUCP

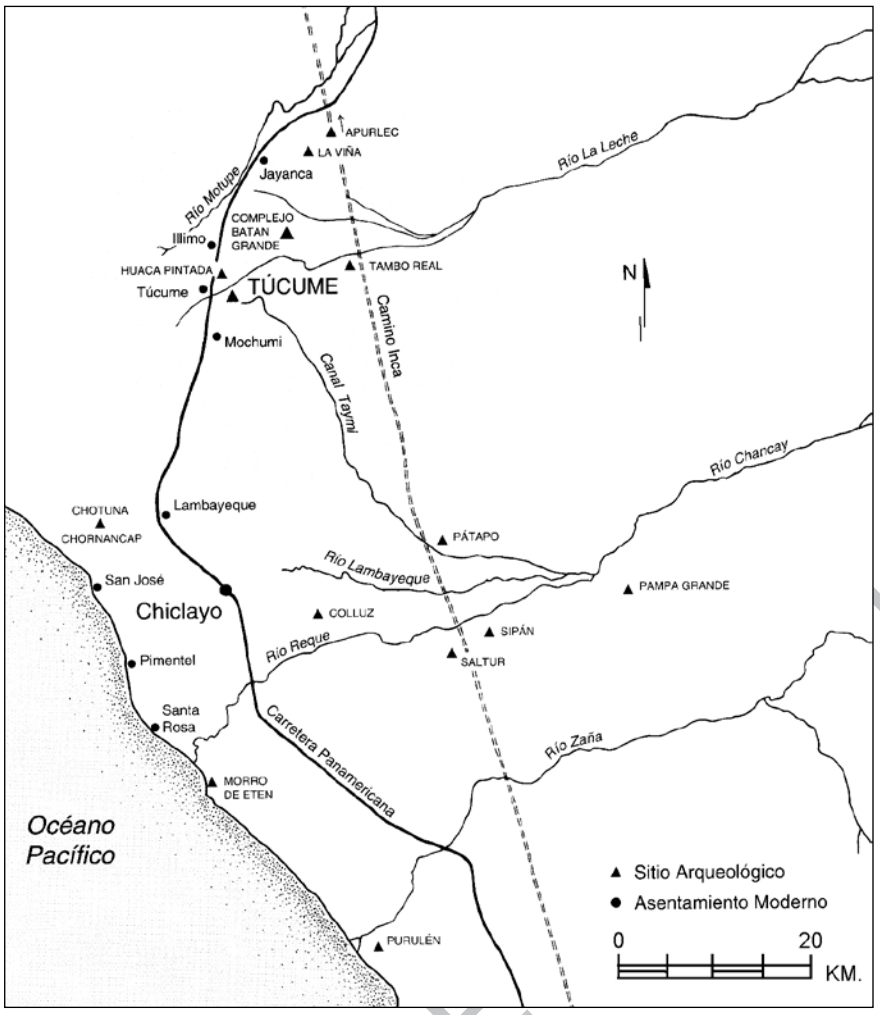


Fig. 360 – Túcume: Ubicación del sitio en el valle de Lambayeque (redibujado de Heyerdahl *et al.* 1996: fig. 2).

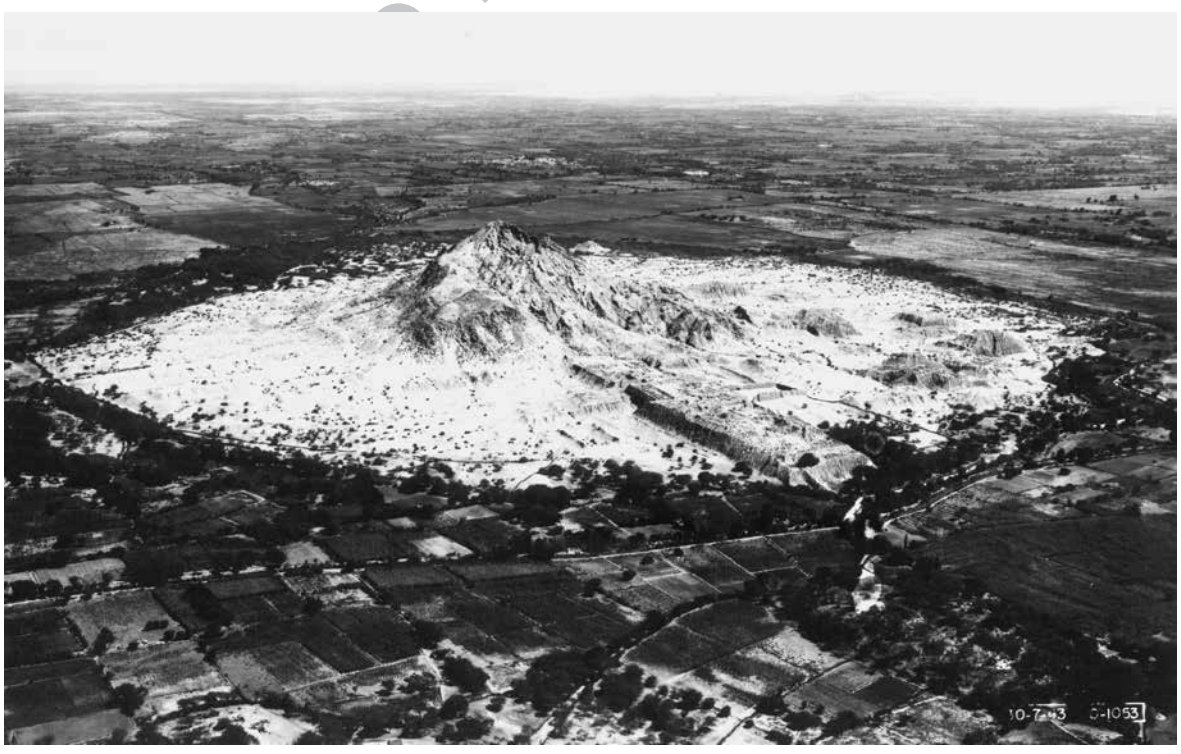


Fig. 361 – Túcume. Foto aérea oblicua desde el noreste (Servicio Aerofotográfico Nacional 1943).

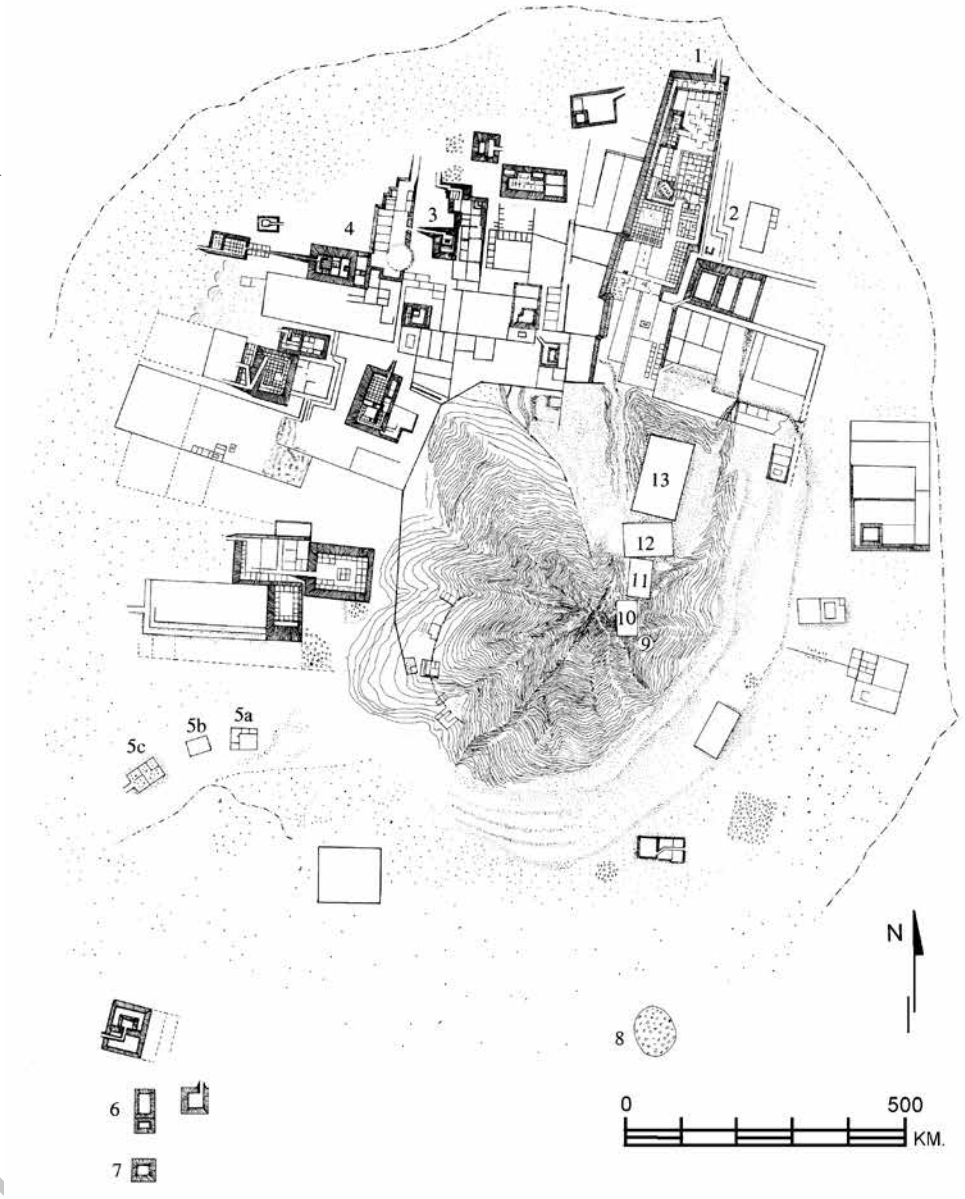


Fig. 362 – Túcume: Plano general con los principales complejos. 1 Huaca Larga, 2 Templo de la Piedra Sagrada, 3 Huaca Las Estacas, 4 Huaca 1, 6 Huaca Las Balsas (redibujado de Heyerdahl *et al.* 1996).

cia el norte, y que conducía hacia la Plataforma 1, una construcción de planta rectangular construida sobre el flanco oeste de Huaca Larga y que contaba con una ancha rampa orientada hacia el este. En el sector central se desarrollan otros espacios, entre los que destaca un gran patio con nichos y más al sur, del lado oeste, un gran patio hundido, al este del cual se encuentra la Plataforma 2, que contó en sus inmediaciones con un área de cocina. Al sur de la Plataforma 2 se registró otro gran patio con nichos, flanqueado por conjuntos divididos en recintos aun más pequeños. Finalmente, en el sector sur, donde Huaca Larga se adosa a las laderas del cerro La Raya, las subdivisiones de los recintos son bastante difíciles de discernir (Narváez 1996a: 84, fig. 35).

La primera época de la edificación se remontaría al período Lambayeque, del cual no se tiene una buena definición debido a las remodelaciones posteriores que se le superpusieron. Sin embargo, se puede presumir que en ese momento el extremo sur de la edificación no habría estado aún adosado al cerro La Raya. Durante la época Chimú se habría producido una remodelación de gran envergadura, donde se unió el sur de la plataforma de la huaca con las laderas del cerro en un solo evento constructivo, y se habría definido la forma general de la huaca, sobre la cual se desarrollaron grandes patios, conjuntos con recintos y las dos plataformas que la coronan. La decoración de las



Fig. 363 – Túcume: foto aérea de Huaca Larga (Servicio Aerofotográfico Nacional, Kosok 1965).

edificaciones de esta época se caracteriza por presentar relieves y pintura mural con la aplicación de rojo, negro y blanco, por lo que a esta época también se le denomina «fase tricolor». Al sur de la Plataforma 2 se excavaron recintos con corredores paralelos, flanqueados por banquetas que estuvieron dotadas de columnas, lo que lleva a suponer que estas estuvieron techadas, no así los



Fig. 364 – Túcume. Vista panorámica de Huaca Larga desde el suroeste (foto: J. Canziani).



Fig. 365 – Túcume. Decoración mural en relieve y pintura mural en escaques en un sector de Huaca Larga correspondiente a la fase «tricolor» de la ocupación chimú (foto: J. Canziani).



Fig. 366 – Túcume. Remodelación de época Inca en un ambiente de la Plataforma 2 de Huaca Larga (foto: J. Canziani).

corredores que permitían la ventilación y el ingreso de la luz. Para estos espacios se ha sugerido alguna función productiva, que bien podría haber sido la textilería (ibid.: 89-96).

Un dato de gran relevancia para el conocimiento de las características de la ocupación inca en las urbes costeñas, y en especial de la costa norte, fue la revelación de que en un contexto cultural netamente costeño y lambayecano, como exhibe Túcume en sus rasgos urbanísticos y arquitectónicos, los incas no solo se instalaron en la ciudad, sino que hicieron de esta su principal centro de poder político en la región. Sin embargo, es notable apreciar que la mayoría de los edificios de la época anterior siguieron en función, mientras que las remodelaciones se limitaron a algunas de las edificaciones donde se realizaron intervenciones puntuales. Este es el caso de la Plataforma 2 de Huaca Larga, donde los recintos que exhibían pinturas murales con motivos de aves, fueron cubiertos por gruesos muros de piedra con mortero de barro, mientras que en la remodelación de las partes exteriores de la edificación se utilizó el tradicional adobe. Con esta intervención, los amplios recintos preexistentes fueron segregados en cuatro ambientes de menor tamaño, que se conectaban entre sí mediante corredores.

Si bien los rasgos de estas intervenciones no manifiestan los cánones propios de la arquitectura inca, en contrapartida, los contextos arqueológicos asociados son contundentes acerca de la presencia inca en el lugar, revelando además la notable jerarquía y alto nivel social de los personajes que residían en Túcume. Este es el caso del hallazgo en la Plataforma 2 de enterramientos que parecen corresponder a dos funcionarios y a un orejón, cuyo atuendo y adorno personal corresponderían a un personaje de alto rango, posiblemente el gobernador inca de la región; así como el enterramiento de diecinueve mujeres que aparentemente conformaba un grupo de *aqllas*, posiblemente tejedoras especializadas residentes en este complejo político-administrativo. Adicionalmente, se puede mencionar la extraordinaria calidad de ofrendas de carácter inca imperial reportadas en el Templo de la Piedra Sagrada.

En cuanto a las funciones de Huaca Larga, si bien no se puede excluir las de carácter ritual, la mayoría de los espacios arquitectónicos y los contextos asociados, expresarían que estos estuvieron destinados al desarrollo de actividades político-administrativas, posiblemente complementadas por otros espacios destinados a residencias de la elite, a manera de un palacio. Esta caracterización funcional que se percibe en la edificación de la fase de época Chimú, aparentemente no fue sustancialmente alterada por las remodelaciones puntuales de época Inca.

La reconstrucción de las características de los distintos espacios arquitectónicos presentes sobre la plataforma de Huaca Larga, como de las edificaciones que se encuentran en sus inmediaciones, permite inferir esta caracterización funcional. El acceso a Huaca Larga desde otros sectores del asentamiento parece haberse relacionado con el camino flanqueado por murallas, cuyo trazo paralelo al lado este del complejo, habría conducido hacia la rampa ubicada al norte de la huaca. Precisamente, sobre el sector norte de Huaca Larga se ubican la Plataforma 1 y los patios y recintos anexos, que podrían haber tenido un rol marcadamente público, resolviendo actividades de recepción y representación. De otro lado, el sector central —con la Plataforma 2, el área de cocina y sus recintos anexos— sugiere espacios más privados con posibles ambientes residenciales, correspondientes a una estructura del tipo «palacio»; mientras que los recintos del sector sur podrían haber resuelto tanto actividades productivas como administrativas.

Fondo Editorial PUCP

Retomando el camino que flanquea de norte a sur el lado este de Huaca Larga, su trazo antes de girar hacia el este produce un quiebre escalonado, generando así un espacio en esquina donde se ubica una edificación relativamente pequeña, pero de gran trascendencia: el Templo de la Piedra Sagrada. Dejando atrás Túcume, el camino habría proseguido su dirección hacia el este, para intersectar a unos catorce kilómetros de distancia, y en proximidad del establecimiento inca de Tambo Real, el camino principal que recorría los valles de Lambayeque de norte a sur.

El Templo de la Piedra Sagrada

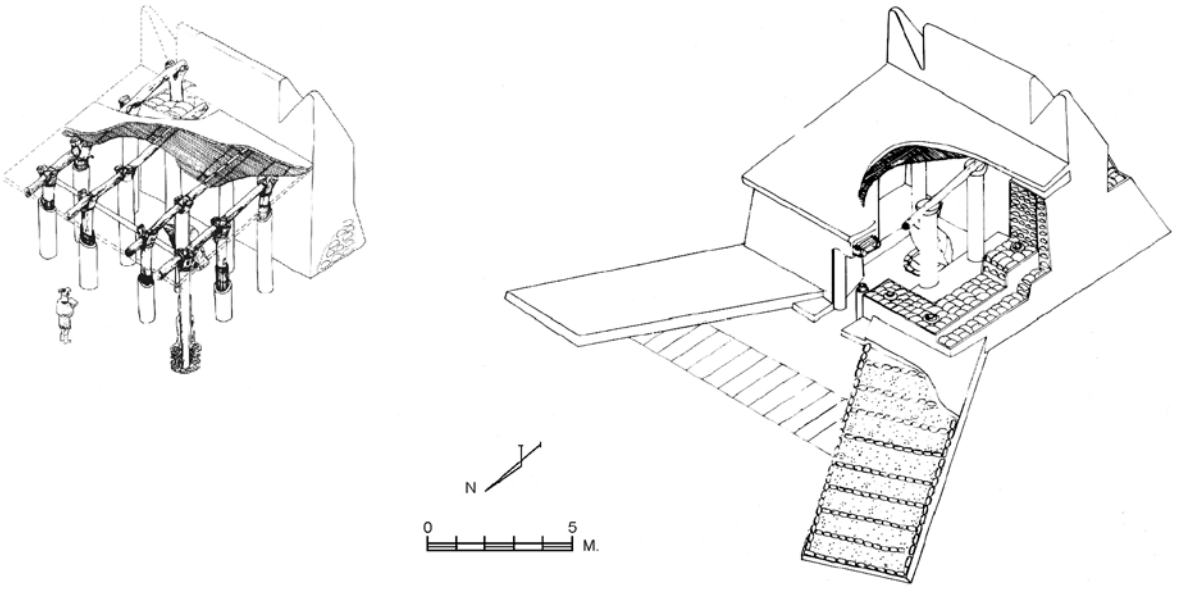
Esta pequeña estructura presenta una planta en «U» y se ubica dentro de un recinto delimitado por muros de escasa altura. En el centro de la edificación se encuentra enclavada verticalmente una gran piedra sin trabajar o *huanca*, que parece haber sido objeto de culto y gran reverencia, a juzgar tanto por la edificación que la alojaba, como por la cantidad y calidad sobresaliente de las ofrendas depositadas en su entorno.

La planta del templo mide 7,5 por 8 metros, y sus muros, que están hechos con adobes planos y convexos, siguen los ejes cardinales. La puerta se ubicaba al centro del frontis orientado hacia el norte. El techo de la estructura fue soportado por dieciséis columnas de madera revestidas con cañas y enlucidas con barro, que se dispusieron ordenadamente a distancias equivalentes. En el interior del edificio se dispuso banquetas laterales que enmarcaron el espacio donde estaba enclavada la piedra sagrada (Narváez 1996a: 113-132, fig. 77).

Las excavaciones arqueológicas desarrolladas en el edificio permiten sostener que antes que esta edificación tuviera esta forma, hubo una primera versión que se habría limitado al muro sur, el cual presenta una sección adelgazada hacia la parte superior donde podría haberse dado la característica coronación que exhiben las representaciones de edificios en la cerámica lambayeque. Durante esta primera época la piedra sagrada habría estado expuesta frente a este muro sur y protegida por un techo sostenido por las columnas (ibid.: fig. 79). Posteriormente, en una segunda época, se añadirían los muros laterales y el frontal con el vano de la puerta. Finalmente, en una de las últimas remodelaciones, se añadirían hacia el exterior dos anchas banquetas que se despliegan diagonalmente a partir de la portada del templo (ibid.: fig. 83).

En las inmediaciones del templo se hallaron evidencias de ofrendas, compuestas por conchas de mullu (*Spondylus*) en estado natural o labradas, figurinas y otros artefactos en miniatura hechos de cobre y plata. En el caso de las ofrendas de época Inca, sobresalen las figurinas de *spondylus* y plata, algunas de estas cubiertas por finos atuendos textiles sujetados por *tupus* y adornadas con tocados de plumas, muy similares a las halladas en otros contextos de ofrendas imperiales inca, como los reportados en cerro El Plomo (Chile)

Fig. 367 A y B – Túcume. El templo de la Piedra Sagrada en una primera fase y luego en una remodelación posterior (redibujado de Narváez 1996a: figs. 79 y 83).



Fondo Editorial PUCP



Fig. 368 – Túcume. Figurina inca de plata con manto policromo, prendedor (*tupu*) y tocado de plumas rojas de aves amazónicas, hallada como ofrenda en el templo de la Piedra Sagrada (Narváez 1996a: fig. 88).

y Pachacamac. Adicionalmente se reportó la presencia de enterramientos de cuerpos humanos y de llamas (ibid.: 118-129).

La Huaca 1

Se ubica al noroeste del sector monumental de Túcume. Constituye la pirámide más alta de la ciudad, alcanzando una altura de unos 30 metros con relación al nivel del terreno. La edificación construida con adobes plano convexos, presenta una planta orientada de este a oeste con unos 80 metros de largo y unos 60 metros de ancho; mientras que la larga rampa que se proyecta hacia el oeste alcanzaría la extraordinaria extensión de unos 160 metros, es decir, el doble del eje mayor de la planta de la pirámide (ibid.: fig. 98).

Al este de la pirámide se desarrolla una plataforma menos elevada y orientada de norte a sur, con una rampa que se proyecta desde su esquina noreste. De modo que la pirámide y esta plataforma baja definen un conjunto con planta en forma de «L». Al sur del conjunto se definió una plaza, cercada por un muro de adobe, en la que se encontraba inscrito el Anexo 3, el cual albergaba unas singulares estructuras que mencionaremos más adelante.

Sobre la cima de la pirámide se desarrollaban plataformas, cuartos y ambientes más amplios dotados de banquetas y nichos, los que se comunicaban entre sí por medio de corredores y

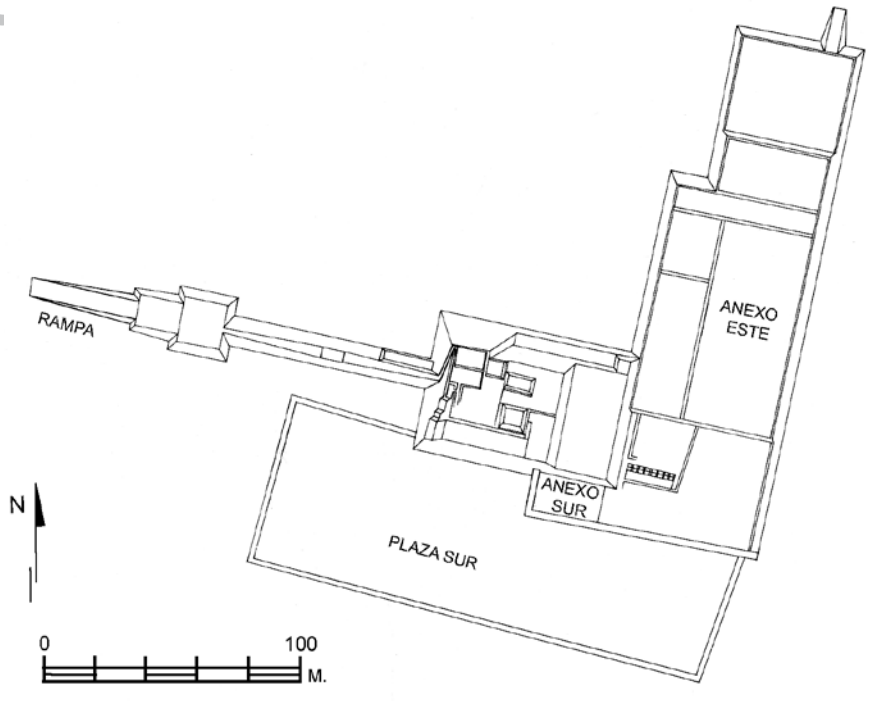


Fig. 369 – Túcume. Plano de la Huaca 1 (redibujado de Narváez 1996a: fig. 98).

Fondo Editorial PUCP

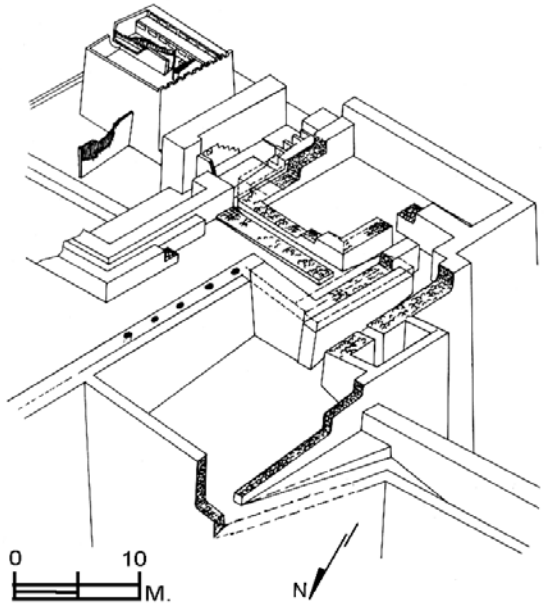
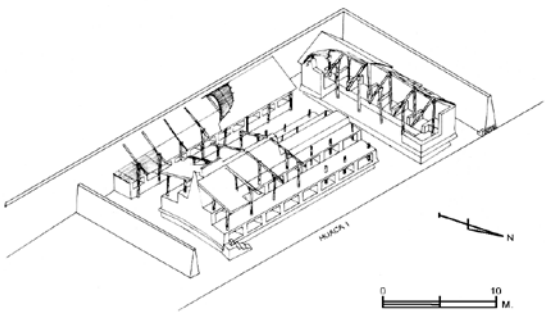


Fig. 370 – Túcume. Reconstrucción isométrica de la cima de la Huaca 1 entre las fases de ocupación Lambayeque y Chimú (redibujado de Narváez 1996a: fig. 101).

rampas. Estos rasgos arquitectónicos, el tipo de material cerámico, así como el hallazgo de fogones y deshechos asociados a la preparación y consumo de alimentos, sugerirían una función de tipo residencial para las edificaciones construidas en la cima de la pirámide (ibid.: fig. 101).

El Anexo 3 estaba conformado por un recinto en cuyo interior se dispusieron ordenadamente singulares estructuras con plataformas bajas, a veces escalonadas, que alojan cubículos, grandes nichos o alacenas, que se desarrollan en algunos casos en dos o tres niveles superpuestos. La presencia de postes en estas estructuras permite deducir que estuvieron dotadas de techos, no así los corredores ubicados entre estas. Las excavaciones en una de estas estructuras revelaron que presentaba una forma singular de sección acampanada, ya que sus muros exteriores se curvaban engrosándose en sus bases, donde un zócalo recesado producía un saliente en voladizo (ibid.: figs. 103-105). Si bien no tenemos alcances sobre la posible función de estas estructuras, a partir de su forma y contexto, se podría sugerir su uso para almacenar bienes de cierta valía.

Fig. 371 – Túcume. Reconstrucción hipotética del Anexo 3 al lado sur de la Huaca 1 (redibujado de Narváez 1996a: fig. 105).



Otros sectores y edificaciones de Túcume

Las excavaciones desarrolladas en otros sectores, al suroeste y sur de Túcume, revelaron tanto evidencias de estructuras destinadas a fines habitacionales, como a actividades productivas, comprometidas con la producción cerámica, metalúrgica e, inclusive, de abalorios y cuentas de collares hechos de conchas. Estos conjuntos incluirían corrales de llamas, las que debieron ser ampliamente utilizadas como medio de transporte, además de ser parte importante de la dieta alimenticia (Sandweiss 1996b).



Fig. 372 – Túcume. Reproducción reconstructiva de un mural con relieves, posiblemente del período Lambayeque, hallado en Huaca Las Balsas y que representa personajes navegando sobre balsas con redes (Museo de Sitio Túcume. Foto: J. Canziani).

Otros sectores y montículos del sitio habrían funcionado como cementerios para enterramiento, tanto de la gente común como de la elite. Algunas edificaciones, como la denominada Huaca Las Balsas, revelan que en este sector «no monumental» algunas edificaciones contaron también con extraordinarios acabados, que incluyeron paramentos con relieves de gran calidad relacionados con la representación de motivos marinos (Narváez 1996b).

Pacatnamú

Como ya lo manifestamos en el quinto capítulo, refiriéndonos a la temprana ocupación moche del valle de Jequetepeque, este importante sitio se ubica al norte de la desembocadura del

Fondo Editorial PUCP



Fig. 373 – Pacatnamú. Foto aérea (Servicio Aerofotográfico Nacional, Kosok 1965).

río Jequetepeque, localizándose sobre una terraza natural cortada por los acantilados generados por la erosión del río por el lado este y del mar por el lado oeste. Los estudiosos del sitio coinciden en afirmar que la mayor ocupación del mismo correspondería al período Lambayeque y declinaría al final de la ocupación Chimú (Donnan y Cock 1986; 1997; Hecker y Hecker 1985).[4]

La ocupación lambayeque, además de superponerse a sectores que evidencian una ocupación moche en el área central de la ciudad, también reutilizó las pirámides monumentales construidas en esta época, como en el caso de las Huacas 1 y 31 (Donnan y Cock 1997: 12, fig. 4). Precisamente para limitar el acceso, o proteger este sector central del asentamiento, se habría construido una primera muralla o «muralla interior», cuyo trazo de este a oeste se inicia en los acantilados al este del sitio y conforma en el lado norte una serie de complejos, entre ellos el de las Huacas 1 y 31; mientras que más hacia el oeste su trazo se desdibuja y la muralla es menos consistente, lo que indicaría una menor inversión constructiva en este sector. Esta muralla interior, construida con la técnica de cámaras de adobe y relleno, tiene su tramo más formal en el sector este, especialmente frente al complejo de la Huaca 1, donde constituye el muro de cierre norte del mismo complejo. En este tramo la muralla tiene unos 6,5 metros de base y unos 3 metros de alto, aunque bien podría haber alcanzado originalmente unos 5 metros de altura. Si consideramos que inmediatamente del lado norte de la muralla se excavó una zanja de unos 3 metros de ancho y 2,4 metros de profundidad, podemos tener idea cómo este recurso acrecentó el impedimento de acceso y, al mismo tiempo, magnificó el impacto visual de las murallas con el incremento resultante de su altura. Para trasponer formalmente la muralla interior y la zanja se construyeron tres portadas de ingreso con sus respectivos terraplenes que cruzaban la zanja. Entre estas portadas de la muralla interior sobresale la que se encuentra en el eje central de la Huaca 1, y que se caracteriza por constituir el ingreso monumental a este complejo (Donnan y Cock 1986: 51, fig. 5).

[4] En la publicación de los Hecker (1985), como en la primera de Donnan y Cock (1986), se hace referencia a la ocupación Chimú, cuando en realidad esta está más asociada a lo que se define como Lambayeque, tal como ha sido advertido en la posterior publicación de Donnan y Cock (1997: 11-12).

Fondo Editorial



Fig. 374 – Pacatnamú. Foto aérea oblicua en la que destaca el complejo de la Huaca 1 (a la izquierda) y la muralla interior (al centro) con su correspondiente foso (Kosok 1965).

Aparentemente, la ciudad habría tenido luego una expansión hacia el norte, de lo que habría derivado la necesidad de construir una segunda muralla o «muralla exterior». Esta también tuvo un trayecto de este a oeste, sin embargo, la zanja que la flanqueaba fue algo más ancha y al mismo tiempo menos profunda. La muralla fue también construida con la técnica de cámaras de relleno y alcanzó unos 9 metros de grosor con una altura de 4,5 metros, que pudo haber sido originalmente de unos 7 metros. Esta segunda muralla tiene la peculiaridad de bifurcarse en dos ramales a partir de la parte media de su trayecto hacia el oeste. Estas extensiones corresponden en su mayoría a las zanjas excavadas y solo en un caso existe un tramo parcial de muro de adobe. En el sector este de la muralla exterior se registraron cuatro portadas de acceso que, a diferencia de la muralla interior, no presentan terraplenes para atravesar la zanja, ya que en este caso simplemente se optó por interrumpir la excavación de la zanja frente a las portadas (ibid.: 52, fig. 9).

Finalmente, se habría emprendido el proyecto de una tercera muralla más al norte, también con un trazo de este a oeste casi paralelo a la muralla exterior. Sin embargo, su construcción quedó inconclusa, ya que no hay vestigio alguno de muralla y solo se aprecia la excavación de la zanja en los tramos correspondientes a los sectores este y central, mientras que hacia el oeste su trazo concluye y se pierde en un cauce de escorrentía, que termina en una pequeña quebrada que corta el acantilado hacia la playa.

Existen varias interrogantes sobre la posible función defensiva de estas murallas. Si bien la muralla interior como la exterior, con sus respectivas zanjas, constituyen un obstáculo que debió ser difícil de superar, esta característica se reduce a los tramos del lado este. Hacia el lado oeste, donde tan solo se encuentra la zanja o muros de baja altura, o inclusivo solo los cauces de erosión natural, es evidentemente que la dificultad de acceso fue menor o nula (ibid.: 52-59). Por esta razón, en nuestra opinión debieron existir otros componentes que hoy desconocemos y que podrían ofrecer alternativas a las convencionales explicaciones defensivas sobre la función de estas murallas.

Desde esta perspectiva, las murallas de Pacatnamú pudieron significar un límite físico de exclusión, que sancionaba el privilegio o no de ciertos sectores de la población para acceder al interior de la ciudad y a los espacios reservados de esta. También es posible la demarcación de los distintos espacios de «pasaje ritual» que se condicen con el aparente carácter ceremonial de buena parte de su arquitectura monumental.[5] Esta hipótesis se refuerza si tomamos en cuenta que la principal entrada dispuesta en el sector central de la muralla interior corresponde a la portada de ingreso central de la Huaca 1 y que esta, a su vez, constituye el único acceso al complejo en el que se encuentra. Igualmente apunta

[5] Algo similar se aprecia en el santuario de Pachacamac en la costa central, que presenta por lo menos tres grandes cintas de murallas y que tampoco parecen haber correspondido a funciones defensivas.

Fondo Editorial PUCP

en esta dirección la constatación de que los sectores más formales de las murallas se localicen en sus tramos del lado este, lo que coincide con la concentración de los principales complejos con arquitectura monumental en los sectores de la zona este de la ciudad.

La mayoría de los complejos monumentales de Pacatnamú se caracterizan por presentar un patrón típico, cuyo modelo se reitera con ligeras variantes formales en su planeamiento, no obstante las notables diferencias de tamaño que puedan existir entre estos. Estos rasgos se pueden resumir en las siguiente características principales: a) una pirámide con dos o tres plataformas escalonadas, edificaciones en la cima y rampas orientadas al norte; b) una plaza al norte de la pirámide, donde se ubican una o dos pequeñas plataformas o «altares»; c) una edificación más baja que la pirámide, que se ubica al este de la plaza y cuyas rampas se orientan al oeste; d) un recinto cercado al sur del complejo con edificaciones en su interior; e) otros recintos y complejos menores que se presentan eventualmente al oeste y/o al este de la pirámide o la plaza. Entre estos complejos monumentales que presentan esta típica composición destacan las huacas 1, 8, 9, 10, 12, 13, 16, 17 y 23a (Hecker y Hecker 1985: 26-27, planos I y II).

Fond ICP

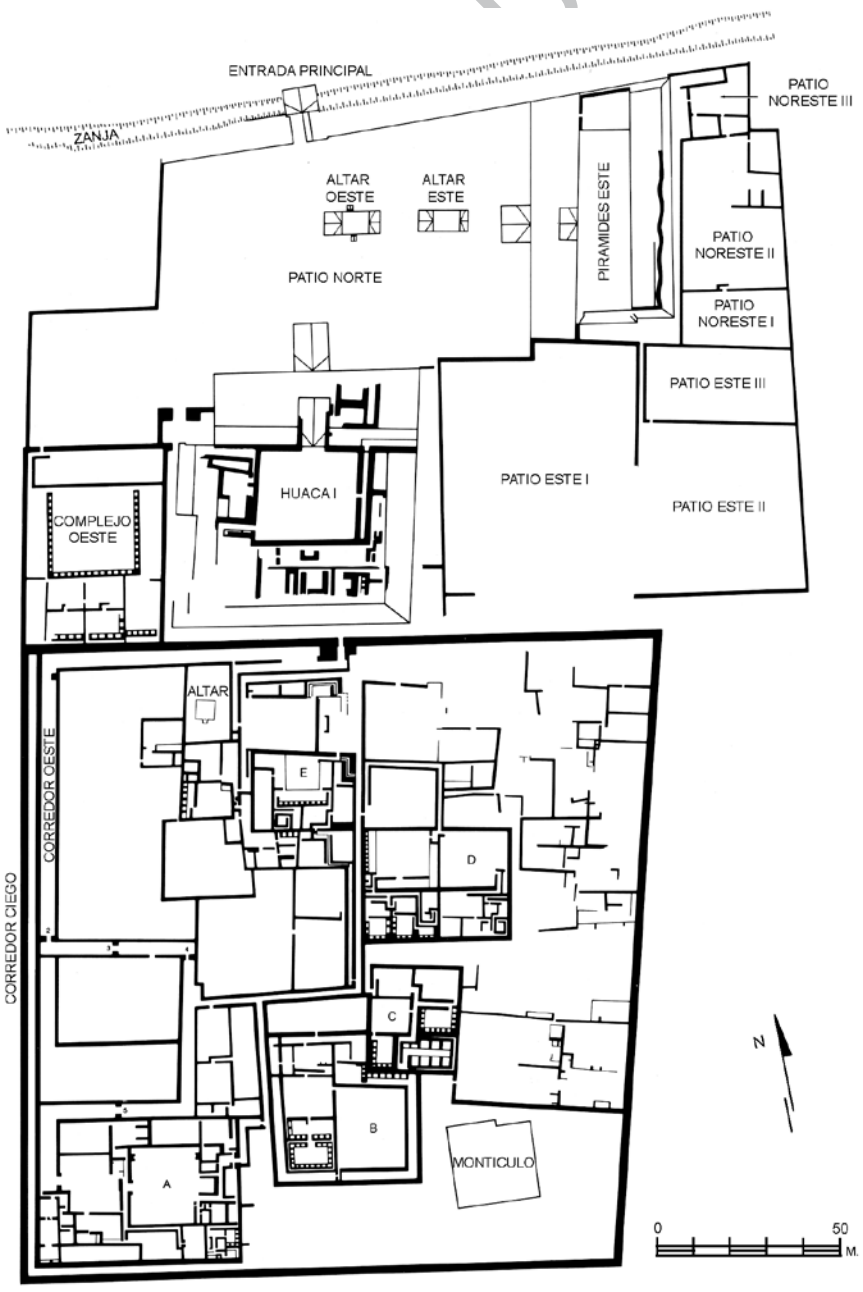


Fig. 375 – Pacatnamú. Plano general del complejo de la Huaca 1 (redibujado de Donnan y Cock 1986: fig. 2).

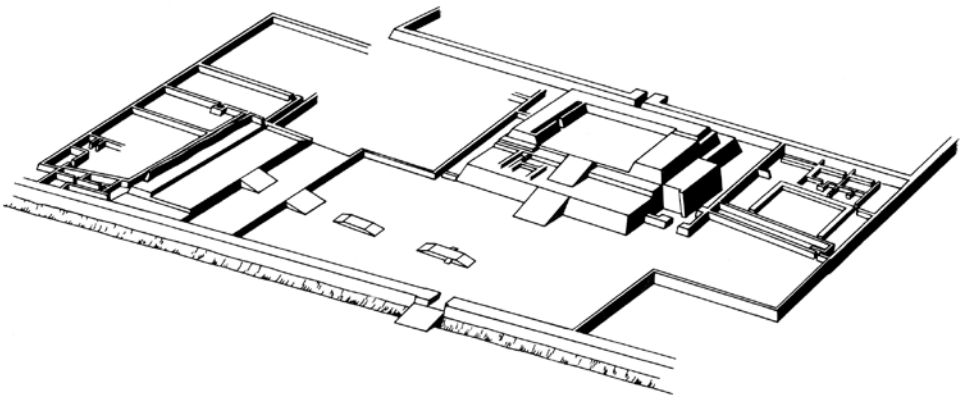


Fig. 376 – Pacatnamú. Reconstrucción isométrica del sector norte de la Huaca 1 mirando hacia el sureste (Donnan y Cock 1986: fig. 3).

La Huaca 1

El complejo de la Huaca 1 constituye el caso más importante y representativo de la arquitectura monumental presente en la ciudad, no solo por sus notables dimensiones, sino también por la definición de los rasgos principales que caracterizan y distinguen la arquitectura de Pacatnamú dentro y fuera de la región. Al respecto, podemos observar que el complejo se caracteriza por estar claramente dividido en dos sectores: uno al norte, dominado por el volumen prominente de la Huaca 1, y el segundo al sur, cuya arquitectura recuerda la de los complejos monumentales de Chan Chan.

Se accedía al sector norte del complejo por el ingreso principal de la muralla, y una vez traspuesto este, se encontraba una amplia plaza enfrentada a la pirámide de la Huaca 1. Esta pirámide, que constituye la edificación mayor del complejo, tiene una planta cuadrangular de 70 metros de lado y más de 10 metros de altura, presentando un cuerpo de plataformas escalonadas y ascendentes hacia el sur, a las que se accedía mediante dos amplias rampas orientadas al norte y alineadas con el eje central de la pirámide.

En la plaza norte se aprecia la presencia de dos pequeñas plataformas, o «altares» con pequeñas rampas. Esta plataformas bajas se dispusieron alineadas con el eje de las rampas centrales de la Plataforma Este, una importante edificación orientada de norte a sur, también conformada por plataformas escalonadas pero de planta rectangular y de menor altura que la Huaca 1, que cerraba el lado este de la plaza, al igual que un conjunto de recintos ubicados al noreste del complejo.

Al lado oeste y al pie de la Huaca 1 se ubica el denominado Complejo Oeste, un recinto que contó con un ingreso propio desde la plaza norte y que, trasponiendo un ambiente alargado al norte, daba acceso a una estructura central



Fig. 377 – Pacatnamú. Vista de las estructuras del complejo administrativo al sur de la Huaca 1, cuyo volumen se aprecia en segundo plano (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

cuyos tres muros, dotados de doce nichos cada uno, formaban un espacio con planta en «U», que sumaba 36 nichos en sus paramentos interiores. Un tratamiento muy especial que señalaría el desempeño de alguna función destacada dentro del complejo. Al sur de este ambiente central se ubicaron otros recintos menores, algunos de los cuales presentan nichos en sus muros del lado sur e ingresos con burladero del lado norte (ibid.: 65, figs. 2 y 7).

El sector sur del complejo de la Huaca 1 está conformado por un complejo cercado por muros de 2,2 metros de base y más de 3,5 metros de alto, que forman una gran planta cuadrangular con 175 metros de norte a sur y 170 metros de este a oeste. De forma similar a los complejos monumentales de Chan Chan, presenta un único ingreso del lado norte resaltado por machones o pilastras que se proyectan hacia el sur de la portada. A partir de este ingreso central —a diferencia de los complejos de Chan Chan— no se accedía a una plaza, sino que se desarrollaban corredores laberínticos que privilegiaban la circulación y el acceso a los conjuntos que se encontraban a lo largo del eje del complejo, por medio de un largo corredor central, o conectaban con los conjuntos que se ubicaban del lado oeste del complejo, a través de corredores paralelos al muro perimétrico del lado oeste.

Estos conjuntos al interior del sector sur del complejo de la Huaca 1 se caracterizan por presentar una variada gama de arreglos espaciales, que incluyen tramos de corredores con recorrido laberíntico, espacios abiertos a manera de pequeñas plazas o patios, que se relacionan con recintos y estructuras que privilegian la planta en «U» y frecuentemente lucen nichos en sus paredes; o también recintos muy singulares de planta cuadrangular que tienen la particularidad de estar rodeados por sus cuatro lados por corredores perimétricos, lo que obliga a un recorrido laberíntico en espiral para ingresar a cada uno de ellos (ibid.: 70-78, figs. 8-16).

A diferencia de los complejos monumentales de Chan Chan, donde son frecuentes los depósitos y las estructuras conocidas como «audiencias», en el sector sur del complejo de la Huaca 1 tan solo se ha registrado una estructura que puede ser identificada como audiencia; mientras que no se reportan estructuras de depósito similares a las de Chan Chan. Los únicos espacios que pudieron haber servido para el almacenamiento de ciertos bienes se reducen a los que estaban dotados de nichos o «alacenas»,[6] aun cuando la delicada superficie de acabado de su base y la escasa abrasión que presentan las mismas indicarían que, si no estuvieron adscritos a alguna función ceremonial, podrían haber contenido objetos relativamente livianos.

Otro rasgo que diferencia el complejo al sur de la Huaca 1 —si se lo compara con los de Chan Chan— es la presencia al este de estructuras que, por su forma, muros más delgados y menor calidad de acabados, así como por los contextos con deshechos, permitirían suponer que esta zona pudo estar destinada a funciones de tipo residencial.

En cuanto a la presencia de otros posibles sectores urbanos con funciones habitacionales, hay algunas observaciones someras que reportan que estos podrían haberse ubicado al oeste de la ciudad, principalmente, como también en los extra muros al norte, en zonas donde coincidentemente se diluye la presencia de la arquitectura monumental, pero se encuentran abundantes deshechos de ocupación, que podrían haber correspondido a concentraciones de viviendas construidas con materiales perecederos como la quincha.

La ocupación chimú del valle de Jequetepeque

Además de su presencia en Pacatnamú, durante la ocupación chimú del valle de Jequetepeque se habría desarrollado el establecimiento de Farfán, tal vez el principal centro de poder político de este Estado en el valle. La localización del sitio es estratégica, ya que se encuentra en una posición central con relación al valle agrícola y ubicado en proximidad de los caminos que conectaban longitudinalmente los valles de la costa de la región de norte a sur, como del camino de penetración hacia la sierra de Cajamarca. Aparentemente, Farfán habría estado articulado con algunos centros menores, como El Algarrobal de Moro y Cabur, que habrían sido funcionales al control chimú de los sectores norte y sur del valle (Mackey 2004; Jiménez, Mackey y Sapp 2004).

[6] A diferencia de los clásicos nichos u hornacinas, que constituyen una cavidad en el paramento de los muros, en este caso estas estructuras fueron adosadas posteriormente a los muros, construyendo primero su base, a manera de poyo elevado entre 65 a 110 centímetros del piso, para luego construir sobre esta los muros que constituían sus separaciones laterales. Dada la erosión que presentan estos muros no es posible conocer las características y forma de los techos con que evidentemente contaban (Donnan y Cock 1997: 77-78, fig. 15).

Fondo Editorial PUCP

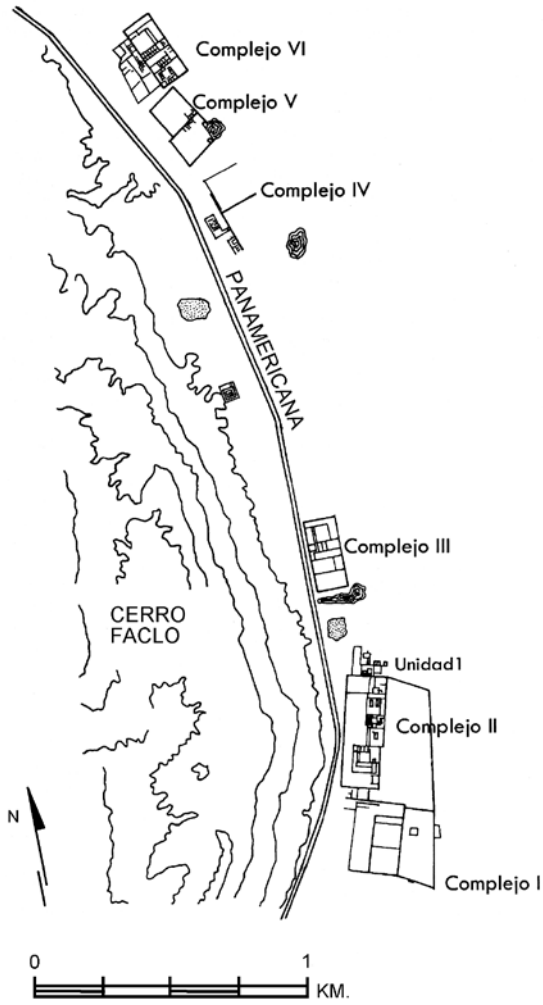


Fig. 378 – Farfán. Plano general (redibujado de Mackey 2003: fig. 17).

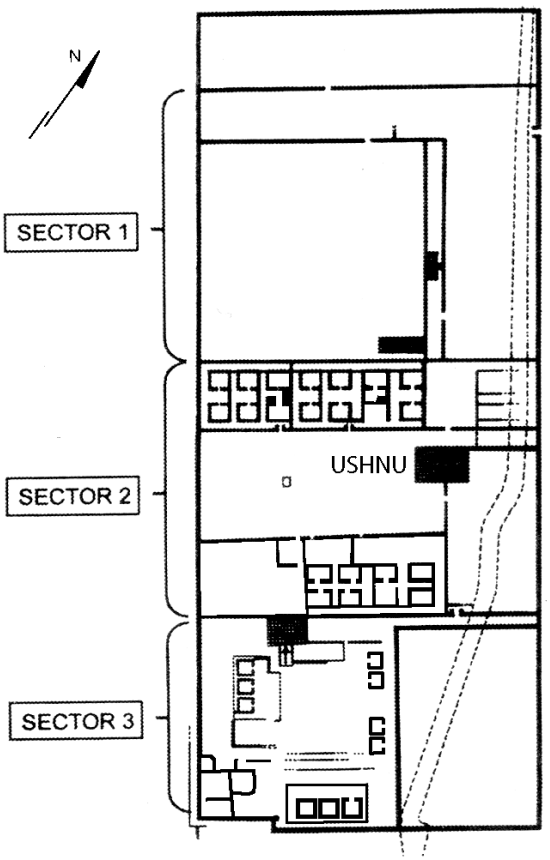
Farfán

Se ubica a unos quince kilómetros del mar y en una posición central con relación a la vasta área agrícola del valle de Jequetepeque, estableciéndose en los llanos eriazos que se encuentran en un nivel ligeramente más elevado con relación a los campos de cultivo, localizadas en el lado este de las laderas del cerro Faclo.

Se presume que Farfán fue la capital provincial del valle de Jequetepeque durante la época de la expansión chimú hacia el extremo norte de la costa peruana, encontrándose unos 150 kilómetros al norte de Chan Chan, la capital del Estado chimú. El núcleo central del asentamiento está conformado por seis grandes complejos de planta rectangular, orientados de norte a sur y también edificados de forma semejante a los complejos monumentales de Chan Chan. En especial, el Complejo 2 reúne este tipo de rasgos: un ingreso principal al norte del complejo, flanqueado por pilastras y adornado con esculturas de madera; el acceso al complejo resuelto por intermedio de un gran patio; la agrupación de cubículos contiguos que servían de depósitos; estructuras de planta en «U» conocidas como audiencias; y una plataforma funeraria ubicada en la parte posterior del complejo (Conrad 1990: 227-228). De acuerdo a los fechados disponibles y a la correlación de la tipología de adobes, que serían similares a los del complejo Uhle de Chan Chan, se presume que la fundación de Farfán podría remontarse aproximadamente al 1200 d.C. (ibid.: 229).

Las excavaciones conducidas en Farfán por Mackey (2003; 2004) especialmente las desarrolladas en el Complejo VI, permitieron definir una larga ocupación del sitio, que se remontaría a la ocupación chimú, pero que se prolongaría de forma notable durante la conquista inca. El complejo tiene una planta rectangular de unos 200 metros de largo de noroeste a sureste con unos 100 metros de ancho. Está dividido transversalmente en tres sectores. El sector 1, al norte, está conformado por amplios recintos y una plaza

Fig. 379 – Farfán. Plano del Complejo VI durante la ocupación inca (redibujado de Mackey 2004: fig. 9).



Fondo Editorial PUCP

cuadrangular. El sector 2, al centro, presenta un recinto alargado que aloja la agrupación de catorce depósitos y al este, lo que parecen restos de una posible audiencia. El sector 3, al sur, presenta una plataforma funeraria y al sur de esta un recinto con tres depósitos que parecen haber funcionado en estrecha asociación con la plataforma.

Es notable constatar, con la ocupación inca del sitio, que se efectuaron remodelaciones en los complejos, las que habrían tenido por objeto aumentar sustancialmente la cantidad de estructuras de depósito, duplicando las anteriormente existentes, así como generar espacios para la aparente residencia de los funcionarios incas. Se propone, inclusive, que una plataforma construida al interior del sector 2 del Complejo VI podría haber respondido a la función de un *ushnu*, la tradicional estructura ceremonial inca (Mackey 2003: 339-340, fig. 16).

La sociedad chimú

Es sintomático que el florecimiento de la sociedad chimú y de su capital, la ciudad de Chan Chan, hayan tenido como centro el valle de Moche, lo que de alguna manera establece un línea de conexión y continuidad con las raíces del antiguo poder de sus ancestros moche, el que también tuvo como centro la región nuclear de los valles de Moche y Chicama.

A partir de la fundación mítica del reino del Chimor por Tacaynamo, sus descendientes habrían expandido notablemente el reino con la conquista de los valles vecinos, llegando hasta Zaña (Lambayeque) por el norte y el Santa (Ancash) por el sur. Según la *Historia Anónima*, al final del período, y hasta la época del gobierno de Minchancaman —en que se dio la conquista inca de la costa norte— los chimú habrían extendido su dominación desde Tumbes hasta Carabayllo (Chillón), al norte de Lima. Sin embargo, podemos presumir que el posible control sobre estas últimas regiones —especialmente el supuesto dominio sobre el norte de la comarca de Lima— debió ser de corta duración (Rowe 1970a: 333-336).

Tanto la arquitectura de los complejos político-administrativos y su diferenciación con otros sectores de la ciudad, como la información arqueológica y etnohistórica, coinciden en señalar a la sociedad chimú como una organización social dividida en clases con marcadas diferencias sociales. En la cima de esta sociedad tendríamos a la elite gobernante, rodeada de un cuerpo de nobles y especialistas, y en el otro extremo a los sectores populares, que residían en los barrios sin mayor planificación y con edificaciones construidas predominantemente con materiales rústicos.

Para tener una idea somera del boato de la nobleza, que constituía la clase dominante de estas formaciones sociales, basta conocer la lista de algunos de los funcionarios que acompañaban a Naymlap, el mítico fundador de Lambayeque. Según el cronista Cabello Balboa, estos serían: el soplador de la concha —¿tocador de *pututo*?—; el maestro de cámara y el trono; el celador real; el esparcidor de conchas molidas al paso del señor; el cocinero real; el camarero de la pintura facial; el maestro del baño; y el proveedor de la ropa de tela de plumas (Rowe 1970a: 342).[7] Ciertamente, la nobleza chimú debió tener una sofisticación similar sino mayor, tanto en número como en la diversidad de funcionarios dedicados a diferentes oficios y servicios, especialmente si es que nos atenemos a su expresión en la extraordinaria complejidad, diversidad formal y exquisitos acabados que exhibe la arquitectura monumental de Chan Chan que reseñamos a continuación.

La ciudad de Chan Chan[8]

Uno de los asentamientos prehispánicos más importantes del área andina lo constituye la ciudad de Chan Chan, la capital del Estado chimú. Esta ciudad se ubica en la costa norte peruana, en el valle del río Moche, a pocos kilómetros al norte de la moderna ciudad de Trujillo. Los restos de este extenso centro urbano cubren un área de aproximadamente veinte kilómetros cuadrados, si bien el área nuclear, asociada a la presencia de arquitectura monumental, tiene una extensión de unos seis kilómetros cuadrados —equivalente a 600 hectáreas—.

[7] Llapchiluli, el fabricante de telas de plumas de la corte de Naymlap, habría fundado Jayanca (Rowe 1970a: 331), lo que indicaría que además de la nobleza por lazos de parentesco, estos funcionarios de la corte quizá habrían sido también nobles o, en todo caso, personajes de alto estatus que gozaban de similares privilegios.

[8] Una primera versión de este texto, aquí revisado, apareció en el artículo «Chanchán: Arquitectura y Urbanismo de la Ciudad», publicado en la Revista Arquitectura Panamericana, órgano de la Federación Panamericana de las Asociaciones de Arquitectos (Canziani 1992b).

Fondo Editorial PUCP

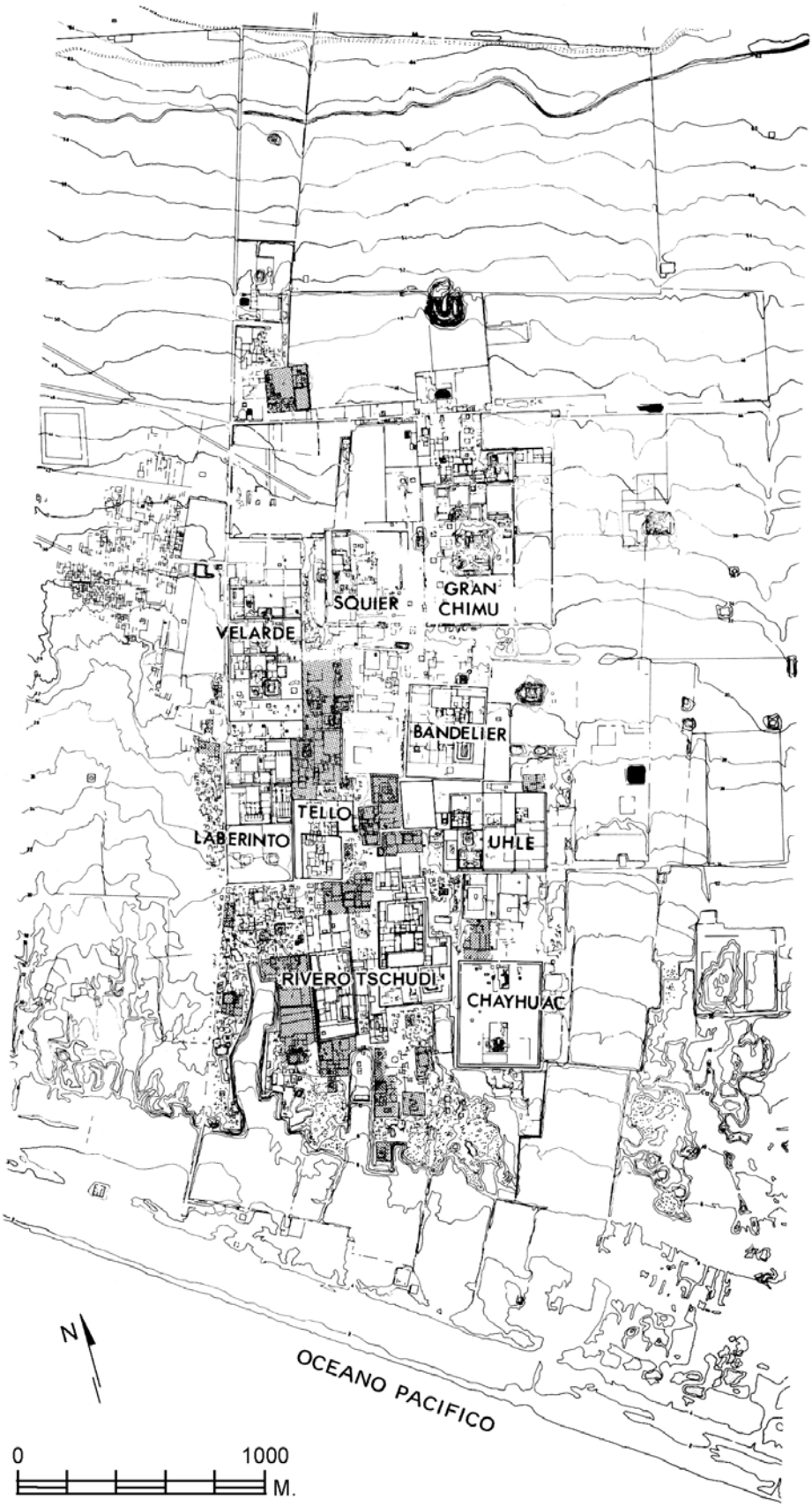


Fig. 380 – Chan Chan. Plano general de la ciudad (redibujado de Kolata 1980: fig. 7).

Este imponente centro urbano constituye uno de los vestigios más sobresalientes del antiguo Perú, entre otras razones por ser uno de los pocos casos en el mundo de la conservación de las ruinas de una ciudad de notable extensión y complejidad y que, salvo la erosión natural, la depredación de los buscadores de tesoros desde época colonial y la reciente expansión urbana, aún se conserva, por lo menos en su sector monumental, en relativamente buenas condiciones.[9]

De esta manera, Chan Chan constituye una fuente excepcional para el estudio y conocimiento de la sociedad chimú, sus niveles de desarrollo, sus formas de organización social y, en particular, el modo de vida urbano de sus habitantes. En esta sección se presenta una apretada síntesis de las principales características de este importante asentamiento, a la luz de las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el sitio.

La ciudad de Chan Chan presenta en su área nuclear una organización particular del espacio urbano. El componente principal está constituido por complejos político-administrativos —popularmente conocidos como «ciudadelas»—, grandes recintos cercados que contienen estructuras arquitectónicas de características monumentales. En las áreas próximas a estas se ubican otros importantes complejos arquitectónicos, que comparten rasgos formales y constructivos con las ciudadelas, de dimensiones menores y sin los niveles de acabado que las caracterizan. En los alrededores, y muchas veces entre las ciudadelas y los complejos arquitectónicos monumentales, se encuentran grandes extensiones con estructuras construidas con materiales perecederos y que corresponden a lo que se conoce como «barrios populares».

Los complejos político-administrativos

Se han identificado en Chan Chan por lo menos diez de estos grandes recintos con arquitectura monumental, que son conocidos con los nombres de Chayhuac, Uhle, Tello, Laberinto, Gran Chimú, Squier, Velarde, Bandelier, Tschudi y Rivero. Si bien existe una cierta diversidad de soluciones en su planeamiento, que aparentemente responden a los cambios que se procesan en la evolución histórica de la ciudad, como se verá más adelante, estos comparten una serie de rasgos comunes. Entre estos destaca una gran área cercada por murallas, generalmente de planta rectangular; una orientación dominante norte-sur; la división de los complejos cercados generalmente en tres sectores; un alto grado de planificación; y una serie de patrones y elementos arquitectónicos comunes, tales como los accesos principales

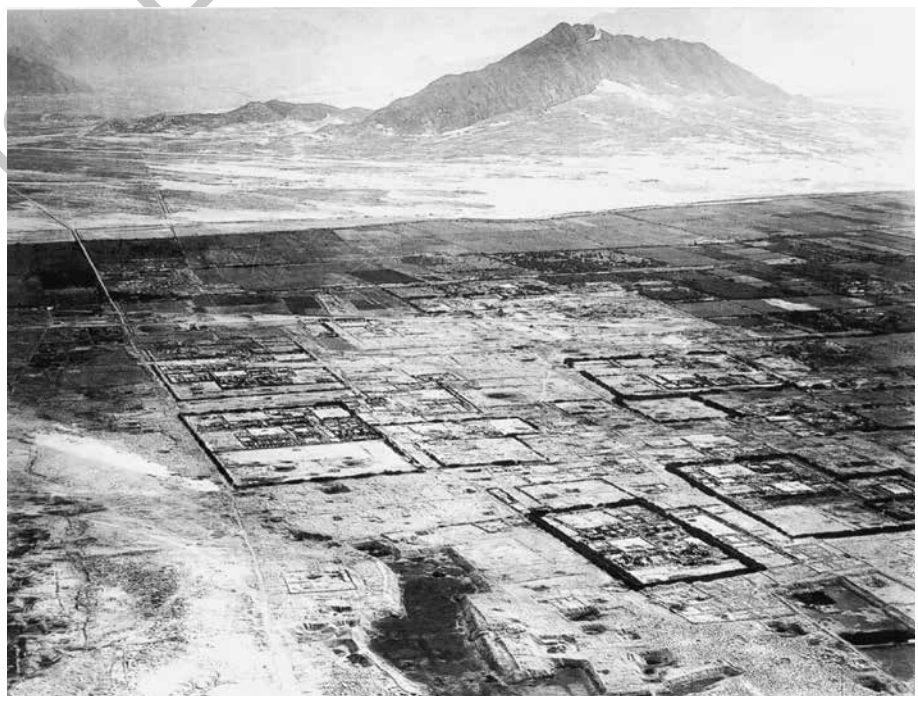


Fig. 381 – Chan Chán. Vista aérea panorámica de la ciudad donde destacan las plantas amuralladas de los complejos políticos administrativos (Shippee y Johnson, American Museum of Natural History).

[9] Estas extraordinarias características han conducido a su reconocimiento por la UNESCO como Patrimonio Cultural de la Humanidad en 1986.

Fondo Editorial PUCP

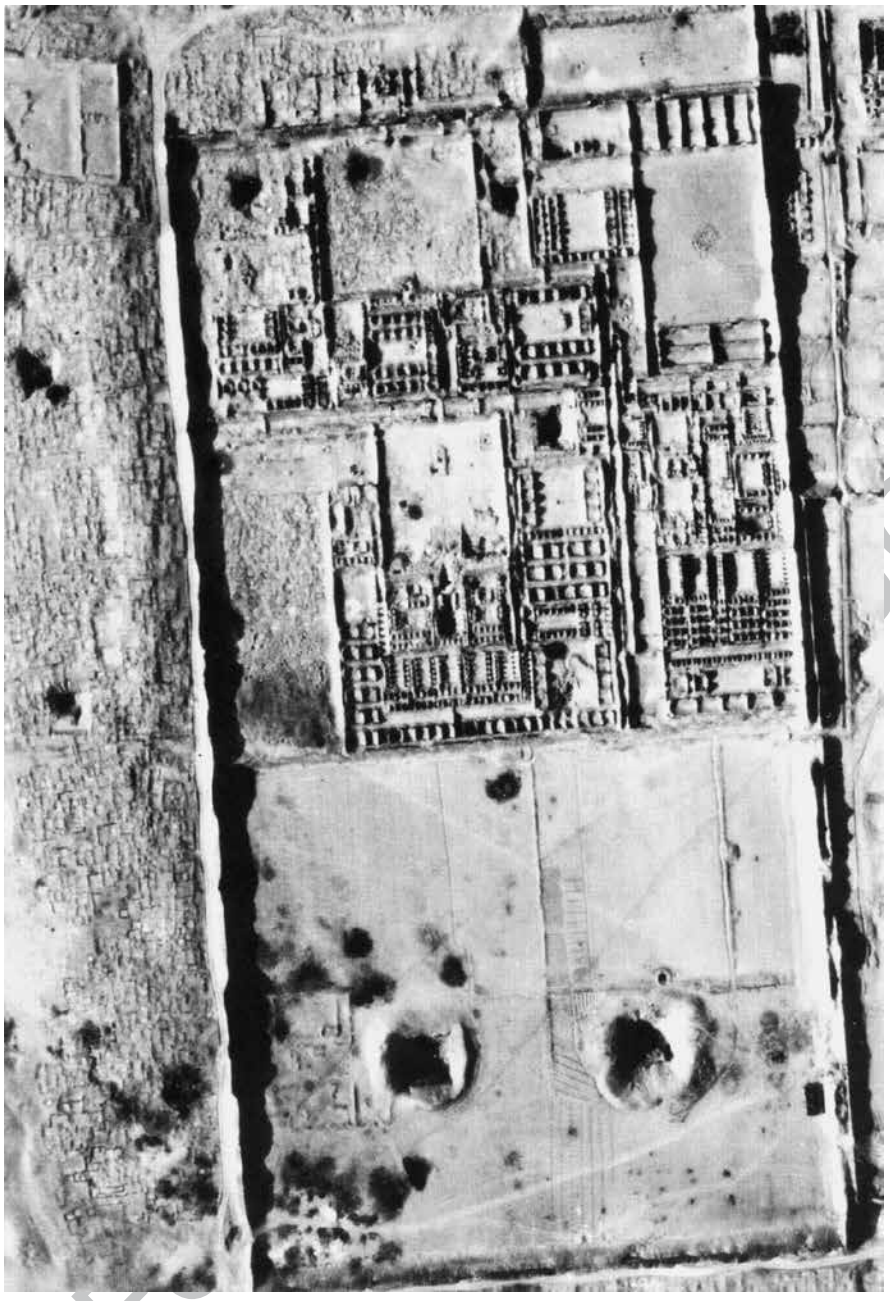


Fig. 382 – Chan Chan. Vista aérea del complejo político administrativo «Laberinto» (Servicio Aerofotográfico Nacional).

Fig. 383 – Chan Chan. Portada de ingreso norte al primer patio del Complejo Político Administrativo de Tschudi (foto: J. Canziani).



ubicados hacia el norte, una zonificación similar de los sectores interiores y la presencia en estos de estructuras y espacios como las plazas, las llamadas audiencias, los depósitos, las plataformas funerarias y los pozos o estanques.

De esta manera, los complejos político-administrativos de las fases tardías mejor conservados, como Tschudi y Rivero, presentan un gran cercado rectangular, conformado por grandes murallas de adobe de seis a nueve metros de altura y de sección trapezoidal. Generalmente estas murallas son dobles y a veces inclusive triples, formando en su trazo paralelo corredores que muchas veces son ciegos y sin fines específicos de circulación, sino más bien con el aparente propósito de lograr



Fig. 384 – Chan Chan. Pampa y banquetas en el ingreso del lado sur del primer patio del complejo político administrativo de Tschudi (foto: J. Canziani).

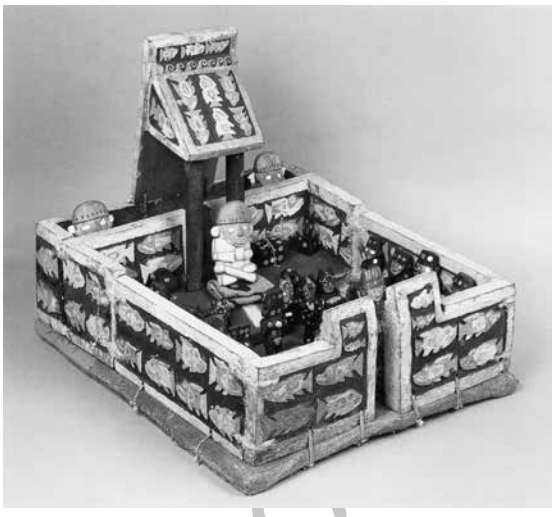


Fig. 385 – Representación arquitectónica chimú de un patio en el que se escenifica una ceremonia funeraria (Cortesía S. Uceda, Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de La Luna).

un mayor aislamiento de las estructuras interiores con relación al resto de la población. Estos grandes cercados presentan recurrentemente una sola entrada ubicada al norte, que a su vez da acceso, mediante un corredor laberíntico que lo restringe y controla, al sector norte del complejo.

En el marco de la tripartición interior que caracteriza el planeamiento de los complejos político-administrativos, el sector norte presenta una plaza o gran patio con banquetas perimetrales, que tiene en el lado sur una rampa y un acceso que comunica con una serie de recintos menores en los que se encuentran las audiencias y los depósitos. Generalmente, al este de estas plazas se ubican áreas que presentan evidencias de batanes y de fogones para la preparación de alimentos, lo que las definiría como áreas de servicios en el sector norte. Estas áreas de cocina habrían estado asociadas a la preparación de viandas y bebidas a ser consumidas durante banquetes o eventos ceremoniales que se desarrollaban en las plazas, como parte de las actividades de representación política y de carácter redistributivo. En este sector norte se encuentran también recintos en los que se ubican algunas audiencias e hileras ordenadas de cubículos destinados al almacenamiento.

Los depósitos han sido definidos fundamentalmente sobre la base de su forma, ya que en ellos generalmente no aparecen trazas o evidencias de los bienes o productos que contuvieron, no presentan huellas de actividades domésticas y tanto su forma como sus dimensiones no corresponden a la tipología propia de viviendas. De otro lado, su disposición y características —como los umbrales elevados— son en cierta forma análogas a las estructuras de depósito que se encuentran en la región, como en el caso de Pampa Grande, o en el área centro andina en general, especialmente durante la época Inca.

Las llamadas audiencias son estructuras con planta en forma de «U» y que, como su nombre lo indica, parecen destinadas a albergar a un personaje o funcionario ligado al desempeño de actividades político-administrativas. Esto se puede deducir de la propia iconografía chimú, en la que aparecen recurrentemente escenas con personajes principales instalados en este tipo de estructuras. De otro lado, especialmente en la costa norte del Perú, desde tiempos tan tempranos como el Formativo, si no antes, se encuentra una amplia tradición arquitectónica que asocia este tipo de estructuras al culto y al poder. Por otra parte, estas estructuras se ubican en una posición estratégica con relación a las áreas de depósitos, tanto para el control del acceso a estos, como también con relación al manejo de los bienes que contuvieran. Algunos de los recintos en los que se encuentra una audiencia presentan otra estructura menor con forma en «U» en el flanco, lo que hace suponer la presencia de un segundo personaje de menor rango, o la de un asistente del personaje que ocupaba la posición principal.

Las diferencias formales que se aprecian en los depósitos, como también en las audiencias, si bien en parte responden a su evolución a lo largo del tiempo, como generalmente se afirma, a su vez debieron responder a la distinta naturaleza y valor de los bienes que contenían, como al distinto rango de los funcionarios que ocupaban las audiencias y las diversas actividades que en estas se desempeñaban. En este sentido, es posible apreciar que en un mismo complejo existen diferencias en las dimensiones y en la forma de estas estructuras, y a su vez se observa una

Fondo Editorial PUCP



Fig. 386 – Chan Chan. Audiencias asociadas a un patio en el complejo político administrativo de Tschudi, donde se aprecian muros de adobe calados y la ornamentación del zócalo con relieves representando aves (foto: J. Canziani).

relación especifica entre estas variaciones formales y la ubicación particular en que se encuentran las audiencias y los depósitos respecto a los accesos y zonas de distribución de los distintos sectores de los complejos.

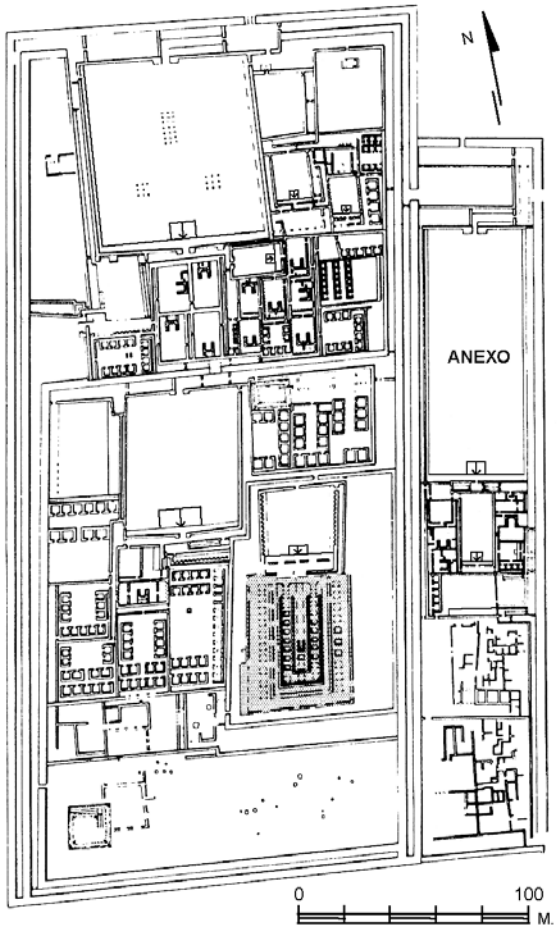
Generalmente, en el sector central de los complejos se encuentra la mayor concentración de estructuras de almacenamiento, que se presentan, al igual que en el sector norte, asociadas a las audiencias. Una variante en el ordenamiento de este sector central es la frecuente presencia de plataformas funerarias. De manera similar a lo que acontece en el sector norte, también en el sector central la comunicación se realiza mediante estrechos corredores de recorrido laberíntico, que separan sectores y dan acceso a grandes patios, en los que se repite la habitual disposición de los accesos al norte y de las rampas al sur. Estos grandes patios, a su vez, se comunican con áreas de almacenamiento o con la propia plataforma funeraria.

En el sector sur de los complejos normalmente se encuentra un canchón aparentemente libre de construcciones, pero que en algunos casos presenta evidencias de estructuras fuertemente aglutinadas, construidas con materiales precarios y sin planificación, muy similares a las que se encuentran en los barrios populares. Asociadas a estas estructuras se encuentran abundantes evidencias de actividades domesticas, por lo que se puede suponer que albergaron al personal adscrito al servicio de los complejos. En estos sectores, ubicados al sur, se localizan frecuentemente pozos de agua con rampas en su perímetro para descender al nivel de la misma. En algunos casos, como en el del complejo Tschudi, se construyó un gran estanque que debió tener, además del posible aprovisionamiento de agua, funciones de tipo ornamental, recreativo o ceremonial.

Mucho se ha especulado sobre la posible función de los complejos político-administrativos de Chan Chan. Sin embargo, a partir de las investigaciones arqueológicas desarrolladas (Moseley y Day 1982) se puede concluir que estaban asociadas a la elite que gobernaba la ciudad y el extenso territorio conquistado por el Estado chimú. Aparentemente, se trataba de palacios donde se centralizaba el poder y el aparato administrativo de estos gobernantes. Generalmente se afirma que estos complejos monumentales constituían la residencia de estos personajes y de su corte. Sin embargo, nos parece que más que residencias se trata de palacios de función eminentemente política y administrativa, y en apoyo a lo sostenido, podemos señalar en primer lugar la evidente dificultad en identificar en la mayoría de estos complejos las estructuras o ambientes apropiados para el desenvolvimiento de funciones de tipo residencial de elite.

Si hacemos un análisis, aun somero, de la arquitectura de los complejos político-administrativos, encontraremos que la mayoría, si no la totalidad

Fig. 387 – Chan Chan. Plano del Complejo Político Administrativo Rivero (redibujado de Moseley y Day 1982).



Fondo Editorial PUCP

de las estructuras y espacios arquitectónicos están asociados a funciones de tipo publico y de carácter político-administrativo, como sucede con las plazas, los patios y otras áreas libres ligadas a la recepción de los concurrentes a estos complejos y al desarrollo de determinadas actividades y ceremonias y, al mismo tiempo, en cuanto elementos centrales de acceso a los corredores que comunicaban con los recintos interiores. Lo mismo sucede con los recintos en que se encuentran los depósitos y las audiencias, que ocupan prácticamente toda el área de los complejos, además de las áreas libres y de circulación.[10]

De otro lado, las viviendas que eventualmente se encuentran en el sector sur de los complejos están construidas con materiales perecederos y parecen corresponder al personal de servicio presente dentro de los complejos. De esta manera, si se considera que las estructuras dentro de los complejos político-administrativos no están asociadas a funciones residenciales correspondientes a la elite gobernante y su corte, sino más bien a funciones político-administrativas desempeñadas por estos mismos personajes, se puede sostener la hipótesis que las estructuras que absolvieron esta función se deberían ubicar en algunos de los complejos arquitectónicos conocidos como «arquitectura de elite» o «arquitectura intermedia», o en todo caso en los complejos llamados «anexos», por ser grandes recintos que se encuentran adosados a los lados de los complejos político-administrativos y que además de patios, audiencias y depósitos, presentan también estructuras que morfológicamente podrían corresponder a residencias de elite (Klymyshyn 1980; 1982).

Los complejos arquitectónicos de elite

Se trata de complejos de dimensiones algo menores y de planta ortogonal, también construidos con muros de adobe, que presentan una gran variedad formal e igualmente una fuerte diferenciación en cuanto a extensión y calidad de los acabados se refiere. Sin embargo, en todos estos complejos arquitectónicos se advierte una constante, que reside tanto en el hecho de compartir una serie de elementos y rasgos arquitectónicos con los complejos político-administrativos —plazas o patios, audiencias, depósitos, pozos de agua, etcétera—, como también en la reiteración, en mayor o



Fig. 388 – Chan Chan. Vista aérea oblicua de un sector de la ciudad donde se aprecia el tejido urbano en el cual destacan los grandes complejos políticos administrativos; las cercaduras de otros complejos de menor jerarquía, aparentemente asociados a funciones públicas y residenciales de elite; y los cimientos correspondientes a los barrios populares (Shippee y Johnson, American Museum of Natural History).

[10] De la enorme capacidad de almacenamiento, resultante del predominio de este tipo de estructuras en relación al área techada de estos complejos, se puede deducir la importancia que estos tenían en la estructuración del poder económico establecido por la elite chimú. Desde esta perspectiva, se puede apreciar la función de los complejos político-administrativos o «ciudadelas», en cuanto instrumentos de acumulación de distinto tipo de bienes, que debieron servir de base tanto para las inversiones en obras públicas del Estado que la elite conducía, como para la operación de los sistemas redistributivos que le garantizaban a esta el acceso a la fuerza de trabajo.

Fondo Editorial PUCP

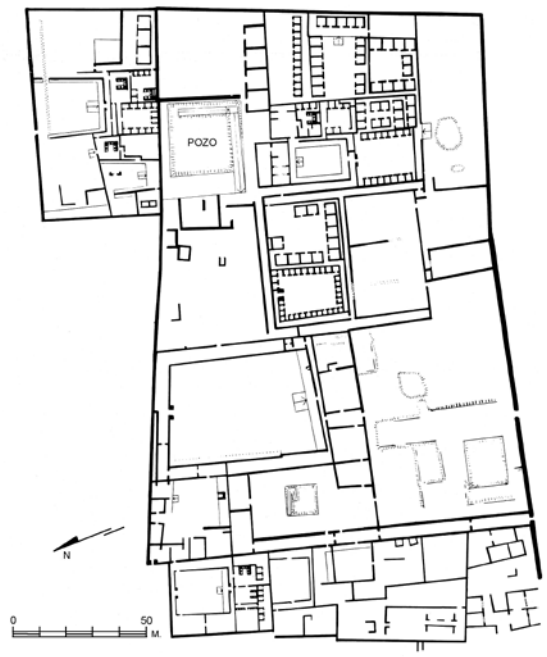


Fig. 389 – Chan Chan. Plano de la unidad 15 correspondiente a un complejo arquitectónico de elite (redibujado de Klymyshyn 1980: fig. 4).

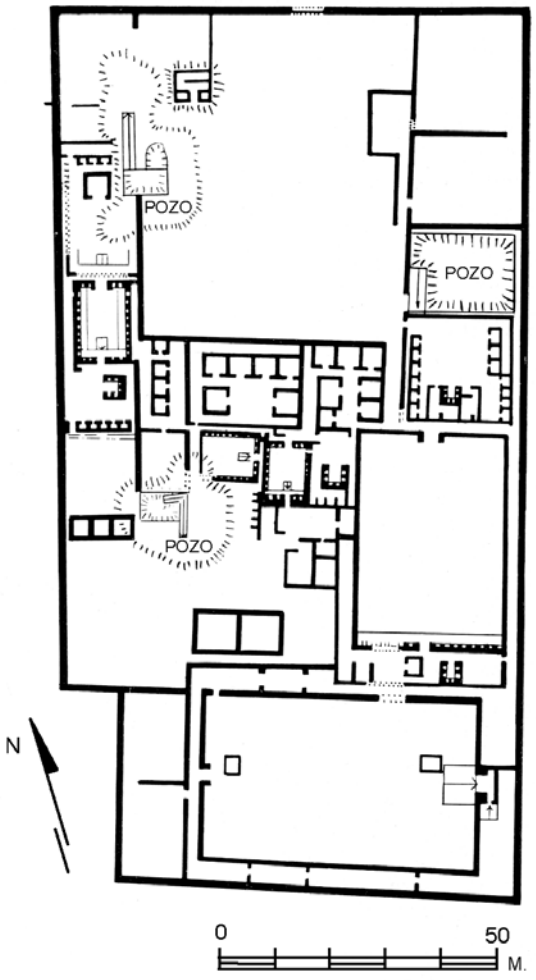


Fig. 390 – Chan Chan. Plano de la unidad 10 correspondiente a un complejo arquitectónico de elite (redibujado de Klymyshyn 1980: fig. 2).

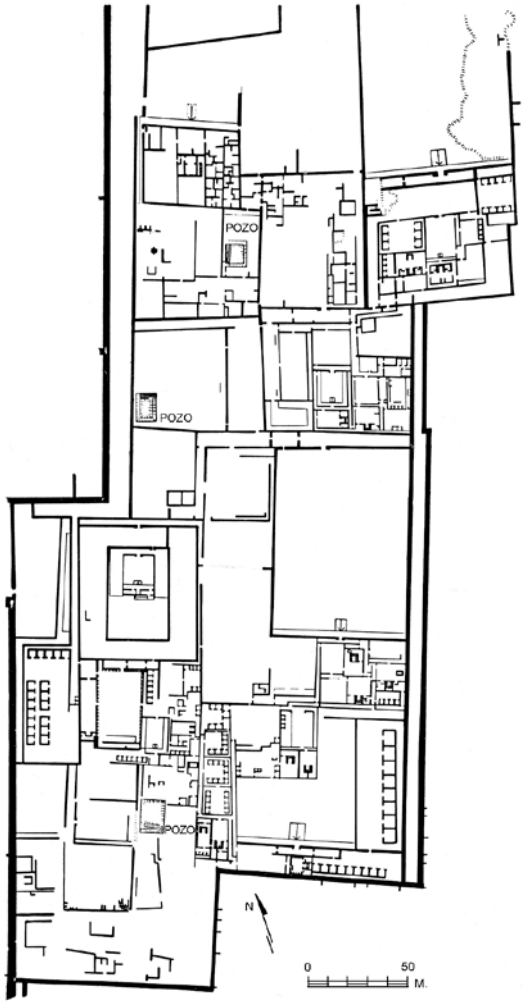


Fig. 391 – Chan Chan: plano de la unidad 6 correspondiente a un complejo arquitectónico de elite (redibujado de Klymyshyn 1980: fig. 3).

menor escala, de los atributos formales de la arquitectura de los complejos político-administrativos, e igualmente en los patrones dominantes de orientación, acceso, circulación y distribución de las estructuras que estas contienen.

Estos complejos arquitectónicos de elite no debieron responder únicamente a posibles funciones de tipo residencial, a las que ya nos hemos referido líneas arriba, sino también a una vasta gama de actividades públicas y administrativas. Esto se deduce de la existencia de muchos recintos que contienen exclusivamente audiencias y estructuras de almacenamiento. En otros casos se dan complejos que combinan sectores con este tipo de estructuras, con otros que pudieron corresponder a fines residenciales o de otro tipo. Estas estructuras de posible función residencial, en su mayoría, están asociadas a la presencia de pozos que permitían el abastecimiento de agua de quienes vivían dentro de este tipo de complejos.

Por lo general, los trabajos referidos a Chan Chan privilegian la identificación de estos

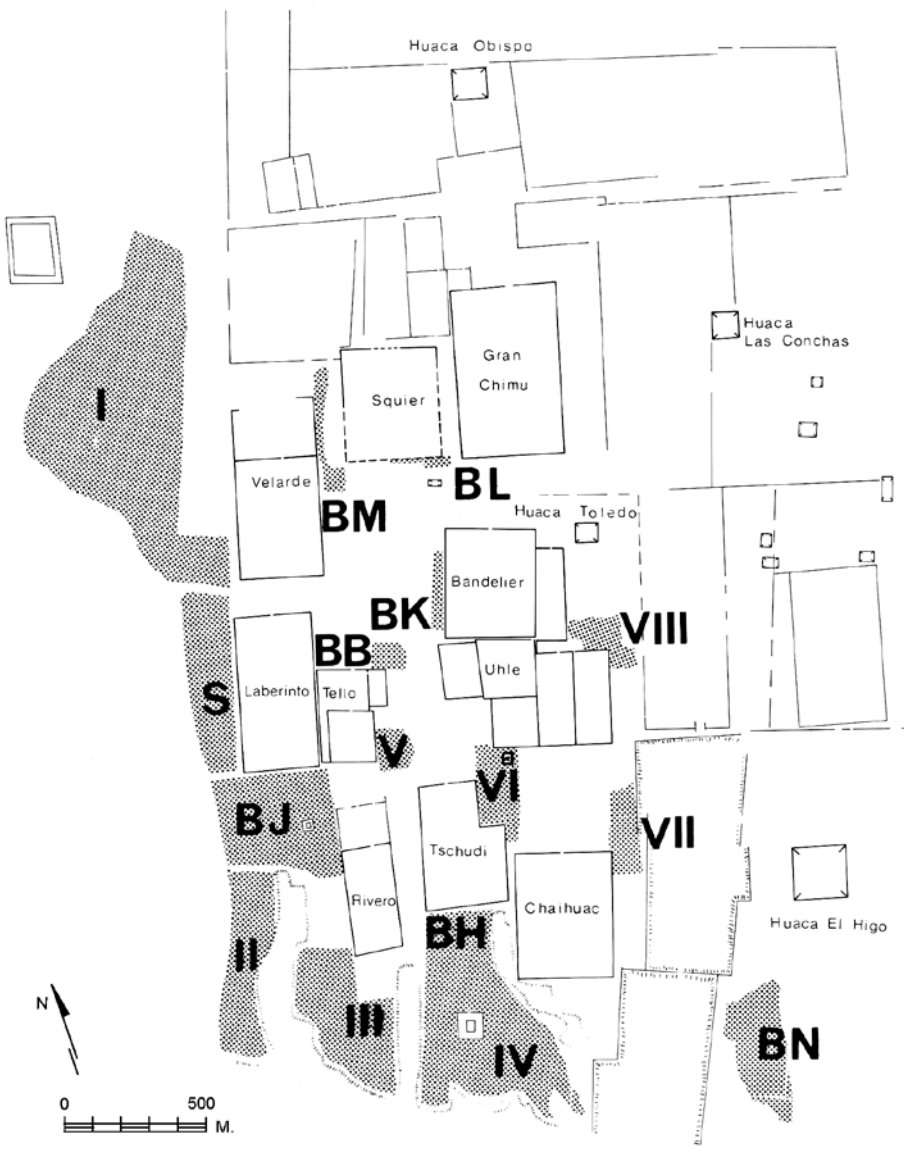


Fig. 392 – Chan Chan: plano de la ciudad donde destacan los sectores ocupados por los denominados «barrios populares» (redibujado de Topic 1980: fig.1).

complejos arquitectónicos con las zonas residenciales de los funcionarios y nobles de la sociedad chimú (Klymyshyn 1980; 1982). Sin embargo, hemos mencionado la existencia de muchos complejos con estructuras de evidentes fines de tipo administrativo o quizá productivo. En este sentido, dada la gran complejidad de la sociedad chimú, se puede suponer que muchos de estos complejos urbanos correspondieron a la actividad de diferentes instituciones presentes en una sociedad como la chimú, caracterizada por una acentuada división social del trabajo.

Los barrios populares

En la periferia del área nuclear de la ciudad de Chan Chan, especialmente al sur y al oeste, así como también dentro del área nuclear ocupada por los complejos político-administrativos y los complejos arquitectónicos de elite, se encuentra una arquitectura que difiere radicalmente de la descrita líneas arriba. Se trata de áreas que presentan una fuerte aglomeración de estructuras sin mayor orden o planificación en su trazo. Esta arquitectura es generalmente de carácter rústico, sus muros están hechos de cantos rodados, principalmente, y son de escasa altura —aproximadamente cincuenta centímetros de alto—, sirviendo de base a estructuras elaboradas con la técnica de la quincha, con techos del mismo material soportados por horcones de madera.

Estas estructuras de función habitacional y productiva se encuentran dentro de recintos de distintas formas, aunque con una cierta tendencia a la ortogonalidad. Estos conjuntos estaban separados por pasajes que permitían la

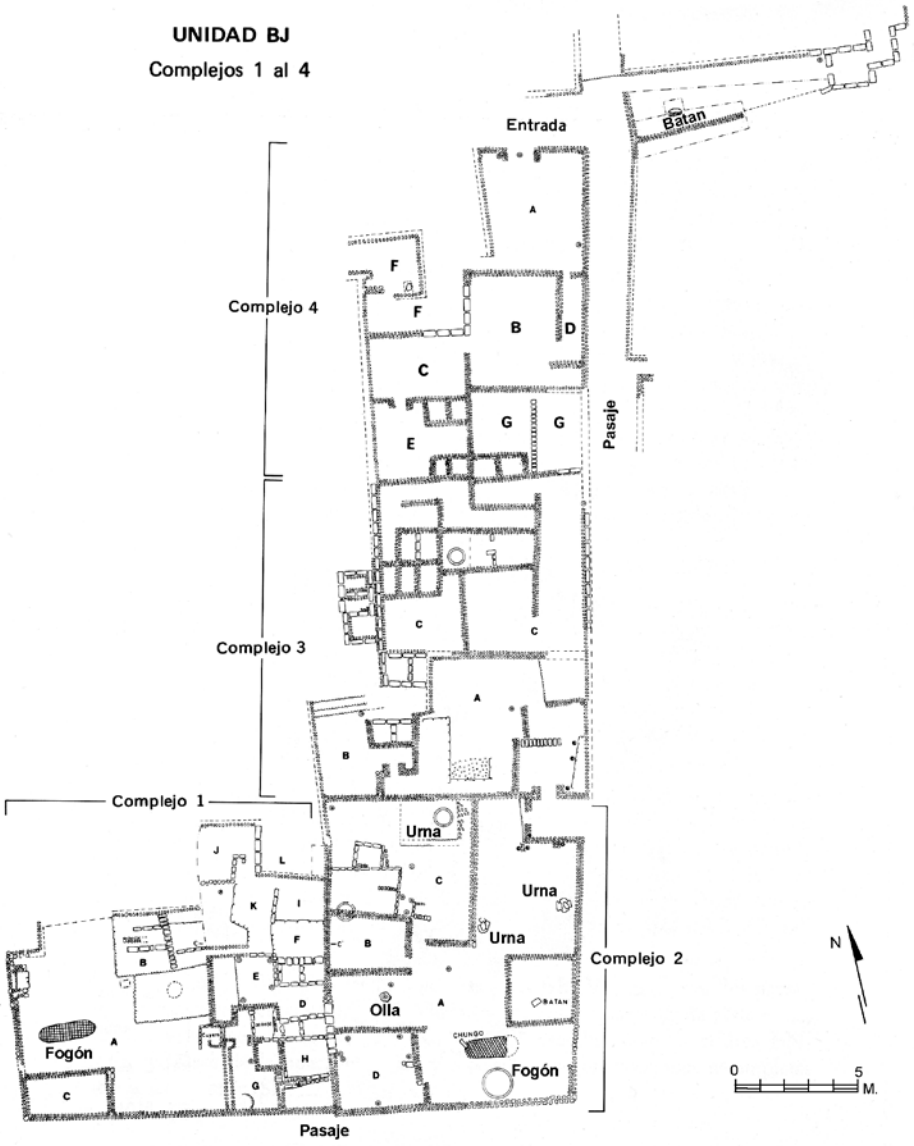
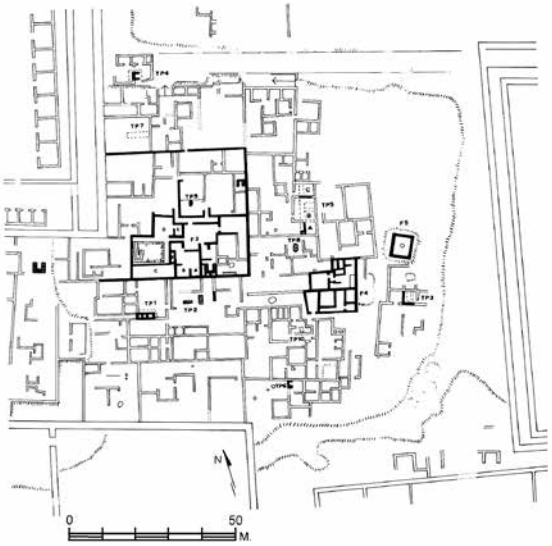


Fig. 393 – Chan Chan. Plano de conjuntos en un barrio (redibujado de Topic 1980: fig. 2).

comunicación entre ellos y articulaban los barrios con el resto de la ciudad. En las áreas libres de los conjuntos de carácter habitacional se ha registrado el desarrollo de actividades domésticas asociadas a la presencia de fogones, batanes y otras evidencias de la preparación de alimentos, de la crianza de animales de corral y, en general, de la vida cotidiana de estos pobladores.

Pero es de fundamental importancia destacar el hecho de que en estos barrios se registra también la presencia de una serie de actividades productivas, mayormente vinculadas con las manufacturas. Estas actividades están presentes desde los niveles domésticos hasta el de los talleres especializados, dedicados a la elaboración de textiles, cerámica, metalurgia y orfebrería, abalorios, objetos de madera, etcétera. Las evidencias de producción de manufacturas de tipo especializado en estas áreas son de tal magnitud

Fig. 394 – Chan Chan. Plano de conjuntos asociados a caravaneros (redibujado de Topic 1990: fig. 13).



que permiten suponer que el grueso de la población de estos barrios tenía como ocupación principal este tipo de actividades productivas (Topic 1980; 1982; 1990).

Las excavaciones arqueológicas realizadas en estos sectores de la ciudad han permitido establecer algunas diferenciaciones de carácter funcional. Este es el caso de los llamados «barrios» populares con población dedicada a la producción artesanal, principalmente; de ciertos sectores con viviendas que parecen corresponder a las personas adscritas al servicio de la elite de los complejos político-administrativos y que se ubican en las proximidades de estas; y de estructuras con corrales posiblemente asociadas con grupos de tratantes o mercaderes relacionados con el manejo de las caravanas de llamas y el intercambio a distancia a lo largo de la costa norte y hacia las regiones cordilleranas.

El urbanismo de Chan Chan

A primera vista Chan Chan presenta una imagen contradictoria, en la que destaca la extrema planificación de determinados complejos, como en el caso de los complejos político-administrativos, y de otro lado una traza urbana en la que no se aprecia un ordenamiento muy claro y menos aún la existencia de determinados ejes directrices o de sistemas de circulación acordes con una ciudad de su naturaleza. Sin embargo, el panorama resulta algo más comprensible si tenemos en cuenta que la ciudad que apreciamos refleja su estado final, correspondiente a las fases tardías en la que se acumuló toda una secuencia de desarrollo y remodelaciones que se sucedieron a lo largo de más de cinco siglos (900 al 1450 d.C.) de evolución histórica.

Hoy en día sabemos que la ciudad se fundó a escasa distancia del mar, con la construcción de complejos como Chayhuac y Uhle, prosiguiendo posteriormente su avance hacia el norte con la construcción de los grandes cercados asociados al complejo Gran Chimú, que correspondería a la época de máxima expansión (1150-1300 d.C.). Posteriormente, este plan de desarrollo urbano sufrió una aparente involución, caracterizada por la construcción de nuevos complejos en los espacios libres dejados entre los preexistentes, de modo tal que el desarrollo urbano retorna sobre sus propios pasos, aproximándose nuevamente al mar con la construcción de complejos político-administrativos tardíos como Velarde, Bandelier, Tschudi y Rivero.

La ciudad en sus inicios habría partido de un modelo urbanístico, conformado por un gran recinto rectangular, que a su vez se subdividía en tres mediante grandes murallas de adobe. En el sector central se ubicaría como elemento nuclear el complejo político-administrativo o «ciudadela»; en el sector al este se instalarían algunas plataformas de aparente función ceremonial; mientras que el sector oeste posiblemente habría sido asignado para la instalación de edificaciones menores, destinadas a los sectores habitacionales y a la producción de manufacturas.

Este modelo se reiteraría en la sucesiva expansión de la ciudad hacia el norte, conforme se desarrollaban nuevos sectores que tenían por centro sus respectivas «ciudadelas». De acuerdo a esta hipótesis, hasta culminar con la expansión correspondiente al sector dominado por el complejo Gran Chimú, el desarrollo de la ciudad habría sido relativamente ordenado, pero por algún motivo las siguientes etapas de su crecimiento se desarrollarían reocupando las zonas previamente urbanizadas, lo que habría significado grandes eventos de remodelación sobre sectores urbanos preexistentes, o el adosamiento de nuevos complejos y edificaciones en las áreas disponibles, generándose así esa impresión algo caótica que presenta la imagen de la ciudad en su última ocupación y cuyas ruinas conocemos hoy (Williams 1986-1987).

Los complejos político-administrativos tempranos serían los denominados Chayhuac y Uhle, a los que les sigue Gran Chimú, que con su extenso proyecto sella la máxima expansión urbana de la ciudad. A estos luego le seguirían Velarde, Laberinto, Squier, Rivero, Bandelier y Tshudi, sumando así nueve «ciudadelas». Se ha sugerido que esta particular forma de desarrollo urbano se explicaría a partir del hecho que los distintos complejos político-administrativos, el eje nuclear de la ciudad, corresponderían a los sucesivos palacios que erige la dinastía de gobernantes de este poderoso Estado. En este sentido, se ha planteado la hipótesis de que el número de dichos complejos correspondería aproximadamente al número de gobernantes que habría tenido la ciudad (Rowe 1970a). De esta manera, cada gobernante habría construido como sede de su poder político su propio palacio, en el que se centralizaban las actividades relacionadas con la administración estatal conducida por los funcionarios de su corte. En estos complejos se concentraba una gran cantidad de bienes, en el marco de una política redistributiva que constituye una de las fuentes de poder del gobernante, y a su muerte habrían sido convertidos en una suerte

Fondo Editorial PUCP

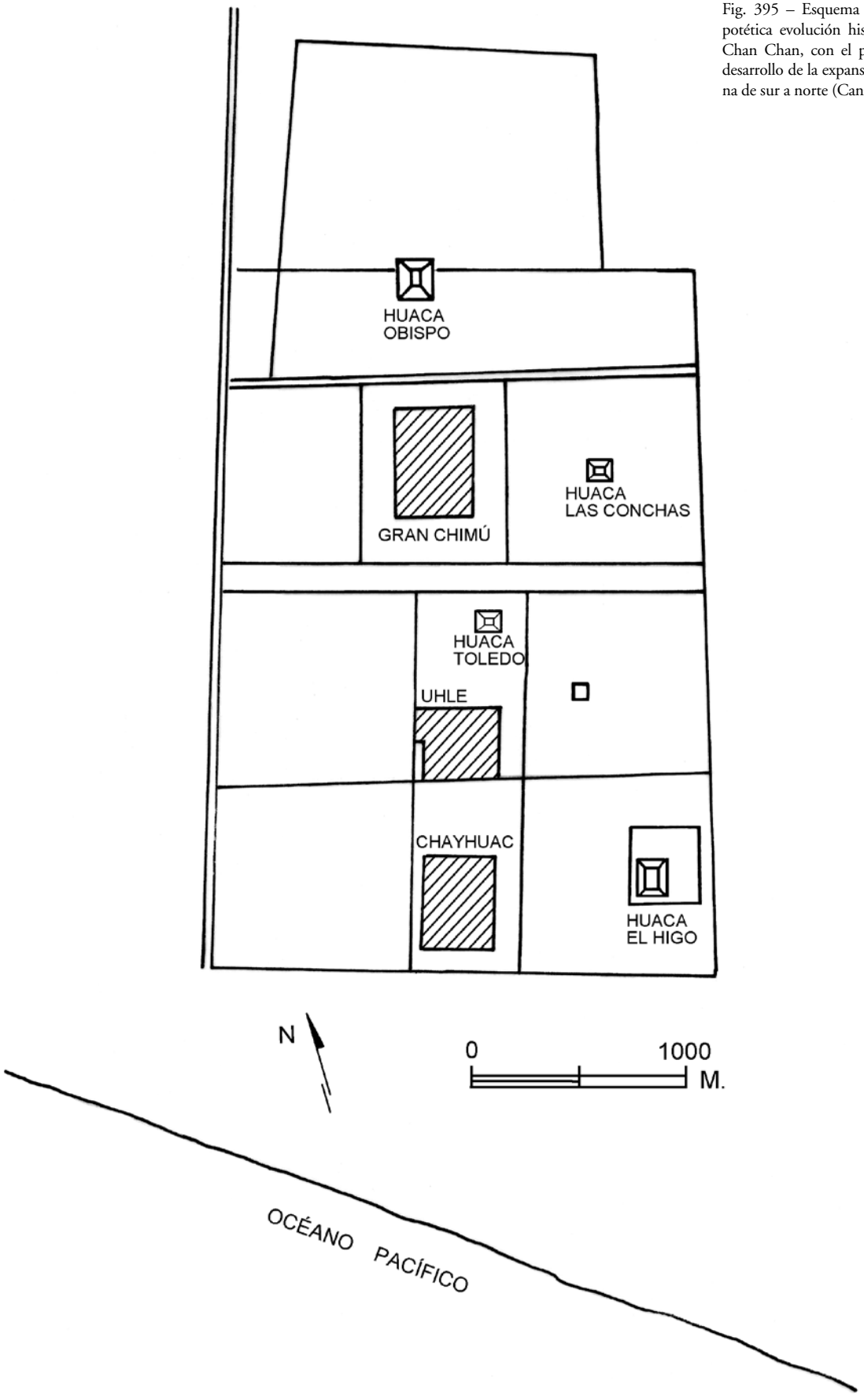


Fig. 395 – Esquema de la hipotética evolución histórica de Chan Chan, con el progresivo desarrollo de la expansión urbana de sur a norte (Canziani).

de mausoleos, edificándose dentro de las ciudadelas sendas plataformas funerarias destinadas a contener la tumba real y las de los miembros de su corte.

En la lógica de esta misma hipótesis, el nuevo gobernante, heredero del poder político en el marco de un sistema de «herencia dividida», quedaba obligado a proseguir la política de conquistas territoriales o a la ejecución de nuevas obras públicas que le permitieran adquirir las rentas para el sustento de su propia corte. De otro lado, la corte y los parientes del gobernante difunto habrían proseguido la administración de sus bienes y gozado de las rentas obtenidas por este. Bajo este esquema, la máxima expansión urbana, asociada a la construcción del complejo Gran Chimú, coincidiría con la expansión del Estado a los valles de Lambayeque y posteriormente hasta Tumbes por el norte, mientras hacia el sur la expansión habría llegado hasta los valles de Pativilca.

En todo caso, estas son hipótesis que deberán necesariamente ponerse a prueba mediante el desarrollo de las futuras investigaciones. Lo que es un hecho comprobado es la existencia de complejos político-administrativos ya abandonados en el momento en que se construyen otros más recientes, como se constata con la construcción de los complejos Bandelier y Velarde, que afectan seriamente, si no es que clausuran definitivamente, los accesos al norte de los complejos Uhle y Laberinto, respectivamente. Por otra parte, este esquema hipotético se complica con el hallazgo, en excavaciones realizadas en el complejo Tshudi, de edificaciones preexistentes que fueron remodeladas cuando se les superpuso la construcción de un nuevo complejo.

Clases sociales y estructura urbana

De las peculiares características urbanas de una ciudad como Chan Chan emergen una serie de elementos que permiten la construcción de inferencias sustantivas acerca de su organización social. En este sentido, la organización del asentamiento refleja una fuerte estratificación, con clases sociales distintas ocupando diferentes áreas urbanas y con una arquitectura que expresa claramente estos niveles de diferenciación social. Las diferencias sociales, derivadas de la distinta participación en los procesos productivos y las formas de distribución de la riqueza entre los distintos sectores de la población urbana, además de expresarse en la arquitectura, han sido documentadas inclusive en aspectos propios de la vida cotidiana y del acceso a los servicios urbanos por parte de los habitantes de la ciudad.

Los enormes amurallamientos, que encierran los complejos político-administrativos y la existencia en estas de un único acceso, fuertemente controlado y restringido, grafican claramente una separación neta entre la elite gobernante y los restantes sectores sociales. Estas características, aunque en menor grado, son compartidas por los complejos menores, asociados a las residencias de la elite y a distintos tipos de edificaciones administrativas. En este sentido, basta constatar que los miles de metros cuadrados destinados al almacenamiento de distintos productos y de bienes suntuarios están concentrados casi exclusivamente en este tipo de complejos. Igualmente, en lo que a acceso a los servicios urbanos se refiere, estos sectores sociales, como se ha visto, cuentan con abundantes pozos de agua de uso exclusivo y directo dentro de estos recintos.

De otro lado, los sectores populares habitantes de los barrios construidos con materiales perecederos cuentan con escasos espacios de depósito, los que en su mayoría están asociados al almacenamiento de materias primas, de instrumentos y de productos propios de las manufacturas que allí se desarrollaban, dependiendo para el abastecimiento de los productos alimenticios y de los bienes que no producen del sistema redistributivo del Estado en el cual los términos del intercambio debieron favorecer a este último. En cuanto al acceso a servicios, como el abastecimiento de agua, se observa tan solo la existencia de algunos pozos de tipo comunal que abastecen en conjunto a la población de los distintos barrios.

Chan Chan y su entorno territorial

Uno de los aspectos que más destaca en el desarrollo urbano de Chan Chan es su asociación con el desarrollo de grandes obras públicas. Este es el caso de las obras de canalización para la irrigación artificial y la habilitación de nuevas tierras de cultivo, que interesan la margen derecha del valle de Moche. Estas obras de irrigación comprendieron en un determinado momento la ejecución de una ambiciosa obra de canalización, como fue la del canal de La Cumbre, cuya extensión alcanza más de ochenta kilómetros de recorrido, con la finalidad de derivar aguas de la cuenca del río Chicama a la del río Moche, de menor caudal (Ortloff 1981).[11]

Fondo Editorial PUCP

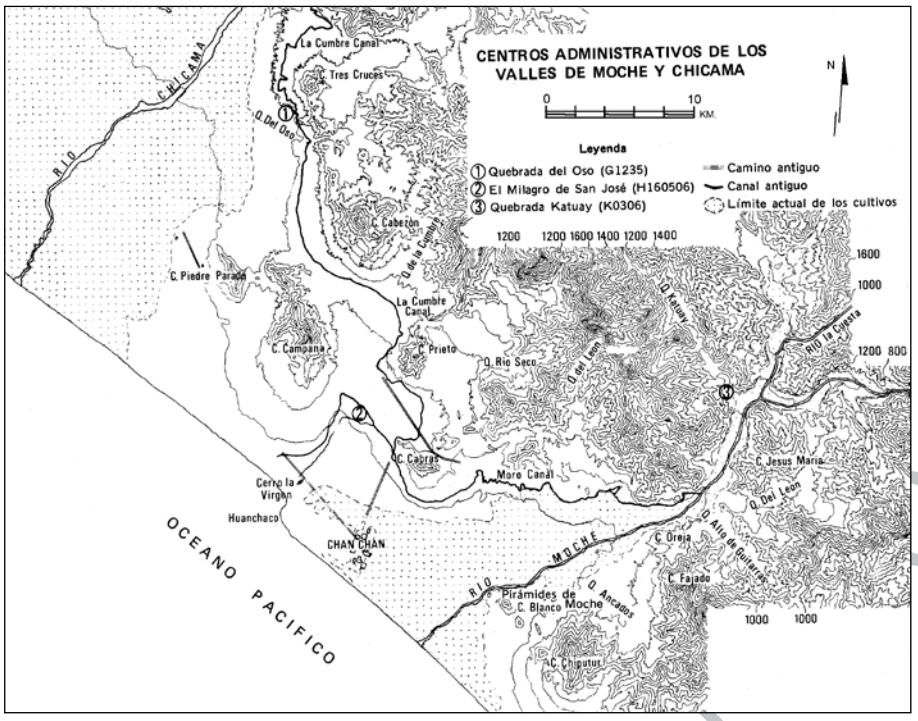


Fig. 396 –Valle de Moche con la expansión agrícola asociada al canal La Cumbre y la ubicación de Chan Chan y algunos complejos administrativos rurales chimú (redibujado de Keatinge 1980: fig. 1).

Estas obras públicas habrían sido de fundamental importancia para el Estado chimú, al tener la finalidad de extender las áreas disponibles para la producción agrícola por encima del piso aluvial de estos valles, integrando las pampas y laderas eriazas que se ubicaban sobre sus márgenes. Este es especialmente el caso del sector denominado pampa de La Esperanza, al norte de la ciudad de Chan Chan. Se ha sugerido también un propósito colateral al de la irrigación, que habría sido incrementar el acuífero de la napa subterránea, por la importancia vital que esta tenía para el abastecimiento de agua de los pozos de la ciudad.

En estos sectores de expansión agrícola, relacionados con el canal La Cumbre, se registra la presencia de algunos complejos administrativos, como Quebrada del Oso y El Milagro de San José (Keatinge 1980: fig. 1). Estos sitios están estrechamente asociados a canales secundarios y a sistemas de campos de cultivo, y si bien sus edificios están construidos con mampostería de piedra, sus rasgos son propios de la arquitectura chimú. Estos complejos presentan plantas rectangulares y una traza ortogonal de los ambientes interiores, que se conectan entre sí mediante corredores de recorrido laberíntico, mientras los vanos de las puertas están resaltados con machones o pilastras en sus jambas.

Se reporta en estos complejos estructuras similares a las «audiencias» y algunos de los ambientes principales lucen nichos o incorporan alacenas (ibid.: figs. 2-5). Estos rasgos arquitectónicos, a los que hay que agregar el desarrollo de patios, banquetas y rampas, así como la presencia de ambientes de cocina —en una posición muy similar a la que se presenta en los complejos político-administrativos de Chan Chan— sugeriría que también en algunos de estos complejos rurales se desarrollaran actividades de representación pública por parte de los funcionarios destacados en ellas, que en este caso debieron estar relacionadas con las formas de movilización de la población convocada para el mantenimiento de las obras de irrigación o para el desarrollo de las labores de cultivo en los campos.

Una población ciertamente numerosa, como la que habitaba en Chan Chan, principalmente desligada de los trabajos agrícolas e involucrada en la producción de manufacturas o de servicios especializados, requería necesariamente del

[11] Además de la enorme envergadura constructiva, una obra hidráulica de esta naturaleza implica un reto mayor de ingeniería, ya que en el diseño del canal es preciso ubicar el punto de la bocatoma y definir el trazo y sección del canal, de forma tal que el caudal de agua transcurra con la pendiente ideal en todo este complicado recorrido. A lo que hay que agregar un factor condicionante a resolver, es decir, trasponer la cota del nivel del abra o divisoria entre el valle del Chicama y el de Moche en el sector que se ubica al noreste del cerro Campana (Ortloff 1981).

Fondo Editorial PCP

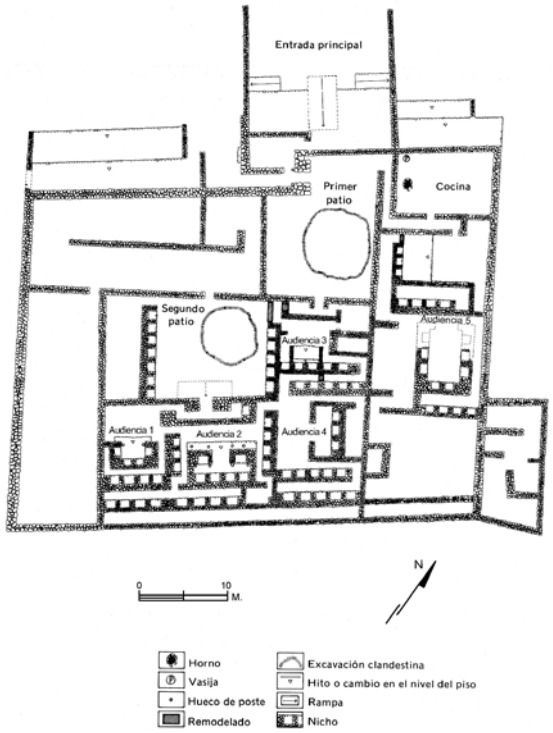


Fig. 397 – Complejo administrativo rural El Milagro de San José (redibujado de Keatinge 1980: fig. 3).

aprovisionamiento de ingentes cantidades de productos agrícolas, que en gran parte debieron provenir del propio valle de Moche. Esto explicaría el énfasis y la notable inversión de esfuerzos en el desarrollo de este tipo de grandes obras públicas orientadas a la expansión agrícola.

Se ha sugerido que el posible colapso de parte de esta infraestructura, debido a fenómenos naturales como El Niño, y la consiguiente disminución del acuífero habrían sido una de las causas del estancamiento de la expansión de Chan Chan hacia el norte y de su retroceso nuevamente hacia el litoral, donde la napa freática era más elevada y permitía el continuo abastecimiento de agua (Kolata 1990). En todo caso, la eventual reducción de la superficie cultivada en los alrededores de la ciudad no debió afectar seriamente su poder económico, sustentado en el control de la mayor parte de los valles de la costa norte, justamente los más amplios y prósperos de la costa desértica del Perú. Finalmente, luego de la conquista inca de la costa norte y la consiguiente desarticulación de las clases dominantes del Estado chimú, la ciudad fue languideciendo hasta su abandono definitivo.

Manchán

Así como se ha destacado la expansión del Estado Chimú hacia los valles de Lambayeque y aún más al norte hasta Tumbes, simultáneamente esta expansión se habría orientado en sucesivas etapas hacia los valles de la costa ubicados al sur de su área nuclear establecida, en los valles de Moche y Chicama. Si bien en algunas crónicas coloniales tempranas se señala que esta expansión hacia el sur habría finalmente interesado la costa central, llegando inclusive hasta el norte de la comarca de Lima, arqueológicamente no se reporta ningún asentamiento y menos algún centro urbano que se pueda asociar a esta supuesta expansión.

La costa central podría haber sido una región con la cual el Estado chimú estableció evidentemente contacto y algún tipo de intercambio, pero donde este no habría implantado alguna forma de control territorial. Por lo tanto, a partir de las evidencias disponibles, lo que sí se puede afirmar con seguridad es que esta frontera sur se habría consolidado en los valles de Casma, con posibles proyecciones de su límite hasta los valles de Pativilca, donde se encuentra la fortaleza de Paramonga.[12] La suposición de que los dominios de la elite chimú, establecida en la capital de Chan Chan, debieron tener como frontera efectiva el valle de Casma, se sustenta en la ubicación en este valle de Manchán, un importante centro urbano afiliado a la ocupación chimú en la región y que, como tal, habría cumplido el rol de principal centro provincial en el territorio de sus alejados dominios sureños (Mackey y Klymyshyn 1990).

El asentamiento se localiza en una quebrada transversal a la margen izquierda del valle de Casma, a unos doce kilómetros del litoral. Esta localización resulta central con relación a la mayor concentración de tierras irrigables que corresponde a la confluencia de los ríos Casma y Sechín, y respecto a la ubicación de otros centros de menor nivel jerárquico y asentamientos aldeanos afiliados a Chimú en el valle (ibid.: 200-203; fig. 2). Por otra parte, la quebrada donde se localiza el sitio constituye una vía natural de salida desde el valle

[12] Si bien en la literatura arqueológica se encuentran innumerables referencias a Paramonga como un sitio afiliado a la expansión sureña del Estado chimú, no conocemos estudios detallados que definan tanto la naturaleza de esta ocupación en el sitio, como tampoco la extensión y características generales del asentamiento más allá de la evidente presencia del complejo monumental (Langlois 1938).

Fondo Editorial PUCP

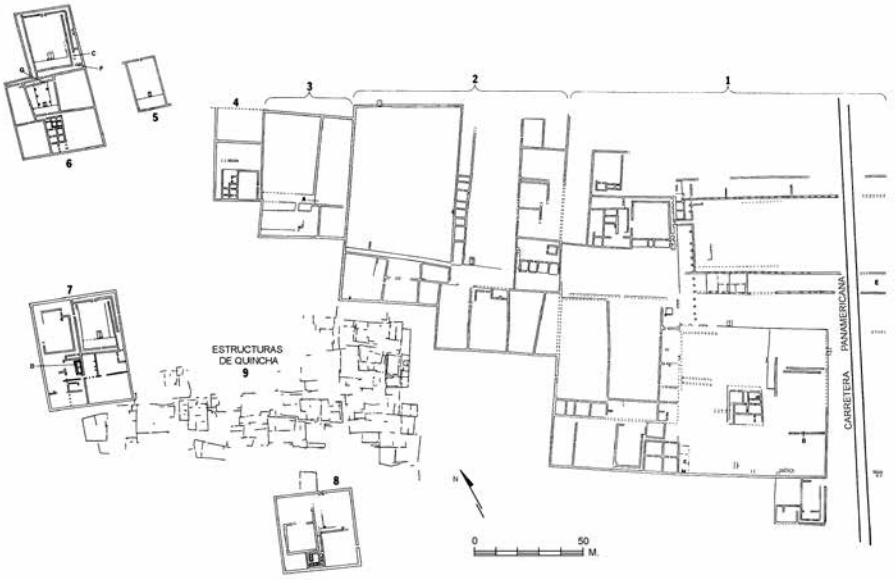


Fig. 398 – Manchán. Plano general (redibujado de Mackey y Klymiyshyn 1981: fig. 1).

con dirección al sur, hacia los valles de Culebras y Huarmey, que se encuentran respectivamente a 65 y 80 kilómetros de distancia a través de un largo tramo desértico.

Manchán alcanza una extensión de 64 hectáreas y está conformado principalmente por nueve complejos construidos con muros de adobe. Los complejos más tempranos serían cuatro, que se presentan aglutinados y que se habrían desarrollado adosándose unos a otros y sin comunicación entre sí, a partir del Complejo 1, el mayor de ellos que se localiza al este del sitio. De acuerdo a la secuencia de desarrollo propuesta, los cinco complejos independientes serían más tardíos, tanto por encontrase al oeste, como por sus rasgos arquitectónicos y los materiales culturales asociados (ibid.: 205). Sin embargo, a partir del examen del plano publicado de un importante sector del sitio (Mackey y Klymyshyn 1981: fig.1), podemos plantear dos observaciones puntuales a esta propuesta: a) los complejos denominados 1 y 2, por su gran extensión y distribución espacial, parecen en realidad haber estado conformados por más de un complejo cada uno; b) más allá de las posibles diferencias cronológicas planteadas con relación a los complejos aglutinados, el planeamiento distinto de los complejos aislados y los rasgos arquitectónicos que estos consistentemente comparten, a nuestro entender, estaría expresando la existencia de una sustancial diferencia funcional entre estos y los aglutinados.

Se reportan en los complejos presentes en el asentamiento algunos rasgos característicos de la arquitectura propia del Estado chimú. Este es el caso de lo que las investigadoras del sitio denominan «variantes de audiencias», ya sea por que se trata de estructuras arquitectónicas algo semejantes formalmente a las clásicas audiencias de Chan Chan, como también por su asociación a estructuras de depósito. Estas estructuras tipo audiencia —de las que en Manchán se reportan cinco casos— se encuentran en conglomerados de recintos que incluyen también de cuatro a más estructuras de depósito. En algunos de los complejos presentes en Manchán, además de estos rasgos característicos de la arquitectura chimú, están presentes también los típicos accesos con recorrido laberíntico y los corredores que conectan con recintos que presentan banquetas, nichos y rampas, y desde los cuales se accedía a las audiencias y a los depósitos (ibid.: 199).

En todo caso, se advierte que la calidad formal y constructiva de la arquitectura de estos complejos es bastante inferior, si la comparamos con la que presentan los complejos monumentales y la arquitectura intermedia de la ciudad de Chan Chan. Estas características, sumadas a la escasa presencia de bienes de prestigio; la existencia de tan solo unos cincuenta depósitos; y evidencias del desarrollo al interior del sitio de algunos procesos de producción de manufacturas de menor calidad y orientadas al autoconsumo, permiten a las investigadoras postular —desde la perspectiva provincial de este centro urbano— la hipótesis de la existencia de un alto grado de centralización política y económica ejercida desde la capital de Chan Chan. En el sentido de que un centro administrativo de segundo orden jerárquico respecto a la capital, como es Manchán, posiblemente alojaba una burocracia carente de muchos de los privilegios y servicios que, por el contrario,

Fondo Editorial PUCP

habrían disfrutado los miembros de la nobleza residentes en la capital (ibid.: 210-212).

En todo caso, es de notar que las diferencias de este centro provincial sureño serían bastante mayores que las que presentaban los contemporáneos centros provinciales norteños con relación a Chan Chan. Esta mayor distancia jerárquica de los centros sureños podría explicarse, entre otros aspectos, por la menor importancia agrícola de sus valles; una población bastante más reducida; la escasa explotación de otros recursos, como los mineros; sin olvidar las mayores dificultades logísticas que debió representar entrelazar los valles separados por amplias zonas desérticas, que caracterizan la geografía de esta región. Por el contrario, las prósperas condiciones productivas que ofrecían los valles norteños, y la relativa proximidad entre estos, habría fomentado la instalación de centros provinciales chimú en cada uno de ellos (ibid.: 215-218).

Finalmente, al oeste y sur del sitio se ha registrado la presencia de sectores con estructuras construidas con la técnica de la quincha, y que se presume podrían ser equivalentes a los denominados «barrios populares» de Chan Chan (Moore 1981). Las notables diferencias arquitectónicas existentes entre los complejos y estas construcciones de quincha, además de la distribución diferencial de los artefactos culturales, permitirían inferir la presencia en el sitio de por lo menos dos niveles de clases sociales. Si bien se puede suponer que la mayoría de estas estructuras tuvieron funciones habitacionales, las investigaciones preliminares permiten advertir la posible presencia de talleres dedicados a la producción de determinadas manufacturas. Este es el caso de la excavación de una unidad que evidenció un área con múltiples fogones, que parece haber estado asociada a la preparación de chicha (ibid.: 117-120).

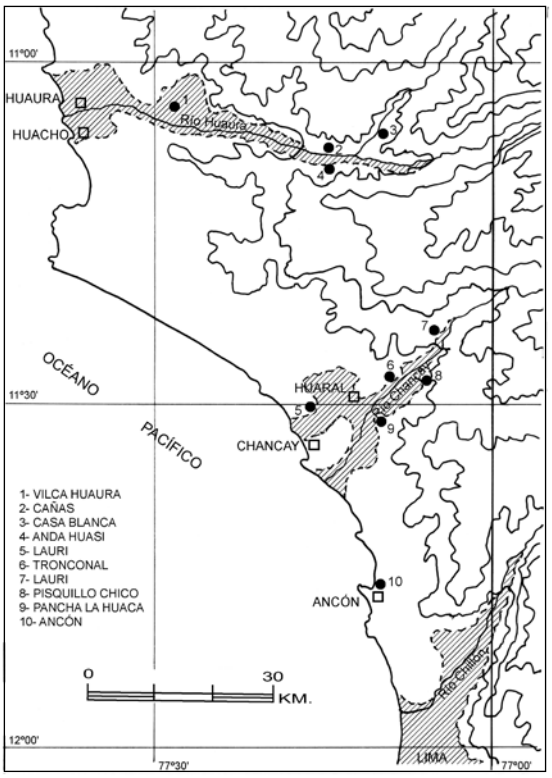


Fig. 399 – Mapa de distribución de sitios chancay en los valles de Huaura y Chancay (redibujado de Krzanowski 1991: fig. 1).

Chancay y sus asentamientos urbanos

Esta cultura relativamente poco conocida —especialmente en lo que se refiere a su arquitectura y urbanismo— se desarrolló en la costa central, en los valles de Huaura y Chancay, aunque también se reporta su presencia algo más al sur, asociada a enterramientos en la caleta de Ancón y en el valle del Chillón. Lamentablemente, durante décadas las tumbas de sus cementerios y asentamientos han sido objeto de un bárbaro y devastador saqueo, a raíz de la comercialización incontrolada de sus piezas arqueológicas, especialmente sus ceramios y textiles, convertidos en meros elementos de decoración en los salones de la sociedad limeña (Horkheimer 1970).

Esta intensa actividad, así como una irresponsable expansión agrícola, ha derivado en la destrucción y alteración de gran parte de sus más importantes asentamientos, como Huaral Viejo, Lauri, Lumbra y Pisquillo Chico, que —según se aprecia en las fotografías aéreas de los años cuarenta— eran muy extensos y presentaban una organización compleja de aparente carácter urbano. Es evidente que la acción vandálica que ha sufrido el patrimonio de la cultura Chancay representará un lastre irreversible para el pleno conocimiento de esta interesante sociedad costeña.

La calidad excepcional de la cerámica chancay manifiesta que sus hábiles ceramistas, si bien siguieron determinadas pautas en el desarrollo de ciertas formas y representaciones, gozaron de una amplia libertad logrando piezas de una extraordinaria belleza y expresividad artística. Por otra parte, los textiles chancay representan uno de los más importantes logros en el arte de esta sociedad. Se desarrollaron en este campo una serie de recursos técnicos, entre los cuales se puede mencionar los tapices, bordados, brocados, en-

Fondo Editorial



Fig. 400 – Foto aérea de un posible sector del asentamiento de Pancha La Huaca ya desaparecido (Servicio Aerofotográfico Nacional; Kosok 1965).

cajes de hilo y gasas de una extraordinaria finura y despliegue técnico, que presentan figuras de aves, peces y otros animales, como los felinos. Además se desarrolló la pintura sobre tela y un importante arte plumario.

Todo este notable conjunto de expresiones y alto nivel de desarrollo de las manufacturas chancay debió comprometer evidentes grados de especialización y la segregación espacial de procesos productivos que, por lo general, se concentran en centros urbanos y se asocian a un modo de vida urbano de sus productores. Esta perspectiva interpretativa nos permite en parte explicarnos el desarrollo urbano alcanzado por muchos de sus asentamientos, lo que hoy es difícil de entender no solo por la destrucción que los ha afectado irremediablemente, sino también por que lo que resta de ellos permanece sin investigar y, por lo tanto, desligado de las extraordinarias realizaciones de sus habitantes.

Algunos alcances acerca de las características del urbanismo y la arquitectura chancay nos los proporcionan los trabajos conducidos por Krzanowski (1991), que se concentraron en los sitios de Pisquillo Chico y Lauri, ubicados en el valle de Chancay. Estos asentamientos principales se establecieron en planicies ubicadas por encima del límite de los campos de cultivo y en ellos se puede observar sectores densamente edificados y otros destinados a cementerios. Tuvieron estos asentamientos una gran extensión, ya que si se excluye los sectores correspondientes a los cementerios, en ellos el área edificada superaba las veinte hectáreas.

En Pisquillo Chico, que aún presenta una mejor conservación, se pueden reconocer cuatro

Fondo Editorial P

Fig. 401 - Foto aérea del sitio de Cuyo en el valle de Chancay (Servicio Aerofotográfico Nacional; Kosok 1965).



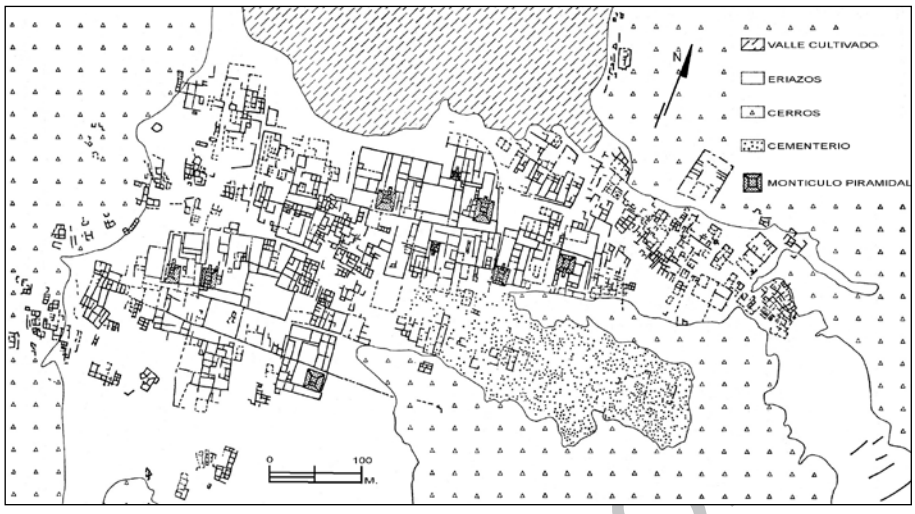


Fig. 402 – Pisquillo Chico. Plano general del asentamiento ubicado en el valle de Chancay (redibujado de Krzanowski 1991: fig. 1).

sectores o «barrios» que presentan diferentes tipos de arquitectura. Entre estos destaca el sector central del asentamiento, donde se concentran plazas y seis complejos que integran edificaciones piramidales. Estos edificios piramidales, construidos con adobe, principalmente, son de planta rectangular con plataformas escalonadas dotadas de rampas, frente a los cuales se ubica una plaza cercada por una gruesa muralla. A los lados de esta plaza es frecuente observar el alineamiento de compartimientos, que posiblemente funcionaron como depósitos. Estas edificaciones piramidales estaban rodeadas por recintos rectangulares y otros edificios menores que, en conjunto, conformaban complejos de evidente carácter público.[13]

Al suroeste del sitio hay otro sector que presenta por lo menos tres montículos, que sumados a los seis del sector central, resultan en la presencia de nueve de estos complejos en Pisquillo Chico. Entre estos complejos, como en otros sectores del asentamiento, se encuentran conjuntos de edificios que parecen haber correspondido a residencias de los miembros de la elite, caracterizándose por presentar una gran cantidad de recintos asociados a plazuelas.

En los extremos al este y oeste del sitio se localizan dos sectores que deben de haber concentrado el grueso de la población, a deducir de la alta densidad de las estructuras construidas una al lado de la otra. Tanto la concentración y dimensiones reducidas de estas edificaciones, como el hecho de que estén construidas mayormente con piedra de campo, permiten suponer que corresponderían a los lugares de vivienda de los sectores populares del asentamiento.

Al sur del sitio se localiza el cementerio asociado al asentamiento. Este se segrega parcial-

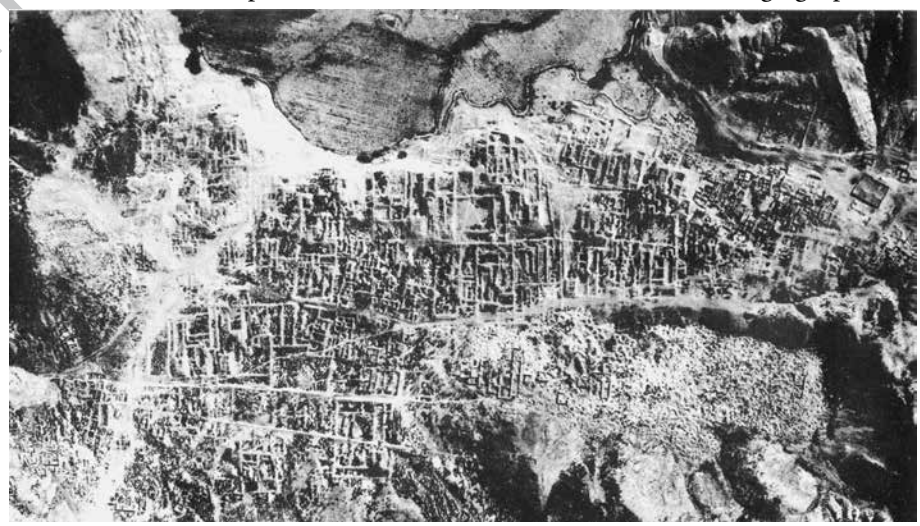


Fig. 403 – Pisquillo Chico. Foto aérea del asentamiento (Servicio Aerofotográfico Nacional; Kosok 1965).

[13] Este modelo arquitectónico, recurrente en los principales sitios chancay, tiene una estrecha semejanza con las pirámides con rampa presentes en Pachacamac y en otros sitios de la comarca de Lima.

Fondo Editorial PUCP

mente al estar separado de los sectores edificados por una cresta del cerro, que corre de este a oeste, formando una pequeña quebrada que fue totalmente ocupada por el cementerio. Esta especial localización del cementerio restringía su acceso, siendo este posible tan solo desde o a través del asentamiento (ibid.: 39-44, fig. 2). Si bien en el estudio de Krzanowski no se hace referencia a la existencia de calles o pasajes, tanto en la foto aérea como en el plano publicado de Pisquillo, se aprecia la posible presencia de pasajes o vías de circulación que corren de este a oeste y transversalmente de norte a sur.

En el caso de Lauri, si bien la destrucción ha sido mayor, se ha observado en la parte central del sitio una configuración similar a la de Pisquillo Chico, ya que aquí también se concentraron unos seis complejos con montículos piramidales, con sus características plazas y recintos contiguos. En las zonas al sur y este del asentamiento debieron de encontrarse los sectores de vivienda que han desaparecido a raíz de la destrucción del sitio. En Lauri llama la atención la extensión de las áreas de cementerio, ya que estos ocupan una extensión igual o mayor que los sectores ocupados por edificaciones. En realidad se trata de dos cementerios, uno al oeste claramente sectorizado entre la ladera del cerro y una muralla que lo separa del asentamiento en su lado este; el otro es difuso y rodea al asentamiento por el norte y oeste, llegando a penetrar, inclusive, entre los edificios, a excepción de los complejos públicos. Esto podría dar a entender que algunos de los sectores del asentamiento pudieron haber estado ya en abandono cuando fueron reutilizados como áreas de enterramiento (ibid.: 44, fig. 5).

Otros asentamientos tuvieron características algo distintas, ya que siendo relativamente extensos, no presentan complejos con edificios piramidales, lo que indicaría importantes diferencias de orden funcional. En el caso de Lumbra, su mayor extensión correspondía a sistemas agrícolas, que comprendían campos de cultivo, canales y reservorios; mientras que los sectores con edificaciones cubrían unas doce hectáreas. En el caso de Cañas A, que se asienta en una quebrada seca, no obstante su extensión, que supera las veinte hectáreas, parece haber estado constituido mayormente por estructuras de vivienda, si bien entre ellas destacan algunos complejos aislados de planta rectangular que podrían haber resuelto alguna función administrativa o residencial de elite (ibid.: 49, fig. 11).

Finalmente, se señala la posible presencia de complejos palaciegos. Se trata de sitios, como Andahuasi A y B, Casablanca en el valle de Huaura y Pancha La Huaca y Tronconal en el de Chancay. Estos se localizan en las márgenes de los valles y tienen una extensión que varía de una a tres hectáreas. Están conformados por conjuntos que exhiben una arquitectura muy similar a la de los sectores residenciales reportados en Pisquillo Chico.

Estos conjuntos arquitectónicos se presentan aislados o algo distanciados entre sí. La organización de sus recintos responde a un trazo ortogonal y en algunos casos presentan corredores de recorrido laberíntico. En Casablanca B se advierte la presencia de pasajes y algunas posibles plazuelas que articulan varios conjuntos arquitectónicos que integran plataformas con rampas (ibid.: fig. 9). Edificaciones con plataformas escalonadas y rampa central también se reportan en el caso de Tronconal (Negro 1991: fig. 8). Otras edificaciones en Pancha La Huaca presentan ambientes con banquetas y unos singulares cornisamientos que se desarrollan en la parte media de los paramentos y sobre los cuales se elaboraron

Fig. 404 – Cañas A. Plano general aérea del asentamiento ubicado en el valle de Huaura y localizado en una estrecha quebrada atravesada por cauces de huaycos (redibujado de Krzanowski 1991: fig. 11).

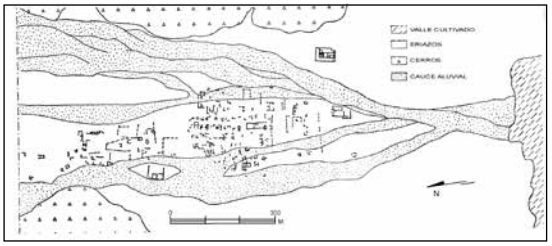


Fig. 405 – Casablanca. Plano del asentamiento ubicado en el valle de Huaura (redibujado de Krzanowski 1991: fig. 9).



Fondo Editorial PUCP

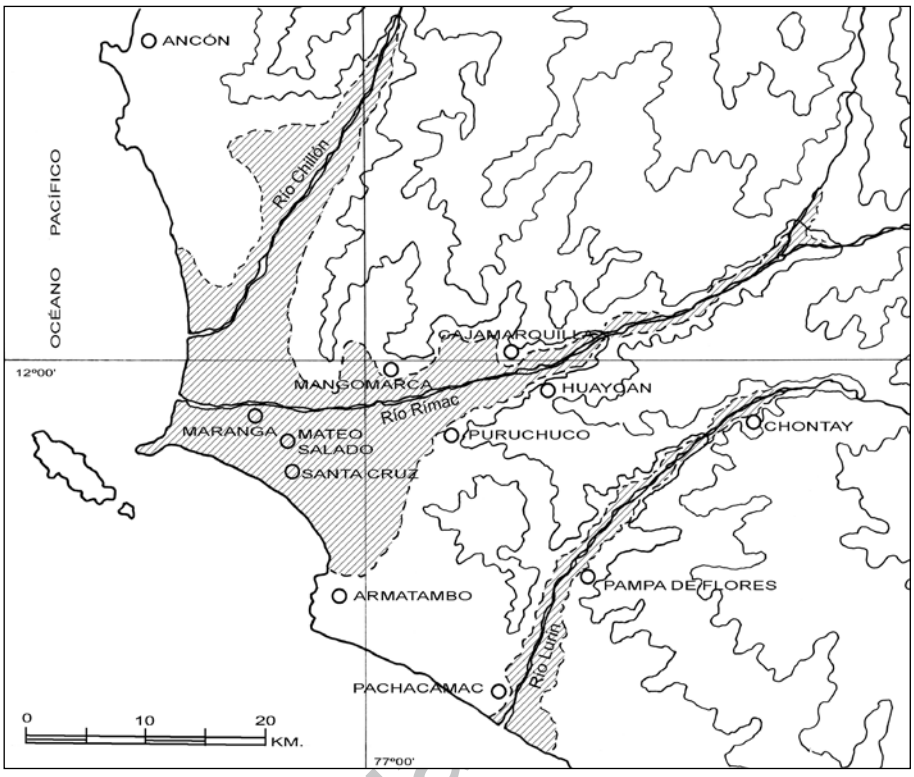


Fig. 406 – Mapa de ubicación de los principales sitios tardíos en la comarca de Lima (Canziani).

nichos, rasgos que evidenciarían el carácter público de estos edificios (ibid.: fig.6).

Urbanismo y arquitectura ychsma

En la comarca de Lima, formada por los valles de Chillón, Rímac y Lurín, se desarrollaron durante este período tardío las formaciones sociales conocidas culturalmente como Rímac o Ychsma. Sin embargo, muy pocos trabajos se han desarrollado sobre el carácter de las sociedades limeñas de este tiempo y muchas preguntas y definiciones acerca de su forma de organización social y política están aún por ser resueltas.

Esta constatación es paradójica, ya que frente a esta difusa percepción de las sociedades que poblaron los valles de la comarca de Lima durante las épocas tardías, tenemos los contundentes testimonios de notables formas de desarrollo urbano, como Pachacamac en el valle bajo de Lurín y especialmente en el valle del Rímac. En este último, continua la ocupación de Cajamarquilla y se desarrollaron importantes y extensos asentamientos del tipo ciudad, como Maranga-Chayavilca y Armatambo, que debieron concentrar una notable población. Asimismo se desarrollaron otros centros urbanos como, Mateo Salado y Mangomarca, así como una serie de complejos de posible carácter residencial y administrativo como Puruchuco y Huaycán de Pariachi.

La mayoría de las construcciones públicas de esta época se realizaban con barro, empleando una nueva técnica que aparecería durante el Horizonte Medio y empieza a hacerse popular desde ese entonces en la costa central y sur: el *tapial* o *adobón*. Esta técnica constructiva consiste en construir muros vaciando por secciones una mezcla de barro dentro de una suerte de encofrado, que era armado con maderos y cañas entretejidas y revestido interiormente con esteras o paños burdos de algodón. Una vez fraguada la mezcla se retiraba el encofrado, de una manera bastante similar a la que se emplea hoy en día con el moderno concreto. De esta forma se construían las murallas que cercaban los complejos y delimitaban sus caminos, los muros de sus edificaciones y los muros de contención que servían para contener los rellenos en la construcción de las plataformas escalonadas, que formaban el volumen característico de las tradicionales *huacas* que aún se aprecian dentro de nuestras ciudades o entre los campos de cultivo de los valles de la costa central y sur.

Durante este período, Pachacamac consolida su presencia en el valle de Lurín como importante centro ceremonial, no solo de la comarca de Lima, si no que su prestigio aparentemente se extendió a otras regiones de los Andes centrales. Sin embargo, no está aún muy claro el posible ámbito político de su esfera de poder, ya que si nos atenemos a la distribución espacial de ciertos ras-

Fondo Editorial

gos culturales —como la cerámica—, este podría haberse restringido tan solo a las partes bajas de los valles de Lurín y de la margen sur del Rímac.

En cuanto a obras públicas y expansión de la actividad agrícola, se presume que durante esta época se construye el gran canal de irrigación de Surco,[14] que tiene su bocatoma sobre el río Rímac, a la altura de Ate, y se desarrolla atravesando los actuales distritos de Ate, La Molina y Surco, dirigiéndose hasta Villa en Chorrillos, permitiendo así el riego de sectores del valle que dejaron de ser eriazos, para ser incorporados a la considerable extensión de tierras agrícolas que ya sumaban los valles de esta comarca.

Se conoce poco sobre las manufacturas desarrolladas durante este período en la región, limitándose la información a los aspectos relacionados con la producción de cerámica, que privilegia la decoración con tonos blancos y negros. También existen ejemplares de ídolos tallados en madera como los hallados en el sitio de Pachacamac. En el caso de la orfebrería, son comunes los vasos de plata que representan rostros con narices prominentes y que fueron realizados con la técnica del repujado, martillando una única lámina de plata en un molde de madera dura.

Cajamarquilla

Este antiguo centro teocrático de época Lima, en el que destacaban construcciones piramidales alrededor de las cuales se organizaban complejos arquitectónicos, habría conocido un fuerte crecimiento durante el Horizonte Medio, cuando posiblemente se define el desarrollo de grandes cercados de trazo ortogonal o trapezoidal. Las posibles causas del desencadenamiento de este desarrollo urbano en el sitio durante el Horizonte Medio, a contracorriente de la declinación de otros importantes centros urbano teocráticos como Maranga, es aún materia de investigación. Algunas explicaciones se han avanzado, aunque con escasa documentación empírica, y proponen como causa de este fenómeno la presencia o la influencia de Wari en la costa central. Sin embargo,

Material PUCP

Fig. 407 – Cajamarquilla. Foto aérea del asentamiento (Servicio Aerofotográfico Nacional; Kosok 1965).



[14] Por una deformación colonial, y que quizá deriva del desconocimiento de la importancia de estas obras públicas prehispánicas, confundiéndolas con cursos naturales, se les ha venido denominando como «ríos», figurando este antiguo canal en la cartografía como río Surco.

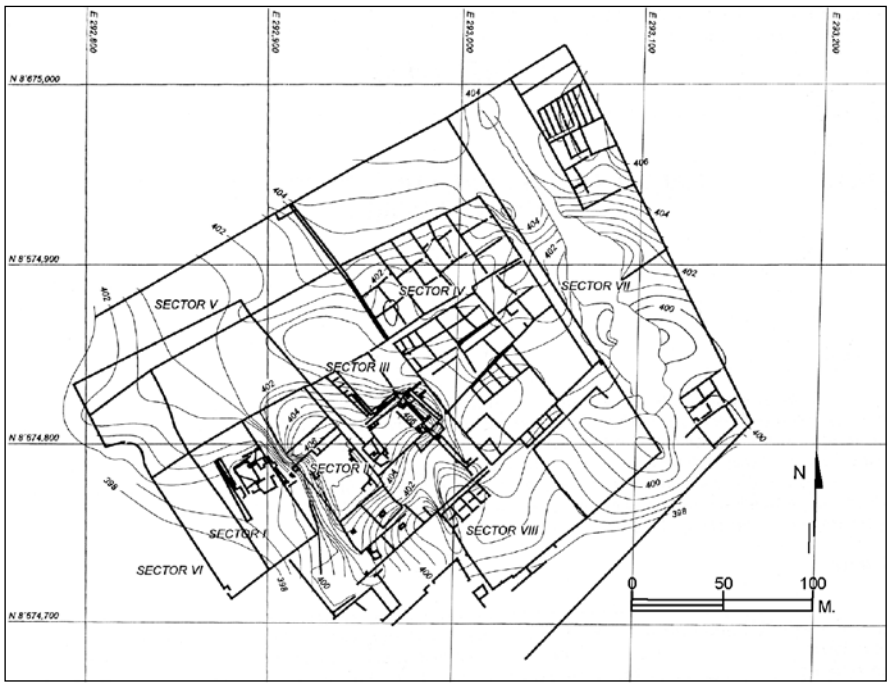


Fig. 408 – Cajamarquilla. Plano del Conjunto Tello (redibujado de Mogrovejo y Segura 2000: fig. 1).

estas posibles influencias —al igual que en otras ciudades costeñas de la época— aparentemente se habrían procesado dentro de una fuerte matriz local, como lo testimonia la cultura material caracterizada por el estilo cerámico Nievería.

En un período en el cual las relaciones con las zonas altoandinas se intensificaron y cobró un importante impulso la articulación de sistemas de intercambio, se ha llamado también la atención a propósito de la ubicación estratégica de la ciudad. Efectivamente, esta se localiza a unos veinticinco kilómetros del mar y se encuentra en un punto intermedio entre el valle bajo y medio del valle Rímac, con acceso hacia las zonas más altas propias de la *chaupi yunga*. Al mismo tiempo, la localización en la margen derecha del valle, en su encuentro con la quebrada de Jicamarca o Huaycoloro, la ubica en una posición privilegiada respecto a esta quebrada que constituye un corredor natural de ascenso directo hacia la serranía de Canta.[15] Esta localización favorece inclusive su comunicación hacia el sur —atravesando el paso de Manchay— y desde este punto medio del valle de Lurín, dirigirse hacia Pachacamac al suroeste, o emprender el ascenso hacia las serranías de Huarochirí y Yauyos, por el propio curso del valle al este, o siguiendo la quebrada de Tinajas hacia el sureste.

En cuanto al entendimiento de la traza urbana y la posible evolución histórica de esta extensa ciudad que abarca algo más de cien hectáreas, el panorama es sumamente confuso y resulta patente tanto del examen de las aerofotografías, como del propio recorrido de sus ruinas. Por una parte, se aprecia el desarrollo relativamente ordenado de los complejos principales, como es el caso del Conjunto Tello, que se ubica al noreste (Mogrovejo y Segura 2000: fig. 1), y de otros complejos algo menores pero no menos importantes, al igual que la posible presencia de plazas y calles. Por otra parte, especialmente en los sectores hacia el sur y oeste, se observa una configuración muy densa y caótica, que parece fruto de la sucesiva y espontánea agregación de estructuras, sin mayor orden ni concierto, donde resulta difícil establecer, no solo las vías de circulación, sino la propia solución de los aspectos logísticos y servicios propios de la operación de toda gran ciudad. ¿Cuales fueron las formas de abastecimiento de agua, los alimentos y otros recursos necesarios para la subsistencia y actividades productivas de sus habitantes?, ¿cuales las formas de deshecho de la basura y las excretas en una urbe de esa densidad y notable población?, ¿podrían haber sido estos problemas y el sobredimensionamiento de la ciudad las posibles causas de su crisis y posterior abandono? Es evidente que las extraordinarias

[15] Todavía en tiempos coloniales, grupos de arrieros transportaban hielo por esta quebrada desde los nevados de altura. Este era requerido por los heladeros de la ciudad de Lima de ese entonces. Del lugar donde hacían pascana antes de continuar su camino hacia la ciudad, derivaría precisamente el nombre de la hacienda Nievería (Villar Córdoba 1935: 184).

Fondo Editorial

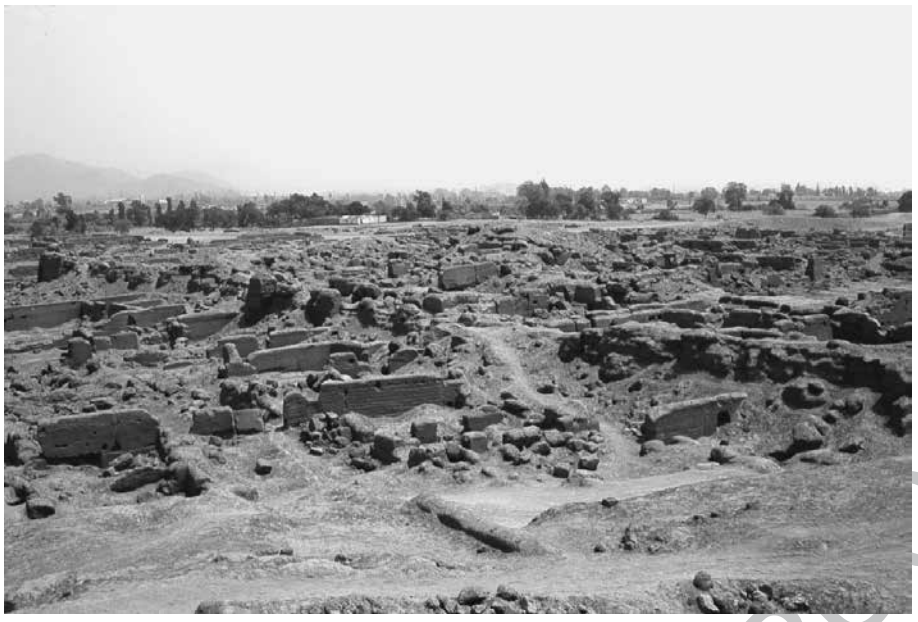
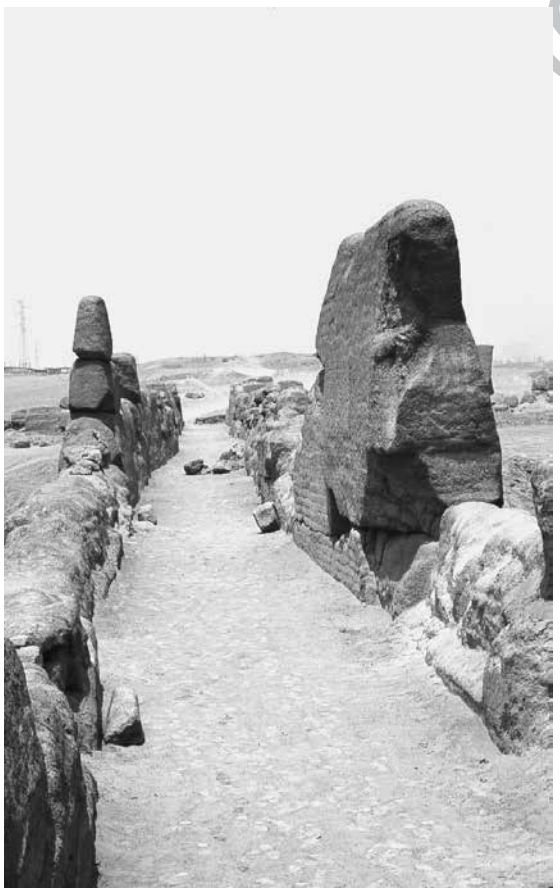


Fig. 409 – Cajamarquilla: vista panorámica de un sector de la ciudad (foto: J. Canziani).

características de esta ciudad plantean muchas y diversas interrogantes, que esperamos sean despejadas pronto por las investigaciones arqueológicas que se conducen en el sitio.

Fig. 410 – Cajamarquilla. Vista de una de las pocas calles de la ciudad, flanqueada por altos murallones de tapia (foto: J. Canziani).



La excepcional continuidad de ocupación de Cajamarquilla, desde sus orígenes durante la época Lima o Maranga, pasando por las ocupaciones correspondientes al Horizonte Medio, Intermedio Tardío e, inclusive, al Horizonte Tardío (Makowski 2005: comunicación personal) ofrecen no solo un excepcional testimonio de continuidad en la vigencia urbana de esta ciudad, sino también un singular caso de estudio, que permite explorar los cambios que se sucedieron en la formación urbana, las formas de organización social y en el modo de vida de sus sucesivos habitantes a lo largo de más de un milenio.

Maranga - Chayavilca[16]

No es del todo clara la declinación del grandioso centro urbano teocrático de época Lima, y cómo se procesaron las transformaciones que posteriormente alteraron el modelo original de asentamiento. Las grandes edificaciones piramidales que dominaban el sector norte del asentamiento habrían sido progresivamente abandonadas y convertidas en zonas de enterramiento por parte de las poblaciones más tardías. Mientras tanto, se desarrollaría en los sectores al sureste y suroeste el surgimiento de construcciones de tapia que conformaron grandes edificaciones monumentales —conocidas como huacas— que se distribuye-

[16] Esta sección corresponde a una versión abreviada y actualizada del artículo «Análisis del Complejo Urbano Maranga Chayavilca», publicado en la Gaceta Arqueológica Andina n° 14 (Canziani 1987).

Editorial PUCP

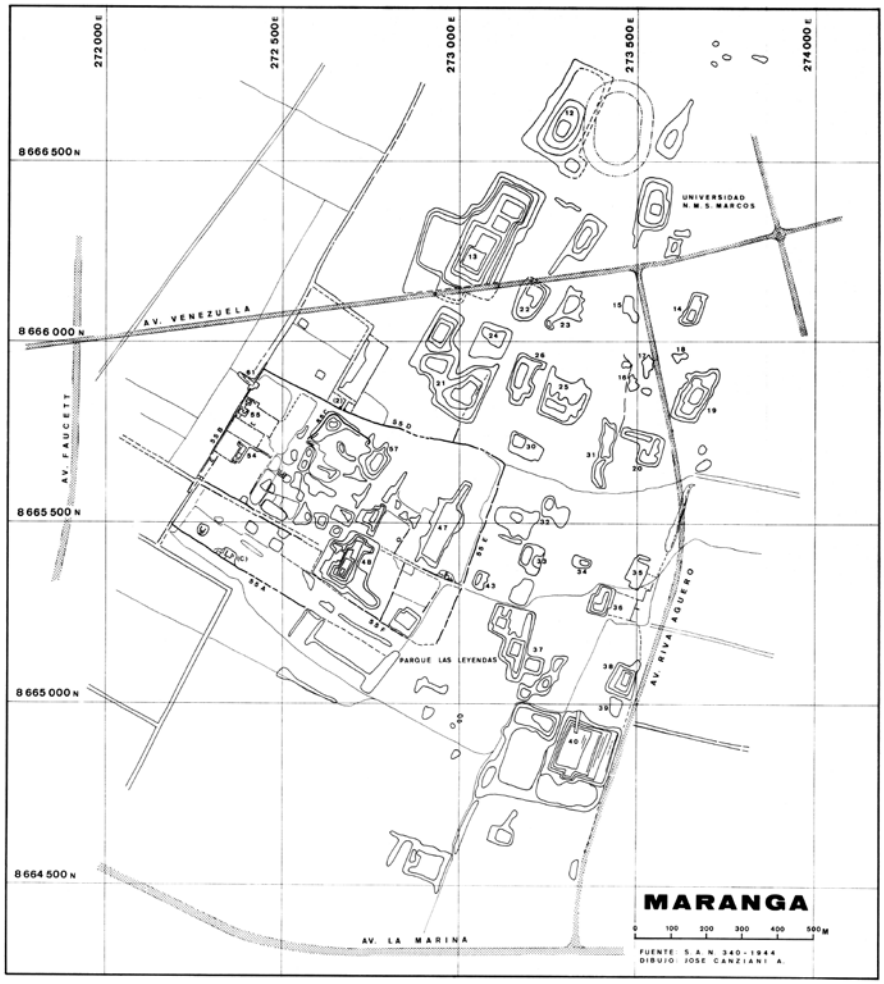


Fig. 411 – Maranga Chayavilca. Plano general del asentamiento, donde además de los montículos piramidales tempranos de la época Lima, como la Huaca San Marcos (13); Huaca Concha (12); Huaca Reniforme (21), se observa la presencia de complejos tardíos como la Huacas Tres Palos (40), Cruz Blanca (37), La Palma (48) y de conjuntos palaciegos (54, 55 y 61) asociados al gran recinto amurallado al oeste del sitio (Canziani 1987: fig.1).

ron al sureste, principalmente; mientras que al suroeste destaca la presencia de un gran recinto amurallado que encierra montículos y edificaciones de escala relativamente menor (Canziani 1987).

Ya Middendorf ([1894] 1973) había señalado en su descripción del sitio la gran diversidad existente entre las pirámides y montículos construidos con los pequeños adobes de época Lima y, de otro lado, el gran recinto y las demás construcciones de tapia. En todo caso, es necesario advertir que esta diferenciación no se refiere exclusivamente a los materiales y a las técnicas constructivas empleadas, sino también compromete una distinta concepción y planteamiento del ordenamiento urbano, que pensamos responde a los profundos cambios económicos y sociales que se suceden en la historia del sitio, posiblemente a partir del Horizonte Medio, y que se consolidaron durante el Intermedio Tardío, si bien estos sectores estuvieron vigentes aún durante la época Inca e, inclusive, durante las primeras décadas del dominio colonial.

El sector sureste y la Huaca Tres Palos

Este sector aparentemente estuvo dominado por el volumen prominente de la denominada Huaca Tres Palos. Una edificación de planta cuadrangular, conformada por plataformas sucesivas con grandes muros de contención de tapia y que presenta, especialmente en su frente hacia el este, grandes terraplenes escalonados. El ascenso hacia la cima desde el nivel de terreno circundante parece haberse resuelto mediante una rampa orientada hacia el norte, que se ubica en proximidad de la esquina noroeste de la plataforma. Por otra parte, adosado al lado oeste de la Huaca Tres Palos se ubicaba un gran estanque o reservorio, que aparentemente estaba conectado con el sistema de acequias que irrigaban este sector agrícola del valle. Esta estrecha asociación del estanque con la huaca indicaría alguna función destacada de esta edificación con relación a la administración del riego en la zona, como parece también fue el caso de Mateo Salado (Tello 1999).

En las inmediaciones, al norte y noroeste de la Huaca Tres Palos, se encuentran otras edificaciones

que presentan plataformas y muros de tapia, entre las que destacan la Huaca La Palma y la Huaca Cruz Blanca. Desafortunadamente, los escasos trabajos de investigación o la ausencia de publicaciones acerca de los resultados de las excavaciones desarrolladas en ellos, impiden resolver adecuadamente las especulaciones acerca de su posible función ceremonial o residencial por parte de las elites que ejercían su dominio sobre este sector del valle del Rímac.

El gran recinto amurallado

En el sector suroeste del sitio de Maranga se encuentran las gruesas murallas de tapial de un gran recinto de planta casi rectangular, que tiene unos 800 metros de largo de este a oeste y entre 500 a 600 metros de ancho, comprendiendo un área de aproximadamente 44 hectáreas, siendo su eje principal transversal a la orientación del centro ceremonial de época Lima que se desarrollaba de norte a sur.

Las características de este recinto varían en cuanto al trazo y a las características constructivas de los diferentes sectores que la componen, si bien todas las murallas están elaboradas con la técnica del tapial. La muralla septentrional (55 D) tiene un alineamiento bastante sinuoso, presentando una sección de notable espesor, al haberse construido adosando sucesivos muros de tapia sin una disposición u orden preciso, lo que determina que la sección sea variable y distinta en toda su extensión, con un espesor que va de tres a cinco metros o inclusive algo más. La muralla oriental (55 E) tiene un trazo ligeramente curvo hacia el exterior, siendo sus características constructivas similares a la septentrional. En el sector meridional, los límites del recinto son menos definidos, existiendo hasta tres trazas de muros: uno que se proyecta hacia el extremo norte de la Huaca La Palma; el segundo (55 F) encerraba el extremo sur de la misma, y tras un quiebre hacia el norte, proseguía hacia el oeste; y más al sur un tercero (55 A) en el cual, según aerofotografías de 1944,habían evidencias de un posible pasaje epimural. La muralla occidental (55 B) es de trazo perfectamente rectilíneo, a la vez que sus características constructivas son bastante distintas de las anteriores. Su sección trapezoidal es de menor espesor que el de las otras murallas y está conformada por dos muros de tapia paralelos que sirvieron de contención a un relleno depositado en el interior. Por medio de la prolongación de los dos muros por encima del piso del relleno se logró un pasaje epimural con parapetos que recorría la parte superior de esta muralla de unos 300 metros de largo, con un ancho variable de 1,2 a 1,5 metros, lo que debió permitir el paso simultáneo de dos personas.

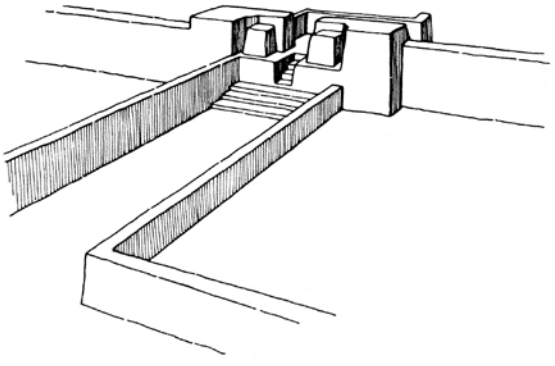
Los accesos al gran recinto

Middendorf (1973) menciona la existencia de tres accesos que permitían el ingreso al recinto: uno occidental y dos septentrionales. Sobre la base de nuestra exploración del sitio y del examen de las aerofotografías disponibles, del lado septentrional de la muralla se localizó el ingreso principal descrito por Middendorf y del cual contamos con su valioso testimonio fotográfico. Este ilustra la presencia de una portada monumental, ya que hoy en día esta ha sido totalmente desfigurada por una fuerte destrucción. Una vez traspuesta esta portada y el corredor laberíntico que le sucedía, se interponía la muralla (55 C) que describiremos más adelante. Exteriormente, desde esta portada partía un ancho camino flanqueado por muros de tapia que después de un corto recorrido hacia el norte, quebraba en ángulo recto hacia el oeste, para luego quebrar nuevamente y retomar la

Fig. 412 – Maranga Chayavilca. Foto de la portada septentrional de acceso al gran recinto tomada en 1894 por Middendorf (1973).



Fig. 413 – Maranga Chayavilca. Reconstrucción hipotética de la portada septentrional de acceso al gran recinto (Canziani 1987: fig. 4).



Fondo Editorial PUCP

dirección original, lo que se volvía a repetir una vez más, comunicándose con el camino principal hacia el norte, resultando de este manera un recorrido zigzagueante.

Si bien no fue posible ubicar el otro ingreso de la muralla septentrional descrito por Middendorf, debido a que este sector se encontraba bastante deteriorado, si fue posible apreciar el acceso occidental en las aerofotografías de 1944, asociado a un camino flanqueado por muros de tapia que se dirigía hacia el oeste y que, una vez traspuesto el acceso, conducía hacia la parte central de Huaca La Palma (48). Este acceso estaba asociado a unos recintos rectangulares paralelos al camino que se dirigía al sur y que aparentemente constituían el punto terminal de ingreso al recinto. De modo que este acceso occidental habría permitido el ingreso al recinto, tanto a quienes venían por el camino desde el oeste como desde el sur.

Los caminos

Como ya se ha mencionado, el gran recinto estaba asociado directamente a caminos que se dirigían hacia el norte, el sur y el oeste. Si bien hacia el este no se hallan claras evidencias, es de suponer que de alguna manera el gran recinto estaba conectado con el camino que desde la esquina noreste de la Huaca Tres Palos (40) se dirigía en esta dirección, posiblemente hacia el complejo de Mateo Salado.[17] Es relevante destacar que estos caminos principales son paralelos o perpendiculares a las murallas del gran recinto. A su vez, la orientación del gran recinto como de los caminos reiteran la antigua orientación del complejo de Maranga de época Lima, lo que podría significar su posible adecuación a ciertos elementos de ordenamiento territorial preexistentes, e inclusive al propio trazo de una red de caminos más temprana.

La asociación del gran recinto con los caminos que confluyen en él, y que a su vez se dirigen hacia los cuatro puntos cardinales, configuran al gran recinto como una suerte de nodo de este sector del valle bajo de la margen sur del valle del Rímac.

Los caminos que se dirigen al norte y al sur están alineados con la muralla occidental (55 B), iniciándose ambos desde sus esquinas septentrional y meridional, respectivamente, sin que existan evidencias de una comunicación directa entre sí, si se excluye la que se podía realizar por medio del pasaje epimural. En el caso del camino que viene del sur, este termina en algunos recintos rectangulares asociados al acceso occidental y cuya función pudo estar relacionada con el control y la restricción del acceso al interior del gran recinto. En el caso del camino norte, además de su comunicación por medio de la vía de tramos escalonados con el acceso septentrional (2), este terminaría en lo que parecen ser también recintos rectangulares, aunque en este caso no estarían asociados a un acceso, sino a un edificio de planta rectangular alargada (61), que hemos denominado edificio norte y que se ubica al exterior de la muralla occidental y adosado a esta. Este edificio, cuya plataforma superior se encuentra al nivel del pasaje epimural, pudo servir de punto de control para quienes proviniendo del norte, después de ingresar al edificio, descendieran por medio de una rampa o escalinata hacia el interior del recinto, a menos que circularan por el pasaje epimural, ya sea para dirigirse hacia lo que denominamos Palacio Inca (55), o bien para proseguir su recorrido hacia el acceso occidental, que como vimos comunicaba con los caminos al sur y al oeste.

El camino que se dirige al oeste partía del acceso occidental y según el testimonio de Middendorf recorría unos tres kilómetros entre anchos muros de tapia. El mismo autor refiere que el camino al norte se podía seguir por un buen trecho en esta dirección. Hasta hace pocos años, inclusive en las aerofotografías de 1964, era posible reconocer evidencias de su trazo en dirección norte por más de un kilómetro. Es posible que este camino llegara hasta las riberas del río Rímac, coincidiendo su dirección con un punto donde según los cronistas habría existido un puente colgante, ubicado en las proximidades del Conjunto Palao, en la margen derecha, cerca del cerro La Milla. Coincidentemente, en la margen izquierda existía hasta hace unas décadas una hacienda llamada Puente, al igual que un sitio arqueológico del mismo período, conocido como Chacra Puente, que fuera destruido en los años cuarenta (Tello 1999: 124-125). En el caso del camino sur, inclusive en las aerofotografías de 1944, solo se puede apreciar un pequeño trecho que corre adosado a la muralla del recinto. El resto fue posiblemente destruido por los agricultores.

[17] Un tramo de este camino, con los muros de tapia que lo delimitan, se conserva aún dentro de lo que es hoy el campus de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fondo Editorial PUCP

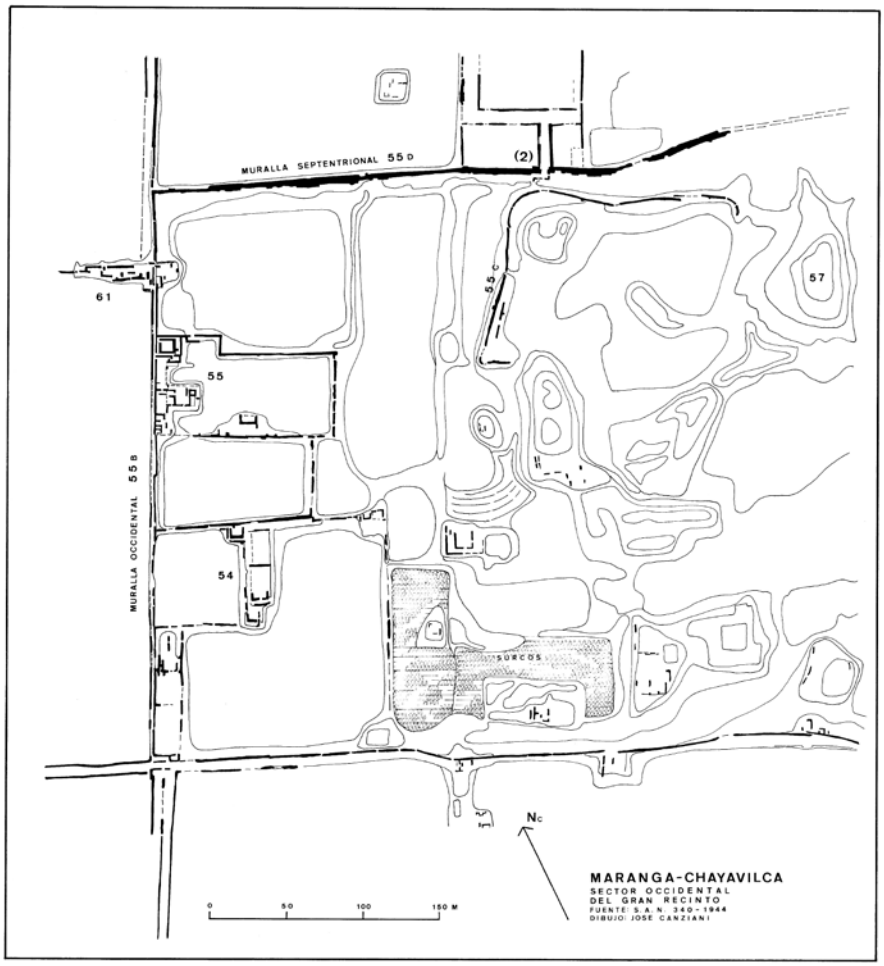


Fig. 414 – Maranga Chayavilca. Plano del sector occidental del gran recinto amurallado (Canziani 1987: fig. 14).

Fondo Editorial PUCP

Estructuras en el gran recinto

La extensa área comprendida dentro del gran recinto amurallado presenta a primera vista una marcada diferenciación en por lo menos tres sectores que tienen una organización y características distintas. Los hemos denominado oriental, central y occidental, respectivamente, al presentar límites bastante definidos entre sí.

El sector oriental se caracteriza por presentar pocas estructuras a nivel superficial, a excepción de una extensa plataforma rectangular de escasa altura (47), y otros pequeños montículos que contienen evidencias de pequeños cuartos con delgadas paredes de adobitos correspondientes a la precedente época Lima.

El sector central se caracteriza por la profusión de montículos de distintas formas y tamaños. Los del extremo este están alineados siguiendo el eje del complejo de Maranga, dominando la agrupación desde el sur la Huaca La Palma (48). Se trata de un montículo tronco piramidal de planta rectangular con plataformas escalonadas y ascendentes hacia el sur. Las diferencias de nivel entre las plataformas son superadas por sendas rampas que se ubican en el eje de la pirámide. Estos rasgos resultarían semejantes a los que se describen como típicos de las edificaciones de Pachacamac durante este período, definidas como «pirámides con rampa». En la cima de la pirámide, donde se aprecian restos de recintos con muros de tapia, se encuentran evidencias de decoración mural en uno de los pequeños cuartos. Se trata de una trama de bandas diagonales en relieve que definen una serie de rombos en los que se inscriben figuras de aves marinas. Se trata al parecer de la representación de piqueros (*sula variegata*) en su característico vuelo en picada que realizan al pescar.

La pirámide de Huaca La Palma presenta la proyección de brazos hacia el este y hacia el oeste, que encerraban un gran patio rodeado por una serie de cuartos y algunos recintos en forma de «U», de los cuales se puede apreciar por lo menos dos que se abren hacia el norte. El más occidental de estos luce restos de decoración en bajo relieve. El motivo básico del bajo relieve lo constituye una cruz escalonada, enmarcada por cuatro pequeños cuadrados. Este motivo se repite en una secuencia tanto horizontal como vertical, lográndose así un efectista tratamiento mural que exhibe tanto

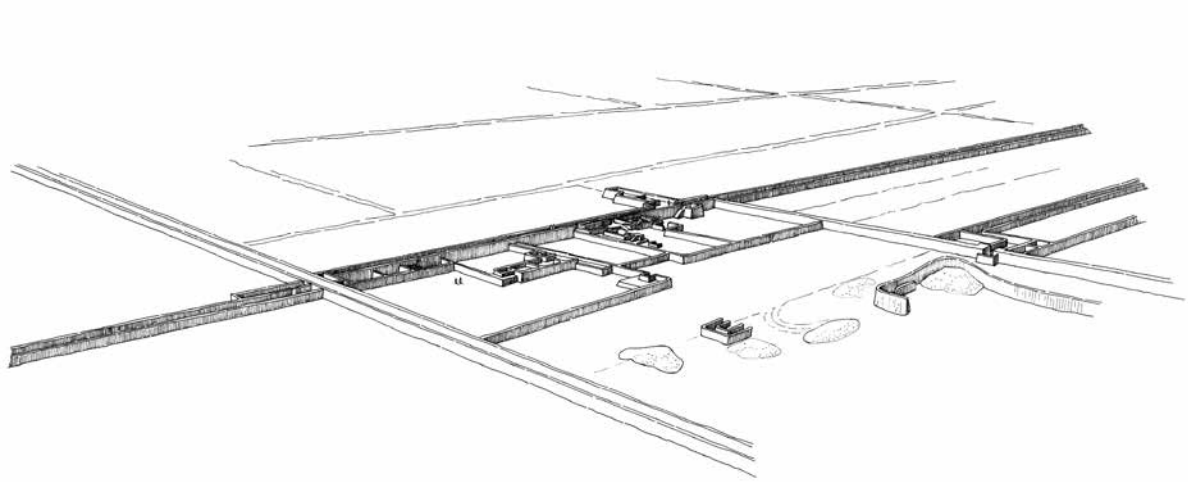


Fig. 415 – Maranga Chayavilca. Perspectiva reconstructiva del sector occidental del gran recinto amurallado (Canziani 1987: fig. 18).

cruces escalonadas en plano como en bajo relieve. Un tratamiento decorativo similar parece haberse utilizado también en la decoración de otros edificios ubicados en las inmediaciones (Tello 1999: 93 y 95).

Al noroeste del sector central del gran recinto destaca una gran muralla (55 C) que se encuentra frente al acceso septentrional con la portada monumental (2). Esta tiene unos 280 metros de longitud y mediante un trazo curvilíneo encierra un montículo de planta cuadrangular. Esta muralla se caracteriza por ser considerablemente más esbelta que las murallas del gran recinto, aun cuando tiene una altura mayor que la de estas. Está construida también en tapia, aunque exhibe singulares secciones poligonales, resultantes del vaciado alternado de sucesivas secciones trapezoidales de tapia.

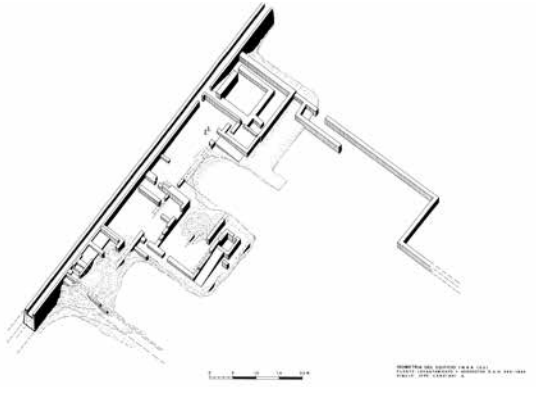
El sector occidental presenta edificios mejor conservados y una clara organización del espacio. El elemento articulador por excelencia de este sector lo constituye la muralla occidental del gran recinto (55 B), que ya hemos descrito, tanto como elemento de comunicación de los edificios entre sí, al conformar un pasaje epimural, como por el hecho de que algunos de estos edificios se encuentran adosados e integrados a esta.

Este sector occidental está dividido y subdividido por recintos de trazo rectangular y trapezoidal por gruesos muros de tapia, como se puede apreciar en las aerofotografías de 1944 y en el plano elaborado por Tello (1999: 92). Posteriormente fueron destruidos, al igual que los edificios menores, salvándose tan solo por su tamaño el edificio central (55), que denominamos Palacio Inca y el edificio norte (61). Examinando el ordenamiento espacial de este sector se puede apreciar que responde a un planteamiento bastante preciso, que va más allá de la simple ortogonalidad en el trazo de los edificios y recintos, al observarse la existencia de determinadas proporciones y la recurrencia de dimensiones, lo que evidenciaría la planificación del conjunto.

El edificio norte (61) es una estructura en la actualidad bastante destruida, conformada por una plataforma rectangular adosada exteriormente a la muralla occidental del gran recinto, y en la que aún se aprecian restos de muros de tapia, como de una rampa o escalinata que permitía el descenso al interior del recinto.

El edificio sur (54), también bastante destruido, se encuentra inscrito en un recinto cuadrangular. De planta básicamente rectangular, construido sobre una plataforma cuyos muros, al igual que los del edificio, son de tapia. Este tiene dos grandes cuartos rectangulares con un corredor lateral y otros cuartos más pequeños al sur y al oeste. Al norte presenta restos de lo que podría haber sido un pasaje epimural que lo comunicaba con la muralla occidental.

Fig. 416 – Maranga Chayavilca. Reconstrucción isométrica del Palacio Inca (55) en la parte central del sector occidental del gran recinto amurallado (Canziani 1987: fig. 15).



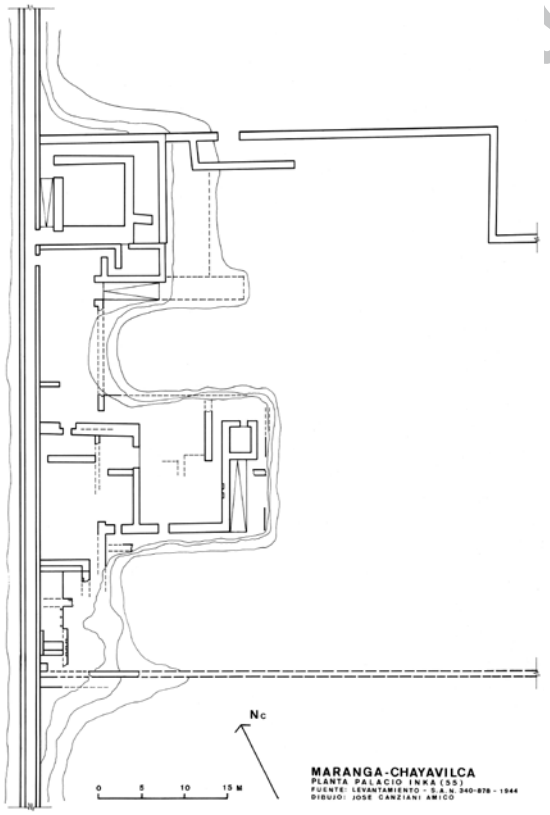
Fondo Editorial PUCP



Fig. 417 – Maranga Chayavilca. Vista del pasaje epimural sobre la muralla occidental a la altura del Palacio Inca (55), al fondo el área disturbada por edificaciones modernas y a la derecha la silueta de la Huaca San Marcos (foto: J. Canziani).

El edificio central (55) constituye, sin lugar a dudas, el más importante y mejor conservado del sector. Al parecer fue objeto de algunas ampliaciones y remodelaciones. Es posible que originalmente la parte principal del edificio estuviera conformada por un ambiente con planta en «U» y abierto hacia el norte con cuartos o corredores en tres de sus lados, el que estaba adosado a la muralla occidental mediante un patio o ambiente rectangular, que se comunicaba con una amplia terraza al norte del mismo. Algo notable es que el acceso a este ambiente se hacía trasponiendo un vano que presenta claras evidencias de haber sido de doble jamba, rasgo característico de la arquitectura inca. Si bien la altura de los muros que definen este vano alcanza hoy en día tan solo los 60 centímetros, el trazo perfecto y simétrico del vano de doble jamba permite asignar con seguridad este edificio al Horizonte Tardío, lo que estaría convalidado además por el hallazgo, durante la prospección, de algunos tiestos de cerámica inca en la superficie del sitio (Lumbreras 1983: comunicación personal).

Fig. 418 – Maranga Chayavilca. Plano del Palacio Inca (55) (Canziani 1987: fig. 16).



El edificio, como la terraza, han sido construidos sobre una plataforma, obtenida por medio de muros de contención de tapia y por el posterior relleno del volumen establecido entre estos y la muralla occidental, encontrándose el piso unos dos metros por encima del nivel del terreno. La terraza, al mismo nivel que el pasaje epimural, se comunica con este por medio de un vano al norte de la misma, mientras que una rampa orientada hacia el este permite descender de la terraza hacia el interior del gran recinto. La zona sur del edificio se encuentra bastante destruida, sin embargo, aún se conservan algunas estructuras construidas sobre pequeñas plataformas, cuyos muros alcanzan actualmente un nivel superior al de los parapetos del pasaje epimural. Algunos cuartos tienen evidencias de banquetas mientras que otros presentan hornacinas horizontales de forma rectangular, similares a las de otros sitios tardíos del valle del Rímac.

La zona norte del edificio presenta un pequeño cuarto con ingreso laberíntico conectado con la terraza, así como también un cuarto cuadrado de mayor tamaño rodeado de un corredor,[18] el que aparentemente fue construido posteriormente, tal como lo indicarían las juntas de adosamiento y la concertación de las secciones de tapia que conforman los muros, y el hecho de que esta estructura, a diferencia del resto del edificio, haya sido construida directamente sobre el terreno y no sobre una plataforma. Este cuarto se comunicaba con el pasaje epimural por medio de un vano, descendiéndose a él por medio de una rampa desde una plataforma angosta en su lado sur.

[18] La forma singular de este recinto rodeado en su perímetro por un corredor, unido a la presencia de pequeños cubículos con ingreso laberíntico, llevó a Middendorf (1973: 59) a describirlo como una «prisión», denominación que mantuvo Tello (1999: 92) en su plano del sector que señala al grupo como Las Prisiones.

Editorial PUCP

Estructuras con planta en «U»

En su visita al sitio Middendorf advirtió la presencia de edificios construidos siguiendo un mismo patrón, consistente en un recinto central con un vano en el lado sur y abierto hacia el norte, con corredores o cuartos en los tres lados restantes. El examen de las aerofotografías de 1944 nos permitió localizar estas estructuras con planta en «U», de las que hoy en día quedan escasos vestigios. Entre estas destaca un edificio ubicado al norte del camino a La Palma y al oeste del sector central del gran recinto, compuesto por un cuarto central de planta cuadrada, limitado en tres de sus lados por un doble muro que forma un corredor, mientras que es abierto hacia el lado norte.

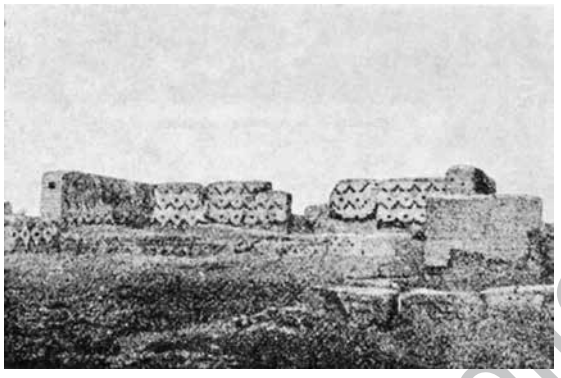


Fig. 419 – Maranga Chayavilca. Fotografía de una posible estructura palaciega con decoración en relieve (Middendorf 1973).

Al sur del camino a La Palma tenemos otros dos edificios que responden al mismo patrón. Uno bastante similar al descrito anteriormente, aunque de menores dimensiones, y otro adosado a la muralla más meridional del gran recinto. Los restos de este edificio con planta en «U» mostrarían mayor complejidad que los anteriores, tanto por su adosamiento a la muralla en su lado sur, como por la presencia de cuartos que rodean al recinto central. Pensamos que puede tratarse del mismo edificio que Middendorf denomina como C. Las fotografías muestran la rica decoración mural que poseía este importante edificio. Lamentablemente, además de un croquis elaborado por el mismo Middendorf, estos serían los únicos testimonios existentes, ya que el edificio aparece en las aerofotografías de 1964 totalmente arrasado, lo que

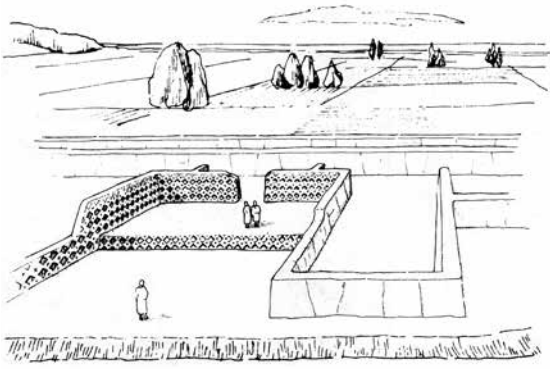


Fig. 420 – Maranga Chayavilca. Reconstrucción hipotética de una posible estructura palaciega con decoración en relieve (Canziani 1987: 19).

constituiría un caso más de vandalismo y de incuria frente a nuestro patrimonio arqueológico.[19] La morfología de este edificio, como el extraordinario decorado de los paramentos de sus espacios centrales, indicarían que podría tratarse, al igual que en los otros casos, de un edificio de tipo administrativo o residencial de elite con funciones de representatividad.

La función de las estructuras presentes dentro del gran recinto de lo que fue Maranga Chayavilca constituye una interrogante difícil de despejar, más aún tomando nota de la bárbara destrucción de que ha sido objeto. Es en el sector occidental, dadas las características de las estructuras arquitectónicas allí presentes, donde es posible plantear algunas hipótesis acerca de su posible función y organización. De acuerdo a estas evidencias, el sector occidental del gran recinto se habría constituido en un centro administrativo y residencial de elite, con edificios de planta en «U» y grandes edificios de tipo palaciego que se encontraban inscritos o asociados a grandes recintos. La importancia de este sector está corroborada por su conexión directa con el sistema de caminos principales que comunicaban el sitio con las distintas zonas del valle, siendo además este el punto de convergencia de estas vías de comunicación. De lo que se puede inferir que sus habitantes dispusieron de medios eficientes para el control del territorio y de la población, como de los diversos productos y recursos existentes. Aparentemente, la sede residencial de los curacas o señores que dominaban esta zona del valle se encontraba en este sector del gran recinto.

[19] Afortunadamente, la posterior publicación de los archivos del doctor Julio C. Tello sobre la arqueología de Lima proporciona una descripción de Maranga en su estado de conservación a mediados de los años treinta, y presenta un plano del sector denominado entonces Watika Marka (Tello 1999: 91), donde se reporta la presencia de algunos de estos edificios con planta en «U», señalándolos como «casas principales», y ubicando con mayor precisión la localización del palacio con decoración mural en bajo relieve fotografiado antes por Middendorf, lo que permite establecer que se encontraba bastante más al sur de lo que habíamos supuesto (Canziani 1987) e, inclusive, al exterior de las murallas del gran recinto.

Fondo Editorial PUCP

Algunos alcances desde la etnohistoria apuntalarían esta hipótesis. Según documentos posteriores a la conquista española, en 1534 Francisco Pizarro, a solicitud de Nicolás de Ribera, le encomienda «el principal Chayavilca señor del pueblo de Maranga con todos sus indios e principales e pueblos sujetos al dicho cacique» (Rostworowski 1978: 197). En el año de 1549 se produce la Visita a Maranga, la que se lleva a cabo en el tambo de Mayacatama, encontrándose «el cacique principal don Antonio Marca Tanta (quien) trajo consigo a sus tres principales y declaró no tener más porque se habían muerto» (Rostworowski 1977: 220). Estos datos nos informan que además del curaca, en el señorío había otros principales que, aunque en posición subordinada, compartían el gobierno del curacazgo. Uno de los personajes que acompañaban al curaca es presentado como Yanachuqui, el principal de los pescadores, lo que, como señala Rostworowski, implicaría que la población estaba organizada por especialistas, a la cabeza de los cuales se encontraba un señor principal. Otro de los acompañantes del curaca es presentado como principal de los mitimaes mochicas establecidos en el señorío.

Este último dato es sumamente interesante, ya que además de reforzar la importancia del sitio con la presencia de poblaciones de otras regiones desplazadas en el marco de la política estatal inca, nos puede dar también algunos elementos para comprender la inusual frecuencia de estructuras con decoración mural en algunos de los edificios, como la presencia de estructuras con planta en «U» las que, salvando diferencias, recuerdan edificios de Chan Chan y de otros centros administrativos chimú —como las denominadas «audiencias»— y donde la decoración mural con relieves alcanzó una notable tradición.

Otros posibles centros urbanos en el valle del Rímac

En el valle del Rímac se observa un patrón de relativa dispersión de una serie de centros urbanos, lo que puede expresar la presencia de un conjunto de curacazgos ejerciendo su dominio sobre determinados sectores agrícolas del valle y sus distritos de riego. Pero este mismo patrón, así como la inexistencia de un sitio con una clara prominencia, sugeriría, a su vez, una escasa centralización del poder político.

Muchos de los sitios representativos de este período en el valle han sucumbido a la expansión urbana de la ciudad de Lima, desencadenada desde las primeras décadas del siglo pasado, sufriendo muchos conjuntos severas mutilaciones o su total desaparición —como Limatambo—, cuando inclusive se llegó al extremo de emplearlas como canteras de materiales de construcción (Tello 1999).

Unos dos kilómetros al este de Maranga se localiza el sitio de Mateo Salado, el que constituye un extenso complejo de unas treinta hectáreas, donde destacan un conjunto de edificaciones piramidales construidas con plataformas y grandes muros de contención de tapial. No obstante la monumentalidad de sus edificaciones, el sitio ha sido objeto de escasos estudios. Debemos al doctor Tello (1999: 96-108) un plano del conjunto y seguramente su conservación actual, ya que

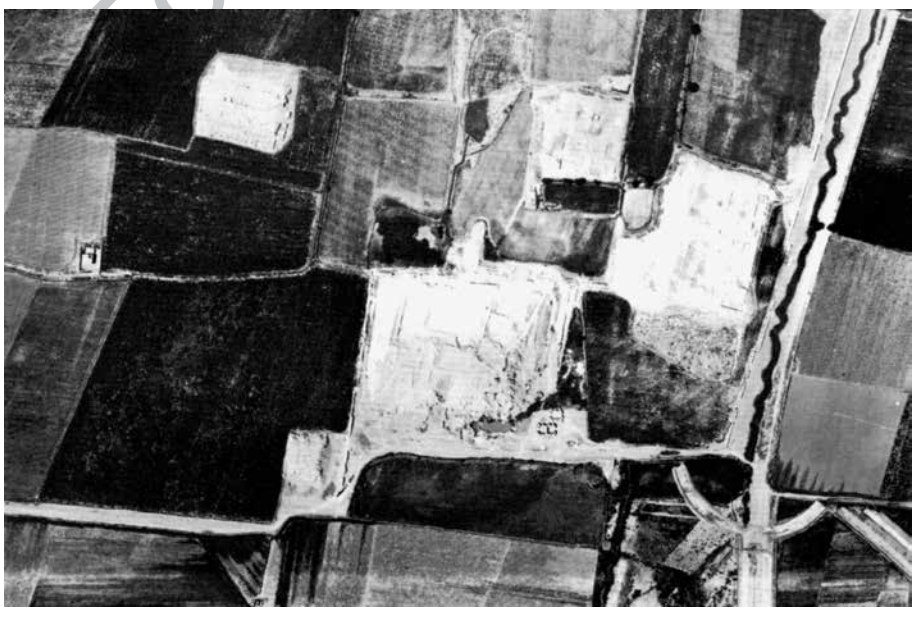


Fig. 421 – Mateo Salado. Foto aérea (Servicio Aerofotográfico Nacional) del complejo en 1944, donde se observa su degradación con la creciente urbanización y su destrucción mediante la instalación de ladrilleras en la esquina sureste de la huaca principal.

Fondo Editorial PUCP

emprendió una ardua defensa del sitio cuando comenzó a ser destruido por la instalación de ladrilleras que acometieron las huacas como si se tratara de vulgares canteras.

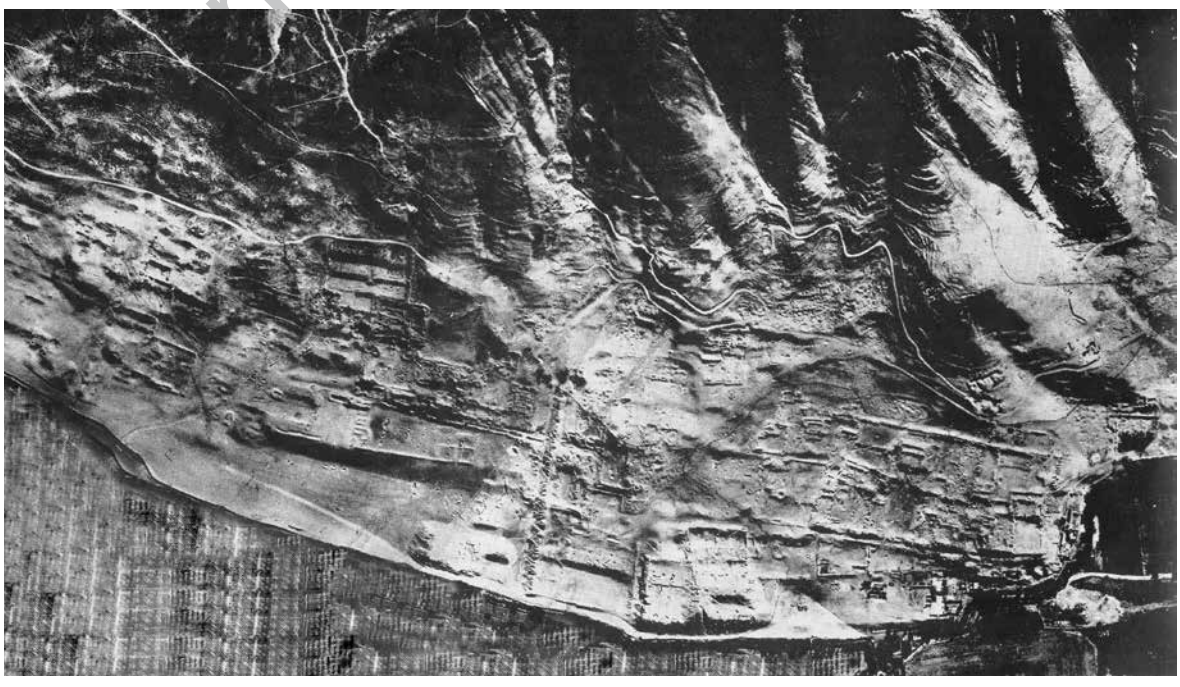
El complejo está constituido por la concentración de cinco edificios piramidales, por lo que también se le conoció popularmente como Cinco Cerritos, cuyos linderos estaban rodeados por una alta muralla de la cual aún se conservan algunos vestigios; mientras del lado sur corría un camino entre muros de tapial que se dirigía al oeste, hacia Pando y Maranga. En su descripción de la huaca central, que corresponde a la de mayor tamaño, Tello (ibid.: 96-97) destaca la presencia sobre uno de sus terraplenes de un amplio espacio abierto, que conformaba una suerte de plaza elevada, y que estaba asociado a una banqueta, posibles altares y escalinatas que conducen a patios más elevados rodeados de recintos y cuartos conectados por corredores.

El examen de la aerofotografía (SAN 1944) permite observar que la Huaca Mayor presenta al centro de su frente norte una gran rampa. Esta permitía el ascenso desde el nivel del terreno circundante y conectaba claramente con la plaza elevada mencionada por Tello. A partir de este gran espacio central se debió acceder por medio de escalinatas a los niveles más altos que rodeaban la plaza por sus lados sur, este y oeste. En estos sectores más elevados se encontraban recintos, corredores y cuartos construidos todos con tapia.

Armatambo constituye un importante centro urbano de la época, ubicado al lado noreste de las laderas del Morro Solar, en el extremo sur del valle del Rímac, y que fuera severamente afectado por una irresponsable urbanización en la década de los ochenta. La localización del sitio permite inferir la elección del establecimiento en una zona próxima al sector agrícola correspondiente a la terminación del canal de Surco, y a su vez con inmediato acceso a los recursos marítimos del litoral de la bahía de Chorrillos y las playas de La Herradura y La Chira, así como a los variados recursos de los humedales de Villa al sur del sitio. Por otra parte, el asentamiento en las laderas orientales del Morro Solar ofrecía un microclima al abrigo de las brisas marinas y de las nieblas que estas transportan (Díaz 2005).

Los testimonios documentados por Bandelier (Hyslop y Mujica 1992), así como las aerografías de 1944 del Servicio Aerofotográfico Nacional, ilustran tanto la extensión como la complejidad del asentamiento. Este se organiza de norte a sur, siguiendo las laderas del Morro Solar a lo largo de unos 1.500 metros, ocupando un área de unas 40 hectáreas, donde se aprecia una serie de plataformas, complejos y huacas monumentales, grandes recintos amurallados y terrazas ascendentes que resuelven la gradiente de las laderas, donde pudieron haberse instalado edificaciones habitacionales o utilizadas como tendales para el secado de productos agrícolas —como sugirió Bandelier (ibid: 72-74)— o inclusive de productos del mar. La amplitud de algunas terrazas y su asociación con grandes tinajas incorporadas a sus pisos, llevó a Bandelier (ibid: 75) a sugerir la presencia

Fig. 422 – Armatambo. Foto aérea del asentamiento (Servicio Aerofotográfico Nacional, Kosok 1965).



Fondo Editorial PUCP

de plazas destinadas a ceremonias públicas donde se consumía chicha. Se percibe claramente en el planeamiento del sitio la presencia de anchas calles, algunas de ellas delimitadas por muros paralelos, que corren longitudinalmente de norte a sur, así como también otras que ascienden transversalmente la ladera de este a oeste.

La mayoría de las edificaciones fue construida utilizando la técnica del tapial, a las que se le superponen remodelaciones posteriores hechas con adobes rectangulares, que se asocian con la época de la ocupación inca (Díaz 2005: 575-576). Bandelier registra en los principales edificios una arquitectura de buena factura, donde se presentan nichos, ventanas y vanos de puertas. Para salvar las diferencias de nivel entre las plataformas, fue frecuente el empleo de rampas en las edificaciones (Hyslop y Mujica 1992: fig. 5 y 9; Díaz 2005: fig. 4). En este sentido, la configuración de algunas edificaciones y la especial disposición en ellas de las rampas, permite establecer ciertos rasgos de parentesco con la tipología de las llamadas pirámides con rampa.

Según la documentación etnohistórica, Armatambo habría sido la sede del señorío de Sulco o Surco (Rostworowski 1978: 55-59). La importancia de este asentamiento urbano y de su arquitectura monumental, donde se ha registrado testimonios de relieves y decoración con pintura mural (Hyslop y Mujica 1992: fig. 8; Díaz 2005: fig.13), se condicen plenamente con las calidades requeridas por la sede de este señorío principal del valle del Rímac.[20]

Los palacios o residencias de elite

Además de las ciudades y centros urbanos antes reseñados, en el valle medio del Rímac, y especialmente en la margen izquierda de este, se presentan complejos aislados cuyas características arquitectónicas permiten definirlos como residencias de elite o «palacios». A este tipo de sitios corresponderían Puruchuco y Huaycán de Pariachi, entre otros. Estos complejos se caracterizan por desarrollarse generalmente dentro de un cercado y contener espacios públicos de representación, así como otros privados y adecuados a la función residencial. Adicionalmente, dentro de estos complejos se registran patios y otros ambientes donde se habrían procesado los productos consumidos en la residencia (Villacorta 2005a; 2005b).

El emplazamiento de estos complejos se presenta generalmente al pie de las laderas de los cerros que delimitan el valle. Esta localización paisajística realza la prominencia de las edificaciones, al encontrarse estas por encima del horizonte de los campos de cultivo que se desarrollaban en sus inmediaciones y, a su vez, permite a los usuarios de estas residencias de elite disponer de una privilegiada visión de dominio sobre los campos aledaños. Por otra parte, este tipo de localización, en el límite del valle agrícola, establece una asociación inmediata con los canales de regadío que transcurren a escasa distancia de las edificaciones, lo que favoreció no solo su abastecimiento de agua, sino también establecer una posición de

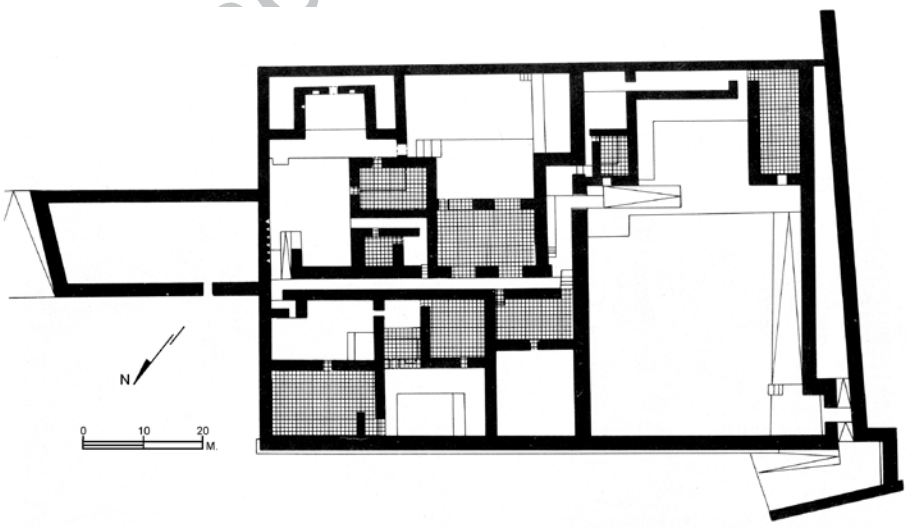


Fig. 423 – Puruchuco. Plano del palacio (redibujado de Gasparini y Margolies 1977: 186).

[20] El cronista Cobo describe la sede de este señorío como «[…] muy grande población; vénse las casas del cacique con las paredes pintadas de varias figuras una muy suntuosa guaca o templo y otros muchos edificios que todavía están en pie sin faltarles mas que la cubierta […]» (citado por Rostworowski 1978: 56-57).

Fondo Editorial PUCP

control en la regulación y la administración de este recurso en el sector de riego que les correspondía.

En el caso de Puruchuco, el complejo se encuentra demarcado por una muralla perimétrica que define su planta rectangular de 58 por 35 metros que presenta un único acceso ubicado en su esquina oeste. Aparentemente, el diseño del complejo fue planificado, procediéndose primero a la construcción del muro de cerco y luego a su subdivisión mediante la construcción de los muros y estructuras interiores. Se estableció así una división transversal del rectángulo de la planta, en dos sectores diferenciados de la edificación: el sector oeste destinado a las actividades públicas y de representación; y el sector este que habría albergado las funciones residenciales.

Luego de trasponer la plataforma del ingreso monumental en la esquina oeste, a la que se asciende por medio de una rampa, se accede a un amplio patio que se enfrenta a una terraza. Las estructuras dispuestas sobre esta terraza la rodean por sus tres lados, conformando una planta en «U», en cuyo centro abierto se configura un espacio destacado donde debieron instalarse los personajes que presidían las actividades que se desarrollaban en el patio. Esto refuerza, en lenguaje arquitectónico, una clara posición jerárquica con relación a los participantes convocados al nivel del patio (Wakeham 1978). En el sector al este, un corredor longitudinal subdivide el área de aparente función residencial, donde se resuelve con maestría la intimidad de los posibles ambientes habitacionales, cuya distribución se alterna con patios que les proporcionaban luz y ventilación, además de servir como espacios complementarios (Gasparini y Margolies 1977: fig. 186).



Fig. 424 – Puruchuco. Vista desde el suroeste del palacio restaurado (foto: J. Canziani).

En los alrededores de estas residencias de elite se encuentran anexas otras estructuras menores que pudieron corresponder tanto a las habitaciones del personal supeditado al servicio del palacio, o al desarrollo por parte de estas de algunas actividades productivas asociadas al rol económico propio del palacio, en cuanto centro receptor de los productos agrícolas generados en sus dominios, para su redistribución o acopio con fines de tributación. La asociación de estos complejos y estructuras con la presencia de terrazas o tendales, destinados usualmente al secado de productos agrícolas propios de la zona, como el maíz o los ajíes, apoya esta hipótesis.



Fig. 425 – Huaycán de Pariachi. Plano del sector sur del asentamiento, con el complejo palaciego al sureste (redibujado de Villacorta 2005b: fig. 17).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 426 – Huaycán de Pariachi. Vista de un sector del palacio restaurado (foto: S. Purin).

Pachacamac

Las evidencias arqueológicas reunidas desde los trabajos pioneros de Uhle ([1903] 2003) señalan que el antiguo centro ceremonial de época Lima (véase capítulo 5) adquiere durante el Horizonte Medio una extraordinaria relevancia en toda la costa central, cuyas influencias culturales se perciben inclusive en la costa norte. Por lo tanto, es de suponer que ya desde ese entonces se estableciera el notable prestigio que Pachacamac acrecentaría en épocas tardías, convirtiéndose en uno de los santuarios y oráculos más reconocidos de los Andes centrales (Rostworowski 1992; 1999).

Sin embargo, aún no disponemos de un claro panorama sobre la evolución y características de la ciudad durante el Horizonte Medio. Algunos trabajos desarrollados en el Templo Viejo de Pachacamac —es decir en el complejo que constituyó el temprano núcleo ceremonial del santuario— indicarían que las reformas y remodelaciones arquitectónicas que tuvieron lugar durante este período manifiestan una notable continuidad con las características arquitectónicas y funcionales propias del Lima Tardío (Franco y Paredes 2001). De modo que se puede suponer, también en este caso, que las innegables influencias foráneas propias de Wari se habrían procesado dentro de una matriz que mantuvo fuertes tradiciones locales.

Es durante el Intermedio Tardío cuando Pachacamac alcanza su mayor auge y esplendor. Tendría lugar en esta época algunas remodelaciones también en la parte nuclear del santuario, que interesan fundamentalmente el llamado Templo Pintado, donde se trasladaría el centro del culto, mientras que el sector del Templo Viejo sería paulatinamente abandonado (ibid.). Pero con seguridad lo más saltante durante esta época corresponde al notable crecimiento y expansión de la ciudad, con la habilitación de nuevos sectores que parecen delimitados por lo que Uhle ([1903] 2003) señaló en su minucioso plano como la Antigua Muralla de la Ciudad. Estos sectores se ordenan y articulan mediante dos grandes calles flanqueadas por muros, que corren perpendiculares de este a oeste y de norte a sur. De modo que dividen el sitio en cuatro, sugiriendo que los conceptos de bipartición y cuatripartición aplicados en el planeamiento de Pachacamac podrían haber anticipado los aplicados luego en la planificación urbana por los incas (Hyslop 1990: 255).

Hyslop (1990), citando a Tello, menciona que la extensión de la ciudad podría ser dos o tres veces mayor que la que figura en los planos conocidos, ya que existen áreas que se encuentran al norte y noroeste de los sectores con arquitectura visible, que parecen yermos desérticos pero contienen gran cantidad de cerámica dispersa, por lo que se podría presumir que estos espacios delimitados por la muralla exterior, ubicada unos 750 metros al extremo norte del sitio, habrían podido ser habitados —quizá temporalmente— mediante construcciones hechas con materiales perecederos. En todo caso, si establecemos como área nuclear la delimitada al norte por la Antigua Muralla de la Ciudad, al suroeste por el Templo del Sol y el recinto amurallado del Templo de Pachacamac y al noreste por el Complejo de Tauri Chumbi, se podría estimar que el área que presenta complejos con arquitectura monumental alcanzó una extensión superior a las cien hectáreas.

En los sectores dentro de la Antigua Muralla destaca un nuevo tipo de arquitectura monumental, que se caracteriza por conformar complejos amurallados construidos mayormente con adobe. La estructura central de estos complejos corresponde a una edificación piramidal constituida por plataformas escalonadas, que presentan una secuencia de rampas dispuestas en su eje central, principalmente. En Pachacamac se han identificado por lo menos quince complejos de este tipo, que son conocidos como Pirámides con Rampa.

El planeamiento de este tipo de complejos se caracteriza por presentar frente a la pirámide espacios abiertos, delimitados por los mismos muros del complejo, definiendo grandes patios que debieron servir para reunir a las personas convocadas a participar en las actividades públicas que tenían lugar dentro de los complejos (Paredes y Franco 1987). El ingreso a estos complejos y sus respectivos patios delanteros podía ser tanto de forma directa (Pirámide 1) como indirecta, por medio del desarrollo de un tramo laberíntico (pirámides 2 y 3). Sobre las plataformas superiores de las pirámides se edificaron salas o cuartos dispuestos con una planta en forma de «U». A estos ambientes

Fondo Editorial PUCP



Fig. 427 – Pachacamac. Foto aérea del sector central, en cuyo tejido urbano destaca el emplazamiento de los complejos con pirámides con rampa (Servicio Aerofotográfico Nacional).

Fondo

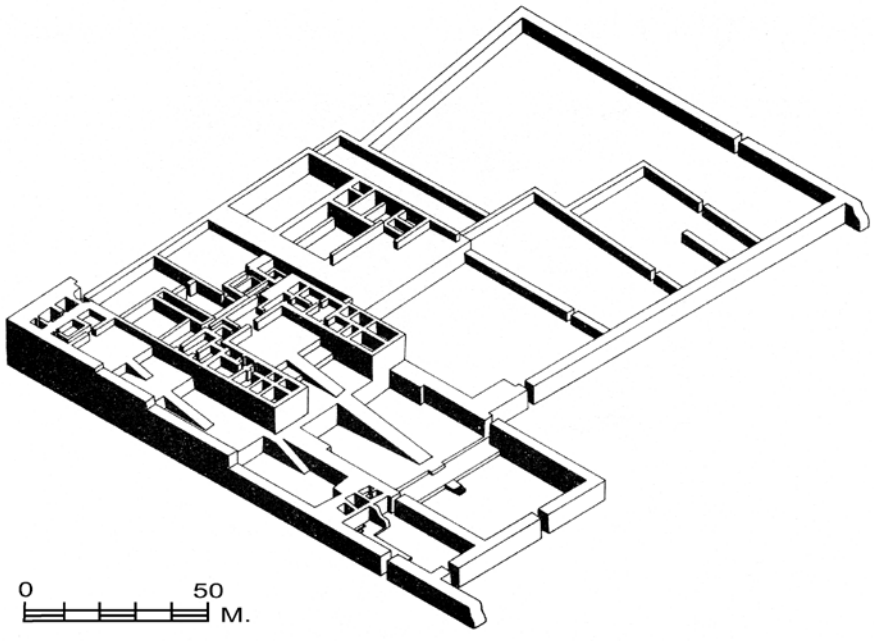


Fig. 428 – Pachacamac. Isometría reconstructiva del complejo de la Pirámide con rampa 1 (redibujado de Paredes y Franco 1987: fig. 3).

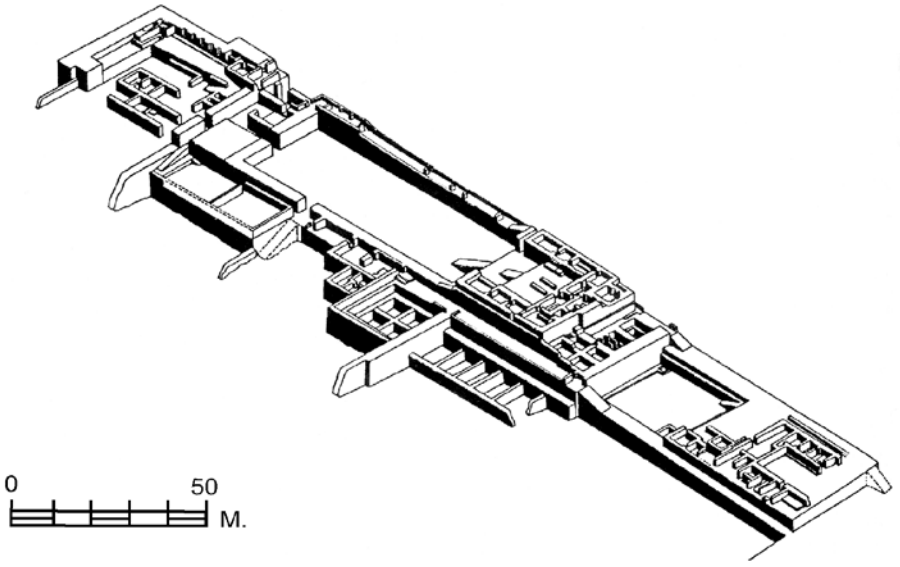


Fig. 429 – Pachacamac. Isometría reconstructiva del complejo de la Pirámide con rampa 2 (redibujado de Paredes y Franco 1987: fig. 2).

se accedía por medio de las rampas desde el nivel del patio, o mediante caminos epimurales que servían también para facilitar el tránsito entre los distintos sectores de los complejos. Aparentemente estas estructuras edificadas sobre la pirámide estuvieron techadas y debieron desempeñar la función de salas anexas al espacio de mayor representatividad, correspondiente al área central enmarcada por la planta en «U», desde cuyo nivel elevado se dominaba el espacio subyacente del patio frontal.

En la parte posterior o lateral de las pirámides, así como en anexos laterales, se encuentran conjuntos ordenados de cubículos de planta cuadrangular o rectangular, que posiblemente estuvieron destinados al depósito de productos agrícolas, ya que en algunos de ellos se halló restos de maíz y ají durante las excavaciones (ibid.: 7). Adicionalmente, se encuentran dentro de los complejos otros patios o canchones, que parece estuvieron destinados a la realización de determinados procesos productivos, que se relacionarían con el manejo de determinados bienes en el marco de los sistemas de reciprocidad y redistribución. Estos rasgos arquitectónicos y los contextos asociados permiten inferir el relevante rol político y económico que desempeñaron los complejos con pirámides con rampa (Eeckhout 2005).

Diversas interpretaciones se encuentran en debate acerca del carácter de los complejos con pirámides con rampa. Algunas apuntan a destacar las posibles funciones rituales y ceremoniales; mientras otras sus posibles funciones políticas, en cuando palacios o residencias de elite (ibid.). Posiblemente esta disyuntiva se resuelva examinando la forma en que el poder político del señorío de Pachacamac o Ychsma se articulaba con el poder religioso, tal como lo sugiere Rostworoski (1999: 14-15) cuando destaca la presencia de dos personajes principales, ejerciendo simultáneamente una forma de poder dual —uno político y religioso el otro— en los dominios del señorío, que comprendía tanto el valle bajo del Lurín como la margen izquierda del valle bajo del Rímac.

Cuando los incas ingresaron a la costa central, alrededor del año 1470, convirtieron a Pachacamac en un importante centro funcional a su dominación en la región. Las edificaciones que los

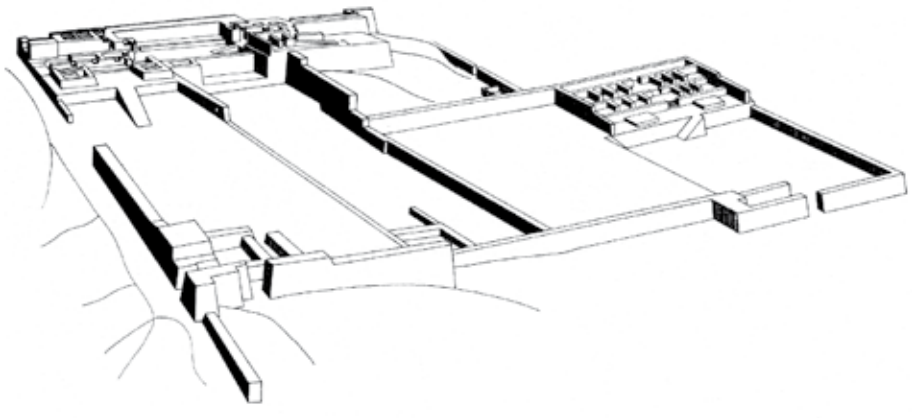


Fig. 430 – Pachacamac. Isometría reconstructiva del complejo de la Pirámide con rampa 3 (redibujado de Paredes y Franco 1987: fig. 6).

Fondo Editorial PUCP

incas construyeron en Pachacamac durante este último período son un excepcional testimonio de los designios imperiales y de su trascendente presencia en la ciudad. Además de la monumental pirámide conocida como Templo del Sol, que se levanta sobre el promontorio más elevado al suroeste del sitio, superponiéndose a un antiguo montículo piramidal de época Lima; también construyeron un edificio que se conoce como Mamacona, asumiéndose que correspondería a un aqllawasi; y conjuntos residenciales de elite, como el complejo denominado Tauri Chumbi.

Pero además de estos prominentes edificios, los incas realizaron una importante remodelación en el sitio, al desarrollar lo que se conoce como la Plaza de los Peregrinos, para lo cual se habría desmontado edificios preexistentes en este sector, con el propósito de generar una amplia explanada rectangular de unos 320 por 90 metros, dividida en su eje central por dos hileras paralelas de pilares. Estos pilares centrales, como las hileras que se dispusieron ordenadamente a lo largo de la plaza, sugerirían la posible presencia de galerías dotadas con algún tipo de techo. Al lado sureste de la plaza se construyó, con los típicos adobes de factura inca, una plataforma que contaba con una escalinata para ascender a ella desde la plaza. Estos rasgos y la asociación con la plaza permiten suponer que esta estructura correspondería a un *ushnu*, las características plataformas ceremoniales presentes en las plazas de los principales centros incas (Hyslop 1990: 256-259). A propósito de las intervenciones que se llevan a cabo durante este período, Hyslop (ibid.: 260) destaca que Pachacamac probablemente constituye el ejemplo más monumental donde el planeamiento inca ajustó su diseño a una traza urbana preexistente.

Aún no están claras las formas de relación de otros asentamientos contemporáneos de la comarca de Lima, respecto a la ciudad de Pachacamac. Sin embargo, dadas las calidades y dimensiones urbanas de Pachacamac, su existencia y desarrollo debió sustentarse necesariamente en un sistema que le garantizase una red de abastecimientos y formas de tributación en especies o en fuerza de trabajo. Se ha propuesto, a partir de la documentación etnohistórica, que la base territorial de este sustento comprometería por lo menos las partes bajas de los valles del Rímac y el Lurín, y que esta se garantizaba mediante las relaciones de reciprocidad y dependencia de diferentes curacazgos establecidos en distintos sectores de estos valles agrícolas e inclusive en las lomas aledañas. Al respecto se menciona a Pacat y Manchay para el valle bajo; al curacazgo de Sisicaya en la zona correspondiente a la *chaupiyunga*;[21] a los caringa, que manejaban las lomas de las quebradas entre Lurín y Chilca;[22] además del pueblo de Quilcay, cuyos



Fig. 431 – Pachacamac. Vista panorámica desde el noreste, en la que se aprecia en primer plano el complejo de Pirámide con rampa 2 (foto: Edward Ranney, en Von Hagen y Morris 1998: fig. 104).

[21] Los estudios de María Rostworowski (2004) han dado a conocer el manejo de distintas especies de plantas propias del piso ecológico correspondiente a la *chaupiyunga*, entre ellas de una variedad muy apreciada de coca costeña (*Erytroxilum Novogranatense*). La posibilidad de desarrollar cocales en una zona relativamente próxima al litoral, sin tener que recurrir al distante abastecimiento en la vertiente oriental del los Andes, otorgaron una importancia estratégica a esta zona y no pocos conflictos por su control (Rostworowski 1999: 10).

[22] En estas quebradas, y asociados a estos ecosistemas de *lomas*, se han documentado excepcionales evidencias de asentamientos aldeanos, como Malanche (Mujica 1987; Mujica *et al.* 1992).

Editorial PUCP



Fig. 432 – Pampa de Flores. Foto aérea (Servicio Aerofotográfico Nacional).

residentes estaban especializados en las faenas de la pesca (Rostworowski 1992).

En lo que se refiere al área inmediata del valle de Lurín, dado que en este valle no se encuentra ningún otro asentamiento urbano y menos alguno de las dimensiones de Pachacamac, sino más bien un conjunto de poblados, aldeas y caseríos que se eslabonan a lo largo de los distintos sectores agrícolas que se suceden en este valle (Marcone 2005), podemos suponer que estos asentamientos rurales tuvieron una relación bastante más estrecha y articulada con la ciudad.

Estos asentamientos, que se localizan en las márgenes del valle y por encima de los canales de riego que delimitan las tierras de cultivo, son de diferente tamaño, traza y densidad, si bien comparten técnicas constructivas y tipologías arquitectónicas. Algunos sitios presentan conjuntos de pocas estructuras y podrían corresponder a caseríos; otros presentan aglomeraciones algo más extensas y mayor número de estructuras, por lo que podrían considerarse aldeas; mientras contados asentamientos tienen una gran extensión con una alta densidad de estructuras e, inclusive, la incorporación de algunos espacios y complejos con arquitectura pública, por lo que podríamos considerarlos como pueblos o centros urbanos menores.

El caso más destacado de este último tipo de asentamiento corresponde a Pampa de Flores, que llama la atención por su notable extensión, pero que también manifiesta ciertos niveles de planeamiento, con la organización de algunas calles, de espacios abiertos que podrían corresponder a plazas y la presencia de complejos cercados en algunos casos. En estos últimos presentan como elemento central plataformas escalonadas con rampas, que parecen emular en pequeña escala el lenguaje arquitectónico de las monumentales pirámides con rampa de Pachacamac.

La presencia de amplias terrazas o tendales construidos con grandes muros de contención en las laderas de los cerros que delimitan el asentamiento de Pampa de Flores, sugerirían la importancia de algunos procesos productivos que se habrían desarrollado en él, como los asociados a la transformación de determinados productos agrícolas, como ají o maíz, que requieren de un proceso previo de secado.

Otros asentamientos de aparentemente carácter aldeano, como Tijerales, Huaycán de Cieneguilla, Panquilma y Chontay, entre otros, se caracterizan por presentar distintos sectores con estructuras aglutinadas de tipo habitacional, cuya agregación espontánea y sucesiva genera una trama donde no se percibe alguna forma de

Fondo Editorial PUCP

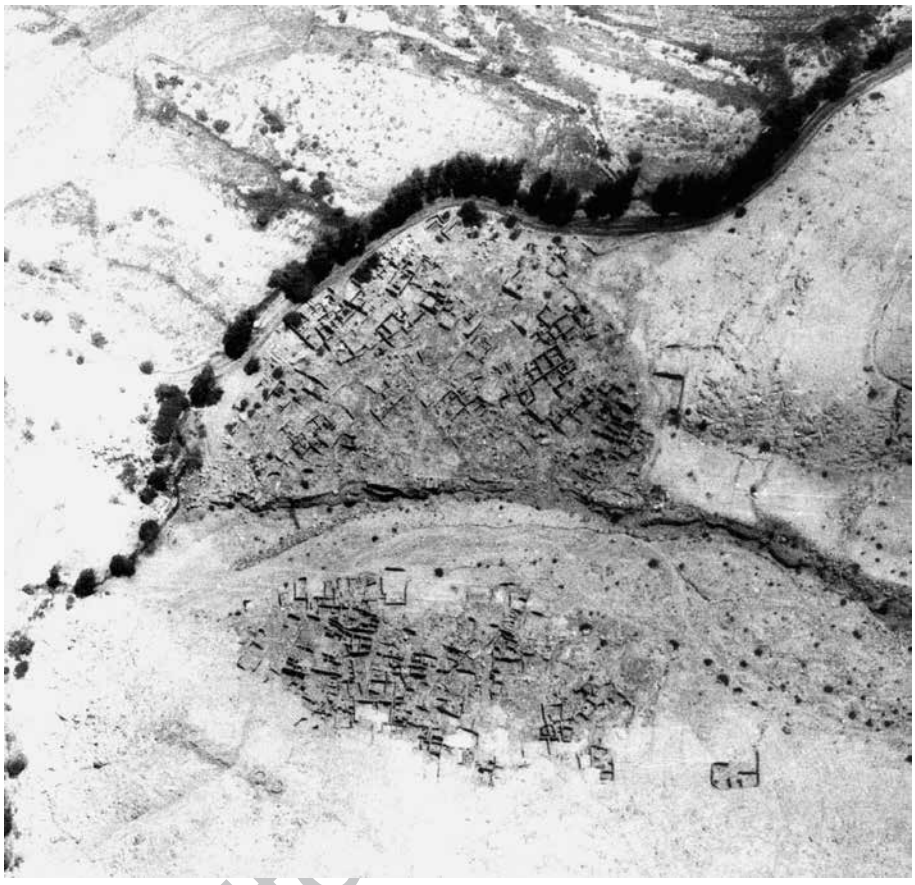


Fig. 433 – Chontay. Foto aérea del asentamiento (Servicio Aerofotográfico Nacional).



Fig. 434 – Chontay. Vista de un sector de conjuntos habitacionales al noroeste del sitio (foto: J. Canziani).

Fon Edito

planeamiento. Estos rasgos, unidos a la ausencia de arquitectura pública prominente, expresarían el carácter marcadamente rural de este tipo de asentamientos. Sin embargo, especialmente en el caso de Chontay, la gran cantidad de silos o *qollqas* de depósito, construidos bajo el piso de la mayoría de las viviendas, revelan una notable capacidad de almacenamiento de productos, cuyo volumen excede ampliamente los requerimientos del consumo familiar. La cantidad y desarrollo formal de estas estructuras de almacenamiento en cada una de las unidades habitacionales permiten suponer que los habitantes del asentamiento desarrollaban una acumulación de productos agrícolas destinados a un sistema de intercambio o tributación, sugiriéndose así su articulación con un sistema económico más complejo que trascendía la habitual producción de autoconsumo.

Arquitectura y urbanismo chincha[23]

La cultura Chincha representa una de las más importantes formaciones sociales que se desarrollaron en la costa sur del Perú en la época tardía, que comprende tanto el período de los Estados Regionales Tardíos (1000-1450 d.C.), como el período de dominio de la región por parte de los incas, y que concluye en el siglo XVI con la conquista española.

La sociedad Chincha constituye la culminación de un largo proceso histórico que tuvo como escenario el valle del mismo nombre. Como hemos ya visto en el cuarto capítulo, este proceso se inició tempranamente con el desarrollo de la cultura formativa Paracas (1000-200 a.C.), que erigió en el valle de Chincha extraordinarios testimonios de arquitectura monumental, en el marco de la aparición de las primeras formas de organización urbana en la región y del desarrollo de importantes modificaciones territoriales asociadas a la conformación del valle agrícola (Canziani 1992a).

Las referencias etnohistóricas acerca de Chincha son bastante tempranas y frecuentes. De hecho, los primeros navegantes europeos que exploraron el litoral del Pacífico a partir del istmo de Panamá fueron los primeros en recibir mención de este reino. El propio Pizarro, antes de la conquista del Perú y en su primer viaje a lo largo de la costa norte (1526-1527), recibió referencias sobre la riqueza y el poderío de Chincha. Por lo tanto, no es casual que, en su posterior retorno a España, solicitara a la corte que su futura gobernación sobre los reinos aún por conquistar tuviera a Chincha por límite sur (Cieza 1987).

En 1532, durante la toma de Cajamarca y la consiguiente captura del Inca, es muerto el señor de Chincha al ser confundido con el gobernante, por el hecho insólito de ser el único personaje que era transportado en andas con gran pompa además del propio Inca. Interrogado Atahualpa acerca de «[…] como traya en andas al señor de Chincha, y todos los demás señores del rreyno parecían delante dél con cargas y descalzos, dixo que este señor de Chincha antiguamente era el mayor señor de los Llanos, que echaua sólo de su pueblo cien mill balsas a la mar, y que era muy su amigo, y por esta grandeza de este Chincha pusieron nombre de Chinchaysuyo dende el Cuzco hasta Quito, que ay casi quatrocientas leguas» (Pizarro 1986).

Por último, el documento conocido como *Aviso,* estudiado por María Rostworowski, revela que la alianza entre el Estado Inca y el señorío de Chincha habría tenido como base fundamental la organización de un notable tráfico marítimo y terrestre por parte de este último. A este propósito, este documento colonial temprano señala que de los 30 mil tributarios que tenía este valle, 12 mil eran labradores, 10 mil eran pescadores y 6 mil eran mercaderes. Estos últimos habrían extendido sus tratos y el intercambio de una serie de productos hasta el Cusco y el Altiplano del Titicaca por el sur y hasta Quito y Puerto Viejo por el norte (Rostworowski 2004).

Una de las cuestiones claves que se ha planteado la investigación arqueológica en el valle de Chincha reside precisamente en la necesidad de corroborar la información etnohistórica que señalan los documentos, en cuanto se refieren a la existencia de una marcada división social del trabajo y la presencia de especialistas en el seno de la sociedad chincha y, entre ellos, de mercaderes que habrían desempeñado un importante papel en el intercambio de bienes que se desarrollaba en el área andina, comprometiendo regiones bastante alejadas entre sí. En esta dirección, el análisis de los patrones de asentamiento y la arquitectura de esta época constituye una importante herramienta para la comprensión de esta problemática y la aproximación al conocimiento de la forma de organización social y el modo de vida que caracterizaron a la sociedad chincha.

[23] Una primera versión de este texto, aquí revisado, apareció en el artículo «Arquitectura y Urbanismo de la Cultura Chincha», publicado en la revista Arkinka (Canziani 2000).

Fondo Editorial PUCP

El patrón de asentamiento durante el período Chincha

Hace un siglo, en 1900, los trabajos de Max Uhle dieron inicio a las investigaciones arqueológicas en el valle, dando a conocer científicamente los primeros hallazgos correspondientes a la cultura Chincha. En estos trabajos pioneros, Uhle destacaba la importancia de conjuntos de huacas y centros poblados chincha, tales como La Centinela, La Cumbe, Tambo de Mora, Lurin Chincha y Las Huacas, que constituyen los principales asentamientos del período en el valle. Sin embargo, es de notar que Uhle también observó dos aspectos relevantes para esta época y sobre los cuales trataremos más adelante: la existencia de una red de caminos prehispánicos en el valle y el desarrollo de una tradición funeraria asociada a la construcción de mausoleos (Uhle 1924).

Efectivamente, el aspecto más notable del patrón de asentamiento de la sociedad chincha está representado por extensos centros urbanos, dominados por grandes edificaciones, conocidas popularmente como huacas, que presentan volúmenes troncopiramidales formados por plataformas escalonadas construidas con gruesos muros de tapia. Pero existen también otros tipos de sitios que corresponden a sitios habitacionales, complejos administrativos, cementerios, un excepcional sistema de caminos, además de las evidencias que correspondieron a la infraestructura agraria, como es el caso de canales de irrigación y campos de cultivo (Canziani 1993).

En términos generales, y a diferencia de los períodos precedentes, se observa que durante esta época la distribución de los sitios en el valle es extensiva y bastante homogénea, apreciándose que prácticamente no existen sectores en los que no se registre ocupación. Tanto el incremento notable de la cantidad de sitios con relación a las épocas anteriores, como la densidad de los mismos en el territorio del valle, nos estarían señalando un considerable crecimiento poblacional durante los períodos tardíos.

Aparentemente, algunos sectores del valle que no registran ocupación previa habrían sido ocupados por primera vez durante esta época. De este hecho, se puede también deducir una notable expansión del sistema de irrigación en el valle, así como la incorporación a la producción agrícola de vastas extensiones de tierras hasta ese entonces eriazas. En este sentido, es factible que durante este período se iniciara la irrigación de la planicie de Chincha Alta, una terraza natural que se eleva al norte por encima del piso aluvial del valle, ya que en esta zona antes despoblada se encuentran instalados algunos importantes sitios de esta época. Algo similar se aprecia en la margen sur del valle, con la presencia de nuevos sitios que se localizan inclusive por encima del límite actual de los campos de cultivo.

Durante esta época se observa también una consistente presencia de asentamientos en la

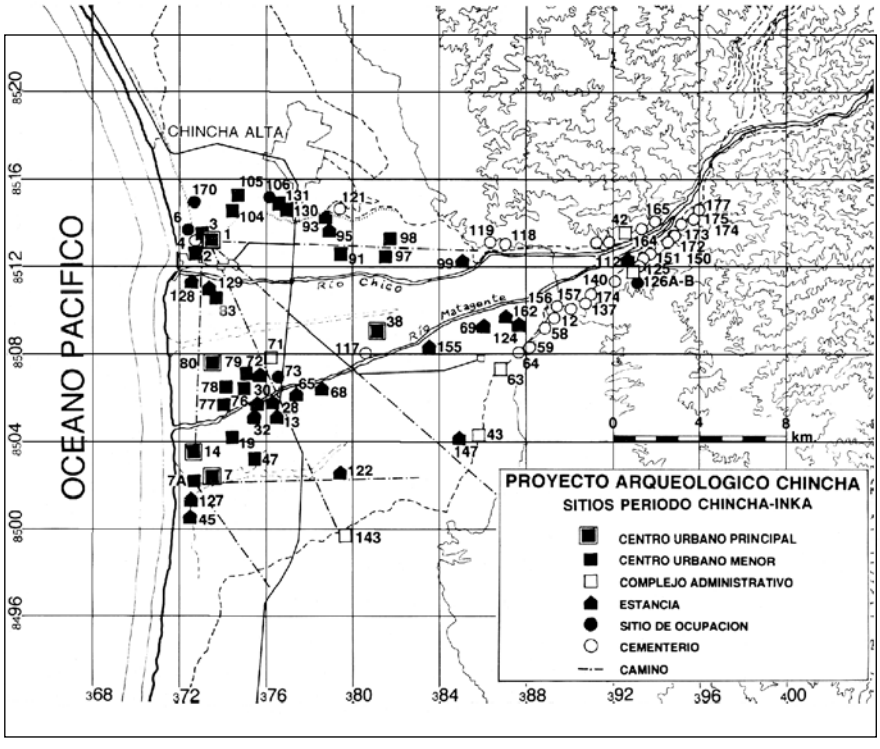


Fig. 435 – Mapa del valle de Chincha con la distribución de los principales sitios tardíos de la época Chincha e Inca (Proyecto Arqueológico Chincha, Canziani 2000).

Fondo Editorial PUCP

parte media alta y en el inicio de la parte alta del valle, donde el río San Juan corre encañonado antes de bifurcarse en el cuello del valle. Lo singular de la ocupación de este sector es que está dominada por la presencia de importantes complejos administrativos, así como también por la existencia de innumerables necrópolis. En la parte más alta del valle, estos cementerios representan el tipo dominante de sitio que allí se registra.

Los centros urbanos

En el valle de Chincha destacan tres grandes concentraciones urbanas que se ubican estratégicamente, localizándose en los vértices de una disposición triangular que parece amoldarse a la forma que asume el territorio del delta del valle. En el extremo norte, y en proximidad del litoral, tenemos la más importante concentración urbana, conformada por el complejo de La Centinela de Tambo de Mora (1) y La Cumbe (3), que constituyen una suerte de unidad dual con el complejo de Tambo de Mora (2), ubicado algo más al sur. En el extremo sur del valle, en la zona de Lurinchincha y siempre en inmediaciones del litoral, se encuentran otros dos complejos que pudieron conformar por su relativa proximidad una unidad. Se trata de los complejos de San Pedro (7) y Ranchería (14). De otro lado, al este y en una posición central con relación a la zona interior del valle se ubica el extenso complejo de Las Huacas (38).

La Centinela de Tambo de Mora

Este importante centro urbano, que se supone representó el principal asentamiento del valle en cuanto sede central del señorío de Chincha, tiene una extensión de unos 1.100 metros de este a oeste y unos 500 metros de norte a sur, cubriendo un área de aproximadamente 55 hectáreas. Pero más que la propia extensión del sitio, es de destacar la presencia de una densa trama urbana en la que se aprecia el ordenamiento compacto de una serie de complejos monumentales claramente delimitados espacialmente.

El centro urbano está dominado por la imponente mole piramidal conocida como La Centinela, que se enmarca en un complejo localizado en una posición central en el sector oeste del sitio. Si bien este complejo muestra las huellas del intenso huaqueo que se inició en Chincha con la encomienda del valle a Hernando Pizarro, así como otras alteraciones generadas por la instalación de una cruz en la cumbre del montículo, aún se pueden apreciar recintos y grandes cámaras definidas por gruesos murallones de tapial. En uno de estos recintos de la parte más alta de la pirámide se apreciaba hasta hace unas décadas una pared decorada con un extraordinario friso en plano

Fondo Editorial PUCP

Fig. 436 - Foto aérea de 1942 en la que se aprecia al centro el complejo de La Centinela de Tambo de Mora y al noroeste (izquierda) los sitios de La Cumbe y Lo Demás (Servicio Aerofotográfico Nacional).





Fig. 437 – La Centinela de Tambo de Mora. Foto aérea oblicua en la que se aprecia la pirámide principal y en segundo plano el complejo del Palacio Inca (foto: J. Canziani).

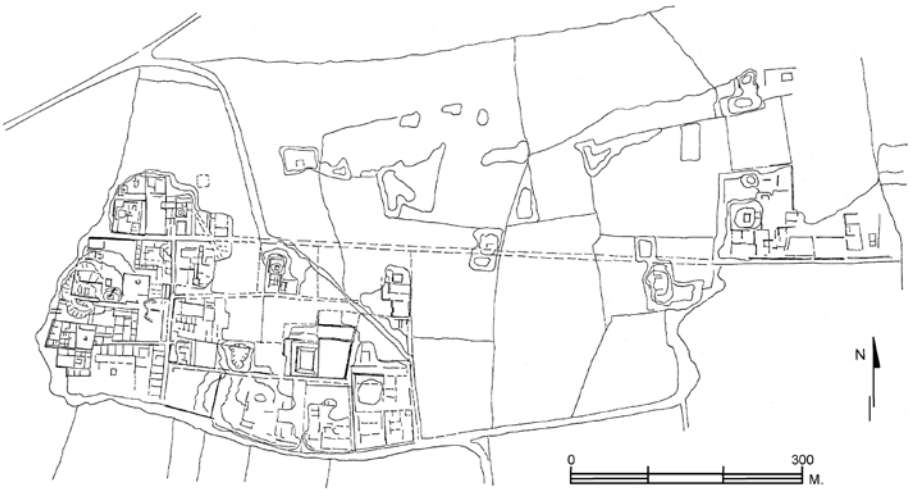


Fig. 438 – La Centinela de Tambo de Mora. Croquis del complejo urbano en base a las aerofotografías Servicio Aerofotográfico Nacional (1942) y al levantamiento de campo (Canziani).

relieve, que desarrolla con un tratamiento tipo «textil» motivos escalonados y concatenados en los que se entrelazan aves, peces y olas marinas.

La ocupación inca en el sitio registra distintas intervenciones, entre ellas la remodelación de ciertos sectores de la propia pirámide de La Centinela y de la escalinata ubicada en su flanco sur. Estas intervenciones se perciben claramente al sustituirse la tapia por el empleo del típico adobe inca de gran tamaño. En el complejo ubicado al sur del sector oeste del sitio se encuentra la más destacada edificación inca en el valle, conocida popularmente como Palacio Inca. El núcleo central de este complejo está construido sobre una gran plataforma que lo eleva con relación al nivel del terreno, y presenta una planta trapezoidal divida en dos sectores. Al norte se ubica el sector correspondiente a un gran patio, que está asociado a un muro cuyo frente oeste presenta nichos y una escalinata que conduce a una portada central. Todos estos elementos presentan las típicas jambas dobles y los vanos trapezoidales que caracterizan a la arquitectura inca.

Al sur del gran patio se encuentra el edificio correspondiente propiamente al «palacio», al cual se accede nuevamente por una portada de doble jamba con escalinata, que introduce a un patio ubicado al este del edificio. El edificio ubicado al oeste se desarrolla en un nivel aún más elevado y presenta una serie de cámaras de aparente función residencial, decoradas con nichos y con pintura mural, en la que se empleó sobre un fondo blanco, negro, rojo y verde (o azul) (Wallace 1998). Los distintos recintos están conectados

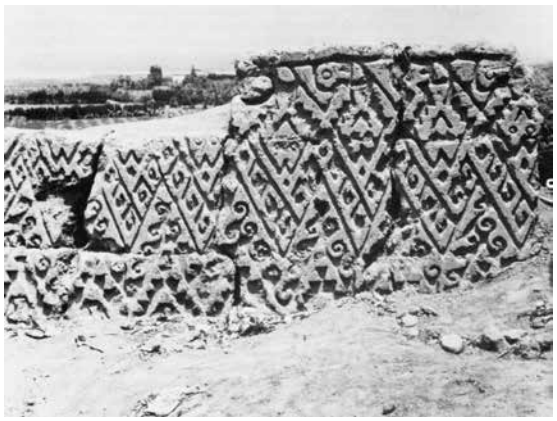


Fig. 439 – La Centinela de Tambo de Mora. Muro de un recinto en la cima de la pirámide principal, donde se apreciaban relieves que han sido destruidos en las últimas décadas (Bonavia 1991: fig. 69).

mediante corredores y se asocian con terrazas abiertas con parapetos. Es de resaltar la existencia, en la esquina sur oeste del edificio, de una terraza con una poza de baño y de un pequeño recinto dotado también de un baño, que como señalaran tanto Middendorf como Uhle, estaban conectados con canales subterráneos para el abastecimiento y drenaje del agua. Este último rasgo, que se asocia exclusivamente con las edificaciones destinadas a la elite imperial, refuerza aún más la importancia de este complejo y su rol en el contexto de la ocupación inca del valle de Chincha, en cuanto sede central de los funcionarios que administraban los intereses del Estado inca, en asociación con los principales del señorío de Chincha. Asociado a este complejo

Fig. 440 – La Centinela de Tambo de Mora. Detalle del diseño original de los relieves (Wallace 1998).



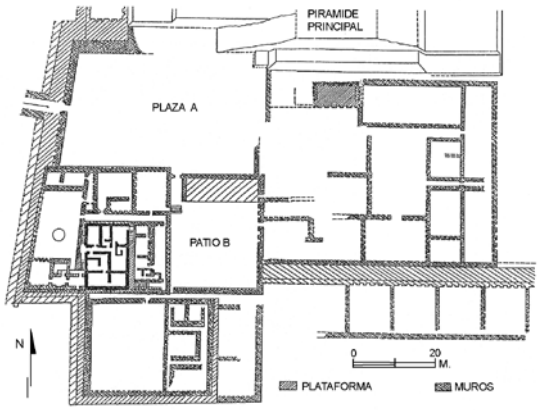


Fig. 441 – La Centinela de Tambo de Mora. Plano del complejo inca (redibujado de Wallace 1998).

inca se encuentran, tanto al este como al sur, otros sectores que presentan plazas e hileras de recintos en sus lados. Estos pudieron cumplir funciones residenciales, de almacenamiento o de otros servicios, en cuanto apéndices del palacio.

De otro lado, en las antiguas aerofotografías de 1942 se aprecia claramente que el complejo al norte del sector oeste estaba separado del complejo central de La Centinela por un camino delimitado por gruesos murallones de tapia. Otro camino o pasaje separaba el sector oeste del sector central del centro urbano, al igual que se advierten trazas de otras vías que se proyectan tanto en dirección este-oeste como norte-sur. En este sector central se presentan algunos complejos amurallados que encierran plataformas piramidales con recintos, así como terrazas, plazas y patios.

Finalmente, al este se encuentra otro sector con complejos más dispersos y distantes entre sí. Cabe señalar, a propósito de estos dos últimos sectores, que posiblemente se aprecie de ellos tan solo la parte conservada de la arquitectura monumental, mientras que rastros de estructuras menores podrían haber desaparecido con el cultivo de estas zonas, especialmente a partir la introducción de la agricultura mecanizada, tal como se ha podido comprobar en el caso del complejo de Tambo de Mora.

La Cumbe

Esta gran plataforma, que mide unos 200 por 150 metros y que se ubica unos 200 metros al noroeste de La Centinela, sobre el acantilado que limita el norte del valle bajo, estuvo asociada a importantes cementerios tardíos. Sobre la plataforma y del lado este se presentan restos de recintos rectangulares de tapial, mientras que sobre la esquina sur oeste se presentan restos de una edificación con recintos de adobe en la parte más

© Editorial PUCP



Fig. 442 –Tambo de Mora. Vista desde el oeste de la pirámide principal del complejo, en la que se aprecian plataformas escalonadas (foto: J. Canziani).

elevada de la plataforma, que aparentemente corresponderían a la ocupación inca.

La asociación de esta gran plataforma con los cementerios tardíos y las construcciones correspondientes a los períodos Chincha e Inca, llevó a Uhle a suponer que esta edificación correspondería al santuario de Chinchay Camac, considerado como uno de los hijos del ídolo de Pachacamac. Sin embargo, Uhle notó también que no existían tumbas más tempranas en los cementerios aledaños y que los rellenos con los que estaba construida la plataforma estaban hechos con cantos rodados. Estos datos, la presencia de cerámica temprana, así como ciertos rasgos arquitectónicos relacionados con la orientación este-oeste del montículo, y la existencia de patios hundidos sobre la plataforma, nos llevaron a plantear la posibilidad de que se tratara de una edificación del período Formativo, remodelada en épocas tardías.

Recientemente hemos hallado —en algunos cortes que se ubican estratigráficamente en el basamento de los rellenos constructivos de La Cumbe— una consistente deposición de cerámica del más puro estilo Paracas Cavernas, lo que estaría confirmando esta hipótesis. Este importante hallazgo podría estar indicando no solo que este santuario y sus dioses tendrían profundas raíces en la historia del valle, si no también que desde épocas tan tempranas como Paracas este sector del valle concentró uno de los principales núcleos de desarrollo urbano.[24]

Tambo de Mora

Este complejo urbano se ubica unos 400 metros al suroeste de La Centinela y debió tener una extensión de unos 500 metros de norte a sur y 400 de este a oeste, cubriendo un área de por lo menos 20 hectáreas. El área monumental del complejo se concentra —al igual que en La Centinela— en el sector suroeste del sitio, donde se presenta una gran edificación del tipo huaca, que alcanza unos 200 metros de este a oeste por 130 metros de norte sur. La planta presenta una disposición en forma de «U» abierta hacia el sur, que encierra dos grandes patios o terrazas escalonadas, limitadas por grandes murallones de tapial. Estas grandes terrazas separan el ala este de la oeste, que en ambos casos presentan recintos sobre plataformas escalonadas que culminan en prominencias tanto al norte como al sur. El cuerpo central, que conecta las alas laterales y cierra al norte el gran atrio constituido por los patios escalonados, presenta recintos de menor elevación y sistemas de corredores, escalinatas y accesos que servían para el ingreso desde el lado norte del edificio. La disposición arquitectónica de este sector del complejo de Tambo de Mora es tan lograda como impactante, motivando un

[24] Los caminos ceremoniales que irradian en distintas direcciones desde el complejo Centinela de Tambo de Mora y La Cumbe podrían por lo tanto no ser una organización del espacio del valle de época tardía, sino que podrían remontarse a esta época temprana, donde son comunes los geoglifos, como los documentados en asociación con el sitio Paracas de Cerro del Gentil. Al respecto Hyslop (1990: comunicación personal) observó que algunas de estas líneas de caminos convergían en La Cumbe y no en la Centinela, que fue asumida como el centro generador del sistema radial (Wallace: 1977).

Fondo Editorial P

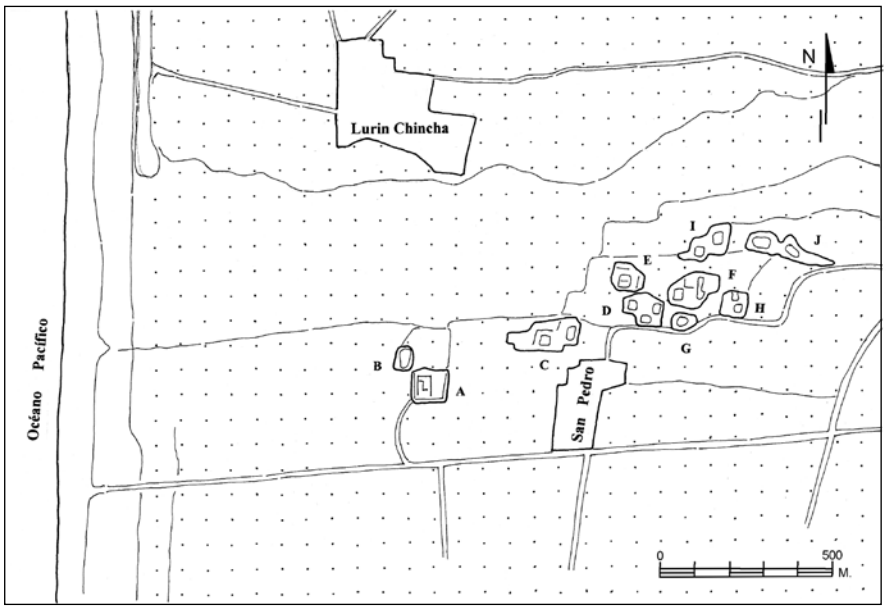


Fig. 443 – Complejo San Pedro. Croquis realizado en base a las aerofotografías del Servicio Aerofotográfico Nacional y al levantamiento de campo (Canziani).

sugerente apunte de Middendorf (1973: 105), quien visitó el sitio en 1887.

Las excavaciones desarrolladas por el Proyecto Arqueológico Chincha, en los campos de cultivo que han cubierto el sector noroeste del complejo, han revelado una densa trama urbana con superposiciones arquitectónicas correspondientes a las épocas Chincha y Chincha-Inca. En los recintos descubiertos se han hallado contextos tanto domésticos, como otros relacionados aparentemente con actividades productivas. Mientras tanto, las excavaciones realizadas en las plataformas ubicadas en el flanco oeste del conjunto monumental han revelado la existencia de talleres relacionados con la presencia de orfebres.

De esta manera, las excavaciones arqueológicas desarrolladas en Tambo de Mora han proporcionando datos claves para la comprensión de las características urbanas y del modo de vida de la población de este tipo de sitios y, en especial, de la actividad y rol de los especialistas. Cabe resaltar que son múltiples las referencias etnohistóricas acerca de la importante presencia de expertos plateros en la sociedad chincha. Por lo tanto, este último hallazgo es de trascendental relevancia al darnos a conocer la estrecha relación de dependencia que estos especialistas habrían tenido con relación a la elite y que se expresa de modo patente con la propia inclusión de sus áreas de actividad en la zona nuclear y monumental de este centro urbano.

San Pedro

Este complejo se ubica en el extremo sur del valle bajo, en la zona de Lurinchincha. Comprende dos sectores separados unos 200 metros entre sí: el primero al oeste, donde se encuentra La Centinela de San Pedro, y el segundo al este que comprende ocho montículos distribuidos irregularmente en dirección este-oeste. La extensión total del complejo es de unos 1.200 metros, ocupando una área de aproximadamente 60 a 70 hectáreas.

La Huaca A, que es conocida como La Centinela de San Pedro, está en el extremo oeste del sitio. Tiene una planta cuadrangular de 85 por 85 metros, sus lados están perfectamente orientados con los ejes cardinales y presenta una forma de pirámide escalonada con plataformas hechas con grandes muros de tapia, en los que se aprecia en ciertos sectores la inclusión de adobes rectangulares de gran tamaño. Los lados oeste, sur y este presentan grandes muros de contención y evidencias de plataformas escalonadas. El lado norte, que es el más bajo, parece corresponder a

Fig. 444 – La Centinela de San Pedro (A). Vista desde el sureste, al fondo el mar (foto: J. Canziani).



Fondo Editorial PUCP



Fig. 445 – La Centinela de San Pedro. Gran muro de tapia, con inclusión de adobes, en la esquina sur este del monumento (foto: J. Canziani).

una terraza baja que pudo funcionar como una plaza elevada. Se aprecia el desarrollo de terrazas ascendentes hacia el sur y oeste, donde se encuentra la parte más alta de la huaca que alcanza unos veinte metros de altura.

Los montículos restantes, que se encuentran hacia el este, presentan características similares y se encuentran bastante erosionados. En algunos casos se aprecian restos de estructuras y muros de contención de tapia, algunos de grandes dimensiones.

Ranchería

Ubicada a 750 metros al norte de la hacienda Lurin Chincha aproximadamente. Este complejo



Fig. 446 – Complejo Ranchería. Vista aérea panorámica desde el norte, al fondo La Centinela de San Pedro (foto: J. Canziani).

Fondo PUCP

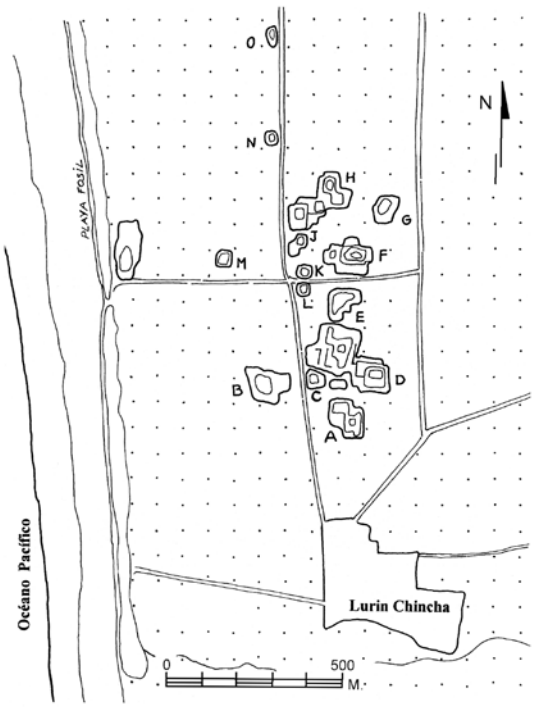


Fig. 447 – Complejo Ranchería. Croquis realizado en base a las aerofotografías del Servicio Aerofotográfico Nacional y al levantamiento de campo (Canziani).

se desarrolla de norte a sur, paralelo al litoral y está rodeado de campos de cultivo. Actualmente la mayoría de los montículos están ocupados por casas y construcciones modernas. Se trata de un conglomerado de montículos bastante erosionados que presentan restos de estructuras hechas de tapia. El planeamiento presenta una aparente distribución irregular de los montículos, si bien estos se encuentran concentrados a lo largo de un eje norte-sur. El complejo se ubica en una suerte de franja entre dos caminos paralelos: el primero, al este del sitio, corre de norte a sur y conecta La Centinela de Tambo de Mora con La Centinela de San Pedro; el segundo, al oeste y con la misma orientación que el anterior, flanquea y atraviesa parcialmente el complejo, asociándose directamente con algunos de los montículos. La extensión del complejo es de unos 900 metros de norte a sur y unos 500 metros de este a oeste, ocupando un área aproximada de 45 hectáreas.

Las Huacas

Este extenso complejo urbano se encuentra en una posición central en el valle medio y está localizado entre los ríos Chico y Matagente. Tiene una extensión de unos 1.500 metros de este a oeste y de unos 700 metros de norte a sur, cubriendo un área de aproximadamente 105 hectáreas. Sin embargo, hay que señalar que este caso —al igual que en Ranchería y San Pedro— los montículos se presentan en un patrón algo disperso y no queda claro si es que las áreas hoy bajo cultivo que los separan estuvieron ocupadas por estructuras menores, como sucede en el caso de La Centinela y Tambo de Mora.

Asentamientos intermedios y menores

Además de los centros urbanos principales existe una serie de asentamientos intermedios y otros de menor escala dominados por conjuntos de edificaciones de carácter monumental. Dentro del primer caso, correspondiente a centros urbanos de menor jerarquía, tendríamos sitios bastante extensos como Litardo (80). Este sitio se localiza en el valle bajo y en una posición central con relación



Fig. 448 – Dos Huacas. Vista panorámica desde el sur este del sitio (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

a este sector demarcado por el curso de los dos ríos. Por el oeste el sitio estaba conectado con el antiguo camino que unía La Centinela de Tambo de Mora con La Centinela de San Pedro. El asentamiento está compuesto por un extenso conjunto de huacas construidas con muros de tapial. El sitio tiene una orientación este-oeste, con unos 600 metros de largo y unos 300 metros de norte a sur, con un área de 18 hectáreas. Presenta un planeamiento en el cual se aprecia el ordenamiento de una serie de complejos entre los que destaca el conjunto C, que presenta características monumentales, con grandes plataformas, patios, corredores y recintos delimitados por gruesos y altos muros de tapial, algunos de los cuales alcanzan los 2,20 metros de grosor, otros presentan la técnica del adobón y constituyen muros de contención de altas plataformas, llegando a alcanzar entre seis y ocho metros de altura. Este parece el conjunto de mayor importancia dadas las características de su arquitectura y la presencia de frisos que decoraban algunos de sus muros.

Dentro del segundo caso, tendríamos asentamientos que —más que centros urbanos menores— habrían correspondido a los «palacios» o mansiones de la elite rural chinchana. Entre este tipo de sitios, tendríamos casos como Huaca Grande (105), Huacarones (91), Larán Salitral (97), Huaca Fundación (98), Dos Huacas (77), etcétera. Este último tipo de asentamiento presenta como una constante casi general un planeamiento dual, en el cual se observa —dentro de múltiples variantes— la presencia de dos estructuras del tipo huaca, que dominan con su volumen y altura al resto de las edificaciones. Aparentemente, este tipo de edificaciones respondió a fines residenciales, dado que presentan recintos cuya forma y distribución, además de la existencia de ciertos elementos —como es el caso de hornacinas— y la existencia de contextos propios de actividades domésticas, sugieren este tipo de función. Además, la asociación de este tipo de edificaciones con patios, grandes terrazas, así como el carácter monumental de las edificaciones, estaría dando señas acerca de su posible calidad de palacios o residencias de elite, donde habrían habitado los miembros de alto rango de la sociedad chinchana.

Sin embargo, no es de descartar que algunas de estas edificaciones integraran a su vez, y en menor escala, funciones de tipo administrativo, productivo o, inclusive, de carácter ceremonial. Pero aún no es posible resolver estas interrogantes, dado que las investigaciones arqueológicas sobre este tipo de sitios son todavía muy limitadas.

Los sitios habitacionales

Con relación a esta clase de sitios, se puede afirmar que son relativamente escasos los centros poblados con concentraciones de tipo aldeano. Uno de los pocos casos representativos de este tipo es el sitio La Calera (166), que se ubica en la margen derecha del valle medio alto, sobre el lecho de una quebrada lateral y que presenta una extensa concentración de estructuras de aparente carácter doméstico, cuyos muros están construidos con la técnica de pirca.

Otra concentración habitacional, pero con una organización más bien de tipo lineal, se excavó en el sitio denominado Lo Demás, sobre una plataforma natural que corre paralela al mar al norte de La Cumbe. En este lugar Sandweiss (1992) documentó la presencia de pescadores que aparentemente estuvieron especializados en este tipo de actividad, proporcionando valiosas evidencias que confirmarían lo señalado en el documento *Aviso*, cuando se dice que «[…] éstos estaban poblados desde dos leguas antes de llegar a Chincha hasta es otra parte de Lurinchincha, que hay de una parte a otra cinco leguas; y parecía la población de esta gente una hermosa y larga calle […]» (Rostworowski 2004: 253).

Otras concentraciones habitacionales asentadas sobre terrazas se registran también en los sitios Pampa de la Pelota (126) y Casagrande (42), pero en estos casos asociadas a la arquitectura pública de dos de los más importantes complejos administrativos.

De otro lado, esta clase de sitios habitacionales parecería más bien estar ampliamente representada por una gran cantidad de pequeños montículos de tierra o cantos rodados, que se encuentran dispersos entre los campos de cultivo y que frecuentemente presentan restos de recintos de muros de tapia. Estos sitios parecen corresponder a viviendas aisladas o «estancias», correspondientes a los pobladores dedicados a las labores agrícolas, que fueron construidas con la técnica del tapial o con materiales perecederos como la quincha.

Los complejos administrativos

Esta clase de asentamientos está representada por complejos de diferente tamaño, forma y materiales de construcción, pero que tienen en común rasgos que evidencian formas aparentemente planificadas, que presentan un cercado de planta rectangular o trapezoidal, cuyo interior está divido en sectores y subsectores. Algunos de estos sitios recuerdan el planeamiento de complejos adminis-

Fondo Editorial PUCP

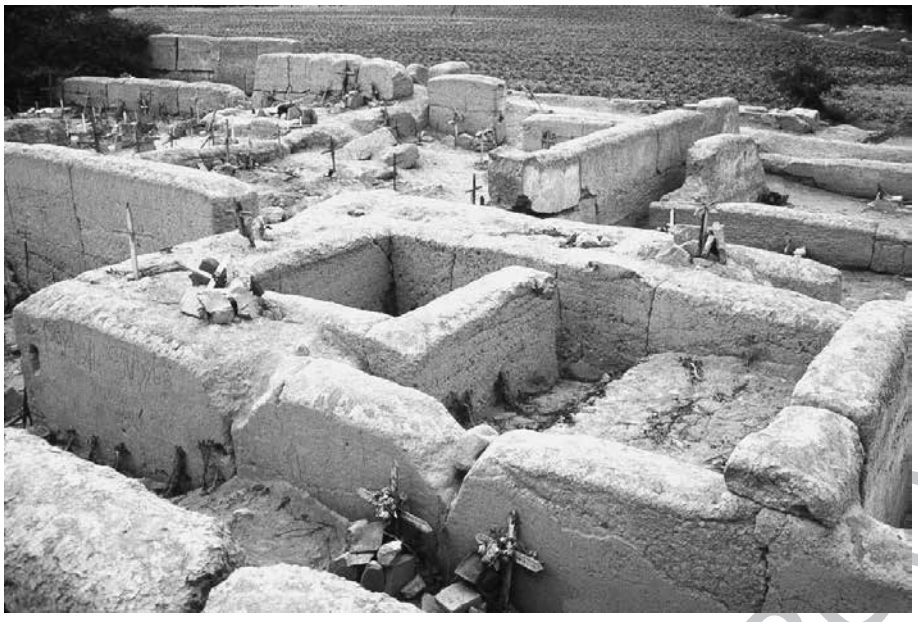


Fig. 449 – Santo Domingo. Recintos interiores y corredores laberínticos del complejo administrativo, reutilizado como cementerio en tiempos modernos (foto: J. Canziani).

trativos del período Wari y no sería de extrañar que representen rezagos de la influencia de este estado expansivo sobre el valle de Chincha durante el Horizonte Medio (*c.* 600-1000 d.C.).

La ubicación de estos complejos, de aparente función administrativa, generalmente es estratégica, tanto por su conexión con el sistema de caminos, la localización en los límites del valle o en las zonas de conexión con las rutas hacia otras regiones. Este tipo de sitios puede presentarse tanto aislado y tener una limitada extensión, como en el caso de Dios te Ama (143) y Santo Domingo (43). Estos dos sitios se caracterizan por estar ubicados en el sector sur-este del valle, en el límite entre el desierto y las tierras agrícolas del valle y están próximos o directamente asociados a los dos caminos que salen del valle en dirección sureste.

Otros dos importantes complejos administrativos se ubican frente a frente en el cuello del valle, en una zona estratégica para el manejo del sistema hidráulico que posibilita la producción agrícola del valle, así como con relación a las rutas de conexión con el valle alto y las regiones de la sierra. Se trata de Pampa de la Pelota (126) y Casagrande (42). En el primer caso se trata de un extenso recinto de planta rectangular orientado este-oeste que alcanza un largo de unos 180 metros y poco más de 80 metros de ancho. El cerco exterior está conformado por un muro de piedra a doble cara de unos 90 centímetros de espesor y queda abierto hacia el oeste generando una explanada a manera de plaza, mientras que al este se presenta un sector con subdivisiones interiores organizadas a lo largo de un corredor central. En los flancos del cerro que limita la quebrada del lado sur se presenta una extraordinaria concentración de terrazas con restos de una ocupación aparentemente habitacional.

En el caso de Casagrande (42), que se ubica en una quebrada de la margen derecha, la planta es algo menor y trapezoidal —como amoldándose al espacio de la quebrada— con la base de 75 metros en la parte baja y 60 metros en la parte alta; mientras que alcanza unos 86 metros de largo en su eje orientado de norte a sur. En este caso también la construcción de los muros es de piedra y un corredor central organiza la distribución de las subdivisiones, cuyos recintos se desarrollan en terrazas para superar la pendiente del terreno. De igual modo, existen terrazas aparentemente habitacionales en las laderas de los cerros al este y al oeste del complejo.

Los cementerios

Las tumbas del período Chincha presentan, dentro de la variedad de tipos existentes, algunos rasgos característicos. Si bien las tumbas simples son de carácter individual y en algunos casos están asociadas a la disposición de los cuerpos en grandes tinajas de cerámica, las más elaboradas y complejas aparentemente fueron de carácter colectivo y están asociadas a la construcción de cámaras funerarias, lo que da lugar al desarrollo de una singular tradición arquitectónica. Estas cámaras funerarias se conocen como *chullpas*, por sus semejanzas y posibles influencias con relación a las estructuras funerarias del altiplano y otras regiones sureñas de los Andes centrales. En este caso también es evidente que los fardos funerarios

Fondo Editorial PUCP

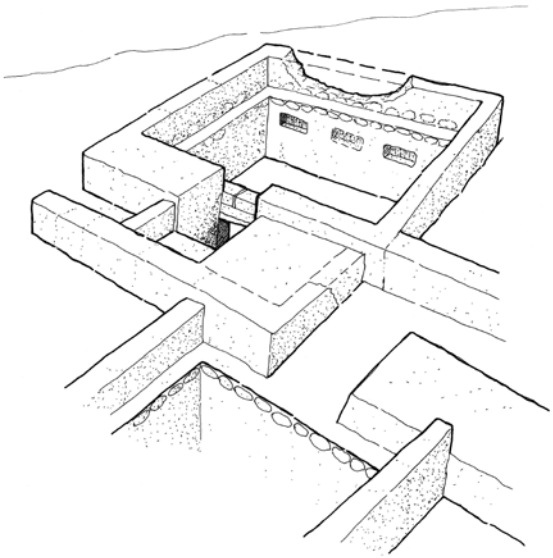


Fig. 450 – Apunte de la «Tumba del Rey» vista desde el suroeste (Canziani).

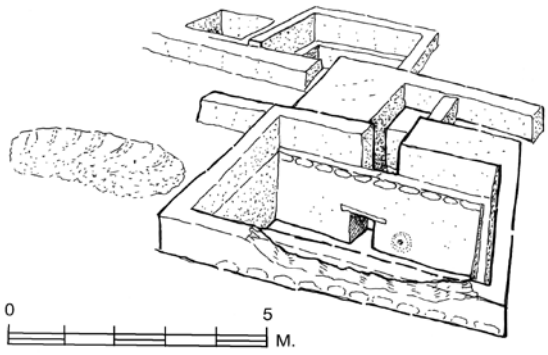


Fig. 451 – Apunte de la «Tumba del Rey» vista desde el noreste (Canziani).

o *mallki* no eran «enterrados» si no dispuestos en estos mausoleos, que debieron representar —para las colectividades de origen de los difuntos— la última morada de los ancestros, quienes eran objeto de culto y de rituales recurrentes, propios de las tradiciones andinas.

La *chullpas* chinchanas se caracterizan por ser semienterradas y de planta cuadrangular, con medidas que varían entre los cuatro a cinco metros de lado. Presentan un solo vano de acceso, pequeño y estrecho, orientado generalmente al oeste o norte y que está asociado a algunas gradas que permiten descender desde el nivel del terreno hacia el piso interior de las cámaras. Si bien por siglos estas estructuras han sido objeto de saqueo y persistente destrucción, en algunas de ellas se ha podido apreciar la existencia de poyos y hornacinas interiores, mientras que unas pocas aún conservan restos de sus techos originales. Estas evidencias recuperadas permiten reconstruir que los techos estaban estructurados con vigas mayormente sin labrar, sobre las que se apoyaban varas y entramados de carrizo, sobre los que se aplicaba, como sello, una torta de barro.

Los muros de estas cámaras fueron hechos, en unos casos, con piedras de campo o cantos rodados unidos con mortero de barro, pero la gran mayoría fueron hechos con la técnica del tapial, al igual que la mayor parte de la arquitectura chincha. Puede suponerse, como ya señalamos, que este tipo de cámaras funerarias estuviera asociada a prácticas de enterramiento colectivo de los integrantes de grupos familiares o de personajes de un mismo clan, a lo largo de un determinado lapso de tiempo. En este sentido, las características sobresalientes de algunos de estos mausoleos podrían estar reflejando las diferencias de estatus existentes entre los distintos sectores sociales que conformaban la sociedad chincha.



Fig. 452 – Dos *chullpas* funerarias dispuestas en un terraplén semicircular en la cima de una quebrada del valle medio (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

Este es el caso del cementerio conocido como Tumba del Rey (12), que presenta restos de un conjunto ordenado de cámaras funerarias, entre las que destaca una que alcanza grandes proporciones, con una planta de 6,40 por 5,80 metros, y en la que se aprecia la existencia de hornacinas y rastros de pintura mural en la decoración de sus paramentos interiores. Este conjunto de tumbas presenta un planteamiento más elaborado del acceso, que en este caso no es directo, si no laberíntico, mediante un corredor lateral adosado a la cámara al que se agrega una suerte de vestíbulo.

Es de notar que si algunas tumbas se encuentran aisladas o dispersas, muchas veces, como en el caso anterior, se concentran en conjuntos más o menos grandes, e inclusive se ordenan con distintos tipos de planeamiento. Este es el caso de conjuntos que asumen una organización lineal, disponiéndose en terrazas y formando hileras que se amoldan a las curvas de nivel de las laderas de los cerros en las que se han instalado. Otras cámaras funerarias se ubican en el cierre de pequeñas quebradas y se disponen en herradura sobre plataformas con muros de contención y algunas rodean un espacio central, a manera de plazoleta o patio, hacia el cual orientan sus accesos.

Solo en algunos casos se ha podido apreciar la existencia de verdaderas necrópolis, como en el caso del sitio 137, donde en una plataforma natural se han dispuesto las *chullpas* en conjuntos alineados que forman una trama de pasajes, y donde se observa también la existencia de un muro perimetral que debió de restringir el acceso a los mausoleos.

Los restos de estos cementerios se observan en mejor estado de conservación en la parte media y media alta del valle, mientras que en la parte baja del valle, donde la destrucción ha sido mucho más intensa, solo quedan algunos vestigios. Estos permiten establecer que en este caso los cementerios se instalaron reocupando antiguos montículos correspondientes a edificaciones de períodos anteriores, también aquí con la construcción de cámaras funerarias. De esto también informa Uhle (1924), quien además da cuenta de otros tipos de tumbas en «pozo» o en forma de «bota», excavadas en los tablazos y acantilados sobre las márgenes del valle y frente al mar.

El sistema de caminos

Un aspecto extraordinario en la arqueología del valle de Chincha es la existencia de un sistema de

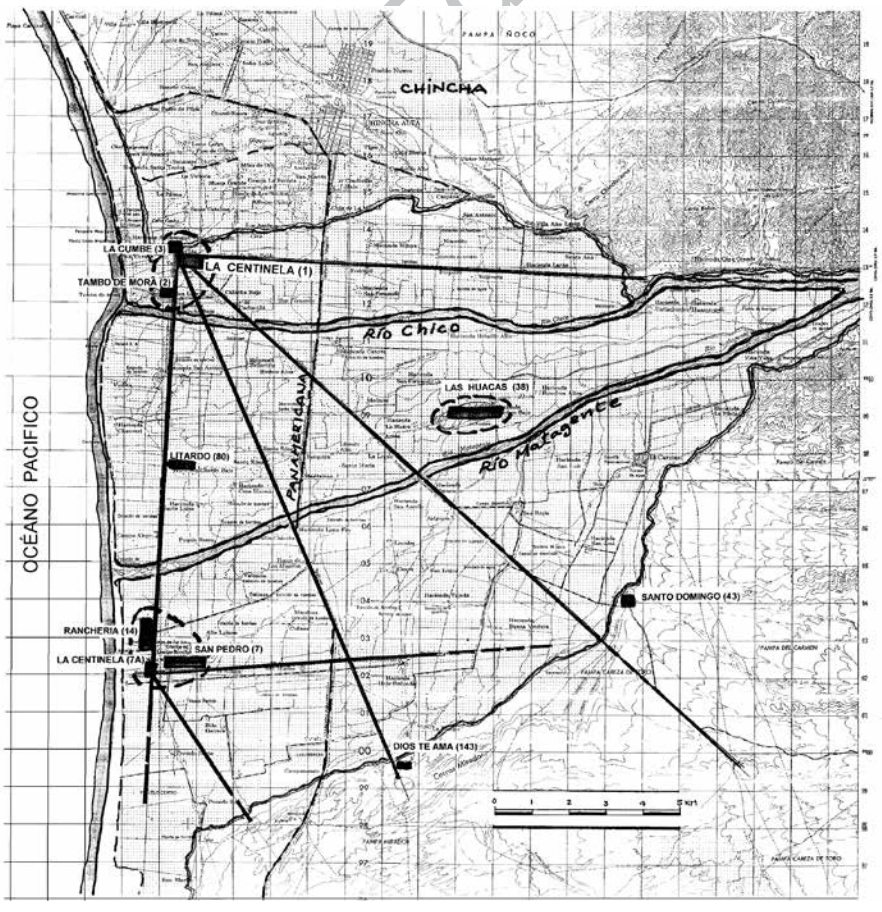


Fig. 453 – Mapa del valle de Chincha con el antiguo sistema de caminos, los principales centros urbanos y los centros administrativos de la margen sur del valle (Canziani).

Editorial PUCP

caminos que establece, a partir del complejo de La Centinela de Tambo de Mora y La Cumbe, un ordenamiento radial del territorio del valle. Este ordenamiento aparentemente orientó los principales ejes de comunicación dentro del valle, proyectándose inclusive a las rutas de comunicación con la sierra y el sureño valle de Pisco.

Este sistema de caminos fue dado a conocer por Wallace (1977), sobre la base del examen del mosaico aerofotográfico del valle. Sin embargo, es preciso señalar que ya Uhle (1924) había advertido que «[…] todavía existen trazos de un antiguo camino que va de Tambo de Mora hacia las montañas […]» para luego añadir que cuando uno se dirige hacia Tambo de Mora, observa que la orientación de este camino «[…] está dirigida exactamente hacia la cima de la gran huaca, La Centinela». Posteriormente, Wallace observó que este camino, que corre rectilíneo de este a oeste, era parte del desarrollo mayor de un sistema radial de caminos que tiene como centro La Centinela.

El camino este-oeste, con una longitud de doce kilómetros, se dirige desde La Centinela hacia el abra ubicada en el cuello del valle, en el lugar que es conocido como Portachuelo y que sirve de paso obligado para dirigirse hacia el valle alto. En algunos tramos de este antiguo camino se conservan aún los muros de tapia que lo delimitaban.

El camino que desde La Centinela se orienta en dirección sureste, atraviesa diagonalmente todo el valle, para luego dejar la parte cultivada y ascender por la desértica Pampa de Los Arrieros. De allí, llega hasta el abra de la Pampa Cabeza de Toro, con un trayecto de veinte kilómetros, para dirigirse hacia el valle medio de Pisco y conectarse con el camino inca que de Lima la Vieja, pasando por Tambo Colorado y Huaytará, llevaba hacia la ciudad inca de Vilcashuamán.

Otro camino diagonal está orientado hacia el sur-sureste y su trazo corresponde a la bisectriz del trazo de camino del sureste con el que corre de norte a sur. Este camino tiene un desarrollo de quince kilómetros y termina en las planicies desérticas que limitan el valle, donde se encuentra el sitio 143 de aparente función administrativa.

El camino que desde La Centinela de Tambo de Mora se dirige hacia el sur, está dirigido hacia La Centinela de San Pedro, recorriendo una distancia de once kilómetros. Lo interesante del caso es que, a partir de este punto, nuevamente parece reproponerse el desarrollo de un ordenamiento radial, con tres caminos que se dirigen respectivamente al este, el sureste y el sur.



Fig. 454 – Tramo del antiguo camino del sureste a la salida del valle de Chincha, en su trayecto por la Pampa de Los Arrieros hacia el valle de Pisco (foto: J. Canziani).

La presencia de notables centros urbanos y de una gran variedad de tipos de sitios revela la riqueza y complejidad del patrón de asentamiento de la cultura Chincha. Una especial organización del espacio territorial, en la que aparentemente se combinó tanto el aspecto *concentración* como la *dispersión.* Esto parece expresarse en la estrategia de establecer la concentración urbana no en un solo centro, sino más bien en tres importantes centros urbanos, con una localización clave para el manejo de los recursos del valle y del litoral; el desarrollo de procesos productivos y servicios de carácter especializado; así como para la administración y el control político. La dominante dispersión, en el caso de los asentamientos rurales, revelaría también una estrategia particular en el manejo de la producción agraria y de la población comprometida con el desarrollo de esta actividad. De otro lado, el sistema de caminos —más allá de su valoración simbólica— y el emplazamiento estratégico de los principales centros administrativos, podría estar revelando la importancia de la comunicación y el tráfico de bienes y productos a cargo de los mercaderes chinchanos.

Fondo Editorial

La arquitectura de la sociedad chincha desplegó una serie de recursos formales y constructivos para resolver diversas funciones y actividades. No es ajena a esta arquitectura monumental el desarrollo armónico de volúmenes de gran impacto visual, o el desarrollo de acabados sofisticados mediante frisos en relieve y el empleo de la pintura mural.

Curacazgos y señoríos étnicos

Como señaláramos en la introducción de este capítulo, a diferencia de las regiones costeñas donde el resurgimiento de formaciones estatales estuvo aparejado de un emergente urbanismo, en la mayoría de las regiones altoandinas se constata durante este período la aparente ausencia de entidades estatales. Este fenómeno se manifiesta territorialmente con la presencia dominante de aldeas y poblados rurales, mientras que es notoria la inexistencia de asentamientos urbanos y menos de ciudades en estas regiones.

Es preciso considerar este fenómeno en el contexto histórico del Intermedio Tardío, que resulta de la disgregación del Estado wari y del término de su presencia en muchas de estas regiones. Lo que habría derivado en la acentuación de las condiciones propias de desarrollos regionales caracterizados por un fuerte énfasis autárquico, con una base económica rural de carácter agropecuario, que requiere de escasos niveles de especialización productiva, ya sea por que la presencia de especialistas no es de vital importancia para los procesos productivos, o no se dan las condiciones de base para posibilitar su sustento económico.

Este nuevo contexto económico y social se expresa en patrones de asentamiento dominados por aldeas y poblados rurales. La mayoría de estos se encuentran instalados en puntos naturalmente defendibles o protegidos por cercos de murallas, lo que evidencia una alta incidencia de conflictos intercomunales, posiblemente agudizados por la ausencia de una entidad estatal que los regule y resuelva. Por otra parte, este mismo contexto evidentemente inhibe la posibilidad de generar desarrollos de tipo urbano, o de mantener la continuidad de los centros urbanos preexistentes que privados del soporte estatal Wari, rápidamente declinaron y pasaron a la condición de ruinas.

A propósito de la condición de los señoríos altoandinos durante esta época anterior a la dominación inca, Cieza de León (1984: 233-234) señala que:

«Cuentan que muchas destas naciones fueron valientes y robustas y que antes que los Ingas los señoreassen, se dieron entre unos y otros muchas y muy crueles batallas y que en las más partes tenían los pueblos derramados, y tan desuiados que los unos no sabían por entero de los otros sino era quando se juntauan a sus congregaciones y fiestas. Y en los altos edificauan sus fuerzas y fortalezas de donde se daban guerra los unos a los otros por causas muy liuianas».

Al respecto, algunos autores interpretan este fenómeno como fruto de supuestas invasiones y la presencia de grupos bárbaros marginales al desarrollo de la civilización. Más bien parece tratarse de la respuesta de las propias poblaciones altoandinas a un nuevo contexto histórico, donde el desarrollo rural recupera su ritmo y esfera comunal, y donde eventualmente se pueden lograr ciertos niveles de integración parcial o coyuntural al nivel de confederaciones tribales o señoríos que comparten fuertes raíces étnicas. La declinación sintomática de las ciudades y asentamientos de carácter urbano en las regiones altoandinas a fines del Horizonte Medio, aparejada al colapso de la organización estatal que les insuflaba una extraordinaria vitalidad y un sobresaliente desarrollo planificado, merecen un comentario mayor que excede los límites de este trabajo. Sin embargo, podemos señalar que este es un tema clave para la comprensión, no solo del fenómeno de asentamiento en sí, sino particularmente en lo referente a la relación de correspondencia recíproca establecida entre la formación estatal y los asentamientos urbanos, especialmente de aquellos que corresponden a la categoría de ciudades.

Dadas las limitaciones de este trabajo, trataremos puntualmente algunos casos que nos parecen representativos y suficientemente ilustrativos de las formas de asentamiento que priman en las regiones altoandinas durante esta época. Con este propósito trataremos brevemente de los asentamientos y arquitectura de los chachapoya, del curacazgo de Asto y del señorío Chanka.

Los chachapoya

Se asentaron en las vertientes orientales de los Andes norteños, en los actuales departamentos de Amazonas y San Martín. Se ha sostenido que constituyeron un reino, sin embargo, parece más bien que se trató de una serie de señoríos étnicos no necesariamente unificados. Sus asentamientos se caracterizan por sus construcciones pétreas

Fondo Editorial PUCP

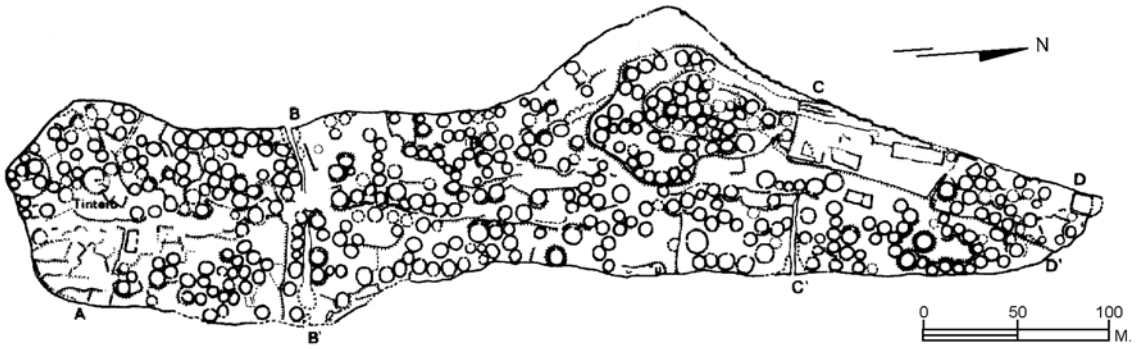


Fig. 455 – Kuelap. Plano general del asentamiento (redibujado de Narváez 1988: fig. 2).

que presentan una característica planta circular, donde los edificios principales presentan la decoración de sus paramentos exteriores mediante la especial disposición de las lajas de piedra, formando así cornisas y cenefas, con bandas con diseños romboidales o de líneas diagonales o paralelas, e inclusive la representación en relieve de aves y personajes que exhiben cabezas clavas y tocados.

Entre los grandes centros poblados, los sitios más destacados son Pajatén (o Yaro), en la zona del Abiseo (San Martín), y Kuelap en la cuenca del Utcubamba (Amazonas), que es el de mayor extensión y monumentalidad. La importancia de estos asentamientos, ubicados en una región de transición entre la serranía, la ceja de selva y la Amazonía, en una ecología de bosque húmedo montano, estaría revelando una relación aparentemente exitosa con un medio que debió permitir el cultivo del algodón, el ají y la coca, y que además debió servir de vía de entrada hacia los variados recursos de la ceja de selva y los bosques húmedos amazónicos, cuya presencia está ampliamente documentada en los vestigios culturales de las sociedades costeñas.

Kuelap

Se trata con seguridad del principal centro del período ubicado en la vertiente oriental de los Andes. Las dimensiones y calidades de este asentamiento, así como su especial localización en una zona ecológica correspondiente al bosque húmedo montano, propio de la ceja de selva, proponen una serie de temas de investigación, cuya exploración recién se inicia con los estudios arqueológicos desarrollados en el sitio (Narváez 1988).

El sitio se ubica en la cuenca del Uctubamba a unos 3.000 m.s.n.m., y se localiza de forma espectacular sobre la cresta rocosa de un cerro, que fue modificada mediante la construcción de grandes



Fig. 456 – Kuelap. Vista de la muralla monumental en el frente este del asentamiento (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 457 – Kuelap. Portada de ingreso de la Entrada I en el frente este de la muralla (foto: J. Canziani).

murallas perimétricas y rellenos constructivos, generando hacia el interior terraplenes y explanadas donde se desarrolló el asentamiento. Este tiene una planta alargada orientada de norte a sur, donde alcanza 584 metros de largo, con un ancho variable de unos 110 metros de lo que resulta una extensión de 6 hectáreas. La gran muralla exterior está hecha con grandes bloques de piedra caliza y alcanza en las partes mejor conservadas cerca de 20 metros de altura. Esta muralla opera como una colosal estructura de contención de un relleno constructivo conformado por piedras unidas con mortero de arcilla (ibid.: 118).

El ingreso al asentamiento se realizaba por tres entradas, dos del lado este y una al oeste. Estas entradas presentan portadas monumentales de gran altura y sección trapezoidal que estaban coronadas por grandes dinteles que daban soporte a su cobertura, estableciendo el equilibrio estructural a un diseño que —privado de este componente— desafiaría su estabilidad. Al trasponer las portadas se ingresa a corredores ascendentes que atraviesan las masas del relleno constructivo contenido por las murallas. Estos largos corredores amurallados culminan su trayecto, de unos sesenta metros, en estrechas puertas que permiten el paso de una sola persona a la vez, evidenciando restricciones en la circulación y formas de control del acceso (ibid.).

Como resulta evidente del examen del plano del asentamiento, la gran mayoría de las estructuras arquitectónicas presentan el desarrollo de plantas



Fig. 458 – Kuelap. Cimientos de estructuras de planta circular en la culminación de la rampa de acceso asociada a la Entrada I (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP

circulares, ya que solamente 7 de las 420 estructuras registradas exhiben plantas rectangulares (ibid.: fig. 2). Las características y contextos propios de las estructuras circulares permiten suponer que estas tuvieron una función residencial. La aparente ausencia de planeamiento no impide observar que las estructuras circulares se distribuyen en el asentamiento siguiendo determinados patrones, que responden tanto a un ordenamiento lineal, a lo largo de una terraza o corredor hacia los cuales se enfrentan las puertas; o con una disposición radial, donde las estructuras se adosan encerrando un espacio libre hacia el cual orientan sus puertas; mientras que en otros casos simplemente se aglomeran en patrones irregulares, que expresarían una alta demanda de ocupación del suelo en muchos de los sectores del sitio. Se puede suponer que los patios o espacios libres entre las estructuras de vivienda sirvieron para el desarrollo de un conjunto de actividades, no solo domésticas, funcionando como espacios complementarios de estas.

El sector denominado Pueblo Alto se ubica al noroeste del asentamiento y se caracteriza tanto por encontrarse en una posición más elevada y cercada por una muralla interior, como también porque se concentran en la parte central de este sector las principales estructuras de planta rectangular. Sobre la base de la distinta morfología de estos edificios y su ordenamiento formal frente a un gran patio, se ha especulado que las edificaciones de este sector podrían corresponder a la ocupación inca de Kuelap. Sin embargo, Narváez (ibid.: 118) propone no perder de vista otras variables, como son las diferencias funcionales de estos edificios que resolverían una aparente función pública. Otros casos de arquitectura pública se destacan con la presencia de torreones defensivos en ciertos puntos estratégicos; o de un notable edificio con volumen macizo que presenta una inusual forma de cono trunco invertido de 5,5 metros de alto y 13,70 metros de diámetro superior, conocido popularmente como El Tintero, y cuyos contextos arqueológicos asociados a ofrendas indicarían su función ceremonial (ibid.: 138-139).

¿Qué clase de asentamiento fue Kuelap? Es difícil contestar esta interrogante a partir de nuestros conocimientos actuales y las respuestas dependerán mucho de las investigaciones arqueológicas que se desarrollen en el sitio y en la región en su conjunto. Narváez (ibid.: 116, 140) señala la existencia de un conjunto de sitios alrededor de Kuelap en un área de unas 450 hectáreas, donde se encuentran otros complejos similares al núcleo principal, como Malcapampa, al igual que algunos asentamientos rurales conformados por aldeas y caseríos dispersos, asociados al manejo de terrazas de cultivo. A partir de estos datos y de la estimación que Kuelap debió alcanzar unos 3.000 habitantes, se le propone como un centro urbano. Sin embargo, este asentamiento está caracterizado por la concentración mayoritaria de estructuras habitacionales y donde son contadas las de carácter público, lo que contradice la posible caracterización urbana del sitio.[25]

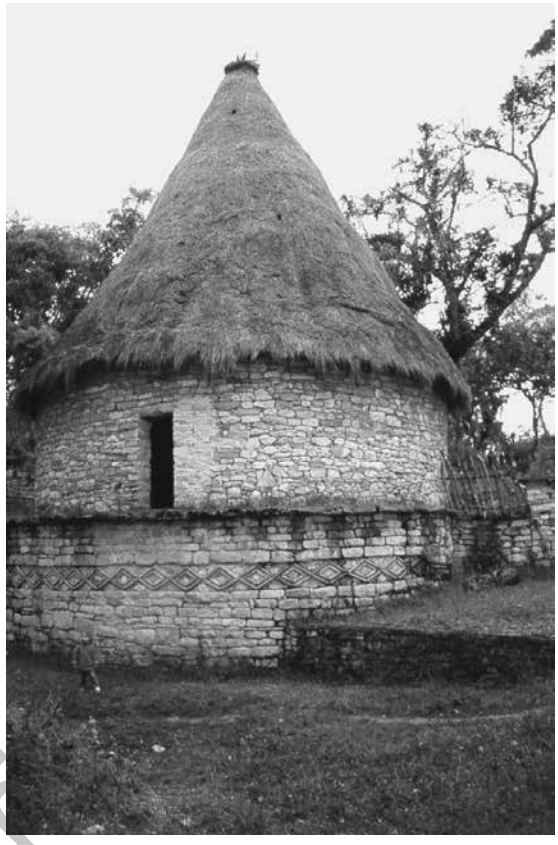


Fig. 459 – Kuelap. Reconstrucción de una estructura de planta circular, en cuyo basamento se aprecia un friso en relieve con diseños romboidales (foto: J. Canziani).

Pero a su vez también están presentes otros indicadores que trascienden la posible caracterización de Kuelap como un simple poblado rural. Nos referimos a los rasgos monumentales presentes en el asentamiento, donde sobresalen las extraordinarias murallas, que permiten inferir

[25] Al respecto Narváez (1988: 140) propone con razón abandonar la designación popular de «fortaleza», pero para dar paso a la de «ciudad fortificada», lo que explicita y además acentúa una caracterización urbana que, desde nuestro punto de vista, no está comprobada.

Fondo Editorial

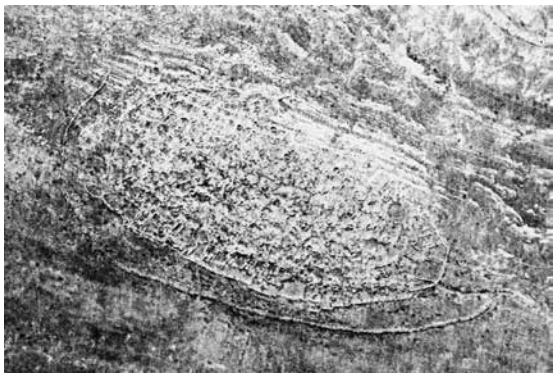


Fig. 460 – Tunanmarca. Foto aérea (Servicio Aerofotográfico Nacional).

una notable capacidad de acumular e invertir excedentes productivos, así como de organizar y convocar a un gran número de población al despliegue de energías en la realización de estas extraordinarias obras públicas. Además, la presencia de estructuras residenciales, cuyas dimensiones y frisos decorativos las distinguen del resto, expresan posibles diferencias de estatus entre sus habitantes; mientras que la presencia —si bien limitada— de estructuras públicas, estarían expresando el desarrollo de determinados servicios y actividades especializadas en el asentamiento. Estos datos nos conducen a otras imprescindibles interrogantes acerca de la base económica, el modo de vida y las formas de organización social y política de la población chachapoya asentada en Kuelap, cuya progresiva resolución permitirá explicarnos sus extraordinarias características.

Poblados rurales en la sierra central

En la sierra central se desarrollaron importantes señoríos étnicos y curacazgos, entre los que sobresalen los Xauxas y los Huancas en la cuenca del Mantaro (Junín). Por otra parte, los Chankas se ubican en la sierra sur central, al sur del Mantaro y en la cuenca del Pampas (Huancavelica, Ayacucho y Apurímac). Estas poblaciones se caracterizan por presentar asentamientos aldeanos y grandes poblados de carácter rural, localizados en la cima de cerros. Generalmente, estas posiciones naturalmente defensivas se complementan con la construcción de amurallamientos y fortificaciones, dentro de las cuales se disponen los recintos habitacionales de planta circular. Muchos de los sitios privilegian una localización intermedia entre la zona quechua de los valles interandinos y la puna, lo que se explicaría con la economía predominantemente agro pastoril

Fig. 462 – Tunanmarca. Conjunto de estructuras de planta circular (foto: J. Canziani).



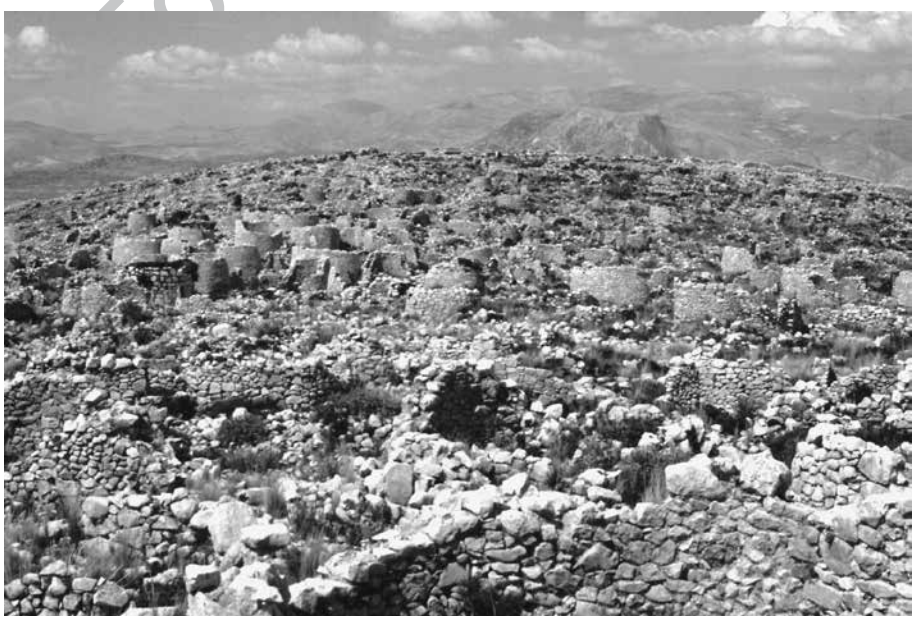


Fig. 461 – Tunanmarca. Vista panorámica desde el sur (foto cortesía Terence D' Altroy).

Fondo Editorial PUCP

de estas comunidades, que combinaban la agricultura en distintos pisos ecológicos con la ganadería en los pastos de altura.

Patrones de asentamiento del curacazgo de Asto

Para aproximarnos al conocimiento de las características de estos asentamientos altoandinos y el modo de vida de sus habitantes durante el Intermedio Tardío, haremos referencia al trabajo de Lavallée y Julien (1983), una de las pocas investigaciones que proporcionan con rigor científico una visión detallada sobre el tema. El estudio está referido al curacazgo de Asto, que pertenecía a la etnía Anqara del departamento de Huancavelica, la que habría tenido fuertes afinidades con la macroetnía de los chankas.

Los asentamientos asto se ubican entre los 3.600 y los 4.400 m.s.n.m., en pisos ecológicos que corresponden al límite de las zonas quechua y puna. Todos están establecidos sobre puntos elevados que dominan el paisaje y presentan condiciones naturales de defensa, lo que es característico del patrón de asentamiento de la época en gran parte de las regiones altoandinas de la sierra central, desde Junín hasta Ayacucho (ibid.: 25, lám. 1).

La ocupación del espacio territorial privilegia las partes altas de las márgenes de los valles, estableciéndose las aldeas y poblados a lo largo de estos, separados entre sí de uno a cinco kilómetros como máximo, lo que permite el registro visual entre ellos. Se advierte la inexistencia o muy limitada presencia de este tipo de sitios en las mesetas elevadas ubicadas entre los valles, lo cual no excluiría la presencia de pequeños caseríos o viviendas dispersas de pastores en estas zonas (ibid.: 26). Este dato es de sumo interés, ya que da a entender que la distribución de los poblados a lo largo de los valles tiene que ver con la relativa proximidad de fuentes de agua y con las posibilidades de manejar simultáneamente cultivos en los distintos pisos ecológicos que se encuentran descendiendo hacia los valles, como también con el manejo de la ganadería de camélidos en las tierras altas de la puna.

La instalación de los poblados en la cumbre de los cerros generalmente se caracteriza por presentar estos lugares flancos con escarpados o paredes rocosas de naturaleza inaccesible, mientras los lados que ofrecen una pendiente más moderada sirvieron como ruta de acceso a los sitios. Estos flancos menos protegidos fueron objeto de obras de fortificación, mediante la construcción de una o dos líneas de murallas. De modo que en todos los casos, la combinación de los escarpados naturales con las obras de fortificación, transformaron las cumbres y los asentamientos construidos sobre ellas en bastiones protegidos con un solo punto de acceso (ibid.: 29). Es interesante notar que generalmente las unidades habitacionales se construyen

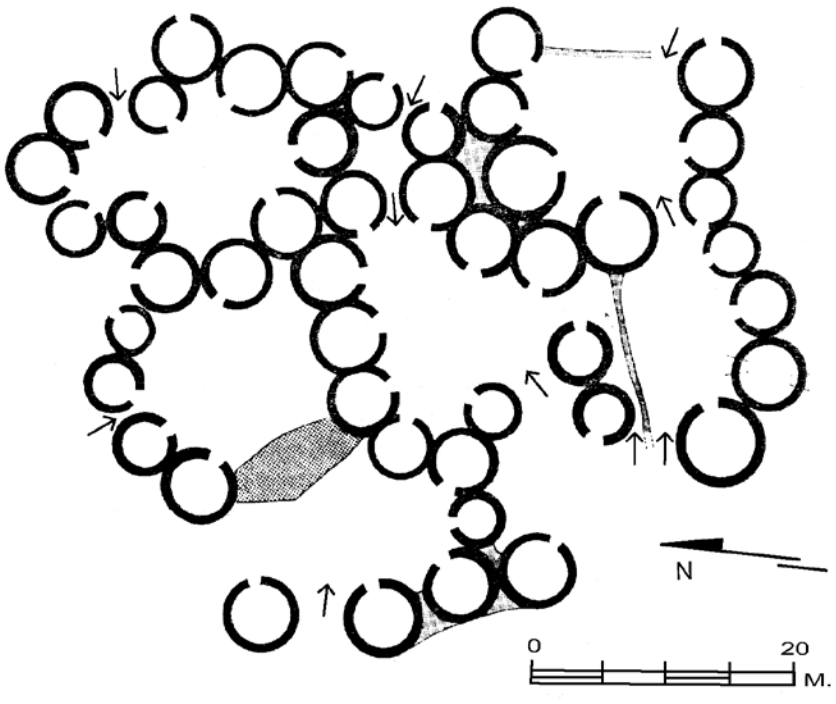


Fig. 463 – Kuniare. Poblado rural de la sierra central, instalado en la cumbre de un cerro con un patrón alveolar de viviendas (Lavallée y Julien 1983: fig. 2).

Fondo Editorial PUCP

a una distancia prudencial de las murallas que protegen los asentamientos, dejando un espacio libre de cincuenta a cien metros con relación a ellas. Los frecuentes corrales para encerrar el ganado se ubicaron precisamente en estos espacios intermedios, entre la concentración de viviendas de los poblados y las murallas que los circundan, de modo que también los corrales se encontraban resguardados por las murallas (ibid.: 57-60).

Las superficies sobre estas cumbres aparentes para la instalación de los poblados eran accidentadas, con fuertes pendientes y limitadas. El estudio de la forma de los asentamientos permite establecer que si bien no existió planeamiento urbano, los asto desarrollaron ciertas soluciones de organización espacial, acordes con las características particulares que presentaban los suelos de estos. Por lo general, las partes más planas fueron dejadas como un espacio central libre de edificios, pudiendo haber funcionado como plazas. En otros casos, estos espacios abiertos se desagregan y pueden ser múltiples, mientras que en algunos otros casos —cuando el poblado se asentó en una cumbre con una doble prominencia— se aprovecharon las explanadas entre los dos promontorios, manteniéndolas como áreas libres que dividían los poblados en dos conjuntos o mitades, si se supone que pudieron asumir la tradicional organización dual: *hanan* y *hurin* (ibid: 48-49).

Todos los edificios presentan plantas circulares y se agrupan formando unidades alveolares que encierran al centro un espacio libre. Cuando la superficie de las cumbres presentaba pendientes relativamente suaves, las unidades son contiguas y separadas por ligeros desniveles. Cuando los edificios de una unidad no eran todos contiguos o cuando estos no cerraban del todo un patio, se desarrollaron muros bajos para delimitar este espacio. Si bien no existe evidencia de la traza de calles, la circulación se resolvía por medio de pasadizos, aprovechando los espacios que quedaban libres entre las unidades. Los pasadizos comunicaban las distintas unidades, dando acceso a los patios interiores de estas, hacia donde se orientaban las puertas de las viviendas de planta circular que las conformaban (ibid.: 49-50, fig. 2).

Cuando las pendientes eran más exigentes, se recurrió al terraceo mediante la construcción de muros de contención. En los niveles sucesivos de estas terrazas se edificaron las unidades alveolares, pero en este caso adaptándolas a la forma alargada y estrecha de los terrenos así generados. De modo que en estos casos los patios son alargados y casi rectangulares, mientras que los edificios asociados a estos son menos numerosos. Para resolver la circulación entre los distintos niveles de terrazas, los asto no recurrieron a escalinatas, ya que superaron los desniveles mediante empinados pasajes que cortaban transversalmente las terrazas que se amoldaban a las curvas de nivel (ibid.: 51, fig. 3).

Las edificaciones de planta circular constituían viviendas y estaban construidas con muros de unos cincuenta a sesenta centímetros de espesor. Estos muros estaban hechos de piedras de campo dispuestas a doble cara y con un relleno interior de cascajo y piedras menudas, en

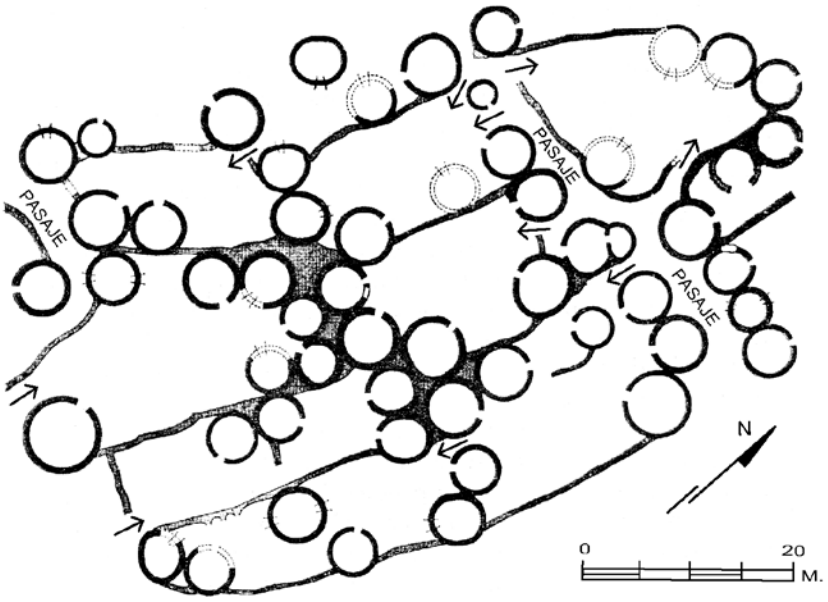


Fig. 464 – Astomarka. Típico poblado con un patrón alveolar de viviendas, organizadas en terrazas siguiendo las curvas de nivel (Lavallée y Julien 1983: fig. 3).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 465 – Vista panorámica de la región Asto con los sitios localizados en la cumbre de los cerros señalados con flechas (Lavallée y Julien 1983: lám. 1).

cuya construcción no se habría utilizado mortero de barro. Las plantas circulares de las viviendas tienen un diámetro interior que oscila entre tres a seis metros si bien la media de los edificios tiene cuatro metros. de diámetro. Presentan una sola puerta estrecha de setenta a ochenta centímetros de ancho, y si bien no se han conservado dinteles, se puede suponer que la altura de estos vanos fue relativamente baja. Tampoco existen evidencias de ventanas u hornacinas interiores. Los fogones instalados al centro de la habitación y frente a la puerta debieron ventilarse solamente por medio de este vano. Si bien no se conservan evidencias de techos o del empotramiento de estructuras en los muros, se puede suponer que estos fueron de forma cónica, armados con maderos y cubiertos con paja de ichu (ibid: 60-65).

Dado que en las distintas unidades son varias las estructuras circulares que se agrupan alrededor de los patios, se podría suponer que estas habrían correspondido a diferentes núcleos familiares que conformaban familias extensas. De acuerdo a este supuesto, estas estructuras pudieron resolver simultáneamente diferentes usos y actividades propias de la actividad doméstica, como habitaciones o dormitorios, lugares de cocina y/o almacenamiento. El problema de esta hipótesis es que en muchos casos las estructuras circulares agrupadas en una unidad son relativamente numerosas, y si asumimos que cada una de ellas albergó a una familia nuclear, la cantidad de personas resultante excede ampliamente la composición máxima de una familia extensa, por más numerosa que pudiera ser su composición. De otro lado, en cuanto a la posible población de estos poblados, la proyección demográfica bajo esta premisa resultaría en una alta densidad poblacional, lo que no se corresponde con las limitadas posibilidades de sustento que ofrecía la base económica de estos poblados.[26]

Al respecto, a partir de estudios etnográficos conducidos en la región, Lavallée (ibid.: 108-115) propone un modelo alternativo que se basó en la observación de la dinámica de crecimiento y evolución de la composición familiar y, consecuentemente, en la evolución y cambios de uso de los distintos ambientes independientes que se construyen sucesivamente, para resolver la vida doméstica de un núcleo familiar básico, que con el tiempo evoluciona conformando una familia más o menos extensa. De acuerdo a esta hipótesis, algunas estructuras iniciales de la unidad pudieron resolver todos los requerimientos propios de la vida doméstica en un medio rural, funcionando como espacios de dormitorio, cocina y depósito. Con el crecimiento de la familia original y la posterior presencia de las familias de algunos de los hijos se agregaban, progresivamente, nuevas estructuras que resuelven de manera preferente uno o más usos, cuyo lugar de desempeño puede luego variar nuevamente, conforme se va modificando en el tiempo la composición y condición familiar de sus integrantes.

Los señoríos Chanka

Algo más al sur, en los territorios que conforman los actuales departamentos de Huancavelica, Ayacucho y Huancavelica, se encuentra lo que se reconoce como el territorio de los señoríos Chanka. Según González Carré (1992), esta nación o macroetnía podría haber comprendido dos áreas históricas algo distintas en su cultura material, una norteña que interesó la cuenca del Mantaro y otra sureña la del río Pampas y su confluencia con el Apurímac.

La localización de los sitios es muy similar a la reseñada para los asto, ocupando escarpados y la cumbre de los cerros, donde se fortifican

[26] Lavallée establece estimaciones sobre la cantidad de estructuras circulares y las unidades que conformaron los distintos poblados investigados, proyectando sus posibles densidades por hectárea y la población resultante en cada caso (Lavallée y Julien 1983: 115-120).

Fondo Editorial PUCP

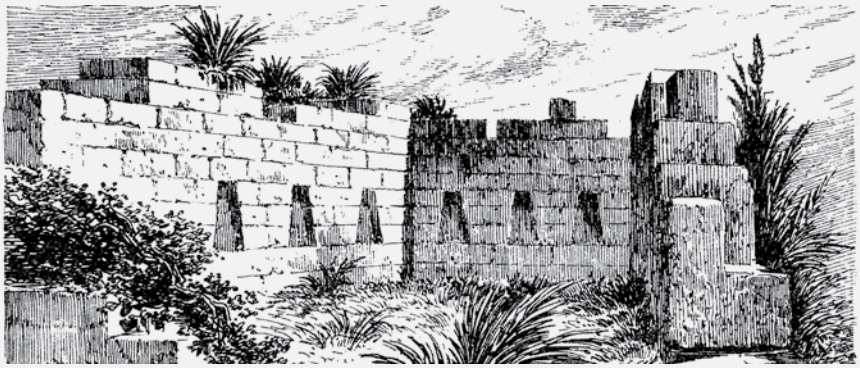
dominando el paisaje. La distribución de los poblados privilegia su instalación a lo largo de las márgenes de estos valles. Esta localización también les permitía aprovechar los pastos de altura para la ganadería de camélidos y las tierras más bajas para distintos cultivos, que variaban de acuerdo a la altitud en que desarrollaban sus campos (ibid.).

Una cierta diferencia se puede advertir en la menor altitud en que se instalan algunos sitios. Si bien la mayoría de los poblados se encuentran entre los 2.500 a 3.500 m.s.n.m., esto no excluye la presencia de algunos sitios establecidos en zonas de menor altitud, llegando a ubicarse hasta los 1.500 m.s.n.m., en una posición mucho más baja que las de sus contemporáneos de Asto. Esto podría derivar de la necesidad de acceder a tierras susceptibles de ser irrigadas, considerando que esta es una región que se caracteriza por un régimen de lluvias más escaso y por corresponder a un medio bastante más árido; a menos que se buscara el acceso a tierras ubicadas en zonas más templadas, donde desarrollar cultivos como el algodón, el ají o la coca.

Los poblados, también en este caso, además de una naturaleza inexpugnable y la presencia de amurallamientos defensivos, presentan un patrón «espontáneo» que no evidencia planificación alguna. Si bien la mayoría de las estructuras son de planta circular, no se excluye en algunos casos la presencia de algunas de planta rectangular (Valdez *et al.* 1990). Entre los centenares de estructuras que se registran en cada uno de estos poblados, no se verifican mayores diferencias de tamaño o en la calidad de construcción de estos edificios, cuya aparente función fue habitacional. En estos poblados chanka no se reporta la presencia de edificios o estructuras a los cuales se les pudiera asignar alguna función pública (González Carré 1992: 41-48); de lo que se deduce tanto la ausencia de especialización productiva,[27] como también la inexistencia de clases sociales distintas y, por ende, de alguna forma de organización política estatal.

Fondo Editorial PUCP

[27] Por ejemplo, la cerámica chanka se caracteriza por ser bastante rudimentaria. Sus materias primas, técnicas de manufactura y decoración son elementales, no obstante haber tenido como antecedente la producida por los eximios ceramistas de Wari (González Carré 1992: 53).



8

EL IMPERIO INCA

Fondo Editorial PUCP

8

EL IMPERIO INCA:
la integración macroregional andina y el apogeo de la planificación territorial

Fondo Editorial PUCP

El Tahuantinsuyu, que se desarrolló durante poco menos de un siglo (1440-1532), es una de las épocas relativamente mejor conocidas de nuestra historia prehispánica, ya que en numerosos documentos tenemos el testimonio de los cronistas que formaban parte de las huestes de los conquistadores europeos, quienes tuvieron un contacto directo o de primera fuente acerca de la realidad del Perú de aquella época. De otro lado, el legado de los incas ha sido objeto de muchos estudios dirigidos al conocimiento de su organización económica, social y política, así como de los aspectos relacionados con la cosmovisión, ideología, tecnología y arte. La base documental y los trabajos relacionados con la arquitectura y el urbanismo inca son también relativamente abundantes por lo que, considerando las limitaciones impuestas por la extensión de este trabajo, en este capítulo nos limitaremos a una reseña de los aspectos que consideramos más relevantes en cuanto se refiere al urbanismo y manejo territorial.

Hasta el momento no están claros los antecedentes previos al desarrollo imperial de los incas y la propia conformación de este Estado de carácter expansivo. Arqueológicamente, esta época estaría asociada con un estilo de cerámica denominado Killke, que si bien permite disponer de un indicador cultural de las fases previas al desarrollo inca, el estado actual de las investigaciones, con un escaso estudio de otros aspectos, no permite conocer más detalles de una época bastante difusa e imprecisa. Este es el caso de los vagos conocimientos acerca de los posibles antecedentes que conformaron los modelos de la arquitectura y el urbanismo inca. Al respecto se ha señalado la posible influencia de la antigua expansión de Wari en esta región y el testimonio, posiblemente ya ruinoso, de la ciudad de Pikillacta fundada por este Estado al sur del Cusco. Otros sitios de la región, como Choquepuquio, asociados a la cerámica de Killke, podrían ser considerados como representativos de un período posterior a Wari y de transición a los patrones adoptados por los incas (Hyslop 1990: 19-25). Sin embargo, muchas interrogantes persisten, especialmente en cuanto se refiere a los antecedentes de la traza urbana del Cusco, más si asumimos que la ciudad capital de los incas fue remodelada durante el reinado de Pachacutec, fundador del Estado imperial. Lo mismo ocurre con relación a ciertos rasgos propios de su arquitectura y en especial de su refinado arte lítico, aunque sobre esto se ha planteado con acierto referentes que remiten a la arquitectura altiplánica de Tiahuanaco, que los incas debieron apreciar durante sus tempranas campañas en la región del Collao (Gasparini y Margolies 1977).

Más allá de los relatos míticos que nos remiten a leyendas fundacionales y a un posible origen altiplánico, la mayoría de los estudiosos del tema concuerdan en que los antecedentes de los incas deben de rastrearse en el período Intermedio Tardío, cuando en sus orígenes debieron constituir un señorío con dominios limitados a la región del Cusco, donde mantuvieron alternas relaciones de conflicto y alianzas con otros grupos étnicos allí establecidos, que finalmente se resolvieron favorablemente con su exitosa expansión inicial hacia las poblaciones quechuas de Apurímac y los señoríos del altiplano.

Es precisamente a partir de su enfrentamiento y victoria sobre los chankas —para lo cual habrían gestado una serie de alianzas con las etnias vecinas— que los incas del Cusco se constituirían bajo el liderazgo de Pachacutec en un Estado con una impresionante dinámica de expansión territorial, que lo llevará a interesar no solamente el área de los Andes centrales, sino también los actuales territorios de Ecuador, Bolivia, el no-

roeste de Argentina y el norte de Chile (Rostworowski 1988; Rowe 1946).

El Inca Pachacutec, principal artífice de esta expansión alrededor del 1440, es considerado además el gran reformador y organizador del Estado inca. Basta pensar en el desafío que representó la administración de las poblaciones, centros urbanos y territorios de lo que hoy son cinco países del área andina, para tener idea aproximada del excepcional grado de organización que debió alcanzar el Tahuantinsuyu. Es de notable interés señalar que al Inca Pachacutec, como veremos más adelante, también se le menciona como el arquitecto de la remodelación del Cusco, proyectándola en su condición de capital del Estado inca (Betanzos 1987: 75-79).

Organización social y económica

La organización social y económica del Tahuantinsuyu tenía al vértice de su estructura al Inca, quien como gobernante encarnaba simultáneamente los atributos del poder religioso y militar, en cuanto ser divinizado en su calidad de hijo del sol y, a su vez, jefe supremo de sus ejércitos.

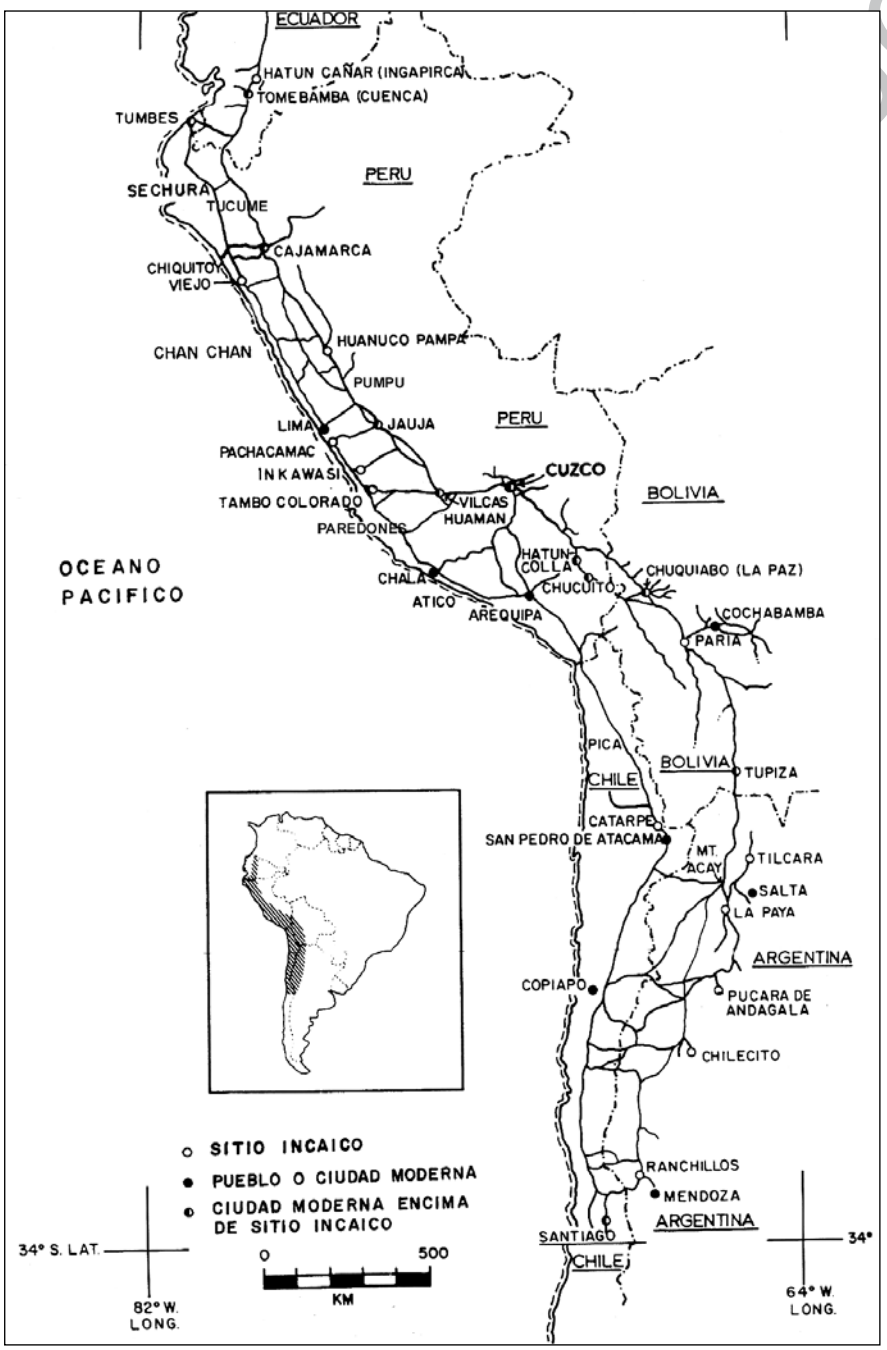


Fig. 466 – Mapa del Tahuantinsuyu con la extensión del Qhapaq Ñan, el sistema vial inca (redibujado de Hyslop 1992).

La clase gobernante provenía de las *panaqa*, un complejo sistema de linajes de la nobleza inca, organizado sobre la base de relaciones de parentesco, en las que intervenían aspectos de carácter ancestral y dinástico. Existían en la burocracia del Estado funcionarios dedicados a las múltiples actividades administrativas, desde aquellos de elevada jerarquía como los *tokoyrikoq* o *tocricoc*, inspectores del Inca o gobernadores provinciales, hasta aquellos dedicados a la supervisión de trabajos y aspectos específicos de la organización imperial, llamados *kamayoq*, como los *quipu kamayoq*, dedicados al registro contable y a la recopilación de las gestas memorables; los *tampu kamayoq*, que supervisaban el aprovisionamiento y la redistribución de los bienes almacenados en las *qollqa*, las instalaciones de depósitos asociadas a las ciudades y otros establecimientos conectados mediante el sistema de caminos incas.

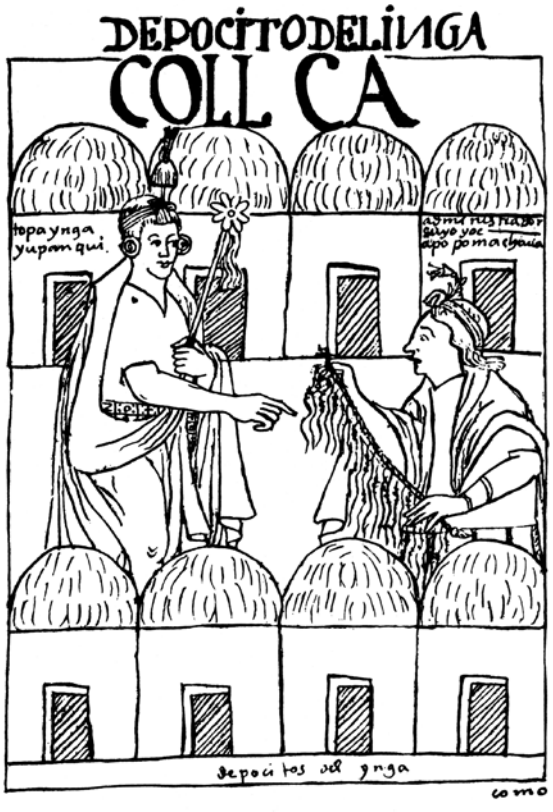
Pero no se podría entender el Tahuantinsuyu, ni su rápido desarrollo, si es que no se considera la compleja y variable articulación que ejercía el poder imperial con relación a los poderes locales, de acuerdo a las singulares características y distintos niveles de organización política que estos presentaran en cada una de las regiones asimiladas a sus dominios. En este sentido, los *curaca* jugaban un papel clave en el manejo de los territorios conquistados, ya que ejercían el poder y la administración local, en su calidad de señores étnicos de las distintas poblaciones que habitaban las múltiples regiones que se encontraban bajo el dominio inca. Las parcialidades administrativas estaban ordenadas en forma decimal, de modo que una *pachaca* correspondía a una población de cien familias, mientras que una *huaranga* a una de mil y *unu* o *hunu* a diez mil unidades domésticas (Murra 1980; Rostworowski 1988).

En la base de la estructura social se encontraban los *runa*, es decir la gente del común, fueran estos campesinos o simples pobladores de los centros urbanos, quienes se relacionaban en la producción comunal mediante sistemas de reciprocidad y ayuda mutua llamados *minka* y *ayni*. Los señores étnicos y el Estado inca disponían de la fuerza de trabajo de la población mediante la *mita*, un sistema de prestación de servicios y trabajo que podía estar destinado a la dotación de productos para los depósitos, a la construcción o mantenimiento de obras públicas, como sistemas de campos de cultivo, canales, caminos y puentes, o al trabajo en los campos, las minas o el servicio en los ejércitos.

Para comprender la dimensión urbana de los establecimientos incas es de especial interés destacar que ellos también utilizaron el sistema de *mita* para la construcción del grueso de las edificaciones de sus centros urbanos provinciales, y solo en el caso de la construcción de los edificios y estructuras principales, elaborados con cantería fina, debieron de recurrir a mano de obra calificada trasladada especialmente hasta el lugar. A su vez, este tipo de *mita,* orientada hacia las entidades urbanas, aseguraba que las poblaciones de su correspondiente ámbito regional aportaran, por turnos, contingentes de mano de obra para la realización de una serie de servicios y procesos productivos que tenían lugar en estos establecimientos.

Los *mitmaq* —o mitimaes— eran grupos étnicos desplazados de sus lugares de origen, para ser ubicados en otras regiones tanto con fines políticos —en el sentido de debilitar o controlar la resistencia de regiones rebeldes— como con fines productivos, al movilizar a comunidades especializadas en determinadas actividades, o a enteras poblaciones para el desarrollo de obras públicas, la colonización y el manejo de la producción en zonas donde el Estado emprendía proyectos de expansión agrícola. Por ejemplo, en el caso de Ayacucho y Abancay, los documentos coloniales dan cuenta de la presencia de una suerte de mosaico poblacional, compuesto por diversos

Fig. 467 – Dibujo de Guamán Poma (1980. 309) de *Qollqa*, depósitos del Inca, en la que figura un *quipu kamayoc* rindiendo cuentas a Topa Inca Yupanqui.



Fondo Editorial PUCP

grupos étnicos instalados allí por los incas desde muy diferentes regiones, con la finalidad de controlar el núcleo del área Chanka, tradicionalmente reacia a su dominación (Urrutia 1985).[1] Los *mitmaq* podían ser trasladados a miles de kilómetros de distancia de su tierra de origen, como sucedió con poblaciones huancavilca, tallanes o mochicas, desplazadas de las costas del Ecuador y del norte del Perú a Abancay; o con los cañaris del Ecuador y collas y aymaras del altiplano trasladados al valle de Yucay; al igual que el archipiélago étnico conformado por chilques del Cusco, carangas, collas, uros y soras, del altiplano, y chiles de Chile, desplazados a las tierras del Inca en Cochabamba, en las yungas orientales de Bolivia (Wachtel 1980-1981).[2]

La categoría de los *yana* aparentemente correspondía a las personas sujetas a una prestación de carácter servil, que generalmente habían perdido su identidad étnica como consecuencia de guerras o la represión de rebeliones. Se supone que en este caso la prestación de trabajo o servicios era forzada por esta situación de origen, si bien no por esto se puede asumir que fueran «esclavos». Para dar idea de la complejidad de estas categorías, existieron «*yanas* de privilegio», es decir, gentes *yana* que por sus servicios al Estado inca podían ser nombradas por este como curacas o gobernadores de determinadas poblaciones (Murra 1980; Rostworowski 1988).

Finalmente, es de destacar que un instrumento fundamental de la administración inca correspondía a la aplicación de un sistema de censos que contabilizaban a la población de acuerdo a criterios de género y edad, que servían para contabilizar y evaluar la capacidad productiva de los distintos componentes y categorías en que se organizaba la fuerza de trabajo de las poblaciones provinciales y su capacidad de tributación. Estos censos poblacionales también incorporaban datos sobre las tierras, los rebaños y la producción en general. Aparentemente, estos censos se realizaban separadamente por provincias y el registro de la información estaba a cargo de los *khipu kamayoc*. La información recopilada se centralizaría en el Cusco, permitiendo al aparato del Estado establecer sus diferentes políticas administrativas en el vasto territorio imperial (Murra 1980).

La expansión territorial inca

Si bien se ha señalado la necesidad de disponer de excedentes productivos para satisfacer los distintos requerimientos de las relaciones de reciprocidad, así como las crecientes demandas de rentas por parte de la nobleza de las *panaqa*, como uno de los mecanismos centrales que podrían explicar la dinámica de la expansión territorial (Rostworowski 1988), otros estudiosos como Rowe (1946; 1967b) enfatizaron los requerimientos de prestigio y empoderamiento de los líderes de la nobleza o *panaqa*, como una posible explicación de las sucesivas campañas de conquista. Es muy posible que estos aspectos no fueran excluyentes entre sí, sino más bien interdependientes y confluyentes en la dinámica de estos procesos de conquista. En todo caso, si bien las causas de la expansión territorial y el desarrollo de la formación imperial inca no son todavía del todo claras, es un hecho innegable que el Estado inca abarcó de manera muy rápida, en una o dos generaciones,[3] un vasto territorio de más de 5.500 kilómetros de extensión, comprendiendo bajo sus dominios a múltiples pueblos y naciones, con lenguas, tradiciones, usos y costumbres muy distintos entre sí, que es precisamente lo que caracteriza de manera universal a las formaciones imperiales.

Es lógico que esta expansión se diera por etapas y teniendo como centro la región del Cusco. Así lo refieren las antiguas crónicas asignando sucesivamente a Pachacutec, Tupac Yupanqui

[1] En las provincias de Vilcas, Huamanga y Huanta, correspondientes al núcleo central del territorio chanka, casi toda la población era de condición *mitmaq*. Este impresionante mosaico poblacional estaba conformado por diversas etnias provenientes de diferentes y lejanos territorios, como los cayampi, cañaris y quitos del Ecuador; xauxas y huancas del valle del Mantaro; quiguares y canas del Cusco; etnias de Cajamarca; aymaraes del altiplano; yauyos de la serranía de Lima; e inclusive de algunas comunidades yungas muchic desplazadas desde la costa norte (Urrutia 1985: 37-51).

[2] Estas formas de movilización de la población a grandes distancias debieron tener un soporte importante en el sistema vial, al igual que en la red de *tambos* y las *kallanka*, los grandes recintos techados de los asentamientos inca, que se supone también fueron utilizados para albergar tropas y poblaciones transitorias como los *mitmaq*.

[3] La mayoría de estudiosos del tema concuerda en que Pachacutec, con participación de Capac Yupanqui y Tupac Yupanqui, realizó una expansión muy grande que comprometió gran parte del territorio peruano, llegando hasta el sur del Ecuador y el sur de Bolivia; luego Tupac Yupanqui habría completado el dominio sobre los valles de la costa y las vertientes orientales del Perú, expandiendo las conquistas hasta la región central de Chile y el noroeste de Argentina y llegando hasta Quito en Ecuador; posteriormente Huayna Capac consolidó estos dominios, pacificando a los chachapoya y los extendió más al norte hasta los territorios de los indómitos Pasto, mientras aseguraba las fronteras sur orientales frente a las incursiones de los guaraníes (D' Altroy 2003: fig. 4.1; Rostworowski 1988; Rowe 1946: mapa 4).

Fondo Editorial PUCP

y Huayna Capac los honores de las respectivas campañas militares (Rostworowski 1988; Rowe 1946). En este proceso de expansión, la estrategia habría sido la de proceder mediante sucesivas avanzadas militares, acompañadas de tratativas diplomáticas, donde la guerra habría sido el último recurso. Luego de la pacificación de la región recién anexada se habría procedido a consolidar el dominio sobre la misma, estableciendo ciudades y centros administrativos como aspecto clave para garantizar su control por parte del Estado; mientras se desarrollaba paralelamente la infraestructura vial que aseguraba su conexión con la capital y su articulación con otros centros, permitiendo el desplazamiento de tropas y funcionarios, así como de las poblaciones y recursos movilizados. Aparentemente, solo una vez que se superaba esta etapa se realizaban los preparativos para una nueva avanzada sobre nuevos territorios por conquistar. Por su propia lógica, este proceso debe haber generado fronteras provisionales que fueron variando con el transcurrir del tiempo, ya que estas se desplazaban cada vez más hacia el norte o hacia el sur conforme progresaban las sucesivas anexiones.

A este propósito, se puede destacar que la expansión inca habría seguido una estrategia similar a la de sus antecesores wari, en el sentido de privilegiar su desplazamiento a lo largo de los ejes cordilleranos y de los valles interandinos. Esta estrategia ofrecía innegables ventajas, dado que los incas no solo se desplazaban por espacios ecológicos semejantes a los propios, sino que se enfrentaban con una fuerza poderosa y disciplinada a naciones relativamente dispersas y sin una organización de tipo estatal, lo que les aventajaba frente a una eventual resistencia. Una vez consolidada su presencia y alianzas en las regiones altoandinas, recién entonces procedían a incursionar a la conquista de los valles costeños y de las prósperas sociedades establecidos en ellos, desplegando sus fuerzas en las cabeceras de los valles en el caso de que estas ofrecieran una eventual resistencia. De esta manera, estados costeños relativamente poderosos fueron enfrentados individualmente, quizá valle por valle, asegurando su sometimiento «pacífico» o su desarticulación en caso que su rebeldía o poder atentara contra el establecimiento de la *pax* inca.

Es interesante notar cómo los incas aplicaron tácticas diferenciadas en su expansión territorial, según las condiciones existentes en las regiones en las que intervenían, también establecieron en estas diferentes estrategias en lo que se refiere al emplazamiento y características de sus asentamientos principales (Menzel 1959; Morris 1973). Mientras en las regiones altoandinas establecen sus propios centros, de acuerdo a modelos definidos para su administración provincial, en el caso de los valles costeños —donde existían ciudades y centros urbanos— estos son mantenidos cuando son funcionales a la presencia inca, otorgándoles determinados niveles de autonomía y limitándose las intervenciones a la inserción de algunas edificaciones o a la remodelación de determinados sectores del asentamiento o, inclusive, a una simple adecuación de ciertos edificios preexistentes, tal como hemos ya señalado en el capítulo anterior. En otros casos, como en Chan Chan, luego de la estrategia inca que conduce a la desarticulación política del Estado y la nobleza chimú, la ciudad languidece y habría sido finalmente condenada al abandono (Rowe 1948).

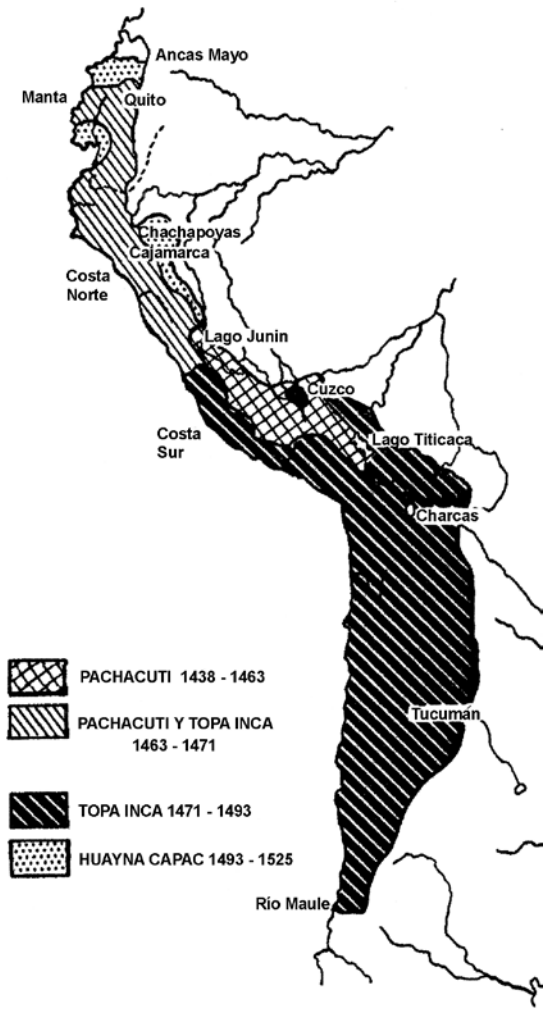


Fig. 468 – Mapa del Tahuantinsuyu con las posibles fases de expansión territorial alcanzadas por los inca bajo la conducción de Pachacutec, Topa Inca y Huayna Capac, según Rowe (redibujado de Rowe 1946: mapa 4).

Fondo Editorial

La necesidad del Estado inca de establecer ciudades, centros administrativos y establecimientos de distinta función en regiones como las altoandinas, que carecían de ciudades o de centros urbanos vigentes, fueron un motivo más para que requiriera fundar *ex novo* sus propios asentamientos y se viera en la necesidad de establecer formalmente el diseño planificado, mediante la definición de determinados modelos urbanísticos que veremos más adelante. La estrategia inca de establecer sus principales asentamientos en las regiones altoandinas es destacada de manera perspicaz por Cieza (1984: 223), quien escribe al respecto: «[…] Y los tributos que daban a los reyes Ingas, unos dellos los lleuauan al Cuzco, otros a Hatuncolla, otros a Bilcas, y algunos a Caxamalca. Porque las grandezas de los Ingas, y las cabezas de las prouincias, lo más substancial era en la sierra».

Cieza (1984: 258) se refiere también a la concepción inca sobre la división de sus territorios provinciales, anotando que: «[…] assí estos Indios para contar las [provincias] que auía en tierra tan grande lo entendían por sus caminos».

Hyslop (1990: 58) destaca esta inteligente apreciación, en el sentido que desde este punto de vista, lo central no era tanto la sucesión y extensión de los territorios provinciales, sino más bien el acceso que se tenía a estos dominios mediante los diferentes caminos. De esta manera, los pueblos, los lugares y los recursos de las distintas regiones son referidos a partir de su relación con el sistema de caminos que articulaban el territorio.

En todo caso Hyslop (ibid.: 274), al señalar que los centros principales de los incas estuvieron emplazados sobre los principales caminos, advierte que la decisión sobre la posible localización de estos pudo ser condicionada por la preexistencia de los caminos. En este sentido, la estrategia del desarrollo caminero por las planicies de puna, especialmente en los tramos de la sierra central, habría ofrecido rutas más rectas y de comunicación más rápida, evitando los rodeos que habría significado transcurrir por las grandes concentraciones poblacionales instaladas en los valles. De acuerdo a esta hipótesis, al privilegiar la ruta su desarrollo por las zonas de puna, el emplazamiento de los principales centros administrativos se definirá en esta zona en estrecha conexión con el camino, aun cuando esto implicara una relativa lejanía con relación a las zonas más densamente pobladas (ibid.: 276).

Sin embargo, se pueden sopesar también otros aspectos que debieron intervenir en la definición de este tipo de localización. Uno de ellos podría ser la necesidad de establecer un emplazamiento en una posición central con relación a las poblaciones y las tierras productivas de los valles que se encontraban alrededor de estas punas, con la posible ventaja de tener escasas interferencias en su operación urbana, como vial, por parte de las poblaciones locales, concentradas en los valles, principalmente. Una segunda razón de peso podría tener que ver con requerimientos productivos y de almacenamiento, que se verían favorecidos por instalaciones en este piso ecológico, donde es factible desarrollar los procesos de deshidratación de tubérculos —chuño, papa seca, etcétera— y carnes —charqui—, así como la conservación de estos y otros productos agrícolas en depósitos o *qollqas* instalados en lugares que por su naturaleza ofrecen climas secos y de bajas temperaturas, como los de la puna.

La ciudad del Cusco

La ciudad capital del Tahuantinsuyu se encuentra enclavada en la cuenca del río Huatanay a 3.395 m.s.n.m., y se localiza en la parte alta del valle donde confluyen tres ríos: el Chunchulmayo, el Shapi o Huatanay y el Tullumayo. La presencia de estos ríos en el lugar de emplazamiento de la ciudad no solo debió ser importante por razones económicas, sino también por representar este punto de encuentro, un *tinkuy*, un lugar reverenciado y con connotaciones sacras desde la concepción de la mitología andina. Precisamente en la traza de la ciudad se incorporaron activamente los cursos de los ríos, ya que el Huatanay dividía la gran plaza central en sus dos mitades: Haucaypata al este y Cusipata al oeste; mientras el Tullumayo delimitaba los linderos del área central de la ciudad hacia el este; y posiblemente el Chunchulmayo definía los límites de su aparente área de expansión hacia el suroeste. Asimismo, la confluencia de los ríos coincidía con el sector denominado Pumac Chupan —que significa, «la cola del puma»— conformando un extremo de la figura mítica que, como veremos más adelante, habría sido la forma asumida para el diseño del plano de la ciudad. Por otra parte, existen evidencias de que tanto el Huatanay como el Tullumayo fueron canalizados en los tramos que atravesaban la ciudad e inclusive más allá.[4] Estas canalizaciones, además de formalizar el curso de los ríos, habrían respondido a la necesidad de desecar y drenar las zonas inundables que se encontraban donde se instaló parte del área central de la ciudad y la gran plaza (Gasparini y Margolies 1977).

Fondo Editorial PUCP

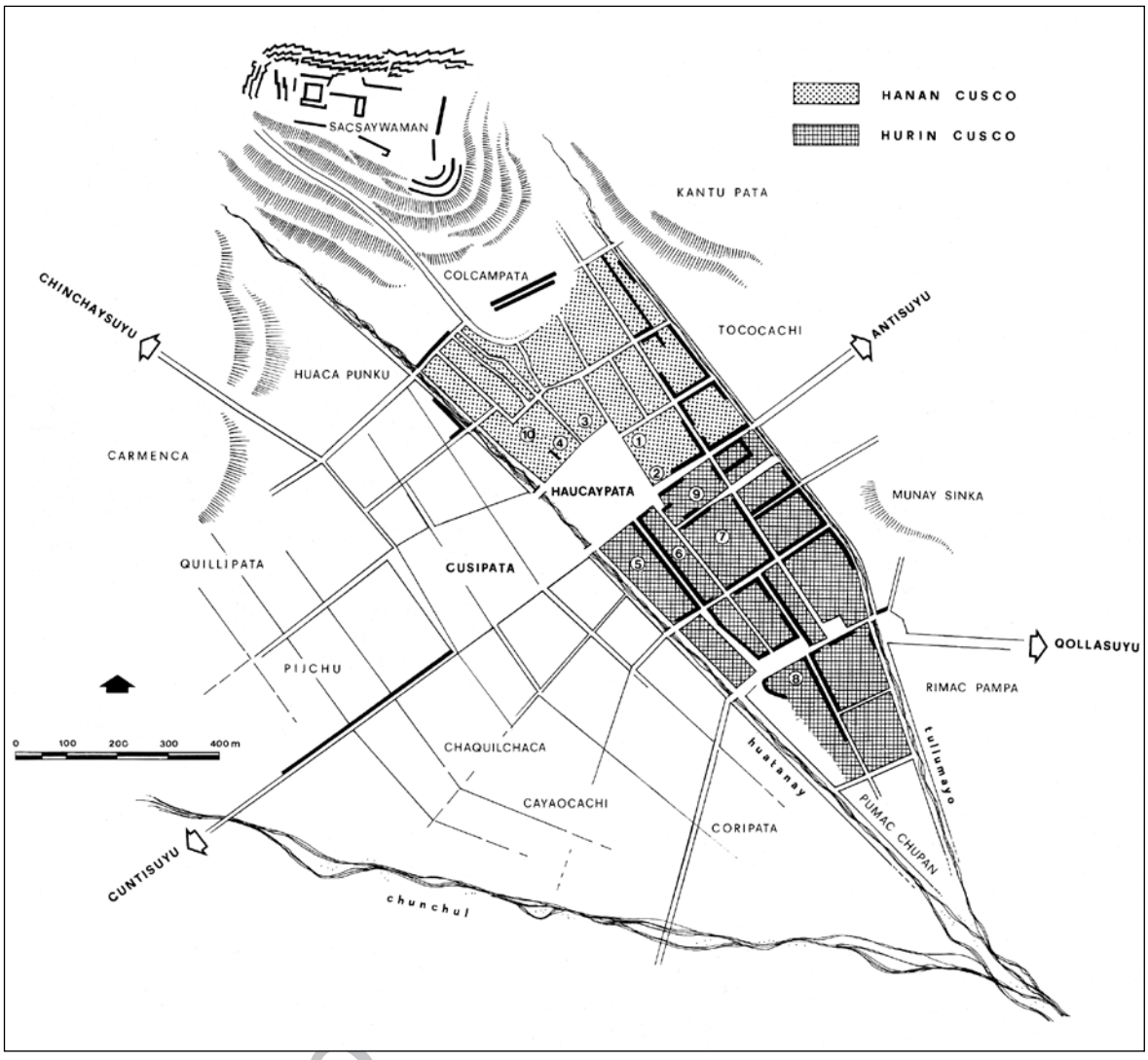


Fig. 469 – Plano general del Cusco inca, con los sectores *Hanan* y *Hurin* (Gasparini y Margolies 1977: fig. 40).

Fondo

Según el cronista Betanzos (1987: 75-79) habría sido el Inca Pachacutec el artífice de la remodelación de la ciudad con miras a convertirla en la capital del naciente imperio, estableciendo su diseño y la traza de sus calles, para lo cual habría mandado modelar maquetas de arcilla. Esta, como otras fuentes etnohistóricas, informan también que la edificación de la ciudad habría significado el desplazamiento previo de la población originaria —no inca— que se encontraba asentada en el lugar y su reubicación en los extramuros de la ciudad, ya que su área central estuvo destinada exclusivamente a la población inca. También se reporta que el esfuerzo constructivo habría demandado la movilización de cincuenta mil trabajadores a lo largo de unos veinte años (Hyslop 1990: 32-34). Sobre este trascendente episodio, se citan a continuación algunos extractos que consideramos relevantes de la pluma del propio Betanzos (1987: 75-79) «[…] porque tenía en si acordado de hacer e reedificar la ciudad del Cuzco de tal manera que para perpetuamente fuese hecha […] Ynga Yupangue trazó la ciudad e hizo hacer de figuras de barro bien ansi como él la pensaba hacer y edificar […] lo más del asiento de la ciudad es eran ciénagas e manantiales de agua todos los cuales manantiales mandó que fuesen tomados e reparados de tal manera que las casas de la tal ciudad fuesen por sus caños y hechos fuentes para el servicio de proveimiento dellas e ansi mesmo a otros mandó que sacasen e abriesen los cimientos de las tales casas y edificios

[4] A unos diez kilómetros al sureste de la ciudad del Cusco aún se conservan evidencias de la canalización del Huatanay (Gasparini y Margolies 1977: 60, fig. 51).



Fig. 470 – Vista de los años treinta, en la que se aprecia la canalización del río Huatanay a la altura de la calle Saphi, cuando aún atravesaba la ciudad del Cusco al descubierto (foto. Abraham Guillén, en Gasparini y Margolies 1977: fig. 52).

de la ciudad e a otros mandó que acarreasen cantería para el edificio que se había de edificar […] e a otros mandó hacer adobes de barro e tierra pegajosa […] con los cuales adobes se había de edificar desde la obra de cantería para arriba hasta que los tales edificios estuviesen en el altor e ser que había de llevar a otros mandó que trujesen y acarreasen mucha cantidad de madera de alisos largos y derechos.

[…]

e luego mandó Ynga Yupangue que se saliesen todos los de la ciudad del Cuzco de sus casas e sacasen todo lo que dentro dellas tenían e se pasasen a los poblezuelos que por allí juntos eran e como esto fuese ansi hecho mandó que las tales casas fuesen derrivadas por tierra donde como esto fuese hecho limpio y allanado el mismo por sus manos juntamente con los demás señores de la ciudad haciendo traer un cordel señaló y midió con el tal cordel los solares e casas que ansi se habían de hacer e cimientos y edificios dellas […].

[…]

e siendo ya allí los pertrechos necesarios para la tal obra comenzaron a hacer edificar su ciudad e casas della los cuales edificios y casas fueron hechos andando en la obra y edificio dellos continuamente mientras la obra duró cincuenta mil indios e tardóse desde que Ynga Yupangue mandó comenzar a reparar las tierras y ríos de la ciudad […] hasta que todo lo cual que oido habeis fue hecho y acabado veinte años […]».

El propio Pachacutec Inca Yupanqui habría definido que el plano de la ciudad asumiera la forma de la figura mítica de un puma, correspondiendo el cuerpo del felino al área central de la ciudad, donde al centro se encontraba la gran plaza y las edificaciones de los principales complejos, correspondientes a los palacios, templos e instituciones estatales. La confluencia de los ríos Huatanay y Tullumayo conformaba el lugar denominado Pumac Chupan o la cola del puma. La imagen mítica debería haber proyectado sus

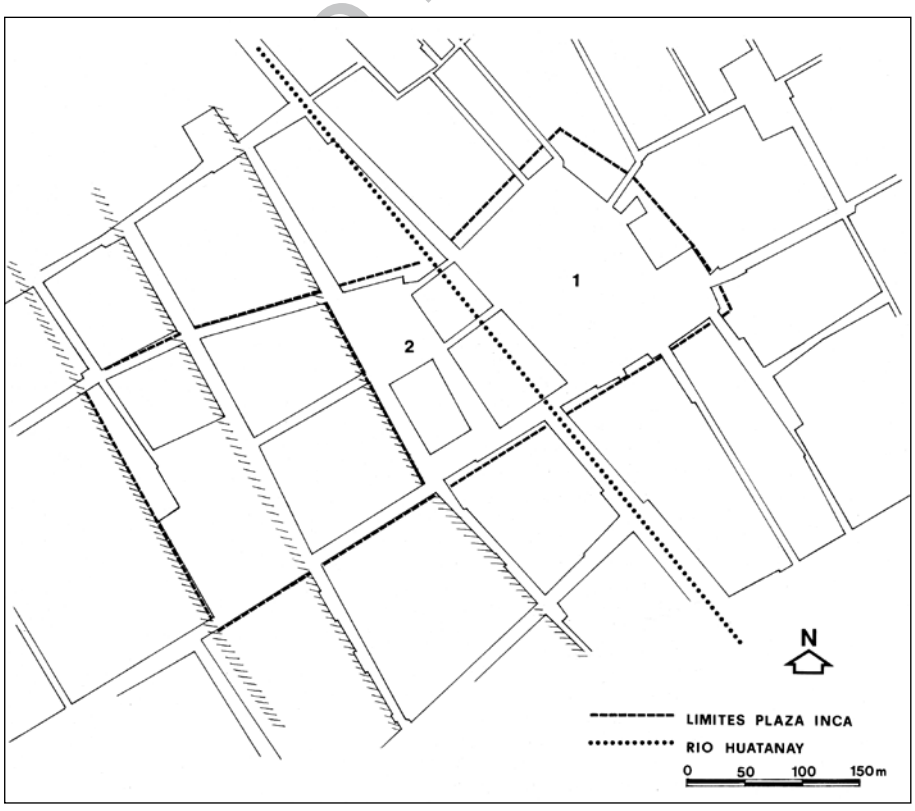


Fig. 471 – Plano de la plaza inca del Cusco con el sector Haucaypata (1) y Cusipata (2) (Gasparini y Margolies 1977: fig. 49).

Editorial PUCP

extremidades hacia los sectores al suroeste del área central y estaría incompleta de no haberse dispuesto la construcción del complejo de Sacsaywaman en la alturas que dominan el norte de la ciudad, configurando la cabeza de la forma simbólica (Rowe 1967b).

La gran plaza central, posteriormente recortada y reducida en tiempos coloniales,[5] estaba dividida en dos mitades —Haucaypata al este y Cusipata al oeste— y constituía el lugar central donde confluían los caminos desde los cuatro suyos. La plaza era también el lugar donde la ciudad se dividía en dos mitades: *Hanan* al norte y *Hurin* al sur, teniendo como límite divisorio el lado sur de la plaza, correspondiente a la calle *Hatunrumiyoc*. Esta división de la ciudad en las mitades *Hanan* y *Hurin* se correspondía físicamente con la división social de los linajes o *panaqa* de la nobleza inca, en un número equivalente por cada mitad, y donde los linajes afiliados a cada una de estas tenían residencia y sus respectivos palacios.

Adicionalmente, los incas manejaron el sistema de *ceque*s desde el Qorikancha, el principal templo dedicado al dios sol y desde el cual se irradiaban una serie de ejes de orientación sacra que se dirigían a huacas o lugares sagrados de diversa índole natural, tales como nevados, rocas y manantiales. De modo que a la cuatripartición en suyus y a la bipartición *Hanan* y *Hurin*, adicionalmente se le incorporaba un esquema tripartito que subdividía cada uno de estos espacios según las líneas de *Collana*, *Payan* y *Cayao*. Sin embargo, las líneas generadas por el sistema de ceques aparente no tuvieron una expresión física en la organización de la trama urbana y sí más bien en su proyección a los territorios aledaños a la ciudad, donde habrían definido la repartición y acceso a las tierras agrícolas y sus respectivas fuentes de agua por parte de las *panaqa* (Hyslop 1990: 65-68).

Alrededor de tres de los lados de la plaza Haucaypata —ya que el lado suroeste daba al río Huatanay y ofrecía continuidad con la plaza Cusipata— se instalaron algunos de los complejos principales de la ciudad. Este es el caso de los complejos *Amarukancha* y *Hatunkancha*, ubicados del lado sureste de la plaza, albergando este último un *aqllawasi* donde vivían y trabajaban las mujeres escogidas para el culto al sol. Del lado noreste debieron encontrarse *Kiswarkancha* y *Kuyus-*

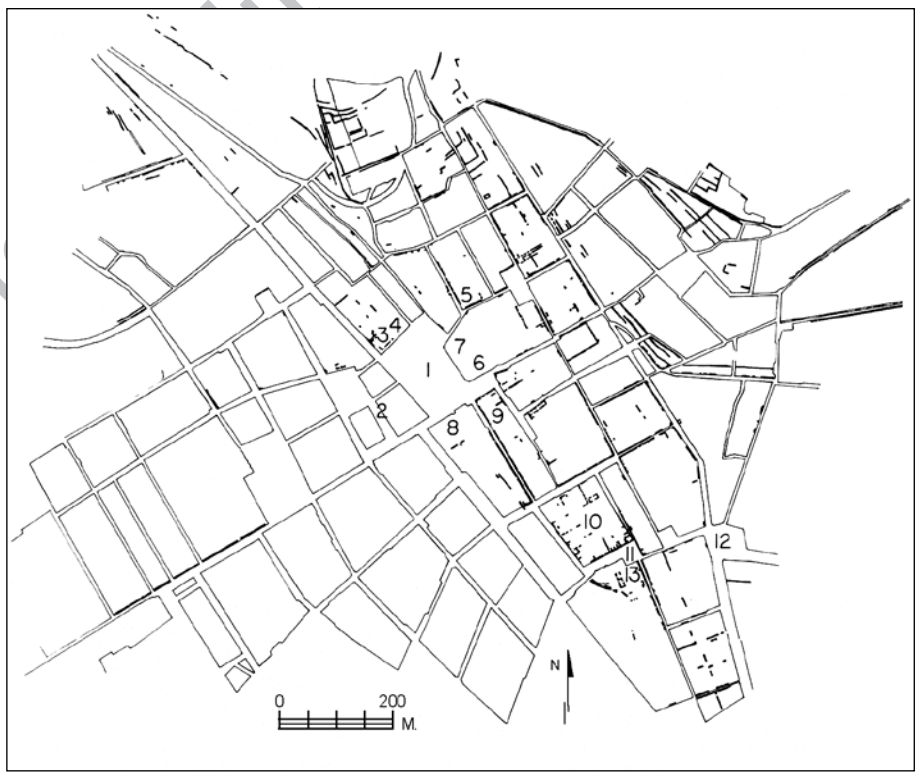


Fig. 472 – Plano del Cusco con el registro de muros inca y la ubicación de:
1 Plaza Haukaypata
2 Plaza Cusipata;
3 Qasana
4 Cora Cora
5 Palacio de Huascar
6 Kiswarkancha
7 Cuyusmanco
8 Amarukancha
9 Hatunkancha
10 Cusikancha
11 Plaza Intipampa
12 Plaza Limacpampa
13 Qorikancha
(Redibujado de Agurto 1980: 111 y Hyslop 1990: fig. 2.3).

[5] Gran parte de la actual Plaza de Armas de la ciudad colonial del Cusco correspondió a la Plaza Haucaypata, mientras que la Plaza Cusipata fue ocupada por el reparto de solares. Esta última plaza pudo extenderse hasta lo que es hoy el convento de San Francisco o, por lo menos, hasta el límite definido por la casa de Garcilaso (Gasparini y Margolies 1977: 57-58, figs. 49 y 50).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 473 – Cusco. Muro inca en la calle Hatunrumiyoc (foto: J. Canziani).

manco, complejos desaparecidos por la posterior construcción en su lugar de la catedral colonial. Mientras del lado noroeste se reporta la presencia de los complejos de *Qasana* y *Cora Cora*. Los cronistas proporcionan una información muy importante cuando señalan que cada unos de estos palacios, templos y edificaciones principales estaban dotados en sus frentes que daban a la plaza de amplios «galpones» que conocemos como *kallanka*. De modo que estas edificaciones de planta rectangular alargada no solo definían el perímetro de la plaza inca del Cusco, sino que cada una de estas *kallanka* aparentemente constituía una gran área techada que servía de zona de recepción previa al ingreso a sus respectivos complejos, como también pudieron servir de espacio de representación pública en determinados eventos y celebraciones (Gasparini y Margolies 1977: 46-72, 206-208, fig. 40; Hyslop 1990: 40-44, fig. 2.3).[6]

Las referencias de los cronistas con relación a la presencia de una estructura ceremonial correspondiente a un *ushnu* en el centro de la plaza o cerca de uno de sus lados, posiblemente frente al complejo *Amarukancha*, señalaría que en la concepción de la plaza del Cusco estaba también presente este componente fundamental de la sacralidad de este espacio, que —con las *kallankas* dispuestas en su perímetro— definirá el modelo de las plazas incas establecidas en las ciudades y centros administrativos de los lejanos territorios provinciales.

La trama urbana del Cusco inca fue sustancialmente ortogonal. Sin embargo, sea por el necesario ajuste con relación al relieve de la topografía, o por la presencia del curso de los ríos, esta ortogonalidad no habría sido estricta, de modo que los bloques edificados pueden presentar formas trapezoidales o ligeramente irregulares. Las calles de la ciudad eran relativamente estrechas y según Agurto (1980: 96) las principales tenían entre 5,60 a 4,40 metros de sección; mientras las calles menores de 4,00 a 3,20 metros y los estrechos pasajes o callejones de 2,40 a 1,60 metros de ancho. Todas estas calles estaban pavimentadas con piedras y presentaban un canal al centro para el drenaje de las aguas de lluvia. Especialmente en el sector norte de la ciudad, donde la pendiente es más marcada, estas calles presentaban gradas o escalones adecuados para superar los desniveles pronunciados por parte de la circulación peatonal. Sin embargo, estas han ido desapareciendo progresivamente a partir de la introducción del tráfico carrozable desde época colonial (ibid.).

Agurto (1980: 96, 142-144) señala también que las calles longitudinales que corren de noroeste a sureste se entrecruzaban con otras transversales de suroeste a noreste, conformando bloques o unidades edificadas cuyas dimensiones variaban de 30 a 45 metros de ancho y entre 45 a 70 metros de largo, lo que no excluye que al interior de estos bloques se desarrollaran pasajes o corredores que los subdividieran interiormente. Estos bloques contenían a su vez varias *kancha*, es decir, conjuntos con el característico patrón arquitectónico inca, que concibe el ordenamiento

[6] Para las *kallanka* del Cusco, Garcilaso (1959: 297) informa que estas representaban un lugar de refugio frente a eventuales lluvias y cuyos amplios espacios permitían acoger a un enorme número de personas, asegurando así la celebración de los rituales y festividades de no poderse realizar estos en el espacio abierto de la plaza. A este propósito refiere que: «En muchas casas de las del Inca había galpones muy grandes de a doscientos pasos de largo y de cincuenta y sesenta de ancho, todo de una pieza, que servían de plaza, en los cuales hacían sus fiestas y bailes cuando el tiempo con aguas no les permitía estar en la plaza al descubierto. En la ciudad del Cozco alcancé a ver cuatro galpones destos que aún estaban en pie en mi niñez».

Fondo Editorial PUCP

de los edificios organizándolos alrededor de un patio central.[7]

Las edificaciones de las *kancha* compartían este patrón de organización espacial, no obstante correspondieran a distintas funciones, ya sea de carácter residencial, ceremonial o productivo. Este es el caso aparente de los palacios principales en los alrededores de la plaza de Haucaypata cuyas salas, aposentos y dependencias de servicio debieron ordenarse bajo la forma de *kancha*, al igual que las instalaciones ceremoniales, residenciales y productivas de los *aqllawasi* e, inclusive, del principal templo conocido como Qori Kancha, cuyos vestigios evidencian también un plano conformando una *kancha*. Tal como destacan Gasparini y Margolies (1977: 229-242, fig. 233), más allá de la sencillez de la planta del principal recinto sacro de los incas, la fina cantería de las edificaciones de esta *kancha* expresan la alta valoración de su destacada función. Otros rasgos sobresalientes subrayan esta calidad especial del recinto, como es el caso del espléndido muro curvo que se proyecta de forma prominente en su extremo oeste.

Al parecer en el diseño urbano de la capital inca se había previsto su desarrollo y crecimiento futuro, acorde con las fundadas expectativas de una larga duración y progresivo desarrollo imperial. De esta manera, además del área central de la ciudad ocupada por la nobleza inca, existía al suroeste un área intermedia que se extendía desde el río Huatanay hasta el Chunchulmayo y que habría estado destinada al crecimiento y expansión de la ciudad. Esta área casi deshabitada fue modelada con terrazas y en el momento de la conquista estaba ocupada por campos de cultivo.[8] Alrededor de la ciudad se habrían desarrollado unos doce barrios, que formaban un

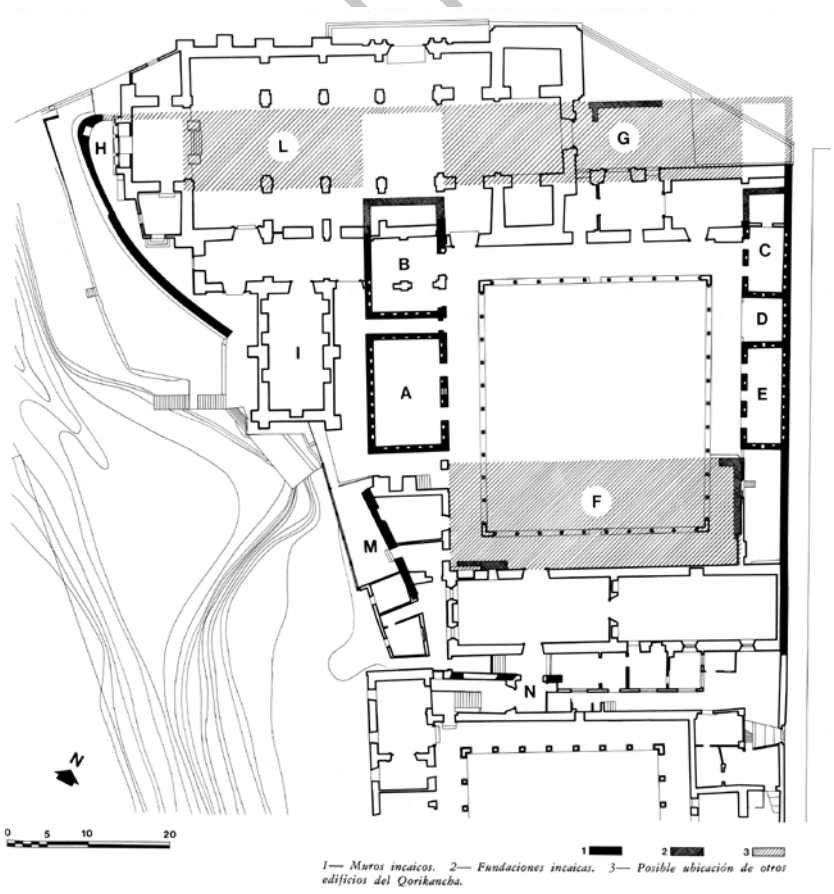


Fig. 474 – Posible plano del templo de Qorikancha según Gasparini y Margolies (1977: fig. 233).

[7] Refiriéndose a las edificaciones que posiblemente componían las *kancha* Garcilaso (1959: 298) señala que: «[...] todas eran piezas bajas, y no trababan unas piezas con otras, sino que todas las hacían sueltas, cada una de por sí[...]». Efectivamente, ha llamado la atención de los estudiosos de la arquitectura inca que se asumiera con tanta rigidez un patrón que establecía una distribución de ambientes independientes y sin conexión directa entre sí, no obstante que esto generara incomodidades al tener que circular obligadamente entre patios y pasillos al aire libre para pasar de una pieza a la otra, más si se considera que este tipo de patrón arquitectónico se desarrolló mayormente en regiones altoandinas sujetas a lluvia y frío intenso (Gasparini y Margolies 1977: 186-199).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 475 – Vista del muro curvilíneo en el extremo oeste del templo de Qorikancha (foto: J. Canziani).

anillo que mantenía como área de aislamiento una franja libre de toda ocupación entre estos barrios y las áreas centrales y de expansión de la ciudad. Esta disposición habría respondido al requerimiento de aislar el área nuclear de la ciudad, refrendando sus connotaciones sacras, como también a la necesidad de establecer un área de aislamiento y transición entre la población inca y las poblaciones de otro origen étnico establecidas en el entorno de la ciudad (Agurto 1980: 126; 1987: 94-102).[9] Más allá, a unos cinco o más kilómetros de distancia de la ciudad, se encontraban las áreas suburbanas conformadas por campos de cultivo del Estado y pequeños asentamientos supeditados a la administración de la ciudad (Niles 1984). Sin embargo, no se sabe con precisión dónde terminaban los vastos dominios de la ciudad y donde se iniciaba el de los *suyu* (Agurto 1980: 119-121; 1987: 76-86).

Tal como mencionamos anteriormente, en el extremo norte de la ciudad y coronando la elevación de una colina, se encuentra el complejo de Sacsaywaman, de aparente función ceremonial y militar, en cuyo frente norte destaca la secuencia de tres murallas paralelas de trazo aserrado. Estas murallas están conformadas por enormes bloques de piedra, lo que le confiere una majestuosa expresión megalítica, más aún cuando estos bloques descomunales han sido concertados en un colosal y a la vez impecable aparejo poligonal. Estas imponentes murallas, de las cuales aparentemente se ha perdido el tercio superior por los continuos desmontajes realizados en época colonial,[10] operaban como muros de contención de sendas plataformas. Estas plataformas escalonadas conducían hacia la cima del complejo, donde se han encontrado vestigios de terrazas, plazas, acueductos y los cimientos de recintos rectangulares y de una gran edificación que debió corres-

Fig. 476 – Foto aérea oblicua del Cusco con Sacsaywaman en primer plano (Servicio Aerofotográfico Nacional).



Fondo Editorial PUCP

[8] Por ser un aspecto menos notorio en la traza urbana del Cusco, hay que destacar que para superar las marcadas pendientes del área central de la ciudad inca, sus urbanistas recurrieron también en este sector a la construcción de terrazas, en este caso para erigir sobre ellas sus edificaciones.

[9] Los distintos grupos étnicos que residían momentánea o permanentemente en los alrededores de la ciudad, se habrían ubicado en los barrios cuya orientación con relación al centro de la misma reproducía la posición que sus respectivas provincias y regiones de origen tenían con relación al Cusco, como si el micro cosmos étnico así conformado alrededor de la ciudad capital replicara el universo poblacional adscrito al Tahuantinsuyu (D'Altroy 2003: 119; Hyslop 1990: 64; Rowe 1967b).

[10] Desde los primeros testimonios de los cronistas que trasmiten el enorme impacto que les causó la visión de Sacsaywaman, se reporta también el desmantelamiento de sus edificaciones al utilizárseles como cantera para las construcciones del Cusco colonial, inclusive de la propia catedral. A este propósito, con su reconocida lucidez, Cieza (1984: 257) lamenta su progresiva destrucción: «Tiene la ciudad a la parte del norte en el cerro más alto y más cercano a ella vna fuerza, la qual por su grandeza y fortaleza fue excellente edificio, y lo es en este tiempo: aunque lo más della está deshecha, pero todauía están en pie los grandes y fuertes cimientos con los cubos principales». En otra parte de su obra Cieza (1985: 149) lanza un temprano reclamo conservacionista, al sostener que «[...] Lo que desta fortaleza y de la de Guarco an quedado, sería justo mandar conservar para memoria de la grandeza desta tierra[...]».

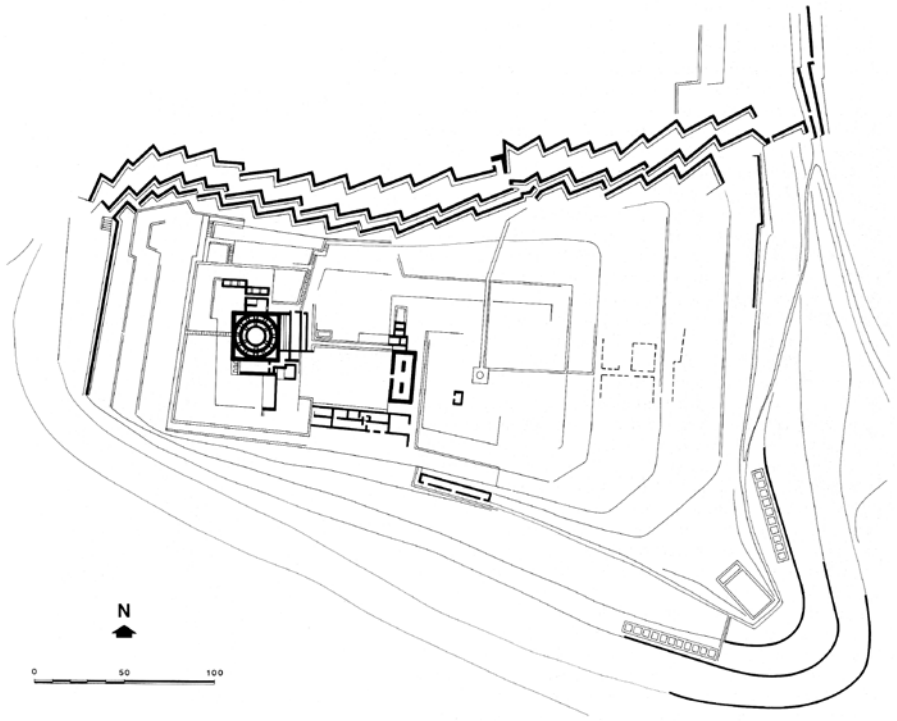


Fig. 477 – Plano de Sacsaywaman (Gasparini y Margolies 1977: fig. 302).

ponder a un elevado torreón de planta circular (Gasparini y Margolies 1977: 291-300).[11]

Del lado norte de las murallas zigzagueantes del conjunto se desarrolló una vasta explanada, a manera de plaza, la que tiene como límite norte un gigantesco afloramiento rocoso natural conocido como *rodadero*, que fue parcialmente labrado formando escalones o graderías desde donde el Inca presidía ceremonias, se realizaban rituales de adoración y se depositaban ofrendas, en cuanto esta roca era considerada una importante huaca del sistema de *ceques* del Cusco (Hyslop 1990: 51-57, 103).

En cuanto a las dimensiones físicas de la ciudad y la posible población del Cusco, Agurto (1980: 122-128; 1987: 76-92) propone algunas interesantes estimaciones. De acuerdo a esta reconstrucción hipotética, fundamentada en el registro de los vestigios de la ciudad inca y la consulta de los documentos históricos, la extensión del núcleo central correspondería a unas



Fig. 478 – Murallas de Sacsaywaman (foto: J. Canziani).

[11] La calidad de estas estructuras y las referencias de algunos cronistas permiten suponer que aquí se emplazaba un templo solar que habría correspondido al sector *Hanan Cusco*.

Fondo Editorial

cuarenta hectáreas con un área de expansión de este sector central de 48 hectáreas, mientras el sector de aislamiento libre de edificaciones alcanzaría 105 hectáreas y los barrios del sector periférico algo más de 280 hectáreas. En cuanto a la posible población de la ciudad, se estima que para el núcleo central esta podría haber alcanzado de 15 a 20 mil habitantes; mientras que para los barrios periféricos más de 50 mil habitantes; y para las zonas suburbanas de 50 a 110 mil habitantes. Estas cifras resultarían, de acuerdo a una estimación prudente, en un total de 115 mil, a una máxima de 180 mil habitantes. Sin embargo, el propio Agurto (1987: 90) advierte que este número pudo ser oscilante, especialmente si se considera los momentos en los cuales se realizaban eventos ceremoniales en la ciudad. Otra dificultad en estas estimaciones consiste en que gran parte de la población concentrada alrededor del Cusco residía en ella como *mitimaes* —es decir, en su condición de comunidades desplazadas de su lugar de origen— o en calidad de mitayos que efectuaban de forma temporal diversos trabajos y servicios en la ciudad (Hyslop 1990: 62-65).

Otros asentamientos en los alrededores del Cusco

Nos referiremos en este apartado a los principales sitios que se encuentran en los alrededores del Cusco y la región aledaña a la capital. Lo haremos brevemente, ya existen otros estudios donde estos han sido descritos amplia y detalladamente, así como también porque estos sitios revisten un carácter muy especial —en cuanto muchos de ellos fueron estancias y posesiones reales— cuyas características no corresponden precisamente a las entidades urbanas que motivan la temática central de nuestro estudio, por lo que nos limitaremos a destacar los aspectos que nos parezcan relevantes al respecto.

Entre este tipo de sitios revisten una notable importancia los célebres asentamientos que jalonan el valle del Urubamba, como Pisac, Ollantaytambo, Patallaqta y otros como Phuyu Patamarca y Wiñay Wayna, que se encuentran a lo largo del camino que finalmente conduce al emblemático Machu Picchu. Se ha establecido que la mayoría de estos establecimientos, a los que puede sumarse Yucay, Tipón y Chinchero, correspondieron a estancias o posesiones reales. Lo que puede considerarse una tardía manifestación ya no de propiedad enajenada por el Estado, sino de propiedad privada de tierras y lugares ejercida por la nobleza inca, ya que existen diversas referencias que señalan a estos sitios como pertenecientes a determinados Inca o a sus *panaqa*.[12]

En el caso de Pisac, el sitio se encuentra emplazado de forma espectacular coronando los cerros que dominan la margen derecha o norte del río Urubamba. Está organizado básicamente en dos sectores principales, donde se concentran edificaciones construidas con cantería fina. Estos sectores se encuentran separados entre sí unos 200 metros con al sureste el sector de Pisaqa y



Fig. 479 – Pisac. Sistema de andenes en el flanco este del asentamiento (foto: J. Canziani).

[12] Entre estas estancias reales, se le asigna Pisac, Ollantaytambo y Machu Picchu a Pachacutec; Chinchero a Tupac Yupanqui; y Yucay a Huayna Capac (Rostworowski 1988).

Fondo Editorial PUCP

al noroeste el de Intiwatana (Hyslop 1990: fig. 11.4). En las laderas al este del sitio, y a partir de los sectores edificados, se despliega una de las más espectaculares obras de andenería inca. Algo similar sucede al sur del sitio, donde los andenes descienden vertiginosamente una pendiente mucho más pronunciada hacia el fondo del valle.

En este, como en otros casos, los andenes más que una función productiva de orden agrícola, o destinada a estabilizar los suelos de las edificaciones asentadas en laderas, evidencian que su construcción trascendió los aspectos meramente productivos o funcionales, primando los criterios estéticos que llevaron a modelar el paisaje, con un tratamiento casi escultórico, integrando en él los asentamientos y la volumetría de sus edificaciones.

Estas características de especial integración entre el asentamiento edificado y el paisaje modelado de forma tan magnífica, nos indican que estos dos aspectos no pueden ser vistos por separado, dado que no fueron realizados de manera independiente uno del otro, sino más bien como parte de un mismo diseño y una intervención integral. Esto ha llevado a algunos estudiosos a sostener con razón que este tipo de terrazas o «andenes de prestigio» son parte fundamental de la concepción de los asentamientos incas (Niles 1982). Estos andenes se distinguen de los usuales debido a que sus muros de contención son normalmente más altos y están elaborados con piedra canteada, lo que los diferencia de los comunes andenes agrícolas. Otro aspecto trascendente es que, mientras las terrazas agrícolas siguen básicamente las curvas de nivel, el diseño de estos andenes configura formas curvilíneas o geométricas que manifiestan claramente la imposición de la modelación del territorio, como si esta irradiara de los asentamientos establecidos en él. Se ha señalado que este tipo de rasgos, unidos al especial arreglo de rocas y elementos naturales, así como la presencia y diseño de reservorios, canales, baños y fuentes de agua, corresponden a la particular integración paisajís-

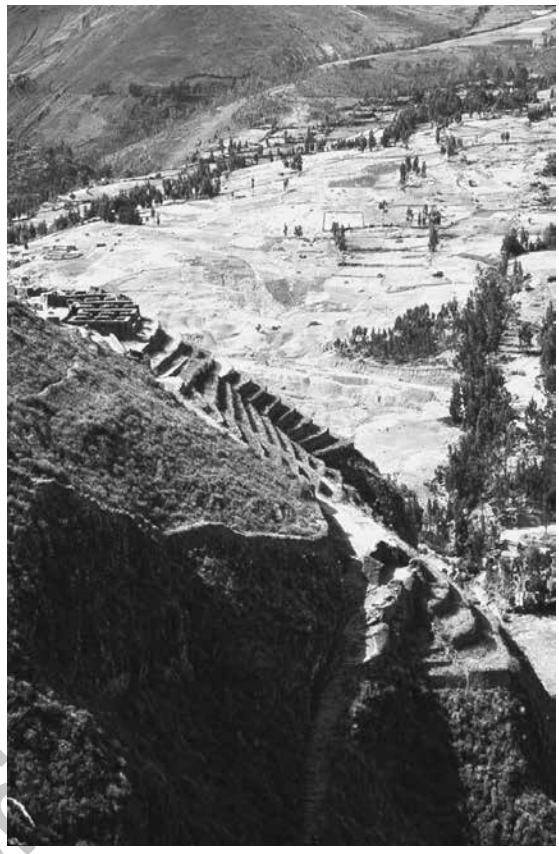


Fig. 480 – Pisac. sistema de andenes en el flanco sureste del asentamiento que es coronado por el sector de Pisaqa (foto: J. Canziani).

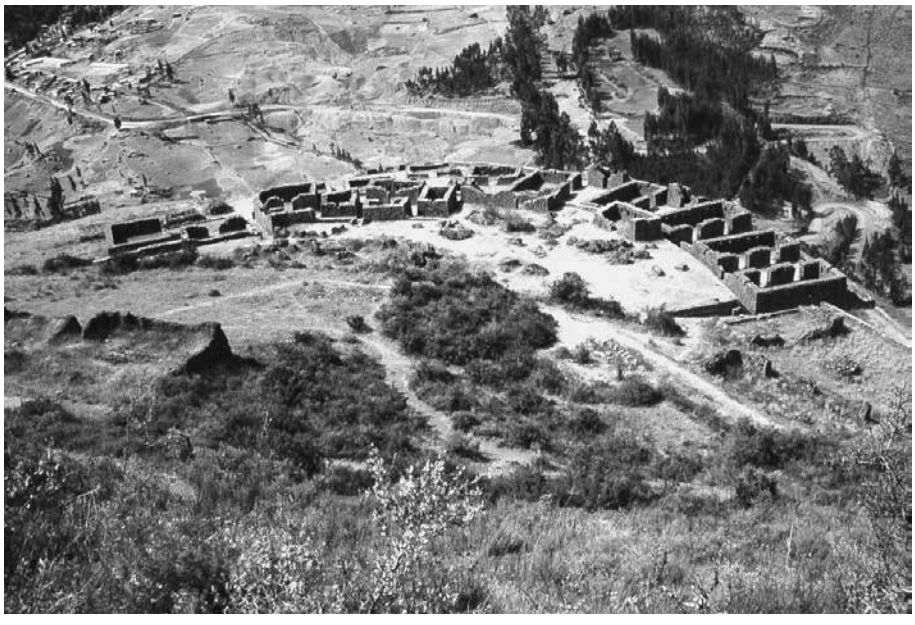


Fig. 481 – Pisac. Sector de Pisaqa en el que se aprecia el ordenamiento radial de los edificios (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial

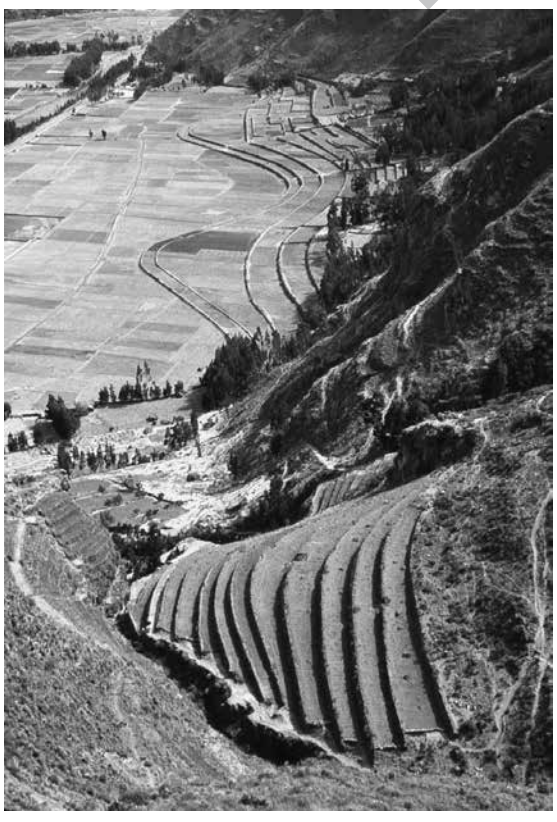


Fig. 482 – Pisac. Complejo al norte del sector Intiwatana con edificaciones y un conjunto de baños de posible función ritual, en el que destaca la especial integración de un conjunto de andenes desplegados en abanico (foto: J. Canziani).

tica que tuvieron estas exclusivas estancias reales (Hyslop 1990: 298-301).

Algunos excepcionales testimonios de esta integración paisajística se encuentran en la organización radial de las *kanchas* del sector de Pisaqa, cuyas estructuras desplegadas en arco son el elemento central desde el cual se irradia un sistema concéntrico de andenes. Este tipo de intervenciones manifiestan también un exquisito cuidado por los detalles en zonas específicas. Este es el caso del arreglo de andenes dispuestos en abanico, que sirven de magnífico escenario para el establecimiento de un sistema de baños o fuentes rituales, asociadas a una edificación ceremonial de planta circular, que ocupan una pequeña quebrada al norte del sector de Intihuatana.

Fig. 483 – Pisac. Sistema de andenes en la margen derecha del valle, modelados con formas curvilíneas concéntricas y geométricas. Al fondo, se aprecia un tramo canalizado del río Urubamba (foto: J. Canziani).



Es importante destacar que en el caso de Pisac estas intervenciones territoriales no se limitaron al entorno inmediato del asentamiento, ya que fueron acompañadas por otras obras gigantescas que tuvieron un enorme impacto al generar una vasta transformación del paisaje territorial en este sector del valle. Al respecto, el cronista Betanzos describe con detalle el proceso de encauzamiento del río Urubamba, la ampliación de las tierras de cultivo y la remodelación integral de esta zona del valle: «y luego fue sumando a todas las provincias y dentros de seis meses se juntaron ciento cincuenta mil indios en la ciudad del Cusco y como el Ynga los viese mandó a los señores del Cusco que se fuesen con aquella gente y la llevasen al valle de Yucay y él ansi mismo fue con ellos y luego puso en obra en aderezar del valle e hizo que el río fuese echado por la parte de hacia el Cusco haciéndolo fortalecer y haciéndole madre por do fuese y por la parte que el río iba hizo derribar los cerros y allanarlos y ansi hizo el valle llano a la manera que en él se sembrase y cogiese y hizo que en él se edificasen ya casas y aposentos [...]» (Betanzos 1987: cap. XLIII).

Editorial PUCP



Fig. 484 – Ollantaytambo. Foto aérea del sito (Servicio Aerofotográfico Nacional; Bengsston 1998: fig. 6).

El célebre establecimiento inca de Ollantaytambo se ubica 97 kilómetros al noroeste de la ciudad del Cusco, en un lugar a unos 2.800 m.s.n.m., donde se produce la confluencia del valle del Urubamba con la quebrada del río Patacancha. La foto aérea de este sector del valle del Urubamba permite apreciar que este fue sujeto a una impresionante modificación paisajística, con el diseño de un sistema de andenes que se despliegan de forma radial en el fondo del valle, teniendo como



Fig. 485 – Ollantaytambo. Vista del sistema de andenes dispuestos en forma radial al sur del sitio, en la margen derecha del valle de Urubamba. Al fondo se aprecia el promontorio donde se encuentra emplazado el templo solar y hacia donde converge el trazo del sistema de andenes (foto: J. Canziani).

Fondo Ed

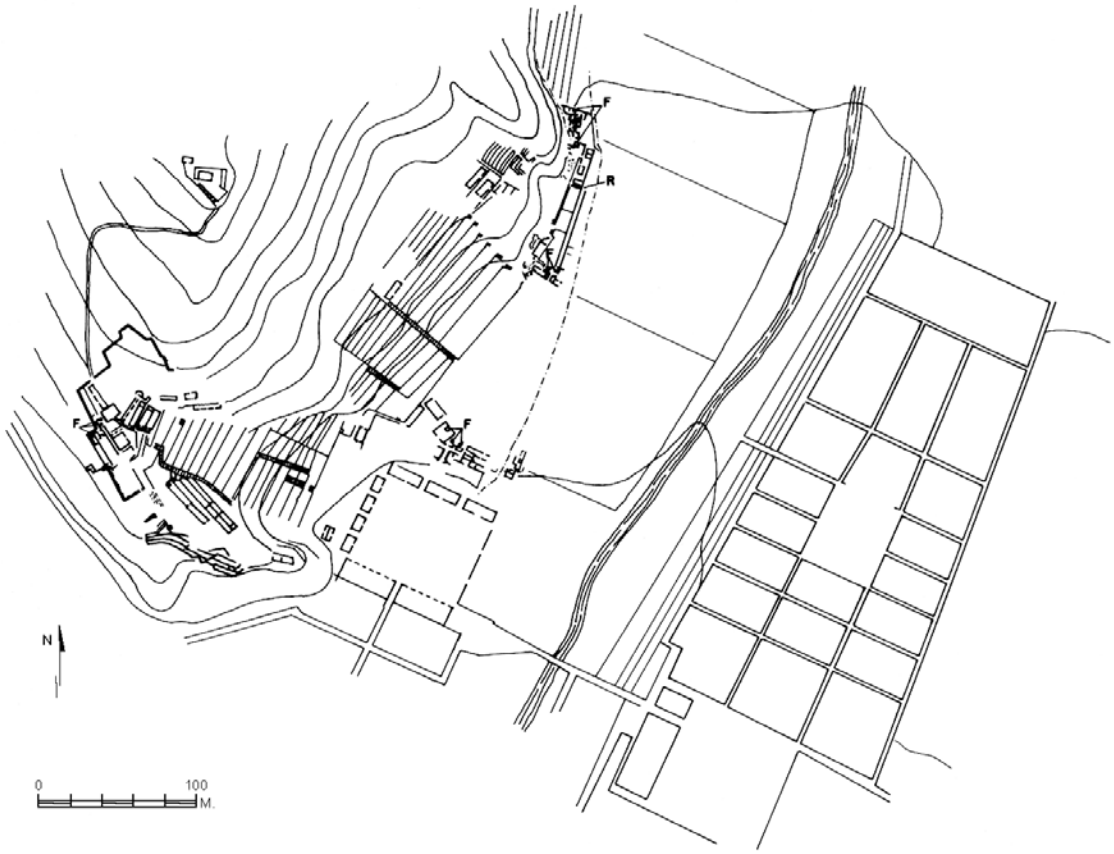


Fig. 486 – Ollantaytambo. Plano general (redibujado de Hyslop 1990: fig. 5.5).

centro el promontorio sobre el cual se asienta el sector ceremonial del sitio (Bengtsson 1998: fig. 6 y 38; Protzen 2005: fig. 1.2).

El sitio está dividido en dos grandes sectores por el río Patacancha: al oeste el sector ceremonial denominado Araqama Ayllu y al este el sector denominado Qosqo Ayllu, que corresponde a un notable conjunto urbano. El sector oeste presenta como elemento central la plaza de Manyaraqui y comprende un complejo conjunto de sistemas de andenería, depósitos, canales, fuentes, baños y rocas labradas. Estos constituyen el entorno inmediato del promontorio sobre cuya cima se instalaron las edificaciones de un posible templo del sol o centro religioso, cuya imponente construcción megalítica no solo quedó



Fig. 487 – Ollantaytambo. Muro ciclópeo que formaba parte de un templo del sol cuya construcción quedó inconclusa (foto: J. Canziani).



Fig. 488 – Ollantaytambo. Detalle del muro del templo con relieves escalonados (foto: J. Canziani).

inconclusa al producirse la conquista española, sino que aparentemente lo fue cuando estaba sujeta a radicales procesos de remodelación (Gibaja 1984; Hyslop 1990; Protzen 2005).[13]

La reconstrucción hipotética de la plaza de Manyaraqui permite suponer que estaba rodeada por un conjunto de edificios de tipo similar en cada uno de sus lados. Dos de estos edificios, ubicados en el lado sur de la plaza, parecen corresponder a *kallankas* separadas entre sí por un corredor que coincide con el eje central de la plaza.[14]

En el sector al este del sitio se encuentra el extenso conjunto urbano de traza ortogonal que presenta una planta trapezoidal, quizá por la necesidad de amoldarse al progresivo estrechamiento de la quebrada donde se emplazó este sector.

[13] Está comprobado que los colosales bloques de riolita rosada que conformaron el muro megalítico del templo provienen de la cantera de Kachiqhata, ubicada en la otra margen del Urubamba entre 3.200 y 3.600 m.s.n.m., a unos cinco kilómetros del sitio, donde fueron parcialmente labrados y luego hechos descender por la ladera, para después cruzar el río y hacerlos ascender mediante una enorme rampa hasta el lugar de la obra, empleando arneses bastante elementales y seguramente un formidable despliegue de fuerza de trabajo (Bengtsson 1998; Protzen 2005).

[14] Algo similar se aprecia en las dos *kallanka* que se encuentran del lado este de la plaza de Huánuco Pampa, donde el corredor central que las separa hace parte de la secuencia de portadas del conjunto IIB, el único conjunto además del *ushnu* que exhibe cantería fina de tipo imperial, evidenciando su carácter palaciego (Morris y Thompson 1985: 83).

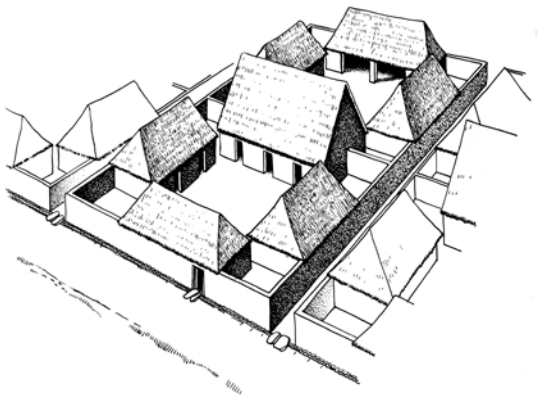


Fig. 489 – Ollantaytambo. Reconstrucción isométrica de uno de los bloques conformado por dos *kanchas* contrapuestas (Gasparini y Margolies 1977: 198).

Cuatro calles corren longitudinalmente de sur a norte y son cortadas por ocho calles transversales, formando así bloques prácticamente ortogonales. En el centro del conjunto de planta trapezoidal dos bloques habrían sido dejados libres de edificaciones configurando una plaza; mientras otra plaza se encuentra aún hoy en su extremo sur (Gasparini y Margolies 1977: 72-79, fig. 59).

Dentro de cada uno de los bloques formados por la retícula de las calles se configuraron dos *kanchas* contrapuestas que comparten un muro medianero y la unidad arquitectónica de mayor importancia y altura, dispuesta al centro del bloque. Este edificio central estaba también subdividido en dos unidades independientes, separadas por el muro medianero que, a su vez, conformaba la cumbrera de un techo a dos aguas (ibid: 195-196, fig. 198). Existen evidencias que permiten afirmar que el edificio central de las *kancha* tenía dos pisos, accediéndose al nivel superior mediante una escalinata exterior elaborada con lajas empotradas dispuestas en voladizo (Protzen 2005: 79-93). Las edificaciones y patios característicos de estas *kancha* habrían tenido una función productiva y residencial por parte de la población concentrada en este sector del asentamiento. Es también relevante señalar que las calles longitudinales están dotadas de canales que corren al pie de los muros de los recintos de las *kancha*, proporcionando agua corriente a sus habitantes, tal como sucede todavía hoy con las familias campesinas que siguen habitando estos edificios, en un notable caso de continuidad cultural.[15]

Otras variantes de planeamiento, a partir de la conformación de bloques organizados interiormente mediante *kanchas*, se pueden apreciar en el sitio de Patallaqta, localizado en el valle del Cusichaca, un afluente del Urubamba que está asociado al camino inca que conduce a Machu Picchu. El sector edificado del sitio se ubica al pie de un cerro y está emplazado sobre una amplia terraza que corona una secuencia de andenes concéntricos que replican el borde curvilíneo de la terraza, modelando magistralmente toda la ladera baja del cerro (Gasparini y Margolies 1977:



Fig. 490 – Ollantaytambo. Vista de Pata Calle, la calle longitudinal que recorre el lado oeste del poblado, donde se aprecian aún partes de la edificación de una *kancha* inca, con la portada y las lajas de piedra que permiten cruzar el canal que corre paralelo a la calle (foto: J. Canziani).

[15] Hay que destacar que en Ollantaytambo, como en muchos otros asentamientos incas, existieron fuentes de abastecimiento de agua netamente diferenciadas. Unas servían a la población del asentamiento en general y constituían un sistema de alcantarillado independiente de los exclusivos sistemas de canales que abastecían las fuentes y baños de orden ritual o residencial, asociados a los complejos ceremoniales o palaciegos de la elite.

Editorial PUCP



Fig. 491 – Patallaqta. Vista panorámica del asentamiento coronando un sistema de andenería modelado de forma concéntrica (foto: Ann Kendall, en Gasparini y Margolies 1977: 72).

81-83, figs. 71 y 72). Estos angostos andenes se interrumpen en el piso del valle, dando paso a campos de cultivo en terrenos llanos que también fueron nivelados mediante amplias terrazas, en una intervención que aparentemente incluyó también la canalización del río Cusichaca.

El camino que atraviesa el conjunto, dos pequeñas plazas y algunos pasajes transversales definen bloques semicirculares y rectangulares, dentro de los cuales se inscriben diferentes tipos de *kancha*. Allí es notable apreciar un sistemático desarrollo modular que evidencia el manejo de ejes de rebatimiento en sentido lateral y contrapuesto del mismo modelo de *kancha* utilizado en cada bloque, sean estas de dos o de cuatro estructuras enfrentadas a su respectivo patio central (Bouchard 1976).

En la ruta a Machu Picchu se encuentra una gran cantidad de sitios de aparente carácter ceremonial que jalonan diferentes tramos del camino, entre los que destacan Phuyu Patamarka y Wiñay Wayna. Phuyu Patamarka se localiza en la cima de un abra que ofrece una espectacular vista de los nevados de la cordillera de Vilcabamba y la entrada a los territorios de la Ceja de Selva con sus exuberantes bosques de neblina. La edificación principal está conformada por una secuencia de plataformas escalonadas que modelaron un promontorio natural otorgándole una forma piramidal. Sobre las plataformas superiores se encuentran algunos edificios de planta rectangular que se enfrentan a miradores con parapetos curvilíneos, que resultan de la prolongación superior de los muros curvos de los andenes. Al igual que en otros sitios, donde los andenes se integran a la arquitectura de manera especial, también aquí estos han sido modelados de manera concéntrica, de modo que producen la sensación de que las edificaciones irradian su presencia en el paisaje o, si asumimos el sentido contrapuesto, que las edificaciones concentraran las fuerzas que emanan del paisaje natural. En la base de la edificación piramidal es notable la presencia de una secuencia concatenada de cinco fuentes o baños rituales flanqueados por una escalinata.

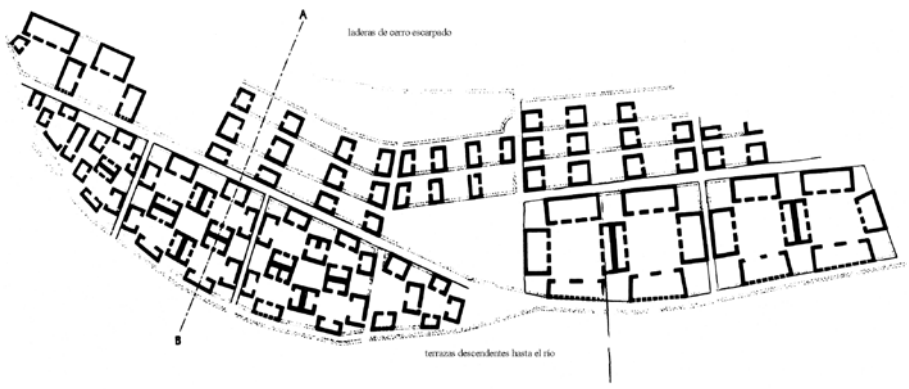


Fig. 492 – Patallaqta. Plano del asentamiento según Bingham. Aquí se aprecia la modulación de las *kanchas* (redibujado de Gasparini y Margolies 1977: 71).

Fondo Editorial PUCP

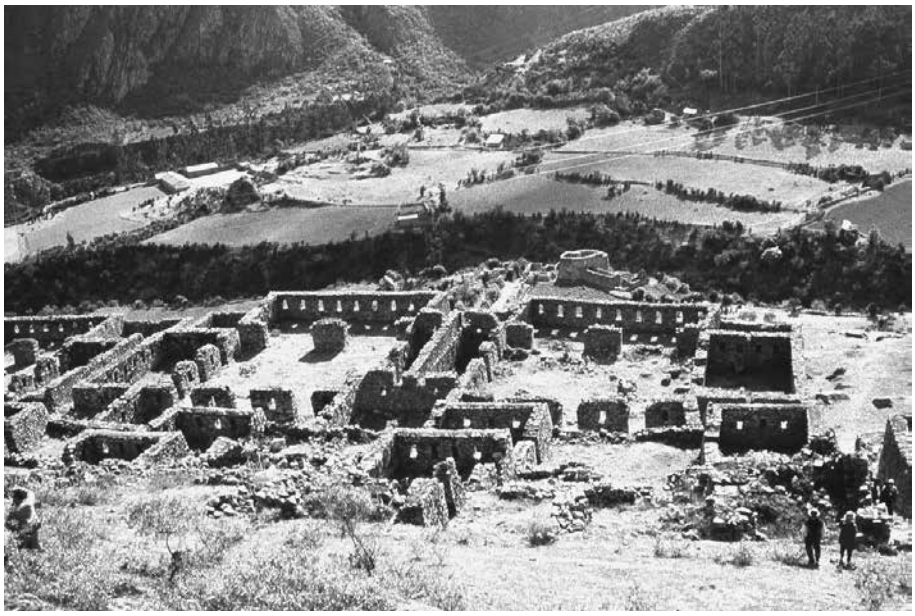


Fig. 493 – Patallaqta. Vista de un sector del sitio en el que se aprecia el desarrollo modular de *kancha*s contrapuestas (foto: J. Canziani).

Fig. 494 – Phuyu Patamarka. Vista panorámica en la que se advierte la intencionalidad de imprimir una forma piramidal escalonada a este frente del conjunto. En primer plano la secuencia concatenada de baños rituales (foto: J. Canziani).





Fig. 495 – Phuyu Patamarka. Desarrollo de andenes curvilíneos y concéntricos que culminan en miradores curvos, a modo de torreones, a los que se contraponen edificaciones ortogonales (foto: J. Canziani).



Fig. 496 – Wiñay Wayna. Vista del sector con andenes modelados en forma de anfiteatro que ofrecen una visual abierta hacia el valle del Urubamba (foto: J. Canziani).

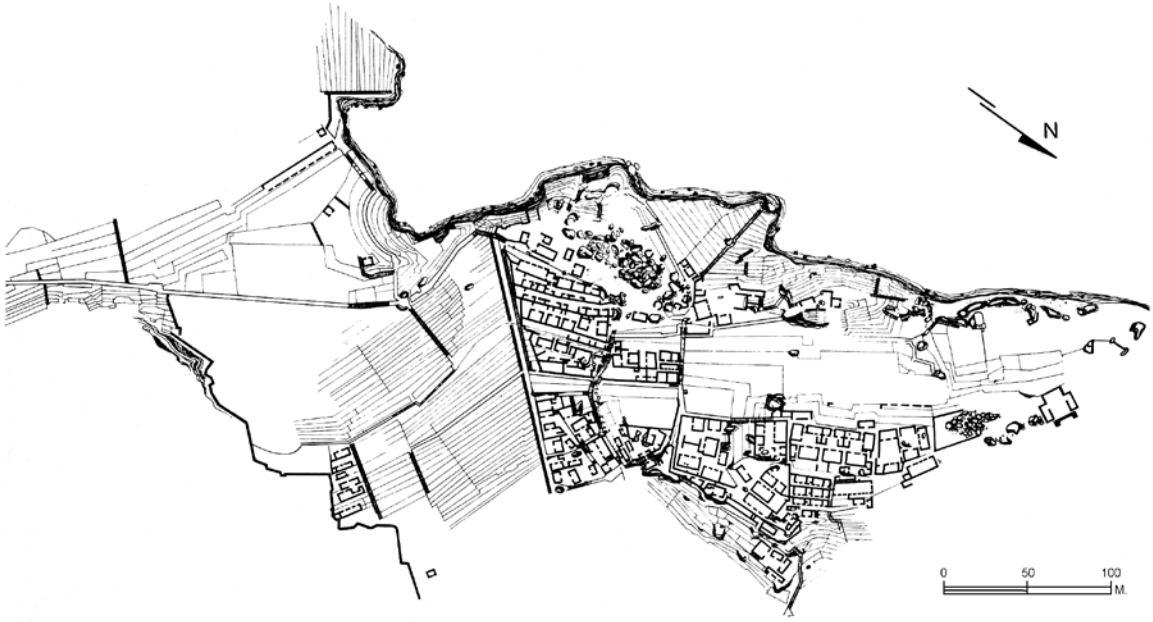


Fig. 497 – Wiñay Wayna. Vista del sector residencial, el sistema de andenes y las fuentes escalonadas (foto: J. Canziani).

En el caso de Wiñay Wayna, el sitio se localiza en las faldas de una quebrada lateral al río Urubamba, lo que le otorga una vista privilegiada sobre el valle. El complejo está claramente dividido en dos sectores, uno alto y uno bajo, flanqueados por una extraordinaria andenería modelada que forma una suerte de anfiteatro abierto hacia la visual del valle. La línea de arranque de esta obra de andenería está establecida en uno de sus extremos por una escalinata flanqueada por una secuencia escalonada de diecinueve fuentes rituales que conectan el sector alto con el bajo. El sector alto corona todo el conjunto con una edificación aparentemente ceremonial, cuyo recinto está definido por un gran muro curvo que asume la apariencia de un torreón, y se caracteriza por presentar una gran portada de ingreso con doble jamba y una escalinata con graderías contrapuestas. El sector bajo se instaló sobre un estrecho promontorio desafiando la pendiente y se caracteriza por presentar un conjunto compacto de construcciones con hastiales organizadas alrededor de pequeños patios, con estrechos corredores y miradores que ofrecen visuales privilegiadas sobre el paisaje del entorno. Sobre la base de estos rasgos se ha sugerido una función habitacional para este último sector.

Desde su descubrimiento arqueológico en 1911 por Hiram Bingham, Machu Picchu es uno de los sitios incas más célebres, intensamente visitado, objeto de múltiples estudios y una amplia serie de publicaciones de diferente especialización y calidad. No entraremos aquí en mérito a las distintas interpretaciones acerca de su posible carácter y las especulaciones sobre su posible función, aunque es del todo evidente que Machu Picchu constituye un establecimiento inca muy especial, posiblemente de carácter sacro, donde resulta impresionante la magnifica integración del conjunto arquitectónico en

Fig. 498 – Machu Picchu. Plano general (redibujado de Gasparini y Margolies 1977: 83).



Fondo Editorial PUCP

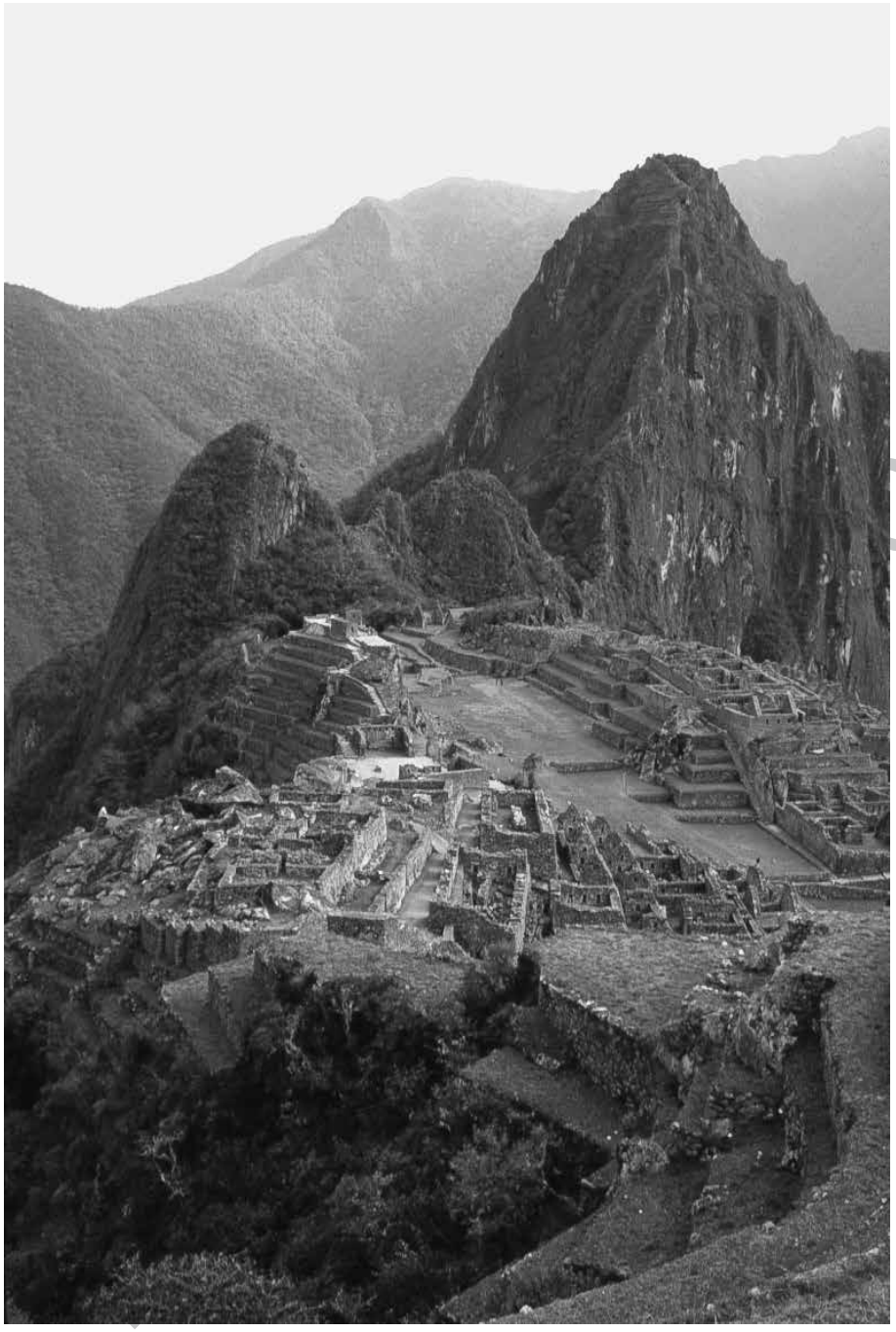


Fig. 499 – Machu Picchu. Vista panorámica desde el sur (foto: J. Canziani).

un paisaje ya de por sí espectacular (Gasparini y Margolies 1977: 90).

La propia localización de Machu Picchu es muy especial, ya que está enclavado sobre un promontorio rocoso que conforma el extremo de una formación montañosa que obliga al río Urubamba a encañonarse y a formar un amplio meandro. Por esta razón el sitio se encuentra ubicado sobre una suerte de «península» que domina desde sus alturas el paisaje rodeado de acantilados y profundos abismos sobre el Urubamba. No es por lo tanto un «puesto de avanzada», ya que a partir de él no se llegaba a ninguna otra parte. Es más bien una suerte de *finis mundi*, el punto terminal del mundo civilizado de aquel entonces y una suerte de atalaya que otea desde sus alturas la inmensidad de un mundo inexplorado que asoma desde los Andes hacia la Amazonía. Si a esto agregamos los datos etnohistóricos que nos proponen la posibilidad de que este complejo fuera una posesión personal del Inca Pachacutec, y asociamos los sitios con marcados acentos ceremoniales que jalonan el camino para llegar a él, obtenemos un marco más amplio para aproximarnos a su aparente carácter sagrado y la explicación a la presencia de los rasgos especiales que

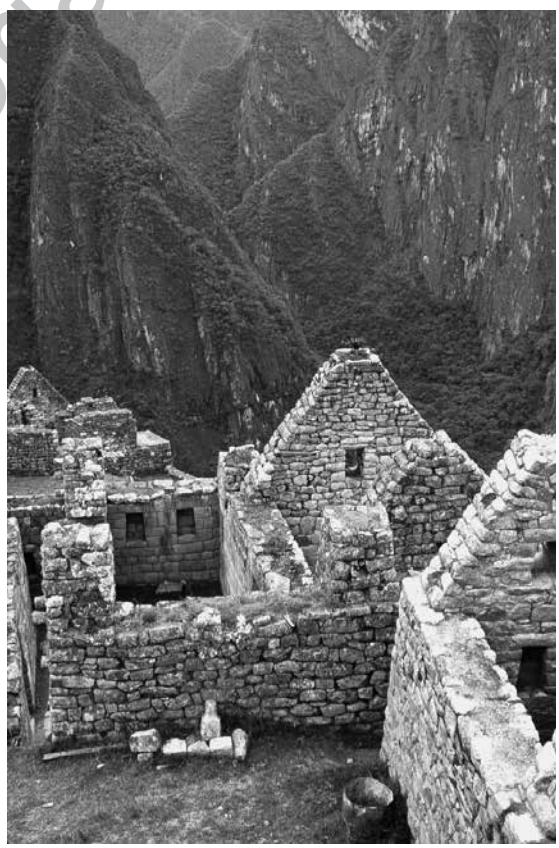


Fig. 500 – Machu Picchu. Vista de un sector al noreste del sitio (foto: J. Canziani).

lo distinguen. Por estos rasgos singulares resulta evidente que Machu Picchu no corresponde a lo que usualmente se concibe como un centro urbano y menos a una ciudad (ibid: 96).[16]

El sitio está dividido en dos sectores marcados: al sureste el sector donde son dominantes los sistemas de andenería, por lo que ha sido calificada como «zona agrícola», si bien parece evidente que su función fue más la de intervenir en la arquitectura del paisaje que la de proporcionar sustento a sus habitantes. Al noroeste se encuentra el sector usualmente denominado como «zona residencial o monumental». Estos dos sectores están nítidamente divididos por una muralla rectilínea flanqueada del lado residencial por una larga escalinata. El evidente planeamiento del complejo resolvió de manera magistral los desafíos de la compleja topografía en un ambiente de alta humedad y fuertes precipitaciones, y al hacerlo no se dejó de aplicar ciertos cánones propios del urbanismo inca. Esto es manifiesto en el sector noroeste, con la disposición de una plaza como espacio central y en la organización del asentamiento en las clásicas dos mitades: *hanan* y *hurin*, cuyo nexo y elemento divisor fue la propia plaza. A ambos lados de la plaza existen terraplenes escalonados que configuran volúmenes piramidales,

Fig. 501 – Machu Picchu. Conjunto de edificios donde se observan los característicos hastiales, así como ventanas y hornacinas de sección trapezoidal (foto: J. Canziani).



[16] El término de ciudadela, tan infeliz como profusamente utilizado en medios periodísticos y de divulgación turística, para referirse tanto a este como a otros sitios arqueológicos, resulta impertinente especialmente desde el punto de vista urbanístico, ya que según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española significa «recinto de fortificación permanente en el interior de una plaza, que sirve para dominarla o de último refugio a su guarnición». No tenemos en Machu Picchu connotación alguna de fortificación; a menos que asumamos que se trata de una deformación popular del vocablo que pretende referirse a una ciudad en pequeño, lo cual resulta igualmente inapropiado para este como para otros casos.

Fondo Editorial Pe

asociados a los cuales hay rocas naturales y otras finamente labradas —como la denominada Intihuatana— que podrían corresponder a *ushnu* o *waqa* ceremoniales asignadas a cada uno de estos sectores. Además de los edificios ceremoniales de exquisita factura lítica y los conjuntos de posible función residencial, destacan en Machu Picchu los torreones de planta circular que incorporan afloramientos rocosos, las criptas de posible uso funerario, al igual que el desarrollo de baños y fuentes rituales, elementos que en conjunto refuerzan la sacralidad y caracterización ceremonial de este establecimiento inca declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad desde 1983.

Chinchero es un asentamiento de patrón ortogonal, si bien algo más irregular que Ollantaytambo, que presenta en su extremo norte una plaza y el sector donde se concentra la arquitectura monumental (Hyslop 1990: 194, fig. 7.3). La plaza tiene 114 por 60 metros y está delimitada al sur por tres edificios rectangulares de planta alargada que, por esta forma y su asociación con la plaza, podrían ser confundidos con *kallanka*. Sin embargo Gasparini y Margolies (1977: 223-227, fig. 224) comentan que en este caso los edificios son algo distintos, ya que no tienen acceso directo desde la plaza. Al estar emplazados sobre un andén sus vanos hacia esta habrían funcionado más como ventanas que como puertas. Sobre una terraza más elevada se encuentra una iglesia que reutilizó un antiguo edificio inca, que debió ser de notable importancia por su posición central con relación al eje de la plaza, sus dimensiones y presencia prominente, así como por la calidad de sus muros. En el flanco oeste de este edificio, que bien pudo corresponder a un templo, se desarrolla a un nivel más bajo una pequeña plaza —hoy plaza del mercado— separada del nivel alto ocupado por el templo mediante un muro de contención adornado con grandes nichos.

Material PUCP

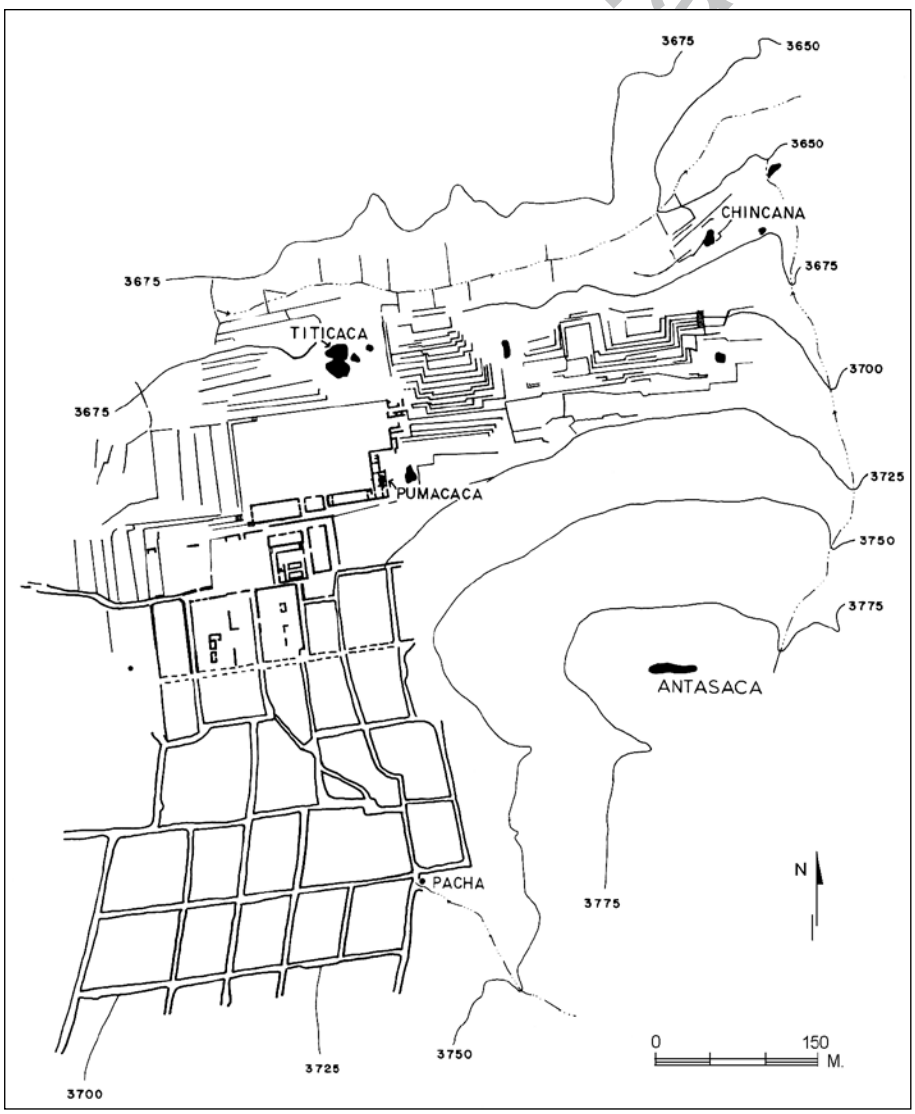


Fig. 502 – Chinchero. Plano general (redibujado de Hyslop 1990: fig. 4.7).

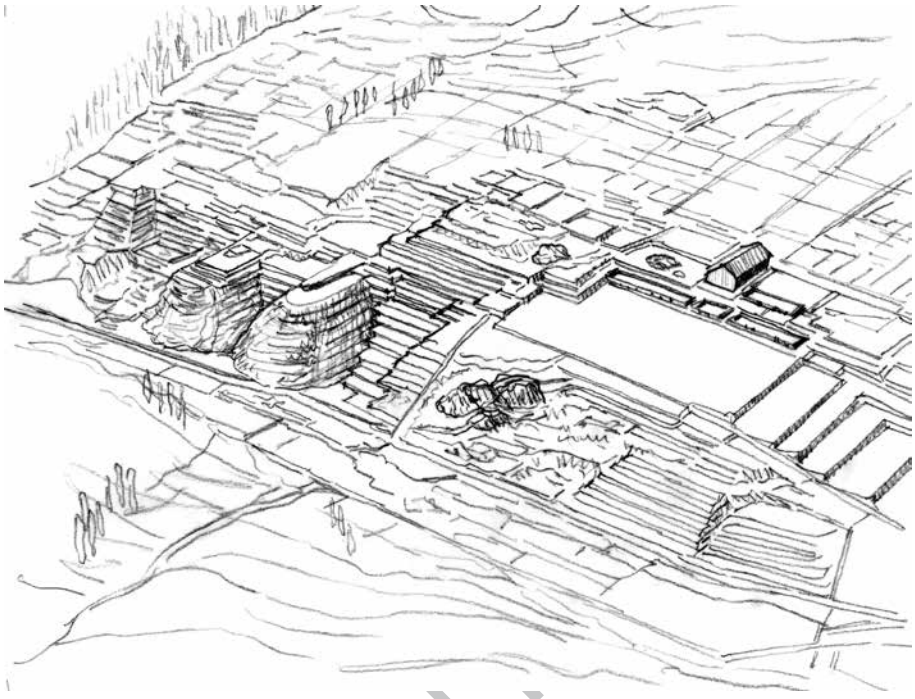


Fig. 503 – Chinchero. Apunte sobre la base de foto aérea (Bridges 1990), con vista oblicua del sitio desde el noroeste (Canziani).

La plaza principal se encuentra abierta hacia el norte y oeste con amplias visuales hacia el horizonte. El flanco norte y este de la plaza presentan un especial arreglo de andenes paralelos, pero en este caso con un diseño geométrico de trazos ortogonales que definen formas piramidales escalonadas que parecen contraponerse —a modo de imagen reflejada— al diseño de formas piramidales invertidas. Pero además de este especial tratamiento paisajístico, en Chinchero se aprecia la especial integración de una inusitada cantidad de rocas y afloramientos rocosos parcialmente labrados, algunos de los cuales pudieron representar un *ushnu* por su inmediata asociación a la plaza —como es el caso de las denominadas Titicaca y Pumacaca—, mientras otras pudieron revestir el carácter de *waqa* al estar asociadas a la presencia de puquios o manantiales de agua, como la roca

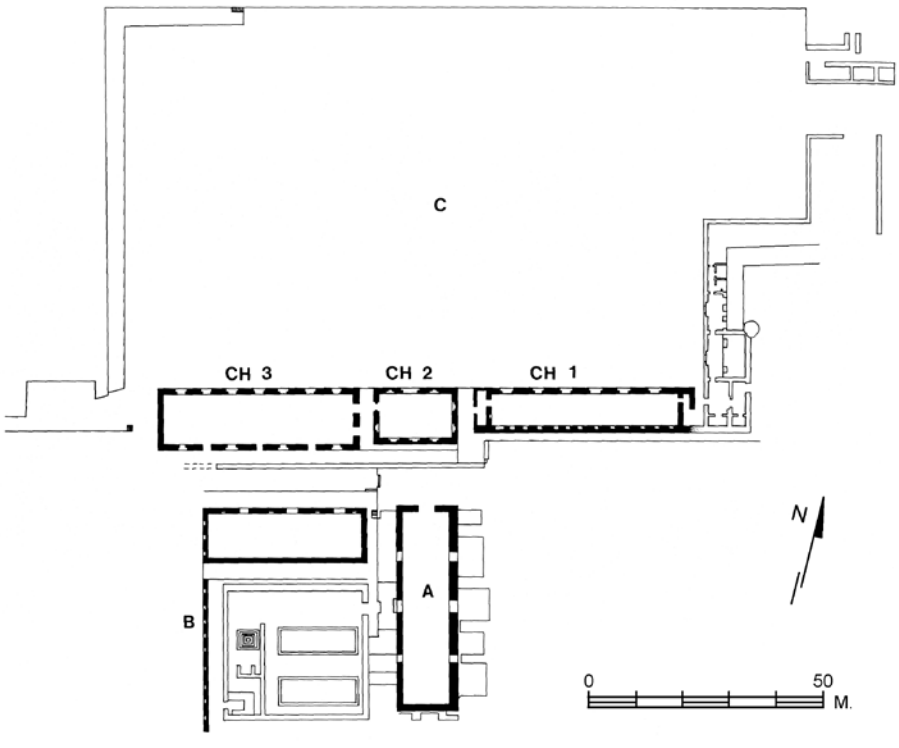


Fig. 504 – Chinchero. Plano de la plaza y los edificios CH 1, CH 2, CH 3 frente a ella; edificio principal reutilizado como iglesia (A); muro de contención con grandes nichos (B) (redibujado de Gasparini y Margolies 1977: fig. 224).

Fondo Editorial



Fig. 505 – Chinchero. Roca sagrada de Chincana (foto: J. Canziani).

de Chincana (Hyslop 1990: 112-113, fig. 4.7). Todos estos rasgos singulares y extraordinarios revelarían que Chinchero tampoco fue ajeno al especial tratamiento que caracterizaba a las posesiones reales de la nobleza inca instaladas en los alrededores del Cusco.

El urbanismo inca a lo largo del Qhapaq Ñan

En los territorios conquistados al norte del Cusco y a lo largo de la ruta del Qhapaq Ñan, en los valles y planicies alto andinas de regiones tan alejadas como el Ecuador, los incas emplazaron una serie de establecimientos y centros urbanos. Podemos rehacer este recorrido gracias a las detalladas referencias de la acuciosa e inteligente crónica de Pedro Cieza de León ([1553] 1984), quien con poco más de veinte años, realizó este viaje narrando las características y condiciones en las que se encontraban estos asentamientos pocos años después de la conquista europea.[17]

En su crónica Cieza reporta entre los centros político-administrativos norteños más importantes a Quito, Latacunga, Mocha y Riobamba. Mientras más al sur se encontraba Tomebamba —hoy Cuenca— y en la provincia del Cañar, Hatuncañar con el magnífico establecimiento de Ingapirca. Descendiendo aún más al sur, en el camino hacia el Cusco, se encontraban Huancabamba, Cajamarca, Huánuco Pampa, Pumpu, Tarama o Tarma Tambo, Xauxa y Vilcashuamán.

Un primer dato que parece relevante, en la primera parte de su recorrido que va del Caribe a la región de Pasto, es la noción de Cieza de transitar del mundo «incivilizado» del extremo norte del área andina, habitada por sociedades que no tenían asentamientos urbanos y que se encontraban en un estadio de desarrollo que usualmente se define como «barbarie», lo que los españoles de ese entonces definían como behetrías. Por otra parte está la marcada diferenciación que advierte al ingresar al área septentrional andina, donde aprecia la presencia de caminos y construcciones formales de piedra, y finalmente de centros poblados afiliados al dominio inca, en los cuales describe la presencia de plazas, aposentos reales, palacios, templos y depósitos. De la crónica de Cieza se desprende una relación notable de sitios importantes, de lo que resulta un panorama sorprendente, considerando el elevado número de asentamientos que se habían instalado en las escasas décadas que siguieron a la conquista de estos territorios norteños por los incas.

Con relación a los asentamientos norteños de la región que hoy es el Ecuador, Cieza se refiere por primera vez a la impronta civilizatoria que marca la presencia formal del camino inca cuando escribe que: «[…] hasta llegar a una provincia pequeña que ha por nombre Guaca, y antes de allegar a ella se vee el camino de los Ingas tan famoso en estas partes […] y puede ser éste tenido en más estimación [al haberlo antes comparado con el romano], assí por los grandes aposentos y depósitos que auía en todo él, como por ser hecho con mucha dificultad por tan ásperas y fragosas sierras que pone admiración al verlo» (Cieza 1984: 121).

En esta región, que correspondía al límite norte de la expansión inca, Cieza reporta como dominante una arquitectura de función militar que se manifiesta con una serie de fortificaciones, explicables en esta zona de frontera al sur

[17] Pedro Cieza de León viene al Perú desde Popayán (Colombia) en 1547 con las tropas del adelantado Sebastián de Belalcázar, quien fuera convocado por el «pacificador» Pedro de la Gasca para combatir la rebelión de Gonzalo Pizarro (Pease 1984).

Fondo Editorial PUCP

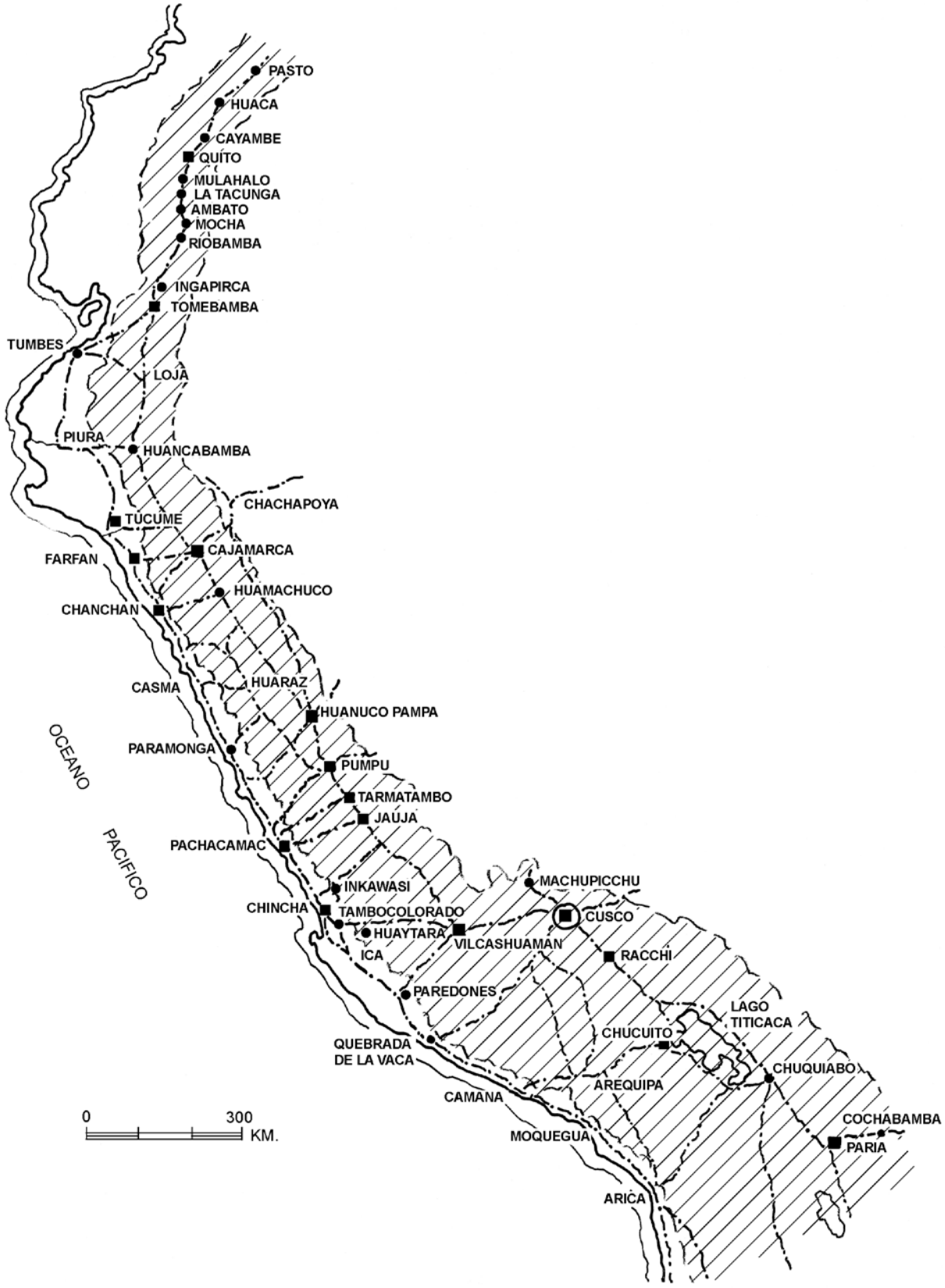
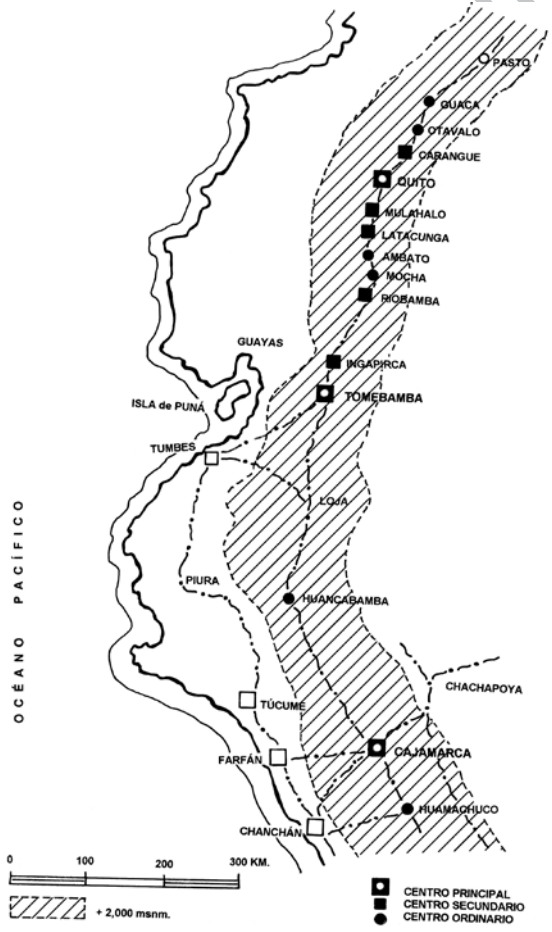


Fig. 506 – Mapa del Qhapaq Ñan con los principales sitios inca en el Ecuador, Perú y Bolivia (Canziani).

de Pasto recientemente conquistada por Huayna Capac y que se enfrentaba a los aguerridos pastos (1984: 121-122). Poco más al sur se hace presente una serie de establecimientos incas, a los que Cieza denomina genéricamente como *aposentos*. Sin embargo, de la forma en que los describe y califica en cuanto *aposentos ordinarios*, *principales* y *reales*, está implícitamente señalando para ellos una jerarquización de por lo menos tres niveles, que aparentemente incluía desde tambos o modestos asentamientos, hasta centros de segundo orden —sus asentamientos con *aposentos principales*— y centros político-administrativos provinciales de primer orden o ciudades —sus asentamientos con *aposentos reales*—.

Esta jerarquización de la red de establecimientos emplazados a lo largo del camino inca en los territorios norteños resulta coherente si se aprecia la descripción del tipo y calidad de construcciones que estos establecimientos contenían, especialmente cuando Cieza detalla la presencia o ausencia de determinados edificios, como templos del sol y de mamaconas, aposentos reales, palacios, depósitos y guarniciones. De modo que cuando todos estos edificios están presentes y además se señala la cantería de piedra fina con que estaban construidos, podemos suponer con certeza que está refiriéndose a los centros administrativos de más alto nivel.

Fig. 507 – Asentamientos inca a lo largo del *Qhapaq Ñan* en el Ecuador y el norte del Perú (Canziani).



En cuanto a los asentamientos con *aposentos ordinarios*, Cieza menciona a Guaca, Cochasquí, Otavalo y Guayabamba al norte de Quito; mientras al sur tenemos a Muliambato —¿Ambato?—, Cayambi, Teocaxas y Tambo Blanco. Al respecto de Muliambato, escribe que «[…] auía aposentos ordinarios y depósitos de las cosas que por los delegados del Inga era mandado» (ibid.: 137).

En cuanto a los posibles centros secundarios con *aposentos principales*, se refiere a Carangue, donde refiere que: «Están estos aposentos de Carangue en una plaza pequeña, dentro dellos ay un estanque hecho de piedra muy prima, y los palacios y moradas de los Ingas están assimismo hechos de grandes piedras galanas y muy sotilmente assentadas sin mezcla, que es no poco de ver. Auía antiguamente templo del sol, y estauan en él dedicadas y ofrecidas para el servicio dél más de dozcientas doncellas muy hermosas, las quales eran obligadas a guardar castidad […] Y lo Ingas tenían en estos aposentos de Carangue sus guarniciones ordinarias con sus capitanes, las cuales en tiempos de paz y de guerra estauan allí para resistir a los que se leuantassen» (ibid.: 122-123).

Otros asentamientos de similar importancia debieron ser Mulahalo y Latacunga al sur de Quito. De esta última nos refiere que: «está el pueblo y grandes aposentos de la Latacunga, que eran tan principales como los de Quito. Y en los edificios aunque están muy ruynados, se parece la grandeza dellos, porque en algunas paredes destos aposentos se vee bien claro donde estauan encaxadas las ovejas de oro y otras grandezas que esculpían en las paredes. Especialmente auía esta riqueza en el aposento que estaua señalado para los reyes Ingas y en el templo del sol […] Que es donde también estauan cantidad de vírgines dedicadas para el servicio del templo, a las quales llamauan Mamaconas. No embargante que en los pueblos passados he dicho que ouiesse aposentos y depósitos, no auían en el tiempo de los Ingas casa real ni templo principal como aquí, ni en otros pueblos más adelante, hasta llegar a Thomebamba» (ibid.: 134).

La importancia de un centro como Latacunga es refrendada por otros datos que proporciona Cieza, cuando informa de la presencia en ella de *mitimaes* «que tenían cargo de hazer lo que el mayordomo del Inga les era mandado» (ibid.:

Editorial PUCP

135); al igual que de la importancia de este funcionario imperial, del cual dependían políticamente los demás centros poblados de la provincia, al dar cuenta que «[…] .obedescían al mayordomo mayor que estaua en Latacunga, porque los señores tenían aquellos por cosa principal, como Quito y Tomebamba, Caxamalca, Xauxa y Bilcas y Paria […]» (ibid.: 137).[18] Otros posibles centros de una categoría similar o algo menor debieron ser Mocha, Riobamba, Tiquicambi, Cañaribamba y Hatuncañari (Ingapirca) (ibid: 138-142).

Finalmente, tenemos la información de Cieza sobre Quito y Tomebamba, dos centros de primera importancia establecidos por el Estado inca en el extremo norte de su imperio. Con relación a Quito, los datos que se proporcionan son bastante escuetos, y se limitan a comentar que la naciente ciudad colonial «[…] Está assentada en unos antiguos aposentos que los Ingas auían en el tiempo

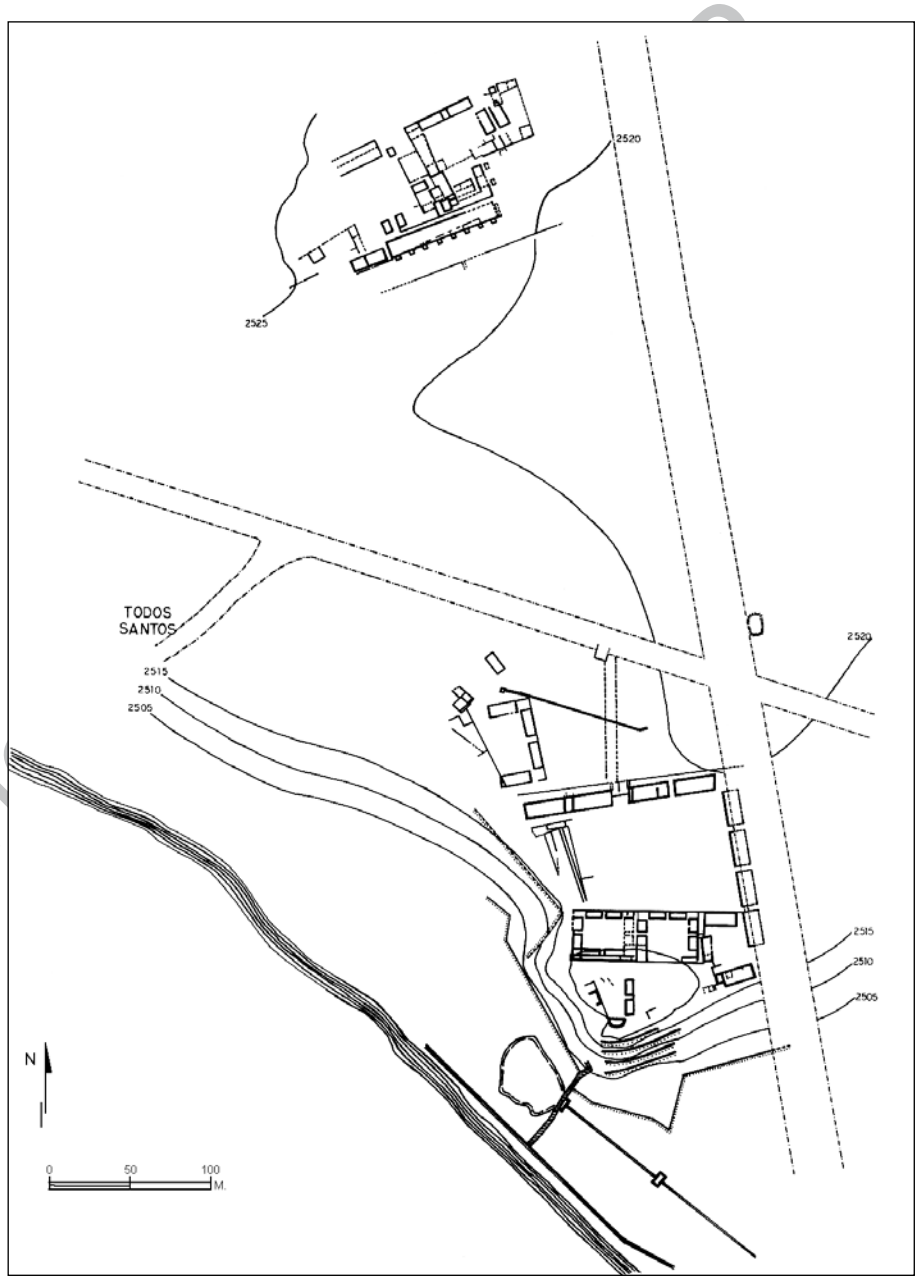


Fig. 508 – Tomebamba. Reconstrucción del plano de la ciudad a partir de la recuperación de algunas de las edificaciones inca que definían los lados de la plaza central (redibujado de Hyslop 1990: fig. 5.8).

[18] Cieza se refiere a la presencia de funcionarios principales incas en las ciudades que eran cabeza de importantes provincias, refiriéndose a Quito y Tomebamba (Ecuador), Cajamarca en la sierra norte, Jauja y Vilcashuamán en la sierra central y a Paria (Bolivia), ubicada unos 200 kilómetros al sureste del Lago Titicaca (Hyslop 1990: fig. 10.4).

de su señorío mandado hazer en aquella parte. Y auíalos illustrado y acrecentado Guaynacapa y el gran Topaynga su padre. A estos aposentos tan reales y principales llamauan los naturales Quito» (ibid.: 128).

Mucho más rica y abundante resulta la información sobre la ciudad inca de Tomebamba, de la cual Cieza narra que: «Estos aposentos famosos de Thomebamba […] que eran de los soberuios y ricos que ouo en todo el Perú y donde auía los mayores y más primos edificios […] Las portadas de muchos aposentos estauan galanas y muy pintadas y en ellas assentadas algunas piedras preciosas y esmeraldas, y en lo de dentro estauan las paredes del templo del sol y los palacios de los reyes Ingas chapados de finísimo oro […] Junto al templo y a las casas de los reyes Ingas auía gran número de aposentos adonde se alojaua la gente de guerra y mayores depósitos llenos de las cosas ya dichas, todo lo cual estaua siempre bastantemente prouеydo, aunque mucho se gastasse […]» (ibid.: 144-146).

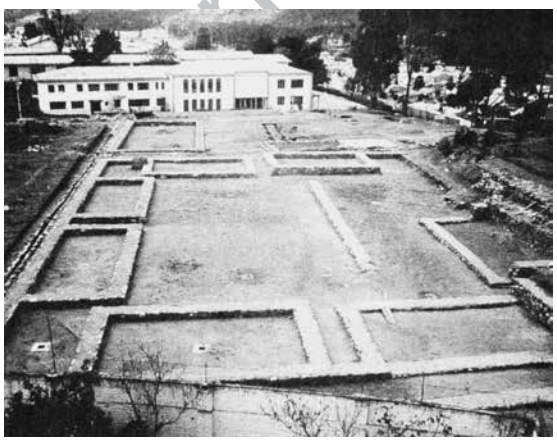
Otra información de Cieza referida a Tomebamba, pero que reviste además una extraordinaria importancia para conocer la dinámica de las principales ciudades incas y el desarrollo sucesivo de intervenciones arquitectónicas en estas, es el señalamiento de que: «Quando el rey moría, lo primero que hazía el sucessor, después de auer tomado la borla o corona del reyno, era embiar gouernadores a Quito, y a este Thomebamba, a que tomasse la possessión en su nombre, mandando que luego le hiziessen palacios dorados y muy ricos, como los auían hecho a sus antecesores (ibid.: 148).

Porque como tengo apuntado [refiriéndose a Tomebamba], era como cabeza de reyno o de obispado. Era cosa grande uno destos palacios, porque aunque moría uno de los reyes, el sucessor no ruynaua ni deshazía nada, antes lo acrecentaua, y paraua más illustre, porque cada uno hazía su palacio, mandando estar el de su antecessor como él lo dexó» (ibid.: 144).

En cuanto a las escasas referencias arqueológicas sobre estos establecimientos en lo que hoy es Ecuador, nos limitaremos a reseñar las más importantes, referidas a los restos de la ciudad inca de Tomebamba, emplazada a unos 2.500 m.s.n.m., y que fueran desdibujados y cubiertos por la ciudad colonial de Cuenca; para referirnos luego al impresionante complejo de Ingapirca.

Los estudios pioneros de Uhle (1969) sobre Tomebamba refieren acerca de la notable homonimia de algunos sectores de la ciudad con otros del Cusco, lo que refrendaría que la intención de Huayna Capac habría sido la de fundar en las regiones norteñas recientemente conquistadas un «segundo Cusco». Por otra parte, las primeras excavaciones arqueológicas desarrolladas por Uhle documentaron vestigios de una gran plaza de planta trapezoidal, alrededor de la cual se disponían dos grandes complejos con edificios públicos, al sur el que denomina Palacio de Puma Pungo y al norte, emplazado sobre un andén, el complejo que designa como Templo de Wiracocha. Este complejo presenta frente a la plaza una gran *kallanka*, que habría tenido una planta rectangular de 72 metros de largo por 12 metros de ancho y que estaba dotada de 11 puertas que daban hacia la plaza (Gasparini y Margolies 1977: 107). Según las informaciones del cronista Cabello Valvoa, en la gran plaza de Tomebamba se habría encontrado un *ushnu.* Sin embargo, Uhle (ibid.) halló en el lugar los restos de una plataforma cuadrangular de 26 por 28 metros y de tan solo 1,20 metros de altura. Excavaciones arqueológicas más recientes han reportado la presencia de canales, fuentes y reservorios de agua; como también un conjunto de *kanchas* al sur de la plaza dentro del complejo de Puma Pungo, que aparentemente corresponderían a un *aqllawasi* (Hyslop 1990: 96, 140-

Fig. 509 – Tomebamba. Cimientos de edificios ordenados en forma de *kancha*, que habrían correspondido a un *aqllawasi* (Hyslop 1990: fig. 11.3).



[19] Hyslop (1990: 264-265) llama la atención sobre el hecho de que Tomebamba antes de la ocupación colonial habría sido severamente destruida por los enfrentamientos generados por la guerra civil entre los bandos de las *panaqa* de Huáscar y Atahualpa (Rostworowski 1988: 148-178); y cita los trabajos del arqueólogo Idrovo que documentan el desmontaje intencional de una gran cantidad de bloques de piedra correspondientes a las edificaciones incas.

Fondo Editorial PUCP

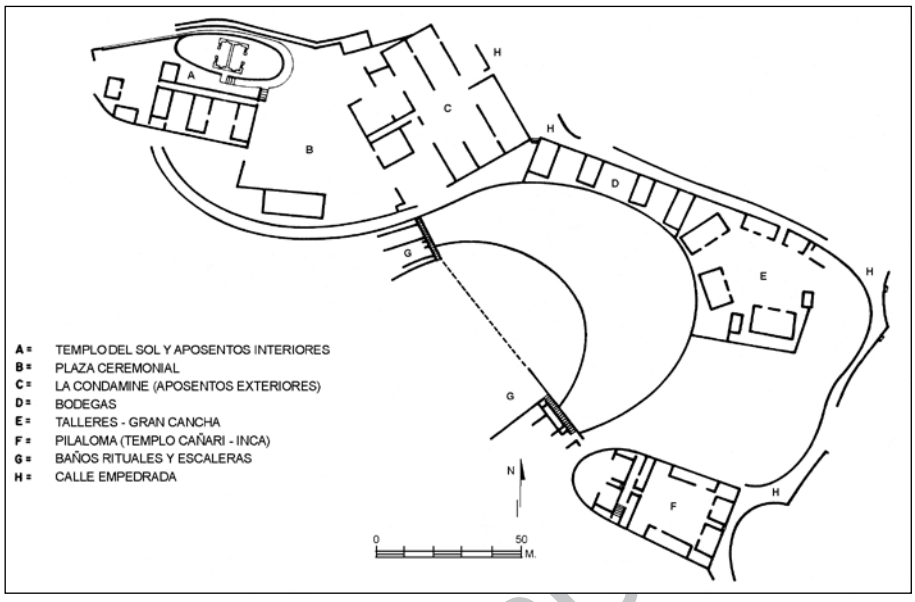


Fig. 510 – Ingapirca. Plano general (redibujado de Fresco 1987).

142, 236-237; fig. 5.8). Si bien las evidencias arqueológicas de Tomebamba son fragmentarias y la traza original inca ha sido fuertemente afectada por la superposición de la ciudad colonial,[19] queda claro que en ella estuvieron presenten los elementos principales propios del modelo de ciudad impuesto por el Tahuantinsuyu. Como por ejemplo, el ingreso a la ciudad por medio del camino que venía desde Cajamarca, y que cruzando un puente llegaba a la plaza, para luego proseguir hacia Quito; así como la presencia central de una gran plaza, delimitada por *kallankas* y los principales complejos ordenados en forma de *kancha*; al igual que la ubicación en la plaza del *ushnu* o plataforma ceremonial. A todo esto se podría agregar la especial localización de la ciudad en un *tinkuy* o lugar de encuentro de dos ríos.

Ingapirca, conocido como Hatun Cañar en tiempos de los incas, se localiza en la provincia de Cañar (Ecuador) a 3.160 m.s.n.m. Es un sitio de características bastante especiales, tanto por las evidencias de una preexistente ocupación de la etnía Cañari, como por la posible función ceremonial que denota la edificación principal. El sitio está conformado por lo menos por dos sectores: el primero, al noroeste, se asienta sobre un promontorio que está coronado por la edificación de planta oval y que presenta otros conjuntos alrededor de una plaza trapezoidal; el segundo, al sureste, presenta una hilera de edificios independientes, que parece fueron almacenes y otros organizados en *kanchas*. Entre estos dos sectores destaca también la presencia de escalinatas asociadas a canales y baños ceremoniales (Fresco 1987: fig. 2). La planta oval de este edificio pudo estar condicionada por la aparente forma de las casas de los cañari, sin embargo, también hay que recordar que la arquitectura inca recurre a muros curvilíneos cuando se trata de edificios de carácter muy especial, mayormente adscritos

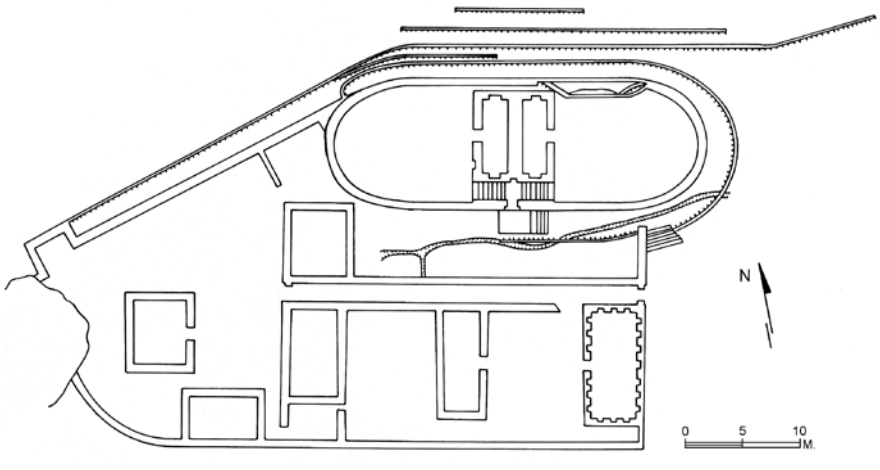


Fig. 511 – Ingapirca. Plano del templo de planta ovalada (redibujado de Gasparini y Margolies 1977: fig. 309).

Fondo Editorial PUCP

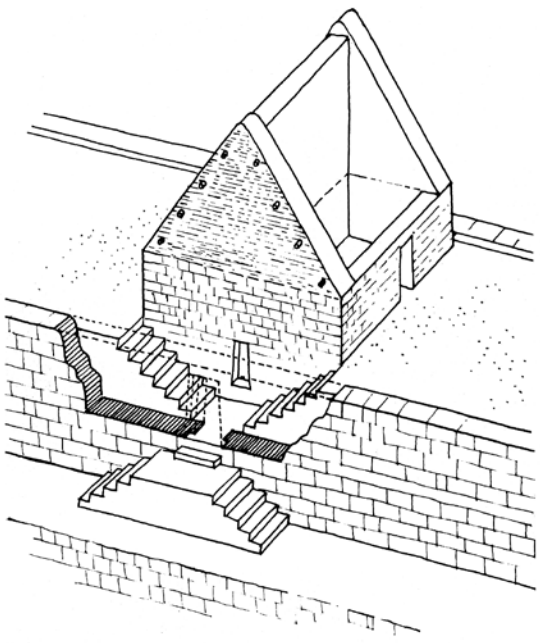


Fig. 512 – Ingapirca. Vista del templo desde el lado norte (foto: Edward Ranney, en Hemming y Ranney 1990).

a funciones ceremoniales (Hyslop 1990: 261-264).

El edificio de planta oval oblonga está orientado de este a oeste y mide 37,10 metros de largo por 12,35 metros de ancho.[20] Esta planta corresponde a una plataforma soportada por un muro de contención elaborado con sillares de cantería fina de tipo imperial, que alcanza de tres a cuatro metros de alto. En el lado sur de la plataforma, y en el eje transversal de la misma, se encuentra la entrada con una portada trapezoidal de doble jamba, a la cual se asciende mediante una doble escalinata. Una vez traspuesto el umbral de la portada se desarrolla un descanso desde donde arrancan dos rampas de escaleras en sentido contrapuesto, una hacia el este y la otra al oeste. Sobre el mismo eje de la plataforma se encuentra un edificio dividido en dos ambientes independientes por un muro medianero dispuesto en el eje central, que coincide con la cumbrera del techo a dos aguas. De modo tal que se configura un ordenamiento absolutamente dual y simétrico de todo el conjunto (Gasparini y Margolies 1977: 303-307, fig. 310).

Fig. 513 – Ingapirca. Reconstrucción isométrica del templo con detalle del acceso y la doble escalinata (Gasparini y Margolies 1977: fig. 310).



En el área de los Andes centrales, el primer centro de importancia en la sierra norte fue Cajamarca. Hoy en día son muy escasas las evidencias de lo que fue la traza original de la ciudad inca. Sin embargo, el hecho de haber sido el escenario de la captura y muerte del Inca Atahuallpa por Pizarro y sus huestes conquistadoras, con lo cual se selló dramáticamente el final del Tahuantinsuyu, nos permite aproximarnos a través de las crónicas referidas a este crucial evento a algunas valiosas informaciones acerca de este establecimiento inca de primer orden en la sierra norte del Perú.

[20] Estas medidas sugerirían que la planta oval del edificio se construyó a partir del diseño formado por el adosamiento lineal de tres círculos con un módulo de 12,35 metros de diámetro (Gasparini y Margolies 1977: fig. 314).

Editorial FCP

A partir de las crónicas de los sucesos de la conquista en 1532 diversas descripciones mencionan que Cajamarca habría tenido una plaza «triangular» —posiblemente la referencia alude a una forma trapezoidal—, que presentaba tres grandes galpones o *kallanka* que daban sobre la plaza, donde destacaba la existencia de un *ushnu*. La presencia prominente de esta estructura en la plaza de Cajamarca se puede deducir del hecho de que los españoles le llamaran «fortaleza» e instalaron sobre el edificio sus mejores armas de fuego, en lo que fuera el dramático escenario de la captura del Inca (Cieza 1987: 131-135; Pizarro 1986: 35-39).

Estos datos sobre establecimientos incas de primer nivel, aunque fragmentarios, como los señalados antes para Tomebamba y Cajamarca, nos indican que los componentes fundamentales del modelo de urbanismo inca están siempre presentes en ellos, no obstante la diversidad de soluciones que manifiestan cada uno de estos establecimientos, al resolver de forma singular, tanto su emplazamiento en el territorio como las funciones específicas que debieron absolver.

El urbanismo inca

Los datos que nos proveen los asentamientos incas, que luego fueron objetos de remodelaciones y superposiciones coloniales, pueden dar una idea aproximada de las características fundamentales del urbanismo inca, aun cuando las referencias son relativamente genéricas con relación a la presencia y características de los edificios públicos, como son los palacios, templos, depósitos y guarniciones. Por otra parte, el caso del Cusco es evidentemente singular, considerando que existía una notable diferencia entre la ciudad que representaba la capital de Tahuantinsuyu y los demás centros provinciales. Estas diferencias obedecían a marcadas distancias jerárquicas, como también a las especiales connotaciones sacras y ceremoniales del Cusco, en cuanto capital imperial y sede de la nobleza inca (Rowe 1967b). Si bien algunas crónicas reiteran que los incas fundaban ciudades en los territorios conquistados «a imagen y semejanza del Cusco», o a manera de «nuevos Cuscos», Hyslop (1985; 1990) propone que este concepto no necesariamente se resolvía replicando a la ciudad del Cusco en cuanto tal, sino más bien como referencia a un modelo ideal de la misma y a los parámetros básicos que lo sancionaban.

Bajo este concepto las ciudades de los incas —e inclusive muchos establecimientos menores— respondían a un modelo urbanístico general que, a su vez, admitía una notable variabilidad, expresando posiblemente diferencias funcionales y jerárquicas, al igual que la singular adaptación de cada una de ellas a la diversidad de la topografía y otras circunstancias locales. En todo caso, se aprecian como rasgos constantes el hecho de que el centro de este tipo de asentamientos estuviera conformado por una extensa plaza, hacia la cual convergían los caminos, dividiendo la ciudad en dos mitades —*hanan* y *hurin*—. Al centro o a un lado de la plaza se ubicaba el *ushnu*, una plataforma o pirámide ceremonial, que en el caso de Vilcashuamán y Huánuco Pampa alcanza dimensiones monumentales. Alrededor de la plaza se disponían las *kallanka* y los principales palacios, templos y otros complejos con edificios públicos como los *aqllawasi*, a los que seguían, ordenados por una red de calles o pasajes, los barrios residenciales conformados por unidades cercadas, donde los edificios se organizan con el tradicional patrón de las *kancha*. En los alrededores de los centros urbanos se localizaban centenares de estructuras de depósito, conocidas como *qollqa*, para la conservación y almacenamiento de distintos productos (Gasparini y Margolies 1977; Hyslop 1990; Morris y Thompson 1985).

Una forma excepcional de aproximarnos a las características concretas de este modelo de urbanismo y apreciar tanto sus elementos comunes como sus diferencias, las brindan ciudades incas que prácticamente no sufrieron mayores transformaciones, tras su rápido abandono como consecuencia de la caída y desarticulación del Estado incaico. Gracias a su excepcional estado de conservación, dos grandes establecimientos revisten estas especiales características y nos permiten una visión integral de las entidades urbanas incas: en primer lugar Huánuco Pampa y en menor medida Pumpu o Bombón.

Huánuco Pampa

La región donde se emplaza Huánuco Pampa se encuentra al este de la Cordillera Blanca y de la de Huayhuash, en un ambiente de puna sobre los 3.800 m.s.n.m., donde se forman las nacientes de las cuencas altas del Marañón y el Huallaga, cuyos valles a la llegada de los incas estaban ocupados, respectivamente, por las etnias Wamali y Chupaychu (Morris y Thompson 1985: 14, fig. 4).

La gran importancia de Huánuco Pampa es destacada por Cieza (1984: 233-234) quien refiere que: «En lo que llaman Guánuco auía una casa real de admirable edificio porque las piedras eran muy grandes, y estauan muy pólidamente

Fondo Editorial PUCP

assentadas. Este palacio o aposento era cabeza de las prouincias comarcanas a los Andes y junto a él auía templo del sol con un número de vírgines y ministros. Y fue tan grande cosa en tiempo de los Ingas que auía a la contina para solamente seruicio de más de treynta mill indios. Los mayordomos de los Ingas tenyan cuidado de cobrar los tributos ordinarios y las comarcas acudían con sus seruicios a este palacio.

Los Conchucos y la gran prouincia de Guaylas, Tamara, y Bombón y otros pueblos mayores y menores siruen a esta ciudad de León de Guánuco […]».

La parte final de la cita corresponde a la conclusión de una larga referencia de Cieza sobre el ordenamiento impuesto en la región por los incas y que sorprende ya que, a renglón seguido, parece referirse a la temprana ciudad colonial. A menos que confundiera los tiempos históricos, pero que en esencia se refiriera a los tributarios que se encontraban bajo la esfera territorial de la ciudad inca de Huánuco Pampa, y que presumiblemente la superpusiera a la desplazada ciudad colonial.[21]De ser esto cierto, se puede presumir que el área de influencia regional de Huánuco Pampa habría comprendido el Callejón de Conchucos y más al oeste el Callejón de Huaylas; mientras hacia el sur llegaba hasta Tarma y el norte de Junín.

En todo caso, en el ámbito local, la especial ubicación de la ciudad le permitía el acceso a valles densamente poblados y con buenas tierras de cultivo, que hoy en día siguen siendo excelentes zonas agrícolas, especialmente para el cultivo de maíz, papa y otros tubérculos altoandinos. Las zonas de puna que enmarcan la ubicación de la ciudad debieron permitir una intensa ganadería de camélidos, proveedora de fibras para el arte textil, carne para las subsistencias y animales de carga necesarios para el trasporte de productos y las comunicaciones. Por otra parte, la localización en un medio de altura como el de la puna ofrecía las condiciones ideales para la conservación y almacenamiento de productos alimenticios dada las bajas temperaturas y sequedad del clima predominante. Estas condiciones de puna, con sus frecuentes heladas nocturnas, alternados con días secos y soleados, debieron favorecer procesos de trasformación para la conservación de ciertos productos como la papa, mediante su deshidra-

Editorial PUCP

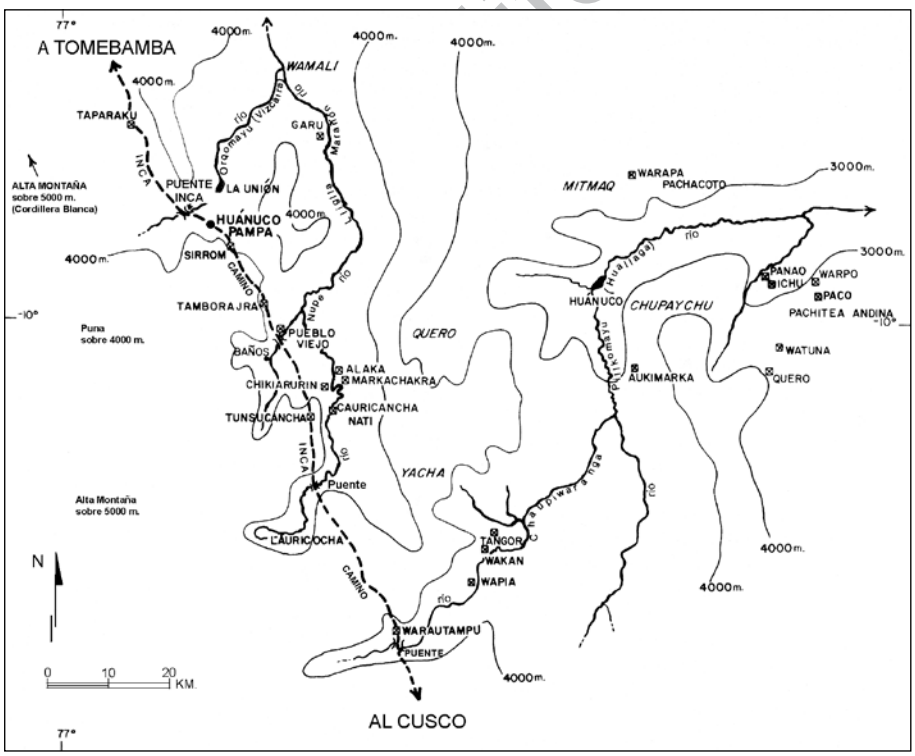


Fig. 514 – Mapa de la región donde se ubica Huánuco Pampa (redibujado de Morris y Thompson 1985: fig. 4).

[21] Los españoles fundaron La Muy Noble y Real Ciudad de los Caballeros de León de Huánuco en 1539, ocupando para ello la extensa plaza de la ciudad inca. Felizmente, esta fundación no tuvo éxito y al poco tiempo (1541) la mudaron con todos sus títulos a las tierras más templadas del valle del Huallaga donde hoy día se ubica, unos sesenta kilómetros al este en línea de aire del lugar de su fundación original (Gasparini y Margolies 1977: 113-114, fig. 102; Morris y Thompson 1985: 50, 57).

tación, transformándolos en papa seca o *chuño* (Troll 1958).[22]

Las ruinas de la ciudad inca se localizan sobre una planicie elevada a una altitud de 3.800 m.sn.m. Cubren una extensión de más de 200 hectáreas, donde se pueden apreciar edificios o restos de los cimientos de estos, pudiendo contabilizarse entre 3.500 a 4.000 estructuras. Las excavaciones arqueológicas señalarían que la ciudad fue funda-

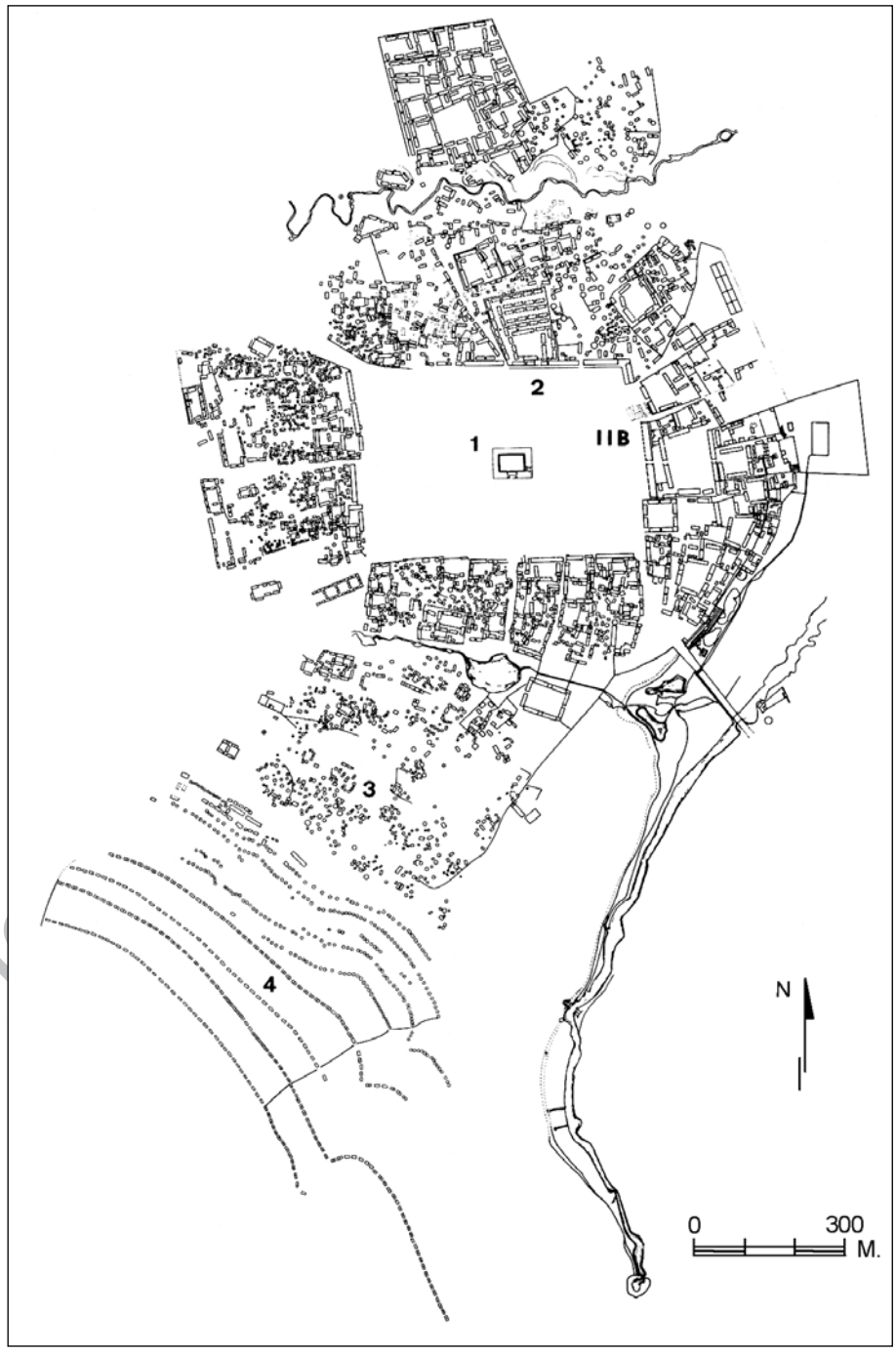


Fig. 515 – Huánuco Pampa. Plano general de la ciudad. IIB) complejo palaciego; 1) *ushnu*; 2) *aqllawasi*; 3) sector con viviendas circulares; 4) *qollqas* o depósitos (redibujado de Morris y Thompson 1985: fig. 5; Morris 1988: fig. 8.3).

[22] Troll (1958) destaca que en los Andes de puna los límites de los cultivos de tubérculos coinciden con las zonas de heladas nocturnas regulares, mientras que la situación es totalmente diferente en los norteños Andes de páramo, donde ya no se dan estas condiciones y, por lo tanto, tampoco es factible desarrollar estos procesos de deshidratación de los tubérculos. Al respecto, nos parece relevante advertir que el hecho de que Huánuco Pampa se encuentre emplazado en el límite norte de los Andes de puna y en un área de transición hacia los de páramo, podría haber reforzado la importancia logística de este establecimiento inca, en vista de que en aquellos localizados más al norte, como Cajamarca y los que le siguen en los Andes ecuatoriales ya no era posible la preparación del chuño.

da en un lugar donde no habría habido una ocupación preexistente, y se puede presumir que esta fundación se habría realizado alrededor de 1475, de modo que al momento de su abandono habría tenido tan solo unos sesenta años de desarrollo. El hecho de que se hayan encontrado edificios incompletos y en aparente proceso de construcción, indicaría que cuando la ciudad se encontraba en pleno funcionamiento aún se proseguía haciendo edificaciones, las que fueron bruscamente interrumpidas con su abandono luego de 1532 (Morris y Thompson 1985: 56). La presencia de la ciudad y sus patrones arquitectónicos son nítidamente intrusivos en la región, al igual que lo fue la cerámica inca, con relación a los patrones de asentamiento y otros aspectos culturales locales presentes antes de la llegaba de los incas y cuya continuidad persistió con pequeños cambios aun durante la época de ocupación inca (ibid.: 57).

El plano general de la ciudad presenta como elemento central una enorme plaza rectangular de 550 metros de este a oeste por 350 metros de norte a sur, comprendiendo un área de más de 19 hectáreas. El camino del Cusco hacia Cajamarca atraviesa la ciudad en sentido diagonal de sureste a noroeste, dividiéndola transversalmente en las mitades *hanan* y *hurin* que, a su vez, otras líneas diagonales que partían desde las esquinas opuestas de la plaza subdividían en cuatro sectores principales. En lo que parece haber sido un patrón radial del ordenamiento urbano, otras líneas de muros o pasajes subdividieron cada uno de estos cuatro sectores en tres subsectores, de modo que resultarían doce subsectores en total (ibid.: 72-73, fig. 11).

El sector este de la plaza es el más destacado, presentando en su frente hacia la plaza dos grandes *kallanka* de más de setenta metros de largo. Entre estas dos *kallanka* se desarrollaba un largo corredor con una secuencia de portadas trapezoidales de doble jamba, que son de las más finas y elegantes de toda la ciudad. Este corredor da acceso consecutivo a dos plazuelas interiores que corresponden a un conjunto palaciego, donde además de edificios muy elegantes se encuentran canales, reservorios y baños. Si el sector este es el más elegante, los sectores norte y sur son los más extensos. Al sur, cruzando una pequeña cañada, se encuentra la ladera de un cerro que presenta una gran cantidad de depósitos o *qollqa*, ordenados en hileras que siguen las curvas de nivel. Al sureste se encuentra el curso del torrente Wachac que proveía de agua a la ciudad. El sector oeste, si bien se enfrenta al sector este, es no solamente el más pequeño sino también el menos elaborado. Si bien se aprecia regularidad y orden en el planeamiento del conjunto de la ciudad, llama la atención la presencia de muchas estructuras cuadrangulares o circulares que parecen dispuestas al caso y sin mayor ordenamiento (ibid.: 15).

En el centro de la plaza se encuentra el *ushnu*, conformado por una plataforma rectangular de 32 por 48 metros cuyos muros están finamente labrados con bloques rectangulares que alcanzan unos

Fig. 516 – Huánuco Pampa. Vista de las *kallanka* en el lado este de la plaza. Se puede apreciar las puertas y ventanas abiertas hacia la plaza y los restos de los hastiales en sus extremos para el apoyo de los techos a dos aguas (foto cortesía Craig Morris).



Fondo Editorial PUCP

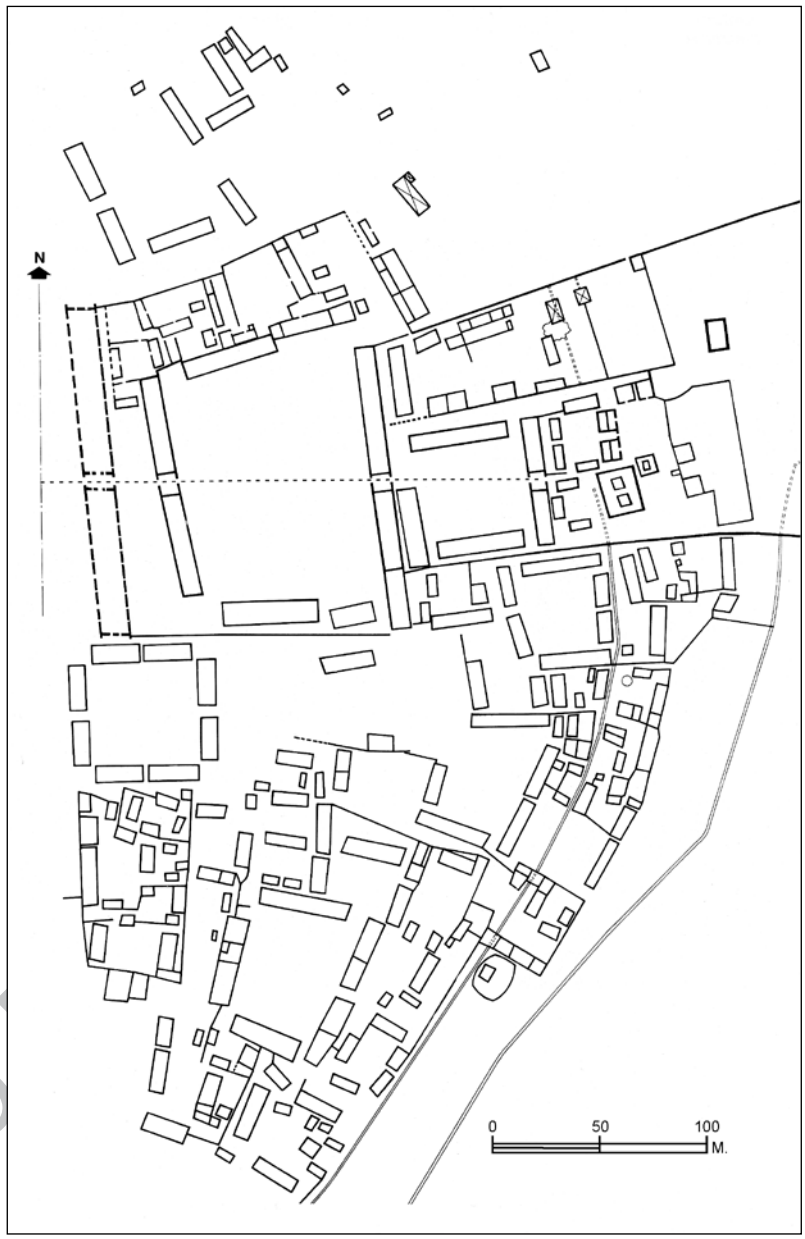


Fig. 517 – Huánuco Pampa. Plano del complejo palaciego. Nótese las dos *kallankas* frente a la plaza y la secuencia de portadas orientadas este - oeste (redibujado de Gasparini y Margolies 1977: fig. 100).

Fondo



Fig. 518 – Huánuco Pampa. Vista de la esquina suroeste de la plataforma rectangular del *ushnu* construida con cantería fina, en la que se aprecia la escalinata adosada en el lado sur (foto cortesía Craig Morris).



Fig. 519 – Huánuco Pampa. portada del complejo palaciego con doble jamba y felinos esculpidos en alto relieve. En segundo plano, se aprecia la secuencia de portadas alineadas en un eje orientado de este a oeste, cuya proyección coincide con el emplazamiento del *ushnu* en el centro de la plaza (foto cortesía Craig Morris).

3,5 metros de altura. Esta gran plataforma tiene como base dos plataformas bajas escalonadas, que aparentemente sirvieron para nivelar el terreno de la base de la plataforma principal. Sin embargo, desde el punto de vista estético, debieron servir para destacar la prominencia de la estructura y su especial integración con el espacio abierto de la plaza. Del lado sur el *ushnu* presenta el adosamiento de una amplia escalinata para ascender a la cima de la plataforma, a la que se accedía mediante dos entradas decoradas con representaciones de pumas. El área superior de la plataforma presenta un parapeto en todo su perímetro, dado que el nivel del piso se encuentra un metro por debajo de la cornisa que remata la parte superior de los muros de la plataforma (ibid.: 58-59).

Otros ejemplos de cantería fina se encuentran exclusivamente en la parte central del sector al este de la plaza. Estos forman parte de un importante conjunto arquitectónico que presenta una secuencia de ocho portadas que conectan la plaza con dos grandes patios al interior del complejo palaciego, donde se encuentran edificios especialmente bien construidos, plataformas y baños. Seis de estas portadas están elaboradas con piedras labradas y presentan la clásica forma trapezoidal y las dobles jambas características de la arquitectura inca. Estas presentan, a la altura de sus dinteles y por ambos frentes, la decoración de felinos esculpidos en alto relieve. Estas portadas tan elaboradas se encuentran alineadas perfectamente en un eje orientado de este a oeste, cuya proyección en la plaza coincide con el punto donde se ubica el *ushnu* (ibid.: 59-61, fig. 13). Este conjunto de rasgos especiales permite suponer un estrecho vínculo ritual entre el *ushnu*, las *kallankas,* que se encuentran en el frente del conjunto hacia la plaza, y los grandes patios que se encuentran dentro del mismo, así como de los edificios que los rodean. Presumiblemente este complejo principal corresponde al aposento real o palacio mencionado en las crónicas de Cieza, y debió de ser la sede del principal dignatario inca que gobernaba la ciudad y donde posiblemente se alojaba el Inca y los nobles de la corte cuando se encontraban de paso por ella.

Pero además de estos edificios, donde formalmente se asumió las técnicas y cánones de la arquitectura imperial —imitando los aparejos de cantería fina del Cusco, aunque sin tanto virtuosismo—, también hay muchos otros que posiblemente fueron construidos por mano de obra local y sin tantas exigencias de especialización. A este propósito, se puede suponer que gente de las etnias Chupaychu y Yacha, así como otras de la región, fueran convocadas mediante el sistema de *mita* para los trabajos de construcción en la ciudad. La presencia en la ciudad de cerca de mil estructuras habitacionales de planta circular, típicas de las viviendas rurales de la época, podría estar señalando los lugares de residencia temporal de estas cuadrillas de trabajadores, como también de quienes se dedicaban a otras tareas productivas y de servicios que se desarrollaban en la ciudad (ibid.: 62).

En todo caso, es relevante advertir que en estas zonas de la ciudad el rígido ordenamiento estatal y su materialización en los cánones tradicionales del urbanismo y arquitectura inca dejaba cierto margen a la iniciativa local, manifiesto en los patrones circulares de clara raigambre rural y toleraba su instalación desordenada. Es de notar que la concentración de este tipo de arquitectura «popular» se produce en el sector oeste de la ciudad, principalmente, el menos extenso y con las edificaciones de aparente menor importancia; así como en el sector sur, especialmente en su extremo sureste, donde se conecta con el sector de

Fondo Editorial PUCP

las *qollqa* dispuestas en la ladera del cerro.[23] Esta asociación espacial podría estar indicando que algunos sectores de la población pudieron estar involucrados en los trabajos que demandaban el movimiento de productos y su disposición en los almacenes. Trabajo que no debió de ser poco, ya que Morris (1981: 354) estima que estas *qollqa* tuvieron una capacidad de almacenamiento cercana a cuarenta mil metros cúbicos.

Los complejos arquitectónicos de Huánuco Pampa estaban organizados con el típico ordenamiento de las *kancha* incas, sin embargo, es de notar que sobre este modelo de ordenamiento espacial se presentan diversas variantes. El análisis de los contextos arqueológicos asociados a las estructuras arquitectónicas, combinado con el examen de las interrelaciones entre estas y sus características formales, permitió a los investigadores del sitio establecer hipótesis sobre las actividades desarrolladas en los complejos y su posible caracterización funcional (ibid.: 63).

Un complejo de características excepcionales se encuentra al centro del sector norte con frente a la plaza, donde dentro de un cercado de planta casi trapezoidal que comprende un área de unos 15.000 m^2 se edificaron 50 edificios, disponiéndolos de acuerdo a un ordenamiento que revela una rigurosa planificación (ibid.: fig. 8). Todo el recinto tiene un solo ingreso que da a la plaza. Las estructuras inmediatamente asociadas a él evidencian formas de control y restricción del acceso. Superada la zona de ingreso se presenta un gran patio rodeado por las edificaciones de mayor tamaño, que debió corresponder a la zona pública del complejo, a partir de la cual se accedía a una serie de corredores paralelos que organizaban la circulación y el acceso a las edificaciones de planta rectangular, que por su forma estandarizada y regulares dimensiones, como por los contextos asociados a ellas, permiten suponer que fueron utilizadas simultáneamente como talleres y residencias. Las características arquitectónicas del complejo, unidas a las evidencias de actividad habitacional, así como la gran cantidad de implementos asociados con la producción textil y los cientos de ollas y tinajas empleadas para cocinar y elaborar chicha, permiten deducir que se trataba de un establecimiento correspondiente a un *aqllawasi* (ibid.: 70-71), donde estaban congregadas las vírgenes del sol comprometidas en el servicio de los templos, la elaboración de alimentos y chicha para el consumo de la nobleza ciudadana y las festividades rituales, al igual que en la confección de tejidos finos que jugaban un rol económico y social de notable trascendencia en la organización del gobierno inca (Murra 1980; Rostworowski 1988).

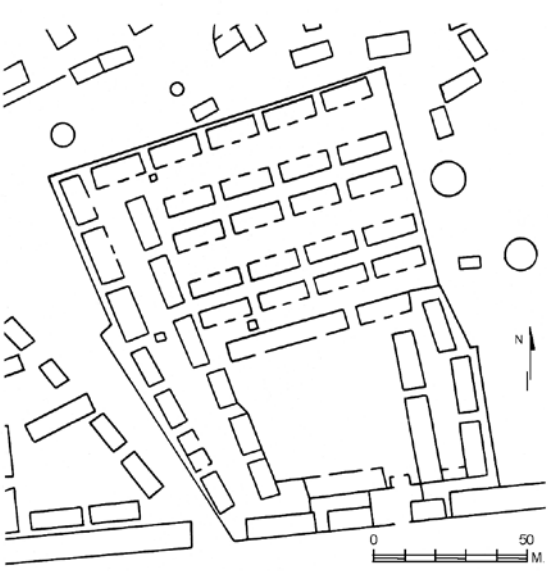


Fig. 520 – Huánuco Pampa. Plano del complejo del *aqllawasi* localizado en el lado norte de la plaza (redibujado de Gasparini y Margolies 1977: fig. 101).

En el extremo noroeste del sector norte se encuentra el mayor de los complejos arquitectónicos (VI A). Este presenta en su interior múltiples unidades del tipo *kancha* que reúnen edificios de gran tamaño alrededor de sus respectivos patios centrales. Las excavaciones arqueológicas desarrolladas en el complejo revelaron una presencia dominante de platos y una escasa presencia de ollas de cocina, de lo que se presume que la gente acantonada en esta suerte de galpones vivía y comía allí, pero donde habría sido escasa la preparación de alimentos. Por otra parte, la ausencia de implementos relacionados con la actividad textil llevaría a pensar que las personas congregadas en este complejo eran mayormente hombres (ibid.: 79). Este conjunto de datos permitiría suponer que quienes estaban alojados en él pudieron participar del régimen de la *mita*, o de la guarnición de tropas destacadas en la ciudad. Dos opciones factibles, si consideramos las reiteradas informaciones que al respecto se encuentran en las crónicas, y que obviamente debieron corresponder a determinados complejos que resolvieran la presencia de este tipo de población dentro de la ciudad.

[23] Significativamente, estos dos sectores de la ciudad corresponderían a la parte *hurin* de la misma.

Fondo Editorial F

Las referencias de los cronistas sobre la cantidad y diversidad de bienes almacenados en los depósitos, puede aproximarnos al análisis del rol que cumplieron los centenares de *qollqa* ubicadas en el lado sur de la ciudad, especialmente en lo que se refiere al soporte que brindaban a las actividades económicas y políticas que se desarrollaban teniendo como centro a la entidad urbana. A este propósito Cieza (1984: 143-144) refiere que los incas: «en más de mill y dozientas leguas que mandaron de costa, tenían sus delegados y gouernadores, y muchos aposentos y grandes depósitos llenos de todas las cosas necessarias, lo qual era para prouisión de la gente de guerra. Porque en uno de estos depósitos auía lanzas, y en otros dardos, y en otros oxotas, y en otros las demás armas que en ellos tienen. Assímismo vnos depósitos estauan proueydos de ropas ricas y otras de más bastas y otros de comida, y todo género de mantenimientos. De manera que aposentado el señor en su aposento, y alojada la gente de guerra, ninguna cosa desde la más pequeña hasta la mayor y más principal dexaua de auer, para que pudiessen ser proueydos».

Las *qollqas* de Huánuco Pampa están organizadas en hileras consecutivas siguiendo las curvas de nivel de la topografía de la ladera del cerro al sur de la ciudad. Morris y Thompson llaman la atención sobre el hecho de que las hileras bajas están compuestas por estructuras de planta circular, mientras que las hileras más altas tienen planta rectangular, lo cual indicaría que estas distintas formas de depósitos fueron construidas para almacenar diferentes productos y que estos estuvieron distribuidos en sectores distintos. La cantidad y dimensiones de estos diferentes tipos de depósitos dan una idea aproximada de su enorme capacidad de almacenamiento, que se estima en 14.000 m^3 para aquellos de planta circular y 23.000 m^3 para los de planta rectangular. Si bien se advierte que los datos recabados no son excluyentes del almacenamiento de algún otro tipo de producto no detectado, las investigaciones permitieron establecer que aquellos de planta circular habrían estado asociados al almacenamiento de granos de maíz contenidos dentro de vasijas de cerámica, cuya forma es conocida como *aribalo*; mientras que los de planta rectangular lo habrían sido consistentemente con el almacenamiento de papa. Estas cifras por separado dan idea de que el preciado maíz habría tenido una cantidad volumétricamente menor de almacenamiento, si bien su mayor valía económica así lo justificaría y explicaría también que la ubicación de sus almacenes se encontrara en inmediata proximidad con el asentamiento.

Si bien la conservación del maíz es menos exigente, ya que tanto el frío como su almacenamiento en tinajas pueden protegerlo de insectos y roedores, en el caso de los tubérculos es mucho más crítica, ya que por su alto contenido de humedad están sujetos a su germinación y al ataque de hongos y bacterias, por lo que su conservación es posible solo por un tiempo muy limitado, a menos que se cuente con sistemas de refrigeración que mantengan temperaturas entre 3 a 4º C. Lo interesante del caso es que tanto el emplazamiento en la ecología de puna, donde la temperatura media anual oscila entre 3 a 6º C, como el especial diseño de la construcción de los depósitos con muros gruesos, techos de paja con aleros sobresalientes, ventanas de ventilación, pisos con lajas de piedra y ductos en el subsuelo para su ventilación, debieron en conjunto garantizar una temperatura estable que se mantuviera en el rango ideal para prolongar al máximo el tiempo de conservación de los tubérculos frescos, es decir, cuando estos no hubieran sido previamente

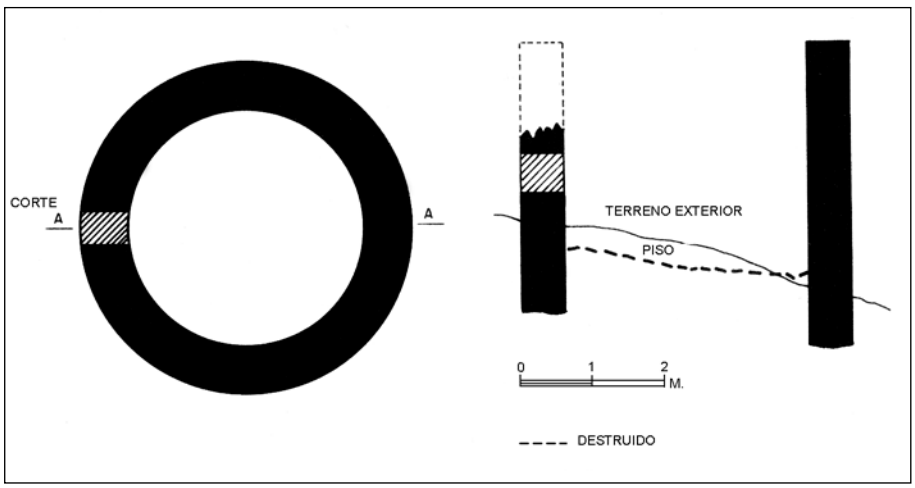


Fig. 521 – Huánuco Pampa. Plano de la estructura de una *qollqa* de planta circular (redibujado de Morris y Thompson 1985: fig. 16).

Fondo Editorial PUCP

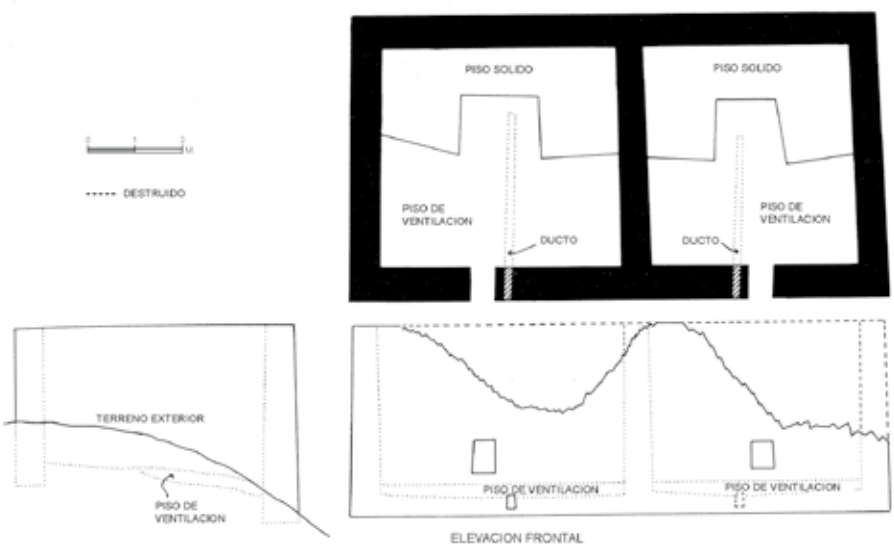


Fig. 522 – Huánuco Pampa. Plano de dos *qollqa* de planta cuadrangular en las que se observan las puertas y los ductos de ventilación en los pisos (redibujado de Morris y Thompson 1985: fig. 18).

deshidratados y transformados en otro tipo de productos, como papa seca o *chuño*. De esta manera el ambiente de puna se aprovechó como un gran refrigerador natural por presentar las condiciones ideales para la conservación de productos agrícolas, especialmente de los tubérculos. Este factor, unido a la posibilidad de deshidratar naturalmente los tubérculos en estas condiciones climáticas, debió de tener un importante peso en la elección de la localización de ciudades como Huánuco Pampa y Pumpu (Morris 1981; Morris y Thompson 1985: 97-107).

Pero no se trataba solo de desarrollar estructuras que garantizaran las temperaturas ideales para la conservación, ya que las excavaciones arqueológicas revelaron evidencias de una notable inversión de trabajo en la disposición más adecuada de los productos a conservar dentro de los depósitos. Este es el caso de la excavación del interior de una estructura de depósito, donde se halló bajo los restos del techo colapsado por incendio, evidencias carbonizadas de papas almacenadas, siendo notable la comprobación de que las papas habían sido dispuestas colocando entre ellas estratos de paja de *ichu* para mejorar sus condiciones de conservación. Estas capas de paja no estaban dispuestas al azar sino entretejidas y reforzadas con soguillas en sus bordes, formando una especie de paca o fardo. De esta manera se aseguraba el aislamiento y la ventilación entre las capas de tubérculos almacenados y se favorecía la eliminación de la humedad que hubiera afectado a los alimentos almacenados en las *qollqa* (ibid.: 19).

Pumpu

Presenta un modelo de establecimiento muy similar en su ordenamiento urbano al de Huánuco Pampa. Sin embargo, presenta también notables diferencias que expresan la aparente diversidad de soluciones que se daban ante condiciones locales distintas y las estrategias políticas específicas que el Estado inca establecía en cada región.

El sitio se localiza en las punas de Junín sobre los 4.100 m.s.n.m., en proximidad del lago de Chinchaycocha o Junín, ubicándose en su extremo septentrional y en una planicie donde se presenta la confluencia de los ríos Yawarmayo y Millwakarpa con el Upamayo, que constituye la naciente del río Mantaro como efluente del lago de Junín. Estas especiales características naturales conforman un *tinkuy*, en cuanto representa un lugar simbólico en su calidad de espacio de encuentro.[24] Por otra parte, además de las optimas condiciones que ofrecía el clima de puna para la conservación y transformación de alimentos,[25] la localización del sitio ofrece hacia el este un rápido acceso hacia las salinas de San Blas y San Pedro, así como a las yungas y ceja

[24] Es notable constatar que las características de *tinkuy* que están presentes en la traza urbana del Cusco, con la confluencia de los ríos Huatanay, Tullumayo y Chunchulmayo (Agurto 1980; 1987; Gasparini y Margolies 1977), fueron aparentemente repropuestas en el diseño urbano de otros establecimientos incas de primer nivel como Tomebamba (Hyslop 1990), Huánuco Pampa (Morris y Thompson 1985), Pumpu (Matos 1994), entre otros.

Fondo Editorial PUCP

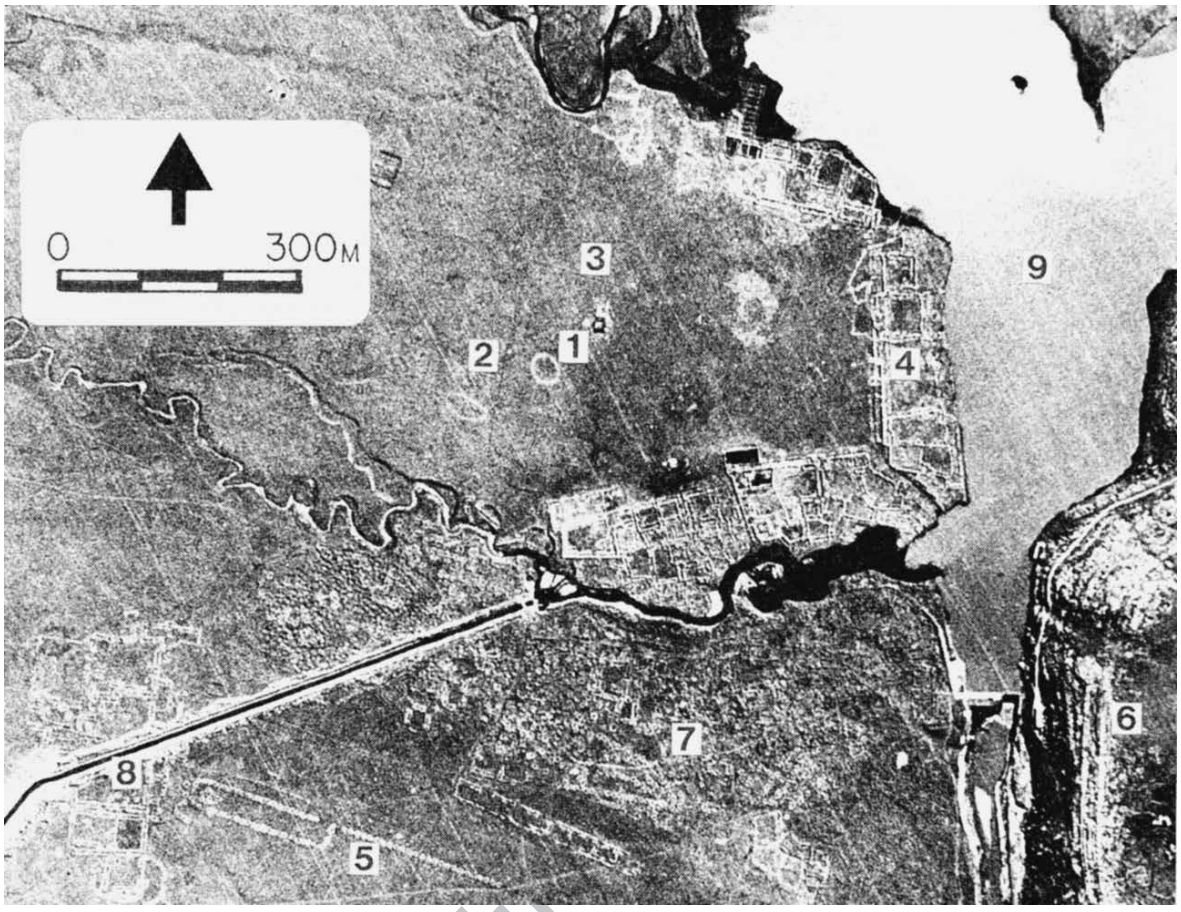


Fig. 523 – Pumpu. Foto aérea (SAN) en la que se aprecia el *ushnu* (1) al centro de la plaza (2), un canal (3) que recorre la plaza de oeste a este, para ingresar al complejo principal (4). Las *qollqa*, se ubican al sur del asentamiento (5) y sobre las laderas de un cerro al este (6). Un extenso sector con viviendas de planta circular (7) se localiza al sur, entre las *qollqa* y las estructuras ortogonales al sur de la plaza. Un canal moderno atraviesa un posible complejo militar (8) al suroeste del sitio, alimentando un reservorio (9) cuyas aguas represadas han inundado la periferia este del asentamiento (Hyslop 1990: fig. 7.12).

Fondo Editorial

de selva de Chanchamayo; las zonas quechua del valle del Mantaro al sur; las cabeceras de los valles de la costa central hacia el oeste; y los valles tributarios del Alto Huallaga hacia el norte (Matos 1994).

En Pumpu el núcleo central del asentamiento también está constituido por una enorme plaza, que en este caso asume un diseño ex profeso trapezoidal, ya que no hubo accidente geográfico alguno que condicionara adoptar esta forma en vez de una planta rectangular. La plaza está delimitada por conjuntos de edificaciones en sus lados este y sur, mientras el lado norte parece no haberse completado y el lado oeste fue dejado abierto y simplemente delineado con un pequeño bordo de tierra 25 centímetros de alto. Si asumimos que este pudiera ser el límite proyectado del lado oeste de la plaza, el área así definida alcanzaría las siguientes dimensiones: 480 metros en el frente sur, 285 metros en el este, 425 metros en el inconcluso lado norte y 395 metros en el proyectado cierre al oeste, abarcando un área de poco más de 17 hectáreas (ibid.: 205-206).

El camino inca, proveniente del Cusco y Jauja desde el sureste, cruzaba sucesivamente los ríos Upamayo y Yawarmayo mediante puentes con estribos hechos de piedra (ibid: figs. 85a y 85b), e ingresaba a la plaza formando una calle diagonal en la esquina sureste de la plaza. La proyección ideal de esta línea diagonal, posiblemente configuraba la división de la ciudad en las mitades *hanan* y *hurin*. La mitad *hanan* habría estado integrada por los sectores al norte y este de la plaza; mientras que la mitad *hurin* habría estado

[25] Según Matos (1994: 255) «El contraste entre el frío nocturno y la radiación solar diurna, fue hábilmente aprovechado para transformar los productos frescos en alimentos deshidratados, posibles de ser conservados por uno o más años, como la papa en forma de chuño, cocopa, moraya, tokush; la mashua en caya; el maíz en chochoca; el olluco en kotush; y la carne en charki, con todas sus variantes».

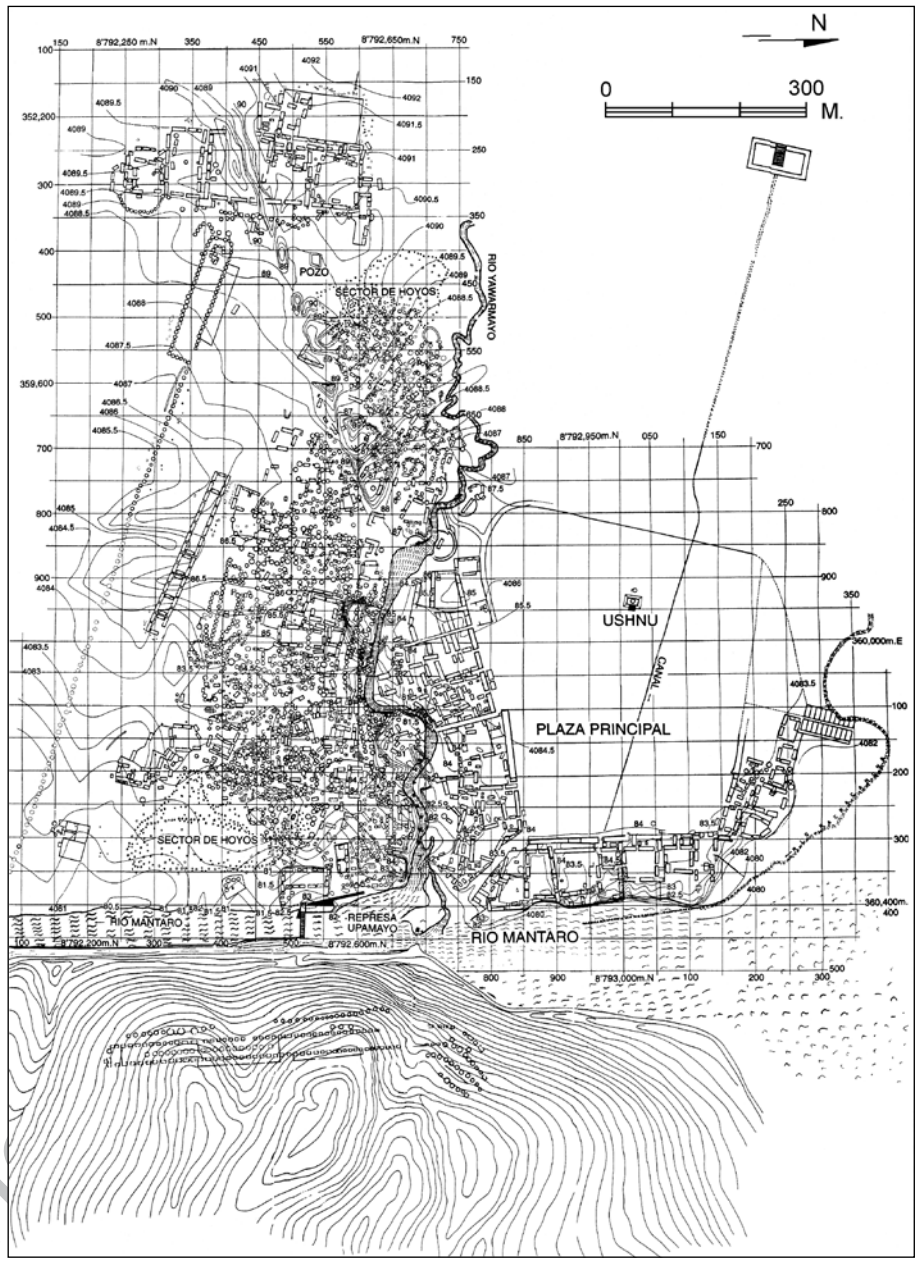


Fig. 524 – Pumpu. Plano general (redibujado de Matos 1994).

constituida solamente por el sector sur, ya que el lado oeste no presenta mayores vestigios de edificaciones. En todo caso, del examen del plano de Pumpu resulta evidente que las áreas ocupadas por las edificaciones del tipo *kancha* presentes en los sectores este y norte resultan de escasa extensión si se les compara con las construcciones formales del mismo tipo presentes del lado sur, y más si consideramos la enorme concentración de construcciones de planta circular y ordenamiento espontáneo en forma alveolar que se extienden al extremo sur de este sector, del otro lado del río Yawarmayo (ibid.: fig. 33). La extensión aproximada del asentamiento, comprendiendo el espacio abierto de la plaza, no debió de superar las cien hectáreas.

En una posición central con relación al eje mayor de la plaza trapezoidal se ubica la construcción piramidal del *ushnu*. No obstante la gran extensión de la plaza esta edificación no presenta un volumen destacado, ya que su planta tiene 25,50 metros de norte a sur, 20,50 metros de este a oeste y tan solo 2,10 metros de altura en la plataforma superior. La estructura está conformada por plataformas escalonadas y presenta una ancha escalinata de nueve metros de ancho adosada en su lado este. Existen otras construcciones asociadas a la plaza que debieron tener gran importancia ritual. Este es el caso de un reservorio de agua alimentado por un manantial que se encuentra al extremo oeste del sitio, y desde el cual se desarrolla un pequeño canal abierto que atraviesa la

plaza de oeste a este para ingresar a lo que parece haber sido el conjunto principal del sector este, culminando su recurrido en la estructura de un baño que se encuentra en un gran patio dentro de este conjunto.

No obstante que Pumpu presente un diseño claramente identificado con los modelos urbanos de los establecimientos incas de primer nivel, que como hemos visto están definidos por el desarrollo de grandes plazas con *ushnu*, delimitadas con grandes *kallankas* y complejos con unidades arquitectónicas organizadas en *kancha*, es desconcertante advertir que en todo el asentamiento no se encontró algún rastro de construcciones con cantería fina de tipo cusqueño. Esto es más notable si se observa que incluso las posibles edificaciones principales del sector este, como el propio *ushnu*, fueron construidas con piedras de campo sin cantear, mediante la técnica de pirca. Aun cuando existen ciertos vestigios de que los paramentos de estas edificaciones fueron enlucidos con barro y posiblemente tuvieron un acabado pintado, del cual no se han conservado rastros, es evidente que este tratamiento no correspondía al que usualmente recibían las edificaciones de primer nivel y de mayor importancia para los incas, por más distantes que estas se encontraran de la capital del imperio, como hemos visto antes en el caso de Ingapirca y Huánuco Pampa. De esta manera, se puede suponer que en Pumpu el diseño del asentamiento correspondió a la administración inca, mientras que su construcción habría sido realizada por mano de obra local de escasa especialización (ibid.: 89-91).

Que este tipo de tratamiento de menor calidad fuera deliberado, lo podemos constatar por el contraste que ofrecen las edificaciones de Warautambo, a tan solo ochenta kilómetros al norte del sitio, que si bien presenta una extensión mucho menor que Pumpu, exhibe edificaciones ordenadas en *kancha* con las clásicos lienzos de cantería fina, adornados con portadas y hornacinas trapezoidales, además de un *ushnu* y una estructura de baño también construidos con piedras labradas (ibid.: 106-107, 112, figs. 27a y 27b). Este caso singular denotaría que los «aposentos reales», a los cuales se refiere Cieza como prerrogativa de los principales establecimientos incas, no se encontrarían necesariamente en el principal centro urbano de la región —denominado entonces como Bombón— sino más bien en un establecimiento menor con apenas doce hectáreas de extensión, favorecido como residencia de la elite quizá por su emplazamiento en un piso ecológico más templado y con un clima menos severo.

Otro importante componente presente en Pumpu son los sistemas de almacenamiento o *qollqa.* Una agrupación de 179 depósitos se ubica en hileras sobre las faldas del cerro Shongoymarca. En el llano se ubican otros dos posibles grupos que suman unos 200 depósitos ordenados formando hileras, pero entremezclados con las viviendas que se agrupan densamente en el sector popular al sur del sitio. Finalmente se presenta una larga hilera de 168 *qollqa*, definiendo en el llano el límite sur de la periferia de la ciudad. Se han contabilizado un total aproximado de 547 estructuras de depósito, siendo la gran mayoría de las instaladas en el llano de planta circular, mientras que de las 179 *qollqa* dispuestas en la ladera del cerro 96 son de planta circular y 97 rectangulares (ibid.: 242-260). Llama también la atención de los investigadores del sitio la presencia de múltiples hoyos asociados a los barrios «populares» al sur del sitio y asociados con las márgenes de los ríos Yawarmayo y Upamayo, que por analogías etnográficas parecen haber correspondido a pozas de agua corriente, que se utilizan tradicionalmente en los procesos de deshidratación y transformación de los tubérculos de altura (ibid.: 304-310).

Al suroeste del asentamiento destaca la presencia de un gran conjunto que comprende una extensión de cerca de seis hectáreas. Está conformado por grandes unidades de *kancha*, con edificios espaciosos que parecen barracas ordenadas alrededor de patios muy amplios. Al este del conjunto se disponen en hileras 42 *qollqas*, que aparentemente surtían de alimentos y otros bienes a quienes estuvieran allí acantonados; mientras que al noroeste del conjunto se encuentra un gran recinto que podría haber sido utilizado como corral para llamas. La localización de este conjunto en la periferia del asentamiento y su relativo aislamiento con relación a otros sectores del mismo, así como los rasgos arquitectónicos que presenta, sugieren que pudo corresponder a una guarnición de carácter militar (ibid.: 231-242).

Un aspecto que llama la atención en Pumpu es la enorme concentración de estructuras que tienen en su forma y construcción una clara impronta local, y que no corresponden a los cánones arquitectónicos incas. Este extenso sector se localiza al extremo sur del asentamiento y está claramente separado de los demás sectores asociados a lo inca, en cuanto presentan una arquitectura formalmente organizada en unidades de *kancha*. Este sector sur, ubicado en la parte *hurin* de Pumpu, podría corresponder a la concentración de un gran número de tributarios en calidad de *mitayos*, es decir, pobladores de las localidades vecinas

Fondo Editorial PUCP

convocados al centro urbano para participar de una serie de procesos productivos, y cuyas zonas de residencia estaban claramente sectorizados por un límite físico muy marcado —el río Yawarmayo—. Algo similar a lo visto en Huánuco Pampa, pero en proporciones mucho mayores, ya que en Pumpu el número de estructuras circulares resulta ampliamente dominante con relación a la cantidad total de estructuras presentes en el asentamiento. De modo que el peso de la dimensión «popular» debió ser mucho más gravitante en Pumpu. Este aspecto quizá explicaría el tratamiento generalizado de menor calidad en sus edificaciones, aun cuando se trata de la arquitectura ritual y de los conjuntos principales establecidos alrededor de la plaza, que asumen formalmente las convenciones típicas de los patrones incaicos.

Vilcashuamán

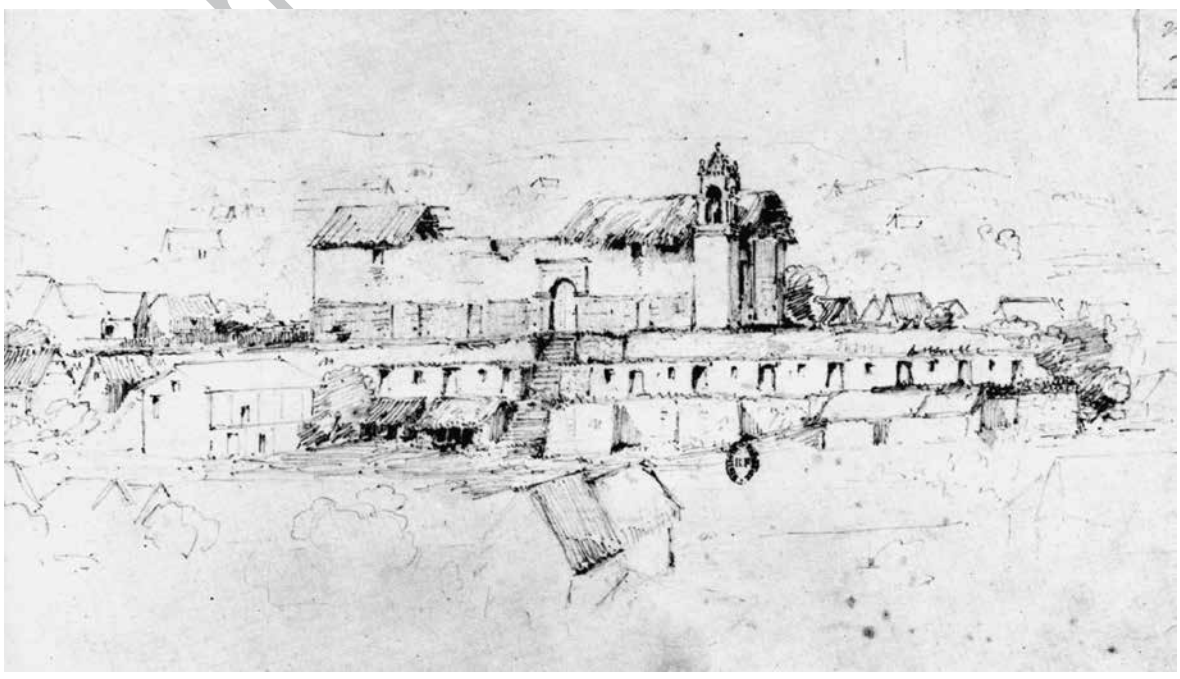
El avance inca sobre el territorio de sus legendarios rivales —los chanka— implicó la temprana fundación de una ciudad emplazada en el corazón de esta región, en un sitio que debió ser originariamente denominado Willka Waman, que en quechua significa «halcón sagrado». Las connotaciones simbólicas de este centro provincial inca y el hecho de constituirse en un lugar emblemático, enclavado en el dominado territorio chanka, podrían explicar sus singulares características.

La ciudad se encontraba en el medio del territorio ocupado por los incas, equidistante tanto de Quito como de Chile (Cieza 1984: 252), y se localizaba en un nudo de caminos en el que se entrecruzaban una serie de rutas que enlazaban tanto los valles interandinos, como estos con la costa sur central peruana, comunicándose con esta mediante uno de los principales tramos transversales del Qhapaq Ñan, que recorría desde sus alturas el valle de Pisco, enlazando importantes establecimientos incas, como Incawasi, Huaytará, Tambo Colorado y Lima la Vieja (Hyslop 1984; 1992).

La importancia de Vilcashuamán como cabecera de región es destacada con múltiples referencias de Cieza y especialmente en la sección donde describe la ciudad y abunda en detalles acerca de las características del templo del sol, del adoratorio o *ushnu*, del palacio del Inca, de los aposentos de los sacerdotes y mamaconas, que se encontraban rodeando un altozano o llano elevado, es decir, el espacio correspondiente a la gran plaza. Así también refiere la presencia de más de 700 *qollqa*, donde se almacenaba el maíz y otros abastecimientos. Proporciona también una valiosa referencia acerca de los 40 mil tributarios que prestaban servicios temporales a la ciudad, posiblemente bajo el régimen de la *mita*. También da cuenta de la rápida y devastadora destrucción a la que ha sido sometido el sitio pocos años después de la conquista española, cuando narra descarnadamente que: «Lo que ay que ver desto son los cimientos

ndo Editorial PUCP

Fig. 525 – Vilcashuamán. Dibujo de Angrand del templo inca en 1847 con la iglesia construida sobre él (Angrand 1972: lám. 237).



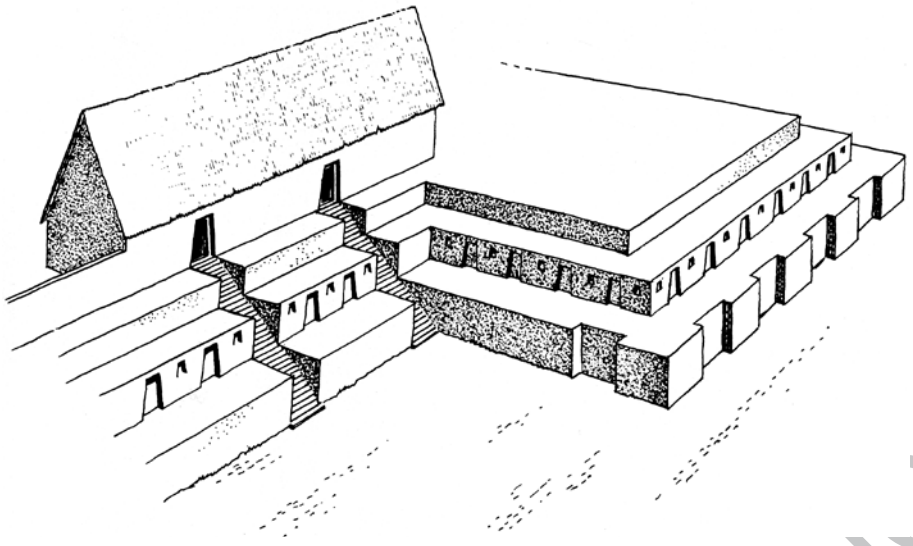


Fig. 526 – Vilcashuamán. reconstrucción hipotética del templo inka y de las terrazas con entrantes dentados y nichos (Gasparini y Margolies 1977: fig. 110).

de los edificios y las paredes y cercas de los adoratorios, y las piedras dichas, y el templo con sus gradas, aunque desbaratado y lleno de heruazales, y todos los más de los depósitos derribados: en fin fue lo que no es. Y por lo que es juzgamos lo que fue» (Cieza 1984: 252-253).

Vilcashuamán se encuentra unos 100 kilómetros al sureste de la ciudad de Huamanga, a 3.300 m.s.n.m., y emplazada sobre un terreno elevado, lo que brindaba a las edificaciones del asentamiento una posición de dominio visual con relación al paisaje circundante (González Carré *et al.* 1996). Si bien el establecimiento inca ha sido sujeto a un severo proceso de destrucción y alteración que se inició desde época colonial, en el lugar se conserva aún una de las estructuras de *ushnu* más bellas en cuanto a diseño arquitectónico y dimensiones monumentales. También se han conservado restos del conjunto correspondiente a un templo que fuera transformado en iglesia. Igualmente, otros vestigios de estructuras incas permiten establecer hipótesis acerca de la forma de la gran plaza alrededor de la cual se encontraban estos monumentos.

La plaza de Vilcahuamán ha sido fuertemente alterada por edificaciones que han ido invadien-

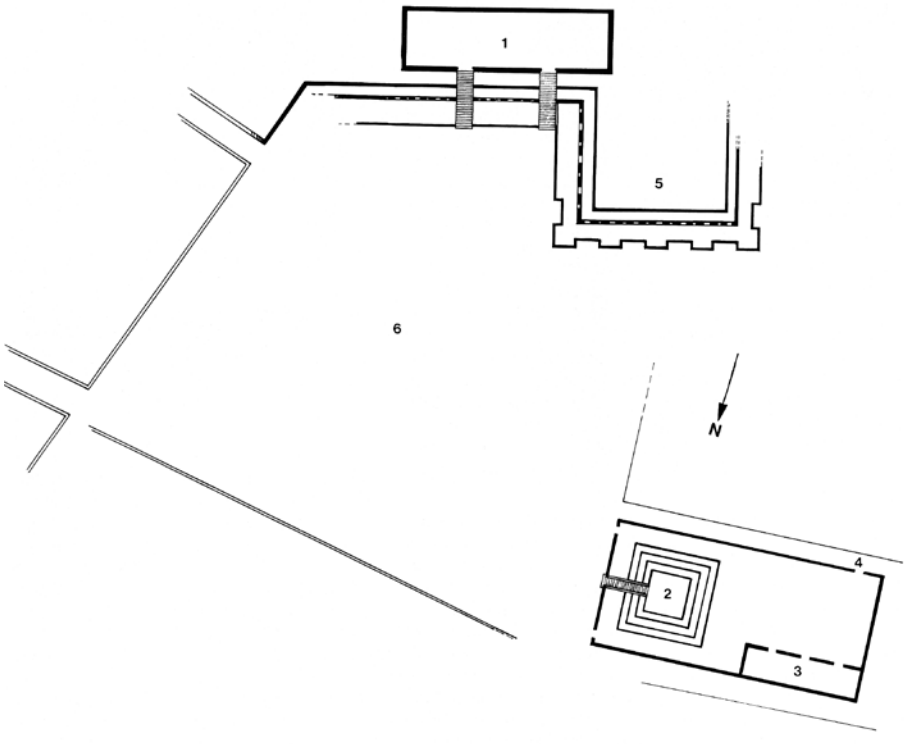


Fig. 527 – Vilcashuamán. Plano hipotético del sector central con la plaza (6) y la ubicación del templo (1); la plataforma con nichos y entrantes (5); la pirámide del *ushnu* (2) con su respectivo recinto (4) y una construcción dentro de él (3) (Gasparini y Margolies 1977: fig. 106).

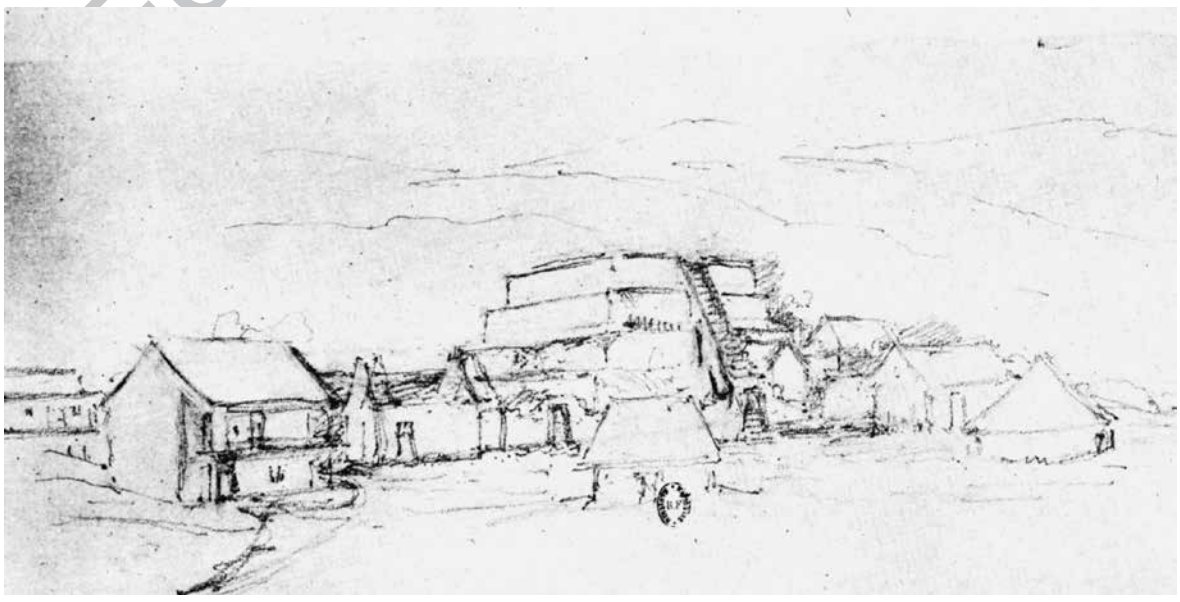
Editorial PUCP

do, desde época colonial, este gran espacio que constituía el centro de la ciudad inca. Algunos vestigios de su posible perímetro permiten suponer que la plaza tuvo una forma trapezoidal, donde el *ushnu* no se encontraba al centro, sino dispuesto en la esquina noroeste de su perímetro; mientras que el aparente templo del sol se encontraba al sur de la misma. Es interesante la referencia de Cieza (ibid.) a un canal que atravesaba la plaza y que aparentemente conducía agua a unos baños, cuando menciona que: «Por medio desta plaza passaua una gentil acequia trayda con mucho primor. Y tenían los señores sus baños secretos para ellos y para sus mugeres». Si bien el principal adoratorio o *ushnu* se encontraba dispuesto en el perímetro de la plaza, parece que existía otra estructura similar pero de menor tamaño localizada en el centro de la plaza, ya que Cieza también señala que: «En medio de la gran plaza auía otro escaño a manera de theatro, donde el señor se assentaua para ver los bayles y fiestas ordinarias» (ibid.).

El conjunto del *ushnu*, con la pirámide escalonada y el palacio atribuido a Túpac Inca Yupanqui, se encuentra al noroeste del perímetro de la plaza. El *ushnu* presenta una planta cuadrangular y está conformado por cuatro plataformas escalonadas, si bien un examen más exhaustivo revelaría que en realidad se trata de una secuencia de plataformas dispuestas formando una suerte de espiral cuadrangular. Los muros de contención de estas plataformas están elaborados con cantería fina, mientras que el volumen fue realizado con un relleno constructivo de piedras y barro (González Carré *et al.* 1996). Una escalinata adosada en el frente del lado este de la pirámide permitía el ascenso hacia la cima, donde se encuentra un gran bloque de piedra labrado en forma de doble trono. La pirámide del *ushnu* se encontraba dentro de un conjunto cercado de planta trapezoidal, al que se accedía mediante portadas monumentales de doble jamba y sección trapezoidal, dispuestas en el frente este del recinto. Una de las portadas que aún se conserva corresponde al acceso central, asociado a la escalinata del *ushnu*, mientras que vestigios de una segunda portada se encuentran en proximidad de la esquina sureste del conjunto. Presumiendo que el recinto y sus ingresos hubieran tenido una organización simétrica, se puede suponer la existencia una tercera portada en proximidad de la esquina noreste (Gasparini y Margolies 1977: 280- 285).

Al oeste y detrás del *ushnu* se encuentran restos de una edificación de planta rectangular alargada, que las crónicas y la tradición asignan al palacio de Túpac Inca Yupanqui. Cieza (1984: 252) refiere precisamente que: «A las espaldas deste adoratorio estauan los palacios de Topaynga Yupangue, y otros aposentos grandes y muchos depósitos […]». Esta estructura parece corresponder a una *kallanka*, tanto por sus dimensiones como por presentar las puertas hacia un patio interior. Las posteriores investigaciones desarrolladas en el conjunto han revelado la presencia de cimientos de otra estructura de planta similar, por lo que se puede suponer que estas dos estructuras dentro del conjunto del *ushnu* estuvieron dispuestas de forma simétrica, frente a frente con relación al patio, en un ordena-

Fig. 528 – Vilcashuamán. Apunte de Angrand del *ushnu* en 1847 (Angrand 1972: lám. 238).



Fondo Editorial PUCP

miento propio de una *kancha* (González Carré *et al.* 1996).

Cieza (ibid.) refiere que: «El templo del sol fue grande y muy labrado...que era hecho de piedra assentada una en otra muy primamente, tenía dos portadas grandes: para yr a ellos auía dos escaleras de piedra, que tenían a mi cuenta treynta gradas cada una. Dentro deste templo auía aposentos para los sacerdotes, y para los que mirauan las mugeres mamaconas […]». Efectivamente, aún se conservan algunos de los rasgos referidos en las estructuras monumentales correspondientes al templo del sol. Este conjunto se encuentra al sur del perímetro de la plaza, sobre un terraplén elevado conformado por tres plataformas escalonadas. Los muros de contención de estas terrazas fueron construidos con la clásica cantería cusqueña, donde parte de la primera plataforma presenta un trazo dentado, logrado mediante el diseño de entrantes y salientes; mientras el paramento de la segunda plataforma luce grandes hornacinas trapezoidales alternadas con pequeños nichos; y finalmente la tercera plataforma habría tenido el paramento llano. Sobre la plataforma superior, los muros y portada de la iglesia muestran la reutilización de las estructuras del templo inca (Gasparini y Margolies 1977: 117-123). Se supone que formaron parte de este conjunto ceremonial otras edificaciones correspondientes a los aposentos de los sacerdotes y a un *aqllawasi*, a los que el cronista hace referencia.

Algunos asentamientos costeños incas

Además de los principales centros urbanos costeños donde se documenta la presencia inca, asociada a remodelaciones y a la construcción puntual de algunas importantes edificaciones —como es el caso de Túcume, Pachacamac, La

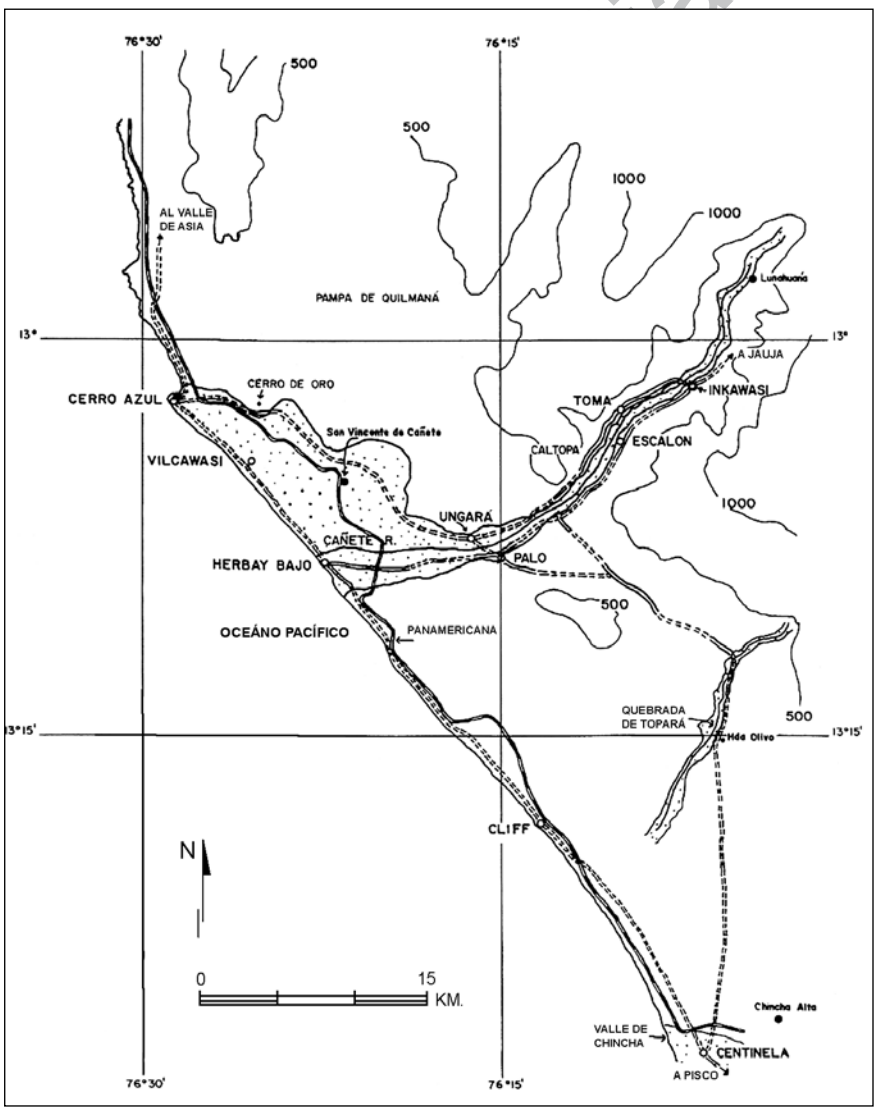


Fig. 529 – Mapa del valle de Cañete con la ubicación de Inkawasi, Ungará, Cerro Azul y el camino inca (redibujado de Hyslop 1984: fig. 61).

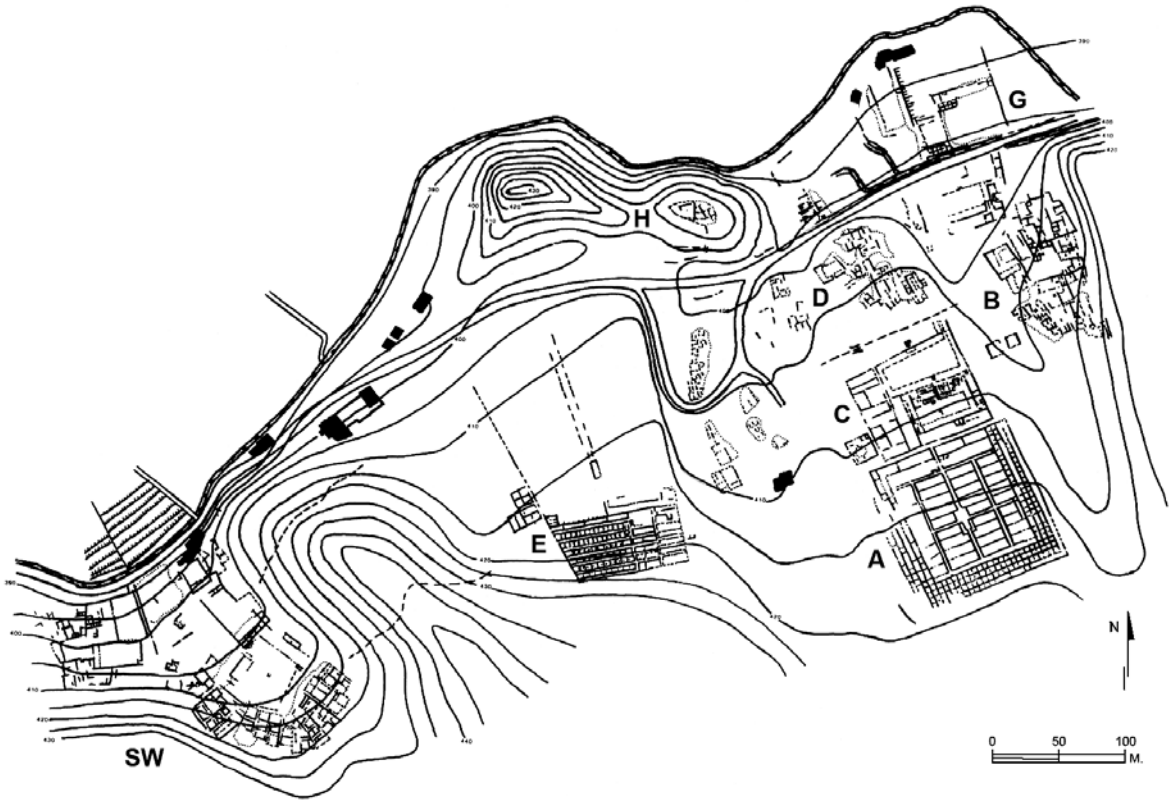


Fig. 530 – Inkawasi. Plano general (redibujado de Hyslop 1985: fig. 75).

Fondo Editorial

Centinela de Tambo de Mora, por citar los sitios más destacados ya tratados en el capítulo anterior—, existen solo algunos pocos casos de establecimientos incas instalados en la costa, que puedan ser considerados netamente intrusivos y de clara filiación inca, motivo por el cual su estudio reviste un carácter trascendente. Entre estos destacan Inkawasi en el valle de Cañete, Tambo Colorado en el valle de Pisco y Paredones en el valle de Nazca.

Inkawasi

Este sitio inca está localizado cerca de Lunahuaná en el valle de Cañete, a unos 400 m.s.n.m., en un piso ecológico que corresponde a lo que se conoce como *chaupiyunga*, a unos 35 kilómetros del litoral y en una zona donde el valle se encuentra encajonado entre cerros, a unos 13 kilómetros al este del punto donde comienza a formarse el amplio delta agrícola del fértil valle de Cañete (Hyslop 1985: fig. 2). Inkawasi reviste una especial importancia por estar estrechamente ligado a las campañas de conquista del Inca Tupac Yupanqui contra los señoríos de esta área de la costa sur central, y específicamente del señorío de Huarco, que ejercía sus dominios en el valle bajo de Cañete y que opuso una tenaz resistencia a la imposición del dominio inca (Rostworowski 1978-1980).

A este propósito Cieza (1984: 217) refiere que: «Y que como los Ingas viniessen conquistando y haziéndose señores de todo lo que vían: no queriendo estos naturales quedar por sus vasallos […] sostuvieron la guerra, y la mantuuieron con no menos ánimo que virtud más tiempo de quatro años[…] Y como la porfía durasse, no embargante que el Inga se retiraua los veranos al Cuzco por causa del calor, sus gentes tractaron la guerra: que por ser larga, y el rey Inga auer tomado voluntad de la llegar al cabo: abaxando con la nobleza del Cuzco edificó otra nueva ciudad, a la cual nombró Cuzco, como a su principal assiento. Y quentan assimismo, que mandó que los barrios y collados tuuiessen los nombre propios que tenían los del Cuzco».

Precisamente, para conocer en qué medida este «nuevo Cusco» se asemejaba a la capital imperial y cuáles eran las especiales características de este establecimiento, John Hyslop (1985) emprendió una minuciosa investigación que nos ha servido de valiosa referencia.

El asentamiento se extiende por más de un kilómetro a lo largo de la margen izquierda del valle de Cañete, y los diferentes sectores que lo

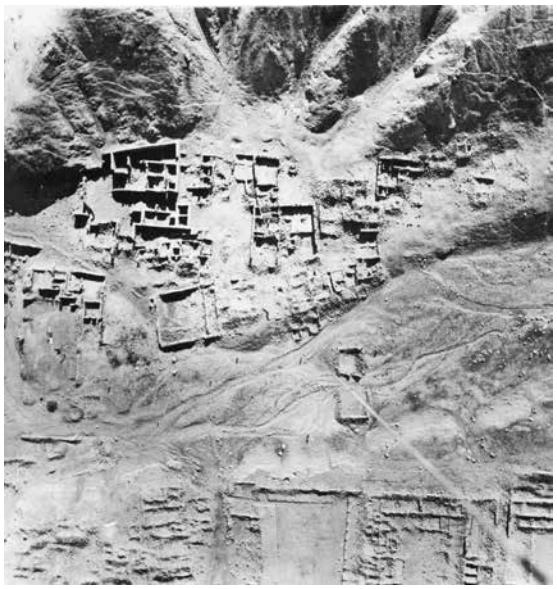


Fig. 531 – Inkawasi. Vista aérea del sector B de aparente función residencial, tomada desde un globo (foto cortesía J. Hyslop).

componen están emplazados sobre las terrazas aluviales de una quebrada lateral al valle y las laderas áridas que se encuentran por encima de las tierras de cultivo. El sitio está conformado por distintos sectores, separados entre sí por la presencia de escorrentías de huaycos que descienden de la quebrada, las irregularidades del terreno y la presencia de promontorios rocosos.

Al extremo este del sitio se encuentra el Sector B, que corresponde a la concentración de algunos conjuntos de aparente carácter residencial. Los rasgos arquitectónicos registrados en los edificios de algunos de estos conjuntos —como es el caso del Conjunto 2—, donde se aprecia la presencia de poyos, nichos y ventanas, confirmarían su función residencial; mientras que su diseño ordenado, la elegancia de sus habitaciones y sus buenos acabados, sugeriría que correspondieron a residencias de elite o aposentos reales. Si bien se sugiere también que algunos de estos conjuntos —como el Conjunto 1— pudieron corresponder a una función ceremonial (ibid.: 17-19, fig. 7).

A propósito del diseño de estos conjuntos, nos parece importante señalar un aspecto que llama la atención: ninguna de estas edificaciones, tanto en este sector como en los demás de Inkawasi, exhibe una organización espacial propia de la arquitectura de las típicas *kancha* inca. Hyslop (ibid: 76) advirtió esta aparente paradoja, en el sentido que todo presupondría que en un establecimiento de carácter militar edificado por el Estado inca en un breve período de tiempo, las posibles influencias locales en el diseño y construcción de su arquitectura deberían ser escasas. Sin embargo, se observa que no solamente la construcción de los muros de los edificios fue hecha con la técnica de *pirca* con piedras y barro, principalmente, sino también se advierte que el diseño de la propia arquitectura, con el desarrollo de cuartos aglutinados e intercomunicados entre sí, corresponden a las tradiciones arquitectónicas costeñas de la época.

Estos datos sugieren que no solo se dispuso de mano de obra local para la construcción de las edificaciones, sino también que se habría dejado un margen relativamente amplio como para que patrones de diseño local se aplicaran en el arreglo arquitectónico de los conjuntos. Una hipótesis explicativa de esta aparente paradoja podría derivar del hecho de que los incas tuvieron como



Fig. 532 – Inkawasi. Vista panorámica del sector B, donde se aprecia unidades residenciales dotadas de puertas y hornacinas (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUCP



Fig. 533 – Inkawasi. Detalle del interior de un ambiente de una posible unidad residencial del sector B, donde se aprecia una ordenada disposición alterna de ventanas y hornacinas trapezoidales (foto: J. Canziani).

aliados frente a la resistencia de Huarco, al señorío de Chincha, al curacazgo de Coayllo del valle de Asia y posiblemente al propio señorío de Lunahuaná que ocupaba la parte alta del valle de Cañete (Rostworowski 1978-1980). De modo que el Estado inca podría haber movilizado en la edificación de Inkawasi a contingentes de mano de obra y constructores provenientes de estos valles vecinos y del propio valle de Cañete, para ponerlos a disposición de los arquitectos incas a cargo del planeamiento general del sitio.[26]

Al sur del Sector B, e internándose en la planicie central de la quebrada, se encuentra un gran complejo de trazo ortogonal denominado Sector A, que aparentemente estuvo destinado a servir de centro de almacenamiento (Hyslop 1985: 14-17, fig. 6). Este complejo cercado, cuyo plano evidencia haber sido planificado, tiene una planta cuadrangular de 110 metros de lado, con un solo ingreso del lado norte. Los lados este, sur y oeste presentan de tres a cuatro hileras paralelas de cubículos cuadrangulares, de 3,5 a 4,5 metros de lado y de unos 2 metros de altura (ibid: 98-103). Las características morfológicas de estas estructuras que carecen de vanos permiten suponer que correspondían a *qollqa* o almacenes techados a los que se accedía desde arriba. Debido a la destrucción parcial de ciertos sectores del

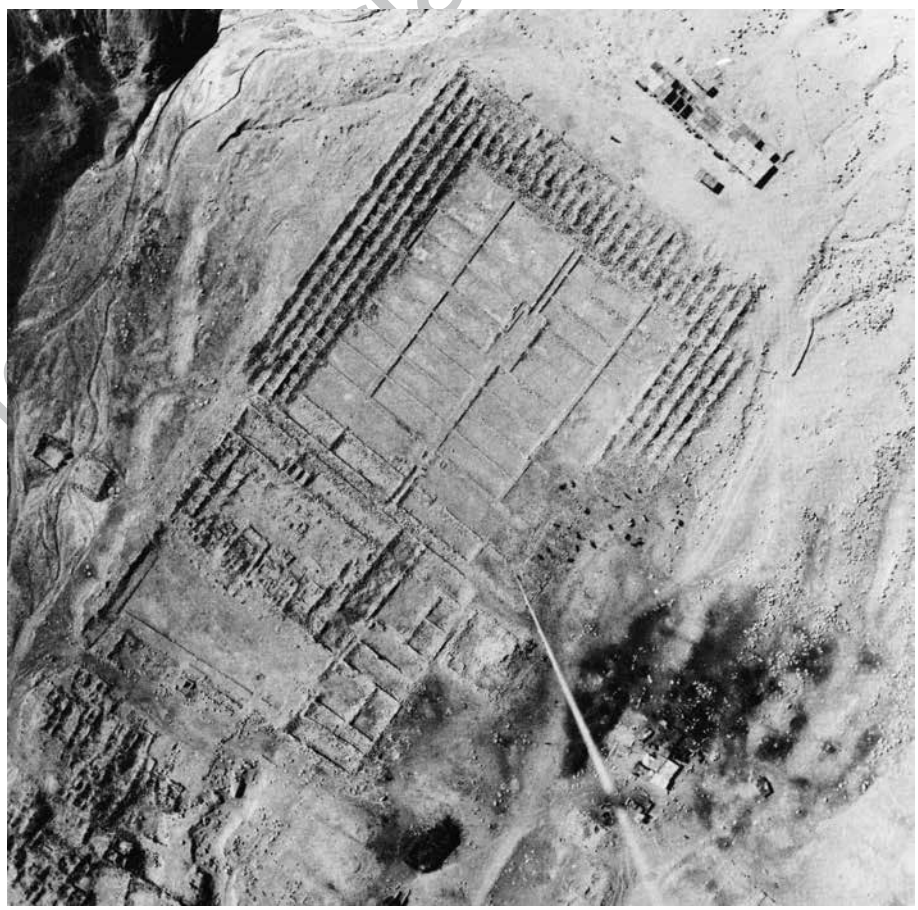


Fig. 534 – Inkawasi. Vista aérea de los sectores A y C, correspondientes al complejo de *qollqa*, tomada desde un globo (foto cortesía J. Hyslop).

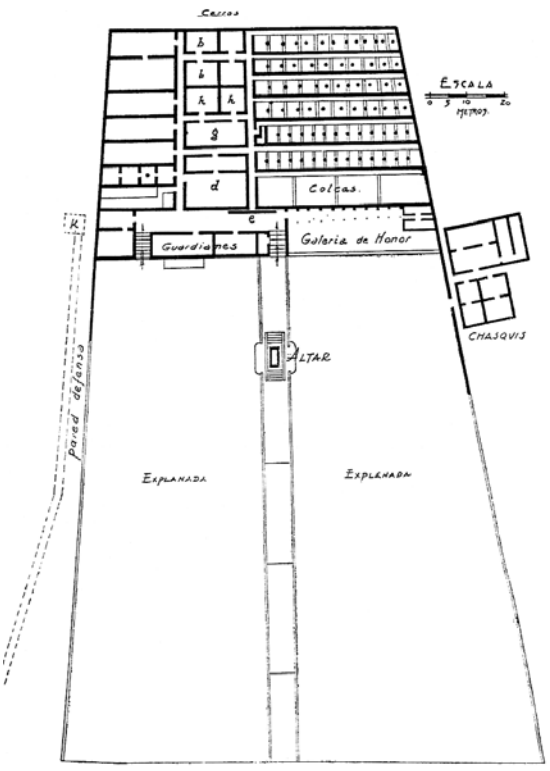
[26] El hecho de que Inkawasi se construyera con la técnica de pirca, propia de las tradiciones constructivas preincas de las poblaciones rurales de la *chaupiyunga* y no con la técnica del tapial o adobón, empleada ampliamente en la construcción de los edificios públicos y residenciales de los valles costeños, podría señalar que las poblaciones convocadas para la edificación de este lugar habrían provenido de las partes correspondientes a la *chaupiyunga* de estos valles.

Fondo Editorial PUCP

complejo no se puede establecer con precisión el número exacto de cubículos, aun cuando se puede estimar que estos podrían haber sumado de 200 a 250 unidades, con una capacidad de almacenamiento de unos 6.400 m^3. Estas hileras de cubículos cuadrangulares, dispuestas en el perímetro de la edificación, rodean el área central del complejo donde se presenta un conjunto de 42 compartimientos rectangulares, separados entre sí por muros bajos de no más de 75 centímetros de alto, los que a su vez operan como veredas de circulación de uno a tres metros de ancho. Como parte del rígido arreglo simétrico de todo el conjunto se construyó una plataforma al centro de todo el complejo.

Una reconstrucción hipotética del funcionamiento del edificio permite suponer que los compartimientos rectangulares dispuestos al centro del complejo posiblemente no estuvieron techados y habrían servido como una suerte de tendales para preparar, secar, acomodar y contabilizar los productos que ingresaban o se despachaban desde los depósitos. La plataforma central podría haber servido como lugar de instalación de los funcionarios a cargo de la administración y supervisión del movimiento de bienes del complejo; mientras que las veredas debieron permitir la circulación de quienes movilizaban los productos entre los tendales. El hecho de registrarse escalinatas adosadas al perímetro de los cubículos y en la terminación de algunas de las veredas permite suponer que estas servían para ascender a la parte superior de los muros de los cubículos y desplazarse entre ellos para depositar o retirar los productos almacenados (ibid.: 17).

Fig. 535 – Inkawasi. Plano del sector E según Harth Terré (1933).



Inmediatamente al norte del complejo de almacenamiento, y separado de este por un corredor de cuatro metros de ancho, se desarrolla otro conjunto denominado Sector C, cuya forma de planeamiento permite afirmar que se trataba de un complemento del complejo de las *qollqas* del Sector A y seguramente concebido como parte integrante de este, dado que comparte la orientación de la traza y ejes de muros. Este complejo planificado está conformado por una serie de recintos rectangulares que rodean una pequeña plaza trapezoidal y que —tanto por su ubicación como por la presencia en él de enterramientos— Hyslop (ibid.: 19) supone que pudo contener un templo.

En todo caso, fuese o no de carácter ceremonial este complejo, una serie de rasgos indicarían que estuvo estrechamente asociado a la administración del complejo de las *qollqa*, posiblemente sirviendo de marco a las actividades públicas que se derivaban de ello. Es de destacar que la plaza trapezoidal estaba bordeada por una banqueta perimétrica y que su lado sur —que corresponde a la fachada principal de las edificaciones del complejo— habría estado dotada de una galería techada. Esto se infiere de la presencia de una hilera formada por los restos de las bases de veinte columnas hechas de piedra y barro; asimismo, en un patio interior se observa la presencia de una banqueta perimetral y rastros de una posible galería en sus lados sur y este, que habría sido soportada con pilares cuadrangulares de piedra y barro (ibid.: 109-111).

Más al norte y al oeste de este conjunto se encuentra el Sector D, compuesto por aglomeraciones de estructuras dispuestas irregularmente. La ausencia de planeamiento de este sector y la escasa calidad de sus edificaciones indicarían que en él debieron de alojarse sectores populares o dependientes. Por otra parte, la abundante evidencia de actividades asociadas con la preparación de alimentos, así como la presencia de uno de los pocos basurales registrados en el sitio, permiten inferir que en este sector se resolvía la preparación y el servicio de alimentación a otros sectores del establecimiento e inclusive de las fuerzas acantonadas en él. En todo caso, los rasgos arquitectónicos y constructivos de este sector del establecimiento permiten suponer que estuvo ocupado por gente que no era inca (ibid.: 21).

Editorial PUCP

El sector central del asentamiento, o Sector E, está dominado por una gran plaza abierta de planta trapezoidal que tiene unos 150 metros en su eje mayor orientado de norte a sur. La posición elevada de la plaza, al estar emplazada sobre una planicie ligeramente más alta que los demás sectores, le asegura un amplio dominio visual sobre el paisaje del valle. En el eje central de la plaza existen vestigios de una calzada que culmina en una pequeña plataforma o *ushnu*, que se dispuso desplazada hacia el lado sur de la misma. Estrechamente asociado a la plaza, y compartiendo los ejes de su trazado, se desarrolla del lado sur de esta un gran complejo planificado, de planta trapezoidal y cercado por una muralla perimétrica de un metro de grosor y cuatro metros de alto. El complejo, que contiene cerca de 96 recintos o cubículos, está interiormente dividido en dos subsectores separados por un corredor, cuyo eje coincide con la ubicación de la puerta principal de acceso al recinto con el vano trapezoidal y una puerta secundaria, ambas con claras evidencias de haber sido tapiadas, sellando así el único acceso al complejo (ibid.: 113-118).[27] La prominente fachada del complejo que da hacia la plaza presenta vestigios de pintura y de bases de pilares cuadrangulares, lo que permite suponer la existencia de una galería techada a lo largo de esta (Harth-Terré 1933: figs. 5 y 8).

El subsector del lado este del complejo presenta hileras de grandes recintos rectangulares, separadas entre sí por corredores paralelos que parten del corredor principal; mientras el subsector del lado oeste presenta siete hileras de cubículos o recintos de menor tamaño, separados igualmente por corredores paralelos, si bien en este caso se advierte la presencia de grandes columnas cilíndricas, lo que permite inferir la presencia de techos de cobertura. Los cubículos están delimitados por muros bajos de un metro o menos de alto, mientras que del lado opuesto al corredor presentan muros de unos tres metros de alto, que podrían haber servido de soporte de los techos al igual que las columnas. El hecho de que la posición de las columnas no calce con la de los muros divisorios de los cubículos puede dar la impresión de que estas fueron colocadas al caso. Sin embargo, estas están dispuestas ordenadamente cada 3,20 metros, lo que permite establecer reconstructivamente que luego de que estas columnas fueran levantadas se habría procedido a la construcción de la subdivisión de los cubículos, con una modulación independiente de la de las columnas.

En nuestra opinión, la ausencia de puertas y de otros rasgos residenciales en estas estructuras, así como su disposición ordenada por hileras, permite postular que este complejo también habría absuelto funciones de almacenamiento, tal como



Fig. 536 – Inkawasi. Vista del sector E en la que se aprecia un corredor que da acceso a los cubículos y en primer plano una de las columnas (foto: J. Canziani).

[27] Además de las evidencias que señalan una breve ocupación del sitio, estas puertas tapiadas podrían representar uno de los escasos testimonios de lo señalado en las crónicas, cuando refieren que luego de la victoria sobre los Huarco el Inca «[…] mandó ruynar el nuevo Cuzco que se avía hecho y con toda su jente dio la buelta para la ciudad del Cuzco[…]» (Cieza 1985: 175).

Fondo Editorial PUCP

fue propuesto por Hyslop (ibid.: 24) entre distintas opciones funcionales. Las diferentes formas y medidas que presentan los cubículos de cada una de las hileras apuntarían hacia el almacenamiento ordenado de bienes diversos, dispuestos en distintos tipos de cubículos de acuerdo a su género. Podría parecer excesiva la presencia de dos grandes complejos de almacenamiento en el sitio, pero este no es el caso si se considera que Inkawasi era un establecimiento básicamente militar, donde no solo se debían almacenar las vituallas para la alimentación de las tropas acantonadas, sino también, como señala Cieza (1984: 143-144), se requerían «[…] grandes depósitos llenos de todas las cosas necessarias, lo qual era para prouisión de la gente de guerra. Porque en uno de estos depósitos auía lanzas, y en otros dardos, y en otros oxotas, y en otros las demás armas que en ellos tienen. Assímismo vnos depósitos estauan proueydos de ropas ricas y otras de más bastas y otros de comida, y todo género de mantenimientos». De acuerdo a esta descripción, y a las características que exhiben los complejos de los sectores A y E, se podría postular la hipótesis de que en Inkawasi se habría desarrollado un sistema diversificado de almacenamiento, donde el primer complejo de *qollqas* podría haber funcionado para el almacenamiento de productos alimenticios; mientras que el segundo complejo en el sector E podría haber estado destinado al depósito de armas y la vestimenta necesaria para la gente de guerra a la cual alude Cieza.

Otro importante sector del asentamiento se da en una pequeña quebrada ubicada en el extremo suroeste del sitio, que está separada del sector central por la intrusión de una escarpa del cerro que se proyecta hacia el valle. En esta zona relativamente aislada, denominada Sector F, se desarrollaron otros conjuntos aparentemente residenciales. En la parte baja de este sector los edificios se organizan a los lados de grandes patios y algunos de sus paramentos exhiben nichos ornamentales. En la parte alta de este sector destaca un conjunto que forma una suerte de anfiteatro, ya que los edificios han sido organizados en catorce bloques distintos, dispuestos de forma radial alrededor de una plaza cuadrangular y teniendo como centro una pequeña plataforma que parece corresponder a un *ushnu*. Los edificios de los bloques están separados entre sí por muros o corredores que permiten el acceso a estos desde la plaza y su arquitectura exhibe vestigios de pintu-

Editorial PUCP



Fig. 537 – Inkawasi. Vista aérea del sector sur oeste, tomada desde un globo (foto cortesía J. Hyslop).

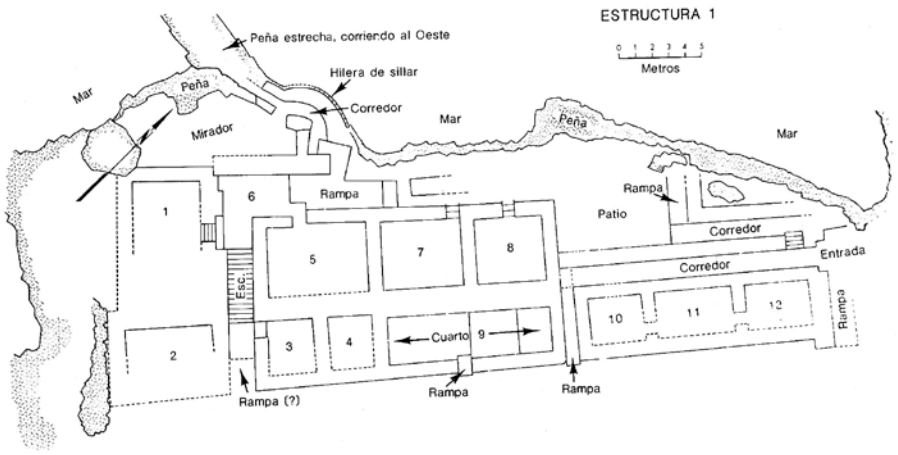


Fig. 538 – Cerro Azul. Plano de la Estructura 1 (Markus *et al.* 1983-1985: fig. 1).

ra mural, de pisos en doble altura soportados por vigas y rebajos en los muros, al igual que nichos y ventanas altas que ofrecen visuales panorámicas sobre el valle (ibid.: 118-123).

Finalmente, hay que señalar que si bien Inkawasi tuvo una función fundamentalmente militar, no por esto presenta mayores obras de fortificación. Estas se reducen a la construcción de un muro en el extremo sur de la quebrada y al emplazamiento de dos instalaciones de aparente control del acceso al sitio desde el valle bajo, en los sitios de Escalón y Toma, ubicados en ambas márgenes del valle unos cinco kilómetros al oeste del sitio (ibid.: 34- 45, fig. 2).

Las edificaciones de Inkawasi parecen haberse realizado con cierta rapidez y sin los cuidados que se advierten en otros complejos incas emplazados en la costa. Como ya se vio, la mayoría de los muros de los edificios fueron construidos con la técnica de *pirca*, empleando piedra de campo asentada con mortero de barro. Aparentemente, el establecimiento tuvo una vida breve y fue abandonado luego de la conquista del señorío de Huarco, así lo confirmarían algunas evidencias documentadas por Hyslop (ibid.: 116) que testimonian el tapiado de algunos de los vanos principales de acceso a uno de los conjuntos principales.

Cerro Azul

Poco después, los incas —posiblemente conmemorando su victoria y afirmando simbólicamente su presencia en el valle— edificaron un monumental adoratorio en un promontorio rocoso que domina la caleta de Cerro Azul y un asentamiento tardío que se encuentra al sur del sitio, que pudo haber sido una de las sedes principales del señorío de Huarco (Markus 2008; Rostworowski 1978-1980). Al respecto, Cieza (1984: 217) señala que el Inca luego de la victoria. «se volvió con su gente al Cuzco: perdiéndose el nombre de la nueva población que auían hecho. No embargante que por triunfo de su victoria mandó edificar en vn collado alto del valle la más agraciada y vistosa fortaleza que auía en todo el reyno del Perú, fundada sobre grandes losas quadradas, y las portadas muy bien hechas: y los recebimientos y patios grandes. De lo más alto de esta casa real



Fig. 539 – Cerro Azul. Detalle de los cimientos en el lado noreste de la Estructura 3 con sillares de cantería fina (Markus *et al.* 1983-1985: fig. 12).

Fondo Editorial PUCP

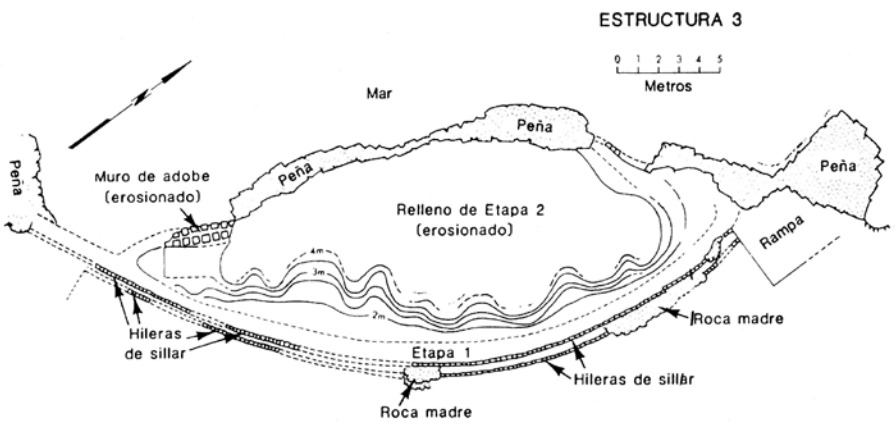


Fig. 540 – Cerro Azul. Plano de la Estructura 3 (Markus *et al.* 1983-1985: fig. 10).

abaxaba vna escalera de piedra que llegaua hasta la Mar: tanto que las mismas ondas della baten en el edificio con tan grande ímpetu y fuerza que pone gran admiración, pensar como se pudo labrar de la manera tan prima y fuerte que tiene».

Excavaciones arqueológicas conducidas en Cerro Azul se concentraron en los maltratados restos de estas edificaciones, emplazadas en la cima de dos promontorios rocosos —Cerro del Fraile y Cerro Centinela— que se proyectan al borde de los acantilados que dan hacia los rompientes del mar. Estas investigaciones han expuesto los vestigios de los recintos de estas estructuras, así como las hiladas de piedra labrada de estilo cusqueño que conformaron los cimientos de muros y plataformas. Algunas de estas plataformas evidencian muros curvilíneos, usualmente desplegados en la arquitectura ceremonial inca, y se perfilan como miradores con una perspectiva espectacular sobre el paisaje marino (Markus *et al.* 1983-1985: figs. 1 y 10).[28]

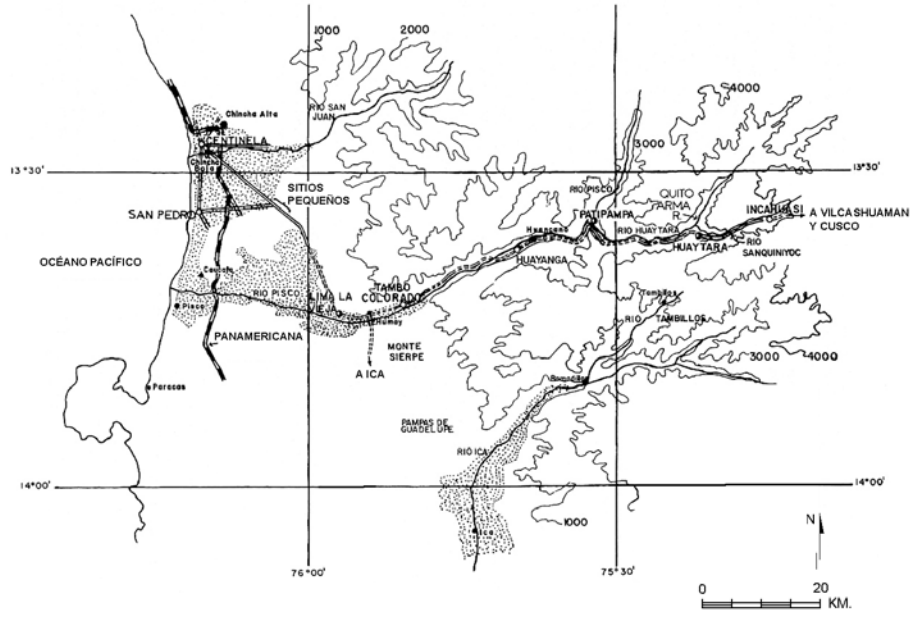


Fig. 541 – Mapa del valle de Chincha y Pisco con la ubicación de la Centinela de Tambo de Mora, Lima la Vieja, Tambo Colorado, Huaytará, Incahuasi y el camino inca (redibujado de Hyslop 1984: fig. 7.1).

[28] A propósito de la severa destrucción de la que ha sido objeto el sitio de Cerro Azul desde época colonial hasta años recientes, podría citarse en Cieza (1984: 218) una temprana y lúcida proclama conservacionista: «Y donde es esta fortaleza y lo que ha quedado de la del Cuzco [aquí se refiere a Sacsaywaman] me paresce a mí que se deuía mandar so graues penas, que los Españoles ni los Indios no acabassen de deshazerlos. Porque estos dos edificios son los que en todo el Perú parescen fuertes y más de ver: y aun andando los tiempos, podrían aprouechar para algunos efectos».

Editorial PUCP

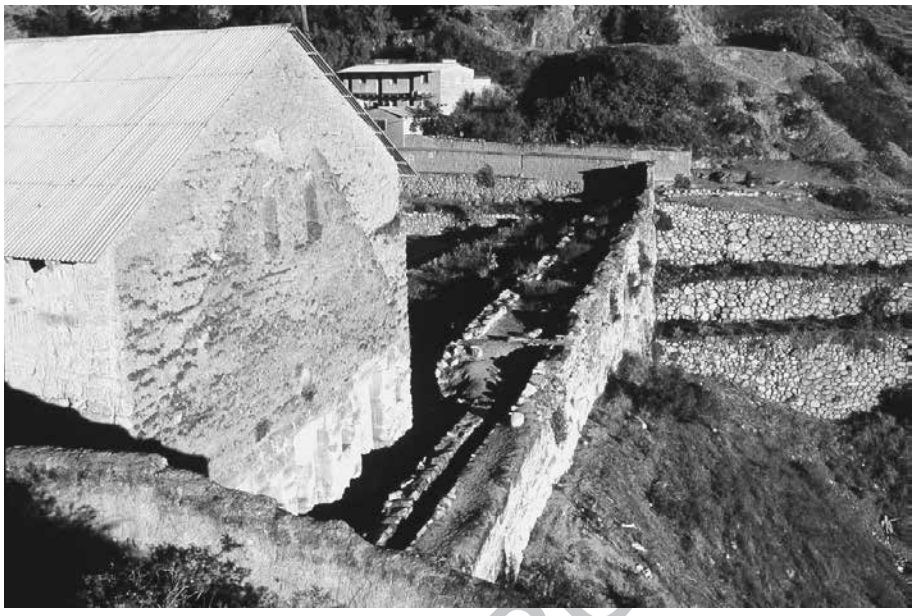


Fig. 542 – Huaytará. Vista del hastial de la iglesia donde se observa la superposición sobre el antiguo hastial del templo inca, en cuyo vértice se aprecia la impronta de las dos ventanas altas, propias de este tipo de arquitectura inca. En segundo plano se observa la secuencia de baños rituales (foto: J. Canziani).

Tambo Colorado

En una de las principales rutas transversales del Qhapaq Ñan —y en la cabecera del valle Pisco— se encuentran dos importantes establecimientos incas con edificios construidos con cantería fina: un sitio también llamado Incahuasi ubicado en un lugar próximo a las zonas de puna de la parte alta de la cuenca (3.775 m.s.n.m.) y Huaytará, localizado en un piso ecológico más templado y emplazado a unos 2.400 m.s.n.m., sobre un mirador natural que domina desde las alturas el valle alto de Pisco, donde se construyó con cantería fina uno de los edificios emblemáticos de la arquitectura inca. Este aparente templo, flanqueado por fuentes rituales, es excepcional no solo por la elegante factura de sus paramentos exteriores con hornacinas y sus singulares nichos interiores de planta triangular, sino también por conservar intactos los hastiales de adobe, lo que permite reconstruir con exactitud la forma original del edificio con sus techos a dos aguas (Gasparinini y Margolies 1977: 264-269, fig. 269).

Descendiendo el valle se encuentra el célebre sitio de Tambo Colorado, ubicado a 45 kilómetros del litoral sobre la margen derecha del valle de Pisco. Como componente central del establecimiento se desarrolla una gran plaza de planta trapezoidal, cuyo lado norte está orientado de este a oeste y coincide con la proyección del camino que atraviesa la plaza. El lado oeste de la plaza, a diferencia de los demás que están delimitados

Fig. 543 – Huaytará. Detalle de la fachada lateral que exhibe un paramento de cantería fina con hornacinas de doble jamba (foto: J. Canziani).



Fondo Editorial P

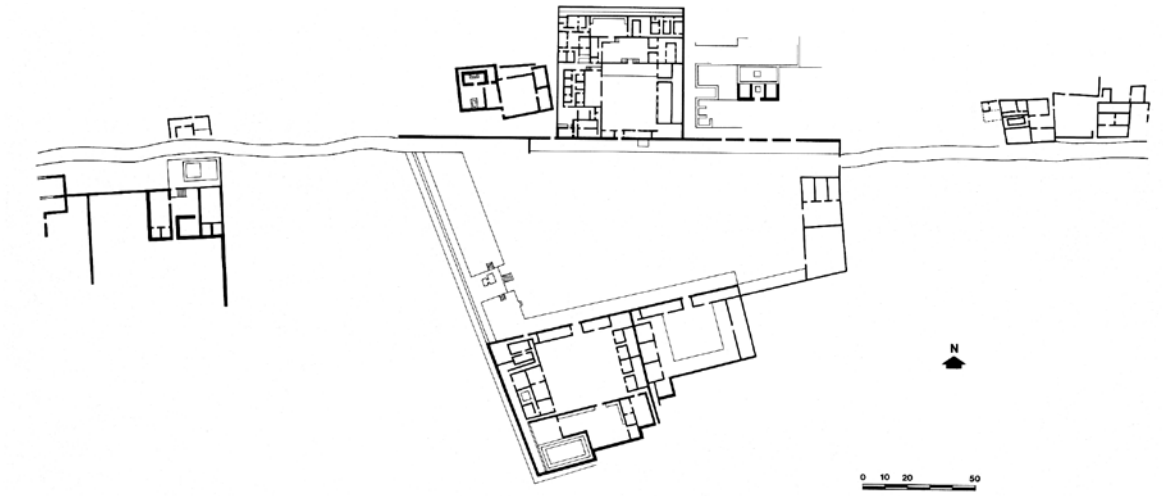


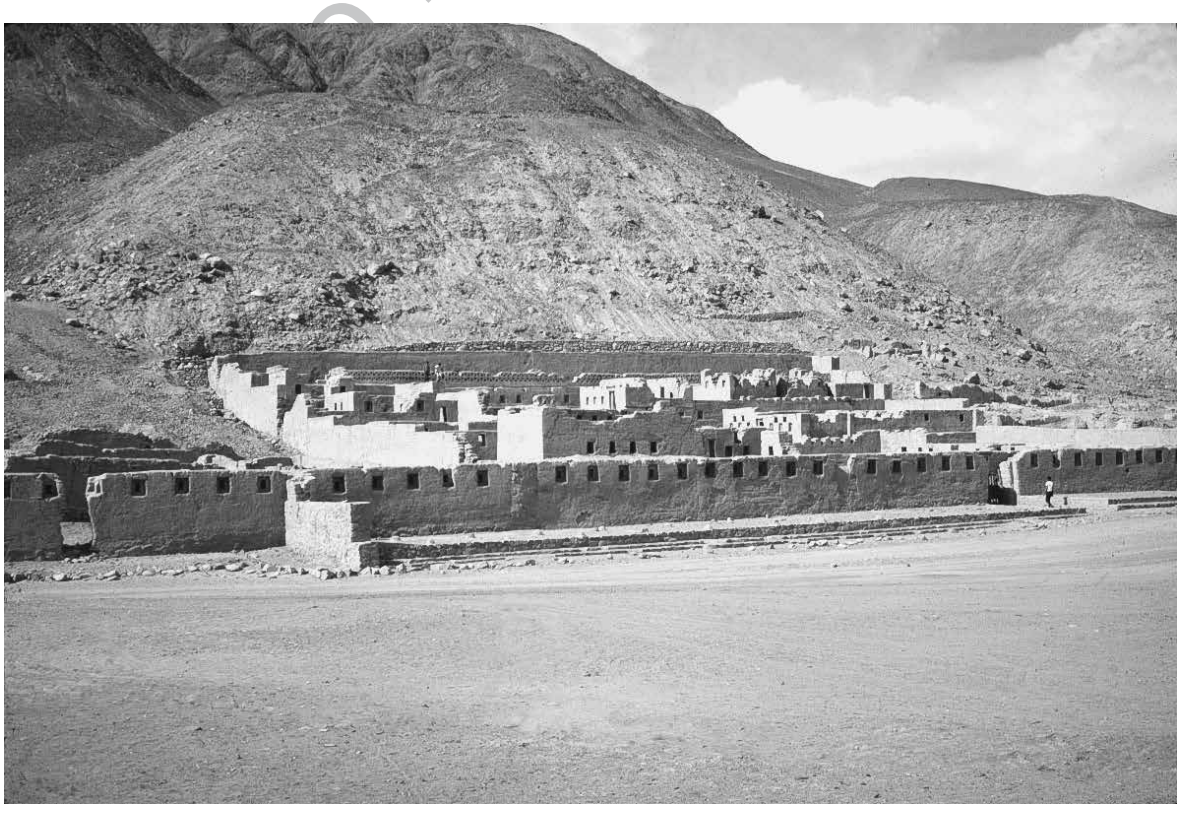
Fig. 544 – Tambo Colorado. Plano general según Harth Terré (Gasparini y Margolies 1977: fig. 121).

por los muros de los complejos que la bordean, está visualmente abierto hacia el horizonte y el paisaje del valle, ya que está delimitado a todo lo largo por una plataforma ancha de baja altura. Precisamente, en la esquina suroeste de este lado abierto de la plaza se encuentra instalado el *ushnu* ceremonial, constituido por una pequeña plataforma construida con adobes y con escalinatas en dos de sus lados.

En la organización del sitio se aprecia la definición de dos sectores principales, uno al norte y el otro al sur de la plaza. Como parte del tratamiento de integración de estos dos largos frentes con la plaza se les adosó banquetas escalonadas, mientras en el diseño de los paramentos se buscó romper la monotonía mediante la disposición ordenada y continua de hornacinas trapezoidales de doble jamba, donde la pintura mural predominante de color rojo aplicada en los paramentos —de allí el nombre de Tambo Colorado— se alterna con acentos en amarillo ocre.

El gran complejo de planta cuadrangular, que se ubica al centro del lado norte de la plaza, parece haber sido el de mayor importancia y de

Fig. 545 – Tambo Colorado. Vista panorámica del complejo palaciego desde la plaza (foto: J. Canziani).



Editorial PUCP

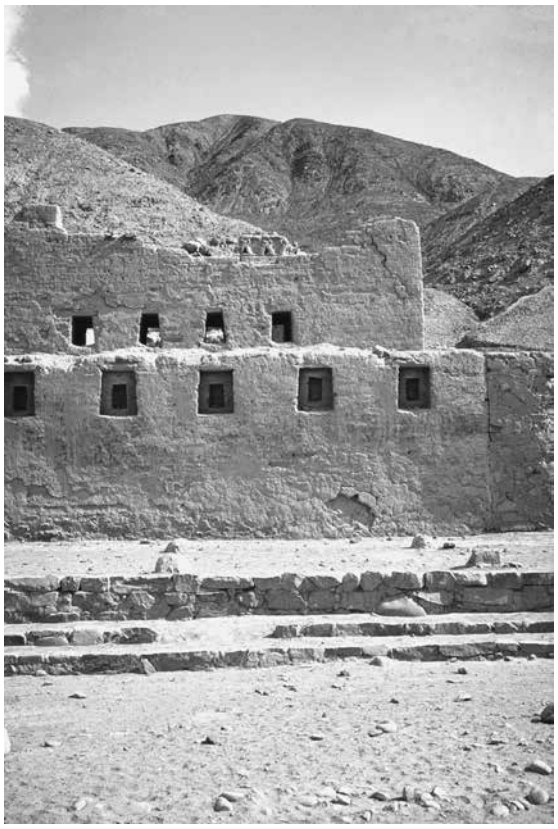


Fig. 546 – Tambo Colorado. Detalle de la fachada del complejo palaciego donde se aprecia el ordenamiento de los nichos de doble jamba pintados en rojo y amarillo ocre; en un segundo plano, un muro con ventanas; y en un tercer plano, fragmento de una cornisa con ornamentación modelada en barro (foto: J. Canziani).

debió corresponder a lo que Cieza denominaba *aposentos reales* dentro de las instalaciones del *tampu* o tambo. Este complejo presenta un ingreso central con portada trapezoidal de doble jamba que da acceso a un primer patio desde el cual se accedía a recintos laterales y a un segundo y tercer patio, más pequeños y elevados, que permitían el acceso a los recintos y habitaciones dispuestas a sus lados. El desarrollo de la edificación, instalada en la ladera de un cerro, se resuelve magistralmente mediante terrazas escalonadas, que van incorporando la gradiente y a la vez posibilitan que cada patio se convierta en un mirador con una visual privilegiada sobre el valle y los cerros desérticos propios del paisaje local.

Si bien Tambo Colorado fue, como su nombre lo señala, un *tampu*, debió serlo de una jerarquía muy especial. Esto se puede inferir a partir del planeamiento de todo el conjunto y de la especial calidad arquitectónica de los complejos principales. Todas las edificaciones están hechas de adobe[29] y además de exhibir los rasgos típicos de la arquitectura inca —como son las puertas, ventanas y hornacinas trapezoidales— presenta una serie de rasgos que señalan fuertes influencias de la arquitectura costeña de barro, como el tratamiento de frisos calados de adobe o en el despliegue de cornisamientos ornamentados. Otros indicadores de las especiales características

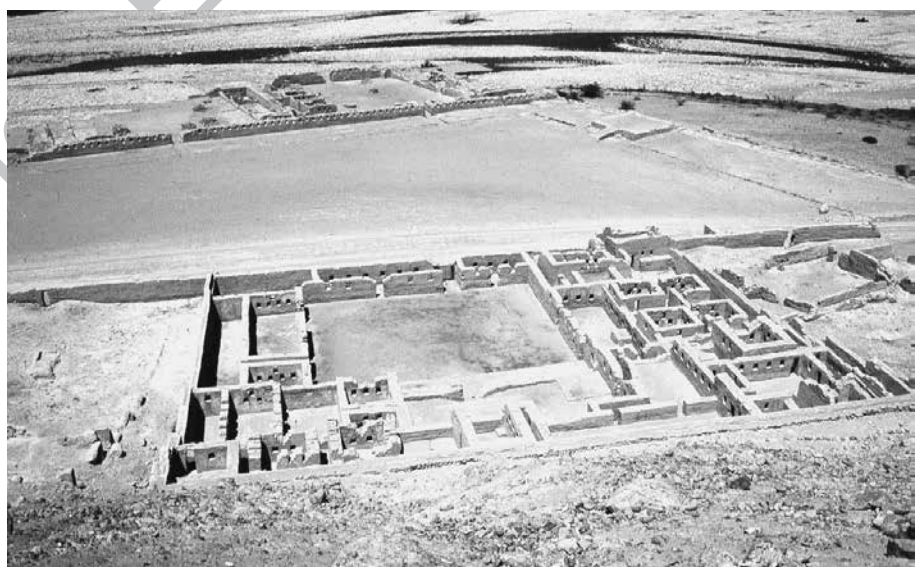


Fig. 547 – Tambo Colorado. Vista panorámica desde el norte de la plaza y el *ushnu*, en primer plano el complejo palaciego (foto: J. Canziani).

[29] Si bien muchas veces se asume erradamente que los incas sustituyen la piedra por el adobe en sus construcciones en la costa, es ampliamente conocido que construyeron, tanto en la sierra como en la costa, con ambos materiales de forma integral. En la sierra se presentan construcciones incas que combinan la parte baja de muros y columnas en piedra, con la parte superior de estos y los hastiales construidos con adobe, como se puede apreciar en Huaytará, Ollantaytambo, o en el monumental templo de Wiraqocha de Raqchi, entre otros (Gasparini y Margolies 1977; Hyslop 1990; Moorehead 1978). Por otra parte, en la costa existen algunos singulares vestigios de construcciones de adobe con basamentos o muros de cantería fina, como los documentados en Pachacamac (Lurín), Cerro Azul (Cañete) y Paredones (Nazca).

Fondo Editorial PUCP



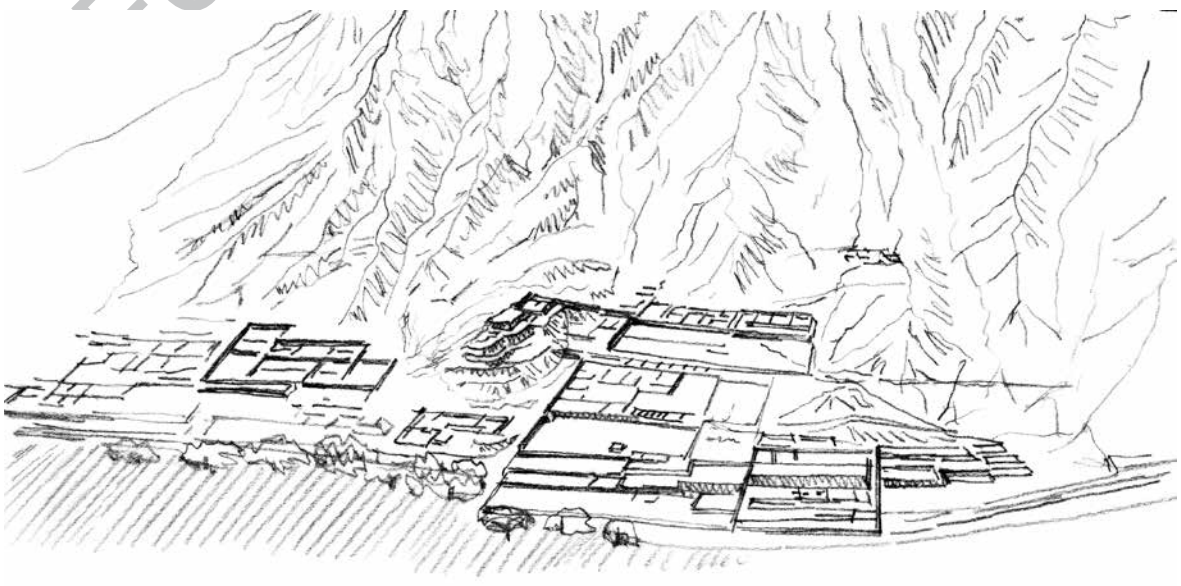
Fig. 548 – Tambo Colorado. Vista de la plataforma del *ushnu* ubicado en la esquina suroeste de la plaza (foto: J. Canziani).

de las edificaciones principales de Tambo Colorado, entre las que destaca el aparente complejo palaciego, son el tratamiento con pintura mural en sus frentes y especialmente en los espacios interiores, donde se aplicaron singulares combinaciones cromáticas (Protzen y Morris 2004). Por otra parte, la presencia de un baño, con su correspondiente sistema de abastecimiento de agua dentro de los ambientes de este complejo, podría indicar funciones propias de un palacio, similares a las que se han documentado para el palacio inca de la Centinela de Tambo de Mora en Chincha, donde coincidentemente también hay vestigios de baños y de pintura mural (Uhle 1924; Wallace 1998).

Paredones

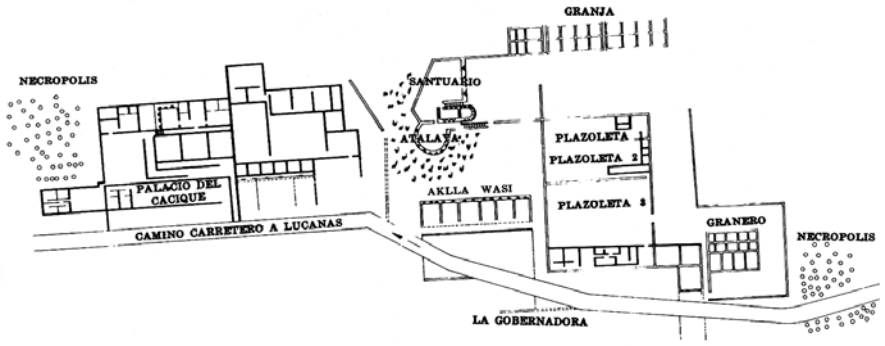
Este sitio inca reviste un carácter enigmático por su especial ubicación y la excepcional factura de algunos de sus edificios, y a esto contribuye también la inexplicable ausencia de mayores estudios y referencias científicas. Una breve mención se encuentra en el reconocido trabajo de Menzel (1959) acerca de la ocupación inca en la costa sur del Perú, donde simplemente señala que en Paredones, al igual que en otros sitios de la región como Tambo Colorado y Tambo de Collao, el edificio principal se encuentra ubicado sobre la ladera del cerro que flanquea la plaza. Rossell Castro (1977) desarrolla un plano en el

Fig. 549 – Paredones. Apunte sobre la base de foto aérea (Bridges 1990) en la que se aprecia el emplazamiento del sitio, adosado a las laderas de un cerro que delimita la margen sur del valle del valle de Nazca (Canziani).



Fondo Editorial PUCP

Fig. 550 – Paredones. Plano general según Rossell Castro (1977).



cual se aprecia la distribución de los diferentes sectores del sitio, si bien sugiere funciones a los distintos edificios sin mayor sustento arqueológico. Posteriormente se han desarrollado trabajos arqueológicos que lamentablemente no han sido publicados, los cuales han expuesto algunos muros con cantería fina, lo que explicaría que no fueran reportados en los trabajos antes citados.

El sitio de Paredones está emplazado en el valle oasis de Nazca en proximidad del sistema de puquiales y acueductos subterráneos de Cantalloc, La Gobernadora, Kayanal y Wayrona, entre otros (ibid.). Esto permite suponer que el asentamiento inca fue instalado estratégicamente en una de las escasas zonas fértiles para la agricultura en la región. Por otra parte, el sitio debió estar estrechamente asociado al camino inca, que desprendiéndose del que recorría los llanos del desierto costero, se internaba por el valle de Nazca hacia las alturas, enlazando así los valles oasis de la región con las punas de Lucanas en dirección hacia Vilcashuamán.

No obstante su escaso estudio, el sitio revela la especial importancia que le asignaron los incas, dada la calidad especial de sus edificios construidos con cantería fina de tipo imperial. Por lo que conocemos, podemos señalar que algunos de los edificios de Paredones son los únicos en la costa peruana que exhiben y conservan muros de cantería fina, cuyos lienzos se desplegaron de forma excepcional en toda la altura de los muros, posiblemente hasta alcanzar lo que debió ser la cabecera de los mismos. En el sitio también se observa restos de los cimientos en cantería fina de un edificio que se construyó

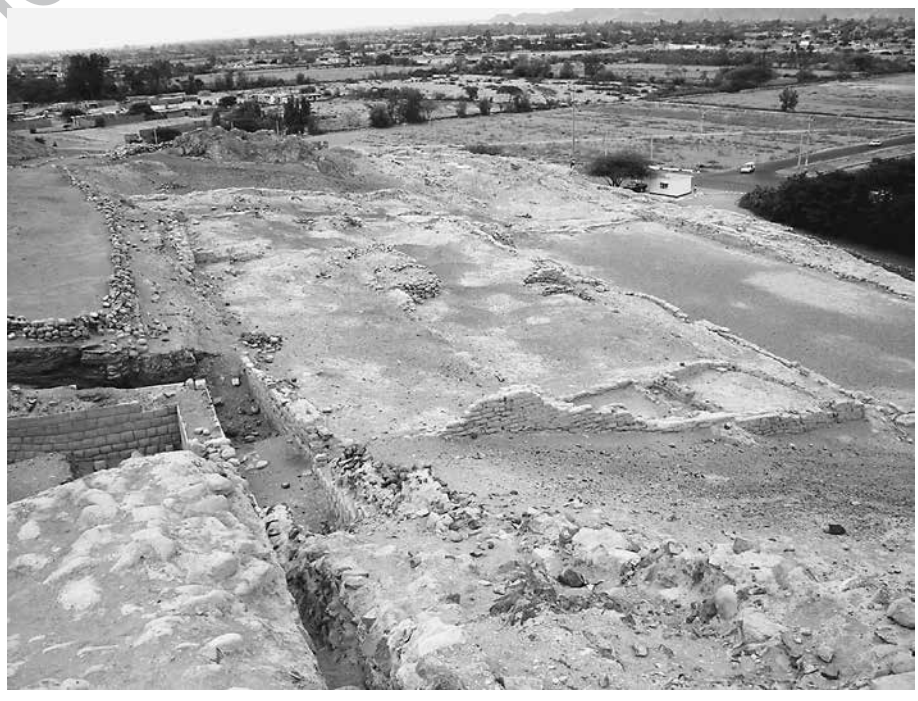


Fig. 551 – Paredones. Vista panorámica del sector al oeste del sitio (foto: J. Canziani).

Fondo Editorial PUC



Fig. 552 – Paredones. Detalle de un recinto cuyos muros están construidos con sillares de cantería fina (foto: J. Canziani).

sobre un promontorio elevado que domina todo el sitio. El hecho de que los muros de este edificio tuvieran trazos curvilíneos, podría denotar que estuviera destinado a cumplir una destacada función de carácter ceremonial

El Qhapaq Ñan: el sistema vial inca

En el ambicioso proyecto de integración panandino desarrollado por los incas jugó un rol fundamental el Qhapaq Ñan, el sistema vial incaico, que alcanzó una extensión de por lo menos 23 mil kilómetros en sus tramos principales y secundarios, articulando los distintos territorios y conectando entre sí a la red de ciudades y establecimientos incas instalados en ellos.[30] Esta gran obra pública, que constituye uno de los legados arqueológicos más extensos de la humanidad, es considerada también un portento de la ingeniería universal, ya que en su desarrollo recorre los más diversos territorios con suelos, relieves y climas diferentes, encontrando soluciones constructivas acertadas en cada uno de ellos y desplegando recursos técnicos impresionantes como fueron los magníficos puentes colgantes que sirvieron para salvar los ríos encajados en profundas gargantas y acantilados (Hyslop 1984; 1992).

El reto asumido por el Estado inca de integrar poblaciones y territorios aislados, separados entre sí por formidables barreras geográficas, hubiera sido inimaginable sin el desarrollo de esta espectacular obra pública. El manejo de los estados prehistóricos, como de los modernos, requiriere de caminos para unir y administrar sus diferentes regiones, pero es evidente que en el territorio de los Andes el desarrollo del sistema de caminos significó para el Estado inca un factor de vital importancia.

Es evidente que el sistema de caminos trascendió su exclusiva dimensión física adquiriendo un alto valor simbólico para el Estado inca y sus instituciones, como también para las poblaciones de las regiones más remotas que identificaron en él la impronta significativa de su presencia. Los caminos expresaron la concepción del espacio y de la geografía cultural por parte de los incas, tan es así que la localización de las poblaciones sujetas a su dominio estuvo referida a su ubicación con relación a los caminos (Hyslop 1984: xiii).

A propósito de los caminos principales hacia los cuatro suyos, que articulaban la ciudad capi-

[30] Hyslop (1984: 224) asume que el estimado de 23 mil kilómetros para la extensión de los tramos principales y secundarios del Qhapaq Ñan puede resultar conservador y, basándose en su amplia experiencia como investigador del tema, señala que no sería sorprendente que futuros trabajos de exploración arqueológica e investigación histórica, proyecten la red de caminos del sistema vial incaico a unos 40 mil kilómetros.

Fondo Editorial PUCP

tal del Cusco con el extenso territorio dominado por los incas, Cieza (1984: 258) refiere que: «Desta plaza salían quatro caminos reales: en el que llamauan Chinchasuyo se camina a las tierras de los llanos con toda la serranía hasta las prouincias de Quito y Pasto: por el segundo camino que nombran Condesuyo entran las prouincias que lo son sujetas a esta ciudad, y a la de Arequipa. Por el tercero camino real que tiene por nombre Andesuyo se va alas prouincias que caen en las faldas de los Andes, y algunos pueblos que están pasada la cordillera. En el vltimo camino destos que dizen Collasuyo entran las prouincias que allegan hasta Chile».

A continuación Cieza (ibid.) se refiere a la concepción inca sobre la división de sus territorios provinciales, anotando que: «[…] assí estos Indios para contar las que auía en tierra tan grande lo entendían por sus caminos». Hyslop (1990: 58) destaca esta inteligente apreciación, en el sentido de que desde el punto de vista de esta concepción lo central no era tanto la sucesión y extensión de los territorios provinciales, sino el acceso que se tenía a estos dominios mediante los

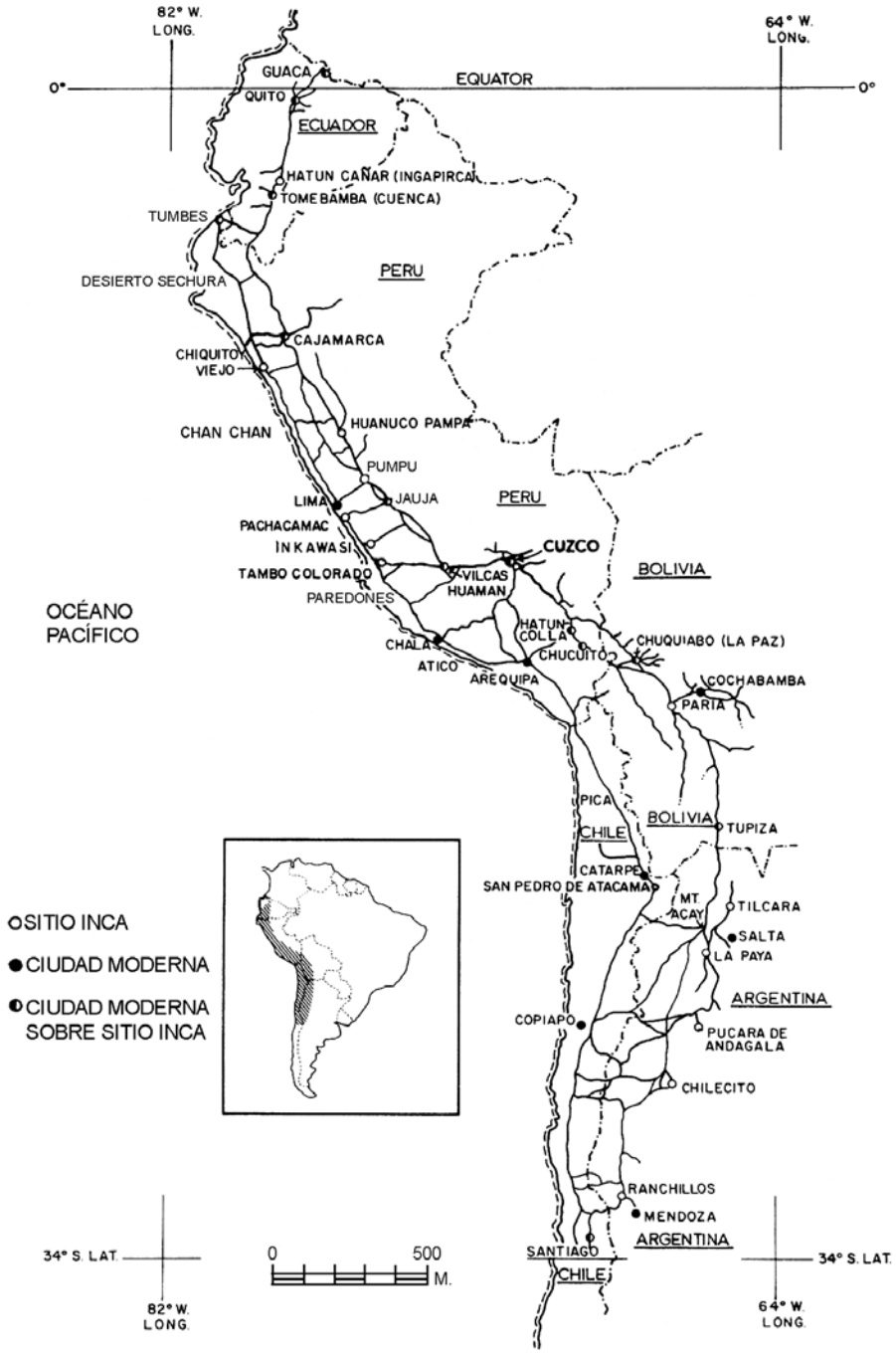


Fig. 553 – Mapa del Qhapaq Ñan, el sistema vial inca (Hyslop 1992).

diferentes caminos. De esta manera, los pueblos, los lugares y los recursos de las distintas regiones son referidos a partir de su relación con el sistema de caminos que articulaban el territorio.

El camino inca operaba simultáneamente como una gigantesca red que resolvía las comunicaciones, el transporte de bienes y productos, el traslado y movilización de la gente, así como sirviendo de soporte para la administración en general. El camino servía para conectar las zonas más densamente pobladas, permitiendo al Estado acceder a su fuerza de trabajo mediante los sistemas de tributación impuestos. Por el camino se movilizaba la población hacia los lugares donde esta debía de cumplir con la *mita* o prestación laboral, o se movilizaban por él los grupos de *mitmaq* que eran desplazados a lejanos territorios que debían ser colonizados o a las ciudades donde debían cumplir con procesos productivos de su especialidad.

El camino servía también para articular territorios ubicados en diferentes pisos ecológicos que albergaban diferentes recursos naturales, los que eran transportados por el camino con el auxilio de caravanas de llamas, asegurando la complementariedad económica entre distintas regiones y los procesos productivos que en ellas tenían lugar. Así también los caminos servían para trasladar los recursos hacia los depósitos establecidos en las ciudades o *tampu*. En el terreno militar, el camino era fundamental para la movilización de tropas hacia las fronteras en constante expansión, o para desplazarlas con rapidez hacia las regiones donde se desencadenaran rebeliones.

El camino servía también para el desplazamiento de arquitectos, ingenieros y otros especialistas a cargo de la construcción de las edificaciones que se ejecutaban en distantes establecimientos, o de la ejecución de distintas obras públicas, entre las que se incluía el desarrollo del propio camino. De igual manera, por el camino circulaban los nobles y funcionarios a cargo de diferentes tareas administrativas del Estado. Una de las más destacadas actividades relacionadas con el camino era el envío de mensajes e informes, al igual que determinados bienes selectos, por medio de los célebres *chaski*. Estos corredores estaban estacionados a lo largo de la ruta en pequeñas estructuras denominadas *chaskiwasi* que les servía para darse la posta y como lugar de descanso.



Fig. 555 – Dibujo de Guamán Poma (1980: 322) de un *chasqui* que se anuncia haciendo sonar una caracola de *pututo*.

Fig. 554 – Dibujo de Guamán Poma (1980: 326) con la leyenda. «gobernador de caminos reales, Qhapaqñan Tocricoc». Se observa el señalamiento de los caminos asociados a la ciudad de Vilcashuamán, entre ellos el que descendía desde la laguna de Choclococha hacia el valle de Pisco y la costa.



Se puede señalar que así como el camino servía como eje articulador entre las ciudades y otros establecimientos principales, a su vez otros establecimientos menores, como los *tampu* y los *chaskiwasi*, servían para darle soporte logístico y garantizar la operatividad del propio camino, proporcionando instalaciones que brindaran alojamiento y alimentación a los viandantes, depósitos donde almacenar las vituallas y corrales donde reunir las llamas de las caravanas. Además, estas instalaciones menores podían constituirse como una sede administrativa temporal y una base de operaciones para las actividades que se desarrollaran en la circunscripción local, como es el caso de la conservación y el mantenimiento del propio tramo del camino donde estaban ubicadas.

En suma, como señaló imaginativamente John Hyslop (1992: 20) para dar una idea de la complejidad del camino, aproximando el punto de vista al de nuestras vivencias modernas, podemos pensar que: «Por medio de este sistema vial se desarrollaban diversas actividades, las que actualmente constituyen para nosotros funciones separadas: era algo así como si una sola enorme entidad reemplazara nuestras redes aérea, ferroviaria y terrestre, nuestro sistema postal y telefónico, así como parte del aparato administrativo nacional».

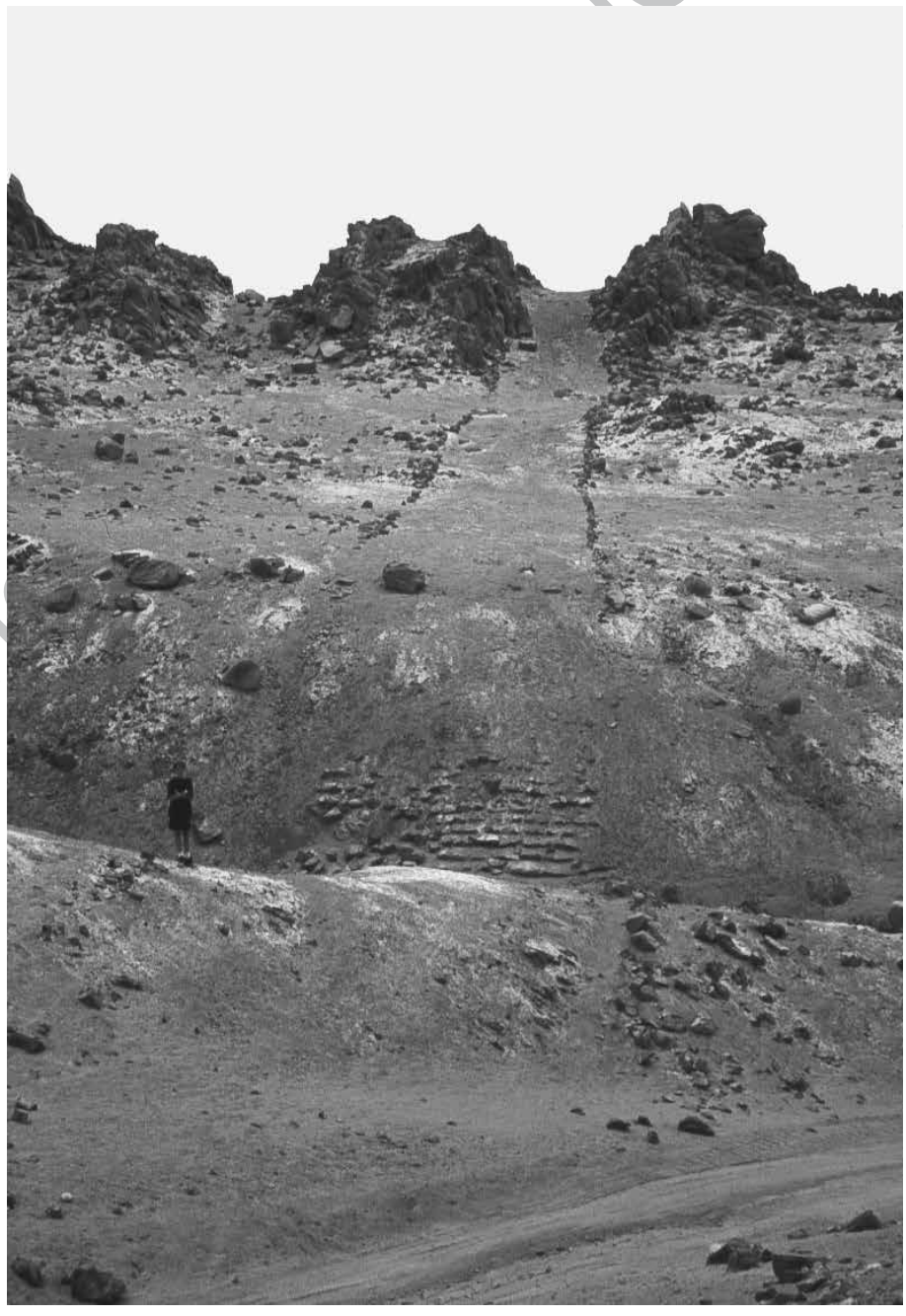


Fig. 556 – Tramo del camino inca en Atiquipa, cerca de Quebrada de la Vaca, donde se aprecia la construcción de una escalinata para atravesar la depresión de un curso de escorrentía (Canziani 2002).



Fig. 557 – Tramo conservado del camino delimitado por muros de tapia, que atravesaba el valle de Chincha en línea recta de este a oeste y a lo largo de unos doce kilómetros, desde la localidad de Portachuelo en el cuello del valle, hasta la Centinela de Tambo de Mora en proximidad del litoral (foto: J. Canziani 2000).

Fondo Editorial PUCP

La ruta principal del Qhapaq Ñan se desarrollaba a lo largo de la cordillera de los Andes, desde Quito al Cusco y desde esta ciudad hasta Mendoza en el noroeste de Argentina, con un recorrido total, en línea de aire, de más de cuatro mil kilómetros. A lo largo de esta ruta se encontraban las principales ciudades incas como Tomebamba, Cajamarca, Huánuco Pampa, Vilcashuamán; y al sur del Cusco, Hatun Colla, Chucuito y Paria, prosiguiendo hasta llegar a Tucumán y Mendoza. Según Hyslop (1984: 168-172) la presencia inca en el noroeste argentino se explicaría no solo por los recursos mineros y agrícolas de esta región, sino también por representar una ruta alternativa y mucho menos exigente para dirigirse a la zona central de Chile que el tránsito por el otro camino, que se desarrollaba por el flanco occidental de los Andes y que implicaba el reto de atravesar los extensos y desolados desiertos de Atacama.[31]

Otra ruta longitudinal del camino recorría el litoral del Perú enlazando los valles costeños separados entre sí por extensiones de desierto relativamente amplias. Este camino, en el extremo norte de la costa, evitaba cruzar por el árido desierto de Sechura. Por lo tanto, saliendo hacia el norte de los valles de Lambayeque hacia Piura, se alejaba del litoral y corría paralelo al pie del flanco occidental de los Andes, por la ruta de Olmos y Chulucanas, que ofrecía la presencia de algunas fuentes de agua y el reparo del bosque seco tropical que crece en la zona.

El desarrollo de diversas vías transversales aseguraba la comunicación entre los dos principales ejes longitudinales del camino inca y la conexión fundamental para asegurar la complementariedad económica en cada región, articulando los valles costeros con los valles y zonas altoandinas y, a su vez, estas con los territorios de las vertientes orientales y los bosques húmedos de la ceja de selva. Algunas de estas rutas transversales debieron ser de especial importancia, como la que unía en el norte el valle de Jequetepeque con Cajamarca y Chachapoyas; en el centro la que enlazaba el santuario de Pachacamac con Jauja; y sobre todo la que conectaba La Centinela de Tambo de Mora en Chincha con Lima La Vieja en Pisco y que ascendía por este valle, pasando por Tambo Colorado y Huaytará, para llegar a Vilcashuamán y desde allí al Cusco, constituyendo una de las rutas más directas para llegar desde la capital imperial a la costa.

Se ha señalado con razón que el sistema del camino inca incorporó otros caminos preexistentes, como también que sacó partido de los caminos desarrollados por otras sociedades andinas contemporáneas. Es conocido que el Estado wari articuló su red de establecimientos mediante caminos, ya que sus ciudades estaban directamente asociadas a estos. Sin embargo, aún cuando la

[31] Buena parte del camino en la ruta que atraviesa el desierto de Atacama transcurre por decenas de kilómetros a una altitud que oscila entre 3.000 a 3.500 m.s.n.m., donde llama la atención la presencia de pequeños sitios con cerámica inca asociados al camino, en lugares que están muy alejados de fuentes de agua (Hyslop 1984: 150-167).



Fig. 558 – Tramo de camino en la zona desértica que separa el valle de Moche del de Chicama, y que extraordinariamente presenta más de veinte metros de ancho (Kosok 1965: 89, fig. 6).

red de caminos wari represente un importante antecedente del Qhapaq Ñan, aparentemente los incas no los reutilizaron construyendo sus propios caminos, aún cuando compartían la misma ruta. En todo caso, donde estos eventualmente pudieron superponerse es difícil de establecerlo, dada la naturaleza de las evidencias, por lo que se requeriría de estudios más detallados al respecto (Hyslop 1984: 270-274; 1992: 130-133).

En el caso de la costa norte, es evidente que los incas reutilizaron y mantuvieron en función el sistema de caminos desarrollado por las sociedades norteñas y especialmente por los estados Lambayeque y Chimú. Este proceder es totalmente coherente con la escasa realización de obras públicas en esta región, en la que los incas tuvieron una presencia indirecta, sustentada en la subordinación de las elites locales y los asentamientos urbanos que se mantuvieron operativos durante esta época. Un proceso similar se habría producido en la costa sur central con la asimilación del sistema de caminos presente en el valle de Chincha, y posiblemente también con aquellos que conectaban Pachacamac y los valles de la costa central con la serranía.

Construir el sistema de caminos en un territorio tan abrupto y diverso, como el andino, requirió de un gran conocimiento de la geografía, de las variaciones climáticas y de los tipos de suelos por los que trascurría el camino en diferentes regiones. Es así que en distintos contextos se aplicaron las soluciones técnicas más convenientes



Fig. 559 – Tramo de camino que conectaba Pachacamac con Jauja, en un sector de la margen derecha del valle medio de Lurín, cuya calzada está soportada mediante la construcción de grandes muros de contención, posibilitando su desarrollo en laderas de fuerte pendiente. (foto: J. Canziani).

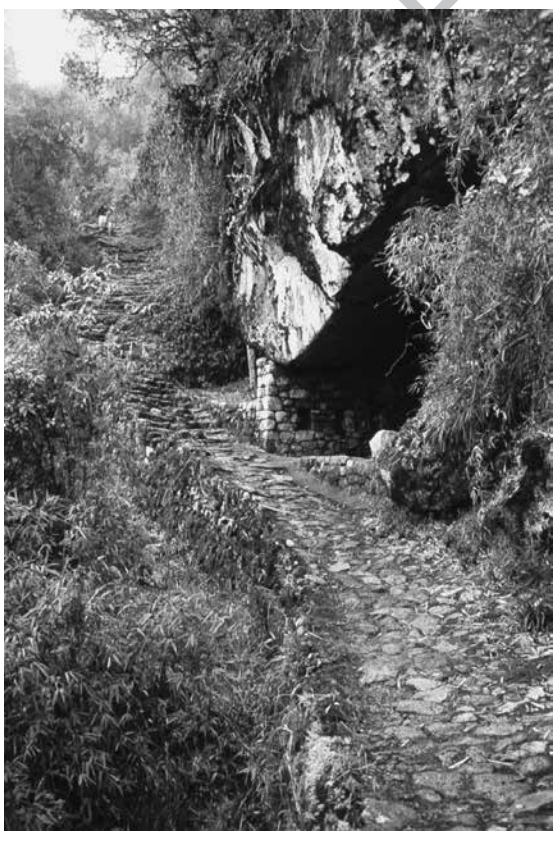
Fondo Editorial PUCP



Fig. 560 – Camino que atraviesa un sector de puna mediante una calzada elevada para superar las zonas sujetas a periódicas inundaciones (foto: J. Canziani).

para cada caso, desarrollando obras de ingeniería que impresionan individualmente, y más si se les considera como parte del continuo de una obra gigantesca. En los llanos de los desiertos, donde los suelos eran arenosos o pedregosos, el camino fue demarcado colocando postes de madera o levantando mojones de piedras de trecho en trecho; en otros despejando de piedras el suelo de la franja del camino y/o alineándolas en los bordes de este. En casos excepcionales, y sobre todo en proximidad del ingreso a algunos valles costeños, se construyeron muros bajos de piedra o de barro. En el caso de atravesar terrenos agrícolas, los caminos eran delimitados por muros más altos con la finalidad de proteger los cultivos que se encontraban a su vera, y en vez de ampliar su sección generalmente la reducían, seguramente con el propósito de afectar la menor cantidad de tierras agrícolas.

Fig. 561 – Tramo del camino inca hacia Machu Picchu, donde se aprecia la calzada con el desarrollo de escalinatas para superar zonas con fuerte pendiente. A la derecha un saliente rocoso parcialmente modificado mediante la construcción de terraplenes y un muro con nichos (foto: J. Canziani).



En las zonas de puna, atravesando las planicies altoandinas cubiertas de pastos naturales, los caminos presentan los anchos mayores registrados en la sierra y en muchos casos es notable observar que están empedrados, tanto con el propósito de que su construcción resistiera el embate de las lluvias, propias de estas alturas, como también para ofrecer una calzada más conveniente al viandante, frente a los suelos expuestos a la acumulación de agua o de nieve, para lo cual también se les dotó de sistemas de drenaje. Finalmente, en suelos inundables propios de zonas pantanosas o en las márgenes de lagos y lagunas, con la finalidad de impedir largos rodeos de los caminos, se hicieron notables inversiones de trabajo construyendo largas calzadas sobre terraplenes, lo que aseguraba que el camino se mantuviera siempre por encima del nivel máximo de las aguas en época de lluvia. Estas calzadas estaban también empedradas y contaban con canales transversales que aseguraban el libre flujo del agua, impidiendo

Editorial PUCP

que el terraplén se convirtiera en un dique inconveniente y evitando así que las aguas lo rebosaran (Hyslop 1992: 57-74).

En un territorio agreste como el andino, tanto en los desiertos costeros como en las húmedas vertientes orientales, y especialmente en las vastas zonas de montaña que recorría el camino en la mayor parte de su recorrido, este debía obligadamente superar las frecuentes y marcadas pendientes, que se desarrollaban tanto en el sentido longitudinal como lateral a su trazo.

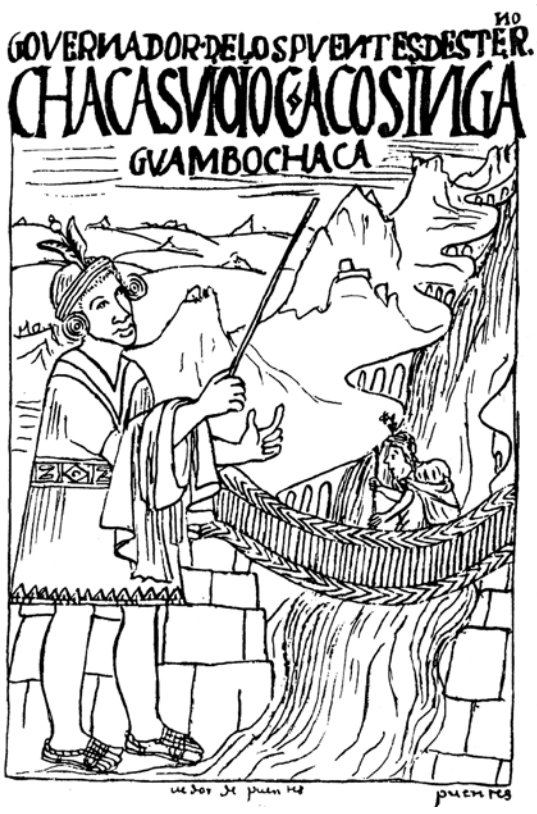
En el primer caso, para superar las fuertes pendientes en la misma dirección del desarrollo de su trazo, se construían largas rampas y frecuentemente escalinatas. Cuando las pendientes no eran muy pronunciadas se intercalaban peldaños que se disponían entre tramos de calzada que presentaban una ligera inclinación; mientras que cuando la gradiente era mucho más pronunciada se construyeron escalinatas de piedra, muchas de las cuales son notables por su excepcional extensión y especial integración con el paisaje. En el segundo caso, cuando el camino se desarrollaba en zonas de pendiente lateral, a lo largo de laderas de cerros o bordeando vertiginosos precipicios, con la finalidad de mantener la calzada horizontal o simplemente para contener el terraplén donde esta debía de discurrir, se construyeron grandes muros de contención. En algunos casos, especialmente cuando el camino se enfrentaba a paredes rocosas de fuerte inclinación, propias de zonas con precipicios, su construcción fue resuelta recurriendo a muros de contención de gran altura y de sección escalonada, para garantizar de esta manera su resistencia estructural y lograr una calzada lo suficientemente ancha como para ofrecer condiciones de seguridad para su tránsito (Hyslop 1992: 74-86).

Finalmente, los puentes asociados al camino inca tuvieron una notable importancia y un equivalente despliegue de recursos técnicos para poder superar los frecuentes cauces de torrentes, ríos y otros obstáculos que se interponían en el terreno. En el caso de que se requiriera salvar distancias relativamente cortas, y cuando la luz entre los apoyos lo permitiera, se empleó troncos de madera o vigas de piedra dispuestas sobre estribos construidos con piedra en ambas márgenes del río, para luego cubrir la estructura horizontal con una capa de tierra y formalizar la calzada de tránsito del camino sobre el puente. Se aplicó una técnica similar cuando la luz entre apoyos fuera algo mayor, pero en este caso reduciendo la luz mediante la proyección de voladizos o ménsulas desde los estribos (Hyslop 1992: 215-226).



Fig. 562 – Escalinata con un despliegue de curvas y contra curvas en el camino inca hacia Machu Picchu (foto: J. Canziani).

Fig. 563 – Dibujo de Guamán Poma (1980: 328) con la leyenda. «gobernador de los puentes de este reino».



Fondo Editorial

Cuando el camino debía cruzar ríos encajados en profundos cañones, los incas o quienes les antecedieron en esta invención, desarrollaron con los puentes colgantes una innovación tecnología que se anticipó en algunos siglos al diseño más frecuente en la construcción de los puentes modernos (ibid.: 226-244). Uno de los más notables y espectaculares puentes colgantes se encontraba sobre el río Apurímac, que superaba una vertiginosa luz de 45 metros a unos 35 a 40 metros de altura sobre el cauce del caudaloso río. Otro caso similar era el del puente colgante sobre el río Pampas, que alcanzaba 41 metros de largo (Squier [1877] 1974: 295-297, 301-302). Pero no se recurría a este tipo de diseño solamente en el caso de salvar grandes luces, también los puentes colgantes debieron ser en muchos casos una solución alternativa a la dificultad de encontrar maderos de largo fuste en las zonas donde tenían lugar las obras, ya que permitía echar mano a materiales fáciles de conseguir en ella, como son las fibras vegetales y animales, para lo cual además se contaba con el vasto acervo cultural de las tecnologías textiles andinas.

Se ha señalado que los puentes colgantes hechos con fibras vegetales implican un mayor mantenimiento y su periódica renovación. Sin embargo, estos factores, que podemos considerar relativamente desventajosos, debieron minimizarse frente a la posibilidad de emplear materiales de fácil acceso, sino también por la amplia disponibilidad de fuerza de trabajo con que contaba la administración del imperio. Al respecto, son abundantes los documentos que

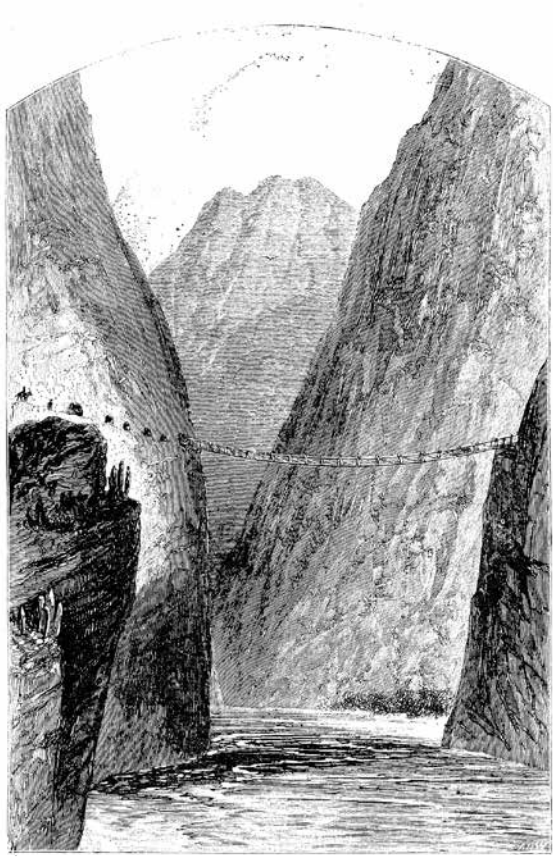


Fig. 564 – Puente sobre el río Apurímac en un grabado de Squier ([1877] 1974).

informan como el Estado inca designaba a determinadas comunidades para que efectuaran estas labores como parte de la tributación que les era exigida. Más bien parecería que las ventajas que ofrecían los puentes colgantes llevó a la búsqueda

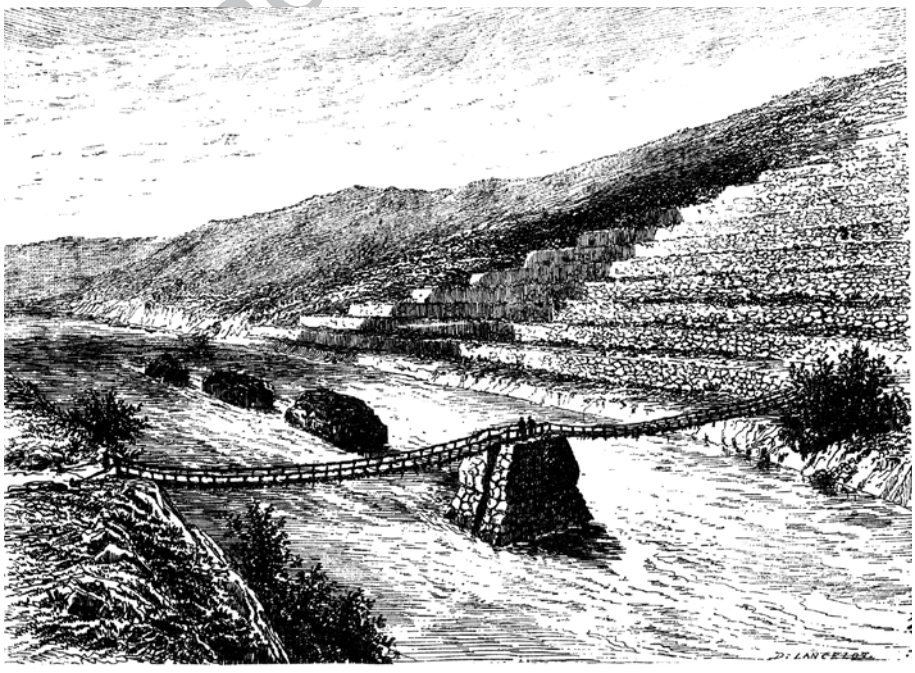
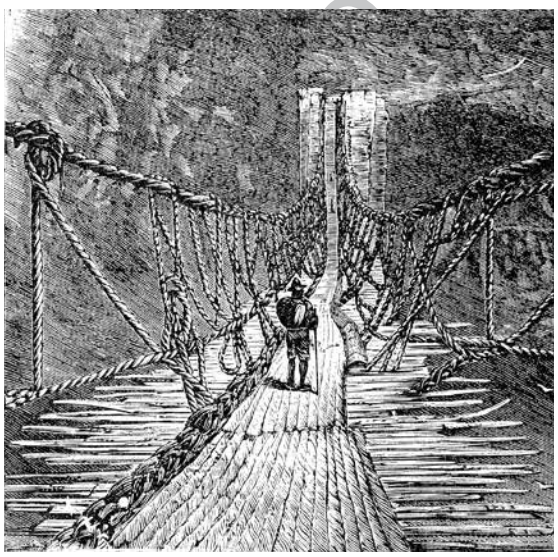


Fig. 565 – Puente sobre el río Ollantaytambo en un grabado de Wiener ([1880] 1993) donde se puede apreciar el pilar central y los bloques colocados río arriba para defenderlo de las avenidas.



Fig. 566 – Puente sobre el río Pampas en un grabado de Squier ([1877] 1974).

Fig. 567 – Detalle de la calzada y estructura del puente sobre el río Pampas en un grabado de Squier ([1877] 1974).

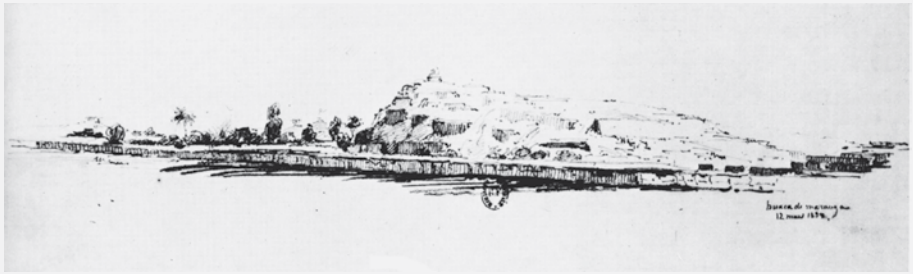


de soluciones para su empleo en condiciones que no eran las ideales, es decir, cuando los ríos no estaban encañonados y sus márgenes no eran muy elevadas, o cuando el ancho de su cauce fuera excesivo. En este caso aparentemente se habría optado por elevar la altura de los estribos o subdividir el puente en dos tramos colgantes, mediante el recurso de emplazar un pilar intermedio entre los estribos. La descripción de una solución de este tipo la proporcionan tanto Wiener ([1880]1993: 599-600) como Squier ([1877] 1974: 274-275) para un puente que se encontraba sobre el río Urubamba cerca de Ollantaytambo, y que estaba dotado de un pilar intermedio construido en medio del cauce con grandes bloques de piedra, siendo protegido río arriba por otros enormes bloques que obligaban al río a bifurcarse en este punto.[32]

[32] Hemos tenido ocasión de comprobar la presencia de los grandes bloques en el río y la notable conservación de las estructuras inca del puente de Ollantaytambo, que hoy día aún soportan la estructura de un moderno puente metálico.

Quienes hemos tenido la oportunidad de recorrer algún tramo del camino inca y nos hemos dejado trasportar por el asombro que genera esta obra centenaria, inmersa en los cautivantes paisajes andinos, podemos simplemente convocar nuestra modestia y rendir un homenaje a sus anónimos constructores. Que mejor para esto que concluir citando a Pedro Cieza de León (1985: 185) uno de sus más tempranos e ilustres admiradores: «Creo yo que desde que ay memoria de jentes no se a leydo de tanta grandeza como tuvo este camino, hecho por valles hondos y por sierras altas, por montes de nieve, por tremadales de agua, por peña viva y junto a ríos furiosos; por estas partes yva llano y empedrado, por las laderas bien sacado, por las syerras deshechado, por las peñas socavado, por junto a los ríos sus paredes entre nieve con escalones y descansos; por todas partes linpio, barrido, descombrado, lleno de aposentos, de depósitos, de tesoros, de templos del Sol, de postas que avía en este camino ¡O! ¿Que grandeza se puede dezir de Alexandro ni ninguno de los poderosos reyes que el mundo mandaron que tal camino hiziesen, ni enventasen el proveymiento que en él avía?».

Fondo Editorial PUCP



CONCLUSIONES

Fondo Editorial PUCP

CONCLUSIONES[1]

Fondo Editorial PUCP

Profundos y dramáticos cambios se han venido produciendo desde mediados del siglo pasado, si no antes, en la organización territorial de nuestro país, en la expansión y radical transformación de las ciudades, comprometiendo la brusca sustitución de los modelos arquitectónicos y las técnicas constructivas tradicionales. Estos procesos han derivado en la violenta desestructuración del mundo rural y, a su vez, en procesos de migración masiva del campo a la ciudad, en la explosión urbana y en lo que se ha denominado el «desborde popular». Asimismo, se observa una creciente alienación y prescindencia de estos desarrollos urbanos con relación a sus específicas condiciones territoriales y las interrelaciones con sus correspondientes ecosistemas.

Estos fenómenos han comportado severos procesos de desestructuración social, política e institucional en distintos niveles, desde el ámbito local al nacional, pasando por los espacios regionales. Dichos procesos se expresan en la crisis y creciente pérdida de identidad cultural de sus poblaciones, lo que conduce también a una cada vez más preocupante alienación con relación a nuestro acervo cultural e histórico, la valoración del patrimonio arquitectónico y urbanístico, e inclusive del propio paisaje territorial.

Por otra parte, se ha impuesto desde el Estado y las elites en el poder un discurso uniformador y simplista, que ha pretendido imponer, desde una perniciosa centralidad, soluciones o modelos que no responden y niegan la singularidad y diversidad de nuestro territorio, al no reconocer sus distintas identidades sociales y culturales, como también al ignorar las condiciones específicas de existencia, estrechamente relacionadas con los respectivos ecosistemas regionales o locales. Mientras tanto, los problemas no solo persisten sino que se agravan, las situaciones críticas del desarrollo urbano y territorial se agudizan, incidiendo en el progresivo deterioro de las condiciones de vida y desarrollo humano que afectan a un número creciente de sus habitantes.

Para abordar la problemática de este desarrollo urbano deforme, debemos conectarla necesariamente con la dinámica de los procesos territoriales y con los ecosistemas que constituyen el ambiente en que esta está inmersa. Partimos del axioma histórico que la sostenibilidad de los desarrollos urbanos se fundamenta en la medida en que estos se constituyan en el centro neurálgico y lugar propulsor del desarrollo territorial; al igual que es insostenible suponer o proponerse alguna forma de desarrollo urbano que se encuentre desligada o, incluso, degrade su *hinterland* territorial.

Las dimensiones de esta problemática se pueden constatar en toda su contundencia en los múltiples casos de las ciudades peruanas y latinoamericanas, cuyo descomunal crecimiento y masiva urbanización, no han sido fruto de un desarrollo económico consistente e integral, sino más bien la expresión dramática del progresivo deterioro y empobrecimiento de los territorios rurales, que ha derivado en migración forzada y masiva hacia las ciudades.

La búsqueda de la sostenibilidad de las ciudades y de los desarrollos urbanos, así como la necesidad de reducir la incidencia de la pobreza y mejorar la calidad de vida, constituye un tema

[1] La parte inicial de esta sección incluye reflexiones desarrolladas en el documento «Ciudades, territorio y ecosistemas en el Perú», elaborado por encargo del Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad (CIAC – PUCP), para servir de marco conceptual a las líneas de investigación que se enmarquen en esta temática (Canziani ms. 2008).

crítico que afecta a las grandes mayorías de la población urbana y, en mayor medida, a la población rural. Se trata de temas complejos y que exceden ampliamente los que se centran en la problemática urbana, pero no por esto se justifica el dejarlos de lado. Por el contrario, el tratamiento de estos temas exige establecer formas adecuadas en el manejo de los recursos naturales, el medio ambiente, la valoración y conservación de los ecosistemas; y por el otro, examinar cómo los espacios urbanos promueven y resuelven el desarrollo económico, la participación, la ciudadanía, la inclusión y el desarrollo humano.

Ciertamente la aproximación a la historia del urbanismo prehispánico no ofrece una solución a esta compleja problemática, ni mucho menos constituye la fuente de retorno a alguna imposible utopía. Lo que si ofrece es una fuente de consulta y de reflexión sobre las formas adecuadas de manejo del territorio y de formas de desarrollo urbano funcionales al desarrollo territorial, en sus correspondientes contextos espaciales e históricos. Ofrece también apuntes sobre la identidad cultural de las diferentes poblaciones con su realidad territorial específica, en la búsqueda de formas de desarrollo urbano y arquitectónico pertinentes. Algo que hoy, por el contrario, está permeado por lo que algunos estudiosos han denominado el *síndrome colonial,* que embarga nuestra penosa relación con el territorio y que explica en gran parte nuestro urbanismo descontrolado e insostenible.

La captura de Atahualpa en la plaza de la ciudad inca de Cajamarca un día de noviembre de 1532, así como el desplome de un muro lítico de su perímetro ante la presión de la masa indígena despavorida frente a la masacre, marca históricamente no solo el fin del desarrollo autónomo de las sociedades del nuevo mundo, ante el implacable avance de la conquista europea, sino que también señala simbólicamente la interrupción de un largo proceso que produjo diversas formas de desarrollo urbano. También marca el inicio de la implantación de un modelo de asentamiento colonial, en el que se manifiesta la desintegración de las formaciones sociales indígenas y la desestructuración de las exitosas formas de manejo y desarrollo territorial establecidos en los diversos espacios regionales del Perú.

Las ciudades implantadas por los incas a lo largo de los Andes, al igual que las ciudades correspondientes a las formaciones costeñas, son despobladas rápidamente tanto por el desmantelamiento de las organizaciones políticas indígenas que constituían sus clases urbanas, como por los violentos saqueos y exacciones a los cuales fueron sometidas las poblaciones que habitaban en ellas. Muchas ciudades son así abandonadas al poco tiempo y pasan a convertirse en ruinas, como es el caso de Pachacamac, Túcume, Pumpu, por citar algunas de las más importantes. Mientras tanto otras como Cajamarca, Vilcashuamán y la propia capital inca del Cusco son ocupadas de forma oportunista por los conquistadores, aprovechando así su planta edificada, la concentración de población y recursos presentes en ellas y en su entorno, como también sacando partido de su valor simbólico, en cuanto aspecto funcional a la instauración del nuevo poder colonial.

Las grandes dificultades que testimonian los cronistas acerca de la implantación de las ciudades coloniales reflejan no solo el enfrentamiento de los conquistadores a un mundo distinto, con sociedades indígenas diferentes en sus dimensiones sociales, económicas y culturales, sino también constituyen la expresión de la falta de comprensión de los complejos ecosistemas que caracterizan estos territorios y de las formas de manejo social de los mismos. Este hecho histórico está registrado en los diversos testimonios de la fallida fundación de ciudades o de su mudanza itinerante en determinados territorios, hasta encontrar finalmente un emplazamiento mínimamente adecuado para la sostenibilidad de sus habitantes. Existen al respecto dos casos emblemáticos: el de la fallida ocupación colonial de la ciudad inca de Huánuco Pampa y el de la fundación de la ciudad itinerante de San Miguel de Piura.

La fundación de estas ciudades coloniales viene acompañada de una grave desestructuración del ordenamiento territorial, especialmente en lo que se refiere a los valles costeños. Son múltiples las referencias de cronistas, como Cieza de León, que recorren estos valles y hacen énfasis en el abandono de los sistemas de irrigación y de la drástica reducción de las tierras cultivadas en ellos, en la ruina de los caminos y de otras obras de infraestructura, además de denunciar su grave despoblamiento. Se percibe en estos testimonios la clara sensación de que este proceso de degradación territorial fue tanto más intenso cuanto más próximos se encontraban estos territorios con relación a las nuevas entidades urbanas.

Aparentemente, parte de los campos de cultivo y los canales de riego que se conservaron en los valles fueron mantenidos por las comunidades y la población indígena que persistió en ellos. De esto se desprende la percepción de que las ciudades coloniales se implantaron a manera

Fondo Editorial PUCP

de enclaves, en cuanto «ciudad de españoles» en territorios que permanecieron sustancialmente indígenas en cuanto a sus formas de manejo. Al respecto, es significativo constatar lo contadas que resultan las obras de infraestructura emprendidas durante la colonia que tuvieran alguna implicancia territorial, frente al fenómeno poco estudiado de las permanencias indígenas en el manejo del territorio.

Es relevante destacar que estas permanencias se han proyectado hasta la actualidad y caracterizan los patrones de asentamiento con redes de ciudades intermedias y centros urbanos que presentan una especial articulación espacial en el territorio de determinados valles, como en el caso destacado de la región de Piura y del Jequetepeque, y posiblemente también de otras regiones altoandinas.

Este proceso se agudizaría con el establecimiento de la política de *reducciones*, que se implementa en la segunda mitad del siglo XVI, durante el gobierno del virrey Toledo. Esta política alteró drásticamente los tradicionales patrones indígenas de dispersión territorial de la población, al proponerse su concentración con fines de control tributario y de la mano de obra indígena. Esta política de reducciones trajo como consecuencia una desestructuración aun mayor de las complejas formas de articulación espacial, ante el forzado abandono de los antiguos patrones de asentamiento, que respondían a los sistemas de manejo de las diferentes zonas de producción generadas en el territorio; así como de las distintas zonas ecológicas presentes en estos espacios regionales. Muchas aldeas y poblados indígenas luego de su abandono forzado se convirtieron en ruinas, de la misma forma que amplias extensiones de nuestro territorio perdieron su condición de zonas de producción y se transformaron en despoblados.

La larga historia prehispánica, en la que se establece como un eje vertebral la especial articulación entre las formas de desarrollo urbano y el progresivo desarrollo territorial —entre la ciudad y el territorio—, demuestra no solo que este contrapunto puede ser armónico, sino que lo fue en distintos contextos históricos y en diferentes espacios territoriales. Como diferentes fueron las soluciones urbanísticas que se aprecian a lo largo de nuestra investigación, donde se puede percibir tanto equivalencias y similitudes, pero también diferencias y contrastes en las formas de desarrollo urbano desplegadas, expresando una persistente búsqueda para lograr que estas fueran consecuentes con sus distintas realidades y sostenibles en sus respectivos contextos medioambientales.

La presente investigación ha intentado ofrecer una visión de la amplia trayectoria del patrimonio edificado prehispánico, articulando de manera integral en el análisis arquitectónico —y en la medida en que los datos lo posibilitaban— el examen de sus características funcionales, formales y constructivas. Al hacerlo hemos podido constatar, a lo largo del proceso civilizatorio andino, cómo la edificación social, económica, cultural y mítica se expresa en las diversas tradiciones arquitectónicas y en las distintas formas de asentamiento, en las notables transformaciones territoriales y en el excepcional manejo del paisaje. Creemos así haber aportado a la tarea de reconstruir la identidad material de la edificación urbana y arquitectónica, y en especial a recuperar su carácter esencial en cuanto espacio de actividad y representación social.

Como se ha señalado en la introducción, en esta investigación se ha privilegiado el despliegue de las herramientas propias del análisis arquitectónico para interpretar la lógica formal de los edificios, su posible respuesta a los requerimientos funcionales y las soluciones e innovaciones técnicas a la problemática constructiva. Pero también al desarrollar este tipo de análisis se ha intentado establecer el planteamiento o partido arquitectónico subyacente a los restos materiales de los monumentos, lo cual nos acerca tanto a la propia concepción de estos edificios, como también nos permite valorar la competencia de los arquitectos anónimos que los concibieron, diseñaron y construyeron.

El resultado de este enfoque se puede ponderar a partir de la inédita aparición en el mundo andino de una arquitectura pública compleja y de rasgos monumentales, que se remonta al temprano período Precerámico. Como ya hemos visto, la arquitectura pública temprana revela desde su aparición una notable e inusual complejidad funcional, además de especiales modalidades constructivas y un extraordinario despliegue formal, constituyendo los fundamentos de las milenarias tradiciones arquitectónicas que se sucederán en los Andes centrales. Asimismo, el análisis de las tempranas manifestaciones de esta arquitectura pública permite destacar su papel crucial en cuanto elemento fundamental en la constitución del urbanismo inicial.

En especial de esta arquitectura pública precerámica destacamos cómo sus características, tanto espaciales como formales, así como la extraordinaria tradición de su regeneración —que da lugar a sucesivas remodelaciones— debieron contribuir al desarrollo de las formas iniciales de especialización productiva; a la consolidación del

Fondo Editorial PUCP

rol de los especialistas asociados en su actividad al desarrollo de este tipo de arquitectura; al surgimiento de las organizaciones sociales complejas en la que estos desempeñan un papel clave; así como debió propiciar la legitimación de sus nacientes formas de poder en el seno de las comunidades que participaban en la construcción de esta arquitectura. La propia erección de estos monumentos tempranos y los mecanismos desplegados para la convocatoria y organización de la participación de las comunidades en su construcción por parte de las nacientes elites, debió servir para normar ciertas reglas de interrelación y sancionar un determinado tipo de orden social, el que además se plasma físicamente en la prominencia de estos edificios y se hace manifiesto en el lenguaje de sus expresiones arquitectónicas.

A partir de esta época, en ciertas regiones de la costa peruana la concentración de la arquitectura pública representa el rasgo más destacado que preludia la aparición de los primeros centros urbanos en los Andes. Este nuevo tipo de asentamientos, alrededor del 1500 a.C., alcanza una extraordinaria envergadura y exhibe una arquitectura ceremonial de notables características monumentales, lo que unido a otros indicadores arqueológicos permite suponer la afirmación de tempranas formaciones políticas de carácter teocrático.

Desde este período se sucederán en el área de los Andes centrales distintas formaciones sociales, algunas de ellas asociadas a diferentes formas de organización estatal, para las cuales las formas de desarrollo urbano y en especial la ciudad constituirán un aspecto protagónico y vital. Pero también es interesante notar que existen determinadas regiones, especialmente las altoandinas, donde la eclosión del fenómeno urbano es esporádica y se produce en singulares contextos y definidos momentos históricos, generalmente cuando en ellas se dan las condiciones para el desarrollo de poderosas organizaciones políticas, que se caracterizan además por proponer un manejo territorial de amplia escala en el cual articulan complejas estrategias de dominio interregional. Este es el caso destacado de Wari primero y luego del Tahuantinsuyu, en los cuales la presencia e implantación de ciudades en las regiones altoandinas del Perú se correlacionaría con los puntuales períodos correspondientes al desarrollo y expansión de estos dos estados imperiales. Mientras que cuando este tipo de estados declinan o están ausentes, lo dominante serán los asentamientos de carácter rural, ante el languidecimiento o inexistencia del urbanismo.

De manera contrapuesta a esta situación, la costa norte, y parte de la costa central del Perú, tuvieron desarrollos urbanos de mucho mayor aliento y continuidad histórica, lo que se condice con las exigencias técnicas y económicas de los procesos productivos que en estas regiones tuvieron lugar, así como con el vigor y permanencia de las organizaciones políticas de carácter estatal en estas áreas. Pero en la propia costa norte ciertos indicadores señalarían que inclusive en el caso de Moche no en todos los valles se habrían desarrollado organizaciones políticas, asociadas a la presencia de entidades urbanas.

Así, mientras en el valle de Moche el centro urbano desarrollado en torno a las Huacas del Sol y de la Luna se habría constituido en la aparente ciudad capital de un Estado expansivo —que interesó la parte sureña de la costa norte—, en otros valles de la zona norteña —como el de Jequetepeque y los de Lambayeque— aparentemente no siempre estuvieron vigentes formas de organización estatal. Esto si nos atenemos a la aparente inexistencia durante determinadas fases de centros urbanos —y menos de ciudades— y donde, por el contrario, se registra la ubicua presencia de complejos fortificados en distintos puntos de estos valles, dando cuenta de la existencia de conflictos entre comunidades que, sin embargo, comparten las mismas raíces étnicas y la cosmovisión propia de la cultura Moche.

El caso de Moche y, asociado a este, el de la declinación de la ciudad de las Huacas del Sol y de la Luna, permite advertir un fenómeno que se constituye en una aparente constante en el urbanismo andino. Nos referimos a la estrecha interdependencia existente entre la ciudad y las organizaciones políticas, o el Estado. A nuestro entender, este fenómeno derivaría del hecho de que la ciudad se constituye en la base fundamental del Estado para establecer el ejercicio del poder en un determinado territorio. Es en esta donde se concentra la producción de manufacturas especializadas, la acumulación de los excedentes productivos y donde se resuelve su redistribución o consumo, así como su procesamiento en otro tipo de bienes. Es en la ciudad donde el Estado concentra y ofrece un conjunto de servicios que resuelven aspectos técnicos fundamentales para el desarrollo territorial, donde se articula el intercambio de bienes y recursos —exóticos o no—, donde se programan las actividades agrícolas y pecuarias, así como también se proveen los servicios rituales y religiosos que garantizan el equilibrio con el cosmos y, no menos impor-

Fondo Editorial PUCP

tante, sancionan el orden establecido y brindan soporte ideológico al poder constituido.

Sin embargo, el factor clave para la comprensión de esta vital correlación entre el Estado y la ciudad en el mundo andino prehispánico podría circunscribirse al campo de la economía urbana y en especial a la aparente ausencia de un mercado abierto al libre intercambio de bienes. Donde más bien el Estado actuaría como una suerte de «mercado», asegurando el necesario intercambio de bienes. Asimismo, el hecho de que la industria manufacturera especializada de base urbana estuviera estrechamente supeditada al poder político, desde la provisión de los insumos necesarios para sus procesos productivos, el sustento de los artesanos, hasta la generación y regulación de la demanda de sus productos, explicaría el grado de dependencia de la ciudad y su economía urbana con relación a las vicisitudes del Estado y sus clases gobernantes. De forma tal, que si la organización estatal sufre una crisis terminal, esta puede conducir a la declinación y al colapso de la entidad urbana.

Estos distintos casos, en diferentes contextos históricos y regionales, nos permitirían validar las hipótesis sobre la correlación entre Estado y ciudad, propuestas como uno de los aspectos centrales de nuestra investigación. Especialmente, cuando señalábamos que: «[…] en el caso del Estado, lo que nos ha interesado es el cómo y el porqué se dan las condiciones sociales que hicieron posible su existencia, y cuales serían los elementos diagnósticos que nos pueden permitir inferir su presencia o ausencia, utilizando los indicadores y las herramientas analíticas que nos proporciona la arquitectura y el urbanismo».

A este propósito, en el caso de las regiones altoandinas, las complejas condiciones de los ecosistemas y los sistemas básicos de producción habrían dificultado o limitado la acumulación económica. Por otra parte, la producción en estas regiones puede resolverse a nivel agropecuario y en el marco de la simple escala de la cooperación familiar o comunal, y por lo tanto no requiere de altos niveles de especialización, o cuando esta no existe la producción puede resolverse y mantenerse a esta simple escala. Esta ausencia de especialización o la incapacidad de sostenerla por su carácter oneroso, dada la dificultad de generar amplios excedentes productivos, explicaría tanto los largos períodos en que en estas zonas no se presentan organizaciones políticas de carácter estatal, como también la inexistencia de su correlato urbano.

En contrapartida, cuando en los territorios de estas regiones altoandinas surgen o se expanden formaciones político-económicas que se sustentan en sistemas productivos capaces de generar excedentes, como también en la articulación macroregional de distintos recursos, la ciudad se convierte en un instrumento fundamental. No solo para constituir la sede central del poder del Estado, sino también en un componente esencial para la implantación de su presencia en sus más alejadas provincias, sean estas anexadas o conquistadas. Configurando así en vastos territorios una red de ciudades y de establecimientos menores que es preciso articular, para lo cual se desarrollaron paralelamente extraordinarios sistemas de caminos.

Este tipo de dinámica plantea a estos estados expansivos la exigencia de establecer un concepto y un modelo de ciudad. La que debe implantarse en territorios donde no existen antecedentes urbanos o que si los tuvieron, estos ya no se encuentran vigentes ni responden a sus requerimientos. De esto se puede deducir la necesidad de concebir un modelo de ciudad planificada, que responda a los cánones establecidos por el centro del poder político, y que sea a su vez susceptible de adaptarse a las condiciones locales de su emplazamiento, así como de adecuarse a los atributos funcionales asignados por el Estado en una determinada región.

En términos generales, las diferentes formas de desarrollo urbano que se verifican históricamente en los Andes centrales se constituyeron en elementos dinamizadores del desarrollo territorial, tanto a nivel local como regional. A este propósito, los testimonios de la realización de importantes obras públicas asociadas a la instalación de centros urbanos, orientadas principalmente a la expansión e intensificación de la producción agrícola mediante la construcción de canales de irrigación y el desarrollo de sistemas de campos de cultivo, así como de otras obras de infraestructura —como depósitos, caminos y puentes—, al igual que la organización de la movilización social de la población rural y su asentamiento en nuevos establecimientos e instalaciones, dan en parte cuenta de los diferentes mecanismos que se desplegaron para propulsar el desarrollo territorial a partir de los núcleos urbanos.

Finalmente, estos diferentes testimonios de desarrollo territorial en el mundo andino permiten inferir un principio fundamental, donde se establece como constante un especial contrapunto entre las diversas formas que asume el desarrollo urbano y los términos en que se propone el desarrollo te-

Fondo Editorial PUCP

rritorial rural. Donde cada uno de estos aspectos establece una especial correlación que los convierte en elementos dinamizadores y propulsores del otro, como de sí mismos. Estableciéndose, de esta manera, un desarrollo armónico que permite alcanzar formas de desarrollo territorial integral y sostenible.

Fondo Editorial PUCP

BIBLIOGRAFÍA

AGURTO, Santiago

1980 *Cusco: la traza urbana de la ciudad inca*. Cusco: Unesco – INC.

1984 *Lima Prehispánica*. Lima: Municipalidad de Lima.

1987 *Construcción, arquitectura y planeamiento inkas*. Lima: Ed. Capeco.

2005 «El Cusco Inca: fundación y desarrollo». Manuscrito.

ALVA, Walter

1986 *Las Salinas de Chao: Asentamiento temprano en el Norte del Perú*. Kommission für Allgemeine und Vergleichende Archäeologie des Deutschen Archäologishen Instituts Bonn, Band 34. Munich: Verlag C.H. Beck.

1988 «Investigaciones en el Complejo Formativo con Arquitectura Monumental de Purulén, Costa Norte del Perú. Informe Preliminar». En *Beiträge zur Allegemeinen und Vergleichenden Archaeologie* 8, pp. 283-300, Mainz.

2001 «The Royal Tombs of Sipán: Art and Power in Moche Society». En J. Pillsbury (editora). *Moche Art and Archaeology in Ancient Perú*. Washington D.C.: National Gallery of Art, pp. 223-245.

ALVA, Walter y Chirstopher DONNAN

1993 *Tumbas Reales de Sipán*. Los Ángeles: Fowler Museum of Cultural History, Universidad de California.

ANDERS, Martha

1975 «Formal Storage Facilities in Pampa Grande, Perú: A Preliminary Report of Excavations». Departamento de Antropología, Universidad de Cornell. Manuscrito.

1977 «Sistema de depósitos en Pampa Grande, Lambayeque». En *Revista del Museo Nacional*, Tomo 43, pp. 243-279, Lima.

1981 «Investigations of State Storage Facilities in Pampa Grande, Perú». En *Journal of Field Archaeology*, 8 (4), pp. 391-404, Boston.

1990 «Maymi: un sitio del Horizonte Medio en el valle de Pisco». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 17, pp. 27-39, Lima.

1991 «Structure and Function at the planned Site of Azangaro: Cautionary Notes for the Model of Huari as a Centralized State». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 165-197.

ANGRAND, Leonce

1972 *Imagen del Perú en el siglo XIX*. Barcelona: Editor Carlos Milla Batres.

ARMAS, J., V. GUILLERMO, J. HUANCAS, H. MALCA, R. SÁNCHEZ y L. VILLENA

2000 «Excavaciones en los conjuntos arquitectónicos 7 y 9». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 85-99.

BATE, Felipe

1982 *Orígenes de la comunidad primitiva en Patagonia*. México D.F.: Ediciones Cucuilco, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

BAUER, Brian

2008 *Cuzco Antiguo: Tierra natal de los Incas*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

BAWDEN, Garth

1982 «Galindo: A Study in Cultural Transition During the Middle Horizon». En M. Moseley y K. Day (editores). *Chan Chan: Andean Dessert City*. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 285-320.

1999 *The Moche*. Massachusetts: Blackwell Publishers Inc.

Fondo Editorial PUCP

Becerra, Rosario y César Gálvez
1996 «Materia primas y ocupación paijanense en el valle de Chicama, Perú». En *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, n° 6, pp. 31-48, Trujillo.

Benavides, Mario
1991 «Cheqo Wasi, Huari». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 55-69.

Bengtsson, Lisbet
1998 *Prehistoric Stonework in the Peruavian Andes. A case Study at Ollantaytambo*. Göteborg: Department of Archaeology, Göteborg University.

Bennett, Wendell
1950 *The Gallinazo Group. Virú Valley, Perú*. New Haven: Yale University Publications in Anthropology, n° 43 .

Betanzos, Juan de
1987 *Suma y Narración de los Incas*. Madrid: Ediciones Atlas.

Billman, Brian
1999 «Reconstructing Prehistoric Political Economies and Cycles of Political Power in the Moche Valley, Perú». En B. Billman y G. Feinman (editores). *Settlement Pattern Studies in the Americas: Fifty Years since Virú*. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press, pp. 131-159.
2002 «Irrigation and the Origins of the Southern Moche State on the North Coast of Perú». En *Latin American Antiquity*, vol. 13, n° 4, pp. 371-400, Washington D.C.

Billman, Brian, George Gumerman
y Jesús Briceño
1999 «Dos asentamientos Moche en la parte media del valle de Moche: Santa Rosa – Quirihuac y Ciudad de Dios». En *SIAN Revista Arqueológica*, n° 7, pp. 3-8, Trujillo.

Bingham, Hiram
1964 *Machu Picchu: la ciudad perdida de los Incas*. Santiago de Chile: Ediciones Zig-Zag.

Bird, Junius
1948 «Preceramic cultures in Chicama and Virú». En *A Reappraisal of Peruvian Archaeology*. En W. Bennett (ed.). Memoirs of the Society for American Archaeology, American Antiquity, vol. XIII, n° 4, pp. 21-28, Menasha.
1963 «Preceramic Art from Huaca Prieta, Chicama Valley». En *Nawpa Pacha*, n° 1, pp. 29-34, Berkeley.

Bird, Junius, John Hyslop y Milica Skinner
1985 *The Preceramic Excavations at the Huaca Prieta, Chicama Valley, Perú*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 62, Nueva York.

Bischof, Henning
1995a «Cerro Sechín y el arte temprano centro-andino». En *Arqueología de Cerro Sechín*. Tomo 2. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
1995b «Los murales de adobe y la interpretación del arte de Cerro Sechín». En *Arqueología de Cerro Sechín*. Tomo 2. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
1996 «El Período Inicial, el Horizonte Temprano, el Estilo Chavín y la realidad del proceso formativo en los Andes Centrales». Ponencia en el Encuentro Internacional de Peruanistas, Lima.
1997 «Cerro Blanco, Valle de Nepeña, Perú: un sitio del Horizonte Temprano en emergencia». En E. Bonnier y H. Bischof (editores). *Archaeologica Peruana 2. Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos*. Mannheim: Reiss Museum, pp. 202-234.

Blanton, R., S. Kowalewski, G. Feinman
y L. Finsten
1997 *Ancient Mesoamerica. A Comparison of Change in Three Regions*. Segunda edición. Cambridge: Cambridge University Press.

Bonavia, Duccio
1951 «Una pintura mural de Pañamarca, valle de Nepeña». En *Arqueológicas*, n° 5, pp. 21-53, Lima.
1974 *Ricchata Quellccani. Pinturas Murales Prehispánicas*. Lima: Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú.
1982 *Los Gavilanes. Mar, desierto y oasis en la historia del hombre.* Lima: COFIDE e Instituto Arqueológico Alemán.
1990 «Peinture Murale au Perou». En *Inca – Perou, 3000 Ans d' Historie*. Bruselas: Musées Royaux d'Art et d'Histoire, pp. 412-423.
1991 *Perú, Hombre e Historia. De los orígenes al siglo XV.* Lima: Ediciones Edubanco.
1996 «De la caza-recolección a la agricultura: una perspectiva local». En *Bulletin de l'Istitut Français d'Etudes Andines*, tomo 25, n° 2, pp. 169-186, Lima.
1998 «Apuntes sobre los orígenes de la civilización andina». En *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, n° 6, pp. 7-30, Trujillo.

Fondo Editorial PUCP

BONNIER, Elizabeth
1988 «Acerca del surgimiento de la arquitectura en la sierra andina». En V. Rangel (editor). *Arquitectura y Arqueología. Pasado y futuro de la construcción en el Perú*. Chiclayo: Universidad de Chiclayo y Museo Bruning, pp. 35-49.
1997 «Preceramic Architecture in the Andes: The Mito Tradition». En E. Bonnier y H. Bischof (editores). *Archaeologica Peruana 2. Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos*. Mannheim: Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana. Reiss-Museum, pp. 121-144.
2007 *Arquitectura precerámica en los Andes: la Tradición Mito*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y Lluvia editores.

BONNIER, Elizabeth y Catherine ROZEMBERG
1988 «Del santuario al caserío». En *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 17 (2), pp. 23-40, Lima.

BOUCHARD, Jean François
1976 «Patrones de agrupamiento arquitectónico del Horizonte Tardío». En *Revista del Museo Nacional,* vol. 42, pp. 97-111, Lima.

BOURGET, Steve
1997a «Las excavaciones en la Plaza 3a». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995.* Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 51-66.
1997b «Excavaciones en el Cerro Blanco». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995.* Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 109-123.
1998 «Excavaciones en la Plaza 3A y en la Plataforma II de la Huaca de la Luna durante 1996». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996.* Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 43-64.
2002 «Somos diferentes: dinámica ocupacional del sitio Castillo de Huancaco, valle de Virú». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche*. Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 245-267.

BOURGET, Steve y Jean François MILLAIRE
1999 «Excavaciones en la Plaza 3A y Plataforma II de la Huaca de la Luna». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 47-60.

BRACK, Antonio
1986 «Ecología de un país complejo». En *Gran Geografía del Perú. Naturaleza y Hombre*. Volumen II. Barcelona: Coedición Manfer-Juan Mejía Baca, pp. 175-319.

BRACK, Antonio y Cecilia MENDIOLA
2000 *Ecología del Perú*. Lima: Editorial Bruño, Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo.

BRAGAYRAC, Enrique
1991 «Archaeological Excavations in the Vegachayoc Moqo Sector of Huari». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 71-80.

BRENNAN, Curtiss
1978 «Investigations at Cerro Arena, Perú: Incipient Urbanism on the Peruvian North Coast». Tesis doctoral. Universidad de Arizona.
1982 «Cerro Arena: Origins of the Urban Tradition on the Peruvian North Coast». En *Current Anthropology,* vol. 23, n° 3, pp. 247-254, Chicago.

BREWSTER-WRAY, Christine
1989 «Huari administration: a view from the capital». En R. Czwarno, F Meddens y A. Morgan (editores). *Nature of Wari. A Reappraisal of the Middle Horizon Period in Perú*. Oxford: BAR International Series 525, pp. 23-33.

BRICEÑO, Jesús
1995 «El recurso agua y el establecimiento de los cazadores recolectores en el valle de Chicama». En *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, n° 5, pp. 143-161, Trujillo.

BRIDGES, Marilyn
1990 *Planet Perú. An aerial journey through a timeless land*. Nueva York: The Professional Photography Division of Eastman Kodak Company and Aperture.

BURGER, Richard
1988 «Unity and heterogeneity within the Chavín horizon». En R. Keatinge (editor). *Peruvian Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 99-144.
1993 «Cardal, un complejo piramidal en forma de U, costa central, Perú». En *Emergencia de la Civilización en los Andes: Ensayos de Interpretación*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 79-100.

Fondo Editorial PUCP

1995 *Chavín and the Origins of Andean Civilization*. Londres: Thames and Hudson.

BURGER, Richard y Lucy SALAZAR

1980 «Ritual and Religion at Huaricoto». En *Archaeology*, n° 33, pp. 26-32, Nueva York.

1985 «The Early Ceremonial Center of Huaricoto». En C. Donnan (editor). *Early Ceremonial Architecture in the Andes.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 111-138.

1986 «Early Organizational Diversity in the Peruvian Highlands: Huaricoto and Kotosh». En *Andean Archaeology*, n° 27, pp. 65-82, Los Ángeles.

1992 «La Segunda Temporada de Excavaciones en Cardal, Valle de Lurín (1987)». En D. Bonavia (editor). *Estudios de Arqueología Peruana.* Lima: FOMCIENCIAS, pp. 123-147.

CANZIANI, José

1987 «Análisis del complejo urbano Maranga Chayavilca». *En Gaceta Arqueológica Andina*, n° 14, pp. 10-17, Lima.

1989 *Asentamientos Humanos y Formaciones Sociales en la Costa Norte del Antiguo Perú*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos (INDEA).

1991 «La organización del espacio andino: una reflexión 500 años después». En *L'imaginaire, revista de cultura de la Alianza Francesa*, año 1, n° 2, pp. 28-37, Lima.

1992a «Arquitectura y urbanismo del período Paracas en el valle de Chincha». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 22, pp. 87-117, Lima.

1992b «Chanchán: Arquitectura y Urbanismo de la Ciudad». En *Arquitectura Panamericana. Ciudades de América*. Santiago de Chile: Federación Panamericana de Asociaciones de Arquitectos, pp. 22-33.

1993 «Patrones de Asentamiento en la Arqueología del Valle de Chincha, Perú». En *II Curso de Prehistoria de América Hispana*. Murcia: Universidad de Murcia, pp. 87-123.

1995 «Las Lomas de Atiquipa: arqueología y problemas de desarrollo regional». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 24, pp. 113-133, Lima.

1996 «Arquitectura Paracas». En *Arkinka, Revista de Arquitectura, Diseño y Construcción,* año 1, n° 6, pp. 80-94, Lima.

1997 «Las Lomas de Atiquipa: Transformaciones territoriales y patrones de asentamiento prehispánicos». En *Arkinka, Revista de Arquitectura, Diseño y Construcción*, año 2, n° 17, pp. 98-110, Lima.

2000 «Arquitectura y Urbanismo de la Cultura Chincha». En *Arkinka*, Revista de Arquitectura, Diseño y Construcción, año 5, n° 56, pp. 88-99, Lima.

2002 «Las Lomas de Atiquipa: un caso de Paisaje Cultural en la Costa Sur del Perú». En E. Mujica (editor). *Paisajes Culturales en los Andes. Memoria Narrativa, Casos de Estudio, Conclusiones y Recomendaciones de la Reunión de Expertos (Arequipa y Chivay, mayo de 1998)*. Lima: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura / Centro de Patrimonio Mundial, pp. 159-177.

2003a «Estado y Ciudad: revisión de la teoría sobre la sociedad Moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche.* Tomo II. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 287-311.

2003b «Los orígenes de la ciudad en la Costa Norte». En *DAU Documentos de Arquitectura y Urbanismo*, n° 5, pp: 8-29, Lima.

2004 «Urbanismo y Arquitectura en el Análisis de la Formación Social Moche». Ponencia presentada al Simposio Nuevas Perspectivas en la Organización Política Moche. Lima (En prensa: Dumbarton Oaks).

2007 «Paisajes Culturales y Desarrollo Territorial en los Andes». En *Cuadernos Arquitectura y Ciudad,* n° 5, Lima. <http://www.pucp.edu.pe/departamento/arquitectura/images/documentos/cuaderno_05.pdf>.

2008 «Ciudades, Territorio y Ecosistemas en el Perú». En *Departamento de Arquitectura y Urbanismo, Pontificia Universidad Católica del Perú.* <http://www.pucp.edu.pe/ciac/CTE-documento_Preliminar.pdf>.

2008 «Introducción». En J. Canziani (compilador). *Arquitectura, Urbanismo y Arqueología en la obra de Carlos Williams*. Lima: Instituto de Investigación de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Nacional de Ingeniería, pp. 7-14.

CANZIANI, José (compilador)

2008 *Arquitectura, Urbanismo y Arqueología en la obra de Carlos Williams*. Lima: Instituto de Investigación de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Nacional de Ingeniería.

CANZIANI, José y Carlos del ÁGUILA

1994 «Sistemas agrícolas de la época Paracas en el valle de Chincha». En O. Dancourt, E. Mayer y C. Monge (editores). *Perú, el problema*

Fondo Editorial PUCP

agrario en debate. SEPIA V. Lima: Seminario Permanente de Investigación Agraria, pp. 613-636.

Canziani, José y Elías Mujica
1997 «Atiquipa: Un caso prehispánico de desarrollo rural sustentable en ecología de lomas». En E. Gonzales de Olarte, B. Revesz y M. Tapia (editores). *Perú, el problema agrario en debate. SEPIA VI.* Lima: Seminario Permanente de Investigación Agraria, pp. 503-526.

Carmichael, Patrick
1988 «Nasca Mortuary Customs: Death and Ancient Society on the South Coast of Perú». Tesis de doctorado. Universidad de Calgary.

Carrión, Lucénida
1998 «Excavaciones en San Jacinto, templo en U en el valle de Chancay». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 2, pp. 239-250, Lima.

Carrión Cachot, Rebeca
1948 «La cultura Chavín: dos nuevas colonias, Kuntur Wasi y Ancón». En *Revista del Museo Nacional,* tomo II, n° 1, pp. 7-34, Lima.

Castillo, Luis Jaime
1987 *Personajes míticos, escenas y narraciones en la iconografía mochica*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
1993 «Prácticas funerarias, poder e ideología en la sociedad Moche tardía: el proyecto arqueológico San José de Moro». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 23, pp. 61-76, Lima.
2001 «La presencia de Wari en San José de Moro». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 4, pp. 143-179, Lima.
2004 «Moche: prestigio ideológico y poder político». Ponencia presentada al Simposio Nuevas Perspectivas en la Organización Política Moche. Lima (En prensa: Dumbarton Oaks).

Castillo, Luis Jaime y Christopher Donnan
1994a «La ocupación Moche de San José de Moro, Jequetepeque». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche, Propuestas y Perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, pp. 93-146.
1994b «Los Mochica del Norte y los Mochica del Sur». En *Vicús*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú.

Castillo, Luis Jaime, Andrew Nelson y Chris Nelson
1997 «"Maquetas" mochicas, San José de Moro». En *Arkinka, Revista de Arquitectura, Diseño y Construcción,* año 2, n° 22, pp. 120-128, Lima.

Cavatrunci, Claudio
1990 «Cajamarquilla son centre urbain de la Cote Centrale». En *Inca Perú. 3000 ans d´Historie.* Bruselas: Musées Royaux d´Art er d´Historie, pp. 224-234.

Cieza de León, Pedro
1984 *Crónica del Perú*. Primera Parte. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
1985 *Crónica del Perú*. Segunda Parte. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
1987 *Crónica del Perú*. Tercera Parte. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Cook, Anita
1999 «Asentamientos Paracas en el valle bajo de Ica». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 25, pp. 61-90, Lima.

Conklin, William
1985 «The Architecture of Huaca Los Reyes». En C. Donnan (editor). *Early Ceremonial Architecture in the Andes*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 139-65.

Collin Delavaud, Claude
1984 *Las Regiones Costeñas del Perú Septentrional.* Lima: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Conrad, Geoffrey
1990 «Farfán, General Pacatnamú and the Dynastic History of Chimor». En M. Moseley y A. Cordy-Collins (editores). *The Northern Dynasties Kingship and Statecraft in Chimor*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 227-342.

Chapdelaine, Claude
1998 «Excavaciones en la zona urbana de Moche durante 1996». En Uceda, Mujica y Morales (editores*). Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 85-115.
2004 «La organización política Moche en el valle del Santa». Ponencia presentada al Simposio Nuevas Perspectivas en la Organización Política Moche. Lima (En prensa: Dumbarton Oaks).

Chapdelaine, Claude, Greg Kennedy y Santiago Uceda

Fondo Editorial PUCP

1995 «Activación neutrónica en el estudio de la producción local de la cerámica ritual en el sitio Moche, Perú». En *Bulletin de l´Institut Francais d´Etudes Andines,* tomo 24, n° 2, pp. 183-212, Lima.

Chapdelaine, C., S. Uceda, M. Moya, C. Jauregui y C. Uceda
1997 «Los complejos arquitectónicos urbanos de Moche». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 71-92.

Chapman, Anne
1998 *Los Selk´nam. La vida de los onas*. Sexta edición. Buenos Aires: Emecé Editores.

Chauchat, Claude
1988 «Early hunter-gatherers on the Peruvian coast». En R. Keatinge (editor). *Peruvian Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 41-66.
2006 *Prehistoria de la Costa Norte del Perú. El Paijanense de Cupisnique.* Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Patronato de las Huacas del Valle de Moche.

Chauchat, C., C. Gálvez, J. Briceño y S. Uceda
1998 *Sitios Arqueológicos de la Zona de Cupisnique y Margen Derecha del Valle de Chicama. Patrimonio Arqueológico Zona Norte / 4.* Travaux de L' Istitut Français d' Etudes Andines 113. Lima: Instituto Nacional de Cultura de La Libertad e Instituto Francés de Estudios Andinos.

Chauchat, Claude y Belkys Gutiérrez
2003 «Excavaciones en la Plataforma Uhle». En S. Uceda y R. Morales (editores). *Informe Técnico 2002.* Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 45-81.

Chauchat, Claude y Jean Paul Lacombe
1984 «El hombre de Paiján: ¿el más antiguo peruano?». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 11, pp. 4-6, 12, Lima.

Chauchat C., J. P. Lacombe y J. Pelegrin
1992 «Trabajos de la Misión Arqueológica Francesa en Cupisnique en 1986 y 1987: tecnología lítica y antropología física». En D. Bonavia (editor). *Estudios de Arqueología Peruana.* Lima: FOMCIENCIAS, pp. 17-20.

Childe, Gordon
1982 *Los orígenes de la civilización*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
1985 *Qué sucedió en la Historia.* Barcelona: Editorial Planeta - Agostini.

Choy, Emilio
1979 «La Revolución Neolítica y los orígenes de la Civilización Peruana». En *Antropología e Historia 1.* Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 122-188.

Chu, Alejandro
2008 «Arquitectura monumental Precerámica de Bandurria, Huacho». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 10, pp. 91-109, Lima.

D' Altroy, Terence
2003 *The Inkas*. Oxford: Blakwell Publishers.

Day, Kent
1982 «Ciudadelas: their Form and Funtion». En M. Moseley y K. Day (editores). *Chan Chan Andean Desert City*. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 55-67.

Díaz, Luisa
2005 «Armatambo y la sociedad Ychsma». En *Bulletin de l' Institut Francais d' Études Andines*, tomo 33, n° 3 pp. 571-594, Lima.

Dillehay, Tom
2001 «Town and Country in Late Moche Times: A view from two Northern Valleys». En J. Pillsbury (editora). *Moche Art and Archaeology in Ancient Perú*. Washington D.C.: National Gallery of Art, pp. 259-283.

Dollfus, Olivier
1981 *El Reto del Espacio Andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Donnan, Christopher
1964 «An early house from Chilca, Perú». En *American Antiquity*, n° 30, pp. 137-144, Menasha.
1973 «The Moche Ocupation of the Santa Valley, Perú». En *University of California Publications in Anthropolog.* Vol. 8. Berkeley: University of California Press.
1978 *Moche Art of Perú*. Los Ángeles: Museum of Cultural History, Universidad de California.
2001 «Hallazgos de Entierros Moches». En *National Geographic*, vol. 8, n° 3, pp. 58-73, México D.F.
2003 «Tumbas con Entierros en Miniatura: Un nuevo tipo funerario Moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche*. Tomo I. Lima: Universidad Nacional de

Fondo Editorial PUCP

Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 43-78.
2007 *Moche Tombs at Dos Cabezas*. Los Ángeles: Cotsen Institute of Archaeology at University of California.

DONNAN, Christopher y Luis Jaime CASTILLO
1994 «Excavaciones de Tumbas de Sacerdotisas Moche en San José de Moro, Jequetepeque». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche, Propuestas y Perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche.* Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, pp. 415-424.

DONNAN, Christopher y Donna MCCLELLAND
1999 *Moche Fineline Painting. Its Evolution and Its Artist.* Los Ángeles: Fowler Museum of Cultural History y Universidad de California.

DONNAN, Christopher y Guillermo COCK (editores)
1986 *The Pacatnamú Papers*. Vol. 1. Los Ángeles: Museum of Cultural History y Universidad de California.
1997 *The Pacatnamú Papers*. Vol. 2. Los Ángeles: Fowler Museum of Cultural History y Universidad de California.

DONNAN, Christopher y Guillermo COCK
1995 «Proyecto Arqueológico Dos Cabezas». Primer Informe Parcial. Manuscrito.
1997 «Proyecto Arqueológico Dos Cabezas». Informe cuarta Temporada de Excavaciones. Manuscrito.

DRICOT, Jean
1979 «Descubrimientos de dos esqueletos humanos asociados a la Cultura Paijanense». En R. Matos (compilador). *Arqueología Peruana.* Lima: s/e, pp. 9-15.

EARLE, Timothy
1972 «Lurín Valley, Perú: Early Intermediate Period Settlement Development». En *American Antiquity,* vol. 37, n° 4, pp. 467-477, Washington D.C.

EECKHOUT, Peter
2005 «La sombra de Ychsma. Ensayo introductorio sobre la arqueología de la costa central del Perú en los períodos tardíos». En *Bulletin de l' Institut Francais d' Études Andines*, tomo 33, n° 3, pp. 403-423, Lima.

ELING, Herbert
1987 «The Role of Irrigation Networks in Emerging Societal Complexity During Late Prehispanic Times, Jequetepeque Valley, North Coast, Perú». Tesis de doctorado. Universidad de Texas.

ENGEL, Fréderic
1966 *Paracas, cien siglos de cultura peruana*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.
1967 «Le Complexe Précéramique d'El Paraiso (Pérou)». En *Journal de la Société des Americanistes*, 55 (1), pp. 43-96, París.
1988 *Ecología Prehistórica Andina. Centro de Investigaciones de Zonas Áridas (CIZA)*. Lima: Universidad Nacional Agraria La Molina.

FELDMAN, Robert
1980 «Aspero, Perú: Architecture, Subsistence Economy and Other Artifacts of a Maritime Chiefdom». Tesis de doctorado. Universidad de Harvard.
1985 «Preceramic Corporate Architecture: Evidence for the Development of Non Egalitarian Social Systems in Perú». En C. Donnan (editor). *Early Ceremonial Architecture in the Andes.* Washington D.C: Dumbarton Oaks, pp. 71-92.

FLORES, Isabel
1981 «Investigaciones Arqueológicas en la Huaca Juliana, Miraflores». En *Boletín de Lima* III (13), pp. 65-70, Lima.
2005 *Pucllana: esplendor de la Cultura Lima*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

FORDE, Daryll
1966 *Hábitat, Economía y Sociedad*. Barcelona: Ediciones Oikos-Tau.

FRANCO, Régulo, César GÁLVEZ y Segundo VÁSQUEZ
1994 «Arquitectura y decoración mochica en la Huaca Cao Viejo, Complejo El Brujo: resultados preliminares». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche, Propuestas y Perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, pp. 147-180.
2000 «Porras mochicas del complejo El Brujo». En *SIAN Revista Arqueológica*, n° 7, pp. 16-23, Trujillo.
2001 «La Huaca Cao Viejo en el Complejo El Brujo: Una contribución al estudio de los Mochicas en el valle de Chicama». En *Arqueológicas*, n° 25, pp. 123-73, Lima.
2003 «Modelos, función y cronología de la Huaca Cao Viejo, Complejo El Brujo». En S. Uceda

Fondo Editorial PUCP

y E. Mujica (editores). *Moche: hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche*. Tomo II. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 125-177.

Franco, Régulo y Ponciano Paredes
2001 «El Templo Viejo de Pachacamac: nuevos aportes al estudio del Horizonte Medio». En *Boletín de Arqueología*, n° 4, pp. 607-630, Lima.

Frankfort, Henry
1954 *The Bird of Civilization in Near East*. Londres: William and Norgate.

Fresco, Antonio
1987 «Arquitectura Incaica de Ingapirca (Cañar, Ecuador)». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 15, pp. 15-20, Lima.

Fuchs, Peter
1997 «Historia de la Ocupación de Cerro Sechín». En E. Bonnier y H. Bischof (editores). *Archaeologica Peruana 2. Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos*. Mannheim: Reiss Museum, pp. 145-161.

Fuchs P., R. Patzschke, C., Schmitz, G. Yenque y J. Briceño
2008 «Investigaciones arqueológicas en el sitio Sechín Bajo, Casma». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 10, pp. 111-135, Lima.

Fung, Rosa
1972a «La Aldas: su ubicación dentro del proceso histórico del Perú Antiguo». En *Dédalo*, n° 9-10, Sao Paulo.
1972b «Nuevos datos para el Período de Cerámica Inicial en el valle de Casma». En *Arqueología y Sociedad*, n° 7-8, pp. 1-12, Lima.
1976 «Excavaciones en Pacopampa, Cajamarca». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 41, pp. 129-207, Lima.
1988 «The Late Preceramic and Initial Period». En R. Keatinge (editor). *Peruvian Prehistory.* Cambridge: Cambridge University Press, pp. 67-96.
1990 «Le Précéramique récent sur la Côte». En *Inca – Perou, 3000 Ans d' Historie*. Bruselas: Musées Royaux d'Art et d'Histoire, pp. 90-105.
1999 «El Proceso de Neolitización en los Andes Tropicales». En L. G. Lumbreras (editor). *Historia de América Andina, las Sociedades Aborígenes*. Volumen 1. Quito: Universidad Andina Simón Bolivar, pp. 141-196.

Fung, Rosa y Víctor Pimentel
1973 «Chankillo». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 39, pp. 71- 80, Lima.

Fung, Rosa y Carlos Williams
1977 «Exploraciones y excavaciones en el valle de Sechín, Casma». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 43, pp. 111- 155, Lima.

Gálvez, César
1992 «Un estudio de campamentos paijanenses en la quebrada Cuculicote, valle de Chicama». En D. Bonavia (editor). *Estudios de Arqueología Peruana*. Lima: FOMCIENCIAS, pp. 21-43.
1993 «Investigaciones sobre el Paleolítico de la Costa de los Andes Centrales (1948-1992)». En *II Curso de Prehistoria de América Hispana*. Murcia: Universidad de Murcia, pp.15-38.

Gálvez, César y Rosario Becerra
1993 «Propuesta para la reconstrucción hipotética de paravientos arqueológicos en la Costa Norte del Perú». En *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, n° 5, pp. 127-141, Trujillo.

Gálvez, César y Jesús Briceño
2001 «The Moche in the Chicama Valley». En J. Pillsbury (editora). *Moche Art and Archaeology in Ancient Perú.* Washington D.C.: National Gallery of Art, pp. 141-157.

Garcilaso de la Vega, Inca
1959 *Comentarios Reales de los Incas*. Lima: Librería Internacional del Perú.

Garrido, José Eulogio
1956 «Descubrimiento de un muro decorado en la Huaca de la Huaca de la Luna (Moche)». En *Chimor* 3 (1), pp. 25-31, Trujillo.

Gasparini, Graziano y Luise Margolies
1977 *Arquitectura Inka*. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad Central de Venezuela.

Gibaja, Arminda
1984 «Excavaciones en Ollantaytambo, Cusco». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 9, pp. 4-5, Lima.

Golte, Jürgen
1980 *La racionalidad de la organización andina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Gonzáles Carré, Enrique
1992 *Los Señoríos Chankas*. Lima: Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga e Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.

González Carré, Enrique, Jorge Cosmópolis y Jorge Lévano

Fondo Editorial PUCP

1996 *La ciudad Inka de Vilscahuamán*. Lima: Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

GRIEDER, Terence
1997 «On Two Types of Andean Tombs». En E. Bonnier y H. Bischof (editores). *Archaeologica Peruana 2. Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos*. Mannheim: Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana. Reiss-Museum, pp. 107-119.

GRIEDER, Terence y Alberto BUENO
1985 «Ceremonial Architecture at La Galgada». En C. Donnan (editor). *Early Ceremonial Architecture in the Andes*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 93-109.

GRIEDER, T., A. BUENO, E. SMITH y R. MALINA
1988 *La Galgada, Perú. A Preceramic Culture in Transition*. Austin: University of Texas Press.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe
1980 *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno*. Edición J. Murra y R. Adorno, traducción J. Urioste. 3 volúmenes. México D.F.: Siglo XXI.

GUMERMAN, George y Jesús BRICEÑO
2003 «Santa Rosa – Quirihuac y Ciudad de Dios: asentamientos rurales en la parte media del valle de Moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche*. Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 217-243.

GUNTER, Juan
1983 *Planos de Lima 1613 – 1983*. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana - Petroperú.

GUTIÉRREZ, Belkys
1997 «Licapa II, un asentamiento urbano ceremonial en el valle de Chicama. Observaciones preliminares». En *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, n° 7, pp. 121-156, Trujillo.

HARDOY, Jorge
1964 *Ciudades Precolombinas*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.

HARTH-TERRÉ, Emilio
1933 «Incahuasi. Ruinas incaicas del valle de Lunahuaná». En *Revista del Museo Nacional,* vol. 2, n° 1, pp. 101-125, Lima.
1959 «Pikillacta, ciudad de depósitos y bastimentos del imperio incaico». En *Revista del Museo e Instituto Arqueológico*, pp. 3-19, Cusco.

HAAS, Jonathan
1985 «Excavations on Huaca Grande: An initial view of the elite at Pampa Grande». En *Journal of Field Archaeology* 12, pp. 391-409, Boston.

HASTING, Charles y Michael MOSELEY
1975 «The adobes of Huaca del Sol and Huaca de la Luna». En *American Antiquity*, n° 40, pp. 196-203, Washington D.C.

HECKER, Giesela y Wolfgang HECKER
1985 Pacatnamú y sus construcciones. Frankfurt: Verlag Klaus Dieter Vervuert.

HECKER, Wolfgang y Giesela HECKER
1991 *Ruinas, caminos y sistemas de irrigación prehispánicos en la provincia de Pacasmayo, Perú. Patrimonio Arqueológico Zona Norte 3*. Trujillo: Instituto Departamental de Cultura – La Libertad.

HEMMING, John y Edward RANNEY
1990 *Monuments of the Incas*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

HERRERA, Bertha y Claude CHAUCHAT
2003 «La presencia Moche Temprano en la Sección 1 de la Huaca del Sol, valle de Moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche: hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche*. Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 189-216.

HEYERDAHL, T., D. SANDWEISS, A. NARVÁEZ y L. MILLONES
1996 *Túcume*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú.

HOCQUENGHEM, Anne Marie
1987 *Iconografía mochica*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

HOLDRIDGE, Leslie R.
1947 «Determination of World Plant Formations from Simple Climatic Data». En Science, vol. 105, n° 2727, pp. 367-368, Washington D.C.
1967 *Life Zone Ecology*. San José: Tropical Science Center.

HORKHEIMER, Hans
1970 «Chancay prehispánico: diversidad y belleza». En R. Ravines (editor). *100 Años de Arqueología Peruana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Petróleos del Perú, pp. 363-378.

HUERTAS, Lorenzo
1987 *Ecología e Historia: Probanzas de indios y españoles referentes a las catastróficas lluvias de 1578, en los Corregimientos de Trujillo y Zaña, Fran-*

Fondo Editorial PUCP

cisco Alcocer, escribano receptor. Chiclayo: CES Solidaridad.

Hyslop, John
1984 *The Inka Road System*. Nueva York y San Francisco: Academic Press.
1985 *Inkawasi. The New Cuzco.* Oxford: BAR International Series 234, Institute of Andean Research.
1990 *Inka Settlement Planning*. Austin: University of Texas Press.
1992 *Qhapaqñam. El Sistema Vial Inkaico*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos y Petróleos del Perú.

Hyslop, John y Elías Mujica
1992 «Investigaciones de A. F. Bandelier en Armatambo (Surco) en 1892». *En Gaceta Arqueológica Andina*, n° 22, pp. 63-86, Lima.

Isbell, William
1978 «El imperio Huari: ¿Estado o Ciudad?». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 43, pp. 227-241, Lima.
1985 «El origen del estado en el valle de Ayacucho». En *Revista Andina*, n° 3, pp. 57-106, Cusco.
1988 «City and state in Middle Horizon Huari». En R. Keatinge (editor). *Peruvian Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 164-189.
1989 «Honqopampa: Was it a Huari administrative center?». En R. Czwarno, F. Meddens y A. Morgan (editores). *Nature of Wari. A Reappraisal of the Middle Horizon Period in Perú.* Oxford: BAR International Series 525, pp. 98-114.
2001 «*Huari: crecimiento y desarrollo de la capital imperial*». En *Wari, Arte Precolombino Peruano*. Sevilla: Fundación El Monte, pp. 99-172.

IsbelL, William y Gordon McEwan
1991 «A History of Huari Studies and Introduction to Current Interpretations». En Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 1-17.

Isbell William, Christine Brewster-wray
y Linda Spickard
1991 «Architecture and Spatial Organization at Huari.». En Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 19-53.

Isla, Elizabeth y Daniel Guerrero
1987 «Socos: un sitio Wari en el valle del Chillón». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 14, pp. 23-28, Lima.

Isla, Johny
1990 «La Esmeralda: Una ocupación del Período Arcaico en Cahuachi, Nasca». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 20, pp. 67-80, Lima.
1992 «La ocupación Nasca en Usaca». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 22, pp. 119-151, Lima.

Izumi, Seiichi
1971 «The Development of the Formative Culture in the Ceja de Montaña: A View based on the materials from the Kotosh site». En E. Benson (editora). *Dumbarton Oaks Conference on Chavín*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 49-72.

Izumi, Seiichi y Kazuo Terada
1972 *Andes 4: Excavations at Kotosh, Perú, 1963 and 1966*. Tokio: University of Tokio Press.

Jijon y Caamaño, Jacinto
1949 *Maranga: Contribución al conocimiento de los aborígenes del valle del Rímac, Perú*. Quito: La Prensa Católica.

Jiménez, María Jesús, Carol Mackey
y William Sapp
2004 «Los tejidos Chimú / Chimú-Inca de Farfán y Cabur (Valle de Jequetepeque): pervivencias y cambios en la textilería norteña tardía». En L. Valle (editor). *Desarrollo Arqueológico Costa Norte del Perú*. Vol. 2. Trujillo: s/e, pp. 89-100.

Kato, Yasutake
1994 «Resultados de las excavaciones en Kuntur Wasi, Cajamarca». En L. Millones y Y. Onuki (compiladores). *El Mundo Ceremonial Andino*. Lima: Editorial Horizonte, pp.199-224.

Keatinge, Richard
1980 «Centros administrativos rurales». En R. Ravines (compilador). *Chanchán, Metrópoli Chimú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 283-298.

Keatinge, Richard y Geoffrey Conrad
1983 «Imperialist Expansion in Peruvian Prehistory: Chimú Adminstration of a Conquered Territory». En *Journal of Field Archaeology* 10 (3), pp. 255-283, Boston.

Kendall, Ann
1976 «Descripción e Inventario de las Formas Arquitectónicas Inca». En *Revista del Museo Nacional,* vol. 42, pp. 13-96, Lima.
1985 «Aspects of Inca Architecture. Description, Function and Chronology». 2 vols. Oxford: International Series 242. British Archaeological Reports.

Klymyshyn, Ulana

Fondo Editorial PUCP

1980 «Inferencias sociales y funcionales de la Arquitectura Intermedia». En R. Ravines (compilador). *Chanchán, Metrópoli Chimú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 250-266.
1982 «Elite Compounds in Chanchán». En M. Moseley y K. Day (editores). *Chan Chan Andean Desert City*. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 119-143.
1987 «The Development of Chimú Administration in Chanchán». En J. Haas, S. Pozorski y T. Pozorski (editores). *Origins and Development of the Andean State*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 97-110.

KOLATA, Alan
1980 «Chanchán: crecimiento de una ciudad antigua». En R. Ravines (compilador). *Chanchán, Metrópoli Chimú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 130-154.
1990 «The Urban Concept of Chanchán». En M. Moseley y A. Cordy-Collins (editores). *The Northern Dynasties Kingship and Statecraft in Chimor*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 107-144.

KOSOK, Paul
1965 *Life, Land and Water in Ancient Perú*. Nueva York: Long Island University Press.

KROEBER, Alfred
1925 *The Uhle Pottery Collection from Moche*. Publications in American Archaeology and Ethnology, n° 21. Berkeley: University of California, pp. 191-233.
1926 *The Uhle Pottery Collection from Chancay*. Publications in American Archaeology and Ethnology, n° 21. Berkeley: University of California, pp. 265-292.
1944 *Peruvian Archaeology in 1942*. Nueva York: Viking Fund Publications in Anthropology, n° 4.

KROEBER, Alfred y William STRONG
1924 *The Uhle Pottery Collection from Chincha*. Publications in American Archaeology and Ethnology, n° 21. Berkeley: University of California, pp. 1-54.

KRZANOWSKI, Andrzej
1991 «Observaciones sobre la arquitectura y patrón de asentamiento de la cultura Chancay». En Andrzej Krzanowski (editor). *Estudios sobre la Cultura Chancay, Perú*. Cracovia: Universidad Jaguelona, pp. 37-56.

KUBLER, George
1948 «Towards absolute time: Guano Archaeology. A Reappraisal of Peruvian Archaeology». En *Memoirs of the Society for American Archaeology*, n° 4, pp. 29-50, Menasha.

KUTSCHER, Gerd
1983 *Norperuanische Gefabmalereien des Moche Stils*. Munich: Deutschen Archäologischen Instituts Bonn, Kommission für Allgemeine und Vergleichende Archäologie. KAVA - C.H. Beck.

LANGLOIS, Louis
1938 «Las Ruinas de Paramonga». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 7, n° 1, pp. 23-52; y n° 2, pp. 281-307, Lima

LANNING, Edward
1963 «A Pre-Agricultural Occupation on the Central Coast of Perú». En *American Antiquity*, vol. 28, n° 3, pp. 360-371, Salt Lake City.
1967 *Perú before the Incas*. Nueva Jersey: Prentice Hall.

LARCO HOYLE, Rafael
2001 *Los Mochicas*. Tomos I y II. Lima: Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera.

LAVALLÉE, Danièle
1997 Territorio, recursos líticos y estrategias de aprovisionamiento en la cuenca del alto Shaka (Junín, Perú)». En R. Varón y J. Flores (editores). *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes, Homenaje a María Rostworowski*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Banco Central de Reserva del Perú, pp. 353-378.

LAVALLÉE, Danièle y Michèle JULIEN
1983 *Asto: curacazgo prehispánico de los Andes Centrales*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

LAVALLÉE, D., M. JULIEN, J. WHEELER y C. KARLIN
1985 *Telarmachay, chasseur et pasteurs préhistoriques des Andes*. París: Éditions Recherche sur les Civilisations, Istitut Français d' Etudes Andines.
1995 *Telarmachay, cazadores y pastores prehistóricos de los Andes*. Traducido al castellano por D. Pozzi–Escot. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.

LECHTMAN, Heather, Lee PARSONS y William YOUNG
1976 «Siete jaguares de oro del Horizonte Temprano». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 41, pp. 277-310, Lima.

LUDEÑA, Hugo
1970 «San Humberto, un sitio formativo en el valle de Chillón (Informe Preliminar)». En *Arqueología y Sociedad*, n° 2, pp. 36-45, Lima.

LUMBRERAS, Luis G.
1967 «Para una revaluación de Chavín». En *Amaru, Revista de Artes y Ciencias*, pp. 49-60, Lima.

Fondo Editorial PUCP

1968 «Los orígenes del Estado y de las clases sociales en el Perú Prehispánico». En *Visión del Perú*, n° 3, pp. 3-15, Lima.
1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del Antiguo Perú*. Lima: Moncloa – Campodónico Editores Asociados.
1971 «Towards a Re-evaluation of Chavín». En E. Benson (editora). *Dumbarton Oaks Conference on Chavín*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 1-28.
1974 *The Peoples and Cultures of Ancient Perú*. Traducción B. Meggers. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
1981a *Arqueología de la América Andina*. Lima: Editorial Milla Batres.
1981b «Wari». En *Historia del Perú*. Tomo II. Barcelona: Editorial Juan Mejía Baca, pp. 9-91.
1984 «La cerámica como indicador de culturas». En *Gaceta Arqueológica Andina,* n° 12, pp. 3, Lima.
1987a «Childe and the Urban Revolution: the Central Andean Experience». En L. Manzanilla (editora). *Studies in the Neolithic and Urban Revolutions: the V. Gordon Childe Colloquium, Mexico, 1986*. Oxford: BAR International Series 349.
1987b «El Estudio Arqueológico del Estado». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 16, pp. 3-5, Lima.
1987c *Vicús. Colección Arqueológica*. Lima: Museo del Banco Central de Reserva del Perú.
1989 *Chavín de Huántar en el Nacimiento de la Civilización Andina.* Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.
1994 «Acerca de la aparición del Estado». En *Boletín de Antropología Americana*, n° 29, pp. 5-33, México D.F.
1999 «Formación de las Sociedades Urbanas». En L. G. Lumbreras (editor). *Historia de América Andina. Las Sociedades Aborígenes*. Vol. 1. Quito: Universidad Andina Simón Bolivar, pp. 223-281.
2002 «La Arqueología Testimonial». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 26, pp. 5-12, Lima.
2007 *Chavín. Excavaciones Arqueológicas.* 2 Volúmenes. Lima: Universidad Alas Peruanas.

Lynch, Thomas
1980 «Guitarrero Cave, Early Man in the Andes». Nueva York: Academic Press.

Mackey, Carol
1987 «Chimú Administration in the Provinces». En J. Haas, S. Pozorski y T. Pozorski (editores). *Origins and Development of the Andean State*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 121-129.
2003 «La transformación económica de Farfán bajo el gobierno Inka». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 7, pp. 321-353, Lima.
2004 «La ocupación de dos centros administrativos en el valle de Jequetepeque: El Algarrobal de Moro y Farfán». En L. Valle (editor). *Desarrollo Arqueológico Costa Norte del Perú*. Vol. 2. Trujillo: s/e, pp. 75-88.

Mackey, Carol y Ulana Klymyshyn
1981 «Construction and Labor Organization in the Chimú Empire». En *Ñawpa Pacha*, n° 19, pp. 99-114, Berkeley.
1990 «The Southern Frontier of the Chimor Empire». En M. Moseley y A. Cordy-Collins (editores). *The Northern Dynasties Kingship and Statecraft in Chimor*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 195-226.

Makowski, Krzysztof
2008 «Andean Urbanism». En H. Silverman y W. Isbell (editores). *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp. 633-657.

Maldonado, Elena
1992 *Arqueología de Cerro Sechín, Arquitectura*. Tomo 1. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Fundación Volkswagenwerk.

Manzanilla, Linda
1986 *La constitución de la sociedad urbana en Mesopotamia*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Marcone, Giancarlo
2005 «Cieneguilla a la llegada de los Incas». En *Bulletin de l' Institut Francais d' Études Andines*, tomo 33, n° 3, pp. 715-734, Lima.

Marcos, Jorge
2002 «Mullo y Pututo para el Gran Caimán: un modelo para el intercambio entre Mesoamérica y Andino América». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 26, pp. 13-36, Lima.

Markus, Joyce
2008 *Excavations at Cerro Azul, Perú. The Architecture and Pottery*. Los Ángeles: Cotsen Institute of Archaeology at University of California

Markus, Joyce, Ramiro Matos
y María Rostworowski
1983-1985 «Arquitectura Inca de Cerro Azul, valle de Cañete». En *Revista del Museo Nacional*, tomo. 47, pp. 125-138, Lima.

Massey, Sarah
1983 «Antiguo centro Paracas: Animas Altas». En *Culturas Precolombinas: Paracas*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 134-160.

Fondo Editorial PUCP

1991 «Social and Political Leadership in the Lower Ica Valley: Ocucaje Phases 8 and 9». En A. Paul (editora). *Paracas Art and Architecture*. Iowa: University of Iowa Press, pp. 315-348.

MATOS, Ramiro
1994 *Pumpu. Centro Administrativo Inka de la Puna de Junín.* Lima: Editorial Horizonte.

MATSUMOTO, Ryozo
1994 *Dos modos de proceso socio-cultural: el Horizonte Temprano y el Período Intermedio Temprano en el valle de Cajamarca*. En L. Millones y Y. Onuki (compiladores). *El Mundo Ceremonial Andino*. Lima: Editorial Horizonte, pp.167-197.

MATSUZAWA, Tsugio
1972 «Constructions». En S. Izumi y K. Terada (editores). *Andes 4: Excavations at Kotosh, Perú, 1963 and 1966*. Tokio: University of Tokio Press, pp. 55-176.
1978 «The Formative Site of Las Haldas, Perú: Architecture, Chronology, and Economy». En *American Antiquity*, n° 43, pp. 652-673, Washington D.C.

MAYER, Enrique
2004 *Casa, Chacra y Dinero. Economías domésticas y ecología en los Andes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MAYER, Enrique y Marisol DE LA CADENA
1989 *Cooperación y Conflicto en la Comunidad Andina: zonas de producción y organización social*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

MCEWAN, Gordon
1991 «Investigations at the Pikillacta Site: A Provintial Huari Center in the Valley of Cuzco». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 93-119.

MCEWAN, Gordon (editor)
2005 *Pikillacta: The Wari Empire in Cuzco.* Iowa: University of Iowa Press.

MEDDENS, Frank
1991 «A Provincial perspective of Huari Organization Viewed from the Chicha / Soras Valley». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 215-231.

MEDINA, Lucía
1992 «Un campamento paijanense en el valle de Moche, norte del Perú: informe preliminar». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 21, pp. 17-31, Lima.

MEJÍA XESSPE, Toribio
1978 «Importancia prehistórica de la Huaca La Florida en el valle de Lima». En R. Matos (editor). *III Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina.* Tomo II. Lima: s/e, pp. 493-520.

MENZEL, Dorothy
1959 «The Inca Occupation of the South Coast of Perú». En *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 15, n° 2, pp. 125-142, Albuquerque.
1964 «Style and time in the Middle Horizon». En *Ñawpa Pacha*, n° 2, pp. 1-106, Berkeley.
1968 *La Cultura Huari.* Colección Las Grandes Civilizaciones del Antiguo Perú. Tomo VI. Lima: Compañía de Seguros y Reaseguros Peruano-Suiza S.A.
1971 «Estudios arqueológicos en los valles de Ica, Pisco, Chincha y Cañete». En *Arqueología y Sociedad*, n° 6, Lima.
1977 *The Archaeology of Ancient Perú and the Work of Max Uhle*. Berkeley: R. H. Lowie Museum of Anthropology.

MENZEL, Dorothy y John ROWE
1966 «The Role of Chincha in Late Pre-Spanish Perú». En *Ñawpa Pacha*, n° 4, pp. 63- 76, Berkeley.

MENZEL, Dorothy, John ROWE y Lawrence DAWSON
1964 *The Paracas Pottery of Ica: A Study in Style and Time.* University of California Pubblications in American Archaeology and Ethnology 50. Berkeley: University of California Press.

MIDDENDORF, Ernest
1973 *Perú. Observaciones y Estudios del País y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*. Tomo II. Lima: Universidad Nacional de San Marcos.

MIRÓ QUESADA, Luis
1967 «Apreciaciones urbanísticas y arquitectónicas sobre la metrópoli de Chanchán». En *Amaru. Revista de Artes y Ciencias*, pp. 51-61, Lima.

MOGROVEJO, Juan y Rafael SEGURA
2001 «El Horizonte Medio en el Conjunto Tello de Cajamarquilla». En *Boletín de Arqueología*, n° 4, pp. 565-582, Lima.

MONTOYA, María
1997 «Excavaciones en la Plaza 3 B». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 61-66.

Fondo Editorial PUCP

1998 «Excavaciones en la Unidad 11, Plataforma I de la Huaca de la Luna durante 1996». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 19-28.

Montoya, M., T. Miranda, E. Rodriguez, J. Tejada, I. Paredes y J. Ugaz
2000 «Excavaciones en los conjuntos arquitectónicos 22, 23 y 24, centro urbano Moche». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 169-178.

Moore, Jerry
1981 «Chimú Socio-Economic Organization: Preliminary Data from Manchán, Casma Valley, Perú». En *Ñawpa Pacha*, n° 19, pp. 115-128, Berkeley.
2005 *Architecture and power in the Ancient Andes. The archaeology of public buildings*. Nueva York: Cambridge University Press.

Moorehead, Elizabeth
1978 «Highland Inca Architecture in Adobe». En *Ñawpa Pacha*. Vol. 16, pp. 65- 94, Berkeley.

Morales, Ricardo
2000 «Max Uhle: murales y materiales pictóricos en las Huacas de Moche (1899-1900)». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 215-266.
2003 «Iconografía litúrgica y contexto arquitectónico en Huaca de la Luna, valle de Moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche: hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche*. Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 425-476.

Morris, Craig
1973 «Establecimientos estatales en el Tawantinsuyu: una estrategia de urbanismo obligado». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 39, pp. 127-141, Lima.
1978-1980 «Huánuco Pampa: nuevas evidencias sobre el urbanismo inca». En *Revista del Museo Nacional*, tomo 44, pp. 139-152, Lima.
1981 «Tecnología y organización Inca del almacenamiento de víveres en la sierra». En H. Lechtman y A. M. Soldi (editoras). *La Tecnología en el Mundo Andino*. Vol. 1. México D.F.: Universidad Autónoma de México, pp. 327-375.
1988 «Progress and prospect in the archaeology of the Inca». En R. Keatinge (editor). *Peruvian Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 233- 256.
[1987]1990 «Arquitectura y estructura del espacio en Huánuco Pampa». En *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, n° 12, pp. 27-45, Buenos Aires.

Morris, Craig y Donald Thompson
1985 *Huánuco Pampa. An Inca City and its Hinterland*. Londres: Thames and Hudson.

Morris, Craig y Adriana Von Hagen
1993 *The Inka Empire and its Andeans Origins.* Nueva York: American Museum of Natural History.

Moseley, Michael
1975 *The Maritime Foundations of Andean Civilization*. California: Cummings Publishing.
1978 «Principios de organización laboral en el valle de Moche». En R. Ravines (compilador). *Tecnología Andina.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 591-599.
1992 *The Incas and their Ancestors*. Londres: Thames and Hudson.

Moseley, Michael y Kent Day (editores)
1982 *Chan Chan Andean Desert City*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Moseley, Michael y Eric Deeds
1982 «The Land in Front Chan Chan: Agrarian Expansion, Reform, and Collapse in the Moche Valley». En M. Moseley y K. Day (editores). *Chan Chan Andean Desert City.* Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 25-53.

Moseley, M., R. Feldman, P. Goldstein y L. Watanabe
1991 «Colonies and Conquest: Tiahuanaco and Huari in Moquegua». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 121-140.

Moseley, Michael y Carol Mackey
1973 *Twenty four Architectural Plans of Chanchán, Perú. Structure and Form at the Capital of Chimor*. Cambridge: Peabody Museum Press, Harvard University.

Mujica, Elías
1973 «Excavaciones arqueológicas en Cerro Arena: un sitio del Formativo Superior en el valle del Moche, Perú». Tesis de bachillerato. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fondo Editorial PUCP

1984 «Cerro Arena - Layzón: relaciones Costa - Sierra en el Norte del Perú». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 10, pp. 12-15, Lima.
1987 «Malanche 1: un poblado complejo en medioambiente de lomas». En *DAU, Documentos de Arquitectura y Urbanismo*, n° 2 y 3, pp. 7-19, Lima.

Mujica, Elías, José Pablo Baraybar y Aldo Bolaños
1992 «Malanche 22: prácticas mortuorias complejas y modo de vida en una aldea de lomas tardía de la costa central del Perú». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 21, pp. 81-107, Lima.

Murra, John
1975 *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1980 *La Organización Económica del Estado Inca*. México D.F.: Editorial Siglo Veintiuno.
2002 *El Mundo Andino. Población, medio ambiente y economía.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto de Estudios Peruanos.

Narváez, Alfredo
1988 «Kuelap: Una ciudad fortificada en los Andes Nor-Orientales de Amazonas, Perú». En V. Rangel (editor). *Arquitectura y Arqueología, pasado y futuro de la construcción en el Perú*. Lima: Universidad de Chiclayo y Museo Bruning, pp. 115-142.
1994 «La Mina: Una tumba Moche I en el valle de Jequetepeque». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche: propuestas y perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche.* Lima: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales pp. 59-81.
1996a «Las pirámides de Túcume: el sector monumental». En Heyerdahl *et al. Túcume*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 83-151.
1996b «La conexión marítima: Huaca Las Balsas». En Heyerdahl *et al. Túcume*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 153-165.

Negro, Sandra
1991 «Arquitectura y sistemas constructivos en los asentamientos de la cultura Chancay». En A. Krzanowski (editor). *Estudios sobre la Cultura Chancay, Perú*. Cracovia: Universidad Jaguelona, pp. 57-81.

Netherly, Patricia
1984 «The Management of Late Andean Irrigations Systems on the North Coast of Perú». En *American Antiquity* 49 (2), pp. 227-254, Washington D.C.

Nials, F., E. Deeds, M. Moseley, S. Pozorski, T. Pozorski y R. Feldman
1979 «El Niño: The Catastrophic Flooding of Coastal Perú». Chicago: Field Museum of Natural History Bulletin 50 (7 y 8).

Niles, Susan
1982 «Style and Funtion in Inca Agricultural Works near Cuzco». En *Ñawpa Pacha*, vol. 20, pp. 163-182, Berkeley.
1984 «Architectural Form and Social Function in Inca Towns near Cuzco». En A. Kendall (editora). *Current Archaeological Projects in the Central Andes, Some Approaches and Results.* Proccedings of the 44 International Congress of Americanist, Manchester. Oxford: Bar International Series 210, pp. 205-219.

Orbegoso, Clorinda
1998 «Excavaciones en la zona sureste de la Plaza 3C de la Huaca de la Luna». En *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 67-73.

Ortloff, Charles
1981 «La ingeniería hidráulica Chimú». En H. Letchman y A. M. Soldi (editoras). *La Tecnología en el mundo Andino.* Tomo 1. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma, pp. 91-134.

Onern
1970 *Inventario, Evaluación y Uso Racional de los Recursos Naturales de la Costa: Cuencas de los Ríos San Juan (Chincha) y Topará.* Volúmenes I y II. Lima: Oficina Nacional de Evaluación de Recursos Naturales (Onern).
1985 *Los Recursos Naturales del Perú*. Lima: Oficina Nacional de Evaluación de Recursos Naturales (Onern).

Onuki, Yoshio
1985 «Resumen de los trabajos arqueológicos realizados en Cajamarca por la Expedición Científica Japonesa, 1982». En F. Silva Santisteban, W. Espinoza y R. Ravines (compiladores). *Historia de Cajamarca*. Vol. I. Lima: Instituto Nacional de Cultura Departamental de Cajamarca, pp. 61-65.
1989 «Recientes resultados de las excavaciones en Kuntur Wasi, Cajamarca: Informe Preliminar». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 20, pp. 59-66, Lima.

Fondo Editorial PUCP

1994 «Las actividades ceremoniales tempranas en la cuenca del Alto Huallaga y algunos problemas generales». En L. Millones y Y. Onuki (compiladores). *El Mundo Ceremonial Andino*. Lima: Editorial Horizonte, pp.71-95.

Onuki, Yoshio y Yasutake Kato
1988 «Las excavaciones en Cerro Blanco». En K. Terada y Y. Onuki (compiladores). *Las excavaciones en Cerro Blanco y Huacaloma, Cajamarca, Perú 1985.* Tokio: Universidad de Tokio.

Onuki, Yoshio, Tsuyoshi Ushino y Yuji Seki
1988 «Las excavaciones en Huacaloma». En K. Terada y Y. Onuki (compiladores). *Las excavaciones en Cerro Blanco y Huacaloma, Cajamarca, Perú 1985.* Tokio: Universidad de Tokio.

Outwater, Ogden
1978 «Edificación de la fortaleza de Ollantaytambo». En R. Ravines (compilador). *Tecnología Andina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 581-589.

Palacios, Jonathan
1988 «La secuencia de la cerámica temprana del valle de Lima en Huachipa». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 16, pp. 13-24, Lima.

Paredes, Juan
1992 «Cerro Culebras: nuevos aportes acerca de una ocupación de la Cultura Lima (Costa Central del Perú)». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 22, pp. 51-62, Lima.
2000 «La cultura Lima en el valle bajo del río Chillón». En *Arqueología y Sociedad*, n° 13, pp. 133-158, Lima.

Paredes, Ponciano y Régulo Franco
1987 «Pachacamac: las pirámides con rampa, cronología y función». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 13, pp. 5-7, Lima.

Patterson, Thomas
1966a «Early Cultural Remains of the Central Coast of Perú». En *Ñawpa Pacha*, n° 4, pp. 145-153, Berkeley.
1966b *Pattern and Process in the Early Intermediate Period Pottery of the Central Coast of Perú*. Publication in Anthropology 3. Berkeley y Los Ángeles: University of California.
1983 «The Historical Development of Coastal Andean Social Formation in Central Perú, 6000 to 500 B.C». En D. Sandweiss (editor). *Investigations of the Andean Past.* Ithaca: Cornell Latin American Studies Program, pp. 21-37.
1985 «The Huaca La Florida, Rimac Valley, Perú». En C. Donnan (editor). *Early Ceremonial Architecture in the Andes*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 59-69.

Patterson, Thomas y Edward Lanning
1964 «Changing Settlements Patterns on Central Peruvian Coast». En *Ñawpa Pacha*, n° 2, pp. 113-123, Berkeley.
1969 «Los cambios del patrón de establecimiento en la costa central del Perú». En R. Ravines (editor). *100 años de Arqueología en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos , pp.393-406.

Patterson, Thomas, John McCarthy y Robert Dunn
1981 «Polities in the Lurin Valley, Perú during the Early Intermediate Period». En *Ñawpa Pacha*, n° 20, pp. 61-82, Berkeley.

Paul, Anne
1991 «Paracas: An Ancient Cultural Tradition on the South Coast». En A. Paul (editora*). Paracas Art and Architecture.* Iowa: University of Iowa Press, pp. 1-34.

Pease, Franklin
1981 «Los Incas». En *Historia del Perú*. Tomo II. Barcelona: Editorial Juan Mejía Baca, pp. 185-293.
1984 *Introducción a la Crónica del Perú de Pedro de Cieza de León.* Primera parte. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Petersen, George
1967 «Cumbemayo: Acueducto arqueológico que cruza la divisoria continental». En *Tecnia*, n° 3, pp. 112-39, Lima.

Peters, Ann
1988 «Chongos: sitio temprano en el valle de Pisco». En Gaceta *Arqueológica Andina*, n° 16, pp. 30-34, Lima.
1991 «Ecology and Society in Embroidered Images from the Paracas Necrópolis». En A. Paul (editora). *Paracas Art and Architecture*. Iowa: University of Iowa Press, pp. 1-34.

Piggot, Stuart
1966 *Arqueología de la India prehistórica.* México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Pimentel, Víctor y Gonzalo Álvarez
2000 «Relieves policromos en la plataforma funeraria Uhle». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 181-203.

Pimentel, Víctor y María Paredes

Fondo Editorial PUCP

2003 «Evidencias Moche V en tambos y caminos entre los valles de Santa y Chao, Perú». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche: hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche.* Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 269-303.

Pizarro, Pedro
1986 *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Pozorski, Shelia y Thomas Pozorski
1977 «Alto Salaverry: Sitio precerámico de la costa peruana». En *Revista del Museo* Nacional, tomo 43, pp. 27-60, Lima.
1987 *Early Settlement and Subsistence in the Casma Valley, Perú.* Iowa: University of Iowa Press.
1989 «Planificación urbana prehistórica en Pampa de las Llamas - Moxeque, valle de Casma». En *Boletín de Lima*, n° 66, pp. 19-30, Lima.
1998 «La dinámica del valle de Casma durante el Período Inicial». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 2, pp. 83-100, Lima.
2000 «El Desarrollo de la Sociedad Compleja en el Valle de Casma». En *Arqueología y Sociedad*, n°13, pp. 79-98, Lima.
2003 «Arquitectura residencial y subsistencia de los habitantes del sitio de Moche: Evidencia recuperada por el Proyecto Chan Chan - Valle de Moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche: hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche*. Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 119-150.

Pozorski, Thomas
1976 «El complejo de Caballo Muerto: los frisos de barro de la Huaca Los Reyes». En *Revista del Museo Nacional*, tomo 41, pp. 211-51, Lima.
1982 «Early Social Stratification and Subsistence Systems: the Caballo Muerto Complex». En M. Moseley y K. Day (editores). *Chan Chan Andean Desert City.* Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 225-253.

Pozorski, Thomas y Shelia Pozorski
1994 «Sociedades complejas tempranas y el universo ceremonial en la costa nor-peruana». En L. Millones y Y. Onuki (compiladores). *El Mundo Ceremonial Andino*. Lima: Editorial Horizonte, pp.47-70.
2000 «La centralización del poder en el Perú Prehispánico Temprano». En *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, n° 7, pp. 87-109, Trujillo.

Pozzi-Escot, Denise
1991 «Conchopata: A Community of Potters». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 81-92.

Protzen, Jean Pierre
1983 «Inca Quarrying and Stonecutting». En *Ñawpa Pacha*, n° 21, pp. 183-214, Berkeley.
2005 *Arquitectura y Construcción Incas en Ollantaytambo.* Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Protzen, Jean Pierre y Craig Morris
2004 «Los colores de Tambo Colorado: una reevaluación». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 8, pp. 267-276, Lima.

Proulx, Donald
1982 «Territoriality in the Early Intermediate Period: the case of Moche and Recuay». En *Ñawpa Pacha*, n° 20, pp. 83-96, Berkeley.
1985 *An Analysis of the Early Cultural Sequence in the Nepeña Valley, Perú.* Amherst: Department of Anthropology Research Reports, University of Massachusetts.

Pulgar Vidal, Javier
1996 *Geografía del Perú*. Lima: Editorial PEISA.

Quilter, Jeffrey
1984 «Cerro de Media Luna: an Early Intermediate Period Site in the Chillón Valley, Perú». En *Ñawpa Pacha*, n° 24, pp. 73-98, Berkeley.

Ravines, Rogger
1985 «Arquitectura monumental temprana del valle de Jequetepeque». En F. Silva Santisteban, W. Espinoza y R. Ravines (compiladores). *Historia de Cajamarca*. Vol. I. Lima: Instituto Nacional de Cultura Departamental de Cajamarca, pp. 131-146.

Ravines, Rogger (compilador)
1980 *Chanchán, Metrópoli Chimú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Ravines, Rogger y William Isbell
1975 «Garagay: sitio ceremonial temprano en el valle de Lima». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 41, pp. 253-75, Lima.

Fondo Editorial PUCP

REDMAN, Charles
1990 *Los Orígenes de la Civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*. Barcelona: Editorial Crítica.

REINDEL, Markus
1997 «Aproximación a la arquitectura monumental de adobe en la costa norte del Perú». En E. Bonnier y H. Bischof (editores). *Archaeologica Peruana 2. Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos*. Mannheim: Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana, Reiss-Museum, pp. 91-106.

REINDEL, Markus, Johny ISLA y Klaus KOSCHMIEDER
1999 «Asentamientos Prehispánicos y Geoglifos en Palpa, Costa Sur del Perú». En *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäeologie*, 19, pp. 313-381, Mainz.

REINDEL, Markus y Johny ISLA
2001 «Los Molinos y La Muña. Dos centros administrativos de la cultura Nasca en Palpa, Costa Sur del Perú». En *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäeologie*, 21, pp. 241-319, Mainz.

RICK, John
1983 *Cronología, Clima y Subsistencia en el Precerámico Peruano.* Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.
1988 «The character and context of highland preceramic society». En R. Keatinge. *Peruvian Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 3- 40.

RICK, J., S. RODRIGUEZ KEMBEL, R. MENDOZA RICK y J. MENDEL
1998 «La arquitectura del complejo ceremonial de Chavín de Huántar: documentación tridimensional y sus implicancias». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 2, pp. 181-214, Lima.

RIDDELL, Francis y Lidio VALDÉZ
1988 «Hacha y la ocupación temprana del valle de Acarí». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 16, pp. 6-10, Lima.

ROSAS, Hermilio y Ruth SHADY
1970 *Pacopampa, un caso Formativo en la sierra nor-peruana.* Seminario de Historia Rural Andina. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

ROSSELL CASTRO, Alberto
1977 Arqueología Sur del Perú. Lima: Editorial Universo.

ROSTWOROWSKI, María
1977 *Etnía y Sociedad. Costa Peruana Prehispánica.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1978 *Señoríos Indígenas de Lima y Canta*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1978-1980 «Guarco y Lunahuaná. Dos señoríos prehispánicos de la costa sur central del Perú». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 44, pp. 153-214, Lima.
1981 *Recursos naturales renovables y pesca, siglos XVI y XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1988 *Historia del Tawantinsuyu*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1992 *Pachacamac y el Señor de los Milagros. Una trayectoria milenaria.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1999 «El Señorío de Pachacamac. El informe de Rodrigo Cantos de Andrade de 1573». En M. Rostworowrski (editora). Lima: Banco Central del Perú y Instituto de Estudios Peruanos.
2002 *Pachacamac.* Obras Completas II. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
2004 *Costa Peruana Prehispánica*. Obras Completas III. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

ROWE, John
1946 «Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest». En J. H. Steward (editor). *The Andean Civilizations. Handbook of South American Indians*. Vol. 2. Bulletin 143. Washington D. C.: Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, pp. 183-330.
1948 «The Kingdom of Chimor». En *Acta Americana, Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, vol. VI, n° 1 y 2, pp. 26-59, México D.F.
1962 «Stages and Periods in Archaeological Interpretation». En *Southwestern Journal of Anthropology,* vol. 18, n° 1, pp. 40-54, Albuquerque.
1963 «Urban Settlements in Ancient Perú». En *Ñawpa Pacha*, n° 1, pp. 1-28, Berkeley.
1967a «Form and Meaning in Chavin Art». En J. Rowe y D. Menzel (editores). *Peruvian Archaeology: Selected Readings*. Palo Alto: Peek Publications, pp. 72-103.
1967b «What Kind of a Settlement Was Inca Cuzco?». En *Nawpa Pacha*, n° 5, pp. 59-76, Berkeley.
1970a «El Reino de Chimor». En R. Ravines (editor). *100 Años de Arqueología Peruana*. Lima: Petróleos del Perú e Instituto de Estudios Peruanos, pp. 321-355.
1970b «La arqueología del Cuzco como historia cultural». En R. Ravines (editor). *100 Años de Arqueología Peruana*. Lima: Petróleos del Perú e Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
1973 «El arte de Chavín: estudio de su forma y su significado». En *Historia y Cultura*, n° 6, pp. 249-276, Lima.

RUSSEL, Glen, Leonard BANKS y Jesús BRICEÑO

Fondo Editorial PUCP

1994 «Cerro Mayal: nuevos datos sobre la fabricación de cerámica Moche en el valle de Chicama». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche: propuestas y perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche.* Lima: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, pp. 181-206.

Russell, Glenn y Margaret Jakson
2001 «Political Economy and Patronage at Cerro Mayal, Perú». En J. Pillsbury (editora). *Moche Art and Archaeology in Ancient Perú*. Washington D.C.: National Gallery of Art, pp. 159-175.

Samaniego, Lorenzo, Enrique Vergara y Henning Bischof
1985 «New Evidence on Cerro Sechín, Casma Valley, Perú». En C. Donnan (editor). *Early Ceremonial Architecture in the Andes*. Washington: Dumbarton Oaks, pp. 165-90.

Sanders, William
1973 «The Significance of Pikillacta in Andean Culture History». En *Occasional Papers in Anthropology*, n° 8, pp. 380-428, University Park.

Sandweiss, Daniel
1992 «The Archaeology of Chincha Fishermen: Specialization and Status in Inka Perú». En *Bulletin of Carnegie Museum of Natural History*, n° 29, Pittsburg.
1996a «Antecedentes culturales y prehistoria regional». En Heyerdahl *et al. Túcume*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 55-81.
1996b «La vida en el antiguo Túcume». En Heyerdahl *et* al. *Túcume*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 167-205.

Sandweiss, Daniel y Alfredo Narváez
1996 «El pasado de Túcume». En Heyerdahl *et al. Túcume*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 235-245.

Santillana, Julián Idilio
1984 «La Centinela: un asentamiento Inka-Chincha. Rasgos arquitectónicos estatales y locales». En *Arqueología y Sociedad*, n° 10, pp. 13-32, Lima.

Seki, Yuji
1994 «La transformación de los centros ceremoniales del Período Formativo en la cuenca de Cajamarca, Perú». En L. Millones y Y. Onuki (compiladores). *El Mundo Ceremonial Andino*. Lima: Editorial Horizonte, pp.143-65.
1998 «El Período Formativo en el valle de Cajamarca». *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 2, pp. 147-160, Lima.

Service, Elman
1984 *Los orígenes del estado y de la civilización*. Madrid: Alianza Editorial.

Schaedel, Richard
1951a «Mayor Ceremonial and Populations Centers in Northern Peru». En Sol Tax (editor). *The Civilizations of Ancient America. Selected Papers of the XXIX Internacional Congress of Americanists* Chicago: Chicago University Press, pp. 232-243.
1951b «Mochica Murals at Pañamarca». En *Archaeology* 4 (3), pp. 145-154, Nueva York.
1972 «The City and the Origin of the State in America». En *Urbanización y proceso social en América. Actas y Memorias del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 15-33.
1989 *La etnografía Muchik en las fotografías de H. Brüning 1886 - 1925.* Lima: Ediciones COFIDE.

Schreiber, Katharina
1987 «From state to empire: the expansion of Wari outside the Ayacucho Basin». En J. Haas, S. Pozorski y T. Pozorski (editores). *The Origins and Development of the Andean State.* Cambridge: Cambridge University Press.
1991 «Jincamocco: A Huari Administrative Center in the South Central Highlands of Perú». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 199-213.

Schreiber, Katharina y Josué Lancho
1988 «Los Pukios de Nasca: un sistema de galerías filtrantes». En *Boletín de Lima*, n° 59, pp. 51-62, Lima.
2006 *Aguas en el Desierto. Los Puquios de Nasca*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Schjellerup, Inge
1984 «Cochabamba. An Inca Administrative Centre in the Rebellious Province of Chachapoya». En A. Kendall (editora). *Proceedings 44 International Congress of Americanist*. Oxford: British Archaeological Reports, International Series 210, pp. 161-187.
2005 *Incas y españoles en la conquista de los Chachapoya.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto Francés de Estudios Andinos.

Shady, Ruth

Fondo Editorial PUCP

1989 «Cambios significativos ocurridos en el mundo andino durante el Horizonte Medio». En R. Czwarno, F. Meddens y A. Morgan (editores). *Nature of Wari. A Reappraisal of the Middle Horizon Period in Perú.* Oxford: BAR International Series 525, pp. 1-22.
1997 *La Ciudad Sagrada de Caral. Supe en los albores de la civilización en el Perú.* Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
2000 «Sustento socioeconómico del Estado prístino de Supe, Perú: las evidencias de Caral, Supe». En *Arqueología y Sociedad*, n° 13, pp. 49-66, Lima.

Shady, R., C. Dolorier, F. Montesinos y L. Casas
2000 «Los Orígenes de la Civilización en el Perú: El Área Norcentral y el valle de Supe durante el Arcaico Tardío». En *Arqueología y Sociedad*, n° 13, pp. 13-48, Lima.

Shady Ruth y Carlos Leyva (editores)
2003 *La Ciudad Sagrada de Caral-Supe. Los orígenes de la civilización andina y la formación del Estado prístino en el antiguo Perú.* Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

Shimada, Izumi
1978 «Economy of Prehistoric Urban Context: Commodity and Labor Flow at Moche V Pampa Grande, Perú». En *American Antiquity*, 43 (4), pp. 569-592, Utah.
1985 «La Cultura Sicán: caracterización arqueológica». En E. Mendoza Samillan (editor). *Presencia Histórica de Lambayeque*. Lima: Ediciones y Representaciones H. Falconí, pp. 76-133.
1987 «Aspectos tecnológicos y productivos de la metalurgia Sicán, Costa Norte del Perú». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 13, pp. 15-21, Lima.
1990 «Cultural Continuities and Discontinuities on the Northern North Coast of Perú, Middle-Late Horizons». En M. Moseley y A. Cordy-Collins (editores). *The Northern Dynasties Kingship and Statecraft in Chimor*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 297-392.
1994 *Pampa Grande and the Mochica Culture*. Austin: University of Texas Press.
2001 «Late Moche Urban Craft Production: a First Approximation». En J. Pillsbury (editora). *Moche Art and Archaeology in Ancient Perú*. Washington D.C.: National Gallery of Art, pp. 177-205.

Shimada, Izumi, Carlos Elera y Melody Shimada
1982 «Excavaciones efectuadas en el centro ceremonial de Huaca Lucía - Chólope, del Horizonte Temprano, Batán Grande, Costa Norte del Perú». En *Arqueológicas*, n° 19, pp. 109-210, Lima.

Shimada, Melody
1985 «Continuities and Changes in Patterns of Faunal Resources Utilization: Formative through Cajamarca Periods. The Formative Period in the Cajamarca Basin». En K. Terada y Y. Onuki (editores). *Perú: Excavations at Huacaloma and Layzón, 1982*. Tokio: University of Tokio Press, pp. 289-310.

Shimada, Melody e Izumi Shimada
1981 «Explotación y manejo de los recursos naturales en Pampa Grande, sitio Moche V». En *Revista del Museo Nacional*, tomo 45, pp. 19-73, Lima.

Schwörbel, Gabriela
2001 «Un entierro con metal de Kunturwasi. 1946». En *Arqueológicas*, n° 25, pp. 83-94, Lima.

Silva, Jorge
1992 «Patrones de asentamiento en el Valle del Chillón». En D. Bonavia (editor). *Estudios de Arqueología Peruana* Lima: FOMCIENCIAS, pp. 393-415.
1998 «Una aproximación al Período Formativo en el valle del Chillón». En *Boletín de Arqueología PUCP,* n° 2, pp. 251-268, Lima.

Silva, J., D. Morales, R. García y E. Bragayrac
1988 «Cerro Culebras, un asentamiento de la época Lima en el valle del Chillón». En *Boletín de Lima*, n° 56, pp. 23-33, Lima.

Silva Santisteban, Fernando
1985 «Cajamarca en la historia del Perú». En F. Silva Santisteban, W. Espinoza y R. Ravines (compiladores). *Historia de Cajamarca*. Lima: Instituto Nacional de Cultura Departamental de Cajamarca, pp. 9-27.

Silverman, Helaine
1991 «The Paracas Problem: Archaeological Perspectives». En *Paracas Art and Architecture*. A. Paul (editora). Iowa: University of Iowa Press, pp. 349-415.
1993a *Cahuachi in the Ancient Nasca World*. Iowa: University of Iowa Press.
1993b «Patrones de asentamiento en el valle de Ingenio, cuenca del río Grande de Nasca: una propuesta preliminar». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 23, pp. 103-124, Lima.
1996 «The Formative Period on the South Coast of Perú». En *Journal of World Prehistory*, 10 (2), pp. 95-146.
1997 «The first field season of excavations in the Alto del Molino site, Pisco Valley, Perú». En *Journal of Field Archaeology,* vol. 24, n° 4, pp. 441-457, Boston.

Fondo Editorial PUCP

2002 *Ancient Nasca Settlement and Society*. Iowa: University of Iowa Press.

SILVERMAN, Helaine y Donald PROULX
2002 *The Nasca.* Massachusetts: Blackwell Publishers Inc.

SOLDI, Ana María
1982 *La Agricultura Tradicional en Hoyas*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

SQUIER, George
1974 *Un Viaje por Tierras Incaicas. Crónica de una expedición arqueológica (1863 – 1865)*. La Paz: Editorial Los Amigos del Libro.

STAINO, Sergio y José CANZIANI
1984 *Los Orígenes de la Ciudad.* Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.

STRONG, William
1957 *Paracas, Nazca and Tiahuanacoid Cultural Relationships in South Coastal Perú.* Memoirs of the Society for American Archaeology, n° 13. Salt Lake City: Society for American Archaeology.

STRONG, William y John CORBETT
1943 *A Ceramic Sequence at Pachacamac. Archaeology Studies in Perú 1941-1942*. Columbia Studies in Archaeology and Ethnology. Vol. 1, n° 2. Nueva York: Columbia University Press, pp. 27-121.

STRONG, William y Clifford EVANS
1952 *Cultural Stratigraphy in the Virú Valley, Northern Perú.* Columbia University Studies in Archaeology and Ethnology. Vol. 4. Nueva York: Columbia University Press.

STUMER, Louis
1954 «Populations Centers of the Rímac Valley of Perú». En *American Antiquity,* vol. XX, n° 2, pp. 130-148, Salt Lake City.

TABIO, Ernesto
1965 *Excavaciones en la Costa Central del Perú, 1955-1958*. La Habana: Academia de Ciencias, Departamento de Antropología.

TAYLOR, Gerald
1987 *Ritos y Tradiciones de Huarochirí. Manuscrito quechua de comienzos de siglo XVII.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos.

TELLENBACH, Michael
1986 *Las excavaciones en el asentamiento Formativo de Montegrande, valle de Jequetepeque en el norte del Perú*. Munich: KAVA, Verlag C.H. Beck.
1997 «Los vestigios de un ritual ofrendatorio en el Formativo peruano. Acerca de la relación entre templos, viviendas y hallazgos». En E. Bonnier y H. Bischof (editores). *Archaeologica Peruana 2. Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos*. Mannheim: Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana. Reiss-Museum, pp. 163-175.

TELLO, Julio C.
1956 *Arqueología del valle de Casma, Culturas Chavín, Santa o Huaylas Yunga y Sub Chimú*. Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello. Vol. 1. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
1959 *Paracas, Primera part*e. Publicación del proyecto 8b del Programa 1941-42 del Institute of Andean Research de Nueva York. Lima: Empresa Gráfica T. Scheuch S.A.
1960 *Chavín: cultura matriz de la civilización andina*. Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello. Vol. II. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
1967 «Sobre el descubrimiento de la Cultura Chavín en el Perú». En *Páginas Escogidas*. Selección y prólogo de Toribio Mejía Xesspe. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 66-86.
1999 «Arqueología del Valle de Lima». En *Cuadernos de Investigación del Archivo Tello.* N° 1. Lima: Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
2004 «El acueducto megalítico de Kumbe Mayo. Arqueología de Cajamarca: Expedición al Marañón 1937». En *Obras Completas.* Vol. I. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 229-279.

TELLO, Julio C. y Toribio MEJÍA XESSPE
1979 *Paracas. Segunda parte: Cavernas y Necrópolis*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
2002 «Arqueología de la Cuenca del Río Grande de Nasca». En *Cuadernos de Investigación del Archivo Tello*. Nº 3. Lima: Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

TELLO, Ricardo
1998 «Los conjuntos arquitectónicos 8, 17, 18 y 19 del centro urbano Moche». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de La Libertad. Trujillo, pp. 117-135.

TELLO, R., F. SEOANE, K. SMITH, J. MENESES, A.

Fondo Editorial PUCP

Barriga y J. Palomino
2003 «El Conjunto Arquitectónico N. 35 de las Huacas del Sol y la Luna». En S. Uceda y R. Morales (editores). *Informe Técnico 2002*. Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 83-132.

Terada, Kazuo
1982 «El Formativo en el Valle de Cajamarca». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 4-5, pp. 4-5, Lima.
1985a «Investigaciones arqueológicas del valle de Cajamarca en 1982». En F. Silva Santisteban, W. Espinoza y R. Ravines (compiladores). *Historia de Cajamarca*. Vol. I. Lima: Instituto Nacional de Cultura Departamental de Cajamarca, pp. 55-59.
1985b «Early Ceremonial Architecture in the Cajamarca Valley». En C. Donnan (editor). *Early Ceremonial Architecture in the Andes*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 191-208.

Terada, Kazuo y Yoshio Onuki (compiladores)
1985 *Formative Period in the Cajamarca Basin*. Perú: Excavations at Huacaloma and Layzón, 1982. Tokio: University of Tokio Press.
1988 *Las excavaciones en Cerro Blanco y Huacaloma, Cajamarca, Perú 1985.* Tokio: Universidad de Tokio.

Thompson, Donald
1974 «Arquitectura y Patrones de Establecimiento en el valle de Casma». En *Revista del Museo Nacional*, tomo 40, pp. 9-29, Lima.

Topic, John
1980 «Excavaciones en los barrios populares de Chanchán». En R. Ravines (compilador). *Chanchán, Metrópoli Chimú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 267-282.
1982 «Lower Class Social and Economic Organization at Chanchán». En M. Moseley y K. Day (editores). *Chan Chan Andean Desert City*. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 145-175.
1990 «Craft Production in the Kingdom of Chimor». En M. Moseley y A. Cordy-Collins (editores). *The Northern Dynasties Kingship and Statecraft in Chimor*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 145-176.
1991 «Huari and Huamachuco». En W. Isbell y G. McEwan (editores). *Huari Administrative Structure, Prehistoric Monumental Architecture and State Government.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 141-164.

Topic, Theresa Lange
1982 «The Early Intermediate Period and its Legacy». En M. Moseley y K. Day (editores). *Chan Chan Andean Desert City*. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 255-284.

Tosi, Joseph
1960 «Zonas de vida natural en el Perú». En *Boletín Técnico*, n° 5, Lima.

Trimborn, Hermann
1988 *Quebrada de La Vaca. Investigaciones Arqueológicas en el Sur Medio del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Troll, Carl
1958 «Las culturas superiores andinas y el medio geográfico». En *Revista del Instituto de Geografía*, n° 5, Lima.

Tufinio, Moisés
2000 «Excavaciones en la Unidad 13, Frontis Norte de la Plataforma I de la Huaca de la Luna». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 33-39.

Uceda, Santiago
1987 «Los primeros pobladores del Area Andina Central». En *Yunga. Revista de Estudios Histórico Sociales,* año I, n° 1, pp. 14-32, Trujillo.
1992 «Industrias líticas precerámicas en Casma». En D. Bonavia (editor). *Estudios de Arqueología Peruana*. Lima: Fomciencias, pp. 45-67.
1999a «Los ceremoniales en Huaca de la Luna: un análisis de los espacios arquitectónicos». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 205-214.
1999b «Culto a los muertos y a los ancestros: escenas en miniatura y una maqueta en la época Chimú». En *Arkinka, Revista de Arquitectura, Diseño y Construcción*, n° 49, pp. 72-83, Lima.
2001 «El nivel alto de la Plataforma I de Huaca de la Luna: un espacio multifuncional». En *Arkinka. Revista de Arquitectura, Diseño y Construcción*, n° 67, pp. 90-97, Lima.

Uceda, Santiago y José Armas
1997 «Los talleres alfareros en el centro urbano Moche». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 93-104.

Uceda, Santiago, José Armas

Fondo Editorial PUCP

y Mario MILLONES
2003 «Entierros de dos alfareros en la zona urbana de Huaca de la Luna». En S. Uceda y R. Morales (editores). *Informe Técnico 2002*. Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 117-211.

UCEDA, Santiago y José CANZIANI
1993 «Evidencias de grandes precipitaciones en diversas etapas constructivas de la Huaca de la Luna, costa norte del Perú». En J. Macharé y L. Ortlieb (compiladores). *Registros del fenómeno El Niño y de eventos ENSO en América del Sur*. Lima: Bulletin de l´Institut Francais de Etudes Andines, n° 22, pp. 313-343.
1998 «Análisis de la secuencia arquitectónica y nuevas perspectivas de investigación en la Huaca de la Luna». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 139-158.

UCEDA, Santiago y Claude CHAPDELAINE
1998 «El centro urbano de las Huacas del Sol y la Luna». En *Arkinka. Revista de Arquitectura, Diseño y Construcción*, n° 33, pp. 94-103, Lima.

UCEDA, S., R. MORALES, J. CANZIANI
y M. MONTOYA
1994 «Investigaciones sobre la arquitectura y relieves policromos en Huaca de la Luna, valle de Moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche, Propuestas y Perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, pp. 251-303.

UCEDA, Santiago, Elías MUJICA y Ricardo MORALES
(editores)
1997 *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995.* Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.
1998 *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996.* Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.
2000 *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997.* Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.

UCEDA, Santiago y Carlos RENGIFO
2006 «La especialización del trabajo: teoría y arqueología. El caso de los orfebres Mochicas». En *Bulletin de l´Institut Francais de Etudes Andines*, n° 35 (2), pp. 149-185, Lima.

UCEDA, Santiago y Moisés TUFINIO
2003 «El complejo arquitectónico religioso Moche de Huaca de la Luna: Una aproximación a su dinámica ocupacional». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche: hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche.* Tomo II. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 179-228.

UHLE, Max
1924 «Explorations at Chincha». En *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology,* vol. 21, pp. 57-94, Berkeley.
1926 «Report on Explorations at Chancay». *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, n° 21, pp. 293-303, Berkeley.
1969 «Las ruinas de Tomebamba». En *Estudios sobre historia incaica*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 81-122.
1970 «Las civilizaciones primitivas en los alrededores de Lima». En R. Ravines (editor). *100 años de Arqueología en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 379-391.
1998 «Las Ruinas de Moche (Traducción de "Die Ruinen von Moche", *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, 1913)». En P. Kaulike (editor). *Max Uhle y el Perú Antiguo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 205-227.
[1903]2003 *Pachacamac. Informe de la expedición peruana William Pepper de 1896.* Lima: COFIDE y Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

URRUTIA, Jaime
1985 *Huamanga: Región e Historia 1536-1770*. Ayacucho: Universidad Nacional de Huamanga.

VAILLANT, Georg
1980 *La Civilización Azteca*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

VALDÉZ, Lidio, Cirilo VIVANCO
y Casimiro CHÁVEZ
1990 «Asentamientos Chanka en la cuenca del Pampas Qaracha (Ayacucho)». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 17, pp. 17-26, Lima.

VAN GIJSEHEM, Hendrik
2001 «Household and Family at Moche, Perú: An Analisis of Building and Residence Patterns in a Prehispanic Urban Center». En *Latin American Antiquity,* vol. 12, n° 3, pp. 257-273, Washington D.C.

VÁSQUEZ, Segundo
1984 «La Waka Pucllana». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 9, pp. 8-9, Lima.

Fondo Editorial PUCP

Vásquez, Víctor y Teresa Rosales
1998 «Zooarqueología de la zona urbana Moche». En *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 173-93.

Vásquez, V., T. Rosales, A. Morales, y E. Roselló
2003 «Zooarqueología de la zona urbana Moche, complejo Huacas del Sol y de la Luna, valle de Moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche*. Tomo II. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 33-63.

Vega-Centeno, Rafael
1999 «Punkurí en el contexto del Formativo Temprano de la Costa Nor-Central del Perú». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 25, pp. 5-21, Lima.

Vega-Centeno, R., L. Villacorta, L. Cáceres y G. Marcone
1998 «Arquitectura Monumental Temprana en el Valle Medio de Fortaleza». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 2, pp. 219-238, Lima.

Verano, John
1994 «Características físicas y biología osteológica de los moche». En S. Uceda y E. Mujica (editores). *Moche, Propuestas y Perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, pp. 307-326.
1998 «Sacrificios humanos, desmembramientos y modificaciones culturales en restos osteológicos: Evidencias de las temporadas de investigación 1995-96 en Huaca de la Luna». En Uceda, Mujica y Morales (editores). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, pp. 159-171.

Villacorta, Luis Felipe
2005a «Los palacios en la Costa Central durante los períodos tardíos: de Pachacamac al Inca». En *Bulletin de l' Institut Francais d' Études Andines*, tomo 33, n° 3, pp. 539-570, Lima.
2005b «Palacios y Ushnus: curacas del Rímac y gobierno Inca en la costa central». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 7, pp. 151-187, Lima.

Villar Córdova, Pedro
1935 *Las Culturas Prehispánicas del Departamento de Lima*. Lima: s/e.

Von Hagen, Adriana y Craig Morris
1998 *The Cities of the Ancient Andes*. Londres: Thames and Hudson.

Wachtel, Nathan
1980-1981 «Les *Mitimas* de la Valleé de Cochabamba. La Politique de Colonisation de Huayna Capac». En *Journal de la Société des Américanistes,* vol. 67, pp. 297- 324, París.

Wakeham, Roberto
1978 «Puruchuco. Investigación Arquitectónica». En R. Matos (editor). *Actas del Congreso Peruano El Hombre y la Cultura Andina*. Tomo II. Lima: s/e, pp. 451-481.

Wallace, Dwight
1962 «Cerrillos, an Early Paracas Site in Ica, Perú». En *American Antiquity* 27, n° 3, pp. 303-304, Salt Lake City.
1971 «Sitios arqueológicos del Perú, Valles de Chincha y Pisco». En *Arqueológicas*, n° 13, Lima.
1977 «Ceremonial Roads in Chincha: symbolic and political implications». Ponencia presentada en el Symposium del SAA de 1977. Nueva Orleans.
1985 «Paracas in Chincha and Pisco: A reappraisal of the Ocucaje Sequence». En P. Kietov y D. Sandweiss (editores). *Recent Studies in Andean Prehistory and Protohistory*. Ithaca: Cornell University Latin American Studies Program, pp. 67-94.
1986 «The Topará Tradition: An Overview». En *Perspectives on Andean Prehistory and Protohistory*. En P. Kietov y D. Sandweiss (editores). Ithaca: Cornell University Latin American Studies Program, pp. 35-48.
1991 «The Chincha roads: economics and symbolism». En C. Trombold (editor). *Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press.
1998 «The Inca Compound at La Centinela, Chincha». En *Andean Past.* Vol. 5. Ithaca: Cornell University. Latin American Studies Program, pp. 5 - 33.

Watanabe, Luis
1979 «Arquitectura de la Huaca de Los Reyes». En R. Matos (compilador). *Arqueología Peruana*. Lima: s/e, pp. 17-35.

Wiener, Charles
1993 *Perú y Bolivia, relato de viaje*. Traducido al castellano por E. Rivera Martínez. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos y Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Fondo Editorial PUCP

WILLEY, Gordon
1943 «Excavations in the Chancay Valley. Archaeology Studies in Perú 1941-1942». En *Columbia Studies in Archaeology and Ethnology,* vol. 1, n° 3, pp. 123-205, Nueva York.
1953 *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú.* Bulletin 155. Washington D.C.: Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology.
1970 «El problema de Chavín: revisión y crítica». En R. Ravines (compilador). *100 Años de Arqueología en el Perú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Petróleos del Perú, pp. 162-214.
1999 «The Virú Valley Project and Settlement Archaeology: Some Reminiscences and Contemporary Comments». En B. Billman y G. Feinman (editores). *Settlement Pattern Studies in the Americas: Fifty Years since Virú*. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press, pp. 9-11.

WILLIAMS, Carlos
1971 «Centros ceremoniales tempranos en el valle de Chillón, Rímac y Lurín». En *Apuntes Arqueológicos*, n° 1, pp. 1-4, Lima.
1972 «La difusión de los pozos ceremoniales en la costa peruana». En *Apuntes Arqueológicos*, n° 2, pp. 1-9, Lima.
1980 «Complejos de pirámides con planta en U, patrón arquitectónico de la Costa Central». En *Revista del Museo Nacional,* tomo 44, pp. 95-110, Lima.
1981 «Arquitectura y Urbanismo en el Antiguo Perú». En Historia del Perú. Tomo VIII. Barcelona: Editorial Juan Mejía Baca, pp. 367-585.
1985 «A Scheme for the Early Monumental Architecture of the Central Coast of Perú». En C. Donnan (editor). *Early Ceremonial Architecture in the Andes.* Washington D.C.: Dumbarton Oaks, pp. 227-240.
1986-1987 «El Urbanismo de Chanchán». En *Revista del Museo Nacional,* tomo XLVII, pp. 13-32, Lima.
2001 «Urbanismo, Arquitectura y Construcción en los Waris: un ensayo explicativo». En *Wari, Arte Precolombino Peruano.* Sevilla: Fundación El Monte, pp. 59-98.
2008 «Esquema para la arquitectura monumental temprana de la costa central del Perú». (versión traducida del artículo *Early Ceremonial Architecture in the Andes,* 1985). En J. Canziani (compilador). *Arquitectura, Urbanismo y Arqueología en la obra de Carlos Williams*. Lima: Instituto de Investigación de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Nacional de Ingeniería.

WILLLIAMS, Carlos y José PINEDA
1983 «La arquitectura temprana en Cajamarca». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 6, pp. 4-5, Lima.
1985 «Desde Ayacucho hasta Cajamarca: formas arquitectónicas con filiación Wari». En *Boletín de Lima,* n° 40, pp.55-81, Lima.

WILLIAMS, Patrick, Johny ISLA y Donna NASH
2002 «Cerro Baúl: un enclave Wari en interacción con Tiwanaku». En *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 5, pp. 69-87, Lima.

WILLIAMS, Patrick y Johny ISLA
2002 «Investigaciones Arqueológicas en Cerro Baúl, un enclave Wari en el valle de Moquegua». En *Gaceta Arqueológica Andina*, n° 26, pp. 87-120, Lima.

WILSON, David
1988 *Prehispanic Settlement Patterns in the Lower Santa Valley, Perú. A Regional Perspective on the Origins and Development of Complex North Coast Society*. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
1995 «Prehispanic Settlement Patterns in the Casma Valley, North Coast of Perú: Preliminary Results to Date». En *Journal of the Steward Anthropological Society,* vol. 23, n° 1-2, pp. 189-227, Urbana –Champagne.

WING, Elizabeth
1972 «Utilization of Animal Resources in the Peruvian Andes». En S. Izumi y K. Terada (editores). *Andes 4: Excavations at Kotosh, Perú, 1963 and 1966.* Tokio: Tokio University Press, pp. 327-351.

WUSTER, Wolfgang
1984 «Asentamientos prehispánicos en el valle de Topará». En *Historia y Cultura*, n° 17, pp. 7-16, Lima.
1997 «Desarrollo del urbanismo prehispánico en el valle de Topará, costa sur del Perú». En E. Bonnier y H. Bischof (editores). *Archaeologica Peruana 2. Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos*. Mannheim: Reiss Museum, pp. 12-27.

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP

ÍNDICE TOPONÍMICO

Abancay 437, 438
Acomachay 49
Agua Tapada 117, 121
Alto del Molino 297
Alto Huallaga 80, 140, 478
Alto Marañón 84
Alto Salaverry 62, 67, 68, 69
Ancón 36, 44, 97, 100, 154, 276, 277, 279, 385
Andahuasi 388
Animas Altas 96, 171, 172
Animas Bajas 171
Apurímac 326, 349, 428, 435
Apurímac (río) 431, 506
Apurlec 352
Arena Blanca (o Cabezas Largas) 158, 173
Arequipa 30, 38, 325, 349, 499
Armatambo 389, 401, 402
Asia (sitio) 62, 79
Asia (valle) 148, 487
Aspero 62, 72, 73, 91
Asto (curacazgo) 424, 429, 430, 431, 432
Astomarka 430
Atacama 502
Atiquipa 31, 32, 36, 501
Ayacucho 53, 79, 100, 173, 300, 313, 314, 315, 316, 317, 319, 325, 336, 337, 341, 349, 428, 429, 431, 437
Azángaro (Huanta) 314, 315, 327, 336, 337, 338, 339

Bandurria 77
Baños de Boza 275, 276
Batán Grande 101, 258, 350, 352, 353, 354, 355

Caballo Muerto 96, 109, 111, 267
Cabur 367
Cahuachi 79, 180, 299, 301, 302, 303, 304, 305, 307, 308, 309
Cahuamarca 32
Cajamarca (ciudad inca) 410, 438, 462, 465, 467, 468, 469, 471, 472, 502, 512
Cajamarca (cuenca) 33, 95, 100, 110, 116, 117, 118, 120, 121, 122, 140, 141, 181, 220, 325, 326, 355, 367
Cajamarca (sociedad, cultura) 97, 98, 113, 256, 349
Cajamarquilla 273, 280, 289, 290, 345, 350, 389, 390, 391, 392
Callango 171, 297
Callejón de Conchucos (valle) 140, 340, 470
Callejón de Huaylas (valle) 34, 53, 54, 84, 325, 326, 336, 339, 340, 341, 349, 470
Campana (sitio) 278, 293, 382
Cantalloc 35, 301, 497
Caña Huaca 109
Cañar 462, 467
Cañari (etnia) 467
Cañaribamba 465
Cañas 388
Cañete (valle, río) 22, 148, 162, 349, 484, 485, 486, 487, 495
Caral 62, 72, 74, 75, 76, 77
Carangue 464
Cardal 96, 144, 148, 151, 152, 153, 154
Carhua (o Karwa) 96, 97, 173
Caringa 407
Carmen (cultura) 168, 292, 294, 295, 296, 297
Casablanca (Huaura) 388
Casagrande (Chincha) 419, 420
Casavilca 79
Casma (valle, río) 20, 44, 46, 57, 70, 71, 72, 97, 99, 100, 110, 122, 121, 122, 123, 124, 125, 128, 132, 134, 135, 138, 140, 141, 148, 181, 229, 243, 248, 383
Cayambi 464
Centinela de Tambo de Mora 165, 350, 412, 413, 414, 415, 418, 419, 423, 485, 492, 496, 502
Cerrillos 96, 170, 171
Cerro Amaru 335
Cerro Arena 109, 112, 113

Fondo Editorial PUCP

Cerro Azul 484, 491, 492, 495
Cerro Baúl 314, 323, 325, 326, 327, 336, 341, 342, 343, 344, 345
Cerro Baulcito 342, 343
Cerro Bitín 108
Cerro Blanco (Cajamarca) 120, 121, 135, 136
Cerro Blanco (Moche) 116, 195, 196, 197, 201, 202, 205, 211
Cerro Blanco (Nepeña) 99, 137, 144, 152, 242
Cerro Cañoncillo 256
Cerro Chepén 256
Cerro Colorado 157, 173
Cerro Corvacho 256
Cerro Culebra 180, 273, 275, 276, 277, 278, 279, 290
Cerro del Gentil 165, 295, 415
Cerro del Loro 346
Cerro del Piño 108
Cerro El Plomo (Chile) 360
Cerro Mayal 223, 228
Cerro Mejía 342, 343, 344
Cerro Oreja 193, 194
Cerro Petroglifo 342, 343
Cerro Ronquillo 117
Cerro Sechín 96, 125, 126, 127, 128
Cerro Trinidad 180, 273, 274, 275, 276
Chachapoya (sociedad, cultura) 349, 424, 428, 438
Chancay (río Lambayeque) 355
Chancay (sociedad, cultura) 349, 350, 385, 386, 388
Chancay (valle costa central) 77, 148, 155, 272, 273, 275, 276, 279, 387
Chan Chan 19, 200, 267, 282, 284, 352, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 400, 439
Chankas o Chanka (sociedad, cultura) 349, 424, 428, 429, 431, 432, 435, 438, 481
Chankillo 138, 139
Chao (valle) 62, 69, 70, 71, 189, 229
Chavín (cultura) 39, 95, 99, 100, 101, 105, 110, 116, 118, 122, 136, 140, 141, 142, 144, 145, 147, 171, 181
Chavín de Huántar 69, 96, 122, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147
Checta 154
Chen Chen 342
Chicama (valle, río) 45, 66, 108, 183, 189, 193, 195, 223, 224, 227, 228, 229, 248, 261, 350, 369, 382, 383, 503
Chilca (sitio) 62, 63
Chilca (valle) 35, 148, 407
Chillaco 154
Chillón (valle, río) 77, 97, 147, 148, 152, 154, 272, 273, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 282, 346, 369, 385, 389
Chimú (sociedad, cultura) 19, 254, 267, 349, 350, 351, 352, 355, 357, 359, 362, 363, 367, 368, 369, 371, 373, 374, 375, 377, 379, 381, 382, 383, 384, 385, 400, 439, 503
Chincha (islas) 221
Chincha (sociedad, cultura) 155, 164, 165, 171, 172, 221, 349, 350, 352, 410, 411, 412, 414, 415, 416, 420, 421, 422, 423, 424, 487
Chincha (valle) 19, 22, 35, 95, 96, 97, 148, 157, 158, 159, 162, 163, 164, 168, 169, 170, 171, 181, 282, 292, 293, 295, 296, 297, 346, 350, 410, 411, 412, 414, 417, 419, 420, 422, 423, 492, 496 502, 503
Chinchaycocha (lago) 477
Chinchero 448, 460, 461, 462
Chiquerillo 171
Chiribaya 349
Chivateros 44
Chocas 148
Chococota 165, 295
Chongos 96, 297
Chongoyape 98
Chontay 408, 409, 410
Choquepuquio 435
Chornancap 352
Chotuna 352
Chuchio 96, 97, 172, 173, 174
Chucuito 502
Chulucanas 502
Chupachu 349
Chupacigarro 72
Churajón 349
Coayllo 487
Cocayalta 154
Cochabamba (Bolivia) 438
Cochasquí 464
Colla 349, 502
Collao 435, 496
Collique (canal) 258
Colluz 352
Conchopata 314, 315, 316, 323, 344
Condorillo 292, 294, 295
Copacabana (Chillón) 276, 277, 278
Corisolgona 117
Cruz de La Molina 292, 295
Cuchimachay 49, 52, 53
Cuismancu 349
Culebras (sitio) 62, 71
Culebras (valle, río) 384
Cumbemayo (canal) 95, 116, 120, 121
Cupisnique (sociedad, cultura) 96, 100, 105, 108, 109, 112, 116, 118
Curayacu 154

Fondo Editorial PUCP

Cusco (ciudad inca) 410, 435, 436, 438, 440, 441, 442, 443, 444, 446, 447, 448, 450, 451, 462, 466, 469, 472, 474, 477, 478, 485, 499, 502, 512
Cusco (valle) 325, 326, 327, 341, 349, 438
Cuyo 386

Dios te Ama 420
Disco Verde 173
Dos Cabezas 180, 249, 251, 252, 253
Dos Huacas 418, 419
Dos Palmas 295, 296, 297

El Algarrobal de Moro 367
El Brujo (complejo) 180, 208, 223, 224, 227
El Brujo (huaca) 224
El Milagro de San José 382, 383
El Paraíso 62, 77, 78
El Quemado 301
Escalón 491
Estaquería 301
Estrella (complejo) 292, 294, 295
Estrella (cultura) 293, 294

Farfán 350, 367, 368
Fortaleza (valle, río) 140, 148

Galindo 180, 250, 256, 257, 258, 265, 267, 268, 269, 270, 271, 314
Gallinazo (Grupo, sitio) 180, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 193, 231, 234, 236, 282
Gallinazo (sociedad, cultura) 112, 182, 184, 186, 187, 188, 189, 190, 192, 193, 194, 195, 231, 233, 235, 236, 237, 295
Garagay 96, 144, 148, 150, 151, 152, 155
Gramalote 109
Guaca 462, 464
Guañape (cultura, período) 105, 106, 108, 109
Guañape (islas) 221
Guañape (sitio) 67
Guayabamba 464
Guitarrero 44, 48, 53, 54, 55

Hatun Cañar (Hatuncañar o Hatuncañari)
Hatun Colla 467
Hatuncolla 440
Honqopampa 336, 339, 340, 341, 344
Huaca 1 (Pacatnamú) 363, 364, 365, 366, 367
Huaca 1 (Túcume) 258, 355, 357, 361, 362
Huaca Alvarado 159, 160, 163, 164
Huaca China (Santa) 240, 24, 242
Huaca Concha 283, 284, 285, 393
Huaca Corte 354
Huaca Cruz Blanca 394
Huaca de Cao 208, 224, 225, 226, 227, 228, 244, 245, 261
Huaca de la Cruz 236
Huaca de la Luna 196, 197, 198, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 220, 224, 225, 226, 227, 228, 233, 244, 245, 261, 351
Huaca de Los Ídolos 72, 73
Huaca de Los Reyes 109, 110, 111, 112
Huaca de Los Sacrificios 72, 74
Huaca del Sol 197, 198, 199, 200, 201, 214, 233
Huaca El Brujo (o Cortada) 224
Huaca Fortaleza 258, 259, 260, 261, 262, 265, 353
Huaca Fundación 419
Huaca Gallinazo 186, 187
Huaca Grande 104, 419
Huaca Huatape 109
Huaca La Merced 353
Huaca La Palma 283, 394, 395, 396
Huaca Larga 258, 355, 357, 358, 359, 360
Huaca Las Balsas 357, 362
Huaca Las Ventanas 354
Huaca Limay 159, 160
Huaca Los Chinos 109
Huaca Lucía 96, 101, 103
Huaca Menocucho 109
Huaca Negra (o Huaca Prieta de Guañape) 67, 105
Huaca Oro 353
Huaca Partida 20, 159, 160, 161, 162, 165, 166
Huaca Prieta (Virú) 62, 64, 66, 67, 79, 90, 105, 224
Huaca Pucllana (o Juliana) 281, 287, 288, 289
Huaca Rodillona 353
Huaca San Marcos (o Aramburú) 283, 285, 393, 398
Huaca Santa Inés 292, 293, 294
Huaca Santa Rosa 159, 162, 163, 165, 293
Huaca Tres Palos 393, 395
Huaca Ursias 240
Huaca Yolanda 115
Huacaloma 62, 96, 97, 116, 117, 118, 120, 121
Huacarones 419
Huacas del Sol y de la Luna (sitio Moche) 258, 373, 514
Huacoy 144, 148, 155
Hualanga Orco 121
Huallaga (valle, río) 80, 140, 469, 470, 478
Huallanca (Chincha) 292, 295
Huamachuco 325, 328, 333, 335, 349
Huamalíes 349
Huambacho Viejo 247
Huancabamba (Piura) 462
Huancaco (período) 192, 230, 231, 232, 235, 236

Fondo Editorial PUCP

Huancaco (sitio) 180, 195, 230, 232, 234, 235, 236
Huancas 349, 428
Huancavelica 79, 173, 349, 428, 429, 431
Huanchaco 194
Huanchipuquio 154
Huánuco 49, 140, 349
Huánuco Pampa 326, 453, 462, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 480, 481, 502, 512
Huaral Viejo 385
Huarco 349, 485, 487, 489, 491
Huaricoto 62, 80, 84
Huarmey (valle) 32, 57, 70, 71, 97, 183, 229, 248, 384
Huarpa (sociedad, cultura) 313, 314, 315, 319
Huatica (canal) 281
Huaura (valle) 140, 148, 385, 388
Huaycán de Cieneguilla 408
Huaycán de Pariachi 389, 402, 403, 404
Huaylas 349
Huaytará 423, 481, 492, 493, 495, 502

Ica (valle, río) 35, 39, 45, 79, 97, 148, 170, 171, 172, 173, 175, 297, 298, 314, 325
Incahuasi (Pisco) 492, 493
Ingapirca (o Hatun Cañar) 462, 465, 466, 467, 468, 480
Inca (sociedad, cultura) 39, 164, 165, 181, 232, 324, 325, 328, 359, 360, 373, 393, 402, 410, 411, 414, 415, 416, 435, 436, 437, 438, 440, 443, 464, 465, 477, 486, 487, 498, 506
Inkawasi (Cañete) 22, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491

Jargampata 327
Jauranga 96, 175
Jayanca 352, 369
Jequetepeque (valle, río) 95, 101, 103, 116, 118, 120, 183, 248, 249, 250, 251, 253, 254, 256, 346, 362, 363, 367, 368, 502, 513, 514
Jihuay 31
Jincamocco 327, 336, 337
Jumana 301, 309
Junín 49, 428, 429, 470, 477

Karwa (o Carhua) 172, 173, 174
Killke 349, 435
Kolguitín 117
Kotosh 62, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 100
Kuelap 350, 425, 426, 427, 428
Kuniare 429
Kuntur Wasi (o Kunturwasi) 116, 118, 119, 120, 121
Kushipampa 242

La Calera 419
La Cantera 346
La Cantina 128, 135,
La Centinela de San Pedro 416, 417, 418, 419, 423
La Cuchilla (acueducto) 335
La Cumbe 159, 160, 164, 165, 293, 411, 412, 414, 415, 419, 423
La Cumbre (canal) 350, 381, 382
La Esclusa 292, 295
La Esmeralda 62, 79
La Florida 96, 148, 149, 150, 151, 152, 155
La Galgada 62, 80, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91
La Leche (valle, río) 101, 352, 353, 355
La Mina 249
La Muña 180, 301, 304, 305, 306, 307, 308
La Paloma 62, 63
La Puntilla 173
La Uva 276, 277, 278
La Viña 352
Lambayeque (sociedad, cultura) 45, 98, 254, 349, 351, 352, 355, 357, 360, 362, 363, 503
Lambayeque (valles) 101, 140, 183, 184, 195, 201, 222, 248, 249, 250, 257, 258, 325, 350, 355, 356, 369, 381, 502, 514
Lanchas 172
Larán Salitral 419
Laraos 37
Las Aldas 62, 68, 70, 71, 96, 97, 123, 124, 125
Las Huacas (Chincha) 411, 412, 418
Las Salinas de Chao 69
Latacunga 462, 464, 465
Lauri 385, 386, 388
Lauricocha 44, 49
Layzón 97, 116, 117, 118, 120, 121
Licapa 232
Lima (sociedad, cultura) 77, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 286, 287, 289, 290, 291, 292, 295, 390, 392, 393, 394, 395, 396, 399, 400, 404, 407
Lima (valles, comarca) 49, 100, 140, 141, 144, 147, 148, 151, 154, 155, 272, 349, 369, 383, 387, 389, 391, 407, 438
Lima la Vieja 423, 481, 492, 502
Limatambo 281, 400
Litardo 418
Lo Demás 412, 419
Lobos (islas) 221
Los Gavilanes 62, 71, 90, 97
Los Molinos 301, 304, 305, 306, 307, 308
Lumbra 385, 388
Lunahuaná 485, 487
Lupaca 349

Fondo Editorial PUCP

Lurín (valle, río)72, 147, 148, 151, 154, 272, 273, 280, 290, 292, 389, 390, 391, 406, 407, 408, 495, 503
Lurin Chincha 411, 417

Macabí (islas) 221
Machu Picchu 448, 454, 455, 457, 458, 459, 460, 504, 505
Makat-tampu 280, 281, 286
Mala (valle) 148
Malanche 407
Malcapampa 427
Malpaso 154
Manchán 350, 383, 384
Manchay 391, 407
Manchay Bajo 148, 152, 154
Mangomarca 280, 389
Mantaro (valle) 34, 100, 326, 336, 349, 428, 431, 438, 477, 478
Maranga-Chayavilca 282, 350, 389, 392, 393, 394, 396, 397, 398, 399
Maranga (sitio) 180, 273, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 292, 390, 392, 394, 395, 396, 400, 401
Marañón (río) 33, 84, 100, 101, 140, 469
Marca Huamachuco 333, 335
Mateo Salado 280, 281, 389, 393, 395, 400
Maymi 346
Media Luna 276
Mensías 293
Mina Perdida 148, 153, 154
Mocha 462, 465
Moche (sociedad, cultura) 77, 108, 112, 132, 180, 181, 182, 183, 184, 192, 193, 194, 195, 196, 198, 201, 214, 215, 219, 220, 222, 223, 224, 229, 230, 231, 232, 235, 236, 237, 240, 241, 242, 243, 246, 248, 249, 251, 253, 254, 256, 257, 258, 261, 266, 267, 268, 273, 295, 353
Moche (valle, río) 47, 67, 95, 108, 112, 183, 189, 193, 194, 195, 197, 223, 224, 227, 229, 232, 250, 257, 261, 350, 369, 381, 382, 503, 514
Mocollope 180, 195, 223, 228, 229
Monserrate (sitio) 293
Monte Grande (Nazca) 301
Montegrande (Jequetepeque) 96, 101, 103, 105
Moquegua 318, 325, 327, 341, 342, 343
Moraduchayuq 319, 320, 321, 322
Morro Eten 96
Motocachy 242
Moxeke 96, 99, 128, 129, 130, 131, 132, 134, 135
Mulahalo 464
Muliambato 464

Napo (castillo) 190
Nasca (sociedad, cultura) 79, 297, 298, 299, 305, 307, 308, 309, 314
Nazca (valles, río) 35, 79, 172, 175, 181, 297, 298, 301, 305, 309, 314, 325, 336, 346, 485, 495, 496, 497
Nepeña (valle, río) 20, 99, 100, 122, 135, 137, 144, 152, 183, 195, 229, 230, 240, 242, 243, 247, 248, 257
Nievería 256, 290, 291, 391

Ochiputur 44, 47,
Ocucaje (fase cultural) 171
Ocucaje (sitio) 171, 297
Ollantaytambo 448, 451, 452, 453, 454, 460, 495, 506, 507
Olmos 502
Omo 342
Otavalo 464
Otuma 62, 79

Pacaje 349
Pacat 407
Pacatnamú 19, 180, 249, 253, 254, 284, 350, 362, 363, 364, 365, 366, 367
Pachacamac 164, 180, 256, 273, 290, 291, 292, 314, 345, 349, 350, 361, 364, 387, 389, 390, 391, 396, 404, 405, 406, 407, 408, 415, 485, 495, 502, 503
Pachamachay 44, 49, 50, 51, 55
Pacheco 346
Pacopampa 96, 100, 122
Paiján 44, 45, 46, 47, 48, 55
Pajatén (o Yaro) 425
Pallka 135
Palma (Lurín) 154
Palpa (valle) 175, 298, 301, 304, 305, 306, 308, 309
Pampa de Cueva 148
Pampa de Flores 408
Pampa de la Pelota 419, 420
Pampa de Los Incas 180, 238, 241
Pampa de Santa Cruz 194
Pampa del Arrastrado 342, 343
Pampa del Gentil 165, 168, 294, 295, 296, 297
Pampa Grande 180, 195, 222, 250, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 270, 314, 353, 373
Pampas (río) 431, 506, 507
Panalauca 49
Pancha la Huaca 386, 388
Panquilma 408
Pañamarca 180, 195, 211, 230, 243, 244, 245, 246, 247, 248
Paracas (península) 79, 141, 173
Paracas (sitio) 96, 97, 100, 156, 171, 174, 415

Fondo Editorial PUCP

Paracas (sociedad, cultura) 155, 156, 157, 158, 161, 162, 163, 164, 165, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 175, 289, 292, 293, 294, 295297, 299, 309, 410, 415
Paradones (Nepeña) 242
Paramonga (fortaleza) 383
Paredones (Nazca) 485, 495, 496, 497, 498
Paria (Bolivia) 465, 502
Parka 148
Pasto (Colombia) 438, 462, 464, 499
Patallaqta 448, 454, 455, 456
Pátapo 352
Pativilca (valle) 140, 148, 381, 383
Phuyu Patamarka 455, 456
Piedra Parada 77
Pikillacta 314, 315, 321, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 341, 343, 435
Pikimachay 44, 53
Piruru 62, 80, 84
Pisac 448, 449, 450
Pisco (valle, río) 148, 158, 170, 172, 295, 296, 297, 346, 423, 481, 485, 492, 493, 500, 502
Pisquillo Chico 385, 386, 387, 388
Piura (valle, río) 30, 38, 183, 248, 502, 512, 513
Playa Grande 273, 276, 277, 278, 279, 280
Pucará (Chillón) 154
Puente Gentil 301, 309
Puente Serrano 109
Puerto Moorin (período) 106, 107, 184
Puerto Nuevo 173
Puerto Viejo (Ecuador) 410
Pumpu 326, 462, 469, 477, 478, 479, 480, 481, 512
Punkurí 96, 99, 135, 137, 138, 242
Purpur 235, 236
Puruchuco 389, 402, 403
Purulén 96, 101, 103, 104

Qhapaq Ñan 462, 463, 464, 481, 493, 498, 499, 502, 503
Quebrada de la Vaca 501
Quebrada del Oso 382
Quilcay 407
Quirihuac 44, 45
Quishqui Puncu 54
Quisque 242
Quito 410, 438, 462, 464, 465, 466, 467, 481, 499, 502
Racarumi (canal) 350
Ranchería 412, 417, 418
Raqchi 495
Recuay (sociedad, cultura) 231, 243, 247
Rímac (valle, río) 147, 148, 150, 152, 154, 272, 273, 280, 281, 282, 286, 287, 289, 292, 350, 389, 390, 391, 394, 395, 398, 400, 401, 402, 406, 407
Río Seco (Chancay) 77
Riobamba 462, 465
Ronceros (sitio) 293
Rumiqolqa 328

Salinar (período, cultura) 107, 109, 112, 115, 184, 193, 195
Saltur 352
San Antonio 148, 154
San Jacinto 148, 155
San José de Moro 180, 245, 250, 254, 255, 256, 265, 314, 346
San Juan (castillo) 190, 191, 235, 412
San Nicolás 62, 79
San Pablo (complejo, huacas) 159, 160, 161, 293
San Pedro (Chincha) 142, 412, 416, 417, 418, 419, 423, 478
San Pedro de Cajas 53
Santa (valle) 30, 54, 69, 84, 95, 96, 113, 114, 115, 189, 229, 236, 237, 238, 240, 241, 242, 243, 247, 257, 276, 325, 369
Santa Apolonia 117, 120, 121
Santa Clara (huaca, «castillo») 235
Santo Domingo (Chincha) 282, 420
Sacsaywaman 443, 446, 447
Sarraque (castillo) 190, 191, 233
Sechín (valle, río) 20, 96, 122, 123, 125, 128, 134, 383
Sechín Alto 96, 128, 132, 133, 134
Sechín Bajo 20, 128, 135
Sechura 30, 38, 502
Shaka 50
Shillacoto 80
Sicán 351, 355
Sicuani 325, 326, 328
Sipán 180, 201, 220, 236, 244, 248, 249, 250, 251, 255
Sisicaya 407
Socos 346
Soto (complejo, huacas) 96, 159, 160, 161, 165, 167
Supe (valle) 72, 74, 77, 147, 148
Surco (canal) 280, 281, 350, 390, 401, 402

Tablachaca (río) 84
Tambo Blanco 464
Tambo Colorado 423, 481, 485, 492, 493, 494, 495, 496, 502
Tambo de Collao 496
Tambo de Mora 165, 350, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 418, 419, 423, 485, 492, 496, 502
Tambo Real 241, 360
Tantamayo (río) 84

Fondo Editorial PUCP

Tarma Tambo (o Tarama) 462
Taruga 301
Taukachi-Konkán 134, 135
Tahuantinsuyu 39, 40, 311, 435, 436, 437, 439, 440, 446, 467, 468, 469, 514
Taymi (canal) 258, 350
Telarmachay 44, 49, 50, 51, 52, 53, 55
Tembladera 103
Templo de Las Llamas 106, 107
Teocaxas 464
Tijerales 408
Tipón 448
Tiquicambi 465
Titicaca 38, 100, 314, 328, 410, 461, 465
Tiahuanaco 181, 246, 314, 318, 342, 343, 349, 435, 530
Tolón 249
Toma 491
Tomaval (castillo) 190, 235
Tomebamba 462, 465, 466, 467, 469477, 502
Tronconal 388
Trujillo (valles, ciudad) 105, 109, 184, 230, 249, 290, 325, 369
Túcume 258, 284, 350, 352, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 485, 512
Tumbes 369, 381, 383
Tunanmarca 350, 428

Uchcumachay 49
Udima 96
Ungará 484
Urubamba (valle, río) 328, 448, 450, 451, 453, 454, 457, 458, 507

Ventilla 180, 300, 301, 304, 305, 309
Vicús (sociedad, cultura) 248
Vilcanota 30, 38, 327, 328
Vilcashuamán (Willka Waman) 27, 423, 462, 465, 469, 481, 482, 483, 497, 500, 502, 512
Vilcawain 336
Villacurí 172
Viracochapampa 314, 315, 326, 327, 328, 333, 334, 335
Virú (valle, río) 30, 67, 95, 96, 97, 99, 105, 107, 108, 112, 182, 184, 185, 188, 189, 192, 193, 195, 229, 230, 231, 232, 235, 236, 243, 257, 282
Vista Alegre (o Catalina Huanca) 273, 280, 289, 290

Warautambo 480
Wari (sitio) 315, 316, 317, 318, 319, 320, 322, 323, 324, 326, 337
Wari (sociedad, cultura) 39, 181, 184, 232, 236, 250, 256, 257, 313, 314, 316, 325, 326, 327, 337, 341, 346, 391, 404, 424, 435, 502, 514
Wari Kayan 158, 173
Wariwillca 336
Wayrajirca 80
Wiñay Wayna 448, 455, 457

Xauxa (Jauja) 462, 465, 478, 502, 503
Xauxas (etnía) 349, 428, 438

Yauyos 37, 391, 438
Ychsma (sociedad, cultura) 349, 389, 406
Yucay 438, 448, 450

Zaña (valle) 103, 256, 369

Fondo Editorial PUCP

Se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Teléfono: 332-3229 Fax: 424-1582
Se utilizaron caracteres
Adobe Garamond Pro en 11 puntos
para el cuerpo del texto
setiembre 2018 Lima - Perú

Fondo Editorial PUCP

Fondo Editorial PUCP

Ciudad y territorio en los Andes ofrece una visión de conjunto sobre las diferentes formas de asentamiento y manejo del territorio de las sociedades que habitaron los Andes centrales, desde los primeros cazadores recolectores hasta el Imperio inca, presentando de manera documentada el excepcional patrimonio urbanístico y arquitectónico del antiguo Perú.

El objetivo central de esta publicación es definir un panorama general del origen, evolución y desarrollo del fenómeno urbano en los Andes centrales durante la época prehispánica. Para ello se identifica, en cada una de las épocas del desarrollo histórico-cultural, casos representativos que ilustran el desarrollo del fenómeno urbano y sus expresiones arquitectónicas más significativas. Paralelamente, se examina la diversidad del proceso de desarrollo urbano en el antiguo Perú, para comparar sus manifestaciones en las distintas regiones.

FONDO EDITORIAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

ISBN: 978-612-4146-02-2